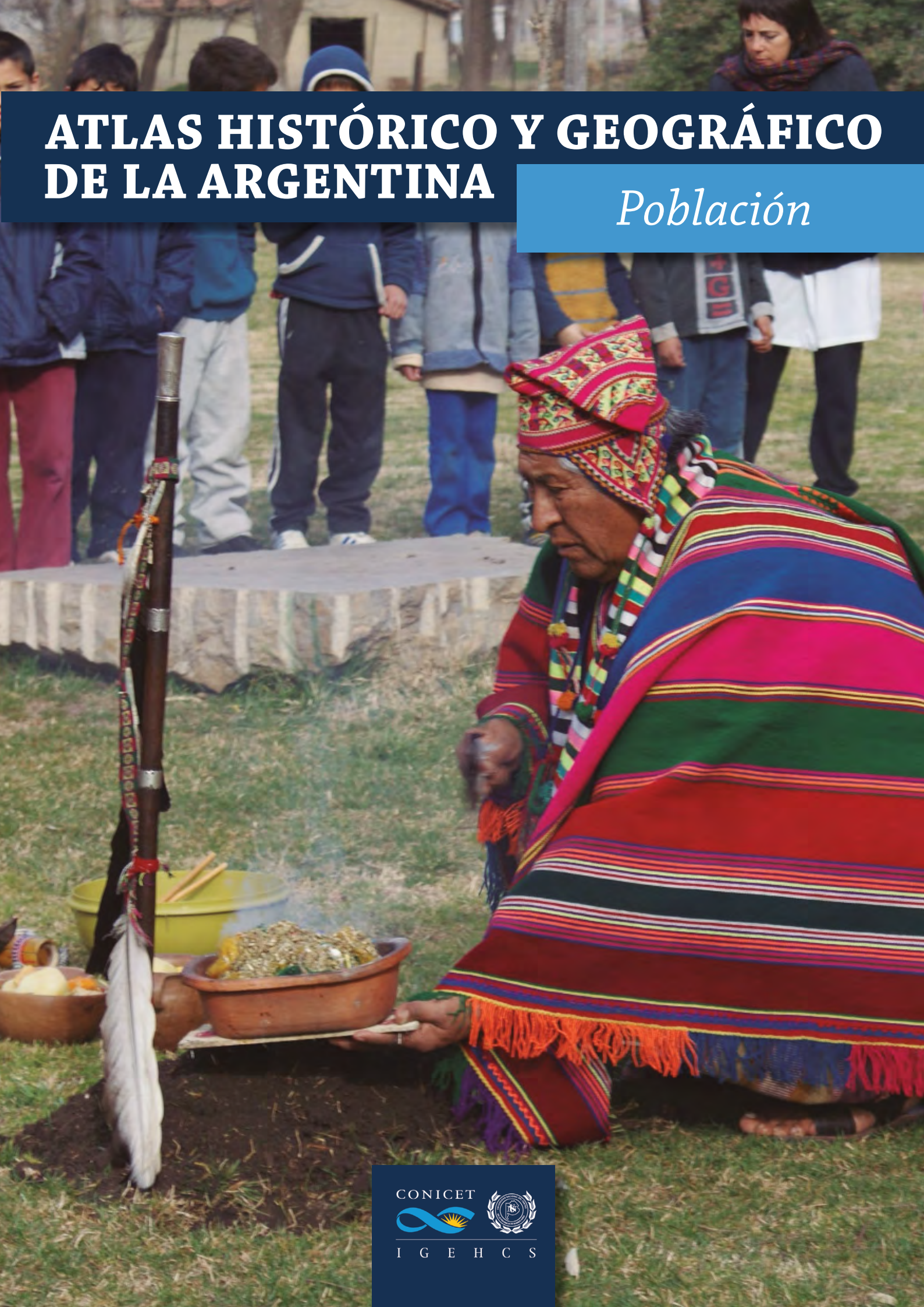
# ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

## *Población*



CONICET

IGEHCS

El presente volumen del Atlas Histórico y Geográfico de la Argentina aborda las características poblacionales. Su contenido inicia lejos en tiempo y espacio, con la llegada del hombre a América. El enfoque macro, de fuerte contenido arqueológico, se atomiza en los análisis del NOA, el NEA, Pampa y Patagonia.

Desde la llegada de los conquistadores hasta inicios del siglo xix, el esfuerzo se concentra en la etapa colonial. Indígenas, europeos, criollos y afrodescendientes ocupan la mirada de historiadores y demógrafos, que cuentan, desde entonces, con documentación registrada por instituciones estatales, privados y relatos de viajeros.

El paso a la etapa independentista se hilvana con procesos que incluyen sociedades indígenas e inercias coloniales que penetran un par de décadas en el siglo xix. La araucanización y el interminable juego de acomodamientos son notables. La frontera ocupa la atención hasta el último cuarto de ese siglo.

La dinámica socioeconómica y política se agudiza con la llegada, antes de 1850, de los primeros inmigrantes europeos. La inserción de Argentina en una economía mundial aceleró movimientos no exentos de tensión y fricción. Si hasta 1880 la colonización de tierras fue protagonizada por los pioneros, la inmigración tardía o masiva tiñó nuestra identidad nacional. El flujo inmigratorio se va apagando con la crisis del 1929.

Mientras el mundo se cerraba presagiando totalitarismos destinados a germinar una nueva contienda mundial, Sudamérica recobraba un estatus geográfico, económico y político neocolonial. Surgieron entonces movimientos poblacionales desde el interior del país a una Buenos Aires de novedosa apariencia industrial, así como desde los países vecinos.

Finalmente, se tratan temas específicos vinculados al envejecimiento demográfico, la actualidad de las comunidades indígenas y las poblaciones rurales.

ISBN 978-950-658-574-7




INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICO-SOCIALES
IEHS
Instituto de Estudios Histórico-Sociales "Prof. Juan C. Grosso"

CIG CENTRO DE INVESTIGACIONES GEOGRÁFICAS
FCH-UNCPBA

FCH Facultad de CIENCIAS HUMANAS UNICEN

CONICET
IGEHCS

# ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

# ATLAS HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DE LA ARGENTINA

*Población*


DIRECCIÓN

Guillermo Velázquez

CODIRECCIÓN

Diana Lan, Hernán Otero,
Marcelino Irianni y Lucía Lionetti

COORDINACIÓN DE ESTE VOLUMEN

Marcelino Irianni

AUTORES

Sofía Ares
Selene Arislur
María Elena Barral
Roberto Benencia †
Gustavo Bonnat
Mariano Bonomo
Violeta Cantarelli
Juan Carlos Castro
Gabriel Cocco
Guido Cordero
Carla Dátola
Valeria Elichiry
Alejandro Fernández
Nora Flegenheimer
Sofía Gandini
Marcelo Garabedian
Marcelino Irianni
Ma. del Carmen Langiano
Carlos Leveau
Diana Mazzanti
Natalia Mazzia
Julio Merlo
Claudia Mikkelsen
Laura Miotti
Hernán Otero
Franco Pazzi
Gustavo Politis
Carlos Quintana
María Victoria Roca
Camila Rodríguez
Inés Rosso
Virginia Salerno
Adela Tisnés
Rocío Torino
Guillermo Velázquez
Celeste Weitzel
Natalia Wiurnos



Instituto de
Geografía, Historia
y Ciencias Sociales

CONICET / UNCPBA

Tandil - 2022

Atlas histórico y geográfico de la Argentina : Población / Marcelino Irianni ... [et al.] ; coordinación general de Marcelino Irianni. - 1a ed. - Tandil : Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 2022.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-658-574-7

1. Historia. 2. Geografía. 3. Atlas. I. Irianni, Marcelino, coord.
CDD 982

© 2022 - UNCPBA
Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
Pinto 399, 7000 Tandil, Provincia de Buenos Aires, Argentina

1ª edición: octubre de 2022

El contenido de esta obra fue sometido a evaluación externa.

*Coordinación académica*
Marcelino Irianni

*Ilustración, documentación y archivo fotográfico*
María Florencia Ramón & Luciano di Salvo

*Cartografía y diseño con SIG*
María Lorena La Macchia & Adela Tisnés

*Edición técnica, corrección, diseño interior y maquetación*
Ramiro Tomé

*Diseño de tapa*
Carolina Katz & Fabián Di Matteo

ISBN versión impresa: 978-950-658-573-0
ISBN versión ebook: 978-950-658-574-7
ISBN obra completa, versión impresa: 978-950-658-517-4
ISBN obra completa, versión ebook: 978-950-658-518-1

# ÍNDICE


7 El poblamiento temprano de América y los primeros habitantes de la región pampeana bonaerense
*Gustavo Bonnat*

23 La movilidad vista desde la arqueología
*Franco Pazzi, Celeste Weitzel & Nora Flegenheimer*

39 Las sociedades indígenas del Nordeste argentino
*Mariano Bonomo, Juan Carlos Castro, Rocío Torino & Gustavo Politis*

53 Arqueología en el Noroeste argentino. El NOA antes del NOA.
*Violeta Cantarelli & Sofía Gandini*

71 El pasado milenario en la región pampeana.
Estudios arqueológicos en las sierras de Tandilia.
*Diana Mazzanti & Carlos Quintana*

87 La historia de la ocupación cazadora-recolectora de las mesetas patagónicas
*Laura Miotti*

113 Narrativas sobre el pasado en la región pampeana y territorios en tensión
*Selene Arislur, Valeria Elichiry, Natalia Mazzia & Virginia Salerno*

131 La etapa colonial
*María Elena Barral & Natalia Wiurnos*

161 Relaciones interétnicas en la frontera sur del Imperio español.
De la conquista a los tiempos borbónicos.
*Carla Dátola*

197 Arqueología del período colonial en el Noreste argentino.
De los primeros asentamientos españoles a las reducciones jesuíticas.
*Gabriel Cocco & María Victoria Roca*

217 Los fuertes y fortines, enclaves sobre el camino de los chilenos
*Julio Fabián Merlo & María del Carmen Langiano*

231 Reconsiderando el malón. Nuevos enfoques sobre una imagen añeja.
*Guido Cordero*

253 Evolución y características de la población
*Adela Tisnés & Guillermo Velázquez*

281 Migración hacia Argentina. La etapa temprana.
*Marcelino Irianni*

299 La inmigración transatlántica masiva, 1870-1940
*Alejandro Fernández*

317 La inmigración del exilio durante el siglo XX
*Marcelo Garabedian*

331 Inmigración limítrofe y latinoamericana
*Roberto Benencia †*

345 Dinámica de la población en contextos de ruralidad. Sobre las otras ruralidades.
*Sofía Ares, Claudia Mikkelsen & Camila Rodríguez*

383 Población indígena argentina. Un análisis espacial de su situación actual.
*Inés Rosso*

403 La vejez y el envejecimiento demográfico, 1869-1947
*Hernán Otero*

429 Cambios en la geografía del suicidio
*Carlos Leveau*

443 Bibliografía

# EL POBLAMIENTO TEMPRANO DE AMÉRICA Y LOS PRIMEROS HABITANTES DE LA REGIÓN PAMPEANA BONAERENSE

## INTRODUCCIÓN

En este capítulo se desarrolla una síntesis sobre los ejes principales en los que se centra el debate actual del poblamiento de América, en el que se discuten principalmente las posibles fechas de ingreso al continente y las rutas que pudieron tomar las primeras poblaciones que la ocuparon. Los grupos humanos que iniciaron la historia de América poseían una organización social que es estudiada por las ciencias antropológicas con la denominación de *sociedades* o *grupos cazadores-recolectores*. En este sentido, nos referimos a colectividades humanas pequeñas, constituidas por pocas unidades familiares que posiblemente estuvieron relacionadas por lazos de parentescos entre sí. Estas sociedades son consideradas igualitarias, ya que no se manifiestan relaciones estratificadas de jerarquía social, es decir, no hay una diferenciación social entre los miembros de un grupo, sino que hay estrechos lazos de cooperación y ayuda. Entre ellos, pueden observarse diferencias respecto a edad, sexo, carisma o habilidades, pero en ninguno de los casos son éstas canalizadas en algún linaje familiar y transmitidas a sus descendientes. Como indica su nombre, estas sociedades subsistían sobre la base de la caza, la recolección y la pesca de recursos alimenticios, es decir que no producían alimentos (*e. g.*, mediante agricultura o ganadería), pero desarrollaron un manejo del paisaje, a través de distintas técnicas, que permitía la recuperación de los suelos y de los recursos. Esta forma de organización social también implica un mayor grado de movilidad de su población (o de parte de ella) y de los asentamientos, que suele variar en relación a las distintas temporadas del año o a la planificación de la obtención de recursos. Por último, estas sociedades también practicaban distintas actividades ligadas a los planos simbólico y ritual (similarmente a nuestra idea occidental de religión) que encarnaban manifestaciones de su cosmovisión del mundo.

Grupos cazadores-recolectores

Otro aspecto que debe destacarse es la asignación cronológica que se utiliza en este capítulo. Las edades de los sitios arqueológicos fueron obtenidas a partir de la datación de material orgánico por medio del método de radiocarbono 14 ($^{14}$C), desarrollado por Willard Libby en 1949, y se expresan en años radiocarbónicos antes del presente (años $^{14}$C AP). No obstante, estos años no representan exactamente las fechas del calendario convencional, sino que es necesario corregir los errores propios del método para poder calibrarlas a nuestro sistema. De esta forma, las edades que se exponen en este capítulo corresponden a edades calibradas y se expresan como "años calibrados antes del presente" (años cal AP). Además, producto de la corrección, estas edades tienden a ser más antiguas, alrededor de unos 2.000 años, para el caso de los sitios discutidos en el poblamiento inicial de América.

Asignación cronológica utilizada

## INICIO DE LAS INVESTIGACIONES

### Investigaciones arqueológicas

Las investigaciones arqueológicas relacionadas con el poblamiento inicial del continente americano en general y de la región pampeana en particular tienen una larga trayectoria dentro de la disciplina y han estado orientadas a delinear la cronología, las posibles rutas de ingreso y el ritmo de ocupación del continente americano y particularmente del cono sur. Desde los inicios de las investigaciones arqueológicas en la Región Pampeana, con Florentino Ameghino, a fines del siglo XIX y principios del XX, la discusión sobre el poblamiento temprano de la región y del continente americano ha sido uno de los temas de investigación más relevante y debatido hasta la actualidad. Florentino Ameghino (1854-1911) fue un científico autodidacta y naturalista argentino de la generación de 1880. Como tal, se desempeñó en distintas ramas del conocimiento, entre las que se destaca la paleontología, la zoología, la geología y la antropología.

### Investigaciones de Ameghino

Los hallazgos de artefactos líticos (herramientas hechas en piedra) asociados a una coraza de gliptodonte, recuperados en depósitos estratigráficos antiguos y profundos en la zona de Punta Porvenir (partido de General Pueyrredón), permitieron a Ameghino teorizar sobre poblaciones humanas muy antiguas para la región pampeana (Ameghino 1880). Con tales artefactos, propuso industrias líticas para la región bonaerense, las cuales eran utilizadas como una categoría analítica que le permitía agrupar una serie de materiales arqueológicos que compartían características comunes. Una de ellas fue definida como la industria de la piedra hendida y fue caracterizada por artefactos carentes de un "valor estético" y de una "simplicidad" en la técnica empleada para su manufactura. Además, debido a su posición estratigráfica, al estado de alteración que presentaban y a la asociación con restos humanos y placas de gliptodonte, le asignó una gran antigüedad geológica (Plioceno medio) y postuló una nueva especie dentro del género Homo para la costa atlántica: *Homo pampeus* (Ameghino 1880).

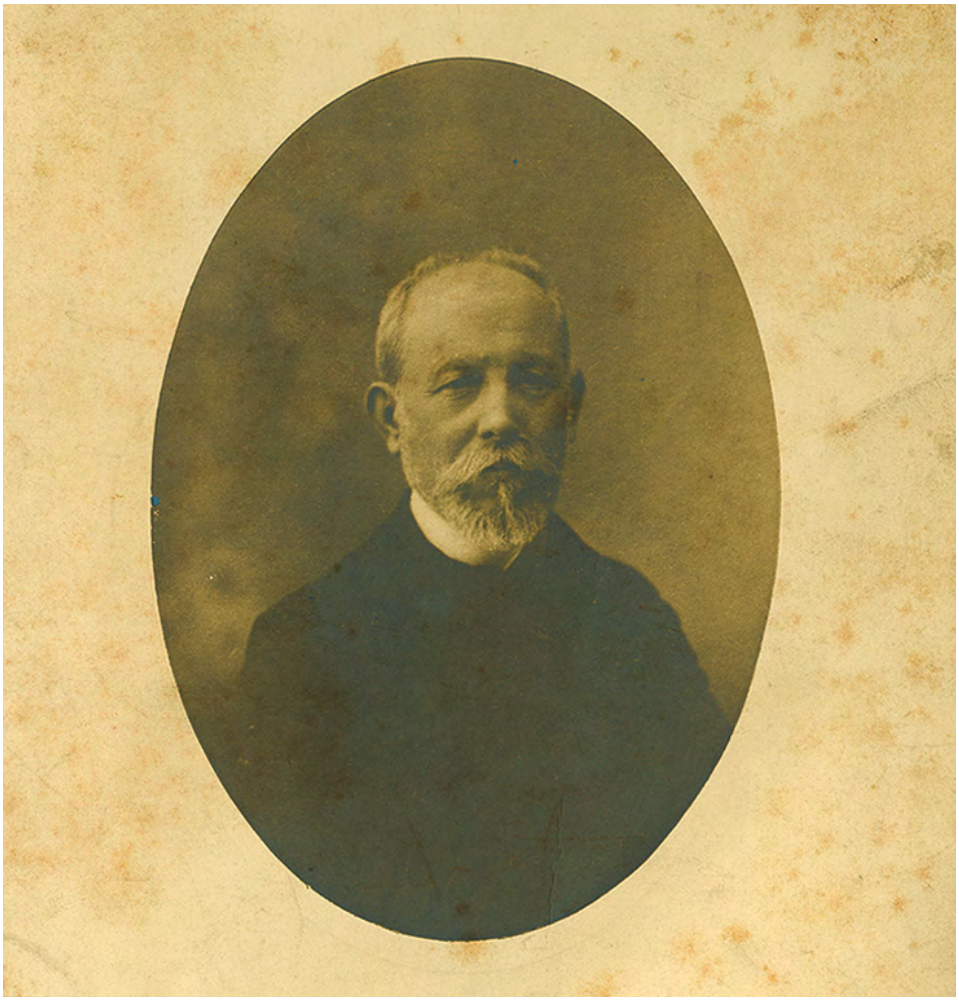


Figura nº 1. Retrato de Florentino Ameghino, José Caffaro, *ca.* 1900. Fuente: Fototeca Benito Panunzi de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Investigaciones de Outes

Estos postulados de Ameghino generaron intensos debates académicos en los que se discutían las evidencias recuperadas, la cronología, su asociación y su posición estratigráfica y se buscaba dar explicaciones alternativas a estas hipótesis. Félix Outes (1878-1939), antropólogo y arqueólogo que se desempeñaba como profesor en la Universidad de La Plata, comenzó a discutir, desde el ámbito local, las propuestas de Ameghino. Realizó sus investigaciones prácticamente en la misma zona en la que aquél había reportado sus hallazgos: Punta Porvenir y los arroyos Chapadmalal, Corrientes, Las Brusquitas y El Durazno (partidos de General Pueyrredón y General Alvarado) y en el río Quequén Grande (partido de Necochea). En estos trabajos de campo, Outes recuperó básicamente artefactos líticos (como instrumentos, desechos de talla de cuarcita y productos bipolares realizados sobre rodados costeros) muy similares a los obtenidos por Ameghino, tanto en su morfología como en su alteración de la superficie de las piezas. No obstante, éstos fueron obtenidos en una posición superficial: por lo tanto, serían recientes y carecerían de gran profundidad temporal, cuestionando de esta forma la edad antigua asignada por Ameghino a la industria de la piedra hendida y, por ende, a las ocupaciones humanas de la costa bonaerense (Bonomo, 2005).

En el mes de julio del año 1910, se realizó en la ciudad de Buenos Aires el XVII Congreso Científico Internacional Americano (CCIA), que reunió a múltiples investigadores de diversas disciplinas científicas de todo el mundo. Puesto que las ideas e hipótesis de Ameghino tuvieron un alcance mundial, algunos investigadores extranjeros vieron este evento como una buena oportunidad para viajar a la Argentina, observar los materiales recolectados y visitar los lugares en los que aquél basó sus postulados. Entre los investigadores que asistieron a esa reunión científica destacan los antropólogos Aleš Hrdlička y William Holmes y el geólogo Bailey Willis. Estos científicos extranjeros recorrieron las mismas zonas de la costa bonaerense que Ameghino y Outes, realizaron observaciones geológicas (principalmente estratigráficas) y recolectaron materiales líticos para estudiarlos y compararlos con los obtenidos previamente. Sobre la base de los resultados obtenidos, al igual que Outes, criticaron la falta de contextos estratigráficos claros para asignar una gran antigüedad a los materiales líticos. Además, definieron muchos de los conjuntos líticos como "talleres" utilizados durante el proceso de manufactura de las herramientas líticas, con lo cual la mayoría de los artefactos recuperados eran núcleos y desechos de talla, es decir, producto de las etapas previas a la fabricación de un instrumento, con lo cual explicarían por qué los artefactos recuperados por Ameghino tenían un carácter "tosco y rudimentario", al no ser instrumentos líticos terminados (Bonomo, 2005). Con la publicación del libro *Early Man in South America* en 1912, Aleš Hrdlička cerró este capítulo de discusiones con Ameghino y planteó que el ingreso de las poblaciones humanas a América se habría dado por el estrecho de Bering cuando poblaciones de origen mongoloide lo cruzaron durante el último período postglacial.

Nuevas teorías y fechas

Más de cien años después de las ideas pioneras de Ameghino, y con el creciente desarrollo de las investigaciones arqueológicas en la región pampeana a partir de los inicios de 1980, hoy tenemos un panorama mucho más completo que permite superar las principales hipótesis de Ameghino y abre nuevas puertas a otros temas. En primer lugar, los primeros grupos humanos que ocuparon esta región hace unos 14.000 año cal. AP (Politis *et al.,* 2016), no sólo convivieron con los megaherbívoros, sino que también los cazaron, los consumieron y probablemente aceleraron el proceso de extinción de estas especies y, en segundo lugar, el origen de la especie humana (*Homo sapiens*) no surgió en la región pampeana ni en el continente americano –de hecho, América fue el último continente poblado en el mundo–, sino en África, hace unos 300.000 años AP.

## LAS PRIMERAS EVIDENCIAS EN NORTEAMÉRICA: FOLSOM Y CLOVIS

Una vez que las propuestas pioneras sobre un origen autóctono de la humanidad en la costa Bonaerense planteadas por Florentino Ameghino fueron discutidas y descartadas, tanto por investigadores del ámbito local (Outes en 1909) como inter-

nacional (Holmes, Hrdlička y Willis en 1912), las investigaciones posteriores estuvieron orientadas a delinear el poblamiento temprano del continente americano.

Puntas de lanzas Folsom y Clovis

Contemporáneamente a estas discusiones centradas en el cono sur, comenzaron a aparecer las primeras evidencias arqueológicas y paleontológicas en Norteamérica. En 1908, el vaquero George McJunkin, que vivía cerca del poblado de Folsom (Nuevo México, Estados Unidos), descubrió, en las barrancas del arroyo Wild Horse, a una profundidad de dos a tres metros, los restos óseos de un bisonte extinto que había vivido en esa zona hace más de 10.000 años. Tal descubrimiento permaneció casi dos décadas en la oscuridad, y recién en 1926 y 1928 los investigadores del Museo Americano de Historia Natural de Nueva York realizaron trabajos de excavaciones en la misma zona y recuperaron puntas de lanzas entre las costillas de un Bisonte extinto en South Bank (arroyo Wild Horse), lo que evidenció una clara asociación entre fauna extinta y restos culturales, producto de la actividad de grupos cazadores-recolectores. Estas puntas de lanzas, llamadas Folsom en reconocimiento a la localidad donde fueron descubiertas, se caracterizaron por ser bifaciales lanceoladas, con una acanaladura que recorre toda la pieza, desde la base hasta el ápice. Poco tiempo después, en el sitio Blackwater Draw, cerca de la ciudad de Clovis (Nuevo México), en 1929, también se recuperaron otras puntas de lanzas, muy similares a las de Folsom, pero con una acanaladura menor, conocidas actualmente como puntas Clovis.

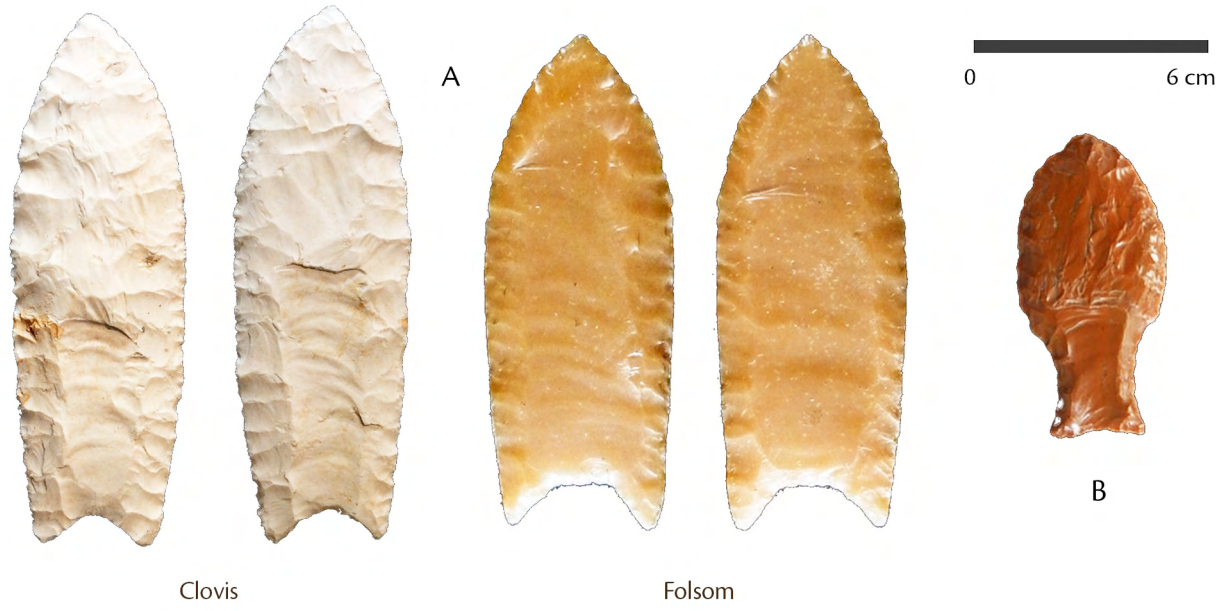



Figura nº 2. A: Puntas Clovis y Folsom. B: Punta cola de pescado. Fuentes: www.stonehengemuseumsupply.com y Archivo particular de Rafael Suárez, respectivamente.

Nuevas hipótesis

A partir de estos descubrimientos, a los que se sumó el abandono de las teorías de Ameghino y la credibilidad que iban logrando las ideas de Hrdlička sobre un poblamiento tardío de América (alrededor de 10.000 años AP), comenzaron a establecerse las bases para nuevas hipótesis, para lo cual se contaba con evidencia de la actividad humana directamente asociada con la megafauna. De esta forma, este nuevo debate estuvo centrado en poder determinar si estas evidencias de grupos humanos especializados en la caza de grandes mamíferos extintos, que utilizaron estas puntas de lanzas tan particulares, fueron realmente los primeros pobladores de América o si hubo otros pobladores previamente. Casi dos décadas después, con la introducción de los fechados radiocarbónicos en 1949, se pudo confirmar algo que ya era evidente: las puntas asociadas a restos de fauna extinta eran muy antiguas, y se estableció una cronología, para las de Folsom, de 12,850 a 11,900 años cal. AP (10.900 a 10.200 años $C^{14}$ AP) y, para las de Clovis, de 13,150 a 12,850 años cal AP (11.050 a 10.800 años $C^{14}$ AP).

Cultura Clovis

Durante las décadas siguientes a la del 30, las evidencias arqueológicas halladas en Folsom, Clovis y otros sitios, que proveyeron puntas de proyectil parecidas con fechados contemporáneos, fueron creciendo a lo ancho de todo Estados Unidos y el sur de Canadá, y se fue construyendo la imagen de la Cultura Clovis como la de los primeros americanos o, como se la conoce en la literatura, Clovis First. Éste paradigma dominó la arqueología americana casi toda la segunda mitad del siglo XX. Según él, los primeros habitantes habían llegado al continente americano en el último milenio del Pleistoceno, es decir, hace 11.000 años AP, y eran cazadores-recolectores especializados en la caza de grandes mamíferos hoy extintos, entre los que se destacan el bisonte (*Bison antiquus*), el mamut (*Mammuthus columbi*) y el mastodonte (*Haplomastodon*). Como vimos, unas de las características principales de estos grupos eran las lanzas utilizadas para la caza, que se caracterizaban por tener grandes puntas bifaciales (hasta 15 cm de largo) con una acanaladura en una o en ambas caras de la pieza, las cuales –se cree– servían para sujetar de una mejor manera la punta al palo. Otra de las características importantes de la cultura material de estos grupos eran unos núcleos de piedra muy elaborados con los que se obtenían finas láminas en formas de hojas angostas y largas, conocidos como núcleos de hojas, que se utilizaban para la elaboración de las herramientas y de agujas, punzones y adornos en marfil.

Esta visión de Clovis Primero perduró durante varias décadas en la arqueología americana y comenzó a cuestionarse cuando empezaron a aparecer, durante la década de los 60 y 70, otros sitios con evidencias más tempranas que las de Clovis, tanto en el norte como en el sur de América. Aunque muchas de estas evidencias fueron cuestionadas y desacreditadas, se inició desde entonces un intenso debate sobre el poblamiento de América.

## Época de arribo y vías de ingreso de los primeros americanos

Actualmente, las discusiones referidas a cuándo y cómo se pobló el continente, es decir, cuáles fueron las rutas de ingreso a América y cuándo ingresaron los primeros *Homo sapiens*, se sostiene principalmente sobre cuatro pilares sólidos de investigación: la evidencia arqueológica, los análisis biomoleculares (*e.g.*, ADN, proteínas, lípidos, etc.), los estudios geológicos y los ecológicos que ayudan a reconstruir el escenario paleoambiental de ese momento.

Poblamiento americano

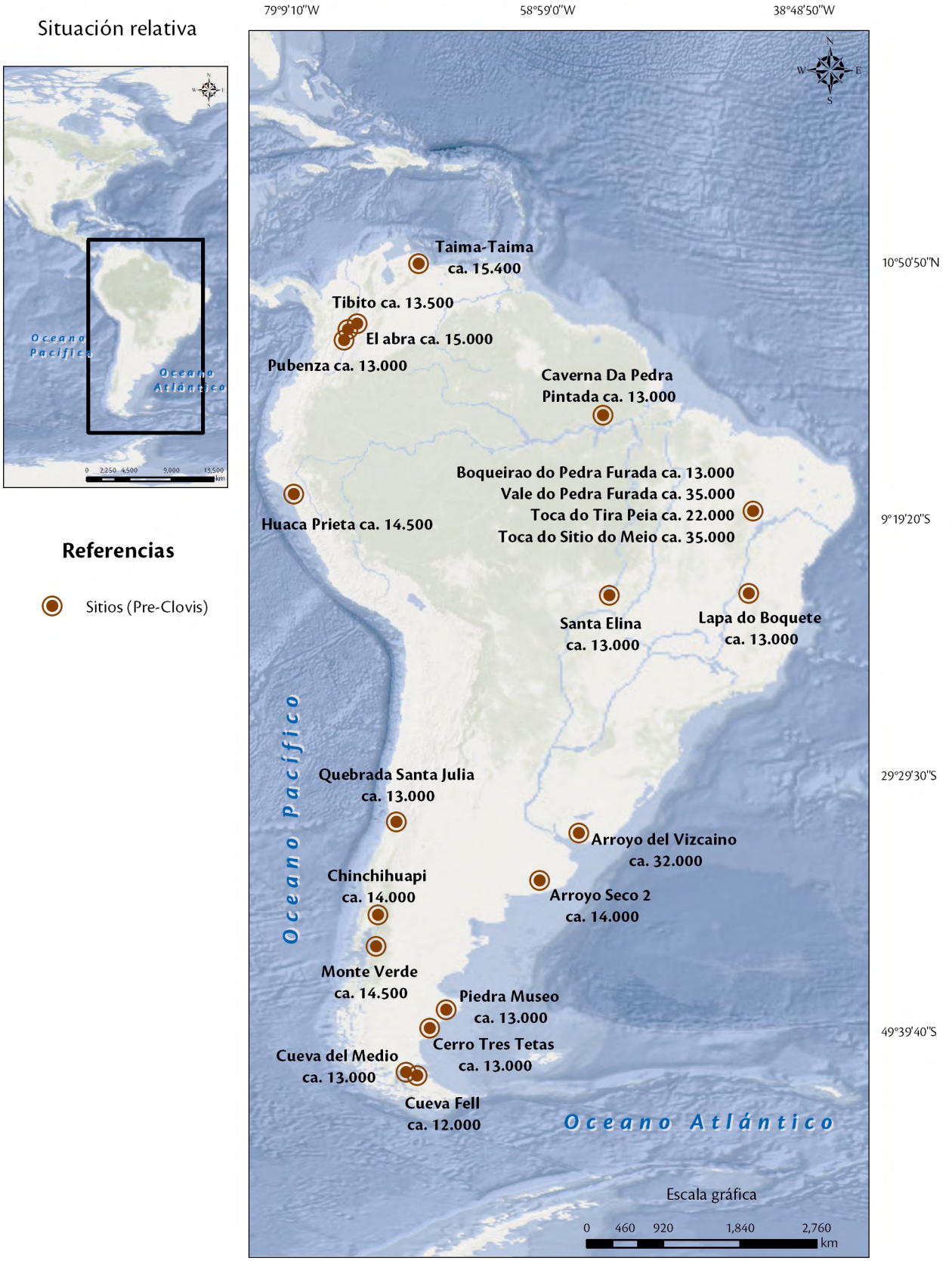
Durante la mayor parte del siglo XX, se asumió que el problema del poblamiento americano estaba más o menos resuelto. Los primeros grupos humanos colonizaron América hace unos 13.500 años cal. AP después de cruzar el puente terrestre de Beringia, hoy sumergido bajo el mar en el estrecho de Bering, y atravesaron el corredor libre de hielo de Alberta para asentarse en las planicies norteamericanas. Una vez en ellas, los grupos "Clovis" y sus descendientes extendieron su cultura por todo Norteamérica y el resto del continente. Las numerosas evidencias arqueológicas recuperadas de la cultura Clovis (por ejemplo, las puntas de proyectiles acanaladas y la fauna extinta) ayudaron a sostener durante casi todo el siglo XX el modelo Clovis Primero.

Poblamiento Pre-Clovis

Sobre la base de investigaciones realizadas en las últimas décadas, hoy podemos sostener que los Clovis no fueron los primeros grupos humanos que ingresaron a América ni los primeros en poblarla, pero podemos afirmar que fue una de las culturas que se extendió rápidamente por todo el hemisferio norte logrando una adaptación a los diversos ambientes que éste presenta . En tal escenario, el cono sur juega un rol fundamental en este debate científico. A partir de mediados de 1970, sobre la base de evidencias arqueológicas recuperadas en distintos países de Sudamérica, empezó a discutirse el modelo Clovis Primero, aunque con mucho escepticismo por parte de la arqueología norteamericana. De esta forma, en las dos décadas subsiguientes, las investigaciones estuvieron marcadas por intensos debates que giraron en torno a un poblamiento Clovis Primero o Pre-Clovis. Aunque Sudamérica evidencia diversos sitios con cronologías anteriores a los 13.500 años cal. AP, es decir, pre-Clovis (mapa n° 1), muchas de éstas han sido desestimadas argumentando que los sitios presentaban distintos problemas

Mapa n° 1. Sitios en Sudamérica con edades anteriores a los 13.500 años cal. AP (Pre-Clovis). Fuente: elaboración personal.

para su consideración (por ejemplo, Toca do Boqueirão da Pedra Furada, Taima Taima, Arroyo Vizcaíno, etc.). En estos sitios se discutía la veracidad de los materiales, su asociación estratigráfica con las edades obtenidas y la metodología de excavación, entre otros aspectos.



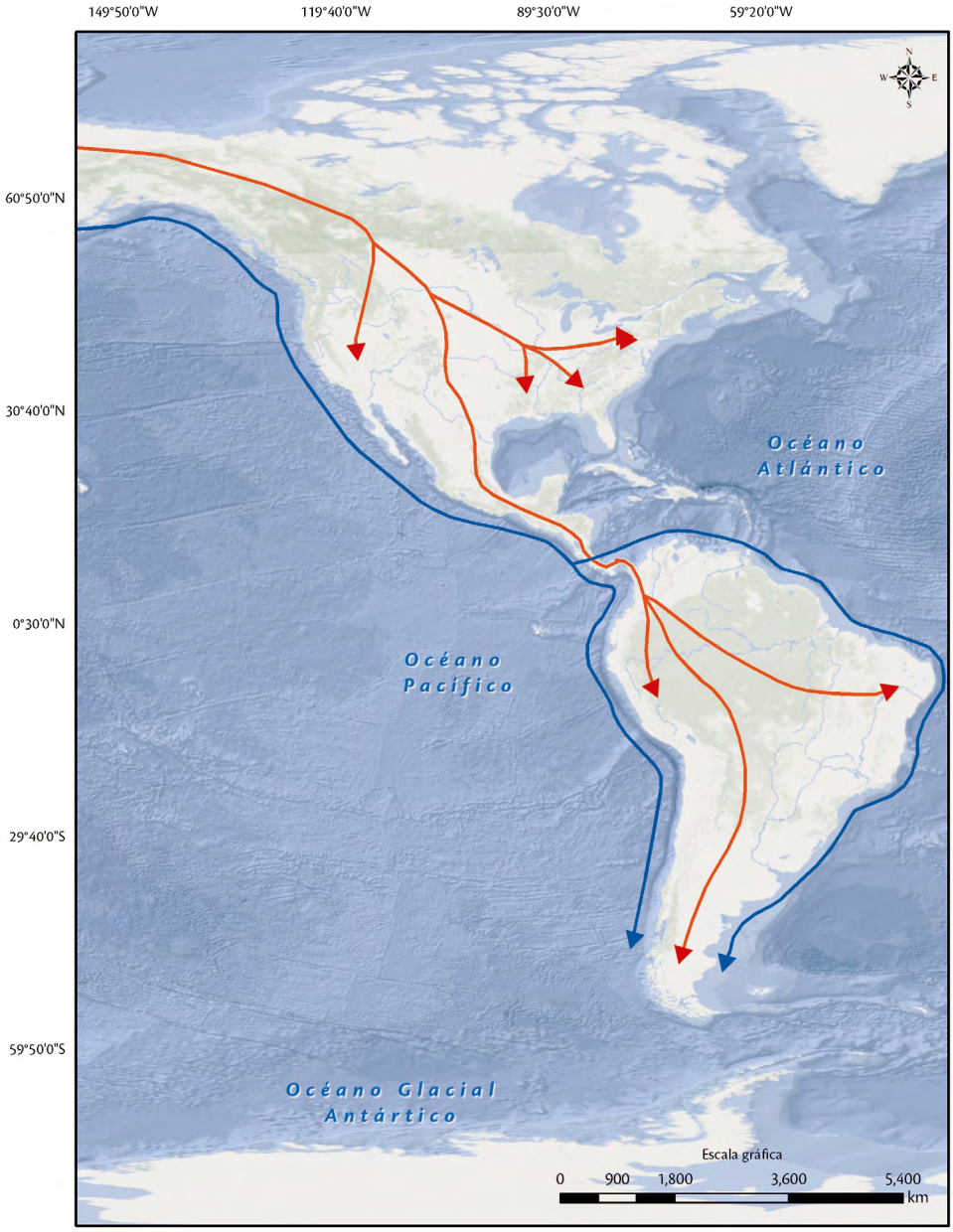

## Nuevos interrogantes

En los últimos diez o quince años, los trabajos publicados, posicionados en una u otra postura, presentan aspectos en común, así como también diferencias. Por

un lado, los investigadores coinciden con determinada evidencia, por ejemplo, un origen asiático de las poblaciones y un ingreso por Beringia hacia fines del Último Máximo Glaciar (25.000 a 18.000 años AP), por otro lado, discuten la confiabilidad y los métodos utilizados en las dataciones radiocarbónicas, la cronología de apertura del corredor libre de hielo de Alberta, los contextos arqueológicos y los materiales recuperados (tecnología lítica principalmente). Dentro de estos últimos aspectos, también podemos sumar las interpretaciones obtenidas a través de los estudios biomoleculares que, si bien aportan información muy valiosa, que crecido de forma significativa en los últimos años, no dejan de ser una herramienta más en el análisis. Con ellos se consigue tanto evidencia prácticamente indiscutible como otra relativa que apunta a estimaciones cronológicas que pueden estar sesgadas por procesos propios de la biología, como mutaciones, deriva génica, extinción de poblaciones, etc., por lo que sólo se obtiene una mirada parcial o recortada de la posible realidad de los eventos.

## Vías de ingreso al continente

Sobre la base de las evidencias recientes, las vías de ingreso al continente se han reducido a dos posturas principales: una ruta que bordea la costa del Pacífico Norte, ya sea por el interior de Beringia o por el sur de este puente terrestre, y otra ruta por el interior de Norteamérica que atraviesa el corredor libre de hielo de Alberta (mapa n° 2). Otras potenciales rutas que fueron propuestas décadas




Mapa n° 2. Rutas hipotéticas de ingreso al continente americano. Fuente: elaboración personal.

atrás: la del mar del norte, desde Europa hasta la costa este de los Estados Unidos (modelo Solutrense), o la ruta transpacífica, que supone desplazamientos de isla en isla por Polinesia y Melanesia hasta arribar a las costas de Perú o el norte de Chile. Actualmente, han quedado relegadas y fuera de discusión por diversos argumentos, entre ellos quizás el más sólido es la evidencia genética, puesto que el ADN de los nativos americanos parece derivar de las poblaciones del noroeste de Asia .

Estudios genéticos

Los estudios genéticos realizados sobre muestras de poblaciones nativas contemporáneas y de restos óseos humanos recuperados en diversos sitios arqueológicos de América y Asia, han permitido reconstruir una estimación temporal sobre la divergencia de estas poblaciones y la posterior migración a América (Waters, 2019). Para resumir estos resultados, debemos saber que estos estudios se realizan a través de dos líneas principales: 1) los análisis de ADN mitocondrial (ADNmt), que se rastrean por medio de la línea materna, y 2) los linajes de ADN del cromosoma Y, que se siguen por la vía paterna. Estos estudios han demostrado que los antepasados de todos los nativos americanos descenderían de cinco linajes maternos (haplogrupos A, B, C, D y X) y de dos linajes paternos (haplogrupos C y Q), todos provenientes de Asia. El análisis de ADNmt sugirió que la "población madre" de la que derivaron los primeros americanos se habría aislado de los linajes asiáticos, muy probablemente en el este de Beringia, antes que se dispersaran los grupos humanos hacia América. Después de esta "Parada en Beringia" (modelo Beringia Standstill, como se lo conoce en la bibliografía), un pequeño grupo de personas se separó de esta población y se desplazó hasta el sur de las masas de hielo continental que cubrían la mayor parte de Canadá y pobló con éxito toda América.

Ancestros de los primeros americanos

A este marco se suma el análisis de los genomas que también muestra que los ancestros de los primeros americanos, denominados Antiguos Eurasiáticos del Norte (ANE), emergieron en Eurasia y mantuvieron un intercambio de material genético con los asiáticos del Este hasta al menos los 25.000 años AP, y que incluso estas poblaciones también recibieron un flujo genético de antiguas poblaciones siberianas entre los 25.000 y 20.000 años AP. Posteriormente, la población ancestral (ANE) se aisló de este flujo genético externo. Y, en algún momento entre los 22.000 y 18.000 años AP, las poblaciones que habitaban Beringia, Antiguos Berengianos (AB), también se separaron genéticamente de los ancestros americanos (ANE). Ahora bien, lo importante en este punto es que, en algún momento entre los 17.500 y los 14.600 años AP, los Antiguos Berengianos se dividieron en dos ramas: los Nativos Norteamericanos (NNA) y los Nativos Sudamericanos (SNA). Esta divergencia probablemente ocurrió mientras los grupos migraban hacia el sureste de Beringia o después de haber ingresado a Norteamérica (Waters, 2019). Una vez al sur de las capas de hielo, la rama NNA se restringió geográficamente al sector noroeste de América del Norte, mientras que la mayor parte de América del Norte y América del Sur fue poblada por múltiples grupos de la rama SNA.

Como se puede ver, los estudios genéticos muestran de manera concluyente que los primeros americanos no se originaron en Europa, como lo postula la hipótesis solutrense, ni tampoco respaldarían una ocupación "exitosa" de las Américas antes de los 17.500 años AP; si ésta existió, no han quedado evidencias genéticas en las poblaciones nativas contemporáneas ni en restos humanos arqueológicos.

Sitio Monte Verde

En un trabajo reciente, Braje y colaboradores (2017) apoyan un modelo de poblamiento de América Pre-Clovis (es decir, anterior a los 13.500 años cal. AP) y argumentan que los primeros pobladores debieron arribar a América entre los 25.000 a 15.000 años AP, tomando como ruta de ingreso la costa norte del Océano Pacífico. Para los autores, el modelo de Clovis Primero comenzó a perder fuerza a finales de 1980, cuando aparecieron las primeras evidencias arqueológicas que apoyan la hipótesis de una navegación marítima durante finales del Pleistoceno, que permitió la colonización de algunas islas del este de Asia. Además, a

fines de la década de 1990 y comienzo de los 2000, este paradigma de Clovis Primero se derrumbó después de una fuerte aceptación académica del sitio arqueológico de Monte Verde, ubicado en Chile central, cerca de la costa del Pacífico. Este yacimiento es uno de los sitios más importantes y centrales en el debate del poblamiento de América, ya que fue ocupado hace unos 14.500 años cal. AP, y posiblemente también hubo una primera ocupación poco antes entre los 16.000 y 18.000 años cal. AP), es decir, mil años antes que los sitios Clovis y que la apertura del corredor libre de hielo de Alberta, el cual se estima que ocurrió hace 13.500 años cal. AP, junto a las primeras manifestaciones de la cultura Clovis. Además, el sitio Monte Verde muestra evidencias de haber sido un campamento residencial que fue utilizado de forma intensa durante un período prolongado; allí se recuperaron, además de artefactos líticos, estructuras de fogones, cimientos de viviendas de madera y una gran diversidad de vegetales comestibles y medicinales.

Reconstrucciones paloclimáticas

Las reconstrucciones paleoclimáticas que se han realizado respecto de la costa norte del Océano Pacífico evidenciarían que la desglaciación de este sector del continente habría dejado al descubierto una franja del litoral marino que posibilitó la dispersión de las poblaciones humanas hacia los 17.000 años cal. AP, esto es, alrededor de 3.500 años antes que la apertura del corredor libre de hielo de Alberta. Esta franja costera poseía un rico ecosistema de recursos marinos y terrestre que permitió que los primeros grupos humanos ingresaran por la costa del Pacífico desde el noreste de Asia, atravesando Beringia y posteriormente América (Braje *et al.*, 2017).

Ingreso por la costa norte del Pacífico

Este modelo de ingreso por la costa tiene algunos aspectos positivos y negativos que deben ser considerados. Los autores enfatizan que la costa americana del Océano Pacífico posee un rico ecosistema marino, que combina ambientes estuarios, ribereños y terrestres, los cuales debieron favorecer la adaptación de las poblaciones humanas. No obstante, quizás el problema principal con este modelo sigue siendo poder identificar los sitios arqueológicos tempranos que hoy se encuentran bajo el agua y que tendrían las evidencias culturales de estas primeras poblaciones. Los procesos de desglaciación y especialmente la acción erosiva del agua marina son algunos de los aspectos que se deben tener en cuenta al momento de evaluar la formación de estos sitios costeros. Como señalan los autores, es probable que estos procesos no hayan permitido una adecuada conservación de los restos arqueológicos de los primeros americanos que tomaron esa ruta y, por eso, no se han registrado de forma convincente sitios costeros anteriores a Clovis, con excepción de unos pocos, por ejemplo, los restos óseos humanos del sitio Arlington Man, de aproximadamente 13,000 años cal. AP, en la isla Santa Rosa de California. Además, estos procesos geológicos ocurridos después de la desglaciación del continente no sólo afectan a los sitios hoy sumergidos, sino que también a algunos sectores que nunca lo estuvieron, por ejemplo, Alaska y Columbia.

Sitios de Norteamérica

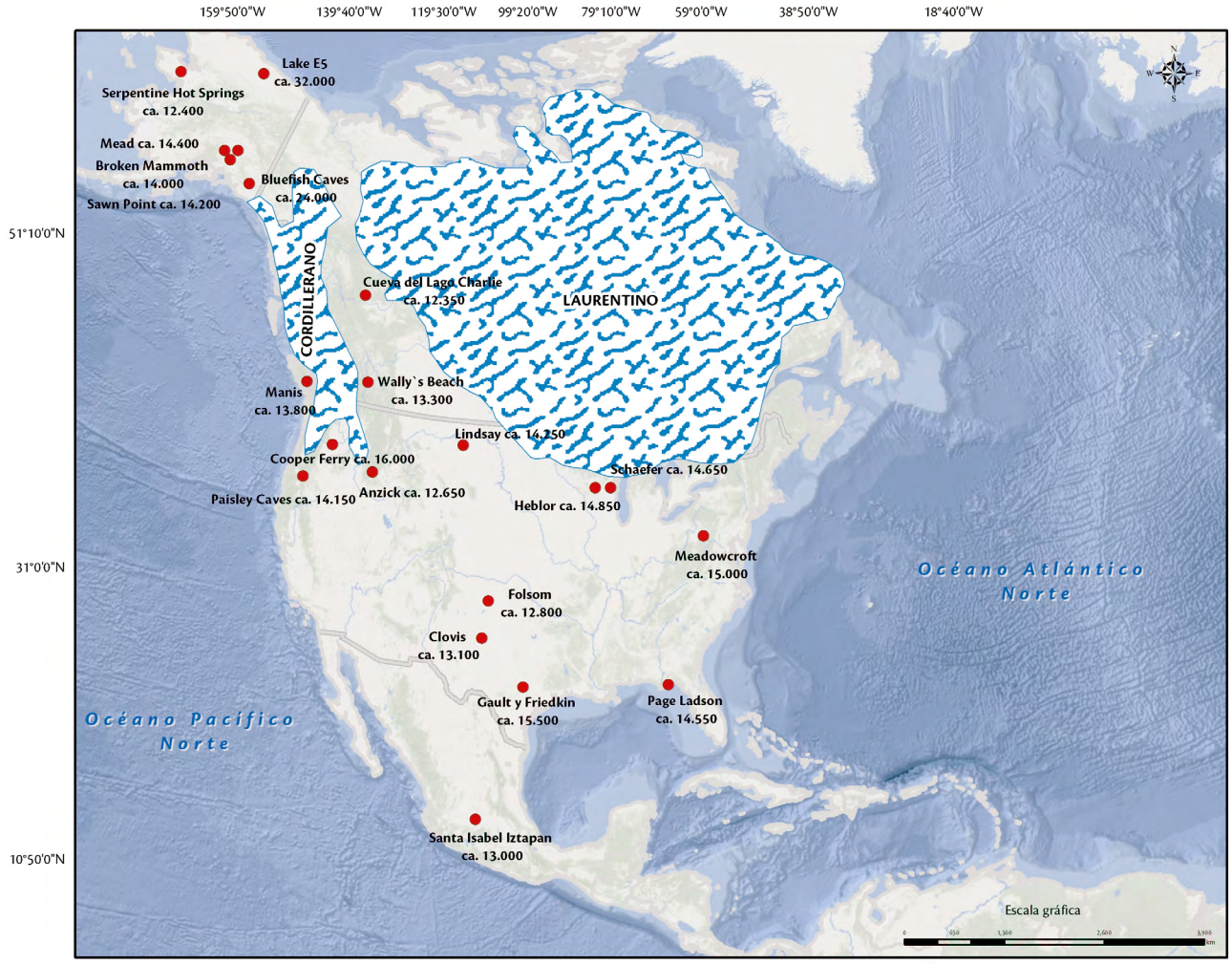
En el interior de Norteamérica, las evidencias anteriores a Clovis se han incrementado (mapa n° 3) y poseen una amplia aceptación académica, a diferencia de lo que sucedía algunas décadas atrás. Las edades de estos sitios se ubican entre los 13.000 a 16.000 años cal. AP (*e. g.*, Buttermilk Cave, Page-Ladson, Manis Site, Paisley Cave, Cooper Ferry). A ellos se suman, posiblemente, otros sitios con evidencias humanas datadas *ca.* 24.000 y 32.000 años cal. AP (Bluefish Cave y Lake E5, respectivamente). Debe destacarse que es en el interior del continente donde se han concentrado y sostenido las investigaciones durante décadas para identificar los sitios tempranos de América, mientras que la búsqueda en la franja costera recién ha comenzado de forma sistemática en los últimos años.

Diferentes posturas

Por otro lado, Potter y colaboradores (2018) consideran que la evidencia actual es un poco "ambigua" para sostener un ingreso tan temprano de los primeros pobladores a América (entre los 25.000 y 15.000 años cal. AP) como sugiere Braje y colaboradores (2017). Según ellos, el poblamiento inicial estaría más relacionado a un arribo un poco más tardío, ya sea por el interior de Norteamérica o por la ruta costera (Potter *et al.*, 2018). La postura de estos autores y las críticas a un

modelo de poblamiento anterior a los 15.000 o 16.000 años cal. AP se centra en distintos aspectos. En primer lugar, consideran que no hay un consenso generalizado sobre la validez de los sitios anteriores a los 16.000 años cal. AP, ya que no cuentan con dataciones precisas, artefactos inequívocos y una asociación clara entre ellos. En segundo lugar, desde la perspectiva de la tecnología lítica, especialmente las puntas de proyectil, hay pocas conexiones tecnológicas tanto entre los sitios pre-Clovis (de 16.000 a 13.500 años cal. AP) como respecto de los artefactos recuperados en sitios datados con posterioridad a este rango cronológico. En tercer lugar, apoyándose en las evidencias genéticas, sostienen que los estudios recientes indicarían que los primeros americanos se separaron de las poblaciones de Siberia hace unos 24.900 a 18.400 años cal. AP, y posteriormente se produjo una dispersión de la población dentro de América entre los 16.000 a 13.500 años cal. AP. Como vimos anteriormente, en América solo se han identificado dos linajes: uno de ellos restringido al sector norte de Norteamérica y el otro al sur, directamente relacionado con Clovis. Por lo tanto, un linaje de nativos americanos entre 25.000 y 16.000 años atrás es inconsistente con los datos actuales.

Mapa n° 3. Sitios con edades radiocarbónicas previas a Clovis registrados en Norteamérica. Fuente: elaboración personal.




Ausencia de consenso científico

Por último, argumentan que los estudios geológicos y paleoclimáticos actuales estarían indicando que el proceso de desglaciación comenzó hace unos 19.000 años cal. AP, a partir del cual se inició la apertura del corredor libre de hielo de Alberta. De esta manera, alrededor de los 15.000 a 14.000 años cal. AP ya estaría disponible este corredor con un escenario libre de lagos postglaciares y con vegetación capaz de sustentar a la fauna y a los grupos humanos. Los datos genéticos, sumados a la información arqueológica, sugieren la expansión de Siberia a las Américas hace aproximadamente 16.000 a 13.500 años AP, en consonancia con

las migraciones terrestres o costeras. Esta base de evidencia explica la ausencia de consenso entre los científicos con respecto a las rutas y al momento del poblamiento de las Américas.

Ingresos probables a América

Ahora bien, como hemos visto, por el momento la evidencia sigue siendo un poco ambigua para poder llegar a un grado de resolución preciso, y recién en los últimos quince años quizás se han intensificado los estudios de manera considerable. La perspectiva de Potter y colaboradores, no sólo retrasa un poco más el ingreso a América, sino también deja abierta la posibilidad a la existencia de las dos rutas, aunque una lectura exhaustiva lleva a pensar que ellos están más orientados a considerar el ingreso por el interior del continente. La falta de consenso generalizado sobre la validez de los sitios arqueológicos anteriores a los 16.000 años cal AP, como manifiestan los autores, no es un argumento del todo sólido, ya que este aspecto no se condice con la aceptación "generalizada" de varios sitios pre-Clovis encabezados por Monte Verde (figura n° 1). Para poder explicar por qué en Sudamérica se han identificado sitios con edades que rondan entre los 14.000 y 15.000 años cal. AP, es necesario asumir un ingreso a América de, por lo menos, un par de milenios más tempranos. En este sentido, la ruta costera estuvo abierta hace unos 17.000 años cal. AP en la costa oeste de Norteamérica, la que posiblemente parece ser la mejor vía para explicar la migración de los grupos humanos. Además, las fechas de apertura del corredor libre de hielo de Alberta son por el momento un poco ambiguas, y éste pudo estar abierto hace unos 15.000 a 14.000 años cal. AP como sostienen algunos investigadores, o quizás un poco más tarde, como lo manifiestan otros especialistas. De esta manera, el corredor de Alberta deja un margen muy acotado de tiempo para que sea viable pensar que los grupos humanos debieron llegar al este de Estados Unidos y a países de Sudamérica (*e. g.*, Perú, Chile, Argentina, Uruguay y Brasil), tal como lo indica la evidencia arqueológica.

## El poblamiento inicial de la Región Pampeana

Luego de la muerte de Florentino Ameghino en 1911, las investigaciones en la región pampeana fueron escasas y se abandonaron las ideas evolucionistas de principio de siglo. Este contexto duró casi cuatro décadas y presentó un escenario favorable para la radicación en el país de investigadores europeos, como es el caso de los italianos José Imbelloni en 1930 (quien introdujo los principios teóricos de la escuela Histórica Cultural) y Marcelo Bórmida en 1947, y del austríaco Oswald Menghin en 1948.

Paradigma histórico-cultural

Estos dos últimos investigadores, con sus trabajos realizados en las grutas del Oro y Margarita (en las sierras cercanas a la ciudad de Tandil), se convirtieron en los referentes del paradigma Histórico-Cultural que dominó la arqueología pampeana hasta mediados de la década de los 70. Durante ese período, se utilizaron mucho las tipologías líticas para caracterizar "etapas industriales" de desarrollo de los grupos humanos y asignarles de cierta forma una "etnicidad cultural" a los restos materiales recuperados en los sitios arqueológicos, aunque desafortunadamente los aportes a la discusión sobre el poblamiento temprano de la región fueron prácticamente escasos o nulos.

Cambio teórico y metodológico

Recién a comienzos de la década de los 70, con los aportes de Palanca y Madrazo, empezó una nueva etapa de las investigaciones arqueológicas, marcadas por un cambio teórico y metodológico, al romper con las ideas y conceptos que tenía la escuela Histórica-Cultural para abordar el estudio de las sociedades del pasado (Politis y Madrid, 2001). En este período, se produjeron conocimientos significativos respecto del el estudio del poblamiento temprano de la Región Pampeana, cuyos habitantes fueron especificados como "cazadores pleistocénicos" caracterizados por la industria lítica de cuarzo (recuperados en el sitio La Moderna) y las puntas de proyectil del tipo "cola de pescado" (obtenidas en el cerro El Sombrero) (Madrazo, 1979).

Década de 1980

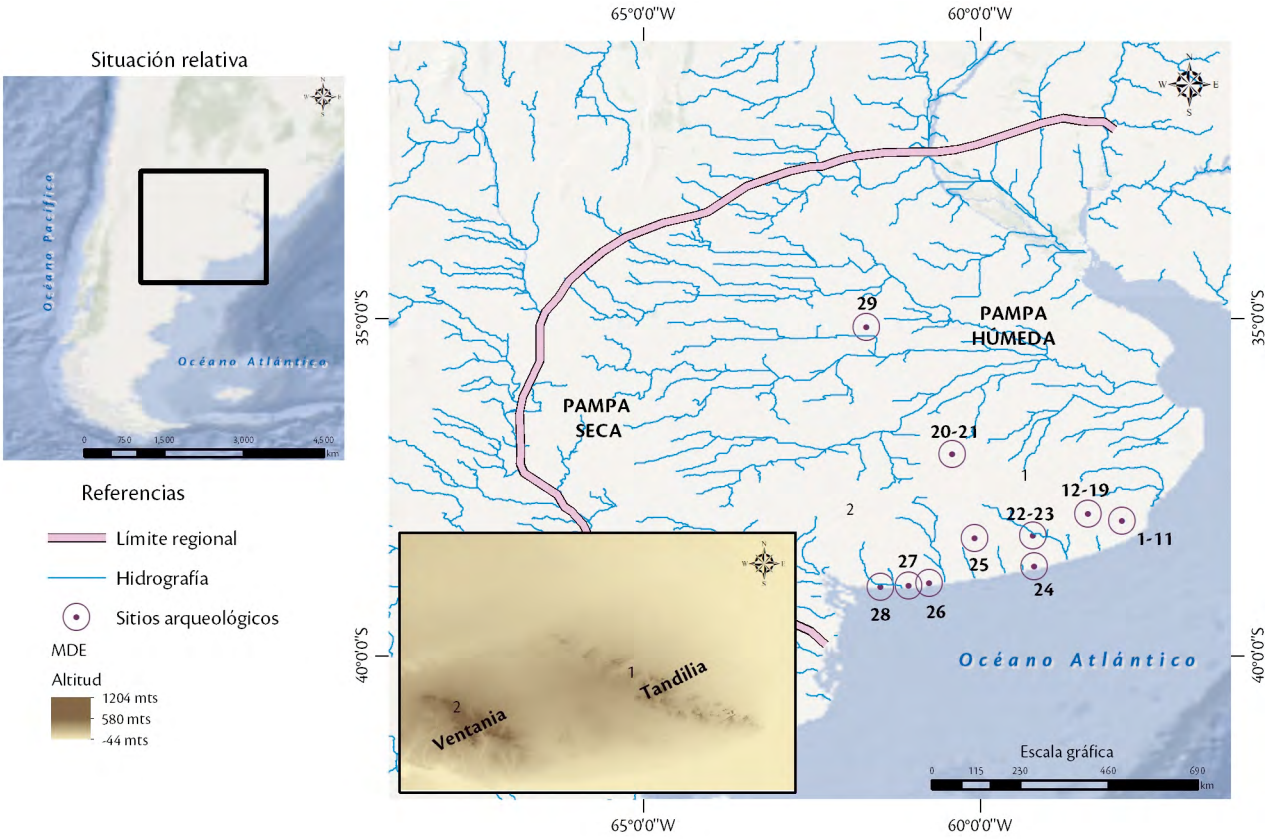
A partir de la década de los 80, comenzó una etapa de investigaciones arqueológicas en la Región Pampeana y se produjo un impulso en cuanto a trabajos

referidos al poblamiento temprano. En este contexto, diversos equipos de investigación, como los dirigidos por Gustavo Politis, Cristina Bayón, Diana Mazzanti, Nora Flegenheimer y Gustavo Martínez, desarrollan trabajos de forma sistemática e introdujeron nuevos modelos y conceptos teóricos. Los resultados obtenidos sobre la base de tales, principalmente en la subregión Pampa húmeda, han permitido generar un conocimiento sólido y muy completo sobre sus primeros pobladores.

Sitios en la provincia de Buenos Aires

La provincia de Buenos Aires presenta una topografía de llanuras y planicies que son interrumpidas por dos cordones serranos bien marcados: las sierras de Ventania al suroeste de la provincia y las sierras de Tandilia al centro-este de ella. Estos dos cordones están conectados por una planicie conocida como la llanura interserrana. En este paisaje, hay tres sectores principales en el que se han descubierto veintinueve sitios arqueológicos (figura n° 4) que aportan la evidencia que permite discutir el poblamiento temprano de la región:

- El sistema serrano de Tandilia: en esta zona se han descubierto veintiún sitios arqueológicos (La Moderna, Campo Laborde, Cerro La china 1, 2 y 3, El Sombrero (Cima y Abrigo 1), Los Helechos, Cueva Zoro, El Aljarafe, Cueva Tixi, Abrigo Los Pinos, Cueva El Abra, Alero El Mirador, Cueva Burucuyá, Abrigo La Grita, Cueva Alí Mustafá, Alero Molina 1, Cueva La Brava, Amalia Sitio 2 y Lobería Sitio 1).
- La llanura interserrana: Arroyo Seco 2, Paso Otero 4 y 5.
- El sector sur de la costa atlántica: El Guanaco, La Olla, Monte Hermoso 1 y Pehuen-Co.
- Sector norte: Laguna de los Pampas.




Mapa n° 4. Sitios tempranos de la región pampeana.
Fuente: elaboración personal.
Referencias: 1-11: Cueva Tixi, Abrigo Los Pinos, Cueva El Abra, Alero El Mirador, Cueva Burucuyá, Abrigo La Grita, Cueva Alí Mustafá, Alero Molina 1, Cueva La Brava, Amalia Sitio 2 y Lobería; 12–19: Cerro La China 1, 2 y 3; El Sombrero, cima y abrigo 1; Los Helechos, Cueva Zoro, El Aljarafe; 21-21: La Moderna, Campo Laborde; 22-23: Paso Otero 4 y 5; 24: El Guanaco; 25: Arroyo Seco 2; 26-28: La Olla, Monte Hermoso 1 y Pehuen-Co, y 29: Laguna de los Pampas.

Estudios de diversos aspectos de poblaciones

Particularmente los sectores central y oriental del sistema serrano de Tandilia han provisto la mayor evidencia de sitios arqueológicos tempranos para la región. Los equipos de investigación dirigidos por la Dra. Diana Mazzanti y la Lic. Nora Flegenheimer han detectado hasta la actualidad diecinueve sitos que permiten estudiar distintos aspectos de la organización social de estas poblaciones del pasado. Principalmente, estos sitios presentan una información muy completa de la tecnología lítica y algunos de ellos, por ejemplo Cueva Tixi, también brindan información excepcional sobre las especies animales consumidas en esa época. Por otra parte, en el área interserrana y en el sur de la costa bonaerense, los equipos dirigidos por los doctores Gustavo Politis, Pablo Messineo, Gustavo Martínez y la Lic. Cristina Bayón han generado información muy sólida sobre el registro faunístico, esto es, las especies animales que fueron consumidas por los primeros grupos humanos. De esta forma, el estudio del registro arqueológico de estas áreas se complementa para poder abordar la investigación de la organización social de los primeros pobladores de la región pampeana.

Poblamiento humano de la región pampeana

La información arqueológica generada a partir del estudio multidisciplinario de estos sitios permite sostener que el poblamiento humano de la Región Pampeana se habría iniciado hace, por lo menos, unos 14.000 años cal. AP (Politis *et al.*, 2016) por grupos cazadores-recolectores descendientes de las poblaciones asiáticas que ingresaron a América. Las evidencias más tempranas registradas corresponden al sitio arqueológico Arroyo Seco 2 (partido de Tres Arroyos), en el área interserrana bonaerense. Los trabajos desarrollados allí, durante más de tres décadas, han permitido caracterizarlo como un campamento temporario de actividades múltiples utilizado para el procesamiento animales extintos en dos momentos, el primero fue datado hace unos *ca.* 14.000 años cal. AP y el segundo en *ca.* 13.000 años cal. AP. Además, Arroyo Seco 2 también detenta las primeras evidencias sólidas de entierros humanos datados en unos *ca.* 9.000 años cal. AP.

Características de las poblaciones

En cuanto a la forma de vida de los primeros grupos humanos de cazadores-recolectores que ocuparon esta región, los investigadores coinciden en que presentaban una baja densidad poblacional y tenían una alta movilidad residencial. El traslado periódico de los campamentos dentro de un extenso territorio era una estrategia que les permitía obtener recursos de los distintos ambientes (valles serranos, cuerpos lagunares, llanuras, costa, etc.), así como también afianzar relaciones sociales y de intercambio con otros grupos vecinos de cazadores-recolectores. De esta forma, los primeros grupos humanos se asentaron principalmente en el sistema serrano de Tandilia, en cuevas, aleros y abrigos rocosos y, en menor medida, en emplazamientos a cielo abierto, tanto en las sierras como en el área interserrana. Además, la costa bonaerense también presenta evidencias de ocupación humana con cronologías un poco más tardías que en el interior de la provincia, posiblemente esto se deba a un sesgo producido por los procesos de formación y conservación del registro arqueológico y no a una forma de organización social de los grupos en el pasado.

Subsistencia y alimentación

Con respecto a la dieta, la subsistencia de estos grupos humanos se basó en el consumo de una gran diversidad de especies, tanto mamíferos extintos, como megaterios, gliptodontes o caballos americanos, como también actuales de menor tamaño, como guanacos, venados de las pampas, ñandúes, roedores, armadillos, etc. Las evidencias de estos restos faunísticos y de su procesamiento han sido identificadas en diversos sitios arqueológicos, en el área serrana e interserrana (*e.g.*, Cueva Tixi, Cueva El Abra, Cerro La China Sitio 1, La Moderna, Campo Laborde, Arroyo Seco 2, Paso Otero 5 y El Guanaco Sitio 1 y 2). Sobre la base de los estudios realizados, los investigadores coinciden en que la subsistencia de los primeros grupos humanos estaba basada en una amplia variedad de recursos explotados, por lo que la explican como una "economía regional generalista" (Mazzanti y Quintana, 2014). No obstante, si bien existe un consenso sobre el consumo de distintos animales, el guanaco habría constituido el principal recurso explotado.

Mamíferos de gran tamaño

Un aspecto importante de la dieta fue el rol que cumplieron los mamíferos de gran tamaño (megafauna) durante el poblamiento inicial. Los cambios climáticos ocurridos después de la última glaciación llevaron a una reestructuración del paisaje; por lo tanto, las condiciones ambientales cambiaron de frías y secas a más húmedas y templadas durante la transición Pleistoceno / Holoceno. Estos cambios impactaron en las poblaciones de megamamíferos, ocasionando un lento proceso de extinción. Algunos investigadores consideran que la convivencia con los grupos humanos aceleró este proceso, ya que estos grandes herbívoros habrían tenido un rol central en la subsistencia, mientras que otros sugieren que estos animales habrían sido consumidos de manera marginal a través de la caza o el carroñeo ocasional y que el guanaco y el ciervo fueron los animales más consumidos por los primeros pobladores. En cualquiera de los casos, hay algunos aspectos relevantes que deben ser considerados. En primer lugar, el consumo de la megafauna en la Región Pampeana fue mayor que en otras regiones del país, como por ejemplo el Noroeste, Cuyo y Patagonia. Además, para la obtención de estos grandes animales los humanos se habrían organizado para realizar cazas comunales, en las que posiblemente se unían grupos de distintos lugares y se obtenían grandes cantidades de recursos (Politis, 2012). Esta estrategia no sólo permitía la obtención de alimentos, sino que también serviría para afianzar relaciones sociales y lazos de cooperación. Una vez finalizada la caza, volvían a separarse y regresaban a los lugares donde habitaban periódicamente. En segundo lugar, la actividad humana debió ocasionar un impacto considerable sobre la megafauna. Si bien estos animales se encontraban en una etapa final, a causa de los cambios climáticos, la convivencia con los grupos humanos pudo ser un factor desfavorable en la continuidad de estas especies, ya que no sólo eran cazadas, sino que también la manipulación del paisaje pudo traer aparejado otros factores, como incendios de pastizales que afectaran su alimentación, alteraciones en la migración de los animales, en los ciclos reproductivos, etc.



Figura nº 3. Paleobotánicos y geólogos realizan un trabajo de campo en Alero El Mirador en las sierras del Sistema Tandilia en la provincia de Buenos Aires. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Tecnología lítica

Otro aspecto importante de la organización social de estos grupos cazadores-recolectores es la tecnología lítica, es decir, las herramientas realizadas en

piedra que eran fundamentales para la obtención de alimentos. Esta tecnología se caracterizó por presentar una amplia diversidad de artefactos, como cepillos, raspadores, perforadores, cuchillos, raederas, etc., los que fueron utilizados para cazar, cuerear y carnear las presas, preparar los cueros, cortar madera y vegetales, etc. Una de las características que comparten varios sitios tempranos de la región pampeana es la presencia de puntas de proyectil denominadas como "Cola de Pescado o Fell 1", debido a su forma o al sitio donde fueron descubiertas. Estas puntas fueron identificadas por primera vez por el arqueólogo norteamericano Junius Bird en 1938 en la Cueva Fell, al sur de la Patagonia chilena y desde entonces se han recuperado en distintos países de Centro y Sudamérica, lo que parecería indicar que son productos de un conocimiento tecnológico compartido entre los cazadores-recolectores tempranos del cono sur. No obstante, si bien tales puntas muestran una amplia distribución geográfica en Sudamérica, es en Patagonia y en la Región Pampeana (incluyendo Uruguay) donde se evidencia el mayor número y diversidad de estas piezas, como en el Cerro El Sombrero (Buenos Aires) y Cerro Amigo Oeste (Río Negro). Estas puntas de lanzas, que probablemente eran arrojadas con un propulsor (también llamada estólica o átlatl) y estaban muy relacionadas a la caza de megamamíferos, desaparecen del registro arqueológico hace aproximadamente 11.000 años cal, AP, junto con los grandes mamíferos.

Rocas utilizadas para las herramientas

Respecto de la tecnología lítica, es fundamental identificar cuáles fueron las rocas utilizadas para la manufactura de las herramientas, ya que ello permite abordar distintos aspectos de la organización social de los grupos humanos del pasado. En la provincia de Buenos Aires, se han reconocido cuatro sectores de los que se obtuvieron las rocas: los sistemas serranos de Tandilia y Ventania principalmente, y en menor medida la costa atlántica y algunos afloramientos que aparecen de forma somera en el área interserrana. Las rocas de las sierras de Tandilia fueron las más utilizadas, en particular las ortocuaritas del Grupo Sierra Bayas (OGSB). Se trata de rocas sedimentarias de grano fino, de muy buena calidad para la talla lítica; se ubican en un sector muy localizado del paisaje: en las cercanías de la ciudad de Barker. De esta forma, la obtención de esta roca implicó una programación y una organización de las tareas, según las cuales los grupos humanos debieron realizar viajes a este sector restringido del paisaje, obtener las rocas y luego trasladarlas a los lugares donde se asentaban frecuentemente, superando en algunos casos distancias de hasta 200 km. Otra de las particularidades que poseen estas OGSB es la diversidad de colores y tonalidades: la mayoría de los afloramientos son de color blanco; en menor medida –por lo tanto, mucho más acotado en el paisaje– hay rocas de colores rojo, amarillo, naranja y rosado. Según los trabajos realizados, los investigadores consideran que para la talla de puntas de proyectil cola de pescado se seleccionaron las rocas de mejor calidad de tonalidades rojizas. Por otro lado, también se utilizó otra roca sedimentaria del sistema serrano de Tandilia: las ortocuarcitas de la Formación Balcarce (OFB). Éstas se distribuyen de forma homogénea en el sistema serrano, ya que afloran desde la ciudad de Olavarría hasta Mar del Plata, por lo cual eran de fácil obtención. No obstante, este tipo de roca es de grano medio a grueso; por lo tanto, posee menor calidad que las OGSB para la fabricación de instrumentos en piedra. Además, en este período también destacan, por su distancia a los lugares donde están disponibles, las calizas silicíficas. Una roca silícea de color rojo y de muy buena calidad para la talla ha podido ser identificada en la provincia de Entre Ríos y en el actual territorio de Uruguay, es decir, a unos 500 km de distancia de los sitios del área serrana e interserrana.

## CONSIDERACIONES FINALES

Con la superación del modelo de Clovis Primero, la discusión sobre el poblamiento inicial de América se ha desplazado a intentar definir dos aspectos centrales: por un lado, la fecha de ingreso al continente, si éste ocurrió con anterioridad o posterioridad a la última glaciación (es decir, antes o después de los 25.000 y

18.500 años cal. AP) y, por otro, cuál de las dos rutas que hoy se mantienen en la discusión fue el camino tomado por los primeros pobladores (o si fueron ambas).

Actualmente, la mayoría de los datos arqueológicos y genéticos sugieren que América fue ocupada por grupos cazadores-recolectores que cruzaron el puente terrestre de Beringia después de la última glaciación. Los modelos genéticos más aceptados sobre la reconstrucción de ADN antiguo indicaría que los primeros americanos provienen de orígenes asiáticos, después de haber pasado por un período de aislamiento genético en Beringia durante el último máximo glaciar. Es decir que estos pobladores debieron ingresar a América en una fecha cercana a los 18.000 años cal. AP y posteriormente expandirse por el continente entre los 16.000 a 13.500 años AP, ya sea por vía terrestre atravesando el corredor libre de hielo o bordeando la costa del pacifico norte e ingresando al continente americano.

Hay varios sitios arqueológicos clásicos en Sudamérica con cronologías previas o contemporáneas a las de Clovis que se encuentran a un margen de la discusión (*e. g.*, Taima-Taima, El Abra 2 y Tibiteo). De acuerdo al desarrollo de la arqueología actual y de los estándares científicos, estos sitios necesitan una revisión y una actualización de las investigaciones, que incluyan nuevas excavaciones controladas, nuevos fechados radiocarbónicos, estudios tafonómicos y geológicos en profundidad, etc. Los resultados de estos eventuales estudios podrían poner a estos sitios nuevamente en escena y acompañar la evidencia de otros yacimientos, como los de Huaca Prieta, Monte Verde, Arroyo Seco 2, etc.

# LA MOVILIDAD VISTA DESDE LA ARQUEOLOGÍA

## INTRODUCCIÓN

En el año 2021, la pandemia causada por el coronavirus nos ha hecho conscientes de cuánto nos trasladamos. Hacemos viajes largos por turismo, por estudio, por trabajo, viajes en los que trasladamos comida, bienes, ideas y enfermedades. Pero, sobre todo, nos ha hecho advertir cuántos traslados más cortos realizamos. Somos seres sociales, salimos de nuestras casas para ir al trabajo, para abastecernos, para ir a tomar una cerveza o encontrarnos con alguien. Si bien somos una sociedad sedentaria, nuestro día a día está estructurado por una serie de actividades que dependen de estos pequeños movimientos y que llevamos a cabo desde que nos levantamos hasta que nos acostamos. Cuando dichas actividades y sus consecuentes traslados se convierten en rutina, los naturalizamos de tal modo que dejamos de percibirlos y reflexionar sobre ellos, hasta que un fenómeno disruptivo, como una pandemia y una cuarentena que limita nuestra movilidad, irrumpe nuestra cotidianidad, trastocando dichas rutinas, su dinámica y el sentido con el que interpretamos el mundo (Reguillo, 2006). Esto pone de relieve que, aun constituyendo una sociedad sedentaria, estos pequeños traslados altamente rutinizados son fundamentales tanto para nuestra vida social y laboral y para nuestra salud física y emocional.

Procesos migratorios

La historia del *Homo sapiens* está signada por movimientos de distintas escalas. En particular, las migraciones de larga distancia han caracterizado nuestro desarrollo desde sus inicios. Sabemos hoy, por ejemplo, que la primera salida de *H. sapiens* desde África hacia otros continentes ocurrió hace unos 180.000 años y que, finalmente, el último gran movimiento migratorio que también partió de África, hace entre 80.000 y 60.000 años, culminó con la ocupación de toda la Tierra. El *H. sapiens* comenzó poblando el sur de Asia, a través del corredor del Levante en Asia Oriental, para luego trasladarse a Australia por vía marítima. Este mismo proceso migratorio llevaría luego a la ocupación de Asia central, Europa y finalmente América. En todo el continente americano, hasta su extremo más meridional, hay indicios aislados de ocupaciones de 13.000 años de antigüedad, lo que implica que debió haberse poblado con, al menos, alguna anterioridad (Politis *et al.*, 2009; Abajo González, 2019; Prates *et al.*, 2020; Miotti y Bonnat / Mazzanti, en este volumen) ¿Por qué ocurrieron estos procesos migratorios? ¿Qué motivó a los *H. sapiens* a explorar y colonizar la Tierra? Actualmente, se considera que las migraciones son fenómenos multidimensionales, en las que confluyen motivos ecológicos, demográficos, económicos, políticos y sociales (Tolcachier, 2019). De la misma forma, motivos similares pudieron impulsar esas grandes migraciones que ocurrieron antiguamente y son inherentes a nuestra existencia.

Causas de la movilidad

Como dijimos, entonces, la movilidad es un rasgo común a todas las sociedades humanas. Los movimientos pueden ser individuales o grupales, de escala

pequeña –ya sea para conseguir recursos, realizar rituales o ceremonias, explorar nuevos espacios–, o de gran escala, entre un centenar de posibilidades (David *et al.*, 2014). Las personas que poblaron América eran cazadoras-recolectoras nómades. En estos grupos, a diferencia de los sedentarios, la movilidad implica, por un lado, el traslado periódico a cierta distancia de todo el grupo social y de su residencia, es decir, del espacio doméstico; y, por otro lado, movimientos de cortas distancias realizados diariamente. Tradicionalmente, todos estos traslados han sido considerados respuestas a la necesidad de obtención de recursos para la subsistencia y, por lo tanto, estarían determinados principalmente por la disponibilidad y abundancia de tales recursos. Sin embargo, esta reducción de las actividades y las prácticas sociales a meras conductas orientadas a la subsistencia está en discusión. Actualmente, se ha resaltado la importancia de otros factores, como la necesidad de producir y reproducir lazos sociales, la conformación de redes migratorias, de la cosmología y el significado espiritual de los lugares y los recursos que también influyeron notoriamente en la movilidad (David *et al.*, 2014, Tolcachier, 2019).

En los 180.000 años como *Homo sapiens*, es decir, más del 95% de nuestra historia, practicamos el nomadismo y el modo de vida cazador-recolector. Hace sólo 10.000 años que comenzamos a vivir de manera más sedentaria en algunas partes del mundo. Incluso, en ciertos lugares, este cambio se dio posteriormente y en algunos pocos aún se conserva una forma de vida nómade. Por ello, nuestras percepciones y hábitos en torno a la movilidad actual constituyen una forma posible de organizarnos socialmente, pero no son la única.

## ¿Cómo estudiamos la movilidad desde la arqueología? ¿Qué nos cuentan los objetos de piedra?

### El rol de la arqueología

¿Cómo es posible afirmar que, desde los comienzos de nuestra historia como *Homo sapiens*, la movilidad ha sido una de nuestras características distintivas? ¿Cómo sabemos que nos trasladamos desde hace tanto tiempo? La historia no nos permite contestar estos interrogantes, ya que hace 180.000 años no existían los registros escritos. Es a partir de la arqueología que podemos reconstruir la dinámica social de grupos que han vivido hace tanto tiempo. La arqueología es la ciencia que estudia las sociedades pasadas a través de sus vestigios materiales, es decir, sus instrumentos, sus construcciones, sus restos óseos y los lugares y espacios donde todos estos se encuentran.

*Datación absoluta* refiere a un conjunto de técnicas que nos permiten conocer la cronología de objetos y eventos en años calendáricos. Entre las más utilizadas, están las dataciones radiocarbónicas, basadas en la descomposición radiactiva del carbono 14, la de potasio-argón, la de series de uranio, la termoluminiscencia y la dendrocronología .
(Renfrew y Bahn, 2016).

### Métodos y técnicas de análisis

Los arqueólogos utilizamos varios métodos y técnicas para analizar la movilidad, trabajo que muchas veces realizamos en forma conjunta con biólogos, genetistas, lingüistas, geólogos, físicos y químicos, entre otros profesionales. Un punto clave en dichos estudios es ubicar los posibles lugares de origen desde los cuales se producen los traslados. En el caso de las grandes migraciones de *Homo sapiens*, las evidencias principales sobre las que se trabaja son los esqueletos fragmentarios hallados en distintas partes del mundo, que pueden ser fechados por métodos de *datación absoluta* y correlacionar sus morfologías (especialmente dentales y craneanas) para armar modelos de cuadros genealógicos. Las cronologías más tempranas para la aparición de nuestra especie se localizan en África, por lo cual este continente es considerado su lugar de origen. A partir de allí, se abre un abanico de cronologías más tardías a lo largo de Asia, Europa, Oceanía y América, que nos permiten analizar cuáles fueron las direcciones que tomaron las diversas migraciones en la prehistoria. Además de los estudios morfológicos y de las dataciones absolutas, hoy en día se disponen de estudios de ADN que,

por ejemplo, posibilitan identificar ciertos rasgos (denominados haplotipos) que se consideran específicos de determinadas poblaciones humanas y que permiten conocer el grado de relación genética entre poblaciones. Integrando la información de la distribución de los haplotipos, las características morfológicas y las cronologías de los esqueletos, es posible reconstruir mapas sobre estas grandes migraciones y sus posibles rutas.

Los restos humanos también guardan otros secretos, a los que podemos acceder mediante el análisis de isótopos estables. Los isótopos son átomos de un mismo elemento, que tienen distinta cantidad de neutrones en su núcleo. Algunos, como el carbono 14, son inestables y otros no se degradan. Los estudios de estos últimos permiten acercarnos, por ejemplo, a la dieta de una población o de determinados individuos. Los más utilizados son el carbono 12 y 13, la relación carbono-nitrógeno y el oxígeno y el estroncio. Estos dos últimos son los que se relacionan principalmente con los estudios de movilidad y migraciones. Al aislar recursos que son característicos de ciertos ambientes, los isotopos estables nos permiten también reconstruir los rangos de movilidad de las sociedades del pasado y los espacios visitados o habitados (ver, por ejemplo, Scabuzzo *et al.*, 2016; Tessone, 2018).

Estudios de artefactos

Otras formas habitualmente utilizadas para analizar la movilidad en las sociedades pasadas son las que parten del estudio de sus artefactos. Debido a que cada grupo suele fabricar sus objetos de cierta manera, algunos de los artefactos pueden considerarse típicos de determinadas sociedades o regiones geográficas. A estas formas propias de hacer las cosas se las conoce como estilos. Conociendo el lugar de origen de éstos y analizando la distribución de los objetos que los manifiestan, es posible reconstruir el traslado de esos objetos y los movimientos de las personas que los llevaban. Por ejemplo, en la Patagonia argentina se ha encontrado un objeto de metal con una ornamentación propia del noroeste de nuestro país (Gómez Otero y Dahinten, 1999). Reconociendo que su estilo y manufactura no son locales, cabe preguntarnos cuándo fue trasladado el objeto o el conocimiento de la manera de hacerlo, cómo, por quiénes y en qué contexto. El problema es que muchos objetos pueden ser similares por azar o por imitación, pero si podemos conocer las materias primas con las que se fabricaron, éstas pueden brindar información más precisa. A través de los estudios de procedencia, que consisten en el uso de diversas técnicas que permiten identificar ciertas características de los materiales, podemos determinar los lugares o fuentes específicos de su origen y la lógica del análisis funciona de manera muy similar al mencionado arriba. Estos estudios sirven para evidenciar la existencia de contactos o relaciones entre el lugar de origen de un recurso o materia prima y el contexto arqueológico donde se han recuperado artefactos confeccionados con ese recurso. Todos los artefactos tienen lo que los arqueólogos llamamos una historia de vida: primero se seleccionan y consiguen las materias primas para su confección, luego son elaborados utilizando diversas técnicas, son eventualmente utilizados, reparados, reciclados y, finalmente, descartados o perdidos. En la mayoría de los casos, los lugares de extracción de la materia prima no coinciden con los lugares de confección o de uso y descarte de los artefactos. La gente suele trasladar la materia prima en bruto hacia otros sitios donde se confeccionan las herramientas, o bien las fabrican en la misma fuente y las trasladan terminadas hacia los lugares de uso y descarte, o incluso las van fabricando por etapas en distintos lugares. Entonces, al igual que con los estilos, conociendo el lugar de procedencia de las materias primas utilizadas, es posible reconstruir el traslado de los objetos y los movimientos de las personas que los portaban.

Estudios de procedencia

Pero la situación es aún más compleja. No siempre es la misma gente la que tiene en su posesión los artefactos cuyos movimientos intentamos rastrear. En la circulación de objetos pueden intervenir distintas personas y mecanismos o modos para acceder a ellos. El movimiento de objetos siempre implica en algún grado traslado de gente, salvo casos excepcionales en los que intervienen factores naturales, como el transporte ocasionado por un río. Por ello, los estudios

de procedencia deben tener en cuenta una variedad de cuestiones. El análisis cronológico y estilístico, como vimos, nos da un marco de referencia. Asimismo, conocer el contexto del hallazgo es fundamental: un hallazgo aislado da menos información que un objeto encontrado en contexto, es decir, asociado a otros hallazgos dentro de un mismo nivel sedimentario. Esto nos permite analizar sus condiciones de depositación y, por ejemplo, determinar si lo arrastró un río o lo transportó una persona. Pero, sobre todo, el análisis de los artefactos y su contexto de hallazgo nos permiten reconstruir el escenario social del cual formaron parte esos objetos. Como veremos a continuación, es distinto pensar en las rocas transportadas a lomo de llama en el noroeste argentino, que en las rocas trasladadas por los primeros pobladores pampeanos dentro de sus amplios circuitos de movilidad. La gente en el pasado fue muy versátil y resolvió su vida y necesidades de formas muy variadas, es nuestro trabajo como arqueólogos entenderlas y describirlas.

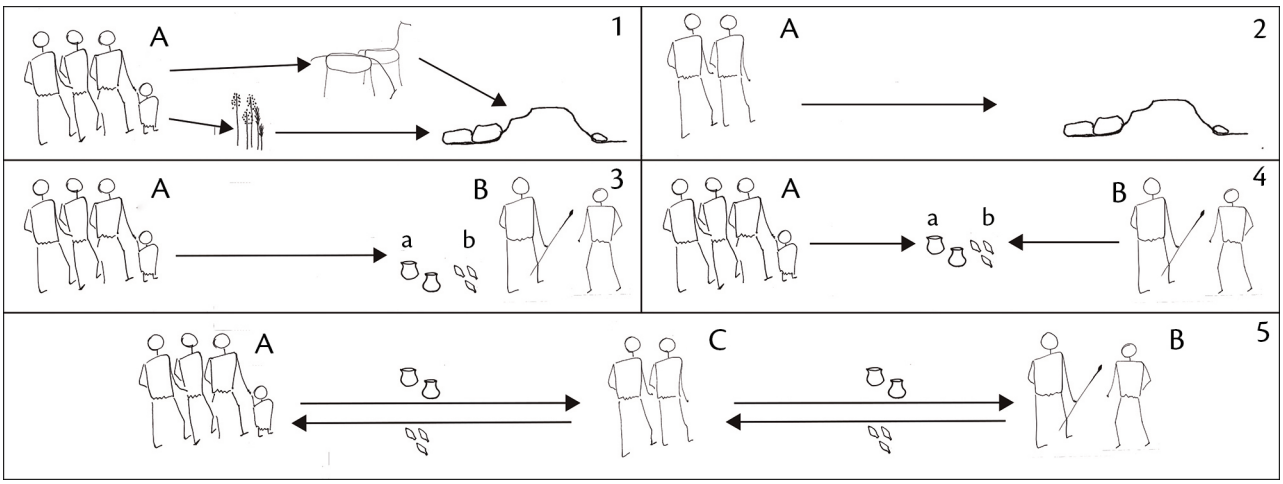



Figura nº 1. Algunos mecanismos de acceso a los recursos.
*Acceso directo*: el grupo A accede de forma directa al recurso sin realizar transacciones con otras personas. A su vez, puede ser: Acceso incluido: cuando la obtención del recurso se lleva a cabo en el marco de otras actividades (1). Viajes logísticos: cuando la obtención se lleva a cabo a partir de traslados realizados específicamente para explotar dicho recurso (2). *Acceso indirecto o intercambio*: el grupo A accede al recurso mediante una o más transacciones con otras personas. A su vez, pueden ser: Sin intermediario: cuando el grupo A intercambia recursos directamente con el grupo B, trasladándose a su lugar de residencia (3) o encontrándose en el límite de sus territorios (4). Con intermediario: cuando el grupo A intercambia recursos con el grupo B a partir de un grupo C que funciona como intermediario entre ambos (5).

### Fuentes de las materias primas

Ahora bien, para realizar los estudios de procedencia mencionamos que es necesario localizar los lugares de origen de las materias primas, es decir, sus fuentes. Las fuentes son los lugares en los que los recursos se encuentran en la naturaleza y localizarlas es uno de los pasos esenciales en arqueología. Entre los materiales más comúnmente utilizados en el pasado, se encuentran las rocas. Éstas han sido un recurso de vital importancia para las sociedades humanas, ya que sirvieron para la fabricación de muchas de sus herramientas (o partes de ellas). En dicha fabricación, a veces muy elaborada, se emplearon *técnicas de manufactura* como la talla, la presión, el picado, la abrasión o el pulido. Recordemos que, durante la mayor parte de nuestra historia, no utilizamos metales y la metalurgia comenzó a practicarse sólo en algunos lugares del mundo en tiempos recientes. Muchos de los filos para raspar y cortar, y de los artefactos punzantes para perforar o cazar, se fabricaron con piedra. También eran de piedra varios de artefactos contundentes para golpear y martillar y aquellos que se utilizaron para machacar o moler. Las rocas aún hoy en día constituyen un recurso de gran importancia para nosotros, especialmente en la construcción y también, por ejemplo, aún se conserva su uso para manifestaciones artísticas o para confeccionar adornos, igual que hace miles de años. Además, tienen un valor simbólico, a veces muy importante, como cuando se pone la piedra fundamental de una edificación.



Figura nº 2. Algunas técnicas de confección de artefactos de piedra. Tallado en piedra hace 10.000 años. Disponible en: https://www.facebook.com/watch/?v=1753411254989576.

Utilidad de las rocas

Para los arqueólogos las rocas tienen un valor particular, ya que resultan muy útiles para analizar varios fenómenos sociales, entre ellos la movilidad, a través de los estudios de procedencia. Constituyen una vía para pensar las distancias recorridas, los posibles caminos utilizados, las dificultades encontradas y las relaciones entre diferentes grupos. Esto es posible, por un lado, porque la distribución actual de las rocas suele ser semejante a la del pasado (lo que facilita el reconocimiento de su procedencia) y, por otro, porque es uno de los materiales que mejor se conserva a lo largo del tiempo. Incluso muchas veces es el único que se conserva. Distinto es el caso de los recursos orgánicos, como madera o hueso, cuya conservación suele ser mala o nula según el ambiente.

Estudios líticos

Los estudios líticos en una región arqueológica comienzan por familiarizarse con los conjuntos líticos y reconocer qué rocas fueron elegidas por sus pobladores para confeccionar sus herramientas. Luego, para hallar las posibles fuentes, debemos realizar, en primer lugar, un relevamiento bibliográfico sobre la geología de la zona de estudio, con el fin de identificar los posibles lugares en los que las rocas podrían encontrarse. En general, nos centramos en aquellas que afloran a la superficie. En segundo lugar, se llevan a cabo tareas de prospección en el campo, para localizarlas sobre la base de la información geológica recopilada previamente. Una vez ubicadas, buscamos indicios que nos permitan determinar si fueron utilizadas por las personas o no. Una fuente que muestra evidencias de extracción de roca por acción antrópica se denomina ‘cantera’. Las canteras son los lugares en los que un recurso natural se transforma en objeto cultural, son espacios de transformación donde las rocas ingresan al mundo social.

Reconstrucción de los recursos líticos

Uno de los objetivos principales de los estudios líticos es la reconstrucción de la base de recursos líticos. Los arqueólogos llamamos ‘base de recursos líticos’ al panorama de las rocas empleadas en una región, en relación a su ubicación, su abundancia y la forma en la que se presentan en el paisaje. Una vez ubicadas las canteras, resta correlacionar las materias primas presentes en ellas con las de los artefactos recuperados en los otros sitios arqueológicos. Cuando observamos que la gente empleó materias primas que no provienen de las canteras locales, debemos rastrearlas en otras regiones. Para eso, realizamos búsquedas bibliográficas y consultamos con geólogos o con otros arqueólogos. Así, vamos construyendo una idea de la red de espacios y sociedades conectados.

Análisis de las rocas

Existen varias formas para determinar si una roca procede de una cantera determinada. Por un lado, sobre la base de observaciones macroscópicas, a ojo desnudo y con lupa, podemos en ocasiones determinar los tipos de rocas y asociarlos

con las canteras localizadas. En estos casos, se suelen comparar los colores, el tamaño de los granos, los tipos y la frecuencia de los minerales y la forma en la que una roca se parte al tallarla, entre otras cosas. Sin embargo, usualmente existen varias canteras macroscópicamente idénticas para una misma roca. En esta situación, no es posible determinar con exactitud de cuál de todas ellas proviene la roca en cuestión. Esto es lo que ocurre en la región pampeana con las cuarcitas del Grupo Sierras Bayas, un tipo de roca que trataremos más adelante.

Técnicas de análisis microscópico

Por otro lado, hoy en día disponemos de varias técnicas que permiten analizar microscópicamente la composición de algunas rocas y así determinar con mayor precisión su procedencia. Incluso, en algunos casos estas técnicas permiten diferenciar entre rocas macroscópicamente idénticas. Sobre la base de estos estudios, los arqueólogos podemos determinar, dentro de un abanico de posibles canteras, específicamente de cuál de ellas proviene la materia prima utilizada. La limitación de estos análisis es que se pueden emplear sólo para algunas variedades de roca y que muchas de ellas son microscópicamente similares entre sí o poseen tanta variabilidad interna que no sirven para identificar procedencia. Sin embargo, en algunos tipos de roca, como la obsidiana, esta diferenciación es posible y brinda información muy rica relacionada con el tema que estamos tratando.

## EL CASO PAMPEANO

Localización de recursos líticos

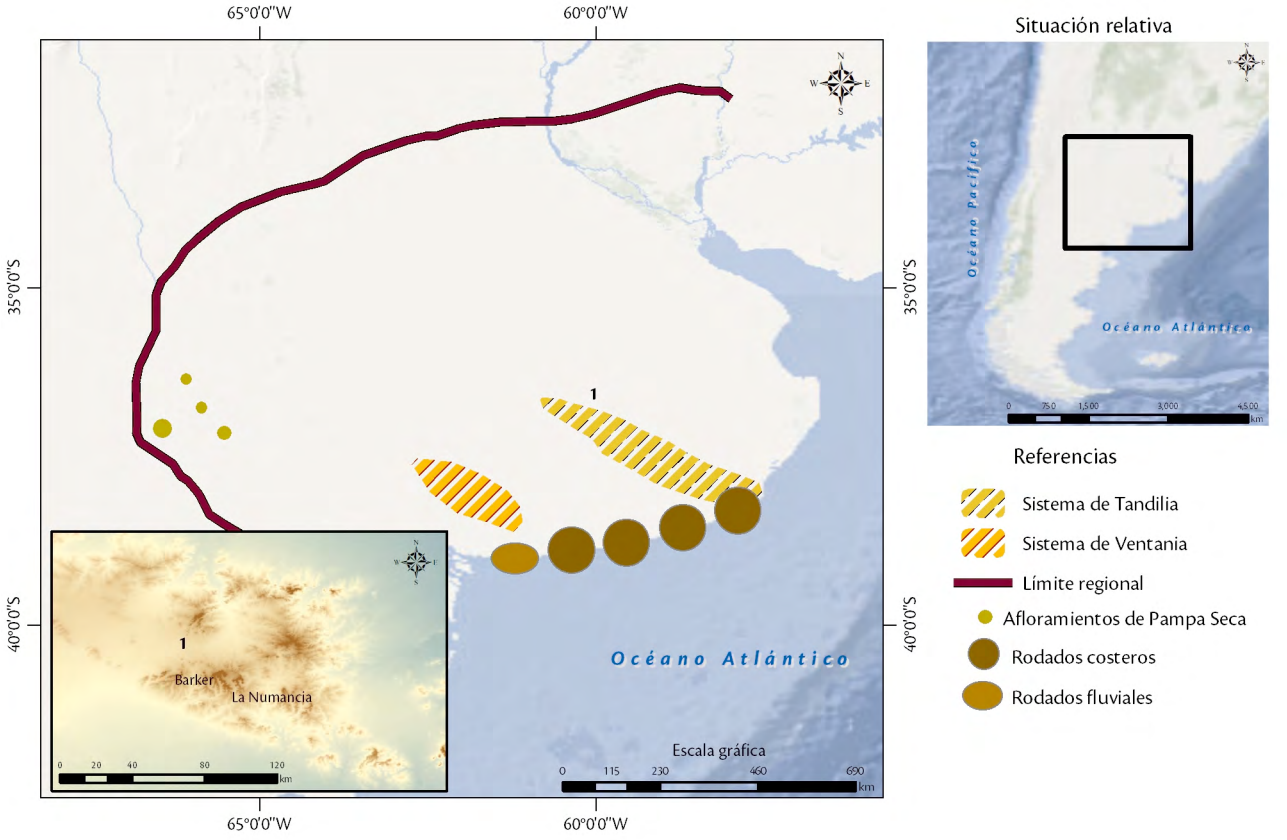
La reconstrucción de la base de recursos líticos ha sido un tema ampliamente estudiado desde la década de 1980 en la región pampeana. Ésta tiene una característica particular respecto a las rocas: está conformada en gran parte por una extensa llanura prácticamente desprovista de ellas, atravesada por dos cordones de sierras (Tandilia y Ventania). Las fuentes están muy restringidas a algunas localizaciones, como los ambientes serranos mencionados, donde se encuentran los afloramientos más importantes, la costa marina con sus bancos de rodados costeros y la llanura bonaerense y el sector sureste de la región, donde se registran otros depósitos aislados menos utilizados por las sociedades del pasado (mapa n° 1). En las investigaciones arqueológicas regionales, se han invertido grandes esfuerzos para ubicar y caracterizar las rocas de los distintos afloramientos y canteras, así como las halladas en los otros sitios arqueológicos. Así, , entre las rocas utilizadas para tallar por las sociedades que habitaron la región en el pasado, encontramos, por ejemplo: metacuarcita, riolita, arenita cuarzosa y cuarcita, en el sistema serrano de Ventania; ftanita, dolomía silicificada, cuarzo y cuarcitas en Tandilia; los rodados patagónicos acarreados por el mar hasta la costa atlántica (que incluyen por ejemplo, basalto, andesita y riolita); los rodados de cuarzo, subarcosa y metacuarcita que se localizan a lo largo de los grandes ríos del sudoeste bonaerense, y chert silíceos, andesita, riolita, provenientes de afloramientos de La Pampa, entre otras (Barros y Messineo, 2004; Bayón *et al.*, 2006; Berón, 2006; Bonomo, 2005; Catella *et al.*, 2010, etc.).

Cuarcitas de Tandilia

De todas estas opciones de rocas, aquí haremos referencia especialmente a las cuarcitas de Tandilia. Esta fue la materia prima más utilizada para fabricar herramientas talladas por las personas que habitaron la región pampeana a lo largo de, al menos, 15.000 años. Las cuarcitas y las herramientas fabricadas con esta materia prima circularon por cientos de kilómetros. Esta amplia distribución, así como la alta frecuencia de artefactos tallados confeccionados con ellas, fue lo que impulsó la realización de estudios destinados a identificar y caracterizar sus canteras, con el fin de determinar sus procedencias. Este trabajo incluyó la comparación de cortes delgados de muestras recolectadas en distintos afloramientos y la correlación de las características microscópicas con otras reconocibles a simple vista. Como resultado de esas investigaciones y otras realizadas posteriormente, se pudo reconocer que las cuarcitas de mejor calidad para la talla en la región afloran en Tandilia y son denominadas por los geólogos como 'Grupo Sierras Bayas'. Asimismo, dentro de esta variedad se observa una gran variabilidad respecto de sus aptitudes como materia prima, siendo las mejores las que afloran entre las localidades de La Numancia y Barker (mapa n° 1). En esa faja de 25 km de largo se

encuentran concentradas las canteras arqueológicas. Esta distribución del recurso y su empleo prolongado generaron un paisaje salpicado de canteras diversas, desde pequeños espacios donde se recolectaron y tallaron rocas aisladas desprendidas naturalmente de los afloramientos, a sitios con sistemas de pozos para extraer la roca enterrada, que incluyen pilas de materiales de desperdicio, y constituyen verdaderas minas a cielo abierto (Colombo, 2013; Flegenheimer *et al.*, 1996).

Mapa nº 1. Localización de los recursos líticos en la región pampeana. Fuente: elaboración personal.




Identificaciones petrográficas

Como mencionamos previamente, las rocas obtenidas en estas canteras se han correlacionado con la materia prima de los artefactos arqueológicos mediante identificaciones petrográficas realizadas sobre *cortes delgados*. Esta técnica permite una aproximación amplia al área de procedencia. Es decir, podemos reconocer que las muestras son cuarcitas del Grupo Sierras Bayas, pero no es posible identificar la cantera exacta de donde proviene. Sin embargo, a partir de estos estudios se determinó que la cuarcita más empleada para la fabricación de herramientas talladas en la región proviene principalmente de esta pequeña zona de canteras. Esto implica que existe una incongruencia entre la localización del recurso y los espacios domésticos en los que este fue utilizado, que necesariamente debió resolverse mediante la implementación de diversos planes o estrategias para mover las rocas. Más aún, los análisis petrográficos permitieron reconocer que algunos artefactos fabricados con esa materia prima se encuentran muy distantes de las canteras, pudiendo considerarse como ejemplos de traslados a larga distancia los artefactos de cuarcita del Grupo Sierras Bayas hallados en el sur de Córdoba (*ca.* 590 km), sur de Santa Fe (*ca.* 550 km), La Pampa (*ca.* 700 km), el norte de Río Negro (*ca.* 800 km) y en el valle inferior del Río Colorado (350 km) (Alberti, 2015; Berón, 2006; Coll *et al.*, 2010; Heider, 2016; Santos Valero y Armentano, 2017).

*Cortes delgados*: son preparaciones realizadas mediante cortes en las rocas, en forma de rodaja con espesores muy finos (de unos 30 μ), lo que permite analizar la composición mineralógica de las rocas utilizando un microscopio petrográfico.

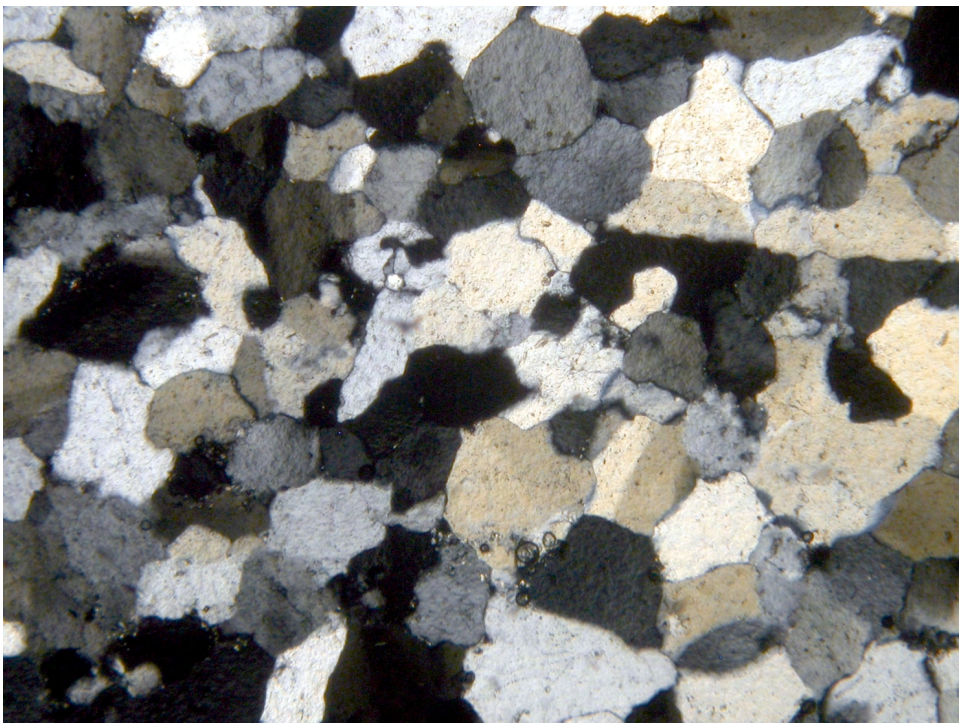


Figura nº 3. Fotomicrografía corte delgado de cuarcita Grupo Sierras Bayas. Fuente: Guillermo Heider.

¿Cómo ocurrieron estos traslados? ¿Todos los grupos que utilizaron las cuarcitas fueron a buscarlas a sus fuentes? ¿Algunos las obtuvieron por intercambio? Para resolver estos interrogantes debemos analizar las características de los artefactos de cuarcita encontrados en los distintos lugares del paisaje por donde circulaban los cazadores-recolectores y sus rocas y sus contextos de hallazgo. Esto incluye tanto los sitios residenciales y las canteras como también aquellos talleres, pequeños campamentos y reparos rocosos que se encuentran entre éstos que estas personas podrían haber utilizado temporariamente dentro de sus circuitos de movilidad. Este trabajo es un gran rompecabezas que está en distintas etapas de armado en los diferentes puntos del paisaje.

## Cazadores recolectores

La región pampeana fue poblada por primera vez por bandas de cazadores-recolectores hace alrededor de 15.000 años, durante el Pleistoceno Final, que finalizó hace unos 11.700 años (Prates *et al.*, 2020; Bonnat, en este volumen). Estas personas vivieron de la recolección de vegetales y de la caza y el aprovechamiento de animales de distinto porte, desde grandes mamíferos hoy extintos hasta animales medianos, como guanacos y venados, y algunos más pequeños, como armadillos y roedores. Los sitios arqueológicos que se corresponden con este antiguo evento de ocupación se concentran en el centro y el sur de las sierras de Tandilia (a distancias variables entre 30-110 km de las canteras) y en la llanura interserrana (aproximadamente a 50-70 km de las canteras). Los sitios de las sierras están ubicados principalmente en cuevas y abrigos rocosos, y si bien la gente utilizó las rocas de las mismas sierras donde vivían, la mayor parte de su instrumental fue fabricado con cuarcitas del Grupo Sierras Bayas. Transportaron instrumentos terminados, instrumentos a medio hacer (formas base y preformas) y trozos de roca preparada (*núcleos*), a partir de los cuales se pueden extraer fragmentos más pequeños (*lascas*) que son utilizados para fabricar las herramientas. En general, los instrumentos tallados en cuarcitas de buena calidad muestran una gran inversión de tiempo en lo que respecta a su fabricación y obtención de la materia prima. Recordemos que las personas debieron trasladarse para buscar las rocas. Además, los instrumentos son *versátiles*, *flexibles* y *confiables*, características que se asocian con sociedades con una alta movilidad, para quienes sería más eficiente tener pocos instrumentos de usos múltiples con un peso tal que no limitase la movilidad.

Los *núcleos* son masas de roca a las cuales se les extrajo material lítico utilizando alguna técnica de talla que implica golpearlas con un martillo (percutor) de piedra, hueso, madera o asta. Estos golpes, aplicados en ángulos específicos, permiten extraer trozos de roca que presentan características distintivas, llamadas *lascas*. Éstas pueden utilizarse para confeccionar instrumentos o pueden usarse directamente sus bordes filosos.




Figura nº 4. Núcleo de cuarcita Grupo Sierras Bayas coloreada con lascas extraídas, lascas remontadas y percutor de piedra, recuperado en la cantera El Picadero. Fuente: Mariano Colombo.

Los instrumentos *versátiles* son aquellos cuyo diseño permite realizar distintas tareas sin necesidad de modificar su forma. La *flexibilidad* se refiere a diseños que pueden ser alterados fácilmente para realizar diversas tareas. Y la *confiabilidad* implica contar con instrumentos de diseño seguro, que puedan ser utilizados cuando se los requiera, por ejemplo: utilizar formas y materiales muy resistentes, confeccionar sectores de enmangue con las mismas medidas para reemplazar rápidamente en caso de rotura.

Motivos de las conductas

Sin embargo, no todas las conductas, entre ellas la movilidad de las personas, habrían estado influidas por factores económicos y utilitarios. Un buen ejemplo de esto es la preferencia de las sociedades pampeanas pasadas por las cuarcitas del Grupo Sierras Bayas de colores. En el área de Barker - La Numancia hay 55 canteras de cuarcitas registradas, de las cuales solo 5 son coloreadas. Sin embargo, más del 65% de los artefactos encontrados en otros sitios se fabricaron con rocas de colores. Es decir, se priorizó la utilización de la roca coloreada frente a la blanca, aun siendo menos abundante y teniendo las mismas cualidades para la talla. Esto significa que hace miles de años el color de la roca utilizada era significativo para estas personas (Flegenheimer y Bayón, 1999; Colombo y Flegenheimer, 2013). Otro caso interesante para pensar movimientos y relaciones entre la gente en el pasado lo constituye la caliza silicificada rojiza. Esta roca, que fue utilizada por las mismas personas pero en muy bajas proporciones, aparece en forma recurrente en los sitios antiguos. A través de estudios petrográficos de detalle sabemos que la piedra proviene del litoral argentino de Entre Ríos o, más probablemente, de afloramientos ubicados en Uruguay que se encuentran

aproximadamente a 600 km de los sitios pampeanos, por lo que se considera un recurso exótico. Una explicación posible es que podría tratarse de evidencias de una de las primeras migraciones de poblaciones que ocuparon la región pampeana. Sin embargo, como los objetos trasladados son más elaborados que el promedio de los objetos que integran los conjuntos líticos, hemos propuesto que se trata de bienes que circulaban dentro de redes sociales amplias, es decir, regalos e intercambios entre gente que se conocía y se frecuentaba (Flegenheimer *et al.*, 2006). Ambas interpretaciones tienen implicancias distintas para el traslado de las personas, ya que podría tratarse de una antigua migración o, como se ha propuesto, de contactos habituales entre grupos distantes pero conectados. Podemos decir, entonces, que nuestros traslados y nuestras elecciones están regidos por varios factores. Como mencionamos al comienzo respecto de las migraciones, se trata de fenómenos multidimensionales. El factor económico es importante: los grupos cazadores-recolectores necesitaban roca de buena calidad para hacer sus herramientas. Pero también otros factores vinculados al mundo simbólico, a la cosmovisión, fueron influyentes para determinar qué roca empleaban, dónde se abastecían y cómo la trasladaban.

## Sociedades del Holoceno tardío

Mucho tiempo después, durante el Holoceno tardío (3.500-250 años AP), los grupos organizaron sus vidas de modos diferentes en las distintas áreas que componen la región. Por ejemplo, las personas asentadas alrededor de la cuenca del río Salado, conocidos como cazadores-recolectores complejos, tenían una movilidad más reducida. Su dieta incluía productos de pesca y vegetales recolectados, especialmente de tala. Además, había un importante componente de caza y captura de pequeños animales, como coipos, cérvidos y aves. Eran excelentes ceramistas que fabricaban grandes ollas en las que cocinaban y almacenaban alimentos para un número importante de personas (González, 2005). Su fuente principal de abastecimiento de rocas, aunque no la única, fueron las sierras de Tandil, ubicadas a unos 200 km de los sitios. Sin embargo, las características de los objetos líticos sugieren que sus contactos con los grupos de esas áreas no fueron fluidos. El aprovechamiento de las rocas muestra que la gente maximizó la utilidad de este recurso. Éstas fueron trasladadas en cantidades y tamaños muy pequeños, y utilizadas hasta que los fragmentos quedaban exhaustos. En consonancia con esto, los instrumentos recuperados son de tamaño muy pequeño, están reciclados y fueron descartados cuando ya estaban agotadas sus posibilidades de uso (González, 2005) (figura n° 5a). Esto sugiere que sólo unas pocas personas se trasladaban al área de canteras, a las cuales tendrían un acceso social restringido. En cambio, hacia el sur de las canteras, en la llanura interserrana bonaerense, los grupos cuyo territorio incluía la cuenca del río Quequén Grande y el área de costa marítima tuvieron un acceso más fluido a las rocas. Eran cazadores-recolectores móviles, cuya dieta se basaba en el consumo de guanaco, venado, ñandú, armadillos, roedores y vegetales. Además de trasladar instrumentos de piedra desde las canteras a los lugares donde establecieron sus campamentos, llevaron grandes núcleos de cuarcita de hasta 10 kg (figura n° 5b), de los cuales eventualmente podrían extraer fragmentos más pequeños para fabricar otras herramientas (Bayón y Flegenheimer, 2004; Martínez y Mackie, 2003/2004). Es decir que no sólo las personas se movían hacia las canteras para abastecerse de piedras, sino que también movían grandes volúmenes de roca para abastecer sus campamentos. Esto constituye una forma de redistribuir un recurso abundante pero muy localizado hacia zonas que naturalmente no lo presentan. Ambos casos constituyen resoluciones culturales diferentes realizadas con el fin de solucionar un mismo problema, esto es, la distribución incongruente de un recurso necesario. En el primer caso, probablemente por algún mecanismo de pequeñas partidas de personas que se trasladaron a las canteras o de una serie de intercambios, las rocas se transportaron hacia el Salado. En el segundo caso, posiblemente una partida importante debió trasladarse hacia las canteras en busca del recurso, el cual, a su vez, fue transportado en grandes cantidades hacia los campamentos.

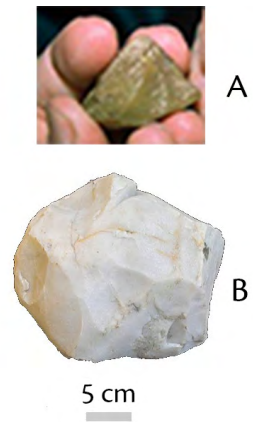



Figura nº 5. Núcleos de cuarcita Grupo Sierras Bayas trasladados a distintas áreas. A) Núcleo pequeño recuperado en el sitio La Guillerma 5 en la Depresión del Salado. Fuente: María Isabel González. B) Núcleo grande como los que se han recuperado en el área interserrana bonaerense.

## LAS OBSIDIANAS

La obsidiana es un material excepcional para analizar los traslados de las personas a partir de estudios de procedencia. Se trata de una roca de origen volcánico con aspecto de vidrio que posee excelente calidad para la talla, por lo que fue muy utilizada en el pasado. Esta roca está compuesta por una serie de elementos químicos que son similares en todos los depósitos, pero también por una pequeña fracción (menos del 1%) de otros componentes, denominados oligoelementos o elementos traza, cuyas concentraciones son específicas de cada depósito geológico. El análisis de estos oligoelementos permite realizar una caracterización geoquímica de las distintas fuentes de obsidiana, a partir de la cual se puede identificar específicamente la procedencia de los artefactos arqueológicos fabricados con esta materia prima (Renfrew y Bahn, 2016).

Para medir la concentración de elementos traza se utilizan diversos métodos: la espectrometría de emisión óptica (AES) –uno de los primeros en aplicarse en arqueología– y la espectrometría de absorción atómica (AAS) radican en medir las intensidades de luz emitidas por los elementos. Por otro lado, el análisis por activación neutrónica (NAA) es un proceso nuclear que consiste en el bombardeo de neutrones que incentivan la emisión de isótopos radiactivos. Otros métodos son la espectrometría de masas por plasma acoplado inductivamente (ICPMS), que mide la concentración de iones, y la espectrometría de fluorescencia de rayos X (XRF), que consiste en la excitación de electrones mediante el bombardeo con rayos X y la medición de la energía que producen los electrones al moverse. Por último, la emisión de rayos X y rayos gamma (PIXE-PIGME), que usualmente se usan juntos en arqueología, se basan en la excitación de tales rayos X, a través de la emisión de protones, con la ventaja, sobre otros métodos, de permitir el análisis en superficies o cantidades pequeñas de material.

Fuentes de obsidianas

En Argentina, las fuentes de obsidianas, debido a su génesis volcánica, están concentradas en la cordillera de los Andes. Más específicamente, investigaciones realizadas a partir de la década de 1990 en la región Noroeste de nuestro país (NOA) permitieron identificar y caracterizar químicamente doce fuentes diferentes, todas ellas localizadas en la Puna, a 3600-4600 m s. n. m. (mapa n° 2). Tales fuentes, que se distribuyen desde la frontera entre Bolivia, Perú y Argentina hacia el sur, dentro de las provincias de Jujuy, Catamarca y Salta de nuestro país, se denominan: Zapaleri, Vilama 1 y 2, Alto Tocomar, Quirón, Ramadas, Archibarca, Ona-Las Cuevas, Salar del Hombre Muerto, Cueros de Purulla-Chascón, Valle Ancho y Laguna Cavi (Escola *et al.*, 2016; Pintar *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2004). Además, el análisis de muestras de artefactos arqueológicos mostró que existen al menos otras nueve fuentes de obsidianas aún no localizadas. En la arqueología del Noroeste argentino, los estudios de obsidiana se emplearon para analizar una variedad de fenómenos sociales como el intercambio, la movilidad e incluso delinear posibles territorios de las sociedades humanas del pasado.

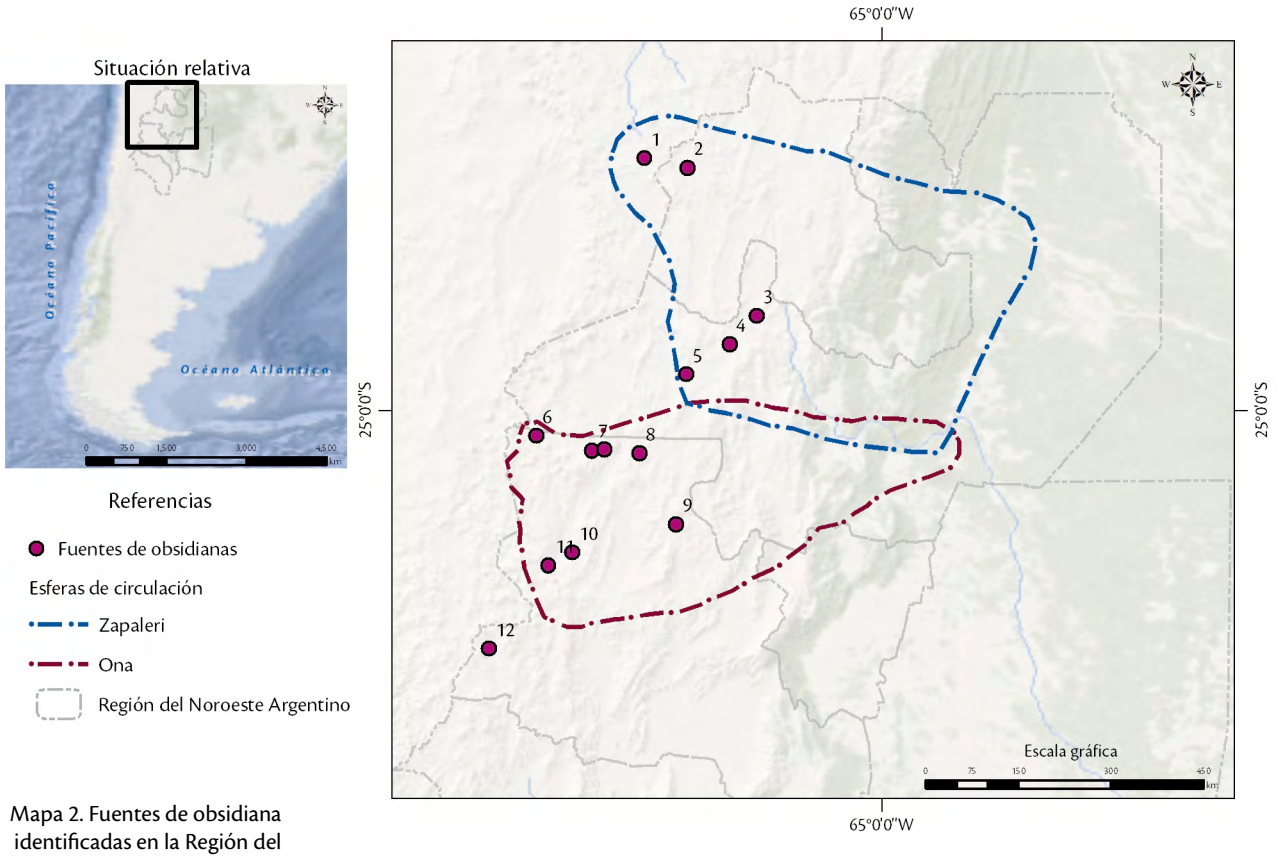
Sectores de la Puna

El sector de Puna, según sus condiciones ambientales, puede ser dividido en Puna Seca, hacia el noroeste, y Puna Salada, hacia el sudeste. Ambos sectores fueron poblados por primera vez entre 12.000 y 11.000 años atrás, durante el Pleistoceno final. Estas personas utilizaron mayoritariamente rocas locales para fabricar sus herramientas. Las obsidianas, por otro lado, constituyen un recurso de media-larga distancia para muchos de estos grupos, aunque de mejor calidad para la talla que las locales. Algunos autores proponen que la baja frecuencia del uso de la obsidiana en este período podría responder a que la gente recién estaba explorando este territorio deshabitado. Por ende, aún no conocían con detalle la distribución y las propiedades de ciertos recursos, entre ellos la obsidiana, y utilizarían las rocas que tenían más cercanas. Esta situación se observa más claramente en el sector de Puna Salada, cuyos primeros grupos utilizaron únicamente rocas locales, como la vulcanita (Martínez, 2018; Pintar *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2014).

Primeras poblaciones de la Puna

Al igual que en la región pampeana, las primeras personas que arribaron a la Puna tenían un modo de vida basado principalmente en la caza de animales silvestres (como guanaco y vicuña) y en la recolección de vegetales (chañar, algarrobo, entre otros). Eran familias no muy numerosas que se caracterizaban por

trasladar frecuentemente sus campamentos y que, además, efectuaban circuitos de movilidad diarios, de distancias cortas, a partir de los cuales se abastecían de los recursos más cercanos. Además de estos traslados cortos, también realizaban viajes más largos para explorar y visitar ciertos ambientes que contenían otros recursos, como la obsidiana. Estos recorridos lentamente comenzaron a sistematizarse y a constituir los primeros circuitos de movilidad anuales (Martínez, 2018; Pintar *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2002).




Mapa 2. Fuentes de obsidiana identificadas en la Región del Noroeste Argentino. Ref. 1: Zapaleri, 2: Vilama 1 y 2, 3: Ramadas, 4: Alto Tocomar, 5: Quirón, 6: Archibarca, 7: Ona-Las Cuevas, 8: Salar del Hombre Muerto, 9: Laguna Cavi, 10: Cueros de Purulla, 11: Chascón, 12: Valle Ancho. Fuente: elaboración personal.

## Sociedades del Holoceno temprano

Así, las sociedades del Holoceno temprano, entre 10.000-8.500 años atrás, ya conocían su paisaje y revisitaban de manera sistemática ciertos ambientes distantes que poseían mejores condiciones climáticas y recursos específicos. En este contexto, se generalizó el uso de las obsidianas, principalmente para la confección de algunos objetos específicos, como las puntas de proyectil (figura n° 6). No obstante, salvo casos excepcionales, los grupos de toda la Puna siguieron utilizando mayoritariamente rocas locales para fabricar sus herramientas. En este período, sólo fueron explotadas algunas fuentes de obsidianas, principalmente las de Zapaleri, en el sector norte de la Puna, y Ona-Las Cuevas y Laguna Cavi, al sur (Martínez, 2018; Pintar *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2004).

## Sociedades del Holoceno medio

En el Holoceno medio, entre 8.200 y 4.000 años atrás, el panorama fue diferente. La gente que habitaba la Puna comenzó a explotar fuentes de obsidiana que anteriormente no utilizaban. En este contexto, los traslados y las redes de circulación e intercambio de media-larga distancia deben haberse fortalecido y habrían cobrado mayor importancia, ya que son el medio a partir del cual muchas de esas personas accedían a estas rocas, ahora muy utilizadas. Algunos autores asocian el aumento del uso de recursos exóticos, entre ellos las obsidianas, con el incremento de la movilidad producido como respuesta a la fragmentación ambiental generada por la creciente aridización que se registra en este período. Este no fue un proceso simple; las personas habrían disminuido la frecuencia con la que trasladaban sus campamentos residenciales, al tiempo que habrían tenido que realizar largos viajes, quizás efectuados sólo por una parte del grupo, con el

fin de explotar los ambientes que poseían las mejores condiciones climáticas y los recursos necesarios (Escola, 2007; Escola *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2014; Pintar *et al.*, 2016).

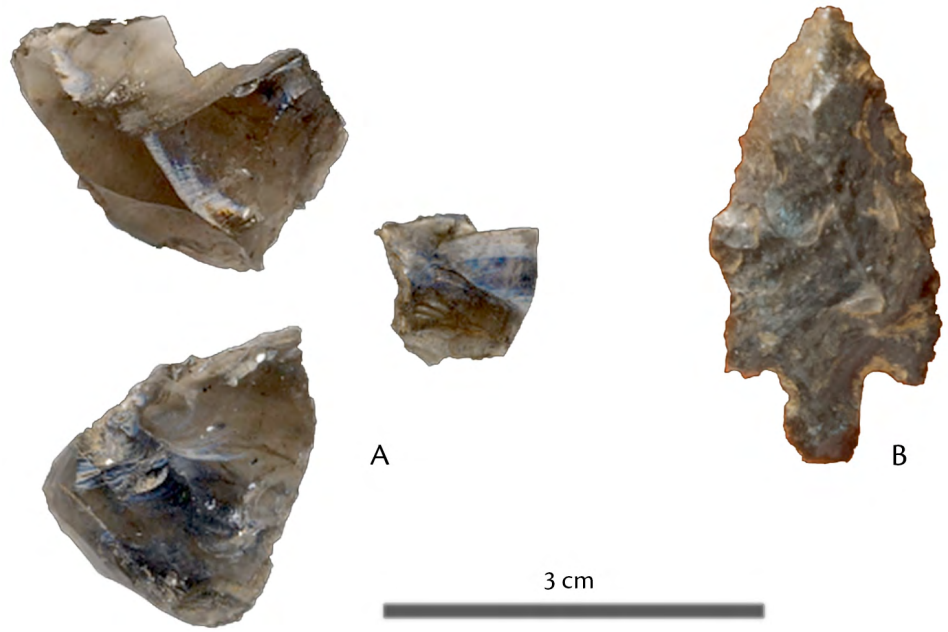



Figura nº 6. Artefactos de obsidiana. A) Lascas; B) Punta de proyectil. Fuente: Cristina Scattolin y Marisa Lazzari.

Circulación e intercambio

A partir de ese momento, se establecieron dos esferas de circulación o intercambio en la Puna, que ya habían comenzado a gestarse desde el Holoceno temprano. Sobre la base de los estudios de procedencia, pudo observarse que ciertos tipos de obsidianas fueron utilizados únicamente por la gente que habitaba en el sector norte de la Puna, coincidente en gran parte con la Puna Seca, y otros sólo por la gente del sur, asociado a la Puna Salada. De esta forma, la distribución de las obsidianas de distintas fuentes evidencia la existencia de dos esferas diferentes de movilidad y circulación de recursos y, por ende, de personas. Por un lado, las obsidianas principalmente de la fuente Zapaleri y, en menor medida, de Alto Tocomar, Vilama y Quirón, fueron utilizadas por las sociedades que habitaban en la Puna Seca. Estas rocas y las personas que las llevaban consigo viajaron por un circuito de movilidad o red de intercambio que tenía un rango de más de 350 km e incluía, además del norte de la Puna argentina, ciertos sectores del altiplano boliviano, puna chilena y zonas de las yungas argentinas, incluyendo partes de la provincias de Catamarca y Salta de nuestro país. Por otro lado, otra esfera de circulación diferente parece haber funcionado en la Puna Salada. En este caso, los grupos utilizaban las obsidianas principalmente de las fuentes Ona-Las Cuevas y, en menor medida, Cueros de Purulla/Chascón, Laguna Cavi, Archibarca y Salar del Hombre Muerto. Dichas rocas transitaron por un circuito de 340 km que incluía además del sector sur de la Puna Argentina, parte de los valles orientales incluyendo zonas de las provincias de Catamarca, Salta y Tucumán (Yacobaccio *et al.*, 2004; Pintar *et al.*, 2016; Escola *et al.*, 2016, etc.).

Rutas de intercambio

Estas esferas de circulación, que comienzan a diferenciarse desde el Holoceno temprano y se establecen en el Holoceno medio, habrían constituido los cimientos para el desarrollo de las dos rutas de intercambio, que se utilizaron a partir del Holoceno tardío, hace aproximadamente 3.500 años. En este período se observan cambios organizacionales muy importantes en las sociedades que habitaron la Puna y, en general, en todo el Noroeste argentino. Las personas comenzaron a vivir en pequeñas aldeas, lo que significa que, a diferencia de los períodos anteriores, dejaron de trasladar sus campamentos residenciales y, además, empezaron a producir cerámica y alimentos. Sin embargo, no se abandonaron las actividades

de caza y recolección, ni tampoco los circuitos de movilidad antiguamente utilizados. Con la domesticación de los camélidos, las antiguas esferas de circulación por la cual los cazadores-recolectores se trasladaban a pie pasaron a ser rutas de intercambio por las que circulaban *caravanas de llamas* cargadas de recursos (Aschero y Hocsman, 2011; Escola *et al.*, 2016; Pintar *et al.*, 2016; Yacobaccio *et al.*, 2002, 2004) (figura n° 7). Esto significa que, si bien estos grupos abandonaron el nomadismo, los traslados siguieron siendo una parte importante de su modo de vida. Estas sociedades, ahora agropastoriles, continuaron utilizando recursos (como algunas obsidianas) que no se encontraban en las cercanías de sus aldeas y cuya obtención dependía del funcionamiento de estas antiguas esferas de circulación. Si bien hubo un creciente uso de aquellas fuentes de obsidianas cercanas a los sitios residenciales y que podían ser obtenidas en el marco de traslados cortos, otras obsidianas, como las de Ona-Las Cuevas y Zapaleri en torno a la cual se gestaron las antiguas extensas esferas de circulación, continuaron siendo ampliamente utilizadas, aun constituyendo un recurso de mediana-larga distancia para varios grupos (Escola *et al.*, 2016; Aschero y Hocsman, 2011). Estos circuitos mutuamente excluyentes parecen flexibilizarse con la ocupación incaica del Noroeste argentino hacia el año 1450 d.C. A partir de ese momento, varios sitios, principalmente aquellos localizados en la provincia de Salta (que constituye un área intermedia entre la Puna Seca y Salada), presentan obsidianas tanto de las fuentes Ona-Las Cuevas como de Zapaleri (además de otros tipos minoritarios). Este uso simultáneo de fuentes que hasta este momento sólo se daba en casos excepcionales es interpretado por algunos autores como producto de los cambios generados en las redes sociopolíticas por la instalación inca en la región (Yacobaccio *et al.*, 2004). Según estudios etnohistóricos y arqueológicos, el Estado incaico habría intentado imponer ciertos controles sobre el tráfico interregional local, que modificarían los circuitos y los traslados de bienes y personas, entre los que se encuentran las antiguas esferas de circulación de obsidianas. Sin embargo, a pesar de los cambios generados por el tráfico imperial, paralelamente siguieron funcionando ciertas rutas y comercios informales a partir de los cuales antiguas prácticas e intercambios perduraron hasta momentos muy recientes (Nielsen, 2013; Yacobaccio *et al.*, 2002).

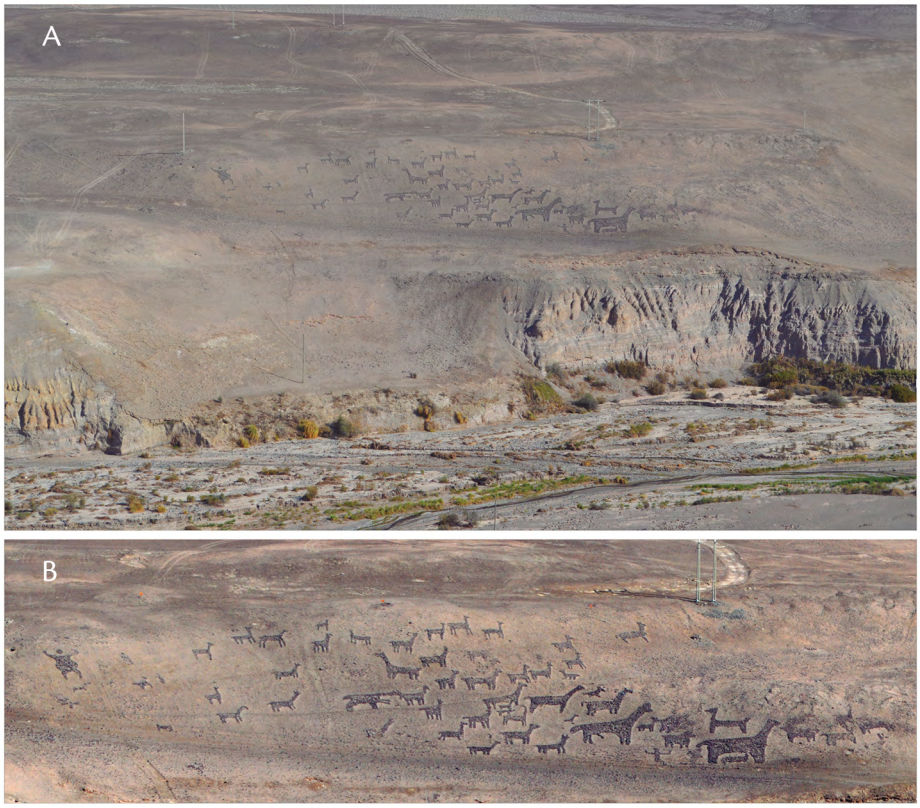



Figura nº 7. Geoglifo de una caravana de llamas en Tiliviche, costa norte de Chile. A. Vista panorámica de su ubicación. B. Detalle del mismo geoglifo.

*Caravanas de llamas*
Las caravanas son tropas de llamas cargueras dirigidas por pastores que trasladan bienes sobre sus lomos. Las rutas recorridas atraviesan distintos ambientes del NOA, desde el Pacifico chileno a la Puna, al altiplano boliviano o hacia las yungas en el este. Este traslado es reconocido desde el Formativo (alrededor del comienzo de nuestra era) y ha servido para transportar bienes inanimados como minerales, cobre y sal, recursos orgánicos, como caracoles, plumas, cañas y maderas, bienes culturales, como cerámica y artefactos líticos, e ideas reflejadas en la iconografía. Los geoglifos (figura n° 7) con imágenes de tropas de llamas bordean algunos tramos de sus recorridos. El caravaneo es una práctica muy importante que aún existe. Hoy en día las tropas de llamas contienen entre 20 y 100 animales aproximadamente y recorren alrededor de 15 a 25 kilómetros diarios.

## REFLEXIÓN FINAL

En las páginas precedentes, hemos querido mostrar cómo, a partir de varias líneas de evidencia, de los estudios de procedencia de rocas los arqueólogos reconstruimos los movimientos de las personas en el paisaje e intentamos aproximarnos a las redes de relaciones sociales del pasado. Expusimos dos casos de estudio. Por un lado, las cuarcitas de la región pampeana que circularon de forma muy diversa entre sociedades cazadoras-recolectoras a lo largo de 15.000 años y por más de 500 km, alcanzando regiones vecinas. Por otro lado, las obsidianas de la Puna que fueron utilizadas por un intervalo de tiempo similar dentro de circuitos de movilidad de aproximadamente 350 km, con la particularidad de que no sólo fueron usadas y transportadas por sociedades cazadoras-recolectoras, sino también por grupos agropastoriles, que, a diferencia de los primeros, trasladaron estas rocas en viajes comerciales específicos, realizados a lomo de llama. Esto muestra, como sugirió Escola (2007), que algunas rocas, en este caso las cuarcitas y las obsidianas, han circulado con cierta estabilidad a través del tiempo más allá de las diferencias que hubo en la organización social, política y económica de las distintas sociedades que las utilizaron. Esto no significa que el acceso a las rocas y sus canteras, las esferas de circulación, su traslado y las personas que las utilizaban y transportaban permanecieran sin cambios a lo largo del tiempo y el espacio. Al contrario, los ejemplos sugieren que las sociedades humanas, a la vez que experimentan cambios organizacionales, modifican sus formas de acceso, circulación y traslado en consonancia con dichos cambios.

Nuestros ejemplos también sirven para dejar claro que los traslados son parte constitutiva de la experiencia humana. Nos brindan acceso a recursos que no son inmediatos. Por un lado, un objeto traído de otro lugar es un recordatorio de aquel espacio que no frecuentamos habitualmente. Hoy vamos un paso mas allá: a través de los avances tecnológicos, y sin trasladarnos ni trasladar objetos, podemos "estar en otro lado". La televisión, un teléfono, internet nos acercan y nos trasladan a otros lugares. Por otro lado, volviendo a las reflexiones iniciales, la materialidad y los movimientos físicos han ocupado y siguen ocupando un lugar importante en nuestras vidas.

En la actualidad, a causa de la pandemia y la cuarentena, nos hemos visto obligados a modificar la forma en que nos movemos y, por ende, la manera en que vivimos. Porque al igual que para las personas que poblaron la región pampeana y la Puna hace miles de años, actualmente trasladarnos sigue siendo necesario y, si el contexto sociohistórico se modifica, la forma en que nos movemos debe transformarse junto con él. El coronavirus puso de manifiesto que nuestra vida cotidiana se asemeja a un viaje. Todo está en movimiento. Incluso podríamos pensar que nuestros lugares de residencia constituyen lugares de tránsito (Clifford, 1999). Nuestro hogar, nuestra ciudad, nuestra nación son lugares donde ocurren encuentros, al igual que un hotel, una estación de trenes o un aeropuerto. En este marco, los traslados dejan de ser vistos como meros suplementos o simples extensiones que se producen desde la residencia, para recuperar el papel que se merecen dentro de los fenómenos sociales. Los movimientos han sido, a lo largo de la historia, y aún hoy continúan siendo, no sólo un rasgo común a todas las sociedades humanas, sino una parte fundamental de la vida cotidiana de las personas.

# LAS SOCIEDADES INDÍGENAS DEL NORDESTE ARGENTINO

En este capítulo, presentamos una síntesis del estado actual de los estudios arqueológicos sobre las sociedades indígenas que ocuparon el Nordeste argentino (NEA) desde hace más de 11.000 años, cuyos dos principales cursos fluviales que son el río Paraná y el río Uruguay. Se están desarrollando investigaciones arqueológicas en diferentes zonas de la región, con el propósito de averiguar quiénes eran sus antiguos habitantes y cómo era su forma de vida, desde cuándo vivían en esta región, cómo era su alimentación, qué tipos de herramientas fabricaban, cómo era su organización social y política, y cómo se relacionaban con las sociedades indígenas de las regiones vecinas.

En los últimos años, varios equipos de investigación arqueológica, con el aporte de especialistas en diferentes disciplinas antropológicas, biológicas y geológicas, han generado conocimientos novedosos sobre la historia indígena del NEA. Los aportes más significativos se refieren a la antigüedad de las ocupaciones humanas, al aprovechamiento de los recursos de origen animal y vegetal y a las prácticas de producción y uso de la alfarería y de las herramientas de piedra, además de los vinculados a la caracterización de las prácticas funerarias y al desarrollo de la arquitectura en tierra.

## EL AMBIENTE DE LOS RÍOS PARANÁ Y URUGUAY

Los ríos Paraná y Uruguay son los mayores colectores de la cuenca del Río de la Plata y han sido el escenario de diversas ocupaciones humanas a lo largo de varios milenios. El río Paraná nace en la Serra dos Pireneus en Brasil y finaliza en un delta que avanza alrededor de 60 m anuales sobre el Río de la Plata (Codignotto y Kokot, 2005). El sector del río Paraná que surca el territorio argentino tiene una longitud de más de 1.900 km. En su trayecto bordea, de norte a sur, la margen izquierda de las provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos, y a la vez la margen derecha de las provincias de Chaco, Santa Fe y Buenos Aires. Su régimen hidrológico incluye inundaciones en diferentes estaciones que duran de pocas semanas a más de un año, destacándose las crecidas extraordinarias que cubren gran parte su llanura aluvial (Malvárez, 1997).

### Río Paraná

El río Uruguay nace en la Serra Geral en Brasil y desemboca en el Río de la Plata. En gran parte de su recorrido, constituye la frontera entre el nordeste de Argentina, el sur de Brasil y el oeste de Uruguay. Presenta un régimen hidrológico muy irregular, que puede ser considerado fluvial puro desde sus nacientes hasta el arroyo Ayuí Grande (Entre Ríos), un régimen fluvio-marítimo desde allí hasta el río Gualeguaychú (Entre Ríos) y finalmente un régimen marítimo desde allí hasta su desembocadura en el Río de la Plata (Iriondo y Kröhling, 2008).

### Río Uruguay

A lo largo de su recorrido, estos dos grandes ríos reciben el aporte de numerosos tributarios menores, lo que conforma dos complejas redes fluviales que se alejan por kilómetros de cada cauce principal. Esto permite el desarrollo de una

### Biodiversidad

importante biodiversidad en todo el NEA y áreas vecinas. Esta gran diversidad en la flora y en la fauna, junto a la abundancia de rocas, minerales y arcillas, constituyen los recursos básicos explotados por las sociedades indígenas que habitaron la región.

Flora

Las riberas del río Paraná, Uruguay y sus tributarios se caracterizan por la presencia de bosques y selvas subtropicales ribereñas que forman galerías, intercaladas con bosques xerófilos espinosos y palmares (Cabrera y Willink, 1980; Iriondo y Kröhling, 2008). Por fuera de los cauces de ríos y arroyos, se desarrollan praderas de gramíneas y estepas graminosas y arbustivas (Cabrera y Willink, 1980). En los bosques ribereños encontramos laureles, mata-ojo, chal-chal, blanquillo y lecherón; además de sauce, sarandí, tala, molle, sombra de toro, palmera pindó y caña tacuara, entre otras (Cabrera, 1953).

Fauna

En cuanto a la fauna, se destacan distintos mamíferos: ciervo de los pantanos, venado de las pampas, corzuela parda o guazuncho, carpincho, coipo, aguará guazú, tapir, yaguareté, gatos monteses, zorros, zorrinos, comadrejas, monos, mulitas, tatúes, osos hormigueros y meleros, etc. También hay gran cantidad de aves –entre las que destacan ñandúes, garzas, cigüeñas, patos, loros y lechuzas–, reptiles – tortugas, yacarés, lagartos y serpientes–, moluscos –como almejas de agua dulce y caracoles terrestres y fluviales– y una gran abundancia de peces, alrededor de trescientas especies –por ejemplo, sábalos, dorados, tarariras, bogas, armados, bagres, surubíes y patíes–.

## El desarrollo de las ocupaciones indígenas

### Sitios arqueológicos tempranos

Los primeros seres humanos arribaron a América del Sur hace unos 15.000 años, aunque no está claro cuando llegaron al NEA. En esta región, los sitios arqueológicos datados tienen antigüedades que no superan los 3.500 años. Esta última fecha fue registrada para la ocupación humana de la gruta Tres de Mayo en Misiones (Rizzo *et al.*, 2006). Esta edad no implica que no haya habido gente mucho tiempo antes, simplemente sucede que sus restos materiales aún no han podido ser encontrados y fechados por la arqueología. Algunos datos procedentes del sur de Brasil y el oeste de Uruguay indican una presencia humana muy antigua en áreas vecinas, lo que lleva a pensar que esto también podría ocurrir en el NEA. Un ejemplo es el sitio arqueológico K-87-Albardón del Tigre, ubicado en el departamento Artigas (Uruguay), donde se registran evidencias de ocupación humana de 11.300 años (Suárez *et al.*, 2017). Otro sitio cercano es Pay Paso 1 con dataciones de 11.000 años (Suárez, 2015).




Figura nº 1. Artefactos líticos tempranos del NEA: puntas cola de pescado de Federación, Entre Ríos, (A) y Monte Caseros, Corrientes (B, C y D); piedra discoidal de Gualeguaychú, Entre Ríos (E).

En Misiones, Corrientes y Entre Ríos, tanto en el interior como en el litoral de ambos ríos, se han identificado algunos artefactos de piedra que, por sus características, podrían ser muy antiguos; pero al provenir de recolecciones superficiales no se puede establecer su edad con certeza. Entre estos objetos, destaca una piedra discoidal hallada en las márgenes del río Gualeguaychú y varias puntas de proyectil llamadas "cola de pescado" (por la particular forma del pedúnculo) (Serrano, 1932; Mújica, 1995; Nami, 2007; Castro y Terranova, 2015; Castro, 2017; Loponte y Carbonera, 2017; figura n° 1). En América del Sur, estos tipos de artefactos se han hallado en sitios de cazadores-recolectores datados entre 11.000 y 10.000 años. Por lo tanto, aunque no tenemos dataciones, las puntas como la piedra discoidal tendrían una antigüedad semejante y estarían indicando la ocupación temprana del NEA. Además, en varios sitios del Cono Sur, estas puntas de proyectil están asociadas con los grandes mamíferos del Pleistoceno final (mastodonte, caballo americano, milodonte, entre otros). Esto indica una convivencia humana con estos animales hoy extintos y señala que las puntas cola de pescado podrían ser las armas con las cuales fueron cazados.

La falta de evidencia arqueológica anterior a 3.500 años muestra un importante vacío de información en la región. Esto podría deberse a distintos factores ambientales que pudieron destruir los asentamientos más antiguos y ribereños. Uno de ellos es la ingresión marina que, a partir de 7.000 años atrás, inundó y modificó la geografía del sur de la cuenca del Plata y, por ello, el delta del Paraná

comenzó a formarse después de los 6.000 - 5.000 años. Otros factores importantes son los desplazamientos laterales de los principales ríos, que destruyeron sus riberas. En el río Uruguay, se destaca la construcción de la represa hidroeléctrica de Salto Grande que, con su embalse, sumergió amplias franjas costeras donde había sitios arqueológicos antiguos (Austral, 1977; Guidon, 1989). Tampoco puede descartase una baja densidad demográfica o la reducción de las poblaciones humanas por causas que aún no conocemos. O bien que la escasez de información sea el resultado de la ausencia de investigaciones científicas en muchas zonas. En cualquier caso, carecemos de un panorama cultural completo desde el primer poblamiento del NEA hasta hace unos 2.500 años atrás, momento en que los sitios arqueológicos datados comienzan a ser más frecuentes.

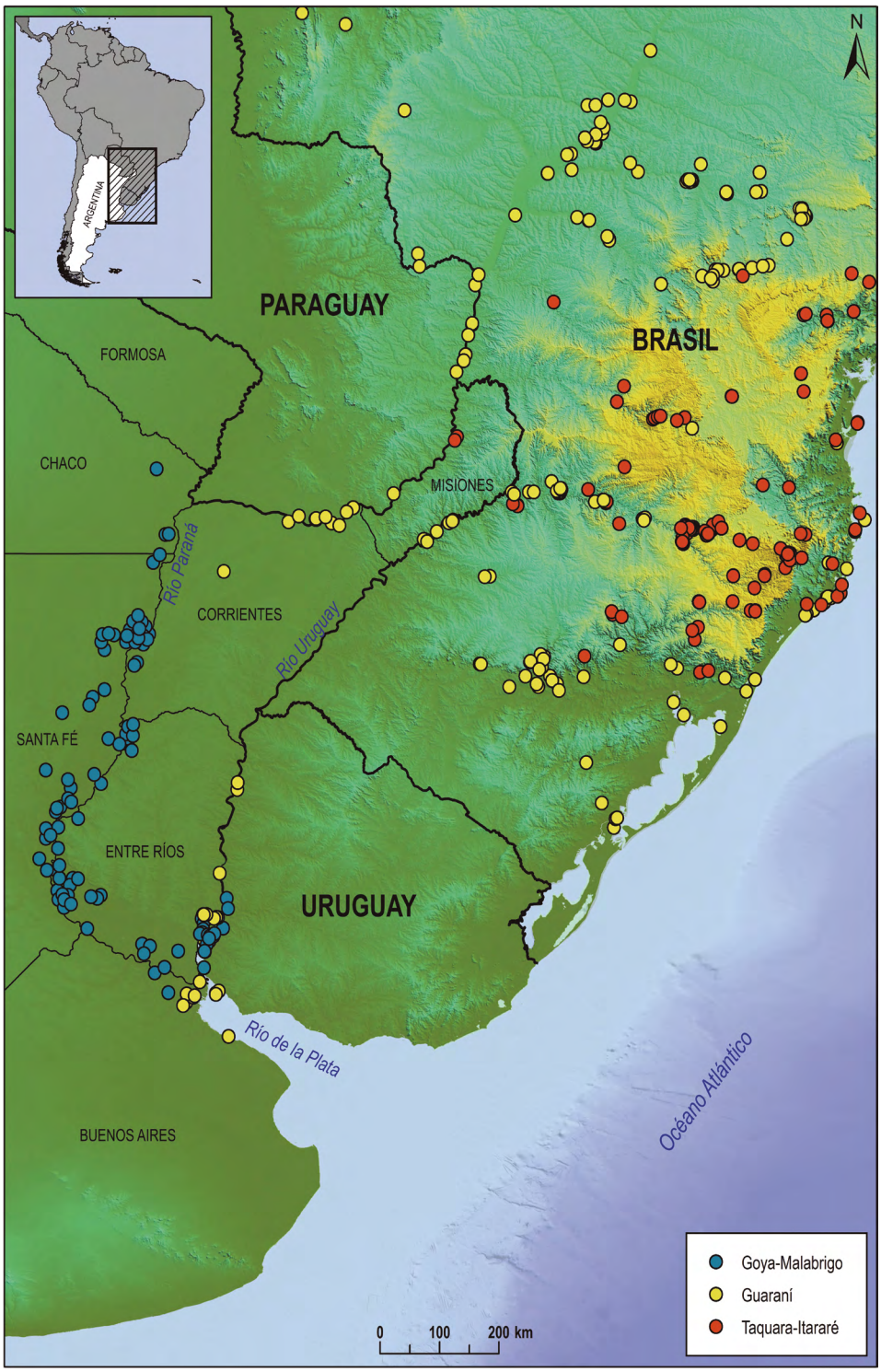



Figura nº 2. Distribución geográfica de los principales sitios arqueológicos Goya-Malabrigo, Guaraní y Taquara-Itararé.

Diversidad cultural

A partir de los últimos 2.500 años, el NEA muestra una diversidad cultural sin precedentes que fue acompañada por la ocupación de nuevos ambientes, por un aumento del número de asentamientos –que aparecen más grandes y más estables– y por la emergencia de complejidad social y política. Además, durante estos momentos se observan contactos e intercambios con otras regiones y otros grupos humanos (Iriarte *et al.*, 2008, 2017; Politis y Bonomo, 2012; Bonomo *et al.*, 2015, 2017; Castro, 2017, 2019).

Entidades arqueológicas

En este contexto de gran dinámica regional, hay tres principales entidades arqueológicas reconocidas en el NEA: Taquara-Itararé, Goya-Malabrigo y Guaraní. En la figura n° 2, se muestra una parte de la enorme cantidad de asentamientos indígenas localizados e investigados para estas entidades: 135 sitios arqueológicos de Taquara-Itararé con, 107 sitios de Goya-Malabrigo y 231 sitios de Guaraní. Estos sitios han sido recopilados y georreferenciados en distintos trabajos (Poujade, 1995; Noelli, 2004; Nuñez Camelino, 2004; Bonomo, 2012; Bonomo *et al.*, 2015; Noelli y De Souza, 2017; Politis *et al.*, 2018; De Souza y Riris, 2021). Estas entidades corresponderían a los ancestros de los grupos indígenas conocidos como jê del sur, chaná-timbú y guaraní, respectivamente.

También en el NEA hay restos arqueológicos que podrían corresponder a otros grupos indígenas de la región como guaycurúes, abipones y charrúas; pero sus rasgos no son lo suficientemente diagnósticos para asignarlos a cada uno de ellos con certeza. Se debe recordar que las entidades arqueológicas son unidades culturales definidas sobre la base de la conjunción, distribución geográfica y cierta estabilidad de una serie de rasgos materiales a lo largo del tiempo. Algunas de estas entidades llegaron hasta momentos de la invasión europea y pueden correlacionarse con grupos descriptos en los primeros documentos escritos, lo que permite un conocimiento más acabado sobre ellas.

## TAQUARA-ITARARÉ

Los restos arqueológicos asignados a los jê del sur han sido hallados en la Sierra Central y en las planicies de inundación de los ríos Paraná y Uruguay en Misiones, y en el sur brasileño (figura n° 2). Las dataciones más antiguas se registran en torno a 2.600 años atrás en Brasil y 760 años en Misiones (Iriarte *et al.*, 2008; Schmitz *et al.*, 2010). Estudios arqueológicos e históricos permiten plantear que el origen de estas poblaciones está vinculado a una expansión meridional de la familia lingüística jê (Noelli y De Souza, 2017).

Ubicación

Los asentamientos estaban instalados sobre todo en las tierras altas por encima de los 800 m s. n. m. Se caracterizan por aldeas de casas pozo (figura n° 3), que son estructuras circulares semisubterráneas, que frecuentemente miden entre 3 y 20 m de diámetro y entre 1 y 1,5 m de profundidad. El techo era una estructura de madera cubierta de paja y otros vegetales y era sostenido por una estructura de postes. Las actividades realizadas, sobre todo alrededor de las casas pozo y en algunas zonas adyacentes a las aldeas, incluyen la manufactura, uso y descarte de instrumentos de piedra y hueso, y de vasijas y adornos personales (Saldanha, 2005; Copé, 2007, 2015).

Centros ceremoniales

Además, construían montículos anulares constituidos por muros de tierra de planta circular o rectangular, de 3 a 6 m de ancho y de hasta 1 m de altura. Estos muros encerraban espacios que frecuentemente tienen uno o más montículos de tierra en su centro, de 1,5 a 20 m de diámetro y de 0,7 a 3 m de alto. Funcionaron como centros ceremoniales regionales y cementerios donde hay entierros primarios directos en la tierra o secundarios cremados en piras. Los que tienen una arquitectura más compleja evidenciarían rituales y festines mortuorios, posiblemente de los individuos de mayor estatus (Iriarte *et al.*, 2008, 2010; De Masi, 2009; De Souza, 2012). Un ejemplo en la provincia de Misiones es el sitio arqueológico PM01, ubicado en El Dorado (figura n° 4). Este es el montículo anular más grande registrado hasta el momento, con un diámetro de 180 m (Menghin, 1955-1956; Iriarte *et al.*, 2008, 2010).



Figura nº 3. Depresiones del terreno que muestran la ubicación de antiguas casas pozo en Campo Belo do Sul, Santa Catarina, Brasil. Fuente: Archivo particular de José Iriarte.

Campamentos

Además de las aldeas y los montículos anulares, también se registran campamentos donde se desarrollaron distintas actividades como caza, pesca, obtención de materias primas y trabajo agrícola. También existen lugares con arte rupestre y grutas y cavernas donde se realizaron actividades domésticas o inhumaciones colectivas (Miller, 1971; Saldanha, 2005; Copé, 2007; Schmitz *et al.*, 2010; Corteletti, 2012).



Figura nº 4. Excavaciones en el sitio arqueológico PM01, El Dorado, Misiones. Fuente: Archivo particular de José Iriarte.

Alfarería

La alfarería es relativamente escasa y se caracteriza por recipientes pequeños, de formas abiertas y cerradas, generalmente más altas que anchas (cónicas, hemisféricas, cilíndricas) y con bases convexas (figura n° 5). Incluye platos, cuencos, ollas y tostadores. Las superficies de los recipientes pueden ser lisas, bruñidas, engobadas y decoradas mediante incisión (punteado e impresiones de cestería), unguiculado, pinzado o pintura roja. La decoración se sitúa en la parte superior o en toda la vasija excepto en la base. Se registran además torteros para hilar fibras y estatuillas modeladas antropomorfas (De Masi, 2006, 2009; Müller, 2008; Schmitz *et al.*, 2010, 2016; Corteletti, 2012; Copé, 2015). Los recipientes tuvieron un uso doméstico y también ceremonial para la producción y consumo colectivo de kifé y kiki (bebidas alcohólicas fermentadas a base de maíz y miel) (De Souza, 2012).




Figura nº 5. Vasijas remontadas procedentes de Eldorado, Misiones. Fuente: Colección Munstead. Reproducción del archivo particular de José Iriarte.

Artefactos líticos

Los conjuntos de artefactos líticos incluyen puntas de proyectil, raspadores, cuchillos, picos, hachas pulidas, yunques, manos de mortero, alisadores de cerámica, bolas y percutores, y adornos labiales llamados tembetás (De Souza, 2012; Copé, 2015). Los escasos artefactos hechos con huesos y valvas incluyen puntas óseas, así como cuentas y piezas con filos sobre valvas de bivalvos y gasterópodos. Hay un gran desarrollo de la cestería, la cordelería y los trabajos sobre madera. En este sentido, se han identificado directa o indirectamente: cuerdas, bolsas, canastas, tembetás, pendientes, bolas, argollas y tubos de caña (Prous, 1992; Schmitz *et al.*, 2016).

Economía

La economía de los jê del sur se basaba en un sofisticado manejo agroforestal, con el predomino de la explotación del piñón de la araucaria, además de palmeras, raíces y tubérculos. Esto se complementaba con el cultivo de maíz, zapallo, batata, mandioca, porotos, cará y maní, además del consumo de miel, de insectos y sus larvas y de almejas fluviales. También pescaban y cazaban distintos mamíferos, aves, reptiles y anfibios (Mota *et al.*, 1996; Corteletti *et al.*, 2015).

Organización política

Estas sociedades estaban organizadas políticamente en complejas jerarquías, con caciques principales y secundarios. Además, tenían una organización social dual que se reflejaba en la arquitectura ceremonial, ya que muchos montículos de tierra se presentan de a pares. Algunos de los líderes más importantes eran sepultados en complejas ceremonias rituales. Éstas incluían la participación de un gran número de personas y la realización de festines colectivos y el nombramiento de un nuevo jefe comunal (Iriarte *et al.*, 2008, 2013, 2017; De Souza, 2012; Noelli y De Souza, 2017).

## GOYA-MALABRIGO

Ubicación

Los restos arqueológicos vinculados con la entidad Goya-Malabrigo (González, 1977; Ceruti, 2003; Politis y Bonomo, 2012, 2018) fueron asociados con los indígenas chaná, timbú, mbeguá, chaná-mbeguá, chaná-timbú, mocoretás y mepenes. En tiempos históricos, estos indígenas habitaban principalmente las llanuras aluviales de los ríos Paraná y Uruguay, con una fuerte presencia en las islas, para lo cual se valieron de canoas hechas con un solo tronco. Las dataciones más tempranas para estos grupos se registran en torno a 2.400 años atrás en el sitio La Lechuza del curso medio del río Paraná (Cornero, 2016; Castro *et al.*, 2020). En el río Uruguay, los sitios arqueológicos asignados a esta entidad tienen una cronología entre 2.000 y 500 años atrás (Castro, 2017).

Goya-Malabrigo se distribuye a lo largo del río Paraná, desde un poco más al norte de la confluencia con el río Paraguay hasta el delta, en ambas márgenes del curso inferior del río Uruguay desde las islas del paleodelta al norte hasta el Río de la Plata (figura n° 2). Se cuentan algunos hallazgos registrados hasta Salto Grande, como por ejemplo apéndices zoomorfos (animales modelados en arcilla) y artefactos de cerámica denominados “campanas” (debido a su forma tronco-cónica parecida a

las campanas de metal actuales, aunque su función era muy diferente) (Hilbert, 1991; Castro, 2019). Hacia el este por la costa uruguaya del Río de la Plata, también se recuperaron apéndices zoomorfos y "campanas", cuya distribución llega hasta la desembocadura del río Santa Lucía (Acosta y Lara, 1955; Hilbert, 1991).

Los asentamientos de Goya-Malabrigo estaban en las planicies fluviales en sectores naturalmente elevados, como albardones y médanos, pero también construyeron montículos, conocidos localmente como "cerros" o "cerritos" y denominados "túmulos" en los primeros estudios arqueológicos de la región. Por un lado, los lugares naturalmente altos fueron ocupados sin haber incrementado intencionalmente su altura. En éstos, el crecimiento se daba como consecuencia de los restos domésticos descartados en el lugar (Schmitz *et al.*, 1972; Bonomo *et al.*, 2011a; Barboza y Píccoli, 2013; Castiñeira *et al.*, 2013, 2014). Por otro lado, algunos fueron elevados mediante el agregado de capas de sedimentos, artefactos descartados, restos óseos y vegetales (Gianotti y Bonomo, 2013; Castiñeira *et al.*, 2014; Castro y Castiñeira, 2017). Los montículos llegan a tener 3 m de altura y una superficie de varios centenares de metros cuadrados. Constituyen una notable modificación del paisaje que se destaca en un terreno totalmente llano y sujeto a las frecuentes crecidas del Paraná y del Uruguay (figura n° 6).



Figura nº 6. Cerro de Vázquez en el delta superior del Paraná, Entre Ríos, durante la inundación de abril de 2011. Nótese que posee un puesto actual encima, mostrando que los cerritos construidos por los indígenas continúan siendo estratégicos para ocupar este espacio insular inundable.

Actividades

Las actividades realizadas en estos asentamientos comprenden preparación y consumo de alimentos, así como manufactura, uso, reparación/mantenimiento y reciclaje de vasijas, instrumentos óseos y líticos, que luego fueron abandonados o descartados en el lugar. También se llevaron a cabo rituales funerarios en los cuales los muertos eran enterrados en forma primaria, a veces conformando paquetes conteniendo uno o más individuos, en algunos casos sus huesos presentan pigmentos rojos adheridos (Scabuzzo *et al.*, 2015; Cornero, 2016; Scabuzzo y Ramos van Raap, 2017; Kozameh *et al.*, 2018). En general, los entierros no tenían ajuar funerario, aunque en algunas inhumaciones han aparecido "campanas" y apéndices de alfarería con figuras de animales y humanas. A veces, también hay instrumentos óseos, pendientes hechos con colmillos de yaguareté, cuentas de collar y excepcionalmente algunos adornos de metal de origen andino (Ceruti, 2003, 2018; Acosta y Mazza, 2016; Bonomo *et al.*, 2017; Ramos van Raap, 2018a).

Alfarería

La alfarería es uno de los rasgos culturales más importantes a partir de los cuales se ha caracterizado a Goya-Malabrigo (Serrano, 1972; González, 1977, Ceruti, 2003; Politis y Bonomo, 2012). Se fabricó una gran cantidad de recipientes de

variadas formas y funciones: vasos, platos, fuentes, "cucharas", ollas y "pavas" (Silva, 2018) que conformaban la vajilla doméstica. Las paredes de estos recipientes se construían, en la mayoría de los casos, mediante la superposición de rollos o rodetes amasados con la arcilla. Algunas de estas piezas fueron decoradas con guardas de líneas rectas y onduladas realizadas cuando la arcilla estaba blanda con el extremo de distintas herramientas (p. e., dientes de coipo, palitos o huesos de peces; figura n° 7) (Ottalagano, 2013, 2017; Barboza y Píccoli, 2013; Píccoli, 2014; Di Prado, 2015, 2018). Algunos de estos contenedores fueron usados para servir la comida y otros para cocinarla en el fuego. Las múltiples formas que estos grupos dieron a la arcilla no sólo incluyen los recipientes, sino también torteros para hilar fibras, pendientes y cuentas de collar para adornarse, objetos con forma elíptica, que posiblemente eran pesas de red para pescar y pequeñas bolitas, que pudieron usar para cazar pájaros como hacían otras poblaciones indígenas de la región.




Figura nº 7. Vasija remontada que fue recuperada en el sitio arqueológico Cerro de las Pajas Blancas 1, departamento de San Jerónimo, Santa Fe.

Otro rasgo importante de la alfarería son las figuras de los animales que vivían en el entorno de los asentamientos. Se destacan los modelados de cabezas de aves, sobre todo de guacamayos, loros y cotorras, con diferentes tamaños, perspectivas y grados de abstracción. También representaron lechuzas, caranchos, cóndores y distintas especies de mamíferos (carpinchos, yaguaretés, perros, monos, camélidos, murciélagos, etc.), reptiles, anfibios y moluscos (figura n° 8). Otros animales, como peces, cérvidos y coipos, no aparecen representados o tienen una muy baja frecuencia. En algunos casos, las cabezas de aves o mamíferos eran representadas de perfil, en dos dimensiones, recortando la silueta del animal sobre la superficie cerámica. En otros casos modelaban cabezas de animales en tres dimensiones, en las cuales los rasgos del rostro del animal se representaban por incisiones (Serrano, 1972; Ceruti, 2003; Ottalagano, 2013; Cornero, 2019; Bonomo *et al.*, 2020). Estos apéndices pueden tener grandes tamaños y, en algunos casos, formaban parte de las "campanas". Estos enigmáticos objetos se caracterizan por tener el cuerpo en forma de cilindro o de cono truncado, abierto en la parte inferior y un apéndice o dos en la parte superior, que generalmente representa la cabeza de un ave. Se han propuesto distintas funciones para las "campanas": desde que servían para conservar el fuego, o como sahumadores, a que tenían un significado totémico o simbólico, dado que es frecuente, aunque no exclusivo, su hallazgo en los ajuares funerarios de los entierros humanos (Bonomo *et al.*, 2020).

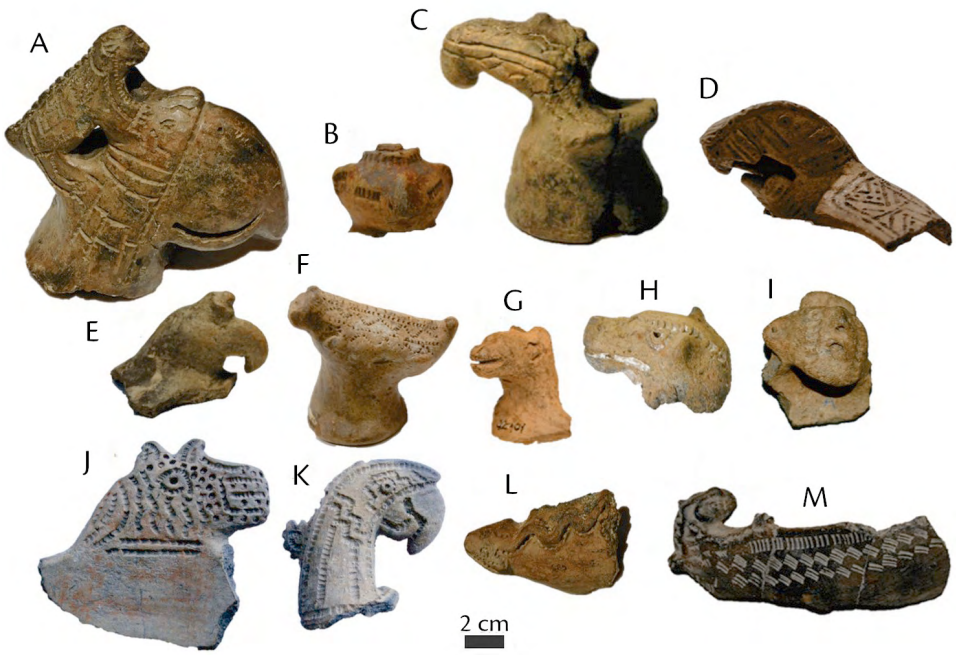



Figura nº 8. Apéndices zoomorfos en la alfarería Goya-Malabrigo. A: guacamayo con un animal cuadrúpedo detrás de la cabeza (La Paz, Entre Ríos); B: cabeza de ave no identificada (Malabrigo, Santa Fe); C: campana que representa un ave entera (sitio Cerro Grande de la isla de Los Marinos, Entre Ríos); D: guacamayo (Malabrigo, Santa Fe); E: loro (Santa Fe la Vieja, Santa Fe); F: felino (Malabrigo, Santa Fe); G: camélido (sitio Los Tiestos, Entre Ríos); H: perro (sitio Laguna del Plata II, Santa Fe); I: figura humana (Rincón del Doll, Entre Ríos); J: mamífero con manchas en la piel (sitio Arroyo Las Mulas I, Entre Ríos); K: guacamayo (Arroyo Las Mulas I); L: serpiente (Arroyo Las Mulas I); M: yaguareté (islas de Victoria, Entre Ríos).

Artefactos líticos

Los indígenas del Paraná fabricaban muy pocos instrumentos de piedra porque en este río no hay fuentes de rocas o minerales importantes, a excepción de las areniscas. Debido a la escasez de formaciones rocosas, algunas de las materias primas líticas utilizadas provenían de canteras alejadas más de 170 km, localizadas en el río Uruguay (Bonomo, 2012; Apolinaire *et al.*, 2019). Las investigaciones realizadas en este último río (Castro, 2017) determinaron que los conjuntos líticos incluyen raspadores, pulidores, morteros y manos, bolas y percutores. Las materias primas usadas son mayormente arenisca y caliza silicificada. Las rocas y minerales fueron obtenidos en afloramientos y filones y en los bancos de rodados típicos del río Uruguay y sus afluentes. En algunos casos, las materias primas fueron trasladadas desde las canteras hasta los asentamientos ubicados a más de 60 km de distancia.

Artefactos óseos

La elaboración de artefactos óseos tuvo un gran desarrollo y muchos de los huesos de los animales consumidos también fueron utilizados para la confección de instrumentos y adornos. Entre los primeros, se registraron ganchos de propulsor, espátulas, agujas, tubos, biseles, distintos tipos de puntas de proyectil para la caza y la pesca (Pérez Jimeno, 2007; Politis *et al.*, 2011; Castro, 2017). Se usaron los huesos de armados, surubíes, cigüeñas, ñandúes, ciervos, venados, guazunchos y aguará guazúes (Cione *et al.*, 1977; Castro, 2017). Entre los adornos, se registraron cuentas de collar, tembetás, discos perforados y pendientes. Los animales usados en estos casos incluyen moluscos, yaguaretés y también aguará guazúes (Castro, 2017).

Economía

La economía de estas poblaciones era mixta, ya que combinaba una gran variedad de recursos animales y vegetales silvestres con cultivos. En primer término, los alimentos provenían de la pesca, la caza y la recolección de vegetales silvestres (Ceruti, 2003; Cornero *et al.*, 2007; Pérez Jimeno, 2007; Bonomo *et al.*, 2011b; Politis *et al.*, 2011; Barboza, 2014; Sartori y Galligani, 2014; Bastourre, 2014; Píccoli, 2015; Sartori, 2015; Castro, 2017). Se evidencia un fuerte consumo de peces (sábalos, tarariras, bagre amarillo, armados, bogas, etc.), así como de coipo, cérvidos y carpincho. Asimismo, se aprovecharon moluscos, otros mamíferos, reptiles, aves y anfibios. Esta composición de la dieta indica una marcada tendencia hacia la explotación intensiva de especies de ambientes fluviales, ya sea de peces, de moluscos o de mamíferos vinculados a estos ambientes. Entre la fauna relacionada a estos indígenas, se destaca la presencia del perro (*Canis familiaris*) y su utilización como compañía y auxiliar de caza (figura n° 9; Castro *et*

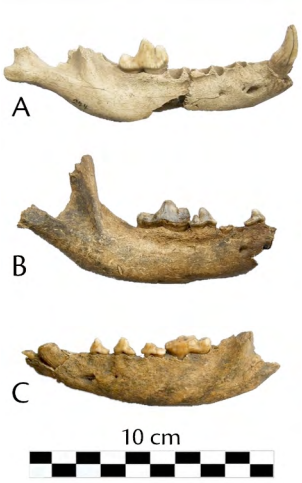



Figura nº 9. Hemimandíbulas de perros (*Canis familiaris*) procedentes del NEA. A: Cerros de los Pampas (Gualeguaychú, Entre Ríos); B: La Lechuza (San Javier, Santa Fe); C: Sambaquí de Puerto Landa (Gualeguaychú).

*al.*, 2020). Asimismo, se registraron evidencias que indicarían que estos animales también fueron consumidos.

Estudios realizados en el río Paraná sobre restos microscópicos de vegetales como los fitolitos y almidones, además de granos de maíz carbonizados, han confirmado que estas poblaciones habían desarrollado una horticultura a pequeña escala –o de huerto doméstico– de maíz, poroto y zapallo. Es probable que en algunas zonas se hayan cultivado también mandioca y batata, además de cosechar arroz silvestre y achira (Bonomo *et al.*, 2011b; Cornero y Ragnone, 2015; Píccoli, 2015; Colobig *et al.*, 2015; Colobig y Ottalagano, 2016). Recientemente, en el río Uruguay también se han identificado evidencias de maíz (Ramos van Raap, 2020).

En relación a las prácticas funerarias, a lo largo de la historia de la arqueología de la región, se ha registrado una gran variabilidad de formas de inhumación de individuos de ambos sexos y distintas edades, incluyendo entierros primarios y secundarios, simples o múltiples, y con o sin ajuar; además, porciones anatómicas aisladas y esqueletos incompletos con reacomodamiento de elementos óseos (González, 1947; Gaspary, 1950; Ceruti, 2003; Cornero, 2009; Scabuzzo y Ramos van Raap, 2017). Sumado a esto, nuestros estudios arqueológicos de los últimos quince años han demostrado que los cerritos fueron elevados artificialmente y que no sólo sirvieron para habitar ambientes inundables, sino también para la inhumación de los muertos y posiblemente para ubicar pequeños huertos. Además, reflejan la existencia de pequeñas aldeas semipermanentes (Politis y Bonomo, 2012, 2018; Scabuzzo *et al.*, 2015; Castro, 2017; Ramos van Raap, 2018b).

## LA OCUPACIÓN GUARANÍ

### Ubicación

Los indígenas de la familia lingüística Tupí-guaraní, en su expansión continental, abarcaron desde la floresta amazónica en Brasil hasta la isla Martín García y punta Lara en el Río de la Plata. Los grupos guaraníes que formaban parte de esta familia se asentaron en la región dos mil años atrás. Dentro de los límites políticos de Paraguay, el sur de Brasil, Uruguay y Argentina (provincias de Misiones, Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires) se han detectado miles de sitios arqueológicos con materiales guaraníes, de los cuales solo una parte han sido datados y estudiados sistemáticamente (figura n° 2). En Argentina, existen dos zonas con concentración de sitios guaraníes: por un lado, la selva de Misiones y el río Paraná en el norte de Corrientes y, por el otro, el delta inferior del Paraná y el curso inferior del Uruguay (Poujade, 1989, 1995; Rodríguez, 2003, 2006, 2018; Castro, 2017; Bonomo *et al.*, 2019, entre otros). La expansión hacia el delta habría comenzado en torno a los mil años atrás, bajando por el río Uruguay (Bonomo *et al.*, 2015). En este río las ocupaciones guaraníes se restringen mayormente a las islas, aunque también se han hallado algunos asentamientos en las riberas.

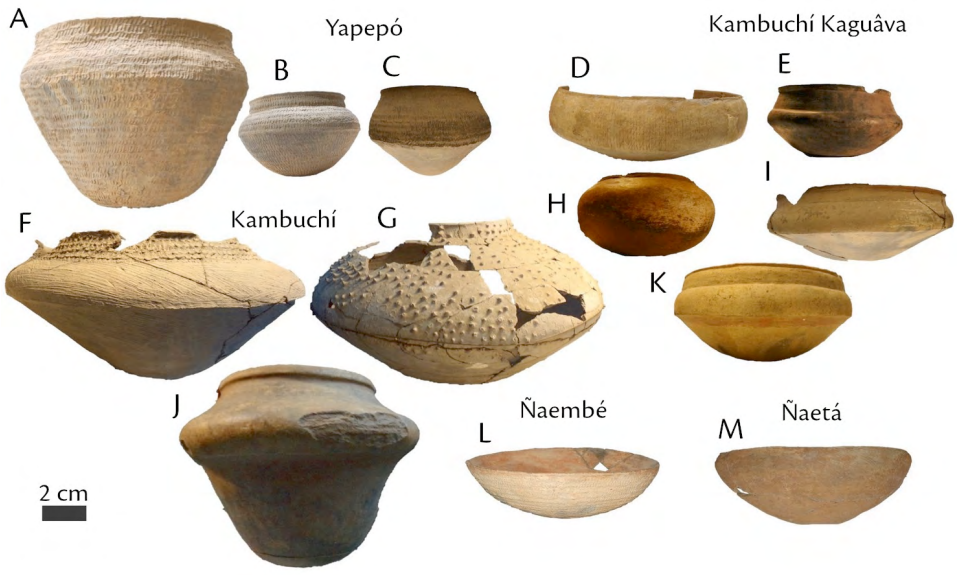



Figura nº 10. Recipientes guaraníes provenientes de distintos sectores del NEA, depositados en el Museo de La Plata, el Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti" de Buenos Aires y el Museo Andrés Guacurarí de Misiones. A: Apipé Grande, Corrientes; B: Puerto Denis, Misiones; C: Delta del Paraná; D: isla Martin García; E: Delta del Paraná; F: sitio Arroyo Fredes, Delta del Paraná; G: sitio Arroyo Fredes; H: Alto Paraná; I: Delta del Paraná; J: Alto Paraná; K: Delta del Paraná; L: Río Paraná Miní, Delta del Paraná; M: Misiones. Fuente: Museo Etnográfico "Juan B. Ambrosetti".

Alfarería

La presencia de los guaraníes en el NEA ha sido identificada por la arqueología a partir de una serie de rasgos diagnósticos, sobre todo de su alfarería. Ésta se caracteriza por la repetición de sus formas, decoraciones y funciones. Existen seis clases principales de vasijas, mayormente para uso doméstico: *yapepó* (olla); *ñaetá* (cazuela); *ña'ê, ña'êmbé, tembiyru* o *tembe'y'u* (plato); *kambuchi* (tinaja); *kambuchi kaguava* (vaso) y *ñamypyûv* (tostador) (La Salvia y Brochado, 1989; Brochado *et al.*, 1990; Brochado y Monticelli, 1994; Noelli *et al.*, 2018; figura n° 10). Ollas y tinajas pueden tener hasta un metro de altura y capacidad para contener más de cien litros de líquido, en algunos casos (Noelli, 2004). Entre los artefactos de cerámica, también se cuentan algunas pipas, tembetás, cucharas, torteros, cuentas y pesas de red.

Las vasijas con superficies externas lisas, corrugadas, unguiculadas y cepilladas tenían un uso doméstico, ya que eran empleadas para cocinar sobre el fuego. Otras eran pintadas de rojo o negro sobre fondo blanco y utilizadas para la producción y el consumo colectivo de *cauim* (bebida fermentada principalmente a base de maíz; figura n° 11). Las vasijas también tuvieron funciones funerarias. Así, los *yapepó* y *kambuchi* se usaron como urnas y los *ñaetá* y *kambuchi kaguava* como tapas de las urnas (La Salvia y Brochado, 1989; Brochado *et al.*, 1990; Noelli, 1993; Noelli *et al.*, 2018).




Figura nº 11. Diseños lineales y digitales pintados en un fragmento de vasija guaraní recuperado en la isla Martín García.

Prácticas funerarias

Los guaraníes introdujeron en la región la práctica de enterrar a los muertos en urnas. Acostumbraban sepultarlos en las inmediaciones de las viviendas o en los bordes de las aldeas. Estas prácticas han sido observadas, por ejemplo, en el delta inferior del Paraná, en los sitios Arroyo Malo, Arroyo Fredes y Arroyo La Glorieta, donde se recuperaron urnas funerarias con huesos de niños o adultos (Lothrop, 1932; Mazza *et al.*, 2016; Ramos van Raap y Bonomo, 2016). Como característica común, los restos de los individuos fueron incluidos luego de haber sido cuidadosamente preparados y pintados de rojo.

En general, las urnas funerarias incluían en su interior ajuares con pequeñas vasijas con comida, pertenencias del difunto, como herramientas y adornos de hueso, piedra o cobre y tembetás en forma de T (Lothrop, 1932; Loponte y Acosta, 2008; Bonomo, 2012; Ramos van Raap y Bonomo, 2016; entre otros). Además de este tipo de inhumaciones, en Arroyo Malo y Arroyo Fredes se identificaron entierros humanos directos en tierra, algunos de ellos pintados de rojo, acompañados con vasijas, restos animales y artefactos líticos (Lothrop, 1932; Ramos van Raap y Bonomo, 2016). Este tipo de procedimiento también habría estado presente en el sitio Ensenada del Bellaco ubicado en Gualeguaychú (Castro, 2017; Ramos van Raap y Scabuzzo, 2018).

Artefactos líticos

Otro elemento que aparece en los sitios guaraníes son hachas, cuyas hojas de piedra eran intensamente pulidas hasta lograr contornos regulares con formas trapezoidales y rectangulares. Eran unidas al mango de madera en el extremo opuesto al filo; tal como lo muestran la ausencia de pulido o la presencia de picado y lascados profundos para facilitar el enmangue. Algunas también tenían un surco que formaba una cintura o garganta para atarlas mejor al cabo (Bonomo, 2012). Además de hachas, los conjuntos líticos tienen puntas de proyectil, raspadores, raederas, perforadores, buriles, cuchillos, cepillos, pulidores, manos, molinos, bolas y percutores. También hay adornos como tembetás, cuentas y pendientes, tal como los registrados en sitios arqueológicos del río Uruguay (Costa Angrizani, 2012; Castro y Costa Angrizani, 2014; Castro, 2019).

Elementos ornamentales

Los datos históricos y algunas evidencias arqueológicas a nivel regional (Prous, 1992; Noelli, 1993) señalan el uso de canoas fabricadas con un solo tronco; además de utensilios y armas de madera, filos y raspadores manufacturados con valvas de moluscos, anzuelos, puntas, agujas. También se cuentan adornos como pendientes hechos con huesos y dientes de roedores y felinos, así como cuentas con valvas, vértebras de pescado y huesos de aves. Paralelamente, las fuentes indican el uso de fibras vegetales para tejidos y cestería, y de plumas y semillas para ornamentos.

Organización política

Estos grupos vivían en grandes aldeas, constituidas por un grupo de cuatro a ocho viviendas comunales en torno a una plaza central. Las aldeas eran conducidas por un jefe político denominado *tuvichá*. Algunas de ellas tenían empalizadas defensivas, lo cual refleja situaciones de reiterados conflictos bélicos. Actualmente, en las excavaciones de estos antiguos asentamientos (hoy sitios arqueológicos), se observan manchones de tierras oscuras de gran espesor, llamadas *terras pretas* en Brasil. Estos depósitos son los que normalmente contienen los materiales arqueológicos en su matriz y son el producto de la descomposición de gran cantidad de desperdicios orgánicos generados por la ocupación continua y prolongada de aldeas de tamaños considerables (Bonomo, 2012; Noelli, 1993).

Economía

La economía de los guaraníes se basaba en el cultivo de maíz, mandioca, batata, porotos, zapallo, maní y algodón (Noelli, 1993; Rodríguez, 2018). Estudios realizados sobre vasijas guaraníes de los ríos Paraná y Uruguay han corroborado la presencia de maíz, de zapallo y de porotos en su interior (Costa Angrizani *et al.*, 2021). Estas sociedades tenían también una dieta que incluía la pesca, la caza y la recolección de vegetales silvestres (como el algarrobo). La lista de animales explotados incluye algunos de los mamíferos, reptiles, aves, anfibios, peces, moluscos e insectos disponibles en cada región (Noelli, 1993; Malabarba y Ricken, 2009). También ha sido documentado el uso de miel de abejas y avispas, para su consumo directo o para su procesamiento a fin de producir alimentos, bebidas, medicinas, entre otros, y de cera para la confección de diversos artefactos (Noelli, 1993).

## PALABRAS FINALES

Lo que hoy sabemos de las sociedades indígenas del nordeste argentino permite trazar una secuencia de ocupación humana que tiene aún varios vacíos. En principio, el hallazgo de puntas cola de pescado y una piedra discoidal indica que el NEA estuvo ocupado por cazadores recolectores hacia fines del Pleistoceno, es decir, alrededor de unos 11.000 años atrás. En otras partes de América del Sur, estas puntas están asociadas a la caza de los grandes mamíferos extintos, pero eso no se ha verificado aún en el NEA. Estas sociedades pioneras serían descendientes de los primeros seres humanos que ingresaron al continente.

Después de esta débil señal humana, es recién en los últimos dos mil quinientos años, es decir, en el Holoceno tardío, cuando el registro arqueológico muestra una ocupación cada vez más intensa de la región. Se identifican a partir de entonces numerosos asentamientos y, a la vez, una diversidad cultural importante. En el sector norte, los grupos jé empezaron a ocupar las tierras más altas y desarrollaron una compleja arquitectura en tierra, que incluía cazas-pozo y montículos monumentales. En el NEA, los indígenas kaingang son los herederos de esta rica tradición cultural.

Más al sur, en la llanura aluvial del Paraná y en el río Uruguay inferior, desde hace unos 2.400 años se desarrolló una sociedad eminentemente fluvial llamada Goya-Malabrigo, cuyo origen estuvo probablemente vinculado a la expansión meridional de los arawak. La canoa fue, sin duda, la principal innovación tecnológica que les permitió colonizar exitosamente un ambiente plagado de islas, arroyos y lagunas con abundantes recursos. Además, este medio de navegación fue clave para trasladarse, pescar y transportar cargas pesadas. Esta sociedad difundió, en gran parte del NEA, la horticultura de maíz, poroto y zapallo. A pesar de estos cultivos, siempre mantuvo una fuerte dependencia de los recursos acuáticos, tales como los peces y el coipo.

Goya-Malabrigo tuvo, además, una estrecha relación con la arcilla, material que fue central para casi todos los aspectos de su vida cotidiana. Con él se elevaba el terreno para construir los montículos donde vivían y se asentaban los pisos de las viviendas; se confeccionaban vasijas, cucharas y piezas de todo tipo y se modelaban apéndices que representaban la fauna de la región, así como también figuras humanas y seres míticos. Existía toda una cosmovisión que se manifestaba en un mundo plástico de objetos modelados en alfarería. Por último, también con arcilla se confeccionaban adornos corporales y juguetes para los niños.

La sociedad Goya-Malabrigo es la antecesora directa de los grupos indígenas que los europeos encontraron cuando entraron al Paraná y al Uruguay, que se conocen desde entonces como chaná, chaná-timbú, timbú, mbeguá, entre otras denominaciones. Ellos habían heredado de sus ancestros una completa adaptación al medio fluvial y habían desarrollado exitosas estrategias de subsistencia que combinaban la extracción de recursos silvestres con la producción de alimentos mediante el cultivo de plantas domesticadas.

Además de estos grupos, otra sociedad, la guaraní, ocupó el río Uruguay, el alto Paraná y el delta. Sólo en el río Uruguay inferior y el delta del Paraná ambas tenían cierta superposición. Es probable, como lo sugieren las crónicas, que estas dos sociedades tuvieran conflictos entre sí. La circulación de vasijas guaraníes por territorios donde vivían otras poblaciones indígenas muestra que también existían otros mecanismos, como el intercambio de bienes, para relacionarse con los grupos vecinos. Los guaraníes tenían otra forma de vida: enterraban a sus muertos en urnas, talaron bosques con hachas de piedra y desarrollaron una agricultura más intensiva de roza y quema. El maíz y la mandioca fueron los principales cultivos, aunque tenían una variedad importante de plantas domesticadas y usaban numerosas plantas silvestres. Su cerámica no tenía los modelados que representaban animales, pero sí complejos tratamientos de las superficies de las vasijas y, además, estaban pintadas con una excelente técnica que era desconocida en la región hasta su arribo.

Finalmente, a su arribo, los europeos encontraron, además, otros indígenas que vivían en las llanuras y "cuchillas" interfluviales. Los más conocidos son los charrúas, aunque había otros más, probablemente emparentados entre sí. La arqueología no ha estudiado aún en profundidad el pasado de estas poblaciones. No obstante, sabemos que se trataba de poblaciones nómades que basaban su economía en la caza y la recolección, que capturaban venados, ñandúes y otros animales mediante el uso del arco y flecha y de las boleadoras y también que pescaban. Éstos llevaban una forma de vida muy distinta a sus vecinos fluviales, aunque en menor medida también usaban canoas.

Toda esta rica herencia cultural se fue perdiendo con el impacto de la conquista y la colonización posterior del territorio. Sin embargo, aún hay grupos indígenas en el NEA que luchan por mantener su identidad étnica, su lengua y sus conocimientos tradicionales. Son los guardianes de un rico patrimonio cultural y una memoria ancestral que tiene miles de años de antigüedad.

# ARQUEOLOGÍA EN EL NOROESTE ARGENTINO
## El NOA antes del NOA

### INTRODUCCIÓN: ARQUEOLOGÍA, GEOGRAFÍA DEL NOROESTE ARGENTINO Y ESPACIOS ANCESTRALES

La arqueología, en su concepción clásica, es una ciencia social que problematiza los procesos del pasado para entender el presente y pensar el futuro. Sin embargo, en los últimos años el estudio del presente ha contribuido en gran medida a pensar problemas del pasado.

La dinámica social del hoy llamado Noroeste Argentino (de ahora en más NOA) tiene una larga y compleja trayectoria histórica de cambios socioeconómicos, políticos y culturales, desde la aparición de las primeras evidencias de ocupación humana hasta la actualidad, y se encuentra en investigación permanente.



Figura nº 1. Quebrada de El Carrizal, Tafí, Tucumán, 2014. Fuente: Archivo particular de las autoras.

Las comunidades actuales que se reconocen a sí mismas como descendientes o pertenecientes a un pueblo originario pueden encontrarse en todo el territorio que hoy conocemos como Argentina. Los pueblos originarios fueron y son heterogéneos y dinámicos, con historia y conocimientos, con alianzas y guerras, con territorios multiformes.

A través de la recuperación y el estudio de los restos materiales (figura n° 2), se abre una puerta al pasado para acceder al conocimiento de sociedades ancestrales. En muchos casos, éste se revaloriza y continúa o vuelve a ser puesto en práctica en el presente.

Arqueología

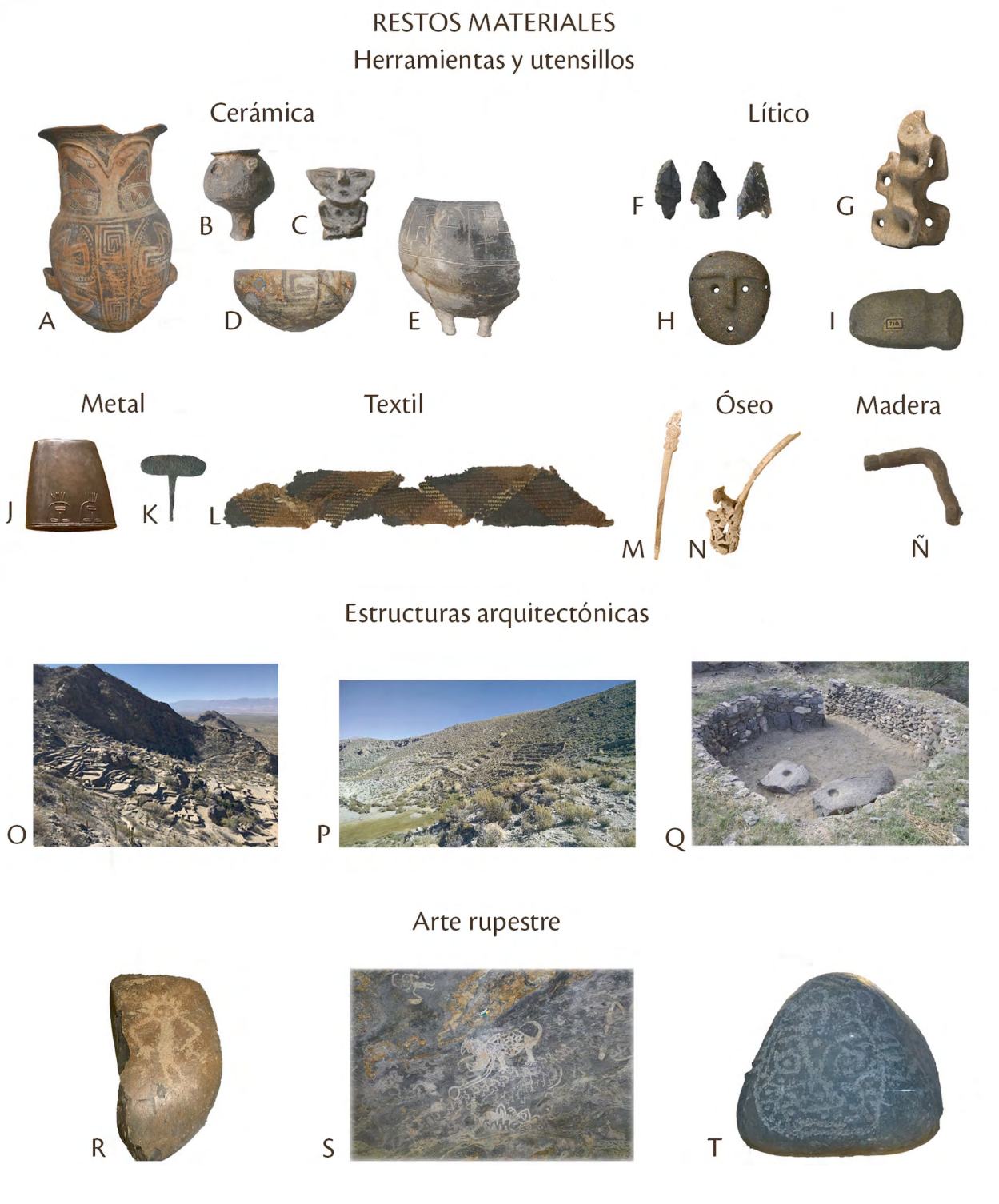
La arqueología contemporánea latinoamericana actualmente considera cuestiones de género, multivocalidad, etnia y agencia humana, y es su deber plantear la necesidad de vincular la investigación arqueológica con los problemas históricos y sociales de la región (Politis y Pérez Gollán, 2004).

Etnografía

La etnografía abre otra puerta a partir del estudio sistemático de un grupo a través de la observación directa y el registro de su vida social. Pueden rastrearse trabajos etnográficos desde el presente hasta los momentos posteriores a la con-

quista. Muchos registros escritos realizados por los invasores se transformaron en crónicas que contienen valiosa información sobre las costumbres y la forma de vida de los grupos originarios que diezmaron. Entre los más conocidos, se encuentran los Manuscritos de Huarochirí y el Popol Vuh. Estos estudios permitieron conocer que los grupos del NOA establecieron y establecen vínculos con la naturaleza de forma muy diferente a las que se conciben en la sociedad occidental. Los vínculos con los animales, las montañas y las plantas no deben ser entendidos meramente como de consumo, sino como de parentesco, ya que cumplen un rol activo en la vida comunitaria.

En la actualidad, los estudios etnográficos son de gran valor para seguir conociendo las historias de pueblos que aún viven y sus cosmologías.



*Página anterior*: Figura n° 2. Cuadro con ejemplos de restos materiales del NOA. Herramientas y utensilios confeccionados en diferentes soportes: Cerámica: A. Urna santamariana, Período tardío. Medidas: 55,5 x 35,2 cm. Pieza NAC-CNBA-Geo-O31, Museo Didáctico de Geografía. B. Ollita. Medidas: 13,7 x 10,9 cm. NAC-CNBA-Geo-O40, Museo Didáctico de Geografía. C. Figurina antropomorfa femenina, La Aguada. Medidas: 8,5 x 5,4 cm. Pieza NAC-CNBA-Geo-O45, Museo Didáctico de Geografía. D. Puco, Período tardío. Medidas: 12,6 x 24,5 cm. Pieza NAC-CNBA-Geo-O34, Museo Didáctico de Geografía. E. Olla inca, Período incaico. Medidas: 35,2 x 40,2 cm. Pieza NAC-CNBA-Geo-O30, Museo Didáctico de Geografía; Lítico: F. Variaciones de puntas de proyectil en roca volcánica y obsidiana, Holoceno, Catamarca. Medidas aproximadas 3 x 2 cm. Piezas NAC-CNBA-Geo-L24 y NAC-CNBA-Geo-O27, Museo Didáctico de Geografía. G. Suplicante, Alamito. Medidas: 31,8 × 19,9 × 11,4 cm. Pieza 2016.734.3, Metropolitan Museum of Art. H. Máscara funeraria, Condorhuasi-alamito. Medidas: 12,4 × 10,8 × 3,2 cm. Pieza 2016.734.5. Metropolitan Museum of Art. I. Hacha, Período formativo temprano, Jujuy. Medidas: 9 x 6 cm, NAC-CNBA-Geo-L20, Museo Didáctico de Geografía; Metal: J. Campana de bronce fundido, santamariana. Medidas: 25,4 x 25 cm. Inventario 9113, Museo de Bellas Artes. K. Tumi de bronce, Período tardío. Medidas: 11,1 x 0,6 a 11 cm. Pieza NAC-CNBA-GEO-O48, Museo Didáctico de Geografía. L. Fragmento de tejido, Período tardío, Tastil. Museo Antropológico de Salta; Óseo: M. Artefacto tallado en hueso con decoración geométrica zoomorfa, Período formativo medio. Medidas: 14,2 x 2,7 cm. Inventario 8952-6, Museo de Bellas Artes. N. Artefacto tallado en hueso, grabado y pulido con decoración geométrica zoomorfa (felinos y camélidos), Período formativo medio. Medidas: 14,2 x 2,7 cm. Inventario 8952-2, Museo de Bellas Artes; Madera: Ñ. Tarabita (se utilizaron para atar la carga a las llamas), Tastil. Museo Antropológico de Salta. Estructuras arquitectónicas: O. Ciudad Sagrada de Quilmes. Vista del sector reconstruido y visitable; P. Terrazas: Andenes del sector B de Huayatayoc desde el norte (Pey, 2020, figura n° 3); Q. Detalle de un recinto habitacional con la presencia de dos morteros construidos sobre la roca. Arte Rupestre; R. Grabado sobre bloque de piedra: antropomorfo. Museo Pío Pablo Díaz; S. Pinturas rupestres del sitio La Candelaria (Gheco, 2020, figura n° 2). T. Grabado sobre bloque de piedra: figura antrópica que muestra dos rostros, uno humano y otro felino. Museo Pío Pablo Díaz. Todas las imágenes son de fuente propia, excepto las explicitadas.

Geografía del NOA

El Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) considera que las provincias que integran la "Región del Noroeste Argentino" son Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, La Rioja y Santiago del Estero (mapa n° 1). El hecho de pensar y dividir el país en regiones tuvo una gran aceptación en las disciplinas abocadas a estudios específicos como la geografía, la historia, la arqueología y la economía, dado que organizaron y organizan sus investigaciones en torno a problemáticas regionales (Benedetti, 2009).

Primeras ocupaciones

Sin embargo, las comunidades originarias habitan el área desde mucho antes que el término NOA fuese creado. Las evidencias arqueológicas más tempranas de ocupación –es decir, las más alejadas del presente– demuestran presencia humana en el área entre finales del período Pleistoceno y comienzos del Holoceno, entre 10.500 y 9.000 años AP (Yacobaccio y Morales, 2011). Esto no implica que no haya habido ocupaciones anteriores, sino que sólo se puede afirmar la presencia humana desde el momento en que se encuentra evidencia.

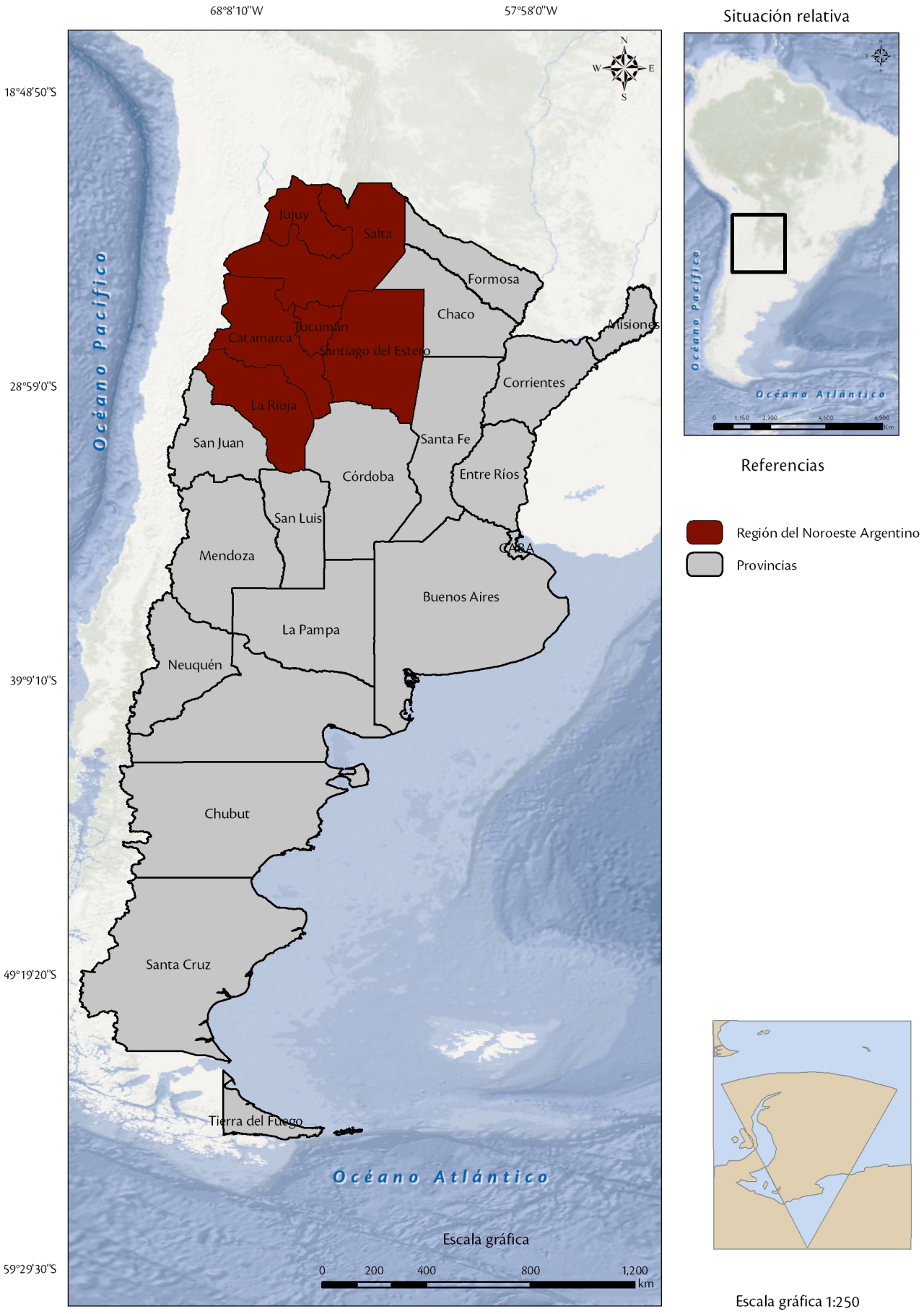
*AP* significa 'Antes del Presente', es un término utilizado como referencia estándar de tiempo para eventos ocurridos en el pasado. El 'presente', en realidad, se refiere a 1950, ya que en ese año se establecieron las curvas de calibración para la datación por radiocarbono (carbono 14). Otra razón por la cual se eligió ese año como presente es por ser anterior a las pruebas atmosféricas de armas nucleares que alteraron la proporción de isótopos radioactivos (dentro de los que se encuentra el carbono 14).

Surgimiento de las provincias

La división del territorio en provincias surgió con la consolidación del Estado-nación a mediados del siglo XIX. La organización espacial de las comunidades originarias precede el establecimiento de estos límites geopolíticos. Ocupaban extensos territorios que excedían lo que hoy son las fronteras provinciales e incluso nacionales, habitando espacios que actualmente pertenecen a territorios chilenos y bolivianos; por ejemplo, los grupos que habitan y habitaron el área de la puna, hoy subdividida y renombrada como Puna argentina (Argentina), Altiplano boliviano (Bolivia) y Puna de Atacama (Chile).

Ecorregiones del NOA

Existen diferentes ecorregiones dentro del NOA, como la puna (altiplanicie desértica), las yungas (selva de montaña), los altos Andes (espacios montañosos entre 3.500 y 2.500 m s.n.m.), montes de sierra y bolsones (valles), todas ellas habitadas por pueblos indígenas. Éstos tenían formas de vida y utilizaron materias primas vinculadas a los recursos de cada zona. La aparición de evidencia material característica de una ecorregión en otra posibilita pensar en las redes de intercambio y conexión que existieron, que en algunos casos aún funcionan. Ejemplo de ello es la presencia en la puna de ciertos textiles construidos con plantas de las yungas.




Mapa nº 1. Región del Noroeste Argentino.
Fuente: Elaboración personal.

La categoría 'Noroeste Argentino' surgió en 1950; se refiere exclusivamente a una región geográfica. En 1960, fue reforzada por el auge de las políticas de planificación estatal. Por un lado, en este concepto se encuentra un componente meramente geohistórico, cuyo mensaje promulga la inexistencia del Noroeste antes de la emergencia de la República Argentina (siglo XIX). Por otro lado, contiene un componente geopolítico que responde a la relación asimétrica de poder respecto a Buenos Aires (Benedetti, 2009). En este sentido, "...Noroeste Argentino (...), una de las consabidas divisiones regionales de la Argentina surgida durante el siglo XX. ¿Es posible hacer uso de la categoría NOA en un estudio del siglo XV? ¿Podemos hablar de procesos sociales en el NOA, en el período prehispánico? Para ello habría que preguntarse '¿qué es NOA?' Actualmente, NOA es una categoría regional, un vocablo utilizado para designar a un espacio diferenciado dentro del mosaico regional argentino" (Benedetti, 2009, p. 11).

Espacios ancestrales

Las comunidades originarias han sufrido, y aún lo hacen, grandes saqueos en sus territorios. En el NOA, la historia clásica reconoce principalmente dos momentos diferentes de conquista. El primero fue llevado adelante por el imperio incaico a partir del siglo XV y se desarrolló de forma desigual en los distintos sectores, no siempre logrando la anexión o dominación de las sociedades o grupos. El segundo y posterior, por la corona española desde el siglo XVI, que utilizó las bases de conquista establecidas por el incanato, como el tributo y el sincretismo, mezclado con tácticas de guerra y asedio en cuanto a los grupos no alcanzados por la primera conquista. El tributo incaico no se basaba en bienes materiales, sino en fuerza de trabajo disponible para tareas de explotación de las tierras estatales, prestación de servicios al ejército, elaboración artesanal y cuidado de ganado, etc. Los españoles tomaron ese sistema de explotación y lo redirigieron hacia sus intereses. Por otro lado, el sincretismo refiere a la hibridación cultural, resultado, en principio, de la convivencia entre las tradiciones religiosas preincaicas e incaicas y, luego, de la resistencia de los pueblos indígenas ante la imposición de la religión católica sobre las religiones andinas.

Actualmente, ya no se utiliza el término 'conquista'; sin embargo, las comunidades siguen sometidas a procesos de saqueos por colonizaciones legitimadas por los Estados. Algunos ejemplos son los complejos azucareros, la minería y la explotación de *fracking* en territorios de comunidades originarias que están en disputa con el Estado argentino.

La conformación del Estado-nación argentino se inició en el siglo XIX e involucró un largo proceso de construcción nacional en el cual la demarcación de las fronteras internacionales e interprovinciales constituyó la mayor preocupación de aquél. Ciencias sociales como la geografía, la historia y la arqueología ocuparon un rol fundamental sirviendo como herramientas en la delimitación de las fronteras nacionales e internacionales, estableciendo cuáles de las comunidades originarias formaban parte del territorio nacional y a qué provincia se adscribían.

*Organismos oficiales*

El Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) surgió en 1985, a partir de la Ley Nacional n° 23.302, como una entidad descentralizada con participación indígena en el ámbito del Poder Ejecutivo Nacional. Desde enero de 2016, forma parte de la cartera de la Secretaría de Derechos Humanos y Pluralismo Cultural del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. Su principal objetivo es el desarrollo y la coordinación de políticas públicas con el fin de garantizar el desarrollo comunitario, el derecho a la salud y la educación, el acceso a la tierra y la preservación de las identidades culturales indígenas. A su vez, impulsa la participación de las comunidades en el diseño y la gestión de las políticas de Estado que las involucran, respetando sus formas de organización tradicional y sus valores a través de programas de trabajo.

El programa de Relevamiento Territorial de Comunidades Indígenas es la línea de acción directa para la recopilación de datos de las comunidades indígenas.

En el portal oficial del ministerio se encuentra un listado de las comunidades indígenas registradas en el territorio nacional. Cabe destacar que existen muchas otras comunidades, agrupaciones o formas de organización comunal que no son alcanzadas por las formas de relevamiento gubernamental. Por lo tanto, este conjunto de datos resulta relevante pero aun así está incompleto.

## Periodizaciones

Las periodizaciones son una forma de segmentar la historia para organizar y facilitar su estudio. Las fechas de comienzo o finalización de cada período construido cronológicamente pueden variar, ya que toman diferentes criterios sobre la base de las características específicas de cada momento y lugar.

Las tres periodizaciones más utilizadas para el NOA se basaron en los patrones de asentamiento y las formas de organización social (Raffino, 1988), en los modos de producción (Núñez Regueiro, 1974) y en la sucesión de culturas arqueológicas fundadas en estilos cerámicos y contextos (González, 1977) (ver cuadro n° 1).

Cuadro n° 1. Periodizaciones vigentes para el Noroeste argentino, según distintos autores y criterios. Fuente: modificado de Gordillo, 2018, p. 8.

| *Autor* | | *Núñez Regueiro (1974) Modos de producción* | *González (1977) Estilos cerámicos* | *Raffino (1988) Patrón de instalación* |
|---|---|---|---|---|
| *Años* | | *Período* | | |
| *DC* | *1600* | Hispano-indígena | Hispano-indígena | Hispano-indígena |
| | *1400* | Imperial | Imperial inca | Inca |
| | *1200* | Desarrollos regionales | Tardío | Desarrollos regionales |
| | *1000* | | | |
| | *800* | Formativo | Medio | Formativo |
| | *600* | | | |
| | *400* | | Temprano | |
| | *200* | | | |
| *0* | | | | |
| *AC* | *200* | | | |
| | *400* | | | |
| | *600* | | | Etapa nómade |
| | *800* | Precerámico | Precerámico | |
| | *1000* | | | |

*Otra periodización: la temporal-geológica*

Otra periodización de mucho mayor escala es la temporal-geológica, dentro de la cual se encuentra el período Cuaternario, que inició hace 2,59 millones de años y continúa en la actualidad. Su principal característica es la aparición del *Homo sapiens*. Está conformado por la alternancia de períodos glaciares e interglaciares. El último período glaciar comenzó hace 110.000 y finalizó hace 10.000 años. Según el lugar geográfico afectado, se lo conoce como Würm, Wisconsin, Mérida, etc. Es de gran importancia en la historia humana ya que, durante él, se extinguieron las grandes especies que habían dominado la tierra (la llamada 'megafauna') y comenzó el predominio de los mamíferos y la expansión mundial del género *Homo*. Desde hace 10.000 años AP hasta el presente, estamos transitando el "último período interglaciar" (aún no tiene otro nombre). Durante este lapso, se establecieron la flora y fauna que evolucionaron hacia las actuales.

A su vez, el cuaternario se divide en dos épocas: el Pleistoceno (2,59 millones de años - 10.000 años) y el Holoceno (10.000 años al presente). Los pueblos del actual NOA presentan ocupaciones humanas en la región desde al menos los últimos momentos del Pleistoceno y durante todo el Holoceno.

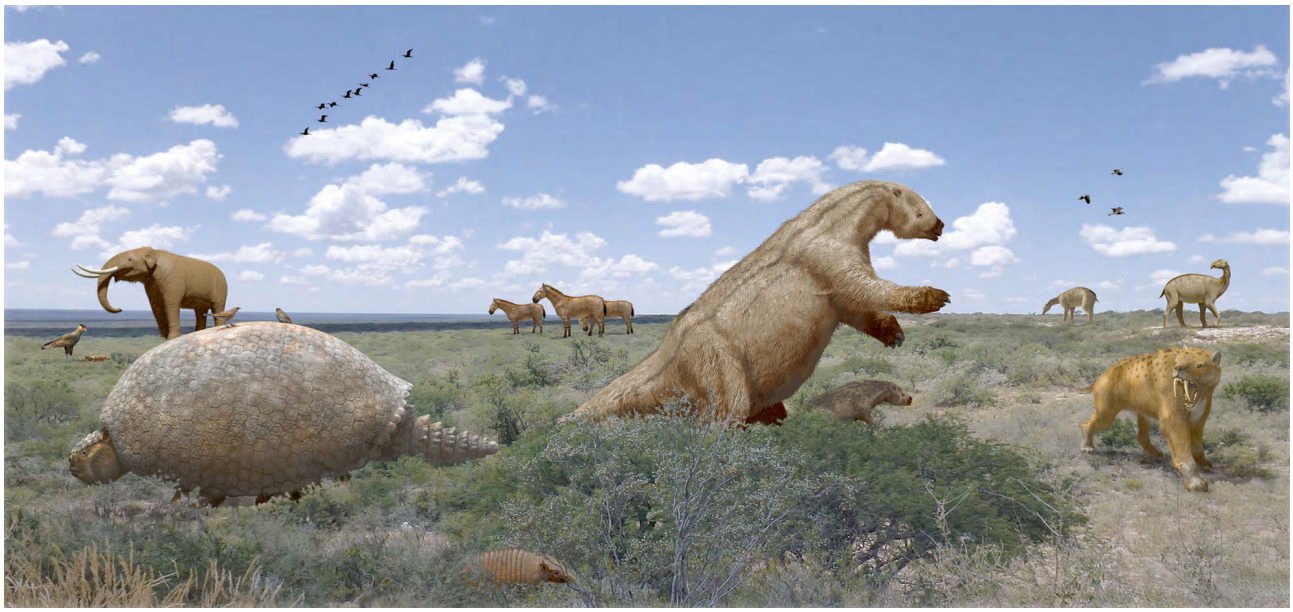


Figura n° 3. Paisaje del Pleistoceno. Se observan ejemplos de megafauna (grandes mamíferos). Ilustración: Daniel Boh. Gentileza de Fundación Azara.

## PRIMERAS EVIDENCIAS DE POBLAMIENTO

Las primeras evidencias de presencia humana en el NOA se localizan en Jujuy, Salta y Catamarca, en la ecorregión denominada 'puna' (conjunto de mesetas de altura). Las ocupaciones más tempranas se localizan en las zonas de menos altitud, entre 3.000 a 3.500 m s. n. m y luego en las zonas ubicadas por encima de los 3.800 m s. n. m.

### Poblamiento de la región

Las evidencias de poblamiento temprano coinciden con un marcado cambio climático, que significó el paso de un ambiente frío y húmedo, que predominó durante el Pleistoceno, a un ambiente cálido, estable y más atractivo para la abundancia de recursos, a partir de los 10.000 años AP, que favoreció el establecimiento de las personas. Sin embargo, hay restos arqueológicos que indican una ocupación humana aún más temprana, hacia los 12.990 años AP. Estos registros tempranos son los menos habituales pero se puede afirmar que para el 10.000 AP todos los ambientes puneños habían tenido ocupación humana o presentaban evidencias de ello.

### Primeros/as habitantes de la puna

Los/as primeros/as habitantes de la puna (pertenecientes al período precerámico o nómade, según el cuadro n° 1) constituyeron grupos cuya actividad principal eran la caza y la recolección. Los restos arqueológicos dejados por ellos corresponden principalmente a herramientas líticas y restos vegetales y animales. Si bien los dos últimos posiblemente fueran alimentos, no debe descartarse la idea (y debe investigarse) de que hayan sido utilizados para otras funciones. Por ejemplo, los vegetales pueden haber sido usados como materia prima para confeccionar bolsas o para enmangar (atar) proyectiles, posiblemente con varas de madera, y los huesos de animales, como punzones para perfeccionar detalles de los instrumentos líticos.

### Primeros/as habitantes de la puna

La forma lítica más comúnmente encontrada es la punta de proyectil, que en general presenta un diseño básico sobre el cual existen variaciones (figura n° 4). Otras formas líticas se constituyen según los ángulos de los bordes, las formas de las bases y los distintos tipos de muescas / lascado, distintos nombres de las piezas líticas y funciones cumplidas, como raspador (para trabajar el cuero), raedera (asociadas a tareas de corte, como separar el cuero de la carne), cuchillos (para cortar) y puntas de proyectil (para cazar; comúnmente llamadas punta de flecha). Se han encontrado ejemplares de punta de proyectil en los sitios arqueológicos Inca Cueva 4, Huachichocana III, León Huasi, Pintoscayoc 1, etc.

En cuanto a los restos de animales, predominaron los guanacos y las vicuñas (las dos especies de camélidos silvestres), los chinchíllidos, como la vizcacha de la sierra, y los cávidos, familia de roedores.

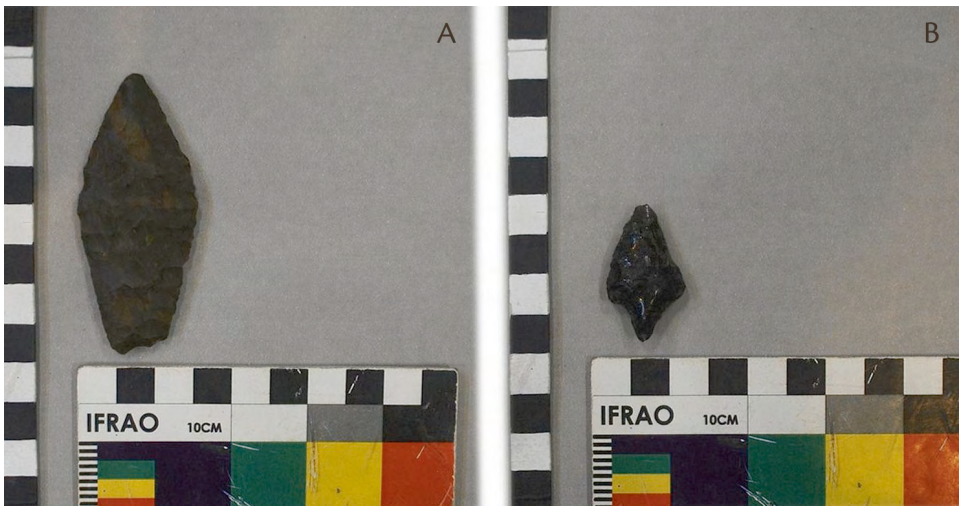



Figura nº 4. Ejemplos de herramientas del Holoceno. A. Punta hecha en xilópalo (madera silicificada) del Holoceno medio. Pieza NAC-CNBA-Geo-O28, Museo Didáctico de Geografía; B. Preforma en obsidiana del Holoceno tardío. Pieza NAC-CNBA-Geo-O29, Museo Didáctico de Geografía. Archivo Museo Didáctico de Geografía, Colegio Nacional de Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

### Viviendas

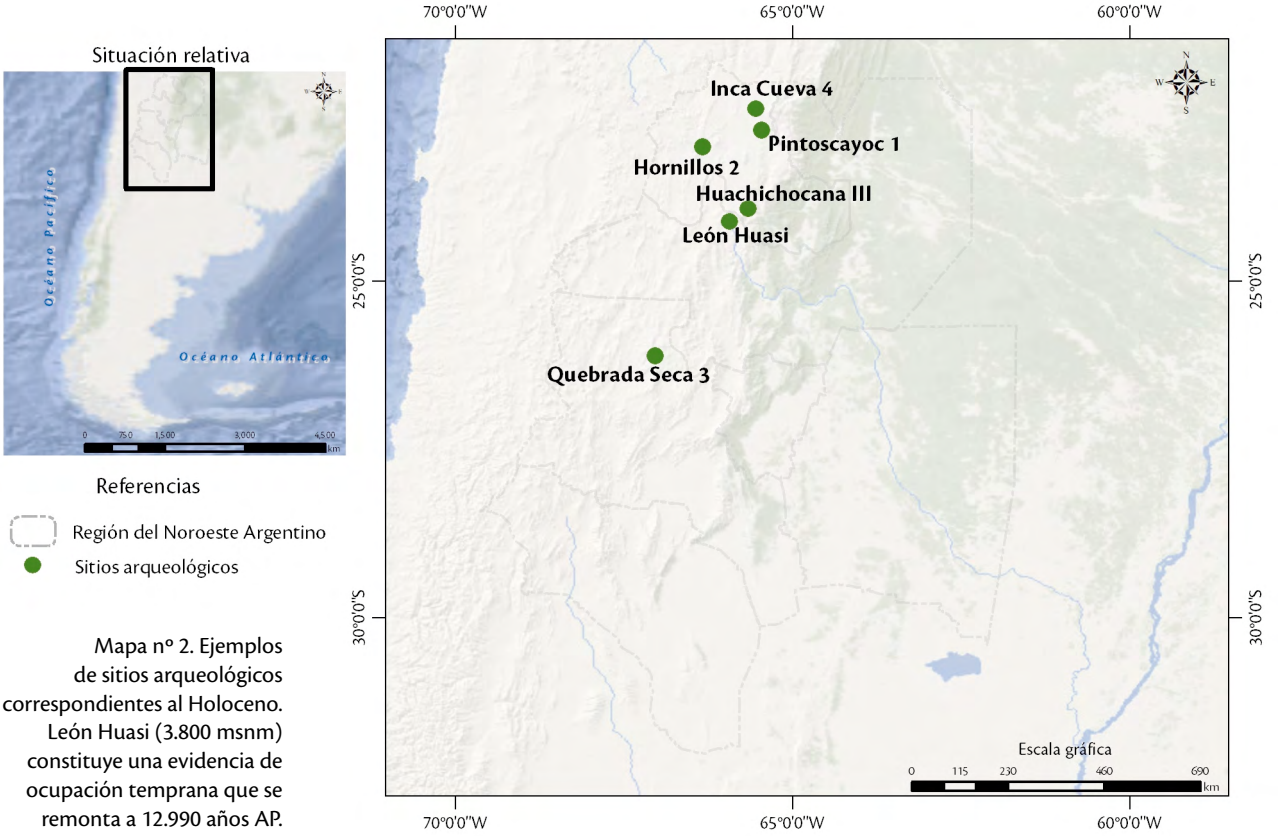
En cuanto a las viviendas, los grupos utilizaban principalmente cuevas y aleros pequeños (de entre 8 y 37 m²). Sin embargo, no habitaban el mismo espacio constantemente, sino que, como parte de su estrategia de caza generalizada –es decir,



Figura nº 5. Alero, sector del tejado que sobresale de la pared y sirve para desviar de ella las aguas llovedizas. Así como las cuevas, servía de refugio.

de diferentes tipos de animales–, estos grupos tenían un modo de vida nómade. Como se puede observar en el cuadro n° 1, Raffino (1988) define el período previo al 700 a. C. como etapa nómade, mientras que los otros autores lo denominan precerámico, ya que aún no se producían objetos en arcillas cocidas (cerámica).

A pesar de su nomadismo, se conoce que los grupos regresaban a los espacios ya habitados a partir de tres evidencias arqueológicas: a) el acondicionamiento de las superficies que implicaba diferentes estrategias como la construcción de casas-pozos (Inca Cueva 4), el recubrimiento con paja de las superficies habitadas (Quebrada Seca 3) y el registro de múltiples eventos de ocupación en un mismo lugar (Inca Cueva 4, Hornillos 2, Quebrada Seca 3); b) la presencia de arte rupestre en sitios arqueológicos (Inca Cueva 4, Hornillos 2, Quebrada Seca 3); y c) el entierro de partes seleccionadas de huesos humanos, a veces quemadas intencionalmente, como indicador de lugares a los cuales retornaban. Estas prácticas demuestran que los grupos tenían la intención de marcar los espacios (Pintoscayoc 1, Huachichocana III, Inca Cueva 4) y reutilizarlos (Yacobaccio y Morales, 2011) (mapa n° 2).




Mapa nº 2. Ejemplos de sitios arqueológicos correspondientes al Holoceno. León Huasi (3.800 msnm) constituye una evidencia de ocupación temprana que se remonta a 12.990 años AP. Fuente: Elaboración personal.

## Agricultura

Hace 7.000 años, la región continuó habitada por grupos cazadores-recolectores que practicaban de forma incipiente la agricultura. En la zona de la puna (Antofagasta de la Sierra), en el rango entre 4.500 y 3.000 años AP, se registraron evidencias significativas y variadas del proceso de cambio de grupos cazadores-recolectores a sociedades agropastoriles. Entre las características más destacadas, se observó la disminución de la movilidad residencial y la interacción a grandes distancias que posibilitó el intercambio de diferentes objetos elaborados y materias primas. A su vez, se registró una mayor densidad poblacional, intensificación en el manejo de animales y plantas, que implicó situaciones de domesticación y difusión de técnicas productivas, y cambios e incorporaciones tecnológicas tales como la cerámica (Hocsman y Babot, 2018).

El término 'cultura arqueológica' se define como un conjunto de artefactos que se repiten y se suponen representativos de un determinado aspecto de las actividades llevadas a cabo en un momento y lugar concretos (Renfrew y Bahn, 2016). Actualmente, está en desuso y se lo reemplazó por el de 'sociedades' o 'grupos'.
Para identificar las características cerámicas se usa la palabra 'estilo', éste se compone de asociaciones consistentes de formas, colores y dibujos (Bennett, Bleiler y Sommer, 1948; Rivolta, 1997).

El 'sitio' o 'yacimiento arqueológico' consiste en la acumulación espacial clara de artefactos, de estructuras, de construcciones y restos orgánicos y medioambientales que permanecen como consecuencia de la actividad humana en un determinado lugar (Renfrew y Bahn, 2016). En muchos casos, la adjudicación del nombre a un sitio arqueológico es un acto de reivindicación de rasgos topográficos sobre los que el yacimiento se asienta. Es decir, se denomina al sitio arqueológico con el mismo nombre que el río que lo cruza, la quebrada donde se emplaza, etc.

## FORMATIVO

### Períodos Temprano y Medio

El formativo es un extenso período que abarcó desde el 1.000-800 a. C. hasta el 900-1.000 d. C., dependiendo de las características de las sociedades se tengan en cuenta (cuadro n° 1). Su inicio coincidió con el comienzo de la etapa de economía productiva mixta formada por un componente agrícola para la producción de alimentos y otro pastoril en cuanto a la domesticación de animales. Esto también implicó que las ocupaciones eran más sedentarias, es decir, más permanentes. Se promovió el intercambio con grupos asentados en lugares con diferentes recursos. Como consecuencia del sedentarismo, las viviendas adquirieron una nueva forma, desarrollándose espacios residenciales con arquitectura. El sedentarismo condujo a un aumento de la población humana y éste a un incremento de la producción de la población cerámica.

Las evidencias arqueológicos más características del período fueron la cerámica, el arte rupestre y los objetos hechos en metal y piedra. Poseían una iconografía semejante, aunque variaba el soporte (madera, metal, cerámica). Ésta se centró en motivos zoomorfos, antropomorfos y antropozoomorfos. La alfarería varió en forma y decoración según el lugar y la función a cumplir; las formas típicas fueron las escudillas, jarras, ollas, tazas y vasijas (figura n° 2).



Figura nº 6. Templo de Kalasasaya (*kala*: 'piedra' y *saya* o *sayasta*: 'parado'), Tiwanaku.

### Arte rupestre

El arte rupestre se representaba pintado o grabado sobre piedra en aleros y bloques al aire libre (figura n° 2). En los casos pintados, los colores principales eran rojo, negro y blanco, al igual que en la cerámica. Las evidencias arqueológicas sobre objetos metálicos sugieren que las primeras experimentaciones se hicieron sistemáticamente sobre cobre y sus aleaciones. Se cree que, si bien los metales pudieron haberse utilizado para confeccionar algunas herramientas de la vida

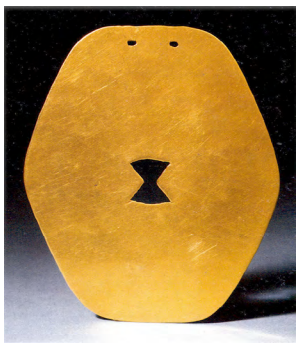


Figura nº 7. Placa de Oro, Condorhuasi. Pieza número 1991.419.70, Metropolitan Museum of Art.

diaria, fundamentalmente sirvieron y pertenecieron a ciertos miembros de las sociedades, como los chamanes, aunque también se encontraron en contextos funerarios. Entre las piezas más características, están las placas decoradas, que poseían agujeros y se utilizaban colgadas en el cuello (González, 2007).

También son características de la época las tabletas y pipas hechas en madera que se utilizaron para consumir semillas de plantas alucinógenas, como el cebil (*Anadenanthera colubrina*). Se cree que esta práctica era una forma de conectarse con los seres superiores (el equivalente a algún tipo de dios).

En este período se destaca el inicio y el desarrollo de diversas sociedades (mapa n° 3). Teniendo en cuenta los estilos cerámicos del Formativo, se puede subdividir el período en dos: Temprano (650 a. C. a 650 d. C.) y Medio (650 d. C. a 850/950 d. C.) (ver González en cuadro n° 1). A su vez, el noroeste recibió la influencia del Imperio Tiwanaku, cuyo centro se encontraba en la ciudad de Tiwanaku, en el actual territorio de La Paz, Bolivia, 15 km al sureste del lago Titicaca. Esta influencia se evidenció a través de semejanzas en los motivos pintados y grabados en piezas cerámicas, piedras, metales y madera.

Grupos del Formativo temprano

Los grupos característicos del Formativo temprano son Tafí, San Francisco, Saujil, Candelaria, Alamito, Condorhuasi, Ciénaga, Las Mercedes (mapa n° 3). Se desarrollaron principalmente en las provincias de Santiago del Estero, Catamarca, Jujuy y Salta. Los asentamientos aldeanos se articularon más o menos directamente con los espacios productivos y de circulación. Se desarrolló un patrón arquitectónico que caracterizó a gran parte de las sociedades aldeanas tempranas de los Andes Centro-Sur; en el Valle de Tafí se identificaron estructuras en piedra mayormente circulares, a veces conectadas entre ellas. A su vez, estas unidades se encontraron vinculadas con estructuras complementarias como patios, pasillos, sepulcros y depósitos (Dlugosz, Manasse, Castellanos e Ibáñez, 2009).

El paisaje natural fue intervenido con manifestaciones territoriales como el arte rupestre o las enormes piedras de granito. Éstas son llamadas menhires y sus medidas promedio son cinco metros de alto y un metro de ancho, pesan aproximadamente cuatro toneladas.



Figura nº 8. Ejemplos de menhires de Tafí del Valle.

Cerámica

La decoración cerámica se basó principalmente en la presencia de modelados zoo y antropomorfos ejecutados al pastillaje, o paneles de diseños geométricos por medio de incisiones, escisiones, estampados.

Grupos del Formativo medio

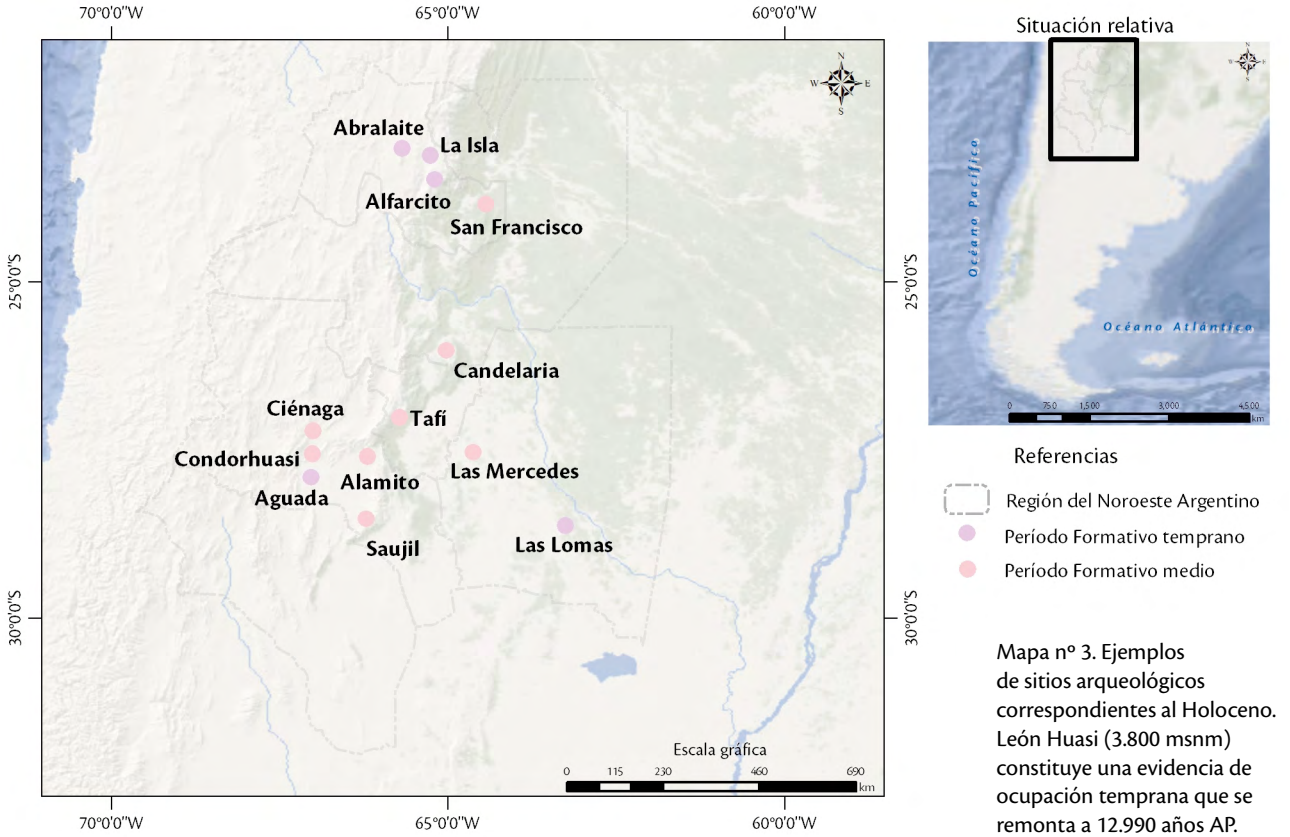
Los grupos característicos del Formativo medio son La Aguada, Alfarcito, Santa Ana de Abralaite, La Isla, Las Lomas (mapa n° 3). Se desarrollaron en los actuales

territorios de La Rioja y Catamarca. Se caracterizaron por la creación de arquitectura pública y ritual, como las plazas ceremoniales, y el contenido iconográfico, que se basa en composiciones que mezclan características del jaguar, serpentiformes y antropomorfos. En las áreas de ocupación Aguada, se encontraron extensos cementerios, ofrendas fúnebres, entierros primarios y secundarios en las viviendas. Considerando la iconografía, se cree que pudieron llevar a cabo sacrificios humanos, pero no hay evidencia bioarqueológica al respecto.

Hacia fines del período, hubo un proceso de despoblamiento o reorganización espacial de los sitios de habitación de las sociedades formativas que se manifestó de tres formas: a) la presencia de otras ocupaciones posteriores; b) la continuidad de ocupaciones en momentos tardíos (principalmente en Aguada); y c) el despoblamiento y ausencia de ocupaciones estables posteriores (Gordillo, 2018). Los casos de la tercera opción se vieron principalmente en el Valle de Ambato, Catamarca. No se sabe aún si el abandono fue rápido o paulatino, simultáneo o gradual. Algunos sitios presentaron incendios generalizados y no se encontraron signos de reocupación. Varios factores, internos o externos, pudieron llevar a estos grupos hacia una situación de crisis, abandono y destrucción de su lugar de habitación. Las causas pueden haber sido ecológicas, económicas, religiosas, políticas, sociales o demográficas.



Figura nº 9. Placa de aleación de cobre, La Aguada. Pieza número 1979.206.1006, Metropolitan Museum of Art.




Mapa nº 3. Ejemplos de sitios arqueológicos correspondientes al Holoceno. León Huasi (3.800 msnm) constituye una evidencia de ocupación temprana que se remonta a 12.990 años AP. Fuente: Elaboración personal.

Parque Arqueológico *La Tunita*, Ancasti, Catamarca. Coordenadas: 28°54'16"S; 65°25'17"O

La tunita se encuentra en medio de un bosque de cebil y su principal atracción son las pinturas rupestres, que datan del 450 al 900 d.C. Se destaca la "Sixtina" de América del Sur, llamada así por poseer en la roca superior (equivalente al techo) gran cantidad de figuras. Las imágenes fueron pintadas con pigmentos obtenidos de la molienda de semillas, y sus motivos son principalmente figuras de jaguares, danzarines y cazadores. Se cree que fueron realizadas por chamanes durante varios años, que se reunían allí y realizaban rituales ancestrales. El relieve de los muros del alero se utilizó como estrategia para la pintura logrando que las imágenes parezcan estar en movimiento.

## Período de Desarrollos Regionales (PDR) o Tardío

El período de Desarrollos regionales (de aquí en adelante PDR) o tardío (cuadro n° 1) se inició entre el 850 y 1000 d. C. y se extiende hasta 1480 d. C., momento en que se registraron las primeras evidencias incaicas en el NOA. Los/as pobladores/as de aquellos tiempos adoptaron un modo de vida distinto al período anterior. Algunos/as arqueólogos/as piensan que los cambios más fuertes se vieron representados en la manera en que la gente producía sus alimentos (Núñez Regueiro, 1974), mientras que otros/as pusieron su foco de atención en las formas y pinturas de las piezas cerámicas (González, 1977), considerando que existió un estilo específico de cada época. Sin embargo, la ruptura con el período Formativo se dio en ambos aspectos, tanto en el modo de producir alimentos como en la manera de representar la cerámica.

Aumento demográfico

Adicionalmente, el PDR se caracterizó por un fuerte aumento demográfico y la aparición de sociedades que poseían amplios territorios controlados y defendidos. Es importante remarcar la existencia de conflicto social entre las poblaciones que llevó necesariamente a la construcción de fortificaciones en espacios altos, como las cimas de los cerros con difícil acceso y vistas panorámicas, con el fin de defenderse de los/as adversarios/as. Este tipo de construcción fue denominado '*pukará*'. A lo largo del NOA, se fueron estableciendo distintas sociedades que presentaban esta característica que, entre tantas otras, permitieron definir al período.



Figura nº 10. Ciudad Sagrada de Quilmes. La sección más elevada es la denominada fortaleza o *pukará*.

Sociedades del PDR

Las sociedades destacadas del PDR fueron las presentes de sur a norte de Sanagasta y Aimogasta en La Rioja; Calchaquí, Tastil, Yocavil y Belén en Salta,

Tucumán y Catamarca; Tilcara, Humahuaca, Yavi y Casabindo en Jujuy (Tarragó, 2000, p. 2) (mapa n° 4). Existen dos hipótesis principales sobre la forma de estructuración social en estas sociedades. La primera y más difundida propone la organización en jefaturas distribuidas en distintos pueblos que, si bien intercambiaban productos y bienes, también se vieron enemistadas por intereses en pugna que llevaron a construir asentamientos con estrategias defensivas, por ejemplo, en las cimas de los cerros, o los ya mencionados pukarás. Durante este período, se profundizaron las diferencias entre los/as habitantes y surgieron pequeños grupos de elites que controlaban las actividades sociales y manejaban la producción, la distribución y el consumo de bienes confeccionados por artesanos/as especializados/as que se encontraban a su servicio. El poder de estas elites se consolidaba a través del uso de bienes prestigiosos valorados y requeridos por toda la sociedad, confeccionados principalmente en cerámica y metal.

La segunda hipótesis propone que no existe evidencia suficiente para creer en la existencia de elites que centralizaban el poder. En cambio, plantea que las sociedades que vivieron entre el 800 y el 1400 d. C. estaban organizadas de manera corporativa, es decir, que ningún grupo social era más importante que otro, sino que todas las personas participaban activamente de las decisiones y accedían a los mismos bienes (Nielsen, 2006; Vaquer, 2010).

Metalurgia

La trayectoria de la metalurgia en la región alcanzó su más alto nivel en excelencia técnica durante los momentos prehispánicos tardíos. Se dio un aumento en la escala de producción y en la sofisticación técnica aplicada. Los tres objetos más sobresalientes parecen haber estado vinculados directamente con las prácticas ceremoniales y son las placas, las hachas y las campanas de sección oval. Los rostros o cabezas son los motivos más representados (González y Tarragó, 2004) (figura n° 2).

Cerámica

En cuanto a la cerámica, las formas más destacadas son las urnas funerarias pintadas, principalmente de estilo santamariano, y las escudillas (cuencos) del estilo Famabalasto Negro Grabado, cuya característica son los motivos geométricos incisos.

Agricultura

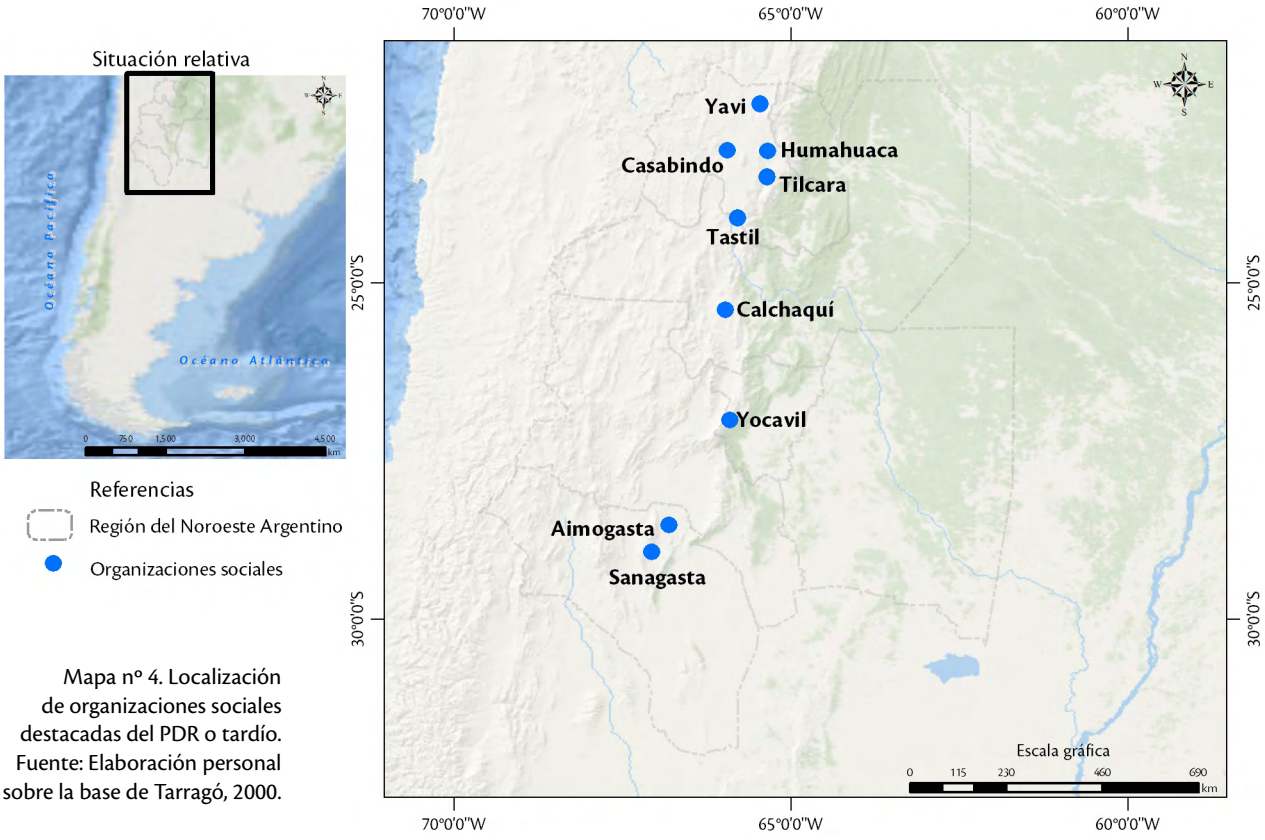
A diferencia de los períodos anteriores, la agricultura estaba completamente desarrollada y las poblaciones poseían extensos terrenos cultivables que comúnmente se encontraban separados las viviendas.

El avance tecnológico fue crucial, se confeccionaron sistemas de terrazas y riego, que abastecieron de agua zonas naturalmente secas, lo que permitió el regadío en forma sistemática. Las poblaciones presentaron una dieta más variada en relación a las épocas anteriores, porque cultivaban variedades de maíz de buen rinde y practicaban la actividad ganadera intensiva que proveyó abundante carne. Por otro lado, el pastoreo de la llama no sólo no se abandonó, sino que constituyó el medio de subsistencia básico y su explotación abarcó todos los productos y subproductos del animal (Tarragó, 2000).

A mediados del siglo XIV, se produjo el ingreso del imperio incaico en las provincias del Noroeste argentino, logrando dominar vastas zonas del territorio.

Ciudad Sagrada de Quilmes, Tucumán.
Coordenadas: 26°27'50''S; 66°02'17''O.

Situada en los Valles Calchaquíes, la ciudad se extiende a través de treinta hectáreas ubicadas al pie del cerro Alto del Rey. En su gran extensión, pueden encontrarse sectores de vivienda, de cultivo y ceremoniales.
El sector visitable se encuentra parcialmente reconstruido; esto significa que, luego de los trabajos arqueológicos allí desarrollados, se levantaron nuevamente los muros derrumbados por el tiempo y la naturaleza. Sin embargo, la restauración, desarrollada durante la última dictadura cívico-militar en 1978, no respetó los protocolos arqueológicos.
En 2018, se inauguró, en la zona anterior a la entrada al sitio, un Centro de Interpretación que presenta la historia contada por los/as descendientes de Quilmes. Brinda información del pueblo Quilmes, el asentamiento y hechos históricos contextuales relevantes.




Mapa nº 4. Localización de organizaciones sociales destacadas del PDR o tardío. Fuente: Elaboración personal sobre la base de Tarragó, 2000.

## DE CONQUISTAS Y COLONIZACIONES: LA ENTRADA DEL IMPERIO INCA Y LA RESISTENCIA INDÍGENA

Como mencionamos anteriormente, la historia de las sociedades descritas se vio irrumpida por dos conquistas: la incaica y la española. Así como históricamente todas las sociedades que existieron antes de la llegada de los/as españoles/as se denominaron como "prehispánicas", en el territorio pre-NOA también existe el término "preincaico" para clasificar aquellos grupos que se desarrollaron con anterioridad a la conquista o influencia incaica.

### Formas de conquista

Los imperios alrededor del mundo buscan anexar áreas geográficas o grupos humanos a su dominio, generalmente imponiendo sus pautas políticas, económicas e ideológicas. Principalmente, existen dos formas de conquista: mediante la guerra o a través de estrategias y estructuras de dominación; esta última consiste en una forma de aparente integración. Ambas formas fueron utilizadas sobre diferentes poblaciones de la región.

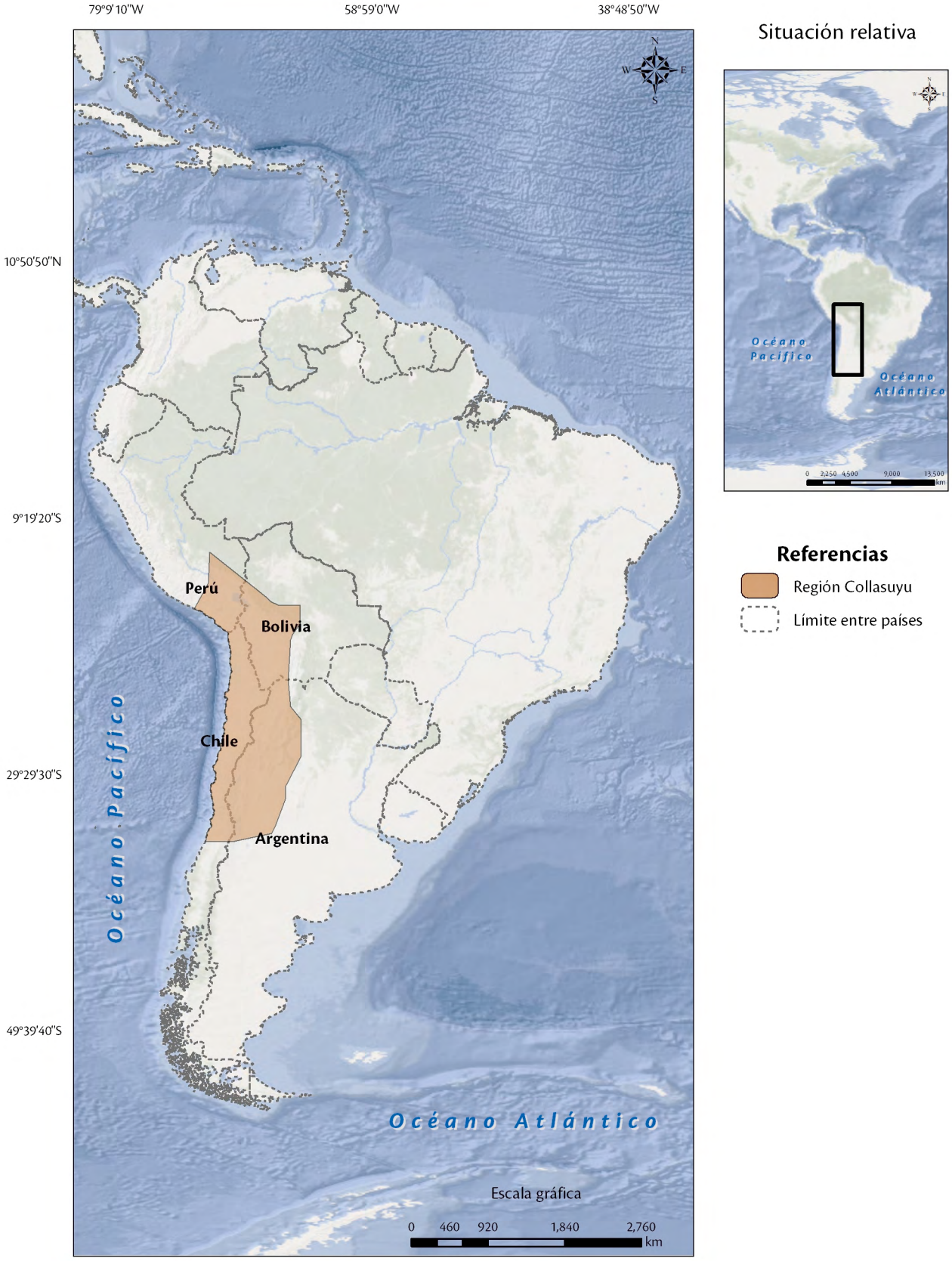
### Modos de resistencia

Por su parte, los grupos minoritarios desarrollaron modos de resistencia, que variaron desde el enfrentamiento armado hasta el mantenimiento de tradiciones propias encubiertas dentro de las nuevas formas impuestas. Esto último, en el caso de las sociedades prehispánicas, fue más notorio respecto de determinados objetos materiales, como la cerámica y su iconografía, en las que se encontraron motivos típicos de una sociedad mezclados con los clásicos incaicos. En el caso de la postconquista, pudo observarse en las crónicas escritas; por ejemplo, en los manuscritos de Huarochirí, el relato de cómo, días después que los cuerpos de los/as originarios/as muertos fueron enterrados en cementerios bajo cruces cristianas, sus cocomunitarios los desenterraban en medio de la noche para darles el ritual típico andino (Anónimo, 1987).

### Imperio inca

Desde mediados del siglo XIV, comenzó la influencia del imperio inca sobre los grupos que habitaban la región. Para el siglo XVI, parte de las actuales provincias de Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, San Juan y Mendoza fueron incorporadas al Collasuyu –la región sureste de las cuatro que componen el Tawantinsuyu– (mapa n° 5). La sociedad incaica logró dominar y extender sus fronteras por los Andes y controlar los recursos naturales, la producción

agrícola, ganadera y minera. La circulación continua de bienes y tributos del imperio a través del territorio se aseguró mediante un sistema de caminos denominado Qhapaq Ñan.




Mapa nº 5. Localización de la región Collasuyu del período inca. Fuente: Elaboración personal.

El Qhapaq Ñan consistió en una extensa red de más de 23.000 km que unía diversos puntos de Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, Ecuador y Perú. También es conocido como Camino Principal Andino, y uno de sus tramos más famosos es el "camino del inca" que atraviesa la ciudadela de Machu Picchu en Perú. Es considerado una de las maravillas del mundo y visitado todos los años por miles de turistas.

La penetración y conquista incaica en la región tuvo distintas consecuencias en los diversos grupos, manifestándose de distinta forma en cada caso. Es probable que en las áreas donde se desarrollaron las sociedades más complejas con eficientes sistemas de producción material y simbólica el imperio inca haya encontrado más trabas para imponer sus pautas políticas, económicas e ideológicas. Más allá de toda resistencia y supervivencia de tradiciones, la anexión al Tawantinsuyu implicó transformaciones para las organizaciones sociales que poblaron la región (González y Tarragó, 2004).

Figura nº 11. El Qhapaq Ñan .



Organización sociopolítica

Las sofisticadas organizaciones productivas propias del PDR, como los sistemas agrícolas y talleres metalúrgicos, fueron redimensionadas y reorientadas hacia los requerimientos estatales a bajo costo (Tarragó, Marchegiani, Palamarczuk y Reynoso, 2017). La compleja organización sociopolítica vigente probablemente facilitó la aplicación de estrategias de dominación indirecta, a través de la captación de los líderes locales como agentes del Estado. Los curacas (jefes) dejaron de ser sólo expertos guerreros y tomaron un rol protagónico centralizando el poder político y religioso (Alonso Sagaseta, 1990).

Cerámica

Existieron cambios y continuidades en la producción alfarera, de metales, técnicas constructivas y en las prácticas ceremoniales. Los restos arqueológicos característicos fueron, en el caso de las cerámicas, los aribaloides, utilizados para el transporte y la guarda de líquidos (chicha) y granos (maíz). En cuanto a la metalurgia, se continuó trabajando con gran experticia; se difundió un nuevo tipo de hacha, denominado "en T" por las largas orejas dispuestas para las ligaduras al mango.

Arquitectura

La arquitectura inca se plasmó en los sitios arqueológicos del NOA que fueron integrados al imperio como parte de la provincia sureste del Collasuyu. Por ejemplo, el diseño arquitectónico dual, característico incaico, así como la presencia del complejo plaza-ushnu, kanchas y collcas, son evidencia directa de la planificación incaica (Tarragó, Marchegiani, Palamarczuk y Reynoso, 2017).

Religiosidad

Las actividades religiosas del mundo andino se relacionaban con la naturaleza y la fertilidad, especialmente el ciclo agrícola y las estaciones del año. La naturaleza era sagrada y se creía que las montañas eran dioses protectores de las comunidades. Bajo la dominación incaica, este culto se acentuó y se construyeron pequeños edificios en las cimas de las montañas para los rituales religiosos. Hoy se los conoce como "santuarios de altura".

Capacocha

Uno de los rituales más importantes del calendario inca fue el ritual de la Capacocha, que se realizaba en el mes dedicado a la cosecha. Consistía en que los/as hijos/as de caciques de las provincias anexadas al imperio incaico viajaran a Cusco, con el fin de crear alianzas a partir de la realización del rito. Luego de las celebraciones, los/as niños/as, sacerdotes y acompañantes regresaban a su lugar de origen, donde se ofrendaba en alguna de las montañas locales. Los/as niños/as estaban vestidos con la mejor ropa y bebían chicha (alcohol de maíz). Cuando se dormían, eran depositados/as en un pozo bajo tierra, junto a un rico ajuar. En estos rituales, se entregaba lo mejor que se poseía con intención de ser retribuidos de igual forma. Los objetos que formaban parte del ajuar de los/as niños/as sacrificados/as contenían un significado especial, habiendo sido manufacturados con sumo detalle y cuidado por personas especialmente dedicadas a confeccionar ofrendas para las deidades.

El Shincal de Quimivil, Belén, Catamarca.
Coordenadas: 27°40'S; 67°10''O

Declarado Monumento Histórico Nacional en 1997, fue durante tiempos prehispánicos la capital más austral del imperio inca. Funcionó como una ciudad administrativa.
Ocupa veintitrés hectáreas que presentan más de cien edificios construidos en piedra y barro.
Pueden identificarse edificios típicos incas como *kallankas* (cinco estructuras rectangulares de piedra labrada), *qollqas* (recintos circulares usados para almacén), una *aukaipata* (plaza pública central) e inclusive acueductos de piedra que atraviesan lo que puede considerarse el casco urbano.

La estructura más reconocida del sitio es un *ushnu* (estructura de forma piramidal, en este caso de 16 metros de lado y 2 de alto), ubicado en el centro de la plaza. Se destaca por ser el de mayor tamaño desde el lago Titicaca al sur.
También se encontraron cuarteles de tropas y se pudo identificar dos cerros aterrazados de 12 metros de altura, a los que se puede acceder por escaleras de piedra, típica construcción incaica. En los barrios periféricos, se ubican *kanchas* rectangulares usadas como viviendas.
El famoso Camino del Inca tiene tramos empedrados que atraviesan el sitio arqueológico de El Shincal.

Conquista española y resistencia indígena

Durante el período de asedio español, los conquistadores no lograron entrar a los Valles Calchaquíes, refugio de la cultura diaguita. La defensa se basaba en una confederación de pueblos que tenían una lengua común llamada *kakán* y que defendió sus territorios durante más de un siglo.

Quilmes

Hubo tres guerras entre los/as españoles/as y los/as habitantes de los Valles Calchaquíes. En 1665, en la última, el ejército a cargo del español Alonso de Mercado y Villacorta venció a los/as quilmes y puso un punto final a las guerras en la zona en una dura campaña que tomó a los nativos por sorpresa.

Los/as quilmes fueron desarraigados y forzados a trasladarse a pie desde Tucumán a la provincia de Buenos Aires. Aproximadamente trescientas cincuenta familias integradas por niños, mujeres y ancianos, principalmente, fueron localizados en lo que hoy es el partido de Quilmes, para cumplir trabajo esclavo en la construcción de las fortificaciones defensivas del puerto de Buenos Aires.

A comienzos del siglo XVIII, de los/as ochocientos quilmes llevados en cautiverio al Río de la Plata sólo sobrevivían doscientas personas.

Varios sitios arqueológicos presentan ocupaciones que se extienden durante más de uno de los períodos antes mencionados (ver cuadro n° 1). Un ejemplo de ocupación prolongada se da en el bolsón de Fiambalá, donde la evidencia arqueológica señala la ocupación por grupos con diferentes organizaciones socioeconómicas y políticas abarcando desde las sociedades agropastoriles (Formativo) hasta la estatal (Inca) (Ratto, 2013).

## Arqueología para el presente

Hacer arqueología del NOA es contar la historia de vida de quienes habitaron y habitan la región. La construcción del conocimiento en la actualidad facilita el acceso a las poblaciones originarias pasadas, y ese conocimiento ancestral brinda herramientas a las poblaciones actuales para sus luchas y reivindicaciones.

En un territorio que ha sido colonizado, las evidencias materiales hablan del saqueo que sufrieron los pueblos originarios en su territorio e invitan a reflexionar sobre el devenir de esos pueblos. El territorio nacional se configuró como Estado-nación sin tener en cuenta la preexistencia étnica y cultural de los pueblos originarios, saqueando y colonizando.

La arqueología es una ciencia social y reflexiva, recupera las historias y las cosmovisiones que se originaron en el pasado y que continúan vigentes hoy, aunque transformadas, en otras personas, otros cuerpos, otras formas de organización, de alimentación, de culto.

Actualmente, a lo largo de toda la Argentina las poblaciones originarias continúan en una constante lucha por recuperar el territorio que habitaron y habitan desde el primer poblamiento, así como por reivindicar las formas de habitar y de concebir ese espacio. La arqueología brinda, en este contexto, una perspectiva que ilumina estas otras historias y permite pensar, (re)conocer, aprender y respetar a aquella (nuestra) diversidad en la actualidad.



Figura nº 12. Bandera Whipala. Fuente: Archivo particular de Esteban Ignacio.

## Algunos museos arqueológicos del NOA

- Museo Arqueológico Lafone Quevedo (Andalgalá, Catamarca)
- Museo Arqueológico Condor Huasi (Belén, Catamarca)
- Museo Arqueológico Regional (La Puerta, Catamarca)
- Museo Arqueológico Adán Quiroga (San Fernando del Valle de Catamarca, Catamarca)
- Museo Eric Boman (Santa María, Catamarca)
- Museo Dr. Eduardo Casanova (Tilcara, Jujuy)
- Museo Pío Pablo Díaz (Cachi, Salta)
- Museo de Antropología de Salta (Salta, Salta)
- Museo de Arqueología de Alta Montaña (MAAM) (Salta, Salta)
- Museo Municipal 'Rincón de Atacama' (Termas de Río Hondo, Santiago del Estero)
- Museo de Ciencias Antropológicas y Naturales 'Emilio y Duncan Wagner' (Santiago del Estero, Santiago del Estero)

# EL PASADO MILENARIO EN LA REGIÓN PAMPEANA
## Estudios arqueológicos en las sierras de Tandilia

### LAS SIERRAS DE TANDILIA, ESPACIO HISTÓRICO-SOCIAL DINÁMICO

La intervención humana sobre el escenario geográfico de la región pampeana es una característica constante a lo largo de su historia milenaria que da cuenta de ciertas circunstancias de la vida social y cultural de los diversos pueblos que habitaron esta región centro-oriental de la actual Argentina.

Muchos aspectos culturales del mundo rural contemporáneo poseen vínculos históricos con prácticas cultistas de diversos orígenes étnicos, tanto de comunidades indígenas como de migrantes europeos. Esta simbiosis conformó un proceso de etnogénesis dinámico, en constante transformación que se extiende a la actualidad.



Figura nº 1. Un mojón en el paisaje pampeano. El montículo de rocas superpuestas aún domina la visual de la confluencia de dos arroyos que atraviesan la llanura próxima al océano atlántico.
Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

### Cueva El Abra

El apilamiento intencional de rocas junto al cráneo de un bovino que se observa en la figura n° 1 es interpretado como un mojón que señala un punto estratégico del paisaje y el resultado de una práctica cultural asignable a la vida rural del siglo XX. Este ejemplo se suma a otros eventos de carácter simbólico hallados en las cercanías, como ofrendas enterradas dentro del sitio arqueológico Cueva El Abra (un zapato infantil dentro de una olla junto a varias bases de porrones de gres y carozos de duraznos). En este reparo se conservaron pinturas rupestres indígenas de mil años de antigüedad, tal vez pudieron ser el motivo de que esa cueva

fuera elegida como un lugar propicio donde realizar un posible rito de sanación de un niño (Colobig *et al.*, 2015).

Lobería I

En la localidad arqueológica Lobería I se conservan dos obras talladas en piedra (un cilindro y una damajuana) (figura n° 2 A y B), verdadero arte popular realizado por los picapedreros, quienes, al iniciarse el siglo XX, ocuparon la cueva de un pequeño cerrito con fines laborales. Allí cantearon los bloques para la construcción del casco de la estancia (figura n° 2 C), posiblemente también acamparon en esa cueva. Esos históricos artesanos de la piedra destacaron su presencia en esa cueva pintando y grabando grafitos con fechas y nombres, que perduraron en el tiempo como testimonios materiales de su existencia en la vida rural pampeana (figura n° 3 A y B). En esa misma cueva, también se conservan pinturas rupestres de origen indígena de una antigüedad estimada en el rango de 900 - 500 años AP (Mazzanti *et al.*, 2010).




Figura nº 2. Arte popular en las sierras. A. La figura de una damajuana tallada en piedra fue colocada sobre el bloque más alto de la cueva (sitio arqueológico Lobería I) tal vez a modo de estandarte identitario de sus talladores. Esta pieza tuvo tal relevancia que los propietarios de esas tierras, en las primeras décadas del siglo XX, denominaron a su estancia "La Damajuana". B. Un cilindro de piedra tallada de gran volumen sin una función determinada se encuentra en inmediaciones de esa cueva, la que fue taller y posiblemente vivienda de los picapedreros hacia la década de 1930. C. Perfil estratigráfico de las excavaciones arqueológicas realizadas entre los años 2007 y 2008 en el interior la cueva. Se aprecia la columna de muestreos sedimentarios (izquierda) y una capa superior formada por la acumulación de los desechos de la talla de las cuarcitas blancas, resultado de la labor de los picapedreros que habitaron ese sitio. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.




Figura nº 3. Grafitos realizados por los canteros en el muro y el techo de la cueva del sitio Lobería I, en algunos sectores cubren antiguas pinturas de origen indígena. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Prácticas culturales

Los casos aludidos testimonian tan sólo algunas prácticas culturales realizadas por sujetos sociales subalternos del sistema económico agropecuario que, a pesar de ello, fueron activos protagonistas de la historia pampeana. Las evidencias materiales que crearon fueron dispositivos simbólicos característicos de sus creencias, oficios y modos de resistencia a las condiciones materiales de existencia en el ámbito rural bonaerense de ese período. Estos eventos ocurrieron mayormente en la etapa de instalación y distribución de territorios que trajo aparejada la construcción de la infraestructura de las estancias (alambrados, cascos, puestos, obradores, corrales, etc.) por lo menos desde finales del siglo XIX hasta mediados del siglo XX.

Para comprender los procesos de larga duración acaecidos en este territorio antes y después de la expansión del capitalismo sobre el Cono Sur, en este trabajo se abordan con mayor detalle los aspectos culturales y los referidos a la subsistencia indígena, característicos de los milenios anteriores.

*Las sociedades prehispánicas de la pampa*

El modo de vida que ocupa el 90% de la historia humana ha sido definido como "cazador-recolector", categoría ligada a la base de subsistencia. Este sistema social se caracterizó por el aprovisionamiento de recursos naturales mediante la recolección y la caza. En algunos ambientes lagunares, se complementó con la pesca y en otros, con la horticultura.

La estructura social igualitaria que identificó a estas poblaciones estuvo organizada por parámetros nominales horizontales, como el sexo, la edad y la filiación. Los distintos roles –chamán, expertos en las técnicas de caza, en la producción de artefactos de distintos materiales: talla de la piedra, alfareros, tejedores de fibras vegetales y animales, trabajo del cuero, etc.– en el interior de esos grupos fueron establecidos y respetados por sus miembros. Sus tecnologías relacionadas no ocurrieron en todos los contextos y períodos porque estuvieron ligadas a la especificidad de las necesidades humanas y de los recursos naturales de cada área. Otra característica propia de estas sociedades refiere a los circuitos de movilidad que organizaron la vida de estos pueblos. Los ejemplos arqueológicos dan cuenta de las distancias que recorrieron en la búsqueda de materias primas o de vínculos intergrupales. A tal movilidad también estuvieron vinculados los aspectos ideológicos, materializados en lugares elegidos para ceremonias, rituales y expresiones de arte rupestre. La arqueología reconstruye los cambios y las continuidades identificando cuáles fueron los patrones de ocupación establecidos en cada período sobre la geografía pampeana. Las actividades en cada lugar seleccionado estuvieron signadas por los roles específicos de los integrantes de los grupos, habiendo originado sus vestigios lo que hoy llamamos sitios arqueológicos. Por ejemplo, en las canteras donde afloran las rocas aptas para la producción de artefactos o donde los expertos talladores elaboraron los instrumentos especializados, como las armas para cazar (puntas de proyectiles) se conservaron cientos de desechos de esas actividades.

En la pampa, la alfarería comenzó a producirse en el Holoceno tardío, indicando nuevas necesidades en el procesamiento de alimentos. Las vasijas fueron destinadas a la cocción de alimentos y a la contención de diversos productos. Los alfareros no sólo demostraron conocimientos tecnológicos profundos, sino que también crearon y trasmitieron códigos visuales compartidos a través de la decoración. En la zona de la depresión del río Salado se investigan extensos campamentos residenciales donde se manufacturaron miles de piezas de alfarería, tal vez algunas de ellas se incorporaron a los circuitos de intercambios intergrupales (González de Bonaveri, 2005; Gonzáles y Frère, 2019).

## EL PASADO MILENARIO EN LAS SIERRAS FRENTE AL MAR

La perspectiva que aquí se plantea remite a una mirada sobre la historia de la región pampeana que refuta estigmatizaciones sociales que limitan el análisis de los sujetos históricos que participaron en su construcción. La historia de larga duración fue gestada por las diversas poblaciones que crearon y transformaron la dinámica de las sociedades que caracterizaron el modo de vida de mayor extensión temporal de la historia humana pampeana. Para ello, se pone en valor el análisis arqueológico de los cambios sociales y económicos que atravesaron las poblaciones indígenas durante los últimos ocho mil años. La información del período anterior, entre los 12.000 y los 8.000 años, fue desarrollada en este volumen por el Dr. G. Bonnat. Los conocimientos producidos se basan sobre evidencias materiales, al ser las únicas e irrepetibles pruebas que dan cuenta de ese largo proceso milenario.

Oriente pampeano

Es menester comprender que el oriente pampeano resultó un espacio geográfico con ventajas para las sociedades humanas, ya que éstas se vieron beneficiadas por la heterogeneidad de su paisaje y la valiosa biodiversidad de cada ambiente: sierras, llanuras, arroyos, lagunas y litoral marítimo.

Cambios paleoclimáticos globales

Los cambios paleoclimáticos globales (glaciaciones, Hipsitermal, Óptimo Climático Medieval y la Pequeña Edad de Hielo) afectaron de muy diverso modo los diferentes ecosistemas del planeta. En las reconstrucciones arqueológicas, se valora la información que permite conocer el tipo de paisajes y los recursos natura-

les existentes durante esos eventos climáticos, los cuales tuvieron una duración, en muchos casos, de varios milenios o cientos de años y fueron aprovechados intensamente por las sociedades.

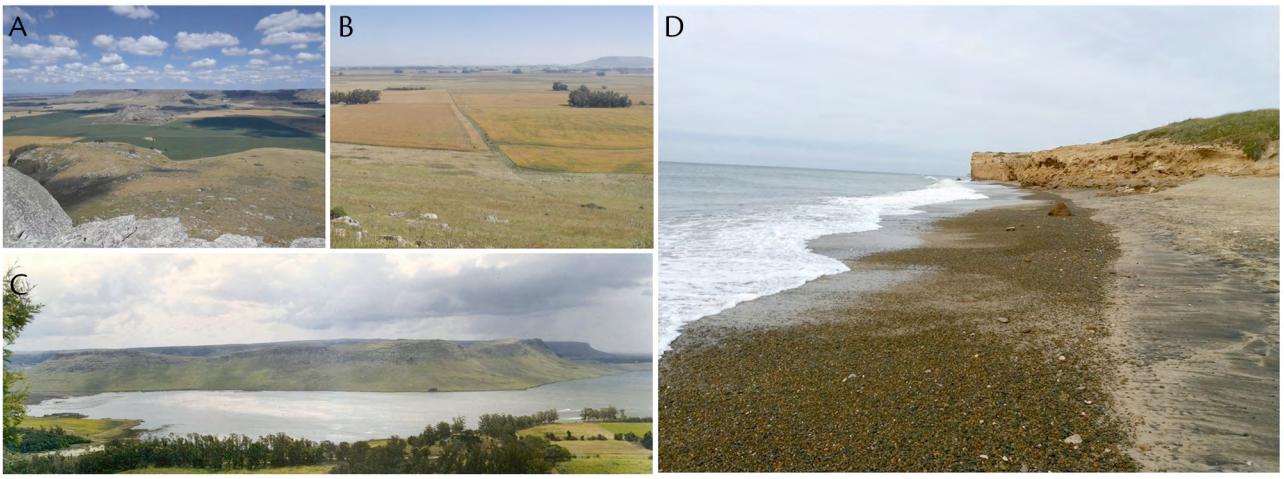



Figura nº 4. Paisajes de Tandilia oriental. A. sierras y cerros aislados B. Llanura y pie de monte. C. Laguna y sierra La Brava, D. Playas y acantilados en el litoral del océano Atlántico. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti y Carlos Quintana.

*Los cambios climáticos en el pasado*

El Holoceno es el período de la escala geológica temporal que comenzó después de la última glaciación. Su rasgo más notable es que se trata de un período cálido, a diferencia de los largos lapsos glaciares del Pleistoceno. Las oscilaciones climáticas y ambientales fueron habituales, tanto para ocasionar períodos más cálidos y húmedos aún como breves anomalías muy frías. Estas oscilaciones influyeron directamente en el medio ambiente pampeano donde transcurría la vida de los grupos cazadores-recolectores. El impacto también se reflejaba en las fuentes de alimentos, a partir de lo cual estas sociedades reconfiguraron sus estrategias de subsistencia. Una de las variaciones importantes fue el denominado período Hypsitermal, caracterizado por un aumento de la temperatura global ocurrido entre los 8.000 y los 6.000 años AP.
Con posterioridad, ocurrieron nuevos cambios climáticos hacia condiciones secas-semiáridas que se extendieron hasta los 4.500 años AP, seguidos del mejoramiento climático alternando períodos subhúmedos y secos entre los 4.500 y los 3.000 años AP.

Ya en tiempos históricos, durante el Holoceno más tardío, ocurrieron dos anomalías climáticas que influyeron fuertemente en la historia humana. En primer lugar, el Optimo Climático Medieval generó un calentamiento y aumento de la pluviosidad entre el siglo X y el XIV, lo cual incidió en un corrimiento de las poblaciones de animales de zonas cálidas hacia el sur y mejores condiciones para los asentamientos humanos. Inmediatamente después, siguió un período anormalmente seco y frío, la Pequeña Edad de Hielo, que se extendió hasta mediados del siglo XIX generando el "desierto" pampeano del que hablan las crónicas. Este ambiente de sequía y baja producción vegetal afectó a las poblaciones animales silvestres y exóticas, causando gran mortandad de caballos y vacas. La arqueología también detectó pruebas de estas mortandades identificando pilas de restos de esqueletos de ganado hallados en las barrancas de varios arroyos de la provincia de Buenos Aires. A mediados del siglo XIX, las condiciones climáticas fueron oscilando hacia las actuales.

## Sitios arqueológicos en las sierras

La confluencia de estos ambientes en el oriente de Tandilia configuró un espacio por demás ventajoso, utilizado intensamente por los cazadores-recolectores en sus itinerarios regionales. El desarrollo de sus modos de vida estuvo pautado por la estrategia más eficiente de la historia humana: la movilidad sobre grandes territorios sociales. Los circuitos de tránsito y los lugares donde acampar fueron conocidos a lo largo de los milenios. En los enclaves más ventajosos se instalaron reiteradamente motivados por la subsistencia o por aspectos sociales con tiempos de permanencia variados. Hoy se denomina a estos antiguos paraderos "sitios arqueológicos"; en las sierras son cuevas, pequeños aleros o abrigos, al aire libre se los encuentra sobre lomas de las llanuras, en las riberas de los arroyos, lagunas o en la franja litoral. Los lugares de paraderos transitorios o campamentos residenciales se ubicaron en puntos o geoformas del paisaje estratégicos por alcanzar buena visibilidad.

Un buen ejemplo es el sitio Alero Molina I (figura n° 5) que da cuenta del uso efímero y recurrente a lo largo de muchos milenios de pequeños aleros, que posible-

mente funcionaron como miradores, ubicados en lugares de alto dominio visual del paisaje. Posiblemente, el interés estuvo ligado al avistamiento de manadas o bien del tránsito de otros grupos sociales.




Figura nº 5. A. Sitio arqueológico Alero Molina I; registra evidencias de uso en dos períodos, el más reciente fue datado por C14 en 735 ± 19 años AP y el más antiguo en 10.628 ± 32 años AP. B. Su emplazamiento en el extremo oriental de una de las sierras más cercana al litoral le brinda una visual panorámica del territorio que conduce a la laguna La Brava. C. Lo mismo ocurre con la llanura oriental lindante con el océano Atlántico.
Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

*¿Cómo se investiga este pasado?*

La arqueología, junto a otras disciplinas, interviene necesariamente en la resolución de los problemas de investigación del pasado. Por ello, los estudios basados sobre las evidencias materiales de las actividades humanas requieren de la participación de otros investigadores, como especialistas en geología, paleontología, botánica, biología, química, etc. El conjunto de los conocimientos que se producen sobre la base del dato arqueológico surge de esta relación interdisciplinaria, que resulta un método básico para investigar y reconstruir la manera en que las sociedades indígenas vivieron y se transformaron a lo largo de los milenios. Este enfoque se aleja de la visión tradicional y trivial de concebir la arqueología como una ciencia cuyo objetivo final es el hallazgo de objetos del pasado.




Figura nº 6. A. Cueva Tixi, se observa un instante en la labor de un investigador (UNCPBA) experto en la técnica de excavación por medio del decapado. B. Cueva Ali Mustafá, en la imagen el geólogo G. Martínez (UNMDP) y el arqueólogo G. Bonnat (CONICET) analizan los procesos sedimentológicos que formaron la matriz de esa cueva, donde se registraron tres ocupaciones humanas; la más antigua compuesta por varios momentos de uso con evidencias de producción de numerosos fogones durante el rango de ca. 9032 ± 30 años AP a 10.450 ± 38 años AP. Posteriormente ocuparon el lugar, de modo muy breve, hace unos 7.670 ± 30 años AP, para finalmente reiterar el uso de este reparo hace ca. 401 ±19 años AP. Esto indica que los grupos muy distantes en el tiempo mantuvieron un patrón de movilidad en el cual precisaban usar este reparo como campamento temporario. C. El trabajo arqueológico también implica una ardua tarea de esfuerzos físicos y creatividad en el traslado del equipamiento de excavación.
Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

## LA MOVILIDAD Y LA SUBSISTENCIA DE LOS CAZADORES-RECOLECTORES EN EL HOLOCENO MEDIO

Durante el Holoceno medio, que abarcó unos cinco mil años (8.000 a 3.000 años AP), la vida de esos pueblos muestra cambios en cuanto a la logística de su movilidad residencial, la que se acentuó en la mayor parte de la región pampeana. Esa nueva estrategia produjo que los sitios de las sierras fueran ocupados durante estadías muy breves. En tanto, los investigadores que trabajan en la llanura Interserrana propusieron el mismo fenómeno, considerando que ese modo de desplazamiento muy móvil generó ocupaciones menos visibles para la arqueolo-

gía por su corta duración (Martínez, 2006). Esa dinámica pudo estar motivada para la explotación de recursos naturales diversos en cada ambiente de la pampa.

Campamentos residenciales

Es posible que los campamentos residenciales destinados a todos los miembros de las unidades domésticas de mayor tiempo de permanencia se ubicaran a cielo abierto. Hasta la fecha, no se hallaron en el sector de sierras de Tandilia oriental, lo que puede deberse al sesgo que provocó la transformación del paisaje natural causada por la intensa actividad agrícola y ganadera por más de cien años. La perturbación de los suelos por el arado provocó la mezcla de los materiales arqueológicos, que perdieron valor cronológico y contextual.

Evidencias de caza

Las fluctuaciones climáticas señaladas fueron sorteadas por estas poblaciones pampeanas. Se conocen algunas evidencias de los sistemas de caza, cambiantes a lo largo del tiempo. Los datos arqueológicos de este período señalan que en las llanuras utilizaron armas de caza compuestas por puntas de proyectil apedunculadas, destinadas a la captura de especies silvestres de gran porte como guanacos y venados. En cambio, en las sierras orientales no se descubrieron aún evidencias sobre el sistema utilizado; resulta llamativa la ausencia de puntas de proyectiles líticas. Se estudiaron once ocupaciones humanas sin hallar artefactos que indicasen el tipo de armas usadas durante 5.000 años. Tal vez, los integrantes de estos grupos utilizaron materias primas perecederas (maderas, huesos, astas) en lugar de piedra.

Tecnología lítica

Las pruebas materiales de estas sociedades se hallaron en numerosos sitios pampeanos, donde se preservaron evidencias sobre la tecnología lítica y sobre las presas cazadas. Para producir herramientas usaron preferentemente las rocas locales, se trata de las ortocuarcitas en sus dos calidades (granos medio-fino y grueso), con las cuales manufacturaron muy diversos instrumentos de trabajo. El abastecimiento de rocas ocurrió centralmente en el eje serrano y en menor cuantía se recolectaron rodados de diversas rocas que el mar deposita sobre las playas del litoral bonaerense (figura n° 4D). Estas características indican que la movilidad en general estuvo restringida territorialmente, bastante más que en los milenios anteriores y posteriores.

Caza de ungulados

Durante el Holoceno medio, en la región Pampeana, las sociedades cazadoras-recolectoras desarrollaron una estrategia de subsistencia especializada en la caza de ungulados. Las partidas de caza se enfocaron en obtener guanacos en la llanura Interserrana y guanacos y venados en las sierras de Tandilia. En ambos casos, se trataba de las especies más grandes disponibles en esos ambientes, de modo que los cazadores maximizaron el esfuerzo invertido durante cada jornada al obtener una buena cantidad de recursos faunísticos, posiblemente recurriendo a las cacerías por acorralamiento en lugares con topografía que así lo permitiera.

Un hallazgo singular permitió conocer qué tipo de fauna seleccionaban para la subsistencia. Se trata de un gran evento de cacería ocurrido hace unos 5.000 años, cuyas pruebas corresponden a una pila de restos faunísticos junto a instrumentos líticos. La fauna cazada en inmediaciones fue transportada dentro de una cueva para su faena.

Sitio Cueva Tixi

Este dibujo corresponde al plano de la planta excavada, la cual resume en una imagen la disposición espacial de los restos expuestos en las excavaciones, los que fueron producto de una ocupación humana ocurrida en el sitio Cueva Tixi. Se puede observar en escala la ubicación de cada pieza arqueológica cuyas asociaciones espaciales formaron el contexto arqueológico (figura n° 7). El fogón fue datado por C14 en una antigüedad de 4.865 ± 65 años AP. Los restos óseos se conservaron formando una acumulación de huesos, cuyo estudio permitió conocer cuáles fueron los animales cazados o capturados en las inmediaciones. Esos huesos son el resultado de una gran cacería de guanacos y venados, además de otros ejemplares de especies más pequeñas (vizcachas, mulitas, etc.). Las presas fueron ingresadas a la cámara de la cueva, donde fueron despostadas sobre una gran roca que aflora del piso, usada como mesada, facilitando el trabajo de separar las piezas anatómicas, cortar los músculos, cuerear y elegir las partes y materias primas para su posterior traslado, utilizando instrumentos líticos (figura n° 8 y 9). La selección

estuvo centrada en la carne, pieles, tendones, grasa, cornamentas, médula ósea, etc. Durante esas actividades de faena, por motivos desconocidos, incorporaron a esa pila de restos óseos un pequeño fragmento de mandíbula humana, tal vez fue una ofrenda al propio territorio de vida de esa persona. Los productos destinados a la alimentación y a la producción de tecnología mencionados fueron trasladados al campamento base o residencial, localizados muy posiblemente a cielo abierto en sectores de las cimas planas, el valle interserrano o las cuencas hídricas de las llanuras. Esos paraderos fueron los lugares ocupados por las unidades domésticas y a los cuales arribaban las partidas de caza con los recursos obtenidos.

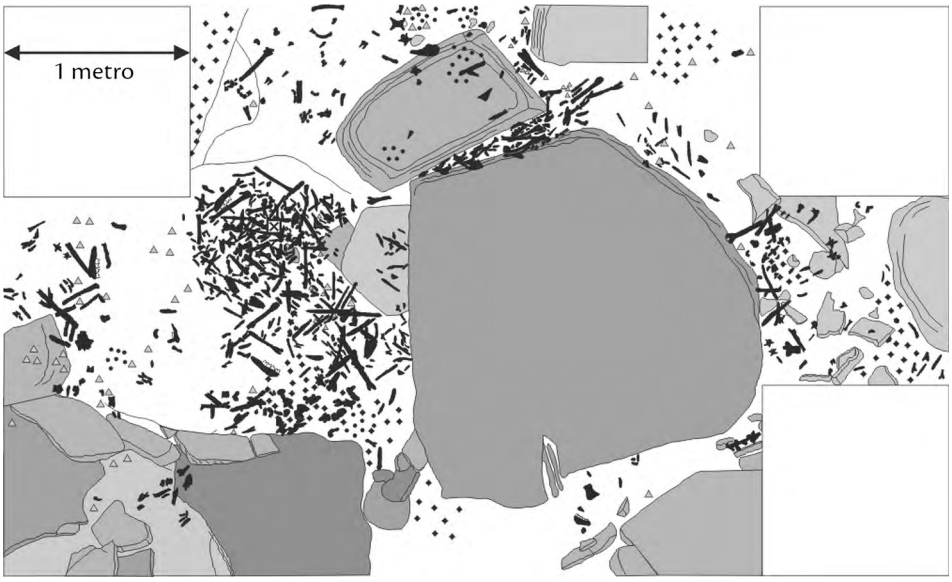



Figura nº 7. Planta del nivel arqueológico 2 de Cueva Tixi. En negro: pila de huesos superpuestos (¿basurero?). Triángulos: material lítico. Círculos: carbón. Sombreado gris: bloques de rocas que afloran del piso. Rombos: clastos de carbonato de calcio.

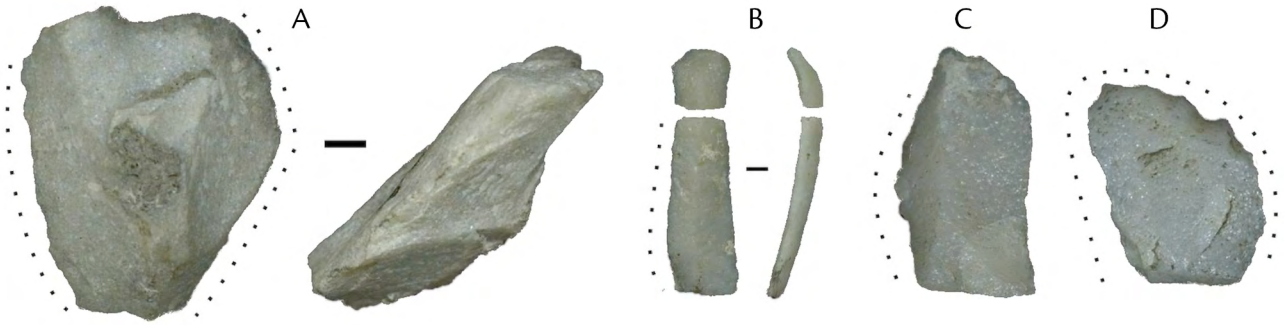



Figura nº 8. Instrumentos líticos usados en el trabajo de faena realizado en el sitio Cueva Tixi: a. raedera manufactura con ortocuarcitas locales; b, c y d. raederas de ortocuarcitas procedentes de las sierras Bayas (90 km de distancia). Fuente: Archivo particular de Juan Pablo Donadei Corada.

*Cazadores especializados del Holoceno medio*

En este período se supone que no hubo un incremento demográfico significativo debido a que se conocen pocos sitios arqueológicos y porque, de haber sido más numerosas las poblaciones, se habría afectado la supervivencia de las manadas de ungulados. Tanto el venado como el guanaco tienen un ciclo de vida relativamente frágil frente a depredaciones intensas, porque tienen pocas crías por año y éstas requieren cuidados por mucho tiempo y tardan en llegar a la etapa reproductiva. Si la presión de la caza hubiese sido mayor, esos ungulados se habrían extinguido localmente en pocos cientos de años.

La dieta también incluyó armadillos, ñandúes, vizcachas, coipos y la recolección de huevos de ñandú. Estas especies fueron numéricamente secundarias en la subsistencia, pero importantes a fin de incorporar diversidad de recursos y de sabores. La caza de animales grandes pudo centrarse en los varones de las partidas, en tanto la captura de animales más pequeños pudo ser una importante contribución de las mujeres y los niños. Esas tareas ampliaban la diversidad nutricional con otros alimentos (animales y vegetales) y abastecían de otros materiales necesarios como la leña o madera para producir otros instrumentos, fibras vegetales, tubérculos, frutos y minerales, como los pigmentos, etc. Estas sociedades se desarrollaron durante un clima particularmente benigno, ya que, durante el Holoceno medio, la temperatura y la humedad se mantuvieron por encima de los registros actuales para la misma región.




Figura nº 9. Restos faunísticos procedentes de la pila de huesos de Cueva Tixi, corresponde a guanaco (*Lama guanicoe*). Fuente: Archivo particular de Carlos Quintana.

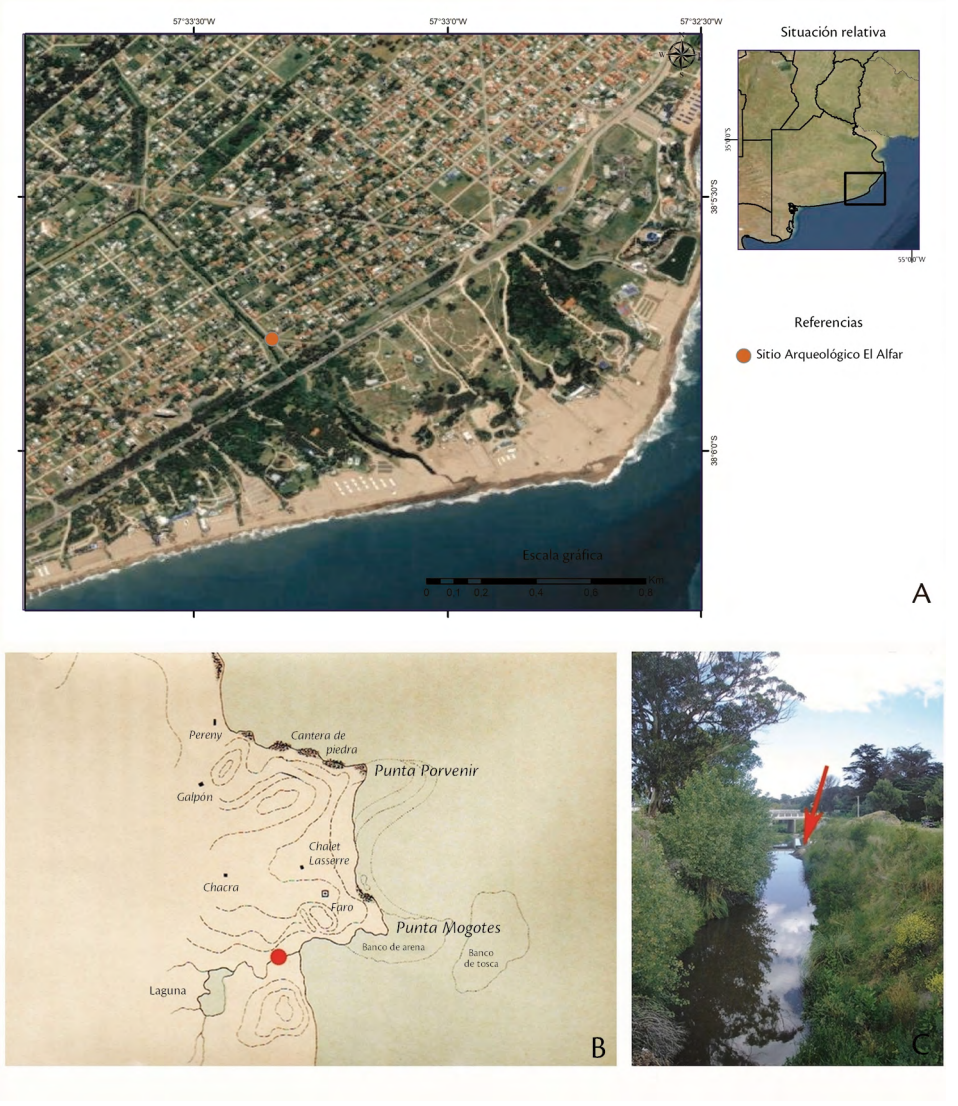



Figura nº 10. A. Imagen satelital con la ubicación geográfica del sitio El Alfar en el ejido urbano de Mar del Plata; B. Plano topográfico con indicación del sitio (punto rojo) en su relación con el océano Atlántico; C. sitio El Alfar sobre la barranca del Arroyo Corrientes. Fuente: B y C archivo particular de Mariano Bonomo.

## Sitio arqueológico Alfar

En la costa marítima de Tandilia se estudió el sitio arqueológico Alfar. Se encuentra ubicado dentro del sector urbano de la ciudad de Mar del Plata, a orillas de un arroyo que desagua en las playas cercanas al faro de Punta Mogotes (figura n° 10).

Un grupo de arqueólogos de la Universidad Nacional de La Plata, dirigidos por el Dr. M. Bonomo, investigaron ese antiguo campamento, cuya datación por carbono 14 dio una antigüedad de 5.704 ± 64 años AP. La actividad humana en ese lugar ocurrió durante el evento paleoclimático mundial *Optimum climaticum* o *Hypsithermal*, de temperatura más alta que la actual.

El sitio Alfar fue un campamento de cazadores-recolectores a cielo abierto, cuyo ambiente original fue el borde de una laguna localizada en la franja medanosa del litoral atlántico (figura n° 10 B y C), actualmente se halla en la ribera del arroyo Corrientes (figura n° 11).



Figura nº 11. Vista de los trabajos arqueológicos en el sitio Alfar (Mar del Plata). Fuente: Archivo particular de Mariano Bonomo.

El registro arqueológico presenta un conjunto numeroso de artefactos líticos (figura n° 12 A) tallados con rocas obtenidas en las playas (cantos rodados) y de otras variedades que obtenían en las sierras Bayas, distantes 120 km, donde se hallaron canteras arqueológicas de extracción de ortocuarcitas en uso, por lo menos desde los 5.000 años AP. Lo singular de este sitio costero es la abundante presencia de restos óseos de fauna continental y marina como guanacos y lobos marinos (figura n° 12 B), éstos últimos procedentes de las colonias de otáridos próximas a ese campamento. Las actividades sobre la fauna muestran el despostamiento y procesamiento de las partes anatómicas (Bonomo y León, 2010).

Como se expresó, el período del Holoceno medio abarcó unos cinco mil años durante los cuales, en la mayor parte de la región pampeana, la vida de esos pueblos estuvo organizada a partir de un tipo de movilidad residencial muy activa. La estrategia de permanencias durante poco tiempo en cada lugar se registró en los reparos de las sierras, como ejemplifica la gran cacería en Cueva Tixi, casi contemporáneamente al campamento de la costa y de otro ejemplo proveniente de la llanura Interserrana: el sitio Paso Otero 4 a orillas del río Quequén Grande (Martínez, 2006).




Figura nº 12. A. Instrumentos líticos elaborados con rodados costeros de basalto; B. resto óseo del húmero de un lobo marino. Fuente: Archivo particular de Mariano Bonomo.

## Los modos de vida durante el Holoceno tardío. Los últimos 3.000 años AP.

El período Holoceno tardío toma su nombre de la escala temporal geológica que comenzó hace 3.000 años y que todavía continúa. Los sitios serranos mencionados que se ubican en lugares con buena visibilidad continuaron siendo ocupados reiteradamente durante estos milenios, ya sea para uso residencial con mayor tiempo de permanencia o como paraderos destinados a funciones específicas como, por ejemplo, por sus cualidades como avistadero para la caza. Estos sitios permiten considerar el patrón de ocupación del territorio muy diverso en sus escalas espaciales, en los tiempos de permanencia en cada lugar y en la variedad de tareas económico-sociales realizadas en cada uno de ellos.

### Sitio El Quebracho

Un ejemplo del modo de habitar y usar el relieve serrano durante esos milenios proviene del sitio El Quebracho. Se trata de un pequeño alero con vestigios de un parapeto en su entrada localizado en la cima de un cerro bajo (figura n° 13), a una altura sobre el nivel del mar de 252 metros, que resultó un lugar ventajoso desde el cual se dominaba visualmente la llanura y las lomadas en una muy amplia extensión territorial. Al pie del cerrito, nace un arroyo que ofrece un óptimo abrevadero de animales y, por ende, es propicio para su captura. Los materiales arqueológicos hallados en la cumbre corresponden únicamente a dos tipos de armas. Las bolas de piedra que corresponden al sistema de boleadoras y las puntas de proyectil apedunculadas pequeñas que, por su diseño, indican el sistema de caza con arco y flecha (figura n° 14). Las evidencias arqueológicas demuestran que la función de este paraje estuvo ligada a divisar animales desde la cima y en su base pudo ocurrir la cacería utilizando esos dos sistemas de armas hallados en el sitio.



Figura nº 13. Sitio arqueológico El Quebracho; en su cima se conservaron restos de un parapeto (alineamiento de rocas) al frente de un pequeño alero e instrumentos de caza. En la base, se observa el cañadón formado por la naciente de un pequeño arroyo, donde pudieron atraparse animales. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.



Figura nº 14. Puntas de proyectil apedunculadas pequeñas del sitio arqueológico Cueva El Abra; la ocupación humana que las produjo fue datada en 980 años AP. Estos instrumentos líticos formaron parte del sistema de arma conocido como arco y flecha. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.



Figura nº 15. Conjunto de artefactos líticos del sitio Lobería I, datados en el rango de 500 a 900 años AP e ilustrativos de la cadena de producción de instrumentos: núcleo o masa inicial junto a un fragmento de retocador de hueso usado para generar los filos mediante presión, desechos pequeños de la talla lítica (reducción y retoque) y algunos instrumentos finalizados: puntas de proyectil triangulares, raspadores y perforadores pequeños.

En toda la región pampeana durante este período, se reconocen cambios muy profundos en los modelos de la subsistencia, se trata de estrategias de intensificación y diversificación de ella. La diversificación se refiere a la incorporación, a la dieta, de grandes volúmenes de especies de tamaños pequeños que anteriormente eran explotados en poca magnitud. También se sumaron especies de animales muy pequeños (menores a 1 kg) que nunca antes fueron consumidas, como cuises, aves, y peces. Este proceso fue paralelo a las condiciones más benignas del Óptimo Climático Medieval y al desarrollo de nuevas tecnologías de caza y de preparación de alimentos, como el arco y la flecha y la alfarería.

Cambios en los modelos de subsistencia

La intensificación surge de los modos en que se procesaban las presas. Las especies de mayor porte, como guanacos y venados, que eran cazados desde las etapas anteriores, dejaron de ser el centro de la subsistencia, pero fueron aprovechados más profundamente. Además de la carne, los tendones y el cuero, estas sociedades procesaron con mayor interés los huesos para fabricar artefactos y para extraer la grasa de los extremos y posiblemente sus vellones para el hilado. Durante este período los esqueletos de las presas quedaron depositados muy fragmentados, producto de ese aprovechamiento integral. Las presas pequeñas igualmente fueron foco de su uso intenso (Quintana, 2005), en tanto que sus huesos muestran evidencias de fracturas intencionales, exposición al fuego y la extracción de sus pieles (figura n° 16).

Intensificación

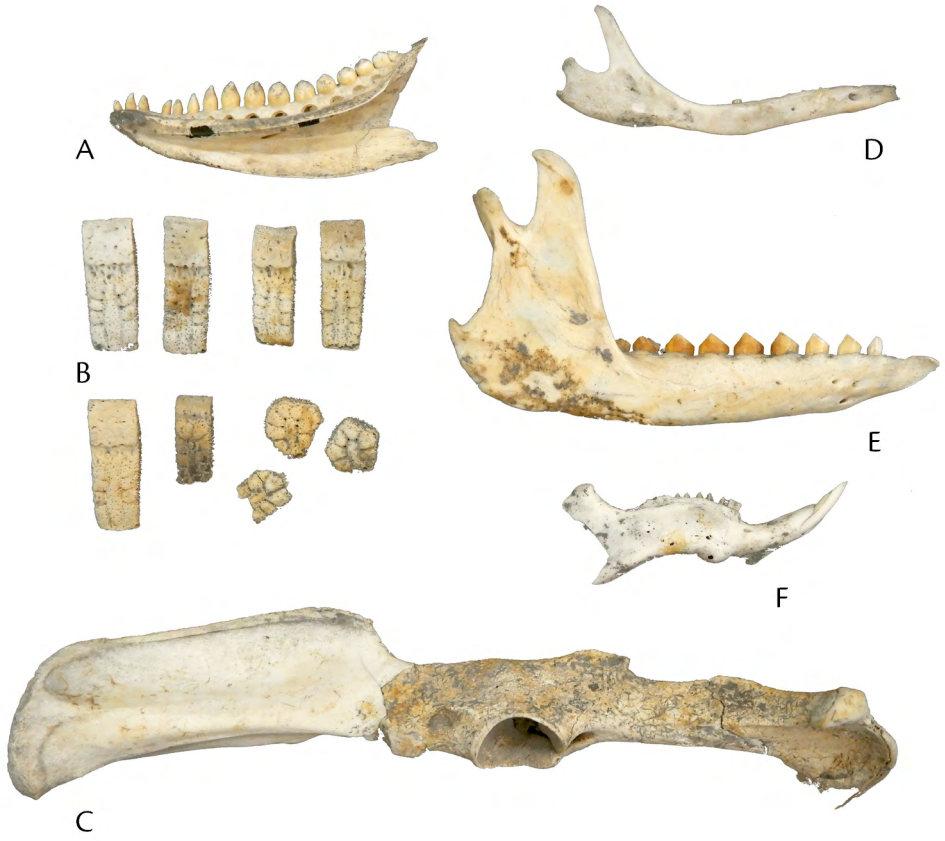



Figura nº 16. Restos de alimentos hallados en Cueva Tixi. Durante este período las sociedades cazadoras-recolectoras incorporaron una gran diversidad de presas pequeñas a su subsistencia, las cuales conformaron una proporción muy importante de la dieta. A. Rama mandibular de lagarto overo. B. Osteodermos de la coraza de armadillos. C. Huesos de la cadera de una vizcacha. D y E. Ramas mandibulares de armadillos. F. Rama mandibular de cuis.

Otra característica de las actividades de estas sociedades son las expresiones cultistas, como ritos y ceremonias que simbolizaron discursos y prácticas culturales que recreaban sus identidades. Un buen ejemplo de la materialidad de esas acciones simbólicas fueron las pinturas rupestres, utilizadas para comunicar visualmente la territorialidad, entre otras funciones. En las sierras más cercanas al océano, se concentran reparos que aún conservan diseños y vestigios de trazos de representaciones geométricas o figurativas, varios se hallan alineados sobre la barda serrana desde la cual se divisa el mar y el amanecer, factor que pudo ser significativo en la cosmovisión de esos pueblos (figura n° 17).

Expresiones culturistas

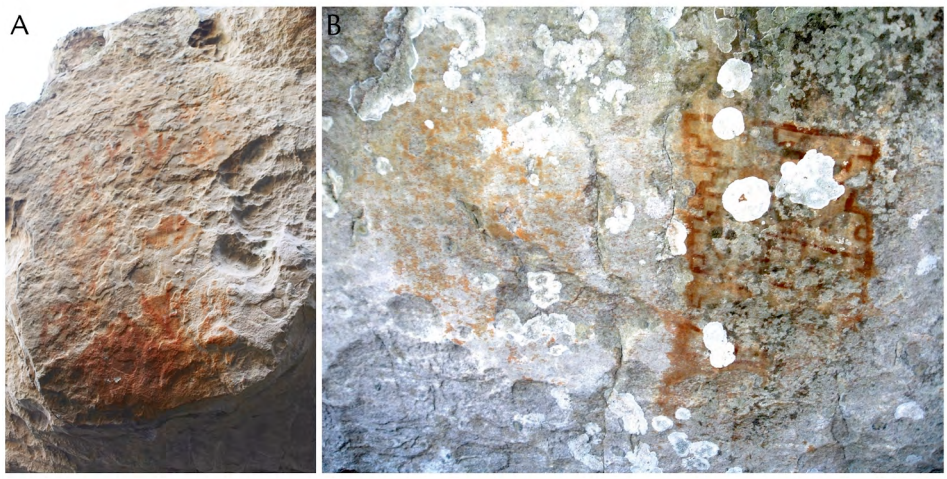



Figura nº 17. Pinturas rupestres. A. Diseños figurativos representando caminos de pisadas de animales y motivos geométricos; B. Imágenes del panel pintado del sitio La Cautiva, la imagen digital fue procesada por medio de software específico para mejorar la percepción de los motivos; el resultado permitió observar los trazos de una segunda greca, muy obliterada y monitorear el crecimiento de líquenes sobre las pinturas. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Sitio La Calera

Otro tipo de manifestación ceremonial se halló cercana a la ciudad de Olavarría. En el sitio arqueológico La Calera se recuperó una sucesión de eventos de enterramiento de miles de restos arqueológicos (lítico, cerámico y faunístico) introducidos en fosos y en un mismo punto del paisaje. La calidad del contexto, los materiales identificados y las características de este paraje constituyen las pruebas de antiguos rituales llevados a cabo durante varios encuentros de agregación de grupos de cazadores-recolectores ocurridos en varias oportunidades entre los 3.000 y 2.000 años AP.

## LOS CAMPAMENTOS RESIDENCIALES SERRANOS

Algunas de las cuevas ocupadas durante milenios previos volvieron a ser utilizadas como campamentos de los grupos residenciales, los que incluirían personas adultas y niños relacionados parentalmente (figura n° 18). Estos casos fueron detectados en dos períodos de la historia prehispánica. El primero, durante la ocupación inicial (finales del Pleistoceno – Holoceno - Holoceno temprano), como se detalla en el trabajo de Bonnat (en este volumen), y el segundo, durante los últimos mil años del Holoceno tardío.



Figura nº 18. Cueva El Abra. Este reparo rocoso fue utilizado reiteradamente a lo largo de 10.200 años AP. Su enclave es importante al localizarse a la entrada de un valle, desde el cual se puede controlar visualmente el acceso a la sierra y al tránsito hacia la llanura oriental que conduce al mar. Aquí grupos prehispánicos pintaron motivos figurativos aproximadamente hace 1.000 años AP y, por otro lado, se llevó a cabo el rito de sanación de un niño, al comenzar el siglo xx, mencionado al inicio de esta contribución. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Ocupación humana más intensa

Las recurrencias que presentan los registros arqueológicos de estas cuevas (Cueva Tixi, Localidad Arqueológica Lobería I y Cueva El Abra) permiten plantear que la ocupación humana de ese período fue más intensa y de mayor duración. Las características de los materiales arqueológicos indican una producción tecnológica variada de artefactos líticos, instrumentos óseos, piezas malacológicas e

incluso hay pruebas de hilandería. También hubo un uso frecuente de vasijas de cerámica destinadas a la cocción y a la contención de otros alimentos.

Las investigaciones regionales sobre este período están planteando un posible fenómeno de incremento poblacional con mayor tiempo de permanencia en los campamentos, posiblemente ligado a un patrón de movilidad de índole estacional con paraderos en sierra, llanuras o costa (figura n° 19).



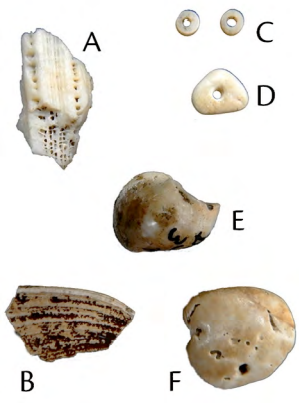
Figura nº 19. Una de las muchas lomas de la llanura que fueron utilizadas como paraderos transitorios o campamentos residenciales. Lamentablemente la acción del arado alteró los contextos arqueológicos sesgando las evidencias y las relaciones que pudieran servir para profundizar los estudios cronológicos y conocer las actividades realizadas. Sin embargo, en algunos casos, los materiales arqueológicos diagnósticos podrían indicar su pertenencia a este período tardío de la historia indígena pampeana. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Son significativas las pruebas de la circulación de bienes locales y de áreas geográficas muy lejanas que dan cuenta de esas travesías (Mazzanti, 2006). Por ejemplo, en los registros arqueológicos de los sitios de las sierras quedaron abandonados artefactos líticos tallados en guijarros rodados por el mar, cuentas sobre valvas o instrumentos fabricados en restos fósiles, todos recolectados en las playas del litoral, distantes por lo menos unos 40 km, los que fueron transportados a los sitios de las sierras (figura n° 20). Del mismo modo, en lugares de acampada sobre las barrancas del litoral, se hallan instrumentos tallados con rocas o pigmentos minerales que se obtuvieron en canteras de las sierras Tandilia, distantes *ca.* 150 km del mar.

Los circuitos de movilidad pedestre o bien los modos de interacción social con poblaciones de otras regiones distantes determinaron la presencia de materiales arqueológicos foráneos del ambiente serrano. Este es el caso de la obsidiana (vidrio volcánico) cuyas fuentes de abastecimiento implican el traslado a distancias de más de 800 km o bien la obtención por intercambios en circuitos de interacciones sociales consolidados (figura n° 21 A). Del mismo modo pudo provenir el maíz, cuyas evidencias se hallaron en Cueva Tixi con cronologías cercanas a los 700 años AP (figura n° 21 B). En este caso, se complejizan aún más las preguntas sobre el interés por obtener maíz; estos granos pueden destinarse no sólo a la alimentación, sino también a la elaboración de bebidas. Por otro lado, es susceptible de ser trasladado por sus cualidades de dureza que permiten el almacenamiento, por lo que es factible plantear su procedencia desde sectores del norte bonaerense o del litoral.

En ese mismo trayecto, pudieron conseguirse por intercambio las vasijas de cerámica que se encuentran en los campamentos residenciales de estas sierras (figura n° 21 C). La manufactura de las piezas de alfarería es alóctona a este sector serrano, lo cual está indicado por la presencia de fitolitos de palmeras en las pastas de algunos fragmentos de las vasijas. Esta especie vegetal no es originaria del sureste pampeano. Las piezas pudieron ser un bien de intercambio con otras

Figura nº 20. Restos procedentes del litoral atlántico trasladados hacia la sierra. A. Fragmento de coral blanco, Cueva Tixi (3.255 años AP); B. Fragmento de valva de molusco con restos de pigmento rojo, Cueva El Abra; C y D. cuentas decorativas elaboradas con valvas marinas halladas en ambas cuevas (rango cronológico de 700 a 1.200 años A.P.); E. pequeño caracol de origen marino; y F. valva de molusco erosionada que abunda en las arenas de las playas, Cueva Tixi, datada en 700 años AP. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.



comunidades productoras, como aquellas de la depresión del río Salado que carecían, por ejemplo, de rocas, pigmentos minerales y carne de guanaco.

Durante esta historia milenaria, el común denominador fue la trama compleja de relaciones entre las sociedades y el territorio que habitaron. Por ello, la arqueología también reconstruye la extensión geográfica del espacio social recorrido, las fuentes potenciales de recursos naturales y las estrategias tecnológicas implementadas para la solución diaria de la subsistencia y de otras necesidades socio-económicas. Las características del paisaje natural, la estrategia de movilidad y las redes sociales funcionaron interconectadas transformando las modalidades culturales a lo largo de los milenios.

Estos vínculos pudieron originarse en lazos de solidaridad, alianzas matrimoniales o aspectos rituales que, en su conjunto, facilitaban las estadías en los diversos ambientes o sectores que componen Tandilia y también la relación con las poblaciones más lejanas de las dilatadas llanuras y de otros ecosistemas pampeanos o regiones aún más distantes. Sobre estas condiciones históricas de autonomía política y económica, se desplegaron a partir de la conquista del continente, diversos dispositivos de poder que demostraron intereses radicalmente opuestos a la vida social de los pueblos americanos.

## EL TERRITORIO DE LOS PUEBLOS MAPUCHES EN EL ORIENTE PAMPEANO

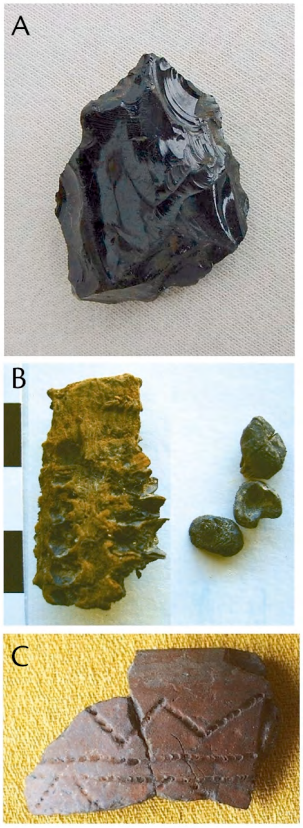



Figura nº 21. A Instrumento perforador tallado en obsidiana, Cueva El Abra; B. Fragmentos de marlo y semillas carbonizadas de maíz, Cueva Tixi *ca.* 700 años AP; C. Fragmento de un borde de vasija con decoración incisa y pintura roja. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

A lo largo de los últimos siglos, se fueron gestando nuevos y muy dinámicos sistemas sociales de carácter interétnico, sobre todo en los espacios de frontera. Durante la hegemonía colonial, en la zona del oriente pampeano el interés político estuvo centrado en lograr contactos con miras a explorar los territorios, obtener información sobre los recursos naturales y sobre las características de los habitantes originarios.

De estas nuevas relaciones sociales surgieron sujetos históricos de gran visibilidad, como los caciques comerciantes o guerreros, mestizos, bandoleros, criollos, jesuitas, europeos y militares. Estos representantes de sectores diversos originaron fenómenos de interacciones y sometimientos. La resistencia y la cooperación intraétnica e interétnica fueron los factores principales que produjeron la emergencia de nuevas identidades sociales a través de procesos de etnogénesis, como ocurrió con el pueblo mapuche, visibles desde mediados del siglo XVIII.

En las sierras de Tandilia oriental, se halló un campamento de esas jefaturas ecuestres, denominado localidad arqueológica Amalia (Mazzanti, 2007). Esas unidades sociales tuvieron territorialidad en el llamado *Puelmapu*, que se refería a las tierras del oriente andino, en su cosmovisión.

Estos grupos estaban bajo la autoridad de líderes étnicos, como el cacique Cangapol. Por lo menos desde mediados del siglo XVIII, la gran área geográfica definida por algunos investigadores como panaraucana (Bechis, 1989) unió la Araucanía con el parte de la región pampeana. En este marco, el gran campamento de la localidad Amalia se ubicó en extremo oriental del territorio mapuche.

Las investigaciones realizadas brindaron información única sobre la vida doméstica de esos pueblos cuando aún detentaban autonomía política, hacia mediados del siglo XVIII. Su economía se basaba en el pastoreo y la cría de ganado caballar para su venta posterior en mercados coloniales de Chile. Las características cronológicas y culturales analizadas en la localidad arqueológica Amalia y su ubicación en el paisaje del oriente pampeano representan componentes singulares que permitieron indagar su función y aspectos materiales y simbólicos dinamizados por las relaciones de contactos interétnicos. Las vacas y los caballos cumplieron una función central en la subsistencia de las sociedades indígenas posteriores a la conquista, concordantes con sus actividades pastoriles y comerciales.

El relato de Villarino es un testimonio sobre el sistema de movilidad de estas comunidades que concuerda con los resultados de las investigaciones arqueológicas (Mazzanti, 2007): “Dicen que todos, o casi todos los indios que habitan o residen en las sierras del Volcán y pampas de Buenos Aires, son de este río arriba, y que

el motivo de pasar tanto tiempo en aquellos parajes, es por la abundancia que hay de ganados, y por la facilidad de mantenimiento; y que algunos paran dos años, otros más y menos, según les acomoda" (Villarino, [1782] 1972, pp. 1018/19).

Las numerosas vasijas halladas en el Sitio 2 de la localidad arqueológica Amalia fueron manufacturadas fuera de la región pampeana, implicando la existencia de mecanismos sociales (intercambio y transporte directo) que da cuenta de la circulación de bienes propios a la dinámica social de jefaturas ecuestres (figura n° 22 y 23).




Figura nº 22. A. Fragmento de olla hallado en la localidad arqueológica Amalia. Estas vasijas son conocidas como "challas" en la Araucanía chilena, su estilo decorativo de ollas con asas con mamelones y cuellos acanalados se interpretan como diseños culturales y estéticos que asumieron ciertas prácticas para manifestar identidades de género y relaciones sociales. Al menos se hallaron restos de diez ollas en esta localidad. B. Perfil de la forma que tuvieron las ollas, nótese el cuello acanalado y el asa con dos protuberancias (mamelones) que aluden a la identidad femenina. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.




*Debajo*: Figura nº 23. Jarra remontada en tres sectores (A, B y C) hallada en la localidad arqueológica Amalia. La presencia de jarras y ollas son parte de un patrón cultural que permite plantear las complejas relaciones de interacción entre las sociedades de ambas vertientes de los Andes centro-sur y de las llanuras pampeanas. Fuente: Archivo particular de Diana Mazzanti.

Las sierras de Tandilia fueron un nodo significante en las actividades pecuarias vinculadas al sistema mercantil europeo, un núcleo de actividad comercial interétnicas y un marcador simbólico del espacio social donde se representaron elementos ideológicos y religiosos de los grupos indígenas en situación de reconfiguración de sus identidades étnicas. El cerrito donde se encuentra la localidad arqueológica Amalia tuvo valor sagrado por su cercanía con el océano atlántico, al dominar el punto continental más lejano de la cordillera andina (Araucanía) y el más cercano al oriente.

En síntesis, esta región serrana fue un sector importante económica y socialmente dentro de una escala espacial más amplia, participando de la dinámica emergente del sistema social interétnico del sureste pampeano. Los grupos indígenas ganaderos y comerciantes fueron los protagonistas de este tramo de la historia pampeana hasta la apropiación definitiva de sus tierras, a partir de las primeras décadas del siglo XIX.

# LA HISTORIA DE LA OCUPACIÓN CAZADORA-RECOLECTORA DE LAS MESETAS PATAGÓNICAS

## INTRODUCCIÓN

Si alguien pregunta qué es lo más difícil de encontrar en las mesetas patagónicas al este de Los Andes, la respuesta seguramente no será 'oro', 'fósiles' o 'guanacos', que sin duda los hay, sino que será 'agua'. Y allí donde la encontremos seguramente también habrá gente y evidencias materiales de los humanos que habitaron desde miles de años atrás. Así, con la vitalidad del agua en mente, deberíamos comenzar el relato de la historia del poblamiento de la Patagonia extraandina o la meseta, como en general se conoce.

Evolución continental del Cono Sur

Si, como asumimos arriba, el agua en un ambiente árido como el de Patagonia es el comienzo del habitar humano, debemos entender un poco la evolución continental del Cono Sur para percibir en mejor medida la relación entre los primeros pobladores y ese elemento. En este sentido, es interesante plantear que, hasta aproximadamente tres millones de años atrás, América del Sur era un continente isla (Simpson, 1964, p. 59), siendo esta insularidad característica biogeográfica que distinguiría hasta la actualidad a este hemicontinente. Después del evento tectónico que conectó América del Sur con América del Norte (*ca.* 3 millones de años antes del presente, de ahora en más AP), nunca más volvió separarse por causas naturales, si bien hubo una última separación física a principios del siglo XX: la apertura del canal interoceánico de Panamá. Las razones de este nuevo aislamiento fueron geopolíticas y económicas en general, con lo cual América del Sur volvió a ser nuevamente una gran isla. Sin embargo, esta discontinuidad continental no desconectó a Sudamérica de la historia humana americana.

Maritimidad del Cono Sur

Otro rasgo que repercute diferencialmente entre Norte y Sudamérica es la maritimidad de esta última, ya que su forma triangular con la porción más estrecha hacia el sur hace que el efecto del mar llegue hasta bien dentro del mismo continente, mientras que en Norteamérica la continentalidad es mucho mayor. Por tal razón, durante las glaciaciones pleistocénicas, si bien el ambiente se tornó muy frío y continental, como en el resto del mundo, América del Sur, con una influencia oceánica mayor, tuvo unas condiciones climáticas menos severas que las de América del Norte, donde casi la mitad de esa masa terrestre se vio cubierta por glaciares (Miotti, 2006; Rabassa, 2008). En América del Sur, aún durante el último máximo glacial mundial (UMG, *ca.* 20.000-18.000 años AP), los glaciares cubrieron sólo los sectores de la cordillera de los Andes, nunca alcanzaron la envergadura del gran manto de hielo lauréntico con núcleo en la bahía Hudson, que, junto con el manto cordillerano de las Rocallosas, ocuparon todo el actual territorio de Canadá (Borrero, 2001; Miotti [1990]1998, 2003, 2006; Miotti y Salemme, 2004). En Patagonia podemos observarlo en la figura n° 1 (tomada de Ponce y Rabassa, 2012).

Poblamiento de América del Sur

Las condiciones del Pleistoceno final, aproximadamente hace 20.000 años, durante el UMG, fueron las más severas a escala mundial y para los humanos que comenzaban a explorar el último de los continentes que quedaba libre de huma-

nidad, América fue un desafío más, ya que en la memoria social permanecerían los recuerdos y narrativas de glaciaciones pasadas (Soffer & Gamble, 1989). Por tal motivo, una vez que los humanos pisaron suelo americano, su expansión fue tan exitosa que incluso ella estuvo relacionada con la desaparición de varias especies de mega, grandes y pequeños mamíferos que habitaron en el Nuevo Mundo durante toda la época glacial (Martin, 1973; Cione *et al.*, 2009; Miotti *et al.*, 2018).

Poco importó el estrecho sector del istmo de América Central y, si bien aún no se conoce con certeza cuándo arribaron los primeros sudamericanos, podemos asegurar que hace unos 14.000 años ya vivían en las cuevas y abrigos rocosos de la Patagonia, región más austral del Nuevo Mundo.

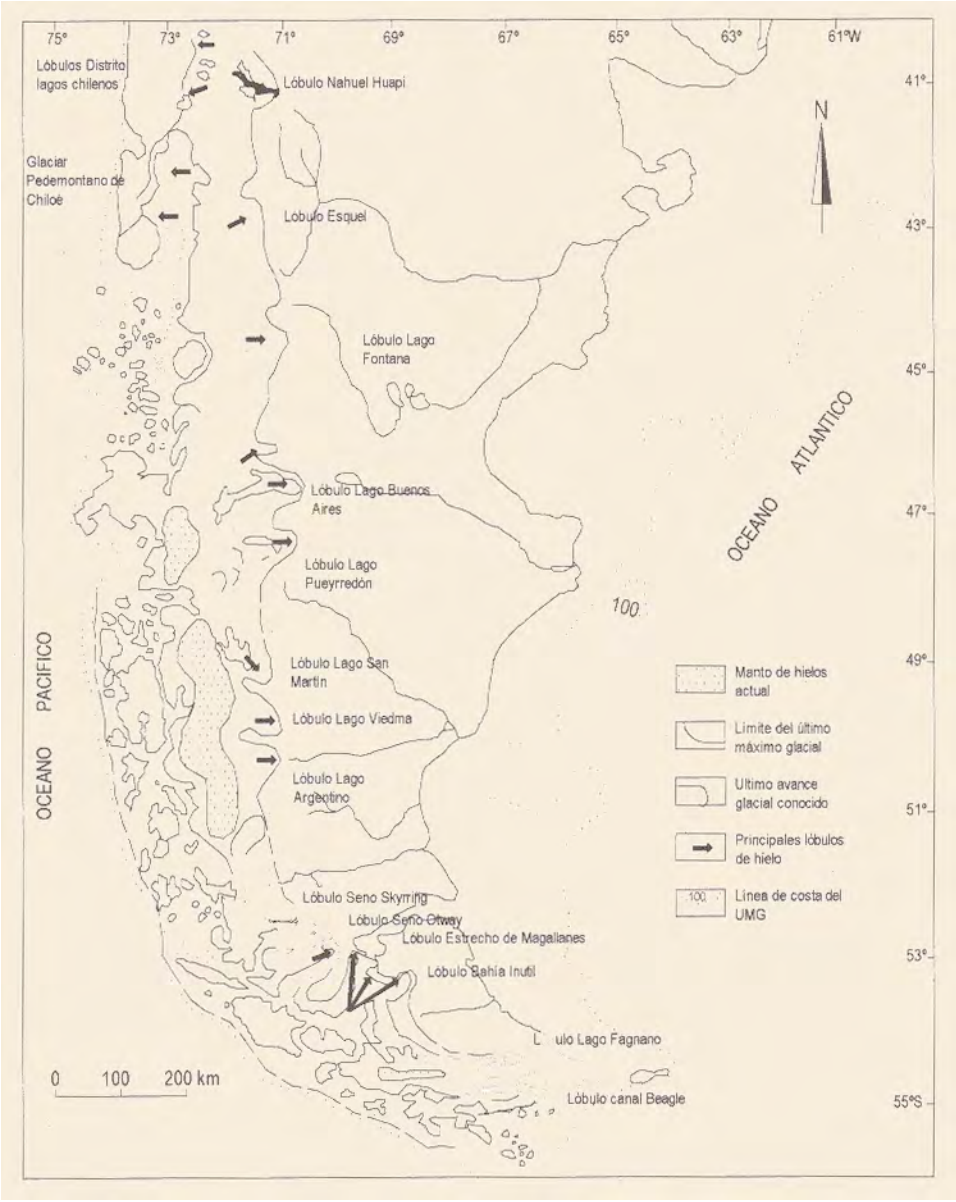



Figura nº 1. Evolución de los glaciares y las costas desde finales del Pleistoceno en Patagonia.

## LA PATAGONIA, UN LUGAR EN EL MUNDO DE LA COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

Reflexionando acerca de cómo pudo haber sido la exploración y el tiempo de aprendizaje de los ambientes nuevos durante la colonización inicial de Patagonia, consideramos elementos teóricos provenientes de la arqueología y de otros campos disciplinares, con el objetivo de enmarcar los procesos a los que se enfrentaron los grupos humanos al migrar y conocer espacios deshabitados. Asimismo, el uso de material etnográfico y etnoarqueológico de cazadores-recolectores nos ayuda a corporizar los modos de vida nómades en lugares desérticos y semidesérticos. Estos paisajes sin historia fueron convertidos en paisajes socia-

les a través de prácticas y narrativas de transitar y habitar a lo largo del tiempo. Desde la perspectiva del aprendizaje ambiental, se analizan ocupaciones humanas correspondientes a la transición Pleistoceno - Holoceno (14000-9000 años AP) y al Holoceno temprano (8900-7500 años AP) de sitios arqueológicos de la Patagonia argentina, con el fin de aportar datos relativos a los modos y tiempos del aprendizaje del ambiente, la materialidad y la distribución de las primeras ocupaciones en terrenos desconocidos.

Poblamiento inicial americano

El poblamiento inicial del continente americano fue un proceso que involucró gran cantidad de tiempo (milenios) y el ingreso de distintas poblaciones (Miotti, 2003; 2006; Miotti y Salemme, 2004; Politis *et al.*, 2018) (cuadro n° 1 y mapa n° 1). Cualquiera que haya sido el lugar de origen, al avanzar en diferentes direcciones, los grupos humanos se encontraron con espacios que no habían sido pisados antes por sus congéneres, por lo tanto, desde los seres y objetos de esos nuevos terrenos, como las aves, los volcanes, ríos, hasta los potenciales enemigos o peligros eran totalmente desconocidos para ellos. Una analogía geográfica que sirve para entender el problema de la exploración es imaginar si nos dejasen hoy solos en un desierto. ¿Cómo sabríamos dónde encontrar el agua? Y lo que sabemos es que ningún humano puede pasar más de 72 hs. sin este recurso. Si no tenemos a ninguna persona que conozca el lugar y que nos indique dónde pueden estar las fuentes de agua, simplemente la aventura será dramática. En estos términos es el riesgo al que se enfrentan los exploradores al llegar a lugares desconocidos de los que no tienen ningún tipo de conocimiento y deben realizar un autoaprendizaje para lograr habitarlo (Rockman, 2003; Laguens, 2009; Miotti *et al.*, 2015). Los grupos que llegaron a Patagonia se encontraron con los mismos desafíos del autoaprendizaje ambiental en una *terra ignota*. Esa situación de aprender dónde encontrar lugares para habitar, para transitar y comunicarse planteó una situación distinta para los pioneros: enfrentarse a ambientes diferentes, sin pistas sobre el modo de relacionarse con ellos, desconociendo la ubicación de los recursos críticos y básicos para la vida, como el agua, el refugio, los animales, y teniendo que crear los caminos para conectarse con los nuevos lugares donde esas condiciones podían ser reproducibles. Frente a esos humanos se hallaba un espacio que hasta entonces había sido territorio de nadie, que no había sido habitado, nombrado, narrado, ni significado. En ese sentido, hablamos de paisajes sin historia, ya que la historia de un lugar es posible sólo a partir de la acción humana con sus diferentes narrativas (Miotti *et al.*, 2015; Rockman, 2003).

Evidencia arqueológica

El objetivo de este trabajo es presentar las evidencias arqueológicas de las diversas formas de marcación de lugares en el proceso de conocer y habitar un lugar, y aportar desde esta materialidad humana a la historia del paisaje y sus seres durante el poblamiento de una región desconocida, la Patagonia. En tal sentido, caracterizaré los lugares con ocupaciones humanas que van desde la exploración ambiental a la territorialización social. Para cubrir este objetivo se presentan tres enclaves de esa región que son referentes arqueológicos de las distintas etapas de la ocupación humana de las mesetas.

Aprendizaje *de novo*

De los modos de aprendizaje en espacios desconocidos, el poblamiento de Patagonia corresponde a un "aprendizaje *de novo*" o autoaprendizaje, ya que no existían otras poblaciones residentes en el Nuevo Mundo hacia fines del Pleistoceno y, por lo tanto, no se disponía de una transposición social de la información sobre los recursos y las rutas. Por esta razón, dicho aprendizaje debe haberse dado a un ritmo lento (Borrero, 2001; Meltzer, 2003; Miotti, 2003; Politis *et al.*, 2014).

Para ello me centraré en los estudios del aprendizaje ambiental y las transformaciones del paisaje a raíz de la colonización humana en dos regiones mesetarias, el macizo del Deseado y la meseta de Somuncurá (mapas n° 2 y 3).

En este sentido, tomaré la información arqueológica regional como las huellas de ese largo camino de la transformación desde los paisajes sin historia a los paisajes de cazadores-recolectores nómades, con territorios permeables y con una historia de casi 13.000 años.

## El paisaje de Patagonia a fines del Pleistoceno tardío

### Patagonia extraandina

La Patagonia es el territorio más austral del Cono Sur, tiene una superficie aproximada de un millón de kilómetros cuadrados que comienza en el río Colorado, al norte, y cuyo ápice meridional se encuentra en el estrecho de Magallanes, más allá del cual la Patagonia insular continúa en el archipiélago con la isla grande de Tierra del Fuego y otras menores. Sin embargo, hasta 8.000 años atrás este territorio insular estuvo unido al continente (Rabassa, 2008) lo que pudo haber repercutido en la expansión de los pioneros hasta esas latitudes con anterioridad a los 10.000 años AP. En esta Patagonia, se reconocen fisiográfica y biogeográficamente dos regiones: los Andes o cordillera con los bosques y la Patagonia extraandina o ámbito de las mesetas esteparias que terminan en el mar Argentino. Nos centraremos en este sector para dar un panorama de la colonización humana. Este ambiente de mesetas áridas con grandes extensiones de planicies basálticas y estepas no es tan uniforme pueden encontrarse ecorrefugios en varios puntos de esta geografía, como sinónimo de ambientes acuáticos. Éstos son los lugares clave con excelentes señales arqueológicas que remiten a zonas que los primeros humanos seleccionaron para habitar (Miotti *et al.*, 2015; Núñez *et al.*, 2011). Los enclaves seleccionados para este estudio se encuentran en la meseta de Somuncurá, al norte, entre el río Negro y el Chubut, y en la meseta Central de Santa Cruz, o macizo del Deseado, entre los ríos Deseado y Coyle (mapas n° 2 y 3).

### Paisajes volcánicos

En ambas mesetas, los paisajes son decididamente volcánicos, con una estructura de drenajes hídricos diferente. En Somuncurá es de tipo centrífuga, con cuencas fluviales que nacen en los bordes de la altiplanicie y desaguan hacia fuera de ella, en las llanuras circundantes, mientras que en el macizo del Deseado la red de drenaje es de tipo lineal, en sentido oeste-este y es relictual y endorreica, con muchos cauces y lagunas someras de régimen intermitente. Sin embargo, en ambos macizos existen extensos campos de depresiones con cuencas lagunares endorreicas que fueron utilizados como ecorrefugios.

### Localización del agua potable

Los lugares donde se concentra la escasa agua potable en el macizo del Deseado son los profundos cañadones de los contrafuertes cordilleranos alimentados por los glaciares y las precipitaciones de montaña, los grandes ríos colectores que atraviesan la estepa desde la cordillera y vierten sus aguas en el mar Argentino y, finalmente, los ojos de agua y mallines de la zona de cañadones, bajos y lagunas residuales; en estos ecorrefugios mesetarios se emplazan los sitios arqueológicos más antiguos de la región (mapa n° 2). En cambio, el sistema radial centrífugo de Somuncurá genera disponibilidad de agua en forma radiada en los bordes de la meseta y en las cuencas lagunares endorreicas dispersas en la altiplanicie. Allí una sola cuenca extensa interna atraviesa la altiplanicie desde el sur y alcanza su nivel de base en la laguna de las Vacas, se trata de la cuenca del arroyo Talagapa, lugar que, por otra parte, concentra gran información arqueológica y etnohistórica (Miotti, 2010; Miotti y Terranova, 2015; Miotti *et al.*, 2004, 2009; Terranova, 2014).

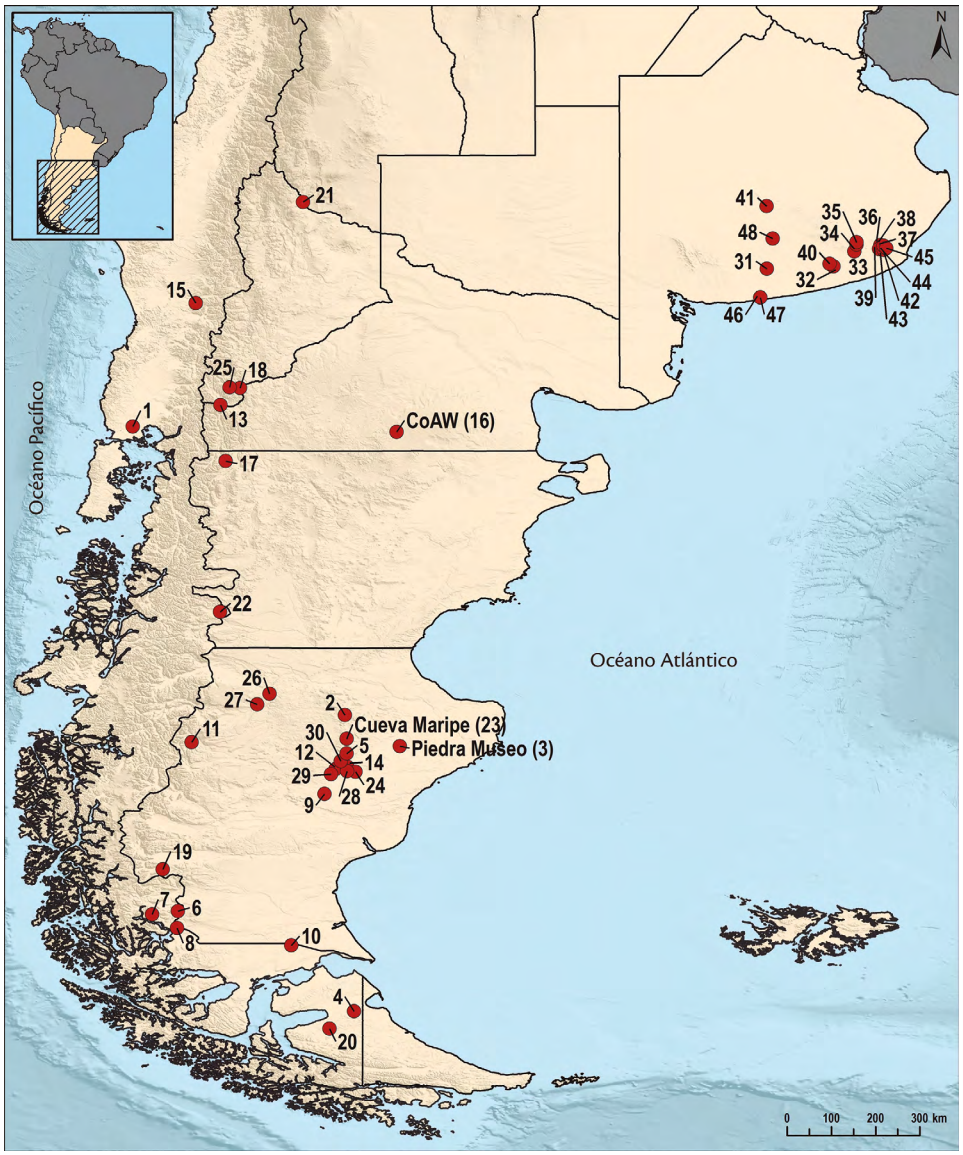
### Instalación humana actual

En ambos bloques mesetarios, la instalación humana actual es muy escasa. En Somuncurá la latitud menor hace posible una disponibilidad de agua más abundante que en el Deseado, donde a la falta de agua se suma el sobrepastoreo del ganado ovino en los últimos cien años y la falta de políticas regionales, lo que ha llevado a la región al lento y continuado deterioro de los suelos, la despoblación humana y el aumento de la sequía. Ello ha contribuido a crear ambientes empobrecidos, donde sólo se ven los bombeadores de petróleo o plantas de gas natural, extracciones mineras de gran escala y se escucha el constante viento. Este ambiente adopta una escasa densidad poblacional heterogénea que se aglutina en las pocas ciudades costeras o en los pueblos y las ciudades pequeñas del interior relacionados con la explotación petrolera o minera, lo cual en conjunto hace más grande el desierto patagónico (Miotti y Podgorny, 1995). La Patagonia, cuya tendencia a la aridización fue constante durante el Holoceno, al menos en los últimos 4.000 años, aunque con algunos picos de mayor humedad (Rabassa, 2008) fue seguramente muy diferente hacia el Pleistoceno final y el Holoceno temprano

cuando el derretimiento de los glaciares cordilleranos a fines de la última gran época glacial aportó una mayor humedad efectiva a los ambientes mesetarios.

A pesar de estas duras condiciones, desde principios del siglo XX los hallazgos arqueológicos han sido abundantes, demostrando que la región estuvo mucho más habitada en el pasado preeuropeo, cuando las sociedades cazadoras-recolectoras se movilizaban por toda la Patagonia, desde los Andes hasta las costas marinas y muy probablemente a ambos lados de Magallanes. Por otra parte, los estudios paleoclimáticos y paleoecológicos permiten afirmar que el paisaje de los cazadores-recolectores fue diferente al de la sociedad occidental, tanto en población como en disponibilidad de recursos, sobre todo en cuanto al uso del agua. Esta forma de ocupación de los diferentes sectores de la heterogénea meseta en el pasado remoto quedó señalada por una gran cantidad de sitios arqueológicos en cuevas abrigadas en los cañadones y bajos lagunares, con gran profusión de arte rupestre (mapa n° 2), sitios en las pampas altas con buenas pasturas en verano para el pastoreo y las actividades de caza, canteras de buenas a excelentes cualidades de rocas para tallar, y en los ambientes acuáticos mesetarios como las lagunas y charcas, hoy salitrales y mallines, que habrían sido excelentes lugares para la instalación humana, como los casos investigados por nosotros y aquí tratados de Piedra Museo y La Primavera en el macizo de Santa Cruz y Los Dos Amigos, Tocoluan, La Maciega, El Ganso y Azul, entre las principales, en la meseta de Somuncurá (mapas n° 1, 2 y 3 y figura n° 2).

Poblaciones de cazadores recolectores




Mapa nº 1. Principales sitios arqueológicos del poblamiento temprano (más de 10.000 años AP) de Pampa y Patagonia. (Sus referencias se encuentran en el cuadro de la página siguiente) Fuente: elaboración personal de la autora.

| # | *Sitios de Patagonia* | *$^{14}$C Fechados* | *Referencias* |
|---|---|---|---|
| 1 | Monte Verde II, l capas 6-5 | 12.780±240 -11.800±80 | Dillehay, 1997 |
| 2 | Los Toldos cueva 3 nivel 11<br>Los Toldos cueva 3, niveles 9 y 8 | 12.600±650 - *ca.* 11.000<br>*ca.* 9.500 - 8.750±480 | Cardich, 1977 |
| 3 | Piedra Museo AEP-1 SU 6<br>Piedra Museo AEP1- SU 4/5 | 11.000±50 - 10.470±<br>10.470±65 - 9.230±105 | Miotti, *et al.*, 1999, 2003,2020 |
| 4 | Tres Arroyos, abrigo rocoso | 11.880±250 - 10.280±110 | Massone *et al.*, 1998 |
| 5 | Cerro Tres Tetas, cueva | 11.575±140 - 10.260±110 | Paunero, 2003 |
| 6 | Cueva Lago Sofía 1 | 11.560±70 - 10.300±40 | Martin, 2013 |
| 7 | Cueva del Milodón | 11.330±* - 10.200±* | Borrero & Martin, 2012 |
| 8 | Cueva del Medio | 11.120±130 - 10.310±70 | Nami & Nakamura 1995 |
| 9 | Casa del Minero I, cueva | 11.000±55 - 10.970±55 | Paunero *et al.*, 2007 |
| 10 | Cueva Fell | 11.000±160 - 10.720±300<br>10.080±160 - 9.100±70 | Bird, 1988 |
| 11 | Cerro Casa de Piedra 7 (CCP 7) cueva | 10.690± - 10.530±620<br>9.730±100 - 8.300±115 | De Nigris, 2004 |
| 12 | Cueva La Gruta 1 | 10.845±61 - 10.400±50 | Franco *et al.*, 2010 |
| 13 | El Trébol abrigo rocoso | 10.600±100 - 10.570±130 | Hajduk *et al.*, 2012 |
| 14 | La María, Cueva Túnel | 10.510± - 10.400±100 | Paunero *et al.*, 2007, 2010 |
| 15 | Marifilo abrigo rocoso 1 | 10.410±70 - 8.420±40 | Mera & García, 2004 |
| 16 | Cerro Amigo Oeste (CoAW) | *ca.* 10.000 | Miotti &Terranova 2015 |
| 17 | Epullán Grande, cueva | 9.970±100 - 7.550±70 | Cordero, 2011 |
| 18 | Cuyín Manzano, cueva | 9.920±240 | Cordero, 2011 |
| 19 | Chorrillo Malo-2, abrigo rocoso | 9.740± 50 - 9.690±80 | Franco & Borrero, 2003 |
| 20 | Marazzi abrigo rocoso | 9.590±210 | Morello *et al.*, 1999 |
| 21 | Cueva Huenul, unidad IV | 10.155±98 - 9.261±66 | Barberena *et al.*, 2015 |
| 22 | Baño Nuevo 1, cueva | 9.530±25 - 8.530±160 | Mena *et al.*, 2003 |
| 23 | Cueva Maripe, capa 5<br>Cueva Maripe, capa 4 | 9.518±64 - 7.153±50<br>8.270±87 - 8.012±80 | Miotti *et al.*, 2014 |
| 24 | El Ceibo 7 abrigo rocoso, capa 12 | *ca.* 9.500 | Miotti, 2006 |
| 25 | Cueva Traful 1 | 9.430±230 - 9.285±105 | Cordero, 2011 |
| 26 | Cueva Arroyo Feo | 9.410±70 - 8.410±70 | Silveira, 1979 |
| 27 | Cueva de Las Manos | 9.320±90 - 9.300±90 | Mengoni & Silveira, 1976 |
| 28 | La Mesada, cueva | 9.090±40 | Paunero *et al.*, 2007 |
| 29 | La Martita, cueva | 8.050±90 - 7.940±260 | Aguerre, 2003 |
| 30 | El Verano, cueva | 8.960±140 - 7.500±250 | Durán, 1987 |
| # | *Sitios de Pampa* | *Fechados $^{14}$C* | *Referencias* |
| 31 | Arroyo Seco 2. 1ra. ocupación<br>Arroyo Seco 2. Entierros Humanos | 11.320±110 - 11.000±100<br>8.980±410 - 7.043±82 | Politis *et al.*, 2014 |
| 32 | Paso Otero 5 | 10.440±100 - 10.210±50 | Martínez & Gutiérrez, 2011 |
| 33 | Cerro La China abrigo rocoso | 10.804±75 - 10.525±74 | Mazzia & Flegenheimer, 2012 |
| 34 | Cerro El Sombrero (CoES) abrigo | 10.725±90 | Mazzia & Flegenheimer, 2012 |
| 35 | Cueva Zoro abrigo rocoso | 10.153±61 | Mazzia & Flegenheimer, 2012 |
| 36 | Cueva Tixi | 10.375±90 - 10.045±95 | Mazzanti *et al.*, 2012 |
| 37 | Los Pinos | 10.465±65 - 8.750±160 | Mazzanti *et al.*, 2012 |
| 38 | Amalia site 2 | 10.425±75 | Mazzanti *et al.*, 2012 |
| 39 | Cueva Burucuyá | 10.000±120 | Mazzanti *et al.*, 2012 |
| 40 | Paso Otero 4 | 9.283±83 - 7.314±73 | Gutiérrez *et al.*., 2010 |
| 41 | Campo Laborde | 8.090±190 - 7.750±250 | Politis & Messineo, 2008 |
| 42 | Lobería 1 sitio 1 | 9878±81 | Mazzanti et al., 2012 |
| 43 | Los Helechos | 9640±40 | Mazzia & Flegenheimer 2012 |
| 44 | Cueva El Abra | 9834±65 | Mazzanti et al., 2012 |
| 45 | Cueva La Brava | 9670±120 | Mazzanti et al., 2012 |
| 46 | El Guanaco 1 | 9250±40-7494±74 | Frontini 2012 |
| 47 | El Guanaco 2 | 9140±120 - 8123±82 | Frontini 2012 |
| 48 | La Moderna | 8356±65-7448±109 | Politis and Gutiérrez 1998 |

Cuadro nº 1. Sitios arqueológicos tempranos en las regiones de Pampa y Patagonia.
Fuente: elaboración elaboración personal de la autora.

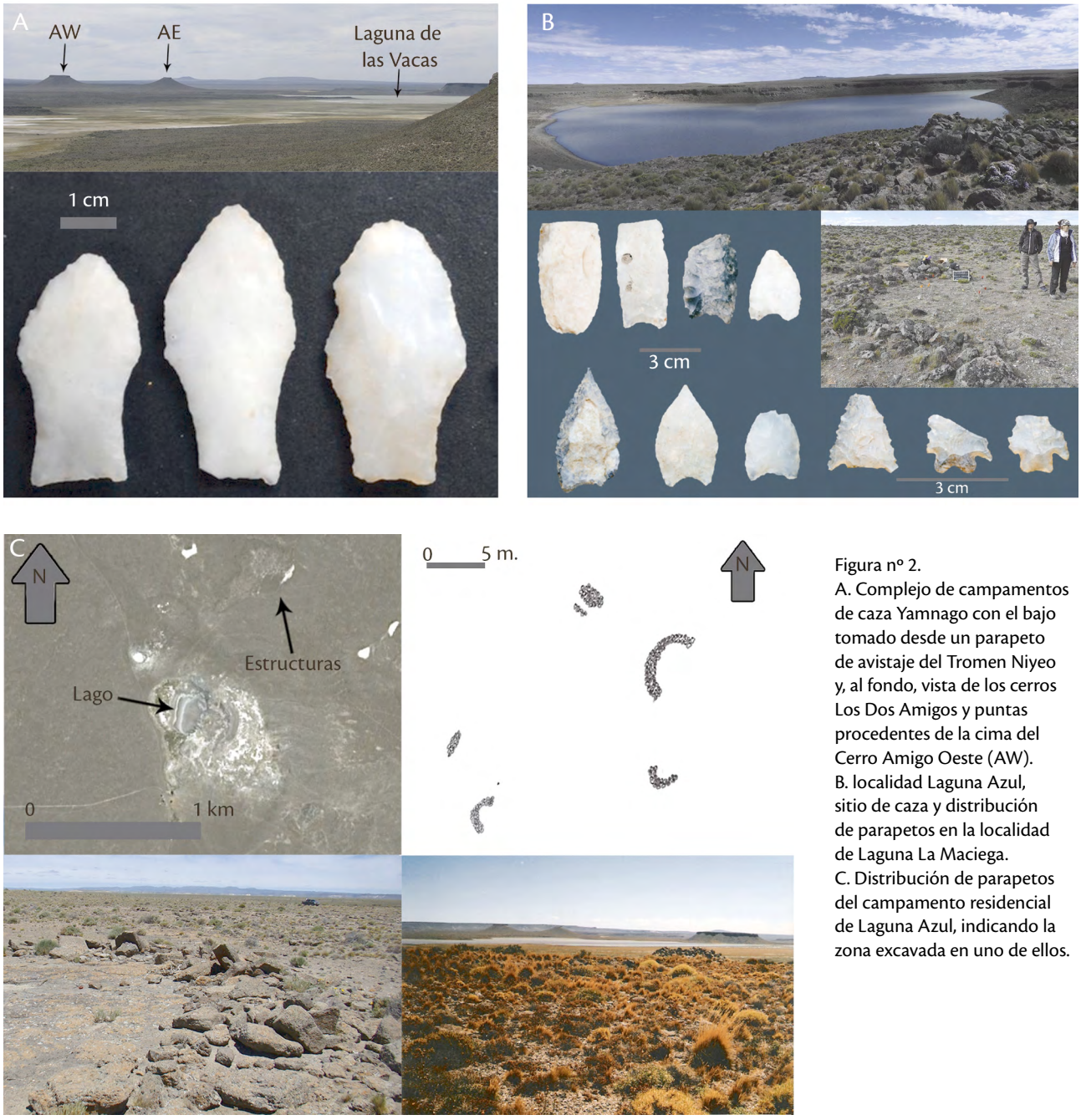
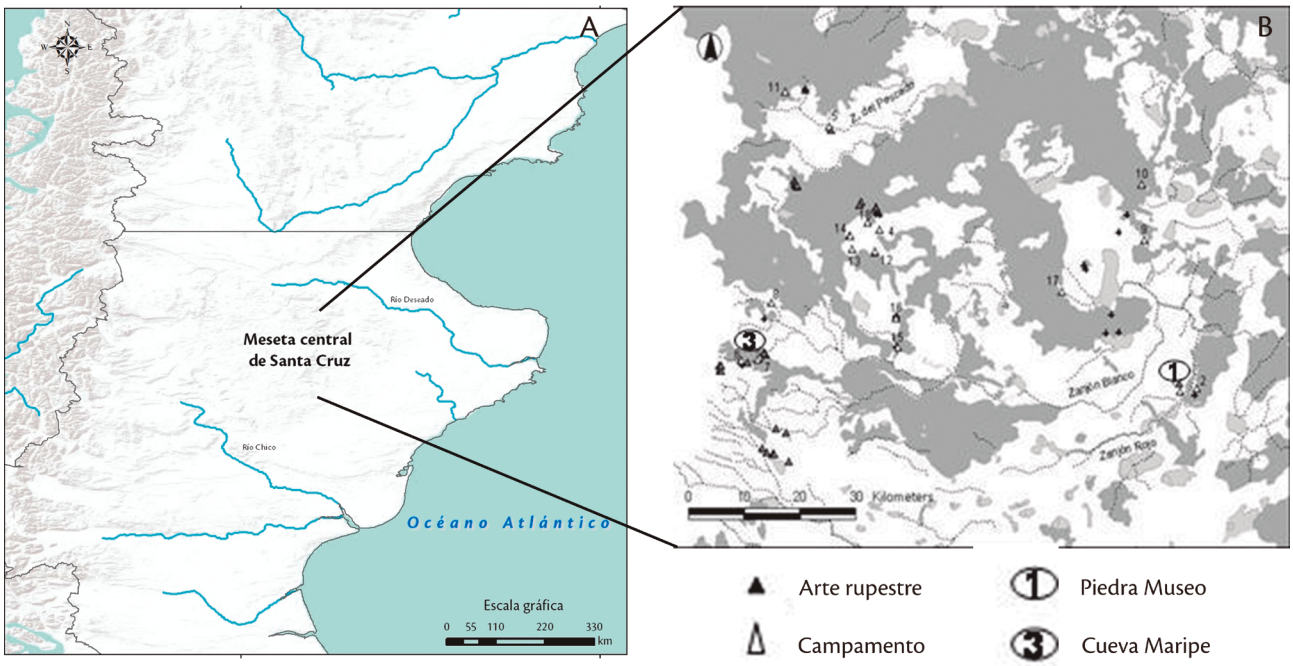



Figura nº 2.
A. Complejo de campamentos de caza Yamnago con el bajo tomado desde un parapeto de avistaje del Tromen Niyeo y, al fondo, vista de los cerros Los Dos Amigos y puntas procedentes de la cima del Cerro Amigo Oeste (AW).
B. localidad Laguna Azul, sitio de caza y distribución de parapetos en la localidad de Laguna La Maciega.
C. Distribución de parapetos del campamento residencial de Laguna Azul, indicando la zona excavada en uno de ellos.

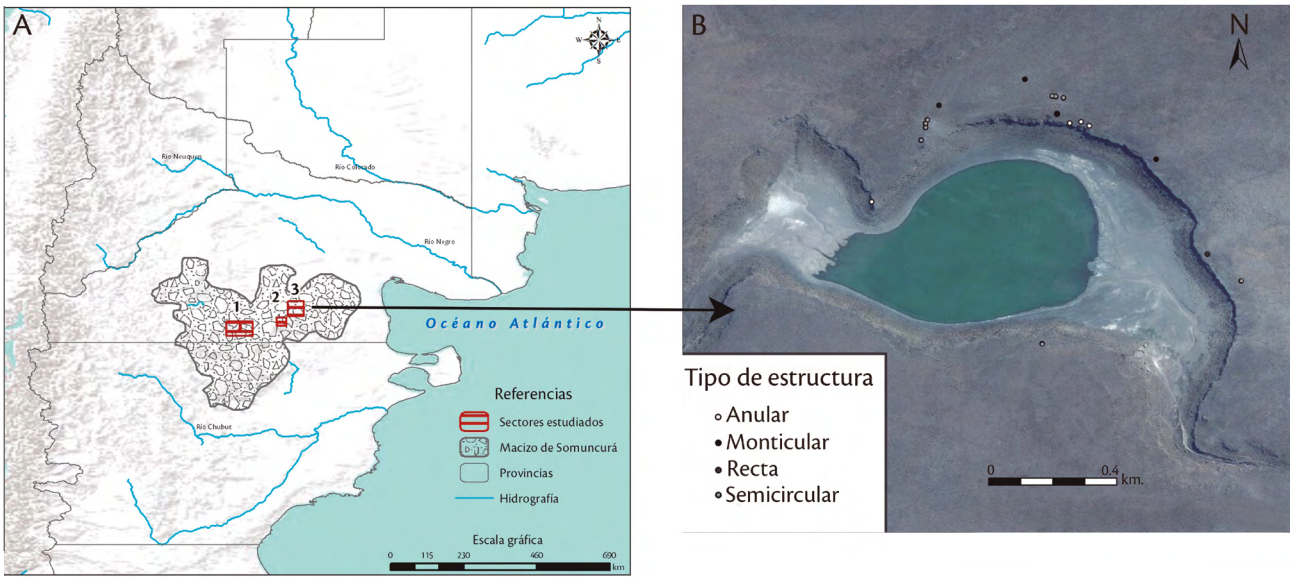
## LA EVIDENCIA ARQUEOLÓGICA

### *Piedra Museo*

¿Qué es Piedra Museo hoy? Una cuenca centrípeta en un bajo salobre y seco cortado por un arroyo temporario que habría comenzado a profundizar su lecho después que un gran lago pleistocénico culminó su colmatación sedimentaria durante el Holoceno. Rodean esta cuenca una serie de afloramientos de tobas cineríticas triásicas y jurásicas (figura n° 3), mesetas coronadas de basaltos terciarios y cuaternarios y tobas de origen marino, remanentes de una antigua ingresión prejurásica, conocida en la literatura geológica como Formación El Museo (Panza, 1994). En la base de este último afloramiento, con formas muy redondeadas de roca friable, una coquina de valvas molidas de pelecípodos amalgamadas en una matrix arenosa, se encuentran los manantiales y los principales abrigos rocosos en cuyo interior se registran petroglifos y pinturas rupestres; las excavaciones arqueológicas pusieron de manifiesto la ocupación del lugar desde hace unos 13.000 años (Miotti, 1991, 1995, 1996; Miotti *et al.*, 1999, 2003).




Mapa nº 2. A. Bloque geológico del macizo del Deseado, provincia de Santa Cruz. B. Área de estudio.

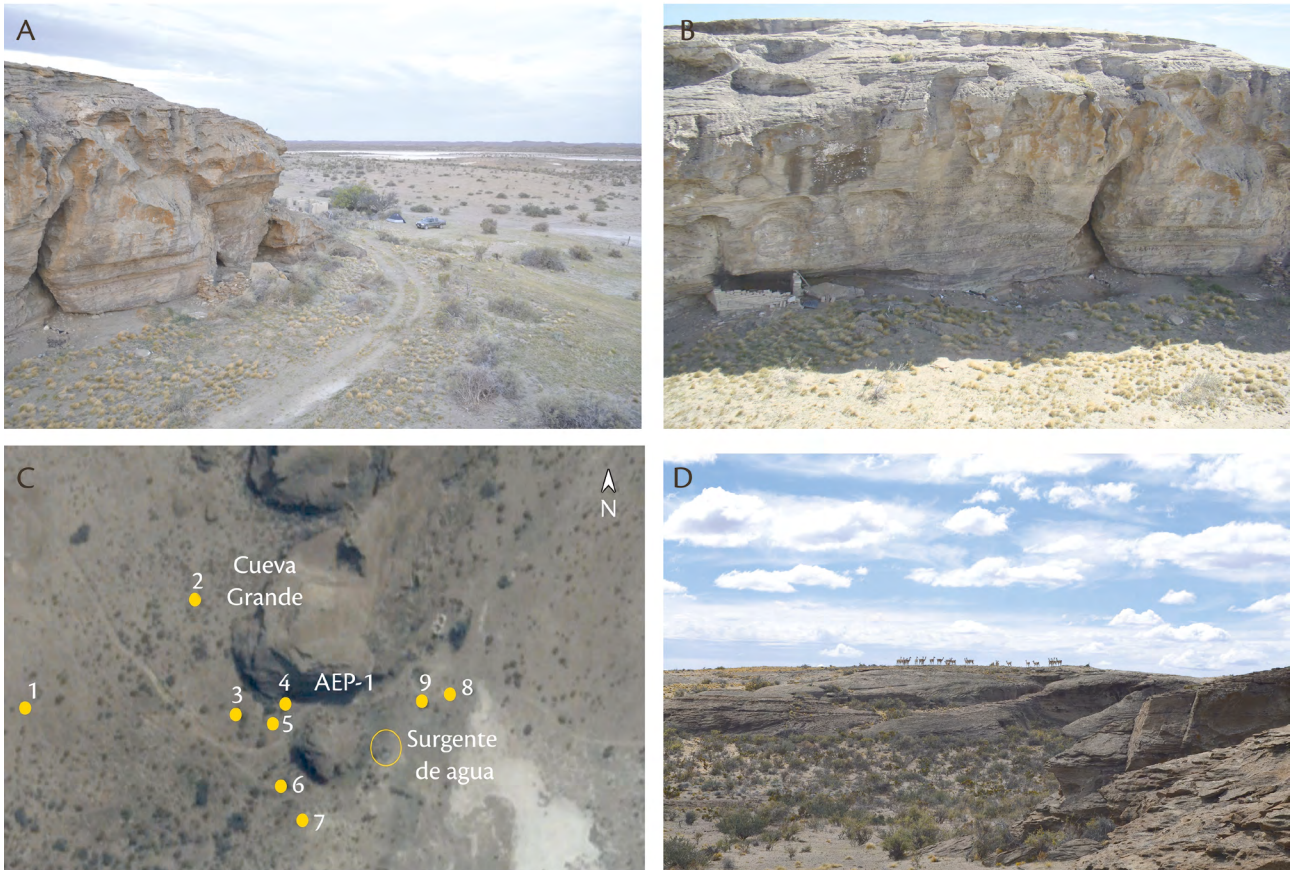



Mapa nº 3. Sitios arqueológicos del macizo de Somuncurá, provincia de Río Negro. B. Área de estudio.

El alero El Puesto (AEP-1) está constituido por dos pequeñas oquedades, una más abrigada (AEG-2) y con profusión de pinturas de negativos de manos y un gran petroglifo en la superficie actual del terreno que se continúa hacia el este en un estrecho alero que es el que da el nombre al sitio (AEP-1) (figura n° 3), ambos reparos se abren hacia el sur con vista a un sector del antiguo lago, a escasos 50 m de lo que habría sido su borde. Esta vista, más un peñón del mismo afloramiento, interpuesto entre ellos y el borde del lago le confieren condiciones estratégicas para el acecho y la caza de animales que habrían ido a abrevar a esas aguas (figura n° 3). Otra característica de estos aleros es que la incidencia solar es pobre y, sobre todo AEP-1, ofrecen poco reparo a los fuertes vientos del sur y oeste. Este emplazamiento, que contrasta por sus condiciones de reparo con los aleros y las cuevas del mismo afloramiento que se abren al norte y oeste (figura n° 3), tiene, sin embargo, mejores cualidades para realizar las prácticas de acecho, matanza y faenamiento de las cacerías de animales de manada como los guanacos (*Lama*

*guanicoe*). Estas condiciones microambientales se reconocen en muchas estaciones de caza desde el ártico, para la caza de caribúes (*Rangifer tarandus*) (Binford, 1991), y Pampa y Norpatagonia hasta Tierra del Fuego para la caza de guanacos (Bonomo, 2005; Claraz, 1864 (1988); Furlong, 1912; Gallardo, 1910; Martínez y Gutiérrez, 2015; Miotti *et al.*, 1999 a y b, 2004).

Figura n° 3. Paisaje de Piedra Museo.
A. AEP-1, B. Alero El Puesto (AEG-1), C. Afloramiento Puesto El Museo y paleolago, D. guanacos y ñandúes.




Importancia de ecorrefugios

Durante el curso de nuestros trabajos en esta localidad, hemos comprobado que los manantiales activos que se encuentran al borde del paleolago son las únicas fuentes de agua potable en 20 km a la redonda y que, durante los años de gran sequía (1990 y 1994), la concentración de la fauna silvestre –como guanacos (*Lama guanicoe*), ñandúes (*Rhea pennata*), mamíferos medianos y pequeños, como maras (*Dolichotis patagonum*), piches (*Zaedyus pichiy*) y tuco tucos (*Ctenomys* sp.), y otras aves, como martinetas (*Eudromia elegans*) y avutardas (*Chloephaga* sp.)– es abundante en la zona de manantiales y muy escasa en las pampas bajas que rodean los abrigos y las mesetas altas. De este modo, se destaca la importancia de estos ecorrefugios en ambientes áridos de las mesetas patagónicas.

Puntas de lanzas líticas

AEP-1 contiene contextos arqueológicos con antigüedades radiocarbónicas entre 13.000 y 9.000 años AP. Este sitio es el primero de la Patagonia argentina en donde fueron halladas puntas de lanza talladas en piedra, que son conocidas por los arqueólogos como "cola de pescado" (PCP, de ahora en adelante) por su forma. El descubrimiento de estas sofisticadas formas de proyectiles fue efectuado, por primera vez, por el investigador norteamericano Junius Bird, durante sus excavaciones de 1936 en la Cueva Fell (Chile) y, luego de casi cincuenta años, se hallaron en otro sitio chileno, la Cueva del Medio, entre componentes arqueológicos pleistocénicos. En esa oportunidad, su estudio fue realizado por el arqueólogo argentino, Hugo Nami (1987). La otra localidad donde las PCP aparecieron en estratigrafía es el sitio Tres Arroyos, en el sector chileno de Tierra del Fuego, (Massone *et al.*, 1998). Las puntas de Piedra Museo, al igual que las de Tres Arro-

yos, Fell y Cueva del Medio, están asociadas a restos de caballos pleistocénicos (*Hippidion saldiasi*), milodontes (*Mylodon* sp.) y camélidos extinguidos (*Lama gracilis*) (figura n° 4).

Evidencias de caza

El pequeño pero estratégico alero AEP-1 de Piedra Museo contenía en sus capas sedimentarias inferiores que apoyan sobre la roca de base (UE6 y UE4/5) evidencias de desmembramiento de grandes animales pleistocénicos, asociados a cuchillos de piedra y fragmentos basales de PCPs rotas (figura n° 5) posiblemente en la cacería que habría tenido lugar frente a los aleros y a orillas del paleolago (hoy extenso salitral). Asimismo, las distribuciones de los materiales arqueológicos indican que en el sitio no se desarrollaron actividades de confección de instrumentos, sino más bien aquellas tareas relacionadas con la reactivación de los filos, cuando éstos se habrían gastado como producto del corte de carne y grasa en el trozamiento y cuereado inicial de las presas. Estas evidencias fueron logradas a partir de los estudios de microscopía óptica y electrónica realizada sobre el filo de los artefactos de piedra (Miotti y Cattáneo, 2003; Lynch, 2015; Lynch y Miotti, 2015).




Figura n° 4. Materiales arqueofaunísticos de AEP-1, Piedra Museo. Material de la ocupación humana más antigua.

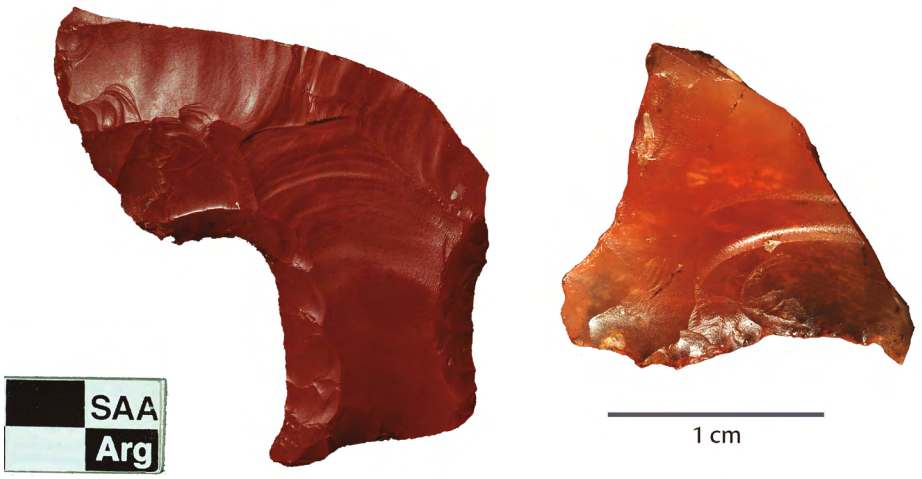



Figura n° 5. PCPs de AEP-1, Piedra Museo. Pedúnculo con acanaladura basal y base de limbo de PCP confeccionada en ftanita roja. Y fragmento basal de pedúnculo con acanaladura de una PCP de calcedonia, cuyo color rojizo se debe a tratamiento térmico de la materia prima.

Actividades del sitio arqueológico

Sobre la base de estos análisis, creemos que el sitio funcionó en reiteradas oportunidades (entre 11.000 y 9.200 años AP) como una estación de caza donde se desarrollaron actividades de acecho, caza y trozamiento primario de grandes animales extintos y de otros que, como el guanaco y los ñandúes, habitan actualmente en el área. Hasta el momento no hay evidencias para inferir que el sitio fue ocupado como un campamento base familiar, sino más bien como un campamento logístico, de carácter transitorio, habitado por partidas de cazadores que tendrían su lugar de residencia en otra parte de esta localidad (Miotti *et al.*, 1999, 2018; Miotti y Marchionni, 2016; Miotti & Salemme, 2005; Marchionni *et al.*, 2020). Ese lugar de habitación doméstica podría haber estado cerca, ya que el lago seguramente creó una fuerte atracción para el acampamiento de uno o varios grupos familiares. Se destaca que, hacia el este y sur de la margen del paleolago, han sido detectados numerosos *loci* de campamentos familiares que podrían corresponder desde las primeras ocupaciones pleistocénicas hasta las del Holoceno tardío. La reafirmación de que esta localidad, con el lago como centro, habría funcionado como ecorrefugio de las primeras poblaciones que colonizaron la meseta se ve reforzado por el hallazgo de un enterratorio humano (chenque) ubicado en una pequeña lomada en el borde sur del paleolago, en medio de estos contextos de campamentos, que dio un fechado de unos 700 años AP (Miotti, 2008; Miotti *et al.*, 2018).

Importancia de Piedra Museo

El análisis regional de la cuenca de estos zanjones residuales permite inferir que los primeros colonos encontraron en la localidad de Piedra Museo agua a discreción, refugio, buenas y excelentes rocas, a no más de 10 km de distancia, para tallar sus instrumentos, y una concentración importante de animales para cazar. Todo esto indica que la localidad, que se encuentra a medio camino (entre 80 y 120 km) de cuatro núcleos arqueológicos importantes –al norte, Los Toldos, La Suerte, La Huella y Sierras Blancas; al sur, El Ceibo y La María; al oeste y en las nacientes del zanjón Blanco, La Primavera, La Paloma, Los Navarros, Destacamento Moyano y Aguada del Cuero; y al este, los sitios del Monumento Natural Bosques Petrificados con el cerro Madre e Hija y la laguna Grande–, ocupa una situación de privilegio entre el interior y la costa atlántica, con los sitios costeros de Bahía Laura y Punta Medanosa, y posee las características óptimas para convertirse en un lugar especial para la ocupación temporal de los cazadores-recolectores de fines del Pleistoceno y del Holoceno (figura n° 6).

Yamnago pleistocénico

Por otra parte, los cerros y las mesetas altas que rodean el bajo de Piedra Museo sugieren que los aleros excavados tuvieron un lugar privilegiado para la caza por acecho a orillas del paleolago (Miotti *et al.*, 2018). Pero este enclave fue mucho más que un lugar especial para el aprovisionamiento de animales, ya que allí se desarrollaron actividades de arte, posiblemente relacionadas con la propiciación

de las cacerías o como ofrendas por los productos logrados (Miotti y Carden, 2007; Carden, 2009). Todo este conjunto de razones hacen pensar que Piedra Museo fue un verdadero Yamnago pleistocénico, lo cual trataremos más adelante.

Sitios similares a Piedra Museo, donde la matanza, trozamiento y consumo de algunas partes de los grandes animales cazados parecen ser las actividades más importantes con buena documentación estratigráfica y asociaciones confiables entre artefactos y restos de fauna, son pocos en el Cono Sur (Miotti y Marchionni, 2016; Miotti *et al.*, 2018). Entre ellos, los más importantes son: laguna de Tagua-tagua en Chile Central, La Moderna, Campo Laborde, sitios pampeanos a orillas de una antigua laguna, y Paso Otero, actualmente a orillas del río Quequén, cuya ocupación de hace 10.000 años se habría dado en un ambiente de laguna de aguas someras o una planicie de inundación (Martínez *et al.*, 2015; Núñez Atencio *et al.*, 1994; Politis y Mesineo, 2008).

## Redes de intercambio

Actualmente, pensamos que el paisaje social de la región en el momento de la colonización durante la transición Pleistoceno - Holoceno y Holoceno temprano fue de grupos familiares pequeños, con alta movilidad, lo cual les permitió conocer rápidamente donde se encontraban los recursos críticos y básicos, asimismo cuáles eran las potencialidades estacionales del lugar. Cuando esto fue conocido y dominado, los lugares habitacionales comenzaron a relacionarse con rutas confiables y los territorios con otros grupos se fueron estableciendo. De este modo, una red de comunicación e intercambio de bienes altamente eficiente se había establecido hacia el 8.500 AP y habría permitido a estos cazadores-recolectores conocer los distintos ecorrefugios y trazar los caminos entre ellos en el espacio patagónico. El logro del conocimiento de este ambiente y la estrategia de caza de animales de varios tipos, entre los que se hallaban los megamamíferos pleistocénicos, permitieron a los colonos mantener y consolidar su modo de vida cazador-recolector, con un cambio hacia la especialización en el consumo de guanacos, complementados por ñandúes, fauna menor y la recolección de huevos, después que la megafauna pleistocénica desapareció (Miotti, 1998, 2012; Miotti y Salemme, 1999; Miotti *et al.*, 2018). Estas tendencias del uso de la fauna también fueron registradas en Piedra Museo (gráfico n° 1).

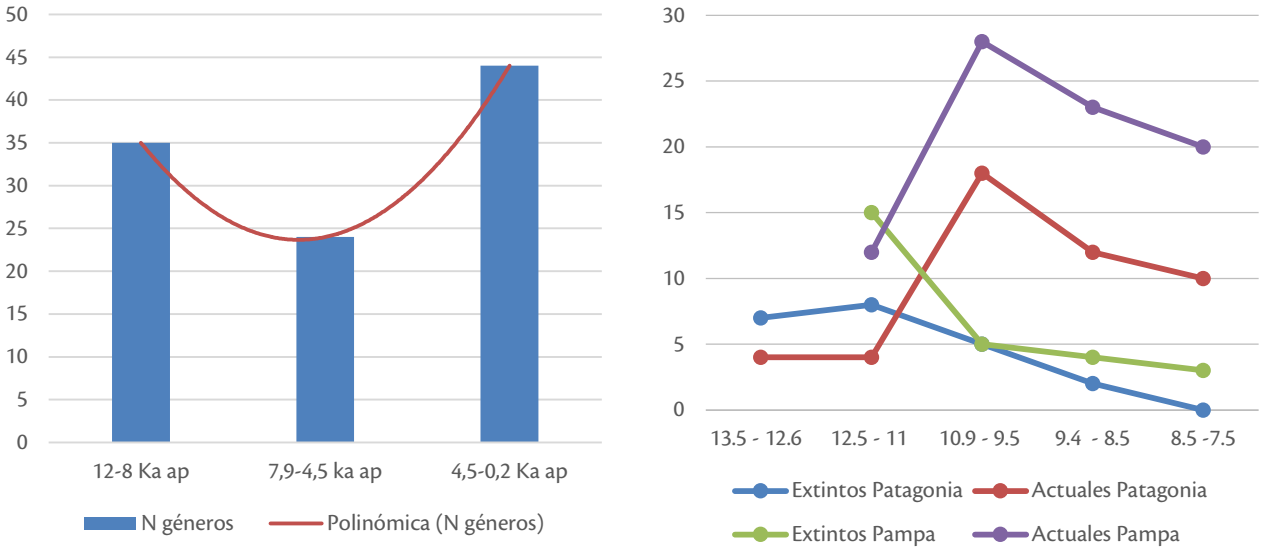



Gráfico n° 1. Diagrama de uso de la fauna tomado de Miotti *et al.*, 2018 (extinciones). Modelo de uso de la fauna por las sociedades cazadoras-recolectoras de Pampa y Patagonia desde el Pleistoceno final al Holoceno tardío. El gráfico muestra una importante reducción de especies utilizadas durante el Holoceno medio, que en la mayoría de los sitios arqueológicos coincide con la focalización del aprovechamiento de los guanacos. Hacia el primer momento ocupacional, el mayor número de especies se incrementa por las especies de mamíferos extinguidos y en el último tramo de la ocupación indígena del Holoceno medio se observa un incremento de especies utilizadas consistentes en animales de menor porte que los grandes ungulados terrestres; sin embargo, la escena está dominada igualmente por los guanacos.

Conocimiento de las zonas

Los ítems culturales como las puntas de proyectil, la presencia de obsidiana (de la cordillera) y las conchas de moluscos son excelentes candidatos de intercambio económico y de información (socioambiental) entre los cazadores-recolectores mesetarios; su procedencia indica los territorios de origen de esos objetos y también pueden señalar la jerarquía o prestigio social de sus poseedores. En este sentido, y teniendo en cuenta las áreas de dispersión de las PCP en América del Sur, podemos pensar que la comunicación y el grado de conocimiento de los diferentes ambientes hacia los 10.500 años AP era alto para las pioneras sociedades, estableciendo redes de comunicación mucho más amplias de lo que hoy podríamos imaginar para pueblos que se movilizan a pie. En este sentido, el sitio Amigo Oeste (CoAW) en la meseta de Somuncurá en Norpatagonia, que trataremos en el próximo apartado, junto con el sitio Cerro El Sombrero (CoES) de la región Pampeana son los más destacados en cuanto a abundancia y variabilidad de PCPs de toda América del Sur (Flegenheimer *et al.*, 2013; Miotti y Terranova, 2011, 2015; Miotti *et al.*, 2011, 2015).

## *Caballos, lagunas y laberintos*

Fauna registrada

Piedra Museo debe haber sido un lugar muy importante para la gente cazadora-recolectora, sustentado en las sucesivas reocupaciones registradas estratigráficamente en el sitio que llegan hasta el Holoceno medio y, en la localidad, hasta el Holoceno tardío. Esta continuidad ocupacional se habría interrumpido entre 11.000 y 10.000 años AP por un derrumbe masivo del techo del alero hasta que volvió a ser ocupado hacia 9670 años AP. En esta ocupación los restos de guanacos y ñandúes constituían el grueso de los restos de fauna registrados como desechos de alimentación en primera instancia; la fauna pleistocénica ya había desaparecido, al menos del menú humano. El material arqueológico de puntas de proyectil, cuchillos, raspadores, punzones, sobadores y espátulas es abundante en estas ocupaciones del Holoceno medio y aproximadamente el 80% de la arqueofauna recuperada en las excavaciones corresponde a guanaco (gráfico n° 1).

Sólo las primeras ocupaciones de la transición Pleistoceno - Holoceno pudieron haber usado a los caballos pleistocénicos (*Hippidion saldiasi*). No se puede deducir de la evidencia arqueológica que fueron usados como animales de carga y transporte humano, como lo hicieron los tehuelches del siglo XVIII en adelante para las cacerías y la movilidad de los grupos, pero la evidencia del arte rupestre podría indicar que las huellas de sus pisadas fueron motivos centrales en el arte que aparece en los petroglifos de Piedra Museo (figura n° 6).

Pisadas de caballos

Los motivos semicirculares grabados en los bloques de Piedra Museo fueron realizados, sin duda, muchos años después que los caballos se extinguieron (*ca.* 5.500 años AP); sin embargo, quienes los realizaron plasmaron en los mismos bloques otras formas grabadas de pisadas de guanacos, de aves, de humanos y de felinos, con lo cual algunos investigadores, como Menghin (1957), Gradín y Aschero (973), descartan esos motivos como representaciones de las pisadas de caballo y los refieren a laberintos. La idea de que esos grabados de Piedra Museo podrían corresponder a pisadas de caballos sin herrar fue de De Aparicio (1935), quien además les atribuye una edad posthispánica, dado que el caballo fue reintroducido en Patagonia aproximadamente hacia mediados del siglo XVIII y usado por las poblaciones tehuelches.

Memoria social de poblaciones

A diferencia de De Aparicio, pensamos que, en el contexto arqueológico de Piedra Museo, la memoria social de poblaciones, como complejo conjunto de actitudes para mantener y evocar seres y cosas del pasado (posiblemente abarcando cientos y miles de años) puede haber sido el mecanismo que actuó desde los primeros colonos que convivieron con los desaparecidos caballos de la edad del hielo hasta los cazadores-recolectores que narraron con esos grabados la imagen de los antiguos caballos, que posiblemente fueron importantes para sus antecesores, de algún modo para que permanecieran y fueran evocados por las nuevas

generaciones. Esta hipótesis casa con el concepto antropológico de "reclamación cultural" observado en objetos del pasado que se encuentran en nuevos contextos sociales, alejados temporalmente de los que le dieron origen.

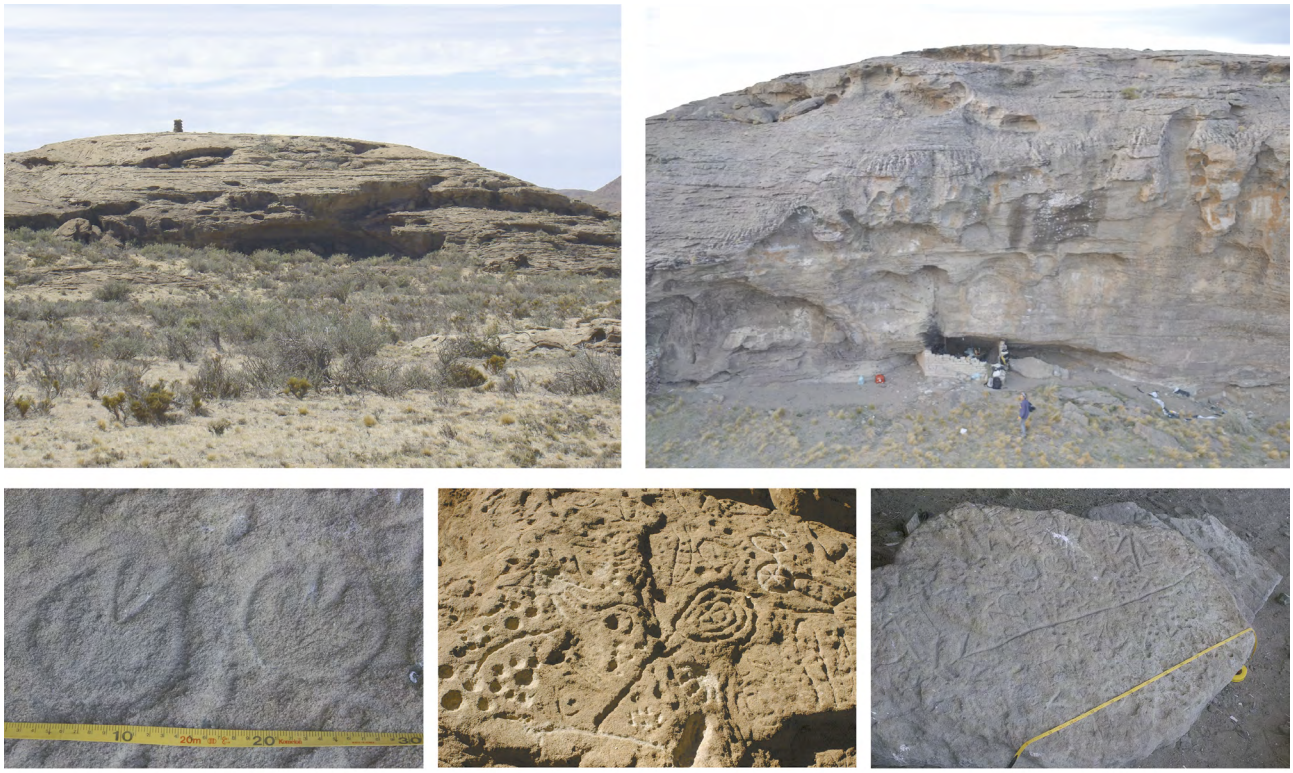


Figura n° 6. Petroglifos con laberintos y motivos circulares acuñados (¿pisada de caballo?). Abrigo rocoso AEP-1 y Cueva Grande.

Sin embargo, y a pesar de que las pisadas dejadas en el barro por los caballos salvajes que actualmente circulan por la zona de los manantiales de PM son idénticas a algunos de esos motivos circulares con cuña (mapa n° 2 y figura n° 8), otros investigadores, como vimos anteriormente, los atribuyeron a estilizaciones de los laberintos (Miotti, 1991; Carden, 2009; Miotti y Carden, 2007).

Tendremos que someter estas dos hipótesis a prueba, porque son importantes en la relación espacial y temporal del registro arqueológico y porque suponemos que todos los grabados de Piedra Museo fueron realizados en momentos posteriores a los 3.500 años antes del presente. En el caso de confirmarse la hipótesis de que los motivos corresponden a pisadas de caballos posthispánicos, De Aparicio (1935), podríamos entonces sugerir que Piedra Museo puede haber sido reocupada muchas veces como lugar de caza, hasta épocas recientes o posthispánicas. Si se confirma la hipótesis de Menghin, tendríamos que sugerir que la gente que grabó esos motivos circulares en cuña parecidos a la pisada de un caballo, lo habría hecho mucho tiempo antes de conocer a los caballos introducidos por los españoles. Entonces, las preguntas que quedan abiertas y que hará falta relacionar regionalmente con información arqueológica son: ¿Que quisieron representar realmente con estos motivos: laberintos o pisadas de caballos? ¿Por qué en las localidades asociadas a lagunas de agua somera, abundancia de fauna y lugares de refugio aparecen grabados motivos de círculos, laberintos, pisadas de animales y líneas serpenteantes? ¿Podríamos pensar que la significación de los laberintos y las formas circulares simples y concéntricas tenga que ver más con un sistema de comunicación entre grupos de cazadores-recolectores y sean señales de lugares donde era factible encontrar otros Yamnagos o campos de cacerías?

### Significación de laberintos

Como vemos, el significado de los laberintos y la resolución de su enigma sobre el círculo de la vida y la muerte es un tema que no sólo quitó el sueño a Jorge Luis Borges, sino también a Teseo en la antigua Grecia y a la gente aborigen de las islas Malekula (Deacon, 1934, en Aschero, 1973). Entre este último grupo, el pasaje

de la vida a la muerte se ponía de manifiesto en una ceremonia del paso de la niñez a la adultez en la cual se practicaba una danza en donde el joven debía dibujar en la arena de la playa una figura laberíntica de un solo trazo y sin levantar la vara con la que ejecutaba el dibujo. Si no lo lograba, al morir, su espíritu no entraría al mundo de los muertos y no se reuniría con sus antepasados, ya que ese motivo, dividido por una línea ecuatorial, representaba el paso entre el mundo de los vivos y de los muertos y con otras dualidades, agua y aridez, femenino - masculino; además esta práctica era realizada sólo por hombres. Se puede observar que también en otras formas de ver el mundo, como la griega, celta, gallega o en la del escritor argentino, los laberintos se relacionan asimismo con la vida y la muerte, la realidad mítica y la terrenal, el tránsito y el lugar.

El enigma de la significación de los laberintos en Patagonia, como en otras regiones, es también un desafío para los arqueólogos, porque en estas mesetas áridas, donde su presencia es recurrente junto a lagunas y concentración de fauna y la redundancia ocupacional de esos lugares (ecorrefugios), tal vez estén evocando las rutas de antiguos Yamnagos, como veremos más adelante al tratar las evidencias arqueológicas de Somuncurá.

## *La búsqueda de Yamnago*

### Evidencias de cacerías

La exploración de la meseta Central de Santa Cruz fue el primer paso de la arqueología regional de Patagonia, para expandir el conocimiento que teníamos sobre Los Toldos, y El Ceibo y La María (Cardich, 1977; Miotti, [1989] 1998). En tal sentido, la búsqueda se centró en el olvidado sitio de Piedra Museo (de Aparicio, 1933-35; Menghin, 1957). La información paleoambiental y arqueológica resultó útil para ir componiendo el paisaje de colonización y consolidación territorial de la región. Pero también Piedra Museo permitió avanzar en las estrategias de uso diferencial y jerarquización de los espacios que los cazadores-recolectores realizaron no sólo a nivel local sino regional (Miotti, 2006, 2008, 2017). Piedra Museo fue utilizado como una estación de caza, con estrategia de caza por acecho, de tipo cooperativa (de más de dos individuos), donde las partidas de caza consumieron algunas partes de los animales cazados mientras procesaban las presas para transportarlas, al menos trozadas en grandes unidades anatómicas como los cuartos, el espinazo, las paletas y la cabeza, al campamento (Miotti, 1993-96, 1998; Miotti y Salemme, 2005; Miotti *et al.*, 1999; Vázquez *et al.*, 2018). La redundancia temporal extensa de esas cacerías a lo largo del Pleistoceno y Holoceno (unos 5.000 años) nos permite sostener que el lugar fue un especial ecorrefugio donde el paleolago, actuando como atractor de la fauna y rodeado de afloramientos rocosos, fue una verdadera trampa para el acecho de animales por partidas especiales de cazadores, que se reunían para practicar cacerías colectivas / cooperativas precedidas de ceremonias propiciatorias con el grabado y pintura de los abrigos rocosos y tal vez con un fin doble como ofrendas por los beneficios logrados en ellas. Estas imágenes (figura n° 7) refuerzan, junto con la redundancia ocupacional del lugar, la reiteración de un ceremonial que habría acompañado a la práctica cinegética; en tal sentido, más allá de la abundancia de los recursos congregados, el lugar fue marcado confiriéndole, de este modo, una rutina sacralizada. Este tipo de marcas han sido identificadas en otros lugares de cacería similares a Piedra Museo, como Los Navarros, La Leonera, Laguna Cerro Bonete y Cerro del Doce, en el macizo del Deseado, y Yamnago, Laguna Azul y La Maciega en Somuncurá (Carden *et al.*, 2014; Miotti *et al.*, 2016) (figura n° 7). Para estos paisajes de cacerías colectivas, a la evidencia arqueológica se suma la narrativa etnográfica y etnohistórica como excelente herramienta metodológica para enlazar ideas e imágenes de cazadores, lugares y presas en la interpretación de los paisajes arqueológicos de cacerías (Miotti, 2008; Miotti *et al.*, 2004, 2015, 2016, 2018). El relato más importante es el del sitio Yamnago, en la meseta de Somuncurá, el cual era considerado por los tehuelches y pampas como campo sagrado

de caza (Claraz, [1864] 1988; Muster, 1964; Moreno, s/f). Con estas crónicas en mente y después de intensas excavaciones, relevamientos de arte y prospecciones regionales en la localidad de Piedra Museo, la consideración de que éste había sido un Yamnago pleistocénico fue la hipótesis fuerte (Miotti *et al.*, 1999b). Para investigar más en profundidad esta idea, se decidió explorar arqueológicamente el lugar que los cronistas y viajeros describían como el Yamnago de los pueblos tehuelche (aonikenk) y pampa.

Estación de caza

De este modo, en Somuncurá, Río Negro, no sólo logramos dar con el Yamnago de las crónicas, sino que además la evidencia arqueológica registrada permitió proponer que parte de su aspecto sagrado se basaba en la gran antigüedad de su uso como estación de caza, uso que incluía el tiempo de la memoria social (es decir, de muchas generaciones de pobladores). En 2002, comenzó a registrarse el gran complejo de caza frecuentado hasta fines del siglo XIX por los cazadores-recolectores de Pampa y Patagonia (Miotti *et al.*, 2004).




Figura n° 7. Motivos rupestres de los macizos del Deseado y Somuncurá. A, B, C, D. Petroglifos Somuncurá de los sitios Laguna La Maciega (Bardas de Antonio). E. Petroglifos y pinturas de sitios del Macizo del Deseado como Los Toldos, Cerro Bonete y Los Navarros.

Para comienzos del año 2000, no había dudas de que Piedra Museo, de modo similar a Yamnago, había sido un paraíso de caza desde fines del Pleistoceno, pero lo que agregó la investigación en Somuncurá fue el reconocimiento demarcatorio de esos lugares sagrados, ya que, si bien en casi todos los lugares de Patagonia se pueden cazar guanacos, en los "Yamnago" se pueden documentar historias de cacerías de milenios, con una ceremonialidad manifestada en la narrativa arqueológica que va desde la concentración del agua hasta la monumentalización del paisaje con el marcado de los cerros y los bordes de las lagunas, ciertos bloques rocosos aislados y la profusión del arte rupestre (Criado-Boado, 1991, 1993; Tilley, 1994) hasta las narrativas orales de los mitos y las crónicas.

*Yamnago es como una gran trampa de guanacos. La laguna es pequeña, alargada hacia el sur... Desde todas las sierras vecinas bajan las tropas de guanacos a beber...Junto con los guanacos vienen flamencos y avestruces... Al este de la laguna existe una elevación; al sudeste una pampa limpia y cubierta de pasto... Para llegar a Yamnagoo los indios trazan una débil curva para no ser vistos por los guanacos. El saladero está situado de tal modo que los animales no los pueden ver. Cerca hay otra elevación que sirve de bichadero, lugar desde el cual ven la laguna. Ven donde están los guanacos, donde deben esperarlos y dónde deben espantarlos. Un hombre llega sorpresivamente a la laguna, Los guanacos se asustan y los otros indios eligen los gordos y los bolean... desde donde los estaban acechando... Los indios dejan beber bastante agua a los guanacos, pues entonces los pueden correr con gran facilidad.*

Claraz, (1864) 1988.

## La percepción etnográfica y etnohistórica

### Reemplazos poblacionales de Norpatagonia

*Yamnago, sus seres y señoras resguardando el paraíso de caza Tehuelche*

En el siglo XIX, Claraz ([1864] 1988) describió meticulosamente la escena de una cacería colectiva de guanacos en la meseta patagónica. El paisaje de cazadores, presas, lagunas y serranías evoca otros lugares de la meseta donde los arqueólogos encontramos sitios bastante parecidos a Yamnago, que en lengua tehuelche significa "beber y correr" o "paraíso donde el agua y la caza siempre son abundantes". Más allá de que lugares como este existen en diferentes refugios ambientales de las mesetas patagónicas, Yamnago es hoy un nombre desaparecido. ¿A qué puede atribuirse ese desconocimiento entre los actuales habitantes y en la cartografía de Somuncurá? Por un lado, los reemplazos poblacionales de Norpatagonia, en los últimos dos siglos, produjo la instalación generalizada de grupos de pastores mapuches y, en consecuencia, toda la toponimia tehuelche fue reemplazada por nombres de la lengua de los nuevos pobladores. Por otro lado, la población que actualmente vive en los pueblos y parajes de esta meseta es de ascendencia mapuche y, por lo tanto, la lengua que hablan y transmiten es la mapuche y el castellano.

El complejo de caza abarca una amplia región de aproximadamente 28 km² de cerros, planicies lávicas, lagunas someras y la amplia planicie de inundación del arroyo Talagapa, que es un mallín en el tramo de su desembocadura en la laguna de Las Vacas (mapa n° 3 y figura n° 2). Este ambiente se encuentra en medio de la meseta de Somuncurá, bloque basáltico que se eleva aproximadamente 1.000 m s. n. m. y unos 800 metros sobre las pampas altas circundantes (Massera & Lew, 2010)

### Sitios arqueológicos

Yamnago hoy es conocido con varios nombres mapuches y castellanos, como Plan Luan, laguna de Las Vacas, campo de Bossio, Tromen Niyeu, y Toco Luan, siendo ésta última la pequeña laguna intermitente, con una pequeña vertiente, descripta en la crónica. Sin embargo, ésta es tan sólo uno de los lugares de la vasta estación de caza que incluye áreas de ceremonias y juegos, áreas residenciales de campamento y procesamiento de las presas y lugares de control de poblaciones y de animales (los "vichaderos"). Los sitios arqueológicos más importantes son: 1) Los pórticos de acceso a Yamnago, cuyo nombre hoy se identifica con el cerro Los Dos Amigos, 2) el basurero, Sheelan, que fue uno de los campamentos residenciales de las partidas de caza, hoy se ubica en el campo de Brussino, 3) la pequeña laguna sin nombre con el gran bloque rocoso en el borde norte, asignada a Yahmoc o "diosa dueña de los campos y el ganado" también corresponde al campo de Brussino, 4) el saladero y el sitio de la caza, hoy laguna de Toco Luan, y los parapetos adyacentes donde se procesaban las presas están en campo de la Sra. Aurora Pellejero, 5) Tromen Niyeu, considerado el límite oeste del complejo, y en los bordes de la cima plana se encuentran los parapetos y las estructuras de piedra que habrían servido de lugares de control para la comunicación "vichaderos", 6) la cancha de carreras, la cual ocupa gran parte de la planicie de inundación del actual arroyo Talagapa hasta los contrafuertes del Tromen (figura n° 8).

## Arqueología de Yamnago

### Los Dos Amigos

*El Yamnago pleistocénico de Somuncurá*

Los Dos Amigos (carta topográfica 4169 IV Maquinchao, IGM) son de gran visibilidad en el paisaje circundante. Se trata de dos cerros mesa, orientados en sentido este-oeste y relacionados entre sí por un abra. Actúan como divisoria entre la cuenca norte, donde se ubica una pequeña laguna temporaria con un valle que fluye del este y, en el flanco sur, se expande la cuenca de la Laguna de las Vacas, donde desemboca el arroyo Talagapa. Como otros ecorrefugios de Somuncurá, Los Dos Amigos es un paisaje relacionado con una mayor concentración de humedad efectiva ambiental. En este sentido, el término puede considerarse análogo al concepto de ambientes acuáticos continentales (Erlandson, 2001).

La localidad abarca ambos cerros y el borde de ambas lagunas, al pie de ellos se registraron abundantes materiales en superficie y algunas estructuras de piedra

similares a los parapetos de Toco luan y la cima de el Tromen Niyeu, y se corresponderían con lugares de avistaje y acecho en la tecnología de caza (figuras n° 9 y 10).

Diferencias de hallazgos

Puntas PCP han sido registradas en algunos lugares de la localidad, pero la mayor abundancia de estos objetos se registra en la cima del cerro Amigo Oeste (CoAW). Destacable es el hecho que en CoAW las puntas superan la centena (132 especímenes), mientras que en el cerro del este (CoAE) no sólo no se registran PCP, sino ningún otro tipo de artefacto en su cima y laderas. Esta evidencia polarizada potencia las condiciones de singularidad de CoAW, como lugar elegido para la marcación tan especial de su cima con abundantes materiales producto de cacerías como son las PCPs. Esto confiere razones socialmente simbólicas a los proyectiles y al mismo cerro, más allá de lo funcional como sitio de recambio de puntas rotas, ya que ambas cimas poseen condiciones ambientales y de visualización de las llanuras circundantes prácticamente iguales. Por lo tanto, ¿por qué una posee tantos objetos y la otra no? Una respuesta posible sería por cuestiones de selección humana para la práctica rutinizada de uso de uno de los dos cerros (Laguens, 2009; Tilley, 1994), es decir, en este caso el cerro como otro ser (Vilca, 2011; Miotti y Hermo, 2011).

Cima del CoAW

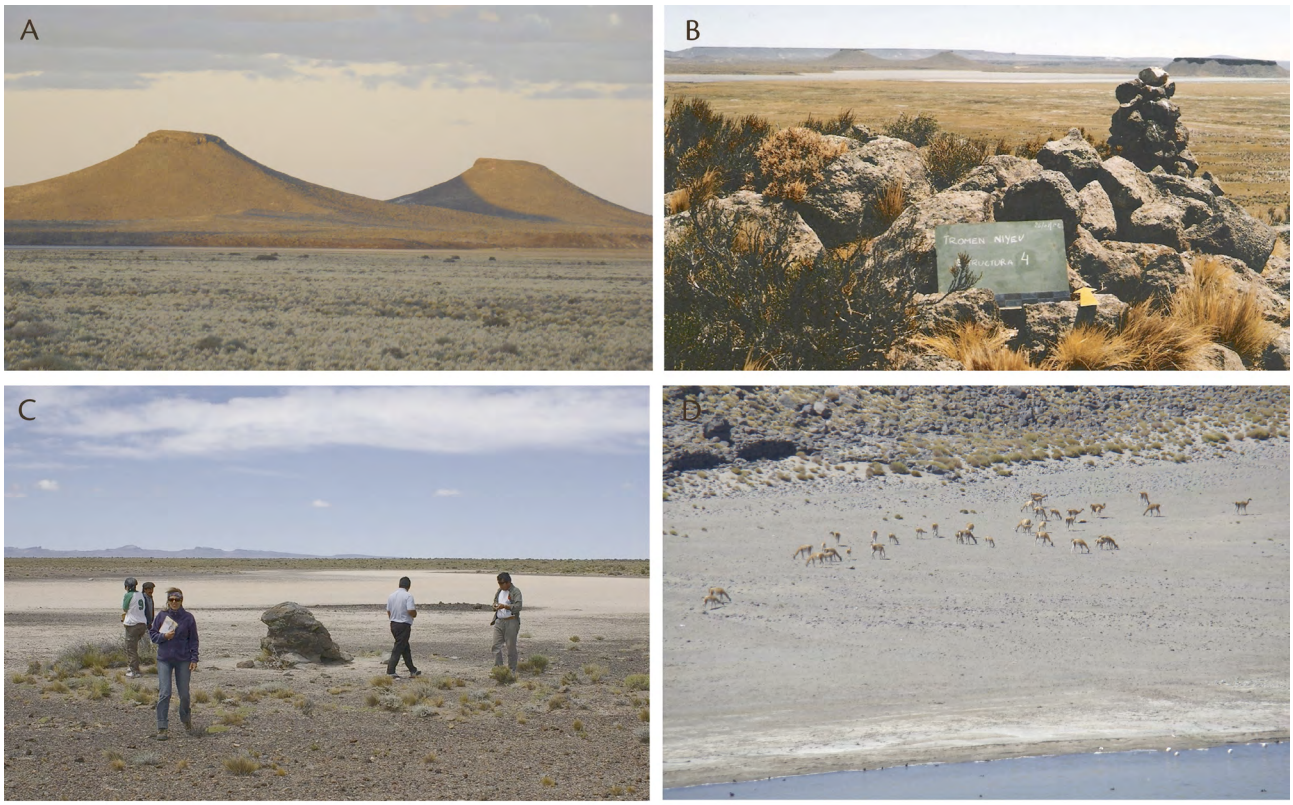



Figura n° 8. Los Dos Amigos (pórticos de acceso al complejo de caza) y laguna de Las Vacas vistos desde la estructura de piedra (parapeto) de la cima del Tromen Niyeu. A. Los Dos Amigos, B. vista de Los Dos Amigos y laguna de Las Vacas desde una estructura de piedra (parapeto) en la cima del Tromen, C. laguna y piedra sagrada de Yamhoc, D. tropilla de guanacos abrevando en laguna Azul.

Los Dos Amigos (LDA) coinciden con las descripciones de los pórticos de acceso al campo de caza en los escritos del siglo XIX (Claraz, 1988; Moreno, s/f.; Muster, 1964).

La señal arqueológica encontrada en la cima de la colina occidental, CoAW, evidencia que este lugar se ocupó por primera vez alrededor de la transición Pleistoceno - Holoceno o durante el Holoceno temprano (figura n° 9). La base y la pendiente del cerro están compuestos por una toba terciaria y la parte superior presenta una corona de basalto columnar de aproximadamente 2,5 m de altura como remanente del flujo de lava. La laguna y el humedal concentran gran cantidad de avifauna y, aunque actualmente los guanacos son escasos en estos campos debido a la instalación rural actual que propició su migración hacia zonas menos pobladas de la meseta, son cientos de guanacos los que relatan las crónicas que habitaban allí a fines del siglo XIX. Desde la cima de ambas colinas, la visibilidad es panorámica, cubriendo los cuatro puntos cardinales. Del mismo modo, la vi-

sualización de la LDA es alta, desde varios kilómetros de distancia, principalmente de las planicies del este.

La cima del CoAW es un área ovalada de aproximadamente 14.000 m², con pocos arbustos espinosos y sin depósitos estratificados. Los materiales líticos son abundantes y morfológica y tecnológicamente se asocian a los producidos por sociedades de cazadores-recolectores tempranas, de la transición del Pleistoceno - Holoceno (Bird, 1988; Borrero *et al.*, 1998; Flegenheimer *et al.*, 2013; Miotti *et al.*, 2010, Miotti & Terranova, 2015; Nami, 1987; Núñez Atencio, 1994; entre muchos otros).

Herramientas halladas

La mayoría de las herramientas de piedra halladas en la cima de CoAW están rotas e incluyen: muescas, cuchillos, perforadores, raspadores y raederas, así como herramientas con bordes retocados. Las puntas de proyectil corresponden a las denominadas "cola de pez" (PCP), son la proporción más importante del conjunto; aunque la mayoría de ellas (86,5%) están fragmentadas, algunas presentan claras señales de haber sido mantenidas mientras que otras se han reciclado en otros artefactos (figura n° 10). El conjunto también incluye núcleos y lascas producto de la talla y la reparación de instrumentos. Además de estos artefactos, se recuperaron tres piedras discoidales fragmentadas, una pequeña esfera de ocre desgastada (figura n° 10) y una piedra de percutor (Hermo *et al.*, 2012; Terranova, 2014).

La porción más representada de las PCPs corresponde principalmente a la sección basal de la punta, principalmente a pedúnculos (63%) (Hermo y Terranova, 2012); estas fracturas resultaron principalmente del impacto por uso. Por eso el sitio ha sido identificado como un taller para el reemplazo de puntas de los astiles en una situación similar a la que se observa en el sitio pampeano de cerro El Sombrero (CoES) (Flegenheimer *et al.*, 2013, Miotti y Terranova, 2015).

Materias primas utilizadas

Las materias primas utilizadas para la fabricación de estas puntas son muy variadas. La mayoría de los especímenes se realizaron en calcedonia (figura n° 10), para lo cual se ha localizado una fuente a 15 km al oeste, en el cerro Aneken. También hay puntas en chert (sílice) de colores variados, rocas que afloran unos 50 km al oeste en la Sierra de Talagapa. También se registran proporciones más pequeñas de obsidiana y cristal de cuarzo. La obsidiana corresponde a dos fuentes, una ubicada a 40 km del SW y la otra a unos 100 km SE (Miotti *et al.*, 2012).

Nodo de producción y comunicación

La evidencia de CoAW sugiere que el sitio ocupó no sólo un lugar especial entre los cazadores-recolectores de Norpatagonia, sino que asimismo sus características de paisaje y de contextos arqueológicos lo posicionan como un nodo de producción y comunicación entre otros ecorrefugios de Pampa y Patagonia compartiendo exclusivamente con el CoES en el norte la característica de producción y descarte de PCPs, mientras que con Piedra Museo comparte las características microambientales de ecorrefugio y estación de caza y también el uso de PCPs, aunque Piedra Museo no tiene evidencias de producción de esas puntas, sólo de su uso. Los tres sitios encajan en un patrón sudamericano de enclaves puntuados para la transición Pleistoceno - Holoceno (Miotti *et al.*, 2015).

Nodos de agregación social

CoAW y Piedra Museo han sido también nodos de agregación social con prácticas cinegéticas acompañados de la actividad ritual necesaria (Binford, 1991). Estas prácticas son consideradas un diálogo metafórico entre humanos y el paisaje. Por lo tanto, estos lugares ya eran ampliamente conocidos alrededor de 10.500 $^{14}$C años AP (12.500 años cal. AP), un hecho que permite inferir que estas prácticas rutinarias, en sitios a casi 1.000 km de distancia, podrían haber facilitado el rápido ritmo de colonización entre los grupos de La Pampa y la Patagonia. La función importante en la comunicación que estos lugares pueden haber tenido es la de reducir los riesgos de poblaciones que llegan a ambientes desconocidos, y al mismo tiempo habría reforzado en los grupos fundadores la identidad de la sociedad de origen. Además, el depósito de numerosos artefactos puede indicar el camino en el que los humanos interpretaban o dialogaban con los ambientes, significando, nombrando y creando paisajes humanos de estos sitios. De alguna manera, la redundancia de visitas a CoAW y CoES también señala que los usuarios de PCPs tuvieron amplio conocimiento de los vastos espacios geográficos y sus recursos durante un período

de 2.000 años (es decir, a escala social, *sensu* Gamble, 1993; Rockman, 2003). En resumen, podemos considerar que la distribución de estos objetos en el paisaje regional puede haber ayudado a aumentar el ritmo del conocimiento ambiental, acelerando el proceso de colonización humana de la Patagonia.

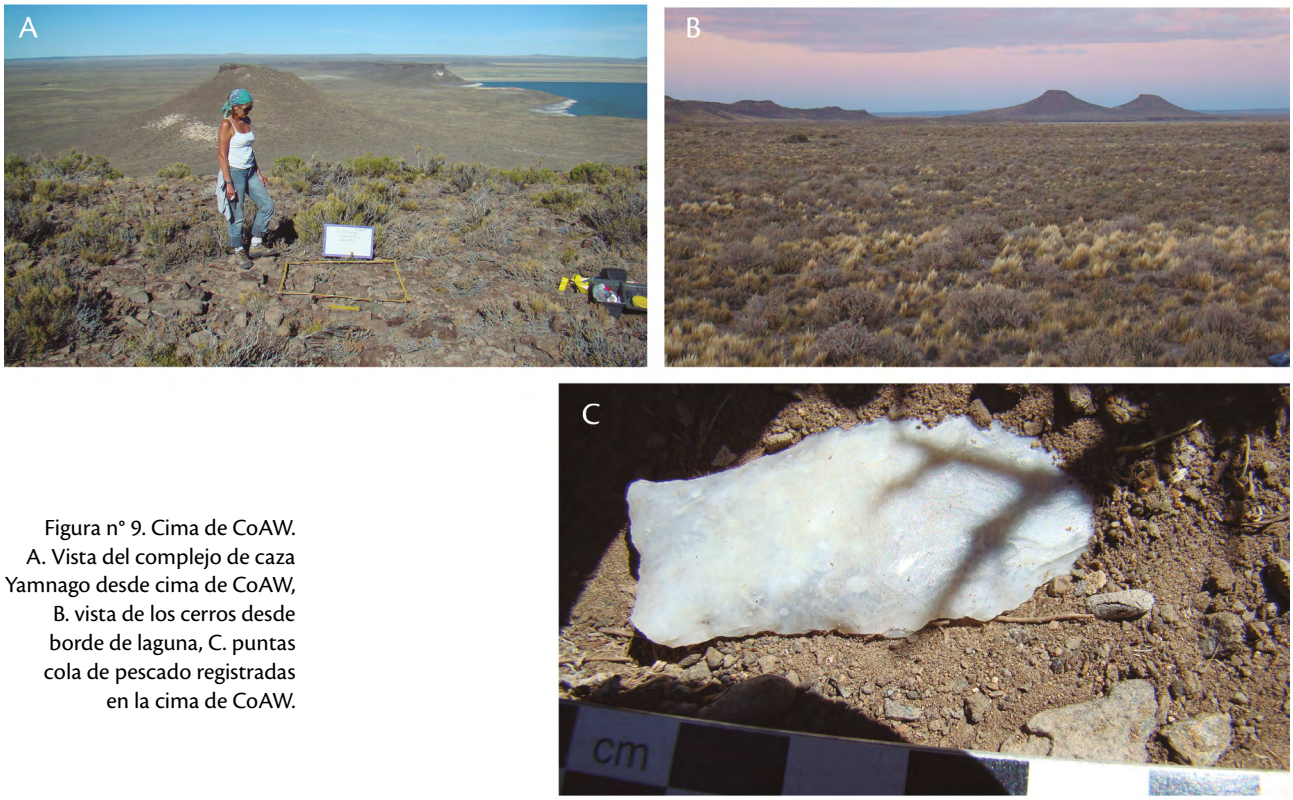



Figura n° 9. Cima de CoAW. A. Vista del complejo de caza Yamnago desde cima de CoAW, B. vista de los cerros desde borde de laguna, C. puntas cola de pescado registradas en la cima de CoAW.




Figura n° 10. PCPs, piezas discoidales y esfera de ocre pulido de cima de CoAW. La materia prima de mayor proporción en el sitio es la calcedonia, seguida de sílex y obsidiana.

## CUEVA MARIPE, EL TERCER ECORREFUGIO DE LA COLONIZACIÓN

La cueva Maripe está emplazada en el curso medio del cañadón La Primavera, ubicado a unos 80 km al oeste de Piedra Museo (mapas n° 1 y 2) y en las cabeceras del mismo sistema de zanjones residuales que pasa por este último sitio. Se trata de una cueva de grandes proporciones (*ca*. 600 m²), con múltiples ocupaciones desde la transición Pleistoceno - Holoceno (figura n° 11). Por ubicarse en un cañadón estrecho, el sitio sólo puede ser visto desde la inmediatez; sin embargo, desde las elevaciones adyacentes a la cueva es posible obtener un amplio panorama del gran bajo que constituye las cabeceras del zanjón Blanco y de determinados hitos del paisaje distantes a decenas de kilómetros, como los cerros Alto y Madre e Hija. El cañadón es un extenso humedal (mallín) de aproximadamente 10 km hasta su desembocadura en el bajo La Lechera.

### Primeras ocupaciones de la cueva

Las primeras ocupaciones de la cueva se dan en las capas más profundas correspondientes al Componente 1, durante la transición Pleistoceno - Holoceno y el Holoceno temprano, entre *ca*. 9.500 y 7.000 años 14C AP o 11.500- 9.000 años cal. AP (Miotti *et al.*, 2007, 2014). Las actividades representadas son el procesamiento secundario y consumo de guanacos, el recurso animal por excelencia en la Patagonia (Miotti, 1998; Miotti y Marchionni, 2009; Marchionni, 2013; García Añino, 2018). Hasta el momento no hay evidencia de consumo de fauna extinguida en este sitio. El conjunto lítico está compuesto principalmente por cepillos, raederas y raspadores, elaborados con materias primas de variadas trayectorias. La tecnología es preponderantemente unifacial, aunque se registraron unos pocos artefactos bifaciales, fundamentalmente puntas de proyectil (figura n° 12). Estos conjuntos fueron elaborados con materias primas mayoritariamente locales (<15 km), así como otras de procedencias más distantes, como las obsidianas, que provendrían de unos 180 km al oeste (Hermo, 2008; Hermo y Miotti, 2011). Los conjuntos del Holoceno medio muestran cambios en la tecnología, principalmente un mayor uso de hojas y la inclusión de un nuevo sistema de armas arrojadizas: la boleadora (Hermo, 2008). Cueva Maripe también fue utilizada durante el Holoceno tardío e incluso como residencia de puesteros de estancia en el siglo XX. Esta larga cronología ocupacional ha permitido registrar cambios en el uso interno de la cueva a lo largo del tiempo, principalmente la alternancia del uso de las cámaras para el desarrollo de determinadas actividades (Carden, 2009; Hermo, 2008; Lynch, 2014; Marchionni, 2013). Otra de las características relevantes del sitio es la notoria presencia de arte rupestre, siempre pintado, principalmente de negativos de manos, aunque también se registran motivos zoomorfos esquemáticos (Carden, 2009) (figura n° 12).

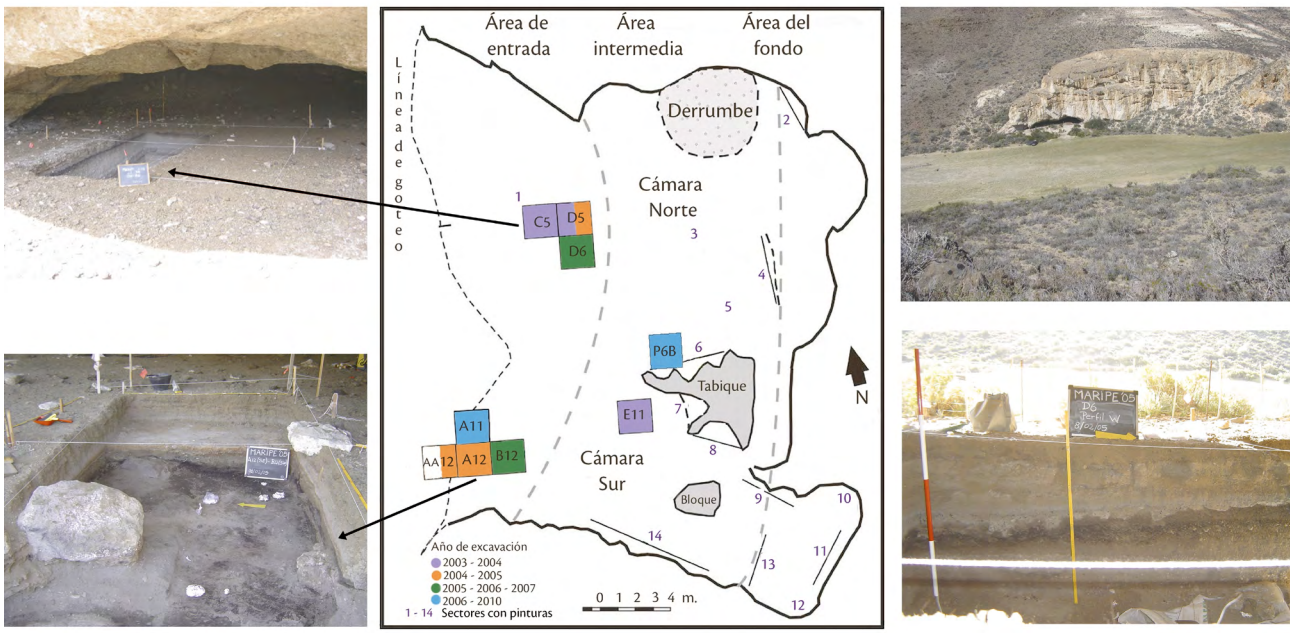



Figura n° 11. Cañadón La Primavera y Cueva Maripe. Cañadón La Primavera (mallín), afloramiento ignimbrítico con Cueva Maripe y excavaciones del interior de la cueva.

Bases residenciales en el Holoceno

Sin embargo, a diferencia de Piedra Museo y CoAW, las ocupaciones de Cueva Maripe fueron interpretadas como de bases residenciales a lo largo de todo el Holoceno. En este ecorrefugio la disponibilidad de agua estuvo garantizada desde las primeras ocupaciones; sin embargo, los campos de cacería, que podrían estar cercanos, no estuvieron en el mismo lugar de la cueva, a la cual los productos de la caza de guanacos serían acarreados desde las pampas circundantes.



Figura n° 12. Pinturas rupestres de Cueva Maripe.

## DISCUSIÓN

Selección de lugares para asentamientos

En las mesetas patagónicas hemos podido identificar dos grupos de ocupaciones humanas separados geográficamente durante la transición del Pleistoceno - Holoceno: el más austral incluye la meseta Central o macizo del Deseado y el norte de Tierra del Fuego, junto con Magallanes, y el grupo norte que cubre el corredor Atlántico - Pacífico entre 40 y 42 ° latitud sur. El clúster del sur es el más amplio, allí se registran numerosos sitios (N=21) con fechas de radiocarbono anteriores a 9.000 $^{14}$C AP (11.000 cal AP) y gran cantidad de información sobre ocupaciones tempranas. En este sentido, los dos casos considerados aquí para la Patagonia austral, Piedra Museo y Cueva Maripe, nos brindan pruebas claras de la selección de lugares para los primeros asentamientos en la región.

En la Patagonia norte, la evidencia de ocupaciones durante la transición Pleistoceno - Holoceno es más escasa, hasta ahora, presentando siete sitios tempranos en el ambiente andino y un único sitio extraandino, CoAW, este último presentado en este trabajo.

Incremento de la población humana

La información arqueológica de Patagonia también nos permite inferir que, hacia fines del octavo milenio AP, los sitios y los materiales arqueológicos de toda el área duplicaron su número (Miotti y Salemme, 2004, Salemme y Miotti, 2008), con lo cual podemos inferir un incremento de la población humana, hecho avalado también por la información bioantropológica (Pérez y Barrientos, 2004), lo que podría significar que los límites de los territorios de cada grupo se redefinía, a la vez que se habrían efectuado fisiones familiares para continuar manteniendo el equilibrio entre disponibilidad y acceso de los recursos. Igualmente, durante el Holoceno medio y tardío, su economía continuó siendo cazadora-recolectora, pero entonces, los ámbitos de cordillera, meseta y costa ya estaban cubiertos con poblaciones humanas. La evidencia de materias primas como la obsidiana de la cordillera y las valvas marinas en territorios de la meseta central avalan la idea de un incremento de la movilidad y los intercambios de bienes a larga distancia. Sin embargo, los mayores desplazamientos de personas y bienes ocurrieron en momentos posthispánicos, cuando los pueblos de Patagonia conocieron, a través de los españoles, el caballo domesticado (*Equus caballus*) y lo incorporaron a su vida cotidiana. Este recurso les permitió los mayores desplazamientos conocidos, desde el siglo XVI hasta fines del XIX, por grandes grupos de familias emparentadas, las travesías de los tehuelches iban desde Punta Arenas (en Chile) hasta El Carmen (la actual Carmen de Patagones) con el fin principal de intercambiar productos de la caza, como plumas y pieles por lo que le ofrecía la sociedad blanca:

licor, azúcar y caballos (Palermo, 1989). Si bien esto produjo un mayor acopio de bienes para las sociedades indígenas, también comenzó con su silencioso proceso de desarticulación que los llevó a su desaparición definitiva.

Narrativa alternativa sobre poblamiento de Patagonia

Integrando los elementos teóricos de aprendizaje de ambientes desconocidos, de la información etnográfica y del estudio de los ecorrefugios, junto a la información arqueológica presentada aquí, pudo construirse una narrativa alternativa sobre el poblamiento de Patagonia que contribuye asimismo a la del poblamiento americano. Este macroproceso debe ser pensado a una escala geográfica menor a la continental, es decir, a al nivel en el que se dan los movimientos de los grupos humanos y de los individuos, esto es, de interacción cotidiana con el ambiente. En este sentido, las escalas locales, regionales y macrorregionales, en las cuales se enmarcan los tres casos arqueológicos de este capítulo, son adecuadas para responder los interrogantes planteados.

Exploración

De este modo, definimos una serie de pasos en los que se podría haber llevado a cabo el poblamiento de este sector del continente, sin intentar responder preguntas de tipo cronológico estricto (*i. e.,* ¿qué lugar fue ocupado primero?), sino conocer qué rol tuvo cada uno de esos sitios tratados en el proceso de inclusión de nuevos espacios de vida en la historia del poblamiento de Patagonia. Si organizáramos una secuencia en etapas de aprendizaje sobre un paisaje sin ocupaciones previas y prescindiéramos de los fechados, el *primer paso* que realizan los inmigrantes corresponde al *scouting* o exploración. A esta etapa corresponden el reconocimiento y la ubicación de los recursos y a esto se lo considera el aprendizaje locacional (Melzer, 2003).

Para retornar al lugar de origen y repetir la visita se seleccionan hitos geográficos altamente reconocibles, y desde donde sea posible tener un gran control visual no sólo de los recursos fijos y móviles (agua, minerales, flora y fauna), sino de otros elementos topográficos que permitan establecer rutas seguras entre puntos ya conocidos de los espacios de vida, así como próximos sectores por incluir (caminos y otros lugares). Los casos que interpretamos en este sentido son Los Dos Amigos, Cueva Maripe y AEP1, cada uno con sus particularidades. Para el caso de Piedra Museo, este *scouting* en un nuevo ambiente se manifiesta sólo en la UE6 (primeras ocupaciones pleistocénicas). Su inclusión en el espacio de vida se habría realizado a partir de traslados desde una base residencial cercana a esta estación de cacería.

La UE6 del alero AEP1 de Piedra Museo es uno de los contextos más antiguos de Patagonia (*ca.* 13.000 cal. AP), y se encuentra en un sector del macizo del Deseado en donde la evidencia de primeros americanos es profusa (ver referencias de localidades en Salemme y Miotti, 2008), rodeado por ríos y tributarios que habrían facilitado el ingreso desde la costa Atlántica (Miotti, 2003, 2006, 2017; Miotti y Magnin, 2012). A partir de estos sectores, se habrían incorporado nuevos espacios al oeste, utilizando rutas seguras como las cuencas de los zanjones relictuales, que permitirían seguir los cursos, con un retorno a los espacios de vida ya utilizados.

Otro caso representativo de este primer paso se propone a partir de la geoforma Los Dos Amigos con el sitio CoAW. Estos cerros tuvieron un papel preponderante como elemento natural, identificable y legible en el paisaje desde varios kilómetros de distancia. Debido a sus características topográficas, que los recortan del entorno, es posible transitar por el paisaje circundante utilizando los cerros como un hito y guía (*waypoint*) para la orientación hacia nuevas ubicaciones y el regreso a los espacios de residencia conocidos, es decir, como un gran auxilio en la búsqueda de nuevos caminos y la ampliación de los espacios de vida. Su visibilidad es destacada y, al igual que el alero de Piedra Museo, se ubican al borde de una laguna con alta concentración de recursos. El caso de Cueva Maripe es el menos probable de haber sido seleccionado y marcado como hito, ya que el emplazamiento de esta cueva se encuentra en el fondo de un profundo cañadón y sólo puede ser vista accediendo a él desde el este. Por otro lado, la visibilidad desde esta cueva es sólo de cuenca y no excede los 2 km, debido a la sinuosidad del cañadón y a la gran altura de ambos flancos rocosos. Este lugar –con muy buenas

posibilidades para la ocupación humana, ubicado entre núcleos ocupacionales de *ca*. 13.000 años cal AP como Piedra Museo, Los Toldos, La María y Cerro Tres Tetas (Cardich, Cardich y Hajduk, 1973; Miotti *et al.*, 1999; Paunero, 2003)– fue ocupado unos dos mil años después que los otros. Entonces, en la localidad La Primavera, la etapa exploratoria no habría generado una marcación detectable de alguna geoforma sobresaliente del paisaje serrano.

Conocimiento y apropiación ambiental

El *segundo paso* del aprendizaje ambiental estaría dado por los eventos ocupacionales que representan un retorno al lugar conocido a partir de la exploración. Se trata de puntos que muestran señales de haber sido incorporados a los espacios de vida humanos en la escala regional. En ésta, los grupos humanos ya conocen la ubicación y el comportamiento de los recursos y su variación estacional (aprendizaje limitacional regional), es decir que los contextos arqueológicos que cubren estas características representan la expansión de los espacios de vida, con una continuidad de ocupaciones en distintos sitios de una región. A esta etapa pueden asignarse el contexto arqueológico de la UE4/5 de AEP1, en Piedra Museo. Dicho conjunto muestra una continuidad en el uso del espacio para prácticamente las mismas funciones que en la ocupación de la UE6, aunque en este caso se resalta la presencia de objetos particulares en la prehistoria sudamericana como las PCP. Así, el conjunto lítico, aunque más estandarizado y abundante que en UE6, evidencia la continuidad de una concepción tecnológica, que para esos momentos ya se encuentra dispersa en casi todo el hemicontinente sudamericano (Flegenheimer *et al.*, 2013; Miotti y Terranova, 2011, 2015; Miotti *et al.*, 2011).

Otro caso que interpretamos como parte de este segundo paso es el contexto de la cima de CoAW en Somuncurá, lugar marcado por la abundancia del contexto lítico y enfatizado por su ausencia en CoAE, dentro de la misma geoforma. La inclusión de CoAW en los espacios de vida de los cazadores-recolectores tempranos se dio a partir de la reutilización del cerro como espacio de visualización y control del entorno, apto para ciertas prácticas relacionadas con las cacerías y la planificación de la expansión de la movilidad hacia nuevos lugares. Este tipo de actividades dejaron correlato material de artefactos formatizados, con decenas de PCP (mapa n° 2), desechos y núcleos líticos hallados en la cima del cerro.

Para el macizo del Deseado, a unos 700 km al sur de CoAW, se incluirían en esta etapa del conocimiento y apropiación ambiental las ocupaciones del componente 1 de Cueva Maripe. Los contextos arqueológicos más antiguos de esta cueva corresponden a *ca.* 9.500 años AP (11.500 años cal. AP) (Miotti *et al.*, 2014). La evidencia arqueológica de este contexto permite interpretar una incorporación efectiva de la cueva al espacio de vida de los grupos que habitaban el área, una expansión de los territorios en una región ya explorada y colonizada. Esta evidencia permite asimismo inferir que la tecnología instrumental es acorde con la desarrollada y estandarizada en la región, y los grupos ya estarían aprovechando al guanaco como principal recurso faunístico (García Añino, 2018; Hermo *et al.*, 2014; Lynch, 2015; Marchionni, 2013).

Conocimiento social del ambiente

El *tercer paso* en esta cadena de aprendizaje y transformación de los paisajes de los primeros pobladores es el conocimiento social del ambiente. Aquí, las marcaciones territoriales y las prácticas sociales para transitar y habitar lugares configuraron los paisajes, de manera que, en esta nueva etapa, tanto el sitio AEP1 de Piedra Museo como Cueva Maripe siguen siendo lugares claves en la caminería regional a lo largo del tiempo. Estos abrigos rocosos fueron escenario de sucesivas ocupaciones durante el Holoceno medio y tardío, y formaron parte de espacios de vida en la escala regional. Tales lugares, utilizados como espacios cotidianos, fueron reforzados mediante la aplicación de pinturas y grabados (Carden, 2009). Los conjuntos artefactuales de la UE2 de Piedra Museo y del Componente 2 de Cueva Maripe concuerdan con el registro regional de conjuntos de alta densidad artefactual, posiblemente a causa de la reducción en la movilidad residencial (Goñi, 2010; Hermo y Magnin, 2012; ver bibliografía allí citada; Miotti, 2012). Sin embargo, aún no se han detectado contextos asimilables a éstos en la

meseta de Somuncurá. La falta de una señal clara durante el Holoceno medio en el sector norpatagónico podría tratarse de un abandono de la localidad Los Dos Amigos y de las zonas de tránsito y lugares de esta altiplanicie, ya que el registro arqueológico de Somuncurá vinculado a esta tercera etapa muestra señales claras de reocupación recién en el Holoceno tardío a orillas de otras lagunas mesetarias como Toco Luan, Laguna Azul, La Maciega y El Ganso (Miotti, 2010; Miotti *et al.*, 2014, 2018; Terranova *et al.*, 2018).

Puntos significados

Finalmente, los registros etnohistóricos del siglo XIX remarcan la objetivación de CoAW como parte de un hito geográfico, Los Dos Amigos, y a su vez como un lugar simbólico que representaría los pórticos de acceso al complejo de caza de *Yamnago* (Claraz, 1988; Moreno, s/f.). Sin embargo, en este ejemplo, la cima de CoAW en apariencia dejó de significarse con el depósito de artefactos usados y rotos en las cacerías de la llanura y lagunas circundantes. En este sitio se observa la discontinuidad de materiales entre la colonización y su uso como referencia en el Holoceno tardío. Siguiendo el esquema que estamos proponiendo, a medida que los espacios de vida fueron multiplicándose y modificándose, inclusive por posible saturación demográfica, se habría dado una concomitante proliferación de sitios hacia los ambientes marginales (Borrero, 2004). En tal sentido, las redes de caminos y movilidad se habrían expandido sobre la base del conocimiento ambiental adquirido. Estas expansiones no sólo enriquecerían la experiencia humana en el terreno, sino que sustentarían las narrativas socialmente transmitidas a través de varias generaciones y referidas a lugares que posiblemente en esta tercera etapa ya están resignificados. Dichas narrativas son los mitos y las tradiciones orales, en los que se entretejen los espacios y las prácticas humanas. La distribución de los contextos arqueológicos analizados permite interpretarlos como puntos significados (lugares) en medio del vasto espacio geográfico patagónico. En los casos santacruceños, las ocupaciones iniciales aquí presentadas *marcan* el inicio de una historia ocupacional de varios milenios en el uso del mismo espacio (aunque con finalidades diferentes), mientras que en el caso de CoAW no se registran artefactos líticos posteriores a los iniciales, lo que no quiere decir que el lugar no haya seguido funcionando como *hito* o *nodo simbólico* a través de los milenios. Su marcación en momentos tardíos del Holoceno es a través de la narrativa oral, y la marcación material de estos momentos (siglos XVIII-XIX) ya no se encuentra sobre la cima del cerro, sino en su base y en las inmediaciones de la llanura.

## CONCLUSIONES

La aplicación de los conceptos de aprendizaje del paisaje, ecorrefugios y analogía etnográfica al problema del poblamiento de América ha permitido generar una serie de ideas respecto de algunas de las ocupaciones más tempranas de Patagonia. Hemos hecho foco en las diferencias que muestran en cuanto a su ubicación en el paisaje, las relaciones con los recursos y los contextos culturales, con el objetivo de interpretar el modo en que esos espacios fueron convertidos en lugares a través de la materialidad de las prácticas sociales. Los sitios analizados, lejos de mostrarse como un conjunto de sitios tempranos, permitieron formular una serie de pasos en la colonización de este sector del continente y son clave para ilustrar la potencialidad teórica de los conceptos "aprendizaje y conocimiento ambiental" como herramientas imaginarias con las cuales los primeros pobladores de Patagonia lograron habitarla como sociedades cazadoras-recolectoras y extender su forma de vida por más de once milenios. Por otra parte, estos conceptos no han sido usados como premisas para la construcción de modelos de poblamiento (regional o continental); sus referencias materiales en el registro arqueológico, por lo tanto, no han sido buscadas por otros investigadores. Queremos resaltar que los vacíos arqueológicos de ciertas regiones, así como la abundancia de información material de otras, nos dan las pistas para discernir si esa heterogeneidad material se debe a sesgos de investigación o a señales de posibles caminos hacia lugares de los cuales los pioneros tenían conocimiento previo o lo aprendieron experimentalmente como autoaprendizaje.

El modelo de tres pasos planteado para la ocupación de la Patagonia representa una nueva perspectiva para el estudio de construcción de paisajes. La incorporación de herramientas conceptuales que relacionan el movimiento de los humanos con las formas en que sectores específicos del ambiente (*v. g.*, ecorrefugios) son incorporados a los espacios de vida representa una nueva perspectiva analítica. Ésta presupone un avance en las miradas sobre el poblamiento de vastas áreas despobladas y permite explorar no sólo los vínculos entre humanos y los recursos (tan común en las perspectivas evolutivas / ecologicistas), sino también las maneras en que nuestra especie humaniza el entorno natural transformándolo en paisajes culturales.

# NARRATIVAS SOBRE EL PASADO EN LA REGIÓN PAMPEANA Y TERRITORIOS EN TENSIÓN

## INTRODUCCIÓN

El pasado, y la forma en que es estudiado, puede pensarse como un campo en el que se disputan diferentes intereses: sociales, culturales, políticos y científicos. La construcción de relatos sobre él y la activación de memorias motivan procesos de identificación, y también de exclusión, sobre distintos grupos en diferentes territorios. De este modo, el pasado –fragmentado y en tensión permanente– forma parte del presente y contribuye, a la vez, a la reproducción y a la revisión crítica de desigualdades en las relaciones sociales.

La arqueología es una de las disciplinas científicas que aborda el estudio del pasado. Clásicamente, este abordaje se realiza a partir de estudios de sitios arqueológicos y análisis morfológicos y tecnológicos de los objetos, aunque otras aproximaciones redefinen los límites de la disciplina e incluyen otras materias, experiencias y relaciones: documentos históricos, prácticas tradicionales, experimentaciones, vínculos con otras ontologías y formas de conocer.

Territorio

En este capítulo, nos proponemos reflexionar sobre la práctica arqueológica y ciertas narrativas construidas desde la arqueología respecto de la región pampeana argentina, en relación con múltiples territorialidades. El *territorio* es el resultado de procesos dinámicos de identificación y apropiación –material y simbólica–, que incluye espacios y tiempos (Benedetti, 2011; Saquet, 2015). Entonces, las aproximaciones sobre el pasado generadas a partir del trabajo arqueológico se entrecruzan con las diversas formas de sentir y habitar el territorio de diferentes grupos sociales del pasado y del presente. Reflexionamos en torno a los límites y las desigualdades que crean estas superposiciones.

Territorios disciplinares y jurídicos

En una primera parte, desarrollamos, desde una perspectiva histórica, algunos aspectos de la arqueología en Argentina para pensar el modo en que se configuraron los territorios disciplinares y jurídicos. Éstos establecen límites geográficos y normativos a partir de los cuales se organiza y regula la práctica. En ese sentido, repasamos cómo la arqueología se constituyó, a finales del siglo XIX, desde un abordaje del pasado distinto al de la historia, el vínculo que sostuvo con el proceso de construcción del Estado-nación y los efectos político-sociales de su ejercicio respecto a los materiales del pasado y a las personas en el presente. Luego, nos focalizamos en la apertura de la mirada disciplinar desde 1980, el reconocimiento de una larga historia humana en el territorio (de al menos 12.000 años), la complejidad y la diversidad de esos grupos humanos y los cambios a lo largo del tiempo. Aun así, resaltamos que la arqueología construye narrativas posibles basadas en miradas y métodos científicos que no necesariamente coinciden con las formas de entender esos mismos objetos y las historias que cuentan las comunidades indígenas y otros grupos sociales.

Luchas de comunidades originarias

En una segunda parte, repasamos algunos procesos sociales estudiados en el presente de la provincia de Buenos Aires vinculados con las luchas por el reconocimiento de comunidades originarias y con ciertas prácticas en el paisaje que, en diferentes marcos de sentido, reutilizan lugares y objetos arqueológicos. En cada caso, indagamos sobre las continuidades entre pasado y presente y sobre las tensiones que se generan entre relatos construidos desde la arqueología y dichas experiencias. Finalmente, reflexionamos sobre la potencia de un enfoque arqueológico para el estudio del pasado, el tipo de arqueología que creemos necesaria y resaltamos el carácter político de toda narrativa histórica.



Figura nº 1. Fotografía actual de las sierras de Tandilia (cerro el Sombrero, partido de Lobería) intervenida mediante técnica de collage, representando la coexistencia de múltiples territorialidades.. Fuente: Archivo particular de las autoras.

## DE TERRITORIOS CON DIVERSIDAD DE GRUPOS HUMANOS A TERRITORIOS CON DIVERSIDAD DE OBJETOS

### *El origen de una narrativa arqueológica hegemónica*

Nacimiento de la arqueología

La arqueología se desarrolló formalmente a fines del siglo XIX, en el marco de la consolidación de la modernidad y el saber científico de las ciencias sociales. Su impulso estuvo ligado al interés por organizar espacial y temporalmente los objetos, entendidos como remanentes del pasado. Éstos eran hallados a partir de prácticas coleccionistas y viajes de exploración por territorios considerados exóticos, vinculados a la expansión de las potencias mundiales durante la fase imperialista del capitalismo (Trigger, 1992).

Conforme se delimitaban los diferentes campos disciplinares, se establecieron criterios para organizar sus conocimientos en torno a preguntas y líneas de abordaje específicas. Así, la arqueología se diferenció de la historia por centrarse en el estudio de los materiales (Trigger, 1992). En el marco de un paradigma evolucionista cultural con un trasfondo racista, los objetos se clasificaron según morfologías y tipologías sobre las cuales se desarrollaron síntesis de las *culturas* que los habían generado, en función de escalas humanas de progreso.

Arqueología en América

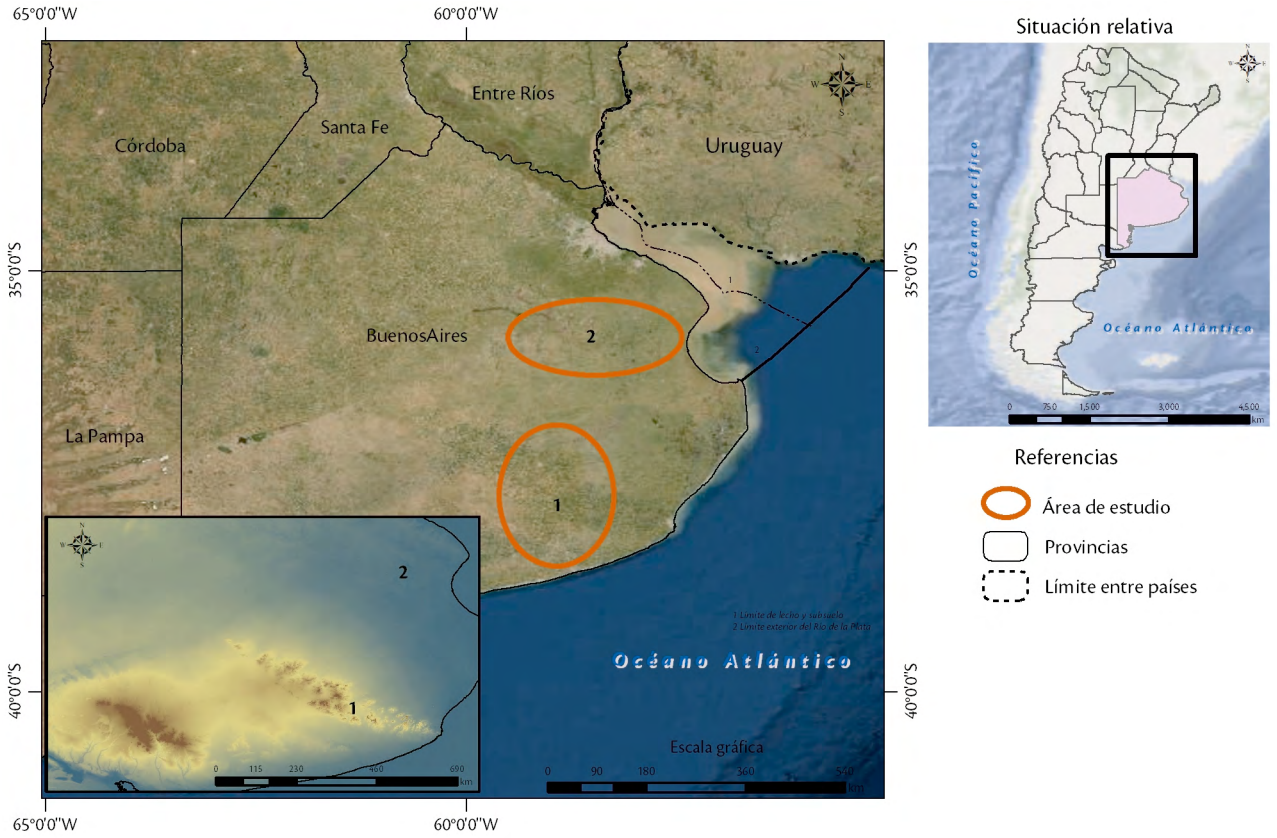
En América, el desarrollo y la consolidación de la arqueología estuvieron ligados a la emergencia de los Estados nacionales y su necesidad de generar relatos que promovieran una apropiación colectiva y selectiva del pasado, invisibilizando y homogeneizando a los pueblos originarios (Díaz Andreu, 1999). La historia se focalizó en un pasado asumido como propio, tomando como punto de partida la conquista europea (Dussel, 1983), en tanto que el conocimiento arqueológico se construyó a partir del estudio de un "otro" prehistórico y precolonial (Edgewoth, 2006). De este modo, la arqueología y sus practicantes se constituyeron como la forma legítima de generar conocimiento sobre el pasado de estos grupos alterizados.

Desde el último cuarto del siglo XX, han cobrado fuerza los sostenidos reclamos de los pueblos originarios por participar en la elaboración de sus propias narrativas y gestionar sus objetos y lugares, interpelando a la arqueología y a su modo de generar conocimiento (Canuhé, 2005). Frente a ello, han surgido modalidades de trabajo que incluyen las demandas de la agenda indígena en la práctica arqueológica, permitiendo focalizar en las necesidades, solicitudes y conocimientos locales desde una mirada crítica (Cabral, 2017).

Carácter de la materialidad arqueológica

Al momento de construir relatos desde una perspectiva arqueológica, creemos que es necesario posicionarse respecto de esos otros mundos que se busca conocer, en virtud de los materiales que estudiamos. Éstos condensan múltiples historias y, en la mayoría de los casos, no han sido depositados intencionalmente. En ellos confluyen saberes (técnicos, abstractos, históricos), relaciones (entre quienes los imaginaron, produjeron, intercambiaron y significaron) y prácticas (uso, creación, destrucción, ofrenda) que les otorgan sentidos (Hodder, 1994), y no necesariamente corresponden a un único tiempo. Entonces, es posible decir que el conocimiento arqueológico se refiere a procesos colectivos que se enraízan en la dimensión material de la existencia, abarcando tiempos y espacios en múltiples escalas. Por ello, reconocer el carácter de la materialidad arqueológica implica también considerar las diferentes formas de habitar el territorio y pensar en el mundo en que coexisten. Es esencial contemplar las historias orales, las experiencias sensoriales y los conocimientos locales e indígenas. El modo en que se articulan dichos conocimientos con las narrativas disciplinares responde a una posición política cuyo resultado implica la elaboración de relatos sobre la historia humana que incluyen o invisibilizan la diversidad cultural (Tuhiwai Smith, 2001).

En consonancia con estos abordajes, en este trabajo recuperamos algunos estudios de casos que desarrollamos junto a nuestros equipos de investigación, anclados en la provincia de Buenos Aires: sierras de Tandilia y depresión del río Salado. Ellos se enmarcan en una arqueología que reconoce las fuentes escritas, a las personas con sus experiencias y prácticas, los fragmentos materiales y los vínculos con el territorio como vías de análisis válidas y complementarias.




Mapa nº 1. Áreas de estudio en la provincia de Buenos Aires: 1. sector centro-este de Tandilia (Área de Arqueología y Antropología de Necochea); 2. depresión del Salado (Arqueología del Salado). Fuente: elaboración personal.

Tramas de conflictividad

A partir de estas consideraciones sobre la práctica arqueológica, se pone en evidencia que toda investigación sobre el pasado refiere a un espacio cuya definición es producto de una construcción histórica atravesada por múltiples tramas de conflictividad (Benedetti, 2011). De esta forma, para abordar las implicancias de las narrativas arqueológicas desde una perspectiva territorial es necesario desentramar algunas de las tensiones que confluyen en ellas. En nuestro país estas tramas tienen su origen en las relaciones desiguales que el Estado nacional estableció con los pueblos indígenas.

Región pampeana bonaerense

En la región pampeana bonaerense, desde mediados del siglo XIX, la soberanía e independencia de los pueblos originarios, su heterogeneidad y las formas dinámicas de organización social (nomadismo, liderazgos, segmentalidad y procesos de agregación y separación) entraron en conflicto con el proyecto de consolidación del Estado argentino bajo un paradigma moderno agroexportador que requería de más extensiones de tierra. Las poblaciones indígenas fueron concebidas como una amenaza (Delrío, 2005) y el nacionalismo se constituyó como una ideología potente mediante la cual se definió la pertenencia al territorio o su extranjeridad (Briones, 1998). En pos de legitimar la conquista de territorios indígenas, el Estado elaboró la imagen de una sociedad homogénea y "blanca" dentro de la cual las comunidades indígenas fueron identificadas con categorías reduccionistas (indios, salvajes, barbarie) que simplificaron la diversidad étnica, sus prácticas, creencias y las formas de relacionarse social y materialmente (Briones, 2005). En función de ello, se cristalizó una imagen de estas comunidades que justificó el desplazamiento, sometimiento o aniquilación para lograr el "progreso". Mediante diversos ejercicios de poder y de construcción del saber de carácter colonial, se definió oficialmente su extinción en la provincia de Buenos Aires (*sensu* Quijano, 1997), por ejemplo, al imponer en el imaginario social la idea de desierto. Esas construcciones legitimaron el desarrollo de un proyecto genocida que se expresó en el avance militar sobre los territorios indígenas y tuvo como resultado el asesinato de miles de personas, así como el desarraigo de otras tantas, forzadas a trabajar en ingenios del norte del país, como servidumbre de familias adineradas o en cuerpos militares nacionales (Papazzian y Nagy, 2018; Delrío, 2005).

Genocidio

Con el genocidio se consolidó una narrativa sobre la base de un mito fundacional de una Argentina sin indígenas, blanca y europea. Las primeras expediciones arqueológicas a las regiones pampeana y patagónica se desarrollaron en el marco de estas acciones estatales de apropiación del territorio (por ejemplo, las incursiones de Estanislao Zeballos, Francisco P. Moreno o Ramón Lista). Así, el pasado indígena y su materialidad fueron convertidos en patrimonio nacional y objeto de estudio de la arqueología (Podgorny, 2004). Inicialmente, los objetos se concibieron como colecciones de museos, cuantificadas, medidas y organizadas bajo un discurso evolucionista cultural. Los cuerpos mismos fueron objetivados y clasificados mediante técnicas antropométricas (Rodríguez, 2013). Incluso grupos de indígenas de distintas regiones del país fueron capturados vivos y exhibidos en ferias en Europa y Estados Unidos, con una lógica profundamente racista.

Territorio disciplinar

En sus inicios, la práctica arqueológica, vinculada con el naturalismo y el anticuarismo, centró su eje de discusión en el análisis descriptivo de los materiales indígenas, buscando definir "grupos culturales" según la presencia de rasgos similares. El enfoque para el estudio de esos materiales estuvo condicionado por los criterios geográficos regionales que se utilizaron para ordenar los objetos en los museos (Pegoraro, 2009).

El foco de las primeras discusiones estuvo dirigido a ubicar cronológicamente esas ¨culturas¨ dentro de una narrativa histórica con pretensiones universales: la prehistoria europea, utilizando sus categorías (Edad de la Piedra –Paleolítico y Neolítico– y Edad del Bronce). En este contexto, uno de los temas centrales en el territorio pampeano se relacionaba con la antigüedad de los hallazgos: ¿podían

esos materiales atribuirse a los primeros grupos que poblaron el continente? La discusión se polarizó entre quienes rechazaban la antigüedad de los humanos y quienes proponían su coexistencia con megafauna y un origen del proceso de hominización independiente de Europa y Asia (Podgorny, 2001).



Figura nº 2. El médico y anticuarista Rodofo Faggioli exhibiendo su colección de ilustraciones, restos óseos faunísticos y humanos, materiales arqueológicos y fósiles durante una disertación en la ciudad de Necochea, 1931. Fuente: Archivo General de la Nación.

Principios del siglo xx

En las primeras décadas del siglo xx, a la vez que ganaba adeptos la perspectiva de una escasa antigüedad del poblamiento de América, el interrogante por la temporalidad fue perdiendo interés, dando lugar al estudio de la distribución de los materiales arqueológicos (Podgorny, 2001). El foco se desplazó hacia la relación entre el ambiente y su influencia sobre las manifestaciones humanas, entendidas como culturas estáticas y de corta cronología. Los objetos fueron estudiados tomando como referencia datos documentales y de poblaciones indígenas actuales, consideradas como resabios de modos de vida antiguos (Mazzanti, 2010). Además, los cambios en los artefactos y las innovaciones fueron concebidos como el producto del contacto entre grupos sociales, anulando su capacidad de invención. De este modo, se consolidó un criterio regional para la organización del conocimiento sobre el pasado (Pampa, Patagonia, Centro Oeste, NOA y NEA). Incluso, en función de este criterio, actualmente se organizan reuniones científicas, agrupando, al mismo tiempo que segregando, las discusiones. Diferentes revisiones concuerdan que estos límites representan problemas para la investigación y la circulación pública del conocimiento, enmascarando una diversidad de prácticas culturales del presente y el pasado. A pesar de ello, continúa utilizándose (Politis y Barros, 2006) debido a que, entre otras cosas, estos criterios se articulan con los límites jurídicos y administrativos del trabajo arqueológico.

Territorio jurídico

Durante el siglo xx, la legitimidad del Estado en la gestión de los materiales indígenas terminó de establecerse mediante la formulación de un marco legal que construyó el territorio jurídico de la práctica arqueológica. Este fue definido a partir de la temprana Ley nacional n° 9080 de 1913 y la actual Ley nacional n° 25.743 de Protección del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico, sancionada en 2003, que recategoriza la materialidad indígena como patrimonio cultural de la Nación. Además, sitúa en las provincias el deber de proteger el patrimonio arqueológico y define que la ciencia es la encargada de estudiar e impartir el conocimiento sobre los bienes y yacimientos. A su vez, contempla como delitos

la apropiación, comercialización, excavación sin permiso, traslado y exportación no autorizada de objetos arqueológicos, entre otros aspectos (Guráieb y Frére, 2012). Esta ley tiene dos deudas importantes: no hubo consulta previa a su promulgación con los pueblos originarios y no hace referencia a ellos como sujetos partícipes en la gestión, el estudio y la tutela de las materialidades y sitios. Ambas omisiones violan los derechos contemplados en el inciso 17 del artículo 75 de la Constitución Nacional, la ratificación del Convenio n° 169 de OIT y la Ley n° 25.517 (Rodríguez, 2013).

Permisos de investigación

En la provincia de Buenos Aires, el ente que regula la Ley y otorga los permisos de investigación científica en sectores delimitados es el Centro del Registro del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Dichos permisos se definen a partir de polígonos, evitando la superposición con las áreas de otros grupos de investigación. Los criterios que configuraron estos límites disciplinares no sólo redujeron la diversidad de actores legitimades para estudiar el pasado, sino que, además, tuvieron un fuerte impacto en la manera en que los investigadores se acercaron a su estudio.

En síntesis, con la definición de los territorios disciplinar y jurídico, se delimitan sectores a partir de los cuales se regulan y organizan las prácticas materiales y simbólicas de la arqueología. El ejercicio de estas definiciones territoriales activa una dinámica de poder a partir de la jerarquización de saberes y la normatización de las materialidades, los sitios arqueológicos y las narrativas en torno a ellos. La historia de conformación de esos límites territoriales y los dispositivos de regulación hicieron prevalecer las interpretaciones arqueológicas sobre *otros* que habitaron el territorio en *otros* tiempos. Estos procesos invisibilizaron la continuidad territorial indígena, al mismo tiempo que ignoraron los profundos cambios que habían experimentado en su devenir histórico.

### *Arqueología en la región pampeana*

Desde finales de la década de 1980, con el mayor uso de los fechados radiocarbónicos y la incorporación de diversas perspectivas teóricas en la arqueología pampeana, se generaron nuevos abordajes que aportan datos desde múltiples líneas de evidencia para discutir las representaciones del pasado. Esto ha permitido crear consensos, por ejemplo, sobre el poblamiento del territorio americano y el reconocimiento de la antigüedad, la diversidad y la complejidad de los procesos sociales ocurridos. En ese sentido, las evidencias arqueológicas sitúan la profundidad temporal del poblamiento en la pampa bonaerense en, al menos, 12.000 años antes del presente (Flegenheimer *et al.*, 2007).

Cazadores recolectores

Desde el poblamiento de esta región, se considera que prevaleció un modo de vida identificado como "cazador recolector", que persiste con variaciones hasta la conquista española. Este nombre hace referencia a un aspecto principal de la organización económica de las sociedades en el que los alimentos se obtienen casi exclusivamente de actividades de recolección, caza y, en algunos casos, pesca. Se trata de una clasificación que enmascara una amplia diversidad de estrategias –económicas y de reproducción social–, sentidos simbólicos y complejidad. Otro rasgo que caracteriza a estos pueblos, muchas veces nombrados "nómadas", es la amplia movilidad basada en traslados periódicos y organizados, de algunas personas o de la totalidad del grupo, por distintos territorios reconocidos. Estos movimientos no responden sólo a la posibilidad del agotamiento de recursos, sino que forman parte de las maneras de entender y ser en el mundo relacionadas con prácticas como la circulación de conocimientos, símbolos y materialidades, encuentros, ceremonias y rituales, formas de organizar el espacio y sacralización de lugares (Curtoni, 2006; Pazzi *et al.*, en este volumen).

Sistema de reciprocidad

En general, se considera que las comunidades que habitaban una misma región estaban unidas por relaciones de parentesco y afinidad. La garantía de los recursos básicos de producción y reproducción de la vida para todas las personas sobre

la base de un sistema de reciprocidad, la primacía de relaciones de igualdad y un vínculo sustentable con el territorio reconocido como propio constituyen los pilares de los mundos cazadores recolectores (Ingold, 1988).

Específicamente, los estudios arqueológicos han observado prácticas en común y otras que hablan sobre la diversidad, la complejidad, la sensibilidad y la sofisticación ideacional de los pueblos en distintos lugares y períodos. Pero los materiales involucrados en esas prácticas no tienen la misma potencialidad de preservarse, por eso el conocimiento generado desde la arqueología es parcial y las interpretaciones generalmente responden a escalas de tiempo amplias. En muchos casos, la falta de información sobre los procesos sociales que configuraron el territorio pampeano, así como sus cambios y continuidades, se explica por estas limitaciones relativas a la construcción del conocimiento y no por una supuesta simplicidad del modo de vida de los pueblos en el pasado.

Usualmente, las interpretaciones arqueológicas sobre estos modos de vida son organizadas en bloques temporales mediante referencias geológicas derivadas de la segmentación del Holoceno (Berón y Politis, 1997). Dentro de estos bloques se identifican puntos del espacio que fueron habitados con mayor o menor intensidad. Desde hace al menos 12000 años algunos sectores de la región ya habían sido poblados. En ciertos lugares se hallan artefactos fabricados con materias primas que hablan de contactos lejanos (por ejemplo, el uso de rocas obtenidas del territorio que hoy conocemos como Uruguay –Flegenheimer *et al.*, 2003–), artefactos cuyos diseños reflejan ideas compartidas y contactos regulares en el marco de redes sociales dentro de Sudamérica (por ejemplo, las puntas Cola de Pescado utilizadas por las primeras poblaciones de la región –Flegenheimer *et al.*, 2015–) y objetos simbólicos denominados piedras discoidales.

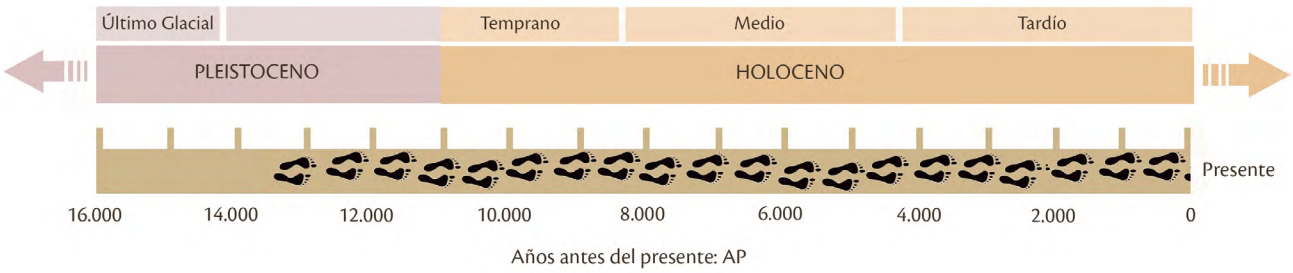



Figura nº 3. Línea temporal expresada en miles de años antes del presente, indicando la segmentación del Holoceno y la presencia de grupos humanos en la región.

Redes de circulación

A medida que nos acercamos en el tiempo, las evidencias dan cuenta del modo en que los grupos humanos fueron habitando nuevas áreas, sin dejar de mantener vínculos con espacios y grupos distantes. Las materialidades encontradas permiten pensar en prácticas y redes de circulación de personas, objetos e información. Por ejemplo, en el capítulo anterior de esta obra se describe el uso de un tipo de roca, la cuarcita Sierras Bayas, que proviene de un sector acotado en las sierras de Tandilia, es la más utilizada en la región a lo largo del tiempo y se encontró en sitios de provincias vecinas.

Estrategias de ocupación

Desde hace 9.000 años, se encuentran evidencias de espacios seleccionados especialmente para establecerse por períodos acotados o realizar actividades específicas, así como lugares concretos para realizar prácticas inhumatorias reiteradas (por ejemplo, Politis *et al.*, 2014). Entre 7.000 y 3.000 años antes del presente, estas prácticas se volvieron aún más frecuentes y los grupos desplegaron estrategias de ocupaciones más estables en diferentes lugares del paisaje (Bayón *et al.*, 2010; Martínez, 2006). En este contexto, la costa atlántica fue ocupada de manera planificada y reiterada (Bonomo y León, 2010); los bordes de lagunas y ríos fueron elegidos de manera recurrente para establecer los campamentos base, y las cuevas y abrigos de Tandilia habrían funcionado como paraderos reutilizados dentro de los circuitos regionales de los grupos (Mazzanti *et al.*, 2015;

Mazzia, 2013). Al respecto, destacamos que no existe ninguna evidencia arqueológica que indique que los espacios de vivienda se localizaban exclusivamente en las cuevas. Incluso datos etnohistóricos dan cuenta de la construcción de toldos con materiales perecederos en la llanura pampeana. Esa idea responde más a una representación, en la mayoría de los casos despectiva (cavernícolas), difundida por la ficción.

Innovaciones tecnológicas

Desde hace 3.000 años hasta la conquista europea, se propone un aumento de la densidad poblacional expresada en una ocupación de todas las áreas de la región (por ejemplo, la depresión del río Salado, el área de los Talares, las sierras de Ventania o el humedal del Paraná inferior) y un mayor número de sitios arqueológicos con respecto a los momentos anteriores (Oliva *et al.*, 2015; Politis y Madrid, 2001). Investigaciones recientes relativizan la interpretación del aumento poblacional abogando por la continuidad de las dinámicas de los grupos humanos durante todo el Holoceno, en virtud de considerar algunos factores geológicos como causantes de posibles sesgos en la representación arqueológica (Favier Dubois *et al.*, 2017). No obstante estas discusiones, desde hace 3,000 años se observan importantes cambios a partir de innovaciones tecnológicas como la cerámica (González y Frère, 2002) y el arco y la flecha. En términos regionales, pueden observarse procesos económicos novedosos que suceden simultáneamente: la diversificación en la explotación de recursos o en manufactura de artefactos por área, acompañada de procesos de especialización (Loponte y Acosta, 2007). Con todo, durante miles de años el territorio pampeano fue habitado en coherencia con un modo de vida en el que la cercanía o lejanía entre grupos, las tecnologías utilizadas, las formas de vincularse, las ideas y simbolismos fueron variando.

En suma, en esta primera parte reflexionamos sobre el modo en que, en un momento determinado, la arqueología se apropió de los objetos indígenas para su estudio, al mismo tiempo que se recreaba el territorio mediante relatos que simplificaron y homogeneizaron la diversidad cultural. Es importante señalar estos aspectos porque organizaron el lente a través del cual la arqueología estudió los procesos sociales del pasado en articulación con el presente. A partir de ello, se definieron una serie de problemas a investigar, se establecieron diferentes relaciones de alteridad (otros-nosotros) y se organizaron límites temporales y geográficos para el trabajo de campo. Estos aspectos no necesariamente coinciden con las formas en que se habitó y habita el territorio ni con las ontologías de los grupos que vivieron en el pasado e inclusive con algunos del presente. En ese sentido, la mirada arqueológica no es la única posible respecto al entendimiento de los materiales y sus significados. Desde fines del siglo XX, las críticas sobre la historia disciplinar han contribuido a repensar los relatos elaborados intentando dar cuenta de estas múltiples contradicciones.

## TERRITORIOS EN TENSIÓN: RUPTURAS, CONTINUIDADES Y RELACIONES DE PODER

### *Rupturas: El campo, los sitios arqueológicos y las comunidades pasadas y actuales*

Contextos de sitios arqueológicos

Anteriormente, nos referimos al proceso genocida en el que estuvo inmersa la formación del Estado y la reestructuración profunda que significó para las comunidades indígenas. En el marco de la consolidación del modelo agroexportador, el eje del progreso se situó en la producción agraria moderna con la incorporación de capitales externos y la inmigración europea. En términos territoriales, a lo largo del siglo XX, estos procesos conllevaron una nueva configuración marcada por el uso del alambrado y el desarrollo de centros urbanos vinculados al ferrocarril con áreas rurales satélites. De esta forma, los sitios arqueológicos quedaron cercados en campos privados y sus materiales (puntas de proyectil, bolas de boleadora, fragmentos de cerámica, morteros, etc.) pasaron a formar parte de la vida cotidiana de peones y trabajadores rurales. En algunos casos, esta cotidianidad posibilitó la construcción de conocimientos locales sobre los objetos y también sobre el pasado. En muchas ocasiones, tales pobladores rurales y aquellos de los pueblos circundantes resultaron claves para la detección de nuevos sitios, para

entender prácticas y vivencias y reflexionar sobre las representaciones sociales y la propia práctica arqueológica (Arislur, 2018; Salerno y González, 2014).

Década de 1990

Durante la década de 1990, con la profundización del neoliberalismo, la disolución de la junta de granos y la precoz introducción de la soja transgénica, se cimentó un nuevo tipo de capitalista rural, el arrendatario-empresario. Las corporaciones del agro han avanzado sobre las tierras de los pequeños productores hasta convertirlos en rentistas o directamente expulsarlos (Pengue, 2016). En la provincia de Buenos Aires, las consecuencias inmediatas fueron la desarticulación de las economías regionales, la eliminación de las unidades menos rentables y el vaciamiento demográfico progresivo de las zonas rurales (Benedetti y Salizzi, 2014). En tal contexto, se presentan ciertos desafíos al momento de construir una práctica arqueológica de manera dialógica, principalmente porque hay muy pocas personas que habitan de forma permanente esos espacios. A su vez, se complica obtener el permiso de acceso a los campos donde están los sitios –dentro del polígono otorgado por el ente provincial para investigar–, puesto que, con frecuencia, los interlocutores tienen sus oficinas o lugares de residencia a kilómetros de distancia. A esto debe sumarse que la visibilidad del material y de las investigaciones arqueológicas en la región no tiene un alcance público masivo, lo que se explica por diversos factores. La materialidad de los grupos cazadores-recolectores que habitaron la región no está conformada por estructuras monumentales, usualmente se encuentra muy fragmentada y se halla en áreas poco accesibles debido a la propiedad privada de los campos. Estas condiciones no se corresponden con los valores privilegiados por la cultura occidental que, por ejemplo, elige las piezas enteras para la exhibición en museos. Además, por largo tiempo en la historiografía argentina el estudio de las sociedades que no responden al canon moderno quedó reducido bajo una mirada nacionalista enfocada en las estructuras culturales, sociales y territoriales del Estado-nación y la profundidad temporal indígena en tierras pampeanas no fue considerada en esos relatos (Mandrini, 2007). En consonancia, en los espacios escolares el mundo social indígena es mayormente relatado mediante categorías discriminatorias y presentado como parte de la historia natural del territorio (Nagy, 2013).




Figura nº 4. Centro de Interpretación Indígena "El Antigal", San Pedro, Buenos Aires.
Fuente: Archivo particular de Cacique Nala, Pueblo Nación Qom Clara Romero..

Mirada estereotipada

La prevalencia de una mirada estereotipada sobre la historia y el presente indígena genera la desvalorización de estos grupos frente a un imaginario de identidad local y regional asociado a la inmigración y al tradicionalismo. Ésta se reproduce en prácticas y sentidos comunes expresados, por ejemplo, en festividades regionales en las que se enaltecen identidades, alimentos o costumbres, principalmente de origen europeo o de carácter tradicionalista (Fiesta Vasca, del Inmigrante, de la Doma y Folklore, de la Tradición, del Hombre de Campo, entre otras), en dichos como "descendemos de los barcos", en la construcción de relatos fundacionales antagónicos a lo indígena y en la reproducción acrítica de historias de cautivas. Asimismo, en múltiples narrativas sobre la historia pampeana adquiere centralidad la figura del gaucho como arquetipo de la argentinidad en contraposición a otros actores sociales, como indígenas y ciertos grupos de inmigrantes (Blache, 1991-1992). En este sentido, es un ejemplo relevante el uso que se hace de las bolas de boleadora, artefactos indígenas utilizados desde los inicios del Holoceno. A finales del siglo XIX y a lo largo de todo el siglo XX, fueron apropiadas y reutilizadas por hispanos criollos en las faenas rurales, la caza y la guerra. Los procesos de patrimonialización de las boleadoras se asocian con la figura del gaucho y suelen excluir su origen indígena (Sokol *et al.*, 2020). Actualmente, se encuentran ampliamente difundidas en contextos públicos (museos, escuelas, ferias tradicionalistas, arte gauchesco) y privados (colección, decoración o *souvenir*) como elementos icónicos del territorio pampeano.

Frente a los casi ciento cincuenta años de reproducción de estos relatos históricos en esta región, la arqueología lleva poco tiempo tratando de intervenir en el debate público (ámbitos escolares, medios de comunicación masivos, museos locales y regionales, organizaciones, comunidades) en pos de repensar la histo-

ricidad de los pueblos originarios y de otros grupos sociales que también formamos parte de este territorio.

Revisiones desde 1980

Ciertos cambios resultan evidentes desde mediados de la década de 1980 en el marco de las nuevas condiciones políticas y sociales en el país. Éstas posibilitaron debates que ocurrían a nivel internacional sobre el reconocimiento de los pueblos indígenas como sujetos de derechos y el valor de la "diversidad cultural" (Wright, 1998). Los dispositivos legales formulados en este contexto presentan diferentes aristas. Por un lado, responden a la fuerza de la lucha histórica de los pueblos indígenas por su autonomía y libre determinación (Crespo, 2013). Por otro lado, constituyeron un espacio mediado por el Estado y dirigido a construir consensos respecto de la diversidad cultural, desdibujando las relaciones de poder y ocultando la colonialidad (Walsh, 2002).

En Argentina, las políticas culturales y educativas orientadas a repensar la diversidad como elemento constitutivo de la nación se expresaron en la declaración del carácter multicultural y pluriétnico realizado mediante la reforma constitucional de 1994 y la incorporación al Convenio n° 169 de la OIT (Cianciardo, 2009). En muchos casos, se observa que la creación de organismos y la amplia normativa generada en torno a los derechos indígenas contrasta con la escasez de herramientas y programas estatales que garanticen su ejercicio (véase, por ejemplo, Rosso (2018) sobre la Ley de Educación Intercultural en la provincia de Buenos Aires y García Guerreiro *et al.* (2018) sobre demandas territoriales). Por estos motivos, es mucho lo que falta aún recorrer para asumir la interculturalidad.

Aportes de la arqueología

A partir de estas demandas y transformaciones coyunturales, en la disciplina arqueológica se han desarrollado líneas de investigación, gestión y extensión que buscan incluir e integrar conocimientos arqueológicos, locales e indígenas en el debate público para repensar críticamente las representaciones sobre el pasado y la construcción del conocimiento (Pupio y Salerno, 2014). En sintonía con estos debates, los próximos apartados, en primer lugar, señalan algunos ejemplos sobre la manera en que la apropiación de objetos arqueológicos contribuye a repensar el pasado y presente indígena, visibilizando nuevas luchas de las comunidades y sentidos territoriales. Luego, reflexionamos sobre el modo en que los espacios, prácticas y objetos que integraban la vida cotidiana de las comunidades antes de la conquista continúan vigentes y en acción, en nuevos marcos de sentido.

*Encuentros: Territorios presentes, territorios indígenas.*

Visibilización y reivindicación

La imagen resultante de los relatos históricos académicos, escolares y gubernamentales es la de un aparente vacío de comunidades indígenas en territorios bonaerenses, como si las diversas formas de habitar y conocer ya no existieran. Pero este vacío es producto de una invisibilización y estigmatización deliberada. A partir de un mapeo colectivo realizado entre los años 2012 y 2016, en el marco de la Mesa de Trabajo Autogestionada de Educación Intercultural de la Provincia de Buenos Aires, se identificaron 83 comunidades indígenas pertenecientes a ocho pueblos: kolla, guaraní, qom, mapuche, quechua, mocoví, tehuelche y wichi (Rosso, 2018). Este relevamiento muestra cifras diferentes a las registradas por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas en la provincia, que en la actualidad reconoce a 51 comunidades representantes de seis pueblos. En este sentido, el mapeo da cuenta de la existencia innegable de pueblos indígenas en la provincia, visibiliza una gran diversidad de prácticas y la constante lucha por la reivindicación de sus derechos, en el marco de procesos de reemergencia y resurgimiento indígena (*sensu* Lazzari, 2017). Al respecto, también es significativo cómo se expresa la presencia e historia indígena en la gran cantidad de topónimos de ciudades, parajes rurales, lagunas y puntos geográficos con los que nos encontramos durante el desarrollo de nuestros trabajos de campo, por ejemplo, el Siasgo, Cacharí, Chascomús, Chala quilca, Jagüel, Quequén, Lyo-Mahuida, Tandil. Incluso, la información genética de poblaciones de distintas ciudades de

la provincia de Buenos Aires da cuenta de un importante componente indígena actual (Carnese, 2019).

Contextos urbanos

El mencionado mapeo también visibiliza la condición urbana preponderante de estas comunidades y ratifica la diversidad como característica intrínseca de la configuración territorial pasada y presente (Rosso, 2018). En los contextos urbanos, es frecuente que quienes se reconocen como indígenas se enfrenten a prejuicios estigmatizantes basados en actitudes racistas, o que se les desconozca su identidad por no ajustarse a las representaciones estereotipadas sobre lo indígena (Tamagno, 1991). Frente a ello, los objetos arqueológicos se presentan como elementos que contribuyen a recuperar las memorias de largo plazo asociadas con la reivindicación y la construcción de ancestralidad en relación con un presente dinámico y un futuro deseable.

Centro de Interpretación Indígena

Podemos mencionar dos casos como ejemplo. Uno es la fundación del Centro de Interpretación Indígena "El Antigal" en la localidad de San Pedro, en 2009. Impulsado por la comunidad Lma Iacia Qom, este espacio fue inicialmente gestionado para efectivizar reclamos por la salvaguarda de materiales arqueológicos hallados en el partido que iban a ser depositados junto a restos fósiles en el Museo de Historia Natural y Paleontología local. Para los representantes de la comunidad esta asociación resultaba inaceptable porque sitúa su historia en una narrativa naturalista que remite a animales extintos. Su reclamo implicó discutir las representaciones hegemónicas que invisibilizan la historia indígena en la provincia dando cuenta de su antigüedad y su vínculo con el presente. En la actualidad, este espacio es sede de múltiples actividades orientadas a "conservar y expresar la cultura indígena, articulando la investigación y rescate de su historia con los reclamos por autorreconocimiento y fortalecimiento de la identidad" (Salerno y Leiva, 2017, p. 25). Allí se realizan talleres de educación intercultural en articulación con instituciones escolares y se desarrollan proyectos en colaboración con otras comunidades indígenas y no indígenas (Romero *et al.*, 2016). Además, desde el año 2017, funciona el Centro de Salud Intercultural "Dalagaic piogonac". Las colecciones de materiales arqueológicos que se conservan y ponen en valor en este espacio, se fueron ampliando a partir de donaciones de otras comunidades indígenas.



Figura nº 5. Inauguración del Museo Autónomo de Gestión Indígena en Punta Querandí, partido de Tigre, Buenos Aires, 2017. Fuente: Archivo particular de Celeste Picoy.

Comunidad Indígena Punta Querandí

El otro caso es el de la Comunidad Indígena Punta Querandí del partido de Tigre. Su origen se vincula a un movimiento de reivindicación por un territorio reconocido y vivido como ancestral debido a que allí se encontraron objetos ar-

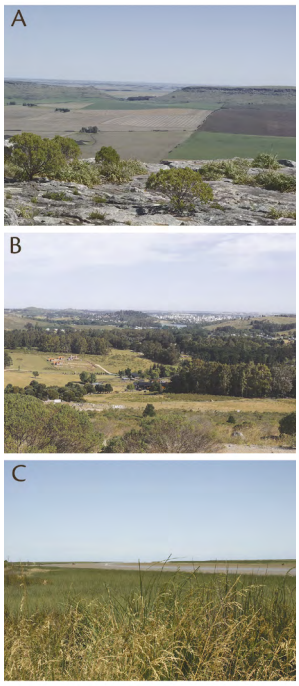



Figura nº 6. Tres paisajes estudiados. a) vista desde el sitio arqueológico Cerro el Sombrero Cima hacia el abra de Puerta del Diablo en Sierra Larga (partido de Lobería); b) vista desde el circuito turístico municipal "Cristo en las Sierras" hacia el centro urbano de Tandil; c) vista del río Salado llegando a la desembocadura (partido de Lezama).

queológicos. El reclamo fue iniciado en 2004, en un momento de reconfiguraciones territoriales impulsadas por la instalación de megaemprendimientos inmobiliarios privados que implicó el desalojo de personas, la remoción de estructuras y sitios arqueológicos y la consecuente destrucción del ambiente del humedal. En este contexto, Picoy (2020) da cuenta del modo en que el vínculo construido a partir de una experiencia de lucha sostenida por más de quince años permitió movilizar saberes, experiencias, memorias, prácticas y espiritualidades indígenas, dando lugar a procesos de identificación y autorreconocimiento de familias de distintos pueblos originarios y residentes no indígenas del lugar. El territorio fue renombrado "Punta Querandí" y reivindicado como espacio "comunitario, ancestral, sagrado y educativo de los pueblos originarios". Al igual que en El Antigal, se diseñó un lugar para conservar y gestionar las materialidades indígenas.

Ambos casos dan cuenta de la potencia de los materiales arqueológicos como dispositivos de la memoria que motivan trayectorias subjetivas y pueden configurar nuevos sentidos territoriales. En el marco de procesos de lucha más amplios, las personas involucradas encontraron en ellos otras herramientas para sumar a la disputa por el autorreconocimiento y fortalecimiento identitario, y les permitieron reposicionarse frente al estado municipal y provincial, a la vez que discutir públicamente los estereotipos estigmatizantes.

## *Lugares, objetos y prácticas conectadas*

A continuación, nos detendremos en algunos ejemplos estudiados mediante entrevistas y observaciones antropológicas trabajadas con habitantes de distintos sectores y localidades de las sierras de Tandilia (Lobería y Tandil) y de la depresión del río Salado (Chascomús, Ezeiza, General Paz, General Belgrano, Lezama, Lobos, Las Flores, San Miguel de Monte). En ellos, ciertos aspectos de la vida cotidiana antes de la conquista han sido revividos en formas de prácticas en el paisaje, sobre la base de la reutilización de lugares, objetos y sus procesos de creación. En ocasiones, en el marco de estas diferentes prácticas, se movilizan sentidos respecto del pasado que impactan en las configuraciones territoriales del presente.

### Tandilia

En la porción centro oriental de Tandilia, la información arqueológica recuperada en más de setenta sitios da cuenta de cómo en el pasado los cerros y la llanura circundante constituyeron un espacio continuo que ofrecía una amplia variedad de microambientes visitados y habitados (Flegenheimer *et al.*, 2015). De acuerdo con los objetos hallados y los diversos estudios realizados, resulta posible pensar los movimientos y las relaciones de las personas en ese entorno serrano como parte de sus prácticas habituales. La posibilidad de ofrecer una materia prima básica como la piedra, reparo, sectores amesetados en altura con buena visibilidad y en algunos casos beneficios sonoros, la presencia de vegetación específica y la movilidad de estos grupos probablemente hayan sido algunos de los aspectos que motivaron esa cotidianidad (Mazzia, 2010/2011).

En el presente, observamos que las diferentes personas entrevistadas se relacionan de diversas maneras con el paisaje serrano. Quienes habitan espacios rurales y urbanos de las sierras de Lobería mantienen una relación de mayor distancia con los cerros; estos resultan un espacio alejado de la vida cotidiana, un telón de fondo marcadamente separado de la llanura y, en ocasiones, considerado inaccesible o peligroso. La propiedad privada de la tierra, y más aún de las sierras, representa uno de los mayores obstáculos para recorrerlas (Mazzia y Elichiry, 2015). Estas experiencias contrastan con las registradas en el partido de Tandil. Allí, las sierras son un paisaje cotidiano con el que se mantiene una relación fluida, ya que se incluyen en la traza urbana: se recorren y habitan como parte de actividades laborales, recreativas, deportivas y educativas. También son espacios de disputas sociales por intereses diversos: turismo, construcción hotelera y de residencias, explotación minera, agrícola y ganade-

ra, proteccionismo socioambiental y derechos ciudadanos. En este contexto, la propiedad privada de los cerros no necesariamente implica la imposibilidad de acceso (Arislur, 2017).

Helecheros en Lobería

Sobre las diversas formas en que se habitan las sierras en la actualidad, resultan significativas las experiencias de los helecheros que trabajan en Lobería. Son las únicas personas de la localidad que recorren las sierras diariamente recolectando helechos *Rumohra adiantiformis,* que crecen naturalmente en las laderas, para su comercialización. A diferencia de lo que sucede con otres residentes de este territorio, para ellos el ascenso y el descenso a los cerros no implican un esfuerzo diferente al necesario para el resto del trayecto; las sierras no son un obstáculo ni un desafío, son simplemente el espacio en el que cortan helechos (Mazzia y Elichiry, 2015). Entendemos que esta actividad, aunque en otro marco de sentidos, puede pensarse en continuidad con aquellas documentadas arqueológicamente y nos permite reflexionar sobre la vigencia de experiencias corporales en las sierras, vinculadas en particular con el aprovechamiento de vegetación nativa. Es importante aclarar que aún no contamos con evidencia arqueológica específica de utilización de la especie de helecho mencionada.




Figura nº 7. a) Helecheros trabajando en las sierras; b) la especie recolectada, *Rumohra adiantiformis.*

Caza del coipo

De la misma manera, otras actividades documentadas en el territorio nos llevan a pensar en continuidades relacionadas con el trabajo alfarero y la caza del coipo (también conocido como falsa nutria) cuyas evidencias arqueológicas se remontan a los últimos milenios antes de la conquista. Es una práctica registrada en las cuencas del Paraná y del río Salado que involucró extensas redes sociales y económicas. Durante mucho tiempo se realizó un aprovechamiento integral de este recurso: carne, pieles, huesos y dientes, para el consumo y la elaboración de artefactos para el grupo y para contar con bienes de intercambio (Escosteguy y Salerno, 2010). A comienzos del siglo XIX, los cueros de coipo eran una mercancía que circulaba desde Buenos Aires hacia Europa y Norteamérica. La caza de estos animales para consumo propio y para la venta de pieles continúa siendo impulsada en la actualidad por mujeres y hombres que se denominan "nutrieros". A diferencia de los helecheros de Lobería, esta es una actividad secundaria que complementa sus trabajos principales, generalmente insertos en la economía informal y vinculados con las faenas rurales y el trabajo doméstico en estancias. Pero un punto en común entre ambos es la dificultad de acceso a los terrenos debido a la propiedad privada. Este aspecto es hoy uno de los principales obstáculos y, junto a otros factores, contribuye a su marginalidad, que se hace presente en el marco informal en que se desarrollan, en la consecuente ausencia de derechos y garantías laborales y también en la representación peyorativa de ciertas personas sobre estas prácticas.




Figura nº 8. Actividades vinculadas con la caza del coipo en partido de Las Flores. a) procesamiento de la presa, 2007; b) retirando presas de las trampas, 2008. Fuente: Archivo particular de Paula Escosteguy.

Alfarería

Por su parte, la alfarería fue una práctica social ampliamente desarrollada en diferentes áreas y tiempos del actual territorio bonaerense que continúa vigente en el marco de diversos proyectos y contextos. En la depresión del Salado, la información arqueológica de más de treinta sitios permite afirmar que la cerámica fue elaborada por expertos ceramistas con barros locales disponibles en las barrancas del río y las lagunas (González *et al.*, 2012). Además, esta tecnología jugó un papel importante en la conformación de redes de intercambio entre grupos (por ejemplo, Frère, 2015). En la actualidad, la tecnología cerámica continúa desarrollándose en instituciones locales y en proyectos autogestionados dirigidos a su enseñanza, producción, exhibición y venta de obras (Salerno *et al.*, 2018). A partir de observaciones y entrevistas, conocimos a varios grupos de ceramistas que trabajan con barros locales y aplican técnicas prehispánicas. En algunos casos, la indagación de estos procesos tecnológicos se desarrolló a partir del trabajo articulado con las arqueólogas que trabajan en el área. En conjunto, para estas personas, los fragmentos arqueológicos, sus imágenes (fotografías y dibujos) y la información respecto de los procesos de producción son utilizados como modelo e inspiración. En este recorrido, la dimensión sensorial de la materia se articula con aspectos emotivos y subjetivos que conjugan diversos valores simbólicos y sociales referidos al paisaje del río Salado, el pasado indígena y el presente. Entonces, en el marco de estas prácticas, el pasado indígena local se reelabora en y desde el presente y la cerámica arqueológica se configura en un objeto patrimonial valorado por las identidades e historias que representa, por su estética y por las nuevas relaciones que moviliza (Salerno, 2018).




Figura nº 9. A) Seminario de ollas de barro, General Paz, Buenos Aires, 2018. Fuente: Archivo particular de Lorena Cañardo. B) extracción de arcilla en el río Salado, General Belgrano, Buenos Aires, 2019. Fuente: Archivo particular de Josefina Granara.

Apropiación privada de bienes patrimoniales

Finalmente, otro tipo de práctica común se relaciona con diversas formas de apropiación privada de los objetos arqueológicos. Como mencionamos anteriormente, la mayoría de los sitios donde trabajamos se encuentran en espacios rurales, dentro de campos privados, o en bordes de lagunas y ríos. Estos lugares son habitados por personas que transitan su vida junto a los materiales arqueológicos (trabajadores rurales y sus familias, dueños de campos, transportistas, pescadores) y que en distintas oportunidades deciden conservarlos e incluirlos en el marco de múltiples prácticas. Desde la arqueología, estas actividades se consideraron vinculadas al coleccionismo y a quienes las practican se les llamó 'coleccionistas', incluso en oposición al modo en que las personas conciben sus relaciones con los objetos. Esta categoría invisibiliza una heterogeneidad de intereses, tensiones e incluso materialidades (Arislur, 2017; Salerno, 2018). Los materiales, en ocasiones, son entendidos como amuletos, recuerdos familiares, tesoros, objetos que testimonian memorias. Otros, a su vez, forman parte de experiencias que unen espacios, identidades y proyectos colectivos que superan los objetivos de la mera acumulación. Algunos funcionan como vehículos de aproximación y reivindicación del pasado indígena local, mientras que otros quedan fuera de lo entendido como objeto y sitio arqueológico. Por ello, lo que la arqueología y el Estado entienden como un bien patrimonial es una entidad cambiante que debe ser definida cultural e históricamente (Salerno, 2013). Desde una perspectiva histórica, las relaciones entre la comunidad arqueológica y estas personas fueron más o menos cercanas en función de concepciones positivas o negativas: huaqueros, informantes, ayudantes de campo, fundadores de museos locales, etc. (Pupio, 2012). Desde la implementación de la Ley n° 25.743, quedó formalmente definido su lugar relegado en la producción del conocimiento arqueológico. Además, la legislación pone en primer plano las tensiones que estas prácticas de apropiación privada conllevan frente a la gestión patrimonial de los objetos.

En una visión de conjunto, los ejemplos mencionados nos conducen a reflexionar sobre otros modos en que lugares, objetos, prácticas y algunos sentidos relativos al pasado indígena se hacen presentes en el actual territorio bonaerense. Estas experiencias permiten revisar la desvinculación entre gran parte de la población actual y el pasado indígena, dando lugar a nuevas formas de entender la diversidad social y cultural presente. Desde este lugar, consideramos necesario reflexionar sobre la forma en que construimos conocimiento arqueológico en la región, con quiénes y para quiénes.

## *Síntesis y reflexiones sobre las construcciones históricas*

A lo largo del capítulo, retomamos distintos procesos del pasado para observar la diversidad de formas en que se expresan en el presente. Entre ellos, mencionamos la construcción de narrativas históricas nacionalistas que crean una identidad homogénea para el territorio argentino con una base material y simbólica enmarcada en el Estado-nación. También resaltamos cómo, en esa construcción identitaria nacionalista, en la región pampeana se incluye a sectores de inmigrantes y prácticas de carácter tradicionalista, a la vez que se sostiene una desvinculación entre gran parte de la población actual y el pasado y presente indígena. Por esta razón, las materialidades "arqueológicas" suelen ser abordadas como objetos relativos a la historia de otros que ya no son parte del territorio. Sin embargo, existe un gran cúmulo de información, experiencias y materialidades que dan cuenta de esa existencia, historicidad y continuidad indígena en el espacio: en datos oficiales (censos indígenas), a partir de construcciones y relevamientos colectivos (como la MTAEI y su cartografía social), en la toponimia de la región, en la información genética actual y en casos de reivindicación territorial indígena (Centro de Interpretación Indígena El Antigal y la Comunidad Indígena Punta Querandí).



Figura nº 10. Biblio-Casilla. Proyecto interactivo de circulación de conocimientos llevado a cabo por poblador local huerquen winca de la Comunidad Vicente Catrunao Pincén, donde se ponen en relación prácticas, conocimientos y objetos indígenas, Tandil. Fuente: Archivo particular de Vicente Catrunao Pincén.

También observamos cómo los materiales en los que se basan las investigaciones y las narrativas que se construyen a partir de ellos refieren a territorios que no necesariamente coinciden con los límites geográficos y jurídicos que regulan la práctica arqueológica. En ese sentido, el carácter nómade de los grupos humanos que habitaron desde hace 12.000 años la región pampeana, así como sus redes sociales amplias de circulación de objetos e ideas, superan las fronteras construidas por la historia del siglo XIX, las fronteras estatales actuales de las provincias y, dentro de ellas, las áreas de investigación.

En el marco de los casos de estudio también recuperamos prácticas sociales del presente que se vinculan con algunas materialidades estudiadas por la arqueología (objetos y paisajes). Entre ellas, la apropiación de técnicas alfareras prehispánicas por parte de ceramistas, la práctica de la caza del coipo, las experiencias en el territorio serrano a partir de la recolección de vegetales y la multiplicidad de sentidos que atraviesan la apropiación y recolección de materiales arqueológicos por parte de aficionados en la zona. En algunas de ellas, las personas intencionalmente resignifican aspectos del pasado. En otras, en cambio, sólo reflejan la

continuidad de las prácticas en un mismo espacio territorial a lo largo del tiempo, expresando, a la vez, su carácter marginal.

Todas estas experiencias dan cuenta de historias situadas que incluyen comunidades indígenas y no indígenas que habitan hoy en la región pampeana. En ellas se expresa la diversidad cultural existente en esta región, las distintas formas de acción territorial y la regulación en las formas de habitar y ser. En este presente diverso, observamos cómo se reproduce una desigual distribución de poderes que condiciona la posibilidad de construir imaginarios colectivos. Desde este contexto, planteamos que el pasado no es único ni unívoco, acumula una multiplicidad de vivencias experimentadas por distintos grupos sociales y personas que motivan procesos de memoria e identificación en los que algunos relatos son contados, mientras que otros se silencian.

En suma, con este trabajo buscamos poner en tensión las narrativas hegemónicas sobre el pasado del territorio pampeano, prestando atención a los procesos de subalternización e invisibilización que promueven en el presente, sobre todo respecto de las poblaciones indígenas. Desde una mirada arqueológica, y sobre la base de información que proviene de distintos campos de conocimiento (histórico, etnohistórico, geográfico, junto con narrativas orales, conocimientos indígenas y locales), reflexionamos sobre ciertas materialidades, prácticas y experiencias locales que desafían esos discursos monolíticos.

Desde este lugar, entendemos la arqueología como una disciplina que permite pensar en memorias más profundas que las que oficialmente se visibilizan, motivadas desde materialidades tan diversas como son los objetos, los cuerpos, los paisajes, sus territorios y prácticas. Creemos en la potencia reflexiva del cuestionamiento a los límites temporales y espaciales que se fijan como mitos de origen de ciertas identidades hegemónicas a partir de procesos más o menos explícitos y que influyen en la construcción de nuestro ser en el territorio. Un ejemplo discutido en este capítulo es el de la invisibilidad de la profundidad temporal de la historia indígena en la provincia de Buenos Aires. El ejercicio de repensar qué es la arqueología, cómo se desarrolla, desde qué territorios, y con quiénes y para quiénes se construye lo que conocemos sobre el pasado es fundamental. Esta necesidad atiende al reconocimiento del carácter político de toda construcción académica y, en particular, a la visibilización y usos del pasado.

# LA ETAPA COLONIAL

## EL RÍO DE LA PLATA EN EL MUNDO AMERICANO

### Conquista de América

La conquista de América emprendida por los europeos estuvo lejos de ser un proceso uniforme. Las razones de las diferencias que pueden reconocerse en este proceso son muchas y para dar cuenta de ellas es necesario considerar tanto las particularidades de las monarquías que llevaron a cabo la conquista como la diversidad de las sociedades y de los territorios que buscaron dominar. La Corona española, en particular, organizó un sistema de gobierno complejo y lo fue modificando en función de las necesidades que la dinámica social y política iba presentando. Los territorios conquistados fueron organizados en virreinatos, gobernaciones y capitanías y se crearon instituciones para organizar el gobierno, la administración de justicia, el comercio o para recaudar impuestos. La Corona portuguesa, por su parte, ejerció el poder sobre sus colonias en Brasil de manera menos directa a través de puertos costeros y por medio de autoridades que tenían muchas dificultades para controlar un territorio muy extenso. Mucho más indirecto fue el dominio inglés, ya que cada una de las colonias que se fueron fundando actuaba con mucha autonomía respecto de la Corona británica.

### Diferentes tipos de dominación

Otra razón de las diferencias entre las potencias europeas fue resultado del tipo de actividad económica que cada una organizó en América para acumular riquezas. Algunas de ellas, como la producción minera, exigieron penetrar en zonas del interior de Hispanoamérica y organizar una forma más estable de control de los trabajadores indios y de la plata extraída. Las plantaciones de azúcar del Brasil requirieron sólo un poblamiento costero. Por su parte, el tipo de actividad desarrollada por los ingleses, franceses y holandeses en el tráfico de pieles de castor hacía innecesaria cualquier forma de gobierno más estable por el tipo de alianzas que establecían con las poblaciones indígenas locales.

De tal modo, los tiempos y las formas de conquista no fueron similares a lo largo del continente. Algunos espacios fueron conquistados rápidamente y las poblaciones nativas fueron sometidas a regímenes de trabajo muy extenuantes. En otras regiones, el control europeo debió hacer frente a una tenaz resistencia indígena que llevó muchos años de enfrentamientos; y también existieron territorios que se mantuvieron bajo el dominio de las poblaciones indígenas hasta finales del siglo XIX.

### Dominación y pueblos indígenas

Estas diferentes formas de dominación derivaron, en consecuencia, en distintos tipos de relación con los pueblos indígenas. En general, la reacción de los grupos nativos fue de resistencia ante la presencia de los conquistadores que querían ocupar sus territorios. Esta situación provocó fuertes enfrentamientos y una alta mortandad entre los grupos indígenas. En ocasiones, los europeos obtuvieron la alianza de algunos grupos nativos que fue fundamental para asegurar la conquista; en otros casos, se logró una convivencia pacífica y, a través de diversas formas de contacto, se produjo el mestizaje biológico y cultural de las poblaciones.



Figura nº 1. Detalle en pintura mural de Bonampak, Chiapas, México, Ricardo David Sánchez, 2007. Fuente: Archivo particular de R. D. Sánchez.

Alianzas entre indígenas y españoles

En los viajes de conquista que llegaron al noroeste del actual territorio argentino, también hubo grupos de indios aliados a los españoles. Desde su salida desde el Perú, el grupo que inició la conquista del espacio contó con la participación de indios que habían pertenecido a las principales familias del imperio inca. Con la presencia de estos aliados, los españoles esperaban mostrar a las poblaciones indígenas que la forma de dominio se mantenía aunque hubieran cambiado las principales autoridades. La estrategia fue exitosa, ya que los pueblos de la región de la Puna abastecieron a los conquistadores con los alimentos depositados en los almacenes que eran utilizados tradicionalmente para el pago de los impuestos al imperio. En el caso de la conquista del Paraguay, los guaraníes debieron aceptar una poco conveniente y asimétrica alianza con los españoles luego de ser vencidos por éstos y motivados por la ilusión de enfrentar a sus antiguos enemigos, los guaycurúes chaqueños.

Sin embargo estas alianzas también fueron muy frágiles y dependían de la habilidad de los españoles para relacionarse con los jefes indígenas. Si un nuevo jefe español decidía no mantener los acuerdos que había realizado su antecesor, la alianza corría el peligro de romperse. Un ejemplo de ello fue el gran levantamiento de 1562 cuando, luego del desplazamiento del gobernador del Tucumán, Pérez de Zurita, se desconocieron los acuerdos que este gobernador había realizado con algunos grupos indígenas. Otros ejemplos, sin ir más lejos, fueron las primeras tentativas de conquista de las costas rioplatenses: primero la expedición de Juan Díaz de Solís de 1516 y luego la "primera" fundación de Buenos Aires de Pedro de Mendoza en 1536, ambas experiencias fallidas debido al asedio de los grupos indígenas.

Río de la Plata

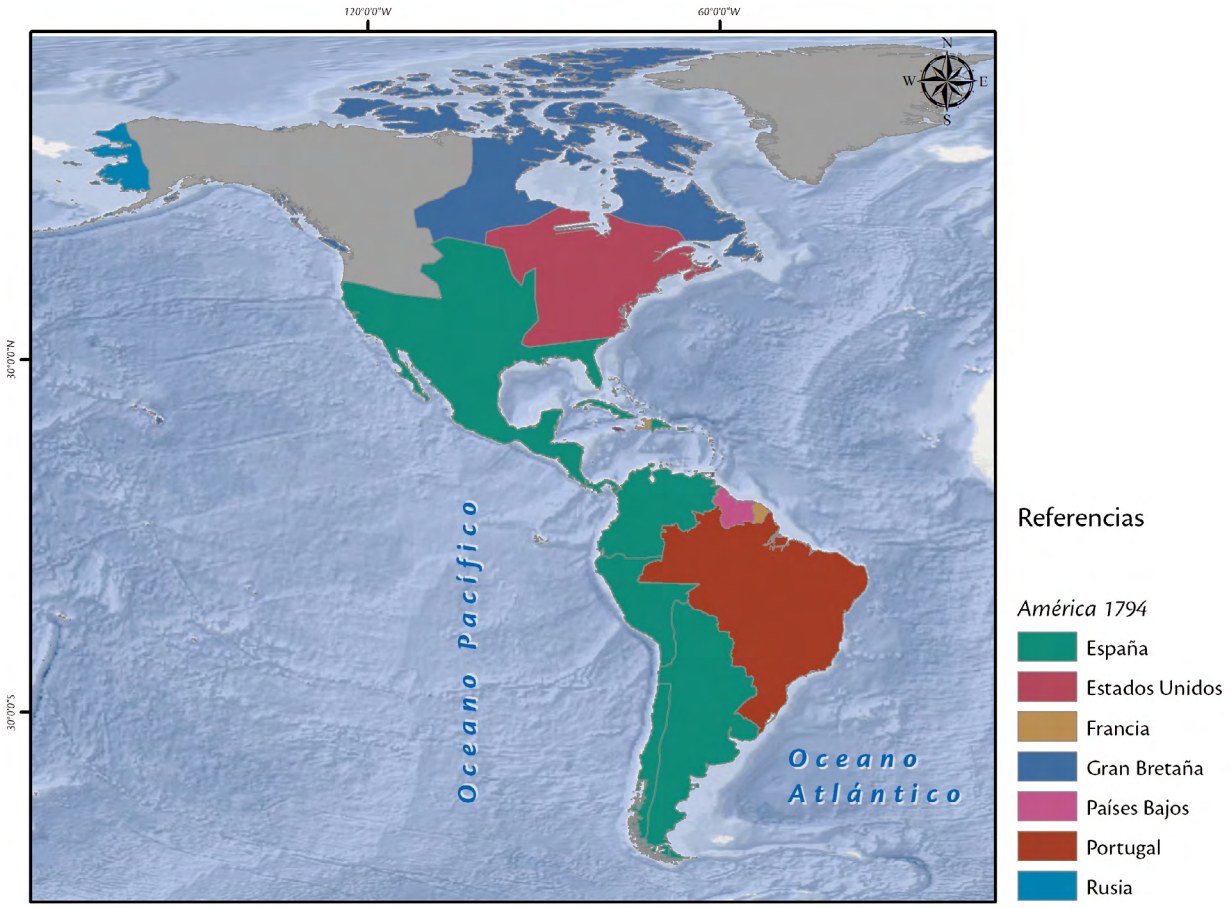
El Río de la Plata fue una de las últimas regiones conquistadas en la primera etapa de la conquista española y la fundación de las primeras ciudades estables fueron consecuencia de expediciones provenientes del Perú (como Santiago del Estero, Tucumán y Córdoba), Chile (Mendoza y San Juan) o del Paraguay (Santa Fe, Corrientes y Buenos Aires). La actual Argentina formó parte del Virreinato del Perú (gobernaciones del Tucumán y del Río de la Plata) hasta 1776, cuando se creó el Virreinato del Río de la Plata, cuyos límites tampoco coinciden con los de nuestro actual país. En este territorio, dividido en intendencias, gobernaciones y capitanías, pueden reconocerse a grandes rasgos las regiones del Alto Perú (que hoy pertenece a Bolivia), el Paraguay (con su intendencia y el gobierno militar de las antiguas misiones jesuíticas), el Interior (las intendencias de Córdoba y Salta del Tucumán) y el Litoral (la intendencia de Buenos Aires y el Gobierno militar de Montevideo).

La región, que luego –y atravesando un largo y disputado período– incluiría a la Argentina, adoptó perfiles y formas diversas a lo largo de los siglos colonia-

les: el territorio no fue el mismo, su población varió en tamaño y distribución y los ejes de su economía también se transformaron. El lento y trabajoso proceso de construcción de un orden social y político, que no puede eludir el control de los territorios y el establecimiento de gobiernos locales, tiene una historia en la que intervienen los monarcas de distintas casas reales, burócratas con diseños políticos diversos, varones y mujeres esclavizados y comunidades indígenas que vieron alteradas sus cosmovisiones.

Pese a que las personas que habitaron este territorio se encontraban muy lejos de imaginar la forma de la actual Argentina, muchas veces su historia ha sido presentada como un "antecedente" de ésta. Tal manera de concebir la historia del período colonial dificulta la comprensión de los procesos sociales que tuvieron lugar en la extensa región del Río de la Plata desde finales del siglo XVI hasta principios del XIX.

Mapa nº 1. Mapa de América colonial, dominios y distintas potencias (fines del siglo XVIII).




## LAS RELACIONES COLONIALES

Los intentos de los europeos por controlar más regiones y más poblaciones indígenas no se detuvieron con la conquista. Por eso es posible reconocer tentativas para incorporar tierras, recursos naturales y poblaciones nativas por parte de las distintas potencias europeas a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Algunos de sus grandes fracasos se deben a la firme oposición de los grupos indígenas. Esto sucedió en gran parte del continente desde el sur de Chile hasta las selvas amazónicas y las grandes praderas de Norteamérica.

### "Colonización" de América

Sin embargo, incluso en las zonas donde la conquista fue más rápida –como México y Perú– pasaron años, incluso décadas, hasta que los europeos –en este caso los españoles– encontraran aquello que venían a buscar: oro y plata. Una vez que los grandes yacimientos mineros mostraron la capacidad para producir metales preciosos y para enriquecer a los empresarios y a la Corona, desde mediados del siglo XVI comenzó un proceso denominado "poblamiento" o "colonización" de los territorios conquistados.

Esta nueva etapa hizo necesario que se perfeccionaran las formas de gobierno y los sistemas de navegación encargados de transportar las riquezas extraídas de América. Al mismo tiempo, para producir estas riquezas se necesitaba una gran cantidad de trabajadores y para ello se recurrió a las poblaciones indígenas y a los esclavizados africanos.

### *Los productos coloniales: la plata*

En un principio, antes que los españoles encontraran los grandes yacimientos mineros que luego producirían las grandes riquezas americanas, los conquistadores se apoderaron del oro y la plata de distintas maneras: por medio del saqueo de objetos fabricados con estos materiales por los indios (muchos de ellos con fines rituales) y también lo recolectaron en estado natural en el lecho de los ríos.

La producción de plata de Potosí se mantuvo durante todo el período colonial, aunque en buena parte del siglo XVII descendió mucho respecto a su volumen. En las primeras décadas del siglo XVIII, se recuperó, si bien nunca llegó al nivel de producción del siglo XVI. Además, la Corona empezaba a mirar con más entusiasmo otra zona de América: Nueva España, en los territorios de México actual.

Producciones económicas en Nueva España

En México, a diferencia de Perú, no había un gran yacimiento de plata del tamaño y la riqueza de Potosí, pero había varios muy ricos como Zacatecas o Guanajuato. Otra diferencia es que las zonas mineras de Nueva España se encontraban situadas en un área donde no había una población indígena concentrada y estable, como era el caso de Potosí. Por este motivo, aunque no faltaron formas de trabajo forzadas como la esclavitud o el *coatequil* (de características similares a la mita), los empresarios mineros debieron atraer a los trabajadores –en su mayoría libres– con mayores salarios. La zona intermedia entre la capital del virreinato y los centros mineros se convirtió en un área de producción agrícola –sobre todo de maíz–, denominada el Bajío, cuya población era en su mayoría mestiza.

Producción minera en Potosí

En el caso del área andina –actuales Perú y Bolivia–, las minas de Potosí fueron puestas en producción desde 1545 –aunque previamente el yacimiento había sido explotado en tiempos prehispánicos– y a partir de ese momento no cesó la circulación de personas que se acercaban al Cerro Rico con diferentes objetivos. La mayoría de ellos fueron indígenas. Hasta la década de 1570, la producción de plata estuvo controlada por los indígenas, quienes conocían la tecnología para su extracción y para su refinamiento. Con la llegada del virrey Toledo, en 1570, cambiaron bastante las cosas. Una serie de reformas que buscaban aumentar las ganancias para la Corona –como la obligación de tributo en dinero y la creación de numerosos pueblos de indios– incluían la minería. Una de ellas fue la introducción de una nueva técnica para refinar la plata –la amalgama con mercurio– que desplazó a los indígenas a las tareas menos especializadas.

Mita minera

Otra de las medidas del virrey Toledo fue la generalización de la mita minera. La *mita* era una institución que existía antes de la llegada de los españoles. Entre los incas era una prestación de trabajo por turno que debían cumplir los hombres casados entre los dieciocho y los cincuenta años (menos los jefes de las comunidades, quienes debían garantizar esa cuota de trabajo). Pero el trabajo que realizaban beneficiaba a todos, ya que los mitayos (los hombres que cumplían con la mita) construían puentes y caminos y, además, el inca los vestía y alimentaba mientras duraba su turno de trabajo.

La *mita* minera "a la española" era bastante diferente y en la práctica se transformó en trabajo forzado. Porque una cosa es lo que establecían las diferentes disposiciones sobre este tema y otra muy distinta lo que sucedía en la práctica. Por ejemplo, en teoría los mitayos debían cobrar un salario, tener días de descanso y también se les debía costear el viaje. En la práctica fue la comunidad del mitayo y su familia –que se trasladaba hasta Potosí y se instalaba en las cercanías de la ciudad– quienes alimentaban al mitayo en los tiempos de trabajo y en los de descanso. Así, alrededor de trece mil trabajadores indígenas forzados con sus familias migraban cada año para trabajar en el Cerro Rico de Potosí.




Figura nº 2. Cerro Rico de Potosí, Grabado de Bernard Lens, 1715.
Fuente: Herman Moll, *Map of South America*, London *c.* 1715.

Producciones subsidiarias

La producción minera de Potosí y la actividad administrativa y comercial que tenía lugar en Lima –capital del único virreinato en Sudamérica hasta mediados del siglo XVIII– estimularon el desarrollo de otras producciones y actividades económicas en una amplia región. Ambas ciudades se convirtieron en centros de consumo de distinto tipo de productos provenientes de diferentes regiones del virreinato. Llegaban así a Potosí las mulas de las zonas rurales de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba que resultaban necesarias para poner en movimiento las distintas maquinarias que refinaban la plata y la convertían en moneda o en lingotes para ser exportados. También se compraban tejidos de Quito, yerba mate de la zona de las misiones jesuitas del Paraguay y vinos de Arequipa.

Así se fue formando un amplio espacio económico organizado a partir de las necesidades de Potosí –el espacio peruano, como lo denomina Assadourian (1987)–, ya fueran aquellas vinculadas a la producción de la plata como las relacionadas con la vida cotidiana de la numerosa población que la habitaba. A partir de Santiago del Estero, se fueron extendiendo una serie de poblaciones que crecían al calor de la demanda de distintos productos por parte de las minas altoperuanas.

Asimismo, las distintas regiones intercambiaban sus productos entre sí, aunque no siempre este comercio interregional o local estuviera permitido. Así, por ejemplo, Perú exportaba vino, mercurio y plata hacia México y Filipinas; Guayaquil vendía cacao a Nueva España y Chile exportaba trigo a Lima.

### *Comercio y monopolio*

Pero como lo que más le interesaba a la Corona española era la producción y luego el comercio y el transporte de lo que denominamos productos coloniales: la plata, el oro o la grana cochinilla. Este comercio intercontinental se organizó en forma de monopolio, sistema en el que los intercambios sólo podían realizarse dentro de los límites que fijase el rey y en el que se excluía todo tipo de competencia extranjera. Para ello la Corona española, desde 1560, determinaba quiénes eran los comerciantes autorizados y establecía que este comercio debía realizarse a través de las flotas que circulaban por las rutas obligatorias y en los puertos habilitados. Además, estos barcos eran escoltados por navíos de guerra o galeones.

Flotas y galeones

El sistema de flotas y galeones buscaba garantizar un tráfico regular y seguro entre España (a través de su principal puerto de ultramar, Sevilla, y luego

Cádiz) y los puertos americanos. Debían salir dos veces al año: partían desde Sevilla, llegaban al Caribe y allí, en La Habana (Cuba), se dividían, una ruta se dirigía a Veracruz en México y las mercaderías se distribuían por el virreinato de Nueva España y la otra se dirigía a Cartagena y Nombre de Dios en la actual Panamá (que más tarde, en 1597 cambió por Portobelo) y luego al puerto de El Callao, en Lima. Como puede verse, los destinos principales eran México y Lima, las capitales de los virreinatos y las zonas de producción de plata más importantes de América.

En los puertos, luego de la llegada de las flotas y los galeones, se llevaban a cabo las ferias –como la de Jalapa en México– donde se realizaban los intercambios bajo la vigilancia de las autoridades coloniales para evitar que los extranjeros introdujeran sus mercancías y la plata tomara otro rumbo que no fuera España.

Contrabando comercial

Con el tiempo, las flotas empezaron a espaciarse y a veces no llegaba un barco oficial a América durante varios años. Y fue muy difícil concretar que el comercio con América fuera exclusivamente español, es decir, sostener el monopolio. La necesidad de productos por parte de los habitantes de América hizo que se abastecieran por su propia cuenta con quien primero se acercase a sus costas dispuesto a satisfacer sus necesidades. En otras palabras, así acudían al comercio ilegal o contrabando con otras potencias. La institución que controlaba el comercio con América en España era la Casa de Contratación de Sevilla. Los Consulados eran las asociaciones de mercaderes destinadas a la promoción del comercio; además, tenían funciones judiciales, ya que determinados problemas se resolvían ante un tribunal mercantil.




Figura nº 3. Lámina sobre Comercio atlántico, Paula Beatriz Etcheverry, 2019. Fuente: Archivo personal de P. B. Etcheverry.

Una estrategia muy común para contrabandear era solicitar auxilio para acercar el barco a las costas por un supuesto desperfecto y detenerse allí por varios días. En estas "arribadas forzosas", como se las llamaba en la época, locales y extranjeros realizaban sus negocios.

Por ejemplo, el puerto de Buenos Aires no estaba habilitado para comerciar directamente con España, sólo podía hacerlo con Lima, al menos hasta fines del siglo XVIII. Sin embargo, durante las primeras décadas posteriores a la fundación de Buenos Aires la principal actividad de la ciudad fue el contrabando y el tráfico directo. Como plantean Fradkin y Garavaglia, "entre 1586 y 1605 se registra la entrada al puerto de Buenos Aires más de un centenar de navíos" (2009, p. 38). Si las principales mercaderías que ingresaban por el puerto eran los negros esclavizados seguidos muy de lejos por hierro, tejidos finos o aceite (entre otros productos de origen europeo), las principales exportaciones consistían en metales preciosos. Otras exportaciones –con un peso mucho menor en el conjunto de mercaderías que salían por este puerto– se componían de productos provenientes de las zonas rurales cercanas –como harinas, sebo o cueros– y su presencia muestra la paulatina puesta en producción de las tierras en las chacras y estancias que irían transformando el paisaje agrario de la campaña bonaerense.

## LAS REGIONES ECONÓMICAS

### Córdoba, Salta, Litoral

Desde fines del siglo XVI, cuando la minería altoperuana se había convertido –continuando con el modelo propuesto por Assadourian– en uno de los "polos" de atracción y ordenamiento del "espacio peruano", algunas ciudades del camino a Potosí, como Jujuy y Salta, funcionaron como etapas para la invernada del ganado vacuno y mular proveniente de Córdoba y, más tarde, de Santa Fe y Buenos Aires. Con el correr de las décadas, algunas ciudades que habían sido centrales en la articulación con Potosí, como Santiago del Estero –'madre de ciudades'– fueron desplazadas. Córdoba se fue transformando en el núcleo urbano más importante y la región más rica del interior desde el punto de vista de su producción, seguida por Salta, y ambas adquirieron una importancia decisiva en el aprovisionamiento de ganado vacuno y mular para los centros mineros. A lo largo del siglo XVIII, esta posición central en la geografía de los intercambios se consolidó al punto que, hacia fines del período colonial, cerca de la mitad del volumen del tráfico de mercaderías desde y hacia el interior pasaba por Córdoba. Por su parte, la región cuyana se encontraba articulada con esta última y el Litoral, por un lado, y con Chile, por otro lado, a partir de la venta de vino y aguardiente. En este caso, también en las décadas centrales del siglo XVIII se registra un importante aumento del tráfico mercantil y los intercambios entre Buenos Aires y el Pacífico, a través de Cuyo y Santiago de Chile, se quintuplicaron.

### Paraguay

El Paraguay, a su vez, se incorporó a estos intercambios interregionales a partir de la producción y el comercio de la yerba mate en un amplio espacio: desde Asunción, pasando por Buenos Aires y hasta Guayaquil. En este caso, se trata de un producto originario de América que –como la coca del Alto Perú o el pulque de México– se consumía con fines rituales antes de la llegada de los europeos. Luego de la conquista, se transformó en una mercancía y, a su vez, desde muy temprano empezó a ser consumida por los europeos. Garavaglia (1983), quien ha estudiado este proceso en detalle, menciona que el documento más temprano que se conoce sobre consumo no indígena de la yerba –fechado en 1594– es una carta del padre jesuita Juan Romero de la Compañía de Jesús, quien, en su relato de viaje desde Santiago del Estero hasta Asunción, descubre "horrorizado" que en la villa de Concepción del Bermejo indios y españoles por igual toman "un agua mezclada con yerba que llaman del Paraguay". Este autor también resalta otro fenómeno vinculado a la yerba: su capacidad para atravesar el conjunto de la sociedad colonial, los distintos grupos étnicos y sociales, dado que la consume el señor de indios salteño (al igual que sus indios y peones), el minero potosino, el rico comerciante de Lima o el ganadero quiteño. También advierte que, si bien el consumo de la yerba tiene la difusión social que mostramos, no por ello se dejan

de marcar las diferencias de clase. En el siglo XVII, el padre jesuita Cardiel afirma "la toman en tanta abundancia pobres y ricos, los pobres en vasos de calabazas pintadas o de palo sano y los ricos en los mismos vasos guarnecidos de plata y con bombillas de lo mismo para sorber... Los de conveniencias echan en el agua azúcar y pastillas aromáticas y los pobres y jornaleros y esclavos lo toman sin mezcla alguna" (1983, pp. 40-41).

Mano de obra indígena y esclava

No es un detalle aclarar que la producción de estas mercancías que circulaban por el amplio espacio peruano fueron elaboradas, en su mayor parte, por manos de varones y mujeres indígenas y también de esclavizados y esclavizadas (aunque esta mano de obra forzada aumentaría a lo largo del siglo XVIII). Lo hacían en distinto tipo de unidades de producción: pueblos de indios tucumanos o salteños, reducciones jesuíticas del Paraguay o estancias o chacras de la campaña de Buenos Aires.

Buenos Aires

La creciente importancia de Buenos Aires se pondría en evidencia, en primer lugar, en relación al Paraguay, con la creación de la gobernación de Buenos Aires en 1617 y la diócesis en 1620. Los territorios de las nuevas jurisdicciones civil y eclesiástica hasta ese momento eran gobernados desde Asunción, pero a partir del temprano siglo XVII, tendrían sendas sedes en Buenos Aires. En el siglo siguiente, su importancia se consolidó como consecuencia de la reorientación de las economías regionales hacia el litoral; y la creación del Virreinato del Río de la Plata, con su capital en Buenos Aires, en 1776, también expresa esa creciente relevancia. El aumento de la población de la ciudad y de su campaña circundante es una manifestación de ese movimiento que la Corona refuerza a partir de la legalización del puerto convertido, en palabras de Fradkin y Garavaglia, en una "puerta al Atlántico".




Figura nº 4. Desembarco en Buenos Aires. Fuente: R. Vega Andersen (dir), 2015. *Un viajero virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense*. Buenos Aires: Hilario. Artes, Letras & Oficios.

La ciudad porteña y, sobre todo, los partidos rurales aledaños se fueron poblando de migrantes provenientes de Catamarca, Cuyo, Santiago del Estero, Paraguay y las misiones jesuíticas. Una buena parte de ellos y ellas se convirtieron en labradores y pastores, dando lugar a una sociedad campesina en la cual era posible reconocer tradiciones y costumbres de larga data, que contradicen la imagen de "desierto" o de "nada sociológica" (Garavaglia, 1997, p. 131) que durante tantos años prevaleció acerca de la historia rural en esta región y en este período. En la descripción de Juan Carlos Garavaglia, el par ideal asociado a la imagen de desierto es el gaucho "surgido de la nada y vagante sin rumbo por esas soledades pampeanas". La nueva imagen –resultado de la acumulación de investigaciones sobre la región– revela la existencia de comunidades en formación al ritmo de la ocupación territorial, que afirmaron un tipo de producción –ganadera o cerealera– en variadas escalas, que dieron vida a distinto tipo de intercambios mer-

cantiles y participaron en la construcción de un orden institucional en el cual las instituciones eclesiásticas tuvieron un papel fundante. Esta producción historiográfica proporcionó nuevas conclusiones en cuanto a las relaciones sociales y puso de manifiesto una complejidad insospechada. Ésta está ligada a la impronta de la historiografía tradicional, para la cual existía una campaña poblada por peones y "gauchos" (hombres solos) en un territorio dominado por la gran propiedad ganadera. Por el contrario, en la región se fueron configurando diversos ecosistemas socio-agrarios en los cuales el proceso de estructuración social adquirió características diferenciadas.

Un testigo retrata Buenos Aires a principios del siglo XIX

*La Alameda, paseo público de Buenos Aires, se halla en la costa, cerca del muelle. Este paseo, ubicado en un barrio de mala fama, es indigno de la ciudad. Apenas alcanza a las 200 yardas de longitud, con arboledas de escasa altura y bancos de piedra demasiado honrados por quienes los emplean para sentarse. Los domingos por la tarde es muy frecuentado: la belleza e indumentaria de las mujeres es lo único que puede llevar a un extranjero hasta ese sitio. Otros días está casi desierto, y sólo concurrido por algunos ancianos, que como en St. James y en los jardines de Kensington, procuran huir de la multitud y recogerse en sí mismos.*

*La playa, pululante de marineros de todas las naciones, almacenes y pulperías, presenta un aspecto abigarrado. Hay tantos marineros ingleses en el puerto como para formar la tripulación de un barco de guerra. Un extranjero que viera tantas caras inglesas podría imaginar que se halla en una colonia británica. Por la noche los marineros danzan en los burdeles, al compás del violín y la flauta, causando asombro a las chicas criollas. En una de estas "pulperías" de la costa fue expuesto últimamente un cuadro que representaba el barco inglés Boyne navegando con las velas desplegadas con sus banderas, señales, etc. Los marineros ingleses llenaron el local en esta ocasión, atronando el aire con sus aplausos.*

*La tripulación del puerto es a menudo revoltosa, pero no más que en otros países. Los marineros norteamericanos, sobre todo, son muy difíciles de dominar y han promovido muchos incidentes. El capitán de un buque norteamericano que estaba para partir pidió últimamente algunos grilletes a un capitán inglés antes de hacerse a la mar para castigar a su revoltosa tripulación; le contestó el capitán que nunca llevaba en su buque tales artículos. En ninguna parte del mundo corren los armadores tantos riesgos de ser abandonados por la tripulación. [El 4 de diciembre de 1823 el barco holandés de guerra Lynix (30 cañones), llegó a Buenos Aires procedente del Pacífico. Treinta hombres desertaron durante los 19 días que permaneció anclado. Últimamente los barcos traían marinos armados que prohibían desembarcar a los marineros. La embarcación francesa de guerra Faune llegó el 11 de junio de 1824 y zarpó el 23: seis hombres desertaron. En este barco vino el almirante francés Rosamel]. Los desertores se ponen en manos de intermediarios que los esconden, haciéndose pagar por quienes necesitan, a su vez, tripulación. Algo se ha modificado en los últimos tiempos, especialmente desde que se suprimió la piratería. Muchos marineros vagan por el país, ofreciendo sus servicios, pero pronto se cansan y vuelven a su antigua profesión; estos "portuarios", como se les llama, han expresado a menudo el deseo de servir en los barcos de Su Majestad Británica que zarpan de Buenos Aires. Pero pocos o ninguno han sido aceptados.*

Un inglés, 1986. *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)*. Buenos Aires: Hyspamérica, pp. 18-19.

## LA SOCIEDAD COLONIAL: LOS MESTIZAJES

¿A qué denominamos 'sociedad colonial'? ¿Podemos trazar una caracterización única y homogénea que dé cuenta de la manera en que estaba conformada la sociedad colonial hispanoamericana durante los siglos XVI, XVII, XVIII y principios del XIX? ¿Existe 'una sola' sociedad en este período? La respuesta es negativa. Resulta imposible elaborar una descripción unívoca de una sociedad en tan vasto territorio y durante tan largo tiempo. Sin embargo, y aun reconociendo esta limitación, existen autores especializados en la etapa colonial que han podido trazar ciertos rasgos de la sociedad trascendiendo tiempo y espacio, para obtener un esquema general. Luego, cada región concreta, en un determinado tiempo, dio como resultado sociedades disímiles, con rasgos propios, a veces muy diferenciados.

Estructuración social

Así, la sociedad colonial se encontraba estructurada y regida por estrictas diferencias basadas en criterios raciales y étnicos; por eso se la caracteriza como una sociedad 'pigmentocrática', donde el color de la piel definía el lugar a ocupar en la sociedad. De forma simplificada, podrían distinguirse tres grandes grupos sociales, definidos de acuerdo con estos parámetros: los españoles (también denominados peninsulares), los indígenas y los esclavizados africanos. En la construcción del ideal social hispanoamericano, estos grupos no debían 'mezclarse' y, por el contrario, debían desarrollarse autónomamente, sin más contacto que el que impusieran los lazos de dominación. El ejemplo más extremo de ello fue, en la concepción por parte de los europeos de una sociedad que estuviera dividida

en lo que ellos denominaron "dos Repúblicas", la de indios y la de españoles, es decir, cada grupo debía vivir separado, con instituciones y autoridades propias.

Españoles

Por supuesto, los españoles o sus descendientes americanos eran quienes poseían el control gubernamental y de las diversas actividades económicas (minería, haciendas, comercio monopólico), así como de las jurisdicciones tributarias (encomiendas, corregimientos); eran los encargados de 'girar' el metálico a Europa. No obstante, dentro de este conjunto también se daban diferencias sociales: no todos los españoles amasaban fortunas, se dedicaban a redituables empresas económicas u ocupaban cargos destacados en el gobierno, sino que muchos de ellos se encontraban en una posición económica más desventajosa, se ocupaban de labores manuales o artesanales o incluso convivían junto a los pueblos indígenas. Lo que unificaba a este grupo social era el hecho de estar exentos de tributación a la Corona.



Figura nº 5. Indios en Buenos Aires, Emeric Essex Vidal, *c.* 1820. Fuente: *Pinturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video*.

Indígenas y africanos esclavizados

En relación a esto, es indudable que tanto los indígenas como los africanos esclavizados se encontraban "por debajo" de los españoles en la escala social de la colonia. Sin embargo, tampoco podemos hablar estrictamente de una sociedad de tipo piramidal; por ejemplo, algunos indígenas tenían una posición privilegiada dentro de sus comunidades, como lo eran los jefes comunales quienes gozaban de un trato especial con los españoles debido a su condición de articuladores

entre el mundo indio y el mundo peninsular. Los jefes indígenas, conocidos en la región andina como 'curacas' o 'mallkus' adoptaban muchas veces costumbres españolas (como la vestimenta o el idioma), enviaban a sus hijos a formarse en la cultura hispana, participaban y se beneficiaban de los circuitos comerciales y de la nueva economía mercantil, etc. Asimismo, dependiendo del criterio que adoptemos para estructurar la pirámide social, los africanos esclavizados podían llegar a estar mucho más cercanos a la sociedad hispano-criolla si consideramos el grado de hispanización de sus costumbres: en ocasiones los esclavizados estaban mucho más imbuidos en la cultura española que los indígenas, ya que vivían o compartían espacios de la cotidianidad con sus amos (en oposición a los pueblos indígenas que, en general, se encontraban más segregados de la sociedad española a partir de la estructuración de las "dos repúblicas").

Ejemplo de caso: la sociedad en Buenos Aires

*(...) otra zona es la del oeste de la ciudad, no tan poblada en los años 1810 pero importante en la década siguiente, cuyos ejes eran la iglesia de la Piedad y la Plaza de Lorea, un lugar de reunión popular (en un juicio de 1818 se menciona la 'multitud de gente que havia allí' y que eran comunes los juegos de naipes), por ser mercado de cereales, tener una lotería instalada en ella, más una serie de puestos de venta de verdura y varias pulperías y tiendas en su entorno'.26 El acuarelista aficionado Emeric Vidal pintó a dos indios 'pampa' delante de una tienda de Lorea, a la que llamó 'mercado indio' dado que era 'una plaza rodeada de negocios, donde se les compran al por mayor sus productos y se venden después al por menor a los habitantes de la ciudad'".*

Gabriel Di Meglio (2006, p. 36)

Mestizaje como fenómeno cultural

Otro aspecto a considerar, y de suma importancia, para entender la conformación social de la colonia, es justamente la relativización de estos esquemas de división social "puros". Es decir, la etapa colonial, desde sus inicios, se vio atravesada por el fenómeno del mestizaje, no sólo entendido como la mezcla biológica entre sujetos de los grupos sociales descriptos arriba (de los cuales nacían los mestizos, mulatos y zambos como sus expresiones más simples) sino también considerándolo, sobre todo, un fenómeno cultural. No podemos afirmar el total fracaso del esquema de las "dos repúblicas" o del desarrollo de una pigmentocracia rígida, pero sí suavizar esta imagen, ya que el mestizaje quebró el intento de desarrollo autónomo deseado por los españoles, según el cual peninsulares, indios y negros no debían 'mezclarse'.

Todo lo contrario, las relaciones entre los grupos se dio como una constante: los mestizos, si bien no eran concretamente un colectivo social, circularon por todos "los mundos" sociales de la colonia y muchas veces su estatus fue variando en el tiempo: a veces se encontraron más incluidos en la sociedad española; otras, más en los márgenes o formando parte del mundo indígena o afro. En este sentido, el mestizaje cultural, es decir, la adopción por parte de un grupo de elementos o prácticas culturales de otros grupos, fue realmente importante y lo podemos encontrar en las comidas, la religión, la vestimenta o las festividades. Un ejemplo de ello es el caso de las reducciones guaraníes del Paraguay, donde se verificó un profundo proceso de transformación material y simbólica, en el que los indios adoptan las principales instituciones españolas de gobierno local, como el cabildo, e incorporan tecnologías, como la escritura y las herramientas de hierro, entre otras. Sin embargo, este proceso de hispanización es complejo y encierra contradicciones, en la medida que la lengua predominante en estas regiones siguió siendo la indígena (el guaraní o el chiquitano), junto con otros hábitos cotidianos, como la alimentación a base de maíz y mandioca. En este espacio fronterizo también hay modalidades de 'indianización' de los europeos; por ejemplo, los misioneros jesuitas fueron considerados chamanes por los indígenas, es decir que fueron reconocidos con aquellas capacidades que les otorgaban a sus propios líderes religiosos antes de la conquista (Wilde, 2009).

Composición poblacional

Ahora bien, ¿cómo era la sociedad en el Virreinato del Río de la Plata?, ¿cuáles eran los grupos étnicos que la conformaban?, ¿cuáles eran sus proporciones rela-

tivas en las diferentes regiones? Un primer aspecto que debemos señalar es que no existen datos plenamente certeros para todo el período y todo el territorio; los disponibles hacen referencia a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Los historiadores Fradkin y Garavaglia (2009), basándose en distintos estudios, sistematizaron esta información sobre las principales ciudades del Virreinato, las cuales vieron un incremento poblacional importante hacia la segunda mitad del 1700. Según los autores, estas ciudades se presentaban como "conglomerados mestizos", que en muchos casos estaban lejos de ser espacios urbanos europeizados, como el proyecto conquistador había ideado.




Figura nº 6. Los distintos grupos sociales del área andina, según las "pinturas de castas" (finales del siglo XVIII), de la serie *Los cuadros del mestizaje del Virrey Amat*, 1770.
A. "Yndia con Mulato producen Chinos".
B. "Mestizo con Yndia producen Cholo".
C. "Español. Yndia Serrana o civilizada produce Mestizo".

Algunos casos hacia finales del siglo XVIII pueden servir de ejemplo: la ciudad de San Salvador de Jujuy tenía una porcentaje mayor de habitantes esclavizados africanos o sus grupos mestizos, seguido de españoles, mestizos e indígenas; Salta, por el contrario, tenía un mayor porcentaje de población española; el caso de Catamarca es elocuente, ya que presentaba un abrumador 75% de población proveniente de las castas afroamericanas, seguido por ínfimos porcentajes de españoles e indios. Tucumán, por su parte, estaba compuesto por mayoría de españoles, pero también por un considerable número de habitantes indígenas, también de las "castas libres" y, por último, de esclavos. Un panorama distinto tenía Buenos Aires, capital del Virreinato, que a principios del siglo XIX tenía un porcentaje amplio de población española, seguido de población africana, fundamentalmente esclava. Un esquema similar seguía Mendoza.

Este breve panorama sobre las ciudades rioplatenses da una imagen muy heterogénea de la composición poblacional de las ciudades a fines del siglo XVIII y principios del XIX, que se aleja del ideal citadino español que concebía las ciudades como espacios principalmente habitados por europeos. Asimismo, podemos afirmar que, dentro del mismo territorio virreinal, la composición social variaba muchísimo, impidiendo realizar generalizaciones tan amplias por fuera de realidades regionales o locales concretas.

Por lo tanto, es lícito afirmar que el "plan de las dos repúblicas" no funcionó y que tanto el campo como en la ciudad fueron ámbitos habitados por todos los grupos sociales de la colonia. Así, en contraste con tal modelo, lo que sucedió fue que, mientras en el campo los españoles se asentaron en forma estable –ya fuera como dueños de haciendas o como trabajadores–, en las ciudades había población indígena, junto a mestizos y africanos esclavizados o libres. De este modo, la población de las ciudades y del campo se encontró bastante más mezclada que lo previsto. Como se mencionó arriba, la experiencia más generalizada de este mestizaje se conoce como la 'hispanización de los indios', es decir, la adopción de rasgos culturales europeos por parte de los nativos americanos. Pero también se produjo la 'indianización' de los españoles. Y como se reseñó arriba, la población negra también se integró a las ciudades españolas participando de las mezclas culturales. Como plantea Bernard y Gruzinski, "... A la inversa, los españoles del Nuevo Mundo se indianizan y hasta a veces, sin saberlo, se africanizan. Por mucho que las autoridades se indignen contra esos mestizajes criollos y reclamen la llegada de emigrantes ibéricos, las nodrizas, los esclavizados, los sirvientes, los

yanaconas, los mayordomos y la gente común ejercen una influencia cotidiana sobre las costumbres. Así aparecen gestos nuevos, que se vuelven tan familiares que ya nadie los nota" (1999, pp. 621-622).

Los roles de las mujeres

Dentro de esta sociedad patriarcal, las mujeres conformaron un grupo tradicionalmente relegado, con derechos legales limitados y consideradas incapaces de ejercer una profesión del mismo nivel que los varones. Socolow se centró en estudiar el rol y desenvolvimiento de las mujeres como grupo social en la colonia, reconociendo el género como la primera variable que delimitaba el lugar relegado que las mujeres tenían en una sociedad patriarcal como aquella, pero también contemplando que existieron otras variables que definieron la real actuación de las mujeres. Para esta investigadora, la etnia, la jerarquía social y las especificidades regionales y temporales afectaron de diferente forma los roles femeninos, conformándose como atributos maleables. Así, distintas situaciones se daban de acuerdo a la posición social y étnica de las mujeres, a su ubicación geográfica (centros de poder español en América –México o Perú– o periferias –como el Río de la Plata–), a la época (el siglo XVI o el XVII); estas variables moldeaban diversas experiencias.

Sobre Bartolina Sisa

*Durante el cerco de La Paz en 1782 liderado por Julián Apaza Tupac Katari, las mujeres jugaron un importante papel, especialmente su esposa, Bartolina Sisa y su hermana Gregoria Apaza. Ante la situación de crisis Bartolina asumió el mando de la tropa actuando temerariamente en momentos claves y lideró tanto a hombres como a mujeres en el campo de la lucha. Se la vio arengando, organizando y comandando en situaciones de extrema responsabilidad y peligro, legitimó así su derecho al poder no sólo por ser la esposa del líder máximo sino especialmente por su propio don de mando y capacidad de dar respuestas a los momentos de crisis".*

Ana María Seoane (1997, p. 76).

Por ejemplo, muchas mujeres indígenas del siglo XVI en las regiones de primera colonización mexicana o peruana sufrieron el sometimiento social y sexual de los conquistadores, pero también otras atravesaron situaciones de relativa tranquilidad y privilegio respecto de aquellas al ser 'entregadas' por los jefes étnicos a los españoles y así convertirse en sus concubinas (ya que los hombres venían a América solos sin sus esposas). Asimismo, las mujeres españolas de la elite gozaron de una posición radicalmente diferente y superior al resto al desarrollarse en el seno de las principales familias españolas, de gobernantes o comerciantes y, por ejemplo, ser herederas de grandes fortunas o negocios.




Figura nº 7. Hombre y mujer en la Buenos Aires virreinal. Fuente: R. Vega Andersen (dir.), 2015. *Un Viajero virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense.* Buenos Aires: Hilario. Artes, Letras & Oficios.

De esta manera, podemos observar a las mujeres de la colonia en diversos roles dentro una misma sociedad, la cual, si bien las oprimía por su condición femenina, también las ubicaba en lugares activos; mujeres españolas y mestizas ocupando diversos espacios en la vida social como devotas, comerciantes, propietarias y también mujeres indias desempeñando papeles decisivos en momentos de movilización y rebelión, como lo fueron Micaela Bastidas y Bartolina Sisa (compañeras de Tupac Amaru y Katari respectivamente).

En consecuencia, podemos encontrar en el mundo social colonial ciertos rasgos generales que nos permiten, a modo de esquema y como herramienta analítica, realizar algunas caracterizaciones a nivel continental; sin embargo, como pudimos observar, las generalidades resultan incompletas al reducir la escala de observación, momento en el cual la sociedad colonial se nos presenta mucho más compleja y distante de aquellos esquemas y, fundamentalmente, del proyecto social mentado por los conquistadores.

La interpretación de un historiador

*En esencia el modelo de sociedad doble colapsó. Por una parte, los españoles penetraron profundamente en la sociedad indígena; en las etapas más tempranas, algunos fueron tan lejos que llegaron a ser cabezas de linaje, siendo el parentesco el único medio efectivo para ejercer autoridad. Los españoles, incluyendo los de rango más elevado, experimentaron la mezcla racial mucho antes que en las áreas centrales, y absorbieron mucho más las técnicas, comida y lenguaje indígenas. Por otra parte, puesto que la organización local indígena, incluso con todas las adaptaciones, no servía muy bien a los intereses españoles, y la población aborigen total era mucho más reducida que en las áreas centrales, los indígenas tendían a ser atraídos al interior de la sociedad española local (entonces algo modificada), algunas veces hasta el punto de que un sector indígena separado dejaba de existir completamente. Dentro de las estructuras españolas, los indígenas se convirtieron en siervos dependientes, muy similares a los naboría-yanaconas de las áreas centrales, aspecto que los españoles captaron con rapidez. En toda la región del Río de la Plata y Chile, a tales trabajadores, efectivamente se los llamó yanaconas, y en este desarrollo, también los españoles recrearon una faceta vinculada a las áreas centrales que no tenía ningún precedente directo con la sociedad aborigen local. En todo caso, el resultado global del movimiento en ambas direcciones redundó en una continuidad indígena-española, en las cual se pueden distinguir elementos que son dominantes o subordinados, intrusos o indígenas, pero difícilmente se distinguirán dos economías y sociedades separadas.*

John Lockhart (1990, p. 78).

Cuadro nº 1. Población rural y urbana en las principales regiones rioplatenses (fines del siglo XVIII). Realizado sobre la base de los datos consignados en Fradkin & Garavaglia (2009, pp. 140 y ss.). La población urbana corresponde a los que los autores denominan "curatos rectorales".

| | *Población rural* | *Población urbana* |
|---|---|---|
| Salta y Catamarca | 60% | 40% |
| La Rioja y Tucumán | 80% | 20% |
| Santiago del Estero y Jujuy | 90% | 10% |
| Córdoba | 83% | 17% |
| Santa Fe | 70% | 30% |
| Buenos Aires | 35% | 65% |

Cuadro nº 2. Población en las ciudades rioplatenses (fines del siglo XVIII y principios del XIX). Realizado sobre la base de los datos consignados en Fradkin & Garavaglia (2009, pp. 140 y ss.). La definición de las distintas categorías sociales puede variar de una ciudad a otra, dependiendo de las denominaciones utilizadas en los registros originales.

| | *Total habitantes* | *Esclavos / afroamer. / grupos mestizos* | *Españoles* | *Indígenas* | *Mestizos* | *Castas libres* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| San Salvador de Jujuy | 2000 | 36% | 24% | 15% | 25% | s/d |
| Salta | 4000 | 25% | 44% | s/d | s/d | s/d |
| Catamarca | 2000 | 75% | 15% | 10% | s/d | s/d |
| San Miguel de Tucumán | 4000 | 14% | 31% | 23% | s/d | 30% |
| Córdoba | 7000 | 38% | s/d | 11% | s/d | s/d |
| Buenos Aires | 42000 | 30% | 66% | s/d | s/d | s/d |

## LAS FORMAS DE LA ESCLAVITUD

Según distintos cálculos de especialistas, entre diez y quince millones de africanos esclavizados o afrodescendientes llegaron a América durante casi cuatro siglos. Se trata de una historia trágica por el modo en que fueron capturados en África, la manera en que eran trasladados en los barcos "negreros" y el duro trabajo al que se los destinaba en América.

### Lugares de procedencia

Aquí, uno de los rasgos que diferenciaba a los esclavizados del resto de los trabajadores, y que hacía sus vidas aún más tristes, era la ausencia de vínculos familiares o comunitarios, ya que provenían de distintas regiones como Senegambia –entre los ríos Senegal y Níger–, Congo o Angola.

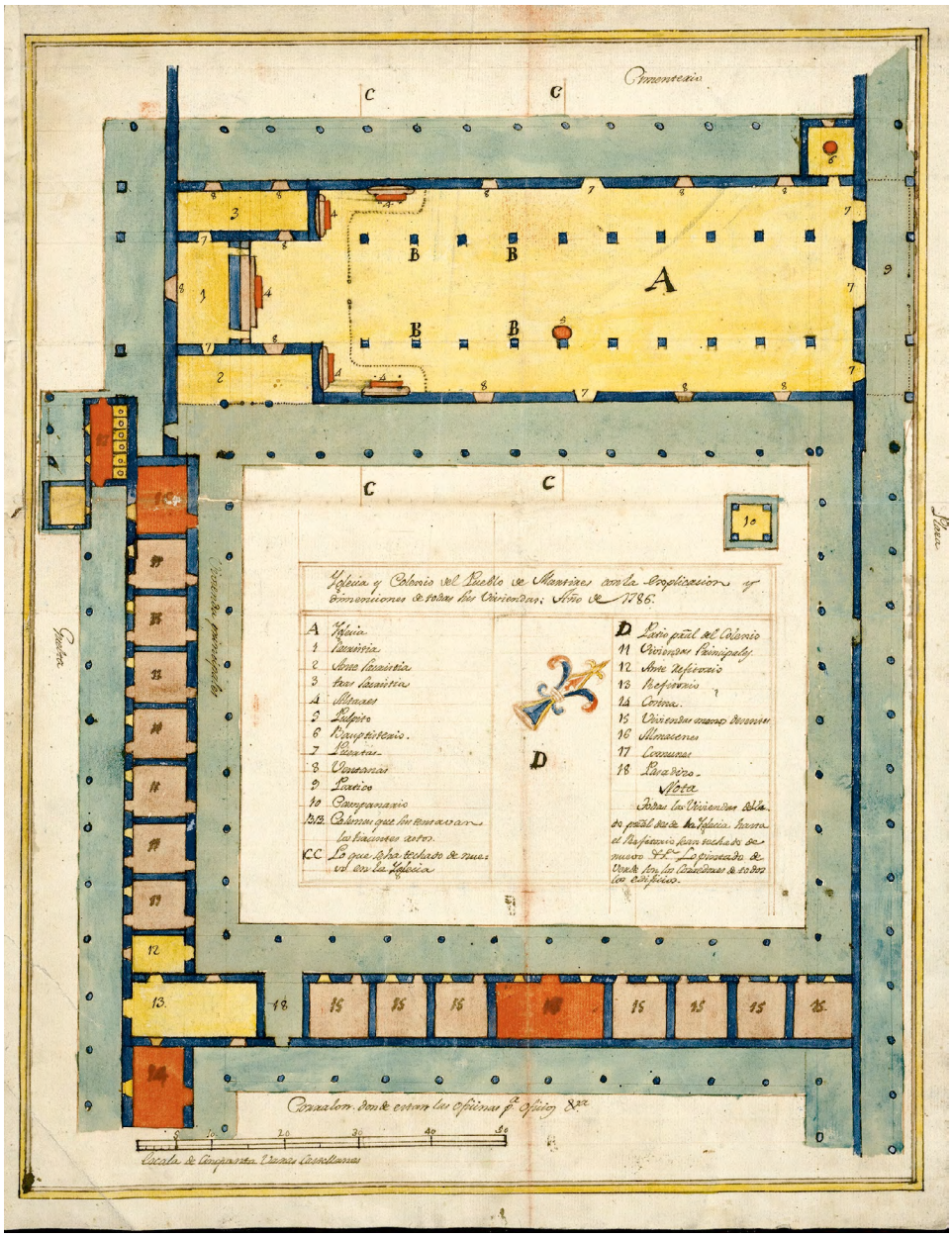


Figura nº 8. Misiones. Pueblo de Mártires, 1786. Fuente: Archivo General de la Nación.

En Hispanoamérica, los esclavizados africanos y sus descendientes estuvieron presentes desde el primer momento de la conquista. Cortés y sus ejércitos poseían varios centenares de ellos cuando conquistaron México, mientras que se contaban unos dos mil en la conquista de Perú y en las guerras civiles que siguieron.

### Lugares de residencia

Vivieron en el campo y en las ciudades. En el primero, estuvieron presentes entre los trabajadores permanentes de las propiedades rurales y así lo atestiguan las haciendas costeras de Perú, al sur de Lima, dedicadas al azúcar, o las estancias y chacras rioplatenses. Pero en estas unidades de producción desempeñaron, en ocasiones, tareas de vigilancia de los trabajadores libres y muchas veces

aprendían oficios de carpintería, talabartería o producción textiles. En cuanto a la minería, sólo en los primeros años de la producción de plata mexicana los esclavizados negros tuvieron alguna importancia.

En las ciudades se dedicaron a trabajos especializados como la metalistería, confección de prendas de vestir o trabajos de construcción. Algunos encontraban la manera de acceder a la libertad, a través de la compra de ésta o de su concesión por parte del amo. En 1600, los negros y mulatos libres llegaron a representar, en la mayoría de las ciudades, entre un 10% y un 15% de la población negra total, porcentaje que siguió aumentando luego.

Comercio esclavista

A pesar de que la región del Río de la Plata no se conformó como una sociedad plenamente esclavista (como lo eran, por ejemplo, Brasil o la zona del Caribe), ello no impidió que aquí también se desarrollara el comercio esclavista y que circularan africanos esclavizados por el territorio virreinal. Como se reseñó arriba, en todas las principales ciudades rioplatenses hacia el siglo XVIII, había población negra o afrodescendiente, gran parte de ella en condición esclava. Por ejemplo, el 25% de los esclavizados que aportó el asiento inglés en las primeras décadas del siglo XVIII tenía como destino Buenos Aires. Hacia finales del siglo, en el marco del libre comercio, los esclavizados conformaban parte importante del tráfico: entrando por Buenos Aires, algunos permanecían allí y otros tendrán como destino Chile, Perú y el Alto Perú.

Sociabilidad esclavista

Una vez en los lugares de destino del Nuevo Mundo, la población esclavizada transitó diversos ámbitos de socialización que le permitía participar de la vida social, así como desplegar diversas estrategias de resistencia. A propósito de ello, el historiador Alex Borucki (2017) estudió distintas experiencias vividas por la población africana y afrodescendiente rioplatense (específicamente de Buenos Aires y Montevideo). Analizó cómo estos grupos sociales crearon diversas identidades sociales sobre la base de estas experiencias compartidas, que iban desde los lazos tendidos en los barcos que los trasladaban hasta diversos espacios de participación y socialización, como cofradías y asociaciones de base africanas desarrolladas en América. De esta manera, los africanos esclavizados y sus descendientes hicieron ricos e importantes aportes al entramado sociocultural de la sociedad colonial, a la vez que tuvieron una activa participación en diversos espacios de la vida social de la colonia.

## CIUDADES, PUEBLOS Y GOBIERNO LOCAL

Las ciudades eran la sede del poder político. Algunas de ellas –como Lima o México– fueron las capitales de los virreinatos que existieron hasta el siglo XVIII (el de Nueva España desde 1535 y el de Perú de 1542). En el contexto de las reformas borbónicas, se sumaron Santafé de Bogotá, capital del virreinato de Nueva Granada desde 1739, y Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata creado en 1776.

Autoridades virreinales

Otras tantas ciudades eran sedes de las gobernaciones en que se dividían los virreinatos. Los gobernadores estaban subordinados a la autoridad de los virreyes que eran, a su vez, los supremos delegados del monarca en su jurisdicción. Desde las principales ciudades, además, gobernaban los obispos sus diócesis y las audiencias –los máximos tribunales en América– administraban justicia. Estas autoridades se controlaban mutuamente porque algunas compartían algunas funciones, como el virrey y la audiencia. Los cargos más altos eran ocupados por funcionarios enviados desde España y por un tiempo limitado. Su desempeño era inspeccionado a través de distintos mecanismos: la visita (durante el ejercicio del cargo) y el juicio de residencia (al final de su mandato).

Cada ciudad contaba con su estandarte, su santo patrono y su jurisdicción y en ella los "vecinos" conformaban la "parte sana y principal" –como se denominaban a sí mismos– de la comunidad. Así, la institución de gobierno de las ciudades y las zonas rurales cercanas fueron los cabildos o ayuntamientos, cuyos miembros eran elegidos cada año entre estos "vecinos principales" y sus funciones variaban según fueran regidores o alcaldes, entre otros cargos. Estos vecinos o "gente decente" –otra expresión de la época– debían tener domicilio en la ciudad,

ser propietarios y “cabezas de familia”, tener “casa poblada” y, sobre todo, haber demostrado, a partir de gestos muy claros, lealtad al rey. Buenos Aires, por ejemplo, poseía el título de “Muy Noble y Muy Leal” otorgado por Felipe V en 1716, en recompensa por su resistencia frente al avance de las potencias extranjeras en el territorio de la corona española.

Por su parte, algunas de las formas de gobierno y de autoridad de las poblaciones indígenas se conservaron. La razón principal era que debían delegar algunas de estas funciones porque no contaban con funcionarios españoles en condiciones de hacerlo y necesitaban de los recursos –bienes y trabajo– de las comunidades indígenas.

Autoridades políticas indígenas

La instalación de cabildos de indios formaba parte del proyecto de crear dos “repúblicas” diferenciadas y separadas. Para el gobierno de los indios, buscaron copiar la típica organización comunal que existía en España y trasladaron a América los cabildos, a los que, al incluirles figuras de relevancia de las comunidades indígenas, adquirían mayor prestigio y legitimidad.



Figura nº 9. Misión San Ignacio Miní, Misiones, Sergio López Martínez, 2019. Fuente: Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos.

En el caso de las zonas andinas, los jefes de las comunidades, denominados curacas, mantuvieron su autoridad y a ellos se asignó un conjunto de tareas como la recaudación del tributo o la organización de la mita. Los pueblos de indios creados por los españoles en ocasiones se formaron sobre antiguas comunidades prehispánicas; en otros casos se reunió a población indígena de origen muy diverso que no se reconocían entre sí como parte de una misma cultura o etnia y se veían como extraños. Por ejemplo, en algunas zonas como Pomabamba, al norte de Lima, se reunió a grupos de cañaris, quitos, quispillactas y quichuas, constituyéndose una comunidad poliétnica.

Tributo indígena

En el primer caso, estas comunidades mantuvieron lazos de reciprocidad muy fuertes y sus jefes étnicos en general defendían sus derechos. Así, pudieron hacer frente a las obligaciones coloniales de manera colectiva y preservando algunos de sus rasgos culturales (como sus formas tradicionales de cultivo). Los pueblos de indios que no tenían esta experiencia previa fueron mucho más vulnerables a las

presiones de los colonizadores. Pero unos y otros debían hacer frente a determinadas obligaciones que imponía el rey y sus funcionarios locales: el tributo fue el principal. Se trataba de un impuesto que pagaban los indios varones cabezas de familia de dieciocho a cincuenta años. Lo recaudaba el curaca y para ello elaboraba las listas de tributarios. Si bien era individual, la recaudación por parte del curaca lo convertía en un impuesto de la comunidad. Si algún tributario se iba de la comunidad y no volvía, el resto de la comunidad debía hacerse cargo. Hubo exenciones: la nobleza indígena y los caciques, los alcaldes indios o los servidores de la Iglesia. Al mismo tiempo, convertía a los indios en vasallos del rey con determinados derechos como el acceso a las tierras comunales. La concentración de los indios en pueblos buscaba su cristianización y por esta razón cada uno de ellos contaba con un cura doctrinero, quien imponía el cumplimiento de los principales sacramentos católicos.

En el caso de las misiones guaraníes del Paraguay, los jesuitas advirtieron la importancia de los líderes en el orden social y político comunitario y conservaron algunos de sus privilegios para mantenerlos dentro de las reducciones: se los integraba a los cabildos indígenas y se los eximía del tributo. Sin embargo, como plantea Wilde, cuando el poder de la Compañía de Jesús sobre el territorio y las comunidades se consolidó, lograron crear una burocracia indígena aglutinada en los cabildos "afín a sus intereses evangélicos y administrativos, y la autoridad tradicional de los caciques, sustentada en mecanismos reciprocitarios y de parentesco tradicionales" (2009, p. 73).

Ciudades, pueblos de españoles, pueblos de indios o misiones de frontera buscaban "reducir" a la población a la vida "civilizada", lo cual implicaba una doble obediencia: al rey y a Dios. Como veremos más adelante, la jerarquía de estas obediencias entró en tensión en algunos momentos, aunque la cartografía de la época nunca dejó de dibujar una cruz para designar una aglomeración humana sobre el territorio.

## La monarquía católica: la política y la religión en el gobierno colonial

Desde el inicio de la conquista, las poblaciones de Hispanoamérica supieron que había un rey de España, aunque nunca lo vieran y ninguno de ellos hubiera pisado suelo americano en los siglos coloniales. Por esto, algunos autores hablan de los reyes invisibles o distantes. Era el rey a quien todos los súbditos americanos debían lealtad y vasallaje y con el cual todos buscaban establecer un vínculo especial y del que todos esperaban un trato privilegiado, es decir, el favor real. El poder del rey mantenía aún ciertos rasgos sagrados. Distintos pensamientos sostenían el origen divino de su poder: eran reyes "por la gracia de Dios".

Además, el Papa había concedido a los reyes de España y Portugal –a través de las Bulas pontificias de donación– la administración de la Iglesia católica. Este derecho de los Reyes, denominado Patronato Real, les permitía crear iglesias, nombrar curas y recolectar el diezmo. En esa época, ser católico no era una elección, era una obligación. Las fronteras entre Iglesia, Estado y sociedad eran muy imprecisas y quien desobedecía una norma ofendía al mismo tiempo a la religión y a la corona: así, siendo buen cristiano, se era buen súbdito y buen vasallo.

### La representación del rey

Como plantea John Elliot (2004, pp. 17-36), uno de los mecanismos compensatorios que buscaban amortiguar esta ausencia física de los reyes en los territorios americanos de la corona española eran las fiestas y celebraciones que los tenían como centro –nacimientos, bodas, entronizaciones o funerales reales–, así como un conjunto de representaciones de la majestad pública de esta monarquía invisible: las cortes virreinales, las "entradas" de los virreyes en las ciudades principales.

Así, las fiestas y celebraciones pautaban los tiempos y los ritmos de la vida social y buscaban consagrar y legitimar un determinado orden político y social. Por esta razón, en muchas oportunidades se aprovechaban estos espacios para mostrar los conflictos que estaban teniendo lugar. Se trataba de gestos mínimos –el orden "alterado" a lo largo de una procesión, eludir el saludo de la paz en la misa o iniciar la celebración sin esperar la llegada de alguna autoridad– que todos y

todas a quienes estaba destinado este mensaje político comprendían. En todas estas ceremonias, los símbolos del catolicismo ocupaban un lugar central.

Celebraciones católicas

En el calendario religioso católico, sobresale el Corpus Christi, la celebración destinada a honrar a Dios sacramentado en la Eucaristía. Se trataba de la conmemoración más reivindicativa quizás dentro del conjunto de festividades difundidas durante los años de lucha contra el protestantismo. En Hispanoamérica, además, era un festejo de *obligación* para los cabildos. En Buenos Aires, para las fiestas de Corpus se hacía el novenario y se levantaban dos altares en el recorrido de la procesión que se adornaba con ramas, flores y colgaduras de telas vistosas (Barral & Binetti, 2012). La fiesta se anunciaba con el repique de campanas y disparos de cañón. Durante la mañana se daban tres misas y se realizaba la procesión con presencia de todas las corporaciones que se iniciaba con una descarga de fusilería y era encabezada por fuerzas militares al son de tambores y trompetas. Los elementos de la Eucaristía se disponían en un altar con velones encendidos y enseñas diversas y eran flanqueados por soldados a caballo. Luego de la misa mayor y durante todo el día, los pasteles, empanadas, corridas de toros, música, danzas y fuegos artificiales completaban las actividades, que se repetían en los días de la octava.

Las fiestas patronales también se destacan por su importancia: San Martín de Tours y la vicepatrona Nuestra Señora de las Nieves para Buenos Aires; San Felipe y Santiago, secundados por San Bernardo, en Salta; y San Jerónimo, con el vicepatrocinio de San Roque, en el caso cordobés. Sin embargo, en las dos últimas ciudades la piedad popular ya en tiempos coloniales consagró, en principio informalmente, a otros patronos: Nuestra Señora del Rosario del Milagro en la ciudad mediterránea y el Santo Cristo, junto a la Virgen de los Milagros, en Salta. Pero las fiestas patronales no se limitaban a las fechas de los santos protectores de las diferentes ciudades del virreinato. Cada parroquia realizaba su propia fiesta en honor a su advocación tutelar. Se trataba de uno de los ritos colectivos más importantes, expresaban la devoción a los santos o a los diversos títulos de la virgen María y marcaban la vida cotidiana de esas comunidades.



Figura nº 10. Indígenas pampa-patagónicos. *Machis* tocando el *kultrun*, Sector Carrereñi, Chol-chol, autor desconocido, 1900. Fuente: Wikimedia.org.

La religión católica había sido la justificación de la conquista. Para los españoles la guerra a los indios era "justa" porque perseguía el objetivo de convertirlos a lo que ellos llamaban la "verdadera religión". Por eso era obligatorio bautizarse, confesarse y comulgar al menos una vez al año (antes de Pascua) y casarse por Iglesia, porque además aún no existía el matrimonio civil. Por otro lado, las per-

sonas se preparaban para tener una "buena muerte" y por eso dejaban encargados mediante testamentos todos los rituales que debían hacerse en el momento de la muerte y las misas que debían rezarse para la salvación del alma. La mayor parte de la población –también los indios, mestizos y negros– integraban cofradías y hermandades, que eran asociaciones religiosas constituidas alrededor de algún santo, virgen o devoción católica.

Junto a su intencionalidad legitimadora, la fiesta puede mirarse como un hecho social y cultural a través del cual una sociedad, una comunidad o un grupo celebra algo y al mismo tiempo se celebra a sí mismo. En el calendario festivo del mundo hispanoamericano colonial, difícilmente faltaran los elementos "profanos": el baile, el juego, los toros, las comedias y la pirotecnia. Era inconcebible una fiesta sin la pólvora. Se utilizaba en calidad de salvas que se descargaban en ciertas solemnidades o como castillos de fuegos de artificio. Junto a la pirotecnia, la luz y el fuego completaban el clima explosivo de las fiestas. Las fogatas se encendían en las puertas de las viviendas, calles y plazas y las luminarias se colocaban en los balcones de las casas particulares, en los templos y en los edificios de las instituciones de gobierno. Algunos de estos elementos típicos de las fiestas coloniales remiten a una religiosidad barroca que otorgaba un lugar primordial a la exteriorización de la fe y a la teatralidad.

Evangelización

La tarea de evangelización fue llevada a cabo por miembros de la Iglesia, ya fuera de las órdenes religiosas, como los jesuitas o los franciscanos, o del clero secular. Los frailes de las distintas órdenes tuvieron una presencia muy importante durante las primeras décadas que siguieron a la conquista y se los destinó a las áreas fronterizas donde debían organizar las reducciones o misiones.

Frailes y curas debían evangelizar a la población, lograr que se convirtieran a la religión católica, por lo cual se reprimía cualquier manifestación de las religiones prehispánicas. Desde fines del siglo XVI, se llevaron a cabo "campañas de extirpación de las idolatrías", durante las cuales fueron condenadas miles de personas, se destruyeron gran cantidad de representaciones de deidades andinas, llamadas "ídolos" por los *extirpadores* y se incineraron momias de los antepasados.

Prácticas religiosas no católicas

Pese a ello, a lo largo de todo el período colonial, sobrevivieron estas religiones que se practicaban de manera clandestina. Lo hicieron de varias maneras: mediante el desarrollo de prácticas religiosas en el ámbito familiar que no eran fáciles de descubrir (como el uso de granos de maíz para la adivinación entre los mayas) o a través de las *wacas*, que eran deidades sobrenaturales locales.

Las creencias prehispánicas también sobrevivieron 'mezcladas' con las católicas. Los indios muchas veces adoptaban los aspectos exteriores de la religión católica pero le otorgaban significados particulares relacionados con sus propios dioses. Así, por ejemplo, el culto a la virgen María se mezcló con devociones indígenas anteriores en el caso de la Virgen de Guadalupe (antigua diosa Tonatzin). Otros cultos sobrevivieron al margen del sistema colonial y en abierta oposición a él, como el Taqui Ongoy, que era un movimiento religioso que se dio en la región peruana de Huamanga alrededor de 1560. Se buscaba la purificación de todo lo español; por eso quienes participaban en él, los *taquiongos*, renunciaban a colaborar con los españoles y sobre todo al cristianismo.

Instituciones educativas

Por último, también es posible ver la acción de la Iglesia católica, y en particular de las órdenes religiosas, tanto la educación elemental (en general en los conventos y parroquias) o "de primeras letras" como la enseñanza superior. A su vez, se fue conformando muy lentamente cierta especialización en la educación elemental orientada a las mujeres y comenzaron a establecerse escuelas para niñas. En Buenos Aires, hacia fines del siglo XVII, se fundó la casa de recogimiento destinada tanto "para el retiro de doncellas nobles, virtuosas y huérfanas" como para el castigo de quienes escandalizaban al vecindario con sus comportamientos considerados inmorales. A mediados del siglo XVIII, la Hermandad de la Caridad continuó esta educación dirigida a las mujeres, primero desde el Hospital de Mujeres y luego desde el Colegio de Huérfanas. En cuanto a la educación superior,

los jesuitas estuvieron a cargo de los Colegios, tanto en Buenos Aires como en Córdoba. Allí desde las primeras décadas del siglo XVII, se estableció el Colegio Máximo, que fue la base de la Universidad, la única en el territorio de la gobernación, a la que se sumó la prestigiosa Universidad de Chuquisaca cuando, con la creación del Virreinato, Charcas pasó a depender de la nueva jurisdicción recientemente creada. Los jesuitas la condujeron hasta su expulsión, pasando a manos de los franciscanos en 1807. Si inicialmente se orientó básicamente a la instrucción del clero y hasta finales del siglo XVIII estuvo centrada exclusivamente en los estudios teológicos, posteriormente se incorporaron los estudios de Derecho.

## LAS REFORMAS BORBÓNICAS Y LA REDEFINICIÓN DEL VÍNCULO COLONIAL

A lo largo del siglo XVII, las colonias hispanoamericanas habían logrado una cierta autonomía y se gobernaban sin vínculos demasiado fuertes con la metrópoli. Muchas veces la Corona española buscaba hacer cumplir una orden y desde América le contestaban: "se acata pero no se cumple" (Burkholder y Chandler, 1984). De esta manera, se mostraban obedientes al rey –dado que la desobediencia al rey era un delito, de lesa majestad, castigado duramente– pero, al mismo tiempo, no aplicaban la orden.

Los borbones españoles habían accedido al trono luego de la guerra de Sucesión y se planteaban recuperar el control sobre sus colonias americanas: volver a obtener de ellas riquezas y ejercer un dominio más eficiente. Lo hicieron, además, influenciados por nuevas ideas que circulaban en Europa en el siglo XVIII –la Ilustración– que cuestionaban las "verdades" hasta ese momento indiscutidas por medio de la razón, que era presentada como la forma más perfecta del conocimiento.

### Guerras europeas

Desde comienzos del siglo XVIII, comenzó a recuperarse la economía y la población, tanto en América como en Europa. Al mismo tiempo, aumentaba la competencia entre Francia e Inglaterra por el dominio de Europa, de los mares y de las posesiones ultramarinas. Así, las monarquías europeas se encontraban en guerra, en Europa, en el Atlántico –donde se enfrentaban barcos de distintas potencias y atacaban los puertos– y también en tierras americanas; por ejemplo, durante la guerra de los Siete Años o la guerra norteamericana por la independencia.




Figura nº 11. Túpac Amaru, acuarela del siglo XVIII. Fuente: R. Vega Andersen (dir.), 2015. *Un viajero virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense*. Buenos Aires: Hilario. Artes, Letras & Oficios.

Los crecientes gastos militares que las guerras acarreaban hicieron que estas monarquías se encontrasen en serios problemas financieros y necesitasen más recursos. A su vez, Portugal y España, debido a sus alianzas con Inglaterra y Fran-

cia, respectivamente, se vieron involucradas en los conflictos que enfrentaban a estas dos potencias. En esta situación de necesidad de recursos para la guerra, las monarquías europeas recurrieron a colonias. Portugal y España lo hicieron a través de un plan de reformas: pombalinas en el primer caso –debido al importante papel desempeñado por el Marqués de Pombal– y borbónicas en el caso de España, porque fue esta dinastía quien las impulsó.

Durante la primera mitad del siglo XVIII, se tomaron algunas decisiones y se pusieron en práctica algunas medidas, pero fue en el reinado del Carlos III (1758-1789) en el que se concentraron la mayor parte de las reformas y las más importantes. Sin embargo, no se aplicaron todas al mismo tiempo ni en todos los lugares. Algunas regiones sirvieron como una especie de ensayo o laboratorio para ver cómo funcionaban –la militar, en Cuba–; y además, si pensamos en el principal objetivo –recaudar más–, algunas regiones interesaban más que otras porque contaban con más riquezas.

Se preguntaban entonces cómo estimular la producción de la principal riqueza, es decir, la minería de la plata. Para ello la Corona, por ejemplo, vendía el azogue y la pólvora necesarios para la explotación de los yacimientos a precios más bajos y también reducía los impuestos a quienes invirtieran en mejorar las minas.

Reforma militar

La reforma militar resultaba indispensable, sobre todo luego de la toma de La Habana en 1761 por parte de los ingleses, cuando se demostró la debilidad de las defensas frente a otras potencias cada día más interesadas en apropiarse de tierras americanas. Por esta razón, se reforzaron tales defensas y se construyeron nuevas fortificaciones. Se trataba de fuertes y fortines fronterizos en las áreas que lindaban con otras potencias –como al norte de la Banda Oriental– o con grupos indígenas que no habían sido sometidos, como la frontera sur desde Chile a Buenos Aires. En el Río de la Plata, la amenaza era Portugal (principal aliado de Inglaterra) y las guerras hispano-portuguesas fueron constantes desde fines del siglo XVII y se profundizaron en la centuria siguiente. Muy cerca de Buenos Aires, Colonia se convertía en una amenaza permanente; recién en 1777 pasó a dominio español.

También se reorganizaron los ejércitos, pero el papel más importante fue desempeñado por las milicias integradas por la población masculina de cada lugar que, entre los quince y los cuarenta y cinco años, era convocada en casos especiales. En Buenos Aires, el proceso de movilización popular que resistió a las invasiones inglesas de 1806 y 1807 tuvo como consecuencia la revitalización de los cuerpos milicianos y la militarización de buena parte de la sociedad, dado que, al convertirse en un servicio remunerado, se transformó en un medio de vida.

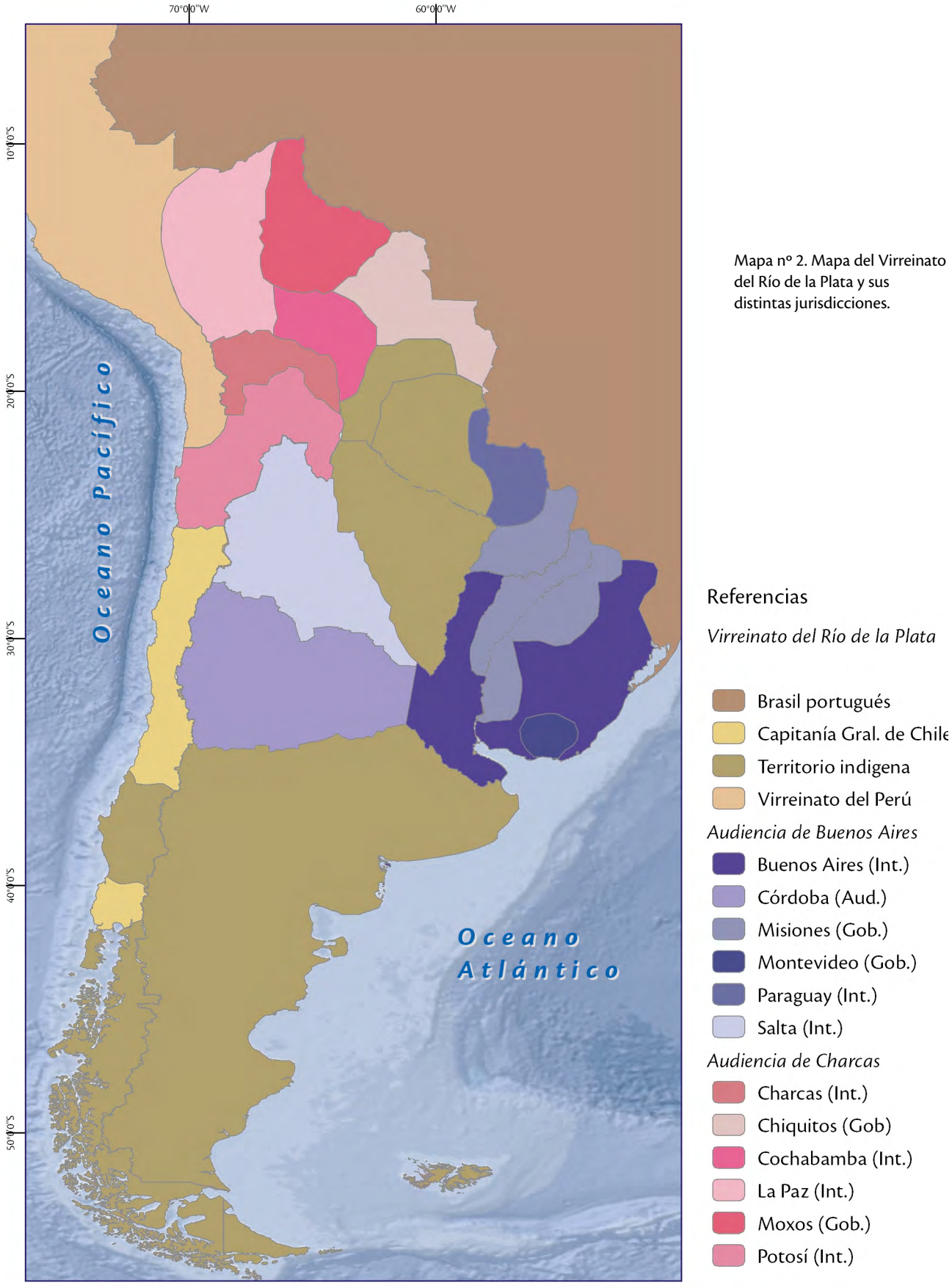
Reforma administrativa

Los borbones crearon dos nuevos virreinatos y, desde la década de 1780, se fue aplicando el régimen de intendencias. Los intendentes llegaron para desplazar a los odiados corregidores y su reparto forzoso de mercancías. Debían ser funcionarios de carrera, generalmente militares, que gobernaran sin establecer demasiados vínculos con las sociedades locales. El Virreinato del Río de la Plata quedó conformado por ocho intendencias y dos gobernaciones militares y todas ellas dependían directamente del virrey. En 1785, se creó una nueva Audiencia de Buenos Aires y así se ratificaba el rumbo asumido con las sucesivas medidas que convertían al Río de la Plata en un nuevo polo de poder político, militar, comercial y eclesiástico.

Reforma impositiva y comercial

El aumento de impuestos fue central para los borbones. Así lograban obtener fácilmente recursos para enfrentar la guerra en Europa. Aumentaron las alcabalas y los lugares donde pagarlas y también aumentó la cantidad de personas que pagaban el tributo porque se incorporaron algunos grupos que antes estaban exentos de pagarlo (caciques o mestizos). En cuanto al comercio atlántico, aunque se mantenía el sistema monopólico, se realizaron una serie de cambios con el objetivo de ampliar los intercambios y evitar el contrabando. A lo largo del siglo XVIII, se dictaron una serie de medidas que apuntaban a este objetivo: se generalizó el uso de navíos de registro que podían navegar fuera de la flota; se permitió el comercio por el Cabo de Hornos al sur del continente, se permitió el comercio con navíos neutrales en 1796. Con el Reglamento del Comercio Libre entre España e Indias

de 1778, se habilitaron nuevos puertos en América (24) y en España (13). El puerto de Buenos Aires fue uno de ellos. Para la misma época, el Auto de Libre Internación aseguraba el control sobre los mercados del interior rioplatense. Casi cuando terminaba el siglo, en 1794, se creó el Consulado de Comercio, que le otorgaba a la elite porteña una mayor autonomía respecto a los comerciantes limeños.




Mapa nº 2. Mapa del Virreinato del Río de la Plata y sus distintas jurisdicciones.

Expulsión de jesuitas

Por último, los reyes buscaron controlar más de cerca a la Iglesia católica. Algunas órdenes religiosas habían acumulado poder y no siempre se mostraban todo lo obedientes que los reyes querían. Tal el caso de los jesuitas, por ejemplo, quienes tenían a su cargo a muchos indígenas en las misiones a lo largo de toda América, administraban universidades y tenían muchas riquezas en tierras y esclavos. Por eso, en 1767, los expulsaron de los territorios de España y América, algo que Portugal y Francia habían hecho en 1759 y 1764 respectivamente.

Algunas zonas fueron beneficiadas por las reformas y otras fueron perjudicadas e incluso algunas medidas generaron tensiones entre las regiones, como entre el Río de la Plata y Perú por las minas de plata de Potosí. Con la creación del nuevo virreinato, el antiguo virreinato de Perú perdía esta gran fuente de riquezas que pasaría a financiar a través del situado –transferencia de plata de las cajas reales de Potosí a las de Buenos Aires– una parte importante de la nueva burocracia que se instaló en el virreinato austral. Buena parte de los nuevos cargos estarían destinados a una nueva camada de funcionarios a sueldo y de carrera reclutados mayoritariamente en la península y más afines a los propósitos de la Corona, que buscaba redefinir las relaciones de poder, logrando una mayor subordinación de las elites criollas.

## RESISTENCIAS Y REBELIONES

Durante más de tres siglos, el Nuevo Mundo estuvo bajo dominio de diversas potencias europeas, las que buscaron establecer un modelo de civilidad e impulsar un determinado tipo de desarrollo político, social y económico en cada una de las jurisdicciones que controlaron. Si bien a lo largo del dominio colonial perduraron ciertas estructuras y maneras de vida de las poblaciones originarias, en líneas generales los conquistadores impusieron nuevas formas de organización política, territorial y social, así como un modo específico de explotación de los recursos naturales y de la mano de obra. Las formas de dominación incluyeron, la mayoría de las veces, violencia y coerción física y, en menor medida, la negociación o el consenso.

La imposición del control de los europeos en los nuevos territorios 'funcionó' por más de trescientos años, y se puede afirmar que los indígenas americanos, así como los africanos esclavizados, acataron dichas pautas de dominación. Sin embargo, la obediencia no fue total ni constante. Distintas fueron las maneras de cuestionamiento de los sectores sociales más oprimidos al orden colonial; en este sentido, la resistencia lejos de ser una variable esporádica, se presentó como una respuesta constante y cotidiana a lo largo de todo el período colonial.

Fue tan así que los conquistadores tardaron muchísimos años en controlar las sociedades que vivían en vastos territorios americanos, e incluso, en ciertos casos, no lograron hacerlo mientras duró su gobierno. Por ejemplo, respecto del actual territorio argentino, los calchaquíes fueron conquistados sólo un siglo y medio después de la llegada de los españoles al continente (sobre ésta volveremos más abajo). En cuanto al segundo caso, las sociedades indígenas que ocupaban la actual Patagonia argentina fueron dominadas no por la sociedad hispano-criolla colonial, sino por el Estado Nacional Argentino hacia fines del siglo XIX.

Por lo tanto, podemos hablar de *resistencias*, en plural, ya que las formas que adoptaron fueron disímiles, variables y tuvieron también diferentes consecuencias en la sociedad colonial: resistencias bélicas, resistencias simbólicas, resistencias en el largo y corto plazo y, en menor medida, resistencia mixturada con consenso, negociación y adaptación.

Veamos, entonces, algunos ejemplos que recorren el amplio arco temporal que supuso la dominación colonial; para ello tomaremos ciertos conceptos o categorías, propuestos por distintos investigadores e investigadoras. Por un lado, podemos hacer referencia a la *resistencia* como el proceso mediante el cual las sociedades americanas originarias aún no conquistadas hicieron frente al hostigamiento de los colonizadores. Es decir, "se resistieron" a ser conquistadas mediante diversas tácticas y estrategias.

Salamancas

Uno de los espacios donde los grupos subalternos, en particular las mujeres indias que habitaban en las zonas rurales, desplegaron acciones cotidianas de resistencia fueron las "salamancas". Judith Farberman, quien ha estudiado este fenómeno para el caso de Santiago del Estero, las describe como un espacio que evoca a la vez "magia, aprendizaje y pacto diabólico". La salamanca era un lugar donde estas mujeres (y algunos varones) aprendían la magia y sus usos hechiceriles y terapéuticos. Era también un universo mestizo que producía un cierto efecto de "igualdad", en el cual la sociedad patriarcal se desdibujaba y las mujeres podían vengarse –a través de los hechizos– de los hombres que las ofendieron. El monte, lugar privilegiado de la salamanca, no dejaba de ser un espacio de circulación cotidiana. La india Pancha declaraba frente a la justicia que "a un lado en un montecito donde está un rincón, que es en la jurisdicción del Tucumán, y que habrá el término de seis años, según ella regular, que aprendió en la Salamanca, la que está media legua adelante de la estancia de Pascual Días, y que esto aprendió con la ocasión de ir a comprar maíz..." (2005, p. 165). Las mujeres acusadas de "producir maleficios", robar o simplemente por su "liviandad sexual" fueron juzgadas bajo tormento y castigadas por los tribunales coloniales con la muerte, el destierro o la cárcel.

Rebeliones

Por otra parte, a lo largo del período colonial se dieron diversos movimientos que se manifestaron contra la conquista que podemos denominar *rebeliones*. Éstas, a diferencia de las resistencias, nacen en el seno de sociedades ya conquistadas y persiguen como finalidad la reversión de dicha situación de dominación. Varias son las que se sucedieron a lo largo de la etapa colonial, pero sin dudas una de las más importantes, y conocidas, se relaciona a los levantamientos indígenas que se dieron durante todo el siglo XVIII en el área andina de Sudamérica, cuyo punto culmen lo constituyeron las rebeliones de Túpac Amaru y Túpac Katari en las postrimerías del siglo.

La más conocida de estas rebeliones fue la de Túpac Amaru II en 1780, que se articuló con las de Tomás Catari al norte de Potosí y Julián Apaza (Túpac Katari) en La Paz. Sin embargo, no debe verse esta rebelión como un estallido aislado. A lo largo de todo el período colonial las poblaciones indígenas y mestizas subordinadas se rebelaron contra el dominio colonial, aunque lo hicieron de diferentes maneras. Sólo en el siglo XVIII se cuentan entre las más importantes de Hispanoamérica: la rebelión tzeltal (1712, Chiapas, México), la rebelión indígena de Juan Santos Atahualpa (1742-1752, sierra central Perú), la rebelión yaqui (Sonora, México, 1740), la guerra guaranítica (1754, Paraguay), la rebelión de Jacinto Canek (1761, Yucatán, México) y la rebelión mapuche (1769, Chile). En algunas zonas de México, por ejemplo, eran muy comunes los motines de pueblo. Las pequeñas poblaciones organizaban protestas contra alguna medida que los afectaba como pueblo. Sus armas eran instrumentos caseros o agrícolas, palos y piedras y muchas mujeres participaban en ellas. Duraban algunas horas (y a veces días) y en su desarrollo podían apresar e incluso ajusticiar a alguna autoridad colonial.

Rebeliones, motines e insurrecciones de las poblaciones andinas. Siglo XVIII

*1726 – Revueltas antifiscales en Andahuaylas*
*1730 – Revuelta de mestizos en Cochabamba*
*1730 – 1737 – Revueltas en la provincia de Cajamarca*
*1739 – Revuelta de mestizos en Catabamba*
*1742 – 1756 – Sublevación de Juan Santos Atahualpa en la sierra central de Perú*
*1757 – Levantamientos de los pueblos de Ninacaca y Carhuamayo*
*1758 – Levantamiento del pueblo de Huamacucho*
*1760 – Tumulto de Alausi por despojo de tierras comunales*
*1764 – Sublevación de indios forasteros en Riobamba*
*1766 – Protestas contra nuevos impuestos en Molleambato*
*1777 – Sublevación del corregimiento de Otavalo por tierras*
*1780 – Rebelión de Oruro*
*1780 – Sublevación de la tenencia general de Ambato*
*1780-1781 – La Gran Rebelión de Tupac Amaru II en sierra sur de Perú*
*1781-1782 – Rebeliones de Tupac Katari y Tomás Katari en el Alto Perú*

Los calchaquíes resistieron en el actual noroeste argentino el intento de dominio por parte de los españoles durante un siglo y medio. Alternando distintos momentos de acción bélica, repliegue, reorganización en el interior de su diversa sociedad. Finalmente, los españoles, hacia mediados del siglo XVII, lograron emplazar su dominio sobre las sociedades calchaquíes, ocupando sus tierras, subyugando diversos grupos étnicos y aplicando la política de desnaturalización sobre otros pueblos originarios, es decir, su traslado forzoso lejos de sus lugares originarios.

A fines del siglo XVI, en el noroeste del actual territorio argentino, existían dos regiones bien diferenciadas. En el norte, la conquista había sido exitosa y las poblaciones indígenas sometidas se hallaban sujetas a varias obligaciones en trabajo y en pago de impuestos. Más al sur, en la zona de los valles calchaquíes, los indígenas conservaron su independencia hasta mediados del siglo XVII, resistiendo los intentos de conquista.

La rebelión indígena en esa región tuvo tres momentos diferentes. La primera rebelión fue dirigida por el cacique Juan Calchaquí en el año 1562 y llevó al abandono español de las tres de las primeras ciudades que habían fundado en el noroeste argentino. La segunda rebelión se prolongó de 1630 a 1643, y fue encabezada por el cacique Juan Chelemín. En ese último año las fuerzas españolas lograron derrotar a los calchaquíes, capturando a su jefe y condenándolo a muerte. En esta etapa de rebeldía, comenzó a aplicarse un método especial de castigo: el traslado de la población, que era obligada a abandonar sus lugares de origen y habitar otras regiones.

La tercera guerra calchaquí comenzó en 1658 y fue dirigida por un español llamado Pedro Bohórquez. Éste intentó acercarse a españoles y a indígenas a través de un doble juego. Se presentó ante los españoles ofreciendo sus servicios como colaborador e informante de las riquezas que tenían los indios si lo nombraban "rey de los Incas" y lo enviaban a las tierras calchaquíes. Al llegar a los valles calchaquíes se presentó ante los indios como descendiente de Paulo, el último inca legitimado por los españoles. De esa manera, pudo establecer una alianza con los indígenas y se inició la tercera etapa de las guerras calchaquíes. Aunque Bohórquez se rindió durante el primer año de la guerra, los indios continuaron peleando durante seis años más, hasta 1665. Al final de la guerra, la política de traslado de la población alcanzó a todos los grupos sublevados. Uno de ellos, los indios Quilmes debieron realizar el viaje a pie desde los valles calchaquíes hasta Buenos Aires, donde, aquellos que lograron resistir la travesía, fueron concentrados en una reducción.



Figura nº 12. Ruinas del asentamiento de los indígenas Quilmes, Valles Calchaquíes, Natalia Wiurnos, 2015. Fuente: Archivo particular de N. Wiurnos.

Los levantamientos y las rebeliones del mundo andino en palabras de un historiador

*Ningún evento conmovió los cimientos del orden colonial en Hispanoamérica como el masivo levantamiento de los pueblos andinos del Perú a comienzos de la década de 1780. En el curso de más de dos años, se organizaron verdaderos ejércitos insurgentes desde el Cuzco hasta el norte de los futuros territorios de Chile y Argentina. Algunas de las ciudades más antiguas y populosas de la región –Cuzco, Arequipa, La Paz, Chuquisaca, Oruro, Puno– fueron sitiadas, asediadas u ocupadas. Vastas áreas rurales en Charcas, el altiplano paceño y la sierra sur peruana quedaron bajo completo control de las fuerzas rebeldes. Y estas fuerzas contaron en ocasiones con el apoyo explícito, o la expectante mirada, de significativos sectores criollos y mestizos que habitaban los pueblos y centros urbanos.*

*La región afectada representaba el imperio español en Sudamérica. Era un gran espacio económico atravesado por la ruta que unía Lima con Buenos Aires y que estaba articulado alrededor de Potosí, uno de los mayores productores mundiales de plata, el principal bien de exportación americano y el motor del desarrollo regional. La región estaba habitada mayoritariamente por poblaciones de habla aymará y quechua, los descendientes de las grandes entidades políticas precolombinas (...) Si bien muchos indígenas eran trabajadores mineros y urbanos o arrendatarios de haciendas la mayoría estaba integrada a comunidades que poseían la tierra colectivamente y tenían sus propias estructuras de gobierno –los famosos caciques y otras autoridades étnicas menores–. De estas comunidades la Corona obtenía su más estable fuente de recursos fiscales, el tributo y la minería su principal fuente de trabajo forzado, la mita –la antigua institución colonial que obligaba a cada pueblo andino ubicado entre el Cuzco y el sur del Alto Perú a despachar cada año una séptima parte de su población al Cerro Rico de Potosí y otros centros mineros–. Fueron estas comunidades las que constituyeron el núcleo del alzamiento.*

Sergio Serulnikov (2010, pp. 9-11).

## SOCIEDADES Y FRONTERAS: TENSIONES E INTERACCIÓN EN LA ETAPA COLONIAL

Durante toda la época colonial, a lo largo de los extensos dominios hispanos, vastos territorios poblados por indígenas no fueron incluidos bajo el control de la Corona y, por tanto, permanecieron independientes por largos períodos. Así, se establecieron diferentes regiones que podemos denominar *fronterizas*, es decir que lindaban con los espacios hispano-criollos pero no habían sido controlados por ellos. En general, y tradicionalmente, la concepción de frontera se vincula a un espacio tajantemente delimitado, y particularmente para la etapa colonial, por mucho tiempo, se interpretó que las fronteras o límites entre los espacios indígenas y los españoles se conformaban como 'bordes o líneas' que dividían y separaban una sociedad de la otra y como espacios relacionados a la violencia y belicosidad. En parte es innegable que una frontera delimita y separa, y que ella puede conllevar un grado de enfrentamiento entre las sociedades que habitan ambos lados; sin embargo, los estudios históricos de las últimas décadas modificaron significativamente esta manera de mirar los espacios fronterizos.

### Espacios mestizos y multiculturales

El análisis de los casos concretos trazó una imagen muy diferente, ya que puso de manifiesto que las fronteras también se conformaron como espacios de conexión e interacción, que las sociedades separadas por estos 'límites' se vinculaban pacíficamente mucho más de lo que se creía y que las relaciones entre ambas sociedades, además, no era estática, sino que variaban a través del tiempo. Las fronteras, de esta manera, se abren como espacios mestizos y multiculturales, en los cuales circulan elementos de ambas sociedades, e incluso los mismos sujetos son los que habitan de forma alternada ambos márgenes, convirtiéndose en vectores de pautas culturales ajenas dentro de sus sociedades (Ratto, 2001 y 2015).

De esta forma, en los territorios hispanoamericanos, son muchos los ejemplos que podemos encontrar sobre regiones pobladas por indígenas que permanecieron al margen del control colonial: por ejemplo, los apaches de Chihuahua en México, los chiriguanos en el Chaco o los reche mapuches de la Araucanía.

### Espacio fronterizo chaqueño

En el caso concreto del territorio que posteriormente se configura como el Virreinato del Río de la Plata, podemos distinguir diversos espacios en los que los españoles no penetraron. Un primer caso que podemos mencionar es el de las fronteras oriental y occidental chaqueñas: diversos grupos indígenas (abipones, mocovíes, tobas, guaycurúes) estuvieron al margen del dominio español o fueron integrados tardíamente, resistiendo el avance de los hispano-criollos, quienes veían en la región un espacio codiciado para el avance de establecimientos productivos, así como la cooptación de indígenas para mano de obra. Como rasgo general podemos afirmar que la frontera chaqueña se encontró, durante todo el período, fuertemente militarizada, con el despliegue de distintos dispositivos de

control tales como los fortines o las misiones. No obstante, los enfrentamientos entre españoles e indígenas no fueron la única constante del período, también se dieron procesos de articulación y conexión entre ambas sociedades como, por ejemplo, la aceptación de algunos grupos indígenas en reducciones o los intercambios comerciales encauzados por indígenas, participando así en redes mercantiles entre los territorios tucumanos, litoraleños-paraguayos y brasileños. También, y ya hacia fines del siglo XVIII y en el marco de la política borbónica, se lograron establecer ciertas alianzas con algunos grupos.

Espacio fronterizo pampeano-patagónico

El otro espacio fronterizo que permaneció independiente durante todo el período colonial fue la región pampeana y patagónica. Los grupos indígenas presentes de uno y otro lado de la Cordillera de los Andes conformaban una diversa población que recién hacia el siglo XVIII conoció una mayor homogeneidad mediante el proceso de *araucanización*, es decir de la difusión de la población araucana del occidente cordillerano hacia el oriente. Se afianzó así un fenómeno de dispersión de población trasandina que comenzó a mezclarse con los pampas, tehuelches y pehuenches, difundiendo nuevas formas de vida, culturales y de producción como, por ejemplo, la práctica de la agricultura. Por tanto, la población pampeana-patagónica indígena, si bien compartió rasgos culturales similares, también sostuvo y encontró dentro de sí una amplia heterogeneidad.

Distintas también fueron las relaciones entabladas con la sociedad hispano-criolla: a diferencia de la frontera chaqueña, la militarización del espacio sur fue menor o más tardía. Proliferaron, por un lado, amistosas relaciones entre indígenas y españoles a través de intercambios comerciales, que contribuyeron a establecer una fluida circulación de sujetos de "un mundo a otro".



Figura nº 13. Indios pampas, litografía, Carlos Morel, *ca.* 1840. Fuente: Museo Nacional de Bellas Artes.

*Malones*

Pero por otro lado, indudablemente la conflictividad también formó parte de esta frontera: los indígenas en ocasiones avanzaban sobre los dominios españoles en forma de ataques con el fin de hacerse de productos y recursos (el ganado, por ejemplo) y mujeres; esas ofensivas indígenas fueron denominadas *malones*. También los indígenas asaltaban las caravanas comerciales, ya sean hispano-criollas o indígenas para hacerse de los bienes que allí se trasladaban. El fin que impulsaba estos ataques no fue solamente perjudicar a los españoles sino que también estas avanzadas eran demostraciones de fortaleza de parte de ciertos jefes indígenas, ya sea para reflejarlo ante los españoles y de ello obtener algún beneficio o negociación en particular, o incluso como forma de demostración de poder de algunos jefes indígenas frente a otros jefes étnicos dentro del diverso mundo mapuche. Finalmente, hacia fines del siglo XVIII, se entablaron una serie de pactos de paz entre diversos grupos indígenas y autoridades coloniales que permitieron establecer la calma entre ambas sociedades hasta el fin del período colonial.

Si bien reseñamos dos grandes espacios fronterizos en el área rioplatense (el chaqueño y el pampeano-patagónico), podemos distinguir otras regiones, como las zonas del litoral o la mendocina, donde la presencia española se hizo más fuerte recién hacia fines del siglo XVIII, permitiendo a los grupos indígenas seguir practicando sus tradicionales formas de vida, vinculadas generalmente a la caza, la recolección y la pesca.

Si bien las zonas fronterizas se establecieron como espacios diferenciados del mundo hispano-criollo y que las sociedades indígenas desplegaron distintas estrategias para seguir sosteniendo su autonomía y frenar los avances de la sociedad colonial, también resulta evidente que estos espacios de separación funcionaron muchas veces como espacios de conexión y articulación, muy distantes de constituir realidades aisladas y escindidas totalmente.

# RELACIONES INTERÉTNICAS EN LA FRONTERA SUR DEL IMPERIO ESPAÑOL

## De la conquista a los tiempos borbónicos

### INTRODUCCIÓN

Expansión ultramarina europea

A fines del siglo XV, Europa occidental comenzaba a reponerse tras la crisis feudal del siglo XIV y lentamente adquirieron mayor protagonismo político los reyes. Bajo este contexto, se produjo una gradual reactivación que permite entender el proceso posterior de desarrollo económico que tuvo lugar a partir del siglo XVI, en el cual jugó un rol importante la expansión territorial protagonizada por España y Portugal que dio origen a la formación de los imperios coloniales (Bianchi, 2007). Los nuevos conocimientos científicos (astronomía, geografía, cartografía), el desarrollo de nuevas tecnologías, tales como la brújula, el astrolabio y una serie de mejoras en materia de navegación, sumados a la búsqueda de nuevas rutas hacia Oriente (a raíz de la ocupación de Constantinopla por los turcos-otomanos en 1453), impulsaron la expansión ultramarina europea.

La Corona portuguesa comenzaría con la circunnavegación del continente africano. Este proceso daría lugar a la conquista de los territorios costeros mediante el sometimiento de los grupos africanos, los cuales serían esclavizados y comercializados con el objetivo de que ejecutaran diversos trabajos en condiciones infrahumanas. Posteriormente, se produciría la llegada del expedicionario portugués Vasco da Gama a las Indias. Portugal recién focalizaría sus intereses y pretensiones sobre el continente americano a comienzos del siglo XVI, mediante las acciones de Pedro Álvarez Cabral, quien llegaría a los territorios del actual Brasil en el año 1500.

Conquista española

En cuanto a la Corona española, su atención se centró en la expulsión de los musulmanes (que desde hacía ocho siglos ocupaban la península ibérica), la reconquista de antiguos territorios y la búsqueda de nuevas rutas hacia Oriente. La llegada de Cristóbal Colón a América en 1492 se convertiría en un punto de inflexión respecto del devenir de las sociedades indígenas. La exploración, seguida del proceso de conquista, daría comienzo a la construcción de un nuevo orden a través de "la cruz y la espada".

La conquista se efectivizó no sólo por los conflictos internos entre los nativos, lo cual les permitió a los españoles construir una serie de alianzas con los pueblos enemigos de los aztecas y los incas con el propósito de derrocar ambos imperios, sino también por la propagación de enfermedades, procedentes del Viejo Mundo, ante las cuales sucumbieron las poblaciones indígenas. Así, la Corona española emprendió la creación de una serie de instituciones coloniales, algunas asentadas en la metrópoli y otras con presencia directa en los territorios de ultramar.

El impacto de la conquista y la colonización española

El enfrentamiento directo durante la conquista, la violencia y los malos tratos ejercidos por los encomenderos, la mita y el yanaconazgo, sumados al proceso de evangelización, tuvieron un impacto rotundo en el desarrollo de los grupos indígenas. La reducción y la evangelización de los indígenas constituyeron dos de las

estrategias fundamentales utilizadas por la Corona española para llevar a cabo el proceso de colonización de los territorios americanos.

Gradualmente, diversas corrientes colonizadoras continuaron avanzando hacia el sur, hasta adentrarse en los territorios actuales del Estado argentino. Lejos de asumir una actitud sumisa frente a los europeos, muchos grupos étnicos se aliaron con el objetivo de ofrecer resistencia a la dominación española. En diversos puntos del territorio americano, se replicaron distintas rebeliones indígenas que acabaron siendo sofocadas y reprimidas por los colonizadores durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

La convivencia entre las sociedades indígenas y los hispanocriollos en los espacios de frontera estuvo atravesada no sólo por la violencia y la guerra, sino también por los intercambios comerciales, las negociaciones diplomáticas y el mestizaje (Boccara, 2003, 2005; Mandrini, 1992a, 2008; Pinto Rodríguez, 1996; Quijada, 2002). Ello nos conduce a los argumentos de Boccara (2003, p. 87), para quien resulta propicio contemplar los factores que inciden en la fabricación de la identidad étnica a partir de los procesos de mestizaje y de etnogénesis en los escenarios fronterizos americanos.

En términos muy generales, podemos definir la frontera como un espacio de convivencia e interacción entre múltiples y diversos actores sociales en el cual se desarrollaban no sólo la guerra y la violencia, sino también intercambios comerciales, negociaciones diplomáticas, relaciones de parentesco y de amistad y procesos de mestizaje (Boccara, 2003, 2005; Mandrini 1992a, 2008; Pinto Rodríguez, 1996; Quijada 2002).

En función de los argumentos recién expuestos, nos proponemos realizar una síntesis del desarrollo de las relaciones interétnicas en la frontera sur del imperio español entre el siglo XVI y el XVIII. Sobre la base de ello, nuestra atención está focalizada en el devenir histórico de las poblaciones indígenas que habitaron y habitan los territorios que actualmente conforman el Estado argentino.

Entre los siglos XVI y XIX, las poblaciones indígenas regionales interactuaron en una primera instancia con el Imperio español establecido a ambos lados de la cordillera y, posteriormente, se vincularon con las repúblicas surgidas como producto de la ruptura del dominio colonial que luego dio origen a la consolidación de los Estados-nación argentino y chileno (Villar, 2012, pp. 251-252). La conquista y la colonización pusieron en evidencia los conflictos derivados de "la inadecuación entre las lógicas y conductas de aquellos que actuaban por consenso luego de escucharse recíprocamente y los que desde su llegada a los territorios invadidos pretendieron ser obedecidos y servidos, poniendo en cuestión las costumbres locales en nombre de un soberano distante y un único dios" (Villar, 2012, p. 252). Por lo tanto, a partir de la conquista y la colonización, numerosas poblaciones indígenas fueron perdiendo gradualmente su autonomía política y territorial.

Hacia el siglo XIX, paralelamente al desarrollo de las relaciones intra e interétnicas en los espacios de frontera tuvo lugar, en términos de Quijano (2000, p. 227), el surgimiento del Estado nación, el cual constituye una estructura de poder. Ésta está basada en un poder político central sobre un territorio y una población, en el cual "cualquier proceso de nacionalización posible sólo puede ocurrir en un espacio dado, a lo largo de un prolongado período de tiempo". Para el autor, "este espacio es, en ese sentido, necesariamente un espacio de dominación disputado y ganado frente a otros rivales".

En consonancia con estos mismos razonamientos, cabe preguntarse, ¿cómo se forjaron las relaciones interétnicas entre los grupos indígenas y los hispanocriollos?, ¿qué cambios o transformaciones se produjeron en el desarrollo de los grupos locales a partir del contacto con los europeos?, ¿qué estrategias desplegaron los caciques frente a la dominación colonial?, ¿qué características fueron adoptando las relaciones entabladas entre ambas sociedades en el escenario de frontera a lo largo del período colonial? Comencemos por analizar

el desarrollo de las sociedades indígenas en momentos previos a la conquista española.




Mapa n° 1. Las sociedades indígenas y sus territorios en el siglo XVI.
Fuente: Elaboración personal sobre la base del mapa correspondiente a las investigaciones de R. Mandrini, 2008. *La Argentina aborigen. De los primeros pobladores a 1910.* Buenos Aires: Siglo XXI, p. 154.

Los *pukará*

Entre los siglos X y XV d. C., en el actual noroeste argentino, tuvieron lugar los llamados *desarrollos regionales*, los cuales se caracterizaron por su importante crecimiento demográfico y el surgimiento de sociedades con claras capacidades de control y defensa de su territorio desde los pukará (Tarragó, 2000, p. 259). Entre ellas, se encuentran las organizaciones de Calchaquí, Tastil, Yocavil, Belén, en las actuales provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Más hacia el norte y vinculadas en forma directa con el altiplano, se desarrollaban otras organizaciones políticas en Tilcara, Humahuaca, Yavi y Casabindo, en la actual provincia de Jujuy. Y los centros Sanagasta y Aimogasta, en la actual provincia de La Rioja y Angualasto en el territorio de la actual provincia de San Juan. El desarrollo artesanal en la región del noroeste alcanzó niveles de excelencia con fines útiles y suntuarios; una parte de lo producido estuvo destinada a usos ceremoniales y de élite (Tarragó, 2000, pp. 259-260).

La conquista y la dominación incaica

Sin embargo, hacia fines del siglo XV, la región noroeste, e incluso una porción de los territorios correspondientes a la provincia de Mendoza, quedó sujeta a la dominación incaica. Hacia el año 1480, Topa Inca Yupanqui, hijo de Pachacuti o Pachacutec (antiguo líder que había logrado la consolidación del *Tawantinsuyu)*, emprendió la conquista y anexión del actual noroeste argentino al imperio incaico. Las motivaciones de la expansión estaban centradas en la obtención de los recursos mineros vinculados al trabajo especializado alcanzado por las poblaciones locales, así como los productos agrícolas y artesanales (Rex González y Pérez, 1985, pp. 108-110; Mandrini, 2008, pp. 161-163).

La ingeniería puesta en marcha al servicio de la reproducción social del imperio incaico es ostensible a través de los centros administrativos que se construyeron sobre las sociedades locales a cuyos poblados se les realizaron remodelaciones en algunos sectores, tales como en Tilcara, La Huerta en la quebrada de Humahuaca, Fuerte Quemado en el valle de Santa María y La Paya en el valle Calchaquí (allí se destaca el edificio de piedras llamado Casa Morada y una serie de sitios alrededor que se distinguen por su diseño de impronta cuzqueña) (Mandrini, 2008, pp. 161-163).

La conquista incaica no careció de episodios de resistencia y sublevaciones frente al orden impuesto. Se destacaron las rebeliones en los valles calchaquíes y los conflictos en las fronteras del imperio: hacia el sur a través de la resistencia ofrecida por los *reche* en el río Maule que frenaron el avance de los incas; situación que se replicó hacia el este cordillerano, considerando el caso de los *chiriguanos* hacia el norte y los *juríes* más al sur (Mandrini, 2008, pp. 164-165). Esto nos permite entender por qué algunos grupos étnicos optarían por aliarse con los españoles durante el proceso de conquista del *Tawantinsuyu*.

El rol fundamental que ocupaban las ceremonias religiosas en el desarrollo del imperio inca se percibe a través de los santuarios erigidos en las altas cumbres de los Andes, entre los cuales podemos mencionar aquellos que se sitúan sobre los volcanes Socompa y Llullayllaco, los nevados de Acay y Chañí y los cerros del Toro, Mercedario y Aconcagua. En los territorios del norte trasandino, se hallan los santuarios del volcán Copiapó y los cerros Doña Ana, Las Tórtolas y El Plomo (Mandrini, 2008, p. 163). Entre las expresiones materiales de la cultura inca presentes en la región se encuentran los *platos pato*, vasijas, botellones ovoides, cuchillos *tumi*, *liwi* (esferas sólidas amarradas a cordones, utilizadas para cazar), hachas en *T* y en *ancla*, mazas estrelladas y *topu* (alfileres largos con cabeza), figurillas zoomorfas y antropomorfas y *kero* (vasos con fines ceremoniales). Se distinguen las piezas y las esculturas de animales o figuras humanas talladas en rocas blandas, producidas en talleres especializados, como el asentamiento de Tilcara, Jujuy (Rex González, 2000, pp. 317-320). A su vez, la interacción continua entre los incas y los diversos grupos de la región promovió la gestación de sincretismos culturales que explican el surgimiento de estilos mixtos. Tal es el caso del patrón

estilístico Inca Paya, perteneciente al alto valle Calchaquí, cuya distribución y alcance se proyectó a algunas zonas de Chile y Bolivia (Rex González, 2000, p. 317).

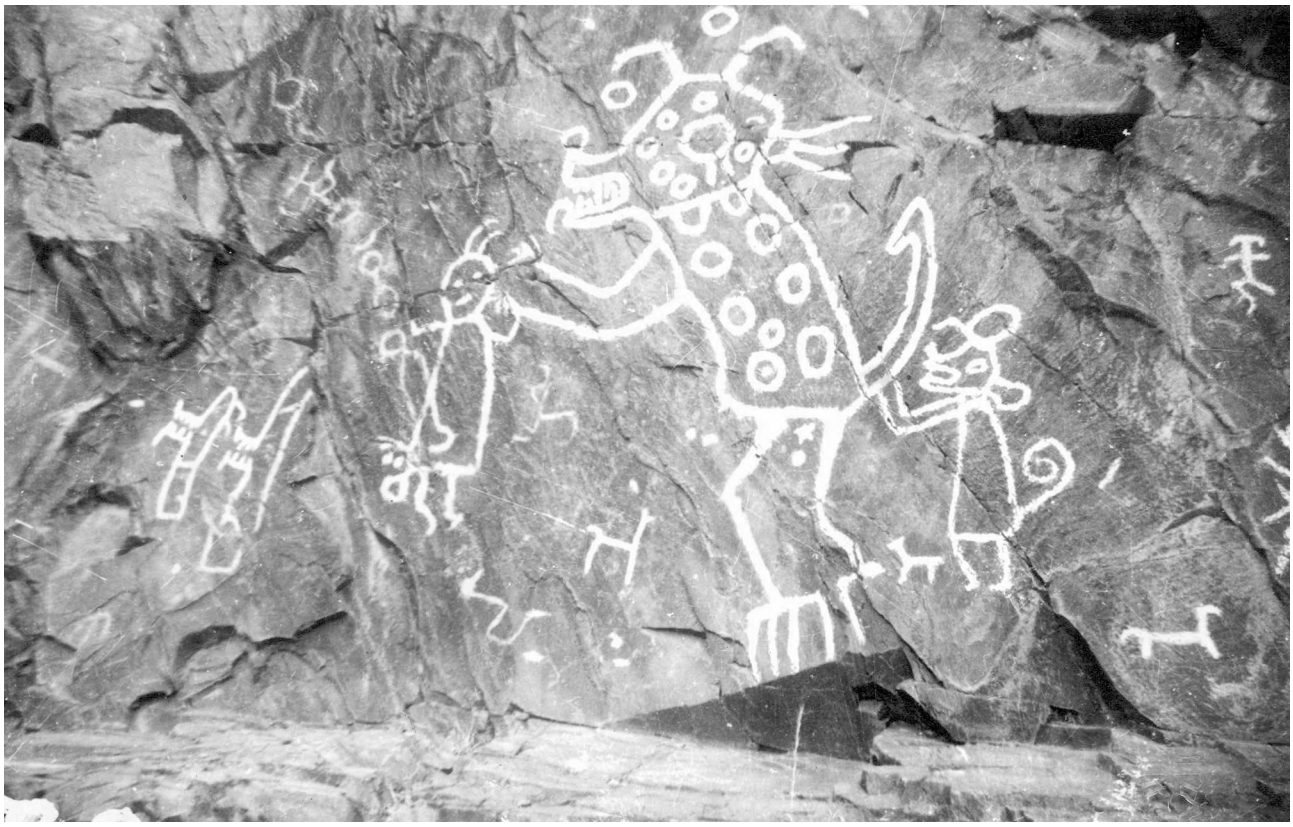
El legado cultural andino

El núcleo cultural fundamental y la lengua de las poblaciones nativas de la región no se vieron alterados hasta la conquista española y la guerra desatada entre españoles e indígenas. Incluso en la actualidad, aunque afectadas por el impacto de la conquista y la evangelización, en poblaciones del noroeste argentino se mantienen pautas culturales en la alimentación, el manejo del ganado y de cultivos nativos, costumbres y creencias, tales como la veneración a la *Pachamama* (madre tierra), cuyos orígenes remiten a los tiempos prehispánicos (Tarragó, 2000, pp. 291 y 298).

Respecto a la actual provincia de Mendoza, la dominación inca se materializa, por ejemplo, a través del Camino del Inca. Según Rex González y Pérez (1985, p. 146), los territorios que se encuentran entre los ríos Diamante (Mendoza) y Zanjón (San Juan), las lagunas de Guanacache y la zona montañosa del noroeste estaban habitados por los *huarpes*. Para Lobato y Suriano (2000, p. 32), esta región representaba el límite austral de la expansión de los pueblos agricultores y de una "zona de transición" con los desarrollos culturales correspondientes a Pampa y Patagonia.

La cultura *huarpe* era compartida por las parcialidades que hablaban la lengua *allentiac*, que habitaban las lagunas de Guanacache, en las provincias de San Juan y San Luis. Y por otro lado, las parcialidades de idioma *milcayac*, situadas al sur de Guanacache hasta el río Diamante, ocupaban casi toda la actual provincia de Mendoza (Lobato y Suriano, 2000, p. 32; Rex González y Pérez, 1985, p. 146). Su economía se basaba en la caza (mediante el uso del arco y la flecha). Los *huarpes* asentados en torno a la laguna de Guanacache se abocaron a la recolección de raíces y la pesca. Por su parte, las parcialidades del occidente practicaron la horticultura. Si bien esta comunidad no había desarrollado técnicas alfareras complejas, supo destacarse por sus habilidades para la producción de cestería. Su organización social se basaba en la conformación de familias poligámicas, en las cuales las mujeres eran obtenidas a partir de la compra. Cuando se producía la muerte del cónyuge, la viuda o el viudo contraía matrimonio con su cuñado o cuñada (Rex González y Pérez, 1985, p. 146).

Figura nº 1. Petroglifo, *ca.* 1920, Punta del agua, Salta, Argentina.
Fuente: Archivo General de la Nación.



Cultura diaguita

Para comienzos del siglo XVI, la región del actual noroeste argentino estaba habitada por diversos grupos étnicos, que posteriormente los españoles denominaron en forma general *diaguitas*. Se trataba de grupos que se asentaron en los valles y las quebradas. Entre ellos podemos mencionar a los *pulares*, *luracataos*, *chicoanas*, *tolombones*, *yocaviles*, *quilmes*, *tafís*, *hualfines* (Lobato y Suriano, 2000, p. 30). Estas poblaciones sedentarias practicaban la agricultura gracias al uso de canales y andenes de cultivos, a la vez que se desempeñaban como criadores de llamas, las cuales eran utilizadas como animales de carga y para la obtención de lana para la producción de tejidos. También realizaban intercambios comerciales, producían artefactos de cerámica y desarrollaban tareas vinculadas a la metalurgia. Eran sociedades jerarquizadas a cargo de un jefe cuya función, posiblemente de carácter hereditario, se basaba en la coordinación de tareas. El líder administraba los recursos tributados y posteriormente los redistribuía en forma de regalos o privilegios. Sus creencias religiosas estaban vinculadas a fenómenos naturales (Lobato y Suriano, 2000, pp. 30-32).

Las zonas de yungas y valles que actualmente componen el paisaje de las provincias de Salta, Tucumán, Catamarca, el noroeste de Santiago del Estero y las tierras comprendidas entre los valles de los ríos Salado y Dulce, constituyeron el hábitat de varias comunidades guerreras de origen chaqueño y amazónico que se desplazaron hacia el oeste y no sólo sometieron a las poblaciones locales, sino también representaron una amenaza para la frontera oriental del imperio incaico. Los españoles los llamaron *juríes*, palabra de origen quechua que alude al ñandú, tratándose de un recurso animal abundante en la zona (Mandrini, 2008).

Comunidades chaqueñas y amazónicas

En la región bañada por los ríos Dulce y Salado, se asentaban los *tonocoté* (de origen amazónico), comunidad agrícola sedentaria, que interactuaba con los pueblos andinos desde antes de la conquista incaica. Los intercambios comerciales con los incas se desarrollaron con gran dinamismo, puesto que los *tonocoté* eran hábiles tejedores y alfareros. Próximas a ellos, se encontraban las poblaciones de las yungas orientales situadas hacia el sudeste de Salta y el norte de Tucumán, llamados *lules* por los españoles. Posiblemente, esta población provenía del oeste chaqueño, se caracterizaba por su belicosidad, su estilo de vida cazador-recolector bajo pautas de movilidad continua y por la práctica ocasional de la agricultura (Mandrini, 2008, pp. 165-166).

## Los grupos indígenas del Chaco

En el nordeste salteño y los valles orientales de la actual Bolivia, debemos mencionar a los indios *chiriguanos* o *ava*, como se autodenominaban (Mandrini, 2008, p. 167). Este pueblo de origen *guaraní*, se había trasladado atravesando los ríos Bermejo y Pilcomayo hasta llegar al borde del macizo andino. La presencia de los pueblos *guaraníes* en los actuales territorios argentinos está vinculada a un proceso migratorio, iniciado hace cinco mil años, desde el oriente del actual Brasil. Hacia el 1500 d. C., a diferencia de los *ava* que alcanzaban los contrafuertes andinos, los *guaraníes* arribaban a las tierras inmediatas al Río de la Plata (Mandrini, 2008, p. 167).

La antropofagia

Según Lobato y Suriano (2000, p. 37), los *chiriguanos* constituían una comunidad guerrera que había sometido a poblaciones locales, tales como los *chané*. En la cultura de estos últimos, convivían diversos grupos semisedentarios de filiación lingüística *arawak*, bajo una organización interna estratificada y abocados a actividades militares y religiosas. Por su parte, Mandrini (2008) señala que las comunidades *chané* fueron reducidas a una condición servil por los *chiriguanos* a la vez que eran sacrificados y comidos en los grandes banquetes rituales. La antropofagia era una práctica cultural propia de los pueblos *tupí guaraní*, que afianzaba el prestigio del líder y consolidaba las relaciones entre los participantes.

Los pueblos de filiación lingüística guaycurú

En las llanuras comprendidas dentro de la región del Chaco, se destacaban los pueblos de filiación lingüística y cultural *guaycurú* (*tobas, pilagás, mocovíes y abipones*) (Lobato y Suriano, 2000; Mandrini, 2008). Los *tobas y pilagás* habitaban el Chaco Central, correspondiente a los territorios de la actual Formosa. Mientras

que los *abipones* y *mocovíes* se asentaron en el Chaco austral. Cuando incorporaron el caballo, esos límites fueron desbordados y ampliaron su radio de acción territorial. Los grupos de la región del Chaco vivían de la caza de pecaríes, venados, tapires y ñandúes y de la recolección de frutos de algarrobo, chañar, mistol, molle y raíces diversas. Esta última tarea era desempeñada por las mujeres (Lobato y Suriano, 2000, p. 34). Las parcialidades que se vincularon con los *ava* probablemente adoptaron la horticultura como una práctica temporal (Mandrini, 2008, p. 171). Los *guaycurúes* solían conformar familias extensas a cargo de un cacique, cuya autoridad estaba sujeta a la supervisión y el asesoramiento de un consejo de ancianos. Adoraban a un ser supremo y una serie deidades asociadas a especies animales y a héroes culturales (Lobato, y Suriano, 2000).

Debemos mencionar también a los *wichi* o *matacos*, bandas de cazadores-recolectores cuya territorialidad se desplegó en torno al noreste de Salta (Mandrini, 2008). Según, Lobato y Suriano (2000), los *matacos, mataguayos, chorotes y chulupíes* formaban parte de la filiación lingüística *mataco-mataguaya* y ocupaban parte del Chaco austral y central. Para los autores, estas sociedades se encontraban bajo la conducción de un cacique y un chamán que actuaba como intermediario entre el mundo terrenal y el sobrenatural.

Los wichi o matacos

Figura nº 2. Lámina de las memorias del padre jesuita Florián Paucke *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocobíes (1749-1767)*. Fuente: Archivo General de la Nación.



## LAS SIERRAS CENTRALES: TIERRA DE COMUNIDADES AGROALFARERAS

La zona de las Sierras Centrales, perteneciente a la orografía de las actuales Córdoba y San Luis habían sido habitadas desde tiempos milenarios: los primeros asentamientos se remontan a unos ocho mil años y corresponden a los sitios arqueológicos denominados Ayampitín (a cielo abierto) y Ongamira y Candonga (cuevas) (Lobato y Suriano, 2000). El escenario serrano estuvo protagonizado por dos culturas principales: *comechingones* y *sanavirones*. Los primeros estaban divididos en dos grupos lingüísticos: las parcialidades del norte, que hablaban el *henia*, y las parcialidades del sur de habla *camiare* (Rex González y Pérez, 1985, p. 119). Al parecer, su nombre fue asignado por los *sanavirones* y remite al hábitat en las grutas o cuevas, aunque bajo este rótulo se escondían diversos grupos

étnicos (Mandrini, 2008). Los *comechingones* se destacaron por sus habilidades en la producción textil, cuya evidencia material nos remite a los torteros de cerámica, hueso y loza (estos últimos correspondientes a la época de la conquista). Los grupos que habitaban las orillas de la Laguna Mar Chiquita elaboraban redes para la caza y pesca (Rex González y Pérez, 1985). Por su parte, los *sanavirones*, ocupaban la porción cordobesa del norte, se trataba de un grupo de vocación guerrera que gradualmente había avanzado hacia el sur y había logrado desplazar a los *comechingones* (Rex González y Pérez, 1985).

Pueblos agroalfareros

Estos grupos culturales eran pueblos agroalfareros con fuertes influencias andinas, pero no establecieron vínculos directos con los incas (Mandrini, 2008, p. 169). A partir del 900 d. C., es posible reconocer la existencia de un patrón de economía mixta sustentada en la caza y recolección y la agricultura (aunque seguramente se haya definido un par de siglos antes o más aún) (Bonnin y Laguens, 2000, p. 165). Posiblemente, la agricultura y la alfarería fueron actividades incorporadas y aprendidas, a través del contacto e interacción con los pueblos del actual noroeste argentino. Las primeras pequeñas cantidades de fragmentos cerámicos correspondientes a sociedades cazadoras-recolectoras de la zona se remontan a los dos mil años y adquieren mayor frecuencia con el paso del tiempo (Bonnin y Laguens, 2000, p. 164).

Arte rupestre en las sierras centrales

A su vez, el contexto material se nutre de las escenas de arte rupestre que se hallan en el cerro Colorado al norte de la actual provincia de Córdoba. Allí se destacan representaciones de la fauna de la región y escenas de guerra contra otros agrupamientos indígenas e incluso contra los españoles (Mandrini, 2008). Existen referencias alusivas a la interacción de los *comechingones* con los pueblos altoandinos o con los grupos de los bosques orientales del noroeste. Las parcialidades *comechingones* próximas a las llanuras se vincularon con las poblaciones del litoral fluvial y las que se situaban más al norte de Córdoba lo hacían con los pueblos de Santiago del Estero (Mandrini, 2008, p. 169).

## Los grupos indígenas de la región del litoral

La región del Litoral, está comprendida por la actual Mesopotamia argentina (conformada por las provincias de Misiones, Corrientes y Entre Ríos) y las zonas aledañas al río Paraná y al Río de la Plata. Según Mandrini (2008, p. 172-173), en torno a los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay, se habían instalado una serie de grupos que habían atravesado varias transformaciones, desde tiempos milenarios, que les permitieron adaptar su estilo de vida a las condiciones ecológicas de la región. Por un lado, se encuentran los grupos cazadores-recolectores del interior que, al situarse en forma más próxima a los grandes ríos, incorporaron la pesca como actividad económica e implementaron el uso de canoas. Entre ellos, destacan los *caigang*, los *charrúas* y *minuanos* y los *querandíes*. Los *caigang* eran guerreros que se habían instalado en los territorios de la actual Misiones y el interior correntino, llegaron a extenderse por el sur del actual Brasil. Si bien se habían dedicado a la horticultura ribereña, abandonaron esta práctica cuando fueron desplazados por la expansión guaraní.

Siguiendo al autor, los *charrúas* y *minuanos* ocupaban las tierras vecinas de la costa oriental rioplatense, correspondiente al actual Uruguay. Estos grupos cazadores-recolectores, al igual que los pueblos de las llanuras chaqueñas, adoptaron rápidamente el caballo y las prácticas ecuestres, lo cual les permitió extenderse hacia el interior y el litoral mesopotámico. Al oeste del Río de la Plata, se encontraban los *querandíes*, cuya territorialidad se extendía desde el centro-sur santafesino y el norte bonaerense hasta las primeras sierras de Córdoba. A través de los testimonios de los europeos es posible reconocer la presencia de otros grupos en la región del Paraná medio y del Delta, entre ellos se destacan: *timbúes, corondás, quiloazas, mocoretas, chanás, mbeguás*. La base de su subsistencia era la caza, la recolección y la pesca, pero muchos de ellos se abocaron a la fabricación de cerámica y varios optaron por el cultivo de la tierra (Mandrini, 2008, pp. 172-173).

Los pueblos de tradición amazónica y los procesos migratorios

Por otro lado, Mandrini (2008, pp. 167 y 173) distingue a los grupos dedicados a la horticultura de tradición amazónica. Tal es el caso de los *chaná-timbúes*, asen-

tados en el Paraná inferior (desde larga data) y de los *guaraníes*, también llamados por los europeos *chandules, carios* o *chandrís*. Hace cinco mil años, se produjo la migración de los antepasados de los pueblos *guaraníes*, desde el oriente del Brasil, avanzando gradualmente hacia el sur. Para el autor, las causas estarían ligadas a la presión demográfica en la región de origen, la necesidad de buscar nuevas tierras, los conflictos con otros grupos y el propósito de hallar "la tierra sin mal" de acuerdo a sus creencias.

Cultura guaraní

Para Ceruti (2000, p. 143), los *guaraníes* arribaron a los nacientes de los ríos Paraná y Uruguay en los inicios de la Era Cristiana. Atravesaron el río Paraguay hasta la zona actual de Asunción y posteriormente descendieron por los ríos Paraná y Uruguay hasta el Delta. En Misiones, los *guaraníes* establecieron aldeas de carácter comunal y semisedentarias y campamentos en cuevas y aleros rocosos, próximos a los cursos de agua para obtener arcillas plásticas para la producción de piezas de alfarería (Ceruti, 2000, pp. 143-144). En tiempos de la llegada de los españoles, los ríos Paraná y Uruguay constituían vías de comunicación fundamentales para las comunidades indígenas; mediante canoas o balsas lograron desplazarse en forma dinámica, lo cual facilitó la circulación de personas y los intercambios comerciales, constituyendo el guaraní una lengua franca. Su economía era del tipo mixta, combinando la pesca, la caza y la recolección de moluscos junto con las prácticas agrícolas y la recolección de plantas y frutos silvestres. De esta forma, pudieron proveerse de alimentos, algodón, cháguar, tabaco, yerba mate, alucinógenos y plantas medicinales (Ceruti, 2000). Respecto a las prácticas antropofágicas, se realizaban éstas sólo con fines rituales, ya que no eran concebidas como parte fundamental de su sistema alimentario. Los guaraníes y payaguaes solían adoptar los niños y las mujeres de los poblados que atacaban, los cuales oficiaban como lenguaraces (Ceruti, 2000).

Para el siglo XVI, los *guaraníes* habían logrado construir un esquema de asentamientos muy amplio que comprendía una densa población ubicada en torno al río Paraguay y al alto Paraná; hacia el sur, los poblados eran más dispersos y coexistían con otras comunidades. En torno al curso inferior del Paraná y el Delta, se encontraban los asentamientos más importantes (Mandrini, 2008, p. 174-175). Los guaraníes se vincularon con grupos de las selvas y los bosques del sur brasileño, con las poblaciones de las llanuras de occidente y sierras pampeanas e incluso con las comunidades de las tierras altas que comprenden el actual noroeste argentino (Mandrini, 2008).

Sobre la base de algunas dataciones realizadas por los especialistas, la llegada de los guaraníes al Río de la Plata había tenido lugar poco antes del arribo de los conquistadores españoles. Los hallazgos arqueológicos presentes en las islas del Delta en Martín García y en sitios de la costa del Río de la Plata remiten a urnas funerarias, piezas de alfarería decoradas y una serie de canoas, en los riachos del Delta, que posiblemente pertenezcan a los guaraníes y hayan sido utilizadas para desplazarse entre las islas (Politis, 2000, pp. 96-97).

## Los cazadores-recolectores de las pampas

Bandas cazadoras-recolectores

Como vimos en este mismo tomo, desde hace por lo menos doce mil años, la región pampeana estuvo habitada por individuos que se organizaron bajo un estilo de vida que ha sido denominado, desde el campo antropológico, *cazador-recolector*. Se trataba de sociedades igualitarias, sin diferenciación ni jerarquías sociales marcadas, organizadas en bandas, compuestas por un número reducido de personas, cuyos miembros estaban vinculados entre sí por lazos de solidaridad (Mazzanti, Bonnat y Quintana, 2014, p. 19; Politis, 2000, pp. 65-66). Además de la caza y la recolección de vegetales silvestres, estos grupos podían recurrir, en ocasiones, a la pesca marina y continental (Politis, 2000, p. 66). Su vida giraba en torno a la coordinación de traslados estacionales dentro de territorios muy extensos, esto les permitía aprovechar los recursos de distintos ambientes de la región pampeana y a la vez movilizarse a otras zonas según sus intereses socioeconómicos (Mazzanti, Bonnat y Quintana, 2014, p. 19). Desde tiempos milenarios, los sistemas serranos

Tandilia y Ventania constituyeron escenarios claves frecuentados por los antiguos pobladores de las Pampas (Mazzanti, Bonnat y Quintana, 2014; Politis, 2000).

Politis (2000, p. 93) advierte que se produjeron transformaciones en la dieta de los grupos cazadores-recolectores en función de los recursos disponibles, ya que tiempo antes de la llegada de los conquistadores españoles el guanaco gradualmente se retrajo hacia el sur y hacia el oeste como producto de un proceso de mejoramiento climático. Mientras que otras especies, como el cuy y la mulita, avanzaron hacia el sur y al oeste y se volvieron más abundantes en la región. En esos siglos, los cazadores pampeanos posiblemente explotaron con mayor intensidad el venado de las pampas, el ñandú y otros mamíferos pequeños, para intentar sustituir la ausencia del guanaco, que hasta entonces constituía su recurso esencial.



Figura nº 3. Bolas de boleadoras halladas en la zona del sistema serrano Tandilia. Cuentan con pigmento amarillo y se encuentran en proceso de investigación a través del método LIBS, Museo Histórico Fuerte Independencia Tandil. Fuente: Archivo particular de Carla Dátola.

Respecto a la interacción entre los grupos, tanto las fuentes escritas como las materiales, nos permiten corroborar su existencia. Madrid y Politis han estudiado los motivos geométricos complejos de las pinturas que se encuentran en paredones rocosos en el sitio Cerro Curicó, en el extremo noroeste de Tandilia. Algunos de estos motivos serían similares a los diseños que los tehuelches dibujaban en sus quillangos en el período hispánico (Politis, 2000, p. 98-99). En cuanto a las sierras orientales de Tandilia, se registraron dos elementos claves para el análisis de las interacciones prehispánicas entre poblaciones distantes: por un lado, un instrumento lítico con función de perforador, elaborado de obsidiana procedente de la cordillera de los Andes; y por otro, restos de una vasija de cerámica que contuvo sal. El punto más próximo para la obtención de este mineral se encuentra a más de 600 km del sistema serrano Tandilia (Mazzanti, Quintana y Puente, 2014, p. 56).

Cabe destacar que el conquistador Juan de Garay, hacia 1582, recorrió la zona del cabo Corrientes (actual ciudad de Mar del Plata, provincia de Buenos Aires)

y observó que los indígenas de la región pampa portaban tejidos, estos bienes procedían de la Araucanía (Mandrini, 2008, p. 178).

La adopción del caballo

Producto de la conquista, se produjo la adopción del caballo por parte de las sociedades indígenas de la región Pampa, lo cual generó una gran capacidad de movimiento y circulación por zonas distantes. Este proceso vino acompañado por una serie de adaptaciones respecto a las viviendas, los utensilios y el tipo de vestimenta utilizados por las poblaciones locales (Mandrini, 1991). Para el siglo XVI, los *querandíes* que habitaban las zonas próximas a las costas del Paraná y del Río de la Plata, se abocaron a la caza, la pesca en ríos o lagunas y a la recolección de moluscos y especies vegetales (Mandrini, 2008, p. 177). Entre las herramientas de caza por ellos implementadas se destacan los arcos, flechas, dardos, lanzas y boleadoras. A su vez, utilizaron cueros y pieles de animales para vestirse y para sus viviendas. Éstas consistieron en paravientos sostenidos por varas de madera, fáciles de armar y desmontar, llamados *toldos* por los europeos. La alfarería utilizada consistía en vasijas abiertas, en algunas ocasiones, decoradas con incisiones realizadas sobre la pasta fresca, tales como motivos geométricos, líneas ondulantes y zigzag (Mandrini, 2008, p. 177).

Tolderías

Economía pastoril indígena

Hacia el siglo XVIII, comenzaron a gestarse los procesos de especialización pastoril de las poblaciones nativas en el sur y suroeste bonaerense, dando lugar a la producción de valores de cambio por parte de las economías indígenas destinados al comercio interétnico (Mandrini, 1991).

## LOS GRUPOS INDÍGENAS DE LA PATAGONIA

La Patagonia comprende las actuales provincias de Neuquén, Río Negro, Chubut, Santa Cruz, Tierra del Fuego, Malvinas e islas del Atlántico Sur. Los grupos cazadores recolectores que habitaban los territorios comprendidos entre el río Colorado hasta los canales magallánicos eran los llamados *tehuelches* o *patagones* (Rex González y Pérez, 1985, p. 142). Entre los *tehuelches*, se destacan los grupos llamados *aonik'enk y gunun a küna* (Palermo, 2000, p. 378). Según Mandrini (2008, p. 179) las parcialidades *tehuelches* presentan ciertos elementos básicos culturales compartidos, pero se subdividen en dos grupos en función de diferencias dialectales, patrones territoriales y representaciones simbólicas, tales como el arte rupestre o los diseños de sus *quillangos* (grandes mantos pintados que los resguardaban del frío). Por un lado, al norte del río Chubut se situaban los tehuelches del norte, *guénaken* y más tarde también *pampas* (Mandrini, 2008). Incluso los tehuelches del norte lograron construir un radio de acción territorial que alcanzaba las sierras del sur bonaerense. Los tehuelches situados más al sur, fueron individualizados con el nombre de *chonecas*; con ellos se toparon los primeros europeos que recorrieron estos territorios y fueron descriptos por Antonio Pigafetta en 1519 (Mandrini, 2008, pp. 178-179).

Los tehuelches

En diálogo con Mandrini (2008), Politis (2000, p. 93) recupera los aportes de Barrientos (1997), quien propone la existencia de un proceso de reemplazo poblacional en el sudeste pampeano vinculado a los grupos procedentes del norte patagónico correspondiente a unos mil años antes de la conquista española. Ello abonaría el argumento de Casamiquela en cuanto a la filiación tehuelche septentrional de las sociedades indígenas pampeanas del siglo XVI.

La planificación de los movimientos y la explotación de recursos

A diferencia de los tehuelches del norte, quienes se concentraron en la caza y la recolección, los del sur recurrieron también a la pesca y la recolección de mariscos en la costa atlántica. Ambas poblaciones se sirvieron de recursos animales como el guanaco, el ñandú y el zorrino. A partir de los cueros de guanaco, elaboraron sus viviendas (paravientos similares a los de los grupos pampeanos) y sus *quillangos* (Mandrini, 2008). Estos grupos se caracterizaron por una alta movilidad, de acuerdo a la distribución de recursos y a las estaciones del año (Mandrini, 2008); incluso en el siglo XVIII, la movilidad fue fundamental para la maximización económica de los grupos nómadas, no sólo de Pampa y Patagonia, sino también del Chaco (Nacuzzi, Lucaioli y Nesis, 2008, p. 77).

Los *chonecas* solían migrar en el verano hacia el sur en pos de los rebaños de guanacos, posiblemente también se desplazaron siguiendo los cursos de ríos ha-

cia la costa en tiempos invernales para preservarse del frío. La región interior del valle del río Chubut constituyó un área de concentración de población, aspecto comprobado a través de los enterratorios que denotan la existencia de jerarquías sociales (Mandrini, 2008). Para la segunda mitad del siglo XIX, esta zona de valle continuaba habitada por los *tehuelches*. Los inmigrantes galeses que arribaron a las costas de la actual provincia de Chubut a partir de 1865 construyeron vínculos estrechos con los nativos.

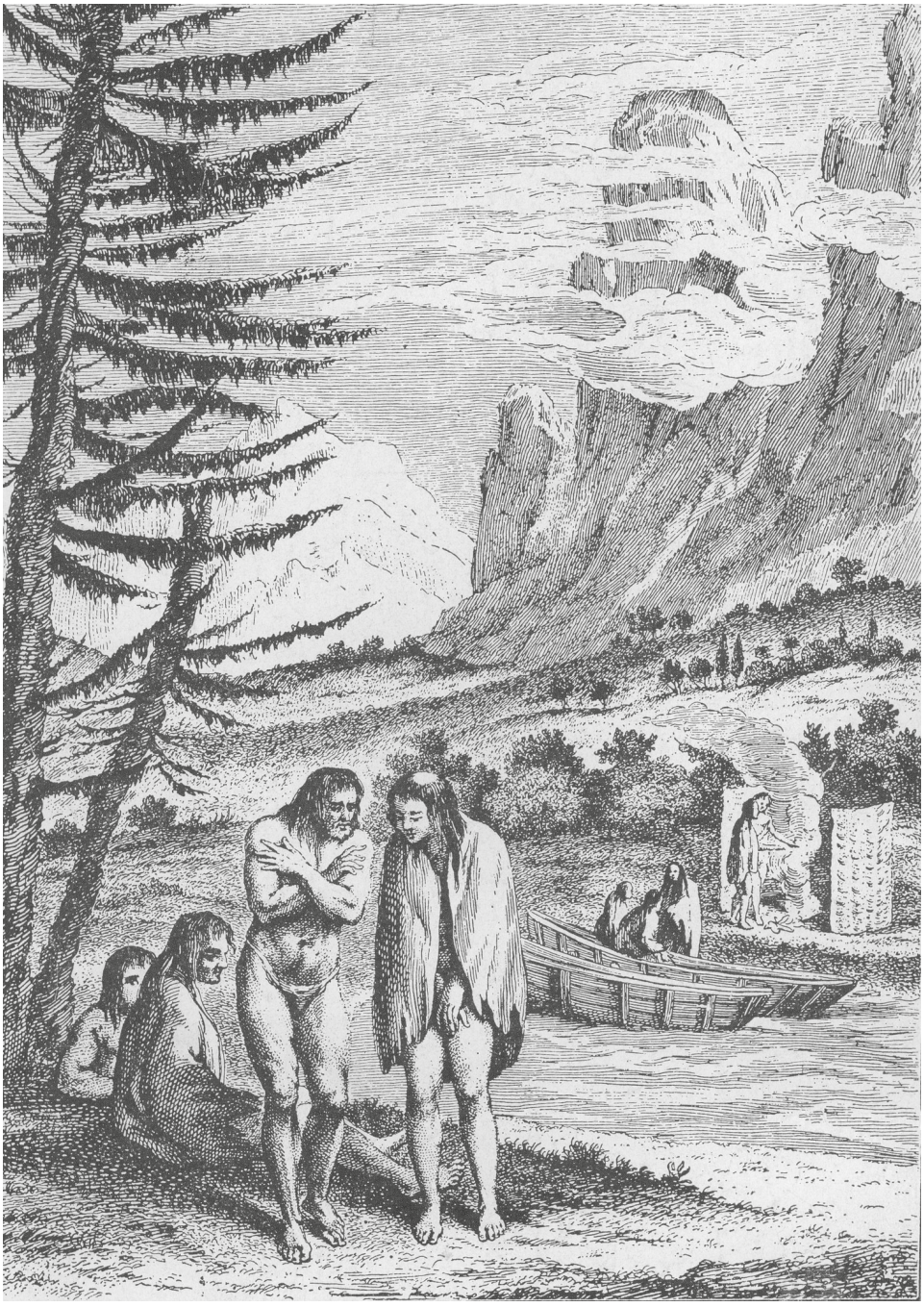


Figura nº 4. Indígenas del estrecho de Magallanes, con sus cabañas y piraguas. Grabado de la *Historia general de los Viajes*, Leipzig, 1754. Fuente: Archivo General de la Nación.

### Los pehuenches

Por su parte, hacia la cordillera, en el sur mendocino y en Neuquén se encontraban los *pehuenches*, quienes recolectaban el fruto de la araucaria (pehuén), de ahí su nombre. También practicaban la caza y explotaban las minas de sal gema. Desde tiempos anteriores, entraron en contacto con los grupos transcordilleranos (Mandrini, 2008, p. 180). Para el siglo XVIII, los *pehuenches* ya hablaban la lengua mapuche, como producto de la interacción continua con los grupos del oeste cordillerano (Crivelli Montero, 2000).

*Onas-selk'nam, yámanas, alakaluf*

En lo que respecta a los territorios más australes, en Tierra del Fuego, se establecieron los *onas* y los *yámanas*, además de los *alakaluf*. Los primeros habitaban las costas y el interior de la isla excepto la porción sur, en la cual se instalaron los otros grupos. Los *onas* se destacaron como cazadores y recolectores y, a su vez, conformaron un grupo cultural integrado por las parcialidades *selk'nam* u *onas*, quienes ocupaban casi toda la isla, y los *haush* o *maneken*, que habitaban la península Mitre. En cuanto a los *yámanas* y *alakaluf*, se asentaron en el extremo sur de Tierra del Fuego y en las islas magallánicas; los primeros lo hicieron en el actual sector argentino y los segundos en el actual sector chileno. Estos grupos se abocaron a la caza de focas y ballenas mediante arpones de hueso, la pesca con lanzas y la recolección de mejillones, cangrejos, raíces y hongos (Lobato y Suriano, 2000, p. 33). Las poblaciones *yámanas* (o también llamadas *yahgashaga*) *y alakalufes* desarrollaron un estilo de vida "canoero", puesto que virtualmente vivían sobre sus grandes canoas; ante las frías temperaturas de la región patagónica, utilizaron las pieles de lobos marinos para confeccionar su vestimenta. En cada canoa que se trasladaba una familia, se acostumbraba encender un pequeño fuego, sobre una base o fogón de tierra y piedras (Mandrini, 2008, p. 180).

En términos políticos, los *selk'nam* se organizaban en linajes familiares, cada uno de ellos ejercía un control y defensa estricta de su territorio, aunque no contaban con un jefe político. No obstante, permitían el acceso a algunas porciones de los territorios costeros. Asimismo, los *yámana* constituían sociedades igualitarias (Crivelli Montero, 2000, pp. 178-181).

## LAS SOCIEDADES INDÍGENAS TRANSCORDILLERANAS

### La región de la Araucanía

Según Villar y Jiménez (2003a, pp. 45-46), la región de la Araucanía (centro-sur del Chile actual) entre la latitud del actual Santiago (correspondiente a 34°) y la del golfo de Relocanví (aproximadamente 42°) estaba habitada por diversos pueblos que ofrecieron resistencia a los conquistadores españoles, a quienes denominaron *araucanos*, pero en realidad se trataba de los *picunches*, los *reche* y los *huilliches*. Para los autores, la denominación *reche* se utilizaba, posiblemente, para referirse a todo el conjunto. Al respecto, Boccara (2003) sostiene que, hacia el siglo XVI, las poblaciones locales de la región araucana se autodenominaban *reche*. A partir del siglo XVIII, esta denominación se vio gradualmente transformada por el surgimiento de una nueva identidad étnica, la identidad *mapuche*. Estas transformaciones se produjeron a partir de los procesos de etnogénesis que operaron sobre la identidad étnica a partir del contacto e interacción en forma frecuente con otras parcialidades y los centros o agentes hispanocriollos (Boccara, 2003).

*Etnogénesis reche - mapuche*

Los *reche* habían sido, probablemente, los descendientes de antiguas poblaciones agroalfareras, que habían asimilado elementos culturales de los pueblos andinos y otros procedentes de las llanuras orientales (Mandrini, 2008, p. 181). A diferencia de los autores, Bengoa (1996) se refiere a las poblaciones locales de la Araucanía de tiempos prehispánicos utilizando el etnónimo *mapuche*. No obstante, Mandrini (2008, pp. 181-182) y Bengoa (1996, pp. 17-21) coinciden en cuanto al desarrollo de una economía de tipo mixta por parte de las poblaciones locales de la región. Según los autores, se llevó a cabo la horticultura mediante la técnica de roza para limpiar y despejar los terrenos. Entre los cultivos, se destacaba el consumo de papa, maíz, calabaza, zapallo, porotos, quinua, etc. Recolectaban frutos en las zonas de bosques de robles y araucarias (zona cordillerana). Además, practicaban la pesca y la recolección de moluscos y mariscos. Recurrieron a la caza de guanacos, venados (huemules), entre otras especies (Mandrini, 2008, pp. 181-182; Bengoa, 1996, pp. 17-21). También poseían animales domesticados, por ejemplo perros, una variedad local de gallinas y los chilihueques (camélidos que se diferencian de la llama y la alpaca) (Mandrini, 2008, p. 182). En relación al ejercicio de la autoridad, el *ulmen* (el gran hombre *reche*) se destacaba entre su comunidad, ensamblada a partir de lazos de parentesco, por sus múltiples esposas y sus aliados, así como por su oratoria, su capacidad en la guerra y la acumulación de bienes (Villar y Jiménez, 2003a, p. 47).



Figura nº 5. "Katankura", denominada habitualmente "piedra horadada", utilizada por las autoridades espirituales de la cultura mapuche. Muchas de ellas corresponden a yacimientos arqueológicos del período prehispánico. Fuente: Museo Histórico Fuerte Independencia Tandil.

## EL AVANCE DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA SOBRE LOS TERRITORIOS MERIDIONALES

La conquista de los territorios meridionales se produjo a partir de la irrupción de tres corrientes colonizadoras que gradualmente ingresaron en los escenarios geográficos.

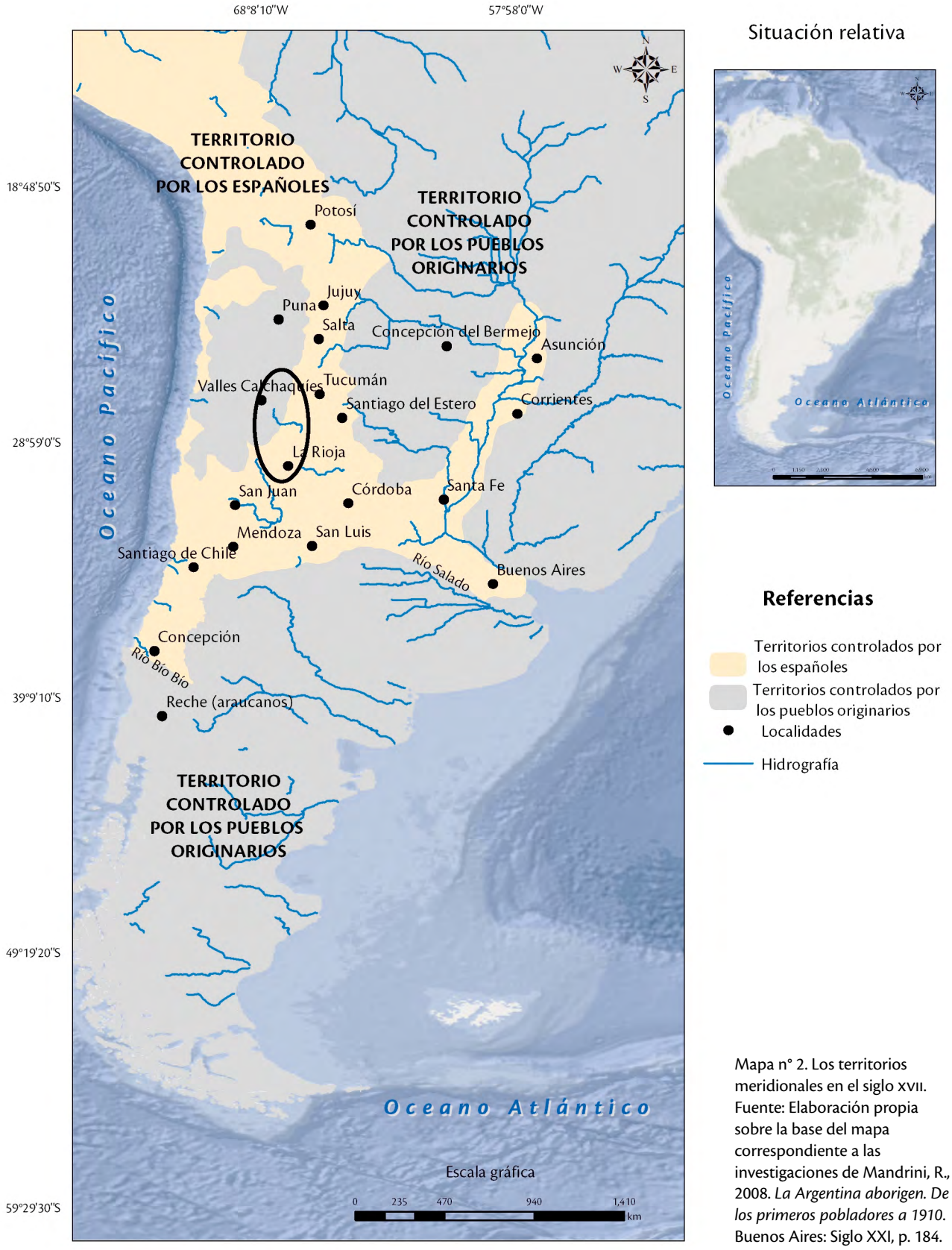
### La corriente colonizadora del este

En primer lugar, se encuentra la corriente del este: una expedición española arribó a las costas del Río de la Plata y se dirigió hacia el norte explorando el río Paraná. En el año 1527, Sebastián Gaboto encabezó la fundación de un fuerte llamado Sancti Spiritus, siendo esta la primera población española en el actual territorio argentino. No obstante, el fuerte fue abandonado (Lobato y Suriano, 2000). Posteriormente, en el año 1536, Pedro de Mendoza procedería a fundar Santa María de los Buenos Aires, luego abandonada a causa de la resistencia indígena sostenida. La expedición continuó hacia el interior siguiendo los ríos del litoral y se llevó a cabo la fundación de Asunción, sobre el río Paraguay. Desde este punto, Juan de Ayolas y Domingo Martínez de Irala se abocaron a la exploración fluvial hacia el norte y el oeste (Mandrini, 2008, p. 190). La refundación de Buenos Aires se concretaría en el año 1580, por la corriente colonizadora procedente de Asunción, a cargo de Juan de Garay, quien tiempo antes había fundado Santa Fe, en 1573 (Lobato y Suriano, 2000).

### La corriente colonizadora del norte

Respecto a la corriente que ingresó desde el norte, debemos referirnos a la expedición de Diego de Almagro, quien ya había participado en la conquista del imperio incaico y logró ingresar al territorio desde el Perú por el camino que recorría el borde oriental de la Puna en 1535. La hueste fue guiada por la nobleza cuzqueña y auxiliada por numerosos indios, con el propósito de alcanzar el actual territorio chileno (Mandrini, 2008). Los caminos diagramados anteriormente por los incas y el manejo de la lengua quechua por parte de sus guías, les permitieron a Almagro y su expedición poder comunicarse con las poblaciones andinas y así ingresar al valle de Copiapó y finalmente dirigirse al valle del Aconcagua en 1536. Su objetivo era hacerse de riquezas, pero sólo se encontraron con el rechazo de las poblaciones locales, por lo cual decidieron regresar. Recién en 1541, a partir de las acciones de Pedro de Valdivia, se produjo la fundación de la ciudad de Santiago en el valle del Mapocho. Simultáneamente, Diego de Rojas ingresó por el noroeste, dando inicio a la exploración de los territorios del Tucumán. Allí debió enfrentarse a los ataques permanentes de los pobladores locales que ofrecieron resistencia a la presencia española, hasta que finalmente perdió la vida, pero sus hombres continuaron recorriendo la región por tres años más. Luego de las guerras civiles que estallaron en Perú, Juan

Núñez del Prado se encargó de la fundación de Barco. Esto desató algunos conflictos entre esta hueste y Pedro de Valdivia, gobernador de Chile, quien consideraba que dichos territorios estaban bajo su jurisdicción. Finalmente, Barco fue abandonada y sus pobladores, trasladados a Santiago del Estero, fundada en 1553 (Mandrini, 2008).




Mapa n° 2. Los territorios meridionales en el siglo XVII. Fuente: Elaboración propia sobre la base del mapa correspondiente a las investigaciones de Mandrini, R., 2008. *La Argentina aborigen. De los primeros pobladores a 1910.* Buenos Aires: Siglo XXI, p. 184.

La corriente colonizadora del norte

En cuanto a la corriente colonizadora del oeste, procedente de Chile, entre 1558 y 1560 Juan Pérez Zurita se abocó a la fundación de Londres, Córdoba del Calchaquí y Cañete, planeadas como sistema defensivo de Santiago del Estero, aunque estas tres fueron abandonadas debido a un levantamiento indígena en 1561. Por otro lado, otros expedicionarios ingresaron a la actual región de Cuyo; esto dio lugar a la fundación de la ciudad de Mendoza en 1561, por Pedro del Castillo, de acuerdo con las órdenes del gobernador de Chile, García Hurtado de Mendoza, mientras que San Juan fue fundada en 1562 por Juan Jufré. Tiempo después, en 1594, Luis Jufré y Meneses fundaría San Luis (Lobato y Suriano, 2000). Estos asentamientos fueron concebidos para capturar y enviar los pobladores locales a Chile. En aquellos tiempos, San Luis dependía administrativamente de Chile, luego se vincularía con el Virreinato del Río de la Plata (Lobato y Suriano, 2008).

Según Mandrini (2008, pp. 191-193), en 1563 se creó la gobernación del Tucumán, dando paso a la fundación de nuevas ciudades: San Miguel de Tucumán (1565), Nuestra Señora de la Talavera o Esteco (1567), abandonada por los ataques de los indios chaqueños, y Córdoba (1573). Esta última fue fundada por Jerónimo Luis de Cabrera, quien luego avanzaría hasta las orillas del río Paraná a fin de dar con una vía de comunicación directa con España a través del litoral fluvial y del Río de la Plata. No obstante, al toparse con Juan de Garay, decidió retroceder cediendo espacio a esta expedición. A fines del siglo XVI, se produjeron nuevas fundaciones, tales como Salta (1583), Concepción del Bermejo (1585) luego abandonada por los ataques de los guaycurúes, Corrientes (1588), La Rioja (1591) y San Salvador de Jujuy (1593).

El resto de los territorios estaban aún bajo el control de distintos grupos indígenas no sometidos. Estos serían anexionados, gradualmente, en una etapa posterior que se remonta a tiempos tardocoloniales (siglo XVIII); incluso este proceso se prolongaría a lo largo del siglo XIX, durante el período independiente, a través de las llamadas *campañas al desierto*.

## Resistencia y rebeliones indígenas frente a la conquista española

Resistencia y estrategias de supervivencia

Los caciques y sus comunidades desplegaron múltiples estrategias para resistir la dominación colonial. No obstante, la disgregación de numerosos grupos étnicos y de su legado cultural se concretó. Los grupos de las actuales Córdoba, Santiago del Estero, el Litoral fluvial y numerosas parcialidades del Noroeste no lograron proyectarse hacia el siglo XVII como identidades socioculturales diferenciables (Palermo, 2000, p. 345).

En cuanto a los grupos indígenas del actual nordeste argentino, luego de cien años de los primeros contactos, la única manifestación cultural que se sostenía en el tiempo era el idioma guaraní, que sería transformado en "lingua general" por los misioneros jesuitas. Exceptuando el caso guaraní, los pueblos sometidos cayeron en la miseria y la pasividad generada por las reducciones. Los dos siglos siguientes estuvieron protagonizados por la resistencia destacada de los guaycurúes y los charrúas ecuestres (Ceruti, 2000, p. 145).

Rebeliones calchaquíes

Por otro lado, Mandrini (2008) expresa que los pobladores de los valles calchaquíes coordinaron diversas rebeliones y repelieron con firmeza la dominación colonial. Frente a las aspiraciones españolas, Juan Calchaquí, cacique de la comunidad de Tolombón, se desempeñaría como líder de una rebelión de alcance regional, ya que se sumaron varios grupos étnicos y comunidades de distintas zonas. Su actuación estuvo ligada a los intentos de Juan de Zurita de establecer ciudades en el valle Calchaquí entre 1558 y 1560. Posteriormente, se gestó otro gran alzamiento entre 1630 y 1643; y luego otro tuvo lugar entre los años 1657 y 1665, vinculado a la participación de un aventurero, Pedro Bohorques y Girón, reconocido "inca" por las poblaciones indígenas locales (Mandrini, 2008). Como consecuencia de este resurgimiento de rebeliones, los europeos recurrieron a la política de "desnaturalización" de los grupos mediante el traslado forzoso hacia un nuevo asentamiento bajo su supervisión, ocasionando el desarraigo y

adulterando el vínculo de las poblaciones locales con sus territorios de origen (Mandrini, 2008).



Figura nº 6. Misión San Ignacio Miní, Misiones, Sergio López Martínez, 2019. Fuente: Comisión Nacional de Monumentos, de Lugares y de Bienes Históricos.

### La resistencia guerrera querandí

Algunas sociedades continuaron en pie gracias a su resistencia guerrera o al desinterés colonial por los territorios, tal es el caso de los grupos de las Pampas, la Patagonia, la región de la Araucanía y las tribus del Chaco. Esto no implicó que hayan sido ajenas a las transformaciones acontecidas a partir del contacto con los europeos (Palermo, 2000). La primera fundación de la ciudad de Buenos Aires estuvo a cargo de Pedro de Mendoza en 1536, pero la misma sólo se sostuvo por cinco años más debido al hambre y los ataques de los indios querandíes. Finalmente, en el año 1580, Juan de Garay llevó a cabo la segunda fundación de Buenos Aires (Mandrini, 2008).

De forma similar, en la región del Chaco, las poblaciones nativas buscaron evadir el avance de los conquistadores. Los intentos de colonización en el siglo XVI fracasaron, incluso la resistencia al avance del ejército nacional argentino se mantuvo hasta comienzos del siglo XX (Rex González y Pérez, 1985).

En cuanto a la región de la Araucanía, Pinto Rodríguez (1996, p. 15) expresa que los españoles del siglo XVI sostenían la convicción de que allí existían abundantes reservas de oro y que mediante la utilización de mano de obra indígena sería posible su extracción y explotación. Frente a las dificultades de los encomenderos, las autoridades civiles y los misioneros para reducir a los grupos indígenas de la región, la violencia contra los indios *mapuche* era concebida como la mejor solución para someterlos. La reacción de los indios ante los españoles, en el marco de las guerras de Arauco (siglos XVI y XVII), no fue homogénea, algunos grupos ofrecieron resistencia y posteriormente, ante las circunstancias, decidieron negociar. Otros continuaron en rebeldía y acordaron para su supervivencia trasladarse hacia la región norpatagónica y la región pampeana (Villar y Jiménez, 2003a).

## La construcción del orden colonial

A partir de 1540, la conquista hispana se ejecutó por medio de la inversión de capitales privados. A cambio de financiar las expediciones, la Corona española

ofrecía cargos en el gobierno local, mercedes de tierra y encomiendas de indios (Lobato y Suriano, 2000).

La encomienda

La encomienda consistía en la asignación de un reparto de indios a los conquistadores, quienes podían imponer a los primeros una serie de trabajos forzosos o exigir el pago de tributos en dinero o especie. A su vez, los encomenderos estaban encargados de proteger a los indios y cristianizarlos (Mandrini, 2008).

El servicio personal

Una de las formas que adquirió la encomienda fue el servicio personal ofrecido a los españoles. De hecho, fueron innumerables los casos de malos tratos, abusos e incumplimientos por parte de los encomenderos. Este sistema fue abolido de forma temprana en los Andes centrales. No obstante, el servicio personal de indios se mantuvo en pie en el Tucumán y en Paraguay, ante el estado de guerra imperante frente a las amenazas reales o potenciales de los grupos indígenas, lo cual dio sustento a los reclamos de los encomenderos, quienes se convirtieron en agentes indispensables para la defensa del territorio (Mandrini, 2008).

De acuerdo a las investigaciones realizadas por Farberman y Boixadós (2009-2010, pp. 117-118), el servicio personal causó gran impacto sobre los grupos indígenas diaguitas vinculados a las jurisdicciones coloniales de La Rioja y San Juan Bautista de la Rivera. En este marco, los españoles cometieron una serie de abusos y las poblaciones nativas del espacio valliserrano ofrecieron una marcada resistencia a la explotación minera que los primeros querían poner en marcha en la zona del valle central; ello derivó en una rebelión violenta que en algunas zonas se desarrolló entre los años 1630 y 1643. No obstante, en el período comprendido entre 1659-1664 se cerró el ciclo de revueltas indígenas. Los grupos indígenas fueron derrotados y desnaturalizados a diversas jurisdicciones. Las élites coloniales de San Miguel de Tucumán y de Salta principalmente y, en menor medida, de La Rioja y el valle de Catamarca se vieron beneficiadas por estos traslados. Estos acontecimientos dieron lugar a la ruptura de la estrategia colonial tradicional basada en la encomienda, el grupo de indios y el pueblo en tanto sitio de reducción.



Figura nº 7. Estancia Jesuítica Alta Gracia, construida en 1643, ubicada en la actual provincia de Córdoba, Argentina. Fuente: Archivo particular de Carla Dátola.

Reducciones

Los pueblos de indios, conocidos bajo el nombre de *reducciones*, surgieron con el propósito de ejercer un mayor control de los grupos sometidos. De esta forma, resultaban factibles el cobro de tributos y el cumplimiento de las prestaciones impuestas por los encomenderos o la Corona, a la vez que facilitaba la conversión al catolicismo de los grupos locales, lo que explica la presencia de los curas "doctrineros", en algunos casos de forma permanente, en los pueblos. En muchas ocasiones, los indígenas se desempeñaron como jornaleros y se insertaron en los circuitos de la economía monetaria para poder obtener un salario en moneda y así cumplir con los tributos en metálico o acceder a los bienes exigidos por los agentes colonizadores que no eran producidos por las comunidades indígenas (Mandrini, 2008).

Pueblos de indios

En el Tucumán, los pueblos de indios funcionaron como estructuras productivas (que coexistirían con la tejeduría doméstica de las familias campesinas) abo-

cadas a la producción de textiles de algodón y lana bajo el sistema de encomiendas durante el siglo XVII (Garavaglia, 1986). En este contexto, hacia finales del siglo XVII, la autoridad de los caciques en los pueblos de indios se vio trastocada, varias líneas cacicales desaparecieron. La figura de autoridad de los caciques fue reemplazada por los mandones y alcaldes que asumieron paulatinamente funciones de gobierno y la atribución del cobro de impuestos (Farberman y Boixadós, 2009-2010, p. 130).

Una vez sofocadas las rebeliones, emergieron nuevos pueblos de indios que adquirieron, en muchas ocasiones, un carácter multiétnico, cuya duración en el tiempo se prolongó durante gran parte del siglo XVIII. Siendo muy probable que los curacas que lideraban estos pueblos hayan sido impuestos por las autoridades coloniales (Lorandi, 1988, p. 164).

Si nos remitimos a las sierras de Córdoba, poco después de la asignación de las primeras encomiendas, se situaba allí una población indígena compuesta por unos 30.000 individuos. Sin embargo, se produjo una rápida desaparición de los grupos nativos, ya sea porque fueron absorbidos por los europeos o por verse afectados por las epidemias (Rex González y Pérez, 1985, p. 116).

El régimen de encomienda en Buenos Aires se había desarticulado gradualmente a partir del último tercio del siglo XVII y, hacia comienzos del siguiente, el número de vecinos encomenderos se redujo drásticamente (Birocco, 2009). Frente a la ineficacia de la encomienda para acceder a la fuerza de trabajo de los indígenas, los agentes colonizadores promovieron la importación de esclavos desde África, con frecuencia a través de Brasil. A partir del reparto de tierras entre los españoles, fueron emergiendo las quintas periurbanas del ejido, y las chacras y las estancias comenzaron a surgir hacia el norte, el oeste y, en menor medida, hacia el sur de la ciudad bonaerense (Garavaglia, 2012).

De forma similar, hacia fines del siglo XVIII en el Tucumán colonial la encomienda había entrado en desuso, muchos indios que integraban los pueblos de indios pasaron a estar bajo el control de la Corona. En este escenario, los lazos personales construidos entre comunidades o grupos de indios y sus feudatarios asumieron un carácter particular que dio sentido al servicio personal (Farberman y Boixadós, 2009-2010, p. 124). Sin embargo, los vecinos feudatarios constituían una minoría que no contaba con grandes rentas. Ello condujo a una serie de conflictos y rivalidades entre sí por el control de los indios y las tierras (Lorandi, 1988, p. 145).

### El proceso de evangelización

En cuanto al proceso de evangelización, las misiones o *reducciones* estuvieron a cargo de distintas órdenes religiosas. Desde tiempos tempranos, se destacó la presencia de franciscanos y mercedarios y, posteriormente, adquirió una gran relevancia la actuación de la Compañía de Jesús. Entre las misiones que se destacaron, se encuentran aquellas que se emplazaron en el nordeste mesopotámico, correspondiente a los actuales territorios de Argentina, Brasil y Paraguay (Mandrini, 2008). Las misiones jesuíticas del Paraguay se instalaron gradualmente a partir de 1610, promovidas por el gobernador Hernando Arias de Saavedra. Décadas antes, se hallaban en la provincia misioneros franciscanos, quienes se encargaron de la pacificación de los pueblos guaraníes, los cuales habían reaccionado y se habían rebelado hacia mediados del siglo XVI. Sin embargo, fueron evangelizados y encomendados a los vecinos de Asunción, siendo moneda corriente los conflictos y roces entre misioneros, encomenderos y funcionarios reales. Si bien se convalidaba la estructura política indígena, cada misión era gobernada por un religioso cuyas acciones eran supervisadas desde Roma. Constituían unidades productivas agrícolo-ganaderas solventadas a partir del trabajo indígena. También se desarrollaban manufacturas a escala doméstica y contaban con talleres especializados (Mandrini, 2008).

### La mita y el yanaconazgo

Por otro lado, la mita y el yanaconazgo, mecanismos propios de la lógica incaica, fueron resignificados por los españoles para proceder a la explotación económica de los indígenas. La primera fue reutilizada, por ejemplo, en Tucumán para organizar los turnos de trabajo en torno a las minas de Potosí (actual Bolivia)

(Lobato y Suriano, 2000). A su vez, el yanaconazgo logró fusionarse con prácticas inherentes al servicio personal en el Tucumán colonial (Lorandi, 1988, p. 157).

En el Tucumán y el Paraguay, los nativos recurrían a la mita no sólo para el hilado y tejido del algodón, sino también para las tareas agrícolas, la recolección de la miel, algarrobo y la cera, con lo que costeaban su tasa al encomendero. A la vez, estaban sujetos a las "mitas de plaza", mediante las cuales los indígenas participaban de la construcción, limpieza y cuidado de las obras públicas en los centros urbanos coloniales. Frente a las presiones, la pérdida de las mejores tierras, las imposiciones coloniales y la violencia ejercida por los encomenderos, muchos individuos optaron por abandonar sus comunidades de origen para encontrar refugio en áreas marginales o conseguir trabajo en haciendas de los españoles (Mandrini, 2008).

Sin embargo, las Ordenanzas de Alfaro, correspondientes al siglo XVII, apuntaron a regular y reglamentar el funcionamiento de la mita. En el caso de las mujeres indígenas, se estableció la prohibición de la mita femenina (Lorandi, 1988, p. 154).

Por otro lado, en Córdoba, en forma temprana, se produjo la "yanaconización" en el marco de la encomienda (incluso aconteció fuera de ella) y esto habría contribuido a la disgregación de los pueblos de indios. Allí el número de tributarios descendió ampliamente no sólo por la mortalidad indígena, sino también por los procesos de mestizaje (Garavaglia, 1986).

## Los espacios de frontera: comercio, mestizaje y violencia interétnica

### Intercambios entre los hispanocriollos y los grupos indígenas

A partir de los primeros contactos, se produjeron diversos y múltiples intercambios entre las sociedades indígenas y los españoles, por ejemplo, los europeos conocieron otros cultivos (maíz, zapallo, poroto, tomate, papa, maní, cacao y tabaco) que adquirieron rápida aceptación en Europa y luego circularon por otras partes del mundo, a la vez que los conquistadores introdujeron sus propias especies vegetales y animales en sus colonias, que también fueron incorporados por las poblaciones locales (Palermo, 2000).

En el actual Noroeste argentino, tempranamente se produjeron hortalizas europeas (arvejas y habas), así como también trigo y cebada, cultivos de valor comercial, que igualmente fueron incorporados por los grupos de Mendoza a través de los contactos con los establecimientos hispanos de Chile, así como también por los *mapuches* y por algunos *pehuenches,* este último caso testimoniado por el padre Rosales (Palermo, 2000).

En las tierras al oeste cordillerano, los *mapuches* se sirvieron de vides, manzanos y durazneros que fueron abandonados por los españoles al huir de los ataques indígenas sobre Osorno y Villarrica (Palermo, 2000, p. 347).

Respecto de especies animales introducidas por los españoles, los *timbúes* del Paraná inferior y los *mocoretaes* del norte incorporaron perros de caza. En cuanto a los caballos y vacas, fueron obtenidos a través del trueque, tal es el caso de los guaraníes y guaycurúes (*mbayás, tobas, mocovíes, abipones*, entre otros), aunque estos últimos grupos pudieron aprovechar también los animales que escapaban de los asentamientos coloniales de Asunción y de Chaco. Hacia el siglo XVIII, se destaca el uso del caballo por parte de los pueblos de filiación lingüística *mataco-mataguaya* y *lule-vilela*, mientras que los *ava* (*chiriguanos*) los obtuvieron a través de incursiones sobre los establecimientos hispanocriollos en los siglos XVII y XVIII (Palermo, 2000).

Los pueblos del noroeste lograron hacerse de ganado caballar para la actividad guerrera durante la segunda mitad del siglo XVI y luego pudieron obtener vacas a partir de las rebeliones en el valle Calchaquí durante el siglo XVII; los *charrúas* y otros pueblos de Entre Ríos y la Banda Oriental se hicieron de caballos ya desde fines del siglo XVI; los indios de las pampas, de la zona de Buenos Aires, accedieron al ganado caballar (el cual fue introducido durante la primera fundación fallida de la ciudad y había logrado reproducirse fácilmente en los pastizales de la región) y no sólo se convirtieron en jinetes experimentados, sino que también consumían su carne y los utilizaban para realizar intercambios comerciales en la

frontera hacia fines del siglo XVI; y en la Araucanía los *mapuches* accedieron a los caballos durante los primeros enfrentamientos con los conquistadores, luego incursionaron sobre los establecimientos de las pampas para la obtención de ganado caballar para la guerra que disputaban contra los españoles (Palermo, 2000).




Figura nº 8. "Breve carta que demuestra la distancia entre los Rios r Pilcomayo, vermejo y el del Paraguay / sobre la memoria de varios curiosos", 1779. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

En los siglos XVII y XVIII, el ganado caballar y vacuno robado por los *mocovíes*, *tobas* y otros grupos del norte santafesino de las estancias de Santiago de Estero, Santa Fe, Córdoba y Corrientes era comerciado con los criollos. En tanto, los *charrúas*, desde el siglo XVII, solían vender estos animales en las misiones jesuíticas (Palermo, 2000). En la pampa interserrana, los sitios posthispánicos Fortín Necochea y Laguna del Trompa permiten constatar que entre los siglos XVI y XIX se produjo el reemplazo de la caza del guanaco por una sociedad pastoril basada en el consumo de carne de caballo (también utilizado éste para la movilidad y como bien de cambio y de prestigio), se desarrollaron intercambios comerciales interétnicos y se asimiló el uso de instrumentos de metal y los objetos de adorno procedentes de la sociedad europea (Silveira, 1992).

En cuanto a ganados menores, Palermo (2000) señala que los indígenas de la actual región de Cuyo solían comprar ovejas en Chile. Según el autor, los pueblos de

la región del noroeste y los grupos de los territorios transandinos, contaban con una larga tradición como pastores de llamas, lo cual facilitó su desempeño como ovejeros. Del mismo modo, en la región de Chaco, los *tobas* también aprendieron a criar ovejas en el siglo XVIII para utilizar la lana. En la Araucanía se llevaba a cabo la explotación porcina y, hacia el este, las parcialidades *mapuches* que incursionaban sobre las estancias también capturaban cerdos; mientras que para los *pampas* y *tehuelches*, según el relato del padre Strobel del siglo XVIII y del viajero De la Cruz del XIX, el consumo de carne porcina constituía un tabú ligado a las creencias de los indios de las pampas (Palermo, 2000, p. 359-360).

En tiempos coloniales y republicanos, las sociedades indígenas incorporaron bienes de metal producidos por la sociedad estatal que les permitieron hacerse de nuevas armas (Irianni, 2009a, p. 94, 2009b, p. 53; León Solís, 1991, pp. 117-119; Palermo, 2000, pp. 360-369; Villar 2012, pp. 253, 256 y 273). Respecto a la adopción de armas de hierro y de fuego, León Solís (1991, p. 119) recalca que, en el período colonial, los indios tuvieron acceso a ellas a través del tráfico ilegal fronterizo, pero este último no alcanzó un nivel exponencial que hubiera dado lugar a un cambio cualitativo de la actividad guerrera indígena. Del mismo modo, Irianni (2009a, p. 94) sostiene que, para el siglo XIX, las armas resultaban elementos extraños y exóticos procedentes de la sociedad de frontera, que podían ser incorporados por los grupos de las pampas, aunque sólo podían acceder a ellas los estratos altos de la sociedad indígena. En diálogo con el autor, Ortelli (2003, p. 99) recupera sus aportes anteriores (Ortelli, 1996, pp. 215-216) para recalcar que la predilección indígena por los sables no estaba centrada en su utilización como armas, sino por tratarse de un bien material que dotaba de prestigio a su portador, lo cual le permitía destacarse dentro de su comunidad.

No obstante, Palermo (2000, pp. 367-368) destaca que existieron algunas excepciones en el período colonial, entre las cuales podemos destacar el caso de los *mapuches* de Chile liderados por Lemucaguin, quienes se habían apropiado de algunas armas y dos piezas de artillería, hacia mediados del siglo XVI, para combatir contra los españoles. Luego, otros caciques adoptaron esta estrategia, acorde al testimonio del padre Rosales. Por su parte, hacia 1788 los *pehuenches* neuquinos, que oficiaban como aliados de las autoridades cuyanas, eran portadores de armas seguramente por su desempeño como custodios de la frontera en razón de los tratados establecidos.

### Violencia interétnica

Roulet (2018, p. 4) expresa que, durante el período colonial temprano en el escenario rioplatense, el ejercicio de la violencia por parte de los agentes colonizadores adoptó diversas modalidades. Por un lado, aquellas que asumieron un carácter visible, tales como las masacres, las ejecuciones ejemplares, los castigos corporales y la tortura en la prisión. Y por otro, aquellas consideradas ocultas, como la explotación laboral, la discriminación, los destierros, la pobreza material y las epidemias. Roulet (2018, pp. 4 y 22) recupera los aportes de Farmer, Nise-ye, Stulac y Salman (2006), quienes conciben las epidemias como una forma de violencia estructural, así como también la autora destaca los aportes de Jiménez y Alioto (2013), los que han analizado el impacto de la viruela en las poblaciones indígenas de las pampas en el siglo XVIII.

Con respecto a la violencia interétnica, Roulet (2018, pp. 5-17) sostiene que, hacia fines del siglo XVI y durante el siglo XVII, la sociedad estatal colonial rioplatense concebía como agresiones por parte de los indios los alzamientos o huidas hacia "tierra adentro" (se trataba de acciones indígenas realizadas por miedo a los malos tratos o el riesgo de contagio de alguna enfermedad) y los robos de ganado equino (que solían darse ante la fuga de los indios o en pequeños grupos cuando se dirigían a trabajar a los establecimientos de frontera). Por su parte, las sublevaciones constituían acontecimientos excepcionales; bajo esta categoría se engloban acciones como los motines, tumultos, sediciones o levantamientos contra las autoridades españolas. Incluso Roulet deja en claro que los crímenes cometidos por los indígenas resultan episodios esporádicos que, generalmente,

acontecían en los caminos y campañas de la jurisdicción colonial. Sin embargo, hacia fines de la década de 1730, se dio inicio a una guerra interétnica, como producto de la masacre de la tribu del cacique Calelián en 1735 cometida por los españoles y la maloca realizada por el capitán Juan de San Martín contra los indios *huilliches* y *serranos* en 1739. En respuesta a la violencia ejercida por la sociedad colonial, el cacique Bravo, llamado Cacapol, se convirtió en el líder de una vasta coalición indígena que llevó a cabo una serie de incursiones a la frontera bonaerense en 1740. De esta forma, Roulet logra demostrar que la violencia indígena no constituía un acto irracional, sino que se trataba de acciones en respuesta a la violencia colonial que debe entenderse de forma contextualizada.




Figura nº 9. "Plano del Río de la Plata y su continente hasta la línea dívisoría con los campos del Brasíl", entre 1790 y 1800. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

## El Virreinato del Perú

Durante los siglos XVI y XVII y gran parte del XVIII, parte de los territorios que actualmente componen el Estado argentino estuvieron subordinados al Virreinato del Perú. Hacia fines del siglo XVI, el impulso conquistador se detuvo y la atención se focalizó, durante un siglo y medio, en construir un marco institucional para controlar y explotar los territorios y las poblaciones americanas. Para comienzos del XVII, en la frontera sur del imperio español, en lo que corresponde a la extensa provincia del Tucumán, los colonizadores sólo controlaban algunas ciudades y sus territorios circundantes. En el resto del territorio, no existía un

control efectivo, una parte considerable de la población nativa de los valles calchaquíes fue formalmente encomendada, pero en la práctica no cumplían con sus mitas ni pagaban sus tributos. Los intentos por someterlos a tales imposiciones desencadenaron levantamientos, a la vez que el proceso de evangelización no resultó una tarea fácil para los misioneros debido a los conflictos por los abusos de los encomenderos (Mandrini, 2008, pp. 209-210). No obstante, a medida que transcurría el siglo XVII, la presencia europea se hizo más fuerte, lo que favoreció la inserción de la gobernación del Tucumán en la economía mercantil del Imperio, atendiendo a las demandas del centro minero potosino y actuando como punto articulador entre el Alto Perú y el Río de la Plata. La ocupación del valle Calchaquí se efectivizó mediante la instalación de haciendas, utilizando como mano de obra a los grupos nativos que habían logrado sobrevivir y que los encomenderos reinsertaron en dicho valle luego de las rebeliones.

La articulación de los espacios de la frontera sur del imperio español

Según Gascón (1998), hacia fines del siglo XVI, Santiago, Mendoza, Córdoba y Buenos Aires eran cuatro colonias del sur del Virreinato del Perú que habían sido fundadas como bases para futuras expansiones. Sin embargo, a lo largo del siglo XVII, se fueron articulando entre sí, lo cual dio paso a la conformación de la frontera sur de los dominios españoles en América. Este proceso había comenzado a raíz de la guerra de Arauco, ya que, a fines del siglo XVI, la ciudad de Santiago (Chile), resultó un punto estratégico para la coordinación de un ejército en la región de la Araucanía (inicialmente una frontera militar había sido establecida en el BioBío, la cual posteriormente atravesó por una serie de transformaciones en torno a las dinámicas que adoptaron las relaciones entabladas entre españoles e indígenas). Mendoza abastecía a las tropas que pasaban por allí hacia Arauco, a partir del tráfico ganadero. Córdoba, quedó articulada a la frontera sur en forma definitiva desde que los holandeses tomaron Valdivia, en 1643, e intentaron crear alianzas con los *araucanos* para atacar a los españoles. Frente a este panorama, Córdoba debió dividir su atención entre la protección de la frontera con los *calchaquíes* al norte (para preservar su conexión con el centro minero de Potosí) y con los *pampas* al sur (se sospechaba de su interacción continua con los grupos cordilleranos y transcordillerano y la posible formación de alianzas bélicas) (Gascón, 1998). Buenos Aires pasó de ser un puerto periférico crucial para el contrabando a convertirse en una sociedad de frontera en la tercera década del siglo XVIII debido a la necesidad de proteger y expandir su jurisdicción sobre áreas claves para el desarrollo de su economía ganadera (Gascón, 1998). A su vez, Buenos Aires se constituyó no sólo en un punto articulador de los circuitos mercantiles entre la Península, Asunción, los centros mineros altoperuanos, Chile y Brasil, sino también en un centro urbano abierto a la incorporación de inmigrantes (Fradkin, 2012, p. 14). A partir de la fundación de Colonia del Sacramento, a cargo de una expedición enviada desde Brasil en 1680, aumentaron los conflictos entre la sociedad luso-brasilera y la sociedad hispanoamericana y, al mismo tiempo, se reactivaron las transacciones comerciales legales e ilegales entre ambos territorios coloniales. Así, la Corona española dio a paso a la fundación de Montevideo en la década de 1720 (Fradkin, 2012, pp. 14-15).

## LOS TIEMPOS BORBÓNICOS: NUEVAS ESTRATEGIAS DE DOMINACIÓN COLONIAL

En el siglo XVIII, las pretensiones francesas e inglesas sobre el sur del continente americano se hicieron muy notorias a través de la presencia de viajeros y expedicionarios que merodearon por el Río de la Plata e incluso la Patagonia. A su vez, el contrabando de productos se volvió una amenaza constante al monopolio español.

La campaña bonaerense

Desde comienzos del siglo XVIII hasta la década de 1830, la campaña bonaerense se proyectaba como un escenario sujeto a fuertes migraciones internas y habitado por familias campesinas que conformaron extensas redes de parientes y aliados con el propósito de construir lazos de cooperación mutua y asistencia para afrontar los momentos de mayor exigencia en torno a los ciclos agrícola y pecuario (Garavaglia, 2012).



Figura nº 10. *Matadero*, Buenos Aires, Charles Henri Pellegrini, 1829.

Reformas borbónicas

En este contexto, la Corona española decidió aceitar los mecanismos de dominación colonial y ello derivó en la aplicación de una serie de medidas conocidas como "reformas borbónicas". De esta forma, los cargos políticos de mayor jerarquía quedaron en manos de los españoles, se produjo la expulsión de los jesuitas en 1767 (debido a la guerra Guaranítica y a la influencia ejercida sobre las poblaciones locales), surgieron nuevas instituciones de gobierno y emergieron dos nuevos virreinatos: el de Nueva Granada (1717) y el del Río de la Plata (1776). Entre las estrategias desplegadas en términos de política fronteriza durante el período tardocolonial se destacaron la instalación de guardias, fuertes y fortines, el establecimiento de reducciones, la ejecución de expediciones punitivas hacia las tolderías indígenas, así como también la celebración de tratados de paz, el reconocimiento de caciques "amigos" y la entrega de obsequios para establecer la paz y evitar posibles malones a la frontera (Araya y Ferrer, 1986; Boccara, 1996, 2007; Campetella, 2006-2007; Carlón, 2010; Crivelli Montero, 1991, 2013; Jiménez, 2005; León Solís, 1991; Levaggi, 2000; Mandrini, 1991, 2008; Nacuzzi [1998] 2005, 2006, 2011, 2014b; Nacuzzi, Lucaioli y Nesis, 2008; Néspolo, 2006, 2007; Roulet, 2009, 2016).

La presencia de un incipiente aparato estatal colonial se hizo notar en la campaña bonaerense no sólo a través de fortines, parroquias y guardias militares, sino también mediante la asignación de capacidades de gobierno y justicia a los vecinos de los pagos rurales sobre sus convecinos, lo cual derivaba en conflictos y disputas que despertaban la preocupación de las autoridades de la gobernación-intendencia y del virreinato (Barriera, 2012).

En pos de identificarlos para concretar sus propios objetivos políticos y administrativos, los hispanocriollos asignaron rótulos a los grupos indígenas tales como "aucas", "pampas", "tehuelches", se trataban de "identidades impuestas" (Nacuzzi, [1998] 2005, p. 133).

Por su parte, Crivelli Montero (2013) propone que las autoridades coloniales intentaron mantener una "tierra de nadie" o "zona de amortiguación" entre el río Salado y las sierras del Tandil, para evitar posibles incursiones indígenas a la frontera. Pero, esta política comenzó a presentar síntomas de agotamiento hacia 1660 como producto de la presión indígena en aumento. Hacia mediados del año 1784, se forjó una paz comercial que habilitaba a los grupos indígenas a acceder a diversos bienes, aunque bajo el costo político de ceder territorios de caza a los

hispanocriollos. Ello no significó que los establecimientos fronterizos estuvieran exentos de casos de robos de ganado, los cuales eran en varias ocasiones tolerados por las autoridades coloniales para asegurar la continuidad de la convivencia pacífica interétnica (Crivelli Montero, 2013).

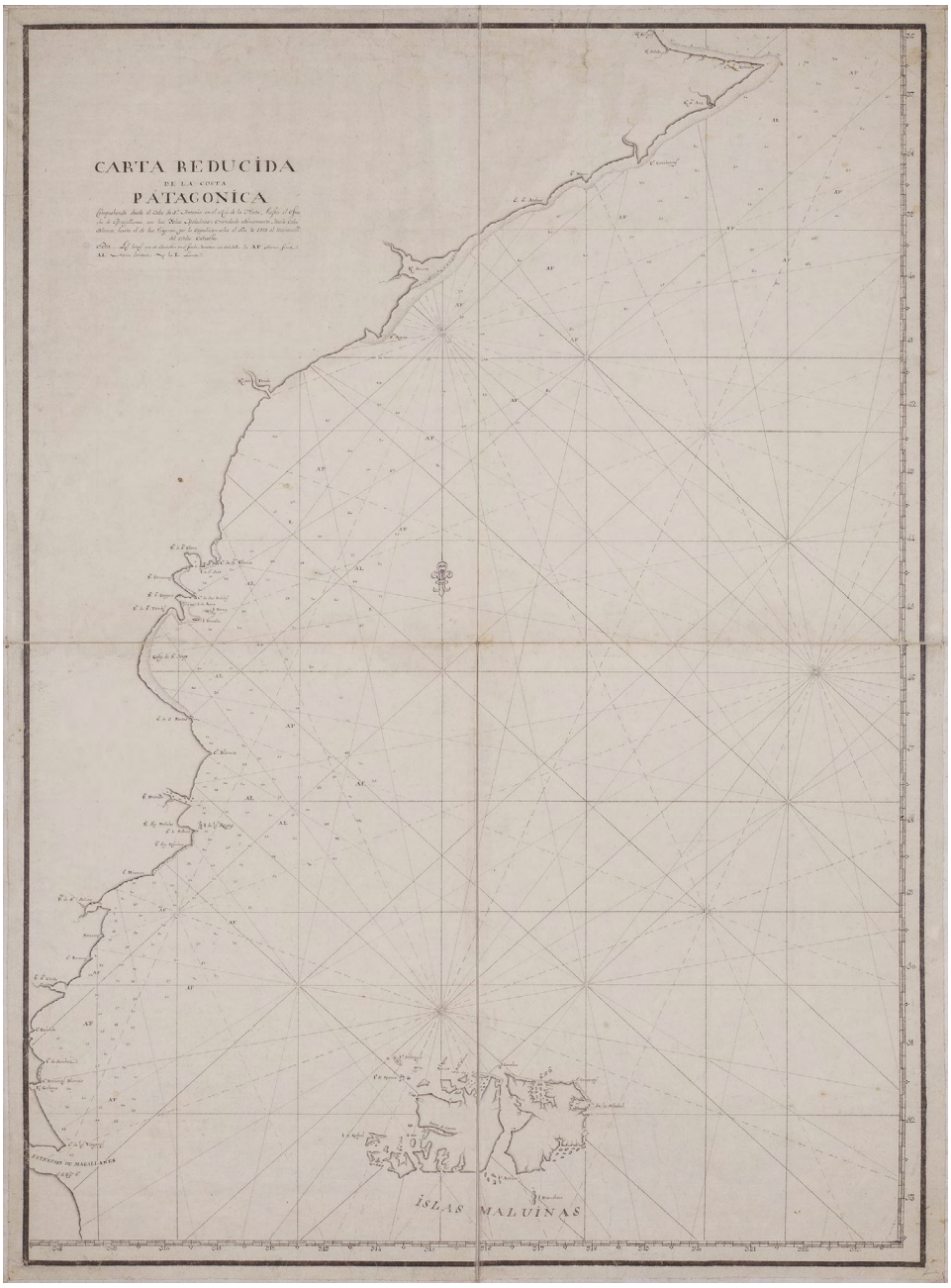



Figura nº 11. "Carta Reducida de la Costa Patagónica. [material cartográfico] : desde el Cabo de Sn. Antonio en el Rio de la Plata, hasta el estrecho de Magallanes, con las Islas Maluinas; emendado ultimamente, desde Cabo Blanco, hasta el de las Vírgenes, por la expedición echa el año de 1788 al reconocimiento del citado estrecho". Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Cabe destacar que las misiones establecidas próximas al río Salado y en las sierras bonaerenses, a cargo de la Compañía de Jesús, no prosperaron (Nacuzzi, 2011, p. 31). En el siglo XVIII, los fuertes, fortines y guardias de la frontera representaban estructuras defensivas que dependieron de las acciones conjuntas entre las fuerzas regulares de línea y los pobladores de la ciudad y la campaña que se incorporaban al servicio de milicia en la frontera bonaerense (Néspolo, 2006).

## Herramientas conceptuales para comprender la política indígena

En lo que concierne a la organización política indígena de la región, valiosas investigaciones han desarrollado diversas concepciones. Ello nos conduce a distinguir una serie de estudios que destacan la emergencia de jefaturas de carácter hereditario que derivaron en el surgimiento de dinastías indígenas en la Araucanía y las Pampas, basadas en la acumulación de poder y riqueza entre los siglos XVIII y XIX (Boccara, 2007, pp. 392-399; Irianni, 2005b, pp. 221-228 2006a, pp.

67-68, 2006b, pp. 166-168, 2009a, pp. 84-90, 2009b, pp. 51-60; Mandrini, 1985, p. 221, 1987, pp. 93-98; 2008, pp. 258-261).

Por otro lado, algunos autores recuperan la noción de "jefatura" pero en sus trabajos aportan matices diversos a esta categoría. Por ejemplo, Palermo (1991, p. 178) postula que, en el período colonial, tuvo lugar en el área pampeano-norpatagónica la construcción de jefaturas laxas, basadas en la celebración de matrimonios mixtos y las "rotaciones de personal", lo cual contribuía a la integración étnica. Mientras que Nacuzzi ([1998] 2005, pp. 172-173) propone la existencia de jefaturas duales en Pampa y Patagonia hasta el siglo XVIII, tratándose de un liderazgo compartido entre hermanos o no, en el que se distingue la participación de un jefe de guerra y un jefe de paz. Para la autora, la conquista española dio paso a la construcción de relaciones políticas y comerciales entre las sociedades indígenas y las autoridades hispanocriollas, lo cual condujo a la transformación de cacicazgos duales en unipersonales (Nacuzzi, [1998] 2005, p. 186).

Por su parte, Bechis ([1989] 2008) sostiene que, para el siglo XIX, los lideratos del área arauco-pampeano-norpatagónica estaban basados en una organización segmental. La lógica de sociedades segmentales, noción recuperada por la autora a partir de los aportes de Fried (1967), refiere a sociedades en las cuales la autoridad del cacique se sostiene a partir del consenso de sus seguidores, obtenido a partir de cualidades personales, tales como la oratoria y la negociación. El concepto de "autoridad" se centra en la capacidad de los jefes para construir su liderazgo a partir de las oportunidades creadas por los seguidores ante la ausencia de amenaza o sanciones negativas. Pese a los variados cambios culturales y políticos implicados por la relación con el Estado, para Bechis, el carácter segmental de las sociedades indígenas del área arauco-pampeano-norpatagónica se mantuvo a lo largo de todo el siglo XIX.

Distintas investigaciones concuerdan a la hora de destacar la existencia de una relación directa entre la política y el parentesco articulada por mecanismos de reciprocidad (Bechis ([1989] 2008; de Jong 2016a y b, 2018; Fernández, 1998; Nacuzzi 2014a; Palermo, 1991; Roulet, 2016; Tamagnini, 1998; Tapia y Pera 2018; Villar y Jiménez 2007, 2011). En efecto, para solventar el apoyo de su comunidad y aliados, la generosidad del cacique se convirtió en un recurso político indispensable en el período tardocolonial y republicano (Bechis, [1989] 2008; Bengoa 1996; de Jong, 2016a; Fernández, 1998; Villar y Jiménez, 2007, 2011). A su vez, para acceder al cargo de caciques, los aspirantes debían ser buenos oradores, hábiles para la negociación diplomática intra e interétnica y la coordinación de malones (Bechis [1989], 2008; Boccara, 2007; Cordero, 2016; de Jong 2015, 2016a y b; Irianni, 2006a, 2009b; León Solís, 1991; Mandrini, 1985, 2008; Nacuzzi, [1998] 2005; Nacuzzi, Lucaioli y Nesis 2008; Palermo, 1991; Villar y Jiménez, 2007). Algunos trabajos destacan también el rol del cacique en términos de operaciones comerciales y el acceso al ganado (Bengoa, 1996; Boccara, 2007; Irianni, 2006a; León Solís, 1991; Mandrini, 1985; Palermo 1991; Villar y Jiménez, 1996, 2007). Incluso los indígenas recurrieron a las autoridades de la frontera bonaerense para dirimir conflictos intraétnicos, tal es el caso de la crisis de sucesión que afectaba a los miembros del linaje de los caciques "Bravo" (Carlón, 2010, p. 450). A principios del siglo XIX, la comitiva pehuenche, en la que se destacaba la participación de la india María Josefa, solicitó a las máximas autoridades coloniales que el comandante de armas Faustino Ansay, quien oficiaba como interlocutor, fuera relevado del cargo porque estaban en desacuerdo con su trato inmoderado y su intervención a la hora de resolver conflictos (Roulet, 2009, p. 311).

A su vez, la organización social y política indígena en tiempos coloniales e independientes se basaba en la ausencia de límites étnicos rígidos, lo cual favorecía a la circulación continua de personas entre las tolderías (Bechis [1989] 2008; Boccara, 2007; Cordero, 2016; de Jong, 2016a, 2018; Mandrini, 2008; Nacuzzi, 2014a; Ortelli, 2000; Palermo 1991; Tamagnini, 2019; Villar, 1998; Villar y Jiménez, 2011). Por tales motivos, Nacuzzi (2014a, p. 85) considera propicio destacar

el carácter flexible y creativo que adoptaban los cambios en la pertenencia étnica de los grupos indígenas, los cuales se regían por intensos vínculos parentales y relacionales en el siglo XVIII.

Según Pinto Rodríguez (1996, pp. 19-35), en el oeste cordillerano, durante el siglo XVI y las primeras décadas del siglo XVII, tuvo lugar la denominada guerra de Arauco, la cual dio paso a una nueva etapa signada por la formación de un "espacio fronterizo", hacia mediados del siglo XVII, caracterizado por el diálogo diplomático a través de la celebración de parlamentos, las transformaciones sociales que protagonizaron los grupos indígenas y la articulación de las redes capitalistas y las redes indígenas que vinculaban a la Araucanía y a las Pampas, lo cual contribuyó, en sus inicios, a la articulación del Valle Central (Chile) a los mercados altoperuanos, posibilitando una integración económica en términos de comercio interregional.

Por lo tanto, la frontera representaba la coexistencia entre dos formas de organización social (la sociedad indígena y la sociedad estatal) y a la vez constituía un espacio de "múltiples y estrechas interacciones que fueron construyendo una sociedad móvil, permeable, compleja y mestizada" (Quijada, 2002, p. 137).

Economía pastoril indígena

Mandrini (1987, 2008) sostiene que a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, en torno a los sistemas serranos del sur y suroeste bonaerense (Tandilia y Ventania), comenzó a desarrollarse un estilo de vida pastoril con fines domésticos y comerciales que articulaba las pampas, norpatagonia y la Araucanía, en el que participaban diversas parcialidades y que a la vez interactuaba con los centros hispanocriollos del oeste cordillerano y la frontera bonaerense. La complejidad del núcleo pastoril se solventaba a través de técnicas de cría y cuidado del ganado, sobre todo caballar, y de los malones ejecutados sobre los establecimientos fronterizos. El excedente obtenido del circuito doméstico solía ser comercializado en la ciudad de Buenos Aires y los puestos fronterizos para abastecerse de todo tipo de bienes (tabaco, harina, azúcar, vinos, licores, adornos, incluso yerba mate de las misiones del Paraguay) .

El rol de las mujeres en la economía indígena

Mandrini (1985, p. 218-219) destaca que la coordinación del circuito comercial del ganado recaía en los varones y las mujeres coordinaban el circuito doméstico y colaboraban en los malones junto a los niños asistiendo a los guerreros en el arreo del ganado y la preparación de la caballada de reserva. Palermo (1994, p. 71) recupera los referidos aportes de Mandrini para proponer que los hombres sólo controlaban el circuito equino y vacuno, ya que las mujeres manejaban el ganado lanar en Pampa y Norpatagonia.

Cabe aclarar que estos circuitos se consolidaron en la centuria siguiente, en el marco de la constitución de las grandes jefaturas (Mandrini, 1985, 2008). Se profundizará el abordaje de esta cuestión en el capítulo abocado a los procesos históricos de las poblaciones indígenas en Pampa y Patagonia en el siglo XIX.

Intercambios comerciales en las sierras orientales de Tandilia

De acuerdo a los argumentos de Mazzanti (2007, p. 270), quien recupera sus aportes consignados en publicaciones anteriores (Mazzanti, 1988, 1993), en la porción oriental del sistema serrano Tandilia, funcionó un núcleo de economía pecuaria especializado en el control del ganado caballar a cargo de los indígenas. Las sierras y los valles proveyeron a los grupos étnicos de aguadas, pasturas y reparos, elementos vitales que propiciaron estos procesos de especialización económica. Según la autora, el paraje serrano "Vuulcan" o "Volcán", ubicado en Puerta del Abra (actualmente atravesado por la ruta nacional n° 226, entre las ciudades de Mar del Plata y Balcarce) ha sido destacado por los relatos de misioneros y viajeros como un conjunto de sierras, una ruta indígena y paraje estratégico que constituyó un punto comercial interétnico (Mazzanti, 2006, pp. 89-90, 2007, pp. 270-271) articulado a las redes y los circuitos que conectaban la zona, por un lado, con los valles del río Colorado y el río Negro y, por otro, con la frontera rioplatense (Mazzanti, 2007, pp. 270-271).

Corrales de piedra

Respecto a la cultura material indígena, Mazzanti (2006, p. 91) sostiene que, en la porción oriental de Tandilia, se encuentra la localidad arqueológica Amalia. Ésta y posiblemente corrales de piedra de este sector del sistema serrano y

adyacentes formaron parte del sistema económico indígena protagonizado por comerciantes y pastores vinculado a los mercados chilenos. En cuanto a los corrales situados específicamente en Tandil, algunos de ellos habían sido utilizados por los criollos, en el siglo XIX, para el desarrollo de una economía de tipo ganadera (Mazzanti, 2006, p. 91). Por su parte, Pedrotta (2013) demuestra que las edificaciones de piedra emplazadas en la porción central de Tandilia estaban asociadas principalmente a las actividades ganaderas y habían estado articuladas al funcionamiento de la feria del Chapaleofú, localizada próxima al arroyo homónimo, cuyo desarrollo se remonta hacia mediados del siglo XVIII. Además, la autora destaca la presencia de un pequeño conjunto de estructuras con fines domésticos de vivienda y a la vez para la vigilancia y defensa del territorio (Pedrotta, 2013, p. 289).

Diversos y valiosos estudios demuestran que los vínculos entre las poblaciones indígenas de un lado y otro del cordón cordillerano se construyeron en tiempos prehispánicos y se acentuaron a partir de la conquista y la colonización, sobre todo a partir del siglo XVIII se intensificaron los lazos construidos y se hizo notoria la presencia de parcialidades transcordilleranas en las pampas en busca de ganado, ya sea a través de intercambios comerciales o incursiones a la frontera; en este marco, se produjo la incorporación de elementos culturales provenientes del oeste de la cordillera de los Andes (ponchos, mantas, idioma, etc.). En el siglo XIX, se produjo un ciclo de migraciones de grupos transcordilleranos hacia las pampas en el marco de las guerras de independencia en Chile. Si bien estas investigaciones destacan la existencia de patrones culturales compartidos entre las poblaciones indígenas de la Pampa, norte de la Patagonia y la Araucanía chilena, hasta el siglo XIX se comprueba la existencia de una diversidad étnica y cultural en la región (Bechis [1989] 2008, pp. 266-271, 2001, pp. 68-70 y 96-98; Boccara, 2007, pp. 339-357; Mandrini, 1992a, p. 69, 2008, pp. 229-230; Mandrini y Ortelli, 2002; Palermo 1991, p. 157; Zink y Salomón Tarquini, 2014, pp. 54-55). Bajo este contexto, el *mapudungun* (idioma mapuche) se convirtió, hacia mediados del siglo XVIII, en lengua franca (Bechis, 2001, p. 69; Mandrini, 2008, p. 229).

*Grupo étnico*

De acuerdo a la definición planteada por Bechis (2009: 6), la noción de *etnia* no constituye un sinónimo de conceptos como *sociedad*, *pueblo* o *cultura*. Para la autora, tal concepto hace referencia a la autoidentidad y la identidad del otro en un determinado contexto de conflicto social. "La existencia de una etnia siempre implica la existencia de otra u otras etnias". Bechis (2010: 88) recupera los aportes de Barth (1966) para quien "los grupos étnicos son entidades sociales, no simplemente entidades culturales que se enfrentan por algún interés común en oposición a otro, quien le impide el acceso a ese interés". Para ella "los llamados grupos étnicos son grupos de interés (económico, político, educativo) primero, y luego grupos culturales, ya que las distinciones culturales hasta pueden ser el producto del proceso de diferenciación y no su causa".

Los ranqueles

A su vez, Zink y Salomón Tarquini (2014, p. 55) advierten que los trabajos más recientes proponen que la presencia de grupos del oeste cordillerano en las pampas no se redujo a la vocación de hacerse de ganado, sino a convocatorias realizadas por los indios de la región a los transcordilleranos para que participaran de los malones a la frontera o para presentar una defensa más numerosa ante las expediciones punitivas realizadas por la sociedad estatal a las tolderías. Sobre la base de ello, las autoras destacan el caso de los ranqueles, quienes habían logrado mantener su autonomía política y territorial frente al impacto ocasionado por las expediciones militares realizadas por Juan Manuel de Rosas. En sintonía con las autoras, Tamagnini (2016, p. 2) expresa que, desde fines del siglo XVIII hasta 1879, los indios ranqueles habitaron en gran parte de la porción central de la actual pampa argentina bajo la condición de indios soberanos. Para la autora, los caciques ranqueles supieron desarrollar un repertorio político que combinaba acciones bélicas y diplomáticas en el marco de relaciones entabladas con las autoridades del período colonial y republicano.

La importancia del comercio interétnico

Con respecto a la convivencia entre múltiples y diversos actores sociales en la frontera, diferentes estudios concuerdan en destacar el comercio interétnico como un factor clave para la construcción de lazos entre la sociedad estatal y las poblaciones indígenas. A su vez, estas investigaciones recalcan la construcción de diversos tipos de relaciones entre ambas sociedades (Bechis [1989] 2008; León Solís 1991; Mandrini 1991, 1992a; Palermo 1991; Pinto Rodríguez 1996). En Buenos Aires, los indígenas vendían piezas de talabartería, plumas, cueros y tejidos elaborados por diversos grupos étnicos, en tanto que en Carmen de Patagones ofrecían vacas, caballos, entre otros ganados, y tejidos (Palermo, 2000, p. 376).

Los malones a la frontera bonaerense

Según Crivelli Montero (1991), en las pampas, la suspensión del comercio interétnico dictaminado por el virrey Vértiz en 1780 desencadenó una serie de malones a la frontera bonaerense con el fin de presionar a las autoridades coloniales a establecer una "paz mercantil" y, a la vez, resguardar su soberanía política y territorial.

Si bien Jiménez (2005, pp. 52-98) reconoce también la importancia del comercio interétnico para las poblaciones indígenas, destacada por Crivelli Montero (1991), disiente con la hipótesis de este autor, ya que para Jiménez la causa principal de los malones a la frontera bonaerense entre agosto y noviembre de 1780 no estuvo vinculada a la reapertura del comercio, sino a la intención de las naciones indígenas de rescatar a sus familiares cautivos en Buenos Aires. El autor considera un caso excepcional el de los *pewenche*, ya que buscaban vengar la muerte de sus familiares provocada por las tropas militares de Buenos Aires. Siguiendo a Jiménez, desde hacía una década, los grupos indígenas *auca, ranquelche, peguelche y pewenche* se habían visto afectados por la violencia ejercida por los hispanocriollos como producto de las disputas por el ganado alzado y cimarrón que se encontraba en las tierras al sur del río Salado.

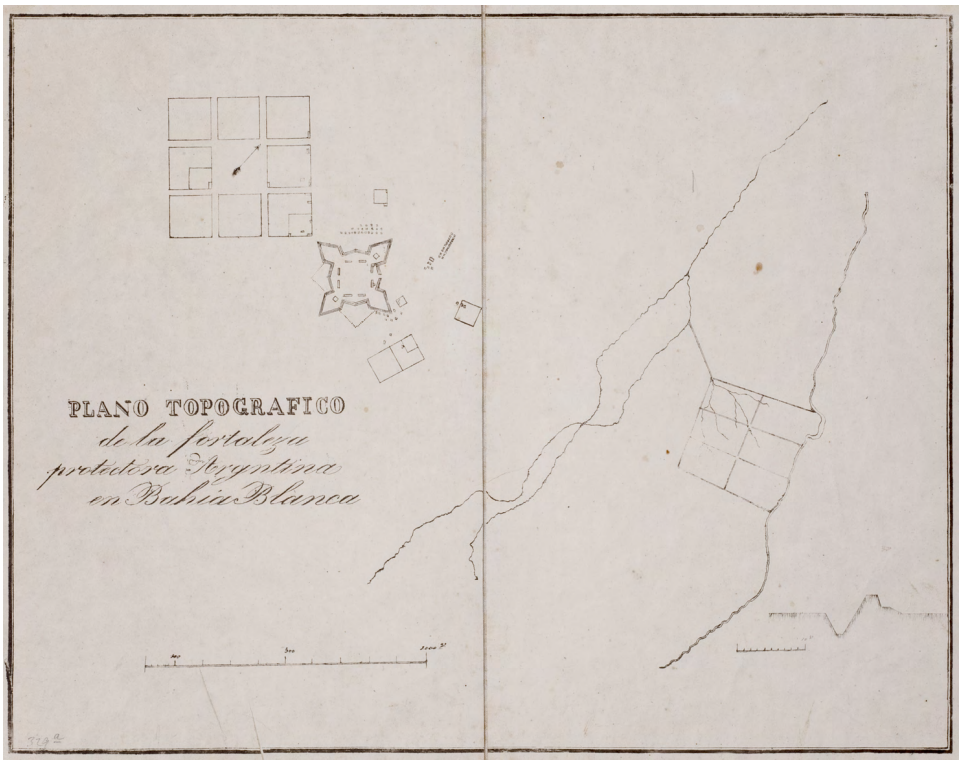



Figura nº 12. Plano topográfico de la frontera protectora Argentina en Bahía Blanca, *ca.* 1828. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

A su vez, Alioto (2011, pp. 21-48) ha demostrado que el diario del funcionario español Basilio Villarino, el cual en el año 1782 emprendió la misión de recorrer el río Negro a fin de llegar a Valdivia y establecer una vía de comunicación directa entre los océanos Atlántico y Pacífico, constituyó la génesis de la teoría de que los indios robaban ganado en la frontera bonaerense para luego venderlo a Chile. El autor sostiene que estos estereotipos sesgados sobre los grupos nativos, serían reproducidos y utilizados, posteriormente, por funcionarios políticos, militares

e intelectuales para promover la ocupación militar definitiva de los territorios habitados por las poblaciones indígenas de la Pampa y el norte de la Patagonia por parte del Estado argentino a fines del siglo XIX.

Como bien expresa de Jong (2015, p. 19), las incursiones indígenas a las fronteras constituyeron prácticas complejas que no deben concebirse como una mera reacción en contrapartida a los agravios recibidos o al propósito de obtener ganado para comercializar en los mercados transcordilleranos, puesto que para la autora resulta fundamental atender a las formas en que estas prácticas se conjugaron con las dinámicas sociales indígenas y a la participación de sus líderes y seguidores en la trama de relaciones políticas y económicas que se desarrollaron en el escenario fronterizo.

Por su parte, desde la perspectiva de la sociedad estatal, Alioto, Jiménez y Villar (2018, p. 27) sostienen que las fronteras constituían escenarios extensos y abiertos en los cuales resultaba dificultoso llevar a cabo un control efectivo y garantizar la seguridad de los pobladores. La competencia y las debilidades en materia de seguridad y vigilancia contribuyeron al ejercicio de una violencia excesiva por parte de la sociedad estatal. Siguiendo a los autores, desde tiempos anteriores a la "Conquista del Desierto", diferentes agentes sociales apuntaron a promover la construcción de "políticas de exterminio", tanto en el escenario rioplatense como en Chile, cuya concreción se vio afectada por limitaciones en materia de recursos militares e institucionales (Alioto, Jiménez, Villar, 2018, p. 28).

En lo que concierne al escenario de frontera de fines siglo XIX, Mandrini y Ortelli (2007, pp. 483-484) recurren a la noción de *exterminio* para referirse no sólo a la matanza de una porción de las poblaciones indígenas de las regiones de Chaco Pampa y Patagonia en el marco de las campañas militares emprendidas por el Estado argentino, sino también para visibilizar los efectos de las políticas estatales de asimilación e integración implementadas, cuyas secuelas "determinaron otro exterminio: la desarticulación de la estructura social, de las redes de comercio e intercambio, y de la organización política, religiosa y cultural".

## Parlamentos

En consecuencia, los parlamentos constituyeron un "ámbito de consenso", ya que, a través del juego diplomático, hispanocriollos e indígenas pretendieron intimidarse e impresionarse, ambos buscaron persuadir sutilmente sin caer en el ejercicio de la violencia armada y persuadir a la contraparte frente a la complejidad política que los vinculaba (Lázaro Ávila, 1998, pp. 35 y 54).

Si bien se han desarrollado diversas interpretaciones y formas de concebir las negociaciones diplomáticas entre ambas sociedades, distintos estudios concuerdan al proponer una doble lectura del parlamentarismo: desde la lógica española, basada en el establecimiento de pactos a través de la palabra escrita y, desde la lógica indígena, sustentada en la expresión oral y la toma de decisiones, de forma colectiva, a través de juntas (de Jong, 2015, 2016b; Lázaro Ávila 1998; León Solís, 1991; Nacuzzi, 2006; Pinto Rodríguez, 1996; Roulet, 2004; Tamagnini y Pérez Zavala, 2016; Zavala Cepeda 2011, 2015; Zavala Cepeda y Payás Puigarnau, 2015).

Los tratados de paz celebrados entre españoles e indígenas estaban, sin embargo, sujetos a procesos de tergiversación, omisión y ocultamiento llevados a cabo por los agentes coloniales que redactaban las actas. Frente a ello, la tradición oral indígena se convirtió en un elemento político clave para reclamar a las autoridades coloniales los incumplimientos de lo pactado (Roulet, 2004).

Para Roulet (2016, p. 194) los caciques desempeñaron un rol pedagógico, ya que se encargaban de explicar a sus huéspedes las conductas que esperaban de ellos y, a la vez, les hacían conocer sus propias percepciones respecto a los términos que consideraban propicios tener en cuenta para facilitar la convivencia entre culturas diferentes. Esta tarea también la desempeñaron las mujeres indias, quienes podían dar comienzo al diálogo diplomático y explicar los protocolos indígenas, aunque los funcionarios coloniales no las reconocían como figuras de autoridad con la atribución de establecer compromisos en representación de sus parientes varones (Roulet, 2009, p. 307).

Un nuevo ciclo de paz en la frontera

A partir de la década de 1780, comenzaron avizorarse los primeros síntomas de cambio, que conducirían al inicio de un ciclo de relativa paz interétnica, la cual se mantendría hasta la década de 1820. Esta paz era el resultado de relaciones forjadas desde tiempos anteriores entre las partes, en las cuales el comercio se presentó como un factor clave, que luego adquirió mayor relevancia a partir de 1790 (Mandrini, 1991).

Partidas indígenas visitan Buenos Aires

Desde tiempos coloniales, las comitivas indígenas frecuentaban Buenos Aires para comerciar y en las tratativas de paz solían contemplarse algunos puntos vinculados al comercio (Mandrini, 1985, 1991, 1994). Al respecto, Ortelli (2003) sostiene que las delegaciones indígenas que se dirigían a Buenos Aires en el período tardocolonial no sólo buscaron comerciar, sino también establecer negociaciones diplomáticas, ratificar las paces o saludar a las autoridades coloniales, entre otros propósitos (en varias ocasiones una misma delegación indígena ingresaba al escenario urbano para concretar varios de estos objetivos). Para acceder a la ciudad, estas partidas indígenas debían contar con una licencia y solicitar previamente permiso a las autoridades de frontera para ingresar en el territorio bajo dominio hispanocriollo. Según la autora, estas delegaciones se dirigieron a la ciudad porteña en distintas estaciones del año (de acuerdo al escenario coyuntural que se presentara) y su composición adquirió un carácter mixto (ya que participaron hombres y mujeres). Si se trataba de una comitiva abocada a negociar con las autoridades coloniales, éstas solían ser lideradas por un cacique (o un hijo del cacique, o un capitanejo o caciquillo que obraba en representación de éste), mientras que las delegaciones indígenas comerciales no necesariamente estaban encabezadas por un jefe político (Ortelli, 2003).



Figura nº 13. Invasión de indios. Reproducción fotográfica atribuida a Benito Panunzi de un dibujo de León Palliere, *ca.* 1867. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

A comienzos del siglo XIX, en el marco de las invasiones inglesas, distintas comitivas indígenas continuaron arribando al cabildo de Buenos Aires para ofrecer su auxilio militar a las autoridades españolas a fin de contribuir con la defensa de la ciudad (Bechis, 2001, p. 71; Mandrini, 1997, p. 23; 2013, p. 18; Levaggi, 2000, pp. 141-143). El avance fronterizo que tuvo lugar a partir de 1820 derivó en una reconfiguración del eje comercial, el cual se desplazó de la ciudad de Buenos Aires hacia el sur, a los puestos y pulperías (Mandrini, 1985, p. 217, 1994, p. 21), aunque en la época rosista también resultaba frecuente la presencia de indios en la capital comerciando sus productos (Mandrini, 1994, p. 21). Estos asuntos vinculados al desarrollo de delegaciones indígenas hacia Buenos Aires serán retomados y desarrollados en el capítulo correspondiente a las sociedades indígenas de la Pampa y la Patagonia en el siglo XIX en este mismo tomo.

Competencia y conflictividad intertribal

No obstante, distintas investigaciones han demostrado que, en las últimas décadas del siglo XVIII, el escenario de la frontera sur del imperio español se complejizó a partir del dinamismo de las alianzas indígenas, los conflictos y competencias intertribales que involucraban a grupos de la Araucanía, el espacio cordillerano y las pampas (Bechis, 2001, pp. 68-71; Boccara 2007; Carlón, 2014; Jiménez, 2005, pp. 52-98; Villar y Jiménez 2003b, pp. 123-141 y 158-159; Zink y Salomón Tarquini, 2014, pp. 49-54).

Refugiados y cautivos en las tolderías

Cabe destacar que las tolderías se caracterizaron por su composición heterogénea; Mandrini (1992b, p. 62) analiza los escritos de Mansilla (1967) sobre su estadía en las tolderías ranqueles en el siglo XIX y constata la presencia de "agregados" o "allegados", un conjunto de indios y blancos refugiados que vivían a expensas del cacique y desempañaban para este último diversas tareas, logrando convertirse en una "clientela". Estos actores sociales que integraron la clientela del cacique se transformaron en agentes indispensables para la construcción de estrategias políticas en el marco de juntas y parlamentos (Mandrini y Ortelli, 2002, p. 248; Mandrini, 2008, pp. 256-257).

Por su parte, Ortelli (2000) se ha abocado a analizar el marginalismo a través del comportamiento de los sujetos no indígenas que, en forma voluntaria (agregados) o forzada (cautivos), ingresaron "tierra adentro" a convivir con las tribus pampeanas. Los agregados eran varones que solían huir de la justicia o desertar del ejército (Ortelli, 2000, pp. 188-189). La autora argumenta que el denominador común entre agregados y cautivos radica en su condición de marginales, a partir de los postulados de Saignes (1989, p. 23), Ortelli propone que estos actores portaban una doble marginalidad, geográfica y social; más allá de su capacidad de integración a la vida en los toldos, se ven afectados por "su condición de no-indios" y por "su no pertenencia a un linaje" (Ortelli, 2000, p. 192). Por su parte, Villar y Jiménez (2005) examinan la presencia de "renegados" en las tolderías de la región pampeana hacia fines del siglo XVIII. Se trataba, principalmente, de varones criollos, mestizos, negros y mulatos, voluntarios o como productos de un proceso de cambio a partir de su ingreso inicial bajo la condición de cautivos. Estos actores sociales se destacaron por su participación en los proyectos políticos indígenas y, desde la perspectiva de las autoridades coloniales, eran considerados sujetos que atentaban contra el orden social, puesto que se habían apartado de los preceptos religiosos cristianos y de la autoridad del rey de España (Villar y Jiménez, 2005).

Los agregados y cautivos se desempeñaron como lenguaraces en juntas y parlamentos, en caso de saber leer y escribir, se convirtieron en secretarios de algún cacique, incluso se encargaron de llevar y traer información, comerciar en la frontera, actuar como espías, participar en malones, abocarse al pastoreo de ganado y diferentes tareas económicas en los toldos (Ortelli, 2000, pp. 192-194; Mandrini, 2008, pp. 256-258). Asimismo, en tiempos coloniales y republicanos, las mujeres cautivas supieron oficiar de intermediarias o intérpretes en las negociaciones con la sociedad hispanocriolla (Ortelli, 2000; Palermo, 1994; Roulet 2009; Tapia y Pera, 2018).

Este fenómeno se replica en el escenario colonial de la Araucanía, en el cual León Solís (1991, p. 215) destaca el rol de los "indios blancos", considerados agentes marginales de la sociedad de frontera que se desenvolvían trasvasando los límites de las tradiciones indígenas y de las leyes de la sociedad estatal. Así como Boccara (2007, p. 335), recalca la presencia de individuos marginales tales como los vagabundos, los contrabandistas, los delincuentes y los prófugos, quienes habían logrado sortear los controles fronterizos o, en algunas ocasiones, solían ingresar "tierra adentro" a proveer a los *reche* de ganado, armas, fierro y vino por medio de la connivencia de las autoridades de turno.

Por su parte, en el Tucumán colonial del siglo XVIII, Farberman y Boixadós (2009-2010, p. 123) señalan la presencia de "agregados" a los pueblos de indios; se trataba de personas o familias sin acceso a la tierra que dependían de los caciques o comunidades que los recibían. Las autoras sostienen que la presencia de estos agregados contribuyó a la "ampliación" de los pueblos de indios; ello con-

dujo, en algunos casos, al desarrollo de procesos de mestizaje, reconfiguración o descomposición de estructuras corporativas y del ejercicio de la autoridad étnica.

Con respecto a la región del Chaco, Santamaría (1998, p. 16) focaliza su atención en los procesos de mestizaje que tuvieron lugar en la segunda mitad del siglo XVIII como producto de la convivencia entre los indios de la región, que habían migrado ya sea de forma temporal o que se habían fugado de forma definitiva de las misiones, los españoles y los mulatos. Para el autor, desde la óptica de las autoridades coloniales, estas redes de relaciones multiétnicas podían llegar a ser vistas como una potencial amenaza, puesto que podían dar lugar a la formación de una alianza militar y facilitar el desarrollo del comercio ilegal.



Figura nº 14. Indios tobas, reproducción fotográfica atribuida a Benito Panunzi de un dibujo de León Palliere, *ca.* 1867. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

La región del noroeste en el período tardocolonial

En cuanto a la región del noroeste, desde comienzos del siglo XVIII, la violencia interétnica afectaba la frontera del Tucumán. La expansión de las haciendas del valle Calchaquí impulsó el avance hacia el este con el propósito de obtener trabajadores entre los grupos del Chaco occidental (Mandrini, 2008, p. 235). Esto derivó en la aplicación de diversas estrategias, a saber: ocupación de tierras en la frontera, expediciones punitivas de escaso éxito, viajes de exploración, revitalización del sistema de misiones (franciscanas y jesuitas), acuerdos con los caciques, realización de parlamentos y celebración de pactos, que no siempre fueron respetados, y los ensayos abocados a la creación de un sistema defensivo más eficiente (Mandrini, 2008, p. 235). Según Nacuzzi (2011, p. 26), quien recupera los aportes de Gullón Abao (1993) y Vitar (1997), las ciudades de Jujuy, Salta y Tucumán contaban con un sistema defensivo frente a posibles ataques indígenas conformado simplemente por un frente de estancias ganaderas y dos fuertes, El Pongo y El Rosario, hasta principios del siglo XVIII. En el marco del gobierno de Esteban Urízar y Arespacochaga, hacia 1707, se llevaron a cabo acciones más ofensivas con el propósito de diezmar o capturar a los indígenas para reducirlos en pueblos.

Las poblaciones locales del Chaco habían incorporado a su modo de vida cazador-recolector (incluso algunos grupos practicaban la horticultura estacional y la pesca) algunos productos, bienes, técnicas y prácticas procedentes de la sociedad europea y otros patrones nuevos que surgieron frente al contexto colonial. Incluso participaban de los circuitos mercantiles coloniales. La incorporación del caballo resultó esencial como alimento, obtención de cueros y como medio de transporte, para la guerra y la ejecución de incursiones sobre los establecimientos hispanocriollos (Mandrini, 2008). Los indígenas del Chaco habían desarrollado un estilo de vida nómade sujeto a desplazamientos programados según el aprovechamiento de diversos recursos estacionales y ambientales y al control de extensos territorios a través de la construcción de redes de relaciones interétnicas con otros grupos de la región en el marco de su circulación por el territorio (Nacuzzi, 2011).

La conflictividad entre los grupos étnicos se profundizó a partir de la presencia europea, ya que ésta presionó a las poblaciones locales desde las fronteras obligándolas a desplazarse, ya sea de forma total o parcial, tal es el caso de los *guaycurúes* y los *matacos* (Mandrini, 2008, p. 231). En el extremo oriental del Chaco, la incidencia de la dominación colonial fue menor y la violencia fronteriza no resultó de gran magnitud, aunque los misioneros jesuitas intentaron promover la paz, ya que grupos de *abipones* y *mocovíes* incursionaban sobre la frontera de forma asidua (Mandrini, 2008, p. 235). Mientras, en el Chaco austral, el gobernador del Tucumán, Gerónimo Matorras, realizó un tratado con el cacique mocoví Paikín en 1774, y en 1776 el cacique mocoví Etazorín hizo lo mismo en Asunción. Estos acuerdos eran diseñados para que los grupos se establecieran en un paraje, allí recibían bienes, ganado e instrucción religiosa. Algunos caciques cumplían estos pactos y otros, en cambio, atacaban otras secciones de la frontera (Nacuzzi, 2011, p. 61).

## REFLEXIÓN FINAL

Buena parte del territorio que hoy ocupa Argentina estuvo habitada desde hace más de diez mil años, principalmente la franja occidental que une el norte con Tierra del Fuego y la totalidad del espacio desde el sur de Córdoba hasta el estrecho de Magallanes. Desde momentos previos a los tiempos prehispánicos, las sociedades indígenas de distintas zonas se vincularon entre sí. La circulación de personas, bienes, recursos e información se corrobora a través de las fuentes escritas y materiales.

En líneas anteriores hemos dejado claro que la conquista hispánica de los territorios americanos impactó de lleno en el desarrollo de las poblaciones locales, no sólo por el exterminio de los grupos étnicos que ofrecieron resistencia, la propagación de enfermedades y las condiciones de trabajo infrahumanas impuestas por los encomenderos, sino también por la imposición de una lengua, creencias

y formas de comportamiento. En este contexto, se produjo la desintegración de diferentes culturas de las sociedades indígenas, que fueron gradualmente reemplazadas por el modo de vida occidental cristiano. No obstante, algunas expresiones culturales, aunque alteradas por el proceso de conquista y colonización, sobreviven hasta la actualidad.

Si bien la violencia interétnica estuvo presente durante todo el período colonial, la convivencia entre ambas sociedades también se gestó a partir de los intercambios comerciales, el mestizaje cultural y los procesos de etnogénesis (Boccara, 2003). Tal como vimos en los apartados anteriores de este capítulo, a partir del contacto con los europeos, los múltiples y diversos grupos indígenas incorporaron bienes y recursos con los cuales desarrollaron nuevos estilos de vida. De hecho, a lo largo del período colonial, las sociedades indígenas participaron en los circuitos mercantiles articulados a los centros hispanocriollos, a la vez que estos últimos incorporaron también técnicas, bienes y recursos procedentes del "mundo indígena" (Garavaglia, 1986; Mandrini, 1991, 2008; Palermo, 1991, 1994, 2000; Pinto Rodríguez, 1996).

Como ya se dijo, las relaciones interétnicas que se desarrollaron en la frontera durante el siglo XVIII estuvieron atravesadas por la convivencia pacífica y la guerra, solía producirse la construcción y la ruptura de alianzas intertribales, así como también entre indígenas e hispanocriollos. Hacia fines del siglo XVIII, aún no existía un control efectivo de los territorios coloniales; para aquel entonces la frontera bonaerense estaba signada al sur del río Salado.

La expansión de la frontera bonaerense

Durante la década de 1820, Buenos Aires registraba un aumento considerable de la demanda ganadera producto de su inserción en los mercados internacionales y en razón de la crisis agropecuaria que afrontaban Entre Ríos y la Banda Oriental (Halperín Donghi, 1963). Esta coyuntura dio lugar a una nueva expansión de la frontera bonaerense con el objetivo de incorporar más tierras, lo cual derivó en un aumento de la tensión latente vinculada a la competencia por los recursos entre blancos e indígenas. Estos últimos habían desarrollado un estilo de vida pastoril con fines domésticos y comerciales que articulaba a las pampas, norpatagonia y la Araucanía, en el que participaban diversas parcialidades y que a la vez interactuaba con los centros hispanocriollos del oeste cordillerano y la frontera bonaerense (Mandrini, 1985, 2008).

"El Negocio Pacífico de Indios"

Ratto (2003, p. 221) ha demostrado que, desde fines de la década de 1820, el gobierno de Buenos Aires había llevado a cabo una política indígena que le había permitido efectivizar el control del territorio que había sido adquirido durante dicho decenio a través de la ejecución de negociaciones diplomáticas y expediciones punitivas. La autora deja claro que la puesta en marcha del "Negocio Pacífico de Indios" dio lugar a un período de estabilidad en la convivencia interétnica en la frontera bonaerense, a través de los lazos construidos entre Rosas y los grupos que asumieron la condición de "indios amigos" y "aliados". No obstante, las campañas militares ejecutadas por Rosas sobre las tolderías ranqueles tuvieron efectos devastadores en el devenir histórico de estas poblaciones indígenas (Alioto, Jiménez y Villar, 2018, p. 28).

Los procesos de cambio respecto a las características y las dinámicas que adquirieron las relaciones interétnicas y las transformaciones acontecidas en torno a la autonomía política y territorial de las poblaciones indígenas, que hemos referenciado brevemente en esta reflexión final, serán recuperados en el capítulo referido al desarrollo histórico de las sociedades indígenas en el siglo XIX.

# ARQUEOLOGÍA DEL PERÍODO COLONIAL EN EL NORESTE ARGENTINO

## De los primeros asentamientos españoles a las reducciones jesuíticas

El proceso de conquista y colonización española en la cuenca del Río de la Plata comenzó en la primera mitad del siglo XVI con la expansión marítima y comercial de España y tuvo su mayor desarrollo en la segunda mitad de ese siglo y la primera del XVII. En esta etapa, los objetivos fueron económicos –obtener especias, oro, plata y piedras preciosas– y políticos –delimitar sus posesiones frente a Portugal–. En la cuenca del Plata, las primeras expediciones se realizaron ingresando a través de las vías navegables (ríos de la Plata, Paraná y Paraguay) en busca de un paso por el interior del continente que posibilitase el acceso desde el Atlántico a las sierras de oro y plata.

Primeros asentamientos españoles

Las primeras expediciones europeas que arribaron al actual noreste argentino a través del Río de la Plata tomaron contacto con diferentes grupos étnicos, descendientes de poblaciones que habitaban la región desde al menos 2.000 años atrás, que ocupaban los grandes ríos y las planicies adyacentes. Inicialmente, las expediciones españolas tuvieron fines exploratorios, como la de Sebastián Gaboto, que desembocaría en el establecimiento de fuerte Sancti Spiritus (1527-1529) con la idea de encontrar un camino hacia "la sierra del plata" y extraer riquezas. Pero luego, la norma general ya no sería explorar, sino conquistar, someter a las poblaciones originarias y ocupar sus territorios. Así, la concesión del adelantamiento del Río de la Plata a Pedro de Mendoza en 1534 le otorgaría la potestad de conquistar y poblar (Cocco *et al.*, 2016); así se emplazaron nuevos asentamientos como la primera Buenos Aires (1536), Corpus Christi, Buena Esperanza (1536) y Asunción (1537). Sin embargo, el fracaso de estos primeros intentos de conquista y la resistencia de las poblaciones indígenas retardaron el impacto del colonialismo europeo en la vida de las sociedades originarias del noreste.

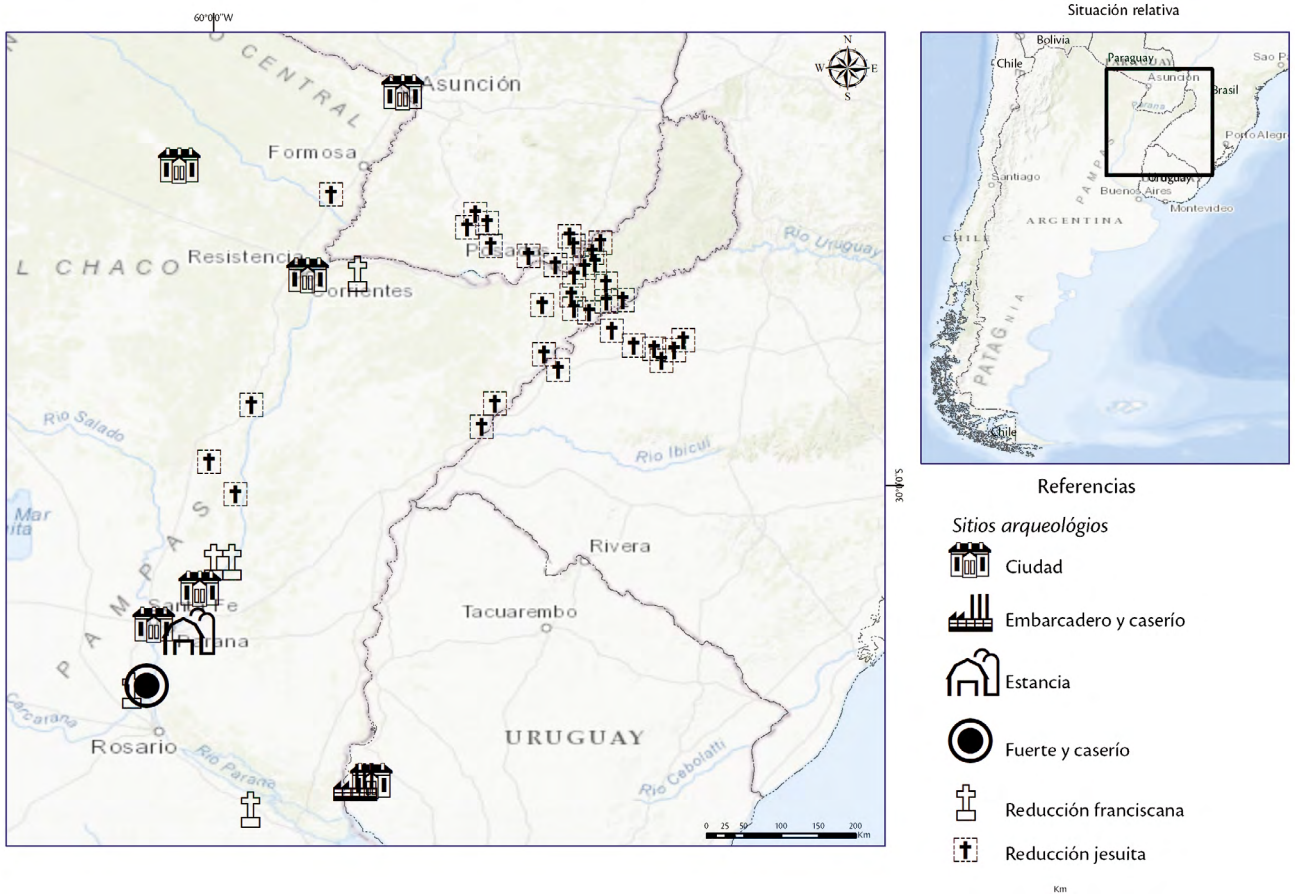
Poblaciones originarias del NEA

La documentación escrita generada durante o después de estas expediciones en la región es la única fuente que brinda información de los nombres de estos grupos que entraron en contacto con los europeos. Al respecto, relevantes son los relatos de Luis Ramírez, Roger Barlow y Diego García de Moguer de la expedición de Sebastián Gaboto y de otros que años después remontaron el Paraná, como Pero Lopes de Sousa en 1531 y Ulrico Schmidel que formó parte de la armada de Pedro de Mendoza. Ramírez hace una descripción de los pueblos que habitaban en las cercanías del fuerte Sancti Spiritus, entre los cuales enumera a guaraníes o chandris, querandíes, caracaráes, chanás, beguás, chaná-timbú y timbúes, entre otras naciones. Los querandíes se diferenciaban de los demás porque eran cazadores recolectores que vivían en la llanura pampeana. Por su parte, Diego García, que navegó con Gaboto aguas arriba por el Paraná, tuvo oportunidad de conocer otros pueblos ubicados más al norte, tales como los mecotaes, mepenes, anamecs, agaces y chandules. Las poblaciones que vivían sobre el Paraná, englobadas bajo el término chaná-timbú, tenían un mismo origen y eran los descendientes

de la entidad arqueológica Goya-Malabrigo, y habitaban los ambientes fluviales de la región desde hacía unos 1.500 años antes de la llegada de los españoles. Por su parte, los guaraníes o chandris también habitaban el Paraná superior, el Uruguay y las islas del Paraná inferior. La llegada de estos grupos agricultores amazónicos al Paraná inferior y el delta se produjo en momentos históricos previos a la llegada de los europeos e irrumpió en el escenario cultural de las poblaciones preexistentes, generando diferentes tipos de relaciones de alianza, enfrentamiento y hasta de sometimiento y esclavitud, que fueron aprovechadas por los expedicionarios europeos para favorecer sus estrategias de exploración y conquista.

Fundación de ciudades

En la segunda mitad del siglo XVI, Asunción era el único asentamiento español en la cuenca del Plata. Diferente era la situación en el área andina, donde muchas ciudades fundadas desde la década de 1540 tuvieron estabilidad y se convirtieron en punto de partida para la expansión sobre otros territorios. Los españoles aislados en el Paraguay optaron por una nueva estrategia de poblamiento: la fundación de ciudades. A partir de la capitulación de Ortiz de Zárate, partieron desde Asunción distintas expediciones con el objetivo de fundar ciudades entre ese asentamiento y la salida al Río de la Plata. Santa Fe sería la primera etapa para concretar la apertura de las comunicaciones del Paraguay: por vía fluvial al Río de la Plata y por vía terrestre con las provincias del Tucumán y Cuyo y, a través de ellas, con Perú y Chile (Calvo, 2004). Esta fundación da inicio al proceso de afianzamiento de la presencia española en el sector sur de la cuenca del Plata, a las que se sumaron otras ciudades que perduran hasta la actualidad, como la segunda Buenos Aires (1580) y Corrientes (1588). En cambio, otras no pudieron consolidarse en el territorio y fueron abandonadas, como Concepción del Bermejo (1585-1632) y la ciudad Zaratina de San Salvador (1574-1576). Este avance del colonialismo europeo en la segunda mitad del siglo XVI tuvo como consecuencia el sometimiento de las poblaciones originarias de la región del noreste mediante la conquista armada, la posesión de sus tierras, el control político-administrativo de los territorios y la imposición de nuevas pautas culturales y religiosas (mapa n° 1).




Mapa nº 1. Localización de los principales asentamientos coloniales y reducciones en el NEA. Fuente: elaboración personal.

## Los sitios arqueológicos del período colonial temprano

La información arqueológica de los primeros asentamientos españoles en el noreste de Argentina y la cuenca del Río de la Plata ha sido generada por diferentes investigadores que estudiaron sitios del período colonial –como fortificaciones, ciudades, estancias y reducciones– que fueron emplazados por los europeos en territorios que estaban habitados por comunidades indígenas originarias. Muchos de estos asentamientos se localizaban a lo largo del corredor del río Paraná y de la Plata, sobre áreas elevadas pero vinculadas a los cursos fluviales (cuadro n° 1). La mayor parte de los asentamientos estaban localizados en lugares estratégicos y superpuestos a antiguas aldeas indígenas. Aunque todos fueron construidos con recursos locales (tierra cruda y madera), los asentamientos españoles se diferencian de los indígenas por la tecnología utilizada –como las paredes de tapia y los techos de tejas–, por la organización espacial –estructuras poligonales de fortificaciones, viviendas, iglesias– y por la presencia de objetos de manufactura europea (por ejemplo, botijas, mayólica, cerámica vidriada, vidrio), oriental (porcelana) o de otros sitios de América (por ejemplo, tinajas, cerámica vidriada), asociados a artefactos de manufactura local, principalmente guaraní o hispano-guaraní.

Arqueología de sitios coloniales

Los primeros estudios arqueológicos en estos sitios comenzaron en la década de 1950 con el descubrimiento y la excavación de Santa Fe la Vieja por Agustín Zapata Gollán (1951, 1953) y de Concepción del Bermejo, descubierto por Alfredo Martinet en 1943 y excavado por Juan Morresi en la década de 1960 (Morresi, 1971). Las investigaciones tuvieron su mayor desarrollo a partir de la década de 1990, con el auge de los estudios de arqueología histórica en Argentina, Brasil y Uruguay. Los investigadores excavaron y estudiaron sitios tales como fuerte Sancti Spiritus (Azkarate *et al.*, 2013; Frittegotto *et al.*, 2013; Cocco *et al.*, 2016), Santa Fe la Vieja (Calvo, 2004; Calvo y Cocco, 2018; Carrara, 1995; Carrara *et al.*, 2002; Ceruti, 2005; Cocco, 2018; Cornero y Calvo, 2012; Schávelzon, 2001), San Bartolomé de los Chanás (Rocchietti y De Grandis, 2011, 2012), Santiago de Baradero (Tapia y Pineau, 2011), San Salvador (López Mazz *et al.*, 2014), Concepción del Bermejo (Colazo, 2009) y sitios correspondientes a misiones jesuíticas guaraníes (ver apartado especial).

## El contacto hispano-indígena

Primer asentamiento español

El fuerte Sancti Spiritus es el sitio donde se hallaron las primeras evidencias de interrelaciones entre grupos étnicos originarios y europeos. Fue el primer asentamiento español de la región noreste de lo que hoy es territorio argentino. Fue emplazado por Sebastián Gaboto en 1527 sobre la desembocadura del río Carcarañá en el río Coronda, en la actual localidad de Puerto Gaboto, provincia de Santa Fe. Este asentamiento está asociado a otro localizado en la desembocadura del río San Salvador en el Uruguay (localidad de Dolores, Uruguay) que, en el itinerario hacia la desembocadura del Carcarañá, fue el lugar donde quedaron resguardadas algunas embarcaciones e integrantes de la expedición de Gaboto.

Estos primeros asentamientos españoles en el Río de la Plata fueron originados por una capitulación firmada por el rey Carlos V con el entonces piloto mayor de la Casa de Contratación Sebastián Gaboto, quien quedó al mando de una expedición formada por cuatro naves y unos doscientos hombres que tenía como objetivo comerciar en las asiáticas Islas Malucas, reiterando la ruta oceánica previamente descubierta por Magallanes y Elcano. Sin embargo, Gaboto decidió ignorar los compromisos contraídos con la Corona y se lanzó a la búsqueda de metales preciosos en América, desviando el curso de su itinerario para internarse en el estuario del Río de la Plata –que había sido descubierto por Juan Díaz de Solís en 1516– y luego por el Paraná (Medina, 1908; Astiz y Tomé, 1987). El asentamiento de Sancti Spiritus se convirtió en el principal enclave usado para proyectar y organizar las tres expediciones en busca de metales preciosos en el interior del continente hasta que, en 1529, el asentamiento fue atacado y destruido por grupos indígenas, poniendo fin a conflictos generados por los españoles y provocando la huida hacia España de la expedición de Gaboto.

| *Sitio* | *Año de fundación* | *Tipo de asentamiento* | *Localización geográfica* |
|---|---|---|---|
| Sancti Spiritus | 1527 | Fuerte y caserío | Puerto Gaboto, Santa Fe, Argentina |
| San Salvador | 1527 | Embarcadero y caserío | Desembocadura del río San Salvador, Dolores, Uruguay |
| | 1574 | Ciudad | |
| Asunción | 1537 | Ciudad | Asunción, Paraguay |
| Santa Fe la Vieja | 1573 | Ciudad | Cayastá, Santa Fe, Argentina |
| Santa Fe de la Vera Cruz | 1660 | Ciudad | Santa Fe, Santa Fe, Argentina |
| Concepción del Bermejo | 1585 | Ciudad | Paraje El destierro, ruta 29, km 75, Chaco, Argentina |
| Corrientes | 1588 | Ciudad | Corrientes, Corrientes, Argentina |
| PGSM. Sitio Parque General San Martín | Siglo XVII | Estancia | Reserva natural Parque General San Martín, Entre Ríos, Argentina |
| Nuestra Señora de la Limpia Concepción de Itatí | 1615 | Reducción franciscana | Itatí, Corrientes, Argentina |
| Santiago de Baradero | 1615 | Reducción franciscana | Baradero, Buenos Aires, Argentina |
| San Bartolomé de los Chanás | 1616 | Reducción franciscana | Monje, Santa Fe, Argentina |
| San Miguel de Calchines | 1616 | Reducción franciscana | Santa Rosa, Santa Fe, Argentina |
| Nuestra Señora de la Concepción de Charrúas (Cayastá) | 1750 | Reducción franciscana | Cayastá, Santa Fe, Argentina |
| San Javier | 1743 | Reducción jesuita | San Javier, Santa Fe, Argentina |
| San Pedro | 1765 | Reducción jesuita | San Pedro Grande, Santa Fe, Argentina |
| San Jerónimo del Rey | 1748 | Reducción jesuita | Reconquista, Santa Fe, Argentina |
| San Carlos del Timbó | 1763 | Reducción jesuita | Herradura, Formosa, Argentina |
| Nuestra Señora de la Candelaria | 1620 | Reducción jesuita | Candelaria, Misiones, Argentina |
| Santa Ana | 1633 | Reducción jesuita | Santa Ana, Misiones, Argentina |
| Nuestra Señora de Loreto | 1610 | Reducción jesuita | Loreto, Misiones, Argentina |
| San Ignacio Miní | 1610 | Reducción jesuita | San Ignacio, Misiones, Argentina |
| Corpus Christi | 1622 | Reducción jesuita | Corpus, Misiones, Argentina |
| San José | 1633 | Reducción jesuita | San José, Misiones, Argentina |
| Santos Apóstoles Pedro y Pablo | 1633 | Reducción jesuita | Apóstoles, Misiones, Argentina |
| Nuestra Señora de la Concepción | 1619 | Reducción jesuita | Concepción, Misiones, Argentina |
| Santa María la Mayor | 1626 | Reducción jesuita | Paraje La Corita, Ruta 2, Misiones, Argentina |
| Santos Mártires del Japón | 1628 | Reducción jesuita | Ruta 30, Santa María, Misiones, Argentina |
| San Javier | 1629 | Reducción jesuita | San Javier, Misiones, Argentina |
| San Carlos | 1631 | Reducción jesuita | San Carlos, Corrientes, Argentina |
| Yapeyú | 1627 | Reducción jesuita | Yapeyú, Corrientes, Argentina |
| La Cruz | 1628 | Reducción jesuita | La Cruz, Corrientes Argentina |
| Santo Tomé | 1632 | Reducción jesuita | Santo Tomé, Corrientes, Argentina |
| San Ignacio Guazú | 1609 | Reducción jesuita | San Ignacio Guazú, Misiones, Paraguay |
| Santa María de Fe | 1647 | Reducción jesuita | Santa María de Fe, Misiones, Paraguay |
| Santa Rosa | 1698 | Reducción jesuita | Santa Rosa, Misiones, Paraguay |
| Santiago | 1651 | Reducción jesuita | Santiago, Misiones, Paraguay |
| Jesús de Tavarangué | 1685 | Reducción jesuita | Jesús de Tavarangué, Itapúa, Paraguay |
| Santísima Trinidad | 1706 | Reducción jesuita | Santísima Trinidad, Itapúa, Paraguay |
| Nuestra Señora de la Encarnación de Itapúa | 1615 | Reducción jesuita | Encarnación, Itapúa, Paraguay |
| San Cosme y San Damián | 1632 | Reducción jesuita | Santos Cosme y San Damián, Itapúa, Paraguay |
| San Francisco de Borja | 1682 | Reducción jesuita | São Borja, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Nicolás | 1626 | Reducción jesuita | São Nicolás, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Luis Gonzaga | 1687 | Reducción jesuita | São Luiz Gonzaga, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Miguel Arcángel | 1632 | Reducción jesuita | São Miguel das Missões, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Lorenzo Mártir | 1690 | Reducción jesuita | San Lorenzo, São Luiz Gonzaga, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Juan Bautista | 1697 | Reducción jesuita | São João Velho, Rio Grande do Sul, Brasil |
| San Ángel Custodio | 1707 | Reducción jesuita | Santo Ângelo, Rio Grande do Sul, Brasil |

Las fechas corresponden a la primera fundación; algunos asentamientos debieron mudarse.
La localización geográfica corresponde al asentamiento definitivo.

Cuadro nº 1. Cronología de los principales asentamientos coloniales y reducciones del NEA. Fuente: elaboración personal.

Fuerte Sancti Spiritus

El fuerte se situaba junto a dos de los principales cursos fluviales de la zona, que le permitían la comunicación norte-sur y también hacia el noroeste por la llanura pampeana. Los estudios arqueológicos revelaron que Gaboto no eligió el emplazamiento de Sancti Spiritus al azar, el lugar había sido habitado por poblaciones indígenas de las etnias chaná-timbú desde al menos cien años antes. Sobre restos de viviendas indígenas, se construyó el fuerte. Las excavaciones arqueológicas permitieron recuperar parte de la estructura de una construcción militar de forma rectangular de más de 50 m de largo por 10 de ancho, levantada con muros de tapia (tierra apisonada), una técnica introducida por los europeos que se seguiría utilizando por dos siglos en las construcciones de los asentamientos españoles en la región del noreste en los lugares donde no había otro tipo de recursos disponibles. Alrededor de los muros del fuerte, había un foso de protección que rodeaba toda la fortaleza (Cocco *et al.*, 2016; Frittegotto *et al.*, 2013). Por documentos se sabe que los expedicionarios no vivían en el interior del fuerte, sino en viviendas que se encontraban dispersas en sus inmediaciones, donde tenían parcelas de cultivos traídos de Europa, como el trigo y la cebada, así como de plantas locales, como el maíz. Los arqueólogos han encontrado microrrestos vegetales de estos cultivos, que evidencian que la primera cosecha de trigo en el noreste se realizó en Sancti Spiritus (Colobig *et al.*, 2017). Los materiales arqueológicos hallados denotan un intenso intercambio entre las comunidades indígenas y los europeos. Muchos de los objetos utilizados en el lapso de ocupación española que fueron hallados en el fondo del foso del fuerte formaban parte de lo que transportaba una expedición marítima de principios del siglo XVI: fragmentos de utensilios de uso cotidiano –como cuencos, vasijas o platos de mayólica–, botijas para el transporte de alimentos, cuentas de vidrio y cascabeles traídos como moneda de cambio para comerciar y utilizadas para intercambiar alimentos con la población local (Medina, 1908). Estos elementos estaban junto a cerámica de manufactura indígena guaraní, lo que indica que en Sancti Spiritus se produjo interacción y convivencia de los europeos con este grupo étnico particular en el interior del asentamiento (figura n° 1).



Figura nº 1. Sitio fuerte Sancti Spiritus. Artefactos europeos (cuentas de collar venecianas de vidrio, dados de hueso, cascabeles de metal, clavo forjado, cerámica con vidriado marrón y mayólica blanca con líneas azules y negras) asociados a cerámica guaraní (contenedor de cerámica con engobe rojo y fragmento rojo sobre blanco) recuperados en el foso del fuerte.

Sitio San Salvador

El sitio San Salvador, ubicado en la desembocadura de este río en el Uruguay, podría corresponder a uno o dos asentamientos españoles superpuestos: el embarcadero y asentamiento de San Salvador, de la expedición de Sebastián Gaboto o la ciudad Zaratina de San Salvador fundada en una etapa posterior de la conquista (1574-1577). De acuerdo a los arqueólogos uruguayos que realizaron las investigaciones (López Mazz *et al.*, 2014), el yacimiento está compuesto por un sector subacuático asociado a las actividades del antiguo puerto y por un segun-

do sector correspondiente al asentamiento terrestre, en un área previamente habitada por grupos nativos. El sitio arqueológico sumergido en el río San Salvador se presenta como una estructura compuesta por un montículo de lastre de una embarcación asociado a restos de botijas de la época de la expedición de Gaboto, clavos de hierro forjado, trozos de madera, herramientas y restos de cabo compuestos de fibra vegetal. En el asentamiento terrestre, se reconoció un área de ocupación con huellas de postes de viviendas, fosas, y un contexto arqueológico caracterizado por la asociación de cerámica guaraní, vidrio, botijas de cerámica y mayólica del tipo morisca, es decir, un asentamiento con objetos de características muy similares a los hallados en Sancti Spiritus.

Finalmente, además de estos primeros asentamientos españoles, existen asentamientos indígenas en el Paraná inferior y el delta, como el sitio Arroyo Malo, donde se hallaron objetos guaraníes y europeos, que son otra evidencia del contacto e intercambio de productos en el siglo XVI (Bonomo, 2013).

## La fundación de ciudades

Asunción fue el único asentamiento que perduró en la región de la cuenca del Plata y se transformó en una ciudad poblada por españoles, guaraníes y mestizos. Los españoles aislados en el Paraguay optaron por una nueva estrategia de poblamiento, la fundación de ciudades. A partir de la capitulación de Ortiz de Zárate, organizan expediciones con el objetivo de fundar ciudades a lo largo del río Paraná y el Río de la Plata. Santa Fe fue la primera ciudad planificada para concretar esa política de "abrir puertas a la tierra", es decir, permitir las comunicaciones desde el Paraguay.

### Sitio Santa Fe la Vieja

El sitio arqueológico Santa Fe la Vieja se localiza en la población de Cayastá, al norte de la actual ciudad de Santa Fe. Fue fundada por Juan de Garay el 15 de noviembre de 1573 sobre la margen derecha del río San Javier, en el tramo medio de la llanura aluvial del Paraná. La expedición fundadora partió de Asunción en abril de 1573 con nueve españoles y más de setenta mestizos hijos de conquistadores españoles y madres guaraníes. Una vez fundada la ciudad, se repartieron tierras en territorios que estaban habitados por comunidades indígenas como los calchines y mocoretáes. Estos pobladores fueron sometidos por el poderío militar español y su destino fue trabajar en las encomiendas en donde realizaban tareas rurales al servicio de las familias europeas y más tarde también en las reducciones a cargo de religiosos, con excepción de las administradas por los jesuitas, como veremos más adelante.

### Población multicultural

En la fundación se fijaron tres límites: el de la jurisdicción –una amplia superficie del tamaño del actual territorio de la provincia de Santa Fe–, el del ejido de la ciudad –que incluía su entorno más inmediato afectado como tierras del común– y, en el centro de todo, el de la traza urbana (Calvo, 2004). Dentro de la amplia jurisdicción asignada y sólo parcialmente ocupada por los conquistadores, Garay repartió tierras en las cuales los vecinos labraron chacras y poblaron estancias para la cría de ganado vacuno y mular. De esta manera, el territorio quedó conformado por un centro urbano y asentamientos relacionados con las actividades productivas, el control y el adoctrinamiento de las poblaciones indígenas sometidas. La ciudad estaba conformada por una población multicultural de españoles, guaraníes, criollos, portugueses, familias de comunidades indígenas originarias sometidas y personas originarias de Angola y Nueva Guinea capturadas, esclavizadas y vendidas a las familias españolas.

### Traza urbana

La traza urbana se componía de seis manzanas de este a oeste y once de norte a sur, un diseño que respondía al típico trazado en cuadrícula de las fundaciones hispanoamericanas. Tenía dos áreas con usos distintos: la central, más próxima a la plaza, ocupada por los solares asignados para viviendas, el cabildo y cárcel y la iglesia parroquial de españoles (más tarde se agregaron los conventos de San Francisco, Santo Domingo y La Merced, la Compañía de Jesús y la parroquia de indígenas y africanos). Las restantes manzanas o cuadras se dejaron enteras y se utilizaron para cultivos urbanos (Calvo, 2004).

La ciudad llegó a tener unos 2.000 habitantes, perduró allí hasta que, a mediados del siglo XVII, los vecinos solicitaron al procurador su traslado a un lugar más favorable, por razones económicas y estratégicas. Finalmente, entre 1650 y 1660 comenzó la mudanza de la ciudad al nuevo lugar ubicado 80 km al sur y, una vez concretado, el sitio fundacional se fue despoblando y fue definitivamente abandonado.

Primeras excavaciones

Este sitio fue descubierto e identificado por Agustín Zapata Gollán en 1949 y excavado en los años subsiguientes en una zona de chacras de la colonia Cayastá. Actualmente, se encuentra preservado en un parque arqueológico de sesenta y nueve hectáreas que representa las dos terceras partes de la traza fundacional, ya que una parte fue erosionada por el río San Javier. Las primeras excavaciones dieron como resultado la localización de la iglesia y del convento de San Francisco, de los que se conservan parte de los muros de tapia y los sepulcros ubicados dentro del recinto de esta iglesia (Zapata Gollán, 1951, 1953). A partir de allí, fueron dejándose al descubierto los distintos conjuntos de estructuras de tierra cruda y restos arqueológicos de cerámica, metal y vidrio correspondientes a la etapa de ocupación de la antigua ciudad de Santa Fe. Se excavaron treinta de las setenta y nueve ruinas localizadas correspondientes a viviendas, iglesias y el cabildo. Si bien no se conservaron planos de la traza urbana, con el apoyo de la documentación histórica se recuperó la posición relativa de cada una de las estructuras arqueológicas con referencia al trazado general de la ciudad y de su entorno. La reconstitución de la planta primitiva sobre el terreno fue facilitada por el hecho de que, al ser trasladada la ciudad a su actual emplazamiento, se había seguido el modelo exacto del primer trazado (figura n° 2). Para delimitar las manzanas se demarcaron las calles en forma recta, restituyendo la traza urbana donde se encontraban originalmente las edificaciones (Calvo y Cocco, 2018). Esto permitió identificar las iglesias de San Francisco, La Merced y Santo Domingo, el cabildo y las viviendas de don Cristóbal de Garay, Francisco de Páez, Juan González de Ataide, Alonso Fernández Montiel, el escribano Juan de Cifuentes, Manuel Ravelo y el maestro Pedro Rodríguez, entre otras.

Como señala Calvo (2004), las estructuras que se conservan de las viviendas principales indican que comparten un mismo patrón: las habitaciones se disponen una a continuación de otra formando una tira, generalmente orientada de norte-sur, en el interior del solar. Los límites de los solares estaban materializados por cercos en los que se abría la puerta de calle, que daba acceso directo al primer patio. En los fondos se formaban patios y corrales con dependencias de servicio y huertas con árboles frutales. El cabildo también estaba formado por una tira de habitaciones frente a la plaza, pero orientada de este a oeste. Las estructuras arqueológicas de tres de las seis iglesias localizadas en las excavaciones (las otras tres fueron erosionadas por el río) presentan recintos rectangulares de una sola nave sin transeptos. El convento de San Francisco es una estructura adosada a la nave de la iglesia y construida en torno a un patio que rodea en tres de sus lados. Como resultado de los trabajos desarrollados por Zapata Gollán, se reconstituyó la planta urbana primitiva en forma de cuadrícula con los restos de edificaciones de tapia y se recuperaron cientos de miles de artefactos arqueológicos que forman parte del acervo del Museo Etnográfico y Colonial de Santa Fe y del Parque arqueológico Santa Fe la Vieja.

Restos arqueológicos

Dentro de los solares y asociados a estas estructuras constructivas, se ha recuperado una gran variedad de artefactos de diversas proveniencias que fueron utilizados por los pobladores de la ciudad de Santa Fe la Vieja, vinculados con las múltiples actividades desarrolladas en la ciudad y con el estatus social de sus usuarios. Estos objetos se relacionan con la vida en el interior de las viviendas (botijas, ollas, fuentes, jarras, platos, cuencos, candeleros, despabiladoras, pipas, bernegales), con la indumentaria y la religión (botones, alfileres, cascabeles, canutillos, cuentas de collar de vidrio, anillos, pendientes, medallas, crucifijos), con la construcción y el mobiliario (tejas, clavos, llaves, candados, tachas) y con las actividades comerciales (tinajas, botijas, monedas macuquinas, medidas y sellos).

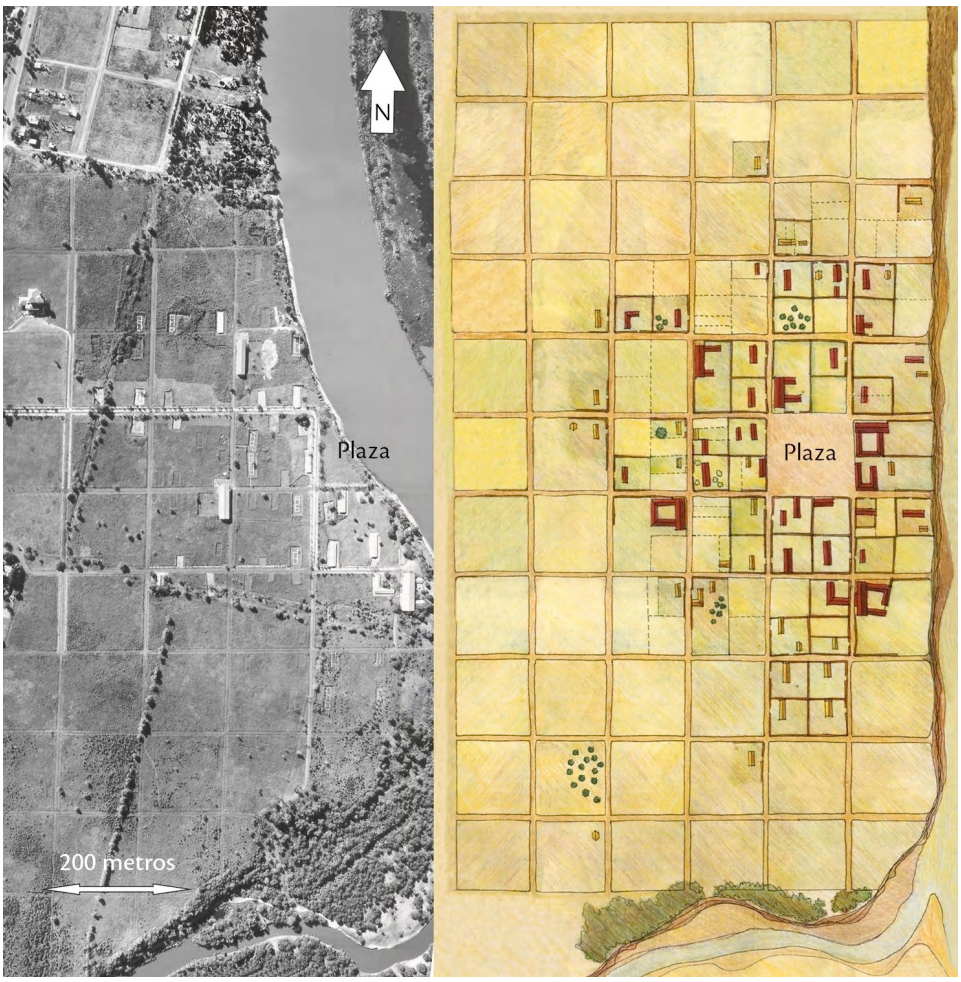



Figura nº 2. Imagen comparativa del sitio Santa Fe la Vieja y un plano con la reconstrucción de la traza urbana original elaborado por Calvo (2004). En la foto aérea se observan las ruinas excavadas, las calles retrazadas y el sector del sitio que fue erosionado por el río.

La situación marginal de las ciudades hispanoamericanas del Río de la Plata y el Paraguay dentro de las redes comerciales del continente americano dificultó el ingreso de estos productos foráneos por vías oficiales y propició su adquisición a través del contrabando. Muchos productos de cerámica eran hechos en lugares muy lejanos, como la mayólica de España, Portugal, Italia y Panamá o la porcelana estilo Kraak de China. Esta situación también produjo un mayor consumo de cerámica indígena. Los artesanos guaraníes que formaban parte de las ciudades del noreste y el Paraguay comenzaron a producir nuevos tipos de artefactos adaptados a las prácticas de consumo europeas, sin abandonar las técnicas alfareras tradicionales. Aunque no se han localizado evidencias materiales de la Asunción colonial, seguramente fue allí donde comenzó a gestarse esta nueva tradición alfarera característica del período colonial: la cerámica hispano-indígena, también denominada cerámica colonial o criolla o híbrida, que está presente en todos los sitios coloniales del Río de la Plata de los siglos XVI y XVII (Ceruti, 2005; Cocco, 2018). También se han hallado cerámica tipo Goya-Malabrigo, fabricada por los pobladores originarios de la región del Paraná, antes y durante la fundación de la ciudad, y otros tipos de cerámica asignada a los africanos esclavizados que vivieron en Santa Fe la Vieja (Letieri *et al.*, 2009).

Estancias

Santa Fe la Vieja dio origen a otros asentamientos poblacionales en la región, estableciéndose estancias a uno y otro lado del Paraná. De acuerdo a Richard y Ceruti (2016), el sitio Parque General San Martín 1 (PGSM 1) fue una de ellas. Los objetos recuperados en las excavaciones dan indicios claros de relación con Santa Fe la Vieja: cerámica hispano-indígena con engobe rojo, fragmentos de tejas y de tinajas elaboradas con torno. Estas evidencias indicarían la actividad desarrollada por la llamada "gente de servicio" de una de las estancias santafesinas no mencionada en la documentación histórica de comienzos del siglo XVII. De acuerdo a estos autores, la presencia de materiales correspondientes a la entidad

arqueológica Goya-Malabrigo podría indicar ocupaciones pre y posthispánicas o que el sitio tuvo ocupantes de origen mixto, guaraní y chaná-timbú, relacionados todos con Santa Fe la Vieja (Richard y Ceruti, 2016).

Traslado de Santa Fe

Cuando Santa Fe la Vieja fue abandona y trasladada, el trazado de la nueva ciudad, Santa Fe de la Vera Cruz, se realizó a partir de la plaza de armas (actual plaza 25 de mayo) siguiendo el modelo exacto de antiguo asentamiento. Es decir, ubicando las instituciones civiles y religiosas en las mismas manzanas. Ambas trazas coloniales tienen la misma disposición espacial en forma de cuadrícula; sin embargo, la conservación del registro material del período colonial en los dos asentamientos no es el mismo: el sitio del primer emplazamiento de Santa Fe, luego de su abandono, quedó sepultado por acción de los agentes naturales sin que se volviesen a establecer ocupaciones posteriores. El registro material del período colonial de Santa Fe de la Vera Cruz se fue perdiendo a partir del crecimiento y desarrollo urbano a lo largo de más de tres siglos, aunque se han identificado algunos sitios.

Santa Fe de la Vera Cruz

En el sitio Palacio de Justicia II, se localizó y excavó un pozo de residuos que formaba parte de un solar de una vivienda del siglo XVII. El relleno del pozo de basura estaba compuesto por restos de tejas y fragmentos de tinajas para el transporte y almacenamiento de vino y aceite, de contenedores de manufactura indígena e hispano-indígena, de mayólica portuguesa, de cerámica vidriada de pasta roja, de botellas de vidrio cuadradas, instrumentos líticos como una bola de boleadora y afiladores de arenisca, restos de metal y restos óseos de fauna de mamíferos grandes, medianos y pequeños (Cocco, 2017). La cerámica de manufactura indígena está representada por fragmentos de contenedores con presencia de engobes y pinturas roja y blanca y motivos hispano-indígenas, cerámica corrugada y cepillada, lo que indica una continuidad de las tradiciones alfareras guaraníes. Al igual que en Santa Fe la Vieja, este tipo de artefactos está presente en las manzanas centrales de la ciudad, es decir, en los contextos domésticos de las viviendas de las familias de mayor estatus social.

Sitio Casa del Brigadier

El sitio Casa del Brigadier es una vivienda histórica construida a principios del siglo XIX sobre un solar que había pertenecido a la orden de los Mercedarios desde 1660 hasta que éstos solicitaron mudarse a la iglesia de los jesuitas, cuando la orden ignaciana fue expulsada de América en 1767. Las excavaciones arqueológicas se realizaron en dos habitaciones de la casa, donde se hallaron rellenos por descarte de basura doméstica, conformados por restos óseos de fauna de mamíferos, aves y peces, mayólica, cerámica vidriada, cerámica de manufactura indígena con engobe rojo, loza inglesa y artefactos de metal y vidrio, que corresponderían a diferentes períodos desde el siglo XVII a inicios del XIX, en momentos anteriores a la construcción de la vivienda. La casa del Brigadier fue construida con cimientos de ladrillos cocidos y paredes de adobes revocadas con barro y cal, pero conserva partes de estructuras de tapia, la técnica constructiva de los siglos anteriores que perdura hasta inicios del XIX.

Concepción del Bermejo

La ciudad de Concepción de Nuestra Señora, Concepción de la Buena Esperanza o Concepción del Bermejo fue fundada el 14 de abril de 1585 por Alonso de Vera en las cercanías del río Bermejo. El sitio se localiza a la altura del km 75 de la ruta nº 95, en la provincia del Chaco. Esta fundación tuvo el objetivo de encontrar un lugar apropiado para establecer una ciudad que permitiera a los españoles asentados en el Paraguay una comunicación segura con las ciudades del Tucumán y del Alto Perú a través del Chaco, en el contexto del plan iniciado por Juan de Garay con Santa Fe y la segunda Buenos Aires. Si bien fue descubierto en 1943 por Alfredo Martinet, el sitio recién comenzó a ser estudiado en 1962 por Morresi, quien realizó las primeras exploraciones arqueológicas y lo identificó como el lugar donde estuvo emplazada la ciudad colonial de Concepción del Bermejo.

El asentamiento tiene características similares a las demás ciudades hispanoamericanas debido a que su traza fue planificada en forma de cuadrícula o damero. Por ello, en el sitio existen líneas de montículos de anchura y altura variables

que corresponderían al derrumbe de las paredes de tapia y techos de estructuras habitacionales o viviendas asociados a restos de cerámica europea e indígena, es decir, un contexto similar a Santa Fe la Vieja. A partir de los trabajos realizados por Morresi (1971), se lograron reconocer 18 manzanas y 89 estructuras constructivas, identificándose dos iglesias con sus sepulturas en el interior, estructuras habitacionales de viviendas con basureros y un lugar para la fundición de metales (Colazo, 2009). Las colecciones de los materiales arqueológicos del km 75 se encuentran en el Museo Regional de Antropología "Juan Alfredo Martinet".

## La instalación de misiones religiosas

Uno de los aspectos fundamentales de la política colonial de España en América fue la instalación de misiones religiosas orientadas a controlar la mano de obra indígena y poner fin a los abusos del sistema de encomienda. Para ello el Estado español debió aliarse con el otro gran protagonista de este tiempo: la Iglesia católica. Con el fin de evangelizar a la población americana, los reyes eligieron misioneros franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios y jesuitas. Por su carácter monumental, la cantidad de sitios y sus características de perdurabilidad, entre otros factores, las misiones jesuitas de guaraníes son las que han recibido más atención por parte de la arqueología, que ha realizado importantes contribuciones en el estudio de este tipo particular de asentamiento durante el período colonial.

Iglesia y Estado

Misiones jesuíticas

En plan de regular los abusos del sistema de encomienda respecto de la mano de obra indígena, el entonces gobernador del Paraguay, Hernando Arias de Saavedra, dio orden a los ignacianos de que fundaran "pueblos de indios" en el Guayrá. De esta manera, a comienzos del siglo XVII, los religiosos de la Compañía de Jesús comenzaron sus tareas de conversión entre parcialidades guaraníes.

Periodización

La historia de las misiones jesuíticas de guaraníes puede dividirse en tres momentos principales (Maeder, 2013). Un momento inicial (1609-1641) caracterizado por la fundación de reducciones en distintas regiones (Guayrá, Tape, Itatín, Paraná y Uruguay), y ataques por parte de los *bandeirantes*, destrucción de pueblos, continuos traslados y captura de miles de indígenas para ser esclavizados en San Pablo. Sus reiteradas incursiones produjeron el estiramiento de la frontera portuguesa y, por lo tanto, la pérdida de posesiones españolas. Ante esta situación, los jesuitas obtuvieron permiso de la Corona para dotar de armas de fuego a los guaraníes reducidos, quienes terminaron por conformar una fuerza militar para la protección de las fronteras. La batalla de Mbororé, ocurrida en 1641, significó la derrota de las *bandeiras* paulistas y el inicio de una nueva etapa.

Período de estabilidad

En el período 1641-1750, las reducciones jesuítico-guaraníes gozaron de relativa estabilidad, lo que les permitió desarrollarse y consolidarse en todos los aspectos. En líneas generales, los pueblos prosperaron y sus construcciones fueron dando lugar a un esquema urbano tipológico; también se desarrollaron las artes plásticas y escénicas, así como la música, siempre orientadas a la conversión y la veneración religiosa, y se puso en marcha la primera imprenta en el Río de la Plata. Además, fue una época de expansión territorial y se fortaleció la comercialización de yerba mate; hubo un importante crecimiento demográfico y las reducciones llegaron a reunir cerca de 150.000 almas.

Expulsión de los jesuitas

Finalmente, el tercer período comenzó en 1750 con la firma del Tratado de Madrid, que estableció límites entre España y Portugal, decisivo en el futuro de las misiones jesuíticas. Según dicho tratado, España cedía la porción de tierras al este del río Uruguay, incluidas siete reducciones y diversas estancias, que debían mudarse a la otra margen del río. Esto se concretó parcialmente y hubo una rebelión de los guaraníes contra los españoles y contra los jesuitas, llevando al alzamiento armado conocido como Guerra guaranítica. En 1756, el ejército hispano-portugués se alzó con la victoria. Las pérdidas fueron enormes, tanto en vidas humanas como en bienes. Mientras tanto, los religiosos recibieron acusaciones de instigación contra la Corona, las que se sumaron a viejos rumores sobre la existencia de minas de oro, enriquecimiento a costa de los indígenas y la intención de formar un estado independiente. Finalmente, en 1767, el "Real De-

creto de extrañamiento de los regulares de la Compañía de Jesús de los dominios españoles" puso fin a la experiencia de los jesuitas.

Ubicación de las reducciones

Al momento de la expulsión, había treinta reducciones en funcionamiento: ocho entre los ríos Paraná y Tebicuary (hoy Paraguay), siete al este del río Uruguay (hoy Brasil), y quince entre el Paraná y el Uruguay (hoy Argentina): once en la provincia de Misiones y cuatro en la provincia de Corrientes (mapa n° 1 y tabla n° 1). Desde el año 1984, en nuestro país, cuatro de estas misiones forman parte de la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO. Ellas son San Ignacio Miní, Nuestra Señora de Loreto, Santa Ana y Santa María la Mayor. Junto con Santos Mártires del Japón y Corpus Christi, son los sitios que han conservado buena parte de su casco urbano. Los restantes conjuntos se encuentran bajo nuevas ciudades o sólo permanecen algunos tramos de muro y, en muchos casos, sus materiales constructivos han sido reutilizados.

## UN PASEO POR LAS MISIONES JESUITAS DE GUARANÍES DE LA MANO DE LA ARQUEOLOGÍA

A lo largo de poco más de treinta años, la arqueología en las misiones jesuitas de Argentina ha ido avanzando en el reconocimiento de los sitios y los elementos que los componen, así como en la investigación de distintos aspectos de la vida en estos pueblos. Las intervenciones orientadas a la puesta en valor de los conjuntos han propiciado la generación de nueva información. El registro arqueológico ligado a las construcciones de estas ciudades monumentales es el que más se ha conservado y, por lo tanto, el que más se ha estudiado. Los materiales atesorados en los museos nos ayudan a completar el panorama acerca de los objetos de uso cotidiano que se producían en las misiones, aunque su investigación ha sido escasa.

Organización urbana

La organización urbana de las misiones nos permite conocer parte de la vida de sus habitantes y de las actividades que realizaban. En los próximos párrafos, recorreremos los pueblos cuyos restos están en nuestro país y conoceremos sus principales características, descubiertas a partir de trabajos arqueológicos. Para ello, además de estudios propios, nos valemos de las contribuciones de otros colegas (Curbelo y Núñez Camelino, 2005; Funes, 1999; Mújica, 2012, 2005, 1998, 1995; Ocampo y Richard, 2016; Poujade, 2000, 2005; Poujade *et al.*, 2016, 2010, 2004; Poujade y Schmitz, 2011; Poujade y equipo, 2007; Poujade y Salvatelli, 2014; Roca, 2020, 2019, 2018, 2013, 2009-2010; Rocchietti y Poujade, 2013; Rovira, 1989; Salvatelli, 2015). En este recorrido también retomaremos información de fuentes documentales, así como investigaciones hechas desde la historia, la arquitectura, el arte o la antropología.

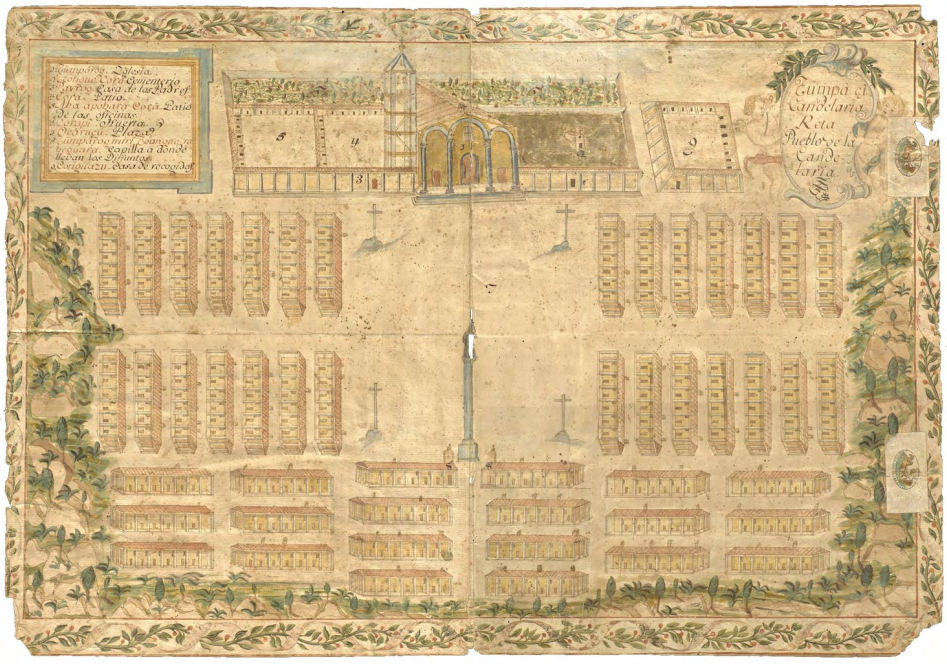


Figura nº 3. Plano de Candelaria, 1793. Fuente: Biblioteca Digital AECID.

Figura nº 4. Croquis topográfico de las Misiones del Alto Paraná, levantado *de visu* por C. A. S. del Vasco, *ca.* 1875. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Las misiones que los jesuitas administraron entre los guaraníes tuvieron un trazado urbano distintivo que, como veremos, se diferenció de otras ciudades españolas en suelo americano y de otras misiones (figura n° 3). Este trazado fue definiéndose de manera progresiva hasta llegar al ordenamiento que hoy conocemos a través de sitios arqueológicos y planos históricos (Gutiérrez, 2003).




Plaza

La reducción se levantaba en torno a una gran plaza de cuatro lados, que era el centro de la vida social. Sus dimensiones eran variables, por ejemplo, según relevamientos, la de Corpus presentaba 171 m por 145 m. Un aspecto destacado que aún podemos observar es que las plazas estaban libres de vegetación. Trabajos de campo en la plaza de San Ignacio han mostrado que eso se logró gracias a un tratamiento del suelo mediante la incorporación de pequeños fragmentos de tejas y cerámica, rocas, carbón, huesos vacunos y *ñaú*, un tipo de arcilla gris. En su centro solía haber alguna imagen del santo patrono del pueblo y grandes cruces en sus esquinas. Esto puede verificarse en un plano histórico de Candelaria. En Concepción se han hallado las fundaciones de oratorios en las esquinas vinculadas al núcleo constructivo principal. Las plazas, además, contaban con un pozo de agua, como podemos apreciar en Loreto. Según Gutiérrez (1982), la plaza es el elemento ordenador del espacio urbano; es el escenario del teatro del mundo, es decir, la reducción, cuyo único espectador era Dios; aseguraba los conceptos barrocos de participación y persuasión. En ella se realizaban festividades, como la celebración del Corpus Christi o la Semana Santa. Se hacían representaciones de danza y teatro, que incluían disfraces y escenografías preparadas para tal fin. También en la plaza se concretaba el reparto de carne vacuna, una fuente de proteína que los guaraníes incorporaron en el contexto reduccional (Susnik, 1984).

El telón de fondo de ese escenario conformaba el núcleo principal y se levantaba sobre uno de los lados de la plaza. En ocasiones, este núcleo estaba orientado hacia el norte, aunque no siempre fue así, como suele afirmarse. Estaba compuesto por el conjunto iglesia-residencia-talleres-cementerio, junto con la huerta de los padres. La disposición de estos elementos no fue la misma para todos los casos.

Sin embargo, la iglesia, indefectiblemente, ocupaba el lugar central con respecto al eje de la plaza. Esta perspectiva desde la calle de acceso todavía se aprecia en lugares como Santa Ana. En varios sitios se ha corroborado la sobreelevación del núcleo constructivo principal, aprovechando pendientes naturales o a través de un relleno artificial.

Iglesia

La iglesia era el principal edificio de una misión, el de mayor jerarquía y el que concentraba el poder espiritual y político. La misa constituía uno de los vehículos principales en la tarea de conversión de la población, la cual debía ubicarse de manera separada de acuerdo a jerarquías sociales, edades y sexos (Snihur, 2007). Las iglesias que se conservan en suelo argentino y que han sido trabajadas arqueológicamente nos permiten conocer algunas generalidades y particularidades. Por ejemplo, en las iglesias de Loreto, Santa Ana y Corpus para lograr dicha elevación se construyeron grandes escalinatas. En esta última reducción, los fieles debían subir dieciocho escalones –parcialmente descubiertos a la fecha– para acceder a la iglesia, salvando una diferencia de unos 2,70 m con respecto a la plaza. El objetivo de este recurso arquitectónico era no sólo impresionar al espectador –guaraníes o funcionarios visitantes–, sino que también el atrio funcionaba como un punto desde el cual los jesuitas podían tener una visión completa de la reducción y sus alrededores.

Los relevamientos realizados y las planimetrías disponibles muestran que la planta de las iglesias era rectangular. La de Loreto tenía grandes dimensiones: 69 m de largo por 29 m de ancho. Con excepción de Concepción, las iglesias de las misiones jesuitas de guaraníes tenían tres naves delimitadas por columnas de madera, que formaban parte de la estructura portante que sostenían techos a dos aguas cubiertos de tejas. En Santa Ana se han analizado tejas con tres motivos de decoración al menos. Además, las iglesias tenían amplias galerías que permitían la circulación al reparo del fuerte sol y las abundantes lluvias de la región.

Canteras

Los muros eran de manufactura lítica –sólo sillares de piedra– o mixta, es decir, piedra y adobe, y funcionaban como cerramiento de las construcciones, sin cumplir funciones estructurales. Las rocas utilizadas para levantar las misiones de guaraníes fueron arenisca y *tacurú* ('piedra con agujeros' en lengua guaraní). Las excavaciones arqueológicas en la iglesia de Yapeyú permitieron corroborar que la parte de piedra asomaba medio metro por sobre el nivel del pavimento y el resto estaba compuesto por adobe. Cada misión contaba con canteras en sus cercanías de donde se extraía el material: allí los pedreros preparaban los sillares, las lajas, las columnas o bloques para tallar. En la cantera de Santa Ana, a unos pocos kilómetros del casco urbano de la reducción, aún pueden verse sillares listos para ser utilizados.

La especialista en arqueología reduccional Ruth Poujade afirma que la tipología y la profundidad de las fundaciones tienen directa relación con la jerarquía del edificio y con su altura. El caso más sobresaliente es San Ignacio, cuya iglesia presenta muros de 1,70 m de ancho y fundaciones de más de 3 m. Las paredes en pie que pertenecían a iglesias hoy se muestran prácticamente desnudas; sin embargo, los relevamientos realizados evidencian que siempre recibían un tratamiento de superficie. Esto es congruente con lo afirmado en la documentación. Hasta el momento hemos identificado dos: un revoque de composición compacta y blanquecina, más parecido a un conglomerado con restos de posibles caracoles molidos y otras láminas, que en algunos casos todavía conserva restos de pintura (rojo, negro, naranja); y un tratamiento consistente en pintura aplicada sobre una base de sedimento plástico que podía recibir diversos colores y motivos para decorar interiores. Podemos apreciar el primero en las columnas de la galería de la iglesia de Loreto, en la fachada de San Ignacio y en varios sectores de Santa Ana; el segundo ha sido identificado en Santos Mártires del Japón y nuevamente en Santa Ana, en este caso sobre sillares escondidos dentro de un muro, indicando la práctica de reutilización de materiales constructivos durante una refacción de época. Cabe destacar que los revoques y las pinturas cumplieron no sólo la función del acabado de paredes, sino que además contribuyeron en los aspectos

ornamentales de las iglesias y, por tanto, en la transmisión de mensajes visuales. En este contexto, vale recordar las influencias barrocas, que tendían a sobrecargar los espacios de culto.

Los pavimentos también están en relación con la jerarquización de los espacios y las construcciones que los contienen. En el interior de la iglesia de Loreto, se han identificado baldosas cuadrangulares pintadas de rojo, así como subrectangulares vidriadas que señalan un entierro; la galería tenía un solado de lajas irregulares de arenisca. El pavimento con diseño en espiga del baptisterio de Santa Ana ejemplifica la variabilidad y el empeño puesto en la construcción de los diferentes sectores. En Yapeyú el solado estaba compuesto por baldosas octogonales unidas por cuadrangulares.

Fachadas de iglesias

Las fachadas de estas iglesias también recibieron distinto tipo de tratamiento escultórico. La más reconocida y mejor conservada es la de San Ignacio, posible obra del jesuita Brasanelli, destacado arquitecto, pintor y escultor italiano que introdujo el barroco en las misiones (Bollini, 2009; Sustersic, 2017). Asimismo, investigaciones arqueológicas permitieron reconstruir hipotéticamente la fachada de Santa Ana, parcialmente destruida, descubriendo molduras de arenisca pintada, letras, revoques con presencia de color rojo y negro, y ventanas con vidrios por sobre las puertas.

Elementos ornamentales

Los elementos que ornamentaban el interior de las iglesias fueron muy variados y se encuentran descriptos en profundidad en el inventario de bienes realizado durante la expulsión de los jesuitas. Estos nos permiten "ver" mucho de lo que ya no está. No obstante, uno de los hallazgos más sobresalientes en este sentido es un aguamanil de pared de cerámica vidriada hallado en Loreto, que recrea un altar con su correspondiente retablo de 0,35 m de alto por 0,19 m de ancho (figura n° 4). En Santa Ana se encontraron microláminas doradas que demuestran este tratamiento del mobiliario y otros elementos de madera.

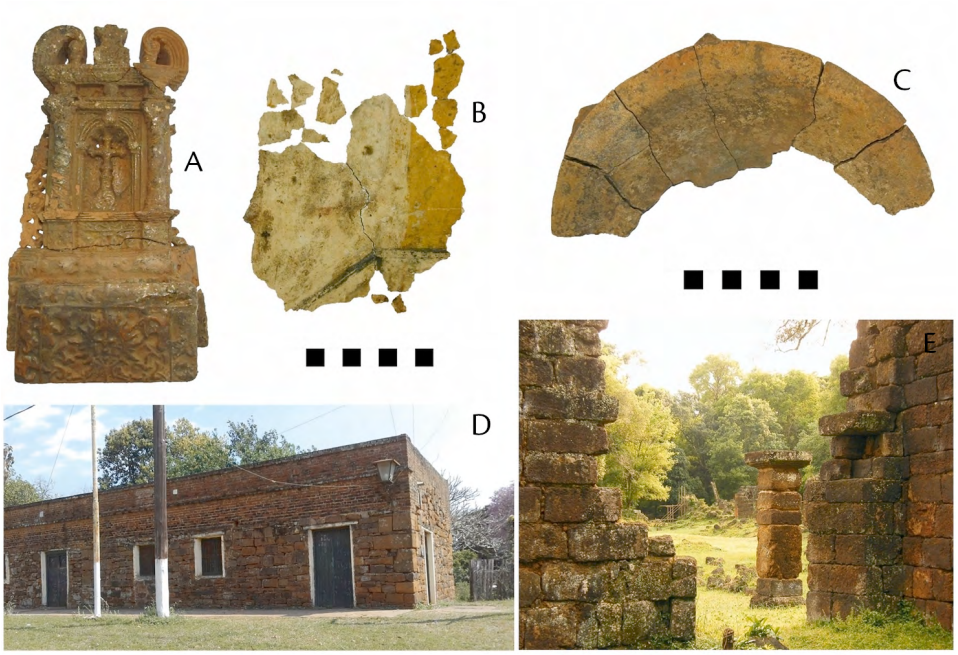



Figura nº 5. Misiones jesuitas de guaraníes. A: Aguamanil excavado en Loreto; B: Pintura mural recuperada de la iglesia de Santa Ana; C: Moldura que formaba parte de la fachada de Santa Ana; D: Estructura de origen jesuítico en la actual Yapeyú; E: Reducción de Santa María la Mayor, patrimonio mundial. Fuente: M. V. Roca, excepto aguamanil: L. Salvatelli.

Residencia de los jesuitas

El segundo edificio en jerarquía era la residencia de los jesuitas, emplazada al lado de la iglesia. Los planos históricos y los relevamientos dibujan este espacio en forma de claustro que encierra el primer patio, con recintos que se suceden en dos alas, opuestas a la fachada y a la galería de la iglesia. Éstas correspondían a aposentos de los religiosos, biblioteca, depósitos y almacenes, comedor, cocina, habitaciones para el mayordomo y el portero, para la ropa de cabildantes, militares y danzantes, para la música y para leer, entre otros usos. Era un sector

privado, donde las mujeres no tenían permitido ingresar. En el patio del claustro había un reloj solar. El de La Cruz se ha conservado en su emplazamiento original. Este elemento marcaba las horas y, por tanto, organizaba la vida en la reducción. El llamado a las actividades se completaba con campanadas. Para las iglesias que no contaban con torres, el campanario se ubicaba en un ángulo de este patio, como en Loreto cuyo gran campanario con base de sillares de arenisca se levantaba en un patio de 60 m por 65,20 m. En este sitio se excavó por completo un recinto (posiblemente un dormitorio), con un solado de cerámicos hexagonales. Estos mismos fueron utilizados en el antepecho de la ventana, cuyos vidrios planos también fueron hallados en el trabajo de campo. Además, se descubrieron rampas que vinculaban las galerías de esta ala con el primer patio y con la huerta; dichas galerías tenían pavimento de lajas de arenisca. La presencia de revoque confirmó el tratamiento de las paredes. Los hallazgos de un candelero y fragmentos de cerámica vidriada y roja remiten a la producción de objetos de uso cotidiano en las reducciones.

Talleres

Durante este y otros trabajos, fueron recuperados clavos, bisagras, cerraduras y otros elementos arquitectónicos. En efecto, la metalurgia en las misiones tuvo un gran desarrollo y constituye una incorporación de tecnología no conocidas por los guaraníes prehispánicos. Estos y otros objetos eran manufacturados en los talleres de cada pueblo, espacios de suma importancia en el ideal de autoabastecimiento. Su arquitectura también describe un claustro con una serie de habitaciones contiguas y un patio central, el segundo patio. Estos recintos estaban dedicados a las actividades artesanales y eran utilizados por los guaraníes de oficio. Éstos estaban encargados de la elaboración de imágenes de culto y ornamentos de la iglesia, fabricación de ropa, instrumentos musicales, muebles, etc. Tejas, baldosas y ladrillos eran realizados en moldes en grandes cantidades y luego cocidos en los hornos de cada pueblo. En La Cruz se han localizado y excavado. En Santa Ana, uno de estos recintos, que fue parcialmente excavado, presentaba un apisonado en lugar de baldosas, mientras que en Candelaria se halló pavimento rectangular y hexagonal.

Cementerio

Las prácticas funerarias guaraníes fueron otro de los aspectos transformados en el contexto reduccional. La disposición final de restos humanos en urnas o *yapepó* fue sustituida por la costumbre cristiana de la época: los cuerpos eran envueltos en un lienzo y enterrados en el cementerio de la misión, con una lápida que indicaba nombre y fecha de deceso. Este espacio, ubicado al otro lado de la iglesia, estaba dividido en cuatro partes destinada cada una a niños, niñas, hombres y mujeres. En ocasiones tenía una pequeña capilla. Los jesuitas eran enterrados en la iglesia, así como los caciques en ejercicio de poder. Los cementerios reduccionales casi no han sido trabajados arqueológicamente y sólo se han realizado relevamientos generales. Valga como ejemplo el de Corpus, de 60 m de frente por 80 m de largo, con muros de 0,90 m de ancho; un montículo podría indicar la presencia de la capilla.

Jardín de los jesuitas

Vinculada con el núcleo principal se encontraba la huerta de los jesuitas, espacio cerrado por un muro de circunvalación que contenía especies nativas y exóticas, ordenadas con una concepción geométrica, y un estanque o reservorio de agua. Este repertorio vegetal comprendía no sólo frutas y verduras, sino también plantas medicinales y ornamentales, lo que sugiere que se trataba más bien de un jardín y no de una simple huerta. Fue también un espacio de experimentación y aclimatación de especies. Sus dimensiones eran variables: el de Santa María La Mayor tenía 95 m por 150 m, mientras que el de Loreto 200 m por 220 m. Los trabajos arqueológicos en Santa Ana permitieron la delimitación de parcelas y andenes, la identificación parcial del sistema de canalización de aguas y el descubrimiento de un pavimento y escaleras que comunican este lugar con los talleres.

Capillas velatorias

En oposición al núcleo principal y a ambos lados de la calle de entrada a la reducción, se levantaban las capillas velatorias. Se han realizado estudios de fundaciones en las de San Ignacio y Santa Ana. En la primera, los muros tienen un

ancho de 0,85 m y se descubrió un tipo de fundación ciclópea con cimientos de 1,05 m de profundidad; en la segunda, los muros tienen un ancho de 0,80 m con iguales cimientos; ambas capillas presentan pavimento de lajas de arenisca.

Cabildo

Otro de los edificios que formaba parte de la vida política de estos pueblos era el cabildo, emplazado en uno de los flancos de la plaza. Allí se desempeñaban los cabildantes guaraníes, quienes cumplían distintas funciones. Hasta el momento, en nuestro país, los cabildos jesuíticos no han sido estudiados por la arqueología.

Viviendas indígenas

La vida en la reducción implicó cambios en la organización social de los guaraníes, aunque las estructuras cacicales se mantuvieron en funcionamiento (Wilde, 2006). Las casas comunes tradicionales fueron divididas con tabiques, dando lugar a una serie de habitaciones contiguas, pensadas para la familia monógama. Las tiras de viviendas se disponían en forma paralela o perpendicular a la plaza, sucediéndose de forma ordenada, y estaban separadas por calles. La cantidad de recintos por tira era variable. Gutiérrez (2003) apunta que podría haber organizaciones barriales con su correlato en sectores de viviendas. La tira excavada en San José estaba compuesta por seis habitaciones de 6,30 m por 6,80 m cada una, sin fundaciones y con dos hiladas de sillares de *tacurú* y el resto de adobe. El pavimento, mayormente desaparecido, habría sido de lajas irregulares de arenisca. Las viviendas de Corpus constituyen una excepción, ya que tenían múltiples habitaciones y fueron construidas con basalto. En cuanto a la cultura material, podemos mencionar el hallazgo de cerámica roja en grandes cantidades, así como cepillada, unguiculada, lisa y corrugada en Candelaria. Según las investigaciones realizadas en este sitio, más del 90% de estas piezas fueron manufacturadas mediante la técnica de superposición de rodetes. Al respecto, se ha postulado cierta continuidad de la tradición tupí-guaraní en los momentos jesuíticos y posteriores.

Cotiguazú

Además, existía otra estructura, generalmente ubicada a un costado del cementerio o en un extremo del pueblo: el cotiguazú, un espacio exclusivamente femenino dentro de la misión, habitado por viudas, huérfanas y adúlteras. Construido siempre en forma de claustro, presentaba habitaciones contiguas alrededor de un patio central. En el cotiguazú de Candelaria, se han encontrado altos porcentaje de cerámica roja cepillada . Las investigaciones realizadas en Santa Ana apuntan a que este espacio fue la materialización de la separación de las esferas masculina y femenina en el ámbito reduccional, cumpliendo también funciones de albergue para mujeres solas y castigo para quienes se apartaban de los preceptos cristianos.

Lugares comunes

Las condiciones de higiene de estas misiones superaban ampliamente las de otras ciudades coloniales. Ello fue posible gracias a un complejo sistema de manejo y canalización del agua, y tiene su correlato material en acequias, albañales y en los múltiples reservorios de agua. En Loreto, se han localizado y excavado los lugares comunes de los jesuitas, compuestos por letrinas y un sector de aseo personal, sectorizado con baldosas de diferentes morfologías.

Además del núcleo urbano, cada misión se extendía conformando un vasto territorio. En él había estancias con ganado, campos de yerba, algodón y tabaco, entre otros cultivos, cementeras de las familias guaraníes, canteras, estanques, tajamares, capillas, tambos para recibir visitas y otras estructuras. Estos elementos estaban conectados por vías terrestres y fluviales.

## Las misiones después de los jesuitas

Luego de la expulsión de Compañía de Jesús, otras órdenes religiosas y administradores civiles se convirtieron en los nuevos encargados de los pueblos. Las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras del XIX estuvieron caracterizadas por una decadencia generalizada con importante baja poblacional. Hubo hambrunas y muchos guaraníes de oficio emigraron a las ciudades. El antiguo espacio misional fue dividido en departamentos, reconfigurando los aspectos político-administrativos, y luego disputado por diversas facciones y nacientes Estados.

Arqueología postjesuita

La arqueología ha brindado algunas respuestas acerca de diversos procesos que sucedieron en este complejo período, aunque cabe aclarar que aún son escasas. Por ejemplo, en Candelaria, la investigación realizada brinda algunas pistas acerca de

la alimentación en tiempos postjesuíticos. El estudio de un basurero en la zona de talleres permitió identificar el consumo de carne vacuna, con selección de ejemplares maduros y un tipo de cocción específica: el hervido. También el análisis de materiales recuperados en las letrinas de Loreto arrojó luz sobre el modo de vida de sus administradores (españoles nativos o criollos) al concluir que éstos vivían de forma diferencial que la población indígena y que utilizaban bienes considerados de lujo en esa época, como loza inglesa, vasos de cristal labrado o perfume francés.

Guerras fronterizas

Las guerras fronterizas ocurridas en el marco de conformación de los Estados nacionales de la región del Plata repercutieron sobre los antiguos pueblos jesuíticos. La investigación realizada sobre el proceso de destrucción de Santa Ana señala el año 1817 como un hito, ya que el incendio ordenado por el Paraguay produjo consecuencias irreversibles en el conjunto reduccional. Sin embargo, otros procesos de transformación posteriores, la mayoría de ellos ligados a acciones antrópicas, también repercutieron sobre la materialidad. El mismo estudio llamó la atención sobre la vulnerabilidad del registro arqueológico en sitios de frontera dentro de un contexto de ocupación territorial.




Figura nº 6. Carta esférica que comprende los ríos de la Plata, Paraná, Uruguay y Grande, y los terrenos adyacentes a ellos [material cartográfico] / M. L. Picor delin., 1819. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Neocolonización

Finalmente, desde finales del siglo XIX y comienzos del XX, se inició el proceso de neocolonización a través de una política orientada a la población del territorio nacional con inmigrantes, en su mayoría europeos. Algunas de las antiguas misiones jesuíticas fueron elegidas en función de contar con un trazado urbano, restos de construcciones en pie, calles y materiales que servirían para construir nuevas ciudades. Este fenómeno ha sido abordado por la arqueología con algunos estudios de caso. En Santo Tomé, Concepción y Yapeyú, las plazas fueron emplazadas sobre sus homólogas jesuíticas, aunque de menor tamaño. En las dos primeras, las iglesias también se levantaron en igual lugar. En ningún caso, las iglesias jesuíticas han llegado en pie a nuestros días; en Concepción, por ejemplo, se conservan algunas de sus partes, como hornacinas y un santo. En estos pueblos, así como en San Carlos y La Cruz, se han identificado procesos de reutilización de edificios y materiales, y refuncionalización de espacios con incorporación de nuevos elementos constructivos, sobre todo en las hiladas superiores de los edificios. Los materiales encontrados también hablan de una continuidad ocupacional que va reflejando la sucesión de períodos en su estratigrafía. Distintos son los casos de Corpus, Loreto y Santa Ana, que han sido objeto de una reutilización parcial y puntual: en las dos primeras, se han instado cementerios en sus plazas; en la última, el cementerio de la nueva colonia ocupó el lugar del cementerio de guaraníes.

## Otras misiones religiosas en el NEA

En la región del nordeste argentino, además de las misiones jesuíticas de guaraníes, hubo otras experiencias misionales durante el período colonial, las cuales, en general, tuvieron una corta duración. En la región chaqueña, luego de varios intentos fallidos, los jesuitas lograron establecer algunos pueblos. Pueden nombrarse San Carlos del Timbó y San Jerónimo del Rey, entre los abipones, y San Javier y San Pedro, entre los mocovíes. Conocemos parte de su historia a través de los escritos de los jesuitas Martín Dobrizhoffer y Florián Paucke, quienes vivieron allí. En cuanto a los franciscanos, estuvieron al frente de cinco pueblos entre parcialidades guaraníes en los alrededores de Corrientes, uno de ellos fue Itatí. En Santa Fe, fueron emplazadas otras reducciones, como San Miguel de Calchines, San Bartolomé de los Chaná, Nuestra Señora de la Concepción de Charrúas (Cayastá), entre otras. También puede mencionarse Santiago de Baradero.

San Bartolomé de los Chaná

Sólo algunas de estas reducciones han sido estudiadas por la arqueología. Una de ellas es San Bartolomé de los Chaná, sitio localizado en las cercanías de la localidad de Monje, sobre la desembocadura del arroyo Monje en el Coronda, en el Paraná inferior. Fue una reducción dentro de una encomienda poblada por chanás y guaraníes y dependía de la jurisdicción de Santa Fe. Formaba parte de un sistema de reducciones a cargo de los franciscanos que creó Hernando Arias de Saavedra. Estaban destinadas a garantizar la navegación por el eje fluvial Buenos Aires - Santa Fe – Asunción, por donde podían circular productos indígenas y españoles. De acuerdo a Rocchietti y De Grandis (2012, 2011 y 1996), la reducción estaba organizada en torno a la iglesia y la casa del religioso y a partir de este núcleo se distribuían las demás estructuras. Sobre esta planta cuadrangular, se disponían los edificios de forma rectangular utilizando técnicas constructivas españolas y materiales locales (tapia, ramadas, techo de paja). Según estas autoras, la iglesia medía 32,4 m de largo por 7,2 de ancho, dimensiones típicas para este tipo de edificios. Las investigaciones arqueológicas permitieron localizar el sitio pero hasta hoy no se han podido identificar estructuras constructivas ni determinar la organización espacial. Los tipos de artefactos vinculados a la ocupación son cerámica Goya-Malabrigo, cerámica guaraní, cuentas venecianas, mayólicas españolas y portuguesas, cerámica vidriada, tachas, candeleros y torteros. Esta reducción formó poblado durante unos pocos años, porque los indígenas huían a las islas y porque los diezmaban las enfermedades.

Santiago de Baradero

Santiago de Baradero fue otra de las reducciones franciscanas. Se localiza sobre el río Baradero, en la localidad homónima, provincia de Buenos Aires. Estaba ha-

bitada por chanás, mbeguás y guaraníes. Según la memoria del gobernador Diego de Góngora, en 1619, la reducción tenía 197 habitantes, una iglesia grande de tapias y techo de madera de sauce. Los indígenas vivían en casas cubiertas de paja y palos. El sitio fue excavado por Salvador Debenedetti en 1910, quien exhumó catorce enterratorios. Actualmente, las investigaciones son llevadas a cabo por Alicia Tapia (Tapia y Pineau, 2011). Los restos esqueletarios tenían diferentes tipos de objetos depositados como ajuar fúnebre y corresponderían al cementerio de la reducción. Los artefactos asociados a la ocupación son cuentas de collar de valva recortada y perforada y fragmentos de cerámica indígena, miles de cuentas de vidrio europeas, discos y cuentas de latón y cerámica vidriada.

## PALABRAS FINALES

El desembarco de España en América que, para la cuenca del Plata, podemos ubicar en 1527 con el emplazamiento del fuerte Sancti Spiritus, transformó de manera sustancial y definitiva la vida y la dinámica de las sociedades indígenas que poblaban esta región. Éstas comenzaron a interactuar de diversas maneras con europeos que llegaban al Nuevo Mundo con ansias de riquezas. Ya sea en ciudades, fuertes, estancias, caseríos, o reducciones indígenas, la colonización implicó una reconfiguración territorial que reunía grupos poblacionales de distintas características en aglomeraciones de alta densidad demográfica con una lógica urbana ajena a las tradiciones nativas. Convertidas en mano de obra al servicio de las encomiendas o de un nuevo Dios, o incluso esclavizados, estas personas dejaron un registro material elaborado para cubrir necesidades de habitación, trabajo, alimento o culto. Esos objetos, o parte de ellos, son los que la arqueología hoy recupera e investiga con el fin de conocerlos y conocernos.

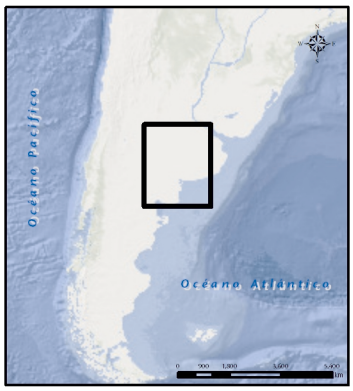
# LOS FUERTES Y FORTINES, ENCLAVES SOBRE EL CAMINO DE LOS CHILENOS

## INTRODUCCIÓN

A principios del siglo XIX, en el marco de un capitalismo creciente a escala global, se desató una intensa competencia por la apropiación y el dominio de los territorios incipientemente colonizados por las potencias europeas y posteriormente por los Estados en formación. Se necesitaba extraer productos primarios para exportar a Europa, lo que implicó la apropiación de tierras por un grupo de elite eurocriolla que, en algunos casos, se instaló tierra adentro, preferentemente al norte del río Salado bonaerense. Así se encargaron de administrar los trabajos rurales y los peones en la frontera (mapa n° 1).




Mapa n° 1. Localización de fuertes, líneas de frontera y expediciones de Martín Rodríguez. Fuente: Elaboración personal.




La exportación de carne salada y la creciente población migrada del continente europeo incrementó el negocio de intercambio con los pueblos originarios de la región pampeana. Este interés no solo radicaba en la sociedad porteña, sino también en las provincias confederadas del norte, las que exigían la libre nave-

Intercambios con pueblos originarios

gación y comercialización por el Río de La Plata. Otros agentes interesados en el dominio de estas tierras, débilmente controladas por el Estado en formación, fueron las potencias inglesas y portuguesas. Esto generó la necesidad de asegurar las fronteras interiores de Pampa y Patagonia por los diferentes gobiernos que se sucedieron desde la Independencia hasta la gran ofensiva militar denominada "Campaña al Desierto" (1880), que expulsó e invisibilizó a las poblaciones originarias ubicadas al sur del río Salado bonaerense.

Franjas de frontera

Desde el siglo XVIII hasta finales del XIX, se establecieron diversas franjas de frontera, que en la cartografía de la época y las réplicas históricas posteriores se las denominó 'líneas de fronteras interiores'. En estas zonas se integraron fuertes y fortines, que delimitaron las jurisdicciones reales o pretendidas entre la sociedad eurocriolla y los pueblos originarios. Esos avances y conquistas territoriales tuvieron diferentes pulsos. Estos procesos han sido estudiados tradicionalmente por historiadores, tanto desde relatos militares (*e.g.,* Barros, 1975 [1872], 1975 [1875]; Walther, 1970) como desde vertientes más ricas que incluyen múltiples variables económicas, sociales y culturales (Garavaglia, 1999; Mandrini y Paz, 2003; etc.).

Investigaciones arqueológicas y etnohistóricas

En la última década, se ha producido un crecimiento exponencial de las investigaciones arqueológicas y del análisis antropológico de los documentos que hacen referencia a la época del espacio fronterizo bonaerense durante el siglo XIX. Este impulso notable, sumado al aporte de las investigaciones etnohistóricas, ha permitido avanzar en el conocimiento de muchas cuestiones relativas a la vida cotidiana en la frontera sur y oeste del siglo XIX, focalizadas en las actividades económicas, las relaciones interétnicas, la reciprocidad, los intercambios comerciales, los circuitos de aprovisionamiento, el consumo y el descarte de diversos bienes, las prácticas alimenticias, la ingesta de bebidas alcohólicas, el equipamiento y la vestimenta, problemas de género y poder (Langiano, 2015), así como las formas de disciplinamiento de la población rural.

Rastrilladas

En este trabajo se presenta un conjunto de sitios arqueológicos relacionados a una de las principales rastrilladas que conectaban con arterias menores y permitían el intercambio comercial de este a oeste con las sociedades ubicadas detrás de la cordillera (Chile) hasta el este noreste de la provincia de Buenos Aires (del otro lado del río Salado bonaerense). Se denominó a esta ruta "Camino de los indios a salinas" (Paunero, 1864), "Camino de los chilenos" (Melcher, 1774) o "Camino del hilo" (Alsina, 1977 [1877]). Éste conectó, hasta el siglo XIX, los partidos de Tandil, Olavarría, Azul, General Alvear, Lamadrid, Coronel Suárez, Nueve de Julio, Bragado y Los Toldos, que formaron parte de la frontera sur y oeste bonaerense. Esto representa el avance fronterizo desde principios del siglo XIX, hasta su culminación, durante la presidencia de Roca, en 1880.

Sitios de la frontera sur

Puede afirmarse que la frontera sur estaba formada por los fuertes Independencia (1823), Blanca Grande (1828), Esperanza (1858), Lavalle (1872), fortines El Perdido (1865), Fe (1872), Arroyo Corto (1872), La Parva (1858) (Langiano *et al.*, 1997, 2002; Merlo, 1997, 1999, 2014; etc.), Miñana (1863), (Ramos y Gómez Romero, 1994), sitio Arroyo Nieves 2 (Pedrotta, 2002). En la frontera oeste, el fuerte General Paz (1869), (Leoni *et al.*, 2008) y los fortines El Bagual (1869), Loncagüé (1863), Illescas (1863), Clalafquén (1863), Picaso (1855), Pozo Pampa (1858), Tapera de Hinojo (1863), Tapera del Médano (1863), Laguna Don Pancho y El Comisario (1872) (Merlo *et al.*, 2017).

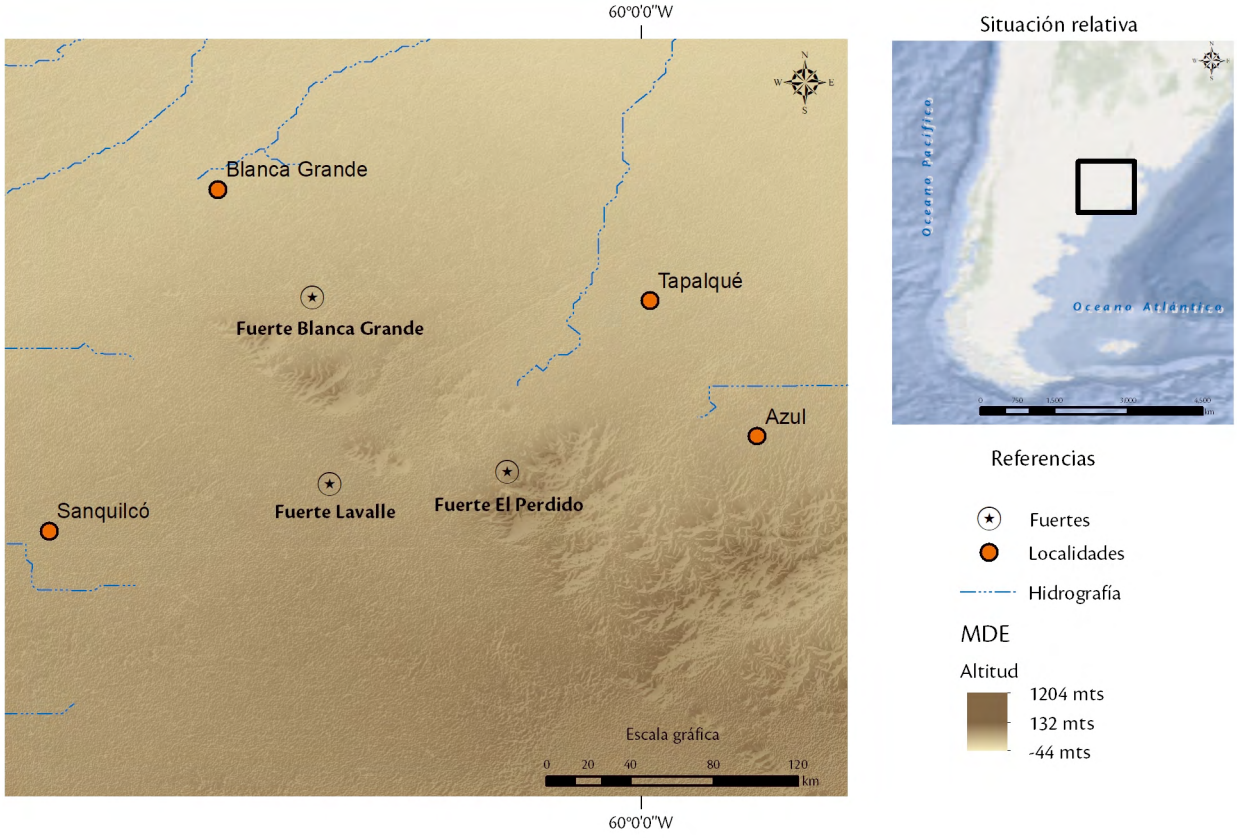
## LA FRONTERA Y EL PAISAJE PAMPEANO EN EL SIGLO XIX

Situación en 1820

Hacia 1820, la instalación de puestos fortificados al sur del río Salado implicaba costos muy altos debidos a la falta de caminos y de medios de transporte adecuados (Merlo, 1999), además de las condiciones climáticas asociadas a la "pequeña edad del hielo" (Politis, 1994). No obstante, este esfuerzo estaba justificado por la necesidad de integrar los territorios y asentar población eurocriolla al sur del río Salado de la provincia de Buenos Aires para resguardarse del avance continental de Inglaterra y del imperio del Brasil por los puertos de Buenos Aires y Carmen de Patagones. Cabe recordar que, el 6 de marzo de 1827, un ataque sorpresivo de

la marina brasileña bloqueó el puerto de Buenos Aires y desembarcó en el puerto de Carmen de Patagones, con fines de conquistar tierras. Este suceso aceleró la necesidad de construir la nueva línea de frontera, así como poblar y asegurar los límites de la provincia (Merlo, 2014). De este modo, se impulsó el avance de la línea de la frontera sur y la instalación de colonos criollos. Así se crearon una serie de puestos fortificados para complementar al fuerte Independencia, creado en 1823 (partido de Tandil), al fuerte Blanca Grande, al fuerte Federación (hoy Junín), al fuerte Cruz de Guerra (en el partido de 25 de Mayo) y a La Nueva Buenos Aires o Protectora Argentina (partido de Bahía Blanca). Se conforma entonces la nueva frontera sur (Walther, 1970), con el objeto de mejorar la estabilidad y el establecimiento de las poblaciones eurocriollas en la zona.

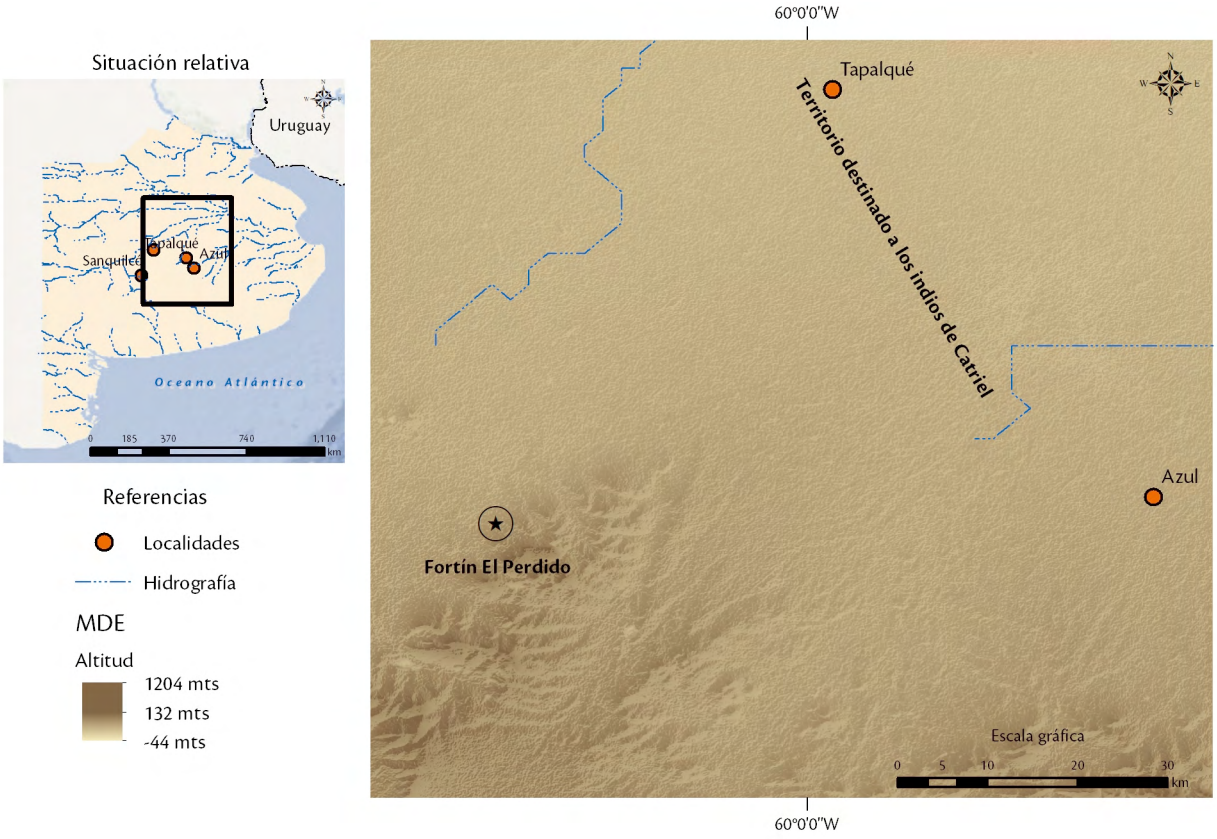
A fines de 1829, ante las continuas disputas entre federales y unitarios, el gobierno dejó sin efecto el control militar instalado en el fuerte Blanca Grande. Como consecuencia, fue abandonado oficialmente durante cuarenta años (Paladino, 1994); no obstante, la población continuó ocupando el lugar e interactuó esporádicamente con los denominados "indios amigos" (Ratto, 1994) (mapa n° 2).



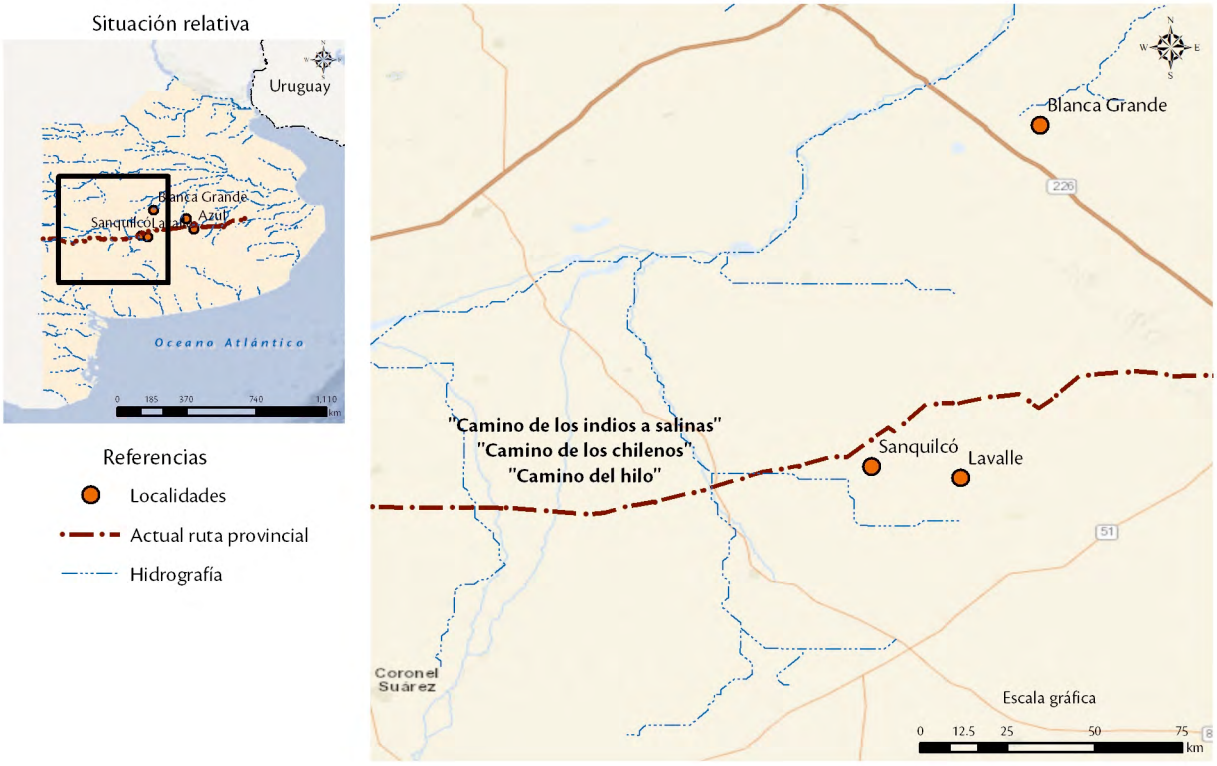

Mapa n° 2. Localización de los fortines Blanca Grande, Lavalle y El Perdido.
Fuente: Elaboración personal.

## Luchas internas en la política criolla

Esta situación ocurrió en el marco de luchas políticas internas, especialmente en época de enfrentamientos entre Buenos Aires y la Confederación en 1850 (Goldman, 1998). Los porteños se hicieron eco de este peligro y, a partir de 1862, bajo el gobierno de Bartolomé Mitre, se inició el período denominado de "organización nacional" (Lobato y Suriano, 2010) y se concentró el poder del presidente de la Nación en el entonces gobernador de la provincia de Buenos Aires. Esta política incluyó la instalación de fuertes, fortines y cantones que marcarían una fuerte presencia del ejército estatal y la incorporación de nuevos colonos e inmigrantes europeos, que impulsarían el crecimiento de la producción rural, así como el desarrollo de pueblos a partir de los nuevos asentamientos localizados alrededor de los puestos fortificados. El proceso de avance del gobierno nacional incluyó la refundación del fuerte Blanca Grande (1869) y la instalación de nuevos puestos fortificados (*e.g.*, fuerte Lavalle (1869) y los fortines Veterano (1867), Vigilancia y Veterano Chico (1870), Arroyo Corto (1872), Olavarría y Fe (1876), entre otros.




Mapa n° 3. Estancia del Azul y reubicación del territorio de los indios de Catriel.
Fuente: Elaboración personal.




Mapa n° 4. Rastrillada sobre el recorrido de la actual ruta provincial n° 60.
Fuente: Elaboración personal.

Líneas de frontera interior

El trazado de líneas de frontera interior también provocó un cambio en el paisaje pampeano. La percepción occidental del espacio en función de los objetivos de apropiación de tierras es física, con fines económicos y contrasta con la racionalidad de los pueblos originarios (Langiano y Merlo, 2010). Para estos últimos, el paisaje se conforma a partir de una compleja trama que involucra un fuerte sentimiento de arraigo y pertenencia, donde se crean y recrean los mitos y los relatos ancestrales (Curtoni, 2000). La racionalidad eurocriolla comenzó a imponerse a partir de 1829 mediante el reparto de "suertes de estancia" en la zona del arroyo Azul (Lanteri, 2004). Entonces se fraccionaron tierras, que fueron donadas con el compromiso de asentarse en el lugar. Esto implicó la reubicación y reducción de los espacios usados por los indios, como fue el caso de los indios de Catriel, que fueron traslados a tierras poco productivas (mapa n° 3) o la Zanja de Alsina para separar la "barbarie" de la "civilización"; por último, la introducción del alambrado (*circa* 1850) para cercar y establecer divisorias de campos en la pampa bonaerense. Esto aumentó el conflicto con la racionalidad indígena, cuyo paisaje fue alterado, restringiendo el uso y la circulación por determinados lugares ancestralmente ocupados. Así, se conformó un paisaje donde interactuar, generar asentamientos, huellas y principalmente caminos, conocidos en el área de estudio como "rastrilladas" (mapa n° 4).

## LOS SITIOS ARQUEOLÓGICOS

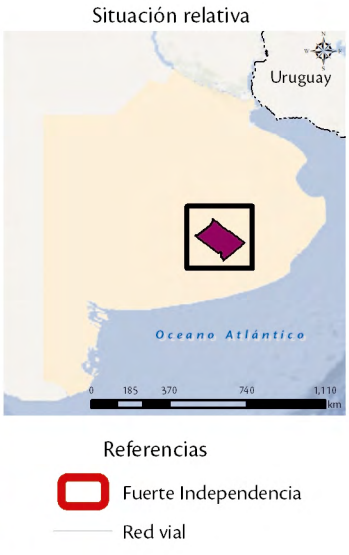
A continuación, se describirán brevemente los sitios arqueológicos estudiados.

### *Fuerte Independencia*

Situado en el mismo espacio donde luego se construyeron diferentes edificaciones del centro de la ciudad, ya no quedan restos visibles del fuerte en la actualidad. Originalmente, fue emplazado en un valle de las sierras de Tandil, en cercanías de la cuenca del arroyo Tandileufú. Su forma era poligonal, semejante a una estrella de cinco puntas y en su edificación se emplearon piedras de la zona (Gorraiz Beloqui, 1958). La fecha oficial de su fundación es 1823 y fue desmantelado a mediados de la década de 1860. Si bien la posición aislada de esta fortificación no permitió consolidar la línea de frontera, tal como había sido planeado, resulta de interés recuperar su información, ya que constituyó la primera avanzada de importancia hacia tierra adentro en el sistema serrano de Tandilia, perdurando hasta transformarse en el pueblo de Tandil (mapa n° 5).




Mapa n° 5. Localización del fuerte Independencia de la ciudad de Tandil. Fuente: Elaboración personal.



Trabajos arqueológicos

Los trabajos arqueológicos se iniciaron en el patio preservado de la Iglesia Danesa, construida en 1873, ubicada en la calle Maipú. Se excavó una trinchera de tres cuadrículas, donde pudo detectarse material previo y posterior a la fundación del fuerte; hallazgos de artefactos de procedencia de pueblos originarios asociados a material de origen europeo e ítems que dan cuenta del uso continuo del espacio hasta la actualidad (figura n° 6). También se efectuaron una serie de sondeos en lugares abiertos, teniendo en cuenta el área correspondiente al fuerte (patios de casas, espacios públicos, antiguos edificios en proceso de demolición). En este proceso, se acordó con los vecinos la realización de trabajos de campo en patios de casas de familias. Los sondeos efectuados en el Parque de la Independencia evidenciaron la presencia de restos humanos y artefactos líticos asociados a gres, loza y vidrios de origen europeo. Debemos destacar que los documentos analizados (Ratto, 2003) dan cuenta de la presencia de los denominados "indios amigos", quienes, a cambio de recursos económicos, se encargaban de proteger la fortificación. Como agenda futura, se prevé la ampliación de los trabajos efectuados. Este tipo de registro arqueológico permitirá ampliar la información sobre la interacción de las sociedades de frontera.

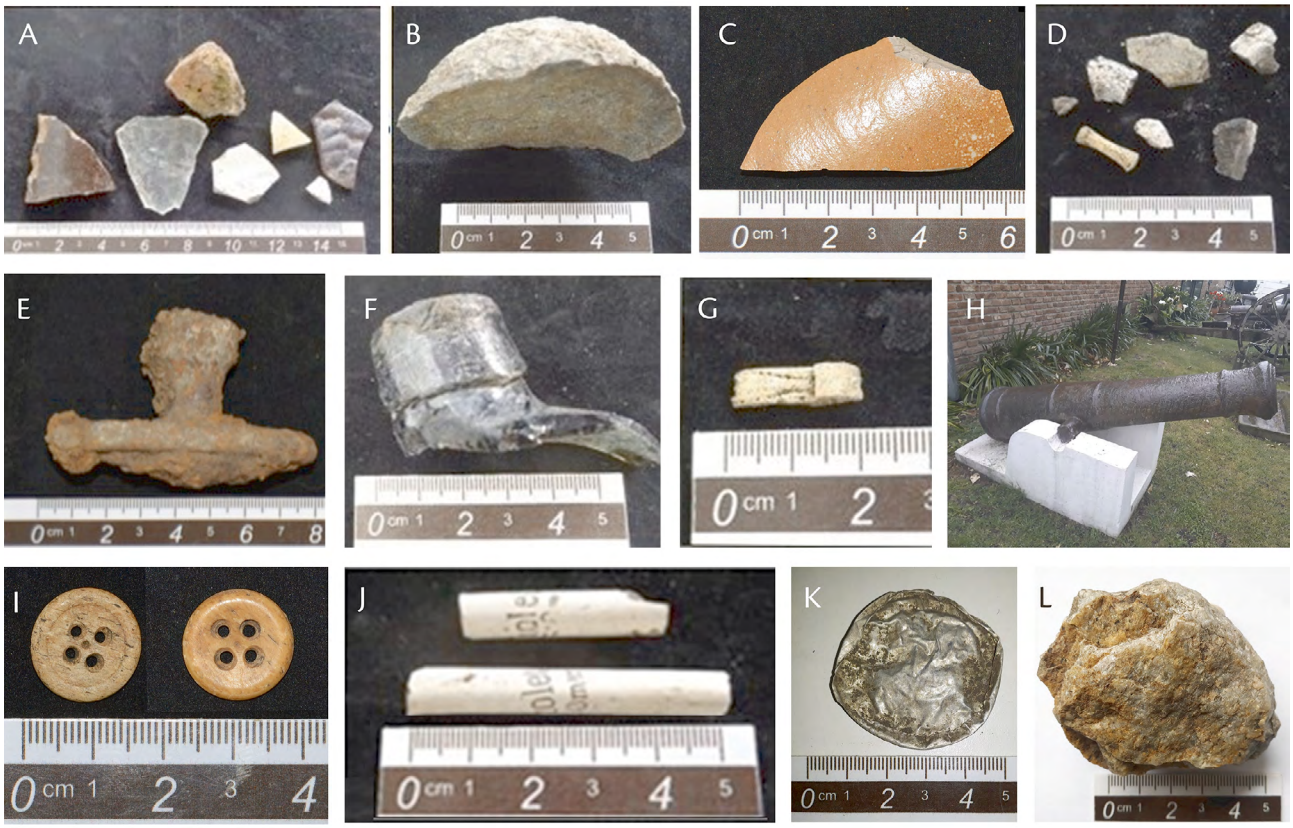



Figura n° 1. Materiales recuperados en las excavaciones realizadas en el patio de la Iglesia Danesa. Los materiales corresponden a: (A) fragmentos de vidrios de las ventanas de la iglesia, (B) fragmento de boleadora, (C) fragmento del cuerpo de un porrón de ginebra confeccionado en gres, (D) fragmentos óseos quemados y calcinados, usados para realizar fuegos, (E) un picaporte de puerta, (F) botellas sopladas sin molde y con los picos cortados a tijera, (G) placas dérmica de Dasypus hybridus (mulita), (H) cañón perteneciente al fuerte, (I) botones realizados en hueso, (J) fragmentos de pipas de caolín, con la inscripción "Fiolet S´Omer", de origen francés, (K) tapas de aluminio de los frascos de leche, circa 1970, (L) fragmentos de roca que pertenecieron al revestimiento de las fosas del fuerte. Los puntos A y K son materiales contemporáneos al siglo xx.

*Fuerte Blanca Grande*

Fundado en 1828 a orillas de la laguna homónima, a unos 80 km al oeste-noroeste de la ciudad de Olavarría. Un año después, fue abandonado por el gobierno, quedando en su lugar colonos y grupos originarios asentados en la zona,

algunos soldados y expedicionarios. En 1869, se lo reocupó oficialmente hasta 1879 (Paladino, 1994). Los restos arqueológicos provienen de las excavaciones realizadas en las diferentes estructuras de basurero ubicadas en la margen interna de la fosa (Basurero 1 Fosa Oeste), donde se plantearon tres cuadrículas, una trinchera paralela a la fosa Este del Basurero 2 y un sondeo en el Sector Polvorín (figura n° 2). También se efectuaron una serie de recolecciones sistemáticas superficiales sobre el perímetro del fuerte y en la zona sur que comprende entre la parte posterior del fuerte y la laguna (Merlo y Merlo, 2006; figura n° 3). El análisis de los vestigios arqueológicos, de los documentos y del paisaje nos brinda información sobre los diferentes actores y momentos de ocupación de la fortificación y el tipo de actividades que se llevaron a cabo en ese espacio.




Figura n° 2. Fuerte Blanca Grande con la ubicación de las áreas excavadas. Fuente: Elaboración personal.



Figura n° 3. Materiales recuperados en las excavaciones efectuadas en la zona de basureros del fuerte Blanca Grande: elementos óseos (huesos y dientes de diversos animales), vidrios, metales, vegetales, lozas, ladrillos, líticos y fragmentos de carbonato de calcio.

Ubicado a 10 km del arroyo de Las Flores, en General Alvear. El jefe de la frontera sur, coronel Ignacio Rivas, solicitó al gobierno establecer un fuerte en el "Médano de la Parva", ya que los dos últimos malones hacia el Saladillo habían entrado por dicho lugar. Su construcción fue autorizada el 7 de octubre de 1858. De acuerdo con los documentos escritos consultados en el Archivo del Juzgado de Paz de Saladillo, ([AJPS] Carta de vecinos al Juez de Paz de Saladillo, s/n, de septiembre de 1858), los habitantes de la zona, interesados en su propia protección y seguridad, donaron los ladrillos para la construcción del fortín. Allí se realizaron recolecciones superficiales a través de ocho transectas paralelas a los fosos en campo arado, se excavaron diez cuadrículas en el montículo central y dos en el lado interno de la fosa noreste del fortín y se realizaron tres sondeos sobre la barranca interna de la fosa del montículo secundario en el sector Noreste, donde se registraron hallazgos superficiales (figura n° 4). Dada la densidad de los elementos hallados, se lo denominó "sector de descarte" y se procedió a excavar seis cuadrículas en dirección oeste-este, recuperándose una alta concentración de restos arqueológicos (figura n° 5).

Figura n° 4. Áreas arqueológicas relevadas desde 1996 a la actualidad de donde provienen los materiales faunísticos analizados. Fuente: sobre la base de Merlo, 2014.




Figura n° 5. Materiales recuperados en las excavaciones del fortín La Parva: huesos, fragmentos de lozas, gres vidrios, metales y ladrillos, así como restos vegetales y material lítico. Fuente: Merlo, 2015.






Figura n° 5 *(continuación).*

*Localidad Arqueológica El Perdido*

Ubicada en Olavarría, en el curso superior de la cuenca de drenaje del arroyo El Perdido - Tapalqué, en el sector noroeste del cordón serrano de Tandilia. El lugar presenta un relieve muy suave, constituyendo un paisaje de llanura generalizado, con ondulaciones que integran divisorias subordinadas, líneas de drenaje y depresiones. Un importante desarrollo de bañados, lagunas transitorias y permanentes de uno a tres km de diámetro promedio caracterizan el sector de cabeceras de la cuenca. La Mensura n° 41 del Archivo General de Geodesia del Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires ubica al fortín El Perdido en 1865, bajo el mando de Álvaro Barros (Thill y Puigdomenech, 2003).

Las investigaciones arqueológicas comprendieron prospecciones, recolecciones superficiales sistemáticas, sondeos y excavaciones. En el fortín El Perdido se excavaron cuatro cuadrículas en el foso, una en el montículo secundario, seis en el montículo principal y dos en la Lomada 1, ubicada a 3 km en línea recta del fortín y a 50 m del arroyo El Perdido, recuperándose una gran cantidad de artefactos arqueológicos (figura n° 7). Además, se localizaron instrumentos indígenas y desechos de su procesamiento en cinco lomadas naturales y asentamientos de colonos en siete taperas (figura n° 8).

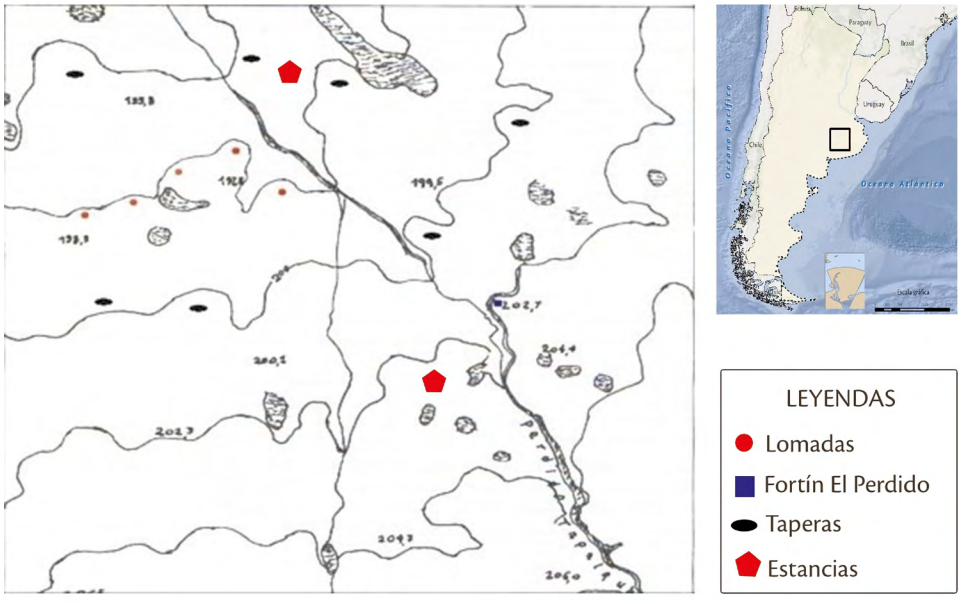



Figura n° 6. Recolección superficial sistemática en Lomada 1, mediante transectas que van de sur a norte y las excavaciones realizadas fuera del sector arado. Fuente: sobre la base de Merlo 2014.

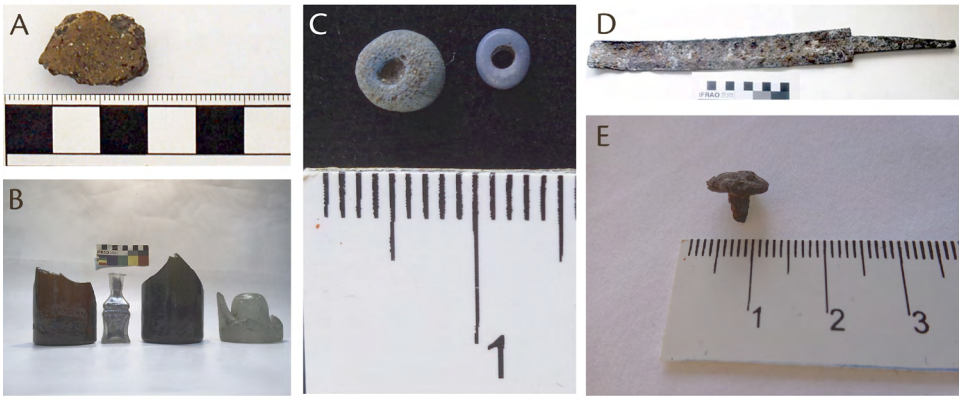



Figura n° 7. Fortín El Perdido: (A) chaquiras de cinturones que usaban las mujeres indias, (B) cerámica india, (C) instrumentos líticos que usaban los indios, (D) fragmento de sable, (E) tachuela de tapizado de carreta.

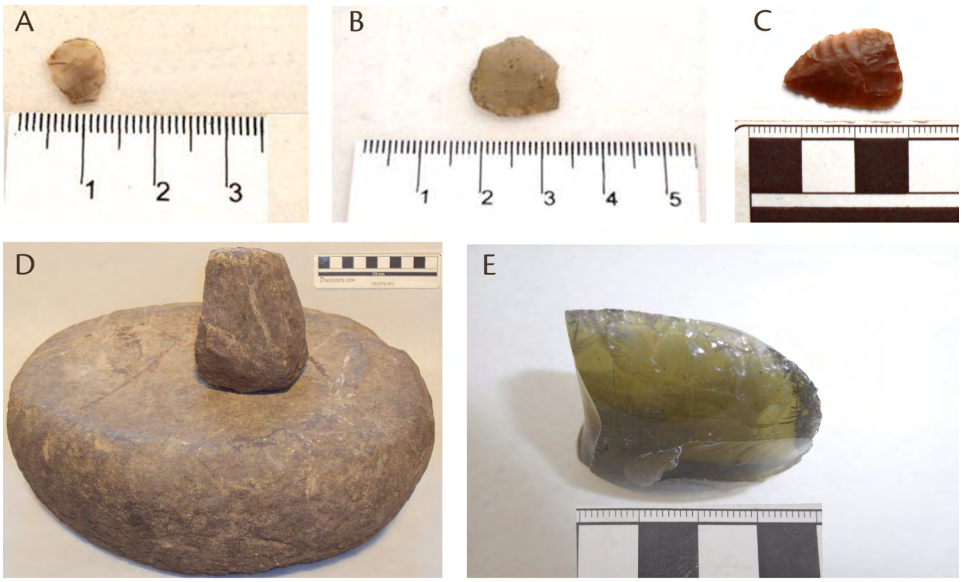



Figura n° 8. Lomada 1 y 2: (A) raspador lítico, (B) cerámica india, (C) punta de flecha en aftanita roja, (D) mortero con mano de moler, (E) fragmento de vidrio tallado como cuchillo indio.

*Fuerte Lavalle*

Se halla en la intersección del arroyo San Quilco con el "Camino de los indios a salinas". El viajero Armaignac (1974 [1883]) lo menciona como el más importante de toda la frontera de Buenos Aires desde el punto de vista estratégico.

Actualmente, sus estructuras arquitectónicas están desdibujadas por el intenso trabajo agrícola y por la construcción de un camino vecinal, por lo que no se puede ver claramente el trazado de los fosos (figura n° 9). Las tareas de recolección superficial sistemática se efectuaron por medio de diez transectas paralelas al alambrado, en el campo arado (n=130) y en cuatro cuadrículas donde se registró presencia de material cerámico, gres, lozas, metales, óseo y vidrio (n=189; figura n° 100).

*Protección del patrimonio y educación formal*

La relación entre arqueología y educación formal no suele ser considerada y se plantea escasamente en distintos proyectos educativos. Ambas áreas tienden a pertenecer a mundos diferentes, paralelos y con frecuencia mutuamente excluyentes. La línea de investigación de sitios postconquista en el sudeste de la región pampeana) del INCUAPA (Investigaciones arqueológicas y paleontológicas del cuaternario pampeano), correspondiente al Departamento de Arqueología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional del Centro, está desarrollando acciones de investigación, docencia, transferencia y articulación en el área que comprende los municipios donde se han ubicado los sitios arqueológicos descriptos.

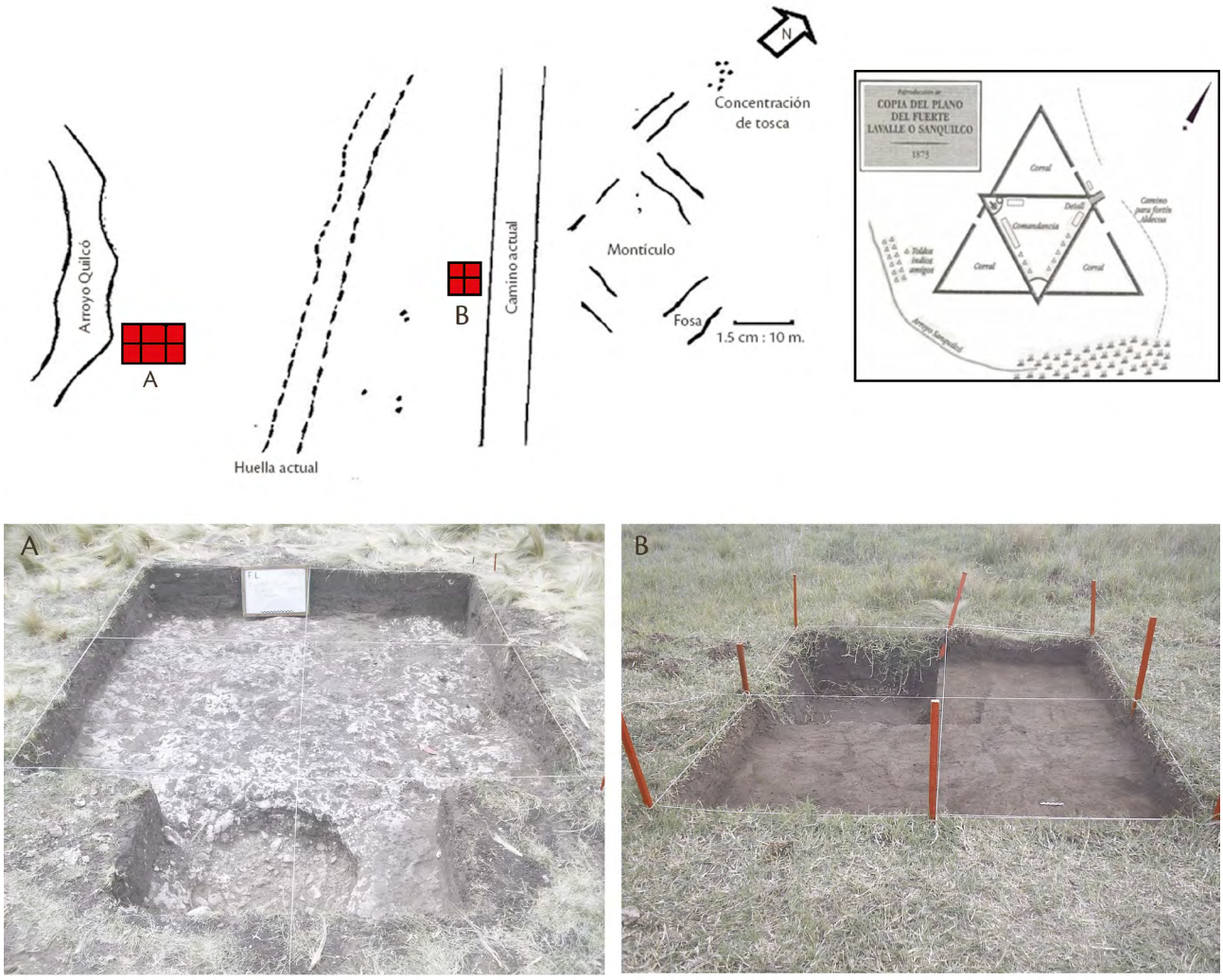



Figura n° 9. Fuerte Lavalle: excavaciones realizadas al costado del camino en el año 2008 y sobre el suelo no roturado en el año 2000.

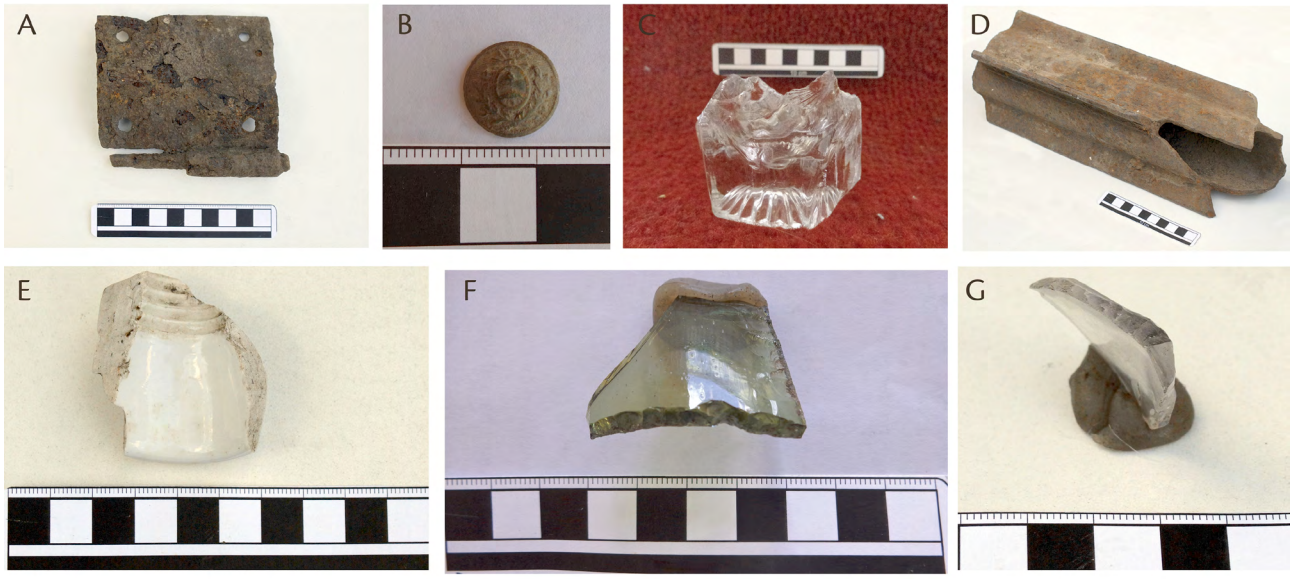



Figura n° 10. Hallazgos arqueológicos más destacados: (A) bisagras, (B) botón con el escudo argentino, (C) fragmentos de vasos de vidrio, (D) cilindro de fundición base de poste de telégrafo, (E) fragmentos de aisladores de porcelana de telégrafo, (F y G) fragmentos de botellas tallados como raspadores líticos; estos instrumentos en vidrio aportan claras evidencias de intercambio entre los pueblos originarios y la sociedad eurocriolla.

*Fuerte San Martín*

Se ubica en Coronel Suárez; está rodeado por el arroyo Sauce Corto y uno de sus afluentes, vertiente del sistema serrano de Ventania. Se encuentra a 25 km de la ruta entre Coronel Suárez y San Eloy, hacia la sierra (Abra de los Hinojos). En marzo de 1872, se trasladó la guarnición que estaba en el Fuerte Belgrano o Pillahuincó Grande al arroyo Sauce Corto, con el nombre de General San Martín. Era un sitio fortificado sobre las horquetas formadas por dicho arroyo y el arroyo San Antonio, que encerraba un área de 600 m² (Thill y Puigdomenech, 2003).

En la actualidad, se ha detectado un basural en la barranca sur-este del arroyo Sauce Corto, que sugiere un uso del espacio orientado al descarte de desperdicios o de restos materiales por parte de los pobladores del fuerte. Se registró la distribución espacial de los restos arqueológicos del basural y se analizaron los procesos de formación del sitio (*i. e.*, perturbación por agentes biológicos, como el pisoteo de animales, procesos geológicos y geomorfológicos, como las periódicas inundaciones del arroyo). Se efectuaron recolecciones superficiales mediante el trazado de diez transectas paralelas, perpendiculares al curso de agua en todo el perímetro del sector descarte del fuerte y se excavaron dos cuadrículas en la margen superior derecha del área. Se ha localizado otro basural en la barranca del arroyo Sauce Corto, donde se pudo detectar una mayor presencia de fragmentos de vidrio, restos óseos, objetos de metal y restos vegetales, así como una escasa presencia de fragmentos de gres y loza, cerámica indígena, botones y un fragmento de pipa de caolín.

## DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los relevamientos documentales y los trabajos arqueológicos permitieron establecer que los puestos fortificados de principios de siglo XIX debieron prever estrategias de subsistencia para hacer frente a las condiciones ambientales adversas, que les permitieran perdurar en el tiempo, o la construcción de las edificaciones sobre las cotas de altura elevada, para evitar inundaciones ocasionadas por las frecuentes crecidas de lagunas, ríos y arroyos. Los habitantes de esos sitios fortificados debieron recurrir, en sus inicios, a una mayor explotación de los recursos naturales disponibles localmente. Esta situación, considerada por los investigadores Goñi y Madrid como de riesgo e incertidumbre, fue difícil de superar en un medio hostil y con escasos recursos tecnológicos.

A partir de mediados de la década de 1850, los conflictos políticos y sociales en la frontera bonaerense en el marco de las disputas entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación Argentina incrementaron la fricción de las relaciones interétnicas en la zona del Camino de los chilenos por diversas razones. El incipiente Estado unificado, a partir de 1862, basó su poder en el control de los factores productivos al aumentar su dominación sobre los restantes sectores sociales, especialmente sobre los grupos originarios, estableciendo las llamadas líneas de fronteras interiores que delimitaban jurisdicciones. Así se dividió racionalmente el territorio indígena y se cambió la denominación de accidentes geográficos (topónimos, figura n° 11), destruyendo lugares percibidos como prohibidos o como aptos para ser habitados, para actividades de recolección y de caza.

Los datos aportados por las fuentes documentales, la cartografía de la época, las fotografías y la información obtenida mediante las investigaciones arqueológicas que se desarrollaron en los fuertes Independencia, Blanca Grande, San Martín y Lavalle y los fortines La Parva, Arroyo Corto y la localidad arqueológica El Perdido dan cuenta acerca del lugar estratégico que ocupaban estos sitios para el dominio de las comunidades originarias, los colonos e inmigrantes.

En esta compleja frontera del siglo XIX, debe comprenderse el panorama de ocupación del espacio, tanto por parte de los grupos originarios como de otros actores sociales, en especial cuestiones de género y de poder (Langiano, 2015). Los documentos escritos permiten plantear un complejo sistema de relaciones interétnicas que, en un primer momento, fue un intercambio más acordado en-

tre *eurocriollos* y los grupos originarios (*i. e.*, la primera ocupación de los fuertes Independencia y Blanca Grande). A medida que aumentaba la población en la frontera, las relaciones entre los diferentes actores se tornaban más conflictivas, con momentos de alta fricción, estableciéndose relaciones más asimétricas (*i. e.*, localidad arqueológica El Perdido, fuerte Lavalle y fortín La Parva) y un mayor control del espacio aborigen y el remplazo de los recursos naturales de la región. En esta época, se incrementó el ingreso de materiales foráneos, importados desde Europa, tales como vidrios, cerámicas, metales, lozas y gres, que entraban al país por el puerto de Buenos Aires para ser distribuidos en el interior. La presencia de variabilidad de recipientes de vidrio en la localidad arqueológica El Perdido y la alta diversidad de colores del gres cerámico presente en el fortín La Parva daría algunos indicios sobre cantidad y multifuncionalidad de los recipientes utilizados en la frontera. Lo anterior, además, estaría demostrando variadas relaciones de intercambio, circulación de bienes y la presencia de comerciantes o de pulperías. En cuanto al color de los vidrios, puede afirmarse que existe una cierta similitud entre los recuperados en el fuerte Lavalle y el fortín La Parva, mientras que en el fuerte San Martín se observa más diversidad de colores. Las lozas del fortín La Parva y el fuerte Lavalle tienen las características de los objetos que se usaban en los puestos de campaña o fronterizos, mientras que en los fuertes Independencia y San Martín son del tipo " [...] para recibir o para demostrar poder" (Schávelzon, 1991).

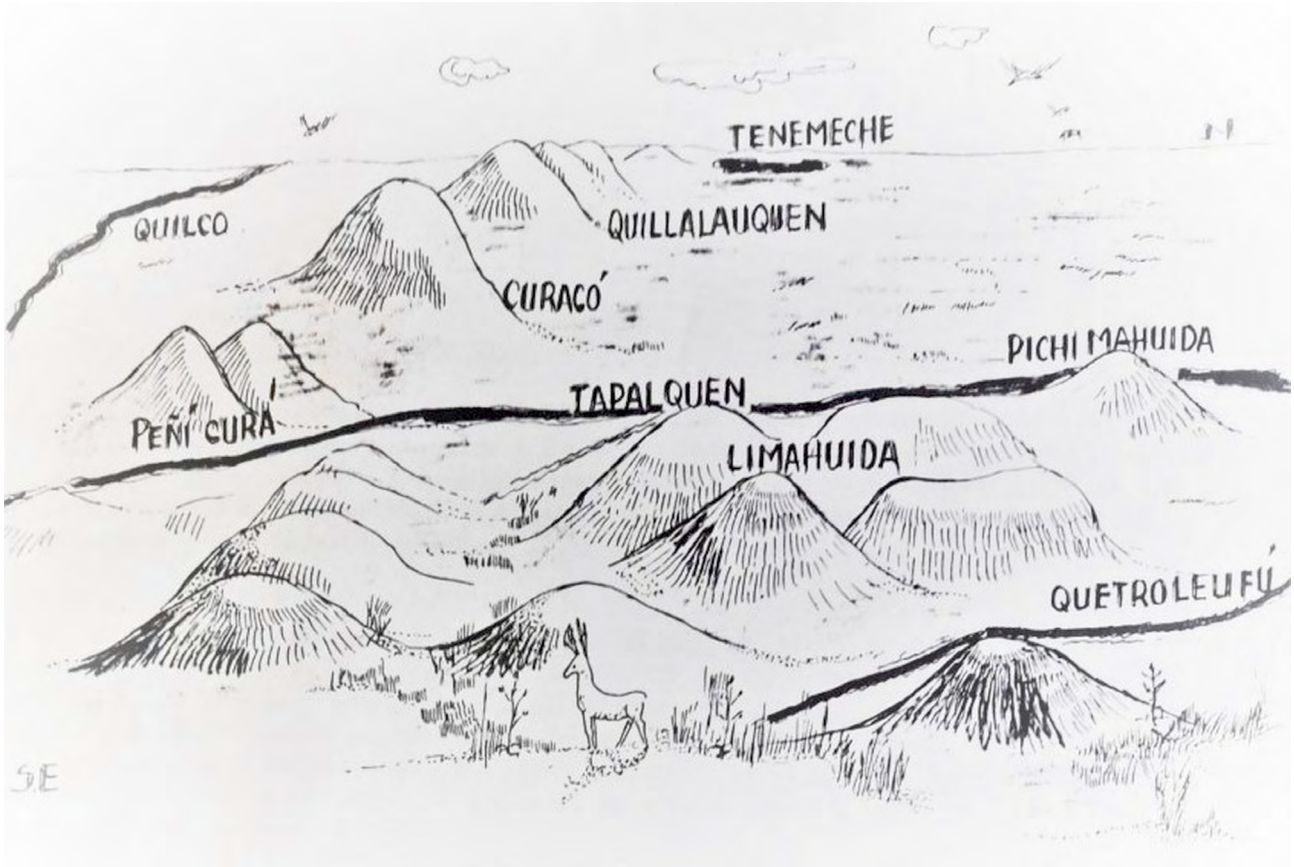



Figura n° 11. Toponímia en idioma *mapudungun* (mapuche) de lugares geográficos del partido de Olavarría, provincia de Buenos Aires.
Fuente: Dibujo realizado por Gustavo Monforte.

En las pulperías de la pampa argentina de fines del siglo XIX , se reunían diversos actores y sectores socioétnicos (Gómez Romero, 2002). En esta misma época, se importaban variadas bebidas de Inglaterra, Alemania y Holanda; comenzaba a fabricarse cerveza en el país, por lo que el uso intenso y la reutilización de los recipientes se tornó práctica común. Las fuentes analizadas y los trabajos de recolección mediante transectas en las inmediaciones del fortín La Parva, por ejemplo, coinciden en la concentración y la diversidad de los objetos de gres, vidrios y lozas.

La mayoría del sector comercial de la campaña estaba a cargo de los pulperos dispersos por esa frontera. En los fuertes, fortines y estancias las mujeres tuvieron un rol complejo pero fueron invisibilizadas por las autoridades y la historia del país por demasiado tiempo (Langiano, 2015). En la campaña y en gran parte del siglo XIX, existió un grupo numeroso de pulperos, tratantes y tenderos que estaba dedicado a comerciar al menudeo que abastecía a la población rural.

Los restos de fauna recuperados en los fuertes y fortines pudieron ser asignados tanto a especies europeas, con predominio de vacas y ovejas, como a las especies silvestres –cérvidos autóctonos, armadillos, roedores y aves– que aparecen en una proporción menor, principalmente en los sitios de la segunda mitad del siglo XIX. En este punto, es de importancia destacar que, a medida que se introducía población eurocriolla en la zona de frontera, también se incorporaban mayor cantidad de especies europeas para el mantenimiento de la población.

Existen, indudablemente, muchas cuestiones para seguir indagando: la dinámica del comercio rural, el valor de uso otorgado a los variados materiales que circulaban en la frontera y sus vinculaciones son algunas de las problemáticas que aún quedan por resolver sobre el complejo mundo rural de la frontera bonaerense de la segunda mitad del siglo XIX, en época de la denominada "Campaña al desierto".

# RECONSIDERANDO EL MALÓN
## Nuevos enfoques sobre una imagen añeja

### INTRODUCCIÓN

#### Representaciones del malón

Quizá más que cualquier otro aspecto vinculado a las sociedades indígenas pampeanas y patagónicas, abordar el malón supone confrontar imaginarios fuertemente anclados en el sentido común de los argentinos. Durante las campañas de conquista que sometieron y desestructuraron la sociedad mapuche, hasta entonces soberana, y aún hasta el día de hoy, la imagen del ataque sorpresivo de la hueste sobre pobladores desamparados, dejando tras de sí un paisaje de devastación y arrastrando tierra adentro mujeres y niños a un destino de esclavitud, expresa más que ninguna otra una narración justificadora de la expansión colonial del Estado argentino. Reproducida durante más de un siglo en la literatura, el arte, la cultura popular y ciertamente también en la historiografía académica, esta imagen continuaría cristalizando en estereotipos de lo indígena, lo mapuche e incluso los sectores populares en general.

Aunque no es objeto de este texto reconstruir la historia de aquella narrativa, su vigencia y los efectos que aún produce nos inducen a presentar este capítulo como un contrapunto con ella. En las páginas que siguen, se intentará, partiendo críticamente de la representación tradicional de las incursiones indígenas, caracterizarlas considerando diversos aportes que, en las últimas décadas, han contribuido a complejizarlas. Posteriormente, y en una síntesis que necesariamente será apretada, procuraremos describir dos siglos de interacción interétnica en la clave de los malones. Por último, haremos algunas consideraciones respecto de los efectos de esta modalidad de violencia sobre las poblaciones no indígenas de la Frontera Sur, que estimamos ha ocupado tradicionalmente un lugar desproporcionado, afín a la justificación de la expansión territorial. Consideramos que resituar estos efectos dentro de lo que puede sostenerse sobre la base de la documentación existente puede contribuir a discutirlos alejándonos de los estereotipos que han marcado la historia de la frontera. Ello no implica desconocer la violencia que marcó a ambas sociedades y que también tuvo su expresión en la acción mapuche, que debería ser leída siempre como resultado de una relación en la que ella era recíproca, pero sí comenzar a desandar un recorrido en el cual, reproduciendo el discurso de los conquistadores, las agresiones armadas son descriptas como defensivas u ofensivas siempre desde el punto de vista particular de los no indígenas. Los malones, en su definición mínima, eran operaciones militares rápidas orientadas a la apropiación de animales y otros bienes y, eventualmente, a la captura de personas. Sustancialmente, sus características no diferían de las expediciones *huincas* sobre "tierra adentro". Pero, a diferencia de ellas, dosificaban la violencia en función de objetivos muy disímiles y expresaban un tipo de discurso político que no tenía por objeto el sometimiento definitivo del contendiente. Acercarnos a la comprensión de esta diversidad de sentidos es el objetivo general de este capítulo.

Reinterpretación de los malones

Los enfoques tradicionales sobre los malones no se interesaron más que superficialmente en conocer las causas que los motivaban o las lógicas sociales en que se inscribían. En la pluma de una historiografía dispuesta a construir una épica nacional, la llamada "guerra contra el indio" era presentada como una sucesión de escaramuzas entre "la barbarie" y "la civilización", que transcurría en un presente perpetuo de más trescientos años (Escolar *et al.*, 2015). Por ello, las descripciones más detalladas raramente pasaban de aspectos meramente operativos y los contextos específicos carecían de importancia: cualquiera fueran las causas inmediatas, toda acción militar se remitía a aquella dicotomía fundante, explicación última de la violencia fronteriza y legitimación de la conquista militar (Cordero, 2019). La ausencia relativa de elementos que nos permitieran ubicar un malón particular en los procesos en lo que se desplegaba contrastaba con la profusión de adjetivos que reforzaban la impronta de irracionalidad y "salvajismo". La historiografía y la antropología histórica recientes han revisado ampliamente esa mirada. Los malones han sido reinterpretados procurando describir los procesos en los que su despliegue adquiría sentido. Comenzaron, en suma, a ser pensados históricamente y la miríada de episodios encadenados sin más explicación que la violencia atávica pasó a pensarse atendiendo a contextos y procesos particulares, en diálogo con otras modalidades de interacción interétnica que atravesaron la vigencia del espacio fronterizo.

Carácter bilateral de la violencia

La ruptura respecto a la concepción unilateral de la violencia –siempre *desde* tierra adentro– es quizás la más evidente. Al fin y al cabo, es intrínseca a la noción de "guerra", con la que se eligió describir la conflictividad interétnica, la existencia de al menos dos contendientes (Mandrini, 2007). Más que atribuir las incursiones a un odio esencial al *huinca*, comprender la violencia requiere reconocer que era, cuando menos, recíproca. Los malones indígenas ocurrían en el marco de una expansión colonial, en la cual las diversas modalidades de violencia que caracterizaron su acción sobre las sociedades pampeanas no podían ser eliminadas de la ecuación. El reconocimiento del carácter –cuando menos– bilateral de la violencia, entonces, es un punto de partida que, de tan sensato, debería advertir sobre la potencia de los sesgos ideológicos sobre los que se pensaron previamente los malones.

Concepto de frontera

Pero también el lugar de la violencia como dimensión de las relaciones interétnicas fue revisado. Otras formas de relación, como el comercio, la circulación de individuos (en ocasiones forzada pero también voluntaria) de un lado a otro de la frontera, la construcción de acuerdos y vínculos diplomáticos mediante protocolos formalizados, la participación en conflictos de una u otra sociedad por soldados y guerreros de la restante, son algunas entre aquellas que la dicotomía tributaria de civilización y barbarie apenas permitía vislumbrar. La propia noción de frontera ha variado significativamente. De límite radical entre dos sociedades se ha pasado a enfoques que enfatizan la porosidad, los intercambios y la constitución de espacios sociales con lógicas específicas en los que, en consecuencia, la violencia ha dejado de ser el lente exclusivo para pensar los espacios fronterizos (Boccara, 2005; Nacuzzi, 2010). Períodos particularmente álgidos se sucedieron con otros relativamente calmos y, aún en los primeros, la existencia de otros modos de intercambio persistió. La imagen congelada de un estado de violencia permanente se ha mostrado como inadecuada para describir los espacios fronterizos.

Ni violencia unilateral, ni constante, ni atávica ni, en fin, ahistórica, dos aspectos fundamentales deben ser tenidos en cuenta para acercarnos a los malones: sus sentidos desde el punto de vista de la sociedad indígena y los procesos históricos concretos en que se inscribían. Comenzando por el primer aspecto, es necesario previamente caracterizar la sociedad que, entre otras modalidades de vinculación, llevaba adelante malones a la frontera. Ello resulta inexcusable dado que, a contramano nuevamente de la imagen legada por la historiografía

tradicional de la frontera, el espacio indígena no tuvo una política común frente a los *huincas*. Atender a los códigos sociales en que se inscribían las prácticas de violencia organizada, paso indispensable para comprender los sentidos jugados en ella, implica trazar los grandes rasgos de sus formas sociopolíticas.




Figura nº 1. A New Map of the Southern Parts of America, taken from Manuscript Maps made in the Country and a survey of the Eastern Coast, made by order of the King of Spain; engraved by Thos. Kitchin, Hydrographer to His Majesty, 1772. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

### *1.1 La comunidad política*

Caracterización política

Entre los especialistas, existe un dilatado debate sobre la caracterización política de las sociedades pampeanas, que ha recorrido las tipologías existentes en la teoría antropológica (Villar y Jiménez, 2011). Algunos autores las han caracterizado como "segmentarias", esto es, formadas por fracciones equivalentes con potencialidad para agruparse y dividirse dando lugar a nuevos grupos, con líderes carentes de capacidad coercitiva, cuya autoridad, siempre pasible de revocada por sus seguidores, derivaría de determinadas capacidades, entre ellas el manejo de información intergrupal e interétnica (Bechis, 1999). Otros autores han identificado rasgos propios de una "jefatura", entre los que se destaca la emergencia de cierta estratificación en el marco de la cual se concentraría cierto poder en los

jefes –*longkos* o "caciques"– expresado por la capacidad de imponer justicia en determinados casos, ejercer algún tipo de redistribución de recursos y mantener el mando dentro de su linaje mediante mecanismos de sucesión hereditarios (Mandrini, 1992, 1994). Dependiendo del período y del área, y de las propias inclinaciones teóricas de los investigadores, las fuentes documentales parecen avalar con más nitidez una u otra opción sin que alguna de ellas haya cristalizado de modo evidente. Ello podría responder a procesos de cambio que aún continuaban operándose al momento de la conquista o a un carácter inestable, con gran capacidad de adaptación a los contextos, de la estructuración política mapuche (Villar y Jiménez, 2011).

Espacio indígena

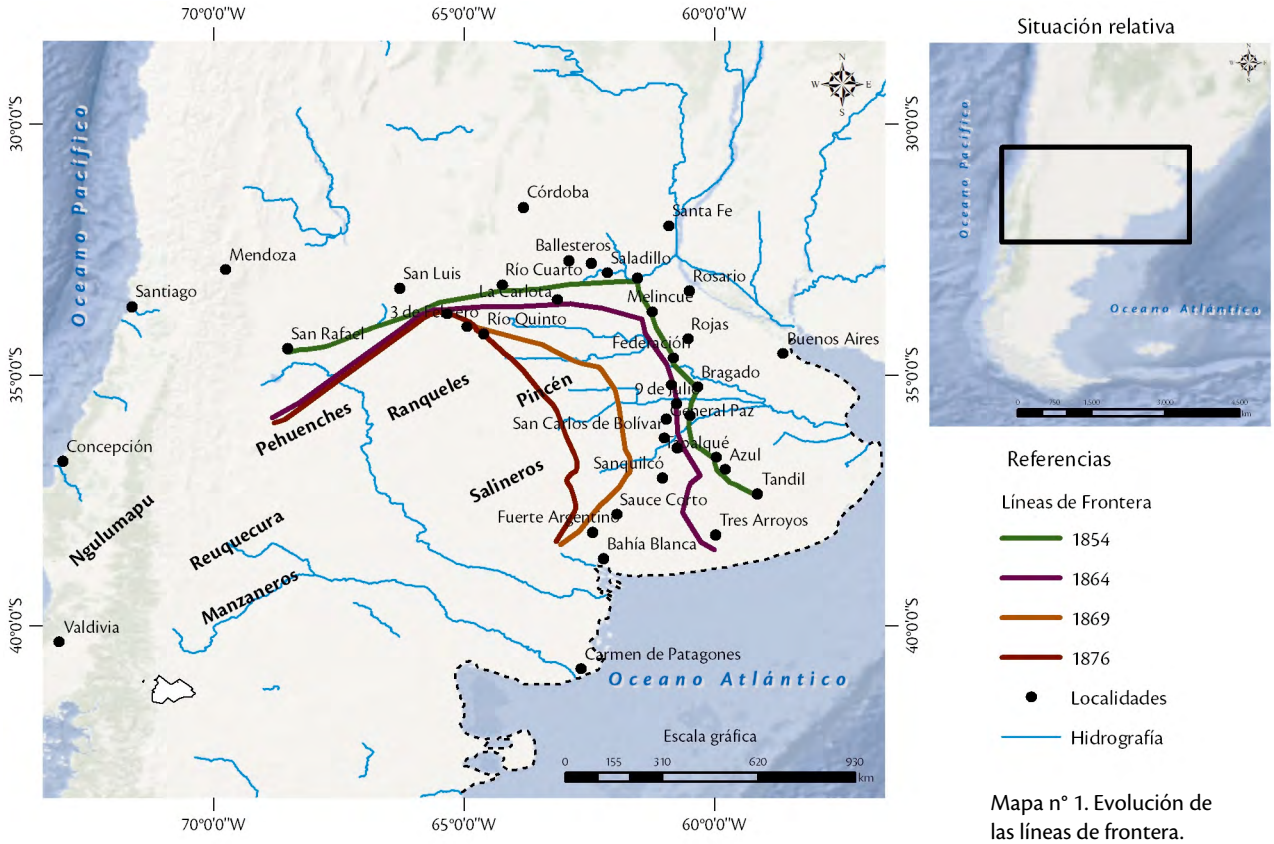
Pero al margen de esas caracterizaciones, que aluden a la naturaleza del poder en el interior de los diferentes grupos, existen algunos consensos que atraviesan la literatura existente. El espacio indígena (*Wallmapu*) se desplegaba sobre un amplio territorio actualmente repartido entre Argentina y Chile (ver mapa n° 1) sobre el que ejercía un control soberano. En éste se compartían códigos comunes que posibilitaban su articulación y se expresaban en una valoración compartida de determinados bienes económicos y de prestigio, entre ellos el ganado y los objetos de plata, así como pautas culturales ligadas al mundo espiritual y a las conductas consideradas legítimas. Desde el siglo XVIII, adicionalmente, el *mapuzungún* se había convertido en *lingua franca*, expandiéndose desde la cordillera y la Araucanía a la totalidad del *Wallmapu*.

Control soberano del territorio

El control soberano del territorio no suponía un centro único de autoridad, residiendo ésta en numerosos grupos que competían entre sí o se asociaban por medio de alianzas comerciales y políticas, expresadas estas últimas en acuerdos que suponían la construcción de vínculos parentales u otros tipos de asociaciones ritualizadas que se extendían en el tiempo, o bien en confederaciones más acotadas en función de contextos políticos coyunturales. La extensión de alianzas y de confederaciones tuvo alcances variables, sin llegar nunca a fraguar en una unidad que abarcara el conjunto del espacio indígena. La naturaleza de los grupos que las integraban, fueran estos "jefaturas" con algún grado de centralización o fracciones de una sociedad "segmental", estaba estrechamente asociada a relaciones parentales (matrimoniales, filiales, fraternales u alguna otra afinidad interpersonal formalizada ritualmente), de las que se derivaban las obligaciones recíprocas entre los individuos, dibujando las redes de parentesco la forma de la estructura política.

Las redes parentales

Pero estos vínculos podían atravesar los límites grupales contribuyendo, a través de las obligaciones que implicaban, a complejizar el panorama político. Así, si una dimensión del ascendiente de los grandes *longkos* consistía en la extensión de sus redes parentales, también líderes de menor importancia o guerreros comunes –*weichafes* o *conas*– poseían sus propias redes. Por ello, si bien las principales unidades políticas –ocasionalmente llamadas "parcialidades", "etnias" o "tribus", tales como *ranqueles*, *salineros* y *pehuenches* en el siglo XIX– asociadas al predominio de importantes linajes persistieron durante décadas, su composición estaba habitualmente sujeta a cambios, según las opciones y deberes de sus integrantes. Las jerarquías entre grandes *longkos* y sus segundas líneas –mencionados en las fuentes como caciques o capitanejos, a veces de modo indistinto– podían asimismo ser objeto de cambios en el tiempo, variando la cantidad de individuos que les respondían y de las que dependían sus relativos estatus. Cada *lof*, la comunidad que encabezaban políticamente *longkos* de diferente importancia, gozaba de una autonomía muy significativa, aun cuando se encontrara subordinado a un gran cacique que encabezara los vínculos diplomáticos con los *huincas* y otros grupos indígenas. Ello debe advertir frente a la tendencia a atribuir a los rótulos étnicos una actuación unívoca (de Jong, 2011), tanto respecto a la actividad bélica como a otras prácticas, siendo todas ellas resultado de procesos de consensos, disputas y acuerdos parciales. Como se verá, considerar estos aspectos es fundamental para interpretar las lógicas propias del malón.




Mapa n° 1. Evolución de las líneas de frontera. Fuente: elaboración personal.

### 1.2 *Complejizando el malón*

Con el fin de interpretar las motivaciones, sentidos y lógicas propias de las incursiones indígenas, abandonando ya las lecturas más tradicionales, se han propuesto distintos acercamientos que tienen como común denominador su ordenamiento alrededor de un número limitado de aspectos. Se expondrán, a continuación, estos aspectos sin detallar los distintos aportes citados en la bibliografía, que difieren entre sí tanto en las dimensiones resaltadas como en los términos utilizados para los tipos de malón identificados.

Dimensión política y económica de las incursiones

Por un lado, se han distinguido las incursiones según fuera la naturaleza supuesta de sus objetivos de orden "político" o "económico". Esta clasificación es atractiva en tanto permite poner cierto orden en los eventos y reconocer racionalidad en las incursiones, pero posee problemas relevantes. El malón, en cuanto a táctica específica, siempre incluía el saqueo de bienes. En tal sentido, sus objetivos eran siempre "económicos" para los *conas* participantes, fuera ese o no el sentido predominante de una acción en particular. Por cierto, el saqueo también era un incentivo significativo para soldados y milicianos *huincas* en sus incursiones a las tolderías o en otras acciones militares de la época en que existió la frontera. Abstrayéndonos de los individuos y enfocándonos en la dimensión colectiva, asimismo distinguir "lo económico" de "lo político" no resulta fácil, si es que es posible, en relación a ningún hecho bélico en cualquier contexto histórico (Alioto, 2011; Cordero, 2016, 2019). Aun reconociendo esta dificultad y buscando el predominio de alguna de ambas dimensiones en episodios puntuales, identificar un interés mayormente político o mayormente económico requeriría conocer las motivaciones de todos los participantes y, además, esta debería ser unívoca, lo que no parece demasiado probable. En cualquier caso, toda incursión tenía efectos "políticos" y cualquier incursión implicaba aspectos "económicos" (para el saqueador y para el saqueado). Aunque la distinción posee un valor heurístico limitado, destaca un aspecto importante: la relevancia del saqueo interétnico en

la economía indígena, esto es, el peso de "lo económico" en el malón, aún más allá de las motivaciones de los actores. Se volverá sobre ello más adelante.




Figura nº 2. Aguadas, Alberto Meuriot, Victorica, *ca.* 1880. Fuente: Archivo Histórico Provincial de La Pampa.

Dimensión jurídica de las incursiones

Otro aspecto de los malones al que han prestado atención las tipologías propuestas por los especialistas incorpora su naturaleza jurídica, esto es, su legitimidad en el *admapu* –el derecho consuetudinario mapuche– frente a determinadas circunstancias. Al no existir una instancia superior capaz de dispensar justicia, la percepción de un daño cualquiera –un robo, un asesinato, una agresión de orden sobrenatural– debía ser respondida mediante la exigencia de una restitución a el o los presuntos ofensores, siendo todo el grupo de parientes el objeto de la reclamación. En caso de no ser ésta satisfecha, el malón era el paso siguiente para la obtención de la retribución deseada. Según la importancia del daño atribuido, y la distancia social del presunto ofensor, la violencia se graduaba tanto en la compensación buscada como en la importancia de la movilización efectuada para su logro, dado que ponía en juego las obligaciones de solidaridad parental que estructuraban la sociedad mapuche. Así, algunas fuentes refieren como *weñi malón* a ataques limitados y pequeños que explícitamente recurrían a armamento no mortal (Alioto y Jiménez, 2011), en instancias de cierta cercanía social y ofensas que no eran consideradas especialmente serias. En contraste, frente a extraños y por sucesos estimados graves, una sucesión de ataques en toda regla, seguidos de contraataques, podía llevar a la generalización de la violencia (Villar y Jiménez, 2003b). La reparación de un daño percibido, en breve, confería legitimidad a los malones restituyendo por medio del *tautulum*, una venganza formal o *vendetta*, un equilibrio percibido como perdido.

Restitución del daño

Sin duda, la lógica restitutiva acompaña buena parte de las justificaciones indígenas de los malones pero, no obstante, y en línea con lo ya señalado respecto a las dimensiones económica y política de las incursiones indígenas, quizás referirse a malones "jurídicos" como una especie *particular* de malones no sea tampoco adecuado. La restitución del daño, más allá de que éste hubiese existido realmente o se presentara como mera excusa, podría ser lo que dotara de legitimidad a los malones en general más que a una modalidad específica de ellos. Algunas incursiones eran defendidas por los atacantes desde la reparación de un daño, pero ello es inescindible de las otras dimensiones que entrañaban. "Político", "económico" y "jurídico" constituyen distinciones analíticas que debieran ser tenidas en cuenta en conjunto, dado que todas ellas simultáneamente constituyen los sentidos de los malones. Habitualmente, de hecho, para aquellos malones que mejor podemos reconstruir, podemos identificar las tres dimensiones en los participantes, aunque no necesariamente en las mismas proporciones. Por último, es preciso resaltar que los objetivos podían variar para los distintos participantes y generalmente lo hacían, dado que un malón podía ser resultado de una confluencia de intereses diferentes de distintos órdenes.

Actores, guerreros y grupos

Otro elemento reconocible en los abordajes que han definido alguna tipología malonera es la extensión de actores, guerreros y grupos implicados en su conformación y el consecuente grado de movilización social requerida para efectivizarla (Boccara, 1999; Villar y Jiménez, 2003b). Integrado de diferentes formas en las clasificaciones existentes con algunos de los elementos ya mencionados, éste es fundamental para comenzar a interpretar los sentidos sociales implicados en las incursiones mapuches. Al tratarse de una sociedad sin estructuras centralizadas de poder, la magnitud de una acción militar es un indicador irreemplazable para lograr un deslinde entre la acción colectiva organizaba y otras, significativamente más anárquicas y dispersas, también identificables en las fuentes documentales. Las últimas corresponden a pequeños asaltos con apropiación forzosa de recursos que, en los espacios fronterizos, distaban de ser exclusividad de asaltantes indígenas, que asimismo podían tenerlos como víctimas, de *huincas* o de otros *indios*.

Pequeñas incursiones

Es preciso subrayar que la identificación entre una ampliación cuantitativa, expresada en el número de guerreros y la extensión de alianzas consecuentes, y el cambio cualitativo de sentido que entendemos que implica, no es una reintroducción de la distinción en las naturalezas política y económica como tipos particulares de malón. Las pequeñas incursiones, típicamente llevadas adelante por un grupo de parientes y conocidos, también entrañan idéntica dificultad para distinguir ambas dimensiones. No obstante, carecían, o al menos no requerían, de un ingrediente característico de los grandes malones: la existencia de protocolos socialmente aceptados capaces de hacer posible la articulación y coordinación de los segmentos autónomos que constituían el armazón de la sociedad indígena.

Grandes malones

Los grandes malones, con cientos o miles de participantes, trascendían el espacio de familiaridad más cercano de la comunidad inmediata, el *lof*, hacia otro, donde la confianza se desvanecía progresivamente y las asperezas entre participantes podían volverse amenazantes. Ello podía ser morigerado por medio de protocolos con alto grado de formalización, donde al tiempo que se escenificaba la autonomía de los participantes frente a quien lideraría el ataque, se actuaba de acuerdo a etiquetas predefinidas y ritualmente legitimadas, que funcionaban como resguardo frente a la desconfianza mutua. No es, en definitiva, el mero número de participantes lo que colocaba a estas incursiones en un nivel diferente sino la asociación entre varios grupos y la consecuente creación de mecanismos sociales que hacían ello posible. Por lo demás, no observamos en los grandes malones, respecto a los de menor porte, diferencias relevantes respecto de los objetivos o el modo en que las dimensiones restitutivas y políticas o el interés por la obtención de recursos se combinaban. Asimismo, tampoco hay diferencias relevantes respecto de aspectos operativos en los malones: en ambos casos se trataba de *raids* veloces que buscaban la apropiación de botín y una huida rauda que minimizara la pérdida de vidas entre los *weichafes*.

Concepto de malón

Por esta identidad tanto en características como en diversidad de objetivos, preferimos no introducir expresiones diferentes para caracterizar en clases las incursiones indígenas. Quizá sea mejor ser cauto respecto al uso de expresiones que buscan subrayar el cambio cualitativo que acompaña a esta ampliación cuantitativa. Algunos términos utilizados en la literatura, como *weichán* o *aukán*, tomados del *mapuzungún*, han tenido esa función, pero lo cierto es que aparecen como sinónimos de malón –y no como alternativas– en diversas fuentes del período. Del mismo modo, no es evidente que una modalidad de guerra en términos estrictos, esto es, como tradicionalmente se ha definido para conflictos interestatales, se recorte como dominio autónomo respecto de otras prácticas de violencia colectiva, precisamente por el carácter disperso de la autoridad y la autonomía profunda de los guerreros y pequeños líderes, que vuelve arduo encontrar un sustituto al Estado en la articulación provisoria de segmentos autónomos. En suma, aunque en las acciones maloneras se encuentran diversidad de contextos y de objetivos, todos ellos pueden ser identificados en eventos de la más variada magnitud. Preferimos, por ello, utilizar exclusivamente el término "malón", tal como ha sido definido en

la introducción para referirnos a sus rasgos operativos, englobando aquí malones pequeños –llevados a cabo por parientes o amigos, en un marco de confianza– y grandes malones. Estos últimos, idénticos en cuanto a su naturaleza militar pero de mayor importancia numérica, requerían como condición de posibilidad de un repertorio de prácticas formado por los protocolos necesarios para la articulación y coordinación de grupos y guerreros, dotados de gran autonomía. A este repertorio dirigiremos la atención en el próximo apartado.




Figura nº 3. Carta de la Provincia de Buenos Ayres, 1824, Aaron Arrowsmith, Londres: Dn. Bartolomé de Muñoz, diciembre 1824. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

### *1.3 El repertorio malonero*

El "repertorio malonero" es una herramienta construida sobre la base de una lectura de fuentes correspondientes al siglo XIX, tales como relatos de cautivos, refugiados en los toldos y testimonios de indígenas entrevistados con posterioridad a las campañas de conquista (de Jong y Cordero, 2017; Cordero, 2019). Siguiendo al sociólogo Charles Tilly (1982), un repertorio es el conjunto de medios de acción colectiva propios de un grupo, dotado de reglas específicas conocidas y aceptadas por todos sus miembros. La documentación del período muestra notables similitudes en los rasgos de este repertorio en contextos espaciales muy diferentes y, aunque con menor detalle, algunos de los pasos que describiremos a continuación también son reconocibles en períodos muy anteriores. En todo caso, si

bien pudiere haber variaciones relevantes, entendemos que persistirá la lógica que centralmente lo explica: la necesidad de articular unidades que reclaman su autonomía, mediante la construcción de una etiqueta particular capaz de reducir la incertidumbre frente a otros potencialmente hostiles con los que se procuraba llegar a un acuerdo puntual, etiqueta que hemos dividido en cinco pasos.

Convocatoria a un parlamento

El primer paso consistía en una *convocatoria* a un parlamento –*trawn*– en el cual se debatiría la pertinencia de llevar adelante un malón. El *trawn*, institución central en la sociedad mapuche, no sólo se convocaba en función de objetivos bélicos, sino a raíz de diversos objetivos políticos, religiosos o comerciales que requirieran la presencia de distintos grupos. La convocatoria solía ser realizada por un *longko* de cierto prestigio, dado que, al ser una de las dimensiones de su influencia política la extensión de los lazos de alianza y parentesco, el éxito del llamado dependía de la amplitud al respecto que poseyeran los del convocante. Así, los malones más numerosos surgían a propuesta de grandes líderes, capaces de movilizar vínculos amplios y adicionalmente dotados de un prestigio que a los ojos de los convocados garantizara el éxito. Algunos malones de menor tamaño, pero que de cualquier modo excedían los límites del grupo inmediato, eran convocados por *longkos* menos prestigiosos, eventualmente como parte de la competencia entre líderes y en función de sus propias estrategias de ascenso.

Emisario diplomático

La convocatoria se llevaba adelante por medio de un emisario diplomático llamado *werken*. Dentro del protocolo y la distribución de roles en la sociedad mapuche, la importancia y las funciones del *werken* excedía la mera transmisión de mensajes. El *werken* era una persona de absoluta confianza para el cacique, habitualmente un hijo u otro pariente cercano, que adicionalmente adquiría, en el marco de su rol, una serie de competencias que serían de relevancia en caso de sucederlo en el liderazgo del grupo. La invitación era transmitida con palabras específicas, cuidadosamente memorizadas, y en un marco formal, incluyendo en algunos casos la presentación de algún símbolo (como una flecha), indicando que el motivo del llamado era una acción militar. Los invitados no tenían obligación de participar, cosa que hacían según su interés y expectativas. La extensión de la convocatoria podía ser amplia, abarcando grupos residentes a grandes distancias, dependiendo de la relevancia de aquello que se proyectara y de la capacidad de los convocantes.




Figura nº 4. "Alegre", campamento de indios, Alberto Meuriot, Victorica, *ca.* 1880. Fuente: Archivo Histórico Provincial de La Pampa.

Encuentro protocolizado

El segundo paso, el *trawn*, era un encuentro fuertemente protocolizado. Aunque las descripciones varían en algunos contenidos de esta etiqueta –pinturas corporales, uso de determinados símbolos, etc.–, siempre incluía la presentación de los *conas* que acompañaban a cada *longko* mediante una serie de ejercicios militares, dando cuenta de su destreza guerrera e importancia numérica. Luego

de esta presentación colectiva, los participantes se reunían en círculo, en algunas descripciones ubicados de espalda al punto cardinal de donde provenían, con los líderes sentados hacia el centro y los *weichafes* de pie o a caballo a sus espaldas. Uno de los presentes, que podía ser el convocante o un orador designado para ello, presentaba a los concurrentes mencionando su linaje e intercambiando con ellos algunas palabras. Una vez finalizado esto, se daba cuenta del motivo de la convocatoria y se pedía, en riguroso orden, la opinión de los líderes presentes, que debía expresare desplegando sus dotes oratorias, un arte connotado con mucho prestigio, lo que podía prolongar el debate durante muchas horas. En esta instancia, se ponían en juego los diferentes objetivos de los participantes, que podían no ser coincidentes. Un malón convocado para un *tautulum*, por caso, podía encontrar aliados en quienes deseaban beneficiarse con el saqueo o bien adquirir prestigio como guerreros. En caso de acordarse llevar a cabo un malón, se definía la fecha y el lugar del encuentro y se designaba un jefe de guerra, quien dirigiría el ataque. Finalizada la reunión, los invitados debían ser agasajados por el convocante, lo que reforzaba las posibilidades de *longkos* dotados de importantes recursos de llevar adelante una convocatoria exitosa frente a líderes menores.

Preparación del malón

Luego de acordada la fecha y hora, cada grupo retornaba a su tierra y comenzaba la *preparación* del malón, que podía demorar semanas o meses. Ésta se realizaba en cada *lof* y, a diferencia del *trawn*, no tenía naturaleza colectiva, reservándose la responsabilidad sobre el adiestramiento de los caballos, el entrenamiento personal y el armamento a cada *weichafe* y a su grupo más inmediato. Cada participante ponía en juego sus propios recursos, o los adquiría a préstamo junto con el correspondiente compromiso, y en ello se fundaba también su carácter opcional. La preparación abarcaba también aspectos espirituales: se prestaba atención a los presagios determinados por los sueños o algunos movimientos particulares de la naturaleza, se realizaban baños purificadores y se practicaba la abstinencia sexual. Cada uno de estos elementos de la preparación podía determinar el abandono del proyecto en caso de que las perspectivas no fueran buenas.

Reunión

El cuarto paso era la *reunión* de todos los comprometidos en el lugar acordado. Nuevamente, se repetían los ejercicios militares que daban cuenta recíprocamente del poderío relativo de cada grupo. Para ello se llevaba adelante, además, un conteo de todos los presentes, que era realizado en público, para verificar lo comprometido en el *trawn*. A partir de la reunión, la autonomía de los diferentes grupos y guerreros se ponía en suspenso: quienes habían concurrido debían obedecer al jefe de guerra designado, que adquiría provisoriamente el derecho de castigarlos sin ser objeto de reclamos posteriores. Durante la reunión, que podía prolongarse algunos días, se enviaban espías al punto a atacar y, eventualmente, se difundía información falsa o se enviaban pequeños ataques a puntos diferentes para confundir al enemigo. Finalmente, se hacía un rezo colectivo y una arenga, dando comienzo a la marcha.

Desarrollo del malón

El *malón* tomaba una disposición particular en el terreno ya que, aunque la dirección era única, la autonomía de los grupos participantes continuaba teniendo importancia. Típicamente, la marcha se desplegaba paralela al horizonte, en pequeños grupos formados por parientes y otras personas cercanas, separados por cierta distancia, pudiendo abarcar en conjunto varios kilómetros. Ello evitaba conflictos, dado que lo obtenido por cada *cona* o su grupo inmediato no debía ser obligadamente compartido con el resto de los maloneros ni se centralizaría para su distribución. Los guerreros solían ir acompañados de muchachos, cautivos y mujeres que colaboraban con el arreo y los saqueos, de haberlos, y eventualmente participaban en el ataque. El objetivo del malón no era el enfrentamiento, por lo cual se preferían las horas de la madrugada buscando la sorpresa, la rápida apropiación de bienes y facilitando la huida veloz. No obstante, según el objetivo puntual del malón, la violencia podía dosificarse desde la evitación de contacto con el enemigo hasta la búsqueda explícita de producir un gran número de muertes, además de la destrucción y el incendio de las construcciones que los maloneros hallaban a su paso. Con respecto a los cautivos, en algunos casos eran explícitamente buscados,

por ejemplo, cuando el malón respondía a un ataque previo y uno de sus objetivos era poder canjear prisioneros, en otros eran un resultado eventual y, finalmente, en algunos malones se ordenaba explícitamente que no fueran llevados.

Una vez retornados, cada *weichafe* y *longko* volvía a su tierra, habiendo llegado a su fin la articulación colectiva previamente establecida en el *trawn*. Como se ha señalado, en la protocolización del malón mapuche se escenificaba la independencia de los fragmentos y su articulación provisoria, sin dar lugar a la conformación de una fuerza permanente. Las articulaciones posibles para la guerra eran hipotéticamente tan amplias como la cantidad de grupos existentes en la pampa, pudiendo extenderse a facciones *huincas*, tal como sucedió en determinados contextos. Los objetivos de cada malón puntual, resultantes de un consenso producido en el *trawn*, podían ser diferentes para todos los actores y no se extendían más allá del cumplimiento de lo acordado.

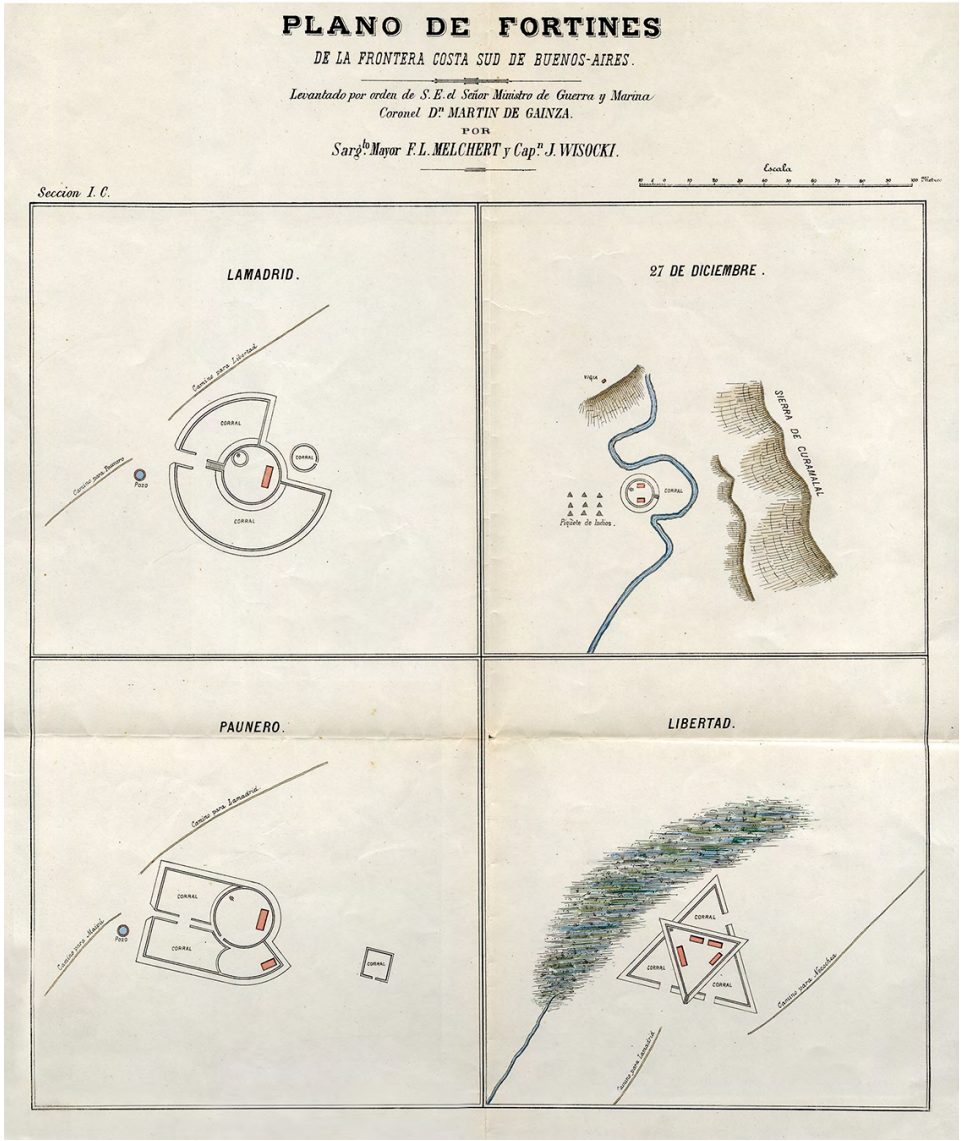



Figura nº 5. Plano de fortines de la Frontera Costa Sud de Buenos-Aires / levantado por orden de S. E. el Sr. Ministro de Guerra y Marina Coronel Dn. Martín de Gainza, por Sargto. Mayor F. L. Melchert y Capn. J. Wisocki. [Buenos Aires : Ministerio de Guerra y Marina, ca. 1872].
Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

## LOS MALONES EN LA HISTORIA

Se abordará ahora el segundo punto que juzgamos indispensable para comprender los malones: su inserción en procesos históricos particulares. Las periodizaciones habituales tienden a subsumir la historia indígena a la de la sociedad invasora y, de ese modo, establecer un corte entre las etapas "colonial" e "independiente", las cuales, desde "tierra adentro", conforman una continuidad, en buena medida. Una periodización alternativa, sin embargo, enfrenta numerosas dificultades, en tanto debería dar cuenta tanto de dinámicas específicas en dife-

rentes espacios fronterizos, no generalizables al conjunto, como de las articulaciones cambiantes dentro del propio espacio indígena. Por razones de espacio, además, el relato que sigue será inevitablemente sucinto, no pudiendo abarcar con profundidad los diferentes contextos y procesos. Por ello, con la inevitable generalidad y con carácter fundamentalmente expositivo, se enfatizarán aquellas circunstancias que podrían contribuir a configurar mojones temporales, tanto por el grado de conflictividad como por la introducción de lógicas de relación interétnica que modifican los escenarios con consecuencias a futuro.

### *2.1 Los primeros grandes malones en Puelmapu*

Uso del caballo

La porción del *Wallmapu* sobre la que actualmente está emplazado parte del territorio argentino –las pampas y el norte patagónico, el *Puelmapu*– conformó, como ya se ha señalado, una territorialidad única junto con la región central del actual Chile. Tal espacio se encontraba, al momento de la llegada de los conquistadores españoles, cruzado por diversos lazos comerciales y políticos que articulaban a las poblaciones indígenas y se expandieron como resultado de la adopción de nuevos bienes y tecnologías, entre los que cobra especial relevancia el uso del caballo, que permitió agilizar sustantivamente la velocidad y el volumen de los intercambios (Palermo, 1999). Multiplicado inicialmente de manera silvestre, el ganado de origen europeo modificó sustancialmente la economía de los grupos pampeanos, fortaleciendo su integración interna, así como las conexiones e intercambios con las sociedades *huincas*. La naturaleza de estos últimos, sin embargo, no fue idéntica en todo tiempo y porción del territorio, dando lugar a dinámicas específicas que, aunque repercutían en el conjunto, permiten diferenciar trayectorias de diferente cariz (de Jong, 2015).

Siglo XVII

En la Araucanía, el *Ngulumapu*, el primer siglo estuvo marcado por una feroz confrontación que culminó por detener la expansión española en el río Biobío a partir de mediados del siglo XVII, formalizándose la nueva situación en un sistema de parlamentos periódicos que regulaban la relación entre ambas sociedades. El fracaso inicial de la empresa conquistadora derivó en un *modus vivendi* basado en el comercio y las relaciones diplomáticas, dando forma a una particular integración de la frontera del *Ngulumapu* en las tramas económicas y políticas chilenas, que, si bien no estuvo exento de diversas tensiones ni implicó la renuncia a las pretensiones sobre el territorio mapuche, se mantuvo hasta mediados del siglo XIX. En el río de la Plata, en tanto, la refundación de Buenos Aires en 1580 no condujo inicialmente a una confrontación abierta con los grupos pampeanos, y no sería hasta un siglo y medio después, en la década de 1730, que la historiografía ha registrado malones en gran escala (Carlón, 2014). El siglo XVII parece haber estado marcado por la mutua indiferencia en las fronteras del sur rioplatense, con un límite natural en el río Salado (Carlón, 2014). De acuerdo a los investigadores que analizaron el período, los episodios considerados violentos denunciados por los españoles en esta etapa corresponden fundamentalmente a fugas de indios sometidos, pequeños robos y ataques esporádicos a viajeros que circulaban entre los pueblos españoles o se adentraban en territorio indígena en busca de sebo y cueros, sin que se produjeran ataques organizados a poblaciones coloniales (Roulet, 2018). No sería hasta fines de ese siglo que las tensiones comenzarían a hacerse más frecuentes como resultado de un incremento de las relaciones interétnicas, de las expediciones extractivas hacia territorio indígena y de la reorganización del espacio colonial. Sin embargo, tampoco ello involucró ataques al territorio considerado propio por los españoles, hasta bien entrado el siglo XVIII.

Causas de los malones

Tradicionalmente, se ha asociado el estallido de la confrontación abierta en este siglo con el presunto agotamiento del principal recurso de la región rioplatense, el ganado libre o *cimarrón*, objeto de competencia entre hispanocriollos e indígenas y en el interior de una y otra sociedad. Así, los hispanocriollos de Buenos Aires manifestaban preocupación por la presencia de vaqueros cordobeses, pun-

tanos y mendocinos en la captura de recursos considerados propios, en tanto el control de espacios y rutas de circulación eran un elemento central en las disputas internas del campo indígena. Aunque parece haber acuerdo sobre cierta retracción de la disponibilidad de ganado libre, su incorporación en el marco de una explicación más general, como causa final de los malones a la frontera bonaerense, ha sido revisada en los últimos años. Dicha explicación esquematizaba el incremento de la conflictividad fronteriza del siguiente modo: la demanda constante de ganado de la Araucanía, que a su vez respondía al comercio entre mapuches trasandinos y hacendados criollos de Chile, habría determinado, ante el agotamiento del *cimarrón*, que el ganado pasara a ser obtenido de las estancias bonaerenses por medio de malones. Este proceso se describía asociado a la llamada "araucanización de las pampas", por medio de la cual linajes de origen mapuche habrían desplazado a poblaciones preexistentes.

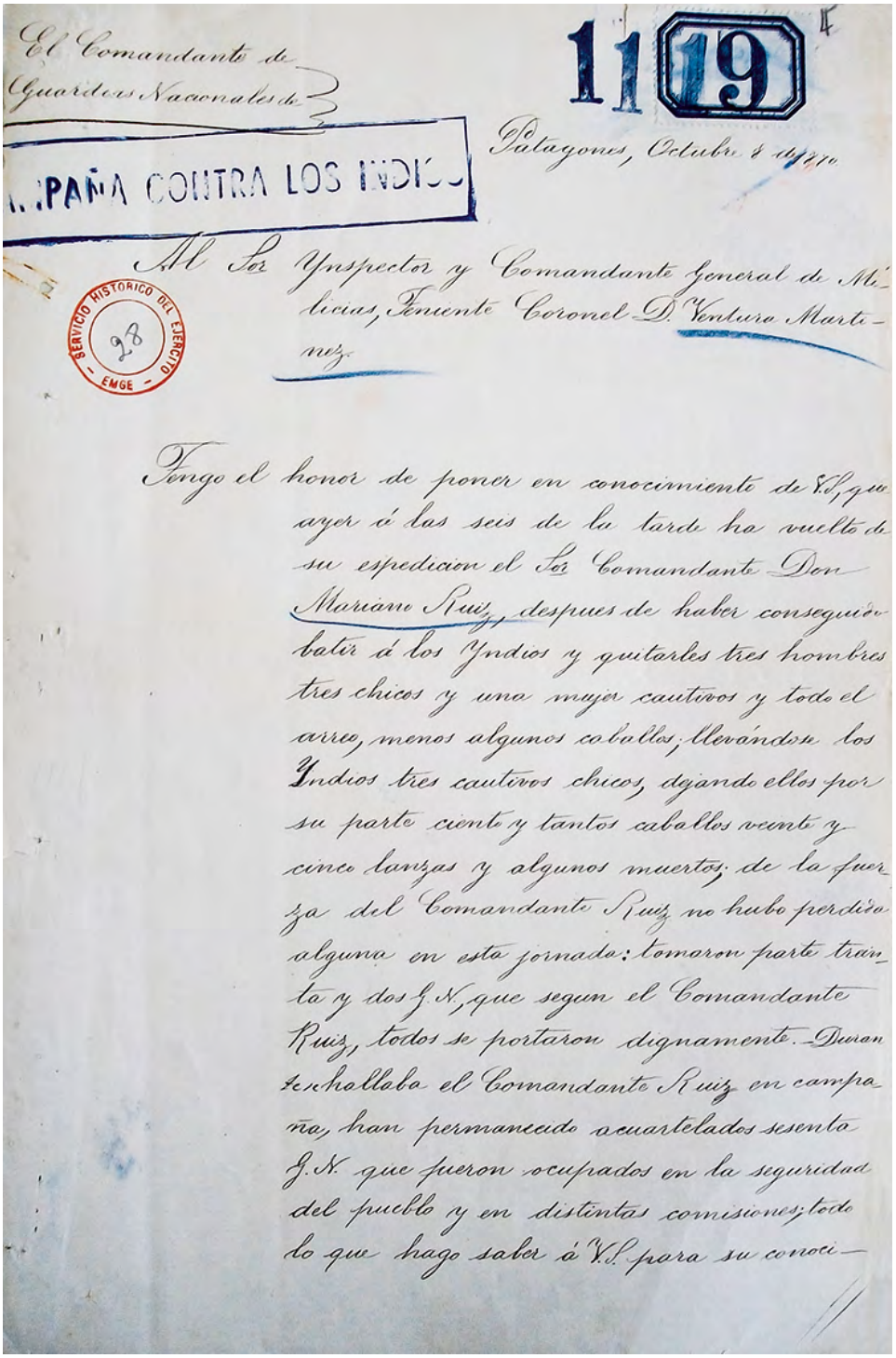

El Comandante de
Guardias Nacionales de
1119
Patagones, Octubre 8 de 1870
CAMPAÑA CONTRA LOS INDIOS
SERVICIO HISTORICO DEL EJERCITO
28
EMGE
Al Sor Ynspector y Comandante General de Milicias, Teniente Coronel D. Ventura Martinez.
Tengo el honor de poner en conocimiento de S.S. que ayer á las seis de la tarde ha vuelto de su espedicion el Sor Comandante Don Mariano Ruiz, despues de haber conseguido batir á los Yndios y quitarles tres hombres tres chicos y una mujer cautivos y todo el arreo, menos algunos caballos, llevándose los Yndios tres cautivos chicos, dejando ellos por su parte ciento y tantos caballos veinte y cinco lanzas y algunos muertos: de la fuerza del Comandante Ruiz no hubo perdida alguna en esta jornada: tomaron parte trainta y dos G.N. que segun el Comandante Ruiz, todos se portaron dignamente. Duran te hallolo el Comandante Ruiz en campaña, han permanecido acuartelados sesenta G.N. que fueron ocupados en la seguridad del pueblo y en distintas comisiones; todo lo que hago saber á V.S. para su conoci—

Figura nº 6. Santoro a Martínez, 8 de octubre de 1870, Servicio Histórico del Ejército, Fondo Fronteras con los Indios, caja 33, doc. 28. Fuente: Reproducción del archivo particular del autor.

Objeciones relevantes han puesto en cuestión este esquema. Aún sobreexplotado, el ganado salvaje no parece haberse agotado tan tempranamente, habiendo evidencia de su existencia hacia fines del siglo, por lo que mal podría haber sido su extinción el origen de las incursiones décadas antes (Alioto, 2011). Asimismo, se ha demostrado la existencia de un importante polo pastoril en el sur bonaerense (Mandrini, 1987), de modo que la explotación ganadera indígena de ningún modo se limitaba a la caza y captura de ganado, salvaje o doméstico.

Formación de nuevos liderazgos

Por otro lado, también se ha descartado la formulación tradicional del proceso de "araucanización", que suponía un reemplazo violento de las poblaciones originarias por mapuches, provenientes de la cordillera y la Araucanía. La progresiva expansión del *mapuzungún*, así como la difusión de otros aspectos culturales típicamente mapuches, es considerada actualmente como resultado de un proceso de mayor complejidad (Mandrini y Ortelli, 2002). Es correcto que se observa la instalación de linajes de origen trasandino y cordillerano en las pampas, especialmente a partir de mediados del siglo XVIII, como parte de un proceso que se incrementará en el siglo siguiente y que tiene precedentes en expediciones periódicas que se hunden muy atrás en el tiempo. Pero sobre estas migraciones, y su encuentro con poblaciones no mapuches, se han enfatizado las alianzas e intercambios, sin que esto excluya la eventual competencia violenta, entre fracciones de ambos grupos, dando lugar a la formación de nuevos liderazgos y agrupaciones.

Nuevas teorías

Descartadas o matizadas las propuestas que los cifraban en el agotamiento del ganado libre, y en una expansión homogénea de mapuches transcordilleranos en las pampas con el objeto de abastecer de ganado a los mercados chilenos, las explicaciones generales sobre los grandes ciclos maloneros del siglo XVIII se orientaron a una revisión de las fuentes capaz de restituir su historicidad. Sin extendernos en los detalles por razones de espacio, pueden señalarse distintas propuestas en las investigaciones contemporáneas. En primer lugar, se ha señalado la violencia intrínseca a la situación colonial, plena de prácticas pasibles de ser consideradas como un daño que exigía una acción restitutiva (Roulet, 2018). Una porción relevante de los malones de este siglo, entonces, se han explicado remitiendo a la lógica del *tautulum*: como respuesta al aprisionamiento o asesinato de miembros de misiones comerciales o a la captura, esclavización o muerte de hombres, mujeres y niños en el marco de expediciones a tierra adentro (Jiménez, 2005; Carlón, 2014). En la medida en que alguno o varios de estos hechos afectaron directamente a familiares o aliados estrechos de líderes de gran predicamento, o a diversos grupos simultáneamente, como resultado de políticas especialmente torpes de determinadas autoridades de frontera, fueron generadas las condiciones para malones de gran envergadura, orientados a recuperar cautivos mediante la captura de pobladores para su canje o sencillamente vengar los agravios recibidos. Tal parece haber sido el caso de los malones particularmente importantes a fines de 1730 y en las décadas de 1770 y 1780. Particularmente en estos últimos, las agresiones españolas estarían vinculadas a la competencia por el ganado, pero no por el ganado *cimarrón* o el doméstico sino el *alzado* –huido–, que en las particulares condiciones climáticas de la época, con sequías muy fuertes, se habrían adentrado buscando pasturas en territorio indígena (Jiménez, 2005).

Competencia intraindígena

Pero los malones de este período también han sido vinculados con dinámicas de competencia intraindígena. La emergencia de liderazgos guerreros en la pampa central a mediados del siglo ha sido vinculada con el fortalecimiento del poder de los líderes –úlmenes– en la Araucanía. Este fortalecimiento, asociado al copioso comercio en las fronteras hispanocriollas de Chile y los vínculos diplomáticos allí obtenidos mediante el sistema de parlamentos, habría resultado en la emergencia de un nuevo tipo de líder, aquel que, sin expectativas de ascenso en el *Ngulumapu*, se trasladaba a las pampas con el objeto de obtener prestigio y ascendente por medio de la práctica guerrera (Villar y Jiménez, 2003c). Organizadores de incursiones sobre caravanas comerciales y arrías en el camino que unía Buenos Aires con Mendoza, los caciques "corsarios" han sido señalados como un

factor disruptivo que contribuyó a la reconfiguración del mapa político regional, al enfrentarse a otros liderazgos que también habían salido fortalecidos de la expansión del comercio y la riqueza en la región. Estas reconfiguraciones, que implicaban la disputa intraétnica por la hegemonía y el control de determinados espacios, entre ellos el acceso a las fronteras pampeanas, los boquetes para atravesar la cordillera y las rutas de comercio, pasaron por distintas etapas y espacios en el período y, en ocasiones, derramaron sobre las fronteras. Ello se debía también a la intromisión de las autoridades coloniales en los conflictos indígenas, que buscaban fortalecer algunos grupos y líderes en detrimento de otros, en función de la hostilidad que percibieran en ellos.

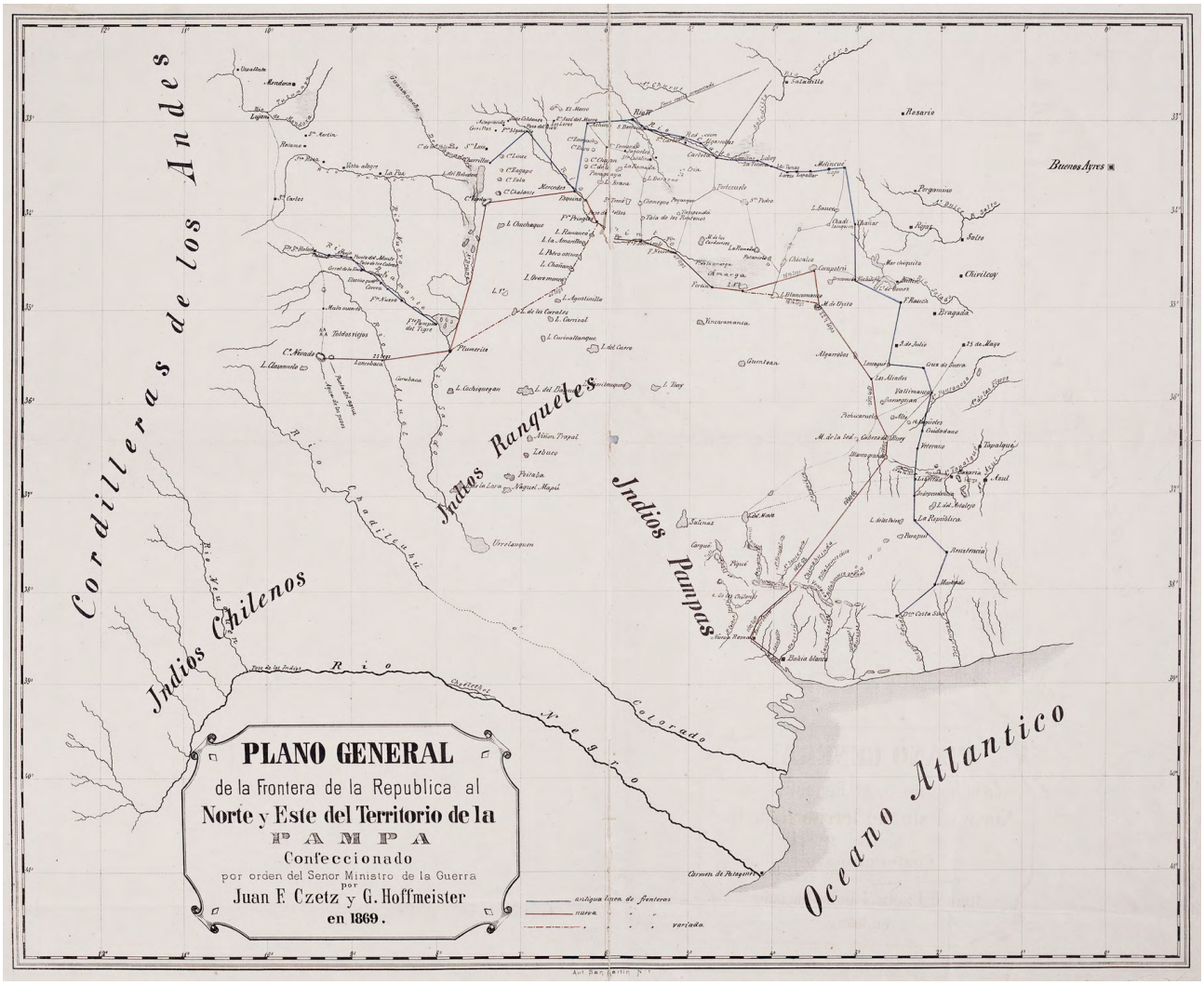



Figura nº 7. Plano general de la frontera de la República al norte y este del territorio de la Pampa / confeccionado por orden del Senor [*sic*] Ministro de la Guerra, por Juan F. Czetz y G. Hoffmeister en 1869. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Articulaciones colectivas

También se han vinculado los malones del siglo XVIII con el interés de líderes y grupos indígenas de modificar determinadas políticas españolas que afectaban su territorialidad o intereses mercantiles (Crivelli, 1991; de Jong, 2015). Así, la breve experiencia misionera jesuítica en la actual provincia de Buenos Aires, en la primera mitad del siglo, o las restricciones al comercio en diferentes momentos, podrían haber sido percibidas como violaciones de las respectivas territorialidades, en un caso, o de los términos de relación, en el otro. En ambas instancias, las incursiones han sido analizadas como estrategias colectivas orientadas a procurar un *statu quo* percibido como más favorable, cuyo resultado sería la formulación de tratados formales que expresaran la delimitación de obligaciones y límites recíprocos entre ambas sociedades. Ello es particularmente claro en los ciclos maloneros de mayor magnitud, esto es, aquellos que, en el modo descripto en el apartado anterior, requirieron la articulación de numerosos grupos inde-

pendientes en un objetivo común, concluyendo por imponer a las autoridades españolas límites territoriales y prácticas específicas de vinculación comercial y política. Estas articulaciones colectivas, como se ha señalado, implicaban la confluencia de intereses diferentes, por lo cual debe tenerse siempre en cuenta que los motivos aducidos hasta aquí no eran necesariamente excluyentes, y por lo general estaban presentes en diferentes proporciones, sumados al mero interés de obtener recursos que podía orientar a los guerreros a integrarse a un malón, tal como las perspectivas de saqueo incentivaban a los milicianos hispanocriollos.

### *2.2 La ruptura del pacto de 1790 hasta el nuevo equilibrio*

Impacto de las guerras de emancipación

En 1790, luego de un período de gran conflictividad, se fijó la paz y se estableció el límite interétnico en el río Salado, abriéndose una etapa generalmente considerada de paz fronteriza, que se extendió hasta los primeros años posteriores a la revolución de mayo. Ello puede ser matizado respecto a instancias puntuales de agresión, en uno u otro sentido, pero no volvieron a registrarse grandes expediciones guerreras como las que habían caracterizado los años previos al acuerdo. Las misiones comerciales indígenas y otros vínculos pacíficos, que no habían desaparecido aún en los tramos más álgidos del siglo XVIII, continuaron su curso y no se extinguirían al degradarse aceleradamente el orden fronterizo en la segunda década del siglo XIX. Dos procesos derivados de las guerras de emancipación contribuyeron a esta degradación: la expansión territorial *huinca* y la conflictividad que siguió al proceso independentista.

Deterioro del orden fronterizo

Si bien el cruce del límite interétnico formal del río Salado por nuevos pobladores no indígenas tenía antecedentes, comenzó a acelerarse como consecuencia de la apertura comercial que siguió a la revolución y el consiguiente interés por productos derivados del ganado, acentuado por la reducción de los rodeos en otras áreas como resultado de las guerras en Santa Fe y la Banda Oriental. El desconocimiento de los acuerdos y los roces provocados por los nuevos habitantes del territorio indígena generó numerosas situaciones de tensión, que se sumaron a otras derivadas de la guerra, entre ellas la presencia de desertores que conformaban gavillas de asaltantes, en ocasiones aliándose a guerreros indígenas y eventualmente teniéndolos como víctimas de sus asaltos. El deterioro del orden fronterizo eclosionaría al comenzar la década de 1820, al trasladarse a "tierra adentro" las luchas faccionales no indígenas. Los primeros grandes malones del siglo XIX sobre poblaciones *huincas* expresaron la alianza de grupos pampeanos con facciones emergentes de las guerras civiles de lo que comenzaba a ser la Argentina.

Guerra de guerrillas en Chile

Adicionalmente, repercutió en las pampas la llamada "guerra a muerte" (1819-1832), enfrentamiento de guerrillas que opuso a la naciente república de Chile con sectores del sur de ese país que tomaron partido por el bando realista, construyendo acuerdos con la mayor parte de los grupos del *Ngulumapu*, interesados en sostener el tipo de vínculo político y comercial que había sido beneficioso durante los siglos previos. Frente a ello, la instalación de tropas independentistas en territorio mapuche, aliadas a su vez con grupos mapuches hostiles a los que habían decantado por el bando opuesto, pronto se trasladó al oriente cordillerano. En este marco, poderosos linajes araucanos se instalaron en las pampas, compitiendo con los grupos locales, encerrados entre los nuevos competidores y la expansión del territorio bonaerense a su costa. Las intervenciones del gobierno provincial, cuyas expediciones destinadas a consolidar el avance y castigar a los presuntos responsables de malones en ocasiones caían sobre grupos que no habían participado de hostilidades, contribuyó a complejizar el escenario, dando cauce a un período especialmente violento y por momentos caótico, marcado por el faccionalismo y las alianzas cruzadas.

Reordenamiento del territorio y de la política indígena

Del reordenamiento de tal escenario, que llevaría casi dos décadas, emergería un territorio indígena significativamente reducido debido a la expansión sobre él

de la provincia de Buenos Aires, en tanto en otras fronteras los límites se mantendrían similares. Con ello llegó a su fin el núcleo pastoril serrano que había sido la principal fuente de riqueza de los grupos pampeanos durante el período colonial, debiendo desplazarse éstos hacia el oeste. Las sucesivas campañas militares, en 1820, 1823 y 1824 durante la gobernación de Martín Rodríguez, en 1826 y 1827 durante la de Gregorio de Las Heras, así como otras expediciones llevadas a cabo hasta finalizar con la emprendida por Juan Manuel de Rosas entre 1833 y 1834, contribuyeron definitivamente a modificar el panorama político indígena, que además de la pérdida de una gran porción de su espacio sufrió un gran reordenamiento interno, con el desplazamiento, la desaparición y la emergencia de liderazgos y grupos (Villar y Jiménez, 2011).

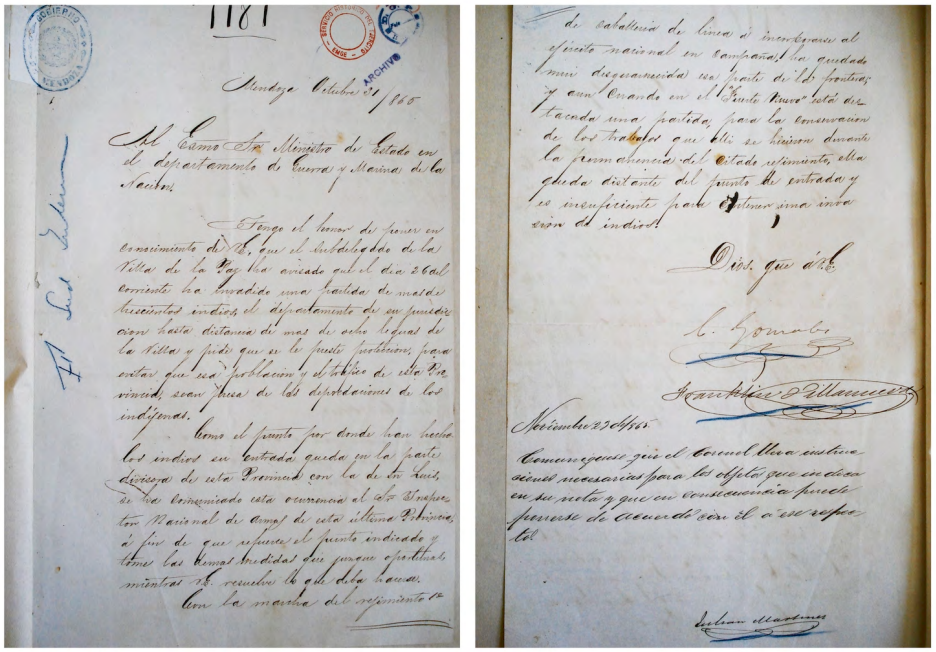


Figura nº 8. González a Gelly y Obes, 31 de octubre de 1865, Servicio Histórico del Ejército, Fondo Fronteras con los Indios, caja 18, do. 53. Fuente: Reproducción del archivo particular del autor.

Política rosista

La política rosista delinearía una modalidad del vínculo interétnico que sobreviviría a la caída del gobernador años después. El llamado "negocio pacífico de indios" consistía en el establecimiento de vínculos particulares con diferentes líderes indígenas según fueran estos considerados amigos, aliados u hostiles (Ratto, 2007). Los "indios amigos" serían grupos instalados e integrados a la vida de la frontera, subordinados a la autoridad militar a cambio de diferentes beneficios e instalados en diversos puntos conformando buena parte del dispositivo de defensa. Otros grupos de "tierra adentro", en tanto, serían considerados aliados, manteniendo un estrecho vínculo diplomático y recibiendo a cambio raciones periódicas de diversos bienes, especialmente ganado, que contribuirían a cimentar poderosos liderazgos, especialmente el del *salinero* Juan Calfucurá, uno de los migrados en el marco de los conflictos intraétnicos de las décadas anteriores y líder emergente de ellos, que marcaría las décadas siguientes. Los grupos que no obtuvieron el estatus de "aliados", especialmente las parcialidades *ranqueles*, sufrieron la hostilidad no indígena durante la mayor parte del período rosista, revirtiendo en grandes malones, en ocasiones aliados con refugiados *huincas* en el marco de las guerras civiles. No obstante, aún para los grupos considerados "hostiles", el beneficio de las raciones periódicas, que alcanzaron a una gran cantidad de recursos, y el acceso regulado a los puntos fronterizos para el comercio, terminaría por conformar una expectativa de relación interétnica deseada por el conjunto de los grupos pampeanos. Y especial, pero no exclusivamente, para los *salineros*, que pasaron a ser el centro de un sistema regional de comercio de ganado, construido sobre los antiguos circuitos que unificaban el *Wallmapu* en un espacio único (de Jong, 2016).

Gran alianza indígena

Con el fin del período rosista, a partir de 1852, se abrió lo que sería la última etapa de la soberanía mapuche en el actual territorio argentino, al tiempo que procesos similares tendrían curso en el lado occidental de la cordillera. Ello no seguiría, no obstante, un proceso lineal. Inicialmente, las nuevas autoridades procurarían continuar con el *statu quo* construido por Rosas, pero la escisión de Buenos aires del resto de las provincias generaría un escenario diferente al confluir la convocatoria, por parte de la Confederación Argentina, a una alianza frente a los porteños, y una política particularmente lesiva por parte de las nuevas autoridades, que llevaron a adoptar una posición hostil aún hacia los grupos de "indios amigos" de larga presencia en la frontera. Ello redundó en una gran alianza que articuló a buena parte del campo político mapuche, actuando por primera vez de modo coordinado *ranqueles*, *salineros*, grupos de territorialidad ubicada en el norte patagónico y algunos sectores de los llamados "indios amigos". Algunos malones de la década de 1850, en tal sentido, deben interpretarse en el marco de la guerra civil entre el Estado de Buenos Aires y la Confederación, y a las estrategias y alianzas indígenas frente a tal situación.




Figura nº 9. Carta topográfica de la pampa y de la línea de defensa (actual y proyectada) contra los indios / construida por orden del Exmo. Señor Ministro de Guerra y Marina, Coronel Dr. Dn. Adolfo Alsina, según los mejores materiales y trabajos propios, por el Sto. Mayor Dn. F. L. Melchert. Buenos Aires: Litogr. de Alberto Larsch, diciembre 1875. Fuente: Biblioteca Nacional Mariano Moreno.

Reunificación del país posterior a Pavón

Esta amplia coalición indígena, sin embargo, tuvo una duración breve (de Jong y Ratto, 2008). La modificación de la política porteña llevó al progresivo retorno de sus integrantes a las relaciones pacíficas, ancladas en la perspectiva de buenos

tratos comerciales y la recepción de raciones, así como de la reedición de acuerdos que garantizaran su autonomía territorial, para quienes residían tierra adentro, y del respeto de sus tierras para quienes lo hacían en la frontera. Con la reunificación del país posterior al triunfo porteño en Pavón, sólo los *ranqueles* continuaron comprometidos en una relación conflictiva durante la década de 1860, lo que los llevó a establecer alianzas con las rebeliones federales que transcurrieron en esos años (Tamagnini y Pérez Zabala, 2010). Por lo demás, el retorno al "negocio pacífico de indios" se consolidó abarcando nuevas agrupaciones al tiempo que otras, anteriormente autónomas, se instalaron en la frontera, engrosando el número de "indios amigos" (de Jong, 2011).

Avances parciales de la frontera

Así, a diferencia del área *ranquel*, tanto en el extremo sur, asociado a caciques patagónicos, como en la mayor parte de la provincia de Buenos Aires, donde comerciaban los *salineros,* los años que siguieron a Pavón no están caracterizados por grandes malones, a excepción de situaciones puntuales. Ello se debió a una estrategia específica de sus líderes, que además evitaron grandes convocatorias mediante distintos mecanismos, como el agasajo, el desvío de guerreros al crítico territorio ranquel y la colaboración con las autoridades *huincas*, de modo de mantener y reforzar lo que entendían significaba un retorno parcial a los años previos a la caída de Rosas (de Jong, 2011; Cordero, 2019). No obstante, durante la década de 1860 se produjeron algunos avances parciales de la línea de frontera y se comenzó a legislar sobre la ocupación definitiva del territorio. Ello, más los repetidos incumplimientos de los acuerdos, fue tornando crecientemente dificultoso el sostenimiento de tal estrategia. Sus límites se expresaban, entre otras acciones, en la realización de malones, tanto pequeños y con autores difíciles de identificar como a través de la convocatoria de líderes medianos que con ello debilitaban el prestigio de los principales *longkos*, presentándose como competidores (Cordero, 2019).

Última década de autonomía indígena

En la última década de autonomía indígena, 1870, si bien también los *ranqueles* se avendrían al vínculo pacífico, la conflictividad no cesó de incrementarse, ya en el marco de una política de conquista y sometimiento cada vez más clara por parte del Estado argentino. Ésta tenía su correlato en Chile, que había desplegado una violenta campaña desde mediados de la década anterior, que retomaría ya comenzada la llamada "conquista del desierto" en Argentina. Volviendo al *Puelmapu*, los sucesivos avances territoriales y otros actos hostiles dieron lugar a malones crecientemente numerosos. Sin embargo, éstos no cristalizaron en una estrategia defensiva coherente y continua. Situaciones puntuales consideradas lesivas eran respondidas con grandes convocatorias que abarcaban numerosos grupos coaligados que, después de llevado adelante el ataque, no prolongaban su alianza, retornando inmediatamente los principales líderes a la vía diplomática. La búsqueda de preservar la autonomía y un vínculo estable y beneficioso, sin embargo, fue demostrándose imposible y luego de cada gran malón los nuevos acuerdos resultaban ser menos favorables. Con la campaña de Adolfo Alsina en 1875-76, que redujo significativamente las pasturas indígenas, y, pocos años después, con las expediciones que comenzaron a partir de 1878 al mando de Julio A. Roca, los malones adoptaron un cariz puramente defensivo frente al avance de las tropas, habiendo perdido ya la capacidad de imponer un vínculo simétrico con los invasores.

## LOS RESULTADOS DEL MALÓN

Fuentes documentales sobre ganado maloneado

Resta referirnos a la última cuestión adelantada al comenzar este texto, esto es, a los efectos de los malones en la sociedad fronteriza. Ciertamente, no existían al momento de la vigencia de la soberanía mapuche datos estadísticos fiables y sistemáticos sobre sus efectos en las economías fronterizas. Esta ausencia quizá haya determinado, junto con la imagen de violencia que atraviesa toda su percepción, la adscripción acrítica a algunas cifras de ganado maloneado publicadas en el marco de la última etapa de la frontera. Hay particularmente tres fuentes, que ocasionalmente son citadas, relativas a la magnitud del ganado apropiado

periódicamente, producto de cálculos aproximados manifestados por políticos y militares del siglo XIX, todos ellos ligados en diferentes roles a la planificación y la ejecución de la llamada "conquista del desierto". Estas cifras varían sustancialmente entre sí. Así, Julio A. Roca, entonces a cargo del ministerio de Guerra y Marina, estimó en 1876 en 40.000 las cabezas de ganado anualmente perdidas en malones. Años antes, los militares y políticos Juan José Olascoaga y Álvaro Barros, ambos importantes impulsores de las campañas de conquista, las habían estimado en 200.000 y 150.000 respectivamente. A pesar de su vaguedad, y si bien se trataba de una fracción pequeña del *stock* ganadero para este período total, se trata de cifras importantes, que resultan aún más gravosas si se tiene en cuenta que esas pérdidas no correspondían al conjunto del territorio, sino exclusivamente a las áreas fronterizas. Una revisión de las fuentes documentales procurando cotejar tales cifras, sin embargo, ha dado por resultado magnitudes muy menores (Cordero, 2019). Mediante la prospección sistemática de los informes presentados por las autoridades fronterizas durante tres lustros (1860-1875), cotejadas a su vez con las memorias presentadas anualmente al Congreso de la Nación por la cartera ministerial a cargo de las fronteras y, adicionalmente, con otras fuentes existentes, se construyó el cuadro que puede verse a continuación, correspondiente a la totalidad de las fronteras.

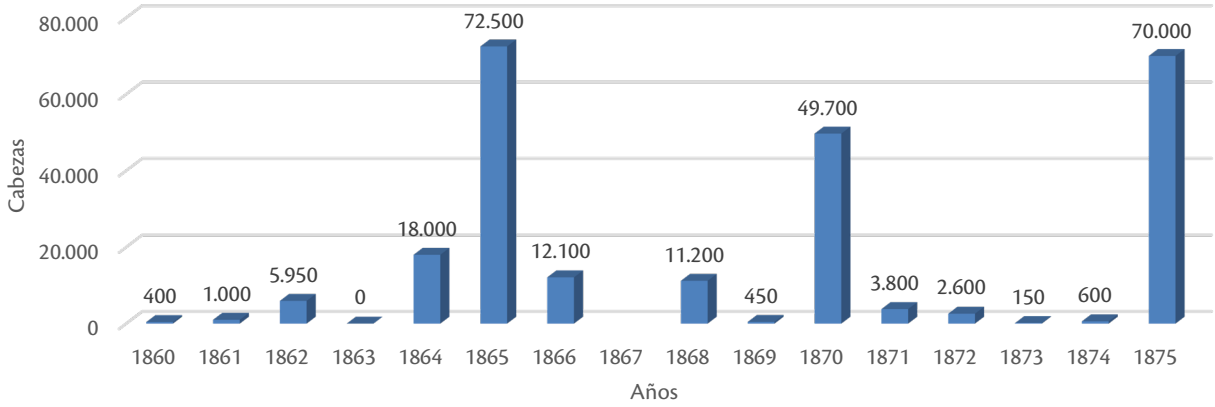



Gráfico nº 1. Ganado llevado en malones por año (1860-1875). Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos del Servicio Histórico del Ejército y Memorias del Ministerio de Guerra y Marina.

Se trata, por supuesto, de una aproximación. Para llegar a ella fueron anotadas todas las pérdidas de ganado con motivo de malones registradas durante el período, de las que fueron descontados los animales recuperados durante la persecución por las fuerzas militares. Los documentos que se utilizaron como insumo poseen algunas limitaciones, dado que no todos los episodios relatados lo son con el mismo nivel de detalle. De su revisión, no obstante, surge que los malones de mayor importancia han dejado huellas documentales más nítidas, de modo que la información faltante difícilmente modifique en lo sustancial los resultados. En todo caso, ante las dudas planteadas respecto de la documentación de cada episodio en particular, se prefirió correr el riesgo de sobreestimar los efectos de las incursiones, registrando el mayor número que apareciera. Pero, según puede observarse, las cifras habitualmente utilizadas están muy lejos de lo que puede sostenerse sobre la base de la documentación para la mayoría de los años y lo estaría aún si, atendiendo a los límites que encontramos para registrarlas, las duplicáramos hipotéticamente. Los pocos años en que parecen acercarse a ellas corresponden a coyunturas críticas de las relaciones interétnicas, donde aparecen como resultado del despliegue de grandes malones sobre las fronteras, no como su causa.

### Limitaciones de las fuentes

Una de las razones de que las cabezas de ganado arreadas en malones fueran menores a las esperadas es su relativa ineficiencia. Si bien suele describirse el dispositivo de defensa fronterizo durante el período enfatizando su ineficacia, en algo menos de la mitad de los malones donde se menciona alguna apropiación

de ganado éste fue recuperado en su totalidad o nunca llegó a arriarse, valor que llegaría al 60% si se incluyeran en la cuenta, razonablemente, todas aquellas comunicaciones que informan sobre una incursión indígena sin hacer referencia alguna a pérdidas de ganado o de otro tipo. Adicionalmente, en un tercio de los malones donde se registran arreos, el ganado extraído es señalado como escaso o se mencionan cifras muy bajas. Casi el 80% de los animales aquí registrados, por último, corresponden a sólo 5 malones de los 179 –en su mayoría pequeños malones– que registramos para idéntico período, todas ellas grandes acciones bélicas que coaligaron a numerosos grupos en un objetivo común imposible de reducir a una práctica meramente económica. Y es que, en definitiva, la naturaleza económica de las incursiones indígenas, si bien presente, sólo podía garantizar un recurso adicional a las prácticas productivas y comerciales propias, nunca su reemplazo o su principal recurso.

Cautividad y muerte de personas

Para el mismo período, la cautividad y la muerte de pobladores y militares tampoco aparece como una práctica constante. Si bien se registraron 757 pobladores o militares cautivados entre 1860 y 1875 (el 90% en sólo 5 malones), son muchos más aquellos casos cuya documentación no hace referencia a cautivos o cautivas. Se trata de todos modos de un número relevante, que debería ser considerado en conjunto con la práctica opuesta de captura de mujeres, hombres y niños mapuches y su incorporación como tropa forzada, su envío a prisiones o su reparto entre familias no indígenas durante el mismo período. Más aún cuando el canje de prisioneros era uno de los motivos, ciertamente no el único, de la cautividad. Algo similar ocurre con las víctimas fatales. Para estos años se identificaron 729 muertos, de los cuales 519 eran pobladores y el resto militares y milicianos. No ha sido posible cotejar este número con las víctimas indígenas de las incursiones militares, dado que las fuentes son más parcas, pero claramente se trata de un número al menos similar y probablemente mayor. Ambas cifras, cautivos y muertos, corresponden a una cantidad pequeña de malones, ratificando la dosificación de la violencia en función de contextos particulares, definidos por los objetivos de cada incursión en particular, no siendo en sí mismas prácticas sistemáticas y permanentes.

No es posible, por cierto, extender estos resultados aquí resumidos al conjunto de la etapa en que la sociedad mapuche mantuvo su soberanía frente a las sociedades invasoras. Una sistematización de más amplio rango temporal es una tarea aún en curso. Pero cabe resaltar que el efecto devastador de las incursiones indígenas se ha dado habitualmente por supuesto, extrapolando al conjunto del período en que tuvo vigencia la frontera circunstancias propias de episodios puntuales. Para la etapa de la que contamos con cifras, éste resulta ser relevante, tal como lo expresan los números de muertos y cautivos mencionados más arriba, pero mucho menor al que estamos habituados a suponer.

## PALABRAS FINALES

A lo largo de este capítulo, se ha reconsiderado una imagen sobre la violencia indígena que ha persistido a más de un siglo de finalizada la etapa de vigencia de la Frontera Sur. Ni los motivos de esa persistencia, ni los procesos que desestructuraron la sociedad mapuche finalizando con su historia soberana han sido abordados en esta ocasión. Consideramos, sin embargo, que la continuidad de los estereotipos que hallan su expresión más clásica en la representación del ataque malonero justificaba una exposición que supusiera un diálogo crítico con ella. En las páginas precedentes, se procuró restituir la racionalidad del malón inscribiéndola tanto en las prácticas y lógicas de la sociedad que los llevaba a cabo como en los procesos históricos en cuyo interior adquirían sus sentidos. Finalmente, aunque para un período corto, propusimos considerar sus efectos, tradicionalmente exagerados, sobre la sociedad *huinca*. Si intentamos desmarcarnos de la ya añeja dicotomía entre "civilización" y "barbarie", que orientó y aún informa algunos acercamientos al pasado mapuche, no fue para invertir los términos ni presentar en contraste una imagen idealizada de resistencia como clave de lectu-

ra del malón. Esperamos, por el contrario, haber ofrecido algunas herramientas de interpretación que ayuden al lector a interpretar en una clave compleja esta dimensión de la actuación indígena.

# EVOLUCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA POBLACIÓN

Componentes

Dinámica territorial

Construcción de indicadores

Para comprender de manera íntegra la dinámica poblacional de Argentina en la actualidad, es preciso retroceder en el tiempo, identificando la evolución de sus componentes y detectando de qué manera han impactado en el territorio.

Los componentes principales de la dinámica de la población son los nacimientos, los fallecimientos y las migraciones. La tasa de natalidad y la tasa de fecundidad pueden dar cuenta del primero de ellos. La tasa de mortalidad y la esperanza de vida al nacimiento de la población reflejan el comportamiento de los fallecimientos, y los valores de emigración e inmigración, el tercero de los constituyentes.

La conjugación del comportamiento de estos componentes a lo largo del tiempo permite interpretar la evolución de la población en determinado territorio. El cambio en el tiempo de ellos no se da de forma *natural* o espontánea. Es, en realidad, resultado de la conjugación compleja y continua de procesos políticos, económicos, ambientales, culturales, etc. De ese entramado resulta la configuración de la población en un momento y también en un territorio determinado.

Es imposible comprender la organización del espacio, la dinámica de la población, sin la incorporación, en ese análisis, de la dinámica territorial. Por tanto, para cualquier análisis de las condiciones de vida de la población, se debe recurrir a indicadores directos o indirectos, globales, regionales o locales que nos permitan, en principio, describir y luego analizar y comprender esa dinámica.

La construcción de indicadores, de cualquiera de los tipos mencionados anteriormente, se realiza a partir de fuentes de información actuales o históricas. El estudio de las poblaciones antiguas se realiza fundamentalmente por medio de fuentes indirectas. A partir del Concilio de Trento (1545-1563), la Iglesia comenzó a registrar de manera sistemática los acontecimientos relativos a la población: nacimientos, bautismos, matrimonios y defunciones.

Luego, muchos años después, se institucionalizó la recolección de este tipo de información y surgieron diversos organismos orientados a la recolección, sistematización y publicación de los datos. En Argentina, la historia de la información estadística referida a la población se divide en tres grandes etapas (INDEC, 2015). La primera se denomina *período preestadístico* y su comienzo se ubica en el momento de conquista y colonización del Río de la Plata, extendiéndose hasta el año 1868. La información existente para este período se encuentra disponible de manera muy fragmentada. El segundo período comienza en el año 1869, momento en el cual se realiza el Primer Censo de la República Argentina. El tercer período registrado comienza en el año 1968, cuando se crea el Instituto Nacional de Estadística y Censos, de manera conjunta con el Sistema Estadístico Nacional. Este período se extiende hasta la actualidad.

Si nos referimos a la calidad de los datos, debe decirse que no todos la poseen en el mismo grado ni fueron obtenidos en iguales condiciones ni con similares

instrumentos ni provienen de una única fuente ni se han hecho sobre unidades espaciales similares a lo largo del tiempo (Velázquez, 2008).

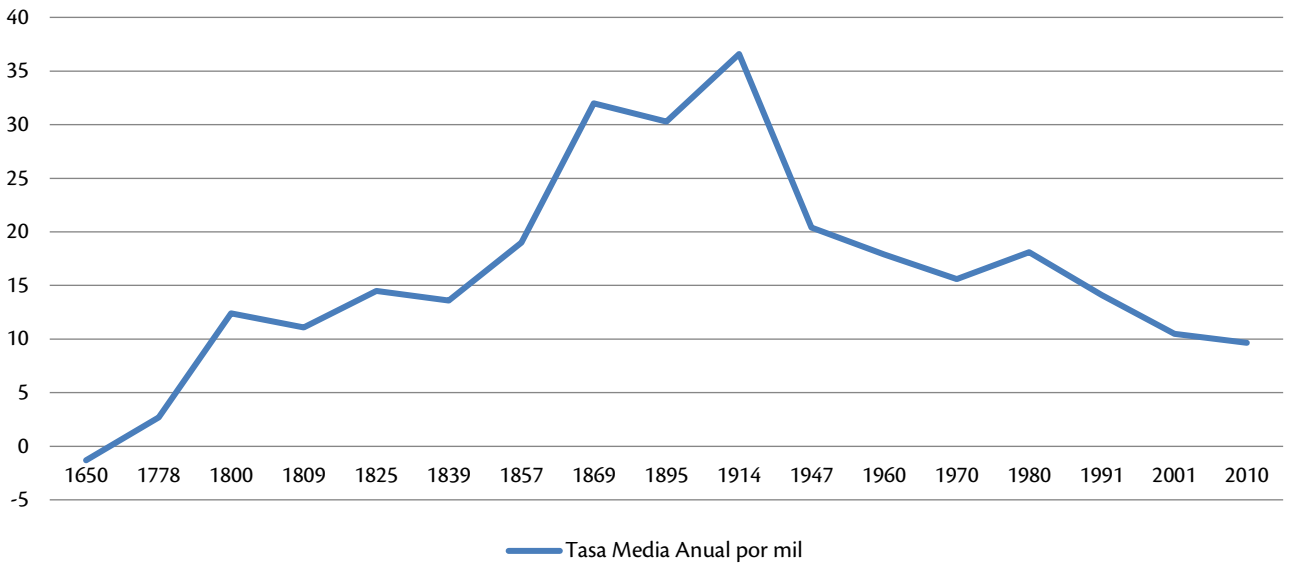
### Siglos XVI y XVII

Como se mencionaba, si bien la calidad de los datos, puntualmente los más antiguos, es relativa, hay consenso acerca del comportamiento de la población a mediados de los siglos XVI y XVII. A partir de este último siglo, se inició un lento proceso de aumento de la población (cuadro n° 1).

Cuadro n° 1. Población total y crecimiento de la población argentina (1550-2010). Fuentes: Recchini y Lattes (1974), INDEC-CELADE (1995), Mazzeo (1998), INDEC (2001 y 2010).

| *Año* | *Población en miles* | *Tasa Media Anual por mil* | *Longitud del período en años* |
|---|---|---|---|
| 1550 | 340 | | |
| 1650 | 298 | -1,3 | 100 |
| 1778 | 420,9 | 2,7 | 128 (1ras estimaciones. Censo) |
| 1800 | 551,8 | 12,4 | 22 |
| 1809 | 609,2 | 11,1 | 9 |
| 1825 | 766,4 | 14,5 | 16 |
| 1839 | 926,3 | 13,6 | 14 |
| 1857 | 1300 | 19 | 18 |
| 1869 | 1897 | 32 | 12 (Primer Censo Nacional) |
| 1895 | 4124 | 30,3 | 25,7 |
| 1914 | 8162 | 36,6 | 19,1 |
| 1947 | 15894 | 20,4 | 33 |
| 1960 | 20014 | 17,9 | 13,4 |
| 1970 | 23364 | 15,6 | 10 |
| 1980 | 27949 | 18,1 | 10 |
| 1991 | 32616 | 14,1 | 10,6 |
| 2001 | 36224 | 10,5 | 10,5 |
| 2010 | 40117 | 9,66 | 9,9 |

Gráfico n° 1. Tasa media anual por mil. Fuentes: Cuadro nº 1.




Entonces, como puede observarse en el gráfico n° 1, hasta el año 1857, la población creció de manera moderada, siempre con tasas por debajo de 20 por mil. Como mencionábamos, los datos de los años 1550 y 1650 corresponden a cifras aceptadas que representan con cierta fidelidad la población total para esos años.

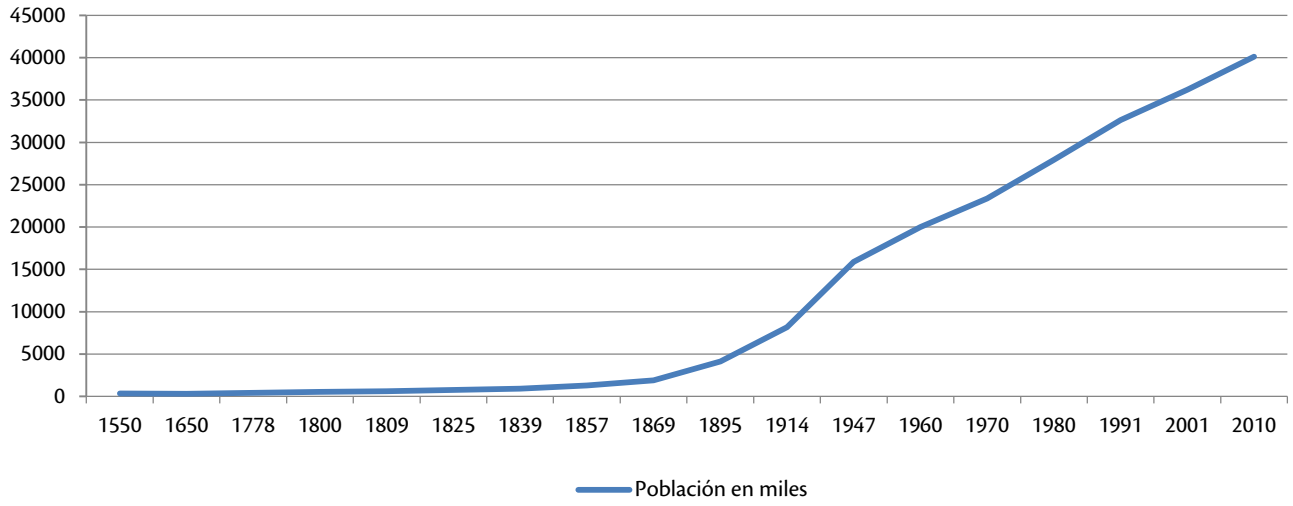
Luego de la primera caída poblacional fuerte registrada entre 1550 y 1650, se observa un período de recuperación, a tasas muy bajas de crecimiento (gráfico

n° 1), un incremento anual poblacional de 2,7 personas por cada mil habitantes por año entre los años 1650 y 1778. A mediados de este período, la población española era muy escasa y se concentraba básicamente en las zonas del Noroeste y, en menor medida, en Cuyo. Respecto de la población local indígena, existe muy poca información.

Este pausado ascenso durante el período de exploración y conquista del territorio argentino fundamentalmente es producto de los enfrentamientos entre los españoles y los indígenas que habitaban nuestro país previamente a la llegada de aquéllos: las guerras, las condiciones laborales, las epidemias, los cambios de dieta, etc. Además, como menciona Lattes (Recchini y Lattes, 1975, p. 24):

> ...las guerras y las condiciones de trabajo que los colonizadores tratan de imponer a los indígenas, llevan a muchos de éstos lejos de sus lugares de residencia; por otra parte, el proceso de constitución y organización de nuevas poblaciones atraerá a otros grupos, modificándose de tal manera la ubicación territorial de muchos pobladores nativos.

Gráfico n° 2. Población en miles.
Fuente: Cuadro nº 1.




Censo de Vértiz

En 1778, se realizó un censo de población, ordenado por Carlos III. Se denominó "Censo de Vértiz", haciendo referencia al virrey en ejercicio. Sus resultados se adoptan para realizar las estimaciones de población total del territorio. Se censaron, en total, casi cerca de 430.000 habitantes (gráfico n° 2).

Desde alrededor de ese año, las tasas de crecimiento de la población comenzaron a superar los 10 por mil. Si bien se alternan períodos de crecimiento y de disminución, en promedio aumentaron algo más de 10 personas por cada mil habitantes por año entre los años 1778 y 1857 (gráfico n° 1).

Aumento de la población

El contexto general favorable al aumento de la población estaba directamente relacionado con una situación económica muy alentadora que ampliaba sus bases e incluía a trabajadores en nuevas actividades, la agricultura y la ganadería claramente en expansión y, con ello, el comercio y otras labores.

Llegada de inmigrantes

A partir de finales de la cuarta década del siglo XIX, el ritmo de crecimiento de la población aumentó notablemente, llegando a alcanzar tasas de casi 30 por mil a fines de la década de 1850 y de casi 40 por mil en los comienzos del siguiente siglo (gráfico n° 1, cuadro n° 1). Este proceso se vio favorecido por la disposición de la constitución de 1853, que regularizó y amplió el estado de los inmigrantes al país. La disposición indica que todos los extranjeros provenientes de aquellos países con los que no existieran conflictos bélicos podrían residir en la Argentina, gozando de iguales derechos que el resto de los ciudadanos. De esta manera, el factor de inmigración pasó ser casi más importante que el propio crecimiento vegetativo de la población local.

En el período comprendido entre 1857 y 1920, como se mencionaba, las tasas de crecimiento fueron las más altas de la historia argentina. La población alcanzó

en esos años casi 9 millones de personas (gráfico n° 2, cuadro n° 1). Esta fuerte explosión demográfica sucedió acompañada de lo que se llamó la "Argentina agro-exportadora". El aumento de las exportaciones agropecuarias fue el principal motor de dinamismo en la economía local.

Mitad del siglo XX

Al llegar a la segunda mitad del siglo XX, la situación cambió en sentido opuesto. El crecimiento de población se desaceleró y las tasas cayeron de manera sostenida hasta nuestros días. Los flujos migratorios dejaron de ser un aporte sustancioso a la población y los niveles de fecundidad comenzaron a descender.

## COMPONENTES DEL CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN ARGENTINA

En general, en el estudio de una población, interesa principalmente analizar tres componentes: los nacimientos, los fallecimientos y las migraciones (emigraciones e inmigraciones). De esta manera, se tendrá una idea más acabada de los factores que subyacen y se combinan para dar lugar a los cambios de aquélla.

La población total, en un momento determinado, es el resultado de los mencionados componentes: los nacimientos (entrada de población), los fallecimientos (salida de población) y las migraciones, que pueden aportar o restar población.

Teoría de la transición demográfica

La *teoría de la transición demográfica* engloba estos comportamientos y aporta un marco teórico descriptivo/explicativo para el (de)crecimiento de la población. Esta teoría permite describir el proceso de transformación de una sociedad preindustrial (con altas tasas de mortalidad y natalidad) hacia una sociedad industrial o postindustrial, con valores de ambas tasas reducidos.

Esa teoría describe las variaciones a lo largo del tiempo de la población basándose en la evolución de las tasas de natalidad y mortalidad, es decir, en el marco de una población cerrada (Thompson, 1929; Landry, 1934; Carr-Saunders, 1936; Notestein, 1945; citados en *Población & Sociedad* nº 6/7; Tabutin, 1980).

La transición demográfica es un complejo proceso que sucede en las poblaciones. El momento en que los países comienzan a transitar el primer período de la transición y el ritmo con el que avanzan en las etapas difieren. Los niveles de fecundidad, de mortalidad y las migraciones internacionales inciden directamente en el crecimiento y la estructura según edad y sexo de la población.

Fases de transición

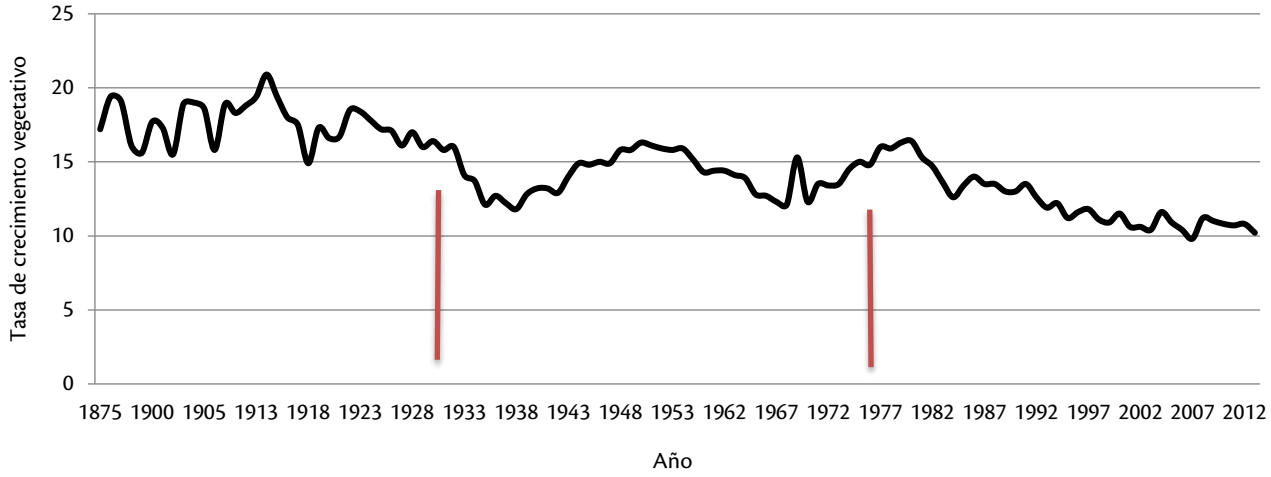
Los autores que iniciaron el desarrollo de la teoría de la transición demográfica (Thompson, 1929; Davis, 1963; Notestein, 1953) contemplaban la existencia de cuatro fases de la transición. La primera, típica de las sociedades preindustriales, posee altas tasas de natalidad y mortalidad. Allí, el crecimiento natural o vegetativo de la población es muy lento. La segunda fase, propia de los países en vías de desarrollo, reporta una caída brusca de las tasas de mortalidad, acompañada de tasas de natalidad elevadas. Por esta razón, el crecimiento de la población es notable. La tercera etapa, denominada 'final de la transición', registra una caída considerable de las tasas de natalidad, junto con tasas de mortalidad que se mantienen bajas. Debido a esas dos situaciones, el crecimiento vegetativo se vuelve lento. En la cuarta etapa, característica de los países con sociedades postindustriales, las tasas de mortalidad y natalidad son muy bajas, con un consecuente crecimiento vegetativo mínimo o casi nulo. Una quinta etapa se agrega al modelo original planteado por Thompson. En ésta, la tasa de natalidad sigue siendo baja, pero se observa un ligero aumento de la mortalidad debido al proceso de envejecimiento que comienza a percibirse en las poblaciones. En tal caso, el crecimiento vegetativo puede volverse negativo.

Como se deduce, de la relación existente entre tasa de natalidad y tasa de mortalidad se deriva el ritmo de crecimiento natural o vegetativo de la población. Observemos qué sucede con ese indicador en Argentina (gráfico n° 3).

Un primer período de tasas de natalidad y mortalidad con los valores más elevados de la historia (aunque con un comportamiento bien inestable) se detecta hasta aproximadamente el año 1930. Desde allí y hasta avanzada la década de 1980, se observa, en promedio, una caída de ambas tasas y, por tanto, del crecimiento vegetativo, aunque el comportamiento no es estable a lo largo del período. Desde la segunda mitad de la década de los ochenta y hasta lo que puede apreciarse a

partir de los últimos datos registrados en la Dirección de Estadísticas e Información de Salud, existe una caída sostenida del crecimiento vegetativo en Argentina. Al descenso de las tasas de natalidad y mortalidad registrados a partir de 1980, hay que agregar un descenso de la llegada de población inmigrante (gráfico n° 4).

Gráfico n° 3. Tasa de crecimiento vegetativo. Argentina, 1875-2012. Fuente: DEIS.




*Componente migratorio*

Etapas de la inmigración

Sin duda, la tradición inmigratoria en Argentina juega un papel considerable y definitorio en relación a la conformación y caracterización sociodemográfica de su población. Algunos autores (Devoto, 2002) clasifican el proceso migratorio argentino en tres etapas: las migraciones tempranas, las inmigraciones de masas y las migraciones contemporáneas. La primera etapa comienza en el siglo XVII y llega hasta aproximadamente 1880. La segunda se extiende desde el final de la primera etapa hasta la Primera Guerra Mundial y la última, desde esta guerra hasta la actualidad.

Como país receptor de población extranjera, en Argentina se formularon leyes regulatorias ni bien el fenómeno comenzó a tener masividad y continuidad . La constitución de 1853 otorgó ya protección a los extranjeros, concediéndoles similares derechos civiles que a la población nativa. En 1876, se dictó la primera norma general al respecto, la Ley de Inmigración y Colonización n° 817, llamada Ley Avellaneda.

Primera etapa

Durante la primera etapa, el origen de las migraciones fue básicamente europeo, provocado en parte por el profundo proceso de reorganización económica que allí acontecía. Buena parte del proceso emigratorio europeo de ese momento se explica por la movilidad rural-urbana. El campo, el trabajo agrícola, incorporaba rápidamente nueva tecnología, lo que generaba una masa de desocupados nuevos, que comenzaron a buscar alternativas en los grandes centros urbanos o en los puertos. Así, casi no se registran motivos políticos, ideológicos, religiosos o raciales cuando se consultan las causas que los condujeron a dejar sus países de origen.

Segunda etapa

Durante la segunda etapa, la inmigración de masas, alrededor de 4.200.000 personas llegaron a Argentina. De todos ellos, la mayoría (casi dos millones) eran italianos, 1.400.000 eran españoles; 170.000, franceses ; y 160.000, rusos.

Motivos

Los motivos de emigración son muy similares a los de la etapa previa. Por esto, también predominan hombres jóvenes, que se dedicaban básicamente a trabajos rurales. Se conjuga en este período el mal momento económico que atravesaba Europa con el auge y las excelentes condiciones que la economía argentina transitaba en la década de 1880.

Tan importante es en ciertas etapas el proceso inmigratorio que, en algunos períodos, la migración neta en nuestro país supera el aporte dado por el crecimiento natural o vegetativo (Lattes, 1971); pero luego del último período en que eso sucede (1910-1915), el rol de la población migrante decae y ya deja de tener el peso que tenía.

Tercera etapa

Como puede verse en el gráfico n° 4, en términos proporcionales es alrededor de 1914-15 el momento cuando se registra el pico máximo de extranjeros en Argentina. La tendencia al descenso de las corrientes migratorias se pronuncia a partir de ese momento y cambia la composición de los migrantes según su origen. Hasta la década de los noventa, ingresaban al país más cantidad de migrantes no limítrofes que aquellos provenientes de países lindantes. *Circa* 1990, se modificó esa tendencia histórica y se invirtió. Ahora son los países limítrofes los que aportan mayor proporción de migrantes, situación que se mantiene hasta la actualidad.

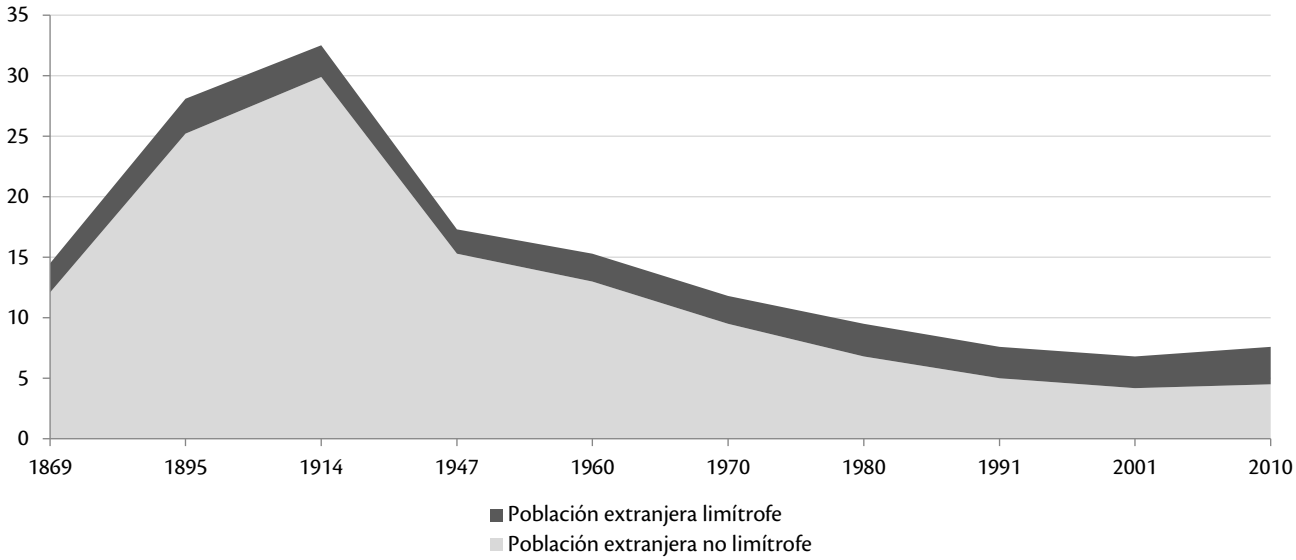



Gráfico n° 4. Porcentaje de población extranjera proveniente de países limítrofes y no limítrofes. Argentina, 1869-2012. Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población [en línea].

Estas cifras muestran que Argentina perdió cierta importancia como destino para inmigrantes intercontinentales. Pero adquirió, a su vez, mayor importancia como receptor de inmigrantes principalmente provenientes de países como Bolivia, Paraguay, Chile, Uruguay y Perú (gráfico n° 4). Éstos proveyeron un 68,9% del total de los migrantes extranjeros.

Movimientos migratorios

En los gráficos siguientes, se registran los movimientos migratorios desde 1875. Desde ese año y hasta 1884 aproximadamente, se mantuvieron bajos los niveles de entradas y salidas del país. A partir de entonces, las entradas de migrantes extranjeros al país aumentaron (gráfico n° 5). Y si bien se registran algunas discontinuidades, la tendencia era al alza hasta la primera década de los noventa, momento en que se interrumpió la entrada de personas, posiblemente debido a la Primera Guerra Mundial.

Países receptores

Esta primera etapa se caracteriza por un aumento en el comercio internacional que se vio favorecido por transportes, tecnología, disminución de tasas arancelarias y el régimen de patrón oro (Eichengreen, 1996). Principalmente, el movimiento de personas se daba desde los países europeos hacia países de América, básicamente Argentina, Estados Unidos, Canadá y Brasil. Estos países receptores poseían buenos recursos naturales y poca mano de obra. Por lo tanto, eran plazas interesantes por la gran oferta laboral.

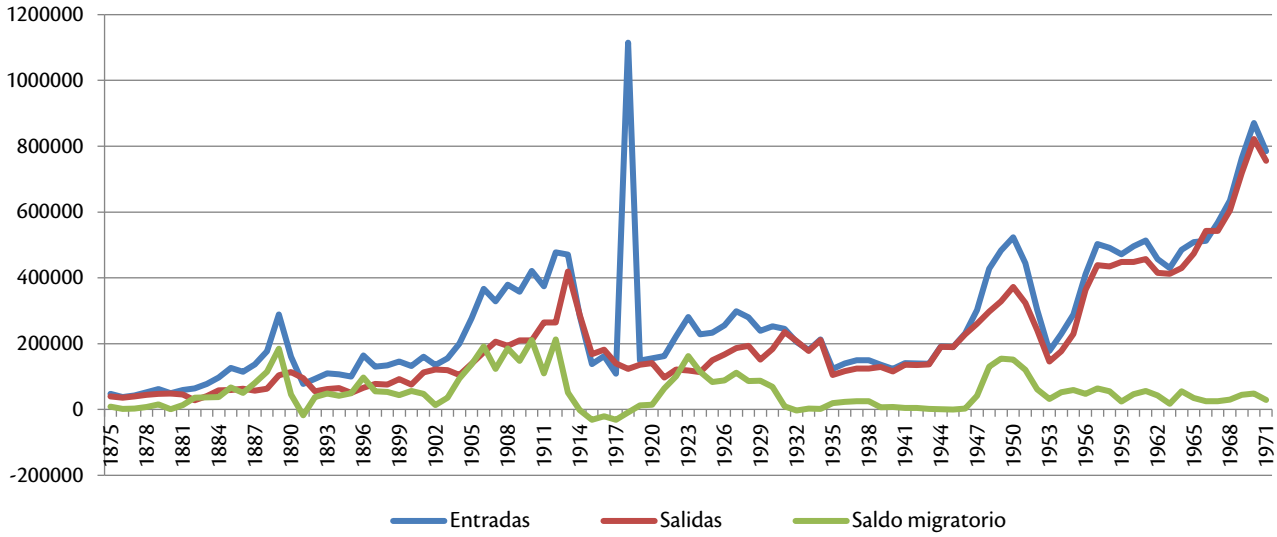
Además de la Primera Guerra Mundial, la crisis de los años treinta y la Segunda Guerra Mundial también impactaron de manera negativa sobre la entrada de población (gráfico n° 6).

Terminada la Segunda Guerra Mundial, volvió a arribar al país una nueva oleada de migración, aunque con intensidad menor a la primera. Lattes y Recchini de Lattes (1995) estiman que alrededor de 5,3 millones de personas ingresaron al país desde fines del siglo XIX hasta 1970, lo que representa casi el 40% de la migración neta total de América Latina y el Caribe del período.

El crecimiento rápido de la economía europea sobre el final de la década de 1940, sumado a una retracción en los indicadores económicos argentinos, provo-

có una caída de la migración proveniente del Viejo Continente, situación que se mantuvo hasta la década de 1950. Las crisis económicas sucedidas en Argentina desde 1970 repercutieron no sólo sobre la población local, sino también sobre la dinámica migratoria.

Gráfico n° 5. Entradas y salidas al país y saldo migratorio. Argentina, 1875-1971. Fuente: Dirección Nacional de Migraciones; INDEC.



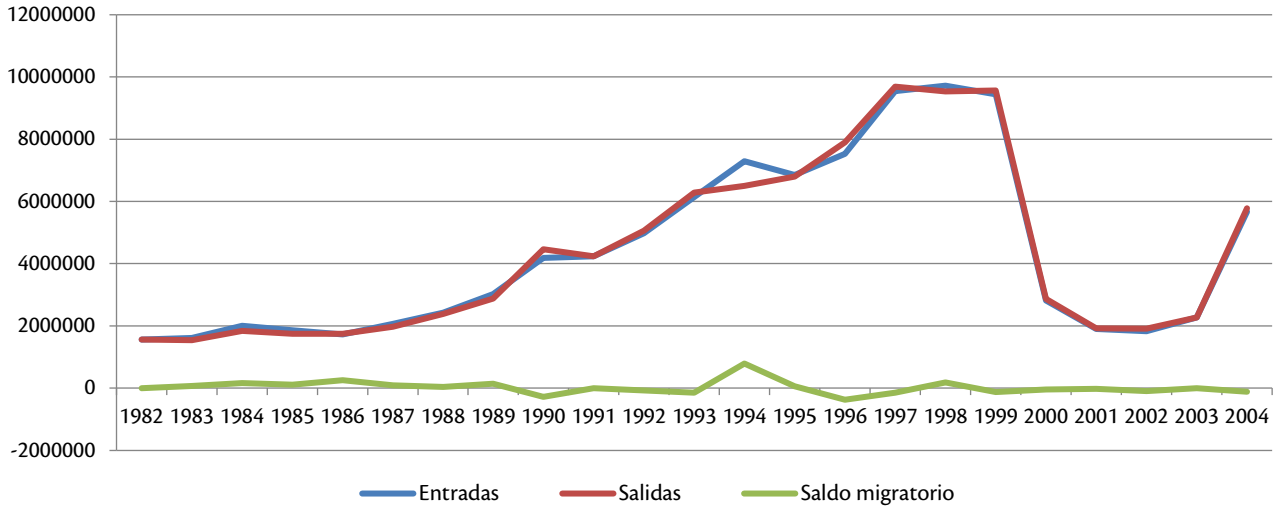




Gráfico n° 6. Entradas y salidas al país y saldo migratorio. Argentina, 1982-2004. Fuente: Dirección Nacional de Migraciones; INDEC.

En general, desde una visión económica, los procesos migratorios pueden explicarse a partir del reconocimiento de diferenciales socioeconómicos entre el lugar en donde se originan los flujos migratorios respecto del lugar al que se orientan esos flujos. Argentina, a pesar de la persistencia de las dificultades económicas, sigue siendo una opción laboral rápida y fácil para los migrantes provenientes de países vecinos. La fundamentación de esa migración está orientada al aprovechamiento de mano de obra familiar (Balán, 1990; Dandler y Medeiros, 1991). Así, se mantuvo la tendencia, acrecentada más adelante por la inestabilidad macroeconómica, la declinación económica, períodos de gobiernos militares y situación social sensible. El ingreso de población europea descendió y adquirió mayor importancia relativa el ingreso de población de países limítrofes al país, lo que no era tan relevante en años previos por el alto peso del componente europeo.

## Inmigrantes de países limítrofes

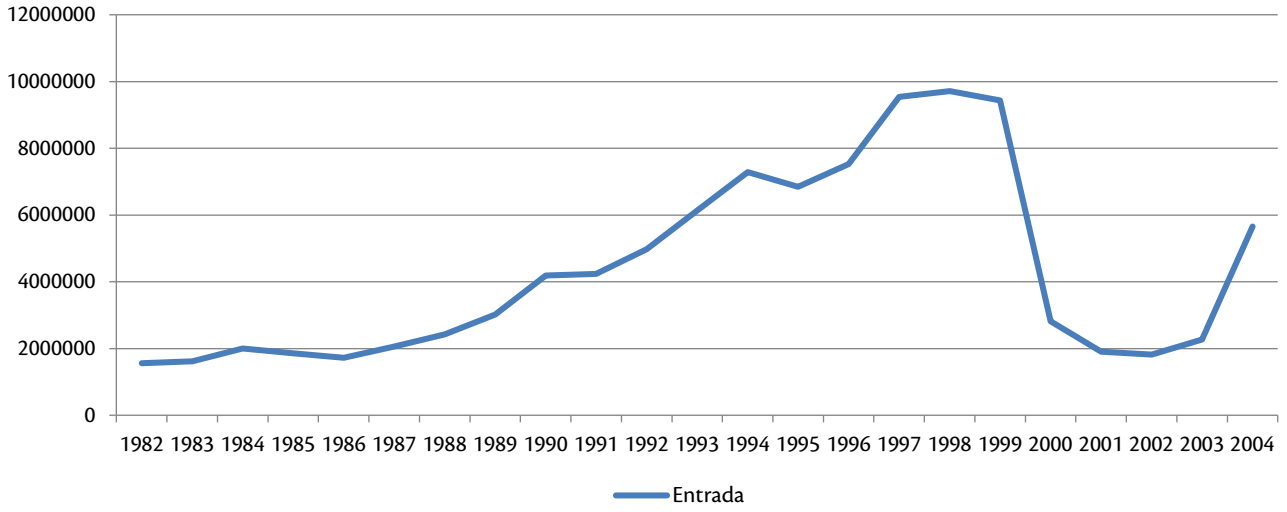
En nuestro país, la población paraguaya creció un 69,4%, dado que había 325.046 personas en 2001 y 550.713 personas en 2010. La población boliviana aumentó un 47,9%, de 233.464 personas en 2001 a 345.272 personas en 2010. La población proveniente de Chile en el año 2001 era de 212.429 personas, y en 2010, de 191.147 personas, lo que en términos porcentuales representa una dis-

minución del 10%. La población peruana aumentó un 78,5% respecto del 2001: hubo un incremento de 88.260 a 157.514 personas.

El resto de la población extranjera según procedencia, se distribuye entre un 16,6% de nacidos en el continente europeo, un 12,6% proveniente de otros países de América y un 1,9% originaria de otros continentes (INDEC, 2012).

Como resultado de los ingresos y los egresos de la última década, existe un saldo migratorio ligeramente negativo, que indica que más personas dejaron el país respecto de las que ingresaron (gráfico n° 7).

Gráfico n° 7. Saldo migratorio internacional por sexo según lugar de nacimiento. Período 1982-2004. Fuente: INDEC (2013). Estimaciones y proyecciones elaboradas sobre la base de resultados del Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda, 2010.




## *Componente* natalidad

Período 1870-1875

Retomando los comportamientos de las tasas de natalidad y mortalidad, enmarcados en la teoría de la transición demográfica, deben mencionarse algunas particularidades para el caso argentino. Durante los años 1870-1875, comenzó a descender la mortalidad de manera suave. Más adelante, entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, se inició la primera etapa. Este comienzo ocurrió en el país con cierto retraso respecto de los países de Europa y Estados Unidos; sin embargo, fue más temprano que en otros muchos países de América Latina.

Ambas tasas presentan una disminución constante y pareja a lo largo de todo el período (gráfico n° 8), habiendo comenzado en niveles muy elevados. Esta tendencia fue más rápida y constante respecto al resto de los países latinoamericanos, pero también respecto al tiempo que la separa del momento en que la mortalidad empezó a disminuir. Además de las características socioeconómicas que suelen caracterizar la situación de un país cuando se inician procesos de este tipo, es el período donde mayores fluctuaciones se observan en ambas tasas. En general, esta etapa está asociada a un régimen de fecundidad natural. Es decir, no hubo un control eficaz de la fecundidad.

Siglo XX

Rápidamente, hacia principios del siglo XX, ambas tasas disminuyeron, alcanzando valores característicos de la segunda fase de la transición demográfica: la TBN descendió a 35,9‰ y al 15‰ la TBM, registrándose una disminución en la tasa global de fecundidad (TGF) de 5,3 en 1914 a 3,3 (1947) hijos por mujer. La natalidad cayó repentinamente de manera similar al descenso de la mortalidad a inicios de la segunda década del siglo XX y hasta alrededor de los años ochenta. Aquí puede ubicarse la tercera etapa de la transición demográfica en nuestro país (1947-1970), cuando las tasas llegaron, en promedio, al 28‰ (TBN) y 10‰ (TBM). Se registra una estabilidad de la fecundidad (TGF se mantiene en 3 hijos por mujer), exceptuando el momento en que aumentó sensiblemente, producto del *baby boom* de posguerra entre los años 1945-1955. Los valores que siguen,

con tendencia también decreciente, dan comienzo a la cuarta etapa, que se extiende hasta la actualidad.

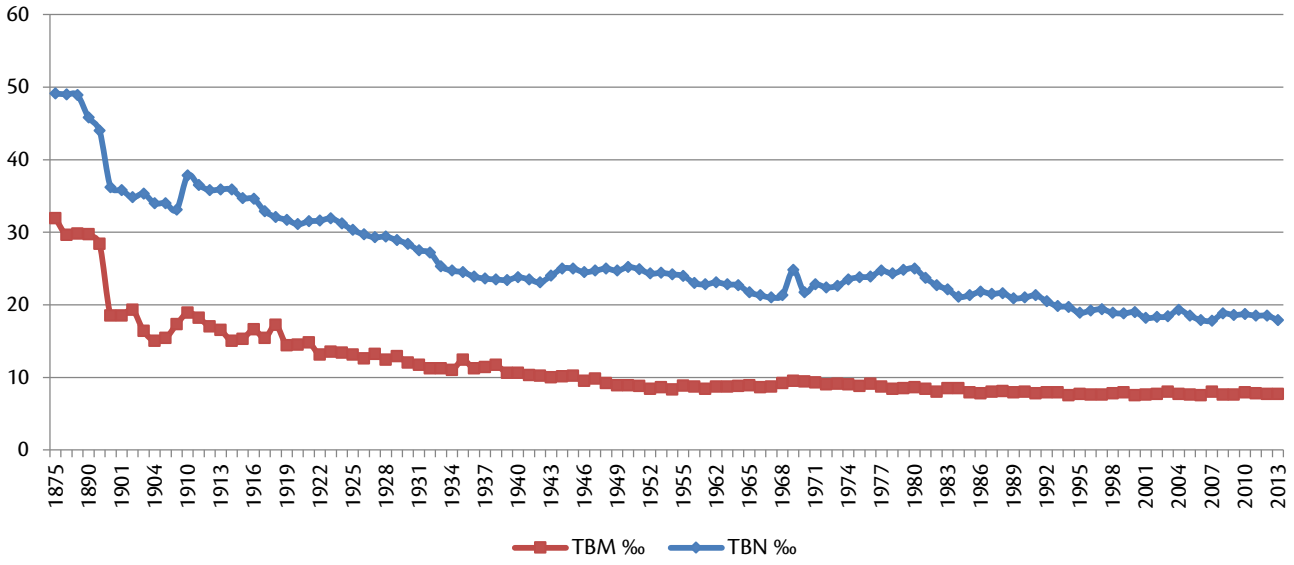


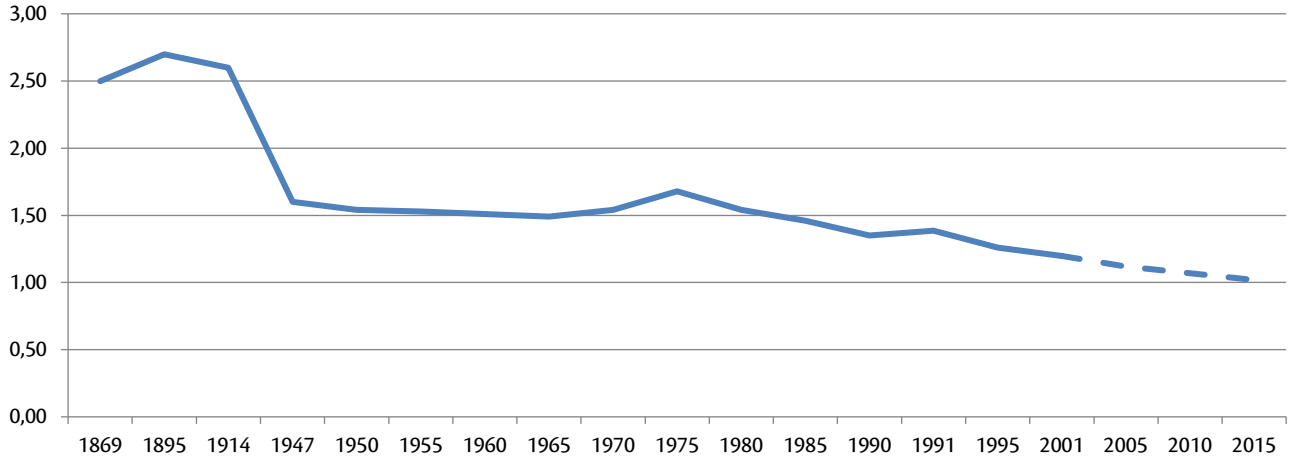

Gráfico n° 8. Evolución de la tasa bruta de natalidad (TBN) y de la tasa bruta de mortalidad (TBM). Argentina, 1875-2013. Fuente: DEIS.

Para comprender más cabalmente los componentes del crecimiento y entender la dinámica de la población argentina, podemos incluir algunos otros indicadores en el análisis. Éstos, además, permiten ajustar más precisamente la información que las tasas brutas de mortalidad o de natalidad aportan, dado que ambas están afectadas por la estructura de edades de la población.

## Tasa global de fecundidad y tasa brura de reproducción

La *tasa global de fecundidad* (TGF) es el número promedio de hijos e hijas que nacerían de una mujer de una cohorte hipotética de mujeres que, durante su vida fértil, tuvieran sus hijos según las tasas de fecundidad por edad de un determinado período de estudio (en general un año) y no estuvieran expuestas a los riesgos de la mortalidad desde el comienzo hasta el final del período fértil. La *tasa bruta de reproducción* (TBR) es el número medio de hijas que nacerían vivas durante la vida de una mujer (o grupo de mujeres) si sus años reproductivos transcurrieran conforme a las tasas de fecundidad por edad de un año determinado (gráfico n° 9).

Gráfico n° 9. Tasa bruta de reproducción. Argentina, 1869-2015. Fuente: Pantelides 1983 y elaboración personal a partir de INDEC, Censos Nacionales.

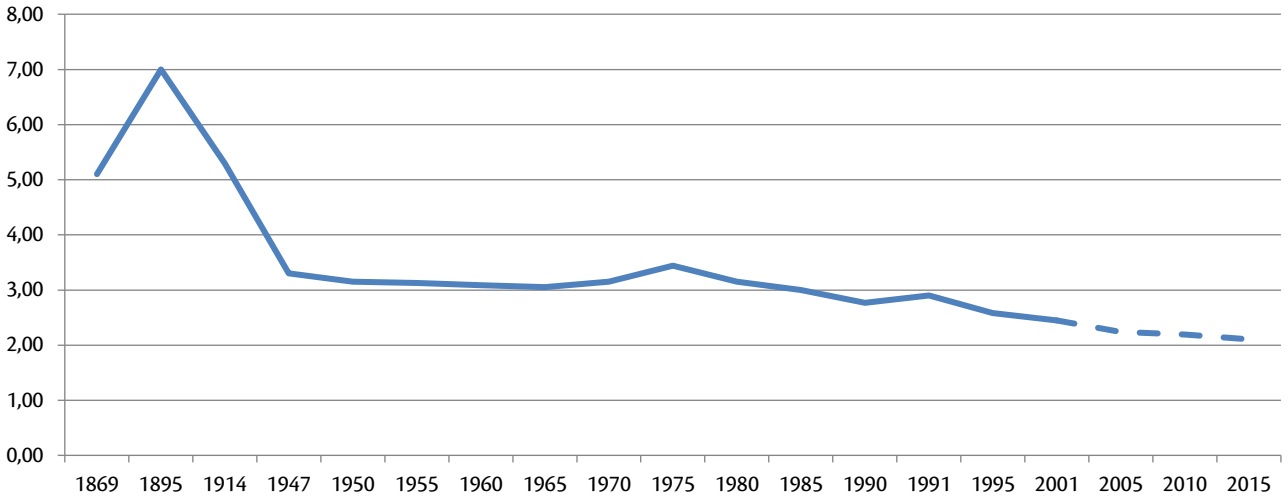



La tendencia general de la TBR presenta un comportamiento paralelo a la TGF. Comienza con un leve aumento entre el período 1869 y 1895, y continúa con una leve caída hasta 1914, cuando adquiere un ritmo de descenso mucho más notable. Luego, desde 1947 hasta 1970, se mantiene estable, con valores que apenas sobrepasan el 1,5 por mil. En el año 1970, se registra un aumento leve

que aumenta la tasa a 1,54 por mil, para volver a retomar la tendencia al descenso constante y sostenido. Una pequeña variación se observa entre el año 1990 y 1995, con una recuperación apenas notable de los valores de la tasa. Los datos correspondientes al último período disponible mantienen la tendencia al descenso que ya se venía registrando.

La tasa global de fecundidad presenta, en general, una tendencia al descenso. Sólo se exceptúa el primer período considerado (1869-1895), en el que se produce un aumento notable (gráfico n° 10). Luego también hay un pequeño crecimiento entre 1970 y 1975 y un incremento entre los años 1990 y 1995. La mayor disminución proporcional de la fecundidad tiene lugar entre el año 1914 y 1947 (Pantelides, 1983), sin dejar de mencionar el descenso como tendencia general.

Gráfico n° 10. Tasa global de fecundidad. Argentina, 1869-2015. Fuente: Pantelides 1983 y elaboración personal a partir de INDEC, Censos Nacionales.




## *Componente* nupcialidad

Durante todo el período analizado, la tasa bruta de nupcialidad presenta un comportamiento inestable. Los valores más elevados se alcanzan hacia 1950, con valores cercanos a los 7,5 y 8,5 por mil. Luego, a partir de 1975 aproximadamente, se registra un sostenido y notable descenso de la nupcialidad, alcanzando sus mínimos históricos en la actualidad. Esta disminución del valor de la tasa, sostenido desde mediados de 1970 hasta los últimos registros obtenidos, pareciera sugerir que la tendencia no se va a revertir (gráfico n° 11). Previamente al año 1970, Argentina presentaba tasas muy elevadas de nupcialidad, si se la comparaba con el resto de los países de la región.

Paralelamente al descenso de la nupcialidad, se observa una postergación en la edad del matrimonio. Entonces, resulta que menos parejas acceden a la unión legal y, además, aquellas parejas que se unen lo hacen a edades más avanzadas. En Argentina, la edad promedio al casamiento se incrementó alrededor de un año y medio entre 1980 y 2001.

Las variaciones en los patrones de nupcialidad pueden explicarse haciendo referencia a los contextos macroeconómicos por el que transita la población, pero también pueden interpretarse a la luz de transformaciones valorativas, que pongan en evidencia los cambios en las uniones de pareja y el cuestionamiento social hacia el matrimonio como única institución que legitime y regule la vida en unión y, claro, la reproducción familiar.

Contexto económico

Así, si se hiciera una correlación entre tasas de nupcialidad y la distribución equitativa del ingreso, se observaría que aquellos períodos con mejores expectativas económicas coinciden con un aumento de la nupcialidad. Durante la época de la Primera Guerra Mundial en Europa, las tasas de nupcialidad se incrementaron, hasta llegados los años treinta y la gran crisis mundial. El siguiente período

económico en el país, caracterizado por la sustitución de importaciones, volvió a hacer descender el valor del índice. Alrededor de 1965, se registra un alza leve, pero dura un tiempo muy corto.

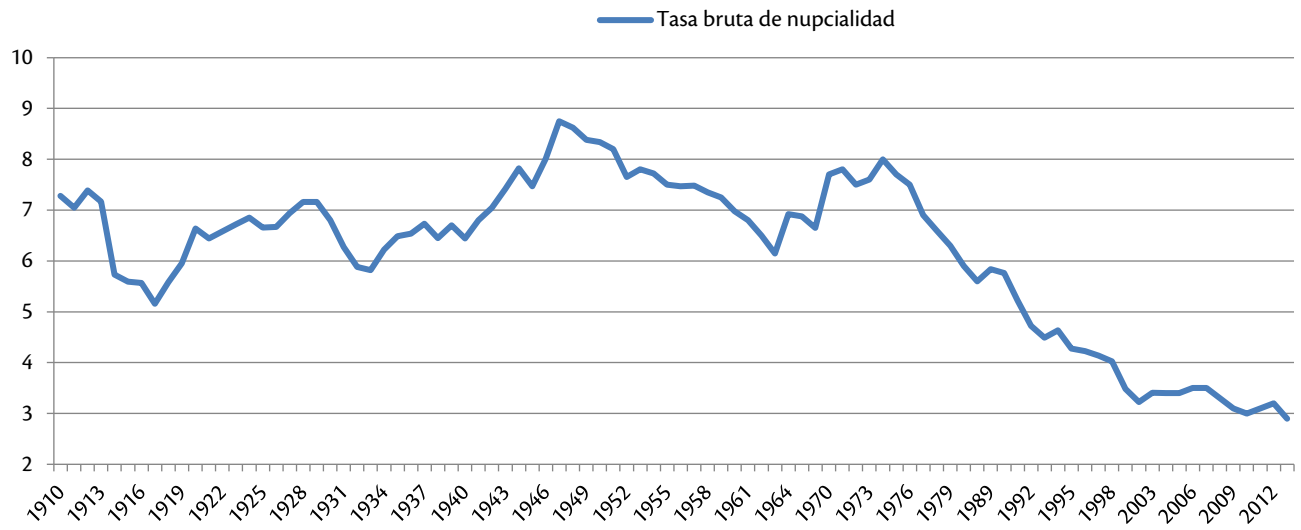
La inestabilidad de la tasa se mantiene hasta 1976, momento en el cual se alcanza un máximo de alrededor de 8 por mil, para luego comenzar su período de descenso continuo hasta la actualidad. El 1983 se registra un leve incremento, tal vez producto de la expectativa que producía la recuperación de la democracia, pero no logró mantenerse por mucho tiempo.

Cambios culturales

Como se mencionaba, a las explicaciones que involucran el contexto económico hay que agregar aquellas que ponen de manifiesto los cambios culturales, según los cuales muchas parejas conviven en uniones de hecho y no en uniones de derecho.

En las últimas décadas, las uniones libres se incrementaron de manera notable y adquirieron una relevancia nunca antes tenida. Hacia el año 2010, la mitad de las parejas argentinas de 20 a 44 años vivían en pareja con tal modalidad (Binstock, 2010).

Gráfico n° 11. Tasa bruta de nupcialidad. Argentina 1910-2012. Fuente: DEIS.




## *Componente* mortalidad

La tasa de mortalidad general es la proporción de personas que fallecen con respecto al total de la población. Dado que la tasa bruta de mortalidad se ve afectada por la estructura etaria poblacional sobre la que se está midiendo, debe analizarse con ciertos recaudos. A su vez, para conocer realmente los niveles de mortalidad de un país, la tasa bruta de mortalidad debe complementarse con otros indicadores, como la esperanza de vida al nacimiento ($e_{(0)}$) y la tasa de mortalidad infantil (TMI).

El primer registro del valor de esperanza de vida al nacer en Argentina es, en 1869, de 32,86 años para ambos sexos y de 32,6 para los varones (gráfico n° 12). Desde allí hasta el período entre 1959-1961, se produjo el mayor crecimiento de este indicador a lo largo del período del que se disponen datos para realizar las comparaciones. Esto representa una duplicación de los años de esperanza de vida al nacimiento de la población. Luego, el aumento continuó siendo sostenido y constante, pero con un incremento más lento. En los períodos posteriores, los avances fueron menores y en la década del sesenta se produjo incluso un retroceso, debido a la pérdida de años de vida de los varones y al estancamiento de parte de las mujeres, posiblemente a causa de una mejora en el registro de la mortalidad. En 1970, se revirtió la tendencia que se venía registrando.

Avances en la salud

Para el Censo del año 1991, la esperanza de vida superó los 70 años para las mujeres y para la población total. En el año 2010, la esperanza de vida al nacimiento para las mujeres es de 79,10 años, de 71,60 años para los varones y 75,24 para ambos sexos. Entre las razones que explican este aumento, deben

mencionarse los importantes avances en materia de salud, el desarrollo de capacidades y significativos progresos en el área sanitaria, destacándose la búsqueda de mecanismos que articulan mejor el sistema de salud, junto al fortalecimiento de niveles y sectores. Posiblemente, también parte del incremento registrado en este período esté relacionado con las mejoras incluidas en el relevamiento y el procesamiento de los datos.

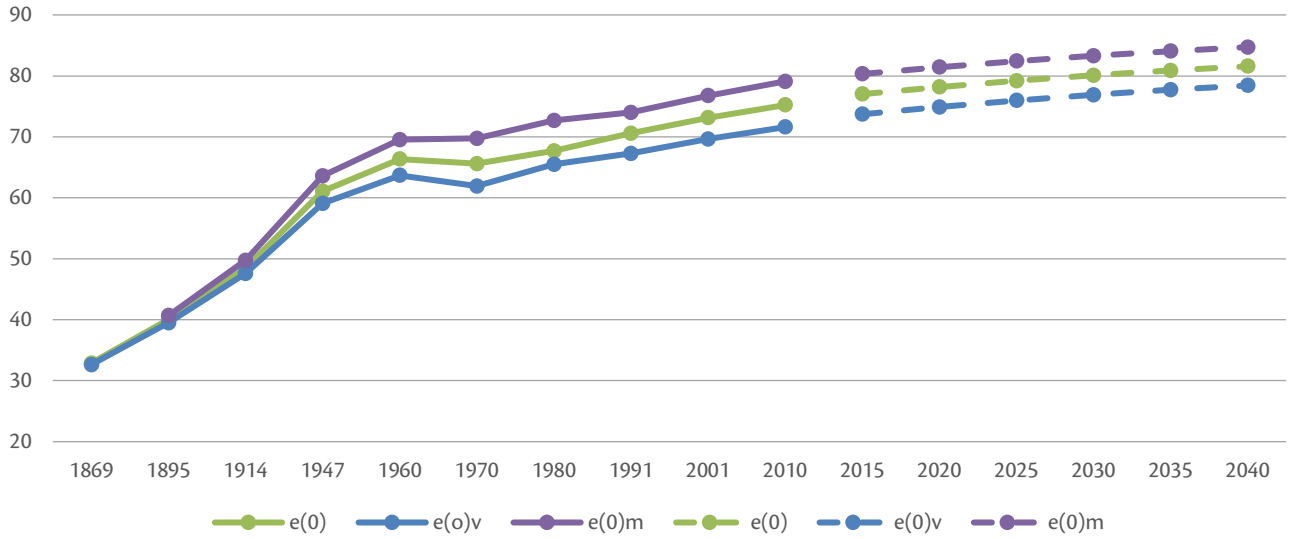



Gráfico n° 12. Esperanza de vida al nacimiento. Argentina 1869-2040. Fuente: Mazzeo, 1998; INDEC, 2001; INDEC, 2010.

En resumen, mientras que en la primera mitad del siglo XX (1905-1960) se obtuvo una ganancia de más de 25 años de vida para ambos sexos, en la segunda mitad (1960-2010) dicho incremento se redujo a tan sólo 8 años.

## Incidencia de enfermedades

Esta reducción de la incidencia de las muertes por enfermedades infecciosas y parasitarias sobre el total de defunciones es el principal indicio del descenso general de la mortalidad en nuestro país (Somoza, 1971). Como puede verse en el gráfico n° 13, luego de una época con subas y bajas del porcentaje que representa el descenso de mortalidad por causas infecciosas y parasitarias, a partir de 1930 aproximadamente comenzó un descenso marcado que se sostuvo hasta los últimos años analizados.

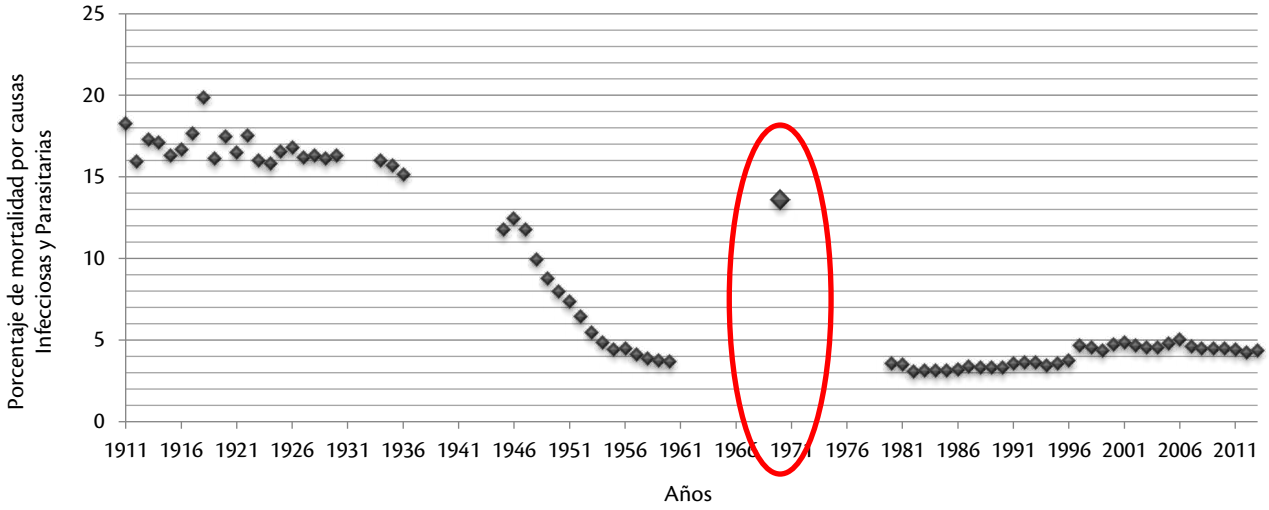



Gráfico n° 13. Evolución temporal de la mortalidad por causas infecciosas y parasitarias. Argentina, 1911-2011. Fuente: Somoza, 1971; Mazzeo, 1993; DEIS.

Nota: Al empalmar los valores de la serie, surgen evidentes dificultades en torno de los años setenta por el subregistro diferencial y los diferentes criterios utilizados a lo largo del tiempo para asignar estas causas de muerte. El valor de año 1971 es, en este sentido, claramente atípico.

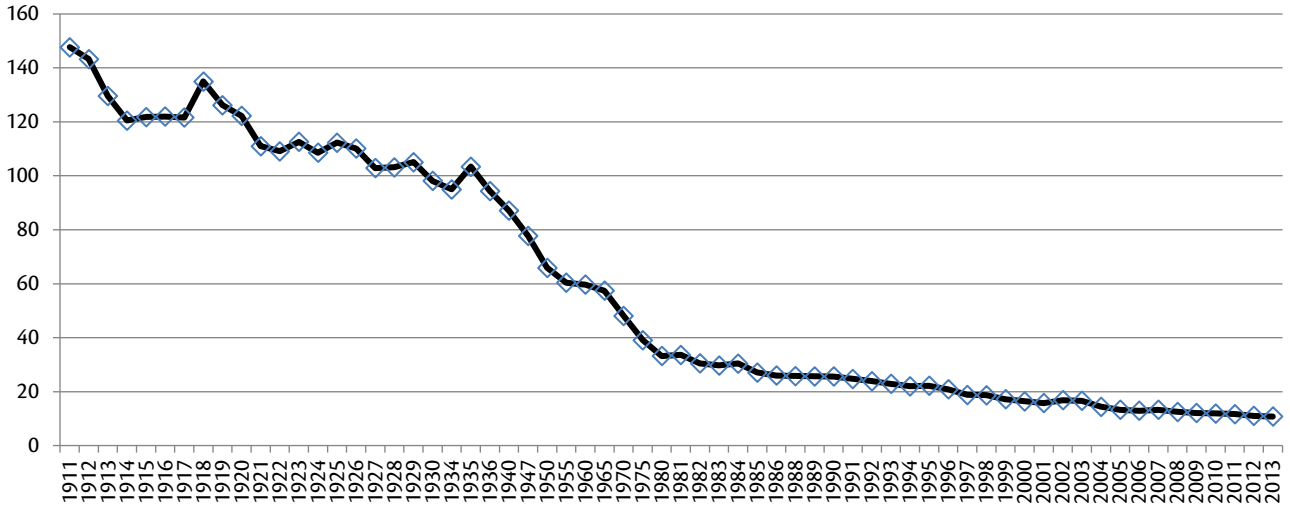
Luego de ese año, los valores continuaron estables, por debajo del 3%, hasta el año 1997, en el que se registra un aumento de un punto en el porcentaje que re-

presentan estas tasas. En el año 2006, ascendió hasta alcanzar un 5% del total de las causas, para comenzar luego un descenso muy leve y una estabilidad aparente en alrededor del 4,3%.

Así, en el inicio de la transición demográfica en nuestro país, la proporción de mortalidad por causas infecciosas es estable, pero rápidamente comenzó a descender de manera notable. El factor determinante para esta baja es el mejoramiento sanitario y los avances médicos. Luego, una vez alcanzados valores más estables, y por debajo del 5%, es más difícil (aunque no imposible) hacer descender la proporción. La mejora en los métodos de recolección de la información muchas veces se refleja en un aumento leve de los valores observados, ya que se introducen en las estadísticas casos que antes no se incluían. Pero también las enfermedades infecciosas y parasitarias son capaces de reflejar mejor que otras causas los efectos de las crisis socioeconómicas.

El siguiente indicador que da cuenta de la evolución de la mortalidad es la tasa de mortalidad infantil.

Gráfico n° 14. Tasa de mortalidad infantil. Argentina, 1911-2013. Fuente: Departamento Nacional de Higiene, Sección Demografía y Geografía Médica, *Anuario Demográfico* del año 1935, año IX, Buenos Aires, 1938. Síntesis de los índices sobre los nacimientos, defunciones y matrimonios entre 1911 y 1935. Para el año 1936, ídem, *Anuario Demográfico* del año 1936; DEIS.



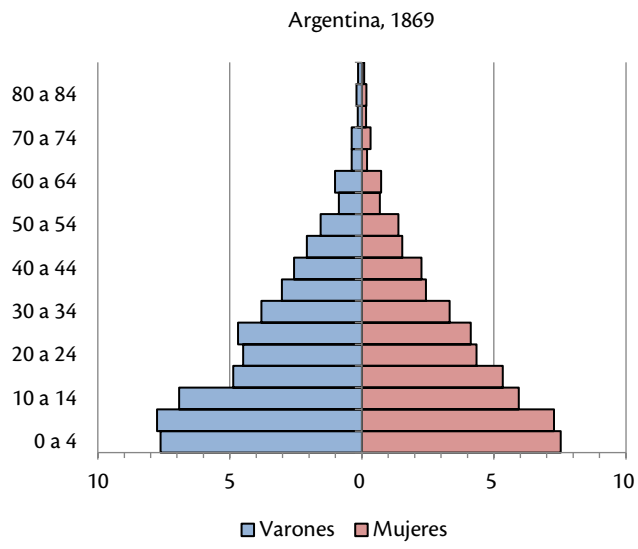

Tasa de mortalidad infantil

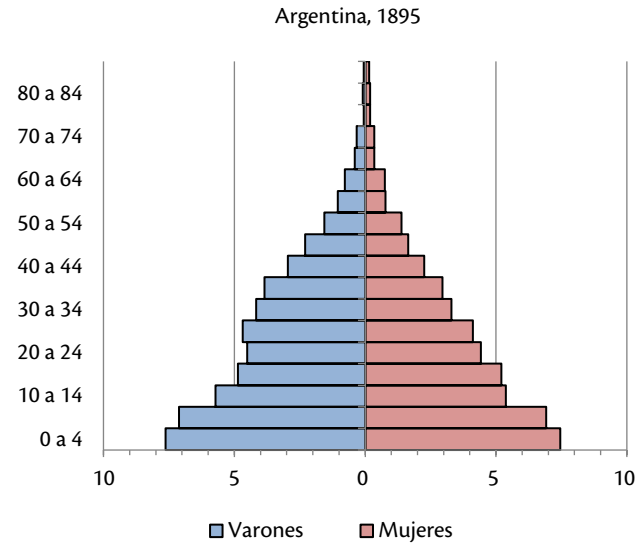
El gráfico n° 14 muestra la tendencia general decreciente de la tasa de mortalidad infantil. Durante la primera mitad del siglo XX, la tasa evolucionó en forma errática, con aumentos y descensos continuos. Alrededor del año 1936, se produjo un pico que superó los 103 niños menores de un año por cada mil nacidos vivos en ese mismo año. A partir de allí, la tasa descendió de manera sostenida hasta el año 1980 aproximadamente, cuando la reducción anual se hizo menos abrupta, aunque continuó con la tendencia a la baja. Para el año 2013, la tasa de mortalidad infantil en Argentina es de 16,61 niños menores de un año por cada mil nacidos vivos en el mismo período.

El impacto que finalmente estos procesos ejercen sobre la población total puede observarse de manera conjunta si se analizan, por ejemplo, las pirámides de población en cada período. Así, a partir de los datos provenientes de los censos nacionales, pueden construirse las respectivas pirámides.

Censo de 1869

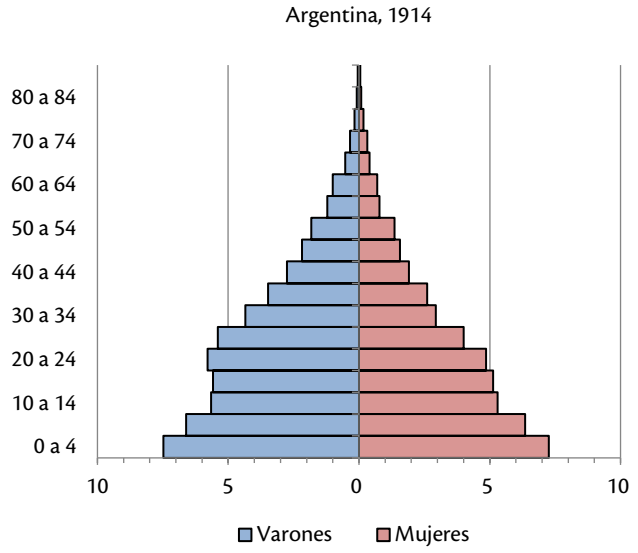
En 1869 (gráfico n° 15), nuestro país tenía una población mayormente joven: el 41% de los habitantes tenían entre 0 y 14 años. Esto puede corroborarse en la pirámide correspondiente, que muestra una base ancha que disminuye rápidamente de tamaño a medida que aumenta la edad de las personas. En 1895 y 1914, se mantuvo la tendencia. La base de ambas pirámides (gráfico n° 16 y gráfico n° 17) se presenta ancha indicando una proporción de menores de 14 años importante, si bien no se registra un aumento en estos grupos. Se observa un predominio de varones por sobre las mujeres en los grupos de edad de entre 20 y 35 años. Este cambio es producto del flujo migratorio que ocurrió en ese período en el país, el cual, como se observa, es básicamente de varones en edades laborales.

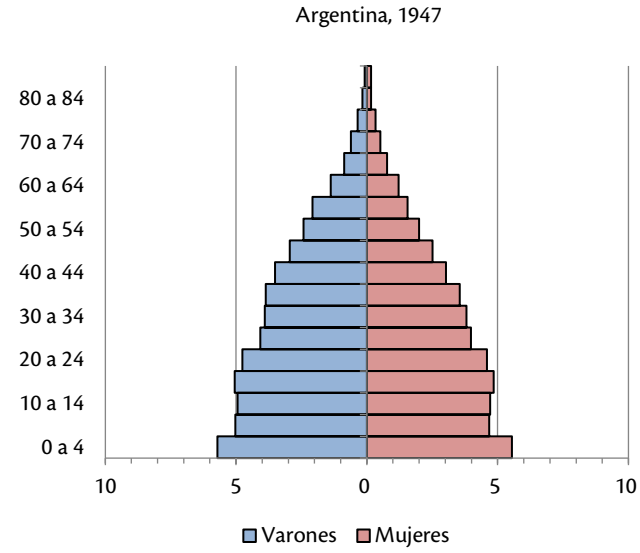



Gráficos n° 15 y 16. Pirámides de población. Argentina, 1869 y 1895. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC.

La pirámide correspondiente a 1947 es muy diferente. En principio, ha habido una marcada retracción de la base de la pirámide, reflejando un descenso de la natalidad. Además, se observan menores diferencias entre todos los grupos de edad. Esta estructura de pirámide se asocia a una población en transición. Puede verse, además, un crecimiento leve de la población adulta mayor.




Gráficos n° 17 y 18. Pirámides de población. Argentina, 1914 y 1947. Fuente: Ídem anterior.

Períodos 1960-1970

En 1960 y 1970 (gráfico n° 19 y gráfico n° 20), esta tendencia se presenta de manera más marcada: hay un aumento poblacional proporcional en los grupos de edades cercanos a la cúspide y una retracción, aunque más pequeña, de la población de la base. Esto es producto del aumento en la esperanza de vida de la población, como consecuencia del mejoramiento de las condiciones de vida.

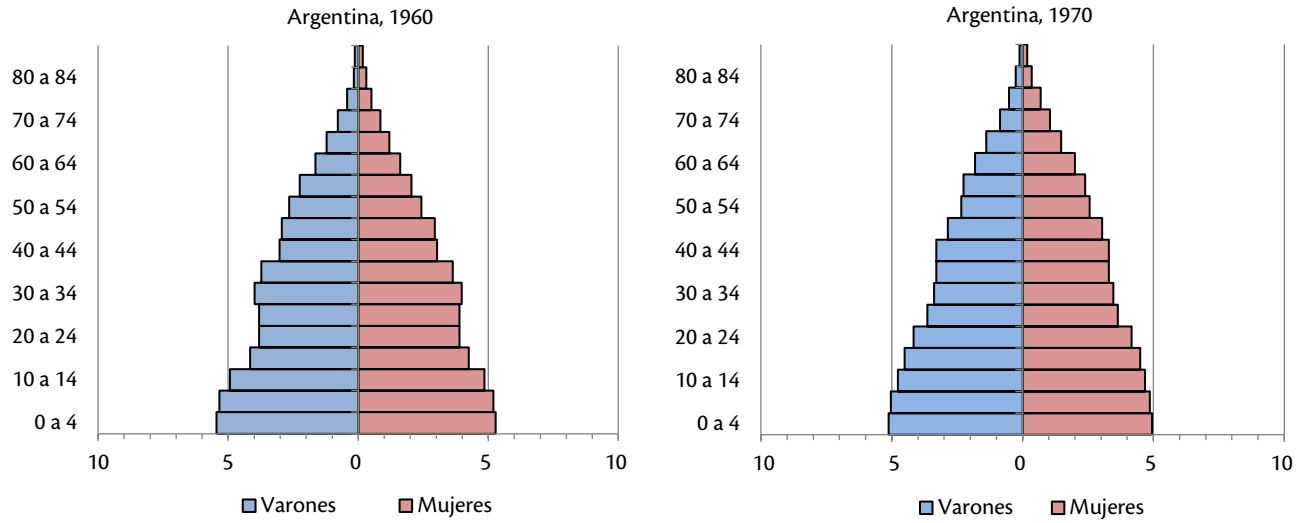
Períodos 1980-1990

En 1980 (gráfico n° 20), se produjo un pequeño cambio en la base de la pirámide: un aumento ligero en la población de la base, que todavía se mantuvo en el año 1991 (gráfico n° 22), para volver a retraerse en el 2001 (gráfico n° 23).

Paralelamente, tanto en 1980 como en 1991 se observa que se profundizó la tendencia de aumento de la proporción de los mayores de 65 años; por eso las cúspides de las pirámides son cada vez más anchas.

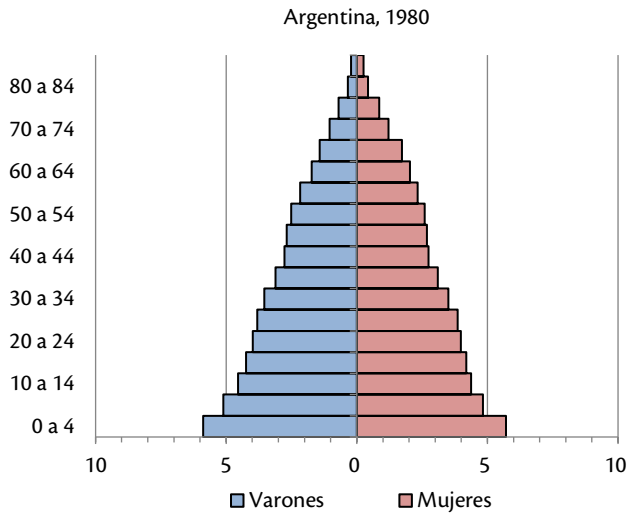
Períodos 2001-2010

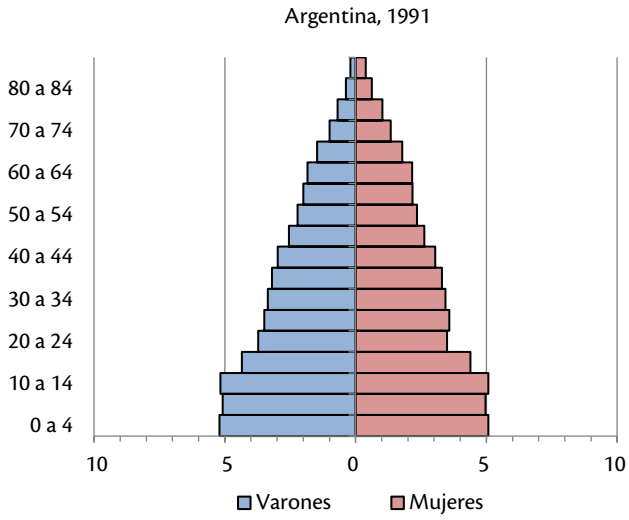
Las pirámides de 2001 y 2010 (gráficos n° 22 y 23) confirman la tendencia al aumento del peso relativo de la población adulta mayor y, a la vez, dan cuenta de menores niveles de natalidad, lo que se refleja en el achicamiento de la base de la pirámide. En la cúspide de la de 2010, se aprecia mayor cantidad de personas mayores, especialmente mujeres de 80 y más años.

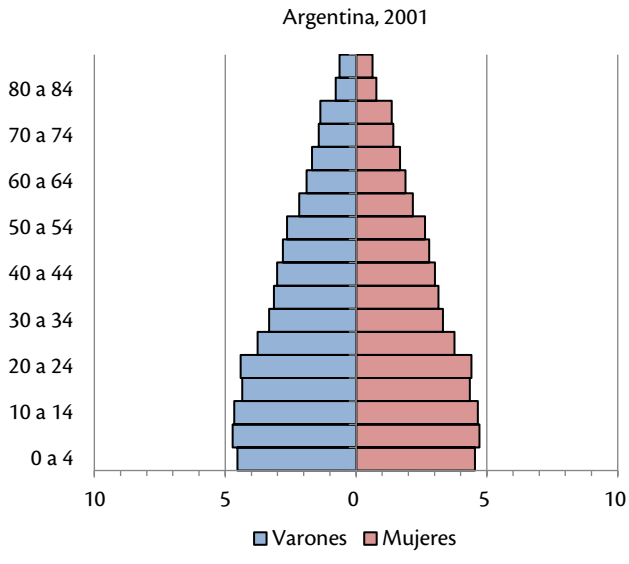


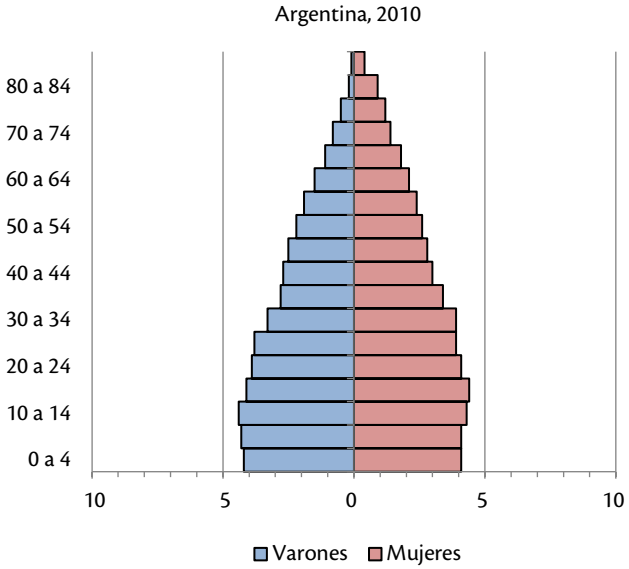







*Arriba*: Gráficos n° 19 y 20. Pirámides de población. Argentina, 1960 y 1970. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC.
*Centro*: Gráficos n° 21 y 22. Pirámides de población. Argentina, 1980 y 1991. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC.
*Abajo*: Gráficos n° 23 y 24. Pirámides de población. Argentina, 2001 y 2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC.

Progresivo envejecimiento poblacional

Como se deduce de lo antedicho, el grupo de 65 años y más (cuadro n° 2) ha tenido poca participación porcentual durante el siglo pasado. Sin embargo, vemos que la tendencia general, continua y sostenida, es al aumento porcentual, ganando progresivamente más importancia respecto de los otros dos grupos etarios. Esto indica un futuro de envejecimiento poblacional descrito en el aumento esperado en números absolutos y relativos de tal población (CEPAL, 2011).

Cuadro n° 2a y 2b. Porcentaje de población joven y anciana. Argentina, 1869-2010. Fuente: 2a. elaboración personal sobre la base de datos del INDEC; 2b. INDEC. Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas 1970. Censo Nacional de Población y Viviendas 1980 y 1991. Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001 y 2010.

| *2a* | *% Población* | |
|---|---|---|
| *Año* | *Joven* | *Anciana* |
| *1869* | 42,8 | 2,2 |
| *1895* | 40,3 | 2,5 |
| *1914* | 38,4 | 2,3 |
| *1947* | 30,9 | 3,9 |
| *1960* | 30,8 | 3,9 |
| *1970* | 29,3 | 7,0 |
| *1980* | 30,3 | 8,2 |
| *1991* | 30,5 | 8,9 |
| *2001* | 28,2 | 9,9 |
| *2010* | 25,5 | 10,2 |

| *2b* | *1970* | | *1980* | | *1991* | | *2001* | | *2010* | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | *Mujeres* | *Varones* | *Mujeres* | *Varones* | *Mujeres* | *Varones* | *Mujeres* | *Varones* | *Mujeres* | *Varones* |
| *65 a 69* | 2,99 | 2,82 | 3,38 | 2,91 | 3,39 | 3,55 | 3,51 | 2,96 | 3,51 | 3,04 |
| *70 a 74* | 2,14 | 1,89 | 2,6 | 2,12 | 2,56 | 2,8 | 3,1 | 2,39 | 2,97 | 2,3 |
| *75 a 79* | 1,35 | 1,13 | 1,74 | 1,34 | 1,82 | 2,09 | 2,37 | 1,59 | 2,49 | 1,67 |
| *80 y más* | 0,95 | 0,65 | 1,28 | 0,83 | 1,46 | 1,77 | 2,36 | 1,24 | 3,09 | 1,56 |
| *Total mayores 50* | 21,04 | 19,65 | 22,85 | 20,54 | 23,42 | 20,18 | 24,35 | 20,58 | 26,29 | 21,96 |
| *Total mayores 60* | 11,29 | 10,18 | 12,96 | 10,82 | 14,36 | 11,42 | 15,15 | 11,65 | 16,26 | 12,4 |

Si desagregamos el análisis y nos enfocamos puntualmente en el grupo de edad más avanzada, se corrobora también la tendencia. Por ejemplo, la proporción de población mayor de 80 años femenina de 2010 triplica la población del año 1970 (cuadro n° 3).

Cuadro n° 3. Porcentaje de población de 80 años y más. Argentina, 1869-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC.

| | *Total* | *Varones* | *Mujeres* |
|---|---|---|---|
| *1869* | 0,3 | 0,3 | 0,3 |
| *1895* | 0,1 | 0,1 | 0,2 |
| *1914* | 0,1 | 0,1 | 0,1 |
| *1947* | 0,1 | 0,1 | 0,2 |
| *1960* | 0,2 | 10,2 | 0,3 |
| *1970* | 1 | 0,8 | 1,2 |
| *1980* | 1,3 | 0,9 | 1,6 |
| *1991* | 1,6 | 1,2 | 2 |
| *2001* | 2,1 | 1,4 | 2,7 |
| *2010* | 2,5 | 1,7 | 3,2 |

Si prestamos atención a la población envejecida, podemos observar que existe un porcentaje más elevado de población femenina que de masculina, resultado de su conocida mayor sobrevivencia. Por ello, puede decirse que la vejez en Argentina es mayormente femenina. En este sentido, a la inequitativa participación de la

mujer en el mercado laboral, el limitado acceso a la seguridad social, las menores condiciones de salud y el relego social, se añaden las desventajas de la senectud.

El envejecimiento de la población femenina hace referencia a la composición etaria de este grupo. En este caso, analizaremos un indicador denominado índice de feminidad (IF), que muestra el número de mujeres por cada 100 hombres. Lo presentamos a partir de los 65 años, por grupos quinquenales de edad hasta los 80 y más, durante los años 1970, 1980, 1991, 2001 y 2010.

Índice de feminidad

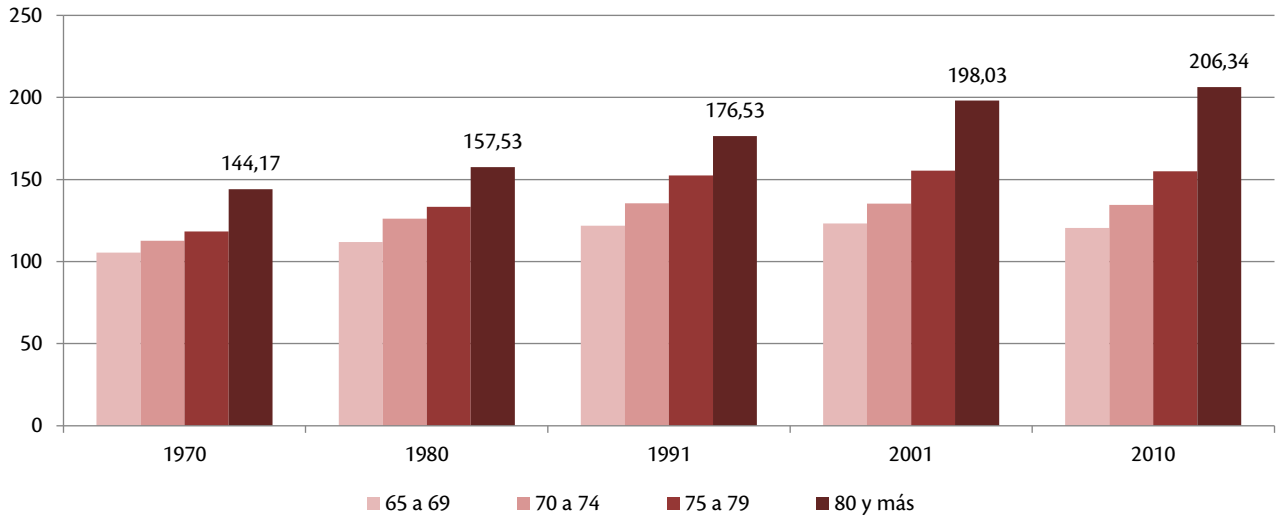



Gráfico n° 25. Índice de feminidad de la población de 65 años y más, por grupos de edad. Argentina, 1970-2010. Fuente: INDEC. Censo Nacional de Población, Familias y Viviendas 1970; Censo Nacional de Población y Viviendas 1980 y 1991; Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001 y 2010.

Puede notarse que, a lo largo del tiempo, y dentro de cada grupo etario, la tendencia del IF muestra un crecimiento que es más leve en las edades comprendidas entre los 65 y los 69 años, pero que comienza a mostrarse más notable en los grupos de más edad, puntualmente en el grupo de 80 años y más.

Si agregamos ahora el análisis de la proporción de mujeres adultas mayores respecto del total de población femenina del país y su evolución en los años mencionados, es posible seguir confirmando lo que hasta aquí se viene insinuando.

En la figura n° 25, se aprecia, por un lado, que la población mayor de 50 años y la de 60 años aumenta. Esto significa que estas personas cada vez más representan una mayor proporción sobre el total de población. Se observa también un envejecimiento mayor de la población femenina respecto de la masculina en todos los años considerados, relación que se acrecienta cuando nos acercamos al año 2010 y se espera que esa tendencia se mantenga.

Según los resultados arrojados, la proporción de mujeres de 80 años y más se triplicó entre 1970 y 2010, mientras que la proporción de varones apenas se duplicó. Y la población femenina adulta mayor aumentó casi 7 puntos porcentuales en ese mismo período, mientras que la población masculina adulta mayor aumentó algo más de 2 puntos porcentuales.

### *Relaciones de dependencia demográfica*

El aumento proporcional de adultos mayores en relación a la población total modifica la relación de dependencia demográfica (RDD), que está definida como el peso que posee el grupo de niños y adolescentes sumado al grupo de adultos mayores sobre la población en edades comprendidas entre 15 y 64 años de edad. El supuesto es que los jóvenes y los ancianos dependen de los adultos de edades intermedias, considerados capaces y activos para otorgar apoyo familiar, social y económico. El indicador que mide esta relación es el índice de dependencia potencial (IDP), que se presenta en el cuadro n° 4. Su información muestra una tendencia un tanto inestable. Puede apreciarse cierta propensión al aumento de la dependencia potencial de ancianos. En cuanto a los jóvenes, se observa una

Índice de dependencia potencial

disminución constante hasta el año 1970, momento a partir del cual la relación comienza a ser menos estable.

Cuadro n° 4. Índice de dependencia potencial. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

| | *IDP* | | |
|---|---|---|---|
| *Año* | *Total* | *Anciano* | *Joven* |
| *1869* | 81,8 | 4,0 | 77,8 |
| *1895* | 74,8 | 4,4 | 74,5 |
| *1914* | 68,6 | 3,9 | 64,8 |
| *1947* | 53,4 | 6,0 | 47,3 |
| *1960* | 57,2 | 8,8 | 48,4 |
| *1970* | 57,0 | 11,0 | 46,0 |
| *1980* | 62,6 | 13,3 | 49,2 |
| *1991* | 65,1 | 14,7 | 50,4 |
| *2001* | 61,7 | 16,0 | 45,7 |
| *2010* | 55,6 | 15,9 | 39,6 |

Para completar este análisis, se presentan los valores de la edad mediana de la población en la Argentina a lo largo del período considerado (cuadro n° 5). La edad mediana es un indicador del grado de envejecimiento de la estructura por edades de la población. Es una medida estadística de posición que se expresa como la edad que divide la población en dos grupos de igual número de personas. Se presenta desagregada para varones y para mujeres y, además, en relación a la población económicamente activa (PEA) general y también para ambos sexos. Para la población general, este indicador aumentó 12 años desde 1869 hasta 2010, 11 años para los varones y 12 para las mujeres. Para la PEA general se registran 4 años de aumento, 3 para los varones de la PEA y 6 para las mujeres, lo que refuerza los planteos acerca del envejecimiento general, y femenino en particular, que se esbozaron previamente.

Cuadro n° 5. Edad mediana de la población general, varones, mujeres, PEA, PEA varones y PEA mujeres. Argentina, 1869-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

| Año | General | Varones | Mujeres | PEA | PEA Varones | PEA Mujeres |
|---|---|---|---|---|---|---|
| 1869 | 18 | 18 | 19 | 30 | 31 | 29 |
| 1895 | 20 | 21 | 19 | 31 | 32 | 30 |
| 1914 | 20 | 22 | 19 | 29 | 30 | 29 |
| 1947 | 25 | 25 | 25 | 33 | 34 | 33 |
| 1960 | 27 | 27 | 27 | 35 | 35 | 35 |
| 1970 | 27 | 27 | 28 | 35 | 35 | 36 |
| 1980 | 27 | 26 | 28 | 35 | 35 | 35 |
| 1991 | 27 | 26 | 28 | 35 | 35 | 36 |
| 2001 | 28 | 27 | 29 | 34 | 34 | 35 |
| 2010 | 30 | 29 | 31 | 34 | 34 | 35 |

Para terminar de explicar los comportamientos, puede ser adecuado analizar el impacto de la inmigración, ya que su influencia en la población argentina es realmente importante, sobre todo en la primera mitad del siglo pasado.

### Índice de masculinidad

De manera similar al modo en que mostrábamos el comportamiento de las mujeres en la estructura poblacional, podemos ver cómo se presenta el índice de masculinidad. Este indicador relaciona la cantidad de varones por cada cien mujeres. Como es de esperar, su valor ha ido en descenso a lo largo del tiempo de manera sostenida (gráfico n° 26).

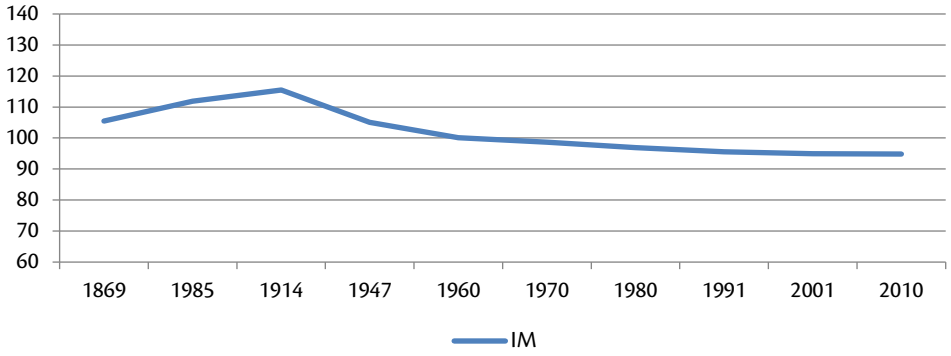
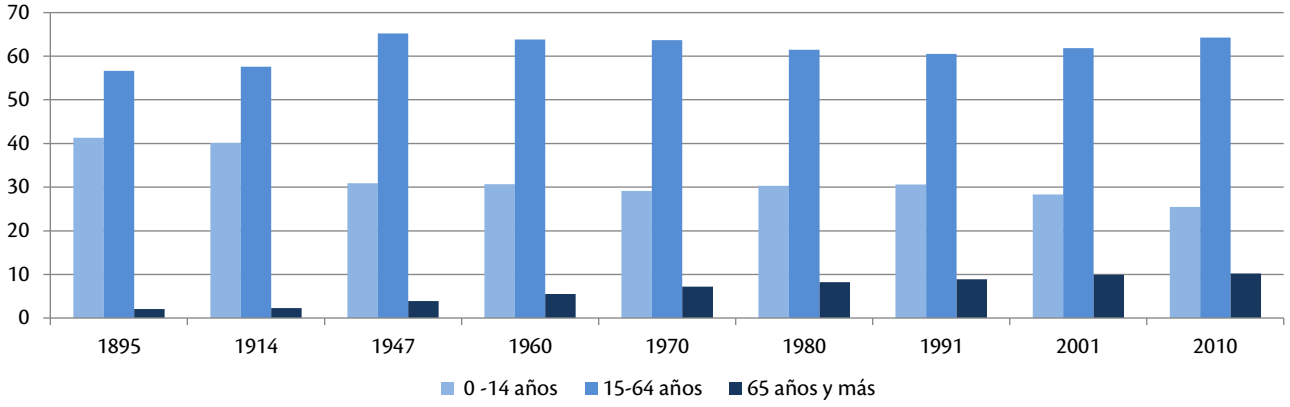
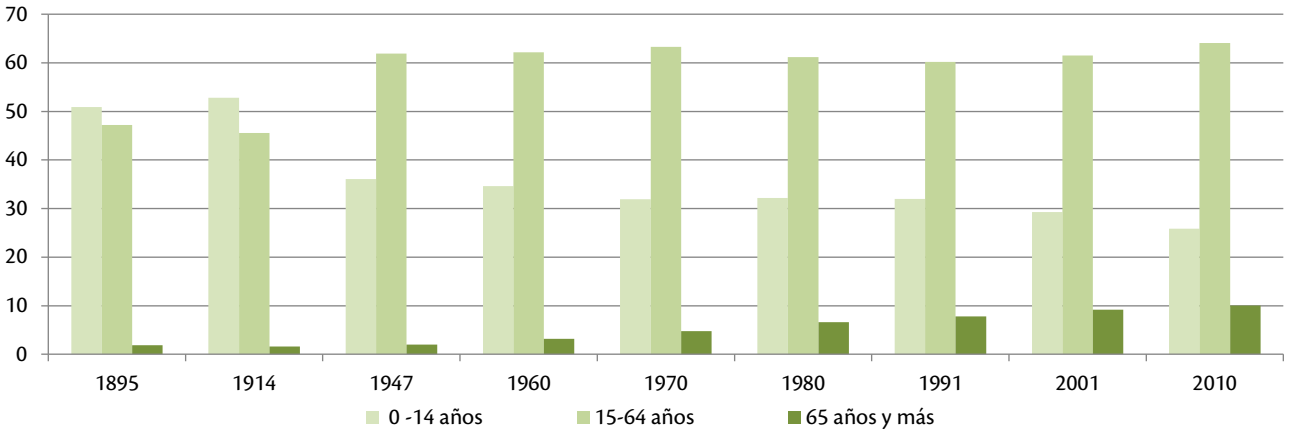
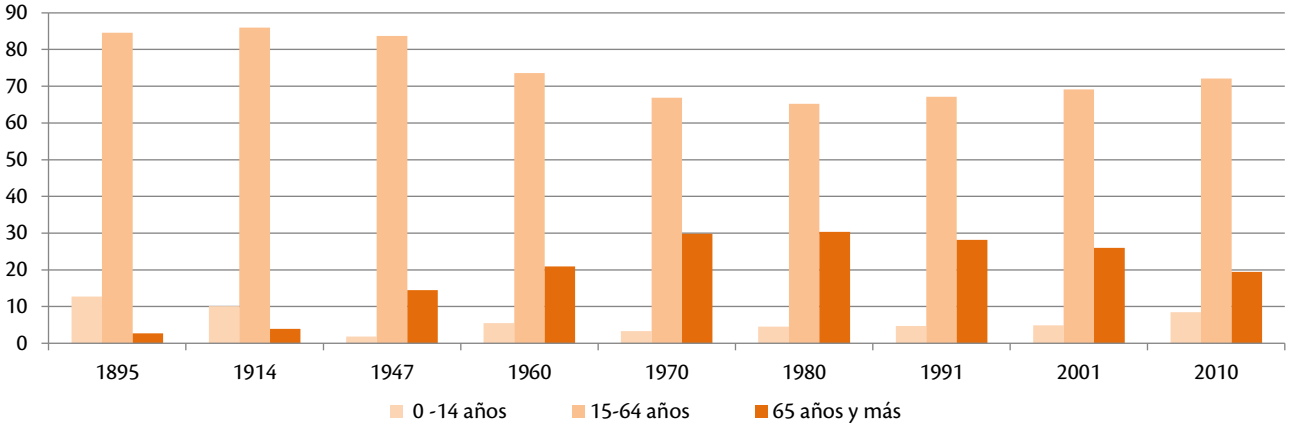



Gráfico n° 26. Índice de masculinidad. Argentina, 1869-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.




*Arriba*: Gráfico n° 27. Distribución de la población total según grandes grupos de edad, Argentina 1895-2010.

*Centro*: Gráfico n° 28. Distribución de la población nativa según grandes grupos de edad, Argentina 1895-2010.

*Abajo*: Gráfico n° 29. Distribución de la población no nativa según grandes grupos de edad, Argentina 1895-2010.

Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

Proceso inmigratorio

Como se planteaba al inicio del capítulo, la inmigración constituyó uno de los principales factores de crecimiento de la población argentina. Además, a partir de su análisis, es posible explicar los procesos de cambio sociodemográfico, de distribución y urbanización en Argentina.

Los tres gráficos precedentes muestran el peso relativo de la población inmigrante en la Argentina a lo largo del tiempo. El gráfico n° 27 resume el comportamiento de la población total. En él puede verse, por un lado, una reducción leve de la proporción del grupo de entre 0 a 14 años y un aumento de la población adulta de más de 65 años de edad, que llega a representar algo más del 10% de la población total en el año 2010.

Población nativa

La población nativa presenta tendencias similares a partir de los datos obtenidos para el censo de 1947 (gráfico n° 28). Durante el período 1895 y 1914, la diferencia sustancial con la población total se observa en el grupo etario de 0 a 14 años, ya que posee mayor peso relativo que la población de 15 a 65 años.

Población no nativa

La población no nativa (gráfico n° 29) está representada básicamente por el grupo etario comprendido entre los 15 y los 65 años a lo largo de todo el período analizado. Los restantes grupos muestran comportamiento más heterogéneo.

Se ha presentado hasta aquí la tendencia general de la población total de Argentina. Es claro que si analizáramos el comportamiento de alguna de estas variables a nivel regional o provincial, podríamos encontrar diferencias notables y hasta opuestas a la tendencia general del país, no sólo en relación al total de población aportado por una y otra, sino, además, respecto de estructuras y evolución de los componentes.

Distribución por región

Además, debe mencionarse que, si dividiéramos el país según las regiones propuestas por el INDEC, es posible observar que el peso poblacional de cada una de estas regiones es desigual. La región pampeana y la Ciudad de Buenos Aires, junto con la región metropolitana de Buenos Aires, aportan la mayor parte de la población al total del país (gráfico n° 29 y mapas n° 1 y 2).

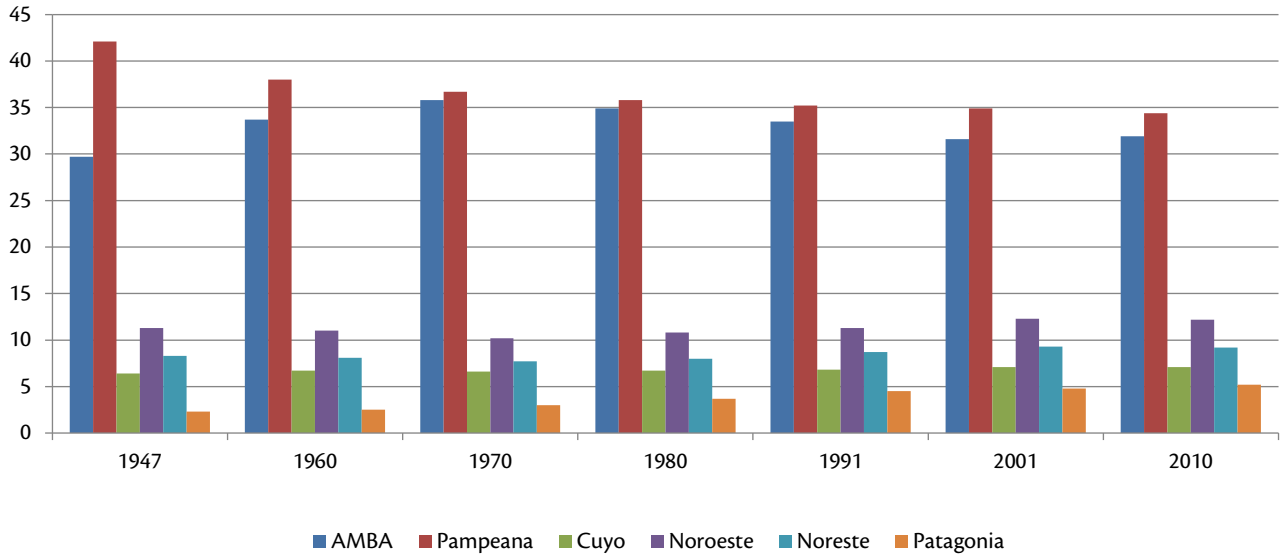



Gráfico n° 30. Población según regiones geográficas. Argentina 1947-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

Como se indicaba, la proporción de población que cada provincia aporta al total es diferente, pero también lo es cuánto crece período a período cada provincia (gráfico n° 30). La mayor contribución se observa en Tierra del Fuego, entre los períodos 1980-1991, con cerca del 90% de crecimiento, aunque rápidamente descendió a menos de la mitad en la siguiente etapa (1991-2001).

En general, todas las provincias registran, aunque en distinta medida, una reducción de sus valores de la tasa global de fecundidad, como se muestra en el cuadro n° 6.

Tasa global de fecundidad

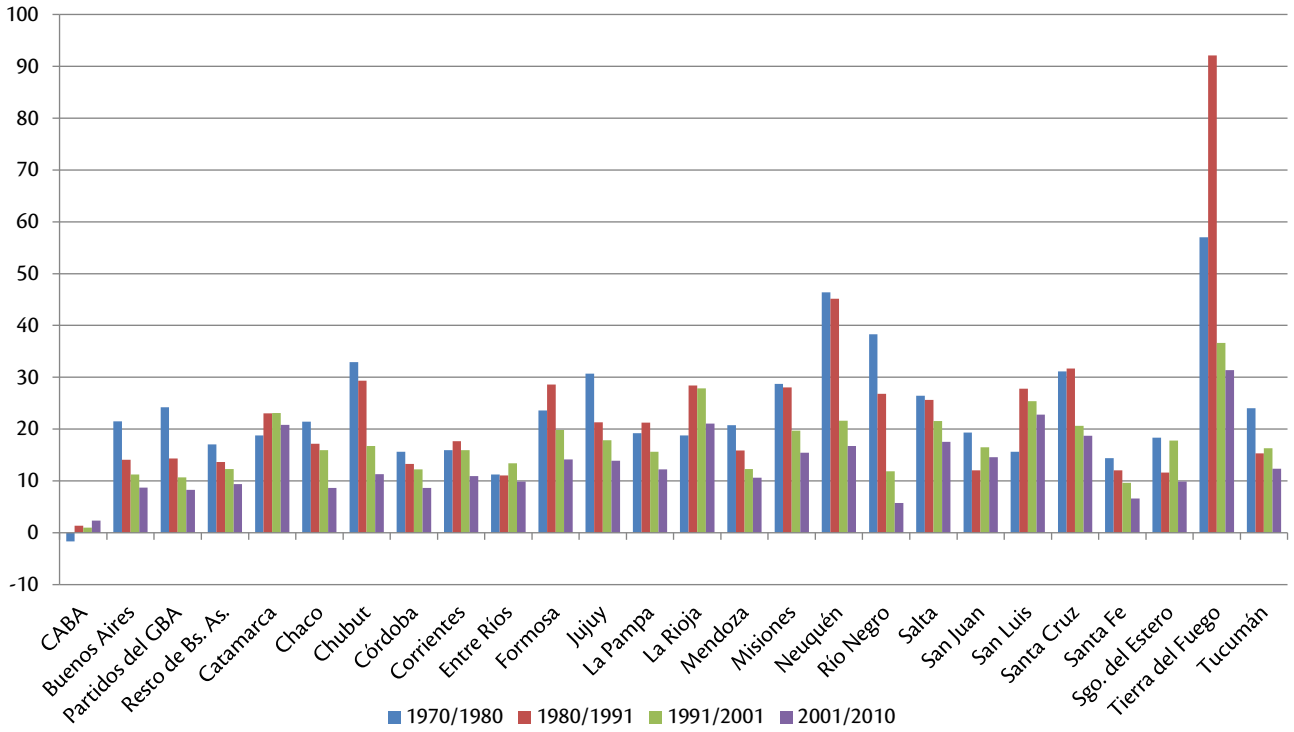



Gráfico n° 31. Tasa de crecimiento anual medio (‰) según provincia. Argentina 1970-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

| | *2001* | *2005* | *2010* | *2015* |
|---|---|---|---|---|
| *CABA* | 1,84 | 1,68 | 1,63 | 1,57 |
| *Buenos Aires* | 2,31 | 2,11 | 2,05 | 1,97 |
| *Catamarca* | 3,18 | 2,9 | 2,82 | 2,71 |
| *Córdoba* | 2,12 | 1,93 | 1,88 | 1,8 |
| *Corrientes* | 2,91 | 2,65 | 2,58 | 2,48 |
| *Chaco* | 2,85 | 2,59 | 2,53 | 2,42 |
| *Chubut* | 2,53 | 2,3 | 2,25 | 2,15 |
| *Entre Ríos* | 2,7 | 2,46 | 2,4 | 2,3 |
| *Formosa* | 3,21 | 2,93 | 2,85 | 2,73 |
| *Jujuy* | 2,95 | 2,68 | 2,61 | 2,51 |
| *La Pampa* | 2,43 | 2,21 | 2,16 | 2,07 |
| *La Rioja* | 2,56 | 2,33 | 2,27 | 2,17 |
| *Mendoza* | 2,58 | 2,35 | 2,29 | 2,2 |
| *Misiones* | 3,42 | 3,12 | 3,04 | 2,91 |
| *Neuquén* | 2,48 | 2,26 | 2,2 | 2,11 |
| *Río Negro* | 2,57 | 2,34 | 2,28 | 2,19 |
| *Salta* | 3,21 | 2,92 | 2,85 | 2,73 |
| *San Juan* | 2,91 | 2,65 | 2,58 | 2,48 |
| *San Luis* | 2,98 | 2,71 | 2,64 | 2,53 |
| *Santa Cruz* | 2,76 | 2,51 | 2,45 | 2,35 |
| *Tierra del Fuego* | 2,23 | 2,05 | 1,98 | 1,9 |
| *Santa Fe* | 2,62 | 2,39 | 2,33 | 2,23 |
| *Santiago del Estero* | 2,75 | 2,51 | 2,44 | 2,34 |
| *Tucumán* | 2,64 | 2,4 | 2,34 | 2,24 |

Cuadro n° 6. Tasa global de fecundidad por provincias argentinas, 2001-2015. Fuente: INDEC, 2005.

Las provincias, como se decía, presentan diferencias entre sí, aunque en todas la tendencia es al descenso. En 2001, sólo la Ciudad de Buenos Aires poseía una tasa global de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo. Para 2005, son cinco las

provincias que están por debajo de ese valor. En 2015, también son 5 las provincias que tienen una tasa por debajo del nivel de reemplazo. Estas provincias pertenecen a la región pampeana, más Tierra del Fuego en la Patagonia. En el cuadro n° 6, se muestran sombreadas las provincias que poseen tasas globales de fecundidad por encima de 2,1 hijos que, en promedio, tendría cada mujer de una cohorte hipotética de mujeres que durante su vida fértil tuvieran sus hijos de acuerdo a las tasas de fecundidad por edad del período en estudio y no estuvieran expuestas al riesgo de mortalidad desde el nacimiento hasta el término de su período fértil.

A su vez, en el análisis provincial, se observan diferencias importantes en la estructura de la PEA y de la población a cargo. La edad mediana máxima en 2001 se presenta, en la Ciudad de Buenos Aires, con 37 años de edad. La edad mediana mínima se registra en las provincias de Formosa y Misiones (21 años). A lo largo de los años, sigue siendo la Ciudad de Buenos Aires la que presenta la edad mediana más alta, y las provincias del noroeste y noreste, las que registran la mediana mínima. Esto confirma la tendencia que se viene observando a lo largo del capítulo: una región pampeana y patagónica más envejecida, con las menores tasas de fecundidad, y un norte con registros inversos.

El porcentaje de población anciana y joven que se observa en el cuadro n° 7 coincide con el panorama mencionado (ver mapas n° 5 y 6).

Cuadro n° 7. Edad mediana, porcentaje de población joven y anciana, provincias argentinas, 2001-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

| | *Edad mediana* | | *% Población 2001* | | *% Población 2010* | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | *2001* | *2010* | *Joven* | *Anciana* | *Joven* | *Anciana* |
| *CABA* | 37 | 37 | 17 | 17 | 16 | 16 |
| *Buenos Aires* | 29 | 31 | 27 | 11 | 25 | 11 |
| *Catamarca* | 24 | 27 | 34 | 7 | 29 | 8 |
| *Córdoba* | 29 | 31 | 27 | 11 | 24 | 11 |
| *Corrientes* | 23 | 26 | 35 | 7 | 29 | 8 |
| *Chaco* | 22 | 25 | 36 | 6 | 30 | 7 |
| *Chubut* | 26 | 29 | 31 | 7 | 27 | 7 |
| *Entre Ríos* | 27 | 30 | 30 | 10 | 26 | 10 |
| *Formosa* | 21 | 25 | 38 | 6 | 31 | 7 |
| *Jujuy* | 23 | 26 | 35 | 6 | 29 | 7 |
| *La Pampa* | 29 | 31 | 28 | 10 | 25 | 11 |
| *La Rioja* | 24 | 27 | 33 | 7 | 28 | 7 |
| *Mendoza* | 27 | 29 | 29 | 9 | 26 | 10 |
| *Misiones* | 21 | 24 | 38 | 5 | 33 | 6 |
| *Neuquén* | 25 | 28 | 32 | 5 | 27 | 7 |
| *Río Negro* | 26 | 29 | 31 | 7 | 26 | 9 |
| *Salta* | 22 | 25 | 36 | 6 | 31 | 7 |
| *San Juan* | 25 | 28 | 31 | 8 | 29 | 9 |
| *San Luis* | 26 | 28 | 31 | 8 | 28 | 9 |
| *Santa Cruz* | 26 | 27 | 32 | 5 | 28 | 5 |
| *Tierra del Fuego* | 25 | 31 | 34 | 3 | 23 | 12 |
| *Santa Fe* | 29 | 25 | 26 | 12 | 32 | 8 |
| *Santiago del Estero* | 22 | 28 | 36 | 7 | 27 | 4 |
| *Tucumán* | 24 | 27 | 32 | 7 | 28 | 8 |
| *Mínimos* | 21 | 24 | 17 | 3 | 16 | 4 |
| *Máximos* | 37 | 37 | 38 | 17 | 33 | 16 |

El IDP se comporta de manera similar. Ciudad de Buenos Aires registra el valor más bajo, y en continuo descenso a lo largo del tiempo. El IDP más elevado se

registra en Formosa en el 2001, y en Santiago del Estero en el año 2010. El IDP máximo tiene tendencia a la baja, pero la diferencia entre el mínimo y el máximo es amplia en todos los años considerados (cuadro n° 8).

| | *IDP 2001* | | | *IDP 2010* | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | *General* | *Joven* | *Anciana* | *General* | *Joven* | *Anciana* |
| *CABA* | 52 | 26 | 26 | 49 | 24 | 24 |
| *Buenos Aires* | 59 | 42 | 17 | 55 | 38 | 17 |
| *Catamarca* | 70 | 58 | 12 | 59 | 46 | 13 |
| *Córdoba* | 59 | 43 | 17 | 55 | 38 | 17 |
| *Corrientes* | 71 | 59 | 12 | 59 | 47 | 13 |
| *Chaco* | 73 | 62 | 11 | 60 | 48 | 11 |
| *Chubut* | 60 | 49 | 11 | 52 | 40 | 11 |
| *Entre Ríos* | 65 | 49 | 16 | 58 | 41 | 16 |
| *Formosa* | 76 | 66 | 10 | 63 | 51 | 11 |
| *Jujuy* | 68 | 58 | 10 | 57 | 46 | 11 |
| *La Pampa* | 62 | 46 | 16 | 56 | 39 | 18 |
| *La Rioja* | 66 | 55 | 11 | 54 | 43 | 11 |
| *Mendoza* | 62 | 47 | 15 | 56 | 40 | 16 |
| *Misiones* | 76 | 67 | 10 | 63 | 53 | 10 |
| *Neuquén* | 60 | 51 | 8 | 50 | 40 | 10 |
| *Río Negro* | 62 | 50 | 12 | 53 | 40 | 13 |
| *Salta* | 72 | 62 | 10 | 62 | 50 | 11 |
| *San Juan* | 64 | 51 | 13 | 60 | 46 | 14 |
| *San Luis* | 64 | 51 | 13 | 58 | 44 | 14 |
| *Santa Cruz* | 60 | 51 | 8 | 50 | 42 | 8 |
| *Tierra del Fuego* | 58 | 53 | 5 | 54 | 36 | 18 |
| *Santa Fe* | 61 | 43 | 19 | 65 | 52 | 13 |
| *Santiago del Estero* | 75 | 62 | 12 | 45 | 40 | 6 |
| *Tucumán* | 65 | 52 | 12 | 57 | 44 | 13 |
| *Mínimos* | 52 | 26 | 5 | 45 | 24 | 6 |
| *Máximos* | 76 | 67 | 26 | 65 | 53 | 24 |

Cuadro n° 8. Índice de dependencia potencial joven y anciana, provincias argentinas, 2001-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

Tasa global de fecundidad

Por último, varias provincias argentinas registran un índice de masculinidad mayor a 100 en el año 2001 (cuadro n° 9). La Ciudad Autónoma de Buenos Aires presenta el valor más bajo en ese año y en los siguientes. Para el año 2010, son sólo las provincias de Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego las que todavía poseen valores por encima de 100; sin embargo, parecería que la tendencia es hacia el descenso general (ver mapas n° 5 y 6).

En general, la tendencia de este indicador es al descenso. En la medida en que avanzamos en el tiempo, el índice disminuye. Así, en 1960, entre los 55 y 59 años de edad, por ejemplo, el IM fue de 110; en 1970, de 96,9; en 1980, de 94,3; en 1990, de 91,2; en el año 2000 ascendió un poco hasta 92,5, pero en 2010 se registró 90,9.

En Argentina –y en la población mundial en general– siempre nacen más varones que mujeres (los datos indican una relación de 103 a 100), e incluso la tendencia es al aumento.

Por tanto, la explicación de este índice de masculinidad debe buscarse en la esperanza de vida y en la mortalidad diferencial por sexo. Las guerras, las enfermedades, las condiciones biológicas, los estilos de vida de los varones son más afectados por la mortandad. A finales de siglo, los cambios en los hábitos y la

calidad de vida, la medicina y otros aspectos positivos dieron lugar a un aumento de la tasa de masculinidad de algunas provincias, aunque los datos de 1950 ya mostraban cómo el índice de masculinidad era bastante superior al de mujeres, a pesar del índice elevado de mortalidad.

Cuadro n° 9. Índice de masculinidad, 2001-2010. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

| *Índice de masculinidad* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|
| *Ciudad Autónoma de Buenos Aires* | 82,9 | 85,8 |
| *Buenos Aires* | 94,7 | 95,5 |
| *Catamarca* | 99,1 | 99 |
| *Chaco* | 99,6 | 97,7 |
| *Chubut* | 100,4 | 100,8 |
| *Córdoba* | 94,4 | 94,7 |
| *Corrientes* | 97,4 | 96,3 |
| *Entre Ríos* | 96,3 | 96,4 |
| *Formosa* | 100,7 | 98,5 |
| *Jujuy* | 97,1 | 96,6 |
| *La Pampa* | 99,4 | 98,3 |
| *La Rioja* | 99,9 | 98,6 |
| *Mendoza* | 94,9 | 95,1 |
| *Misiones* | 100,6 | 99,5 |
| *Neuquén* | 99,3 | 99,4 |
| *Río Negro* | 98,7 | 98,8 |
| *Salta* | 98 | 97,5 |
| *San Juan* | 95,3 | 96,7 |
| *San Luis* | 99,4 | 98,2 |
| *Santa Cruz* | 104,1 | 107,1 |
| *Santa Fe* | 94,2 | 94,6 |
| *Santiago del Estero* | 100,4 | 97,7 |
| *Tucumán* | 96,6 | 96,3 |
| *Tierra del Fuego* | 104,7 | 105,8 |

Si agregamos al análisis los comportamientos de la tasa bruta de mortalidad y la tasa bruta de natalidad, podremos dar cuenta más cabalmente de la caracterización de las fuerzas que subyacen en la dinámica poblacional de la Argentina en el período considerado.

Al igual que el resto de los indicadores analizados, la TBN y la TBM se comportan de manera heterogénea en las provincias. Por un lado, pueden apreciarse los valores que estos indicadores poseen y cómo han evolucionado a través del tiempo. Pero, además, es posible observar de qué manera se conjugan ambos, dando como resultado final el crecimiento vegetativo de la población.

En el año 2001, las provincias que registran un mayor crecimiento vegetativo son Misiones, Formosa, Catamarca y Salta. En el 2010, las que más crecieron son Tierra del Fuego, San Luis, La Rioja y Catamarca.

Si, además, se observa el comportamiento de la esperanza de vida, puede verse, en primer lugar, lo que se venía mencionando hasta aquí: una sobreesperanza de vida femenina, con valores muy por encima de los varones, y un aumento notable en algunas provincias en el período 2001-2010. No obstante esto, se mantiene la polarización existente entre el norte argentino y el centro y el sur del país. La provincia que posee más alta esperanza de vida en las mujeres en 2010 es Neuquén con 80,75 años de esperanza de vida al nacimiento. En cambio, en cuanto a varones, es en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, donde se registra el valor más elevado, alcanzándose los 74,11 años.

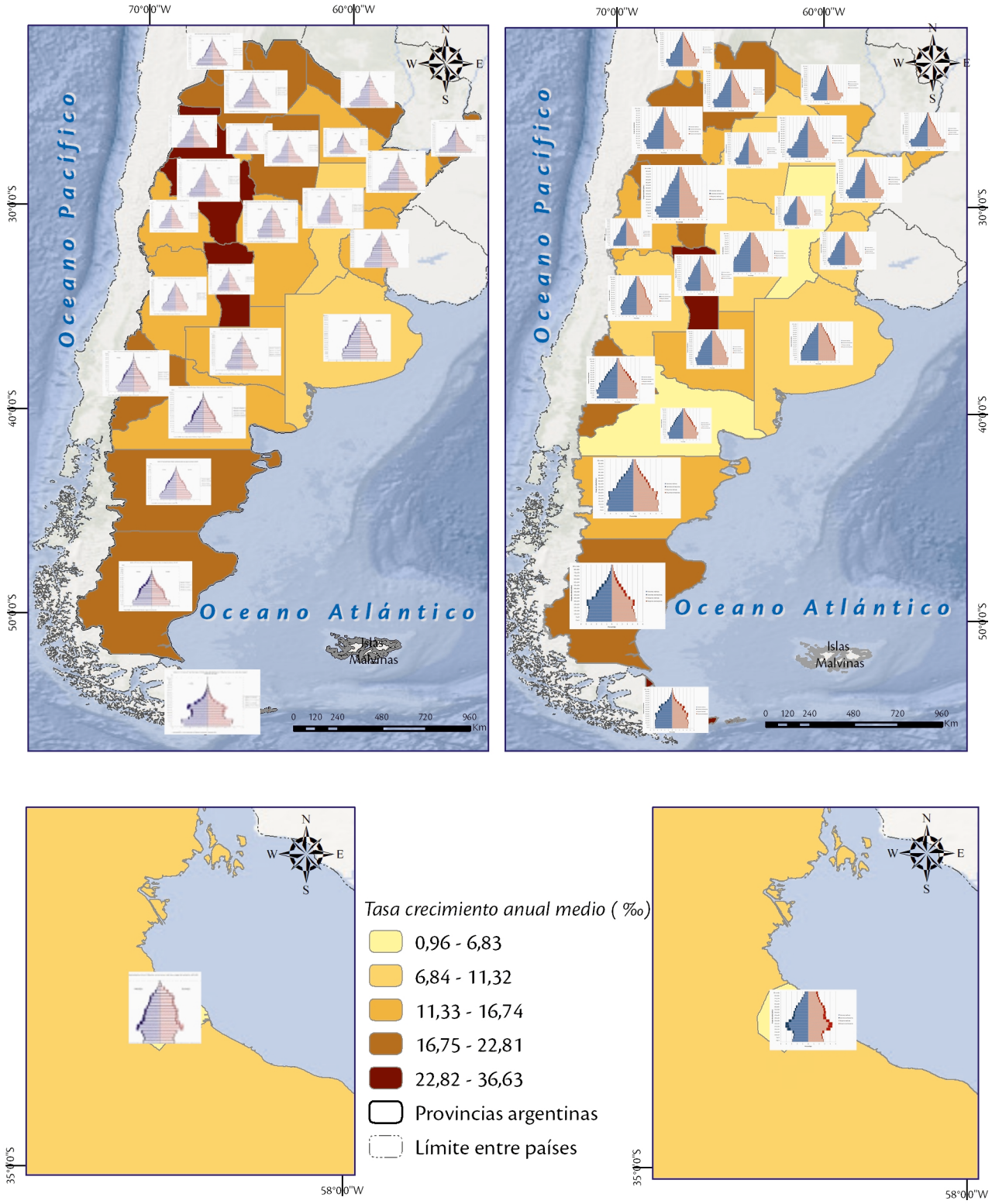
| | *TBN 01* | *TBM 01* | *TMI 01* | *e0 Varones 01* | *e0 Mujeres 01* | *TBN 10* | *TBM 10* | *TMI 10* | *E0 Varones 10* | *Eo Mujeres 10* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *CABA* | 13,9 | 11,1 | 9,6 | 69,17 | 76,45 | 14,9 | 10,8 | 7 | 74,11 | 80,43 |
| *Buenos Aires* | 16,9 | 8,2 | 15 | 68,53 | 75,78 | 18,9 | 8,4 | 12 | 71,87 | 78,69 |
| *Catamarca* | 24,9 | 5,6 | 15,5 | 67,4 | 73,96 | 16,9 | 5,6 | 15,4 | 73,27 | 78,85 |
| *Chaco* | 22,2 | 6,4 | 24 | 65,64 | 72,55 | 21,2 | 6,7 | 14,7 | 69,5 | 76,41 |
| *Chubut* | 18,4 | 5,1 | 13,1 | 67,26 | 74,04 | 21,2 | 6,3 | 9,8 | 72,25 | 79,96 |
| *Córdoba* | 15,9 | 7,8 | 16,2 | 69,15 | 76,6 | 17,2 | 8,2 | 11,1 | 72,48 | 79,23 |
| *Corrientes* | 21,9 | 6,6 | 23,5 | 67,16 | 73,16 | 19,8 | 6,3 | 16,8 | 71,49 | 77,54 |
| *Entre Ríos* | 20,5 | 7,8 | 14,9 | 68,13 | 75,26 | 17,4 | 7,7 | 11,6 | 71,22 | 78,98 |
| *Formosa* | 22,4 | 5,4 | 28,9 | 66,27 | 72,62 | 21,1 | 6 | 17,8 | 71,08 | 76,98 |
| *Jujuy* | 23,1 | 5,5 | 18,4 | 65,24 | 71,65 | 19,2 | 5,9 | 13,4 | 71,76 | 78,08 |
| *La Pampa* | 17,2 | 6,9 | 12,4 | 68,15 | 75,15 | 16,2 | 7 | 7 | 73,1 | 79,51 |
| *La Rioja* | 20,5 | 5,6 | 23,5 | 67,04 | 73,89 | 17,2 | 5,4 | 12,6 | 72,31 | 78,57 |
| *Mendoza* | 19,1 | 6,8 | 12,1 | 69,8 | 75,75 | 19,3 | 7,2 | 11,7 | 73,49 | 79,36 |
| *Misiones* | 24,2 | 4,4 | 19,6 | 66,45 | 72,65 | 22,2 | 5,8 | 13,2 | 70,95 | 77,69 |
| *Neuquén* | 16,8 | 3,6 | 13 | 68,3 | 74,67 | 21,6 | 4,9 | 9,2 | 74,06 | 80,75 |
| *Río Negro* | 17,8 | 4,7 | 14,7 | 67,54 | 74,36 | 20 | 6,3 | 9,4 | 73,53 | 79,36 |
| *Salta* | 24,2 | 5,2 | 19,1 | 66,13 | 71,84 | 21,9 | 5,6 | 12,8 | 71,71 | 78,22 |
| *San Juan* | 23,7 | 7,1 | 18,8 | 68,1 | 74,3 | 19,8 | 6,5 | 11 | 72,68 | 77,95 |
| *San Luis* | 22,3 | 6 | 17,8 | 67,64 | 74,07 | 17,4 | 5,9 | 10,7 | 73,14 | 79,33 |
| *Santa Cruz* | 19,8 | 4,6 | 14,5 | 67,11 | 73,9 | 26 | 5,6 | 9,7 | 71,47 | 79,43 |
| *Tierra del Fuego* | 17,9 | 2,3 | 10,1 | 68,5 | 73,64 | 16,2 | 9 | 10,3 | 71,31 | 79,13 |
| *Santa Fe* | 16,2 | 8,4 | 14,3 | 68,5 | 76,28 | 19,9 | 6 | 14 | 70,88 | 77,84 |
| *Santiago del Estero* | 21,1 | 6,1 | 14,8 | 67,13 | 72,73 | 20,1 | 6,4 | 14,1 | 72,24 | 79,92 |
| *Tucumán* | 21,1 | 6,3 | 24,5 | 68,08 | 74,13 | 18,8 | 3,3 | 9,9 | 72,23 | 78,2 |

Cuadro n° 10. Tasa bruta de natalidad, tasa bruta de mortalidad, tasa de mortalidad infantil, esperanza de vida hombres y mujeres. Argentina, según provincias, 2001-2010.. Fuente: elaboración personal sobre la base de datos del INDEC, Censos Nacionales de Población.

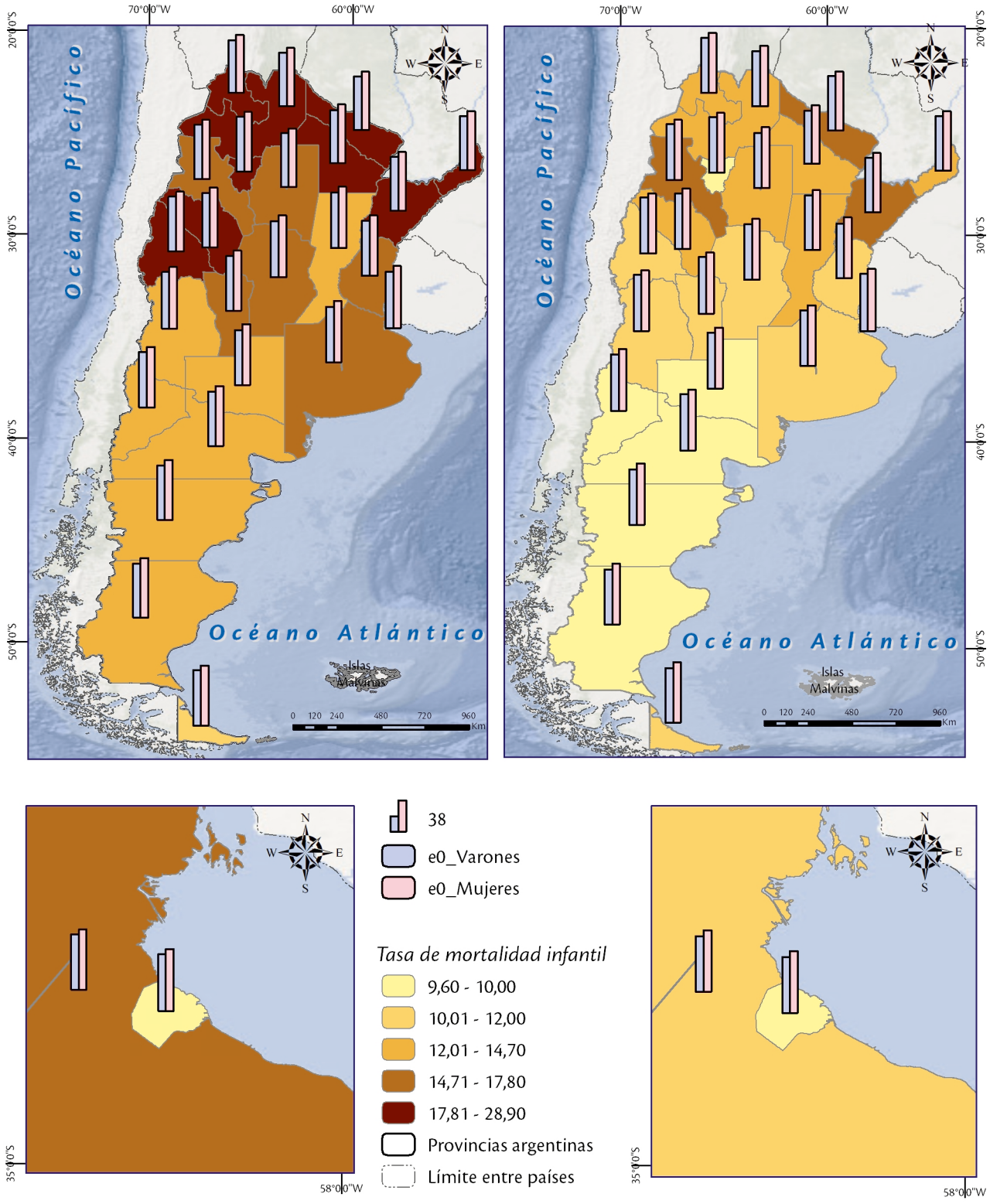
Para completar el panorama más desfavorable existente en el norte argentino, debe mencionarse que el análisis de la tasa de mortalidad por enfermedades infecciosas muestra que allí también continúan registrándose los más elevados valores (ver mapas n° 3 y 4).

Hay muchos otros indicadores que pueden ser utilizados para un análisis más exhaustivo de población. Sin embargo, los considerados son válidos para dar una idea acerca de la evolución poblacional y sus determinantes.

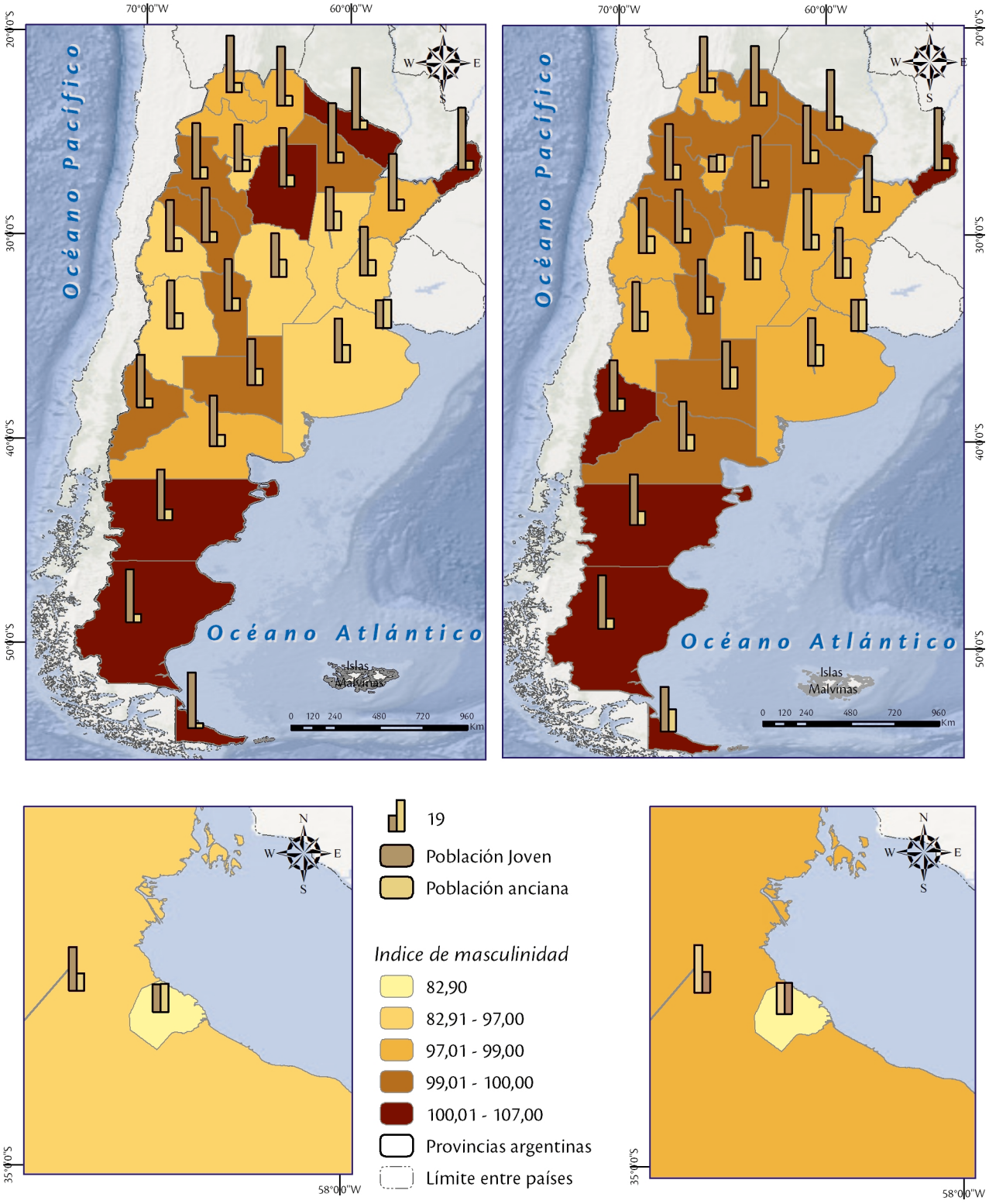
Mapas n° 1a y 1b. Pirámides de población y tasa de crecimiento anual medio por mil. Argentina, 2001 y 2010.



Mapas n° 2 y 3. Tasa de mortalidad infantil y esperanza de vida al nacimiento. Argentina, 2001 y 2010.



Mapas n° 4 y 5. Índice de masculinidad y proporción de población joven y anciana. Argentina, 2001 y 2010.



# MIGRACIÓN HACIA ARGENTINA
## La etapa temprana

Desde sus inicios, los humanos compartieron la tendencia a las migraciones estacionales, como buena parte del resto de las especies. Luego, sin barreras que controlaran su crecimiento y expansión hacia distintos nichos ecológicos, ocuparon el planeta, acomodándose a climas benignos, aprovechando la estacionalidad de algunos recursos, alejándose de grupos con los que compartía espacios al intuir un desequilibrio alimenticio. Si consideramos migración como traslado de personas hacia un sitio –o en una dirección específica–, acaso podríamos retrotraernos unos pocos milenios. No obstante, tenemos constancia de movimientos humanos excepcionales, difíciles de incluir en el fenómeno general de una migración. Los pueblos del mar, empujados desde el norte de la península balcánica hacia el sur por los efectos de una prolongada sequía hacia 1200 antes de nuestra era, son un caso emblemático. Como sea, huyendo de hambre o tiranías, pestes y desastres ecológicos, el hombre se ha movilizado, principalmente desde fines de la Edad Media. Es inusual, sin embargo, catalogar cualquiera de aquellos colectivos en movimiento con el rótulo de inmigrantes en el sentido que actualmente le damos. Entrado el siglo XIX, en parte por efectos de la industrialización inglesa, sesenta millones de europeos pondrían en marcha lo que los primeros especialistas en la temática mencionarían como inmigración clásica. Su magnitud demográfica y geográfica –uniendo dos continentes– e impacto en ambos extremos lo caracterizan como un fenómeno único, incomparable. Una mirada acotada, nos alerta –en el viejo como en el nuevo mundo– de zonas de intensa emigración y ocupación frente a otras apenas afectadas. Lo mismo sucede cuando la mirada se posa en los distintos estratos sociales e incluso en zonas rurales o urbanas. Sus movimientos dejaron huellas de rudimentarias estrategias hilvanadas por información, posibles ayudas de los que marcharon delante, pioneros con el gen de sus ancestros expedicionarios prehistóricos. El marco temporal estuvo acotado inicialmente a 1870-1930. Como era de esperar, los estudios de caso se encargarían luego de desbordar dicho período, graficando altibajos ligados a coyunturas de menor o mayor expulsión y experiencias regionales salpicadas con movilidad antes de embarcar. Si el escenario de partida sufrió alteraciones geográficas resultantes de nuevos estudios, documentación alternativa y teorías sugestivas, lo mismo aconteció en América. Un continente gigantesco dejaba al descubierto que la inmigración no fue azarosa ni improvisada; polos rentables alternativos, en muchas ocasiones fugaces, se presentaban como árboles delante del bosque. Con un inicio a modo de goteo y luego cual dique que abría oportunamente sus compuertas, la décima parte de los europeos emigraron a países de otros continentes. Una incipiente industrialización atrajo 38 millones a EE.UU., mientras que el territorio abierto y casi despoblado de Argentina hizo

lo mismo con 6,5 millones. Canadá sumó 5,2 millones, Brasil, 4,4 millones y Australia, 2,9 millones. Si buscamos la punta del ovillo, el fenómeno se desató con brusquedad en las islas británicas, a causa de la crisis de la patata que empujó a 18 millones de habitantes a huir de hambrunas y pestes que azolaron la región; Italia, con distintos ritmos y causales en ambos extremos de su península, expulsaría 10 millones. España, sorteando inicialmente leyes que intentaron frenarla, no pudo evitar la inercia colonial que creció a ritmo sostenido a lo largo del siglo XIX y principios del XX. Un regionalismo más profundo que pintoresco tomando la posta en distintos momentos, arrojaría –con cierta ralentización durante la primera guerra mundial–, la partida de 4,7 millones de peninsulares. España es uno de los casos de pérdida de población más sostenida en la historia de los últimos quinientos años. El flujo hacia América se mantuvo sin interrupción hasta casi el siglo XIX, retornando cincuenta años después hasta el *crack* de 1929. Luego hubo un último impulso, fundiendo emigración con exilio, tras la guerra civil y la instalación del franquismo.

Lugares de origen

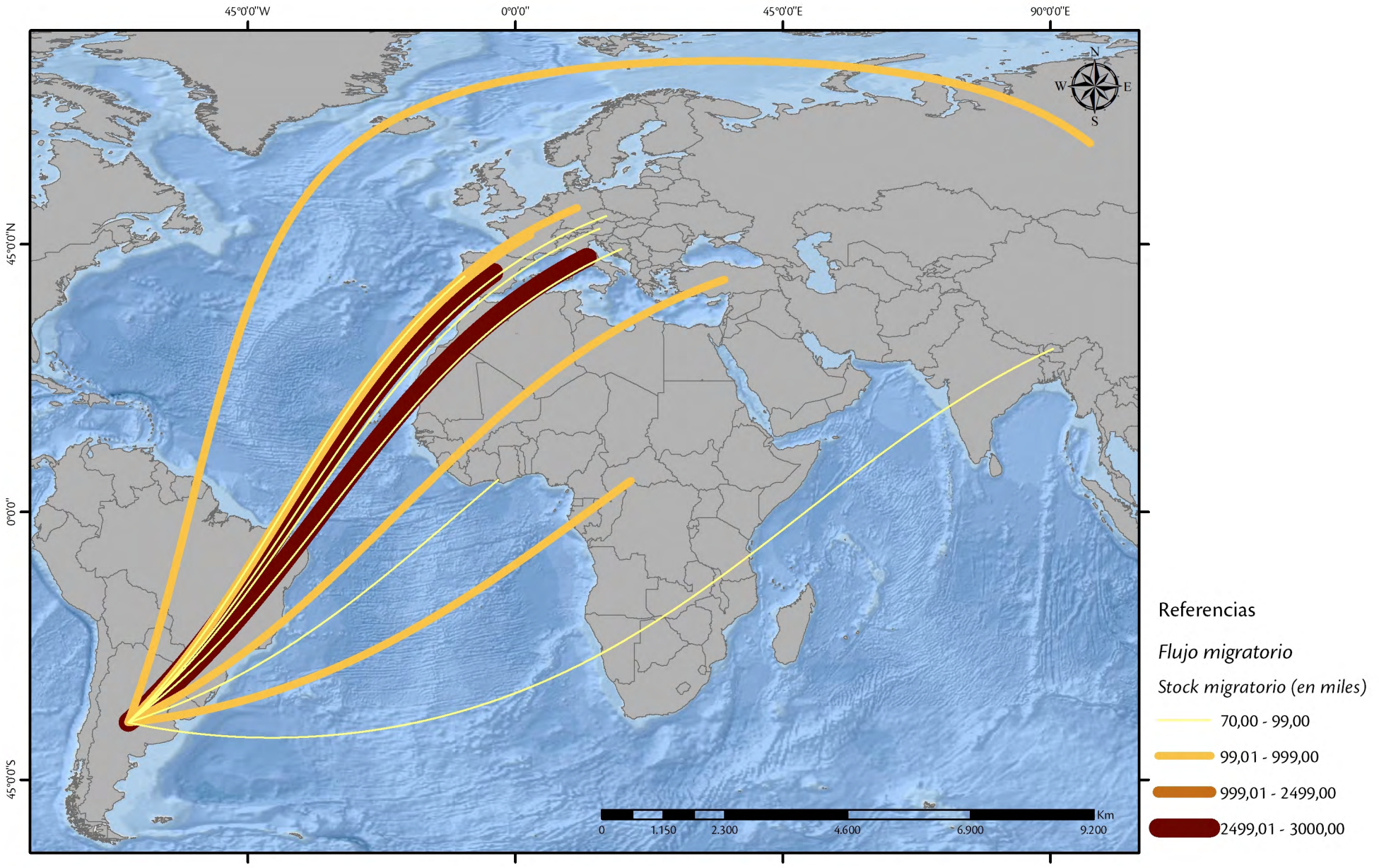
El fenómeno de la inmigración, en cuanto a inercias y tradiciones con forma de continuidad, hunde sus raíces en la América colonial. Entre 1600 y 1750, alrededor de 450.000 peninsulares pasaron a América. A los de europeos llegados entonces, se suman trabajos sobre inmigrantes irlandeses, daneses, franceses y vascos denominados tempranos, arribados a Argentina desde 1840. Hasta el inicio de la primera guerra mundial, el puerto de Buenos Aires contabilizará el arribo de 4.600.000 inmigrantes. Si tomamos los datos desde el inicio de la etapa que se conoce como masiva (1881), llegaron cuatro millones. El impacto socioeconómico del "puñado" –si se lo compara con la etapa posterior– arribado antes de la presidencia de Roca fue notable y fundamental para esa etapa de nuestro país.

Inmigración temprana

Estos movimientos previos a la llegada masiva que se observa desde las décadas de 1870 y la siguiente fueron cimientos cruciales del fenómeno. Hicieron posible el poblamiento rioplatense, marcando trayectorias, ofreciendo redes, configurando escalones iniciales para la imagen de cada etnia, al igual que estereotipos laborales. No es menor que aquellos pioneros llegados cuando expiraba la época rosista, compartieran el territorio con parcialidades indígenas, en escenarios vírgenes en cuanto a instituciones y elementos básicos para su habitabilidad. Un Estado dedicado a guerras intestinas o con países limítrofes dejó en manos de colonos y vecinos de los nuevos pueblos fronterizos el montaje del escenario. Había que improvisar un libreto capaz de reunir lo viejo y lo nuevo, lo exótico y lo local. Al decir de Bodnar (1985), muchos de ellos eran hijos del capitalismo que habían abandonado, con más o menos prisa, sus lugares. Campesinos y artesanos imposibilitados de competir con maquinarias, que acaso intuían encontrar en Sudamérica la posibilidad de continuar con el ritmo y costumbres de sus vidas. Vivir en un espacio precapitalista, por su demografía modesta altamente rentable, era una buena razón para imaginar que les permitiría progresar –pese a la dureza del nicho pampeano– hacia un horizonte impensado en los sitios dejados atrás.

Cuadro nº 1. Inmigración hacia Argentina, por países. Realizado sobre la base de Lates 1985.

| *Tamaño (en miles)* | *País / región de origen* |
|---|---|
| 3.000 y más | Italia |
| 2.000 - 2.999 | España |
| 100 - 349 | Alemania, Francia, Polonia, Rusia, Imperio otomano |
| 50 - 99 | Austria, Gran Bretaña e Irlanda, Portugal, Yugoeslavia, otros países de Asia, otros países de Europa |




Mapa nº 1. Inmigración argentina. Realizado sobre la base de Lates 1985.

## Estudiar la inmigración

El devenir historiográfico argentino, siguiendo con cierto retraso lo realizado principalmente por investigadores norteamericanos en las primeras décadas, se podría sintetizar, en cuanto a enfoques, con la metáfora del bosque al árbol. En sus primeros pasos, 1960-70, se tiñó de un perfil necesariamente cuantitativo. "¿Quiénes, cuántos, desde dónde?" fueron las preguntas de historiadores devenidos detectives frente a un puñado de documentos mayormente estatales. Los Censos y registros portuarios e internos brindaron la información básica, de acuerdo a una mirada macro indispensable en el inicio del estudio de un universo aún inimaginable. Visiones negras o rosas y crisol de razas contra pluralismo cultural fueron disparadores que animaron la etapa. Las dos décadas siguientes, aún dentro de una perspectiva econométrica pero salpicada de enfoques sociales que se anunciaban promisorios, se apoyaron en las primeras posibilidades de entrelazar datos. Con la caída del muro de Berlín –y los grandes debates–, el estudio de grupos nacionales dejaría paso a seguimientos menores, frecuentemente regionales. Aquello venía a cuestionar parte de lo dicho. Se observaría, entre otras cosas, que el bosque reunía más especies y subespecies que las analizadas. Con lo realizado y nueva documentación proveniente de archivos parroquiales, registros civiles, instituciones étnicas y clubes, entre otras, era el momento de trazar tendencias y procesos, revisar conductas. Los extremos del puente atlántico se unían y la posibilidad de desechar expulsiones o atracciones, además de reconstruir cambios y continuidades en la vida de los inmigrantes, trazaron un nuevo norte. Éstos recuperaban el protagonismo arrancado a los gobiernos europeos y americanos. Trabajar de sol a sol se granizó con momentos de ocio y espacios de sociabilidad, posibles aún en un escenario precapitalista como el que se extendía al sur del río Salado. Hoteles, almacenes, clubes, sociedades mutuales y escuelas étnicas aparecieron delante de los académicos como islas donde se refugiaban los recién llegados, soportando los embates del oleaje cultural que provenía del Estado. Aquello demostró, en lo inmediato y principalmente alejándonos del puerto hacia el sur o el oeste, no ser más efectivo en el proceso de integración que el trato cotidiano con vecinos, clientes, comerciantes y compañeros de trabajo.

### Fines del siglo XX

Durante la última década del siglo XX, los investigadores aguzaron la óptica. Llegaba el tiempo de la microhistoria, la historia cotidiana, dejar el rebaño para observar como lobos las actitudes de pequeños grupos, su representatividad en el conjunto, sus diferencias con inmigrantes de sus mismos países. El historiador, alejado de miradas amplias y discusiones entre liberales y marxistas que se atenuaban amagando desaparecer, reconsidera su oficio. Sopesa, entonces, viejas herramientas, repensando la utilidad de las biografías ensanchadas con una mirada social, insertadas acaso en una telaraña de redes, reconsiderando a líderes y *padroni*. Era el momento de revisar la conformación o la mutación de identidades, el peso real de las instituciones étnicas en ello, volver al individuo que intentaba escaparse de estructuras imaginadas por los teóricos como comunidad y colectividad.

### Nuevas fuentes

Desde entonces, hemos discutido estereotipos, recuperado protagonistas de carne y hueso. Ya no hay posibilidad de volver sobre los pasos que llevaron a la Historia problema. Falta mucho por hacer. Es necesario repensar qué significó "hacerse la América" o qué es un inmigrante y cuánto tiempo actúa sobre el individuo y el resto de los actores dicha condición. La atomización del fenómeno sigue permitiendo disolver generalizaciones, aproximarnos un poco más a la realidad histórica. Se discute con firmeza viejas frases como llegar con "una mano atrás y otra adelante", toda vez que la documentación europea muestra que aquellos envueltos en una pobreza extrema no podían dejar su lugar. La fotografía, que comienza a rodar por los escritorios, así como los almanaques, periódicos o publicaciones étnicas y las siempre escasas memorias de inmigrantes y cartas, abren puertas a temores y fobias, dudas de estrategias vitales más o menos cumplidas. Los registros judiciales y escolares abren ventanas al día a día de aquellos seres cada vez menos extraños para el nativo. Los inmigrantes también envejecían y los retornos –tan distintos al de Ulises–, al igual que las remesas, vuelven

una y otra vez como golondrinas conformando esa bandada de dudas que no termina de posarse en los libros ni mentes de los historiadores. Niños y mujeres avanzan desde los márgenes de la historia a entrelazarse y dar sentido a comportamientos, a cimentar actitudes y experiencias.



Figura nº 1. Los niños inmigrantes: confraternizando después del desembarco, Buenos Aires, 1911. Fuente: A.G.N.

## ¿EXTRANJEROS O INMIGRANTES?

Inmigrantes

Las autoridades nacionales, como ocurrió en todos los países que recibieron extranjeros durante el siglo XIX, se afanaron en definir el significado del término inmigración. Una mirada holística, que observe el conjunto, deja al descubierto que los procesos de inserción e integración –moldeados por coyunturas regionales e internacionales– no estuvieron exentos de tensiones más menos encubiertas. Para despejar dudas en episodios puntuales, por ejemplo sobre si las matanzas de extranjeros de 1872 en Tandil fueron un acto xenófobo, debemos avanzar en este norte semántico (Irianni, 2017). Luego habrá que discernir cuánto dista la ley de la opinión cotidiana de los nativos sobre qué era un extranjero y qué, un inmigrante. Nos interesa aquí, vale aclararlo y a sabiendas de que ello no tiene por qué coincidir con la apreciación de los gobiernos, el colectivo –homogéneo o no– que engloba la categoría de inmigrante. Según Fernando Devoto (2002, p. 30), luego de la batalla de Caseros se halla el momento en el que la noción de inmigrante adquiere sus formulaciones más sistemáticas y conceptualmente abarcadoras. Ellas se plasman en el carácter civilizatorio atribuido al rol del inmigrante en la sociedad argentina, en especial en la obra de Alberdi, y también en la Constitución de 1853 y en la ley de inmigración y colonización de 1876. El artículo 12 de la ley señalaba: "Repútase inmigrante, para los efectos de esta ley, a todo extranjero (que) llegase a la República para establecerse en ella, en buques de vapor o vela". El artículo 18 especificaba que los buques de inmigrantes eran aquellos que llegaban "de los puertos de Europa o de los situados cabos afuera". Esto hubiese originado confusión sobre el colectivo que nucleaba la categoría, si no se hubiese aclarado acto seguido que se "reputaba como inmigrante a aquel que llegase en segunda y tercera clase [pero no los que lo hicieran en primera–], a los menores de sesenta años (o sea, con edad laboral), libres de defectos físicos o enfermedades que los hagan inútiles para el trabajo [todo parece indicar que

manual]". La ley complejizaba más adelante el término, reuniéndolos en determinados oficios y ocupaciones, a saber, "jornaleros, artesanos, industriales, agricultores o profesores". Como señala Devoto, estas consideraciones contradecían el preámbulo de la Constitución de 1853, donde se referían a los inmigrantes con una definición amplia que abarcaba a "todos los hombres [aunque también arribaron no pocas mujeres y niños] del mundo de buena voluntad que quieran habitar el suelo argentino". Queda claro, una vez más, que el papel sostiene mucho más que la realidad social. También que las personas que antes descendían del espacio de tercera clase al muelle provenían luego también de segunda, más allá de que cualquiera pudiese rechazar el amparo y las ventajas que el Estado guardaba para alojamiento y traslados de quienes se reconociesen inmigrantes. Quien renunciaba a ello pasaba a ser considerado 'viajero'. Podríamos hacer muchas elucubraciones acerca de los que llegaban en primera clase, posiblemente con capital para invertir y ajenos al grueso de sus paisanos –más por cuestión de estatus que de límites jurídicos–. También es claro, censos nacionales en mano, que los oficios de los inmigrantes excedían en mucho al puñado esperable citado antes. Como se ve, un país en formación, un Estado emergente que experimentaba en este y otros rubros, era partidario de un control ligero, en parte porque estaba ávido de mano de obra, porque adolecía de falta de personal calificado y controles rígidos y, en no menor medida, por no estar aceitados los mecanismos –faltaba medio siglo– para deportar personas que no cumpliesen las reglas. El escenario a medio montar que encuentran las primeras oleadas de inmigrantes que deciden seguir viaje al sur luego de bajar por la explanada del buque excluía controles rigurosos en casi todos los aspectos. Aquello fue disimulado por un paraguas político que, intentando sobreproteger al extranjero, descuidó al nativo, cargándolo de responsabilidades. Aquellas actitudes, desconciertos, ineptitudes políticas e improvisación con pocos recursos –que se mantiene casi hasta fines del siglo XIX– alimentaba la tensión en la experiencia de integración.



Figura nº 2. Llegada de inmigrantes al puerto de Buenos Aires, 1911. Fuente: Archivo General de la Nación.

Extranjero

Como adelantábamos al comienzo, una variable sustancial que no podremos obviar radica en el factor tiempo, toda vez que un extranjero considerado viajero pudo intentar instalarse y mutar a inmigrante, sin lograrlo. Nos preguntamos, pensando en el nativo que convivía con personas de otras latitudes que recorrían los rincones de su aldea, ¿cuánto tiempo perduraba el estatus de extranjero? No es un tema menor. ¿Acaso dos décadas de residencia –teniendo en cuenta los tiempos del aislamiento rural o la habitación en un poblado– deberían actuar sobre el individuo, asimilándolo al conjunto social? Su participación en espacios de sociabilidad étnicos, la perdurabilidad de costumbres portadas a América, en definitiva, su intento de preservar diferencias en un ambiente permeable como era una sociedad nueva de frontera, debieron enrarecer aquella visibilidad. La llegada a modo de goteo de extranjeros, muchos con la ilusión de asentarse y por tanto convertirse en inmigrantes, debió dificultar cualquier simplificación sobre el conjunto social, continuamente atomizado. La mirada cotidiana del nativo, mayormente centrada en sus vecinos linderos o cercanos, sus clientes o dueños de comercios que frecuentaba, sus compañeros de trabajo, debió diferenciar con bastante claridad a aquél que había aceptado las reglas generales del juego de otros que arribaban y miraban la partida, se sentaban tímidamente y luego comenzaban a intercambiar pareceres. Los nativos no conformaban, más allá de lo que indicase su papeleta de identidad, un colectivo homogéneo.

La máxima alberdiana "Gobernar es poblar" sintetizaba la perspectiva de la inmigración como agente modernizador, "educadores de ese nativo primitivo" en cada rincón de la provincia y el país donde se asentaran. Era un antecedente, casual o no, de la ideología imperialista que más tarde tomaría de la mano a los africanos para guiarlos a la civilización. La diferencia con un país nuevo, independiente y despoblado del sur latinoamericano, es que esa mayoría de europeos que llamamos inmigrantes no llegaban a "civilizarlo", rapiñando sus recursos –aún no–, sino buscando un espacio precapitalista donde aprovechar sus conocimientos para potenciarlos en mercados de tierra y trabajo en formación. Buena parte de los inmigrantes peninsulares descendía de los conquistadores del Nuevo Mundo. Una ironía de la historia, quizá. Como fuera, algunos prohombres argentinos imaginaron que un trozo de Europa sería portador de su progreso, intelectualidad, conocimientos vastos y oficios indispensables, además de una ética y moral ausente en los bordes de las pampas. Hoy sabemos que un campesino europeo, con toda la connotación romántica que regó con ríos de tinta la historiografía, era generalmente tan primitivo y rebelde como un criollo, tan difícil de encuadrar en los nacientes mercados de trabajo y tierras como de ajustarse a horarios crecientes de trabajo. Los curas españoles que en el siglo XIX seguían pasando a América, no traían la mente desbordada de contemporaneidad, sino de creencias medievales. Buena parte de los campesinos y artesanos de la mancha que grafica el núcleo y los márgenes de la revolución industrial emigraron huyendo de esos constricciones, y también de la milicia. Los curas, segundones de familias numerosas, ampliaron su universo geográfico y vital emigrando a América, arribando la mayoría con maletas modestas y almas repletas de creencias propias de la Inquisición.

## Los pasos de la inmigración

El recorte espacio-temporal del fenómeno migratorio fue, comparado con otros aspectos, relativamente sencillo. La temática inicial también. Comenzaron con las primeras premisas acerca del arribo al nuevo país, mientras se cotejaba con la partida desde Europa y el viaje. Desde las primeras panorámicas casi sociológicas, la documentación impuso una mirada necesariamente diacrónica, más cuantitativa que cualitativa, más economicista que social. La salida no era un tema menor, complejo en épocas en que no abundaban los congresos de Historia y el franquismo –el fascismo occidental en su conjunto–, sumado a las guerras, impedía la multiplicación de centros de estudio y edición, la difusión de avances en el universo de los investigadores. Los tiempos historiográficos se aceleran

en las décadas de 1970 y 1980, junto a ideas básicas que moverían el castillo de naipes sobre el que se alzaban intuiciones primigenias. Aquéllas obligaron a repensar estereotipos y conceptos, marcos teóricos e ideas aferradas a los manuales y a la gente. Las causas de la partida que sugerían los documentos –sin descuidar salidas ilegales–,siempre presentaron un terreno árido. El papel de los Estados o estrategias de los propios interesados iba de la mano de oscilaciones extremas como expulsión versus atracción. La migración de estratos pobres o acaso aquellos ubicados un escalón más arriba, las redes y cadenas migratorias y el bagaje cultural portado siempre decisivo para el acomodamiento en el país receptor siguen dando lugar a revisiones historiográficas. Los caprichos de cada geografía expulsora y la paralización que provocaba reunir la documentación en un universo analfabeto eran obstáculos de dimensiones que apenas podemos ponderar. Llegar del pueblo al muelle de salida no era un esfuerzo menor en el largo camino a América.



Figura nº 3. Comedor del Hotel de Inmigrantes, Buenos Aires, *ca.* 1900. Fuente: Archivo General de la Nación.

## EL VIAJE

Elegir destino o trepar a la explanada del primer buque fue un tema que decantó a favor de la primera posibilidad, salvo en aquellos casos en que se huía de persecuciones epidemiológicas, ideológicas o totalitarias. La documentación nos ubica frente a sectores del poder intentando regular aquel flujo humano como la compuerta de un dique agrietado. Leyes y documentación cuasi inalcanzables para una mayoría analfabeta o aislada en geografías distantes fueron acompañadas por controles imperfectos en los puertos y discursos aterradores desde los púlpitos. En España e Italia, instituciones como la Iglesia reclamaban por la pérdida de almas y el ejército por sus soldados que, llegado el caso, eludían las armas marchándose en forma ilegal. Las ideas liberales de mediados del XIX y la presión sobre el atraso peninsular que provocaba una revolución industrial demasiado cercana desbordaban la legislación, provocando estampidas de campesinos y artesanos que obligaron a relajar controles portuarios.

De todos modos, en España, Italia o Francia, no era sencillo emigrar. La papelería fue un paredón acaso más infranqueable que el propio Estado. Una solu-

ción alternativa a marchar por la frontera sin papeles expedidos por el notario apareció con los agentes de viaje. Tampoco era fácil llegar, con ferrocarriles aún en construcción, al puerto de salida más cercano. ¿Fue trata de personas y engaño aquel ofrecimiento de los agentes? Aunque las compañías también ofrecían ocasionalmente financiación a los indecisos, nadie duda de que el espíritu que los animaba no era la filantropía sino el lucro. Como fuera, las mejoras de navegación y los subsidios ocasionales de países como Argentina y Brasil se sumaron a cartas con buenas noticias de familiares que habían marchado antes y progresaban a pasos agigantados. La fiebre de la emigración no encontró paliativos en los alcaldes de pequeños pueblos ni en los gobernadores de regiones extensas que se despoblaban. Es interesante intentar dilucidar por qué marchaban los jóvenes de pueblos en los que ellos mismos multiplicaban puestos de trabajo e incrementos de salarios al irse. También aumentaba la oferta del mercado matrimonial e incluso se abrían puertas para ponerse al frente de un caserío, aún sin tener la primogenitura. El traspaso de la decisión de marchar desde ámbitos gubernamentales al núcleo familiar no aseguraba una estrategia vital de la que no arrepentirse. Las distancias y los tiempos para cubrirlas transformaban las cartas llegadas desde América un año antes en periódicos viejos. Los inmigrantes debieron ser más o menos conscientes de que Occidente todo se transformaba y que los procesos económicos, sociales y políticos se aceleraban.

El proceso inmigratorio reúne en su seno varias etapas que lo moldearon a las coyunturas imperantes. A fines del siglo XIX, el ferrocarril, ahorrando largas jornadas en diligencias y los buques de vapor haciendo otro tanto en la travesía por mar, llegaron de la mano de precios de billetes que se abarataban al ritmo de una oferta mayor de agencias. De sesenta días a treinta, además de menores riesgos por el clima y la tensión entre el pasaje, significaba evitar epidemias y consumir mejores alimentos, ya que su refrigeración aún era deficiente, por lo que se descomponían rápidamente. Los primeros trenes suplantaron las carretas para llegar al puerto. La odisea migratoria comenzaba en el caserío desde donde marchaba el campesino o el barrio de la ciudad donde habitaba el artesano que no podía competir con la industria. No sospechaban, claro está, que el traspaso de sesenta millones de personas a otro continente portaba en sí mismo el germen de un horizonte limitado de rentabilidad.

## EN EL NUEVO LUGAR

### Caso pampeano

La inmigración llegó –aunque inicialmente se hizo hincapié en un país vacío o en amplios desiertos para graficar el desequilibrio demográfico– a espacios habitados y ese es un punto analítico crucial para el período temprano en Argentina. Los nativos, entendidos aquí como criollos e indígenas, merecen algunos comentarios previos. Durante la colonia, 'criollo' refería al hijo de españoles nacido en tierra americana; con posterioridad a la independencia, al habitante pampeano afectado a tareas rurales. Desde entonces, el representante de este término, como en el caso de los plebeyos romanos, fue variopinto. Los estancieros, salvo los absentistas, se reconocían como criollos, igualándose en ese colectivo con la peonada. Al mismo tiempo, el habitante de Buenos Aires se reconocía porteño y raramente criollo. A su vez, el término 'indio' –originado en la creencia de los españoles de haber arribado a India–, trazó un erróneo manto de homogeneidad sobre el habitante original de América. Hoy sabemos de su diversidad, tan variada y opuesta entre las sociedades que la componen como lo fue en su momento la de los pueblos europeos. Desde la década de 1840, puñados de vascos, franceses, irlandeses y daneses –en menor medida españoles e italianos, que optaron por asentarse cerca del lugar de arribo–, se desparramaban por el espacio bonaerense posible, a veces desbordándolo. Al mismo tiempo, incluso años antes, no fueron pocos los vascos que se trasladaron hacia la mesopotamia, tentados por el caudillo entrerriano Urquiza que invertía sus energías en la cría lanar. Más allá de la etnia y costumbres, nos interesa remarcar que, en el caso pampeano –donde se concentró la inmigración temprana–, hubo parcialidades indígenas hostiles, amistosas

y amigas. No es un tema menor, toda vez que en los alrededores de un pueblo ubicado en el centro de la actual provincia bonaerense como Azul, a escasos cien kilómetros de Tandil, los guerreros de la dinastía catrielera experimentaron ese proceso desde 1830/40, coincidente en buena parte con la llegada a la frontera de los primeros europeos, principalmente vascos, bearneses y gascones. Se ha prestado poca atención, si se lo compara con el oeste norteamericano, a la relación entre avance castrense y poblamiento pampeano. Una tarea pendiente reside en observar los derroteros del poblamiento centro-sur pampeano, indispensable para comprender el asentamiento de los vascos y los daneses en el centro de la pampa húmeda desde 1840. Los indios 'amigos' vivían junto a fuertes militares y pueblos fronterizos, los inmigrantes también (Irianni, 1997). La ley de colonización de Avellaneda se implementó a mediados de la década de 1870, casi tres décadas después que los pioneros pisaran tierras fronterizas bonaerenses o entrerrianas. Esa legislación, que parece ir detrás del fenómeno de poblamiento, se ajusta a la experiencia santafesina, mayormente italiana y cerealera antes que ganadera. La pampa gringa, descrita detalladamente por Gastón Gori (1964), también hunde sus raíces en la etapa temprana y se desarrolla aceleradamente luego.



Figura nº 4. Indios tehuelches en Río Gallegos festejando el 25 de mayo, Santa Cruz, 1900. Fuente: Archivo General de la Nación.

## Atomización del universo indígena

Hasta hace tres décadas, la historiografía nos mostraba criollos e inmigrantes en escenarios en los que los indígenas eran un telón de fondo ubicado más allá de una línea más o menos móvil llamada frontera. De tanto en tanto, los periódicos de la época plasmaban los movimientos indígenas con metáforas climáticas, como vendavales. La mano armada de la civilización ponía orden, cerraba postigos, aquietaba el ventarrón agitado por un incumplimiento de un tratado o la continua penetración de eurocriollos en territorio indígena. La caracterización de indios amigos e indios hostiles no era étnica, sino política. Esa atomización del universo indígena conllevaba diferencias sustanciales para el poblamiento del espacio y para la sociedad blanca y los aborígenes en su conjunto. Confirma la inexistencia de una frontera lineal, rígida, en pos de otra cambiante y amorfa, agrietada, porosa, multiétnica. Al igual que en otros aspectos de una sociedad marginal en un territorio delimitado, los indígenas conformaban parte de esa torre de Babel idiomática y cultural, que intentaba resguardar sus recursos, mantener sus costumbres e idioma, defender sus territorios imaginados desde percep-

ciones tan distintas a las del invasor. Su presencia en la pampa desde el siglo XVIII o antes, con acercamientos desde las primeras décadas del XIX para comerciar o entablar tratados con el criollo, culminaron en el lento pero continuo avance de la sociedad blanca sobre sus tierras, ajenas a cánones cartesianos occidentales. El ejército improvisado, una suma de milicias provinciales hasta la secesión de Buenos Aires (1853-1861) y el final de la guerra con Paraguay (1868) demoraron la fijación de márgenes para una nación que no terminaba de definirse, económica, política ni culturalmente. El fin del conflicto guaraní, coincidente con la pacificación del territorio nacional atomizado en feudos de distintos caudillos regionales y la desaparición del ganado cimarrón, fue una bisagra inimaginada en la historia indígena pampeana. Era el comienzo del final, que llegó doce años más tarde bajo la dirección del General Roca. Sin embargo, los inmigrantes comenzaron a llegar a la frontera en 1845. ¿Eran los indígenas un obstáculo más para los inmigrantes, como lo fueron la falta de viviendas, epidemias o la ausencia de árboles? Según la documentación, la sensación de aislamiento y desprotección mantenía latentes malones que casi nunca sucedían.

> *En la mañana siguiente continué mi viaje en dirección al Azul. Este es el punto fronterizo de intercambio con los indios. Si hubiera dado crédito a todo lo que me dijeron sobre los peligros del viaje a lo largo de la frontera, habría adoptado muchas medidas de seguridad. Pero, en esta región –como en todas aquellas escasamente pobladas– los peligros son, en mucho creados por el miedo y por los rumores circulantes, de modo que se desvanecen cuando nos aproximamos a ellos.*
>
> MacCann ([1848]1969)

Período rosista

Al parecer, como el referido viajero escocés en 1848, los inmigrantes tenían plena conciencia de la presencia indígena. La *pax* rosista, entre 1833 y 1852 (que se extendería por inercia hasta casi 1855), animó a los extranjeros a emprender viaje al sur, cruzar el río Salado y asentarse en aldeas como Azul o Tandil, ambas cercanas a una toldería considerada amistosa. Cada inmigrante –según momento, lugar e indios con que se topase– lo resolvería a su manera. En el malón a Tandil de 1855, las fuentes coinciden en que defendieron el poblado alrededor de cuarenta vascos, un alemán, un norteamericano y un danés, además de vecinos nativos y militares. Es evidente que la experiencia 'militar' de cada extranjero jugaba un papel decisivo; posiblemente los vascos que optaron por defender el fuerte Independencia de Tandil habían tenido –como también el danés Stagsvold– alguna participación bélica previa.

Habitar territorio indígena, defender el nuevo espacio, como si se tratase de un *deja vú* de época carlista, indudablemente fue un elemento tan importante como el de sufrir las deficiencias y aprovechar las oportunidades de un escenario colono en construcción. A esta coyuntura excepcional, debemos sumar el avance de un capitalismo que alcanzaba ese margen occidental barriendo obstáculos con los que vascos, franceses, daneses y otros inmigrantes convivieron inicialmente. Los malones indígenas eran apenas un problema más y los extranjeros no detuvieron su avance en aquellos momentos de violencia potencial.

Rol de la prensa

En un ambiente casi ágrafo y con escasos registros del Estado en la etapa que nos ocupa, una mirada ineludible fue la de la prensa, remarcando los momentos de recrudecimiento en la frontera y aquellos otros de convivencia. Los inmigrantes, en el día a día, sabían ponderar largos momentos de calma frente a otros de fugaz tensión con el aborigen. Como habían distinguido un carlista de un cristino o un prusiano, también lo hacían a poco de llegar con los indígenas. Algunas escenas de visita a tolderías o de indígenas a vender sus productos a los pueblos nuevos redactadas en las memorias de Fugl (1988 [1880]), nos retrotraen a momentos de encuentro de europeos sureños con galos, celtas, britanos o germanos. Consecuencia de esta suerte de confianza histórica, debió consensuar la decisión vecinal de desmantelar el fuerte Independencia de Tandil en 1864,

al igual que dejar casi desguarnecido su par azuleño, San Serapio Mártir. Otra prueba de aquella convivencia posible es el hecho de que la corriente migratoria hacia estas zonas no se detuvo en ningún momento. Con el paso del tiempo, la gente debió estar preparada –psíquica y materialmente– para enfrentar los cada vez más excepcionales momentos de tensión. En vez de regresar a la civilizada Buenos Aires –que deparaba otros problemas no menos críticos, como el hacinamiento– los colonos extranjeros optaban por reforzar sus casas con defensas para esos ataques posibles.



Figura nº 5. La vida en los fortines, Chaco, *ca.* 1900. Fuente: Archivo General de la Nación.

*En los últimos tiempos [refiere a 1855 al 60] cuando se hicieron más frecuentes los ataques de los indios, los propietarios de estancias habían comenzado a rodear sus viviendas y aún a regular distancia, con empalizadas de postes, con la esperanza de poder defenderse de los salvajes, que generalmente sólo peleaban a caballo y con lanza.*

Fugl (1988 [1880])

Mercado de tierras

Estas construcciones, nada excepcionales en el sudeste bonaerense, muestran que el indígena distaba de ser una leyenda para los inmigrantes que se asentaron al sur del río Salado antes del 1870; pero también que su potencial peligro no alcanzaba para doblegar su afán de progresar y 'adueñarse' de una porción de la pampa. La importancia del tema aborigen para los que se ocupen del fenómeno inmigratorio pampeano es crucial. Es sustancial en la nueva mirada, holística, que considera todos los actores de la escena, y no sólo los protagónicos. La invisibilidad de los indígenas en el escenario pampeano coincidió con el inicio de la etapa masiva, hacia 1880. Quizá no sea casualidad. Si los adelantos técnicos en

la navegación habían predispuesto el final de un peligro más entre otros, aquello ayudó a multiplicar el número de inmigrantes. No debemos olvidar que las jugadas se planificaban en el caserío antes de partir, pero las fichas se movían sobre el tablero pampeano. La conquista de millones de leguas de territorio pampeano en el último cuarto de siglo XIX movilizó extranjeros que no habían conseguido la tierra que soñaban más al norte. La documentación muestra un verdadero despliegue hacia el sur, a la zona del actual Tres Arroyos, al mismo tiempo que se acallaban los disparos de *remington* sobre los últimos sobrevivientes indígenas. El mercado de tierras era por fin una realidad. Era imprescindible intentar acceder antes que perdiera la flexibilidad e improvisación que sus paisanos habían alcanzado a disfrutar tiempo antes.



Figura nº 6. Frente del Hotel de Inmigrantes, Buenos Aires, s/f. Fuente: MUNTREF - Museo de la Inmigración.

Rol de los comerciantes

También es tiempo historiográfico, dentro de esta mirada global del escenario y sus actores –protagonistas, secundarios y extras–, de hacer jugar coyunturas y procesos que irremediablemente los afectaron, urgían a tomar decisiones presagiando cambios en las reglas de juego. A la par de los colonos, también era el momento de que avanzara la frontera capitalista más allá del río Salado, desplazando cazadores-recolectores, pastores cuasi nómades y formas primitivas de intercambio, como el trueque. Los indios eran un obstáculo similar a los esclavos del norte de América, seres sin salario, fallas en la maquinaria novedosa que dificultaba el enlace de sus piezas. Quien no consumía en el mercado –salvando los hortelanos que poseían alguna vaca y aves para su consumo– sobraba en el tablero. Los criollos y los nativos, como algunos indios agregados en los poblados antes del exterminio, mantenían prácticas de trueque –con medidas al tanteo– arrastradas desde épocas inmemoriales. Aquello, sumando experiencias exóticas y peligrosas, anécdotas, relaciones comerciales e intercambios tan impensados como el de paliativos para la salud en un territorio sin médicos, era pasado para los que llegaron desde 1880. Los inmigrantes tempranos colaboraron de manera apenas percibida por la historiografía para ocupar y remodelar el espacio indígena, pero sin espadas ni estrategias hoplitas, con sus oficios, costumbres, prácticas comerciales. Eso no quita que hayan utilizado excepcionalmente un arma para repeler un ataque. Los inmigrantes atrajeron un sector de los indígenas a ese mundo gris que mutaba hacia el capitalismo, en los salones de sus almacenes. Si los españoles, y luego los criollos, habían alentado el consumo de vicios, como el tabaco y el alcohol entre los indígenas, los comerciantes los tentaron al consumo de alimentos, herramientas e indumentarias que luego demandaban

con la misma necesidad que el tabaco o la ginebra. Los comerciantes vascos trocaban plumas por tabaco con unos, más tarde hacían negocios claramente financieros con otros. Debemos repensar la mentalidad cambiante y acomodaticia de un inmigrante asalariado escapando de la revolución industrial que destrozó su estatus de remendón que pasó a contar con un salón amplio que vendía incluso botas para criollos e indios; pero también la de un indígena que nació en toldos rodeados de elementos exóticos para sus abuelos, pero imprescindibles para su día a día. Muchas de esas criaturas conocieron padres y parientes con botas largas en vez de las de potro, con sacos de lana en lugar de ponchos, con sombreros donde antes hubo vinchas. Los inmigrantes no ocuparon un lugar vacío donde se asentaron. Cada oleada migratoria lo hizo en distintos espacios, en un complejo juego de aperturas favorables, fuerzas propias y opuestas, mezclas inesperadas que, en algunas ocasiones, reunían oficios y oportunidades, y en otras, reforzaban la endogamia o la debilitaban.

## HACERSE UN LUGAR

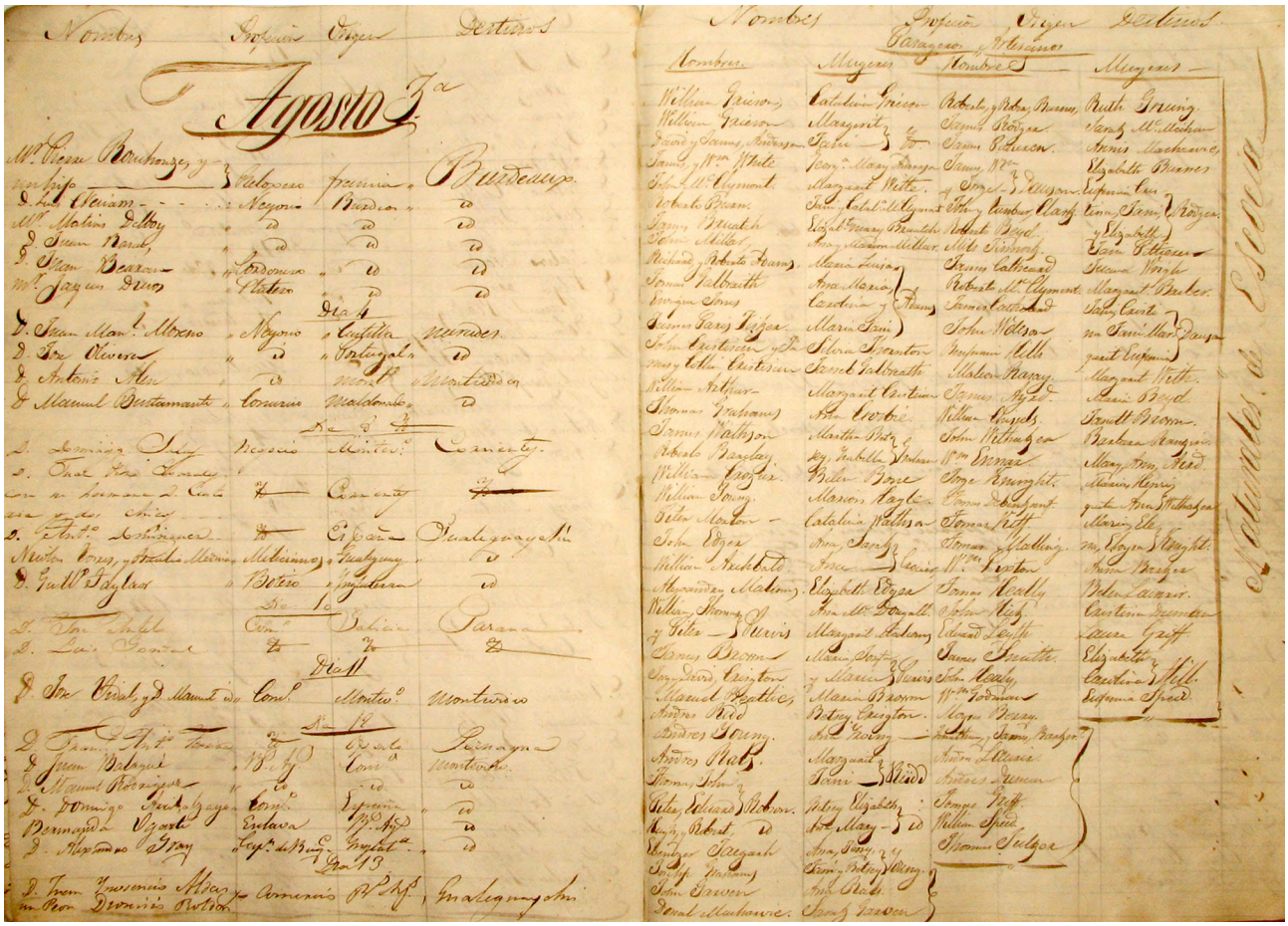
En Argentina, los inmigrantes arribaban a un escenario inmenso, apenas montado y enclenque dada su precariedad y falta de control estatal. No había manera de planificar recursos para albergar semejantes oleadas humanas llegadas al puerto, ni tan siquiera a aquellos que se desgranaban luego a lo largo de la pampa húmeda. Aunque arribados en forma escalonada a lo largo de varias décadas –y con un 50% de retornados–, se trató de seis millones de seres que, para agravar la situación, desconocían en buen porcentaje su destino de asiento final y no tenían decidida su radicación. El Hotel de inmigrantes apuntalaba a quienes desembarcaban sin señas de familiares antes instalados y resguardaba la salud de la población reteniendo grupos en cuarentena si era necesario. Dejar allí el equipaje durante una semana para buscar trabajo era un beneficio importante, no siempre utilizado. Habla, de alguna manera, de ese porcentaje de personas convocadas por inmigrantes ya asentados que estimamos –de acuerdo a distintos trabajos– en un 30 % del total aproximadamente. Dirigirse a zonas como Barracas a ofrecerse como peón para un saladero o ingresar a diversos comercios cercanos si se contaba con alguna habilidad para ello fue la primera opción laboral para muchos. Pastar bueyes de las innumerables carretas que llegaban del interior, otro inicio interesante. La cartelería étnica de algunos comercios supo orientar al recién llegado, ávido de información sobre datos laborales rentables y sitios donde hospedarse. Orientarse en el camino hacia el amigo o el familiar que lo mandaba a llamar debió ser motivo recurrente de visitas a almacenes o fondas de paisanos. Como las llegadas masivas solían coincidir con el fin de la cosecha en Europa y el buen tiempo sudamericano, había margen para encontrar un techo antes que llegase el invierno. El buque, cuyo pasaje podía costearse hasta Brasil o mejor aún, Montevideo, para luego proseguir –o no– el viaje hacia Buenos Aires, formaba parte de una estrategia en abanico para sopesar oportunidades, marcos sociales, climas y geografías que presentaba una región receptora heterogénea. No fueron pocos –según la documentación judicial de archivos europeos– los que buscaban eludir la deuda de pasajes subsidiados cambiando de dirección e incluso de país. Cuando los agentes visitaban el hogar del deudor para cobrar o hacerse de la garantía material estipulada –consignan los documentos–, el resto de la familia había vendido todo y marchado.

### Conductas laborales

El momento de la llegada era determinante, tanto como hacerlo con el nombre de un pueblo pampeano desde donde un parroquiano había escrito a su familia avisando que abundaban determinados trabajos. Llegar a Buenos Aires no significaba quedarse allí o encasillarse en los límites de una provincia bonaerense que se ensanchaba hacia territorios indígenas. Resulta difícil saber –comprobar desde una documentación esquiva dicha información– si hubo continuidad o ruptura en el desempeño laboral de los inmigrantes. Podemos suponer que el cansancio y la inseguridad del clima en torno a una economía anual intensiva en pequeñas parcelas europeas decidiese a muchos a emplearse entonces en zonas urbanas.

Sin embargo, existen tendencias nítidas en algunos colectivos, como el desplazamiento de irlandeses, vascos e ingleses hacia las zonas rurales, donde el tamaño de las parcelas y la ausencia de nevadas aliviaba penurias. No es menos sugestivo que los vascos prefiriesen –con la mente atada al caserío o evitando arraigarse en el nuevo lugar– arrendar, en vez de comprar, e incluso adquirir varias chacras, en lugar de un campo. En la etapa tardía, algunos vascos aún repetían la idea del varón primogénito a cargo del trabajo rural para evitar la división de la tierra. Es altamente probable que esta disyuntiva de continuar un oficio dependiese de la demanda, como los casos de albañiles, ladrilleros, tamberos, pastores o alpargateros, todos rentables en un escenario en formación. Como sea, los libros de entrada en el puerto señalan que una mayoría, aún desconociendo el mercado laboral más allá de las noticias llegadas a sus pueblos, se presentaba como trabajador agropecuario. Era –qué duda cabe– una manera de evitar el temor a ser rechazado en un país con una clara tendencia a la producción primaria. Las coyunturas harían lo suyo, tanto en épocas de esplendor como de crisis, tal lo sucedido en 1873 y 1890. Resulta difícil, de todos modos, generalizar conductas laborales o de asentamiento más allá de pequeños grupos con tendencias definidas, como el de los turcos mercachifles, los italianos hojalateros, los gallegos comerciantes, los vascos tamberos o pastores, los daneses agricultores, los franceses panaderos o ladrilleros, entre otros.

Figura nº 7. Listado de pasajeros y pasajeras, Buenos Aires, s/f.
Fuente: MUNTREF - Museo de la Inmigración.



Como vimos antes, no fueron pocos los vascos e italianos que marcharon al Litoral. Los primeros, a trabajar con el ovino en estancias donde las guerras habían mermado el *stock* vacuno; los italianos, para no desperdiciar la posibilidad de ocupar puestos en el rubro de la navegación, cerca del puerto de llegada o adentrándose en la Mesopotamia. Más tarde, marcharían hacia el noreste, llegando incluso a Misiones, suecos y alemanes, entre otros grupos minoritarios. Navarros, franceses e italianos seguirían viaje hacia Cuyo antes de terminar el

siglo XIX. Sus tradiciones viñateras, pero principalmente sus luchas encarnizadas contra la filoxera, que diezmó plantaciones obligando en muchos casos a emigrar, como en 1856, eran condimentos indispensables para enfrentar el desafío de tierras modestas y agua que había que canalizar y preservar, como en el viejo Egipto. En el mismo puerto de Buenos Aires, no era infrecuente que algunos napolitanos adquiriesen una barca modesta o se emplearan en ella para traslados cercanos. Subir y bajar pasajeros maniobrando grandes carretones era otra posibilidad para quienes conocieran el oficio o llegaran con un pequeño ahorro para hacerse de un transporte. Unos kilómetros más allá, los pasteros, satisfacían una demanda vertiginosa de carreteros que llegaban o salían a diario con sus cargas transportadas por bueyes.

Algún ahorro o herramientas eran elementos portados que lamentablemente nos cuesta recuperar, salvo por entrevistas o cartas de inmigrantes. No era infrecuente que trajeran consigo elementos sencillos, como una hoz, una horquilla y una piedra de afilar. Distintos museos étnicos y fotografías de inmigrantes recién llegados demuelen la idea de que llegaban con una mano atrás y otra delante. Una sala destinada a equipajes de dimensiones extraordinarias apuntala la posibilidad de comprimir y "trasladar talleres" en las maletas. Un alpargatero, un zapatero, un relojero, al igual que hojalateros y modistas, podían comenzar a trabajar desde el mismo momento en que encontraban una habitación, donde no era infrecuente observarlos laborar en su pórtico, aprovechando la luz y el calor del sol. Desde 1840, saladeros y barracas atraían a gente dispuesta a trabajar inicialmente sin mayores pretensiones o diestros en el manejo del cuchillo y el ganado, como fueron vascos y franceses. Era el polo laboral más cercano, donde los salarios fueron rentables, hasta que la oferta laboral y luego el cierre por las epidemias de fines de 1860 los alejaron hacia el sur de la provincia bonaerense, a la costa marplatense. La revolución industrial, desde poco antes de mediar ese siglo, demandaba lana ovina, ganado que abundaba en la pampa, desaprovechada y con una calidad que debía mejorarse para competir en un mercado delicado en ese rubro. Franceses, irlandeses y vascos monopolizaron ese desconocimiento de los estancieros nativos, abocados al ganado vacuno y caballar. Hasta 1870, fue sin duda el oficio más rentable que conocería la inmigración en la pampa. Hubo quienes intuyeron el peligro respecto del indio o los territorios, en los que su estatus de inmigrante era rápidamente reemplazado por el de colono librado al azar, y su esfuerzo, hasta que el Estado hiciese pie allí mucho después, eran una oportunidad más que un problema. Allí fueron, entre 1850 y 1870, irlandeses, vascos, algunos franceses y daneses, pocos italianos y menos españoles. Los daneses intentaron –no sin problemas con jueces de paz y terratenientes en general– introducir el sembradío en tierras ganaderas. Lo lograron casi al mismo tiempo que se conformaban las colonias gringas santafesinas en espacios en los que las continuas guerras de independencia o civiles también habían aniquilado la ganadería.

### LA INMIGRACIÓN TEMPRANA

La inmigración temprana necesita, como pocos temas y etapas de la Historia, de la interdisciplinariedad. La demografía, la geografía y el ambientalismo, la historia agraria y su par indígena son algunas de las disciplinas y áreas a consultar. A una etapa poco pródiga en fuentes (un Estado en formación con escasa vocación burocrática) y la llegada de grupos minoritarios desde 1830, se suman los asentamientos en zonas nuevas, alejadas o de frontera. Estos y otros aspectos son parte del problema, de la densidad de niebla para penetrar en esa etapa fascinante de la inmigración poco abordada. Korol y Sábato (sobre irlandeses, 1981), Chiaramonte (sobre italianos en el Litoral, 1988), Bjerg (sobre daneses, 1992), Irianni (sobre vascos, 2010), Otero (sobre franceses, 1990), Míguez (sobre ingleses, 2016) incursionaron en una etapa parca en información pero extraordinaria en procesos propios de un país en construcción que demarcaba su territorio, equilibraba su demografía, intentaba insertarse en la economía mundial.

Es llamativa la escasez de marcos conceptuales apropiados para abordar la inmigración en zonas nuevas, especialmente en esa amplia frontera bonaerense en expansión, con forma de medialuna. En algunos casos, conceptos y marcos clásicos, universales, como las cadenas migratorias o redes sociales, la endogamia o exogamia, ámbitos de sociabilidad, etc, pueden utilizarse, aunque con resultados que contrastan fuertemente con lo observado en el corazón rioplatense. Lo decisivo es el escenario, improvisado; los ritmos más cansinos o ágiles según el proceso que analicemos; la lentitud del Estado para llegar a los bordes del territorio que intentaba controlar y la resistencia presentada por sus actores. A una historiografía modesta sobre los movimientos tempranos a la frontera actualmente se suman aportes cruciales provenientes de la historia demográfica, la historia agraria, el mundo indígena, la arqueología histórica y los trabajos específicos sobre el rosismo, la secesión, los caudillos o la guerra con Paraguay que permiten delinear una coyuntura y trazar procesos económicos, sociales, políticos, religiosos y castrenses.

Espacios en construcción

A diferencia de lo acontecido con posterioridad a 1880, la etapa temprana nos obliga a analizar a los inmigrantes en espacios a medio construir, tanto urbanos como rurales. Es indispensable entonces una mirada holística, el inevitable hecho de compartir con indígenas, con animales feroces luego corridos hacia el sur o el oeste, con criollos que comenzaban a sentirse menos cobijados por la Constitución que los extranjeros. Allí, en ese lapso de cuarenta años, el bagaje cultural portado, la mentalidad, el oficio de artesano o pastor, las creencias y prácticas religiosas, el rol de mujeres, niños y ancianos tienen otras connotaciones y efectos que en las zonas urbanizadas. Desde 1840 hasta casi el último cuarto de ese siglo, los inmigrantes llegaban a un espacio precapitalista. Huyendo de la revolución industrial, muchos encontraron un espacio extraordinario para retomar sus oficios en decadencia en el viejo continente y potenciarlos en un ambiente en formación, donde los mercados de trabajo y tierra apenas figuraban en los planes de los políticos. Como adelantábamos, es importante repensar el concepto de inmigrante (su durabilidad, sus efectos para el individuo y el resto), la etnicidad (*idem* anterior), las diferencias entre inmigrante y extranjero, la suma y complementariedad de roles en cada persona (inmigrante, vecino, cliente, testigo de un casamiento), etc.

Impacto en la pampa húmeda

La inmigración temprana, cuantitativamente incomparable con la tardía, debió tener un fuerte impacto en la pampa húmeda. Los inmigrantes llegaban a poblar una zona nueva, a equilibrar el déficit masculino nativo y a ampliar el abanico de ocupaciones, algunas –como la de pastores– desconocidas por los nativos. Otras, indispensables para la construcción y la vida cotidiana, eran portadas por aquellos que cerraban sus talleres pirenaicos y alpinos agobiados por las consecuencias de la revolución industrial. Un espacio nuevo, en ambos extremos de América, presentaba deficiencias que hacían difícil arraigarse –peligro social, falta de viviendas, mejoras viales o instituciones básicas–, pero también posibilidades de rentabilidad excepcionales, tanto en el agro como en los pueblos en formación. La adquisición de tierra era una realidad, lo mismo que hacerse de una majada importante en dos años o montar un taller con varios empleados prontamente. Europa abría las compuertas y la corriente humana que se dirigía hacia lugares precapitalistas, donde aquellos que contaban con herramientas y conocimientos podían –en momentos determinados del proceso migratorio– progresar tanto como jamás habían soñado en sus lugares de origen.

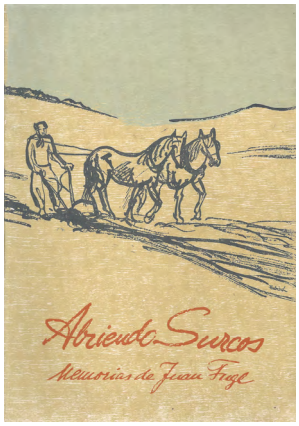



Figura nº 8. Portada del libro *Abriendo surcos. Memorias de Juan Fulg 1811-1900*, Buenos Aires, Altamira, 1973.

Los inmigrantes tempranos fueron pioneros en muchos aspectos, desde sus viajes en buques inseguros hasta su asentamiento en los pueblos de frontera bonaerense, compartiendo el escenario con parcialidades indígenas tan peligrosas como las cambiantes coyunturas predisponían. Junto al elemento criollo, improvisaron el espacio a espaldas de un Estado ocupado en contiendas civiles y lejanas. Como diferencia sustancial entre la experiencia de los inmigrantes asentados en las grandes ciudades y los pueblos nuevos de frontera, baste señalar la

tardía participación política cerca del puerto frente a una actividad frecuente en las corporaciones municipales periféricas. Las posteriores oleadas migratorias, coincidentes con el fin de las guerras y un Estado que se disponía a "ordenar el territorio para que viniese el progreso", aportaron lo suyo para que Argentina se afianzara en el mercado mundial. Nadie duda que se apoyaron en los cimientos económicos y sociales que trazaron los pioneros, además de aprovechar cientos de redes sociales, pero también gozar del mayor o menor prestigio étnico que los nativos habían estereotipado.

# LA INMIGRACIÓN TRANSATLÁNTICA MASIVA 1870-1940

## LA INMIGRACIÓN Y LA ECONOMÍA ARGENTINA

Entre el final de las guerras napoleónicas, en 1815, y la crisis económica de 1929, más de cincuenta millones de europeos cruzaron los océanos para instalarse de manera definitiva o temporal en países distantes, principalmente de América. Tal movimiento, nunca registrado con anterioridad en semejantes magnitudes, representó una de las consecuencias más relevantes del desarrollo de la revolución industrial en una fase avanzada. Estados Unidos fue, a gran distancia, el principal país receptor de ese flujo de población, con algo más de treinta millones de inmigrantes ingresados. La Argentina fue el segundo, con aproximadamente seis millones, seguida por Canadá, Brasil y Australia. Sin embargo, en ninguno de esos países la inmigración ultramarina alcanzó un volumen tan elevado como en el nuestro si se la compara con la población ya establecida, sobre todo hasta 1914. Así, durante los años 1880-89, por ejemplo, la inmigración que ingresó en la Argentina representó un 22% de la población promedio del decenio, mientras que en Estados Unidos sólo alcanzó el 9%, en Canadá el 8% y en Brasil el 4%; en la primera década del siglo XX, a su vez, las proporciones fueron de 29, 10, 17 y 4 por ciento respectivamente. Incluso en la década de 1890-99, cuando la economía rioplatense se vio afectada por la crisis más severa que afrontara hasta entonces, el arribo de nuevos inmigrantes equivalió al 16% del total de la población promedio, mientras que en Estados Unidos y en Canadá sólo llegó al 5% y en Brasil al 7%.

### Consecuencias internas

Las consecuencias internas fueron, a su vez, muy considerables. Durante la segunda mitad del siglo XIX y hasta la Primera Guerra Mundial, la población argentina creció a una tasa muy elevada, alrededor del 3,3% anual acumulativo, cuadruplicándose largamente entre el primer censo nacional (1869) y el tercero (1914). Se trata de la etapa de más veloz incremento en la historia del país, siendo la inmigración transatlántica el principal factor explicativo de esa peculiaridad. Diferentes factores macroeconómicos y sociales se combinaron para alcanzar tal resultado, como los progresos en la navegación marítima y en el transporte ferroviario, que acortaron las distancias y redujeron los costos de los traslados, la liberalización de las políticas de control de los movimientos migratorios, la fuerte atracción de una economía como la argentina, que crecía a una tasa aún más elevada que la de la población (ver gráfico n° 1), en particular desde 1880, la fuerte caída de la tasa de mortalidad en buena parte de los países europeos durante el siglo XIX –que llevó a una acumulación de población antes desconocida– y las insuficiencias de las explotaciones campesinas de tales países para retener en la tierra a los potenciales emigrantes.

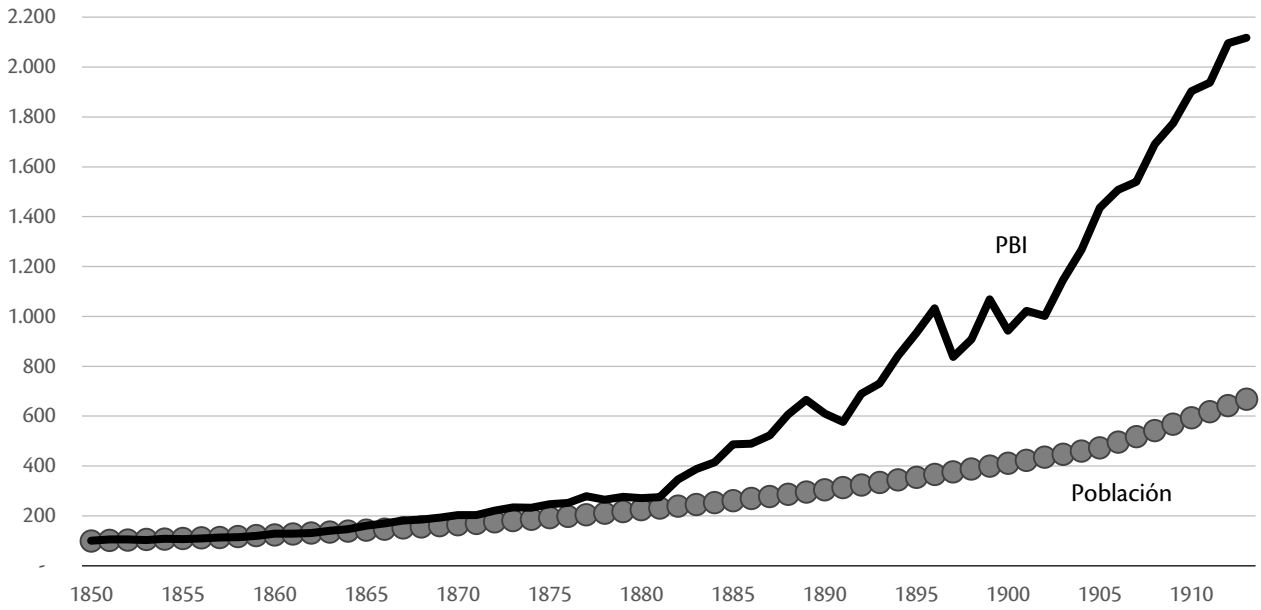



Gráfico nº 1. Evolución de la población y del PBI de Argentina (Base 1850 = 100). Fuente: Ferreres 2004.

Diversidad ética

Pero también incidió con mucha fuerza el ejemplo de los parientes o paisanos emigrados con anterioridad, quienes proporcionaban información, ayuda y a veces oportunidades de empleo a quienes se iban incorporando. A diferencia de lo que se pensaba a mediados del siglo XIX, la emigración transatlántica terminó abarcando, a comienzos del siguiente, unos estratos que, en promedio, eran más pobres que los argentinos nativos y, a menudo, estaban menos alfabetizados. Italianos y españoles constituyeron, a gran distancia, las principales nacionalidades que formaron parte de este movimiento, pero las diversidades regionales de origen eran muy pronunciadas. Luego de 1900, se incorporaron contingentes significativos de europeos orientales (polacos, judíos rusos y ucranianos, lituanos) y de sirios y libaneses, acentuando el cosmopolitismo y la diversidad étnica de la Argentina, especialmente en la capital y las provincias del litoral.

Localización de los inmigrantes

Para entonces, los nacidos en el extranjero representaban casi la tercera parte del total de la población, con un máximo en la ciudad de Buenos Aires, donde llegaban prácticamente a la mitad, y a cierta distancia en la provincia de Santa Fe. Pero si se consideran segmentos específicos del mercado de trabajo, como el de los empleados del sector servicios o el de los trabajadores de la industria, la proporción crecía notoriamente. En términos más generales, también lo hacía en la población masculina adulta, es decir, la más atraída por las oportunidades de trabajo que ofrecía la economía argentina y la que estaba más disponible para partir en los lugares de procedencia. También lo hacía de manera consistente en determinadas zonas rurales, como el centro y el sur de Santa Fe, el sudoeste de Córdoba, el sur de Buenos Aires o los oasis fluviales de Mendoza, sitios donde los extranjeros podían constituir los dos tercios de los propietarios o arrendatarios de las explotaciones agrícolas y ganaderas. A partir de la Primera Guerra Mundial, tales porcentajes se fueron reduciendo por la brusca reducción del flujo de nuevos arribados durante el conflicto y, en menor medida, por el retorno de algunos de los ya establecidos.

Flujos migratorios de corto plazo

Pero el impacto del proceso inmigratorio no debe considerarse sólo teniendo en cuenta el total del aporte a la población del país receptor, tal como lo registraban los censos, puesto que para muchos de los extranjeros la experiencia en la Argentina era sólo provisoria o temporal, sea porque sus expectativas pasaban por la acumulación de ahorros durante un plazo no muy prolongado, sea porque continuaban su trayectoria en otros países o bien retornaban al propio, aun cuando sus propósitos originales apuntaran a la radicación. Los flujos migratorios de corto plazo, asociados en general con elevadas diferencias salariales entre país de origen y de arribo, fueron elevados en períodos de sostenido crecimiento econó-

mico, como en la década anterior a la Primera Guerra Mundial o en la que siguió a los tratados de paz. Durante esas etapas, mitigaron las necesidades de mano de obra, que, a su vez, habían aumentado considerablemente en la Argentina debido a la conversión a la agricultura de regiones antes ocupadas por la ganadería ovina o vacuna y a la enorme expansión urbana del medio siglo anterior. Este tipo de movimientos alcanzaba su mayor intensidad entre noviembre de cada año y mayo del siguiente, período en el cual se superponían las cosechas y otras labores secundarias estacionales del sector primario con la mayor demanda de algunos servicios, como el transporte ferroviario y las cargas portuarias.

## Atracción de la economía receptora y mecanismos emigratorios

La información sobre las oportunidades laborales que surgían en distintas regiones del país y sobre las posibilidades de radicarse en su territorio llegaba a los emigrantes por diferentes vías. En primer lugar, cabe mencionar la publicidad en Europa de los proyectos de colonización, públicos o privados, que se basaban en la idea de establecer labradores pertenecientes a comunidades específicas, dotándolos de parcelas de tierra y de enseres para el trabajo. Experiencias de este tipo se contaron entre las iniciales de la colonización agrícola, como en Esperanza y San Carlos (Santa Fe), en San José (Entre Ríos) o en Baradero (Buenos Aires). Algunas de ellas prosperaron, luego de reveses iniciales, mientras que otras debieron soportar embates que en ocasiones acarrearon su fracaso o desintegración, como un nuevo ciclo de guerras civiles en el territorio entrerriano a partir de la rebelión de López Jordán o, más adelante, el estallido de la crisis económica de 1890, que reorientó hacia el arrendamiento el establecimiento rural de campesinos que anteriormente se habían visto beneficiados con la posibilidad de acceder a la propiedad.

Publicidad en Europa

Otro ejemplo en este sentido, en las mismas provincias, fue el de la gestión de la Jewish Colonization Association (JCA), organización filantrópica creada en 1891 para financiar el establecimiento como agricultoras de familias judías amenazadas por las persecuciones zaristas en Rusia. La asociación se ocupaba de la conformación de los contingentes emigratorios, del traslado a la Argentina y de la radicación en parcelas que formaban parte de las vastas extensiones previamente adquiridas. En la colonia Mauricio, cercana a Carlos Casares, coexistían colonos pobres cuyos gastos habían sido totalmente cubiertos por la entidad, otros más pudientes que compraron sus propias parcelas antes de trasladarse y jornaleros sin tierras que también procedían de las comunidades judías de Europa oriental. La colonia tuvo un comienzo difícil debido a las inclemencias del clima, a los conflictos entre colonos y administradores y a la temprana muerte del barón Hirsch, organizador de la empresa. Subsistió como tal hasta la década de 1930, si bien para entonces numerosos integrantes habían abandonado su territorio para establecerse en el medio urbano o como agricultores independientes en otros sitios.

Jewish Colonization Association

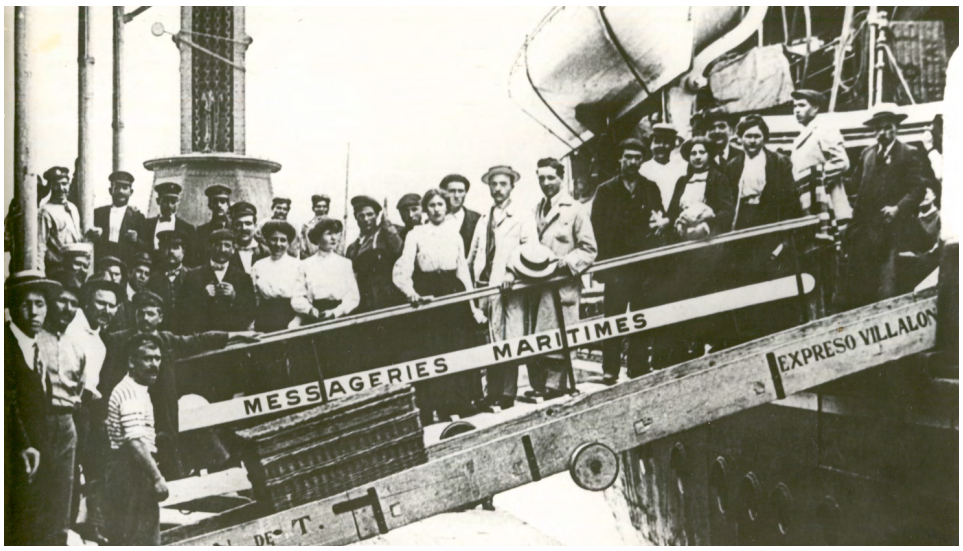



Figura nº 1. Arribo de inmigrantes al puerto, Buenos Aires, *ca.* 1890. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Emigración de familias

En ambas situaciones predominaba la emigración de familias completas, la planificación del viaje transatlántico y el establecimiento en zonas predeterminadas. Se trataba, además, de una modalidad que contaba con la aquiescencia del Estado, puesto que la asociación entre inmigración y colonización contaba con rango constitucional. La figura del agricultor europeo, que accedía en tierra argentina a oportunidades que se le negaban en la de procedencia –más allá de las dificultades recién señaladas– y que, junto a su familia, vivía alejado de las turbulencias del mundo urbano, no solamente se apoyaba en ideales de colonización ya tradicionales a fines del siglo XIX, sino también en los positivos resultados que para entonces podían advertirse en la expansión cerealera del área litoraleña. De hecho, diversas iniciativas oficiales trataron de llevar a la práctica tales ideales. Pero como han mostrado recientes investigaciones, el impacto de estas iniciativas respecto de la formación de un estrato de pequeños y medianos propietarios de origen inmigrante fue modesto y fragmentario.

Varias modalidades de publicidad

El limitado alcance de la vía colonizadora planificada y la ausencia de otras formas de atracción concurrentes, como la financiación de los pasajes –en cambio muy utilizada en Brasil–, dejaron un amplio margen a las modalidades en que los inmigrantes obtenían la información sobre sus puntos de destino y accedían a ellos a través de parientes, amigos o conocidos. El abanico de situaciones aquí comprendidas era bastante amplio, desde los que cruzaban el océano de manera individual y con una idea muy somera de dichos destinos, enterándose de las oportunidades de trabajo por los contactos que iban estableciendo una vez arribados al país, hasta aquellos que lo hacían insertos en cadenas familiares, en las cuales los primeros que emigraban –generalmente el padre o alguno de los hijos varones– transmitían noticias a los restantes en sus cartas y los convocaban a que se les unieran mediante las remesas de sus ahorros o la compra de "billetes de llamada".

Cadenas familiares

La confianza en la información y la certeza de contar con apoyos se incrementaba notoriamente con la presencia de familiares y conocidos en los lugares de destino, modificando en algunos casos las previas tendencias de las corrientes emigratorias. Los daneses estudiados por María Bjerg (2001), por ejemplo, se encaminaron en su abrumadora mayoría hacia América del Norte, pero la instalación de pioneros en Tandil atrajo a campesinos de ese origen a la zona, así como a las tierras nuevas de Tres Arroyos, Necochea y Coronel Dorrego desde fines de la década de 1880. En otras ocasiones, las noticias alcanzaron a los potenciales inmigrantes en terceros países, donde habían planeado su radicación original. Tal fue el caso de los llamados "alemanes del Volga", quienes, habiendo salido de Rusia, se instalaron en Brasil, pero luego reemigraron a las zonas de Diamante (Entre Ríos) y Olavarría (Buenos Aires). A su vez, cuando su colonización se extendió más al sur, a esta corriente se sumó otra, directamente originada en el Imperio zarista, en la medida en que iban arribando a ese territorio las informaciones provistas por los pioneros.

Mar del Plata

En el contexto de un mercado de trabajo más amplio, la "fiebre emigratoria" podía involucrar a más regiones o a casi todo un país de origen, como parece haber ocurrido en el caso de Mar del Plata. Según mostrara María Liliana Da Orden (2005), a una corriente temprana de guipuzcoanos y navarros, que habían completado estadías intermedias en ciudades como Chascomús o Dolores, siguió otra en la que predominaban los leoneses y, en menor medida, los asturianos y gallegos. Luego de 1910, las cadenas migratorias se extendieron al sur de la península, con el arribo de los almerienses al balneario argentino. Si nos concentramos en los leoneses, una comunidad cuya presencia era distintiva en General Pueyrredón y otros partidos del centro-sur de la provincia de Buenos Aires en torno al cambio de siglo, se trataba mayormente de una emigración diferida, en la cual primero se trasladaba el padre, el hijo mayor o más de uno de los hijos y más tarde los otros integrantes de la familia, produciéndose la reunificación en la sociedad de destino. Este proceso podía tomar varios años y conectarse con la

emigración de otros parientes más lejanos, de amigos o de paisanos, que en muchas ocasiones iban a vivir a los mismos barrios marplatenses.

Irrupción de otras nacionalidades

Una vez establecidas, estas cadenas familiares o de paisanaje podían presentar una notable continuidad, atravesando diferentes coyunturas económicas. Además, solían responder con rapidez a los cambios que se producían en las políticas migratorias. Cuando los Estados Unidos introdujeron restricciones que los afectaban, a comienzos de la década de 1920, los lituanos que hasta entonces tenían a ese país como destino principal se volcaron hacia el Plata, concentrándose en ciudades como Avellaneda, Berisso y Lanús. Esta reorientación no derivaba de un proyecto estatal de atracción de estos emigrantes, sino de la existencia de diminutos asentamientos anteriores a 1914. Al parecer, la misma combinación (endurecimiento de la política inmigratoria en el principal país de destino y presencia de un embrión de comunidad en el secundario) explicaría la fuerte irrupción, durante el período de entreguerras, de otras nacionalidades de Europa oriental, como la polaca, la serbia, la checa, la búlgara, la ucraniana o la eslovena.

## INMIGRACIÓN, COMERCIO EXTERIOR Y BALANZA DE PAGOS

Crecimiento de exportaciones

La inmigración transatlántica y la inversión extranjera constituyen las dos variables principales a la hora de explicar el formidable crecimiento de las exportaciones argentinas en las décadas previas a 1914. Como se advierte en el cuadro n° 1, dicho crecimiento fue bastante superior al de la población, pese a que ésta presentaba el ritmo tan veloz que hemos indicado anteriormente. La importancia de la inmigración queda, además, sugerida por la tendencia aún más sostenida que presentan las exportaciones agrícolas –representadas en el gráfico por el trigo y el maíz–, dadas sus necesidades superiores de mano de obra, especialmente extranjera, por comparación con las ganaderas.

| *Año* | *Población* | *Carnes* | *Lana* | *Trigo* | *Maíz* |
|---|---|---|---|---|---|
| *1881* | 2.565 | | 30.432 | 147 | 288 |
| *1885* | 2.880 | 75 | 35.950 | 3.140 | 3.957 |
| *1890* | 3.377 | 1.633 | 35.522 | 9.837 | 14.146 |
| *1895* | 3.956 | 1.739 | 31.029 | 19.472 | 10.193 |
| *1900* | 4.607 | 4.724 | 27.992 | 48.628 | 11.934 |
| *1905* | 5.289 | 21.575 | 64.313 | 85.883 | 46.537 |
| *1910* | 6.586 | 31.379 | 58.848 | 72.202 | 60.261 |

Cuadro nº 1. Población de Argentina (en miles) y principales exportaciones (en miles de pesos oro). Fuente: Rocchi 2000.

Principales cuencas cerealeras

Las principales cuencas cerealeras de la Argentina fueron activadas merced a una participación elevada de los inmigrantes. El ejemplo más temprano y habitualmente citado es el de la provincia de Santa Fe, donde ya desde la década de 1850 se establecieron colonias en tierras fiscales, con la llegada de labradores originarios de Suiza, Alemania y el norte de Italia. Pese a la dureza de las dificultades iniciales que debieron afrontar en algunos casos (Martirén, 2016), el apoyo crediticio de compañías de colonización en las que los empresarios inmigrantes también contaban con rol destacado, así como otros factores, como la demanda proveniente de los ejércitos brasileño y argentino durante la guerra de la Triple Alianza, hicieron posible que subsistieran y comenzaran a prosperar. En 1871, el gobierno nacional creó el cargo de Inspector de Colonias, designándose para tal función a Guillermo Wilcken, quien, al año siguiente, elevó un famoso reporte, en el que destacaba la prosperidad alcanzada por las treinta y cuatro colonias de las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, en las cuales ya vivían más de tres mil familias inmigrantes, con un alto porcentaje de las procedentes del norte de Italia y de Suiza. La mayoría de estas familias habían llegado al país a partir de 1856, en un estado de solemne pobreza, con pasajes y primeros gastos costeados por los gobiernos provinciales. Luego de un quinquenio inicial muy duro, lograron afianzarse y prosperar, y si en algún caso no lo hicieron, no habría sido, según

Wilcken, por fallas del sistema de colonización, sino por la desidia de algunos de sus integrantes.

El reporte elogiaba el notable desarrollo de la agricultura cerealera logrado por las colonias y proponía una serie de mejoras que debían encarar los gobiernos en cuanto a transportes, educación y asistencia religiosa de los no católicos. Más allá de los problemas puntuales, el cuadro general era optimista en cuanto a las posibilidades futuras de un sistema que combinaba la iniciativa del Estado, de las compañías colonizadoras y de los propios colonos interesados en el progreso. Por otro lado, ratificaba la opinión de que la corriente de población más deseable para la Argentina era la compuesta por familias completas y laboriosas, seleccionadas directamente en los distritos agrícolas europeos, a las que se les otorgasen diversas facilidades que permitieran su traslado e instalación. Ello no sólo contribuiría a la prosperidad económica, sino que facilitaría la integración en el país receptor (Wilcken, 1873).

Crisis económica de 1873

Estas halagüeñas perspectivas fueron interrumpidas por el estallido de la crisis económica internacional de 1873, la primera que afectó de lleno a una economía argentina ya integrada al mundo a través del comercio, las inversiones y la inmigración. La caída del precio de las exportaciones, que alcanzó un promedio del 25 por ciento entre 1872 y 1878, afectó particularmente al sector que venía encabezando la vinculación del país con el mercado mundial, el lanero. El monto total de las ventas al exterior disminuyó en un veinte por ciento en el mismo lapso, mientras que la caída de las importaciones fue aún mayor, ya que descendieron a la mitad entre 1873 y 1876. A su vez, los ingresos del Estado disminuyeron en una similar proporción, dado que el grueso de ellos estaba constituido por los derechos de la aduana (Míguez, 2008, pp. 166-167). La crisis también repercutió fuertemente sobre el empleo, provocando una contracción de la corriente inmigratoria. Al récord de 75 mil ingresados a la Argentina en 1872, sucedió una caída a menos de la mitad de esa cifra en 1875-76. Por otro lado, más de las dos terceras partes del total seguía estando constituido por los inmigrantes italianos, lo cual muestra las dificultades existentes para tratar de atraer a la inmigración del centro y norte de Europa.

## La ley nacional de inmigración y colonización

En ese contexto, dos eran, al menos, los propósitos del gobierno del presidente Avellaneda al enviar al Congreso Nacional el proyecto de la ley de inmigración y colonización, en agosto de 1875. Por una parte, tratar de sistematizar y organizar la legislación en materia inmigratoria, que estaba constituida no sólo por las disposiciones anteriores de alcance nacional, sino por la sancionada por las provincias que más habían avanzado en el proceso de colonización. En segundo lugar, contar con un instrumento anticíclico de política económica, en la medida en que la recuperación de la corriente inmigratoria contribuiría al incremento de la producción, del consumo, de las exportaciones y, en última instancia, de la recaudación aduanera. En opinión de Avellaneda, la política de austeridad del gasto público que había debido adoptarse debido a la crisis económica internacional, reconocía excepciones en aquellos sectores que podían contribuir a una rápida recuperación. Por ello, la inversión en inmigración se asemejaba a la que el Estado seguiría sosteniendo en ferrocarriles y en el avance de la frontera con los indígenas en la provincia de Buenos Aires.

Acciones estatales

La apuesta por una política que, a la vez, promoviera y seleccionara la inmigración debía concretarse a través de cuatro acciones estatales: el pago de pasajes marítimos a las familias que estuviesen dispuestas a instalarse como agricultores en las colonias, la donación de tierra o su venta a largos plazos, el traslado gratuito desde el puerto de desembarco hasta el lugar elegido para instalarse y el adelanto por un año de víveres, semillas, útiles y animales de labor y de cría. En el artículo 76 del proyecto, se estipulaba que el Poder Ejecutivo fomentaría especialmente la inmigración procedente del norte de Europa, "ya subvencionando líneas de vapores o por otros medios". La selección y el traslado de los agriculto-

res estaría a cargo del Departamento General de Inmigración, que la ley creaba, mientras que la mensura y el loteo consiguientes le corresponderían a otra agencia pública: la Oficina de Tierras y Colonias (Congreso Nacional, 1876. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados. Año 1875*, t. II, pp. 1.190-1.197).



Figura nº 2. Arribo de inmigrantes al puerto, Buenos Aires, *ca.* 1890. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Proyectos legislativos

Además del proyecto enviado por Avellaneda, en la Cámara existía otro, cuya autoría correspondía al diputado entrerriano Onésimo Leguizamón. Este segundo definía al inmigrante como el extranjero que, poseyendo un determinado oficio (jornalero, artesano, industrial o profesor), llegara a la Argentina desde puertos europeos habiendo pagado pasaje de segunda o tercera clase. También le atribuía derechos, como el de alojamiento y manutención por unos días, la bolsa de trabajo, el traslado al interior y el envío gratuito del correo, pero no incluía la concesión de tierras. A ello se añadía la devolución de la diferencia entre el pasaje a la Argentina y a Estados Unidos en el caso de quienes procedieran de Bélgica, Suecia, Alemania, Inglaterra, Holanda y Noruega. Asimismo, era más explícito que el proyecto de Avellaneda respecto de las condiciones de seguridad e higiene de los buques que transportarían a los inmigrantes, de las funciones del Departamento de Inmigración a crearse y de los agentes en el exterior. En suma, se trataba de una propuesta que se ocupaba con mayor detalle de lo vinculado con la inmigración, pero que no incursionaba en la colonización. La Comisión de Legislación de Diputados llegó a una suerte de arbitraje entre ambos proyectos. Incorporó la segunda parte del enviado por el Ejecutivo, referida a colonización, haciendo suya la idea de que el acceso a la propiedad de la tierra era el medio más eficaz para atraer la inmigración. Al mismo tiempo, mantuvo la línea de intervención estatal del proyecto Leguizamón, ampliando incluso las atribuciones del Departamento de Inmigración y de los agentes en el exterior.

Una vez aprobada, la versión unificada fue girada a la otra Cámara, donde el senador santafesino Nicasio Oroño se opuso tenazmente a algunas de sus disposiciones, como la del pago a los futuros inmigrantes de la diferencia del importe del pasaje hacia la Argentina respecto de Estados Unidos, lo cual implicaba una obligación muy superior a los medios con los que contaba el erario, o la referida a la injerencia de los agentes radicados en Europa en los contratos de transporte entre aquéllos y las compañías de navegación. Una discrepancia más sustancial se refería a la confianza de Oroño en las bondades de la inmigración espontá-

nea frente a la apuesta por la "artificial" del proyecto del Ejecutivo. En su visión, mientras que la primera resultaba estimulada por el ejemplo de las ventajas que ofrecía el país, sin necesidad de planes específicos de colonización, la segunda obligaba a realizar ingentes gastos, que se debían reiterar cada año, so pena de perder todo lo invertido con anterioridad. Comentando el panorama que presentaban las más de cuarenta colonias santafesinas, concluía que las que más prosperaban eran las que no habían obtenido ni tierra ni ayuda del gobierno, mientras que las que habían recibido ambas cosas no se destacaban por su productividad (Cámara de Senadores, 1900. *Sesiones de 1876*, pp. 563-581).

Proyecto unificado

Finalmente, el proyecto fue aprobado en octubre de 1876 con sólo una reforma fundamental, la supresión del artículo 17 que disponía la devolución del importe del pasaje entre los destinos de Argentina y Estados Unidos desde el puerto de procedencia, más algunas menores, luego votadas en Diputados. Se confirmaban, por lo tanto, las obligaciones del Estado argentino respecto del alojamiento, manutención y traslado al interior de los inmigrantes, las de las compañías navieras en cuanto a las condiciones de seguridad e higiene de los barcos, las funciones del Departamento General de Inmigración y las de los agentes radicados en Europa. El derecho a los pasajes transatlánticos o a los anticipos sobre su costo quedaba acotado a los agricultores contratados para las colonias de la República –es decir que no se lo suprimía por completo–, al igual que acontecía con los víveres, herramientas y animales durante los primeros tiempos de instalación.

## Estado, economía e inmigración luego de 1880

Nuevos récords inmigratorios

La superación de la crisis de mediados de la década de 1870 y la sostenida expansión de la siguiente permitieron una recuperación de la corriente inmigratoria que alcanzaría nuevos récords, muy superiores al de 1873, sin necesidad de una intervención del Estado tan marcada como la que preveía el texto legislativo. El promedio anual de inmigrantes ingresados al país, que había sido de 41 mil durante la segunda mitad de la década de 1870, se elevó a 70 mil en la primera mitad del siguiente decenio, y a nada menos que 107 mil en la segunda mitad. Tampoco se modificaron sensiblemente las procedencias nacionales, al menos hasta 1887. Los italianos siguieron predominando con claridad durante esos años, alcanzándose incluso el récord de porcentaje de toda la serie en 1885, con el 79% de los ingresados al país. La expansión agrícola y urbana de la Argentina seguía encontrando su principal reserva de mano de obra en la península itálica, aunque, dentro de ésta, se podía advertir una presencia cada vez mayor de los meridionales. Sin embargo, asistimos a un importante cambio en el bienio final de la década, con el sensible crecimiento de la inmigración española y de las restantes procedencias (28 y 25% respectivamente). La explicación debe buscarse en el decidido impulso de las agencias de inmigración en Europa y de la distribución de los pasajes transatlánticos subsidiados durante la presidencia de Juárez Celman (1886-1890).

Dichos instrumentos, que, como vimos, formaban parte del abanico incluido en la ley de inmigración y colonización, solamente serían aplicados en plenitud durante ese brevísimo período, tratando de atraer más inmigrantes, por una parte, y de diversificar su origen, por la otra. Ingentes fondos, mucho mayores que los disponibles durante los años previos, fueron asignados a ambos rubros del presupuesto. Baste mencionar que la suma gastada en pasajes subsidiados en 1889 (aproximadamente 5,5 millones de pesos moneda nacional) superaba a todo el presupuesto de inmigración de los años 1880-1888 sumados. A eso cabría agregar otros 300 mil pesos asignados a las oficinas de información en Europa, una cantidad que asimismo era mayor que todo lo gastado en inmigración en cualquier año, hasta 1887 inclusive (Alsina, 1910, p. 123).

Distribución de pasajes

Además de las necesidades de mano de obra de una economía en plena expansión, un poderoso motivo para aumentar el gasto en esta materia fue la abolición de la esclavitud en Brasil y la implementación de una política de captación de inmigrantes más agresiva por parte de ese país, y en especial del Estado de São Paulo. Por lo que se refiere a la Argentina, grupos nacionales hasta entonces casi

inexistentes en el panorama de las colectividades establecidas, como los holandeses o los belgas, o regionales dentro de la península ibérica, como los andaluces o los murcianos, fueron beneficiados con esa distribución de pasajes que llegó a un abrupto final con la crisis de 1890. Se trata, por lo tanto, del único momento en que los italianos quedaron por debajo de la mitad de los ingresos durante la segunda mitad del siglo XIX.



Figura nº 3. Autoridades, fuerzas policiales e inmigrantes en una casa de inquilinato, Buenos Aires, *ca.* 1905. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

### Desembarco, alojamiento y colocación de inmigrantes

Otros aspectos en los cuales fue ampliándose la intervención oficial, en cumplimiento de la ley de inmigración y colonización o de leyes anteriores, fueron los relativos al desembarco, alojamiento y colocación de los recién llegados. La proporción de los desembarcados por cuenta del Estado (es decir, sin intervención de particulares) fue incrementándose con rapidez, desde el 54 por ciento durante la década de 1870 al 84 por ciento a finales de la siguiente, en consonancia con la actitud más intervencionista por parte del Estado. Algo similar ocurrió con la proporción de quienes fueron alojados en los hoteles de inmigrantes durante los cinco días siguientes al arribo al puerto, puesto que se elevó del 30 por ciento en los años setenta al 58 por ciento de 1888-1889. Pero como se comprueba en este último dato, incluso en los años de mayor activismo estatal para alojar y encauzar a los inmigrantes, casi la mitad de ellos no apelaron a este beneficio: el carácter espontáneo de gran parte de la emigración hacía que quienes llegaban al país contaran a menudo con familiares o paisanos que los estaban esperando en el puerto o que les habían indicado un domicilio adonde dirigirse luego del arribo. En cualquier caso, es muy significativo que en el bienio final de la década de 1880, por lo que se deduce de estos guarismos, aproximadamente cien mil inmigrantes anuales eran alojados en esas instalaciones, por cuenta de la Nación.

Por último, la proporción de los inmigrantes "colocados e internados" por el gobierno nacional pasó del 31 por ciento en la década de 1870 al 49 por ciento a finales de la siguiente, e incluso se incrementó ulteriormente al 58 por ciento en 1890-1893. Estos datos son más complicados para interpretar, ya que suman dos situaciones diferentes: la de quienes accedían a su primer trabajo a través de la oficina de empleo que funcionaba en el propio Hotel de Inmigrantes y la de quienes obtenían el pasaje gratuito, terrestre o fluvial, hasta la localidad en la que se instalarían. Tales beneficios se combinaban en muchos casos, pero no siempre. Sea como fuera, las proporciones de los favorecidos también son ascendentes en este

rubro, incluso luego de la crisis de 1890, aunque desde entonces y hasta el final de la serie se aplican sobre una cantidad total de ingresos notoriamente disminuida.

## LOS INMIGRANTES Y EL MERCADO DE TRABAJO

### "Pasajes de llamada"

El Estado argentino fue logrando, en un tiempo relativamente corto, una cobertura significativa de aquellos servicios de desembarco, alojamiento, manutención, internación y colocación de inmigrantes a los que se comprometía de acuerdo con la legislación aprobada por el Congreso. Las razones por las que esa cobertura no fue todavía más amplia no deben buscarse en las deficiencias de las agencias que debían ocuparse de tales servicios, sino más bien en la gravitación de los mecanismos microsociales a través de los cuales aquéllos arribaban al país y obtenían su primer alojamiento y empleo. Estos mecanismos se vieron incluso reforzados por entonces, ya que, merced a la mejora de los contactos marítimos con Europa durante la década de 1880, se pudo implementar el sistema de los "pasajes de llamada", por el cual los inmigrantes ya establecidos en el país financiaban el traslado de sus parientes y paisanos, mediante el pago adelantado en destino. Un cálculo de 1893 estimaba que los pasajes comprados en ese año con tal sistema superaban los veinte mil, lo cual representaría nada menos que la cuarta parte del total de los ingresos. La proporción real, sin embargo, debió ser mayor, si tenemos en cuenta que un pasaje de llamada podía comprender a varios miembros de una misma familia que viajaran juntos.

### Ganadería ovina

Algunas de las experiencias tempranas de inserción de los trabajadores europeos en el campo ya fueron mostrando que las formas de reclutamiento solían responder a las características de los grupos migrantes y facilitaban su integración, llevando a veces a una estrecha asociación entre aquellos y una actividad específica. Así, la ganadería ovina fue decisiva para la radicación de los criadores irlandeses, que se concentraron en una proporción abrumadora en el centro-norte de Buenos Aires y en el sur de Santa Fe. Desde mediados del siglo XIX, pastores y puesteros de ese origen fueron contratados como asalariados o bien se hicieron cargo de majadas de ovejas, a cambio de un porcentaje de la producción de lanas y cueros. En su inicial establecimiento, resultó crucial el papel desempeñado por los sacerdotes católicos –en especial los padres pasionistas– también llegados de Irlanda, que se ocuparon de buscarles alojamiento y trabajo. En las décadas siguientes, los irlandeses que fueron accediendo a la propiedad de la tierra tendieron a preferir a sus compatriotas como aparceros.



Figura nº 4. Niños canillitas en las calles de Buenos Aires, *ca.* 1900. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Familias campesinas israelitas

Razones similares, vinculadas con la cooperación pero también con el conflicto en el interior de los grupos migrantes, permiten explicar movimientos posteriores, una vez que dichos grupos ya residían en la Argentina. Tal fue el caso de las familias campesinas israelitas que procedían de Europa oriental y se habían radicado originalmente en colonias santafesinas. Luego de romper sus compromisos con la Jewish Colonization Association, y ya actuando de manera autónoma, algunas de ellas se trasladaron al sudoeste de la provincia de Buenos Aires, donde la tierra aún podía resultar barata a comienzos del siglo XX. El predominio de los chacareros siguió siendo claro en estas comunidades hasta la década de 1920-29, pero, a medida que los avances de la mecanización fueron reduciendo las necesidades de mano de obra en el campo, se fue incrementando el número de comerciantes, empleados, artesanos y trabajadores urbanos. Sólo entonces comenzó a erosionarse la cohesión de un grupo que había pasado por dos movimientos migratorios –uno transoceánico y otro interno– y que estaba estrechamente vinculado con la actividad agrícola.

Destinos laborales azarosos

En muchos otros casos, esa cohesión era menos sólida y los destinos laborales más azarosos, aun cuando los vínculos premigratorios pudieran seguir desempeñando cierto papel. De hecho, las trayectorias vitales de los inmigrantes que se incorporaron al trabajo en las cuencas agrícolas no siempre nos muestran que ése fuera el destino original en el que habían pensado. No era raro que, luego de arribar de Europa, pasaran cierto tiempo trabajando como obreros o empleados, generalmente en el comercio o los servicios. La experiencia migratoria podía, a continuación, trasladarse a uno o más pueblos, en trayectorias que podían incluir empleo urbano y rural, o una alternancia entre ambos. El conocimiento de paisanos u otros inmigrantes que habían accedido a la propiedad de la tierra era a menudo una vía para incorporarse al campo como medieros, arrendatarios, peones o alambradores, incluso en colectividades que, por lo general, se caracterizaban por su destino urbano, como la gallega.

Mercado de trabajo

El comercio minorista, el artesanado, el transporte y el servicio doméstico constituyeron otras parcelas del mercado de trabajo en las que los extranjeros vieron facilitada su inserción cuando contaban con el apoyo de migrantes anteriores. En las áreas nuevas y poco pobladas de las provincias del Litoral, ellos podían lograr un control efectivo de determinadas actividades y generar las condiciones para el arribo de otros expatriados. Cuando existía una coincidencia entre esa situación y una crisis aguda en la región de origen, la atracción podía volverse irresistible. Así puede deducirse del vertiginoso éxodo de campesinos castellanos, procedentes de comarcas vitivinícolas de las provincias de Zamora y Salamanca, que ha sido registrado en la compilación de testimonios de Blanco Rodríguez y Bragado Toranzo (2007). Esa zona, que sólo conocía movimientos migratorios temporales y de corto radio hasta fines del siglo XIX, a continuación fue muy afectada por la plaga de la filoxera, precisamente cuando estaba arribando la información procedente de los primeros migrantes salidos de comarcas limítrofes que se habían radicado en partidos del sur de la provincia de Buenos Aires o en la región oriental del territorio nacional de La Pampa. En pocos años, el fenómeno afectó a gran número de aldeas zamoranas y salmantinas, generando no sólo emigración masculina y familiar, sino también de mujeres solas, dos rasgos que normalmente se asocian con movimientos más antiguos y consolidados. Además, era definitiva, como se puede advertir por la frecuencia con que, años más tarde, los curas de tales aldeas registraban los matrimonios en la Argentina de quienes habían sido bautizados en sus parroquias un cuarto de siglo antes.

Sector industrial

También en la industria se presentaba una variedad de situaciones en cuanto al reclutamiento e integración de los trabajadores europeos. Por un lado, están aquellas en que se conjugaban los vínculos sociales espontáneos de estos últimos con el propósito de los empresarios de auspiciarlos y reforzarlos, en tanto se consideraba que podían mejorar la disciplina y la adaptación al sistema de fábrica. Un caso típico estaría representado por la Algodonera Flandria, amplia-

mente analizado por Mariela Ceva (2010). Se trató de una empresa originalmente establecida en Valentín Alsina y luego trasladada a Jáuregui, en las cercanías de Luján. Su propietario, un empresario belga partidario del catolicismo social, intentó erigir allí una comunidad en que funcionara la armonía entre capital y trabajo, dedicada a la producción textil. En los primeros tiempos, la mayoría de los obreros eran extranjeros, pero sólo una parte procedía directamente de Europa, ya que los demás contaban con experiencias en la Capital o en otras ciudades. Dos de las cadenas migratorias identificadas por Ceva comprendían a los nativos de Biella (Piamonte) y de Huércal-Overa (Andalucía). Además de las recomendaciones entre parientes y paisanos, un factor que favoreció la incorporación de inmigrantes fue la preferencia de la empresa por los capataces de origen extranjero. Ya en la segunda posguerra, la empresa trató de reclutar, de manera directa, a obreros católicos provenientes de Italia, contando para ello con la colaboración del obispado de Mercedes.

Cervecería y Maltería Quilmes

Un caso que presenta algunas similitudes es el de la Cervecería y Maltería Quilmes, fundada por el alemán Otto Bemberg con el nombre de Brasserie Argentine y el propósito de abastecer al mercado de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores. Como ha mostrado Cintia Russo (2008), Bemberg también trató de alentar la formación de una comunidad obrera con fuertes rasgos paternalistas y de lograr cierta identidad entre la empresa y la localidad en la que se instaló. Esto influyó en las formas de reclutamiento del personal y en su radicación y sociabilidad. Buena parte de los trabajadores especializados originalmente empleados llegaba contratada desde Alemania, Bélgica y Francia, junto con el grupo familiar, para vivir en la villa obrera anexa a la fábrica. Esta circunstancia habría limitado la integración al medio, ampliando, en cambio, la capacidad de control de la empresa. Con el transcurso del tiempo, fueron incorporados muchos trabajadores nativos e incluso inmigrantes que no llegaban al país con un contrato previo, sino que eran empleados luego de otras experiencias laborales en la zona. Persistió, sin embargo, la tendencia a privilegiar a aquellos candidatos que fueran familiares de obreros previamente contratados.



Figura nº 5. Mujeres y niños inmigrantes, *ca.* 1890. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Industria textil y liviana

El crecimiento de la industria textil, y en general de la industria liviana, a partir de la crisis de 1929 alentó otras experiencias en las que los empresarios eran asimismo inmigrantes, pero en condiciones de mayor interacción con la socie-

dad receptora y de apertura en el reclutamiento de la mano de obra. Tal fue el caso de Pergamino, enclavada por entonces en el centro del área maicera de la provincia. Isaac Annan, un inmigrante libanés llegado a la ciudad a comienzos de siglo y dedicado a la venta de ropa de trabajo, fundó en la década de 1930 su propia fábrica de confecciones. Un cuarto de siglo más tarde, habiendo actuado como proveedor de la compañía Alpargatas y con un contrato de licencia de una empresa norteamericana de indumentaria, Annan de Pergamino empleaba a más de un millar de trabajadores, sin contar a los ocupados en sus abastecedoras de insumos. La mayoría de ellos eran argentinos nativos, si bien resulta destacable la proporción de italianos y españoles. Por su parte, los cuadros directivos de la empresa estaban compuestos por paisanos de Annan y, sobre todo, por miembros de la familia. Como se advierte, se trata de una situación diferente a las de Flandria y Quilmes, ya que la integración de los trabajadores con la ciudad era mayor, lo que limitaba las posibilidades de control y paternalismo.

Industria frigorífica

En otros sectores de la industria, la presencia de los inmigrantes se reducía a su rol de trabajadores y quedaba excluida toda participación en el capital y la dirección de las empresas. Uno de los ejemplos más conocidos es el del sector frigorífico, en el que un reducido número de grandes establecimientos, que contaba con una organización científica del trabajo, controlaba la producción y el mercado. Fue destacada la proporción de obreros y empleados extranjeros en todos ellos, al menos hasta la década de 1920. Dadas las características del sector, podría suponerse que los mecanismos de reclutamiento serían más impersonales o al menos no tan sujetos a los vínculos étnicos. Sin embargo, Ruy Farías (2008) ha mostrado que tal premisa no siempre se cumplía. Así, los gallegos que se desempeñaban en los frigoríficos La Negra y La Blanca de Avellaneda, objeto de su investigación, estaban ocupados en puestos de baja calificación, en parte como resultado de las limitaciones en la inserción laboral de aquellos que los habían antecedido como eslabones de las cadenas migratorias. La diferencia salarial entre la Argentina y España parece haber sido, en este caso, un elemento decisivo, quizás asociado con una estrategia de emigración temporal, que privilegiaba una remuneración relativamente alta por sobre la inserción gradual en ocupaciones de mayor estatus. La elevada concentración residencial en las localidades de Piñeyro y Sarandí brindaría otra prueba de los densos lazos internos del colectivo gallego, marcando una diferencia con otros grupos regionales ibéricos que se hallaban más dispersos.

## Las asociaciones de los inmigrantes

Uno de los atributos más vinculados a las comunidades inmigrantes fue su tendencia asociativa, es decir, la creación de instituciones que perseguían diferentes objetivos, desde el socorro mutuo hasta el activismo político respecto del país de origen. El arribo de los inmigrantes impulsó y difundió el asociacionismo hasta niveles desconocidos anteriormente en la Argentina, así como otros fenómenos vinculados, como la publicación de periódicos o la fundación de escuelas propias. Aunque también tuvieron una intensa participación en las instituciones cosmopolitas, lo habitual era que los inmigrantes se agruparan por separado con sus paisanos y compatriotas. Todavía en la actualidad es posible rastrear la huella de esa multiforme experiencia en los edificios de las asociaciones italianas, españolas, francesas y de otras colectividades, que se erigieron en los pueblos y ciudades, como símbolo de su presencia y de su espíritu de cooperación.

Asociaciones mutuales

Las sociedades de socorros mutuos conformaron el subsistema de salud que más se expandió en la Argentina entre 1850 y 1950. Aunque no todas ellas estaban integradas por inmigrantes transatlánticos, la relación entre inmigración y mutualismo fue muy marcada, especialmente en las regiones del país que recibieron una cuota mayor de población extranjera. Según las estimaciones de González Bernaldo (2013), la tasa de penetración del mutualismo alcanzaba a un diez por ciento de la población activa de la Argentina en 1914. Pero si nos limitamos al área geográfica de la Capital, la provincia de Buenos Aires y el sur de Santa

Fe –área que concentraba por entonces el ochenta por ciento de las mutuales activas–, la proporción se elevaba a la tercera parte de la población activa. Según la naturaleza de sus servicios, las asociaciones mutuales podían presentar dos formas: las que brindaban atención médica, farmacéutica y hospitalaria, por sí mismas o mediante convenios con otras instituciones, y las que otorgaban subsidios a sus afiliados en caso de enfermedad o de otras calamidades, a fin de que ellos mismos se procurasen la asistencia médica.

Actividades de las asociaciones

En 1911, el Departamento Nacional del Trabajo realizó una gran encuesta, respondida por 108 asociaciones de socorros mutuos, étnicas y cosmopolitas, acerca del tipo de servicios que prestaban. Noventa de ellas declararon que se dedicaban a la atención médica y 87 también a la provisión de medicamentos. Unas proporciones algo menores correspondían a los subsidios por diversas causas (enfermedad, invalidez, más raramente viudez y orfandad), brindados por 74 de las encuestadas, a los servicios de sepelio, atendidos por 53 –contando, en algunos casos, con sus propios panteones sociales– y a las internaciones por accidente o enfermedad, ofrecidas por 16. El último rubro, el de las repatriaciones, era exclusivo de las mutuales étnicas de mayor alcance: 7 en el universo encuestado. El pago de la totalidad o de parte del pasaje a los que estaban dispuestos a regresar definitivamente al país de origen solía presentarse como una alternativa más económica frente al costo que implicaba el mantenimiento de los enfermos crónicos.

Distribuciones de ingresos

Es significativa la distribución de los ingresos y gastos de las asociaciones de socorros mutuos, según fuese la nacionalidad de la mayoría de los socios, tal como aparecen consignados en el censo nacional de 1914. Comenzando por las erogaciones, puede advertirse de inmediato una gran diferencia entre las asociaciones cosmopolitas, compuestas por nativos y extranjeros de cualquier nacionalidad, con un perfil mayormente obrero, y las étnicas, que, por el contrario, incluían una alta proporción de pequeños comerciantes, empleados, artesanos y trabajadores calificados. Entre 56 y 59% del gasto de estas últimas se dirigía hacia rubros que no eran socorros o prestaciones, lo cual puede abonar la idea de un elevado desembolso para atender los propósitos recreativos, culturales o incluso patrióticos de estas asociaciones. Este tipo de erogaciones estaban casi por completo ausentes en las cosmopolitas, en las que, por el contrario, el 80% del gasto estaba orientado a las prestaciones asistenciales. Las cifras tenderían a otorgar fundamento a las críticas que se formulaban a las mutuales étnicas, desde el socialismo y desde algunos ámbitos del movimiento obrero, en cuanto al derroche de los recursos de aquellas en fines no asistenciales.

Sin negar la veracidad de tales observaciones críticas, hay que considerar otro factor: estas asociaciones, por depender para sus ingresos de una corriente inmigratoria cuya continuidad y caudal en el futuro nunca estaba del todo garantizada, debían hacer previsión para posibles crisis mediante la constitución de fondos de reserva o mediante la realización de inversiones que generaran rentas no ligadas a los flujos de población. Es posible, en consecuencia, que el menor porcentaje de recursos volcados a las prestaciones, por comparación con las cosmopolitas –asociaciones menos dependientes de la llegada de nuevos inmigrantes–, se explique también por esa razón. Eso se complementaría con lo que muestran los ingresos, puesto que, en las cosmopolitas, era superior el porcentaje procedente de las cuotas que pagaban los afiliados (92% frente al 79% de las étnicas), lo cual podría explicarse por las contribuciones aportadas en estas últimas por los socios no asalariados y por las rentas procedentes de las inversiones de los fondos de reserva.

Sociedades de beneficencia

Las comunidades extranjeras también crearon en las grandes ciudades unas sociedades de beneficencia que construyeron nosocomios para la atención clínica y de especialistas en consultorios, las internaciones y la medicina de alta complejidad. Estos hospitales de colectividades comenzaron a instalarse en Buenos Aires a mediados del siglo XIX, pero fue sobre todo en la década de 1870, luego de las últimas grandes epidemias que azotaron la ciudad, cuando lograron su principal impulso. Algunos de ellos atrajeron a médicos y practicantes que eran profesores

o estudiantes avanzados de la Universidad de Buenos Aires, que para ciertos cargos debían concursar, lo cual contribuyó al prestigio alcanzado por sus secciones y a que pudieran alcanzar a un público más amplio cuando se fueron abriendo las condiciones para el ingreso como socios. Durante prácticamente un siglo, desde mediados del XIX a mediados del XX, los hospitales de colectividades fueron los dinamizadores principales de un sistema privado de salud que evolucionaba paralelamente al público.



Figura nº 6. Grupo familiar de inmigrantes, *ca.* 1890. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Hospital Italiano

El Hospital Italiano, por ejemplo, funcionó desde el inicio con una mezcla de los principios de la beneficencia y del mutualismo, con una racionalidad equidistante de la maximización de utilidades propia de la sociedad comercial y del principio de solidaridad característico del hospital público. La construcción del nosocomio demoró muchos años y provocó conflictos entre republicanos y monárquicos, que trasladaron a este ámbito los enfrentamientos que ya se advertían en el del mutualismo. Finalmente, una gran colecta permitió que en 1872 pudiera inaugurarse, con ciento cincuenta camas. Recién lograría a comienzos del siglo XX convertirse en la principal institución asistencial de la colectividad, desplazando a Unione e Benevolenza y a la Nazionale Italiana. El nexo con estas últimas, y en general con las mutuales italianas, siguió funcionando a través de las tarifas preferenciales que el Hospital cobraba a los internados que eran afiliados a ellas (Devoto, 2008, pp. 191-195).

Hospital Español

El Hospital Español, inaugurado en 1876, fue gestionado por la Sociedad Española de Beneficencia (SEB), que creó para financiar su construcción un original sistema de "sucursales", grupos de españoles dispersos por el interior del país, que eran facultados por la Comisión Directiva de la entidad para captar socios y recaudar las contribuciones mensuales. Dichas contribuciones no daban derecho a reembolso, sino a las prestaciones que se brindarían una vez que se hubiese inaugurado el hospital. En 1883, se alcanzó el máximo de 60 sucursales, la mayoría ubicadas en la provincia de Buenos Aires. Aunque con el tiempo estas sucursales se fueron desgajando, convirtiéndose en mutuales autónomas, siguieron vinculadas con el Hospital a través de la firma de convenios de internación para sus afiliados. La apertura hacia la afiliación de argentinos o de personas pertenecientes a otras colectividades se produjo luego de la crisis de 1890, que acarreó



Figura nº 7. Arribo de inmigrantes al puerto, Buenos Aires, *ca.* 1890. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

graves inconvenientes de financiación debido a que el gobierno nacional había privilegiado a los españoles en el reparto gratuito de pasajes en los años anteriores. Como se trataba de personas que, en general, no contaban previamente con redes de parentesco o paisanaje que pudieran contenerlos, el desamparo ante la crisis los afectó más que al resto de los inmigrantes y, en muchos casos, debieron ser auxiliados o repatriados por organismos como la SEB.

Desde 1876 y hasta 1914, entre la mitad y las dos terceras partes de los internados en el Hospital eran pobres que no podían pagar cuotas y ocupaban las llamadas "camas de caridad". Para ellos se mantuvo la exigencia del origen hispánico, ya eliminada para los afiliados. El principal recurso para financiar este oneroso sistema eran las contribuciones periódicas y las donaciones de los socios más enriquecidos, así como sus redes de relaciones para obtener determinados beneficios institucionales. En 1889, por ejemplo, cuando la SEB solicitó un cuantioso crédito al Banco Español del Río de la Plata para ampliar el edificio del Hospital, fue determinante la gestión realizada por algunos de los dirigentes de la primera entidad, individuos muy conocidos dentro de la colectividad, que eran a la vez miembros del directorio del Banco y que, en algunos casos, actuaron como garantes del pago del crédito. Más allá de que existían mecanismos institucionales de renovación periódica de sus autoridades, la conducción de la SEB se mantuvo durante todo este período en manos de ese grupo de élite que realizaba las mayores contribuciones pecuniarias y aportaba su red de relaciones (Fernández-Acebal, 2016).

Hospital Francés

El caso francés presenta otras particularidades. En 1832, el cónsul Mendeville y algunas decenas de residentes fundaron la Société Philantropique Française du Río de la Plata, que llegó a contar con más de cuatro mil afiliados en la década de 1880. El éxito de la iniciativa y las contribuciones de la élite económica permitieron crear, en 1845, el Hôpital Français, trasladado en 1887 a un nuevo edificio, fruto de la donación de un exitoso empresario alsaciano de la Argentina. La Société Philantropique sostenía, además, un asilo de ancianos, un asilo nocturno, un seguro de ayuda familiar y aportaba a la Caisse de Rapatriement, todo ello financiado principalmente mediante colectas y rifas anuales. En 1867, se fundó una nueva entidad, la Société Française de Bienfaisance, que patrocinó un orfelinato de niñas. Estas sociedades alcanzaron, en términos relativos, una mayor importancia en la colectividad francesa de lo que lograron sus homólogas italiana y española, lo que Otero (2010; 2012, pp. 236-238) ha explicado por la gran significación de la élite económica y empresarial francesa en la Argentina, motivo que también estaría detrás del desarrollo mucho más rápido que alcanzó la beneficencia dentro de esta comunidad si se lo compara con el del mutualismo.

Colectividad alemana

La colectividad alemana nos brinda un ejemplo similar. El hospital que surgió de su seno combinaba funciones mutualistas y benéficas. Por un lado, brindaba asistencia médica, odontológica y farmacéutica a sus propios afiliados y cobraba por las prestaciones otorgadas a los pacientes de otro origen. Por el otro, realizaba una labor de atención gratuita a los integrantes de la comunidad germánica de la Argentina que no estaban en condiciones de pagar una cuota mensual ni de financiar sus tratamientos y consultas. Ello formaba parte de unas responsabilidades que la élite económica de la colectividad se autoasignaba, en cuanto a la protección y cuidado de los más débiles, incluyendo en particular a las mujeres trabajadoras. Se financiaba con las contribuciones periódicas y extraordinarias, los legados y las donaciones que los más acaudalados alemanes de la Argentina realizaban con un criterio paternalista y caritativo, así como mediante los festivales, espectáculos y juegos de azar que se llevaban a cabo, con un rol protagónico de las mujeres de la colectividad. Para 1918, eran más de siete mil las personas tratadas en el Hospital de manera gratuita (Bryce, 2018, pp. 77-93).

Otras colectividades

Otras colectividades extranjeras, como la británica y la irlandesa, también edificaron sus propios hospitales durante el siglo XIX. La incorporación de profesionales y practicantes de distintas especialidades médicas y farmacéuticas, en gran parte vinculados a las cátedras de la Universidad de Buenos Aires, y de un cuerpo

de enfermería que en términos relativos contaba con buena calificación, contribuyó a la nombradía de los hospitales comunitarios, situándolos a la vanguardia del sistema sanitario. Lo propio puede decirse del flujo exclusivo de fondos que aportaban los integrantes prósperos de tales colectividades, que permitió solventar servicios de alto costo y baja recuperación. En algunos casos, como el británico, a tales fondos se agregaban los que ocasionalmente eran aportados por las instituciones filantrópicas o por el propio Estado del país de origen, aunque ellos nunca llegaron a conformar un rubro decisivo. La reputación y la eficacia del sistema hicieron que luego estuviera en condiciones de atraer a la población nativa en condiciones de pagar las cuotas requeridas, asegurando su supervivencia más allá de las vicisitudes de la corriente inmigratoria. Incluso algunas colectividades pequeñas y de tardío arribo a la Argentina, que no llegaron a construir sus propios nosocomios, como la polaca, contaron con mecanismos de asistencia benéfica dirigidos a los más pobres y desocupados, especialmente en tiempos de crisis económica (Porada, 2016).

# LA INMIGRACIÓN DEL EXILIO DURANTE EL SIGLO XX

El fin de la "guerra franco prusiana", en 1870, abrió una etapa de relativa calma y prosperidad en el mundo occidental. Esta situación, aún con algunas excepciones, se extendió hasta los inicios de la Gran Guerra de 1914. Las décadas finales del siglo XIX y las primeras del siglo XX afianzaron un sistema internacional de comercio que poseía un núcleo industrial capitalista en Inglaterra, los Países Bajos y la costa este de los Estados Unidos. A ese fenómeno económico y también social debe agregársele otros cambios considerados estructurales de las sociedades de Occidente: la creciente urbanización, el avance de la industrialización y, sobre todo, el aumento sostenido de la población en niveles nunca antes conocidos por la humanidad (para inicio de 1800 se estimaba que la población mundial se ubicaba en los mil millones de habitantes y, en nuestros días, contamos con un valor estimado de siete mil quinientos millones de personas con proyecciones de llegar a los diez mil millones hacia 2050).

Transformaciones rurales europeas

Estas profundas transformaciones fueron muy bien registradas por Eric Hobsbawm en su libro *La era del capital*, dando cuenta de los cambios acaecidos y del surgimiento de nuevos sujetos sociales que marcarían los hechos políticos más importantes del siglo XX: la burguesía y el movimiento obrero organizado. El avance de la agricultura comercial y del industrialismo indujo una serie de modificaciones en el mundo rural de los países europeos, que con distintas velocidades fueron iniciando un proceso de *expulsión* hacia las grandes áreas urbanas que, por ese entonces, crecían aceleradamente. Como parte de este fenómeno transformador y desestructurante del mundo rural occidental, debemos contar las migraciones internas y transoceánicas de grandes contingentes de población, cuya novedad no fue el proceso migrante en sí mismo, que era conocido ya en la historia de las poblaciones, sino especialmente el volumen, la velocidad con que éstas se llevaron a cabo y los tiempos de permanencia de aquéllos en las sociedades de destino.

Construcción de estados nacionales americanos

Por otra parte, las sociedades americanas habían atravesado, durante buena parte del siglo XIX, procesos de alta inestabilidad institucional y guerras intestinas, con algunas excepciones (como Chile o Brasil), que habían formado parte de una violencia política que tornó imposible los procesos de unificación política y económica. Hacia el último cuarto del siglo, el proceso de construcción de los Estados nacionales se había iniciado, luego de vencer militarmente los proyectos políticos regionales que se enfrentaban al centralismo unificador de las élites nacionales. Como parte de las políticas de "modernización" social, el interés por la atracción de los inmigrantes europeos figuró entre los objetivos de todas las élites gobernantes americanas. Si bien no existen cifras exactas sobre los procesos migratorios hacia América, hay un consenso generalizado que indica que alrededor de setenta millones de personas migraron desde Europa hacia el continente americano entre 1820 y 1960. En estos registros no se contabilizaron todos aquellos

contingentes que ingresaron como "migración forzada", nos referimos puntualmente a la población africana y china, que se incorporó a los procesos productivos en calidad de trabajo esclavo, desde aproximadamente el siglo XVIII y buena parte del siglo XIX y que se estima en alrededor de seis millones de personas.

Argentina como destino

La Argentina fue, por diversas circunstancias, un destino muy buscado por los migrantes europeos, sobre todo a partir del último cuarto del siglo XIX. Entre los atractivos que ofrecía la economía argentina, se encontraban un alto nivel de crecimiento impulsado por el modelo agroexportador, lo que garantizaba altos salarios –incluso medidos en oro–, superiores a los europeos, una tasa de ocupación constante impulsada por el gran crecimiento urbano y comercial, pero también por la baja densidad poblacional autóctona, y un mercado verdaderamente elástico tanto a los momentos de crecimiento como de baja de la actividad. Durante este período, entre 1870 y 1913, la economía nacional creció a un promedio anual de 3,9%, cuando Europa lo hizo un 1,9%. Debe sumarse a estas variables la posibilidad, en un primer momento, de acceder a la propiedad de la tierra, sobre todo en aquellas provincias que se incorporaban al área dinámica de la actividad agropastoril, como Santa Fe, Entre Ríos, norte de la Provincia de Buenos Aires y sur de Córdoba.

Arribo de inmigrantes

La llegada masiva de inmigrantes fue uno de los rasgos más sobresalientes del período, ubicándose Argentina como el principal destino entre los países sudamericanos, con 7,6 millones de inmigrantes; sólo detrás de los Estados Unidos como el principal receptor, que acaparó aproximadamente treinta y cinco millones de personas. Luego de Argentina, también destacó el crecimiento del sur de Brasil, que recibió alrededor de 5,5 millones de inmigrantes y, en menor medida, Uruguay.

Cifras del Censo de 1914

El Tercer Censo Nacional de 1914 indicó que la población extranjera constituía el 30% del total, siempre teniendo en cuenta que sus hijos eran contabilizados como argentinos. Si bien es cierto que cerca del 50% de la inmigración que recibió la Argentina no se estableció en el país, es comprobable que, en algunas regiones como Buenos Aires, Santa Fe y el Litoral, el impacto sobre el total de la población fue enorme, superando en estas regiones puntualmente la media nacional en la relación entre extranjeros y nativos.

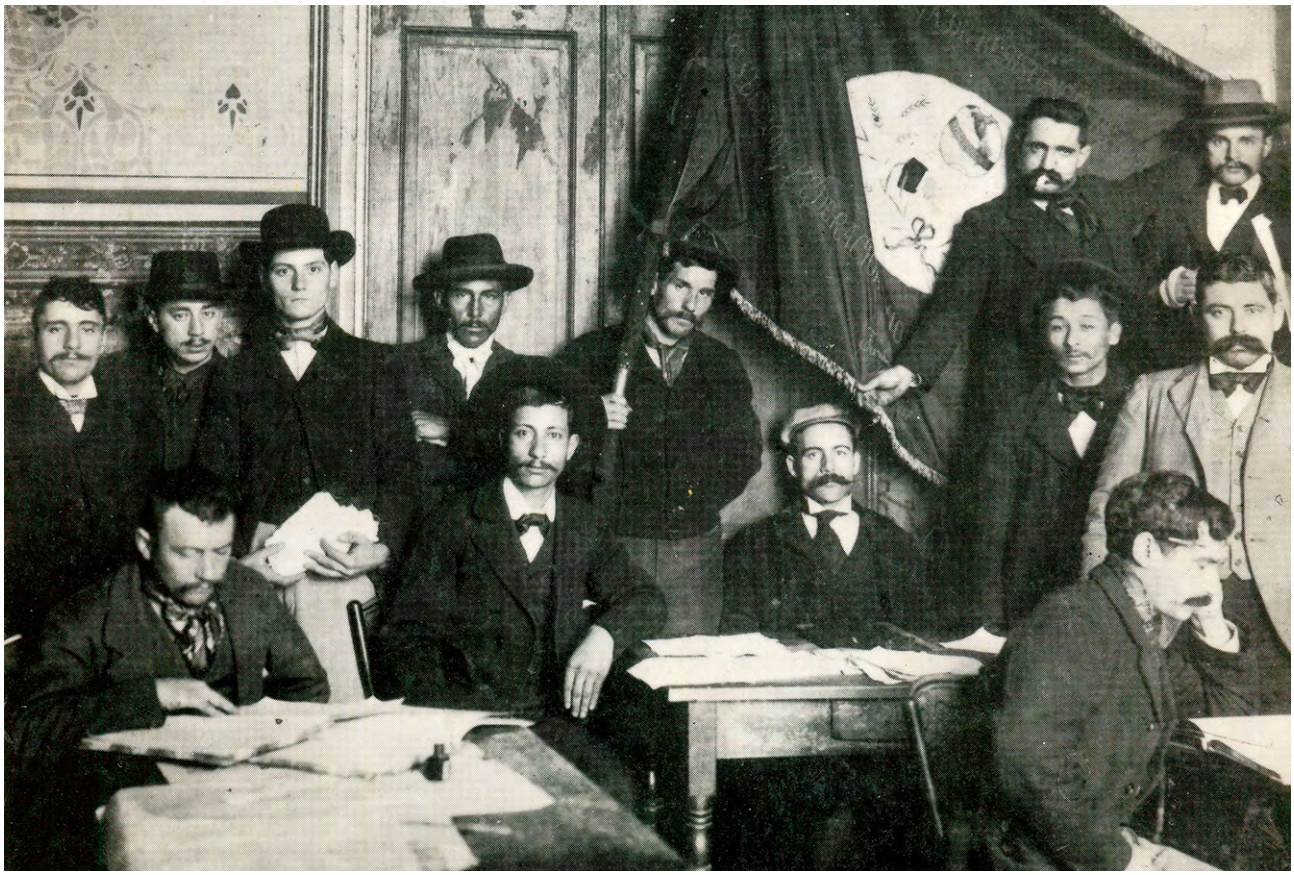


Figura nº 1. Población extranjera en un encuentro sindical, Buenos Aires, ca. 1910. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Composición poblacional

Esta composición poblacional fue marcando una fisonomía de la sociedad argentina de fines de siglo, remarcando su carácter abierto y dinámico que permitió la integración de buena parte de estas corrientes migratorias. Existe desde la historiografía y la sociología de las migraciones un debate extenso, pero no concluido en parte por falta de investigaciones y también por carencia de datos fiables, que tiene que ver las teorías de la "integración / asimilación / fusión" de estos sujetos en la sociedad local. Si bien no es el objetivo de este escrito ahondar sobre ello, es bueno remarcar que los inmigrantes generaron, en las grandes urbes, una notoria presencia que se reflejó en la participación en el comercio minorista y en la propiedad de las pequeñas y medianas industrias. En las áreas rurales, se reflejó en el creciente número de chacareros y aparceros de las zonas cerealeras. Además de ello, la creación de asociaciones, a lo largo de la geografía del país, dio muestras claras de su vitalidad, dinámica y de su peso económico, especialmente en las sociedades de socorros mutuos y de los hospitales de comunidades que aún perduran en muchos casos como testigos privilegiados de una época aluvional de la "Argentina moderna". El peso de la migración y de sus organizaciones se hizo notar en el devenir político nacional, sobre todo a partir de sus relaciones y los ámbitos de sociabilidad compartidos con las elites dirigentes nacionales. Si bien, por distintos motivos, no hubo un gran interés de intervención político-electoral por parte de los inmigrantes, no podríamos afirmar que éstos no participaran de sus debates públicos; en este sentido, sus relaciones personales, la prensa de la inmigración, sus asociaciones y sus clientelas movilizadas hicieron de los colectivos migrantes un actor muy importante en la política local.

Comienzos del siglo xx

La complejidad del siglo xx echó por tierra la prosperidad y la linealidad del progreso decimonónico. En Europa y en América, las contradicciones del orden burgués, la concentración del capitalismo, el ascenso de los sectores medios demandando mayor apertura del orden político restringido y la competencia imperialista entre las naciones hicieron emerger una serie de clivajes que marcaron una relación Estado - sociedad que fue mutando hacia un orden político de naturaleza diferente, centralizado en la "cuestión social" y en la irrupción de los movimientos socialistas y revolucionarios que amenazaban el orden burgués. Por otro lado, la emergencia de los "nacionalismos" colocó en tela de juicio el orden parlamentarista liberal y multilateral, resquebrajando el equilibrio de poderes en Europa, dando origen a la Gran Guerra de 1914.

Punto de cambio en 1914

En este contexto, las migraciones y los flujos migratorios comenzaron a variar su naturaleza: además de las motivaciones económicas y de ascenso social, encontramos contingentes cuyas decisiones estuvieron guiadas por coyunturas políticas y bélicas. De la misma manera, los Estados comenzaron a custodiar mucho más los ingresos de nuevos contingentes. En esta línea, Fernando Devoto afirma:

> Hasta 1914, el movimiento tuvo pocas regulaciones por parte de los Estados de origen o de recepción. Hasta cierto punto puede considerarse esa época como signada por la libertad de migración. Luego de la guerra las cosas cambiaron. Los Estados de recepción de los migrantes impusieron diferentes medidas de control y regulación del flujo. Asimismo, muchos de los Estados de origen, bajo la premisa de tutelar de algún modo las condiciones de sus ciudadanos expatriados, también impusieron distintos tipos de medidas de control. Aunque las políticas estatales son de limitada eficacia para confrontarse con los mecanismos microsociales de los migrantes, no por ello dejaron de influir en el volumen, los destinos y las características específicas de los mismos. (Devoto, 2002)

Nuevas motivaciones

A las ya conocidas corrientes migratorias del sur de Europa, comenzaron a sumarse nuevos colectivos migrantes que se explican por otras motivaciones: políticas, étnicas o religiosas. En este grupo, podemos ubicar aquellos que arribaron con posterioridad a la Primera Guerra mundial: los polacos y los armenios, y en la segunda mitad de la década de 1930 y primeros años de 1940, los exiliados de la Segunda República Española. A partir de la segunda postguerra, arribaron otros contingentes, también de Europa, quienes terminaron de conformar la última

oleada de la inmigración transoceánica. Durante la segunda mitad del siglo XX, trataremos aquí un exilio particular, aunque no el único, protagonizado por los que huían de la dictadura de Augusto Pinochet Ugarte.

Período de entreguerras

Luego de la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial y la firma del Tratado de Versailles de 1919, asistimos a una reconfiguración política de la Europa que databa aún del siglo XIX. La disolución del Imperio austro-húngaro, del Imperio otomano y la Revolución bolchevique ocasionaron también la diáspora y la movilización de grandes contingentes poblacionales. La creación de la Sociedad de las Naciones fue un intento de las potencias victoriosas para dotar de un equilibrio al orden internacional y llevar las diferencias políticas a un terreno supranacional. La experiencia demostró que los intentos de su principal mentor, W. Wilson, resultaron insuficientes y que los resultados del tratado de Versailles




Figura nº 2. Portada del nº 862 del semanario *Caras y Caretas* del 10 de abril de 1915 con una alegoría de la muerte en referencia a la guerra que asolaba el continente europeo. Fuente: Archivo General de la Nación.

ahogaron a la potencia vencida y la arrastraron hacia posiciones extremas nacionalistas, que derivarían a la postre en la Segunda Guerra Mundial.

Así como los volúmenes de las migraciones mermaron con respecto al período prebélico, también varió la nacionalidad de los contingentes y, sobre todo, la actitud de los estados nacionales en cuanto a las legislaciones restrictivas. Este tipo de políticas migratorias se basaron sobre todo en el "temor" por parte de las elites a las corrientes maximalistas y al "exotismo" de los nuevos migrantes. A los fines de este capítulo, es importante destacar que, dado el carácter anárquico del orden internacional de entreguerras y como resultado de la descomposición del orden político europeo, la corriente polaca, armenia y también la sirio-libanesa engloban también aspectos que las alejan de los flujos migratorios más "tradicionales" en la historia argentina, por albergar motivaciones que no se centraron exclusivamente en el ámbito económico.

Políticas de recepción de inmigrantes

Casi simultáneamente, las políticas de recepción de inmigrantes comenzaron a endurecerse, al menos en los aspectos formal y normativo. El presidente Yrigoyen, luego de los sucesos de la Semana Trágica de 1919, puso en vigor dos decretos de 1916, que reglamentaban el artículo 32 de la ley de inmigración de 1876, estableciendo que, para ingresar a la Argentina, se necesitaba un pasaporte con foto y obtener certificados judiciales, policiales o comunales de falta de antecedentes penales, de no mendicidad y de salud mental. En 1923, el gobierno de Alvear reforzaría las disposiciones de control a través de un decreto que reglamentaba la antigua ley de 1876. También los Estados Unidos, a principios de la década de los 20, impulsó las leyes de cuotas para la recepción de inmigrantes. Similares medidas adoptaron otros estados como Brasil. Durante esta década, comenzaron a arribar migrantes rusos que escapaban de las consecuencias de la Revolución rusa, el número de polacos (cristianos y judíos) creció significativamente entre 1921 y 1923, los armenios y los sirio-libaneses arribaron también a partir de la década de 1920. El número de centroeuropeos, que sumó 3240 personas en 1921, pasó a ser 17.619 en 1923 y 25.000 en 1927.

Estatus de "refugiado"

Como ocurrió durante las primeras décadas del siglo XX y hasta la llegada de los exiliados de la Segunda República, no existió en el país un ámbito para el reconocimiento del estatus de refugiado. Así, el contingente armenio ingresó al país como inmigración, a pesar de que las causas que los trajeron a estas costas difería de los casos más emblemáticos de los flujos que arribaron en el siglo XIX. La Argentina reconoció la figura del refugiado en el año 1951, cuando adhirió a la Convención relativa al Estatuto de los Refugiados, y entró en vigencia en el año 1962.

Contingente armenio

La recepción y la ubicación de los armenios que ingresaron al país estuvo coordinada, en ausencia de un organismo oficial, por asociaciones de la sociedad civil pertenecientes al colectivo armenio: La Unión Nacional Armenia y la Iglesia Apostólica Armenia, que se encargaron de certificar la documentación que los recién llegados traían desde Francia, país que les había dado acogida y les había provisto del pasaporte que el Imperio otomano les había negado. A través de la posesión de este documento, los individuos pasaron a tener existencia jurídica para desplazarse hacia otros destinos.

Impacto de la crisis de 1929

Las preocupaciones que generó la crisis económica mundial de 1929 con sus efectos sobre el empleo implicaron nuevas medidas que intentaron poner más obstáculos a los movimientos migratorios. Buscando desalentar la inmigración, el gobierno elevaba sustancialmente los derechos de visado consular de los certificados requeridos al migrante, es decir que se optaba nuevamente por la vía de los obstáculos burocráticos para desalentar la inmigración. En 1932, el momento más crítico de la depresión, el gobierno conservador estableció otro decreto con el que se buscaba frenar el ingreso de inmigrantes por el cual se exigía que el inmigrante poseyera un contrato o convenio de trabajo previamente acordado.

Comunidad judía

En cuanto a la comunidad judía, la hostilidad también provenía desde matrices conservadoras, pero los prejuicios existentes en la sociedad argentina no terminaban en el antisemitismo, sino que se sumaban a los ya vigentes de lar-

ga data en el país, tales como el antiitalianismo y la hispanobofia, alcanzando también a otros grupos, como los sirio-libaneses y, desde luego, a los no europeos, especialmente a la cada vez más visible migración interna y a los migrantes latinoamericanos.

Década de 1930

La segunda mitad de la década de 1930 acarreó otra serie de desafíos y debates políticos en el país. Como consecuencia del recrudecimiento de los movimientos nacionalistas y fascistas europeos, se erigió la figura del refugiado, que poseía otras características diferentes del inmigrante y que generó, por esto mismo, un debate en el seno de la elite argentina a principios de la década de 1940. Si bien las corrientes migratorias de la década del 20 también poseían características diferentes del migrante del siglo XIX, este debate no se encaró sino hasta la llegada de quienes huían del nazismo y de los movimientos fascistas europeos. La impotencia de la Sociedad de las Naciones hacía ver cada vez más inminente el inicio de la Segunda Guerra Mundial y, por lo tanto, las distintas posiciones políticas de las elites argentinas comenzaron a pedir definiciones al respecto. Este nuevo escenario hizo inapropiado el tratamiento de este "nuevo sujeto político", el refugiado, con la normativa y las condiciones de los inmigrantes. Sin embargo, habría que esperar hasta la segunda postguerra mundial para que los nuevos organismos multilaterales y transnacionales lo trataran puntualmente, creando organizaciones especialmente orientadas a la temática, como ACNUR.

Inmigrantes europeos

La Guerra civil española y los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial provocaron que miles de personas fueran expulsadas de sus países y comenzaran a buscar nuevos destinos. En el caso de los españoles, dada la nutrida comunidad establecida en el país, su fuerte presencia institucional y el poderío económico que poseían, la Argentina se presentaba como un destino muy importante para toda esta nueva oleada de refugiados. Sin embargo, en 1938, con la asunción del presidente Roberto Ortiz, se promulgó un decreto (el Decreto n° 8972 de julio de 1938) que intentó reducir al máximo la llegada de inmigrantes por la vía administrativa. Allí se disponía que todos los inmigrantes debían poseer un permiso de libre desembarco. Lejos de intentar ordenar los requisitos, se buscaba ampliar las facultades de discrecionalidad del Estado argentino para la aceptación de los inmigrantes. El canciller Saavedra Lamas daba instrucciones a los cónsules de abstenerse de visar pasaportes de españoles huidos desde su país de origen o cualquiera fuese el país de procedencia. Dado el signo políticamente conservador del gobierno argentino, la llegada de los refugiados republicanos españoles no fue vista como una inmigración deseada, al igual que la de los judíos que, escapando del nazismo y de los gobiernos fascistas, intentaron ingresar a la Argentina.

Discrecionalidad de la política inmigratoria

De esta manera, aquellos que lo lograron lo hicieron a través de negociaciones interpersonales de parte de algunas figuras muy importante de las colonias, tanto italianas como españolas, con los funcionarios del gobierno nacional. En 1938, un grupo de exiliados judíos italianos ingresó en el país, se trataba de un grupo muy calificado de intelectuales y empresarios, entre ellos Rodolfo Mondolfo, quien pudo acceder a un cargo en una universidad estatal por gestiones directamente encabezadas por Giovanni Gentile, principal intelectual del régimen de Mussolini, con integrantes del gobierno argentino. Para dar cuenta de la discrecionalidad de la política de recepción de refugiados y de la porosidad y dualidad de las posiciones oficiales, el Poder Ejecutivo Nacional firmó, entre 1940 y 1942, dos decretos para permitir la entrada de vascos, dado el prestigio de la colonia vasca en el país y las figuras de mucha relevancia dentro de la elite nacional.

Década de 1940

A principios de la década de 1940, con la Alemania nazi ocupando toda Europa occidental, la histórica tradición de neutralidad de la cancillería argentina empezaba a ser vista como un apoyo explícito a las potencias del Eje, máxime cuando países como Brasil e incluso México habían apoyado a los Aliados. Esta situación dividía cada vez más las posiciones en la elite política argentina y en las cúpulas de las Fuerzas Armadas, en las que la germanofilia era una posición dominante.



Figura nº 3. Ollas populares durante la crisis económica de la década de 1930, Buenos Aires. Fuente: Fondo Documental 'Juan Carlos Grosso' del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Con la caída del Ejército Republicano en el frente de Cataluña y el triunfo del Ejército Nacional, comenzó el éxodo de los republicanos. Se estima que unos quinientos mil refugiados cruzaron la frontera con Francia, donde fueron ubicados en "campos de internamiento". A partir de allí, la emigración a terceros países se abrió como una opción para salir de los campos franceses, pero para ello era necesario que aceptasen recibirlos. Alrededor de cuarenta y dos mil españoles se trasladaron a distintos puntos, entre ellos África, URSS, otros puntos de Europa y América. Hacia el continente americano se dirigieron alrededor de treinta mil personas y de ellas el 70% eligió como destino México, dando cuenta del peso que este tipo de exilio tuvo para la vida cultural del país del norte.

Éxodo de republicanos

La llegada de los exiliados de la Segunda República tuvo un impacto relativo en la Argentina y fue cuantitativamente mucho menor que la recibida por el presidente Lázaro Cárdenas en México. Sin embargo, y a pesar de las restricciones para establecerse en el país, muchos de ellos lograron, a través de "cartas de llamadas" o por poseer una "residencia anterior", afincarse y desarrollar sus actividades. Esta relación ambivalente del gobierno del presidente Ortiz, de aceptar refugiados pero al mismo tiempo de apresurarse a reconocer la dictadura de Francisco Franco, debe comprenderse en el marco de la situación política nacional de finales de la década del 30 y comienzos de los 40, puesto que había una sociedad enfrentada por la situación internacional: la división entre Aliados y partidarios del Eje, al que adscribiría también el régimen de Franco; y también en el ámbito interno, dada la decisión de buena parte del radicalismo de oponerse al gobierno argentino, conservador y fraudulento. Con respecto al tema puntual de la situación española, los radicales veían la dictadura española como un fenómeno similar al golpe que derrocó al caudillo radical Hipólito Yrigoyen en 1930. Igualmente, los partidos de izquierda, como el Partido Socialista y el Comunista y las organizaciones sindicales, expresaron su abierta oposición por entenderlo

Llegada de exiliados españoles

como un avance del fascismo, en el mapa político internacional. Asimismo, en la colonia de españoles había una profunda división con respecto a los sucesos de la Guerra civil española, entre nacionalistas y republicanos.

Colaboración de intelectuales

El ingreso y la inserción de los refugiados republicanos se canalizó a través de instituciones ajenas a las dependencias oficiales y partió de una representación de intelectuales y escritores muy influyentes en el medio local. Además de las figuras notables de Natalio Botana y Victoria Ocampo, se estableció una Comisión Argentina de Ayuda a los Intelectuales Españoles, que contaba con destacadas participaciones, como María Rosa Oliver, Emilio Ravignani, Julio Rey Pastor, y era presidida por Francisco Romero, destacado filósofo. La Institución Cultural Española se convirtió rápidamente en un canal de inserción para los intelectuales españoles que quisieran establecerse en el país. Esta institución muy importante, impulsada por el Dr. Avelino Gutiérrez en 1914, era presidida, al momento de la guerra civil, por Rafael Vehils. La actividad de ésta fue muy profusa y mostró buenos resultados desde el principio, estableciendo muy buenos vínculos con las universidades públicas del país, especialmente con la Universidad de Buenos Aires, dado el impulso del Dr. Gutiérrez, quien era profesor titular de la Facultad de Medicina. Esta relación permitió la visita, durante más de dos décadas, de influyentes académicos españoles, como Ortega y Gasset, Olarriaga, el mismo Rey Pastor, Menéndez Pidal, Pi y Suñer, entre otros destacados profesores, y posibilitó la vinculación, al momento del exilio, con Coriolano Alberini, decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y Bernardo Houssay, director del Instituto de Fisiología de la Facultad de Medicina. Sin embargo, la incorporación a la planta de profesores de la principal universidad del país no fue sencilla y solamente algunos exiliados lograron instalarse. Américo Castro, destacado historiador y filólogo, debió partir hacia los Estados Unidos, a la Universidad de Princeton, luego de un año en el país, donde solamente consiguió un cargo de tiempo parcial. Mejor suerte tuvo Pío del Río Hortega, quien obtuvo, gracias al prestigio y la influencia de Houssay, un cargo de tiempo completo, aunque no permanente, en la Facultad de Medicina. Es importante aclarar que hubo una actitud hostil desde la Universidad de Buenos Aires respecto de la incorporación de profesores españoles, lo que condujo a ellos a buscar cátedras en universidades nacionales de provincias argentinas, como Córdoba, Mendoza, La Plata y la Universidad del Litoral.

Inserción en el ámbito cultural

Otro ámbito de desarrollo estuvo vinculado con el mundo cultural. Las editoriales, en su mayoría propiedad de españoles, fue uno de esos espacios que ofrecieron una inserción laboral a los intelectuales del exilio. Casas como la editorial Losada, Espasa Calpe, Sudamericana, EMECE y Santillana, entre otras, fueron una opción siempre presente. El mundo del teatro y la prensa periódica abrieron espacios donde llevaron adelante sus actividades.

El 5 de noviembre de 1939, arribó al puerto de Buenos Aires el buque Massilia, que transportaba más de trescientas personas que escapaban del conflicto europeo, más de la mitad de ellos eran refugiados republicanos, quienes se habían exiliado en Francia e iniciaron el viaje hacia América. En principio, muchos de ellos, con destino a otros países, principalmente a Chile, a través de la influencia del cónsul chileno en París, Pablo Neruda.

Asilo a intelectuales antifranquistas

La mayoría de ellos pudieron descender del buque, pese a la negativa de los funcionarios del Departamento de Migraciones, gracias a las gestiones que realizaron personalmente figuras del mundo intelectual argentino como el director y propietario del diario *Crítica*, Natalio Botana, quien también se había exiliado en Buenos Aires como consecuencia de la Guerra civil que se desató en Uruguay a principios del siglo XX, y Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur*. La campaña de prensa y la presión de parte de la opinión pública en favor de la recepción de los tripulantes del buque, obligó al gobierno argentino a conceder el asilo de los intelectuales antifranquistas. Además de estas figuras, podemos mencionar también al poeta Rafael Alberti y al músico Manuel de Falla y los académicos Claudio

Sánchez Albornoz y Amado Alonso, quienes luego de un tiempo establecidos en universidades estatales de las provincias, lograron ingresar a las cátedras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, dejando un gran legado, institutos de investigaciones y una gran cantidad de discípulos.




Figura nº 4. Aviso publicitario del premio de novela que la Editorial Sudamericana organizara con la revista *Primera Plana*, *Id.*, nº 216, 14 de febrero de 1967. Fuente: Núcleo Hemerográfico del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Etapas del exilio español

La llegada del Massilia en 1939 corresponde a la primera de las tres etapas en que se dividió el exilio español. Ésta se encarnó con las primeras oleadas que partieron inmediatamente después de la derrota del Ejército Republicano. La segunda correspondió a aquellos que partieron luego de la finalización de la Segunda Guerra Mundial en 1945 y permanecieron en Francia, aguardando que la victoria aliada finalizara con la dictadura franquista, hecho que no sucedió. La tercera y última es la que ocurrió con posterioridad a 1946, cuyos exiliados ingresaron ya bajo el gobierno de Juan Domingo Perón.

Segunda posguerra

La segunda posguerra presentó algunos rasgos diferentes respecto a la primera mitad del siglo XX. Comparativamente, la cantidad de inmigrantes que ingresaron al país fue sustancialmente menor, porque había finalizado la etapa del

multilateralismo liberal y la libre circulación de personas comenzó a ser tamizada por los controles estatales y se aplicaron políticas más selectivas para los inmigrantes. Empezaron a surgir convenios bilaterales entre Estados y organismos internacionales, como los que la Argentina suscribió con el Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas (CIME), con Italia y con España.

Otra de las diferencias fue que, a partir de los inicios de la década de 1940, con las dificultades que ocasionó para la economía argentina el conflicto bélico mundial, comenzaron a emerger voces que hablaban de iniciar una senda dirigida desde el Estado hacia una política que contemplara la industrialización como un complemento de la actividad principal, que seguiría siendo la producción agropecuaria. Al advenimiento de la Junta Militar del Golpe de Estado de 1943, esta tendencia se profundizó y se transformó en programa, luego del triunfo de Juan Domingo Perón en 1946. A partir de los lineamientos del Primer Plan Quinquenal, se trazó una política que tendía hacia el desarrollo industrial y tecnológico, que también debería incluir la tecnología militar y aeronáutica; y en este sentido, también las políticas migratorias comenzaron a variar desde el inmigrante ideal de origen rural que estuviera vinculado a las actividades del sector primario hacia la convocatoria de científicos y técnicos industriales. Bajo esta premisa, junto con la inmigración, se permitió el ingreso de refugiados y prófugos de origen alemán, pero también croatas, ucranianos, rumanos, polacos que huían de Europa, por ser colaboracionistas del régimen nazi o de sus gobiernos satélites.

Política migratoria del peronismo

La política migratoria del peronismo no introdujo grandes novedades respecto a las modalidades y normativas precedentes, pero se caracterizó por su falta de coordinación y pujas de poder entre las diversas áreas del Estado, fundamentalmente entre la Dirección Nacional de Migraciones y el Ministerio de Relaciones Exteriores, abriendo las puertas hacia altos niveles de arbitrariedad y poca claridad en los procesos administrativos. Junto a estas características, el inicio de la Guerra Fría y el combate contra el comunismo justificaron y facilitaron acuerdos entre el Gobierno argentino y la Iglesia para lograr el ingreso de refugiados y prófugos, contando con la colaboración del Vaticano y su red de relaciones con aquellos gobiernos latinoamericanos dispuestos a recibir este tipo de migrantes. Las buenas relaciones entre la Democracia Cristiana Italiana, las autoridades eclesiásticas y el gobierno peronista facilitaron esta tarea, que beneficiaba a todas las partes en cuestión, dado que, de esta manera, podían ir derivando los refugiados hacia nuevos destinos, descomprimiendo la situación política europea. Por parte de las potencias victoriosas de la Guerra, que conocían estas actividades, existió desconfianza hacia la cúpula gobernante desde 1943 y fundamentalmente sobre Perón acerca de sus simpatías con las potencias vencidas, pero por esto mismo también daba las garantías necesarias de ser un virtual apoyo en el combate mundial contra el comunismo.

Década de 1950

Por otro lado, los debates públicos sobre la importancia de las migraciones comenzaron a mermar en la agenda cotidiana y empezó a formar parte de un cierto sentido común el hecho de que la llegada de inmigrantes era un signo positivo para el país y una distinción de progreso. A partir de 1950, la mano de obra europea comenzó a encontrar nuevos destinos dentro del mismo continente, sobre todo a partir de los trabajos para la reconstrucción llevados adelante como parte del Plan Marshall. A nivel doméstico, los indicadores económicos comenzaron a mostrar cierto estancamiento y dependencia del sector externo, caída de la producción y las exportaciones, que agravaron la marcha de la economía nacional. Las cifras demuestran cómo fue decreciendo el volumen de ingresos al país de manera contundente: mientras que entre los años 1946 y 1955 el volumen de inmigrantes italianos fue de 43.000 personas, en 1956 ingresaron solamente 10.000. Respecto de los españoles, se dio una situación similar, pasó de 19.000 inmigrantes anuales durante el mismo período a sólo 9.000 en 1956.

Inmigrantes anticomunistas

Con posterioridad al derrocamiento del segundo gobierno peronista, en septiembre de 1955, hubo una última oleada de refugiados que buscaron un destino

en la Argentina. Este contingente procedía de Hungría, y se trataba de aquellos que provenían de la fracasada revolución contra la URSS en 1956. Fueron aceptados, dado su marcado carácter anticomunista y sus características especiales de alta calificación, puesto que, en general, se trataba de profesionales. Esta oleada de refugiados se considera la tercera y última llegada de húngaros a la Argentina; las primeras se ubicaron con anterioridad y posterioridad a la Primera Guerra Mundial, tratándose fundamentalmente de inmigración rural, y se radicaron en algunas provincias del norte argentino y en algunas áreas del Gran Buenos Aires.




Figura nº 5. Propaganda peronista sobre las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y las ventajas comparativas de la Argentina. Fuente: Centro de Documentación del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Década de 1970

Para la segunda mitad del siglo XX, hemos elegido un caso muy particular, teniendo en cuenta la magnitud de las cifras. Se trata de aquellos que escapaban de la dictadura de Augusto Pinochet Ugarte en Chile. Los primeros chilenos en huir hacia Argentina, en 1973, se encontraron con un gobierno democrático que albergó a miles de exiliados políticos y se creó la Comisión Coordinadora de Acción Social (CCAS) como una manera de eludir las acusaciones ideológicas que se

impulsaban desde ciertos sectores políticos, afirmando que se estaba generando un ámbito de refugio para los "guerrilleros subversivos" de toda Latinoamérica. A partir de 1975, con la lucha facciosa dentro del peronismo y el recrudecimiento de la violencia política, a partir de la actuación del grupo paramilitar de la Alianza Anticomunista Argentina (conocida como Triple A), este flujo de perseguidos políticos comenzó a reubicarse en otros destinos, principalmente Venezuela y México.


2ª SECCION
EL MUNDO
Espectáculos
EL MUNDO Diario Ilustrado — Año I · Nº 22
¡SOLIDARIDAD CON CHILE!
Artistas e intelectuales argentinos repudian el golpe gorila
(Ver páginas 20 y 21)

Figura nº 6. Tapa del suplemento de espectáculos del diario *El Mundo* n° 22 del 18 de septiembre de 1973 en solidaridad con el pueblo chileno ante el golpe de estado del 11 de septiembre. Fuente: Núcleo Hemerográfico del IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

Década de 1980

Se estima que para el año 1980 residían en la Argentina alrededor de doscientos mil exiliados políticos que escaparon de la dictadura chilena; esta cifra explica el 50% del total de los que debieron irse del país por causas políticas y por temor a su seguridad física. Asiste cierta lógica para explicar estas cifras por ser Chile un país limítrofe con una extensa frontera, no siempre bien custodiada que hacía viable el paso clandestino hacia Argentina. El grueso de la inmigración chilena y de los refugiados se instalaron en las provincias cuyanas y patagónicas.

Si bien es cierto que, a partir del golpe de Estado en Argentina de 1976, las tendencias a residir en el país se redujeron y que ha sido más notorio el colaboracionismo entre las dictaduras del Conosur a través del Plan Cóndor, también es

verdad que las actividades emprendidas conjuntamente por el Estado, las agencias cristianas y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para el Refugiado (ACNUR) siguieron funcionando. En parte esto fue así debido a una estrategia de la dictadura argentina para demostrar ante la comunidad internacional un respeto a los derechos humanos, por la cual no sólo se albergaron chilenos, sino que también se dio asilo a refugiados laosianos y, de esta manera, se intentó rebatir las denuncias internacionales que se realizaban en distintos foros mundiales.

## A MODO DE CIERRE

Uno de los rasgos centrales del poblamiento de la Argentina ha sido, sin duda, la inmigración, europea y de los países limítrofes. Los flujos migratorios podrían incluso identificarse con períodos concretos. El último cuarto del siglo XIX y la primera mitad del XX estuvieron protagonizados fundamentalmente por la inmigración europea y, a partir de la segunda mitad del siglo XX en adelante, por la inmigración proveniente de los países limítrofes.

Esta distinción se complica cuando intentamos estudiar la llegada de exiliados o refugiados a la Argentina. Como hemos tratado de mostrar, ha existido cierta ambigüedad en su tratamiento y muchas veces se tomó por inmigrante a aquellos flujos que arribaban al país por otras motivaciones que tenían que ver con conflictos políticos, étnicos o religiosos. La reconfiguración política europea, a partir de las primeras décadas del siglo XX, expulsó grandes contingentes de personas de diversas nacionalidades y religiones que fueron integrándose a una sociedad argentina que experimentaba, por ese entonces, buenas tasas de crecimiento económico y una creciente necesidad de población. Estas variables, suponemos, retrasaron el debate sobre la figura del refugiado y ubicaron la actuación del Estado argentino en un área de ambigüedad, que fue superando a través de otros mecanismos de negociación política y fuera del marco internacional que proponían otros Estados.

Sin embargo, y a pesar de esta falta de definiciones normativas del Estado argentino, hemos observado que el país albergó, durante todo el siglo XX, a una pléyade de exiliados y refugiados de diverso origen, aun cuando aquellos que buscaban asilo no coincidieran ideológicamente con el color político del poder de turno. Suponemos también que la ausencia de un marco jurídico específico para la figura del refugiado que obligara a las autoridades argentinas a ofrecer asilo aumentaba las atribuciones y arbitrariedades que implementó durante buena parte de la primera mitad del siglo XX, hasta que adhirió, como vimos, en 1951, a la Convención relativa al Estatuto de los Refugiados.

Estos contingentes de población también formaron parte y se constituyeron en un elemento sustancial de la población argentina aportando el sello distintivo de sus culturas y sus costumbres. Se podría afirmar que las instituciones de la sociedad argentina fueron muy por delante –a pesar de las tendencias existentes en sentido opuesto– de la acción de las políticas estatales y de las decisiones de los gobernantes a la hora de tomar medidas de integración para las migraciones del exilio hacia la Argentina.

# INMIGRACIÓN LIMÍTROFE Y LATINOAMERICANA
## De la invisibilización histórica a la realidad actual

### LOS MIGRANTES EN LA LEGISLACIÓN ARGENTINA: MIGRANTES DE ULTRAMAR Y MIGRANTES LIMÍTROFES

Aun sin referirse directamente a los inmigrantes limítrofes, la legislación argentina estableció una serie de reglamentaciones (a partir de leyes y decretos) desde fines del siglo XIX y durante todo el siglo XX destinada a ellos. María Inés Pacecca (2006) analiza detalladamente este sistema legal mediante el cual se procuró evitar su presencia "visible" en la sociedad argentina.

En concordancia con este pensamiento (que aparece expresado por Alsina), tanto la Constitución Nacional de 1853 como la ley Avellaneda y la legislación posterior fueron pensadas para inmigrantes, si no exclusivamente europeos, por lo menos de ultramar; es decir, aquellos cuyo ingreso fuera fundamentalmente por la vía marítima. De ahí el énfasis en controlar y eventualmente impedir el ingreso, pero no controlar ni obstaculizar la permanencia de los migrantes limítrofes.

*Juan Alsina, quien se desempeñó como director de Migraciones en las primeras décadas del siglo XX, define cómo debe ser la inmigración que ingrese a la Argentina: "...De los indígenas americanos, los nuestros, poco numerosos, se han extinguido, otros se van mezclando y así desaparecerá la raza; los del Perú, Bolivia y Brasil no podrán venir a nuestro suelo; los africanos o de origen africano, es decir, los negros, no serán admitidos como masa inmigratoria, aunque haya habido exploración de intenciones; ni tampoco se podrá consentir entrar a los asiáticos, como inmigrantes numerosos, porque alterarán la homogeneidad, claramente prescripta, para nuestra población, que conviene sea únicamente de origen europeo...".*

Si bien es cierto que los migrantes de ultramar constituyeron el flujo más numeroso en un período relativamente breve, pero que marcó fuertemente a la Argentina, no fueron los únicos extranjeros en entrar al territorio nacional. Como parte de la herencia de un mercado económico y laboral forjado durante la colonia, la movilidad poblacional entre las distintas naciones en que finalmente cristalizaron los virreinatos no fue pequeña. El primer censo nacional de población (1869) enumera 41.360 extranjeros limítrofes, que representan casi el 20% del total de la población extranjera. A diferencia de los migrantes de ultramar, que ingresaron masivamente entre 1890 y 1914, para disminuir con rapidez hasta casi detenerse poco después de la Segunda Guerra Mundial, pero manteniendo su predominio hasta inicios de los años 90, los migrantes limítrofes representan un flujo en lento pero constante crecimiento y prácticamente ininterrumpido (ver cuadros n° 1 y 2 y gráfico nº 1 en la página siguiente).

| *Migrantes* | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* | *1960* | *1970* | *1980* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *Latinoamericanos* | | | | | | | | | | |
| *Bolivia* | 6.194 | 7.361 | 18.256 | 47.774 | 89.155 | 92.300 | 118.141 | 143.569 | 233.464 | 345.272 |
| *Brasil* | 5.919 | 24.725 | 36.629 | 47.039 | 48.737 | 45.100 | 42.757 | 33.476 | 34.712 | 41.330 |
| *Chile* | 10.883 | 20.594 | 34.568 | 51.563 | 118.165 | 133.150 | 215.623 | 244.410 | 212.429 | 191.147 |
| *Paraguay* | 3.288 | 14.562 | 28.592 | 93.248 | 155.269 | 212.200 | 262.799 | 250.450 | 325.046 | 550.713 |
| *Perú* | -- | 551 | 1.247 | 2.760 | -- | -- | 8.561 | 15.939 | 88.260 | 157.514 |
| *Uruguay* | 15.076 | 48.650 | 88.656 | 73.640 | 55.934 | 51.100 | 114.108 | 133.453 | 117.564 | 116.592 |
| *Total* | 41.360 | 116.443 | 207.948 | 316.024 | 467.260 | 533.850 | 761.989 | 821.297 | 1.011.475 | 1.402.568 |
| *De ultramar* | | | | | | | | | | |
| *España* | 34.068 | 198.685 | 841.149 | 749.392 | 715.685 | 514.500 | 373.984 | 224.500 | 134.417 | 94.030 |
| *Italia* | 71.403 | 492.636 | 942.209 | 786.207 | 878.298 | 637.050 | 488.271 | 328.113 | 216.718 | 147.499 |
| *Resto* | 63.499 | 199.074 | 399.865 | 584.300 | 543.204 | 524.000 | 278.915 | 241.563 | 169.330 | 50.870 |
| *Total* | 210.330 | 1.006.838 | 2.391.171 | 2.435.923 | 2.604.486 | 2.209.400 | 1.903.159 | 1.615.473 | 1.531.940 | 1.694.967 |

Cuadro nº 1. Migrantes en la Argentina, según CNP (en números absolutos). Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población.

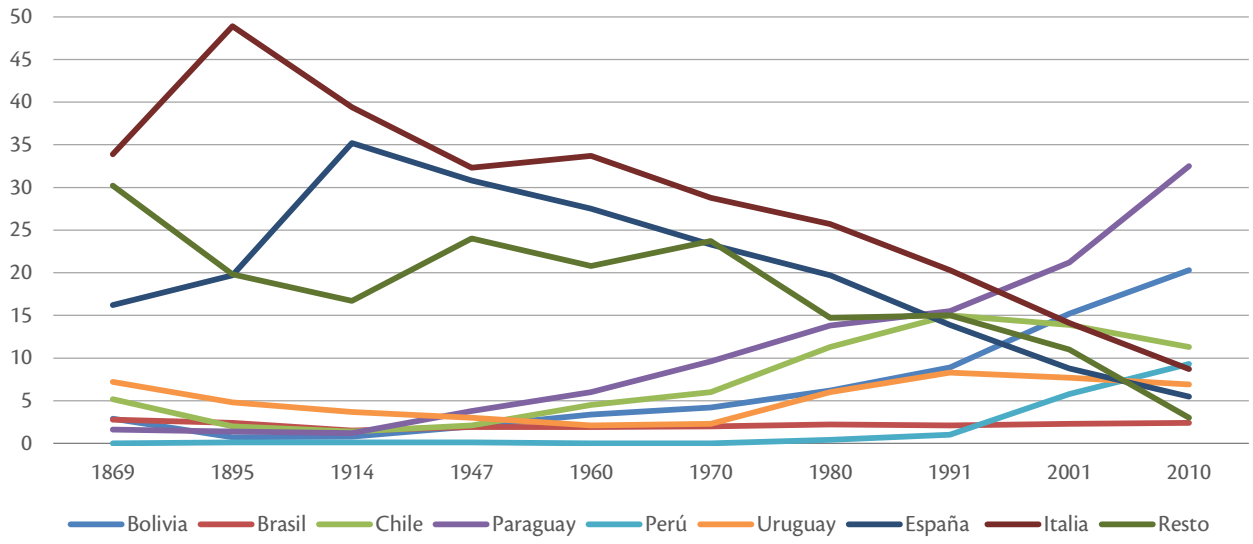
Sus valores absolutos aumentan de un censo a otro, aun cuando su peso relativo oscile debido a la mayor o menor presencia de los migrantes de ultramar. Así, los porcentuales más bajos se registran para el período 1895 y 1914, que coinciden con el pico de la inmigración europea.

| *Migrantes* | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* | *1960* | *1970* | *1980* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *Latinoamericanos* | | | | | | | | | | |
| *Bolivia* | 2.9 | 0.7 | 0.8 | 2.0 | 3.4 | 4.2 | 6.2 | 8.9 | 15.2 | 20.3 |
| *Brasil* | 2.8 | 2.4 | 1.5 | 1.9 | 1.9 | 2.0 | 2.2 | 2.1 | 2.3 | 2.4 |
| *Chile* | 5.2 | 2.0 | 1.4 | 2.1 | 4.5 | 6.0 | 11.3 | 15.0 | 13.9 | 11.3 |
| *Paraguay* | 1.6 | 1.4 | 1.2 | 3.8 | 6.0 | 9.6 | 13.8 | 15.5 | 21.2 | 32.5 |
| *Perú* | -- | 0.1 | 0.1 | 0.1 | -- | -- | 0.4 | 1.0 | 5.8 | 9.3 |
| *Uruguay* | 7.2 | 4.8 | 3.7 | 3.0 | 2.1 | 2.3 | 6.0 | 8.3 | 7.7 | 6.9 |
| *Total* | 19.7 | 11.4 | 8.7 | 12.9 | 17.9 | 24.1 | 39.9 | 50.8 | 66.1 | 82.7 |
| *De ultramar* | | | | | | | | | | |
| *España* | 16.2 | 19.7 | 35.2 | 30.8 | 27.5 | 23.3 | 19.7 | 13.9 | 8.8 | 5.5 |
| *Italia* | 33.9 | 48.9 | 39.4 | 32.3 | 33.7 | 28.8 | 25.7 | 20.3 | 14.1 | 8.7 |
| *Resto* | 30.2 | 19.8 | 16.7 | 24.0 | 20.8 | 23.7 | 14.7 | 15.0 | 11.0 | 3.0 |
| *Total* | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 | 100.0 |

Cuadro nº 2. Migrantes en la Argentina, según CNP (en porcentajes). Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población.

Los inmigrantes latinoamericanos tuvieron y mantienen un patrón de ingreso y permanencia diferente al de los migrantes de ultramar, quienes vinieron y se asentaron en el país. En primer lugar, y como es obvio, la principal vía de ingreso fue por tierra, a través de pasos que no contaban con los controles aplicados en los puertos. En segundo lugar, y debido a las distancias mucho más cortas, hasta la década de 1950 la migración limítrofe y latinoamericana fue predominantemente estacional y rural, abocada al levantamiento de cosechas (o esquila en el caso de la Patagonia) en las provincias fronterizas.

Gráfico nº 1. Evolución de los inmigrantes en la Argentina en el período 1869-2010 (en %). Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población.



## La invisibilización de los migrantes latinoamericanos

Podemos apreciar que, en su mayor parte, los textos de historia económica y social clásicos sobre la Argentina no mencionan la participación de los migrantes limítrofes en los mercados de trabajo en el período comprendido entre el primer Censo Nacional de Población, realizado en 1869, y el de 1947, donde ya se registran, aunque, por otra parte, dan cuenta de la importancia de la corriente migratoria proveniente de Europa. Al respecto, véase Ortiz (1974) e inclusive Bialet-Massé (1968), quien tampoco los menciona como tales en sus detalladas monografías acerca el trabajo que realizan las clases obreras en el país a principios del siglo XX, incluyéndolos posiblemente en la categoría de aborígenes o indígenas, aunque sin llegar a reconocer su procedencia, según nacionalidad de origen; o más cercanamente Panettieri (1966), quien, al estudiar específicamente la condición de los trabajadores en la Argentina desde fines del siglo XIX hasta inicios del XX, tampoco hace una mención de ellos.

Causas

Esta ausencia puede deberse quizás a la baja proporción de éstos en el escenario de la Argentina de esa época (a pesar de lo cual, hacia 1869, representaban casi el 20% del total de inmigrantes en el país), frente a la importancia numérica de la inmigración italiana y española y a la radicación de los inmigrantes latinoamericanos lejos de Buenos Aires todavía, salvo el caso de los uruguayos, quienes, en su mayoría, estaban asentados en Buenos Aires, y por sus rasgos fisonómicos y su inserción en el mercado de trabajo, en actividades de alta calificación, podían pasar casi inadvertidos, como un argentino más.

Más cercanamente, alrededor de los sesentas, Gino Germani (1965) –para quien la "modernización" del tejido social, paralela al proceso migratorio, constituía uno de los interrogantes centrales–, en sus estudios sobre la transición de la "Argentina tradicional" a la "Argentina moderna", trabajó la hipótesis de que la inmigración desempeñaba un papel fundamental, ya que el inmigrante era visto como el agente modernizador de la estructura social previa. Esos estudios se concentraron asimismo en analizar las características estructurales de los recién llegados, su integración ocupacional, su movilidad social, sus pautas matrimoniales, los niveles de alfabetización y el acceso a la propiedad. La variable de análisis utilizada era esencialmente la nacionalidad y, por lo tanto, se abocó al estudio de aquellos grupos nacionales que predominaban por su número.

En la discusión de este planteo, realizó una breve mención de la inmigración limítrofe –un cuarto de página en un libro de 266 páginas–, haciendo referencia a que desde mediados de 1930 había empezado a cobrar importancia la inmigración desde países vecinos –en particular, desde Bolivia, Paraguay y Chile–, habiendo alcanzado mayor intensidad a partir de 1940.

Germani consideraba que dicho movimiento inmigratorio tenía un significado que lo aproximaba mucho más a las grandes migraciones internas que ocurren en la Argentina en el mismo período, como parte del proceso de urbanización masiva más reciente, avizorando inclusive que los problemas que presenta su asimilación a la sociedad de residencia están muy próximos a los de adaptación a la vida urbana de los inmigrantes internos de origen rural o semirrural.

Agrega, por último, y acertadamente, que esta inmigración se llevaba a cabo mayormente en forma clandestina, sin que quedara registro en la estadística de inmigración, por lo cual su magnitud sólo era factible de ser inferida a través de las cifras censales.

Es importante reconocer que también existió una migración europea con características muy similares a ésta, aunque por un corto período, y que prestó un aporte similar y tan importante como la de los limítrofes y latinoamericanos, constituida por los inmigrantes golondrinas europeos.

Trabajadores golondrinas

En palabras de Scobie (1959), "…una clase totalmente migratoria que aumentó en forma notable después de 1890 fue la llamada de *los golondrinas*. Se trataba de trabajadores europeos, principalmente españoles e italianos, que hacían el largo cruce del Atlántico en octubre o noviembre de cada año para obtener elevados jornales como trabajadores en las cosechas. En dos semanas cubrían el

costo del viaje de ida y vuelta en los atestados y sucios barcos. Todo lo demás que ganaban en los tres o cuatro meses de trabajo en la cosecha de trigo y maíz se lo llevaban consigo a Europa, al regreso". Para este tipo de migrantes, la Argentina ha sido históricamente un mercado de trabajo de acceso fácil y rápido, donde, soportando condiciones laborales y de vida que lindan con la precariedad, es posible acumular suficiente capital como para retornar al lugar de origen y ascender socialmente.

Desde esta perspectiva, la lógica de la migración laboral de los europeos en ese breve lapso no es diferente de la primera etapa de los inmigrantes limítrofes, ya que está fuertemente marcada por la pendularidad. En términos generales, puede afirmarse que gran parte de los inmigrantes limítrofes y latinoamericanos regresaba a su país de origen en un plazo relativamente breve.



Figura nº 1. Trabajadores cañeros en un descanso, autor sin identificar, Tucumán, *ca.* 1890. Fuente: Archivo General de la Nación.

## MIGRACIÓN Y TRABAJO

Sintetizando algunos aspectos globales acerca de la migración, a partir de los datos censales, podríamos decir que, dentro del contexto general de la migración en la Argentina, el país ocupó el segundo lugar, a escala mundial, en la recepción de inmigrantes europeos y el primero en relación con la población latinoamericana.

La repercusión de ello sobre la estructura demográfica es claramente perceptible si se señala que, entre el primer Censo Nacional de 1869 y el tercero de 1914, la población pasó de 1.830.214 a 7.885.237 habitantes. De ella, el porcentaje de extranjeros era el 11% en 1869, para ascender al 35% en 1914.

Período 1880-1930

El gobierno aspiraba a poblar el territorio argentino básicamente con inmigrantes europeos. Italianos, españoles, franceses conformaron los contingentes mayoritarios, que ingresaron a la Argentina entre 1880 y 1930. Si bien durante ese período la inmigración limítrofe no aparecía en el discurso, ya comenzaba a evidenciarse desde el censo de 1869 con un porcentaje cercano al 3% respecto del total de la población, tendencia que se mantendría hasta nuestros días. En contraposición con los altibajos observados respecto de la inmigración transatlántica, el ritmo sostenido de la migración limítrofe se convierte en una de sus características específicas.

Sin embargo, donde surgen diferencias en la larga duración es en la comparación de los inmigrantes limítrofes y latinoamericanos con el grupo de europeos; en ese caso, se observa que para 1869 representaban casi el 20% de la totalidad

de los extranjeros y que, a partir de allí, comenzaría una curva descendente, hasta llegar al punto más bajo en 1914, con un 8,6%. La ausencia de datos impide establecer con precisión la situación entre 1914 y 1947, pero puede inferirse que el flujo ha continuado levemente en ascenso hasta llegar a representar en 1947 el 12,9%. En realidad, el punto de inflexión, en relación con la población europea, se produjo en 1970, cuando llegaron a representar el 24,1%, agudizándose la tendencia a lo largo de los últimos treinta años.

Década de 1930

Ahora bien, es cierto que el flujo de inmigrantes limítrofes y latinoamericanos aumentó a partir de la década de 1930, pero ese incremento no fue suficiente como para alcanzar los niveles que presentaba con anterioridad. Esto mostraría una cierta circularidad histórica y una mayor complejidad dentro del movimiento, que se aprecia mejor si el análisis es transferido a la comparación dentro de cada grupo migratorio. Está claro que la migración proveniente de países vecinos no presenta características uniformes y que es posible identificar en su interior la diversidad propia de cada grupo.

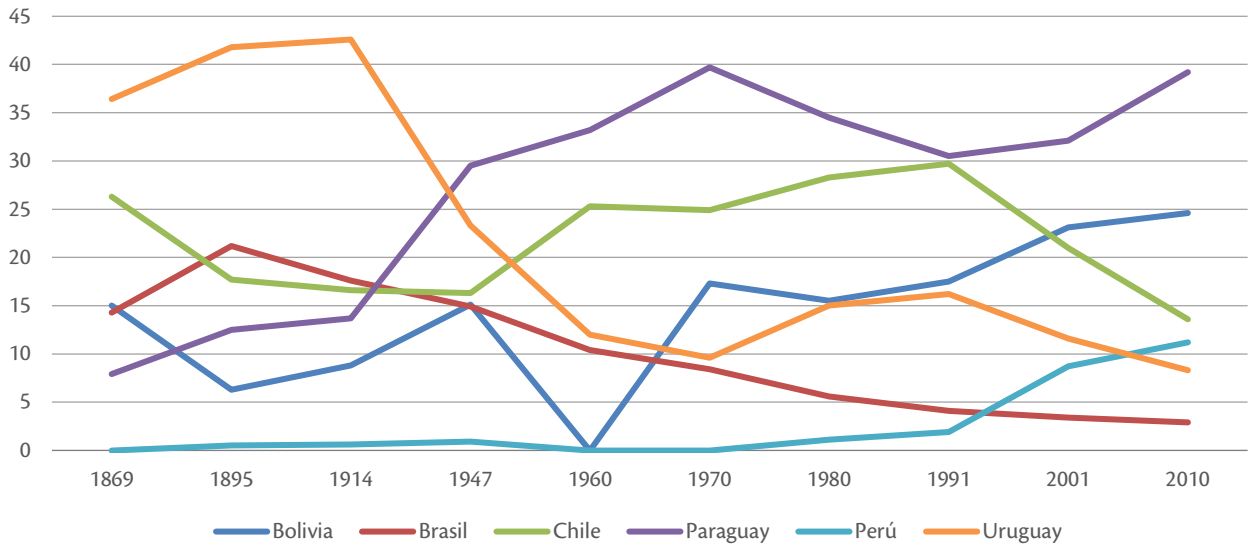
Cuadros nº 3 y 4. Migrantes latinoamericanos en la Argentina, según CNP (en números absolutos y en porcentajes). Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población.

| *Latinoamericanos* | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* | *1960* | *1970* | *1980* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *Bolivia* | 6.194 | 7.361 | 18.256 | 47.774 | 89.155 | 92.300 | 118.141 | 143.569 | 233.464 | 345.272 |
| *Brasil* | 5.919 | 24.725 | 36.629 | 47.039 | 48.737 | 45.100 | 42.757 | 33.476 | 34.712 | 41.330 |
| *Chile* | 10.883 | 20.594 | 34.568 | 51.563 | 118.165 | 133.150 | 215.623 | 244.410 | 212.429 | 191.147 |
| *Paraguay* | 3.288 | 14.562 | 28.592 | 93.248 | 155.269 | 212.200 | 262.799 | 250.450 | 325.046 | 550.713 |
| *Perú* | -- | 551 | 1.247 | 2.760 | -- | -- | 8.561 | 15.939 | 88.260 | 157.514 |
| *Uruguay* | 15.076 | 48.650 | 88.656 | 73.640 | 55.934 | 51.100 | 114.108 | 133.453 | 117.564 | 116.592 |
| *Total* | 41.360 | 116.443 | 207.948 | 316.024 | 467.260 | 533.850 | 761.989 | 821.297 | 1.011.475 | 1.402.568 |

| *Latinoamericanos* | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* | *1960* | *1970* | *1980* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *Bolivia* | 15,0 | 6,3 | 8,8 | 15,1 | 1,.1 | 17,3 | 15,5 | 17,5 | 23,1 | 24,6 |
| *Brasil* | 14,3 | 21,2 | 17,6 | 14,9 | 10,4 | 8,4 | 5,6 | 4,1 | 3,4 | 2,9 |
| *Chile* | 26,3 | 17,7 | 16,6 | 16,3 | 25,3 | 24,9 | 28,3 | 29,7 | 21,0 | 13,6 |
| *Paraguay* | 7,9 | 12,5 | 13,7 | 29,5 | 33,2 | 39,7 | 34,5 | 30,5 | 32,1 | 39,2 |
| *Perú* | -- | 0,5 | 0,6 | 0,9 | -- | -- | 1,1 | 1,9 | 8,7 | 11,2 |
| *Uruguay* | 36,4 | 41,8 | 42,6 | 23,3 | 12,0 | 9,6 | 15,0 | 16,2 | 11,6 | 8,3 |
| *Total* | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 | 100 |

Como puede verse en el gráfico nº 2, entre 1895 y 1914 el contingente de inmigrantes uruguayos, bolivianos y paraguayos se vio incrementado dentro del grupo latinoamericano, mientras que el de Chile y Brasil observó una leve baja; el flujo de este último ya no repuntaría durante todo el siglo XX. Por su parte, durante el período 1914-1947, se evidencia una notable disminución de la población de origen uruguayo y un despegue de la paraguaya, acompañada por la de Bolivia.

Gráfico nº 2. Inmigrantes latinoamericanos por país de nacimiento, Argentina, 1869-2010 (en %). Fuente: INDEC, Censos Nacionales de Población.



Período 1947-1960

En el período 1947 y 1960, se destaca el aumento de los procedentes de Chile y una notable caída de los uruguayos, mientras que Bolivia y Paraguay continuaron con su tendencia alcista. Durante los últimos treinta años, los inmigrantes chilenos evidenciaron un notable descenso, en tanto que la curva de los originarios de Paraguay y Bolivia marca un significativo aumento, así como se da un crecimiento importante de inmigrantes provenientes de Perú.

Si reducimos aún más la escala de análisis, podremos observar que las diferencias son mayores. Para ello, utilizaremos los datos censales por grupo nacional que trabajó Mariela Ceva (2006).

Inmigrantes bolivianos

En el caso de los *inmigrantes bolivianos*, durante 1895, el mayor porcentaje estaba concentrado en la provincia de Jujuy, ascendiendo al 55%; como segundo destino se encontraba la provincia de Salta, con un 40%, y en tercer lugar, la ciudad de Buenos Aires. Dentro de la provincia de Jujuy, existieron jurisdicciones que se habían destacado por su elevada concentración: Ledesma, Jujuy (capital) y San Pedro. Por su parte, la ciudad de Salta fue el distrito más poblado y, en segunda posición, la localidad de Orán. La situación se verá claramente modificada hacia 1914: Jujuy observaba un 73% de población de origen boliviano (un 35% en zonas urbanas y un 65% en zonas rurales), mientras que Salta vio reducida su presencia en un 17% respecto del año 1895, con un 34% de población urbana de origen boliviano y un 66% rural.

Asimismo, en 1914, Jujuy presentaba un 69% de población masculina, Salta, un 63%, y Buenos Aires, un 57%; porcentajes similares a los que ofrecía el censo de 1895, en el cual Jujuy acusaba un 69%, Salta, un 60% y Buenos Aires, un 60%. En 1960, el asentamiento se intensificó en las provincias limítrofes y se observa claramente la emergencia de nuevas zonas receptoras de esta migración.

Inmigrantes paraguayos

En el caso de los *originarios de Paraguay*, la distribución, según el censo de 1895, se presentaba concentrada, no sólo en una provincia, sino en varias, conformando un bloque bastante compacto entre Corrientes y Misiones, que aglutinaban un 61%. Como segundo destino, se encontraba la provincia de Formosa, con un 14%; pero si a la ciudad de Buenos Aires se la analizara conjuntamente con la provincia homónima, ambas lograrían superarla en un 5%. En la provincia de Misiones, Posadas se destacaba por su elevada concentración. Además, en esta zona, el porcentaje de mujeres era más elevado que el de hombres. En el caso de la provincia de Corrientes, su capital era la que aglutinaba el mayor número, siendo también el componente femenino el más alto. En tanto, en el caso de la ciudad de Buenos Aires, se observa una situación de equilibrio entre varones y mujeres paraguayos. Hacia 1914, se produjeron varios reacomodamientos, ya que Corrientes y Misiones vieron disminuir su porcentual a un 40% y fue Formosa la que ocuparía el primer lugar con un 30%. Por un lado, la población de origen paraguayo en Formosa concentraba un 77% en áreas rurales y sólo un 23% en urbanas. La ciudad de Buenos Aires menguó su porcentaje. Asimismo, Misiones presentaba un 57% de población paraguaya masculina y Buenos Aires, un 48%. En tanto, para 1960, se observa una penetración en el territorio argentino en diferentes direcciones, existiendo una irradiación del fenómeno.

Inmigrantes brasileños

En el caso de los *inmigrantes brasileños*, durante 1895, el mayor porcentaje está concentrado en la provincia de Misiones, ascendiendo a un 51%; como segundo destino se encuentra la provincia de Corrientes, con un 40%, y en tercer lugar, la ciudad de Buenos Aires, con un escaso 6%. Dentro de la provincia de Misiones, Concepción y San Javier se destacan por su concentración. Por su parte, en Corrientes, La Cruz es claramente el distrito más poblado por los brasileños que migran a la Argentina. La situación se modifica con el censo de 1914, cuando la distribución geográfica encuentra un mayor equilibrio entre las provincias de Misiones, Corrientes, Buenos Aires y la ciudad de Buenos Aires. En Misiones se observa una concentración mayor en áreas rurales, que llega a un 85% del total de la población de origen brasileño que vive en esa provincia; en Corrientes, un 43% reside en áreas rurales, y en Buenos Aires, un 35%. Asimismo, en 1914, en

Misiones la población masculina representa el 54%, en Corrientes, el 52%, y en la ciudad de Buenos Aires, el 49%; porcentajes similares a los que recogió el censo de 1895: Misiones observaba un 60%, Corrientes un 56% y ciudad de Buenos Aires un 52%. Por su parte, en 1960, se refleja el retroceso del volumen de brasileños en el país y paralelamente la permanencia en las antiguas zonas de asentamiento, aunque con menor intensidad, excepto en la provincia de San Juan, y se percibe la aparición de la provincia de Río Negro como nueva receptora de este grupo.

Inmigrantes uruguayos

Para finalizar, el *grupo uruguayo* –el más numeroso durante todo este período– se destaca fundamentalmente en la ciudad y en la provincia de Buenos Aires. Así, en 1895 el porcentaje de población masculina ascendía en la ciudad a un 50%; en la provincia de Buenos Aires, a un 60%; en Misiones, a un 70%, y en Corrientes, a un 56%. En cuanto al censo de 1914, la población de hombres uruguayos de la ciudad de Buenos Aires era de un 46%; en la provincia de Buenos Aires, en la de Corrientes y en la de Misiones ascendía a un 56% (Segundo Censo Nacional 1895 y Tercer Censo Nacional 1914). Para esta fecha, se suman las provincias de Córdoba y de La Pampa como receptoras. En tanto, para 1960, existen unas pocas variaciones: San Luis, Santiago del Estero y La Pampa ven reducida la presencia de uruguayos.



Figura nº 2. Trabajadoras rurales en un viñedo, autor sin identificar, Mendoza, *ca.* 1890. Fuente: Archivo General de la Nación.

Inmigrantes chilenos

Los *inmigrantes chilenos* habían ascendido en la ciudad de Buenos Aires de 654, en 1895, a 1.427, en 1914. En ese año, de todos los grupos limítrofes es el único que se ubica, predominantemente, en la provincia de Buenos Aires y no en la ciudad homónima –dejando fuera de la comparación a las provincias del centro-sur argentino, que históricamente fueron las receptoras de esa inmigración–. También es importante destacar que el porcentaje de hombres chilenos en la inmigración de la provincia de Buenos Aires se eleva a un 85%, mientras que en la ciudad la relación está equilibrada entre ambos sexos. En 1914, se producirían algunas modificacio-

nes, como por ejemplo que en la ciudad de Buenos Aires el porcentaje de hombres se reduciría a un 42% y en la provincia de Buenos Aires, a un 70%. Asimismo, en la provincia de Neuquén el porcentaje de hombres de origen chileno roza el 90%.

Inmigración limítrofe

Como todo parece indicar, la inmigración limítrofe se concentró durante el período 1895-1914 básicamente en las áreas de frontera, aunque –como se ha señalado– dentro de éstas existían variaciones. En principio, tal migración hacia la Argentina constituyó una respuesta frente a la escasez de mano de obra en el sector primario de las economías fronterizas (Benencia y Karasik, 1995). Es decir que ha estado asociada con la provisión de mano de obra para el trabajo agrícola: los paraguayos en las cosechas de yerba mate y algodón en Formosa, Chaco, Corrientes y Misiones; los de origen boliviano, en la producción de tabaco en Salta y Jujuy, en la de caña de azúcar en Tucumán, en la horticultura en Mendoza y provincia de Buenos Aires; los chilenos, en la Patagonia relacionados con las tareas de esquila, en el Valle del Río Negro con la recolección de la pera *y* manzana, y con la explotación de petróleo y la construcción en la Patagonia austral. La excepción la constituyeron los uruguayos, quienes se concentraron en la ciudad y Gran Buenos Aires en tareas relacionadas con los servicios (Benencia, 1997). Estas condiciones de recepción se relacionaban con las causas de expulsión en los países de origen: parcelación de la tierra, fuerte presión demográfica y agudas crisis consecutivas (Cortés, 1995).

De tal manera, los trabajadores provenientes de los países aledaños fueron estableciéndose en las zonas vecinas a sus países de origen, para luego avanzar, aunque no en sentido unívoco, hacia el interior del país, hasta arribar a Buenos Aires. Estos diversos movimientos se convirtieron en un aprendizaje para la emigración de larga duración y distancia; es decir que la migración transfronteriza, debido a su proximidad, podía ser considerada como un proceso de movilidad interna. Procesos similares son observados para otros países con elevada población limítrofe (cfr. Devoto, 2002). En este sentido, también sería muy útil, para clarificar esta cuestión, analizar las cifras de reemigración de la población limítrofe establecida en la Argentina hacia otros países; algunas inferencias surgidas a partir de entrevistas realizadas a inmigrantes peruanos permitirían avalar hipótesis de esta naturaleza. Según éstos, su migración hacia la Argentina se convertía en una primera escala de su movilidad hacia Estados Unidos (según entrevista realizada por Mariela Ceva, 2000).

Si durante esta etapa (1895-1914) es difícil percibir las diferencias entre ambos lados de la frontera, la etapa posterior (1914-1947) presenta otra dificultad que se relaciona con la escasez de fuentes disponibles que permitan dar cuenta de los procesos que allí se desarrollaban.

A partir de 1947 se aprecia con mayor claridad el despegue de la migración limítrofe, respecto de la europea, que logrará consolidarse a lo largo de los últimos años. Así, por ejemplo, si consideramos los datos del censo de 1947, en el cual los inmigrantes limítrofes fueron unificados como provenientes de América del Sur, la ciudad de Buenos Aires nuclearía el 17,5% de los migrantes, la provincia de Buenos Aires, al 13%, y de las provincias fronterizas Misiones sería la que concentraba el porcentaje más elevado (Cuarto Censo Nacional, Resumen estadístico, 1947). En el año 1946, ingresaron al país 3.247 personas procedentes de Bolivia, 944 de Brasil, 14.602 de Chile y 2.171 de Paraguay; en 1947 entraron 3.236, 676, 14.014 y 1.304, respectivamente (INDEC, 1948). En 1960, teniendo en cuenta el lugar de nacimiento, los argentinos representaban en Buenos Aires el 83,4% y los nacidos en otras naciones americanas el 1,5%, mientras que los europeos alcanzaban el 14,5% (Quinto Censo Nacional, 1960). Asimismo, si consideramos la representación de cada grupo nacional dentro del conjunto perteneciente a originarios de América, los de origen boliviano serían el 9,4% en la ciudad de Buenos Aires y el 97% en Jujuy, y los provenientes de Paraguay ascenderían a un 24% en la ciudad de Buenos Aires.

Economías regionales

Numerosos estudios han señalado que la migración limítrofe comienza a adquirir importancia cuando las economías regionales empiezan a expandirse. Asi-

mismo, se ha insistido en que justamente en el momento en que esas mismas economías entran en crisis es cuando se produce otro movimiento, hacia Buenos Aires. Así, la caída de los precios de los productos regionales y la incorporación de la mecanización a fines de la década de 1960 habrían contribuido a que la migración cambiara de rumbo (Benencia y Karasik, 1995).

Sin embargo, está claro que el desplazamiento no obedecía sólo a lógicas económicas y que el corrimiento en el espacio hacia Buenos Aires tampoco se desenvolvía en forma lineal. Es decir que, en el período previo a 1960, los movimientos no significarían necesariamente sólo avances hacia Buenos Aires, sino que serían avances, retrocesos y seguramente reemigraciones en el espacio hacia el interior y el exterior del país. Esto, obviamente, no impidió que, para 1970, por ejemplo, la tercera parte de los bolivianos en la Argentina se concentrara en el área metropolitana de Buenos Aires. El Censo Nacional de Población de 1980 mostraba, por primera vez, que los asentados en esta área superaban en cantidad a los del Noroeste (Balán, 1990).




Figura nº 3. Dibujos de gauchos chilenos y argentinos en los años 1835 y 1900. Del libro manuscrito titulado *Argentina y Chile al comenzar el siglo xx*, de Gabriel Carrasco. Buenos Aires, 1901-1902. Fuente: Archivo General de la Nación.

El Censo Nacional de Población del 2001 ya mostraba esta posición de los inmigrantes limítrofes fuertemente consolidada en determinadas áreas de la Argentina: los uruguayos (77,0%), los paraguayos (73,3%), los peruanos (70,9%) y los bolivianos (51,6%) en el Área Metropolitana de Buenos Aires, en tanto que los chilenos (55,5%) en la Patagonia, y los brasileños (47,5%) en el NEA.

Por múltiples razones (cambios en los mercados mundiales, erráticas e interrumpidas políticas de reconversión industrial en la Argentina, procesos inflacionarios, menor calificación educacional, etc.), desde el punto de vista del ascenso y la legitimación social, la trayectoria de los migrantes limítrofes que se quedaron fue muy diferente a la de los migrantes de ultramar. Podría decirse que, además de las razones macroestructurales "objetivas", hay una serie de razones culturales y "subjetivas" que pueden verse en el tratamiento que la legislación daba por entonces a los migrantes limítrofes.

## ¿Qué muestran los datos del Censo Nacional de Población 2010?

El Censo Nacional de Población realizado en la Argentina en 2010 da cuenta de la existencia una población extranjera de 1.805.957 personas, conformada por las poblaciones de los distintos continentes, pero en el que son mayoritarias las que corresponden a América y a Europa (Benencia, 2012).

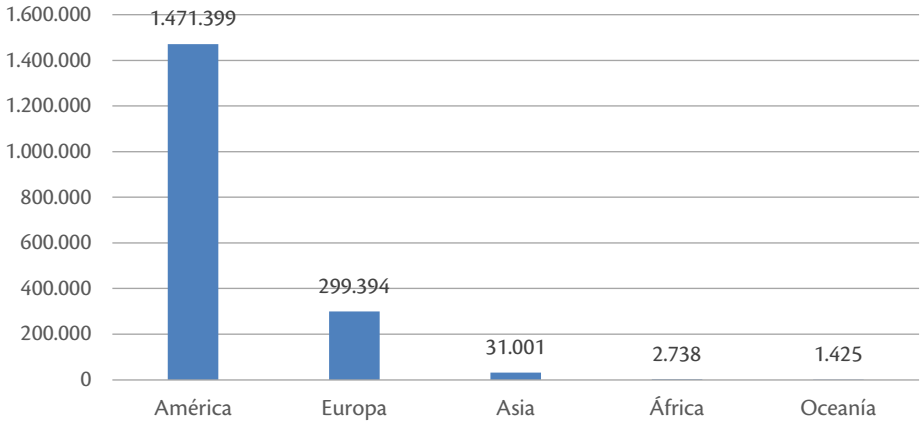



Gráfico nº 3. Población nacida en el extranjero residente en la Argentina (en números absolutos), 2010. Fuente: INDEC, Censo Nacional de Población, Familia y Viviendas 2010.

### Población migrante

El total de la población nacida en el extranjero por lugar de nacimiento representa apenas el 4,5% respecto del total de la población censada. De este total, se observa que la población proveniente de otros países de América representa el 81.2% del total, seguida por la nacida en Europa (16.5%), la nacida en Asia (1.7%), la nacida en África (0.2%) y la nacida en Oceanía (0.1%).

### Lugares de residencia

La mayoría de la población migrante está asentada en dos jurisdicciones de la Argentina: en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA) (21.1%) y en la provincia de Buenos Aires (52.2%). Tal como se puede observar en los gráficos siguientes.

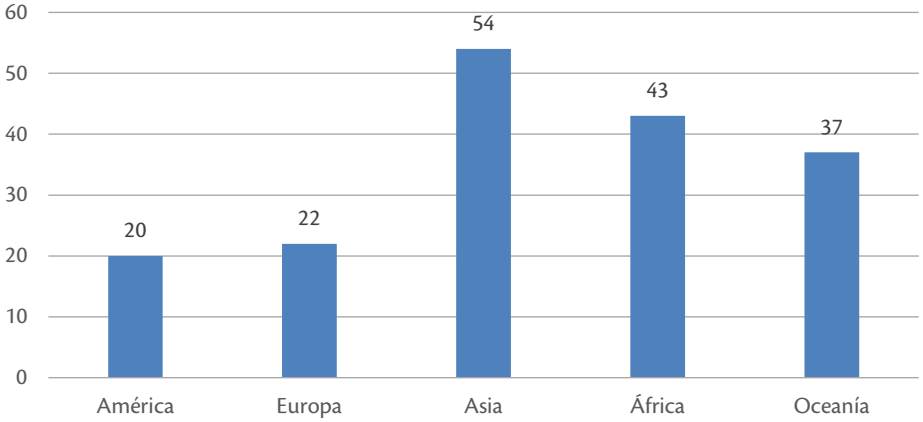



Gráfico nº 4. Población nacida en el extranjero residente en la Ciudad de Buenos Aires (en porcentajes de la población total de cada nacionalidad), 2010. Fuente: INDEC, Censo Nacional de Población, Familia y Viviendas 2010.

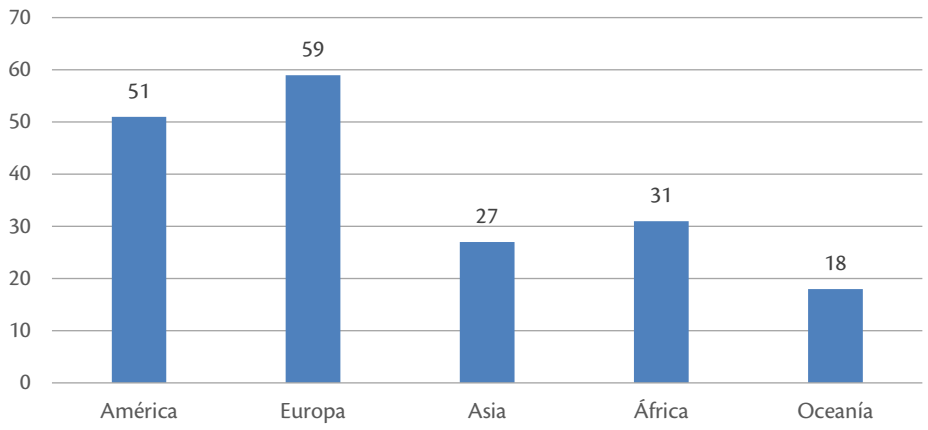



Gráfico nº 5. Población nacida en el extranjero residente en la provincia de Buenos Aires (en porcentajes de la población total de cada nacionalidad), 2010. Fuente: INDEC, Censo Nacional de Población, Familia y Viviendas 2010.

## IMPORTANCIA ACTUAL DE LA POBLACIÓN PROVENIENTE DE PAÍSES LATINOAMERICANOS EN ARGENTINA

Del total de la población inmigrante de origen latinoamericano (1.471.399), el 84,6% corresponde a la de los países que, desde el punto de vista geográfico, limitan con la Argentina. Esta población inmigrante está constituida por un 37.4% de paraguayos, un 23,5% de bolivianos, un 13,0% de chilenos, un 7,9% de uruguayos y un 2,8% de brasileños, en tanto que los peruanos representan el 10,6% del total de inmigrantes latinoamericanos.

Este orden se ha consolidado durante la década del 2000 y permite dar cuenta, por un lado, de la emergencia fuerte de la población peruana en dicho lapso, así como de la continuidad del predominio de paraguayos y bolivianos. No obstante, el crecimiento de estos últimos pudo haber sido mayor, en la medida que la crisis política y económica del 2001-2002 en la Argentina, y la salida de la paridad peso - dólar, llevó a que una cantidad importante de inmigrantes bolivianos migraran hacia España, ya sea desde Bolivia o desde la Argentina, hacia donde habían migrado anteriormente.

Por otra parte, puede apreciarse un nuevo retroceso de la población de origen chileno, provocado, además de no migrar hacia la Argentina, por una migración de retorno por parte de nacionales de ese país como consecuencia del logro de estabilidad política, acompañada de crecimiento económico. Tanto fue así que los últimos datos indican que, dentro de América, Chile se ha transformado en país de inmigración.

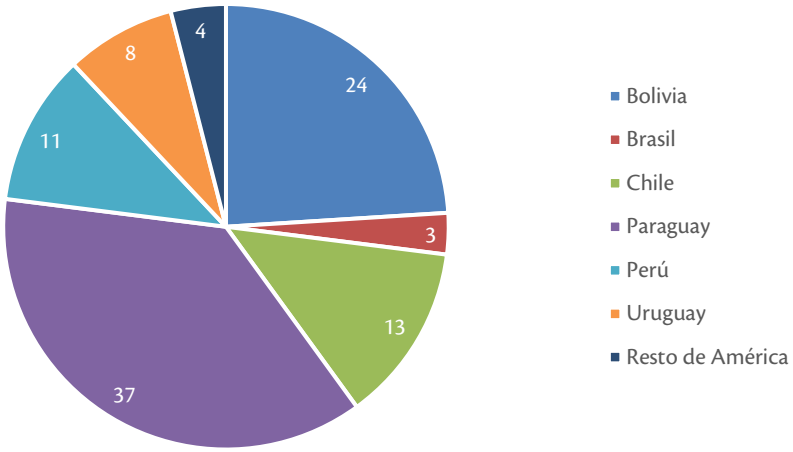



Gráfico nº 6. Población nacida en el extranjero proveniente de países latinoamericanos (en porcentajes de la población total de cada nacionalidad), 2010. Fuente: INDEC, Censo Nacional de Población, Familia y Viviendas 2010.

Entre los migrantes de origen latinoamericano no limítrofes, es importante la proporción de peruanos en la Argentina, representando por el 0.4% de esa población. Por su parte, la población de origen europeo, que otrora influyó fuertemente en la conformación de la Argentina, apenas representa en la actualidad el 0.5%

respecto del total de la población del país, básicamente una población envejecida, cuyos últimos contingentes de cierta masividad se registraron después de la Segunda Guerra Mundial.

## La inmigración entre los censos nacionales de población de 2001 y 2010

Puede apreciarse que 3 de cada 10 extranjeros llegaron al país entre el 2002 y el 2010, contribuyendo al crecimiento sostenido más prolongado en la historia de la migración en la Argentina.

Los países que aportaron mayor cantidad de extranjeros a la Argentina en esta etapa de su historia son: Paraguay (550.713 personas), Bolivia (345.272 personas), Chile (191.147 personas) y Perú (157.514 personas).

Al respecto, como una posible explicación del fenómeno, cabe mencionar que las políticas migratorias inclusivas que se dieron desde el año 2003 en adelante, en especial la Ley 25.871 –que entró en vigencia en el año 2004– y el Programa Nacional de Normalización Documentaria Migratoria Patria Grande, del año 2005, tuvieron mucho que ver con este proceso que mencionamos.

## Características del asentamiento en el territorio y desempeño de actividades de la población inmigrante

El cuadro nº 5 muestra la distribución de la población limítrofe y del Perú en el territorio argentino a partir de los datos del último censo de población, lo que permite relacionarla con su inserción en el mercado laboral en la actualidad.

De acuerdo con la información censal expuesta en dicho cuadro, puede apreciarse que la población migrante de países americanos limítrofes y del Perú, preponderante en la Argentina, puede ser ubicada, desde el punto de vista de su distribución en el territorio, en dos grupos que denominaremos, en términos generales: concentrados y dispersos.

### Concentrados

Entre los *concentrados*, de acuerdo con su comportamiento migratorio en lo que respecta a su ubicación en el país de destino, se puede mencionar a los uruguayos, a los paraguayos y a los peruanos, es decir que estas poblaciones se encuentran asentadas, preferentemente, en un reducido grupo de provincias, a saber:

1. En lo que respecta a la población migrante de origen paraguayo, se puede apreciar que el 75.4% de ella se concentra en el Área Metropolitana (compuesta por CABA y los 24 partidos de la provincia de Buenos Aires que la rodean), un 12% en la región Pampeana, en tanto que aún se aprecian concentraciones de esta población en las provincias de Misiones (4.9%) y de Formosa (3.7%), que limitan con Paraguay, con lo se alcanza el 96% del total de inmigrantes de dicho origen en el país en sólo tres áreas geográficas.
2. La población de origen uruguayo está aún más concentrada, ya que entre el AMBA y la región Pampeana se asienta el 94.9% del total de los migrantes de esa nacionalidad.
3. En el caso de la población migrante de origen peruano, la más reciente en el tiempo, observamos que el 71.9% de ella se concentra en el AMBA, a la vez que se aprecian otras concentraciones de importancia, sobre todo en áreas urbanas de las provincias de mayor desarrollo económico en el país, como Córdoba (7.9%) y Santa Fe (2.5%), que forman parte de la región Pampeana, y Mendoza (3.4%), que corresponde a la región Cuyo –uno de los lugares por los que ingresan los peruanos en la Argentina– con lo que se alcanza el 96.3% del total de migrantes de ese origen en la Argentina en sólo tres regiones geográficas.

### Dispersos

A su vez, entre los inmigrantes que hemos denominado *dispersos* por su forma de asentamiento en el territorio argentino, ubicamos a los bolivianos, los chilenos y los brasileños.

1. En el caso de los bolivianos, si bien se aprecia que el 68.2% de ellos se concentran entre el AMBA (55.2%) y la región Pampeana (13.0%), también observamos que se mantienen en el NOA, en área tradicional lindante con su país, donde otrora estuvo asentada la mayoría de ellos en la Argentina, compuesta por las provincias de Jujuy y Salta, aunque en la actualidad sólo se registra el 14.4% de los migrantes de dicho origen. Luego se puede apreciar que también se distribuyen en las provincias de la zona cuyana (como Mendoza: 7.9%) y que

se han desplazado hacia las de la Patagonia (Chubut, Río Negro, Neuquén, Santa Cruz; 5.4% en total), territorios donde se asienta el 13.3% de los migrantes de ese origen. Considerando los lugares de asentamiento mencionados se alcanza el 94.6% del total de la migración de ese origen en el país. En total, cinco regiones, que comprenden diez provincias y el AMBA.

| *Área y regiones* | *Paraguay* | *Bolivia* | *Chile* | *Perú* | *Uruguay* | *Brasil* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *Área metropolitana* | CABA: 14.6<br>24 partidos de Bs. As.: 60.8 | CABA: 22.2<br>24 partidos de Bs. As.: 33.0 | CABA: 5.2<br>24 partidos de Bs. As.: 12.4 | CABA: 38.4<br>24 partidos de Bs. As.: 33.5 | CABA: 26.4<br>24 partidos de Bs. As.: 47.8 | CABA: 25.0<br>24 partidos de Bs. As.: 16.4 |
| *Total* | 75.4 | 55.2 | 17.6 | 71.9 | 74.2 | 41.4 |
| *Región pampeana* | Resto Bs. As.: 10.5<br>Santa Fe: 1.5 | Resto Bs. As.: 9.7<br>Córdoba: 3.3 | Resto Bs. As.: 12.0<br>Córdoba: 1.6<br>Santa Fe: 1.0 | Resto Bs. As.: 10.5<br>Córdoba: 7.9<br>Santa Fe: 2.5 | Resto Bs. As.: 12.8<br>Entre Ríos: 4.0<br>Córdoba: 1.9<br>Santa Fe: 2.0 | Resto Bs. As.: 7.5<br>Córdoba: 3.3<br>Santa Fe: 3.0<br>Entre Ríos: 1.5 |
| *Total* | 12.0 | 13.0 | 14.6 | 20.9 | 20.7 | 15.3 |
| *NEA* | Misiones: 4.9<br>Formosa: 3.7 | | | | | Misiones: 31.4<br>Corrientes: 3.7 |
| *Total* | 8.6 | - | - | - | - | 35.1 |
| *NOA* | | Jujuy: 8.0<br>Salta: 6.5 | | | | |
| *Total* | - | 14.5 | - | - | - | - |
| *Cuyo* | | Mendoza: 7.9 | Mendoza: 9.2<br>San Juan: 1.1 | Mendoza: 3.4 | | Mendoza: 1.6 |
| *Total* | - | 7.9 | 10.3 | 3.4 | - | 1.6 |
| *Patagonia* | | Chubut: 1.9<br>Santa Cruz: 1.3<br>Río Negro: 1.2<br>Neuquén: 1.0 | Neuquén: 13.8<br>Chubut: 9.1<br>Santa Cruz: 8.9<br>Río Negro: 18.4<br>T. del Fuego: 3.8 | | | Río Negro: 1.0 |
| *Total* | - | 5.4 | 54.0 | - | - | 1.0 |
| *Resto* | 4.0 | 4.0 | 3.5 | 3.7 | 5.1 | 5.6 |

Cuadro nº 5. Distribución en el territorio de la población inmigrante americana limítrofe y del Perú, según patrones de asentamiento, 2010. Fuente: INDEC, CNPV 2010.

2. Respecto de la población migrante de origen chileno, si bien se encuentra en retroceso respecto de censos anteriores, puede decirse que también se encuentra distribuida en el territorio de la república. Primeramente, es la única que no alcanza siquiera la mitad del total de los inmigrantes entre la AMBA y la región Pampeana, sino apenas el 31.2%. Es en los territorios lindantes con su extensa frontera con la Argentina donde se encuentra ubicada la mayoría de ella: en las provincias cuyanas de Mendoza y San Juan (10.3%), y en las patagónicas de Neuquén, Chubut, Río Negro, Santa Cruz y Tierra del Fuego (54.0%). Entre estas diez provincias argentinas y el AMBA se alcanza el 96.5% del total de inmigrantes de este origen.

3. Por último, en lo que hace a los inmigrantes brasileños (quienes representan el número más pequeño de los inmigrantes limítrofes en la Argentina): el 41.4% de ellos se ubican en el AMBA, el 15.3% en la región Pampeana (con un mayor porcentaje en la provincia de Buenos Aires: 7.5%); otra alta proporción en las provincias limítrofes que componen la Mesopotamia argentina (Misiones y Corrientes), 35.1%, y luego el resto, en áreas urbanas de la región Pampeana (resto de Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos): 15.3%; aunque también en Cuyo (Mendoza) y Patagonia (Río Negro), en menor proporción; con lo que dicha población migrante, asentada en las nueve provincias mencionadas, llega a alcanzar el 94.4% de la población migrante de ese origen en la Argentina.

Los conceptos de concentración y distribución de las poblaciones migrantes que componen el corredor Latinoamérica - Argentina se relacionan, en su mayor parte, con el tipo de inserción laboral de los sujetos migrantes.

Por ejemplo, en el caso de los *concentrados* (que estarían representados por paraguayos, peruanos y uruguayos), se verifica que los *paraguayos* se incorporan, básicamente, a dos tipos de actividades: la construcción, los hombres, y el trabajo doméstico, las mujeres, que se desarrollan básicamente en el AMBA y la provincia de Buenos Aires, y actividades agrícolas que se llevan a cabo prioritariamente en las áreas rurales de las provincias limítrofes con su país.

Los *uruguayos*, por su parte, desarrollan en la Argentina actividades básicamente profesionales, docentes, comerciales, etcétera, de ahí que su principal asiento es en las áreas urbanas, en particular en el AMBA.




Figura nº 4. Celebración de la colectividad boliviana en Diagonal Norte, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2017. Fuente: Diario *La Tercera Posición*.

Por su parte, en el caso de los dispersos (bolivianos, brasileños y chilenos), respecto de los *bolivianos*, podemos apreciar que su inserción en trabajos de horticultura o floricultura y fabricación de ladrillos los lleva a asentarse en áreas rurales de las provincias hacia las que se dirigen; mientras que las actividades como talleristas textiles o vendedores en ferias de ropas y las actividades específicas de la construcción, en el caso de los hombres, y servicio doméstico o asistencia a personas mayores, las mujeres, los llevan a ubicarse preferentemente en áreas urbanas.

En el caso de los *brasileños*, por ejemplo, los inmigrantes dedicados a la pequeña producción agrícola o a la producción arrocera muy tecnificada se ubican preferentemente en las provincias que lindan con su país (Misiones, Corrientes), en tanto que los que se dedican a aquellas actividades relacionadas con industrias especializadas, comercio, etcétera, se insertan en ciudades capitales de provincias argentinas con mayor desarrollo económico.

Por su parte, los *chilenos*, desarrollan, por un lado, actividades agrícolas, sobre todo relacionadas con la fruticultura (cosecha y empaque), de ahí su asentamiento en las provincias lindantes con su país, y por otro, actividades profesionales y comerciales en áreas urbanas de la Argentina.

# DINÁMICA DE LA POBLACIÓN EN CONTEXTOS DE RURALIDAD

## Sobre las otras ruralidades

### INTRODUCCIÓN

Argentina, entendida como país periférico con una economía dependiente, poseedora de ventajas comparativas para la producción y la exportación de materias primas, se ha especializado en la explotación de sus bienes naturales vinculados con la minería, la silvicultura, la agricultura, la ganadería y la pesca. Para los países centrales, dominantes de la economía y las políticas globales, esta ha sido históricamente la forma más eficiente de uso y apropiación de los recursos nacionales de los países menos desarrollados (Kay, 2016). El espacio rural, caracterizado por su baja densidad poblacional, el desarrollo de actividades estrechamente ligadas a los bienes naturales presentes, el vínculo directo entablado con la tierra, las costumbres y las tradiciones, y las potencialidades ambientales en la búsqueda de desarrollo armónico y respetuoso, se constituye en testigo activo del proceso señalado.

Paisaje rural diverso

Los paisajes rurales argentinos muestran diversidad: ganado criado en sistemas pastoriles, semipastoriles, y estabulado en sistemas de *feed lot*; cultivos intensivos bajo cubierta y a campo abierto, ciclos sin descanso de soja – trigo - soja de primera o segunda implantación según el área, cuya la cosecha ya no tiene una temporalidad marcada, sino cierta continuidad. A esto se suman especialidades tales como cultivos de algodón, almendras, arándanos, arroz, bananas, cítricos, eucaliptos, flores, frutas de carozo, frutas de pepita, frutillas, kiwis, legumbres, mangos, nueces, olivos, pinos, tabaco, té, vides y yerba mate. Extracción de materiales en canteras, salares y zonas de montañas con infinidad de utilidades, desde minerales empleados en la construcción, la fabricación de baterías, teléfonos celulares, computadoras y televisores, hasta aquellos buscados para la elaboración de armamento bélico, joyería y ornamentación. Exploración, extracción y producción de gas natural y petróleo. Generación de energías renovables, mediante molinos de viento, paneles solares, pequeños y grandes aprovechamientos hidroeléctricos, purín porcino y biomasa. Turismo rural, *campings* y espacios de descanso. Áreas residenciales elegidas por población de origen urbano. Y producción apícola, hortícola y pesquera. En suma, actores muy diversos conviviendo, compitiendo, entrando en conflicto: campesinos, chacareros, medianos y pequeños productores, grandes empresas locales y transnacionales, residentes antiguos y nuevos.

Territorio rural argentino

Avancemos en la comprensión del territorio rural argentino. Argentina tiene una superficie total de 2.792.600 kilómetros cuadrados, cuenta con 36.146.226 hectáreas de cultivos (cereales, oleaginosas, cultivos industriales, legumbres, forrajeras, hortalizas, flores, aromáticas, frutales, bosques implantados, viveros) (INDEC, CNA, 2018). Las oleaginosas (39,9 %), los cereales (31,3 %) y las forrajeras (20,6%) son los cultivos que mayor superficie ocupan. Buenos Aires, Córdoba y Santa Fe concentran el 65,8% de la superficie destinada a las oleaginosas y el

72,6% asociada a los cereales. Por su parte, Mendoza, Tucumán y San Juan reúnen el 57,2% de la superficie implantada con frutales. Salta, Córdoba y Santiago del Estero reúnen en conjunto el 77,4% de la superficie cultivada con legumbres.

Producciones argentinas

Observemos cómo se posiciona Argentina en el concierto mundial de la producción. El país es el tercer productor mundial de soja y harina de soja, luego de Estados Unidos y Brasil (Statista.com). Además, es el cuarto productor mundial de maíz, limón, aceite de soja y biodiésel a partir de aceite de soja, semillas y aceite de girasol. Es el más importante productor de yerba mate a nivel mundial, también lidera su exportación con destino a Siria, Chile, Líbano y Estados Unidos, cuenta con la mayor superficie sembrada, seguida por Brasil y Paraguay, y es el mayor consumidor de este producto (Instituto Nacional de la Yerba Mate).

Actividad ganadera

En cuanto a la actividad ganadera, el Censo Nacional Agropecuario (CNA) 2018 señala que el país reúne 55.689.264 cabezas de ganado (71,9% bovinos, 15,4% ovinos, 4,6% caprinos, 6,4% porcinos y 1,6% equinos). Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba se destacan en la producción de ganado bovino reuniendo el 57,3% de su producción nacional. Respecto del ganado ovino, Chubut, Santa Cruz y Buenos Aires concentran los mayores porcentajes de cabezas, agrupando entre las tres provincias el 65% nacional. Sobre el ganado caprino, Tierra del Fuego (20,2%), Río Negro (17,9%) y Misiones (15,4%) reúnen las mayores proporciones del país. En cuanto a ganado porcino, Corrientes (23,2 %), Buenos Aires (22,7%) y Santiago del Estero (15,9%) representan los mayores valores relativos a nivel nacional. Por su parte, Catamarca (20,8%), Entre Ríos (12,1%) y Chubut (6,1%) destacan en la producción equina.

Población rural

Según el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC), la población identificada como rural en el año 2010 ascendía a 3.599.764 habitantes, de los cuales 1.307.701 se definieron como población rural agrupada y 2.292.063 como residentes en áreas rurales dispersas. El 30,4% representaba al grupo etario de 0 a 14 años, 60,77% era población potencialmente activa y 8,83% era población pasiva definitiva, es decir, de 65 años o más. El 52,84% eran varones y el 47,16%, mujeres.

Viviendas

El CNA 2018 expresa que, en el hábitat rural argentino, hay 331.029 viviendas, de las cuales el 76,2% se encuentran en parcelas habitadas y el 22% se presentan deshabitadas. Por su parte, 6,6% corresponde a viviendas habitadas en terrenos sin límites, mientras que el 0,8% de las viviendas en los mencionados terrenos están deshabitadas.

Diversas ruralidades

Esta caracterización puede extenderse por numerosas variables, muchas de las cuales se explorarán a continuación, pero la breve descripción antes apuntada da indicios sobre la realidad de la ruralidad argentina. Ésta está enmarcada por el neoliberalismo, el avance del agronegocio y de la agricultura científica o industrial. En este contexto, conviven diversas ruralidades u "otras ruralidades", plurales, ancestrales algunas, que en cierta forma aparecen invisibilizadas o naturalizadas. Por tanto, y mediante el análisis y la sistematización de fuentes secundarias, proponemos aportar al reconocimiento de esas otras realidades rurales argentinas.

Luego de esta introducción, el capítulo se estructura en cuatro apartados. En el primero se presenta el debate en torno a lo rural y el significado de la ruralidad. A continuación, se introducen las características contextuales y poblacionales. En el tercer apartado, se analizan aspectos de la dinámica y la estructura demográfica, haciendo énfasis en la composición por sexo y edad, así como en las relaciones de cuidado y las formas de allegamiento familiar. La cuarta sección trata sobre los procesos productivos que actualmente se desarrollan en los espacios rurales, así como los cambios que se observan en las últimas décadas. Por último, el capítulo finaliza con algunos comentarios sobre los temas propuestos.

## SOBRE EL ESPACIO RURAL Y LA RURALIDAD ARGENTINA

Ruralidad neoliberal

A inicios de la década de 1990, en el debate latinoamericano surgió el concepto de nueva ruralidad (Llambi Insua y Pérez, 2007; Dirven *et al.*, 2011; Llambi, 2012) que, en sentido crítico, se propone denominar 'ruralidad neoliberal' (Ra-

mírez Miranda, 2011). Se caracteriza por poner su atención en aspectos que habrían diferenciado la ruralidad de períodos previos, básicamente vinculados a la pluriactividad o la multifuncionalidad de los hogares rurales (Kay, 2016), a partir de las cuales se incorporan a las unidades de producción ingresos extraprediales o no directamente vinculados a la extracción primaria, tales como turismo rural y hotelería, producción de artesanías, comercios. Concretamente, se fundamenta en la creciente importancia del trabajo asalariado realizado fuera de las explotaciones agropecuarias (EAPs).



Figura nº 1. Vacunos protegiéndose del sol en el establecimiento SUMAC durante un verano caluroso, Claudia Mikkelsen, San Cayetano, 2022. Fuente: Archivo particular de C. Mikkelsen.

Para profundizar sobre estas ideas desdoblamos el término. No hay una concepción unívoca ni cerrada sobre la ruralidad, las acepciones varían, como expresa Gaudin (2019), según las disciplinas de abordaje, el arco tiempo considerado, los contextos analizados. Estas diferencias se deben a la complejidad de los procesos que los territorios rurales reúnen, así como también a su heterogeneidad. Es interesante considerar que "no existen identidades exclusivas sino compartidas: los espacios y sus habitantes no son exclusivamente urbanos o rurales sino que suelen tener características de ambos debido a sus múltiples interacciones" (Gaudin, 2019, p. 16). Esta idea nos coloca en el punto de partida de nuestro trabajo, en el que el ánimo está en develar la mutua complementariedad rural / urbano, procurando superar visiones que han sido estudiadas y analizadas previamente referidas a ambos ámbitos como opuestos, como antagónicos: moderno contra atrasado, natural contra artificial (Picciani, 2016; Mikkelsen, 2013; Furini Da Ponte, 2004; Sili, 2002; Wanderley, 2001).

Diversidad de lo rural

La propia diversidad de lo rural demostró la simplicidad del enfoque dualista. Y desde 1990 es posible referir a un giro en el modo de estudiar y comprender a la ruralidad, vinculada al pluriempleo, la protección ambiental, la interacción con la urbanidad, donde se deja de lado el debate agrarista para centrarse en la discusión ruralista. Se plantean, entonces, múltiples enfoques de tratamiento de la ruralidad (Gaudin, 2019): el de brechas, el poblacional, el funcional, el del continuo rural-urbano y el territorial. Desde esta visión, "la ruralidad se analiza como componente de un sistema complejo donde conviven e interactúan diferentes sectores productivos, tradiciones, culturas y hábitos sociales" (Gaudin, 2019, pp. 28-29). La noción de ruralidad, como argumenta Abramovay, "se convierte en una categoría territorial, cuyo atributo decisivo está en la organización de sus ecosistemas, en una densidad demográfica relativamente baja, en la sociabilidad de interconocimiento, y en su dependencia en relación a las ciudades" (Abramovay, 2006, p. 51).

Giarraca *et al.* (2001), en un texto temprano sobre nueva ruralidad, plantean que ésta se caracteriza por la coexistencia de:

> (...) empresas de alta complejidad tecnológica, empresas que forman parte de "grupos económicos" extra agrarios transnacionalizados, empresas del agroturismo, [conjuntamente] con mundos rurales heterogéneos con campesinos, productores medios y trabajadores rurales segmentados por los procesos de mecanización, grupos étnicos y nuevos desocupados (2001, p. 11).

En el presente, la ruralidad en Argentina puede entenderse como:

> (...) las formas de vinculación que tienen los hombres y los grupos sociales con los espacios rurales, a partir de las cuales construyen su sentido social, su identidad y sus actividades productivas (...) La ruralidad en tanto forma de relación espacio-sociedad y forma de apropiación simbólica, valorización y aprovechamiento del patrimonio, constituye la dimensión social de los territorios rurales (...) (Sili, 2005, p. 45).

Multifuncionalidad

Al tomar entidad la cuestión de lo rural diferenciado de lo agrario, desde 1990 (Urcola, 2011) la actividad agrícola se interpreta como una práctica más dentro de un conjunto diverso de usos del territorio rural. Por lo tanto, la nueva ruralidad amplía la visión de lo agrario a lo rural, enfatizando la multifuncionalidad de los espacios rurales debido a la creciente importancia de las actividades no agrarias y de la más fluida e intensa relación entre lo rural y lo urbano, lo local con lo global, remarcando cambios en los patrones culturales y vivenciales rurales (Kay, 2007). Y, en este sentido, en el territorio de esta nueva ruralidad conviven diferentes actores, con variedad de intereses, situación que puede desencadenar tensiones por los usos del suelo (González, 2015). En tal diversidad, Llambi (2012) propone identificar cuatro principales procesos de transformaciones presentes en las últimas décadas en los territorios rurales latinoamericanos. En primer lugar, los procesos vinculados al agronegocio; en segundo término, los asociados con la agricultura familiar; en tercera instancia, los de diversificación de las actividades productivas de las fuentes de ingresos, la pluriactividad, y, por último, los procesos donde hay predominio de población campesina o de origen étnico minoritario, generalmente identificados como grupos excluidos que están actuando territorialmente y ejemplifican resistencias.



Figura nº 2. Prácticas agroecológicas en el cinturón frutihortícola del Gran La Plata, Claudia Mikkelsen, La Plata, 2019. Fuente: Archivo particular de C. Mikkelsen.

Para ampliar un poco más, Pérez (2001, p. 22) explica "la nueva visión de lo rural no va de lo atrasado a lo moderno, de lo rural a lo urbano, de lo agrícola a lo industrial. Hay más bien un buen número de características que muestran la multidireccionalidad del proceso". Se deja de lado, al menos teóricamente, el planteo dico-

tómico sobre la ruralidad / urbanidad y se propone la posibilidad de continuidad o complementariedad. Desde el espacio urbano, se plantea la toma de decisiones que en forma remota acontece en el ámbito rural; así, el centro de comando está fuera del territorio rural. Aquí tenemos el ejemplo de las grandes empresas multinacionales que invierten sus excedentes en Argentina, generando condiciones que son imposibles de enfrentar por los productores locales, pequeños o medianos.

La explicación de dichos procesos es de carácter estructural y se asocia a cambios dados en las formas de funcionamiento del sistema global y el rol asignado a lo urbano y a lo rural. Teubal (2001) explicaba estos cambios de la mano del avance de las lógicas del mercado, la intensificación del dominio del capital sobre el agro, el avance de la agricultura industrial o científica, lo que finalmente se hace observable en el incremento de vínculos en el aprovisionamiento de alimentos, rol tradicional del espacio rural, y en la prestación de otros servicios y bienes vinculados con el uso y disfrute de los recursos naturales, lugares de descanso y recreación y todo el equipamiento asociado a la práctica del turismo, en un nexo de fuerte terciarización.

Esta nueva ruralidad ha recibido diversas críticas referidas, por un lado, a su alcance como teoría (Rubio, 2003) y, por otro, a su calificación como "nueva". Al respecto, Kay (2009) plantea qué tan nuevos son los fenómenos y procesos que estudia. Nos preguntamos hasta dónde serían procesos nuevos en Argentina; cuáles serían viejos. Sobre estas cuestiones avanzaremos en los próximos apartados.

## La población del espacio rural argentino: análisis contextual

De la complejidad de condiciones existentes en Argentina resulta una variedad de territorios rurales identificados, por ejemplo, a partir de las diversas formas en que las sociedades rurales organizan y han organizado el espacio.

Durante la segunda postguerra, el incremento de los niveles de consumo en Europa favoreció la expansión agrícola en Argentina. Sin embargo, en ese mismo período se inició con fuerza el despoblamiento rural. En 1914, Argentina ya tenía un 52% de población urbana, pero en el período de industrialización sustitutiva de importaciones la población rural se redujo de forma notoria, proceso que, con diferentes ritmos, se extiende hasta el presente.

Tal como expresa Reboratti (2007), el último censo que fotografió una Argentina con mayores proporciones de población rural fue el de 1895, cuando el 63% de la población era identificada como tal. Ya en 1914 la proporción se redujo a 47% y en adelante se desaceleró el crecimiento, especialmente de la mano de la emigración. Se dio cierta situación de estancamiento en 1970 y 1980, para luego agravarse y llegar a 2010 con 3 millones y medio de habitantes declarados rurales.

Como se observa en el cuadro n° 1, entre 1947 y 2010, el volumen de la población rural muestra un decrecimiento sustancial vinculado al constante proceso de urbanización, industrialización y migraciones hacia las ciudades, fundamentalmente las ubicadas en el eje Rosario - La Plata.

Cuadro nº 1. Evolución de la población total y rural 1947-2010, Argentina. Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de Censos Nacionales 1947, 1960, 1980, 1991, 2001 y 2010.

| | *1947* | *1960* | *1980* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|---|---|---|
| *Total de población* | 15.894.000 | 20.011.000 | 27.949.480 | 32.615.528 | 36.223.947 | 40.117.096 |
| *Población rural* | 5.962.000 | 5.252.000 | 4.755.000 | 4.179.000 | 3.871.038 | 3.599.764 |
| *Porcentaje de población rural* | 37,5 | 26,2 | 17 | 12,8 | 10,6 | 8,9 |

### Población rural dispersa y agrupada

Específicamente sobre la población rural agrupada, Murmis y Feldman (2006) expresan que la decadencia y hasta la desaparición de pueblos es una realidad en Argentina. No obstante, lo central es comprender la dinámica diferencial de las localidades rurales para poder observar su función en el proceso de complementariedad urbana / rural, es decir, sobre la base del análisis del crecimiento conjunto y del rol que tienen en el marco de su emplazamiento. Por tanto, los autores estudian las proporciones de población rural dispersa y agrupada y, con ci-

fras indiscutibles que han sido actualizadas a partir de los últimos relevamientos censales, revelan que, mientras la población rural total disminuye, la población rural agrupada en poblados de menos de 2.000 habitantes crece, en volumen y en participación relativa, como se puede vislumbrar en el cuadro n° 2, indicando, además, que muchas de esas localidades rurales, al superar el umbral estadístico de los 2.000 habitantes, se reclasifican como urbanas; no obstante, su función continúa siendo fundamentalmente rural.

Cuadro nº 2. Población rural total (dispersa y agrupada) en Argentina (1991, 2001 y 2010). Fuente: elaboración propia sobre la base de Murmis y Feldman (2006), actualizado según INDEC 2010.

| *Total del país* | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|
| | *1991* | | *2001* | | *2010* | |
| | *n* | *%* | *n* | *%* | *n* | *%* |
| *Población rural total* | 4.179.418 | 100,0 | 3.828.180 | 100,0 | 3.599.764 | 100,0 |
| *Población agrupada* | 1.118.092 | 26,7 | 1.223.533 | 31,9 | 1.307.701 | 36,3 |
| *Población dispersa* | 3.061.326 | 73,3 | 2.604.647 | 68,1 | 2.292.063 | 63,7 |

Con otra perspectiva de estudio, Ratier (2004) concluye que, juntamente con la desaparición de los pueblos, existen formas de persistencia a través de la denominada revitalización de la tradición, con la puesta en marcha de estrategias de supervivencia y adaptaciones a las crisis, lo que permite lograr espacios de reafirmación identitaria, ciertos nichos económicos, asociados, por ejemplo, al turismo rural, la recreación o el ocio desarrollado en áreas rurales.

Migración urbana-rural

Al respecto, Craviotti (2007) indica que, en Argentina, estudios recientes dan cuenta de procesos de migración urbano-rural o constitución de nuevos agentes en la producción agropecuaria. No son procesos con gran impacto cuantitativo, más bien la importancia es social por las transformaciones que acarrea la presencia de otros agentes en el continuo rural-urbano, muchos de los cuales promueven tensiones entre viejos y nuevos habitantes, entre prácticas antiguas y novedosas. En relación con estas situaciones, son de interés los aportes de Guibert y Sili (2011) y Sili (2019). En estos trabajos, los autores describen y explican los procesos de emigración rural, fundamentalmente desde el espacio rural disperso, pero observan que, al mismo tiempo, hay un fenómeno de "renacimiento rural" o de migración urbana-rural (Guibert y Sili, 2011; Sili, 2019). Los nuevos habitantes son identificados como neorrurales, debido a que eran pobladores urbanos que decidieron habitar los espacios rurales. Los motivos del cambio de residencia suelen girar en torno a la idea de que la vida en el campo es mejor que en la ciudad, por lo que buscan combinar las actividades del medio rural como forma de vida con sus hábitos y costumbres citadinas. Generalmente se trata de personas jóvenes con hijos que tienden a concentrarse en determinados pueblos más que dispersarse en el territorio (García Ramón *et al*., 1995).

Al respecto, Cardoso (2020, p. 11 y 12) expresa

> El estilo de vida al que se identifica con orientaciones socio-culturales contraurbanas rururbanizadas refiere al hecho de que las personas han cambiado sus preferencias residenciales y en el nuevo entorno han inaugurado el fenómeno de la rururbanidad, posibilitado por el desarrollo de las comunicaciones, transportes y el incremento de la accesibilidad (...) La particularidad de este estilo de vida radica en el cambio sufrido por la población rural al entrar en contacto con la vida rururbana y en las adaptaciones que la población urbana realiza al trasladarse a este nuevo entorno.

Despoblamiento del espacio rural disperso

En el conjunto de investigaciones sobre estos procesos también hay contribuciones sobre áreas extrapampeanas donde el proceso de crecimiento de pequeñas localidades se liga con el despoblamiento de los espacios rurales dispersos debido fundamentalmente a la oferta laboral y de servicios en las aglomeraciones. Iturralde (2016) muestra que la puesta en valor de los espacios rurales vendría de la mano de la agroecología, reconociendo la existencia de crecimiento de pequeñas

localidades en todo el país. En la región noroeste, un trabajo sobre la puna jujeña observa que el proceso de despoblamiento rural y migración a las localidades se debe al acceso a la educación, el empleo y los servicios (Bergesio *et al.,* 2016). En la región patagónica, Bendini y Steimberger (2010) muestran dinámicas ocupacionales y espaciales en regiones agropecuarias de la provincia de Río Negro. Easdale *et al.* (2018) analizan evidencias del proceso de urbanización en el norte de Neuquén, observando reducción de la población rural dispersa y aumento de la rural agrupada y urbana. Acuerdan con otros autores que la presencia de infraestructura y la escolaridad obligatoria son importantes para la movilidad rural dispersa-rural agrupada, o rural-urbana.

Los casos reseñados ejemplifican el despoblamiento del espacio rural disperso debido al interés que despiertan las pequeñas localidades, muchas de ellas aún debajo del umbral de los 2.000 habitantes. Recorrer estos casos es útil para recordar que los procesos de despoblamiento y repoblamiento rural acontecen en todas las escalas territoriales, toman distintos matices y generan nuevas relaciones sociales no sin tensiones o conflictos.

Al mismo tiempo, mientras algunas áreas urbanas tienen ritmos de crecimiento positivos, y en algunos casos veloces, surgen evidencias de una desaceleración en el ritmo de urbanización a nivel nacional y latinoamericano. Sobre el particular, Velázquez (2008) establece que, a partir de la década de 1970, la categoría I denota una progresiva disminución en la proporción relativa de población. Este es el segmento correspondiente a población en campo abierto y pueblos pequeños. En los procesos de crecimiento de localidades, existe el aporte de pobladores extralocales, procedentes de áreas urbanas relativamente próximas, de aglomeraciones rurales o bien desde el espacio rural disperso. Así, Linares *et al.* muestran, dando continuidad a trabajos precedentes, que las ciudades pequeñas (entre 20.000 y 49.999 habitantes) "duplicaron su población en valores absolutos entre 1950 a 1980" (2016, p. 70).

Interés por pequeñas localidades

Desde el año 2020, en el mundo occidental se está renovando el interés por las pequeñas localidades en contraposición con las grandes ciudades. Con el fin de aminorar la curva de contagio por Covid-19, los gobiernos nacionales adoptaron medidas de aislamiento y estas modificaron las prácticas cotidianas de producción y socialización, incorporando nuevas modalidades de estudio, de trabajo –como el *home office*– e incremento del comercio electrónico. En tiempos de confinamiento, se valora cada vez más la posibilidad de tener espacio propio y aumentar el bienestar. En consecuencia, las ciudades pequeñas y los pueblos grandes o pequeños adquieren cada vez mayor importancia ante las dificultades y crisis por la que atraviesan los grandes conglomerados. Por ello, estos meses han motivado la reconstrucción de interrogantes sobre la dinámica de los pueblos pequeños y grandes, como, por ejemplo, ¿qué rol tendrán los pueblos grandes y pequeños en los próximos años?, ¿la crisis sanitaria será una oportunidad para sostener su crecimiento?, ¿quiénes son los nuevos pobladores de estas aglomeraciones? Las respuestas, por ahora, deberán esperar. Resta saber qué ocurrirá en las localidades de Argentina, cómo se ubicarán frente a los nuevos desafíos y cómo podrán retener la población ganada una vez que finalice la alarma mundial.

Los cambios brevemente comentados pueden observarse en el gráfico n° 1, a través de la distribución porcentual de la población rural. A lo largo del período seleccionado, 1970-2010, la disminución relativa de la población rural en cada provincia se debe al menos a dos procesos: la reclasificación de localidades, de rural agrupada a urbana (cuando superan el límite de los 2.000 habitantes), y la pérdida (en valores absolutos) de pobladores rurales, especialmente los clasificados como población dispersa. En este sentido, y tal como indica Bertoncello "(...) la población rural aglomerada no disminuye, sino que aumenta al tiempo que también aumenta el número de aglomeraciones rurales de menos de 2.000 habitantes (2.172 en 1991 a 2.362 en 2001)" (2009, p. 58). Por su parte, el Censo de 2010 registró 2.449 en esta misma categoría, proceso que se observa en el mapa n° 1.

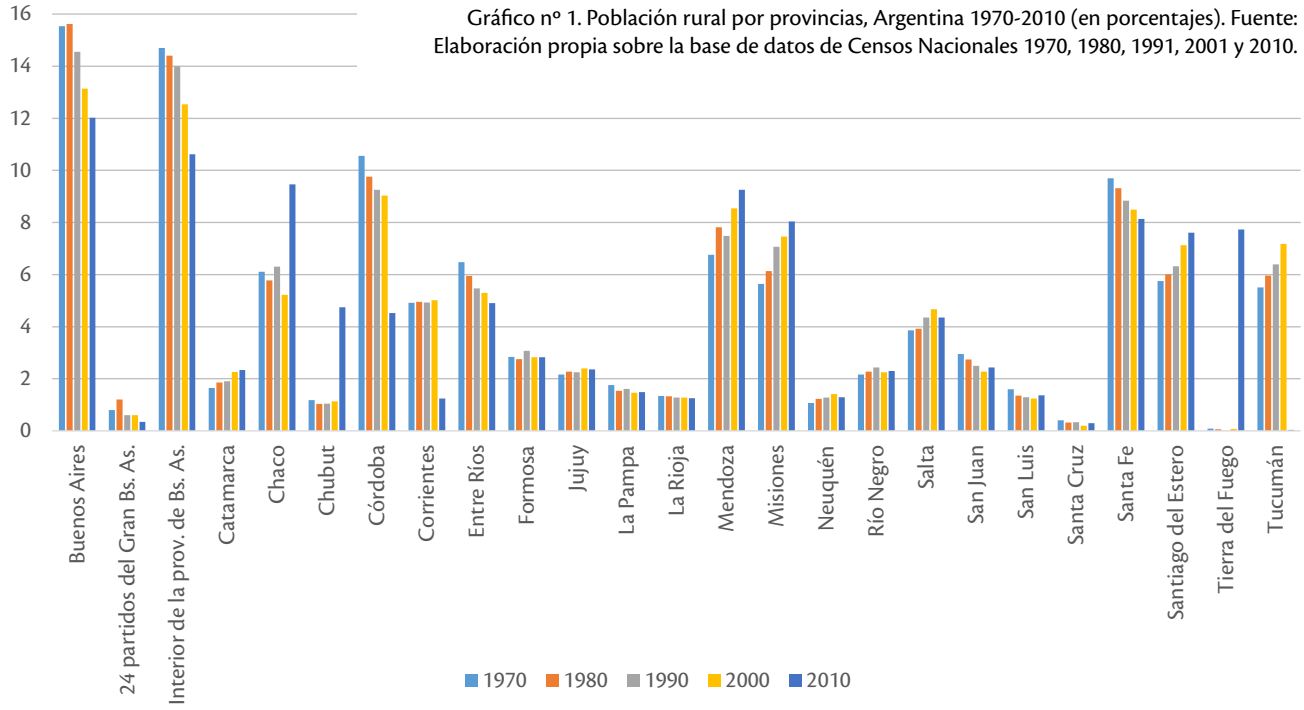
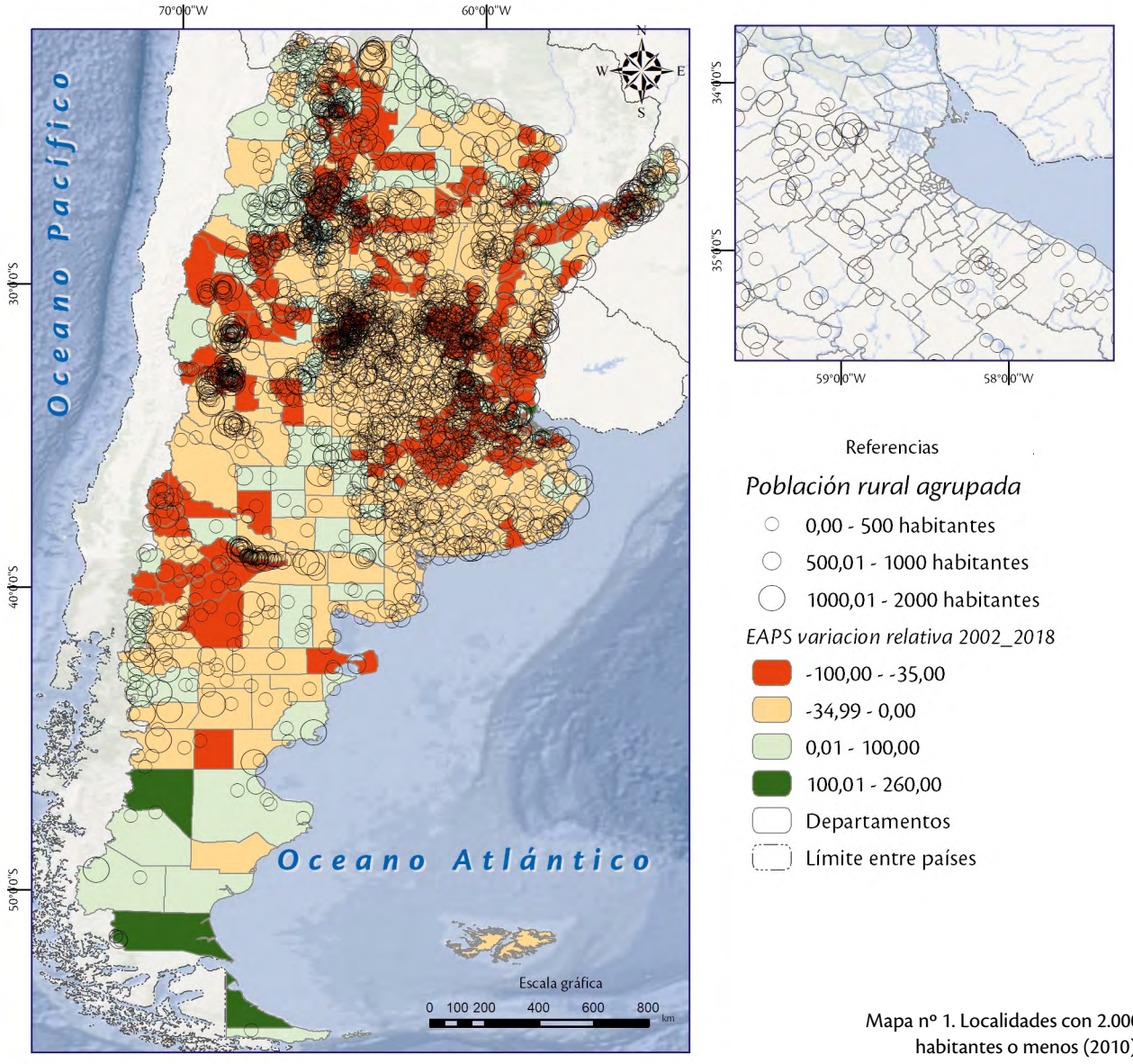
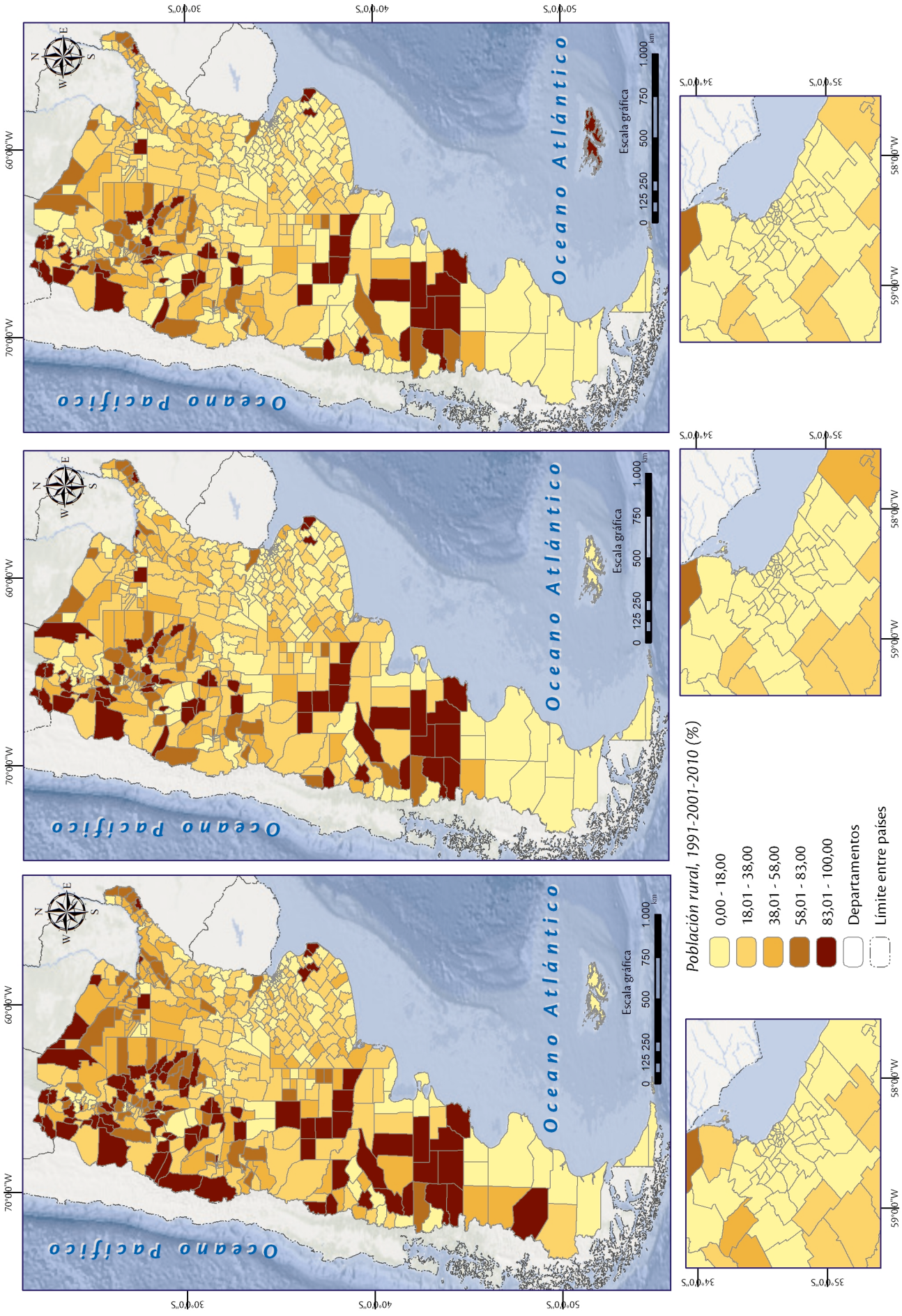



Gráfico nº 1. Población rural por provincias, Argentina 1970-2010 (en porcentajes). Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de Censos Nacionales 1970, 1980, 1991, 2001 y 2010.




Mapa nº 1. Localidades con 2.000 habitantes o menos (2010).

Mapas n° 2, 3 y 4. Población rural (%). Comparativa de los años 1991, 2001 y 2010.



Proceso de urbanización

También es notable el proceso de urbanización en provincias que iniciaron el período con porcentajes de población rural superiores o cercanos al 40% y que en tres décadas prácticamente lo redujeron a la mitad (Chaco, Formosa, La Rioja, Catamarca y Corrientes). Esta cuestión, al igual que las siguientes, pueden verse en los mapas n° 2, 3 y 4. Otra situación corresponde a las provincias de Misiones y Santiago del Estero, las que en 1980 tenían cerca del 49% de población rural, pero presentan en el tiempo comportamientos diferenciales. Misiones redujo el porcentaje de población rural, con 26% hacia 2010. Santiago del Estero, por su parte, tuvo un cambio menos abrupto y finalizó en 2010 con un 31% de población rural. Desde 1991, esta provincia es la unidad territorial con mayor proporción de población rural en el total nacional.

El estudio efectuado por Bankirer a escala nacional, para el total de la población (urbana y rural), brinda elementos argumentales para examinar las transformaciones demográficas en el ámbito rural. Al respecto, la autora señala:

> Las principales características que distinguen la dinámica demográfica de la Argentina desde mediados del siglo XX hasta nuestros días pueden resumirse en el descenso sostenido del ritmo de crecimiento de la población; la disminución del aporte migratorio, el cambio en la composición de las corrientes inmigratorias y la evolución hacia una etapa postransicional con el consecuente envejecimiento de la población (Bankirer 2010, p. 107).

Como se observará en el análisis que sigue, algunas de estas particularidades se agudizan en las áreas de población rural y son responsables del cada vez menor ritmo de variación intercensal, el envejecimiento y la progresiva feminización. En sintonía con lo señalado por Canales, es preciso buscar:

> (...) la comprensión y análisis de los contextos estructurales e históricos en los cuales las distintas categorías de diferenciación demográfica no sólo son categorías de desigualdad social, sino también mecanismos de constitución de sujetos sociales diferentes y desiguales (...). Se trata de pasar de una preocupación por la dinámica del crecimiento, a una por la estructura demográfica, en particular, por la estructuración social de las diferencias demográficas (Canales, 2003, p. 72).

En tal sentido, al estudio de los cambios demográficos para la población rural dispersa y agrupada en los departamentos de Argentina, sumamos aportes sobre la composición por sexo y edad, enfatizando en este punto sobre los grupos etarios más vulnerables –niños y ancianos– y las relaciones de cuidado familiar.

## ENTRE EL DESPOBLAMIENTO, EL ABANDONO Y LA REVALORIZACIÓN

Al pensar en las poblaciones rurales del país, la sombra del despoblamiento, del abandono, parece dominar los discursos comunes. El examen detallado, a escala departamental, distinguiendo entre rural disperso y rural agrupado, expone una variedad de condiciones, en las que hay despoblamiento, pero también numerosos recortes territoriales con tasas de crecimiento positivas. Estas y otras diferenciaciones hablan, en fin, de las heterogéneas ruralidades que conviven en la Argentina contemporánea.

El análisis espacio-temporal de la población rural del país tiene en cuenta dos dimensiones fundamentales: el cambio y el estado. El cambio demográfico o crecimiento, por su parte, se calcula a partir de los volúmenes de población en diferentes momentos y es consecuencia de la dinámica poblacional evaluada tradicionalmente a través de los hechos vitales y las migraciones. El estado de la población se define a partir de su tamaño, distribución territorial y composición (Bankirer, 2010).

### *Mosaicos de crecimiento y decrecimiento: el* puzzle *rural*

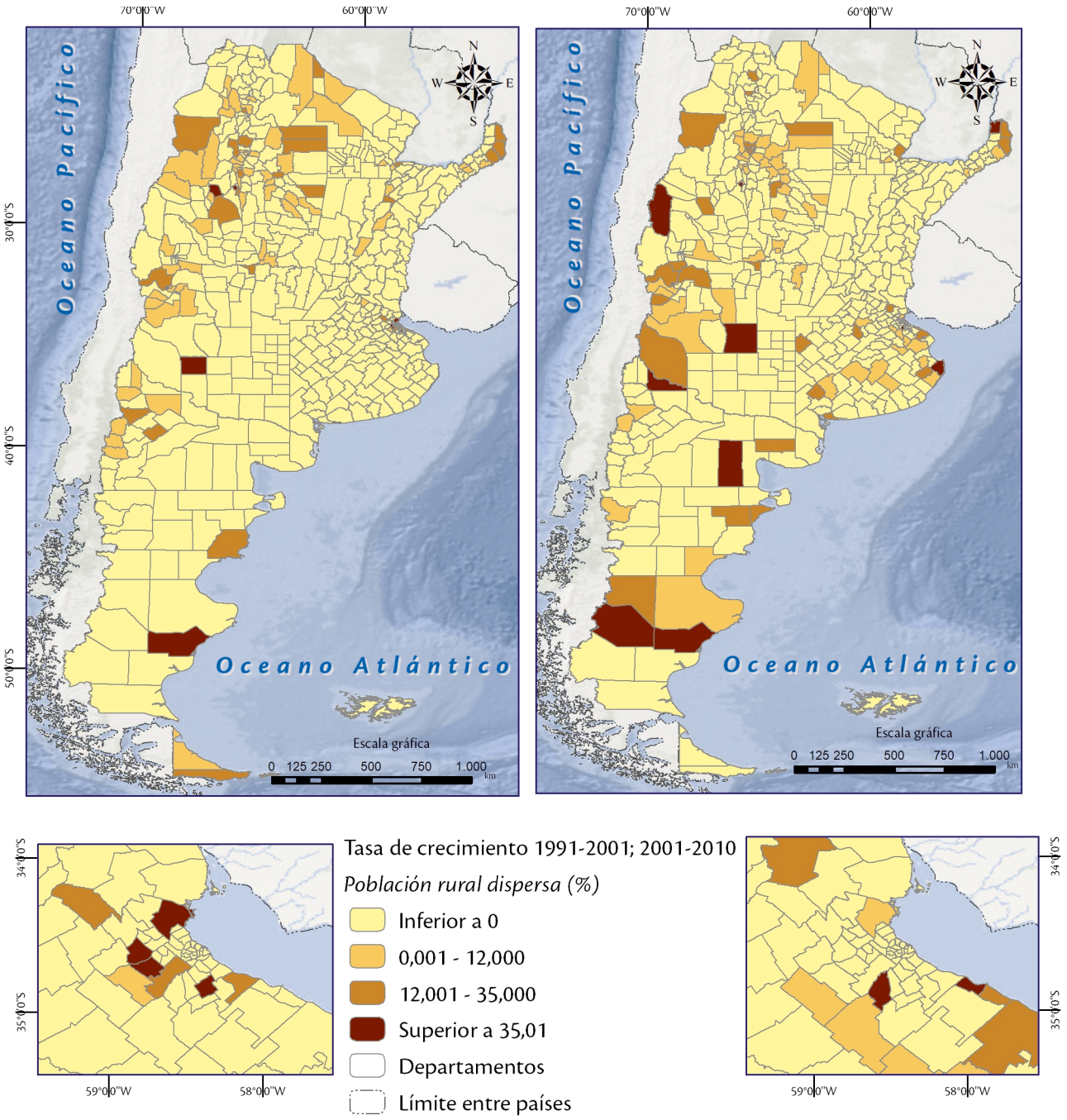
¿Cuántos son los pobladores rurales? ¿Dónde están? ¿Disminuyen las poblaciones rurales? ¿Desaparecen los pueblos? Es común que, al hablar de la población rural, se configure un conjunto de interrogantes, no siempre posibles de responder. Pensar en los cambios, identificar los ritmos de crecimiento, es un punto de partida para luego iniciar el camino que permita reconocer los estados de la población en cada momento.

Población rural dispersa

Las tasas de crecimiento intercensal son las que permiten medir la velocidad de las transformaciones, sea que representen ascensos o descensos en los ritmos de cambio. Su cálculo permite, en primera instancia, destacar que no todo el mundo

rural argentino afronta procesos de decrecimiento y que éstos, a su vez, asumen distintas características. La primera mirada se detiene en la población rural dispersa (mapas n° 5 y 6). Ésta alcanzaba los 2.604.647 habitantes en el 2001 y en 2010 ese valor era de 2.292.063 habitantes. En el período 1991-2001, son protagónicas las tasas de variación intercensal negativas, testimonios de la pérdida neta de población rural, especialmente en el Noreste, Patagonia, la región pampeana y varios departamentos de las restantes regiones. El ritmo de crecimiento lento, por su lado, se hace presente en numerosos departamentos del Noroeste, Cuyo, Patagonia y en algunos departamentos de las regiones que restan. Las áreas con crecimiento veloz se concentran en unas pocas jurisdicciones de Cuyo, Patagonia y Noreste. Entre 2001 y 2010, la situación se repite, aunque es importante notar que la tendencia a perder población se revierte en un conjunto de departamentos que adquieren un ritmo lento, pero positivo, de cambio. La región patagónica nuevamente muestra particularidades, con ritmos de crecimiento lentos y acelerados en el sur de Santa Cruz, área de los golfos (Nuevo y San José, Chubut; San Matías, Río Negro). Se destacan también áreas cordilleranas y el norte de la provincia de Misiones.

Mapas n° 5 y 6. Tasa anual de crecimiento intercensal de población rural dispersa (%).



Incremento poblacional en pueblos pequeños

Como ya se adelantó, la pérdida de población rural dispersa tiene como contrapartida el incremento poblacional en asentamientos con 2.000 habitantes o menos, denominados habitualmente pueblos pequeños (Vapñarsky y Gorojovsky, 1990). Al respecto, es de interés destacar que en 2001 había un total de 2.418 localidades con 1.270.000 habitantes (Banco Mundial, 2007, p. 28). En la misma categoría, en 2010, se identificaron 2.469 localidades que reunían un total de 1.307.702 (INDEC, 2010). Estos procesos de cambio positivo se aúnan con la recategorización de localidades que superan el umbral de los 2.000 habitantes y pasan a engrosar la población urbana, al menos desde el punto de vista de la estadística censal.

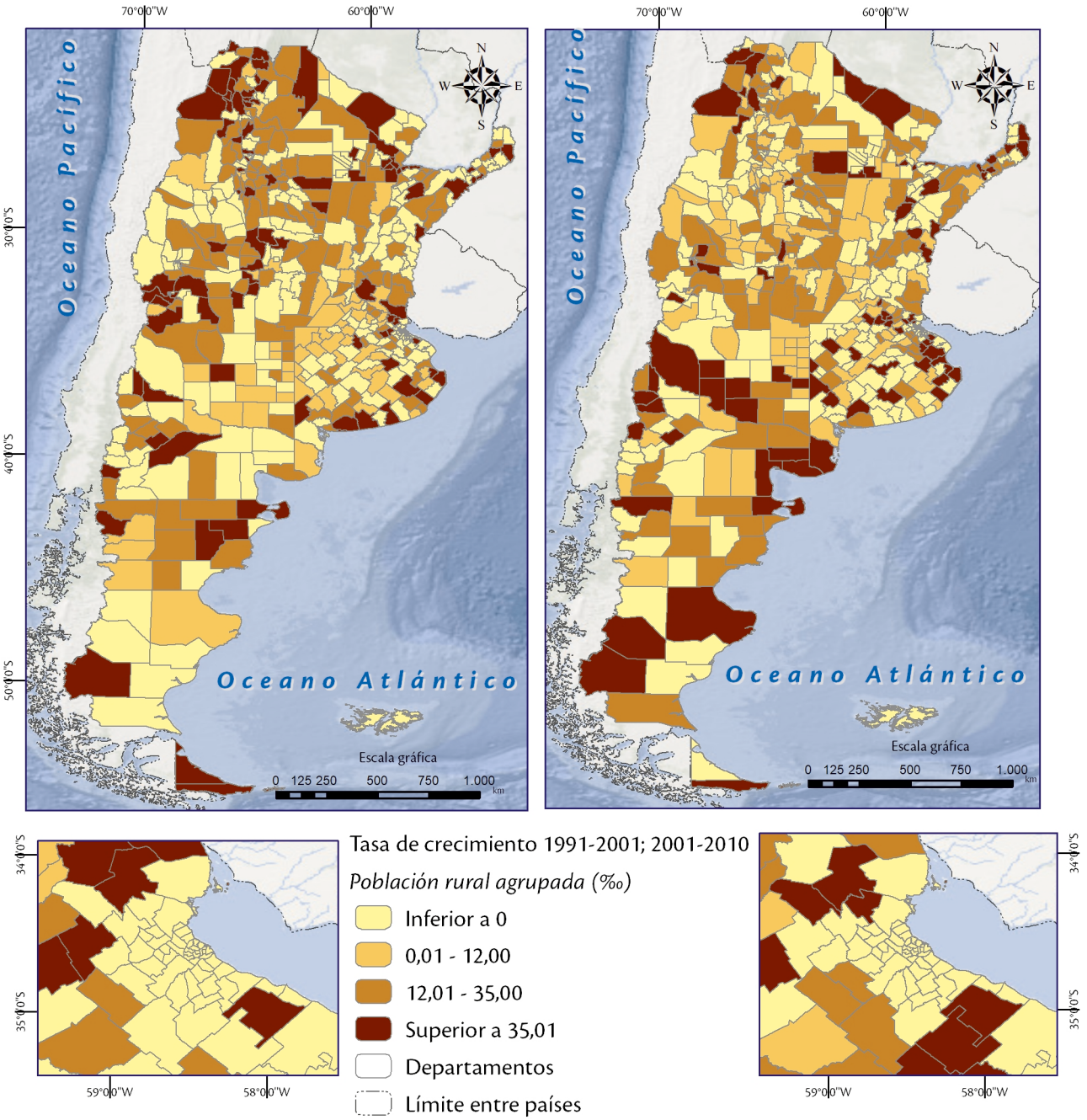
Población rural agrupada

La observación de las tasas de variación intercensal (1991-2001 y 2001-2010) de la población rural agrupada en los mapas n° 7 y 8 vislumbra mayor diferenciación por departamentos en comparación con la población dispersa. En el Noroeste, hay un conjunto de departamentos con señales positivas en los ritmos de crecimiento. En Salta y Jujuy, tanto en áreas de puna como en torno a los principales circuitos turísticos y vitivinícolas, se nota cierta aceleración del crecimiento. Las zonas del chaco salteño y la puna catamarqueña-riojana, por el contrario, muestran el predominio de una dinámica negativa, en la que contribuyen el aislamiento, las condiciones físico-naturales y las actividades socioeconómicas principales. Similares escenarios se repiten hacia el sur de Catamarca y en algunas zonas de Santiago del Estero y Tucumán. El Noreste muestra, en conjunto, predominio de cambios positivos. Al respecto, es necesario tener presente las altas proporciones de población rural total que tenían hacia 1980. Es decir, se debe considerar que no todos los distritos iniciaron con semejantes proporciones de población rural agrupada.

La región pampeana se caracteriza por dos situaciones distintas. Por un lado, se ubican las provincias de La Pampa y Buenos Aires que, con variedad de condiciones, ostentan, sin embargo, crecimiento de la población rural agrupada en la mayor parte de los distritos, varios de los cuales tienen la tasa de crecimiento más alta. Por otro lado, en las restantes provincias, la población rural agrupada ha aumentado, de manera general, pero a ritmos más lentos.

En la región de Cuyo, es destacable la situación de la provincia de Mendoza, con significativa cantidad de departamentos donde se retrae la población rural agrupada, especialmente en proximidad de la ciudad capital y en distritos estrechamente conectados a los circuitos turísticos-enológicos y de turismo-aventura (San Rafael). En tanto, las provincias de San Juan y San Luis se destacan por el crecimiento lento de la población rural agrupada. Por último, la región patagónica tiene una composición variada, aunque resaltan las transformaciones positivas. El turismo y las actividades económicas extractivas fomentan el crecimiento de algunos poblados; sobresalen, en este sentido, las provincias de Santa Cruz y Tierra del Fuego, las cuales son las únicas que no presentan, en ninguno de sus departamentos, un crecimiento inferior a 0 para el período 2001-2010. Por su parte, la actividad ganadera ovina ha sido históricamente un impulso a la emigración desde lo rural profundo en los departamentos del centro de Río Negro y Chubut, y los del este de Neuquén. En este sentido, la expulsión de pobladores se asocia fundamentalmente con la inestabilidad del mercado internacional de lanas y los procesos de desertización que tienen origen natural y antrópico (sobrecarga de los suelos).

El estudio de los ritmos de crecimiento remite, en fin, a los cambios. No es posible, a través de estos indicadores, reconocer otras particularidades demográficas y sociales de los territorios rurales. Interesa, en este sentido, continuar profundizando sobre aspectos de las ruralidades que nos permitan caracterizarlas y reconocer las diferenciaciones territoriales que construyen. El entendimiento del cambio social no puede hacerse sin considerar los cambios territoriales; así, el estudio población-territorio tiene en la mira comprender las sociedades construidas en el marco de la mundialización.




Mapas n° 7 y 8. Tasa anual de crecimiento intercensal de población rural agrupada (%).



Las líneas de avance propuestas por Canales (2003) resultan claves en el análisis de la población rural. En tal sentido,

> (...) sobre la diferenciación global-local, se reconstruye una estructura de desigualdad con base en factores demográficos de diferenciación social. O lo que es lo mismo, las clásicas categorías de diferenciación demográfica (hombre mujer, condición migratoria, origen étnico, entre otras), devienen en categorías de desigualdad social (Canales, 2003, p. 66).

A su vez, sobre la base de estas categorías se construyen identidades sociales que refuerzan la estructuración demográfica de la desigualdad social (Canales, 2003). La ruralidad, en la actualidad, está entonces imbuida también de estas identidades que refuerzan su carga simbólica y material.

En consecuencia, el estudio de las estructuras poblacionales conlleva dos líneas fundamentales de entendimiento. Por un lado, porque las estructuras demográficas dan testimonio sobre la historia de una población, su reproducción demo-

gráfica y potencial de crecimiento. Por otro lado, porque son fundamentales para comprender su vinculación con las diferenciaciones sociales en el interior de los territorios rurales.

Como resultado de los procesos de cambio identificados en el apartado anterior, se advierten progresivas modificaciones en las estructuras demográficas y sobre ellas resulta de interés avanzar. Temas como la feminización de las poblaciones, el envejecimiento y las variaciones en la relación de cuidado son algunos de los emergentes a considerar.

Al igual que en todo el mundo, en Argentina, a lo largo del siglo XX, ha disminuido notablemente la fecundidad mientras la esperanza de vida al nacer se ha incrementado. Los cambios en la fecundidad (Torrado, 2007) se vinculan con factores sociales, culturales y de avances médicos. Sin embargo, hay estudios que muestran que el menor tamaño de las familias no siempre va de la mano de los deseos, sino que en ocasiones se impone fundamentalmente por razones económicas (Rossel, 2016; Castro Martín, 2018). Así pues, algunas investigaciones han encontrado que el descenso de la fecundidad va asociado con:

> (...) los altos costos asociados a la crianza de los hijos e hijas (cuidados, educación), el déficit en el acceso a vivienda y la ausencia o debilidad de ciertas políticas. Todo ello opera como barrera importante para que las familias alcancen el tamaño que desean (OCDE, 2011a; Unión Europea, 2013) (Rossel, 2016, p. 14).

Más allá de estas cuestiones sobre las que sería de interés avanzar, ahora el foco está puesto en las repercusiones sobre las estructuras demográficas especialmente rurales. De tal modo, el descenso en las tasas vitales y el incremento en la esperanza de vida repercuten sobre el volumen de población en edad de trabajar y también de cuidar a otros. Todo ello ocurre en un escenario donde se asiste al incremento de la proporción y el volumen de adultos mayores, fenómeno conocido como envejecimiento demográfico.

### Reducción de la mortalidad

Como indica Welti (1997), hay consenso en los niveles académicos, políticos y éticos acerca de la reducción de la mortalidad, es decir, sobre la prolongación de los años de vida. No obstante, cabe remarcar que tal extensión no siempre implica buena salud, especialmente luego de los 65 años (Rossel, 2016), lo cual trae consigo otros inconvenientes derivados de las necesidades de cuidado de diversa intensidad. Esta mayor esperanza de vida se traduce también en el incremento de la población con 80 años o más, proceso denominado "envejecimiento dentro del envejecimiento" (Rossel, 2016, p. 17).

De lo comentado anteriormente se desprende que el envejecimiento y la feminización de las poblaciones son temas de interés en el estudio de las poblaciones rurales. Articulados con estas transformaciones, los cambios que acontecen en el marco de la formación de familias y descendencia repercuten en las relaciones de cuidado. Hablamos aquí de una dependencia que excede lo económico e implica necesidad de ayuda, de apoyo, de compañía en la realización de actividades básicas de la vida cotidiana. El aumento de familias monoparentales y unipersonales erosiona las bases de cuidadores, aumentando la presión sobre otras esferas sociales. Además, tal situación afecta especialmente a las mujeres, quienes suelen asumir el cuidado de los adultos mayores.

Desde una perspectiva general, es esperable que el proceso de envejecimiento imponga nuevas demandas a los sistemas de salud, en especial de apoyos y servicios formales de cuidado para personas adultas mayores, así como de enfermos crónicos. El panorama se complejiza cuando se considera que el proceso de envejecimiento latinoamericano estaría caracterizado por un avance en la supervivencia debido a la reducción de la exposición a enfermedades infecciosas más que a las mejoras significativas en las condiciones de vida de la población (Palloni, Peláez y De Vos, 2000). (...) Asimismo, debe tenerse en cuenta que los diferenciales en la mortalidad y esperanza de vida por sexo contribuyen a feminizar la vejez (Perez Díaz, 2000; Del Poppolo, 2001; UN-DESA, 2007; Huenchuan, 2009a; CEPAL y UNFPA, 2009) (citados por Rossel, 2016, p. 37).

La situación y los procesos detallados anteriormente son el punto de partida para continuar con el análisis de las poblaciones rurales de Argentina. Se avanzará, primero, en la distribución por edad, a través de los porcentajes de participación de la población de 65 años y más, así como el índice de envejecimiento. Luego se pasará a la distribución por sexo, medida a través de las razones de feminidad. En último lugar, se mostrará la relación de dependencia de cuidado, como indicador que, de algún modo, sintetiza los cambios reseñados y la distribución de hogares unipersonales y de arreglos familiares compuestos o extensos.

### *La tercera edad en el espacio rural*

Envejecimiento demográfico

Desde hace varias décadas, el envejecimiento demográfico alcanza a los territorios rurales, proceso ligado al descenso de la fecundidad, pero especialmente a la emigración de los jóvenes y a la mayor esperanza de vida. Desde 1991, se notan cambios en los indicadores de envejecimiento, ilustrativos de tales procesos, observables en el cuadro n° 3.

| *Indicadores* | *1991* | *2001* | *2010* |
|---|---|---|---|
| *% de 65 años y más* | 7,3 | 8,3 | 8,8 |
| *% de 80 años y más* | 1,3 | 1,5 | 1,8 |
| *Índice de envejecimiento* | 20,3 | 23,9 | 57,8 |

Cuadro n° 3. Distribución de la población rural de 65 años o más e índice de envejecimiento.
Fuente: elaboración propia sobre la base de datos de Censos Nacionales 1991, 2001 y 2010, INDEC.

La observación de los valores generales de Argentina se replica a escala departamental, tanto en lo que concierne a la población rural dispersa como a la agrupada. En los ámbitos rurales, se advierte que la participación de la población de 65 y más años se ha incrementado en el tiempo hasta alcanzar y sobrepasar el 7%, valor que demográficamente evidencia envejecimiento. Por su parte, la consideración de los mayores de 80 años, la cuarta edad, plantea interrogantes acerca del futuro de los adultos mayores, en un período de la vida donde resulta inevitable el apoyo en los más jóvenes.

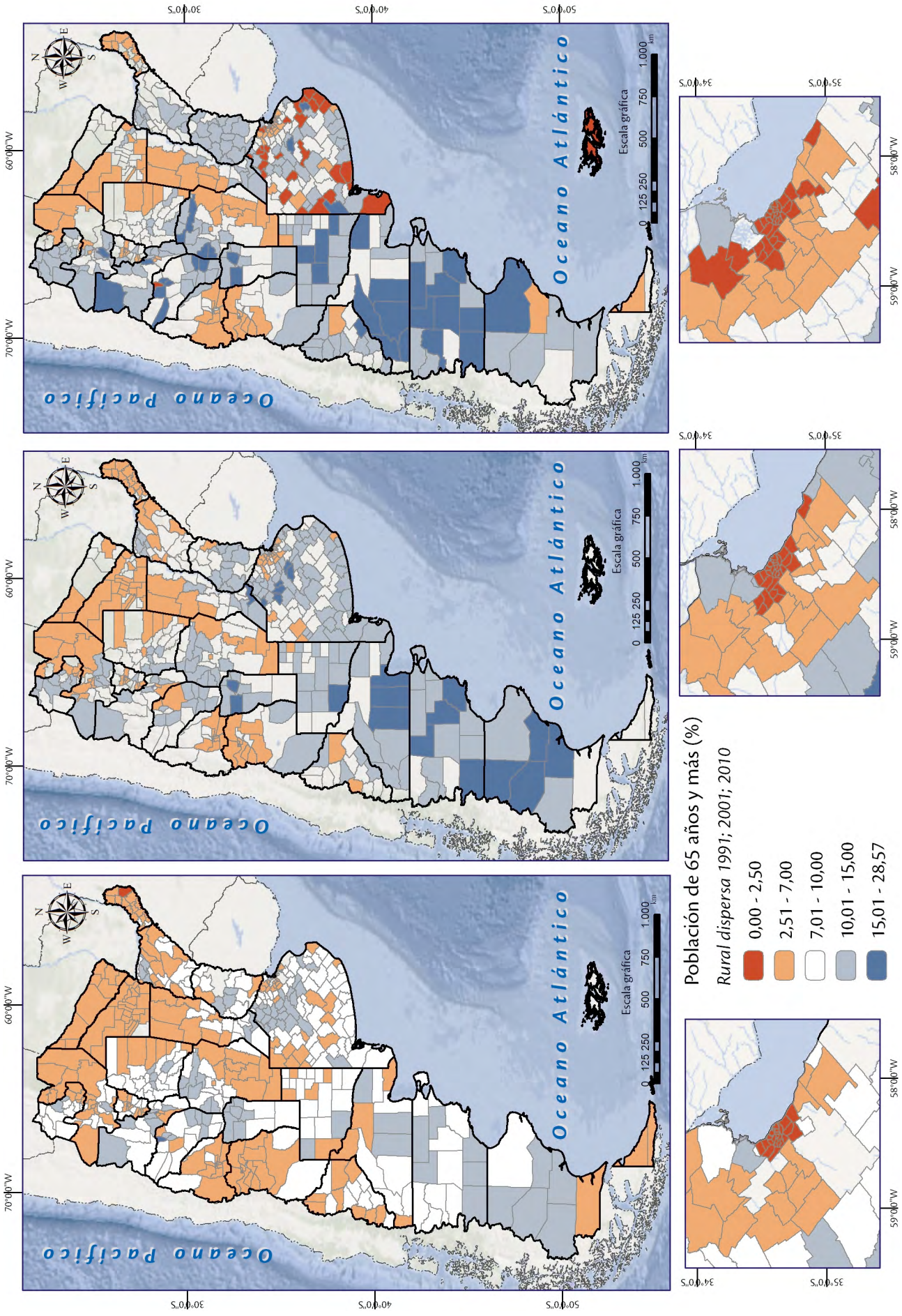
El envejecimiento poblacional en áreas de población rural dispersa, exhibido en los mapas n° 9, 10 y 11, se ha intensificado en casi todo el territorio nacional, en las últimas décadas. Las áreas focales se encuentran en Patagonia, el Noroeste y el corredor oriental que se desarrolla desde la provincia de Buenos Aires hasta el sur de Misiones. Dos aspectos que llaman la atención son la permanencia de Cuyo y el centro del país –desde Córdoba hasta Formosa– en valores que se mantienen por debajo del 7% o que apenas lo superan. Otra situación llamativa la constituye cierto rejuvenecimiento en algunos partidos bonaerenses, que han tenido entre 2001 y 2010 un descenso en el porcentaje por encima de los 65 años.

El estudio de la población de 65 años y más, en los espacios rurales argentinos, encuentra mayores diferencias territoriales al considerar la población agrupada, tal como muestran los mapas n° 12, 13 y 14.

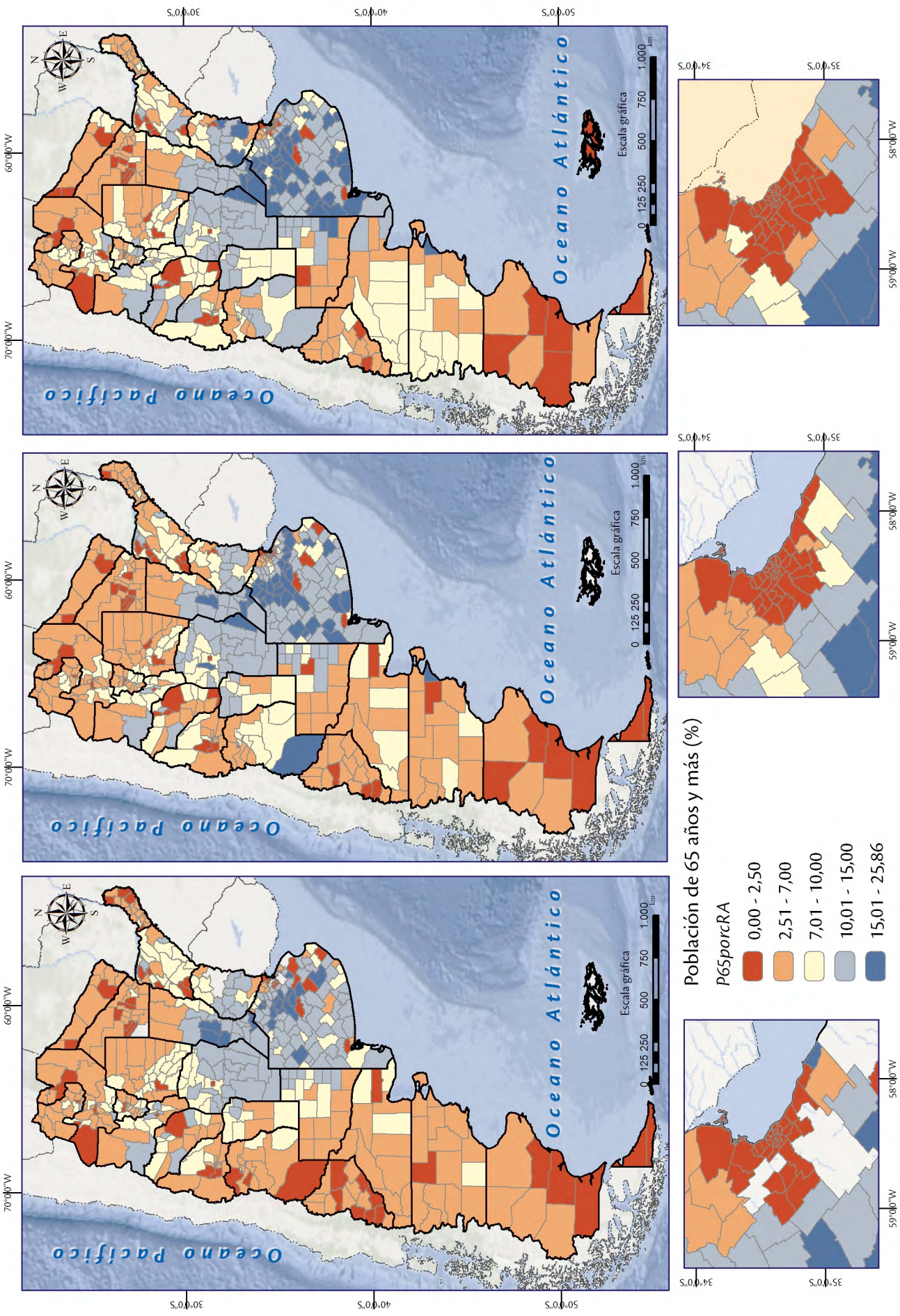
Envejecimiento general

En este caso, si bien en casi todo el país se ve un envejecimiento general, en la región pampeana se fue consolidando con el paso del tiempo una población de 65 años y más superior al 15% en varios de sus departamentos. En las regiones Noroeste y Noreste prevalece el porcentaje intermedio bajo (2,5 a 7%) e intermedio (7 a 10%), en ese orden, en lo que respecta a la población en cuestión. La región patagónica vislumbra gran variabilidad de resultados, destacándose por un centro en el que desciende el porcentaje de población de 65 años y más en los espacios rurales agrupados. Esta situación se repite de forma tajante en toda la región de Cuyo. Por último, a diferencia de la población rural dispersa, la población de 65 años y más rural agrupada, presenta porcentajes inferiores a 2,5% en departamentos de todas las regiones del país.

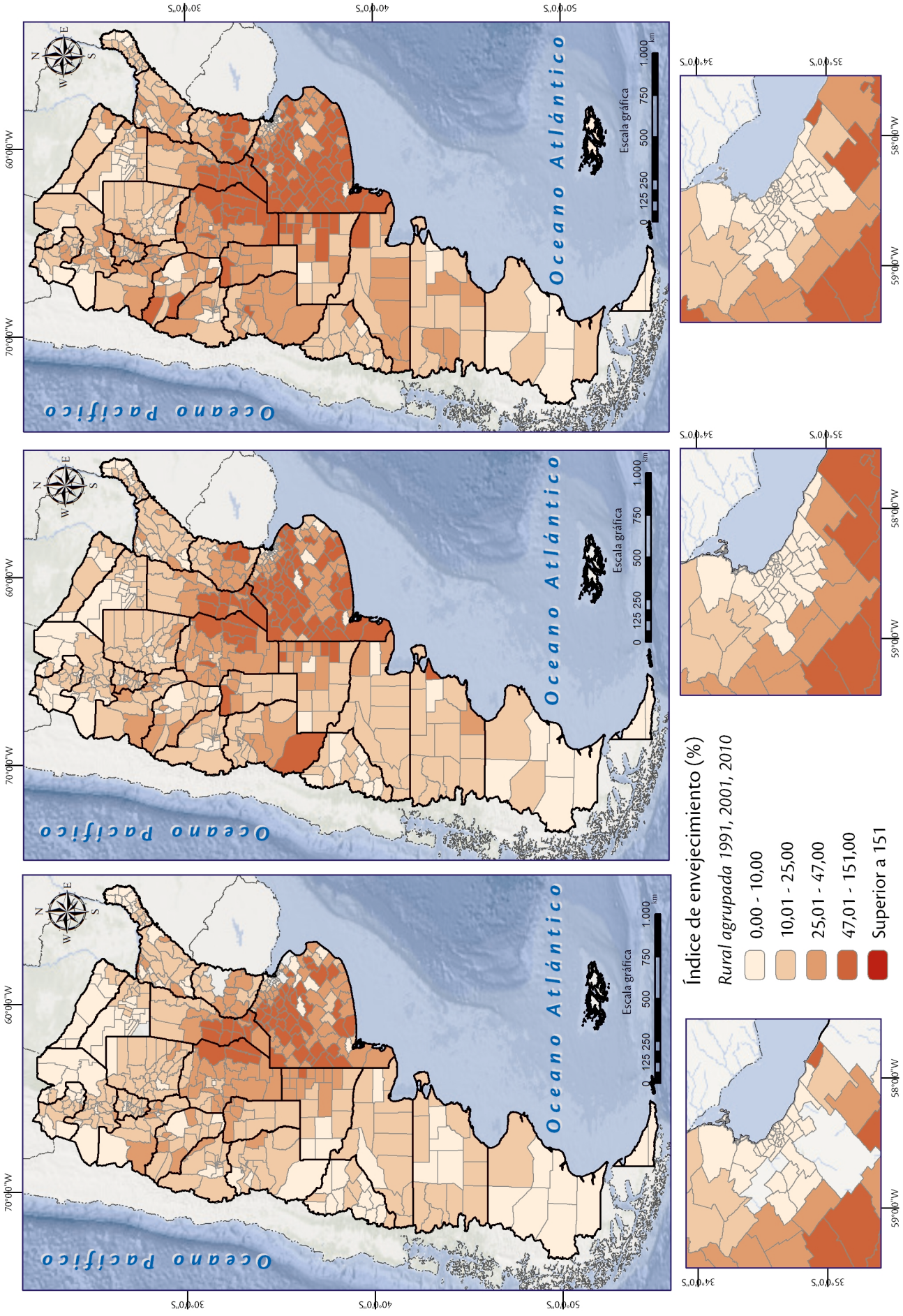
Mapa n° 9, 10 y 11. Población de 65 años y más rural dispersa, 1991-2010.



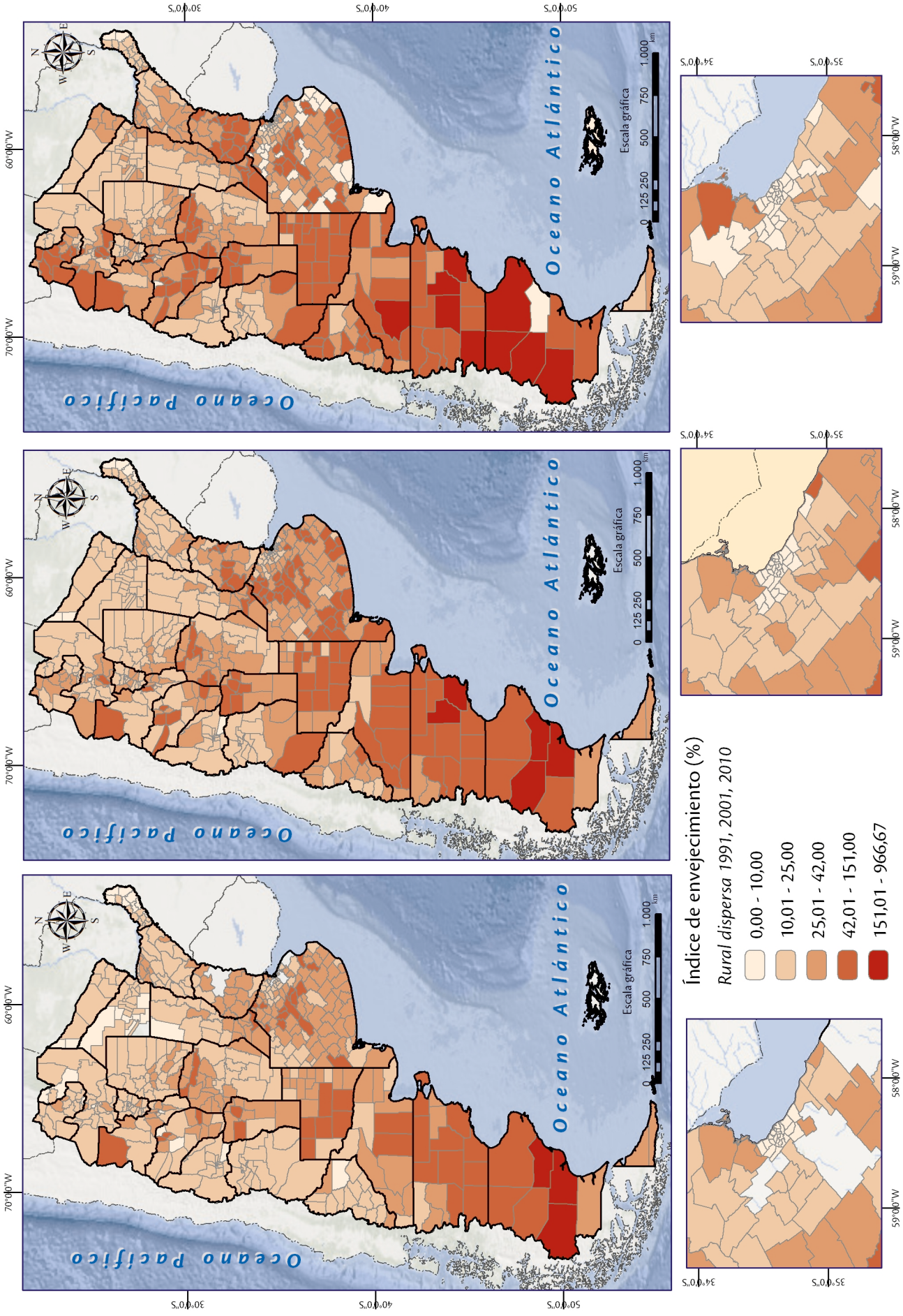
Mapas n° 12, 13 y 14. Población de 65 años y más rural agrupada, 1991-2010.



Mapas n° 15, 16, 17. Índice de envejecimiento rural agrupada, 1991-2010.



Mapas n° 18, 19 y 20. Índice de envejecimiento rural dispersa, 1991-2010.



Los procesos demográficos de reducción de la fecundidad y el aumento de la esperanza de vida se aúnan en algunos casos con movilidades, es decir, cambios de lugar de residencia, desde áreas de población rural dispersa o desde otras localidades hacia los pueblos pequeños. De este modo, se nota que, en más de la mitad de los departamentos, aumentó el porcentaje de participación de la población de 65 años o más. La reducción porcentual de este grupo etario se registra principalmente en el Noroeste, parte del Noreste y Patagonia; también en los límites pampeanos y algunos sectores del centro bonaerense.

En cuanto al índice de envejecimiento de la población rural agrupada, observable en los mapas n° 15, 16, 17, se reitera la distribución que muestra la concentración de los porcentajes más elevados en la región pampeana y los más bajos en el Norte Grande, propio de estructuras demográficas más jóvenes asociadas con mayor fecundidad. Se aprecia, además, el incremento generalizado de este índice, revelador de un proceso de envejecimiento en el cual se encadenan dos fenómenos con el extendido aumento de la esperanza de vida: la emigración de los más jóvenes y la reducción en la frecuencia de nacimientos.

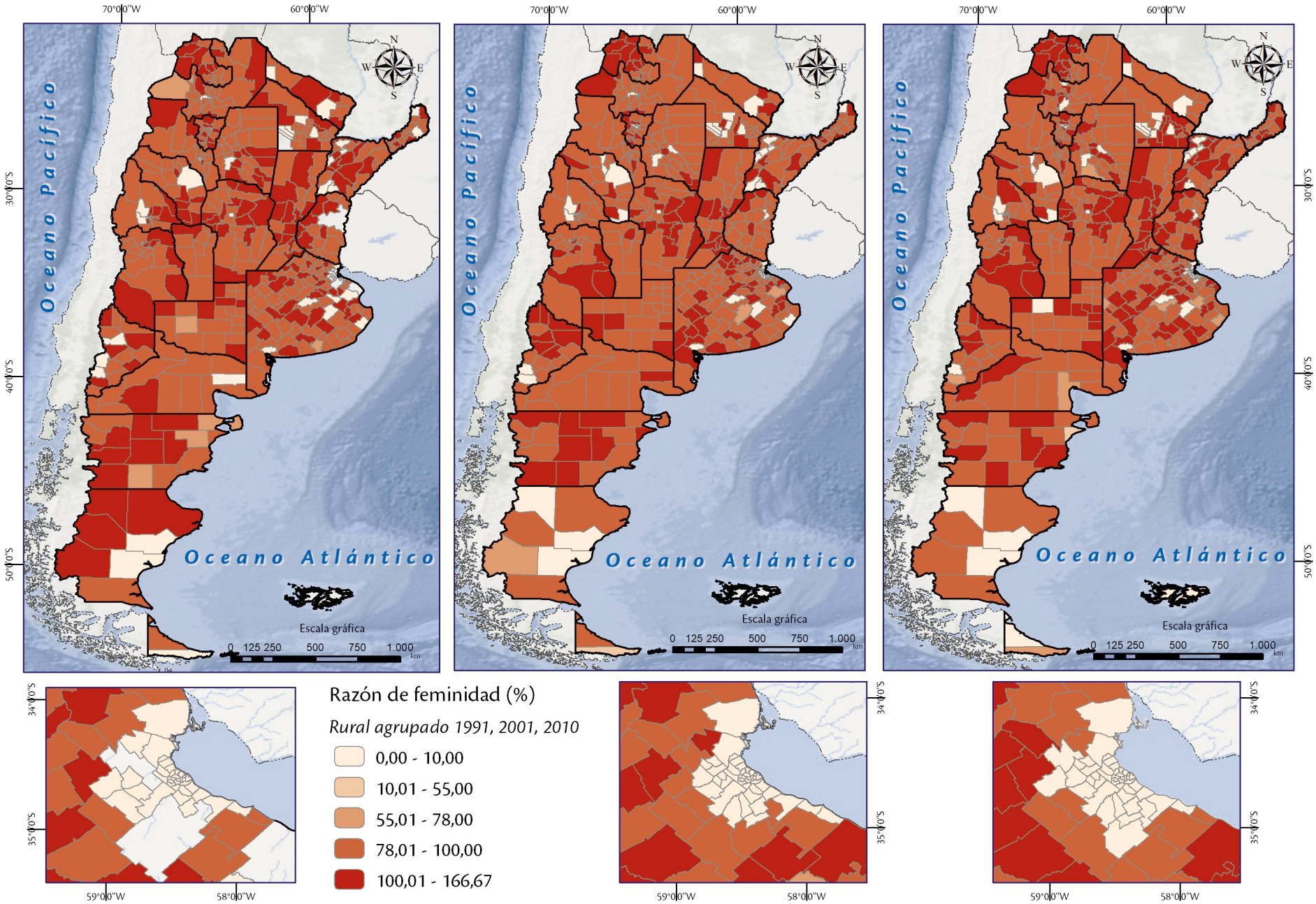
Por su parte, el índice de envejecimiento de la población rural dispersa, visible en los mapas n° 18, 19 y 20, se encuentra en estrecha relación con el porcentaje de población rural de 65 años y más, en estos espacios rurales y para esos años. De esta manera, los mayores valores del índice se presentan en la región patagónica, disminuyendo paulatinamente hacia otras regiones del país, aunque se registran focos elevados en el Noroeste y en la región pampeana.

*Razón de feminidad*

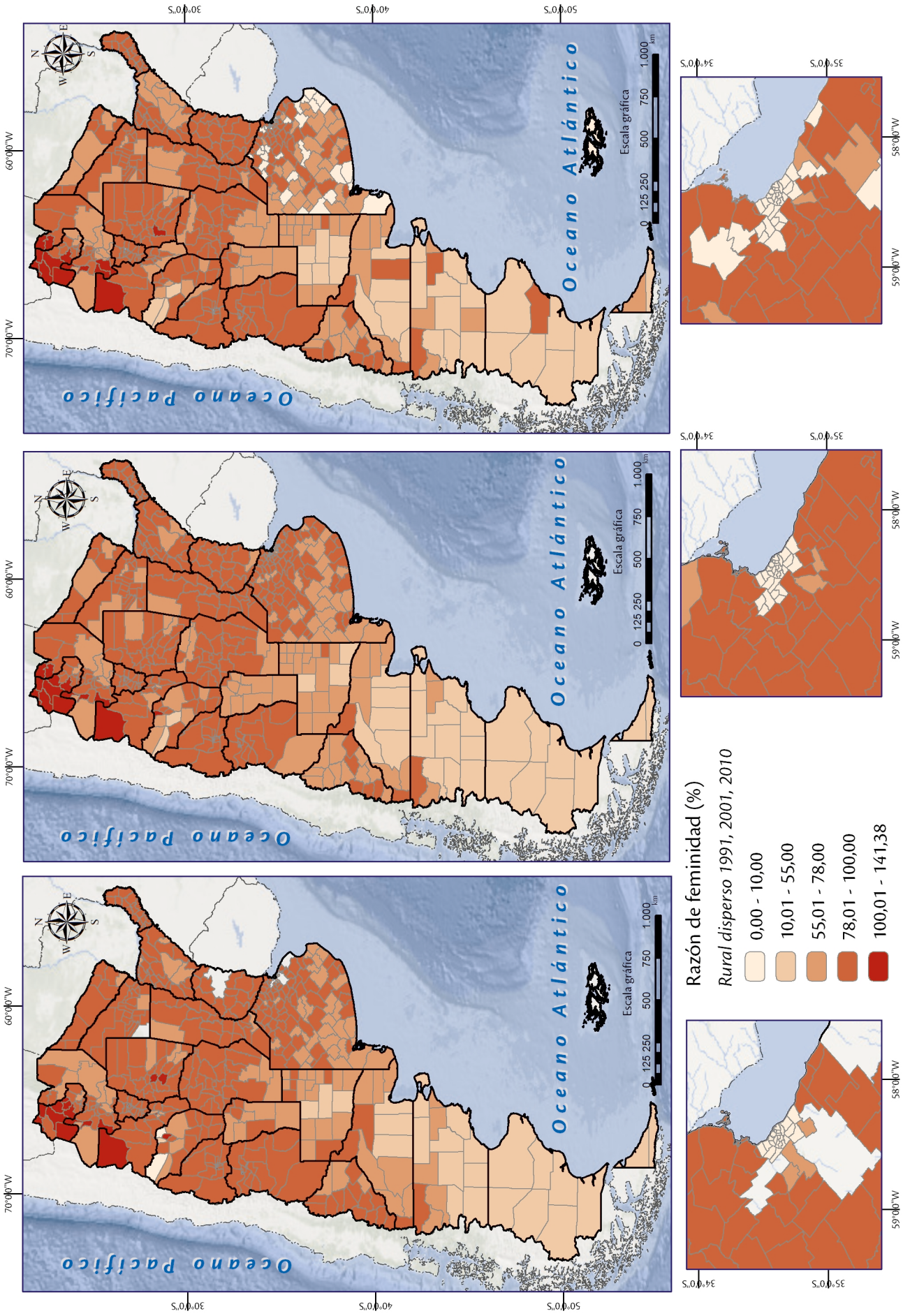
Feminización de las poblaciones

La feminización de las poblaciones es un rasgo de interés, por su influencia en las estructuras demográficas y en las relaciones de cuidado que se establecen en cada núcleo familiar. El índice o razón de feminidad es un indicador que permite advertir cambios y continuidades en las estructuras demográficas rurales. En líneas generales, los datos para la población rural agrupada señalan la intensidad del proceso de feminización en todo el país, observable en los mapas n° 21, 22 y 23, donde la distribución tiende al equilibrio entre varones y mujeres, con numerosos departamentos en los que, en cambio, hay predominio femenino. En tanto, para la población dispersa este proceso aún no es tan notorio y ocurre fundamentalmente al norte del río Negro, con la Patagonia como única región donde hay predominio marcado de los varones, tal como se representa en los mapas n° 24, 25 y 26. Como si se tratase de un patrón de distribución propio del Noroeste y de Cuyo, allí donde se presenta el piedemonte, junto a los nichos agroproductivos y turísticos, los valores de feminidad disminuyen, inclusive de forma abrupta en algunos casos. En cuanto al este del país, sobresale la forma en que los espacios rurales de mayor feminización persiguen la margen del río Paraná, áreas sobre las cuales se encuentran la mayor parte de los centros urbanos y las actividades de servicio a las que ellas seguramente proveen en esta tendencia al trabajo extrapredial. En contrapartida, los departamentos de General Alvear, en Corrientes, y Almirante Brown, en Chaco, obtienen los valores más bajos. Por último, en la región pampeana, y más precisamente en la provincia de Buenos Aires, se aprecia una diferenciación entre un sector norte que contiene alta feminidad y el sector sur que conserva menores cifras.

*Página siguiente:*
Mapas n° 21, 22, 23. Razón de feminidad, 1991, 2001 y 2010, Argentina rural agrupada.


70°0'0"W
60°0'0"W
30°0'0"S
40°0'0"S
50°0'0"S
Oceano Pacífico
Oceano Atlántico
N
W
E
S
Escala gráfica
0 125 250 500 750 1.000
km
34°0'0"S
35°0'0"S
59°0'0"W
58°0'0"W
Razón de feminidad (%)
Rural agrupado 1991, 2001, 2010
0,00 - 10,00
10,01 - 55,00
55,01 - 78,00
78,01 - 100,00
100,01 - 166,67

Mapas n° 24, 25, 26. Razón de feminidad, 1991, 2001 y 2010, Argentina rural dispersa.



Abordar las formas de vivir en familia remite a temas como el acceso a la vivienda, las posibilidades de transferencias de ayuda intrafamiliares, las migraciones, los cambios en la conformación familiar, las transformaciones en el rol de las mujeres, las modificaciones sociodemográficas y culturales relacionadas con la disminución de la fecundidad, la mayor permanencia de los jóvenes que conviven con sus padres y el aumento de la esperanza de vida (Quilodrán, 2008). Según Saad (2005), las formas de allegamiento que incluyen la convivencia con hijos mayores de 25 años, con nietos, con hermanos, amigos u otros familiares constituyen una opción, en algunos casos, para que los más jóvenes o los ancianos no caigan en la pobreza extrema. Dado que en América Latina aún no es tan común la institucionalización de los adultos mayores, especialmente en cuanto a poblaciones rurales, una proporción importante forma parte de estructuras familiares multigeneracionales (Saad, 2005). Estas situaciones, de internación o allegamiento con otros familiares, tienden a retrasarse bajo el amparo de mejoras en la salud. Así, los hogares unipersonales o de pareja van ganando protagonismo.

Transformación de las familias

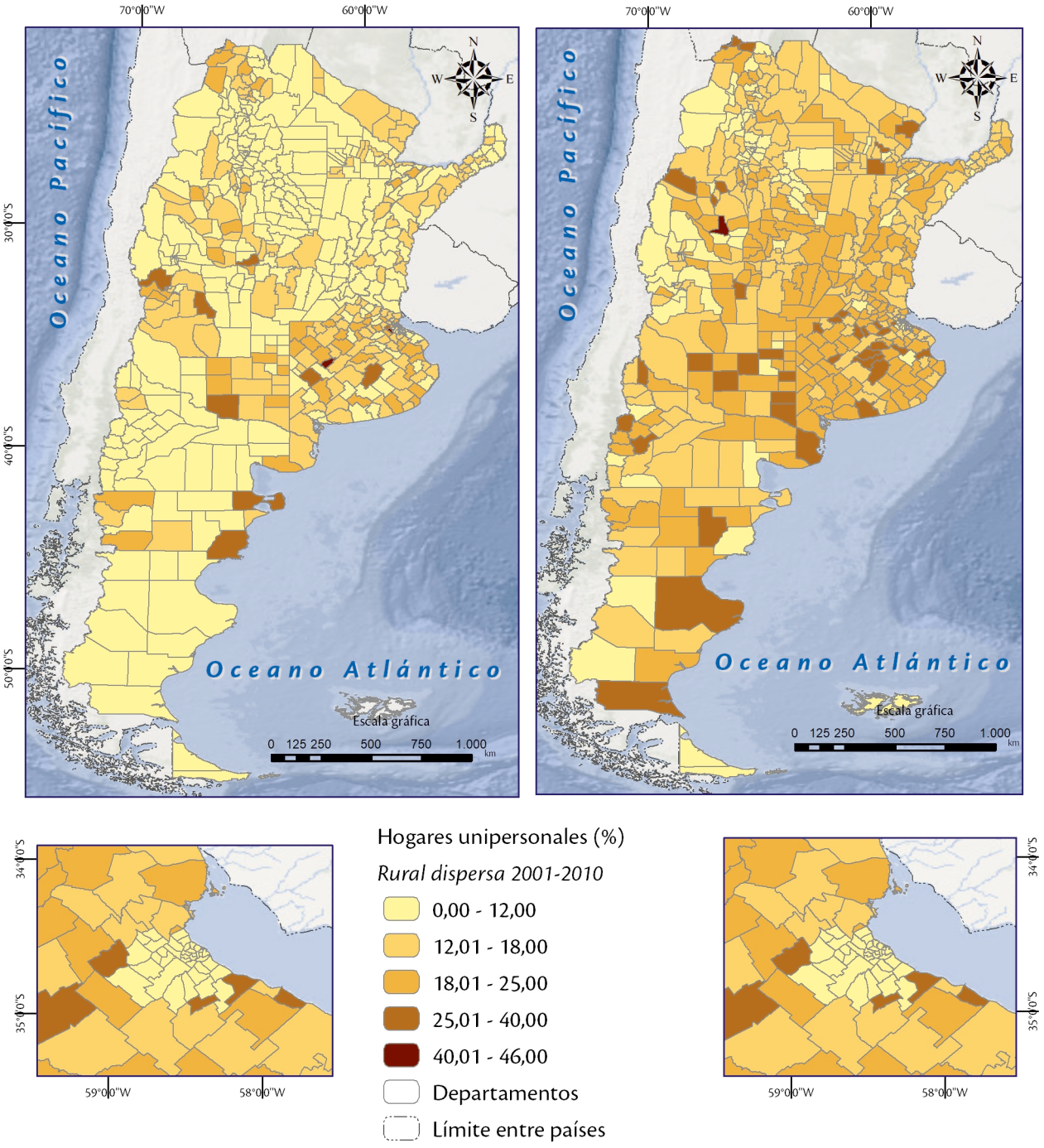
De la mano del envejecimiento y de las migraciones desde el rural disperso hacia aglomeraciones de distinto tamaño se transforman también las familias. De esta forma, el indicador sobre participación relativa de las distintas composiciones familiares expresa los cambios que han ocurrido entre 2001 y 2010, asociados también a los procesos de envejecimiento y mutación en las relaciones de dependencia en cuanto al cuidado.

Los mapas n° 27 y 28 muestran la extensión de los hogares unipersonales en las poblaciones del espacio rural disperso en el período 2001-2010. Éstos, que en 2001 quedaban acotados al sur pampeano, parte de Cuyo y del Noroeste, hacia 2010 expresan mayor protagonismo y despliegue territorial: casi el 10% de los distritos contaban con al menos el 25% de los hogares como unipersonales.

Por su parte, los mapas n° 29 y 30 muestran lo acontecido en el rural agrupado: comparativamente se reduce la cantidad de departamentos donde al menos el 25% de los hogares eran unipersonales, lo que supone otro tipo de poblamiento acompañando los ritmos de crecimiento positivos y un proceso de envejecimiento menos profundo que en las áreas dispersas. El aumento de población en los pueblos es un factor esencial a considerar, ya que las migraciones, sobre todo las de origen urbano, serían de tipo familiar, lo cual no contribuye a detener el envejecimiento, sino a revertirlo, diversificando las estructuras demográficas y, por consiguiente, en un proceso de más largo plazo, condicionando las necesidades de nuevos servicios y equipamientos.

En los estudios de población, la tasa de dependencia potencial relaciona la población inactiva (transitoria y definitiva) con la que sería activa; tiene en cuenta únicamente la posibilidad de dependencia económica entre grupos. La posibilidad de evaluar otros aspectos se obtiene midiendo la vinculación entre niños pequeños y ancianos con potenciales cuidadores, aquí a través de la razón de dependencia de cuidado (RDC).

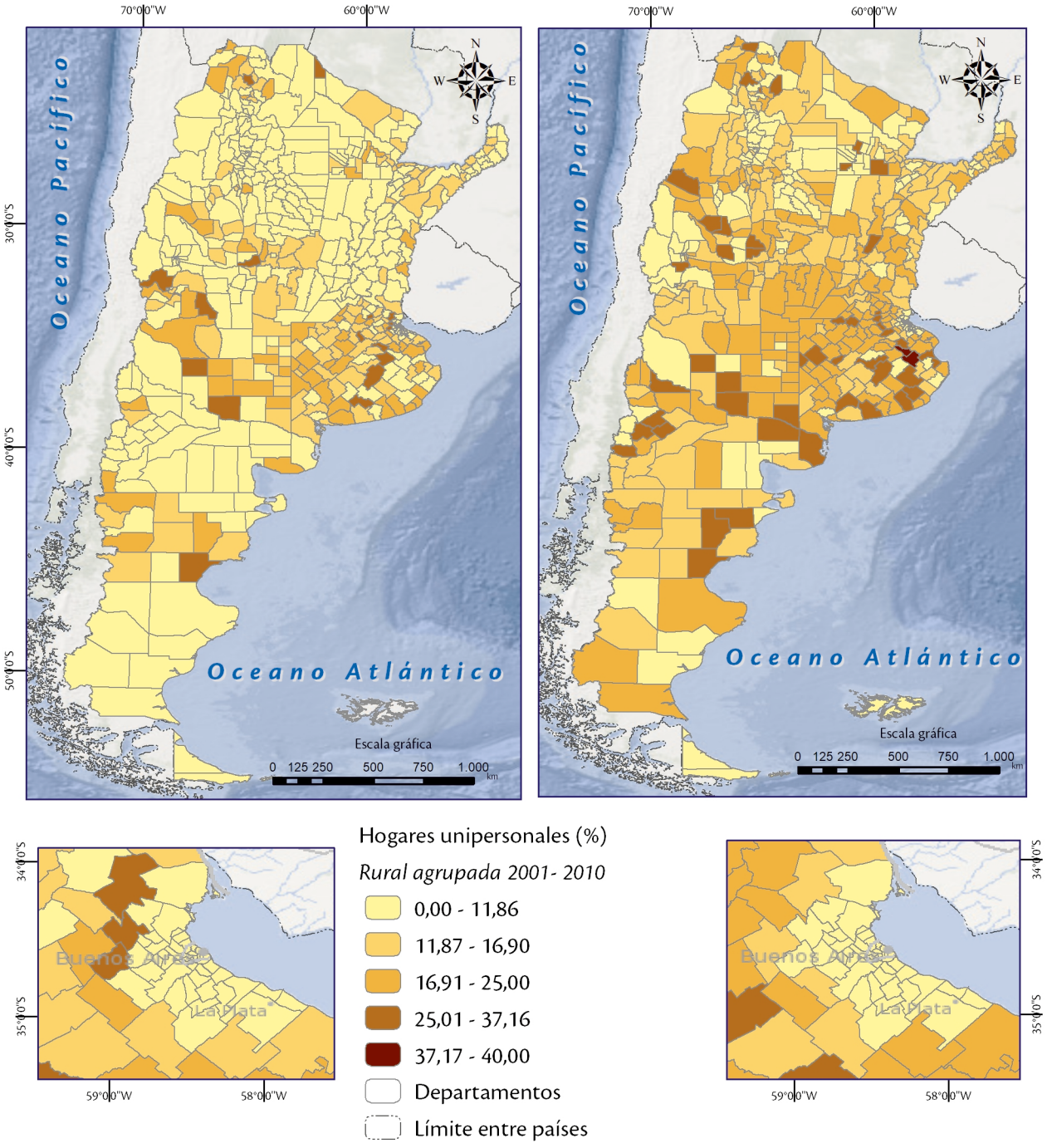
Para proporcionar algunos matices, la razón distingue entre quienes necesitan cuidados intensivos y quienes necesitan un nivel de atención menor. Los primeros incluyen a los de 0 a 6 años y a los de 85 años o más, y se les da un peso completo. Estos últimos son los de 7 a 12 años y de 75 a 84 años, y se les asigna un peso de 0,5. Los cuidadores potenciales se definen como aquellos de entre 15 y 74 años, a todos se les da un peso completo. Las personas de 13 o 14 años no se incluyen en el cálculo en el supuesto de que puedan brindar más o menos la misma cantidad de atención que reciben (Rossel, 2016, p. 17)




Mapas n° 27 y 28. Hogares unipersonales 2001 y 2010, Argentina rural dispersa.

La RDC para la población rural agrupada muestra cambios leves que se hacen más notorios hacia 2010, como puede verse en los mapas n° 31, 32 y 33. En 1991 y 2001, el norte de Argentina presentaba los valores de la RDC más elevados, situación que se repite en 2010, pero con los departamentos ubicados en el intervalo inferior del índice. En el resto del país, la RDC fue disminuyendo desde 1991, condición que se hace más visible en las regiones patagónica y pampeana. Los valores más elevados de la RDC se han incrementado a lo largo de los tres censos, lo cual muestra el ascenso de la población con necesidad de cuidado en esas áreas.

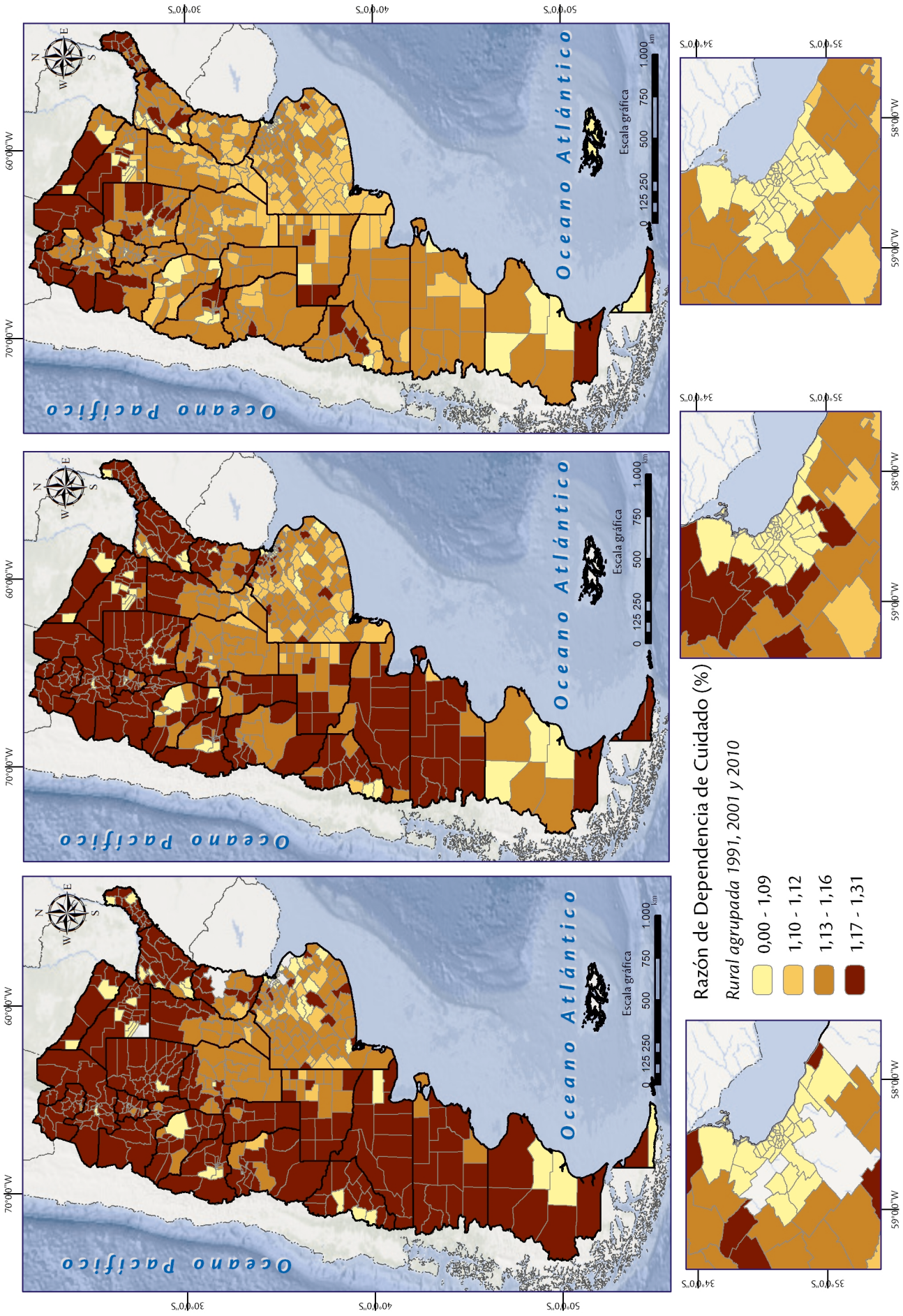
Los datos consultados y sistematizados esbozan un claro rumbo de reducción intercensal de la población que reside de modo disperso en las áreas rurales de los partidos o departamentos argentinos, con envejecimiento vinculado a la emigración de jóvenes y a la reducción en los nacimientos, observable en los mapas n° 34, 35 y 36. La razón de feminidad es más alta en el Noroeste del país, aunque comprende valores altos en todo el norte y centro argentino. Se incrementan los hoga-



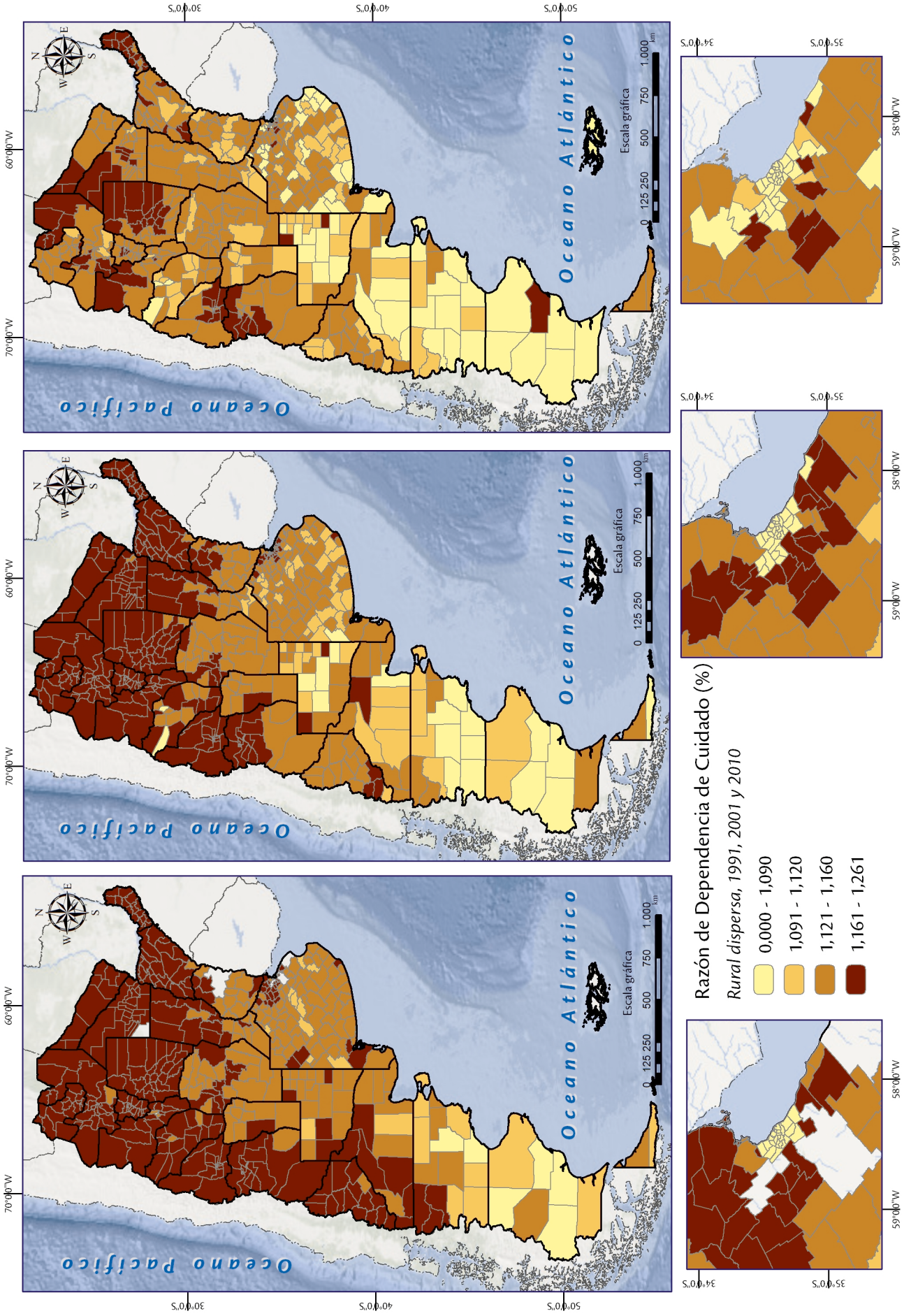

Mapas n° 29 y 30. Hogares unipersonales 2001 y 2010, Argentina rural agrupada.

res unipersonales, especialmente en lo rural disperso, y la razón de dependencia en los cuidados se reduce, aunque áreas del norte, este y Cuyo se sostienen altas a lo largo de los períodos estudiados. Esto es parte de la tendencia nacional y mundial que se explica por lo ocurrido, como ya se expresara, con la población rural agrupada y urbana. Por tanto, no es un proceso novedoso en Argentina. De hecho, no llama la atención que los datos se comporten de este modo; es parte de un proceso que se explica por la conjunción de varias cuestiones. Por un lado, la incorporación de innovaciones tecnológicas a partir de las cuales la mano de obra rural asalariada desplazada apela a la movilidad hacia ciudades medias o pequeñas localidades para emplearse en otras labores o transformarse en trabajadores rurales a medio tiempo con residencia urbana. Por otra parte, los productores agropecuarios, de la mano de las mejoras en los medios de comunicación y circulación, también mudan sus residencias hacia áreas urbanas, desde las cuales se desplazan diariamente hacia las EAPs o cuando la actividad agropecuaria lo requiere. Esto depende del tamaño de

Mapas n° 31, 32 y 33. Razón de Dependencia de Cuidado (RDC), 1991, 2001 y 2010, Argentina rural agrupada.



Mapa n° 34, 35 y 36. Razón de Dependencia de Cuidado (RDC), 1991, 2001 y 2010, Argentina rural dispersa.



las explotaciones, ya que se debe hacer referencia a los cambios operados en cuanto a las formas de tenencia de las unidades de producción, una de cuyas estrategias ha sido la transformación de muchos pequeños y medianos productores en rentistas.

Las distinciones de base demográfica que hemos revisado se relacionan con las formas de diferenciación socioeconómica de la población (Canales, 2003) y están condicionadas por la estructura económica y el trabajo. En este sentido, observamos que cada una de estas cuestiones se vincula con un marco mayor delineado por transformaciones operadas en el marco de la globalización mediante el avance de la denominada agricultura científica, agricultura industrial o rural global, es decir, la penetración de grandes empresas transnacionales, cuyos capitales no son necesariamente de origen agropecuario. Dichas empresas tienen incidencia sobre los sujetos rurales y su actuación en el territorio (productores, procesadores, acopiadores, distribuidores), las instituciones de soporte (proveedores de insumos, bancos y centros de investigación) y los mecanismos de coordinación (gobiernos, asociaciones de industrias, mercados). Por la importancia de considerar los aspectos demográficos en relación con los socioeconómicos, a continuación presentamos rasgos del comportamiento productivo y la dinámica de la estructura agraria.

*Agriculturización, tractorización, pampeanización, sojización, estabulación...*

Cambios tecnológicos en la agricultura pampeana

Gras y Hernández (2009) definen la agriculturización como el proceso que implica la expansión del área cultivada en detrimento de la producción ganadera y de las producciones regionales, y el incremento de la productividad física por unidad de superficie (rendimiento), gracias a la incorporación de nuevas tecnologías. En Argentina, este proceso se ha venido gestando desde la década de 1950, cuando fueron sucediéndose importantes cambios tecnológicos en la agricultura pampeana. Los primeros avances fueron la base para el desarrollo de los siguientes, y esta cadena ha transcurrido en tan sólo unas décadas, lo cual implica la importancia que se le da al sector. En este sentido, Obschatko (1988) como primera etapa del proceso, encuentra a las técnicas agronómicas, a través de la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en 1956. Éste comenzó desarrollando investigaciones adaptativas de tecnologías llevadas a cabo en otros países, y experimentó y difundió técnicas de manejo agrícola y ganadero basadas en la reorganización de las actividades y la mejor realización de las labores agronómicas, las cuales constituyen técnicas que, por no estar incorporadas a un bien de capital o insumo, no pueden ser comercializadas y, por tanto, el Estado debió abordarlas. En esa misma década, y sobre la base de la etapa anterior, ocurrió la mecanización agrícola, mediante el desarrollo de una industria local de maquinaria que trajo como resultado, entre 1957 y 1970, la tractorización general de la región. Ya en la década de 1970, el crecimiento continuó, pero a una tasa menor. En los años 80, comenzaron a fabricarse maquinarias más grandes, que pudiesen arrastrar implementos más anchos y pesados y que compitiesen con las maquinarias importadas, más avanzadas tecnológicamente. La mecanización trajo aparejada mejoras en las labores, liberalización de zonas destinadas al mantenimiento de los animales de tiro y la creación de las bases para que el próximo cambio tecnológico pudiera desarrollarse ampliamente. Gracias a esta segunda etapa del proceso de cambio tecnológico en la agricultura pampeana, se consolidó la tercera, basada en las semillas mejoradas. Los cultivares híbridos ofrecieron mayor rendimiento, así como resistencia a factores climáticos, enfermedades y plagas.

Primeras semillas híbridas

Las primeras semillas híbridas fueron las de maíz, en 1945, generadas por el sector público, el cual paulatinamente fue dejando lugar a una política de fomento de la actividad privada, alcanzando niveles significativos de producción general de estas semillas en la década de 1960, produciendo maíces híbridos de ciclo corto para fines de 1970. El conocimiento científico logrado para el maíz se aplicó en el sorgo en la década de 1950, también en esta década se introdujeron semillas híbridas de trigo que incorporan un mejoramiento genético de las variedades tradicionales y la

incorporación de nuevas variedades, como las de ciclo corto, que permiten la realización de dos cosechas por año en algunas regiones, a través del esquema trigo-soja de segunda, logrando su difusión en la década de 1970. En 1972, llegaron al país los híbridos de girasol, que se difundieron rápidamente como cultivo de segunda.

Inserción de productos químicos

Como cuarta etapa, se encuentra la inserción de los productos fitosanitarios, agroquímicos o agrotóxicos, los cuales constituyen insumos derivados de la industria química, especialmente plaguicidas y fertilizantes. Tuvieron difusión en el país durante los últimos años de la década de 1970. En el caso de los plaguicidas, el factor determinante fue la rápida expansión del cultivo de soja, el cual requería un estricto control de las malezas perennes, y estos productos brindaban la posibilidad de planificar mejor las actividades de la empresa, reducir el número de pasadas de maquinaria y aumentar la seguridad de la cosecha. En el caso de los fertilizantes, el factor clave fue el avance del proceso de agriculturización, el cual disminuye la explotación mixta, abandonando así la rotación con ganadería u otro cultivo, e incrementa el doble cultivo, por lo cual se genera una necesidad de fertilización química para la reposición de nutrientes.

De esta manera, las técnicas de manejo agrícola y ganadero, la tractorización general de la región, la incorporación de semillas híbridas que permitieran la realización de dos cosechas al año y la utilización de plaguicidas y herbicidas, constituyen etapas del proceso de cambio tecnológico en la agricultura pampeana que posibilitaron el avance de ésta por sobre otras producciones y hacia otras regiones en un proceso de pampeanización, con incrementos notorios en la productividad recreando concretamente el proceso de agriculturización.

Proceso de sojización

En este contexto, se ubica el proceso de sojización, definido por la expansión de la superficie sembrada con soja, el aumento en los rendimientos por hectárea y la difusión de la cadena productiva trigo-soja de segunda, especialmente a partir de los organismos genéticamente modificados o semillas transgénicas (1996, en Argentina), avanzando incluso a zonas extrapampeanas, especialmente en el Noroeste y Noreste del país, lo cual trajo aparejada la creciente homogeneización en los paisajes rurales y el predominio del modelo del agronegocio (Toledo López, 2017).

Proceso espacial y temporal

La sojización implicó necesariamente dos procesos. Uno espacial, por su expansión a nuevas áreas, y otro temporal, al reducir el tiempo entre campañas al extremo de hacerlas continuas. Por lo tanto, incidió en el corrimiento de otros usos agropecuarios a bordes productivos antes considerados marginales. Así, zonas donde se desarrollaban trigo, avena, cebada, etc., fueron reemplazadas por el uso sojero. Hablamos del efecto de relocalización por efecto de la sojización (Lapena, 2014). La otra arista corresponde al doble cultivo trigo-soja o al triple ciclo. Con la siembra directa y el control de malezas con glifosato, pueden llevarse adelante tres ciclos agrícolas en dos años consecutivos, esto es, con la siembra consecutiva de trigo-soja de segunda, soja de primera y nuevamente trigo-soja de segunda. Obschatko (1988) considera que el doble cultivo genera mayor ingreso, ya que, aunque los rendimientos de la soja de segunda son inferiores a los de primera, el conjunto de aquella con algún cultivo invernal produce ingresos superiores a los de cualquier otra alternativa, permite la obtención de un ingreso en la mitad del ciclo que financia el cultivo de segunda y posibilita la distribución de riesgos climáticos y de mercado. Pero también el doble cultivo presenta desventajas, como la necesidad de contar con un paquete de maquinarias más complejo y de mayor potencia para cumplir con los requisitos de realizar las labores con gran rapidez, ajustándose a las fechas, y deteriora la estructura física del suelo, lo que se acentúa en los casos de arriendo de la tierra en donde se intensifica su explotación.

El gráfico n° 2 es evidencia del proceso aquí analizado, dado que muestra, sobre la base de los cultivos seleccionados a lo largo de las últimas campañas 1969-2021, el claro incremento en la producción de soja a nivel nacional, a lo que debemos incorporar el maíz, que también acompaña al denominado proceso de estabulación. Asimismo, se ve el mantenimiento estable, aunque zigzagueante, de la producción de trigo, girasol y avena.

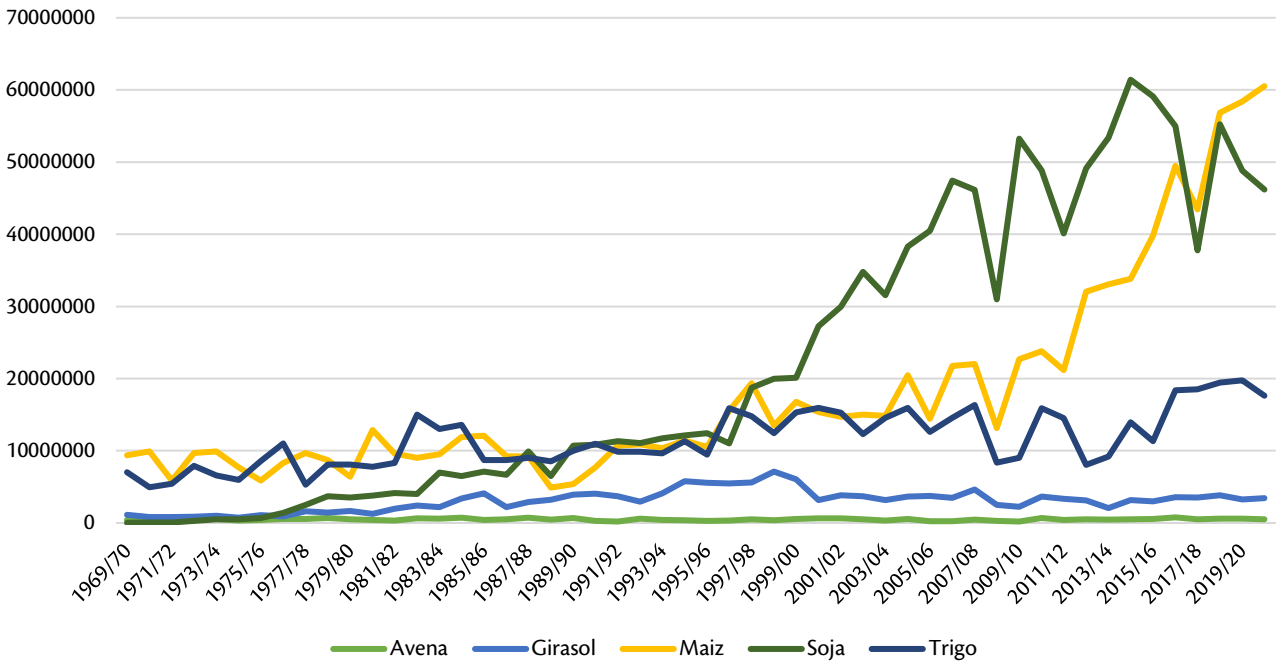



Gráfico n° 2. Producción de cereales y oleaginosas, Argentina, 1969-2021. Fuente: elaboración propia sobre la base de datosestimaciones. magyp.gob.ar/.

Agriculturización

Por su parte, los mapas n° 37 y 38 muestran, en un período que abarca las campañas 2000/01 hasta 2019/2020, la continuidad del avance del cultivo de soja, iniciada en 1970, en principio en la región pampeana y luego avanzando decididamente hacia el norte del país en Santiago del Estero, Chaco, Tucumán y Salta en una especie de cuña que se interna en el impenetrable chaqueño.

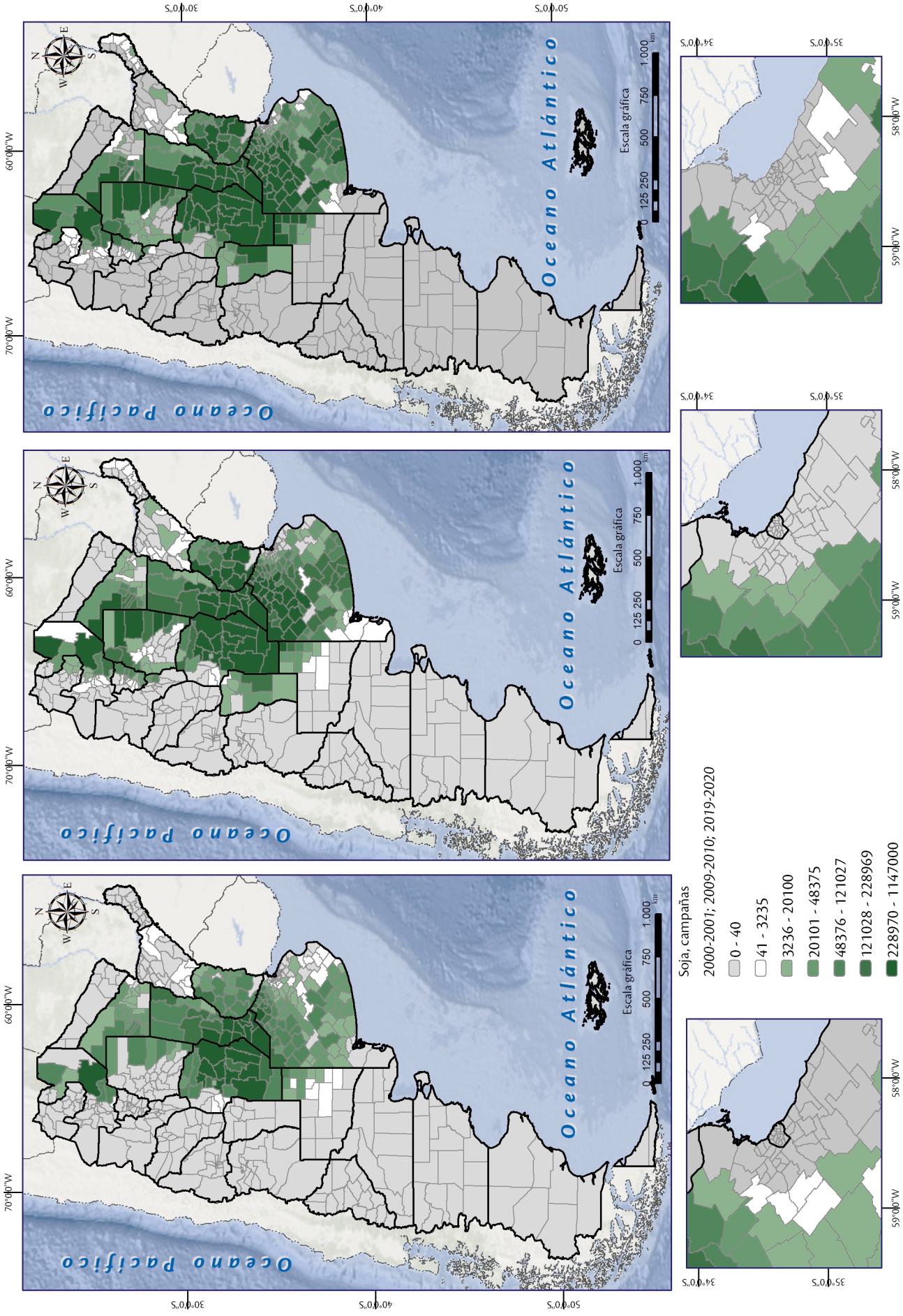
Asimismo, la agriculturización es el marco general que posibilita el proceso de estabulación, anteriormente mencionado, el cual refiere a la intensificación de la producción ganadera, debido a que el sustento de esta actividad deja de ser exclusivamente el sistema de pastoreo extensivo de los campos naturales e implantados con especies forrajeras, para adicionarse, a partir de 1990, con otros sistemas de producción basados en el engorde a corral, mediante modalidades clásicas de *feed lot* o a través de la suplementación con granos como forma complementaria de pastoreo (Azcuy Ameghino, 2003).

El avance de la agricultura, y más precisamente del cultivo de soja, ha disminuido la superficie destinada a la producción ganadera, por lo que ésta debe concentrarse en un área menor. Este cambio ha implicado un progreso técnico, ya que con menos superficie se mantiene el mismo número de ganado (Giberti, 2006).

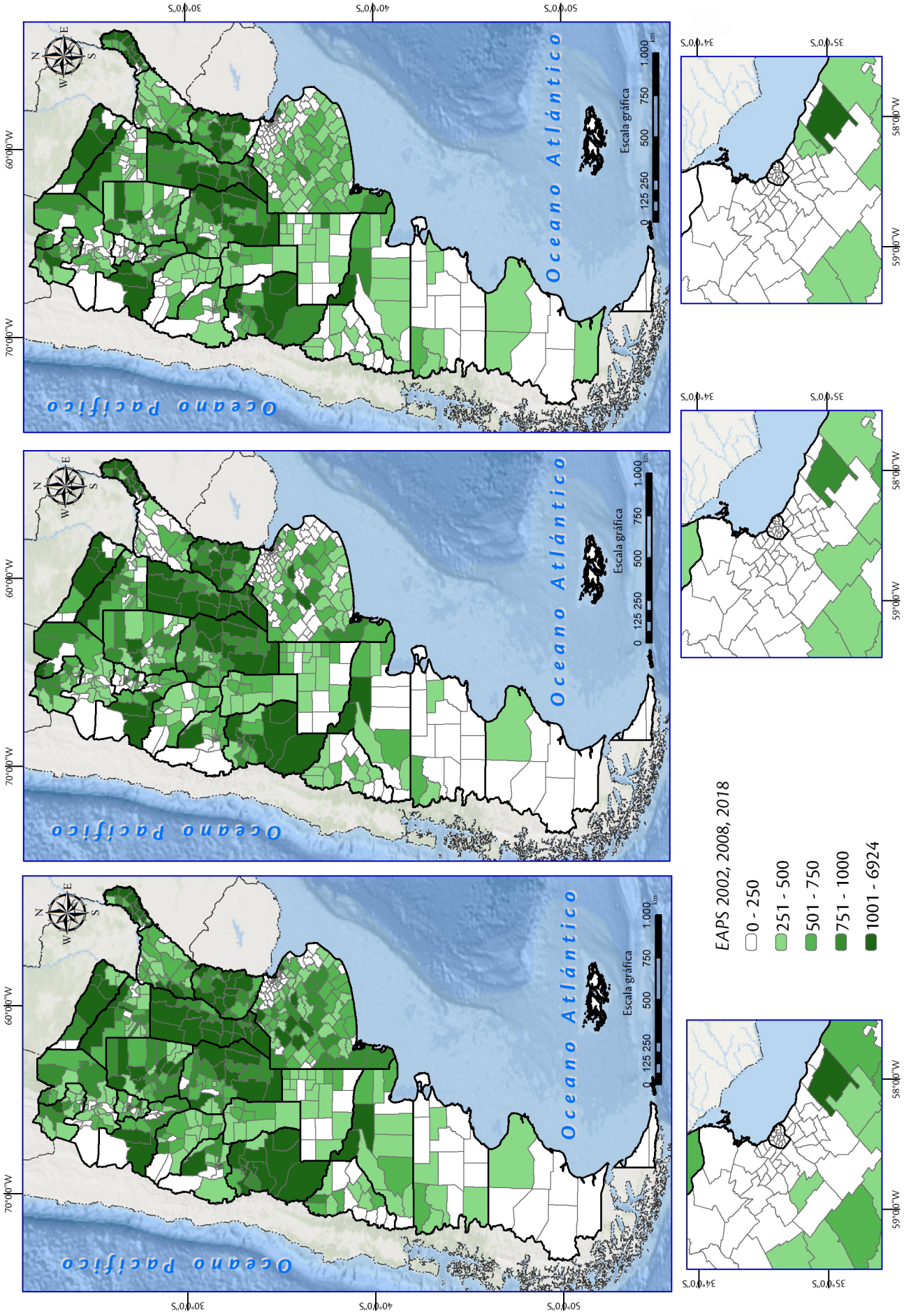
*Feedlot*

El desarrollo de la actividad del engorde a corral se concreta a través de inversiones financieras, el establecimiento de hipermercados que demandaban carne uniforme de manera continua y la posibilidad que brinda de llevar a cabo una rápida circulación del capital (Sili *et al.*, 2015). El *feed lot* consiste en encerrar los bovinos en corrales que poseen bebederos de agua y provisión diaria de alimento, predominantemente maíz. Esto explica el gran incremento de la producción de este cereal en el país, desde la década de 1990, tal como pudo verse en el gráfico n° 2. Con el sistema de engorde a corral, el animal camina menos, ya que tiene el alimento servido y a disposición y, por esta misma razón, come más. Sin embargo, "la carne producida con esta técnica tiene más grasa que lo necesario, más colesterol y el sabor es distinto" (Giberti, 2006, p. 47). La carne de corral es menos sabrosa al compararla con aquella otra obtenida de animales que se alimentaron con las pasturas naturales o implantadas a campo abierto, debido a que esta alimentación es más diversificada y provoca que el ganado esté en movimiento para conseguir su comida. A pesar de esto, el engorde a corral se desarrolla en Argentina, ya que los intereses se mezclan en cuanto a los usos del suelo, sobre todo en la región pampeana, donde las características físico-naturales permiten la obtención de una mayor renta agraria. Igualmente, este sistema no deja de tener sus detractores:

Mapa n° 37 y 38. Producción de soja campañas, 2000/2001 - 2019/2020.



Mapas n° 39, 40 y 41. EAPs según partidos/departamentos, 2002, 2008 y 2018.

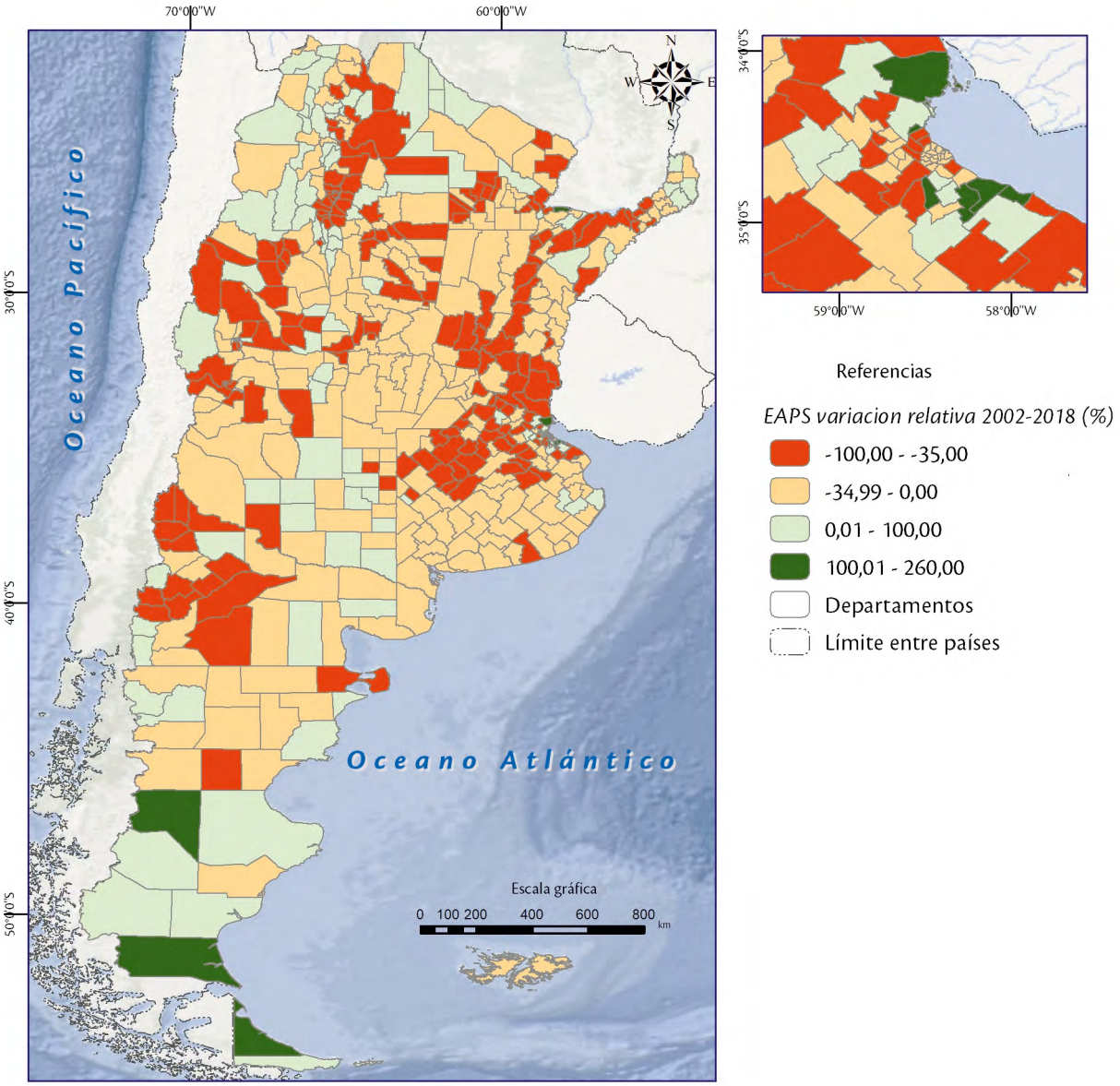


> (...) creo que hay que procurar que no avance más, y que desaparezca. La Argentina tiene posibilidades excepcionales para producir ganado con engorde natural, y no con corrales, y tiene que aprovechar, porque puede ofrecer carne de mucho mejor sabor que la carne de corral (Giberti, 2006, p. 48).

El sector agropecuario argentino se encuentra atravesando los procesos antes descritos, lo que redunda en la desaparición de un importante número de explotaciones agropecuarias (EAPs), el deterioro de las condiciones de vida de las familias rurales y de las condiciones ambientales, efectos del modelo de agricultura industrial que se impone desde la década de los noventa del siglo XX. El número de EAPs disminuyó en el período intercensal 1988-2002, en un valor de 87.688 explotaciones; en el lapso 2002-2018, hubo una merma de 83.870 EAPs, lo que indica una reducción de 40,7 % del total entre 1988 y 2018, tal como reflejan los mapas n° 39, 40 y 41.

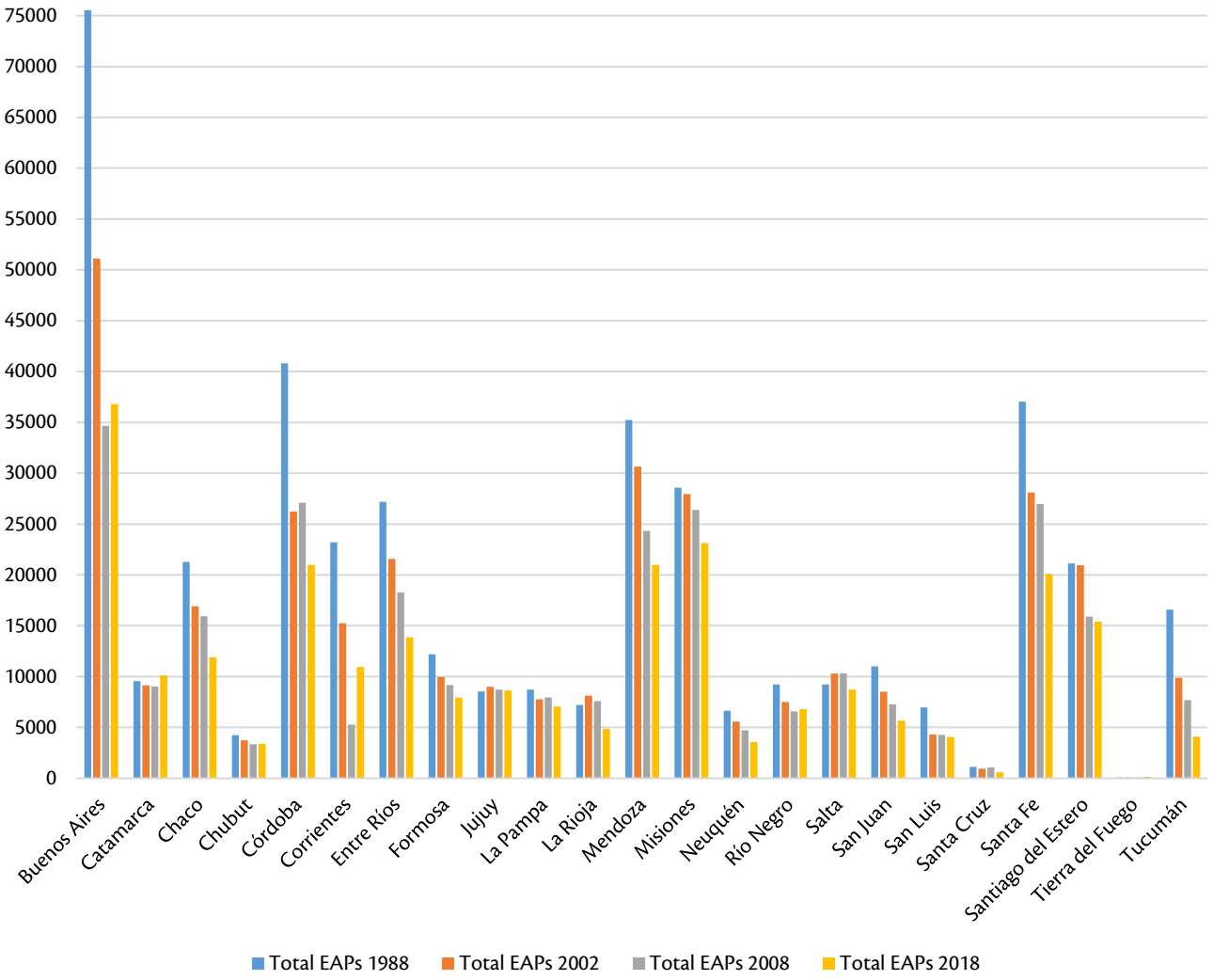
A escala departamental, el mapa n° 42 muestra que la variación intercensal del número de EAPs es negativa en importantes áreas agroproductivas del país, como la provincia de Buenos Aires, los dúos Santiago del Estero-Tucumán, Corrientes-Misiones y Mendoza-San Juan y a lo largo del corredor fluvial del Paraná y los esteros del Iberá. En la situación contraria, como ya se expresó, sobresalen unidades del Noroeste (provincias de Jujuy, Salta, Catamarca y La Rioja), el norte de Córdoba, La Pampa, San Luis y especialmente la provincia de Santa Cruz. En estos casos, la subdivisión de tierras, la puesta en marcha de nuevos tipos de cultivos y los avances tecnológicos que impactan en la productividad del suelo y en las estrategias aplicadas por los productores podrían ser algunos de los factores explicativos de la dinámica observada.

Mapa n° 42. Variación relativa en el número de EAPs, 2002-2018.



El gráfico n° 3 evidencia las tendencias antes mencionadas. Los valores absolutos señalan que, desde 1988 hasta 2018, en líneas generales, se ha reducido la cantidad de EAPs en el país, con excepciones en Corrientes y Catamarca. Esta última ha tenido históricamente una estructura productiva tradicional y reducida vinculada a las actividades extractivas primarias. Hacia finales del siglo XX, se expandieron la minería y los cultivos de olivo, nogal, vid y tabaco, actividades desarrolladas a pequeña escala en etapas anteriores (Osatinsky, 2013). Son especialmente notables los incrementos en la producción de soja en asociación con trigo, cultivo empleado como rotación en las tierras con soja. Sobre los frutales es notable la expansión del olivo, sobre todo desde 1990. También el rubro de las forrajeras se destaca acompañando el desarrollo de la actividad ganadera. Corrientes mostraba un marcado proceso de reducción del número de EAPs en los tres registros anteriores y para 2018 es notorio el incremento. El aumento en la producción de arroz, sobre todo en la región oriental, antes tradicionalmente ganadera, es caracterizador de la dinámica correntina. Este proceso se contrapone a la casi desaparición de la producción arrocera en el oeste y el norte provincial. La nueva área se caracteriza por el salto tecnológico aplicado respecto del recorte territorial tradicional asociado a siembra directa, uso de aviones en la siembra de semillas pregerminadas, fertilizantes, agroquímicos, variedades de mayor rinde, sistemas de riego, entre otras cuestiones (Ramos, 2008).

Gráfico n° 3. Variación absoluta en el número de EAPs según provincias argentinas, 1988-2002-2008-2018. Fuente: Elaboración propia sobre la base de Censos Nacionales Agropecuarios 1988, 2002, 2008 y 2018, INDEC.




Por su parte, el gráfico n° 4 expresa el mismo proceso mediante el cálculo de la variación relativa intercensal para el periodo transcurrido en los treinta años del relevamiento, 1988-2018.

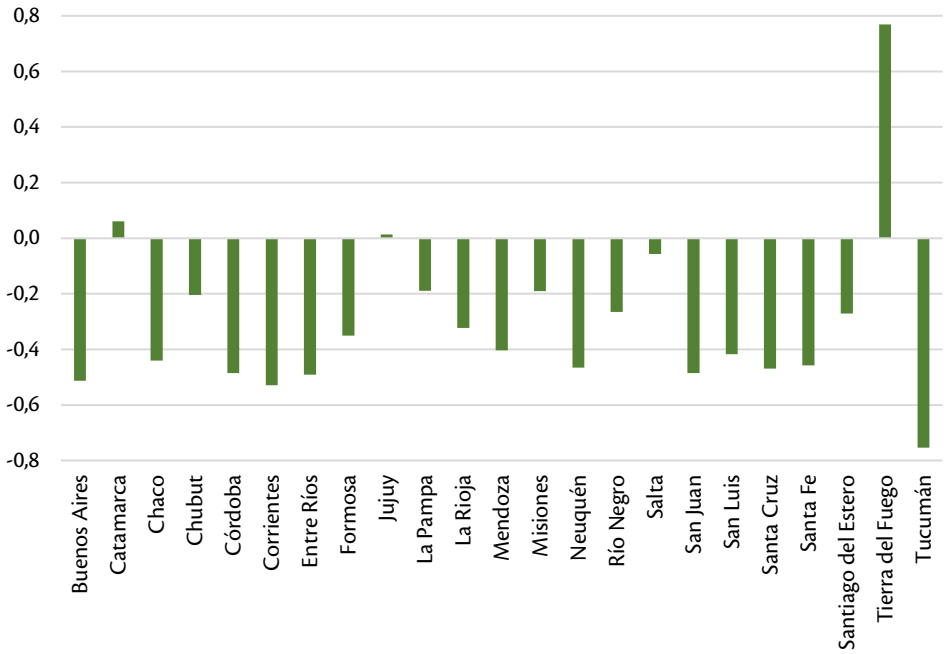



Gráfico n° 4. Variación 1988-2018 EAPs, por provincias. Fuente: Elaboración propia sobre la base de Censos Nacionales Agropecuarios 1988 y 2018, INDEC.

La variación, como era de esperar, se comporta en sentido negativo entre los censos considerados, con excepción de Catamarca, Jujuy y Tierra del Fuego. Tal como afirma Teubal (2001) y Domínguez y Sabatino (2006), este conjunto de transformaciones se sustentan en la soja y el paquete tecnológico que la acompaña, a costa de la ganadería y de otros cereales tradicionales.

En el período 1988-2002, casi la totalidad de esta caída se produjo en explotaciones menores a 500 ha, mientras que hubo un aumento en las ubicadas entre 500 y 10.000 ha. Por otra parte, entre 2002 y 2018 hubo reducciones en todos los estratos; no obstante, las mayores disminuciones se observan en las de menos de 500 ha, concentradas especialmente en las EAPs de 10 a 25 ha, tal como muestra el gráfico n° 5.

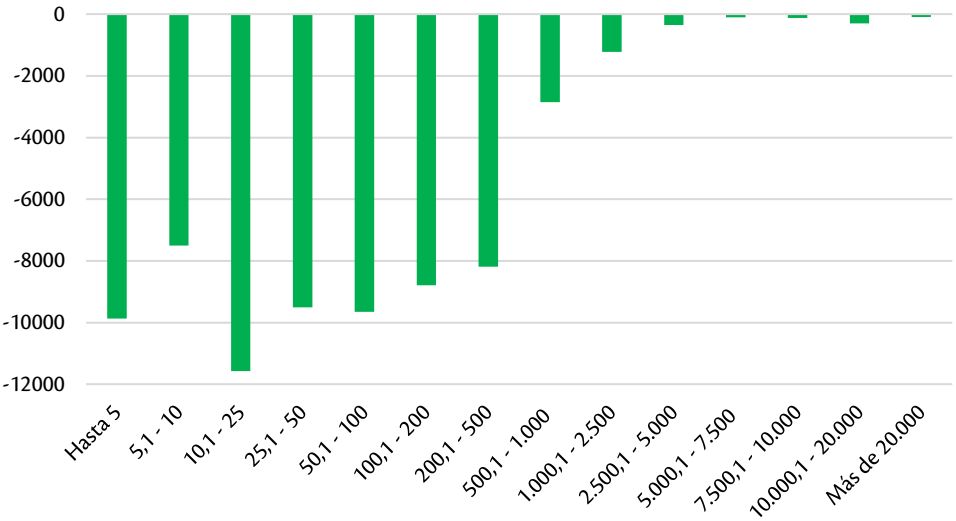



Gráfico n° 5. Reducción en el número de EAPs, 2002-2018, según escala de extensión, Argentina. Fuente: elaboración propia sobre la base de Censos Nacionales Agropecuarios 2002 y 2018, INDEC.

El tamaño medio de la explotación pasó de 424 a 588 hectáreas en el periodo 1988-2002 y entre 2002 y 2018 se incrementó hasta 681 hectáreas, evidenciando el mencionado aumento de escala. El aumento de la superficie media alcanza sus mayores porcentajes en las provincias de Corrientes, Neuquén, Santa Cruz y San Luis; no obstante, interesa expresar que hay provincias donde el valor medio de las EAPs se redujo ostensiblemente, esto es, en Tierra del Fuego, Chubut, Río Negro, observable en el gráfico n° 6.

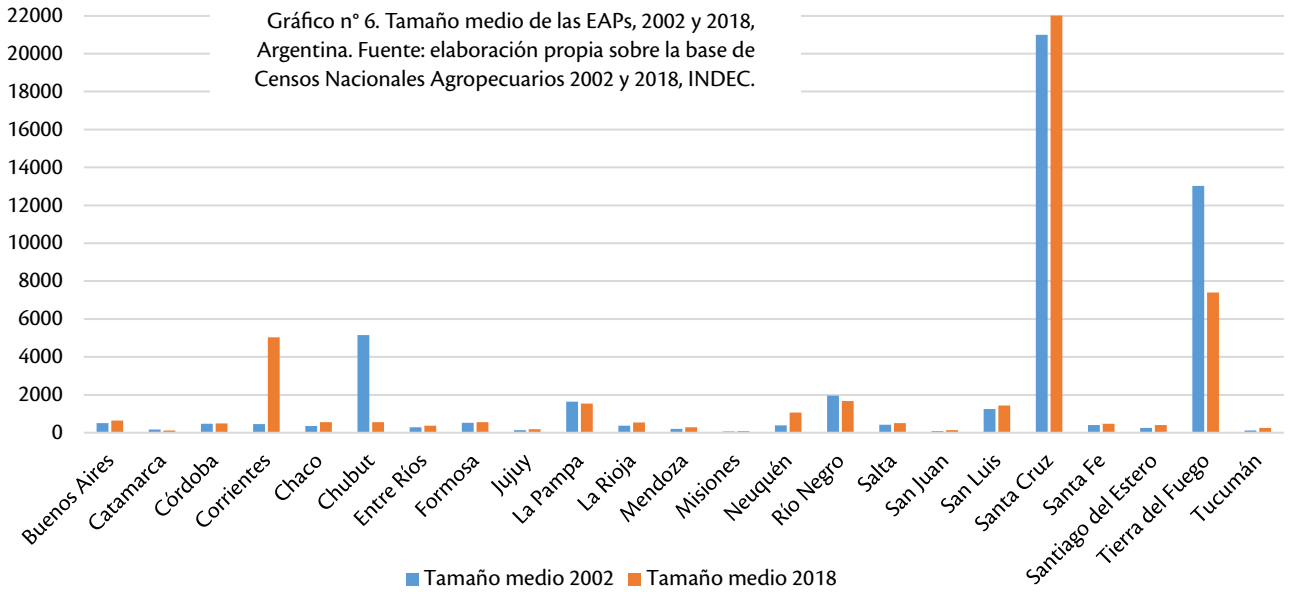
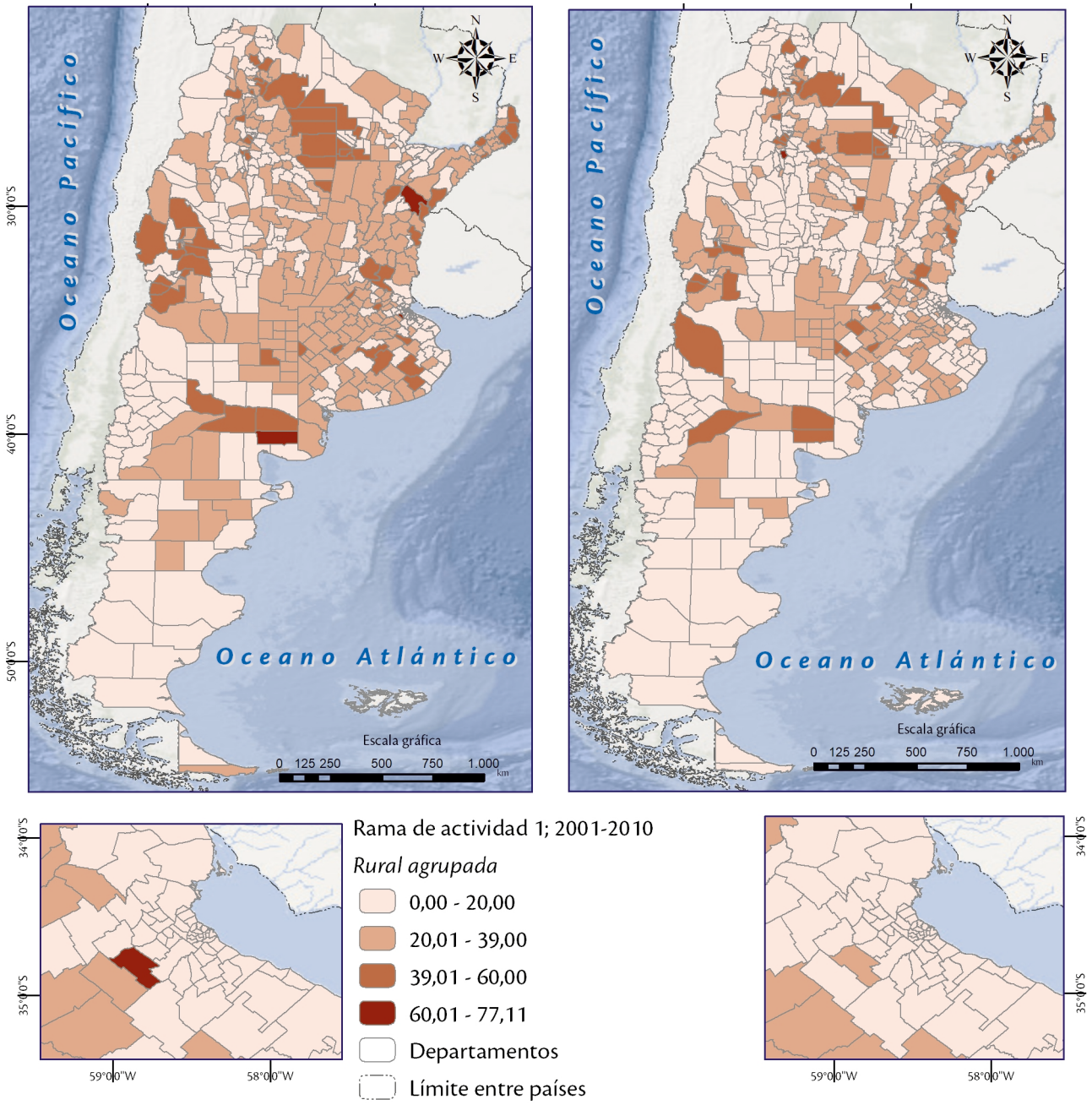


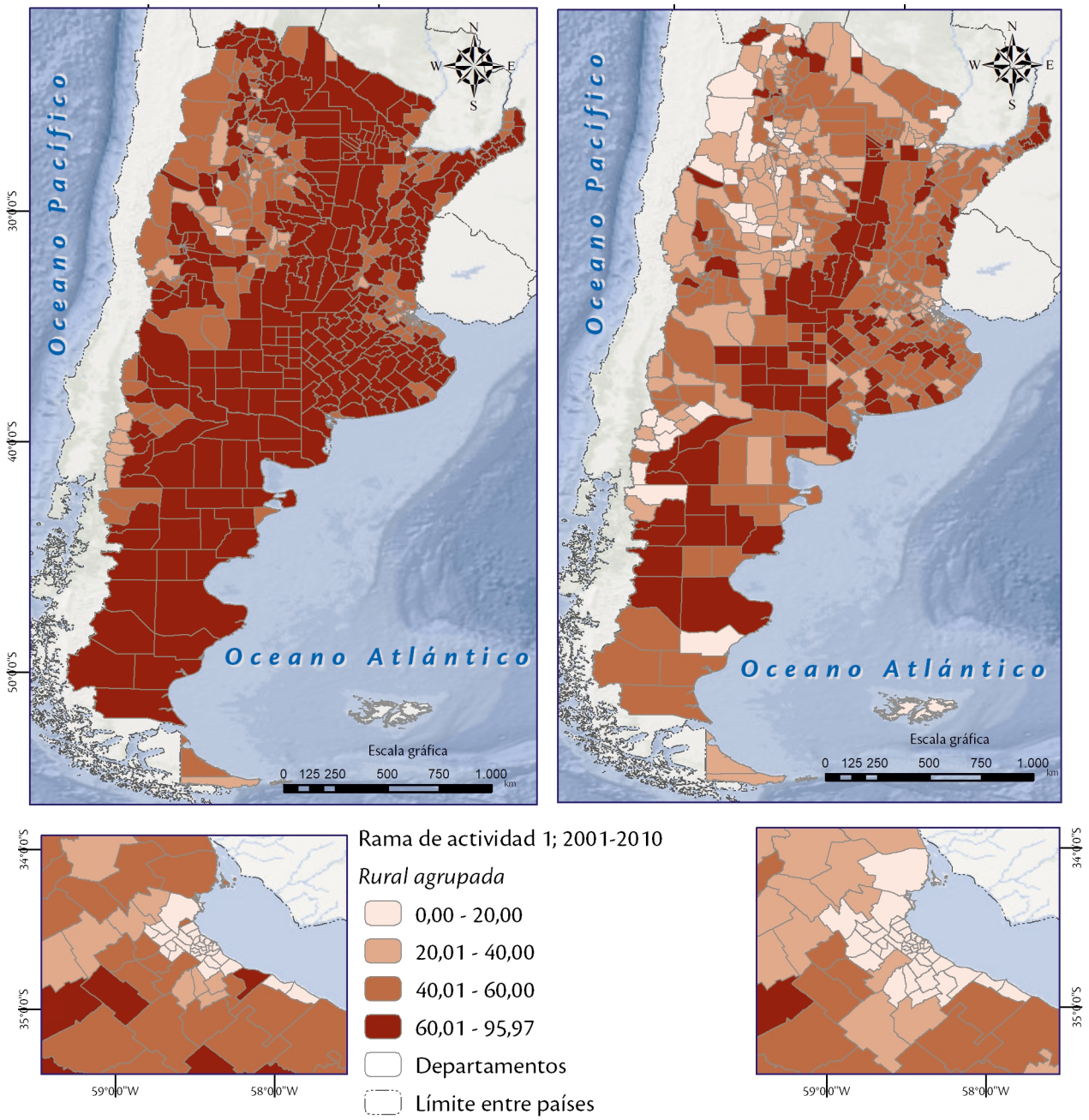

Gráfico n° 6. Tamaño medio de las EAPs, 2002 y 2018, Argentina. Fuente: elaboración propia sobre la base de Censos Nacionales Agropecuarios 2002 y 2018, INDEC.



Estas transformaciones también se hacen visibles mediante el análisis de las ramas de actividad en las cuales se ocupan los habitantes de los espacios rurales nacionales. La Rama 1 de la economía, en la que se concentran actividades agropecuarias, forestales, de caza, silvicultura y pesca, es un marcador de interés que también muta acompañando las restantes transformaciones del sector rural. Así, los mapas n° 43 y 44, que representan la rama 1 para la población rural agrupada, y los mapas n° 45 y 46, para la rural dispersa, marcan una clara reducción, en los períodos estudiados, respecto de la población ocupada en labores básicamente primario-extractivas, información que apuntala los procesos de desplazamiento poblacional, así como también el pluriempleo y la diversificación de tareas.

*Página anterior:*
Mapas n° 43 y 44. Rama de actividad 1, 2001 y 2010, Argentina rural agrupada.

Mapas n° 45 y 46. Rama de actividad 1, 2001 y 2010, Argentina rural dispersa.




## COMENTARIOS FINALES

El espacio rural argentino está configurado por la coexistencia de múltiples ruralidades, de ahí la importancia de mostrar y analizar las diferenciaciones demográficas y socioeconómicas.

La observación hacia el interior del espacio rural, en la escala de los departamentos o partidos, ha permitido un acercamiento a la diversidad de dinámicas

poblacionales y productivas, las que también se relacionan con las formas de asentamiento, es decir, en localidades o dispersa en el campo. A esto se suma la propia influencia ejercida por el lugar que se esté analizando y el modo en que interactúan con ese espacio determinados procesos. Por tanto, si bien el espacio rural argentino es uno, la información precedentemente sistematizada expresa que existen diferentes ruralidades enmarcadas por especificidades, ciertas disputas y complejidades.

En la Argentina, la realidad rural está marcada por el neoliberalismo, el avance del agronegocio y de la agricultura científica o industrial; sin embargo, estos acontecimientos no extinguen a las otras realidades, si no que conviven con ellas, compitiendo por los usos productivos de los suelos y las formas residenciales. Los procesos sociales y demográficos que se articulan con los fenómenos globales, culturales y macroeconómicos, configuran otras maneras de construir territorio, en la que la pertenencia y la identidad territorial aún son centrales. En tal sentido, es posible referir a múltiples ruralidades en el país, algunas más visibles que otras, ruralidades que se expresan en pueblos que decrecen o crecen, se feminizan y envejecen merced a la emigración. O se rejuvenecen y encuentran nuevas familias para animar otras territorialidades. Estos pueblos que prestan servicios tanto a lo rural profundo como a lo urbano también muestran en el tiempo algún estancamiento en sus actividades o, por el contrario, se reinventan de la mano de nuevos procesos de poblamiento. Áreas rurales profundas envejecidas y masculinizadas, donde las tasas de dependencia ponen en debate el bienestar y las condiciones de vida en las que habitan esos adultos mayores.

Los cambios sociales y demográficos ocurren casi paralelamente a reconfiguraciones productivas que se explican por el arribo de nuevos actores, así como por la implementación de nuevas estrategias, como el pluriempleo, la renta de la tierra y los contratos accidentales. Nuevos usos del suelo –residenciales, recreativos, gastronómicos, etc.– en áreas otrora agroproductivas también cambian los paisajes y las estructuras sociales. Es en el espacio rural donde las numerosas ruralidades se encuentran, coexisten, se superponen y, no sin conflictividad, reconstruyen los territorios en dinámicas sin fin.

# POBLACIÓN INDÍGENA ARGENTINA
## Análisis espacial de su situación actual

### INTRODUCCIÓN

Este trabajo pretende dar cuenta de las particularidades de la situación actual de la población que se reconoce a sí misma indígena en nuestro país por medio de un análisis de los datos que componen el último Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas (INDEC, 2010), de los registros de las personerías jurídicas de aquellas comunidades inscriptas por el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI) y de referencias bibliográficas que aporten reflexiones para su comprensión. Se profundizará en la situación de aquellos pueblos que presentan el mayor peso demográfico, para lo cual se presentarán cartografías temáticas a escala departamental sobre las naciones Mapuche, Qom y Guaraní, además de la distribución general de indígenas en el país.

La necesaria revisión previa de algunos procesos históricos será de ayuda para advertir la escasa y tendenciosa información oficial que se ha construido y difundido en cuanto a este grupo poblacional, y será puesta en consideración como parte de los mecanismos desplegados por el genocidio perpetrado contra los pueblos originarios desde la formación misma del Estado nacional (Lenton, 2005; Navarro Floria, 2007; Delrio *et al.*, 2010), exponiendo la intencionalidad de fundar y sostener un país fundamentalmente blanco y eurodescendiente.

A partir de la recuperación de ineludibles investigaciones para el análisis de la temática, se irán desentrañando algunos procesos de resistencia, lucha y reconocimiento que han podido materializarse en un amplio marco normativo, conquistado a partir del cambio de paradigma jurídico en cuanto al derecho indígena concertado hacia finales del siglo XX. Se indagará, entonces, cuáles han sido sus implicancias en la generación de estadística indígena y si ha podido abonar una visibilidad de sus formas de existir en la actualidad, para concretizar efectivamente esa ampliación de derechos.

Como parte de la comprensión de las formas de vida actual de los pueblos originarios en Argentina, se analizará, por último, su condición urbana, pretendiendo compartir algunas reflexiones en torno a la producción y la reproducción del espacio en las ciudades y la posibilidad de existir en esos contextos, donde los múltiples dispositivos ejecutados por quienes comandan las lógicas espaciales ejercen su acción creando una forma de organización y evidenciando disputas por la construcción de la ciudad y por el significado que la ciudad producida adquiere.

### UNA HISTORIA DE EXTERMINIO E INVISIBILIZACIÓN

En la génesis y la consolidación del Estado nación en Argentina, se ha operado intencionalmente hacia la desestructuración de los pueblos originarios, no sólo a través de las matanzas, sino también por medio de procesos de sometimiento, concentración, deportación, distribución y explotación (Delrio *et al.*, 2018). Ciertas situaciones, como la apropiación de niños y niñas, la distribución de mujeres

#### Desestructuración de los pueblos originarios

como servidumbre, la disociación forzosa de comunidades y familias, el traslado masivo mayormente a pie y a largas distancias que implicaron la muerte de personas en contextos de tortura física y mental, en conjunto con la expulsión de sus territorios o el arrinconamiento hacia las zonas menos productivas, el saqueo de las riquezas naturales que afectan directamente a su salud y supervivencia, han sido algunas de las formas que adquirieron los despojos violentos y masivos que, en conjunción con otros más lentos y silenciosos, se combinan en una clara intención de exterminio.

Conquista del Desierto

Los territorios de Pampa y Patagonia después de las campañas militares de fines de siglo XIX, que culminaron con lo que perversamente se denominó 'Conquista del Desierto' (1878-1885), continuaron sufriendo hostigamiento y violencias. El objetivo era consolidar economías regionales que sirvieran al modelo agroexportador pretendido; la estrategia fue construir un estereotipo de lo indígena desde el poder soberano del Estado que le permitiera perseguir, reprimir y violentar una supuesta potencial amenaza contra la integridad nacional y el anunciado progreso civilizatorio de los territorios nacionales.

Desarticulación social

De igual forma que en la actualidad, la tierra representaba la posibilidad de garantizar la reproducción de un grupo social, por lo que los traslados y el confinamiento en campos de concentración sirvieron no sólo a la liberación de tierras sino también para cumplir este objetivo de desarticulación social (Briones y Delrio, 2002). Desde allí se negociaron, en algunos casos de casi privilegio y en condiciones de franca asimetría, ciertas entregas puntuales de tierra a caciques reconocidos por el Estado. Esta posibilidad permitió el reagrupamiento en torno a tales figuras y dio a algunos grupos la oportunidad de sobrevivir, aunque lógicamente la conformación de éstos y el destino en el que fueron reubicados escapó ampliamente a su elección (Cañuqueo *et al.*, 2015). Se trató, en todos los casos, de zonas marginales, de escasa o muy mala capacidad productiva, cuya demarcación fue impuesta por los límites de la propiedad privada en los mapas oficiales, otorgándoles el sobrante, después que las elites y el Estado distribuyeran el territorio despojado.




Figura nº 1. Pueblos originarios en el marco de la movilización hacia el Congreso de la Nación para exigir la sanción de la Ley de Humedales, 2021, Johana Arce para TeleSISA, Comunicación con Identidad. Fuente: Archivo personal de Johana Arce.

Asimismo, se repartieron algunas tierras en reconocimiento a la colaboración de caciques como baquianos en la avanzada sobre el territorio y en la definición de la frontera argentino-chilena, siempre y cuando la deferencia de su población, en tanto argentinos, prevaleciera por encima de su determinación como indígenas (Lenton, 2005). Tal es el caso del territorio denominado 'Colonia Pastoril Cushamen', ubicado al noroeste de la actual provincia de Chubut, que sirvió de resguardo y evitó entonces el exterminio de muchas familias del pueblo mapuche, lo cual no significó que dicha zona esté, hasta hoy en día, exenta de violencias y amedrentamientos (Ramos, 2006; Aranda, 2015; Jones Huala y Caire, 2020).

Colonia Pastoril Cushamen

A pesar de estos acuerdos de asentarse en lo que entonces no investía un interés económico inmediato, el rasgo característico de la época sería la inseguridad jurídica con respecto a la propiedad de la tierra. Los largos peregrinajes que pueden identificarse en las historias de vida de estas familias hacen referencia a los años de incertidumbre y pobreza que debían afrontar las comunidades luego de las campañas militares (Delrio, 2010), porque, a medida que se realizaban las mensuras y se entregaban a la oligarquía local y al capital extranjero las tierras más valiosas, muchos grupos se incorporaban al trabajo asalariado en las estancias crecientes o eran permanentemente desplazados de un lugar a otro según las presiones del poder político y económico del momento. A medida que avanzaban los alambrados y se expandía la propiedad privada en manos de grandes estancieros, se fortalecía la invisibilidad de las poblaciones indígenas y dejaban de ser nombradas como tales para transformarse en pequeños productores de subsistencia o en trabajadores rurales.

Inseguridad jurídica sobre la tierra

La brutal matanza de peones ocurrida en Santa Cruz en el marco de las huelgas rurales en los establecimientos ganaderos de 1920-1921, difundido como 'Patagonia rebelde' gracias a la precursora investigación de Osvaldo Bayer (1972a, 1972b, 1974, 1984), evidenció, una vez más, el diferente trato de habitantes y la conducta inmutable de un Estado nación que, ante la puesta en jaque del modelo económico pretendido, en este caso concretado en la promovida economía ganadera, la vida tenía un valor diferencial. Tal acontecimiento tuvo lugar tras la caída sostenida del precio de la lana, que conllevó un endurecimiento de las ya de por sí difíciles condiciones laborales de los peones y obreros rurales, en su mayoría indígenas, imponiendo el fusilamiento de un número hasta la fecha indeterminado de entre quinientos y mil quinientos trabajadores (Zubimendi *et al.*, 2018).

Patagonia rebelde

Hacia la década de 1930, se inició un proceso acuciante de profundización del despojo territorial y de empobrecimiento. La presión sobre la organización del territorio nacional y la apremiante crisis económica confluyeron nuevamente en los pretendidos avances de la propiedad privada en detrimento de las tierras indígenas antes otorgadas, a través de mecanismos entonces convertidos en ley, como los de coerción económica por pagos impositivos por pastoreo, los irregulares, pero no por ello menos recurrentes, desalojos por cuenta de particulares o las fortuitas operaciones ejercidas por inspectores de tierras, jueces de paz o por la cuestionable actuación de la Policía Fronteriza (Pérez, 2013), que funcionaron como verdaderos dispositivos de disciplinamiento con tratos diferenciales, discriminatorios y particularmente violentos sobre los pueblos originarios.

Década de 1930

Por su parte, el Noreste argentino sufrió un análogo destino. A las avanzadas de las campañas militares en Pampa y Patagonia, siguieron las de la denominada 'Conquista del Chaco' (1886-1911); la violencia como potencia económica (Iñigo Carreras, 1988) fue la destreza que desarrolló la oligarquía nacional por medio de la cual las poblaciones indígenas, ya diezmadas, estaban obligadas a convertirse en mano de obra estacional en ingenios azucareros del noroeste, obrajes madereros, yerbales y tabacales o en la cosecha del algodón a costos muy bajos, prácticamente de esclavitud, y continuar reduciendo sus poblaciones para consagrar aún mayor disponibilidad de tierras.

Noreste

Los episodios de San Javier, en el Chaco santafesino hacia 1905, la masacre de Napalpí en 1924 y las violentas represiones en Pampa del Indio y El Zapallar

en 1933, en la actual provincia de Chaco, sufridos por los pueblos qom y mocoví (Ubertali, 2013 [1987]), constituyen hitos de los crímenes ejecutados contra los originarios argentinos que se negaban a seguir siendo explotados del modo más grosero. Incluso mediando ya el siglo XX, el pueblo Pilagá, del grupo guaycurú, como los anteriormente nombrados, tuvo su violenta correlación en 1947 al perpetrarse la masacre de Rincón Bomba en el entonces Territorio Nacional de Formosa (Mapelman, 2015), como una muestra más de la práctica genocida sostenida, cuyas salvajes matanzas se extendieron aún más allá de la etapa de las campañas militares, cuando desde el Estado ya se presumía una supuesta integración pacífica (Mapelpan y Musante, 2010).

Estos procesos fueron haciéndose cada vez más devastadores hasta el día de hoy, confirmando la premisa de que el Estado argentino en formación decidió borrar unilateralmente la experiencia de conocimiento y trato mutuo que lo precedió, haciendo caso omiso a los acuerdos que se habían firmado con las naciones originarias, a través de acciones aberrantes explícitamente prohibidas por la Asamblea de 1813 y por la Constitución Nacional de 1853, que incluso entraban en tensión con los marcos de legitimación ya vigentes bien entrado el siglo XX (Lenton, 2005).

Años 1955-1983

Durante los años 1955-1983, la historia argentina fue protagonista de una sostenida inestabilidad política, que no se condijo con la estabilidad de las políticas y prácticas negacionistas e invisibilizadoras de lo indígena como parte de la sociedad argentina. La inexorable definición de subsumir a los pueblos originarios al difuso término de campesinado o trabajadores rurales, los relegó a un pasado lejano dilapidado con la consolidación del Estado nacional, siendo las expresiones y reivindicaciones indígenas severamente reprimidas y acalladas.

Reivindicaciones indígenas

Aún en este hostil contexto, los movimientos indígenas se tornaron actores sociales demandantes de políticas y derechos que reconocieran su existencia histórica y su presencia actual, fundamentalmente desde inicios de la década de 1980, a partir de las posibilidades que se abrieron en un contexto internacional latinoamericano favorable a las reivindicaciones de políticas indígenas. Fue en esta trama, y luego del retorno de la democracia en 1983, que tuvo lugar la organización y la reivindicación colectiva de derechos, temática que será profundizada en el próximo apartado.

Neoliberalismo

Sin embargo, esta ampliación de derechos se fue dando paralelamente al advenimiento del neoliberalismo en nuestro país, en el que se renovó la apuesta agroexportadora de la economía, generando una nueva y disruptiva avanzada sobre tierras entonces puestas en valor por la posibilidad de ampliar la frontera agropecuaria que otorgaba la tecnologización del agro, sustentada en la promoción de semillas transgénicas y los paquetes tecnológicos que las acompañan. La serie de ajustes estructurales ligados a la apertura del mercado externo y su consecuente desregulación económica favorecieron la práctica del agronegocio, generando ámbitos propicios para la inédita expansión de la monoproducción en detrimento de economías menores (Pengue, 2004; Pengue y Rodríguez, 2017).

Desestructuración de economías domésticas

El proceso conocido como modernización de la producción agropecuaria, hoy asociado a la revolución biotecnológica y a la ingeniería genética, supuso una progresiva disminución del número de explotaciones agropecuarias, acompañada del incremento de su tamaño, la intensificación del capital en los procesos productivos y la consecuente disminución del empleo rural (Barbetta y Lapegna, 2004; Albanesi, 2007). Como consecuencia de estas profundas transformaciones y de la consiguiente desestructuración de las economías domésticas y de subsistencia, aumentó el flujo migratorio de miembros de pueblos indígenas, al igual que el de otros sectores residentes en el ámbito rural, hacia las ciudades (Weiss *et al.*, 2013), debido a que las oportunidades de trabajo estacional comenzaron a restringirse por el proceso de incorporación de tecnología y capital intensivo en el sector.

Si en el espacio rural la expulsión permanente, el hostigamiento y la imposibilidad de existir, aun aceptando formar parte del Estado nacional argentino, han sido una constante, el modo de existir en las ciudades se presenta más alentador;

no obstante, la invisibilización y la homogeneización constitutivas de los procesos de construcción del espacio urbano se van transformando en nuevos territorios de disputa. Analizaremos, a continuación, la situación geográfica de los pueblos indígenas en la Argentina actual, su distribución y espacialidad a partir de los datos oficiales que se poseen, para luego adentrarnos en las implicancias de esta condición urbana que comienza a ser característica de buena parte de la población indígena del país.

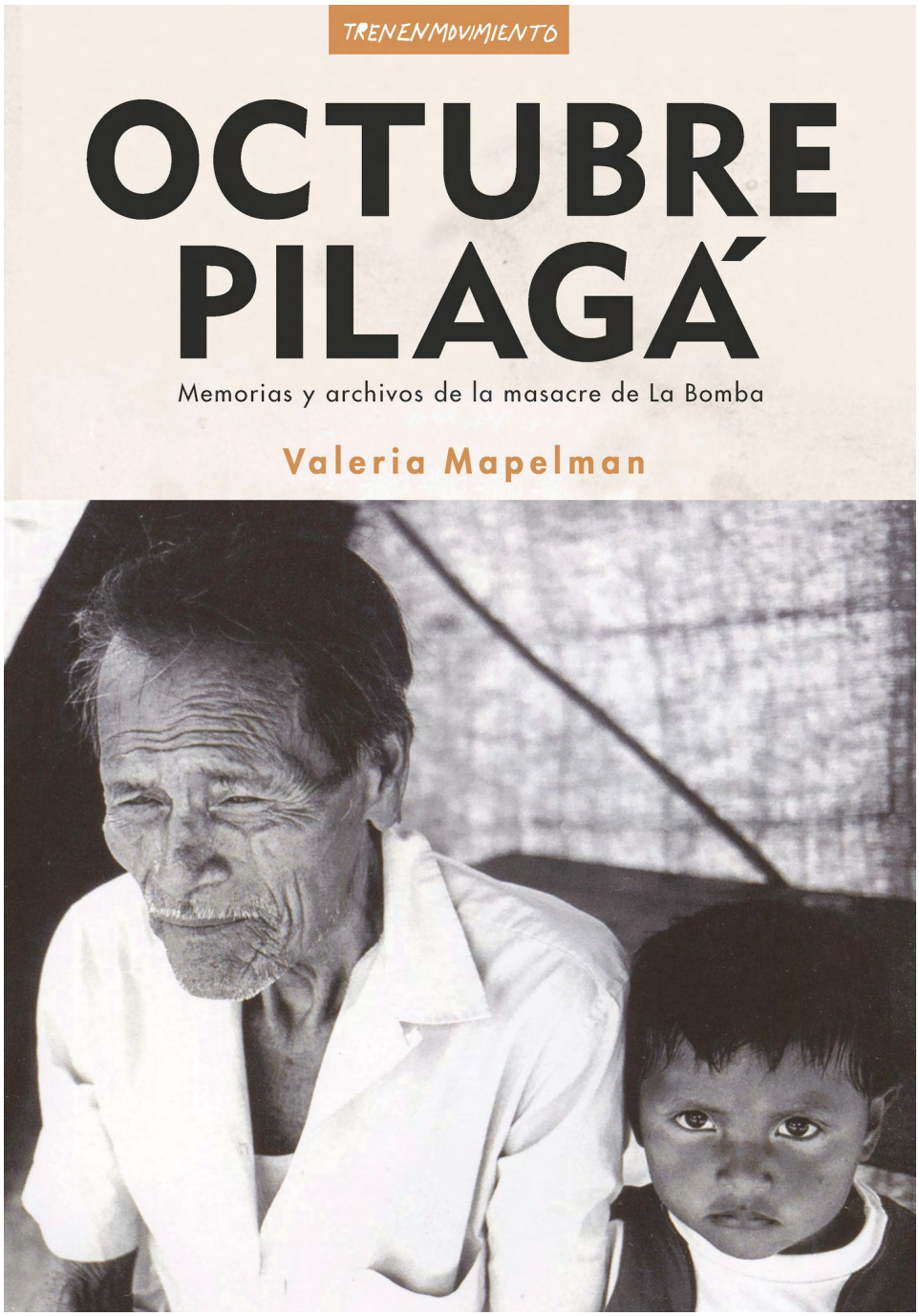



Figura nº 2. Portada del libro *Octubre Pilagá. Memorias y archivos de la masacre de La Bomba* de Valeria Mapelman, editado por Tren en Movimiento Ediciones. Esta obra reúne testimonios de sobrevivientes de la masacre del pueblo Pilagá realizada en 1947 por Gendarmería Nacional Argentina en la localidad de Rincón Bomba (Formosa).

## CENSOS Y ESTADÍSTICA INDÍGENA

Los censos nacionales constituyen la fuente de información oficial con mayor legitimidad para proporcionar datos confiables y objetivos respecta a una caracterización de la dinámica poblacional del país. Sin embargo, categorías, nomenclaturas y dimensiones que conforman las matrices de recolección de datos revelan las intencionalidades e ideologías de las clases dominantes de la época, de la misma forma que los índices que son luego elaborados y difundidos a partir de aquella información contienen, en su metodología, la racionalidad dominante en

la selección, ponderación y construcción de las variables consideradas, así como en el modo en que los resultados se ofrecen y socializan.

De este modo, resulta importante distinguir el impacto que los censos nacionales poseen en la generación de discursos hegemónicos que, lejos de ser hechos pasivos o de aparente imparcialidad, contribuyen a la generación de representaciones sociales en torno a la población en cuestión.

Primeros censos nacionales

Las estadísticas nacionales de Argentina han sido coherentes en la intención de reflejar y, por tanto, consolidar una nación esencialmente blanca, manifestada, por ejemplo, en la inclusión paciente de población migrante de origen europeo en los levantamientos y la ausencia de una recolección de información sobre la población originaria dentro de las fronteras soberanas. Concretamente, los primeros censos resultaron tributarios a una vocación constituyente que buscó en la demografía plasmar las huellas de un pacto social, por lo que en ellos se constituyeron los elementos básicos que permitieron testimoniar los progresos de la nación y medir los avances de la necesaria homogeneidad que garantizara la viabilidad del orden social. Las preocupaciones de los censos de 1869, 1895 y 1914, ancladas en la identificación de los elementos fundantes sin los cuales no es posible consolidar una nación, estuvieron guiadas por la necesidad de mostrar a la sociedad como un todo no conflictivo, que abonara a la requerida propaganda de las virtudes de un país cuyas expectativas de progreso social y desarrollo económico se esperanzaban en la llegada de inmigrantes (Otero, 1999).

Población indígena en censos. Pocas afirmaciones confirman tales pretensiones como el hecho de que la población indígena fue únicamente contabilizada de manera estimativa en lo que explícitamente se denominó "fuera del imperio de la civilización" en los dos primeros censos, mientras que en 1914 por última vez se relevan datos en las grillas de los censos nacionales sobre población "autóctona" –hasta la reforma constitucional de 1994–, pero a los únicos fines de diferenciarla demográficamente de la ansiada inmigración europea que ameritaba, ya para entonces, evidenciar y permitía vanagloriarse. Medio siglo después, acontecieron las inconclusas experiencias del Censo Indígena Nacional, en 1966 y 1968, a las que se sumarían luego algunas intenciones a escala provincial, como el Censo Aborigen de Formosa (1970) y el Primer Censo Aborigen Provincial de Salta (1984), que sólo incluyó un sector de la jurisdicción (Goldberg, 2007).

Cambio de paradigma jurídico

En 1992, por la Ley Nacional 24.071, Argentina adoptó el Convenio n° 169 de OIT, lo cual significó un avance de derecho indígena en materia jurídica, pero no consiguió que fuera efectivo. Sería recién en el año 2000 cuando se depositara el instrumento de ratificación del Convenio ante la OIT, que luego entraría en plena vigencia a partir de 2001, momento desde el cual el país quedó obligado a su cumplimiento y a rendir cuentas ante la OIT por su implementación. Sin embargo, en el marco de la reforma de la Constitución Nacional de 1994 y como producto del trabajo de las organizaciones indígenas en la Asamblea Constituyente de Santa Fe, se introdujo el reconocimiento de la preexistencia étnica y cultural (inciso 17 del artículo 75), a partir del cual los pueblos indígenas comenzaron a ser sujetos de derechos colectivos en nuestro país. Dicho suceso adquirió un valor histórico y jurídico sin precedentes, que modificó, por lo menos en la institucionalidad, el paradigma con que nació la República. Asimismo, en el marco de la reforma constitucional se incorporaron los tratados internacionales de derecho humanos (inciso 22 del artículo 75), lo cual implica que poseen supremacía jurídica sobre todas las leyes, incluido el antes mencionado Convenio n° 169 de la OIT. Así queda conformado el nuevo marco normativo vigente de defensa de derechos indígenas, el cual sería más tarde ampliado con la Declaración de Naciones Unidas sobre Derechos de los Pueblos Indígenas, en 2007. (González, 2019; Demiccheli Calagno *et al.*, 2015; Frites, 2011).

Con la obtención de tales normas, conquistas de las luchas indígenas, se intensificaron las exigencias de cifras oficiales en torno a los pueblos indígenas en el país, lo que promovió la sanción de la Ley Nacional 24.956 en 1998, en la que se

estableció la incorporación de la temática indígena en el siguiente censo nacional, que sería en 2001.

ECPI

Así, en la cédula censal próxima se incluyó una sección para identificar las viviendas en las cuales al menos una persona se reconocía miembro perteneciente o descendiente de uno de los diecisiete pueblos indígenas preestablecidos, o de algún otro, sin posibilidad de indicar cuál. Los datos resultantes del levantamiento sirvieron como insumo para lo que constituiría una muestra para la Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas (ECPI), llevada a cabo entre los años 2004 y 2005.

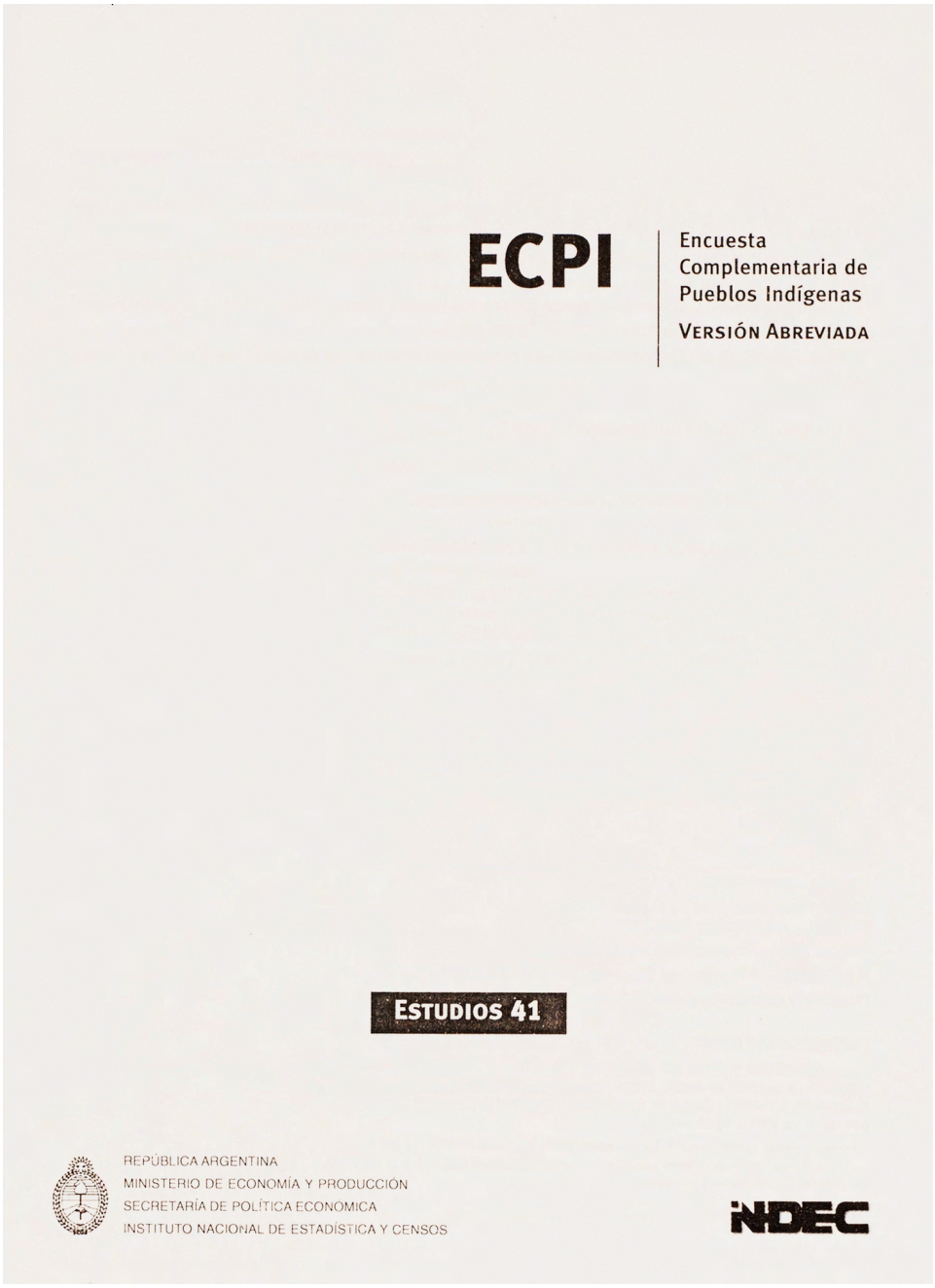



Figura nº 3. Portada de Informe sobre Encuesta Complementaria de Pueblos Indígenas (ECPI), 2004 y 2005. Fuente: Biblioteca INDEC.

Situación en el siglo XXI

Más allá de las limitaciones que pueden identificarse en la metodología adoptada, como haber incorporado la cuestión indígena en el módulo de viviendas, en lugar de crearlo en la sección de población como hicieron todos los países de América Latina, o la cuestionada forma de divulgación de los datos sistematizados (Rosso, 2019), el Censo 2001 y la ECPI 2004-05 (INDEC) evidenciaron que 600.329 personas se reconocieron indígenas a inicios del siglo XXI en Argentina, de las cuales 575.098 (96%) nacieron en este país. Tales datos no sólo ponen en

tensión la presumida inexistencia de población originaria, si no que renuevan el debate en torno a la incorporación reciente de esta población en nuestro país, producto de la recepción de migraciones limítrofes. Permite vislumbrar, a su vez, que de la población indígena que nació en Argentina 436.840 residen al momento del relevamiento en la provincia que nacieron, lo cual representa un 76%, mientras que el 14,5% nació en una provincia limítrofe, y sólo el 9,5% restante es oriundo de otra provincia, colocando también en cuestión la efectiva movilidad de la población indígena hoy, y proponiendo reflexionar sobre una distribución actual que da cuenta, sin dudas, de una movilidad y de desplazamientos, pero que tal vez no alcance para definir la situación de estos grupos poblacionales hacia el nuevo siglo.

Censo Nacional de 2010

En el Censo Nacional de 2010, se retomó la utilización de la metodología por muestreo, como fueron realizados los censos de 1980 y 1991, aplicando dos cédulas diferenciadas para las viviendas particulares. El cuestionario (A) fue utilizado en todas las ciudades con menos de 50.000 habitantes y en una muestra del 10% de las viviendas localizadas en las ciudades con más de 50.000, mientras que en las viviendas restantes de esas mismas localidades fue usado el cuestionario (B). Las preguntas vinculadas al autorreconocimiento indígena estuvieron presentes únicamente en el cuestionario (A), por lo que los datos finales resultantes corresponden a una proyección estadística que partió de dicho muestreo, situación que generó controversias impulsadas por parte de las organizaciones indígenas. Según estos resultados, el número total de población indígena en Argentina asciende a 955.032 personas, que se distribuyen por departamentos / partidos de acuerdo al mapa n° 1.

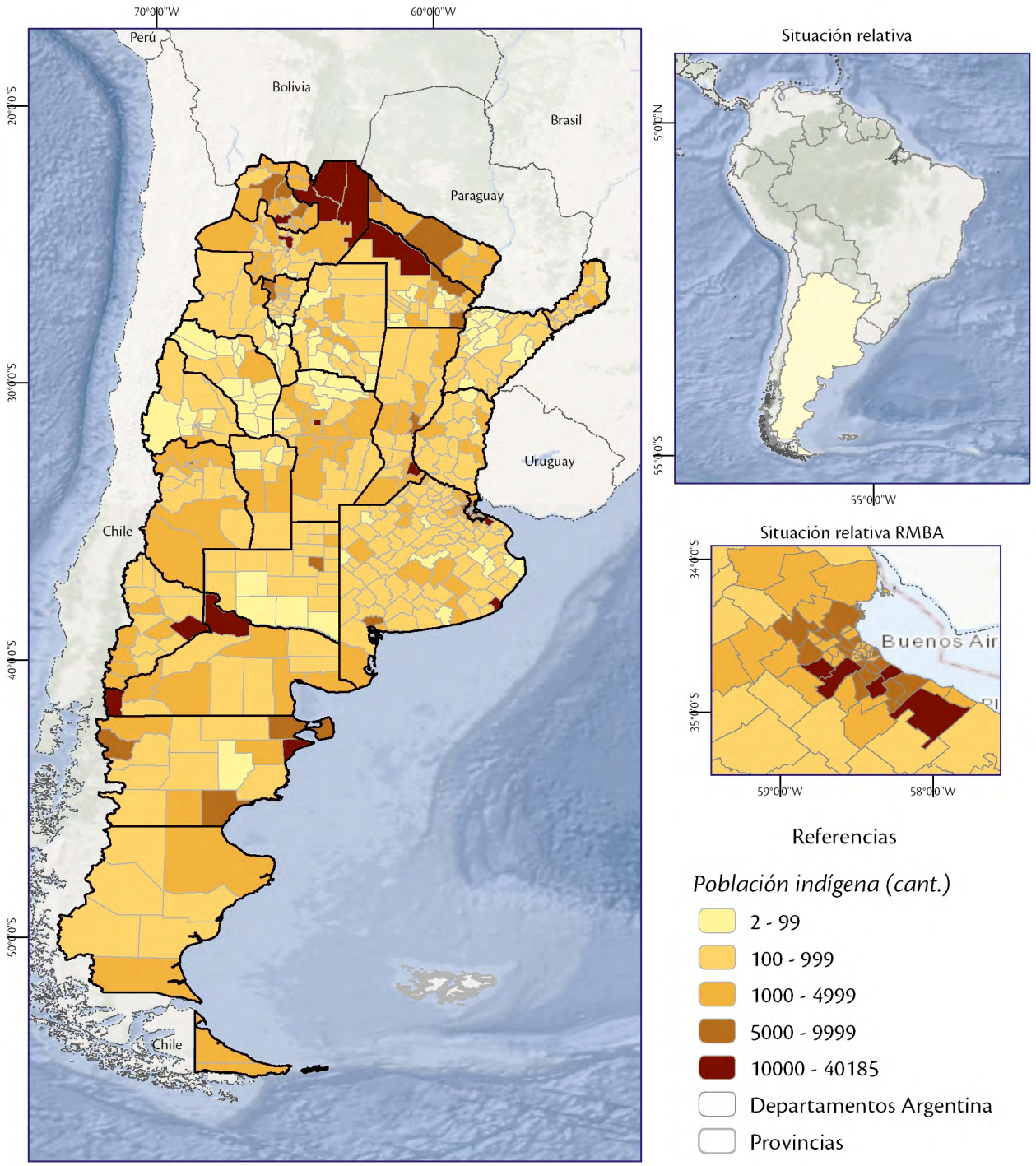
Es preciso señalar que no existe unidad jurisdiccional que no posea población indígena, así como se evidencian concentraciones significativas en torno de las grandes ciudades y capitales provinciales, como es el caso de Ciudad de Buenos Aires y La Plata, Santa Fe y Rosario, Córdoba, Salta, San Salvador de Jujuy, entre otras, situación que abordaremos más adelante.

Población indígena por provincias

Del mismo modo, puede afirmarse que poco menos de la mitad de la población indígena de Argentina, 425.957 personas, se encuentra en la región pampeana (comprendida por las provincias de Buenos Aires, La Pampa, Santa Fe, Entre Ríos y Córdoba), posición que se torna inversa si se considera su valor relativo respecto a la población total de la región, representando el 1,8%. Entonces, es la región patagónica –Río Negro, Neuquén, Chubut, Santa Cruz y Tierra del Fuego– la que presenta una mayor concentración proporcional de este grupo poblacional, con un 7,1%, muy por encima del valor nacional (2,4%), seguida por la región NOA –Jujuy, Salta, Tucumán, Santiago del Estero, Catamarca y La Rioja–, con el 3,6%. Por su parte, tanto Cuyo –Mendoza, San Luis y San Juan– como NEA –Corrientes, Misiones, Chaco y Formosa– y CABA presentan proporciones que oscilan en los dos puntos (2,5%, 2,2% y 2% respectivamente).

Cuadro n° 1. Población indígena respecto a población total por regiones, Argentina. Fuente: INDEC, 2010.

| *Región* | *Población indígena* | *Población total* | *%* |
|---|---|---|---|
| Cuyo | 56.982 | 2.822.988 | 2,02 |
| CABA | 61.876 | 2.830.816 | 2,19 |
| NEA | 91.655 | 3.651.507 | 2,51 |
| Patagonia | 145.126 | 2.051.803 | 7,07 |
| NOA | 173.436 | 4.871.934 | 3,56 |
| Pampeana | 425.957 | 23.442.051 | 1,82 |
| *TOTAL* | 955.032 | 39.671.099 | 2,41 |




Mapa n° 1. Cantidad de población que se reconoce indígena por departamento.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.

Naciones originarias

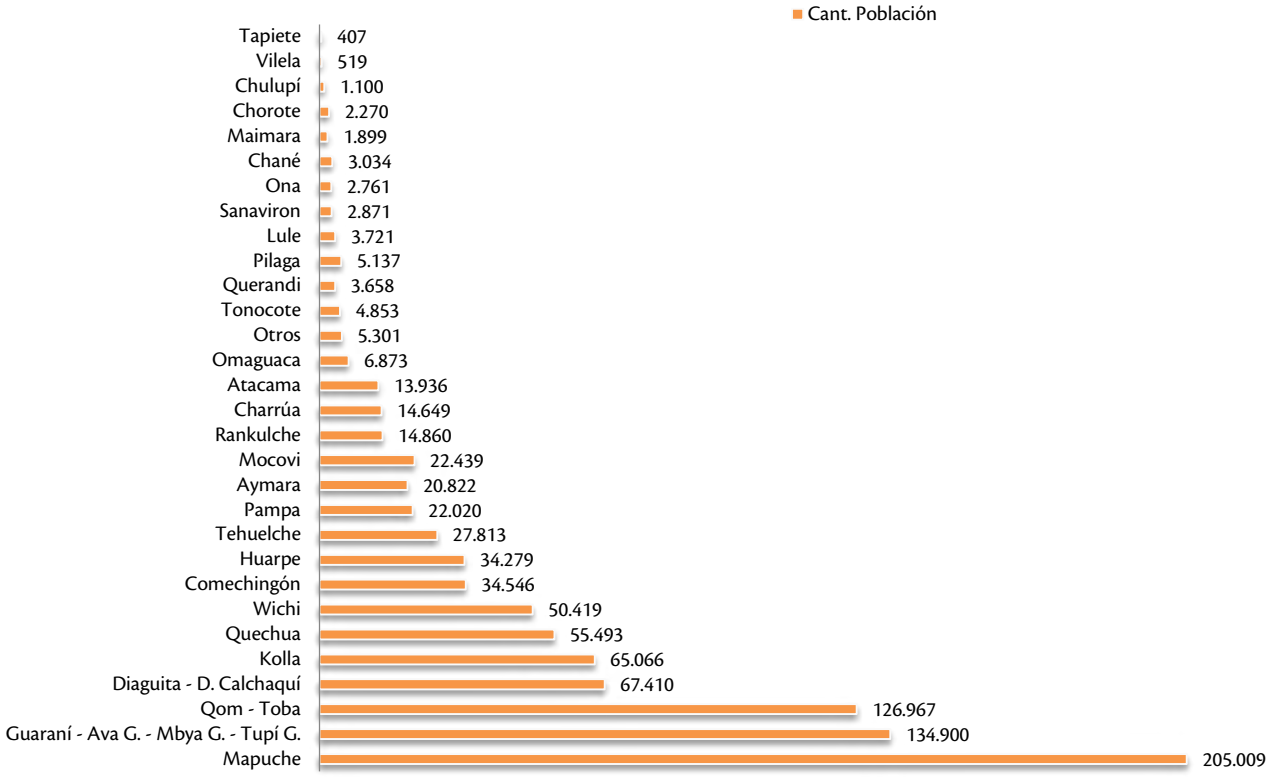
En el gráfico n° 1, es posible identificar a qué naciones pertenece dicha población exponiendo, una vez más, la diversidad cultural que caracteriza a la población originaria y dando cuenta de la complejidad de aquellas personas que deben doblemente hacerse visibles: primero como indígenas, luego como parte un pueblo culturalmente diferenciado en sus costumbres, organización social, economía, sustento, creencias, ritos, idioma, etc.

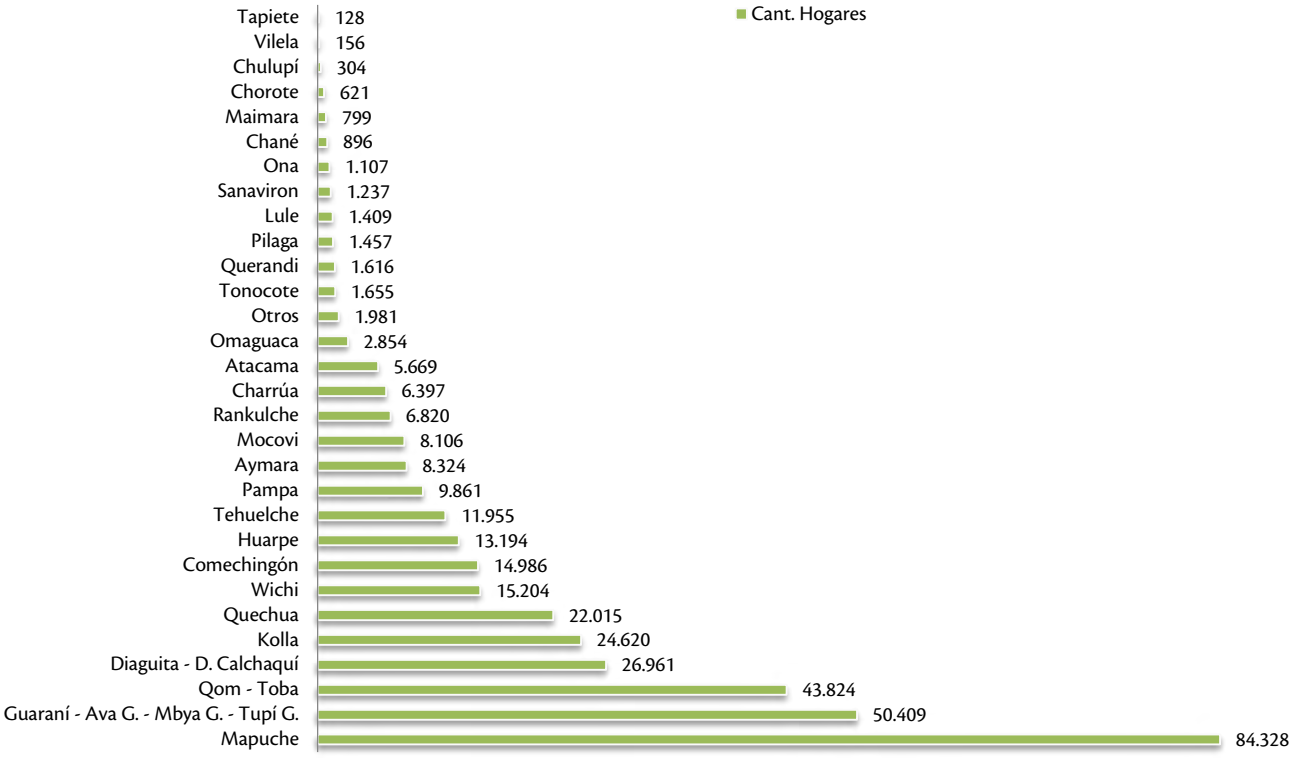
Pueblo mapuche

El pueblo mapuche es el grupo originario más numeroso, con 205.009 personas; le sigue en cantidad la población guaraní, que en conjunto (con los pueblos aba guaraní, mbya guaraní y tupí guaraní) alcanzan las 134.900 personas, muy cerca de las 126.967 que se reconocen miembros o descendientes toba (qom).

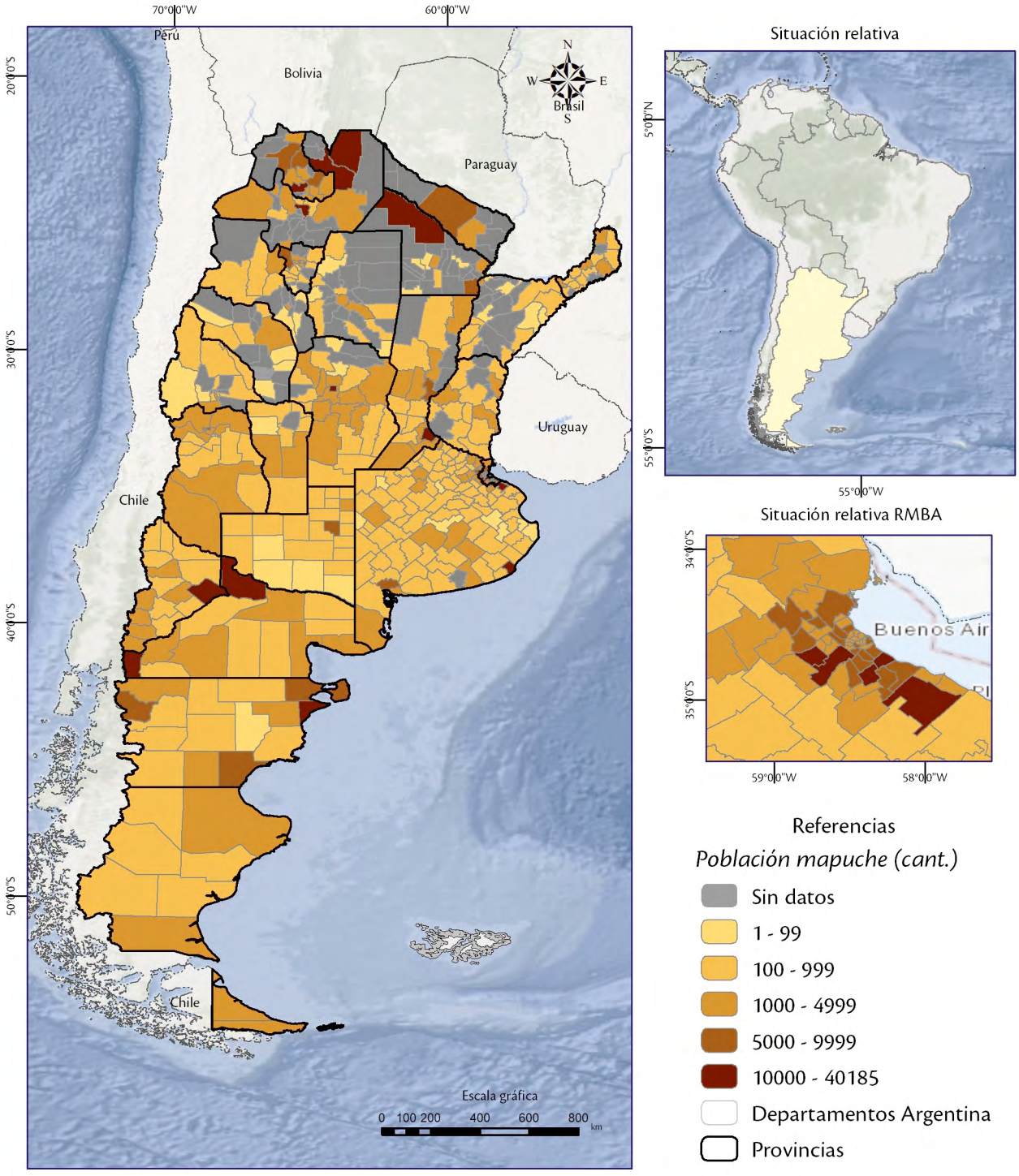
Luego, siguen las naciones diaguita - diaguita calchaquí (67.410), kolla (65.066), quechua (55.493) y wichí (50.419). En estos siete pueblos aquí mencionados, que alcanzan entre 50.000 y más 200.000 personas cada uno, se concentra el 73,8% de la población originaria de la Argentina, en tanto el 21,5% concentra a quienes se reconocen miembro o descendiente comechingón, huarpe, tehuelche, pampa, aymara, mocoví, rankulche, charrúa y atacama, con poblaciones que oscilan entre las 10.000 y 35.000 personas cada grupo, mientras que casi el 5% restante se distribuye en más de quince pueblos diferentes.

Gráficos n° 1 y 2. Población y hogares indígenas por nación a la que pertenecen, respectivamente. Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.



De un total de 368.893 hogares con una o más personas que se reconoce indígena (el 3% de los hogares del país), cuatro naciones concentran proporcionalmente más de la mitad de ellos (55,7%): mapuche en un 22,9%; guaraní - ava guaraní - mbya guaraní - tupí guaraní, el 13,7%; qom - toba, el 11,8%; y diaguita - diaguita calchaquí, el 7,3%.




Mapa n° 2. Cantidad de población que se reconoce mapuche, por departamento.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.

Analizando la espacialidad mapuche, el pueblo con mayor incidencia demográfica, se evidencia principalmente una distribución entre las regiones Patagonia

(116.657 personas y 46.965 hogares) y Pampa (70.988 personas y 29.485 hogares), con mayor concentración en las provincias de Buenos Aires (57.747 personas y 23.777 hogares), Río Negro (39.869 personas y 16.253 hogares), Neuquén (39.634 personas y 15.326 hogares) y Chubut (31.771 personas y 12.956 hogares), coincidente con lo que es reconocido, en el interior de lo que actualmente son los límites nacionales argentinos, como su territorio ancestral; de todos modos, puede afirmarse también que presenta una amplia distribución espacial, alcanzando en mayor o menor medida todas las provincias argentinas.

Pueblo guaraní

En el último censo nacional, la población indígena que se reconoció como miembro o descendiente de la nación guaraní fue de 134.900 personas, de las cuales el 78,5% (105.907) se nombró como tal, mientras que el 21,5% restante aclaró ser ava guaraní (17.899 personas), mbya guaraní (7.379 personas) y tupí guaraní (1.362 personas).

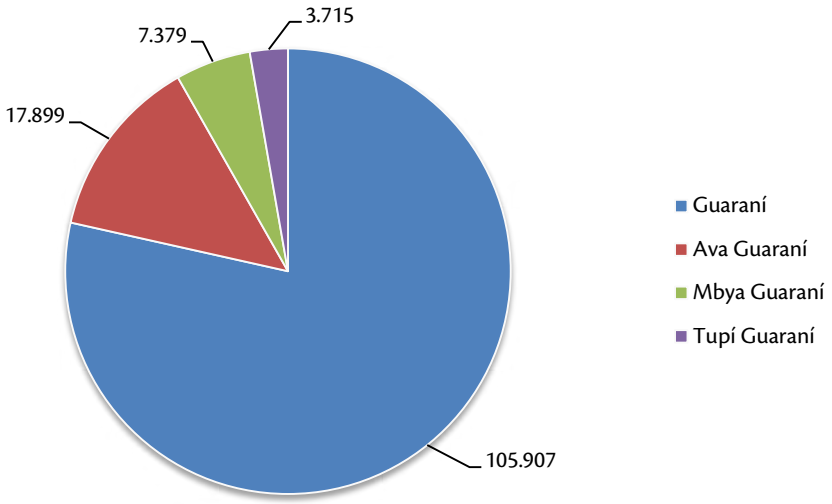
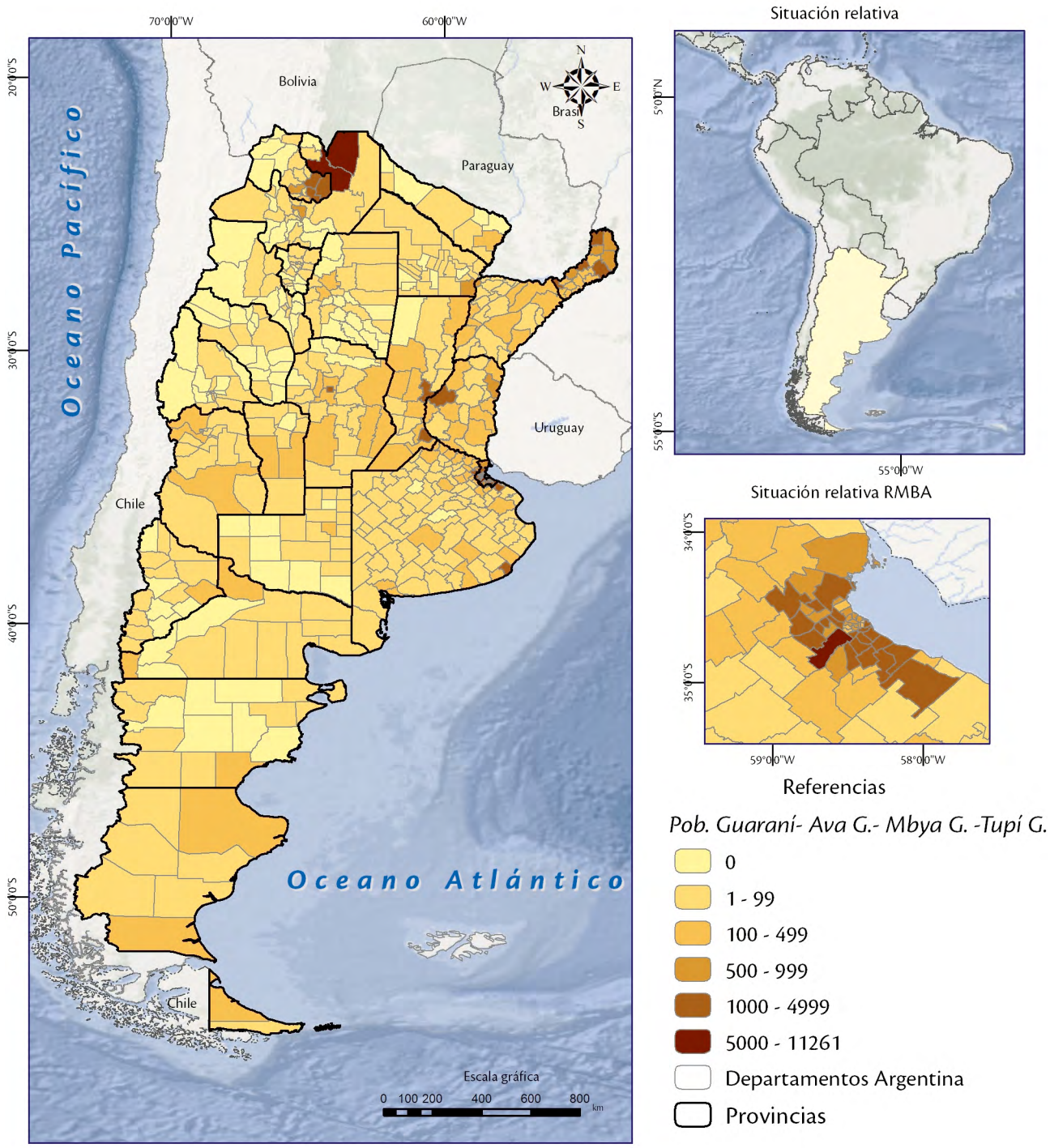



Gráfico n° 3. Población que se reconoce como miembro o descendiente de la nación garaní.

Si bien se trata de grupos poblacionales diferenciados, y es importante reproducir la forma con la cual tales pueblos se nombran a fin de no continuar abonando los procesos de homogeneización e invisibilización antes referidos, resulta interesante analizar la espacialidad en su conjunto. Si imaginamos una continuidad espacial entre el actual noroeste y noreste de Argentina, unido hacia el norte por el territorio que ha quedado bajos los límites fronterizos de Bolivia, Paraguay y Brasil, logra exponerse el territorio que ancestralmente ocupa esta gran nación guaraní.

Asimismo, la distribución que presenta en otras regiones y provincias del país coincide con los procesos migratorios hacia los centros urbanos de mayor atracción por su dinámica económica. Tal situación explica que el 62% de las personas que se reconocen guaraní, 83.214, se encuentra en la región pampeana y CABA, mientras que 32.636 habitan en NOA (24%), 15.360 en NEA (11%), y el 3% restante reside entre Patagonia y Cuyo (1.838 y 1.852 personas, respectivamente).

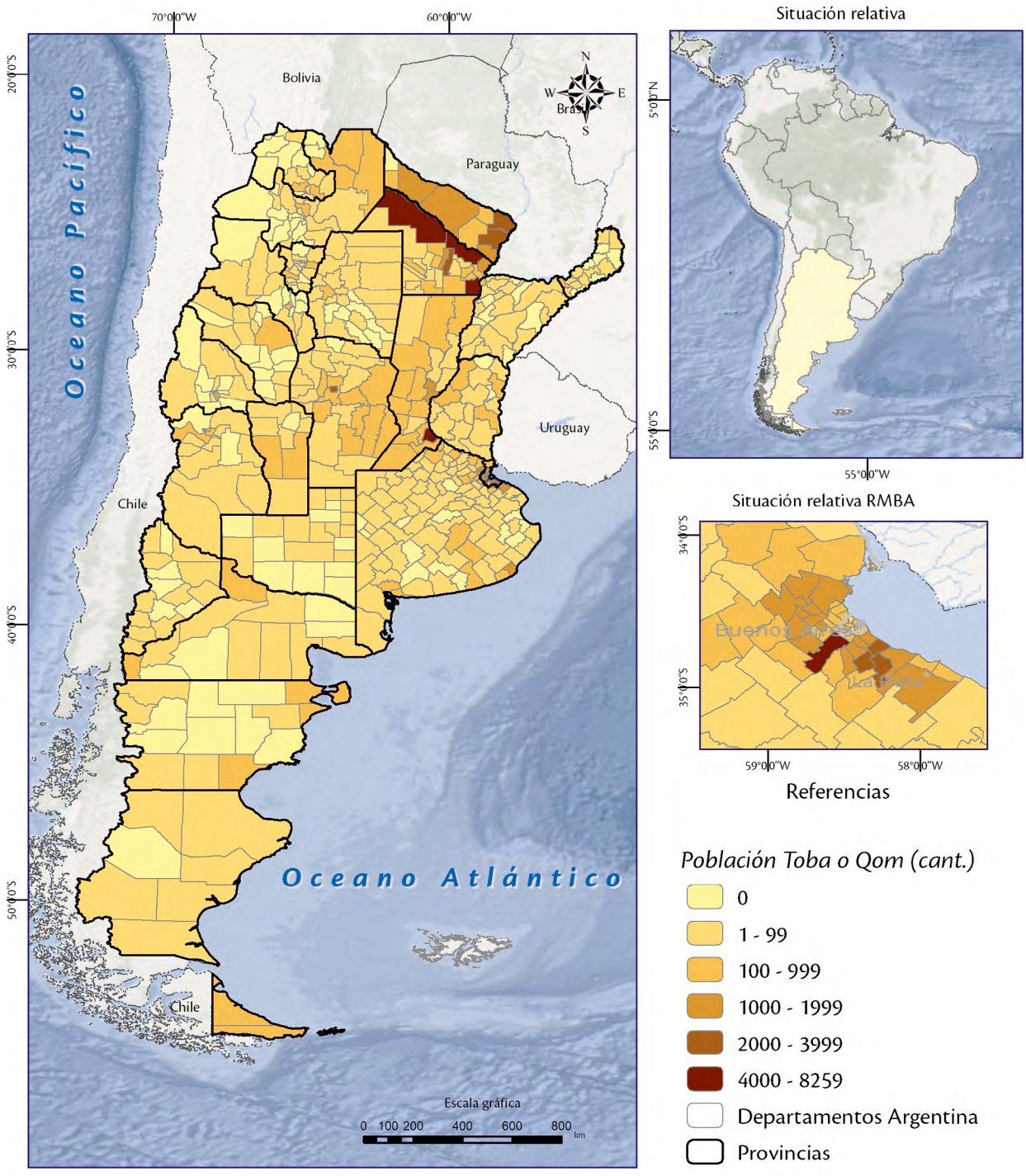
Por último, resulta importante diferenciar la distribución espacial respecto a la diversidad de la gran nación guaraní. Los hogares en los que al menos una persona se reconoció como miembro o descendiente guaraní o tupí guaraní se encuentran principalmente en la provincia de Buenos Aires y CABA, y su población asciende, entre ambas jurisdicciones, a las 62.883 personas guaraníes y 2.131 tupí guaraníes, constituyendo respectivamente el 59% y 57% del total bajo estas denominaciones. En cuanto a la población ava guaraní, el 60% habita en la provincia de Salta, con 10.665 personas que así se reconocen, seguida por 3.037 personas que residen en Buenos Aires y CABA (17%), y 2.753 en la provincia de Jujuy (15%). Por su parte, el pueblo mbya guaraní se localiza centralmente en la provincia de Misiones, concentrando allí el 86% de su población (6.349 habitantes), con presencia más reducida en Buenos Aires y CABA con 679 personas (9%).




Mapa n° 3. Cantidad de población que se reconoce guaraní, ava guaraní, mbya guaraní o tupí guaraní, por departamento.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.

Pueblo qom

Otra de las naciones de importante peso demográfico es el pueblo toba (qom), cuya población se encuentra dividida esencialmente entre las regiones pampeana y NEA. Mientras la primera concentra el 54% de los habitantes (69.044 personas y 26.424 hogares), en la segunda reside el 35% (44.243 personas y 11.981 hogares), resultando especialmente llamativo que la población residente hoy en lo que sería el destino de las comunidades expulsadas supere por varios puntos al territorio que ancestralmente ocupó tal pueblo, lo que no significó evidentemente una pérdida de la identidad indígena como consecuencia de dicho traslado.



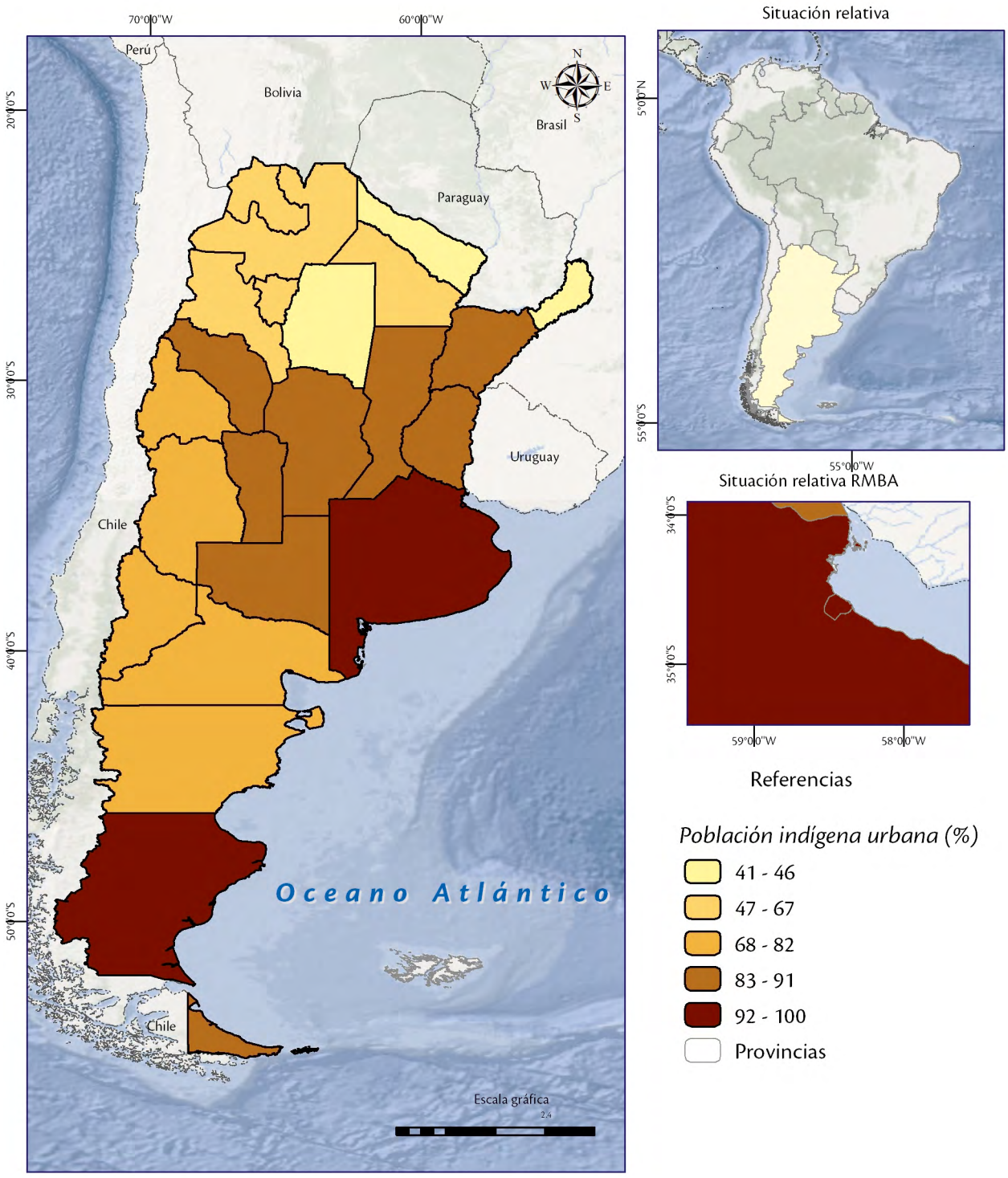

Mapa n° 4. Cantidad de población que se reconoce toba o qom, por departamento.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.

Específicamente, dentro de la región pampeana, se destaca la provincia de Buenos Aires, con 49.019 personas que se reconocen qom o toba y residen en 18.965 hogares, seguida muy por debajo por Santa Fe con 14.089 personas y 5.095 hogares; en cuanto a la región NEA, resaltan las provincias de Chaco, con 30.766 habitantes y 8.266 hogares, y Formosa, con 12.246 personas y 3.242 hogares.

El concepto de territorio refiere a una apropiación material y simbólica de una porción del espacio geográfico, que es mantenida y reproducida por determinado grupo social en un efectivo ejercicio de poder. El territorio ancestral se define por tales usos y significados que se han mantenido a través del tiempo y durante sucesivas generaciones, siendo producto y productor de la cultura misma.

Es imposible eludir la particularidad de la población indígena actual en cuanto a su condición urbana. Si bien no es la situación de la totalidad de los pueblos originarios, los porcentajes de esta población que habita en las ciudades argentinas ameritan un análisis específico que, en conjunción con algunas categorías conceptuales, permita dilucidar las particularidades de existir en las ciudades disputando formas, sentidos, usos y significados del espacio en los procesos de construcción de la vida urbana.

**EXISTIR Y RESISTIR EN LAS CIUDADES, LA SITUACIÓN DE GRAN PARTE DE LA POBLACIÓN INDÍGENA ARGENTINA**




Mapa n° 5. Proporción de población indígena urbana respecto a población indígena total, por provincias.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INDEC, 2010.

## Población indígena urbana

En Argentina, el 82% de la población que se reconoce miembro o descendiente de pueblos originarios reside en aglomeraciones de más de dos mil habitantes,

proporción muy cercana al valor de la población urbana total del país que asciende al 91%. Las provincias que superan el promedio nacional de población indígena urbana son Buenos Aires, Santa Cruz, Tierra del Fuego, Córdoba y Entre Ríos, con valores por encima del 90%, incluyendo la situación extrema de CABA donde el 100% de la población indígena es urbana. La Rioja, Santa Fe, San Luis, La Pampa, Corrientes y Río Negro oscilan entre el 80% y el 90%. Por su parte, las provincias de Formosa, Misiones y Santiago del Estero presentan los valores más bajos de población originaria que habita en ciudades (entre el 40% y 50%), seguidas muy de cerca por Chaco, Tucumán y Salta que alcanzan hasta el 60%. Las restantes jurisdicciones fluctúan entre el 60% y el 81% (INDEC, 2010).

La condición urbana de las comunidades de pueblos originarios obliga a transformar el imaginario que las asocia a grupos sepultados en un tiempo histórico pretérito y hasta antagónico respecto a las sociedades actuales, construido por la sistemática política de eliminación e invisibilización por medio de los dispositivos hegemónicos ya analizados. Y exige aseverar que no sólo forman parte del cotidiano de las ciudades, sino que es posible ser indígena en éstas, aun cuando los entramados urbanos ordenan, homogeneizan y disciplinan lo diferente.

Comunidades con personería jurídica

Hasta aquí se han presentado los datos estadísticos más actualizados con los que se cuenta en términos de relevamientos censales. Ahora bien, a fin de complejizar el análisis de la situación indígena argentina, se presentan espacializadas las comunidades indígenas con personería jurídica registrada en el Instituto Nacional de Asuntos Indígenas (INAI, 2019). El total asciende a 1.687 distribuidas en todo el territorio nacional y se encuentran centralmente ubicadas en el norte de nuestro país, en las provincias de Salta (493), Jujuy (293), Formosa (152), Chaco (111) y Misiones (110); resultan también significativas las concentraciones en la zona norpatagónica, con el protagonismo de las provincias de Chubut (99), Río Negro (91) y Neuquén (55).

Espacialidad de las comunidades

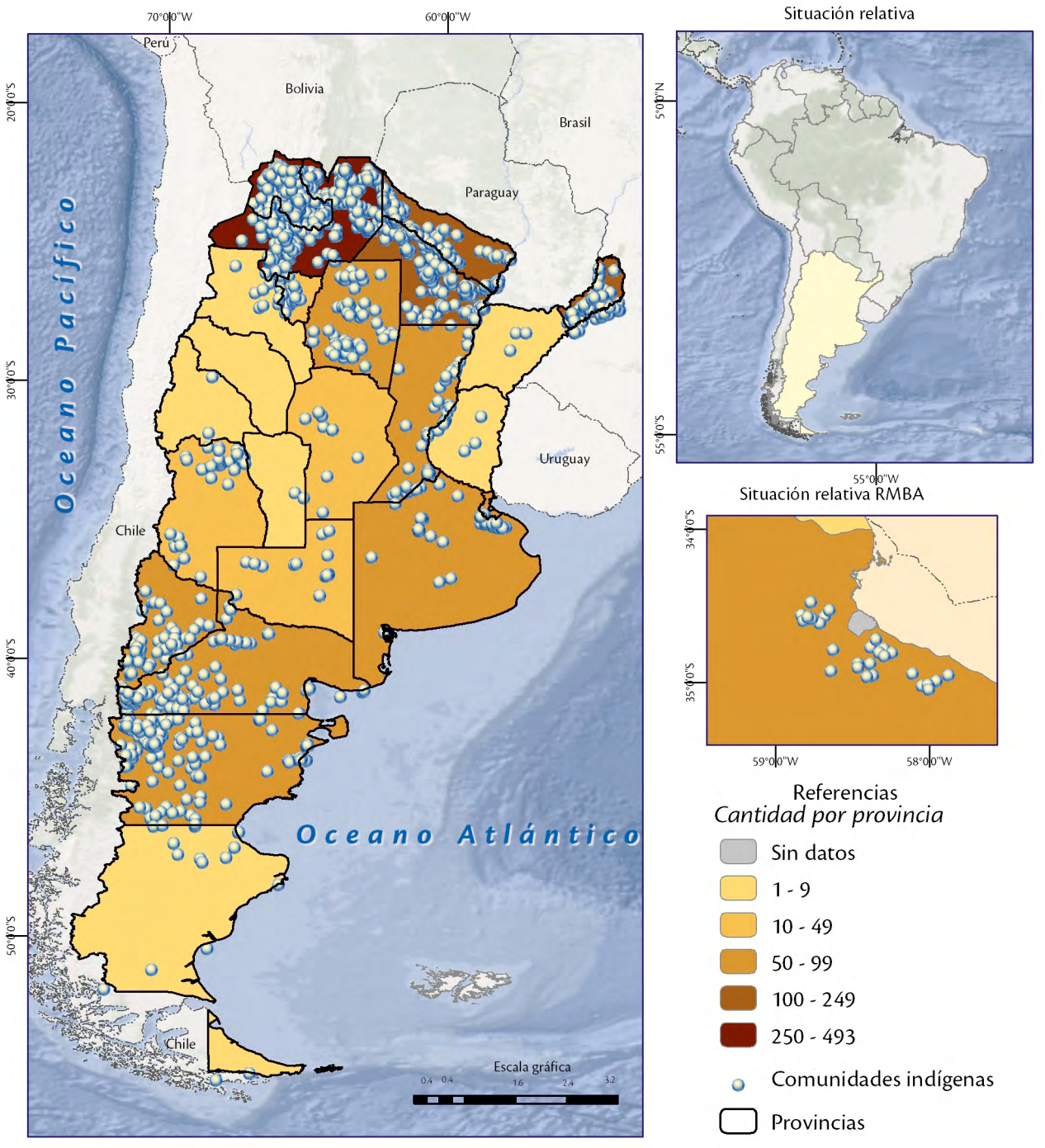
La espacialidad que asumen las comunidades registradas, incluyendo las efectivamente inscriptas (1.482), las que aún están en trámite (52) y las que se encuentran en otra situación no especificada (153), difiere llamativamente de las concentraciones de población indígena relevadas por el INDEC (2010) antes analizadas, invirtiendo las posiciones. Mientras que la región NOA registra la mayor cantidad de comunidades (887), seguida por NEA (376) y Patagonia (255), la región pampeana presenta la mayor proporción de población indígena con el 45% sobre el total de la población que se reconoce miembro o descendiente, frente al 8% del total de comunidades (131). Resulta también significativo que en CABA no exista ningún registro y presente 61.876 residentes que se reconocen indígenas.

Estos datos dan cuenta del proceso que devino con la ampliación paulatina de derechos que, al no haber estado acompañada de políticas de reconocimiento, visibilización y creación de datos oficiales que den cuenta de la existencia indígena en el país, obligó a un proceso de comunalización e institucionalización de la población originaria como única forma de acceso al marco normativo vigente.

Ligar la posibilidad de reconocimiento y acceso a derechos a la institucionalización por medio del registro de personerías jurídicas genera la reducción de lo indígena a la permanencia de lazos y asociativismo propios de quienes viven en comunidades, excluyendo, por ejemplo, a miembros que se han visto forzados directa o indirectamente a migrar, y obliga a adoptar formas organizacionales estipuladas por el poder público que muchas veces contradicen la cosmovisión de los pueblos. Por otra parte, que existan dispositivos formales que aprueben por medio de una taxonomía hegemónica a quienes se considera auténticamente indígenas, suprime los procesos históricos de cambio que han atravesado las poblaciones (Szulc, 2004), reduciendo nuevamente lo indígena a aquello que permanece con cierto grado de pureza, ligándolo, por añadidura, al atraso, a la negación al desarrollo y el progreso y, generalmente también, al ámbito rural.

Por ello, aquella población que no se condice con tales parámetros, que se han ido imponiendo y sosteniendo desde el poder hegemónico, debe renunciar a su

historia, a su cultura, a sus derechos, o sufrir nuevamente un agobiante camino para dar cuenta de esa autenticidad indígena burocratizada. Efectivamente, en el listado de comunidades registradas en INAI, proporcionalmente son muy pocas las que han accedido a la personería jurídica como urbanas, aun tratándose del grupo poblacional más numeroso: mientras existen 732 inscriptas como rurales, 118 se reconocen como urbanas, 184 como periurbanas, 32 como ambas –urbanas y rurales– y las restantes no poseen especificación.




Mapa n° 6. Comunidades indígenas con personería jurídica registrada.
Fuente: elaboración personal sobre la base de INAI, 2019.

Más allá de la construcción histórica del sujeto indígena en nuestro país, ciertamente el modo en el que se construye la ciudad y las formas que asume operan ocultando relaciones, una vez que es, por definición, desigual y creadora de estra-

tificación, segmentación y segregación social. Amerita, entonces, profundizar en estas particularidades para complejizar la dinámica en la que se continúa reforzando hoy la invisibilidad de la población indígena.

Ciudad actual

La ciudad actual se presenta fragmentada, dividida por múltiples realidades que conviven y confrontan al mismo tiempo, es un producto histórico asociado a grupos sociales; por tanto, es creada en condiciones determinadas por las clases dominantes, pues facilitan e impiden determinadas relaciones sociales, culturales, económicas y políticas. Se concibe la ciudad como un medio que, a partir de sus formas-contenido (Santos, 2000 [1996]), reproduce las mismas lógicas con las cuales fue producida, por lo que, para alcanzar nuevas relaciones sociales, formas culturales y reproducción de lo invisible, debe acontecer una transformación en la reapropiación de las formas que la construyen.

Este es el contexto en el que las comunidades originarias se ven forzadas a resignificar su existencia, a partir del distanciamiento con el espacio-naturaleza que habitar en las ciudades implica, debiendo reconfigurar la noción central en la reproducción de la cultura indígena que constituye el vínculo con la *Pachamama*, la Madre Tierra. Es menester reconocer que primariamente hubo un proceso migratorio resultado de expropiaciones territoriales y de la expansión de la frontera agraria; si bien la expulsión de sus territorios de origen puede caracterizase como disruptiva y de algún modo forzada, no tiene necesariamente como correlato la ruptura de sus lazos territoriales o la disolución de su asociatividad como pueblos (Engelman *et al.*, 2016).

De todos modos, se torna manifiesta la dificultad de crear formas espaciales propias de la cultura indígena, y permanentes en la materialidad de la ciudad, que evidencien la condición pluricultural de los espacios urbanos, pero no imposible. No contar con el control del espacio urbano para convertirlo en un territorio propio de manera unívoca, no invalida la posibilidad de ocupar, controlar, significar y apropiarse del espacio en la ciudad (Trivi, 2013).

Espacios urbanos pluriculturales

Tal es el caso de actividades como ferias propiamente indígenas, espacios ceremoniales utilizados con reiterada periodicidad o cursos artísticos o de idiomas ancestrales que son desarrollados en espacios propios o cedidos a préstamo, como centros educativos y culturales, salones comunitarios barriales, etc. Todos tienen lugar en las ciudades, aunque no forman parte de la racionalidad dominante, sino que constituyen una contrarracionalidad, que tiende a disputar la producción de espacio y, por tanto, de nuevos condicionantes del espacio a ser producido, que prefiguran aquellos anhelos que pretenden ser definitivos y duraderos, aunque todavía no construyan materialidades perennes.

El problema de tal condición efímera radica en que las formas culturales indígenas permanecen abstractas e infundadas para la mayoría de la sociedad, ya que no son expresamente espacializadas de forma permanente, ni materializadas como parte de la ciudad presente, lo cual repercute en la inexistencia de una interpelación cotidiana de la población (Soja, 2008 [2000]). No obstante, como ya fue afirmado, el espacio urbano obliga intrínsecamente a la diversidad de prácticas espaciales, es portador de las diferencias, permite y prohíbe la producción de nuevas relaciones. Allí se da la (in)visibilidad, esto es, las comunidades indígenas son y no son visibles, pero allí también existen. Las prácticas espaciales en las ciudades son múltiples y diversas, pero no todas tienen igual posibilidad de impacto, de transformación.

Espacialidad social

El disciplinamiento del espacio que las clases dominantes realizan define la producción y el uso de las formas espaciales, del mismo modo que la producción del espacio en su dimensión histórico-social involucra producción y reproducción de lugares específicos y de conjuntos espaciales propios (Lefebvre, 2000 [1974]). Así, se entiende el espacio social como producto y resultado de un conjunto de determinaciones de la sociabilidad, expresando de tal modo un amplio complejo de significaciones. Esta espacialidad social se encuentra inmersa en relaciones de poder y conflicto, en las que tales significaciones son producidas y consumidas

por sujetos individuales o colectivos en situaciones histórico-sociales concretas. En esa trama de dominación y condicionamiento de la producción del espacio urbano, se dan las posibilidades de crear nuevas formas espaciales que consigan consolidar una espacialidad urbana que contenga la identidad indígena.

## REFLEXIONES FINALES

Ya se ha hecho referencia a que, en Argentina, las identidades indígenas han sido históricamente ocultadas y negadas a través de dispositivos hegemónicos del Estado, con la finalidad de anular las diferencias y fortalecer la idea de una única identidad nacional argentina, eurodescendiente y blanca.

La negación a reconocer a una sociedad que nunca dejó de ser plurinacional se torna un dogma construido en los inicios del Estado nacional argentino. Mientras las construcciones de lo indígena han cambiado al ritmo de los modelos socioeconómicos impulsados en el país en distintos periodos, se han sostenido la invisibilización y la estereotipada caracterización de los pueblos originarios como una alteridad estancada en el pasado y en el espacio rural, destinada a desaparecer en un proceso de intencional extinción o diluyéndose en el entramado de una sociedad homogénea.



Figura nº 4. Ceremonia de la Pachama celebrada en el Bioparque la Máxima de Olavarría en agosto de 2009 con la presencia del Taita Ullpu (Carmelo Sardinas) del pueblo quechua. Fuente: Comunidad Mapuche Urbana Pillan Manke, Olavarría.

El cambio de paradigma jurídico que marcó la reforma constitucional de 1994 inició un proceso, inédito en Argentina, de ampliación de derechos, aunque estuviese poco acompañado de normas que efectivamente dieran cuenta de tal legalidad y de la creación de información y datos disponibles que permitieran la alegación de las leyes infligidas. Si bien la incorporación de la temática indígena en la cédula censal en 2001, que tuvo su aplicación en todas las viviendas del país indagando por el autorreconocimiento de pertenencia o descendencia indígena, tensó la presumida homogeneidad, fue insuficiente para generar una visibilidad efectiva de tales grupos poblacionales como parte constituyente de la nación, sin lograr aún revertir una alteridad histórica percibida en los mitos de la génesis nacional.

Por su parte, el censo 2010 ha permitido profundizar la estadística indígena: a pesar de ser aún parciales las indagaciones, permitió dar cuenta de la condición

urbana y de la distribución de las poblaciones originarias como mayor peso demográfico, que fluctúa entre sus territorios ancestrales y las zonas a las que fueron expulsadas. La particularidad de que esta distribución no sea congruente con la espacialidad de las comunidades indígenas registradas en el INAI permitió abrir nuevos debates en torno a la comunalización e institucionalización de las naciones originarias y la dificultad reiterada del acceso al amplio marco normativo, con estereotipos discriminadores y excluyentes que se encuentran aún en vigencia.

Las poblaciones indígenas ocuparon, desde el período colonial, un rol subordinado que ha sido sostenido a través del tiempo por medio de la violencia, la explotación, el racismo y la discriminación, que en conjunción construyeron una estructural desigualdad. Producto de la resistencia y los procesos de visibilización, emergieron discursos y prácticas decoloniales que han permitido analizar críticamente estos procesos, gracias también a un contexto de profunda lucha por los derechos humanos. Sin embargo, dicha desigualdad continúa y a veces incluso se acrecienta, bajo el dominio de un pensamiento colonial que aún no ha sido erradicado y dilata las respuestas a demandas concretas y urgentes de estos colectivos (Tamagno y Maffia, 2011).

Podemos concluir, entonces, que la existencia de un gran marco normativo con jurisprudencia en definidos límites no es condición suficiente cuando no está acompañada de prácticas espaciales efectivas que permitan su concreción territorial; al mismo tiempo, la materialidad del territorio –las características de sus elementos, su combinación, densidad y distribución–, impone normas condicionantes, lo que sugiere concebir que la racionalidad del poder público no se nutre únicamente del cobijo jurídico formal, sino que se sostiene también a partir de una multiplicidad de acciones desplegadas en territorio que construyen materialidad condicionante, impugnando en considerables ocasiones lo instituido por ley.

# LA VEJEZ Y EL ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO, 1869-1947

## INTRODUCCIÓN

La teoría del envejecimiento demográfico, difundida en la Argentina por Alejandro Bunge (1984) en los años cuarenta del siglo XX en íntima conexión con las doctrinas natalistas de las que fue un destacado propulsor, se transformó durante la segunda mitad de la centuria gracias al impulso de los organismos internacionales y a las enseñanzas extraídas de la transición demográfica. En esa evolución de largo aliento, iniciada en la Argentina con el descenso de la mortalidad y la natalidad durante el último cuarto del siglo XIX, el censo de 1970 mostró por primera vez en la historia del país que los habitantes de 65 años y más habían alcanzado el 7% de la población total, umbral operacional a partir del cual las Naciones Unidas (1956) define que un país ha envejecido. Desde entonces, el aumento sin interrupciones de esa proporción, sumado a las consecuencias sociales y económicas producidas por la creciente presencia de la población anciana, transformó el envejecimiento de la población en un tema central de la agenda sociodemográfica argentina e internacional.

Fenómeno de envejecimiento demográfico

La importancia acordada a este fenómeno en los estudios de población contrasta con los escasos conocimientos disponibles sobre la situación de la población anciana durante el período previo al envejecimiento. Ello ha sido así, en buena medida, porque la población mayor se convirtió en objeto de indagación prioritario por sus efectos –reales y presuntos– sobre la estructura social y económica general, relegando a un segundo plano su carácter de subpoblación relevante en sí misma. La estrecha asociación de la demografía con la agenda política, rasgo más notorio en el plano internacional que en el doméstico, sumada a la tendencia catastrofista o distópica de sus vaticinios, dos rasgos de larga data de la disciplina, permiten entender asimismo la importancia acordada a los efectos potenciales de un futuro amenazante, lo que explica también la menor relevancia que han tenido los enfoques propiamente históricos.

Como en otros aspectos demográficos, el estudio de una subpoblación específica remite ante todo a considerar el peso de su número. Ello requiere el análisis de su tamaño absoluto y de su proporción en la estructura global de la que forma parte, tanto en términos de su evolución diacrónica como de su distribución en el espacio, aspectos a los que se consagra el presente capítulo. Cabe destacar que, si bien la influencia de la teoría del envejecimiento tiende a dar más importancia a las proporciones relativas de ancianos, su "variación en números absolutos tiene implicaciones más obvias para la planificación y los sistemas presupuestarios" (Chesnais, 1990, p. 328) y también para los análisis históricos. Secundariamente, se prestará también atención a los factores (migraciones internas, europeas, transición de la mortalidad y de la natalidad) que intervinieron en la determinación de las estructuras de edades durante el período. El análisis riguroso de la contribución exacta de cada factor escapa, sin embargo, a los fines del capítulo.

## PUNTOS DE OBSERVACIÓN Y PROBLEMAS DE FUENTES

El estudio de las estructuras de edad puede ser abordado de manera conveniente a partir de los puntos de observación que suministran los cuatro primeros censos nacionales de población correspondientes a los años 1869, 1895, 1914 y 1947. A pesar de la irregular extensión de los intervalos intercensales, estos relevamientos permiten obtener una cobertura razonable para la centuria que media entre los momentos iniciales de la organización nacional y la llegada del peronismo al poder o, en otros términos, entre la emergencia del llamado período estadístico y la progresiva instalación de la vejez y el envejecimiento en la agenda científica y política argentina a mediados del siglo XX. La mayor lentitud de la variación de los fenómenos demográficos y de las estructuras etarias resultantes, por otro lado, reduce en parte los problemas derivados de la ausencia de un mayor número de puntos de observación.

Relevamientos de censos

Censo nacional de 1947

El censo nacional de 1947 implicó algunas rupturas conceptuales y técnicas con respecto a los censos de la "estadística de autor" del período 1869-1914, que se evidencian también respecto a la estructura de edades. La percepción del incipiente proceso de envejecimiento demográfico, tanto por la caída de la natalidad que ya había preocupado a los censistas de 1914 como por la reducción del flujo migratorio europeo, primero durante la Gran Guerra y sobre todo tras la Crisis de 1929, supuso una mayor preocupación por el relevamiento de las edades (Otero, 2013). Por su mejor calidad y cobertura y por constituir el punto final de nuestro período y un momento significativo de transición en la evolución de la población argentina, el cuarto censo nacional constituye un observatorio privilegiado.

Problema de la variable *edad*

A pesar de su carácter más "objetivo" y "universal", sobre todo en comparación con variables que admiten múltiples opciones de respuesta y resultan por tanto susceptibles de integrarse en complejas y no siempre armónicas nomenclaturas, la edad presenta también problemas de medición, vinculados a su nivel de cobertura y, sobre todo, de confiabilidad. Si bien estos problemas no afectan centralmente las imágenes globales, conviene abordarlos sumariamente.

Nivel de cobertura de la variable

En cuanto al nivel de cobertura de la variable, la proporción de personas con edades desconocidas o sin especificar fue estable y muy baja durante todo el período: los dos momentos de mayor incidencia (0,5 y 0,4% en 1895 y 1947, respectivamente) resultan en efecto insignificantes y además no permiten definir ninguna tendencia de largo plazo. Dada su muy escasa incidencia tampoco existen disparidades demasiado significativas entre jurisdicciones espaciales. Así, para 1947, la mayoría de las provincias tenían valores cercanos o menores al 0,5%. Conforme a lo esperable, los valores superiores al promedio del país se encontraban en los territorios nacionales del área patagónica (entre 1 y 1,5%) y, sobre todo, en el Noroeste argentino (con pico en Jujuy, donde ascendía al 3,4%). Esta distribución guarda una asociación bastante clara con las geografías de la alfabetización y, sobre todo, de la urbanización (Otero, 2004), ya que la proporción de edades desconocidas pasó del 0,3% en las ciudades al doble en el ámbito rural. Con la única excepción de 1947, su impacto fue algo mayor en los hombres que en las mujeres.

Confiabilidad de la edad

En lo relativo a la confiabilidad, los problemas son mayores y encuentran su explicación en el nivel educativo de la población y en la menor presencia del aparato estatal (en particular la ausencia o lejanía de registros parroquiales, primero, y civiles, después), aspectos que coadyuvan tanto al desconocimiento de la edad por parte de las personas como a la valoración cultural que podía asumir esa variable en cada contexto socioespacial. Junto con otros factores, ello da lugar a dos problemas típicos de las poblaciones de Antiguo régimen: la atracción de edades redondas (tendencia a declarar edades terminadas en cinco y, con más frecuencia, en cero) y las declaraciones de edades inferiores a la verdadera, rasgo que, según los censistas del siglo XIX (INDEC, 1898, t. II, pp. XCVIII- XCIX), era más frecuente en las mujeres, aunque no queda claro cuánto de esta observación dependía de estudios específicos y cuánto de prejuicios de género. La atracción por las edades redondas actuaba en el mismo sentido, ya que, siempre según los censistas, el redondeo se hacía con más frecuencia hacia la decena previa a la edad real. Resulta,

sin embargo, difícil afirmar que ese tipo de conductas fuera la regla en todos los sectores de la población, ya que lo contrario se observa para otros contextos culturales del mismo período, como Francia (Bourdelais, 1997, p. 182).

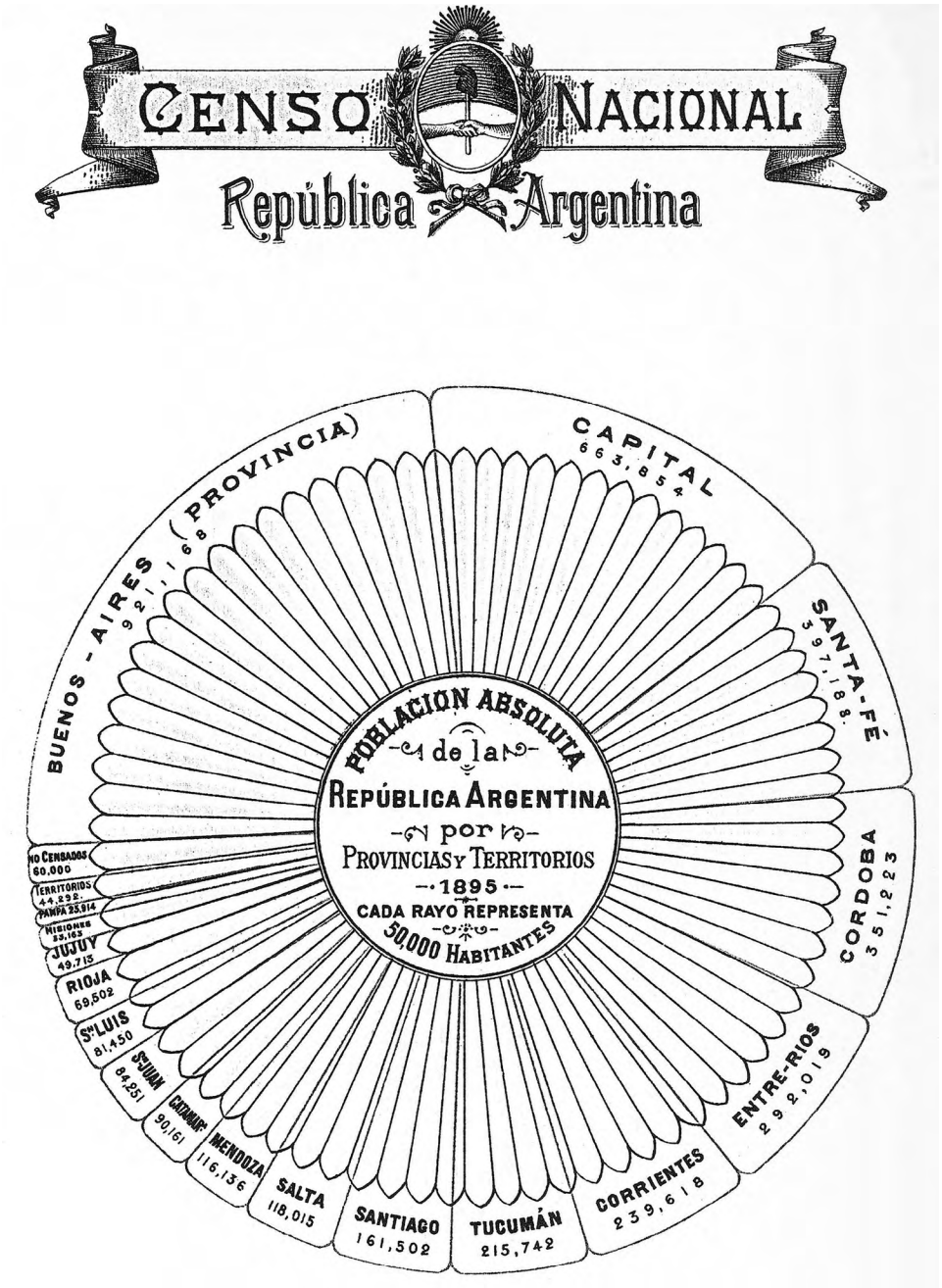



Figura nº 1. Portada interna de una de las secciones de la publicación del Segundo Censo Nacional. *Segundo Censo de la República Argentina*. Mayo 10 de 1895, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, Buenos Aires, 1898. Fuente: Hemeroteca del IEHS (UNCPBA).

Sobreevaluación de la edad

Ello explica también que puedan encontrarse declaraciones de edades superiores a la correcta, algo habitual en las personas muy mayores que, con cierta facilidad, pasaban por tener muchos más años que los reales, como lo muestra la anormal presencia de personas muy longevas en apartados parajes rurales y la discusión sobre los "falsos centenarios" del censo de 1914, una auténtica obsesión de la estadística occidental desde el siglo XVIII (Bois, 2001). Algo similar ocurría cuando la edad era estimada por el empadronador sobre la base del "aspecto" de la persona, por ejemplo, en casos de vejez prematura por razones biológicas o, con más frecuencia, por cuestiones sociales asociadas con la pobreza (tipo de trabajo, falta de cuidado e higiene personal, problemas de salud, etc.). Más allá de su impacto, difícil de estimar, y del peso del nivel educativo, la sub y la sobreevaluación de la edad traducen probablemente también prejuicios y valoraciones de los declarantes y de su entorno social hacia el hecho de envejecer (negativas en el primer caso; positivas en el segundo).

Los datos existentes para Argentina muestran una mejora de las declaraciones de edad en el largo plazo, sobre todo a partir de las generaciones nacidas en la década de 1880, evolución que se asoció a las mejoras educativas y al impacto de la inmigración europea (Manzel, Baten y Stolz, 2012). A pesar de ello, se puede conjeturar que los problemas de declaración de edad no debieron desaparecer por completo durante la segunda mitad del siglo XX, como lo sugieren los censos de países vecinos como Uruguay (Nathan y Koolhaas, 2018). Resulta, en suma, muy difícil realizar correcciones de la edad, las que, por otra parte, deberían tener en cuenta las variaciones temporales y espaciales del fenómeno. Dado que nuestro interés radica en conocer la situación global de los ancianos, así como también las representaciones sobre ellos en cada contexto social, y no en utilizar las estructuras de edades para cálculos más refinados de fenómenos demográficos, como la fecundidad o la mortalidad, no se realizarán correcciones de las proporciones obtenidas para cada grupo de edad, las que, por otra parte, aportarían mejoras muy mínimas. A pesar de ello, es posible conjeturar, siguiendo a los censistas, que los sesgos mencionados, aunque de efectos parcialmente opuestos entre sí, tienden probablemente a subregistrar levemente las proporciones de ancianos obtenidas sin que ello altere la imagen de conjunto.

## INMIGRACIÓN Y ENVEJECIMIENTO DEMOGRÁFICO

Umbral de 60 años

El estudio de la población anciana supone determinar, en primer lugar, la edad a partir de la cual una persona puede ser considerada como tal. Si bien la definición operacional de la edad de ingreso a la vejez ha suscitado numerosos debates (Bourdelais, 1997; Dubert, 2007; Otero, 2013), utilizaremos aquí el umbral de 60 años, límite artificial pero no arbitrario, y coherente con las percepciones cualitativas del período, con los criterios estadísticos utilizados contemporáneamente por otros países (en particular, Francia) y con las condiciones de mortalidad de la época. Este último aspecto es esencial, ya que la aplicación al período aquí considerado del umbral fijado por Naciones Unidas (65 años) supondría una subvaloración de la proporción de personas ancianas, del mismo modo que su utilización acrítica en las actuales condiciones de salud y mortalidad implica una sobrevaloración, funcional, por otra parte, al alarmismo de algunos de los actores que impulsan la agenda demográfica internacional.

El análisis de las estructuras de edad para los cuatro puntos de observación disponibles (cuadro n° 1, gráfico n° 1) muestra, en primer lugar, que se trata de poblaciones jóvenes en la que el peso proporcional de la base de la pirámide es muy elevado y superior a cualquier otro intervalo de edad. Conforme a ese patrón, el resto de los intervalos se reduce progresivamente por efecto de la mortalidad para culminar en cúspides estrechas, perfil más evidente durante el período pretransicional o de transición inicial (censos de 1869 y 1895).

Pirámides de población

Como ha sido analizado por diversos autores (Recchini de Lattes y Lattes, 1975; Redondo, 1994, 2007), la forma de las pirámides de población de la Argentina se halla determinada, en primer lugar, por las características y los ritmos de la caída de la natalidad y de la mortalidad. Ambos parámetros conforman el decisivo fenómeno de la transición demográfica que, en función de su grado de desarrollo y modernización socioeconómica, la Argentina experimentó tempranamente en el contexto latinoamericano. En segundo lugar, se destaca el impacto de la transición migratoria europea y la llegada masiva de inmigrantes transatlánticos a nuestro país, sobre todo durante el período 1870-1930.

Transición demográfica

Respecto a la transición demográfica, las ya significativas caídas de la mortalidad y de la natalidad para 1947 permiten distinguir dos momentos bastante claros en las estructuras de edad: por un lado, el período 1869-1914, en el que el grupo de 0-9 años se mantuvo bastante estable (su proporción bajó del 31 al 28% de una fecha a otra); por otro, el intervalo que culmina en 1947, durante el cual el grupo de 0-9 años ha descendido ahora al 21%. Idénticas consideraciones pueden formularse si el intervalo se amplía hasta los 19 años (leve caída del 53 al 49% de 1869 a 1914; caída más pronunciada hasta el 41% entre 1914 y 1947).

*Página siguiente:* Cuadro nº 1. Población por sexo y edad. Argentina, 1869-1947. Fuente: Sobre la base del IV Censo Nacional de Población de 1947 (t. I, p. 5).

| | Población | | | | % de c/ grupo de edad | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | V | M | T | RM | V | M | T |
| *1869* | | | | | | | |
| *0-9* | 269.386 | 260.717 | 530.103 | 103 | 30,2 | 30,8 | 30,5 |
| *10-19* | 200.635 | 196.571 | 397.206 | 102 | 22,5 | 23,3 | 22,9 |
| *20-29* | 160.104 | 152.247 | 312.351 | 105 | 18,0 | 18,0 | 18,0 |
| *30-39* | 117.689 | 103.067 | 220.756 | 114 | 13,2 | 12,2 | 12,7 |
| *40-49* | 73.405 | 64.839 | 138.244 | 113 | 8,2 | 7,7 | 8,0 |
| *50-59* | 38.980 | 35.412 | 74.392 | 110 | 4,4 | 4,2 | 4,3 |
| *60-69* | 19.383 | 19.626 | 39.009 | 99 | 2,2 | 2,3 | 2,2 |
| *70-79* | 7.683 | 7.939 | 15.622 | 97 | 0,9 | 0,9 | 0,9 |
| *80 y +* | 4.123 | 4.802 | 8.925 | 86 | 0,5 | 0,6 | 0,5 |
| *Total* | 891.388 | 845.220 | 1.736.608 | 105 | 100 | 100 | 100 |
| *50 y más* | 70.169 | 67.779 | 137.948 | 104 | 7,9 | 8,0 | 7,9 |
| *60 y más* | 31.189 | 32.367 | 63.556 | 96 | 3,5 | 3,8 | 3,7 |
| *Desconocida* | 284 | 184 | 468 | 154 | 0,03 | 0,02 | 0,03 |
| *1895* | | | | | | | |
| *0-9* | 580.951 | 561.197 | 1.142.148 | 104 | 28,0 | 30,2 | 29,0 |
| *10-19* | 423.283 | 412.948 | 836.231 | 103 | 20,4 | 22,2 | 21,3 |
| *20-29* | 363.504 | 332.489 | 695.993 | 109 | 17,5 | 17,9 | 17,7 |
| *30-39* | 319.115 | 244.266 | 563.381 | 131 | 15,4 | 13,2 | 14,3 |
| *40-49* | 209.975 | 152.965 | 362.940 | 137 | 10,1 | 8,2 | 9,2 |
| *50-59* | 109.766 | 81.894 | 191.660 | 134 | 5,3 | 4,4 | 4,9 |
| *60-69* | 47.890 | 43.741 | 91.631 | 109 | 2,3 | 2,4 | 2,3 |
| *70-79* | 16.357 | 17.773 | 34.130 | 92 | 0,8 | 1,0 | 0,9 |
| *80 y +* | 6.098 | 9.062 | 15.160 | 67 | 0,3 | 0,5 | 0,4 |
| *Total* | 2.076.939 | 1.856.335 | 3.933.274 | 112 | 100 | 100 | 100 |
| *50 y más* | 180.111 | 152.470 | 332.581 | 118 | 8,7 | 8,2 | 8,5 |
| *60 y más* | 70.345 | 70.576 | 140.921 | 100 | 3,4 | 3,8 | 3,6 |
| *Desconocida* | 11.980 | 9.657 | 21.637 | 124 | 0,6 | 0,5 | 0,5 |
| *1914* | | | | | | | |
| *0-9* | 1.099.122 | 1.070.221 | 2.169.343 | 103 | 26,0 | 29,3 | 27,5 |
| *10-19* | 872.115 | 827.042 | 1.699.157 | 105 | 20,7 | 22,6 | 21,6 |
| *20-29* | 878.062 | 705.804 | 1.583.866 | 124 | 20,8 | 19,3 | 20,1 |
| *30-39* | 596.783 | 442.024 | 1.038.807 | 135 | 14,1 | 12,1 | 13,2 |
| *40-49* | 378.547 | 280.378 | 658.925 | 135 | 9,0 | 7,7 | 8,4 |
| *50-59* | 234.599 | 177.135 | 411.734 | 132 | 5,6 | 4,8 | 5,2 |
| *60-69* | 112.274 | 96.401 | 208.675 | 116 | 2,7 | 2,6 | 2,6 |
| *70-79* | 39.538 | 39.403 | 78.941 | 100 | 0,9 | 1,1 | 1,0 |
| *80 y +* | 12.141 | 17.330 | 29.471 | 70 | 0,3 | 0,5 | 0,4 |
| *Total* | 4.223.181 | 3.655.738 | 7.878.919 | 116 | 100 | 100 | 100 |
| *50 y más* | 398.552 | 330.269 | 728.821 | 121 | 9,4 | 9,0 | 9,3 |
| *60 y más* | 163.953 | 153.134 | 317.087 | 107 | 3,9 | 4,2 | 4,0 |
| *Desconocida* | 3.842 | 2.476 | 6.318 | 155 | 0,09 | 0,07 | 0,1 |
| *1947* | | | | | | | |
| *0-9* | 1.699.882 | 1.659.206 | 3.359.088 | 102 | 20,9 | 21,5 | 21,2 |
| *10-19* | 1.561.397 | 1.533.773 | 3.095.170 | 102 | 19,2 | 19,9 | 19,6 |
| *20-29* | 1.390.906 | 1.385.207 | 2.776.113 | 100 | 17,1 | 18,0 | 17,5 |
| *30-39* | 1.215.341 | 1.170.819 | 2.386.160 | 104 | 15,0 | 15,2 | 15,1 |
| *40-49* | 1.021.190 | 876.000 | 1.897.190 | 117 | 12,6 | 11,4 | 12,0 |
| *50-59* | 702.183 | 574.329 | 1.276.512 | 122 | 8,6 | 7,4 | 8,1 |
| *60-69* | 366.884 | 329.323 | 696.207 | 111 | 4,5 | 4,3 | 4,4 |
| *70-79* | 128.047 | 135.721 | 263.768 | 94 | 1,6 | 1,8 | 1,7 |
| *80 y +* | 32.395 | 46.278 | 78.673 | 70 | 0,4 | 0,6 | 0,5 |
| *Total* | 8.118.225 | 7.710.656 | 15.828.881 | 105 | 100 | 100 | 100 |
| *50 y más* | 1.229.509 | 1.085.651 | 2.315.160 | 113 | 15,1 | 14,1 | 14,6 |
| *60 y más* | 527.326 | 511.322 | 1.038.648 | 103 | 6,5 | 6,6 | 6,6 |
| *Desconocida* | 26.950 | 37.996 | 64.946 | 71 | 0,3 | 0,5 | 0,4 |

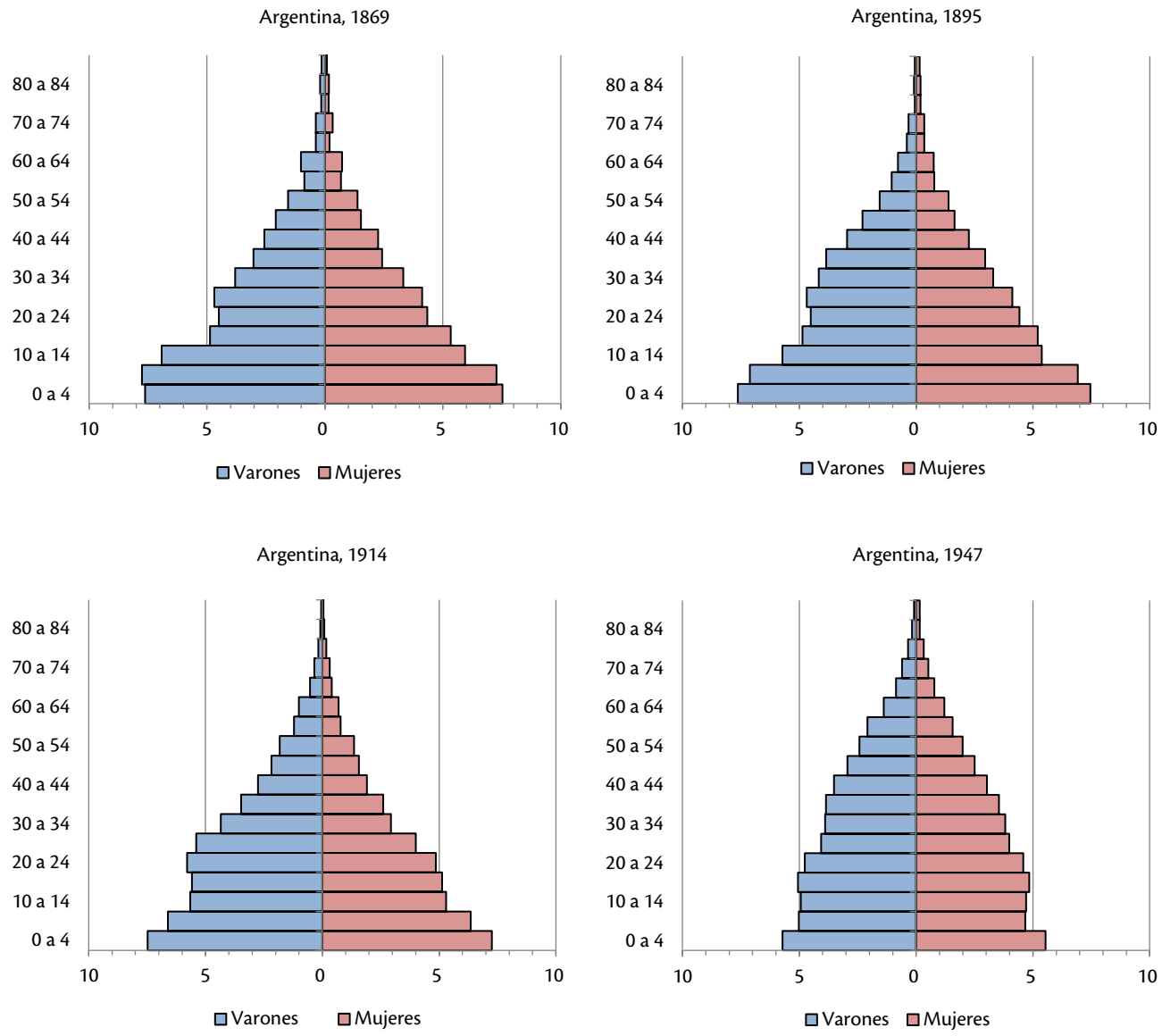



Gráfico nº 1. Pirámides de población de la Argentina, 1869, 1895, 1914 y 1947. Fuente: Tisnés y Velázquez (2016).

Envejecimiento de la base de la pirámide

La proporción de personas de 60 años y más, por su parte, experimentó una evolución inversa a la del grupo joven ya que se caracterizó por una tendencia hacia el alza que, vista en conjunto, supuso un envejecimiento de la estructura global. El proceso reconoce los mismos momentos que en la población joven: el período 1869-1914, durante el cual la proporción de personas de 60 años y más pasó del 3,7 al 4%, y el período 1914-1947, en el que trepó al 6,6%. La misma periodización emerge si se toma el umbral de 50 años, que aumentó del 7,9 al 9,3% entre 1869 y 1914, para alcanzar el 14,6% en 1947. Estas evoluciones testimonian ante todo el llamado envejecimiento por la base de la pirámide, es decir, el derivado de la disminución de niños y jóvenes producido por la caída de la fecundidad que tuvo lugar durante la primera mitad del siglo XX. Fuera ya de nuestro período, la evolución de largo plazo siguió una tendencia creciente y sin interrupciones, ya que la proporción de personas de 60 años y más pasó de 8,9% en 1960 a 14,1% en el último censo nacional de 2010 (gráfico n° 2).

Envejecimiento de la cúspide

La composición interna del grupo de 60 años y más replica lo observado hasta aquí: así, el grupo 60-69, su componente principalísimo, estable hasta 1914 con valores de entre el 2 y el 3%, duplicó su peso (4,4%) en 1947. Algo similar ocurrió con el grupo 70-79, que pasó del 1% en 1914 a 1,7 en 1947. El grupo de personas de 80 años y más, en cambio, permaneció estable a lo largo de toda la centuria en torno al medio punto porcentual. Esa estabilidad testimonia de modo elocuente que los principales avances ocurridos en la mortalidad desde finales del siglo XIX

beneficiaron las posibilidades de supervivencia del resto de las edades, en particular jóvenes y niños, y no de las edades más elevadas, como ocurrirá a partir de las dos últimas décadas del siglo XX, gracias a los avances contra las enfermedades degenerativas, el cáncer y las cardiovasculares que permitieron el llamado envejecimiento por la cúspide. Conforme a la mayor mortalidad de los hombres, el segmento de 80 años y más se halla compuesto básicamente por mujeres. Así lo muestra la relación de masculinidad de ese grupo que descendió de 86 a 67 hombres por cada 100 mujeres del primero al segundo censo nacional de población, para estabilizarse en 70 en los últimos dos, pequeño aumento derivado del envejecimiento de los inmigrantes europeos, en su mayoría hombres. El envejecimiento "interno" de la población anciana, es decir, el incremento de la población de mayor edad, ocurre fuera de nuestro período, ya que las proporciones de personas de 80 años y más treparon de manera ininterrumpida del 0,5% en 1947 al 2,1% en 2001 (Redondo, 2007, p. 154). La anormal longitud del tercer período intercensal (1914-1947), mayor a las tres décadas, impide precisar con claridad las variaciones temporales con las que se produjo el aumento de la proporción de ancianos, pero todo indica que el cese del flujo migratorio transatlántico en 1930 constituyó un momento capital en esa trayectoria.

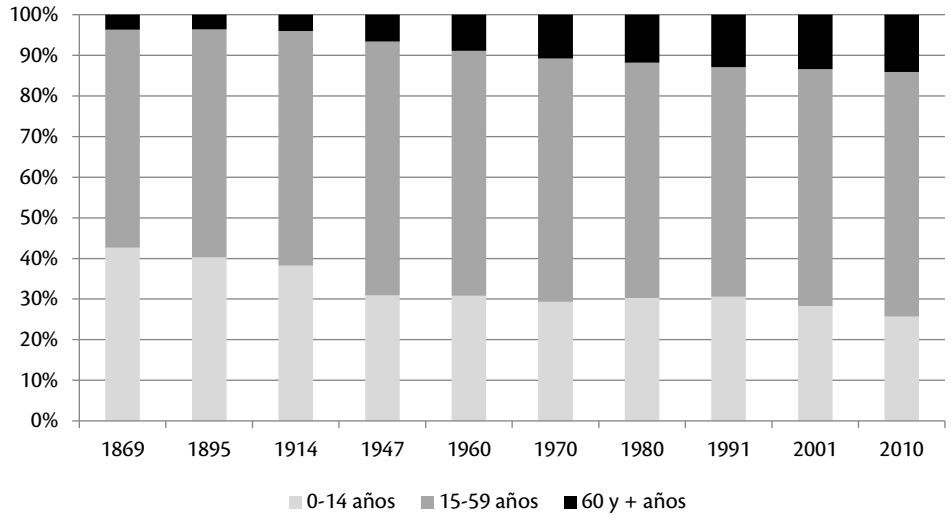



Gráfico nº 2. Evolución de la población de 60 años y más. Argentina, 1869-2010. Fuente: Sobre la base de censos nacionales de población respectivos.

Las proporciones de personas de 60 años y más de 1947, bajas cuando se las contempla desde el peso que tienen en las sociedades actuales, no deben hacer olvidar que remiten a cantidades significativas de personas en números absolutos. Dado que la población argentina del período experimentó además un notable crecimiento demográfico, no debería pasarse por alto el hecho obvio de que la estabilidad de mediano plazo de las proporciones oculta un incremento significativo del tamaño absoluto de esa subpoblación que pasó de poco más de 60.000 personas en 1869 a 317.000 en 1914 y superó el millón de individuos en 1947.

Indicadores de envejecimiento

Los restantes indicadores del envejecimiento demográfico (cuadro n° 2) resultan coherentes con el panorama suministrado por las pirámides. Así, la edad mediana de la población pasó de 18 años en 1869 a 20 en 1895-1914 y a 25 en 1947. El índice de dependencia potencial total, por su parte, evolucionó hacia la baja (descendió de 81,8 en 1869 a 53,4 en 1947) en razón de la disminución del peso proporcional de las cohortes de jóvenes producida por la caída de la natalidad, mientras que el índice de dependencia potencial de ancianos se elevó moderadamente pasando de 4 a 6 ente el primero y el cuarto censo nacional, definiendo una tendencia al alza ininterrumpida desde entonces (su valor para 2001 era de 16). Por último, el índice de envejecimiento (umbral 60), indicador que mide cuántas personas ancianas existen por cada 100 personas menores de 15 años, pasó de valores en torno a 9 en 1869-1895 a 10,5 en 1914 y 21,3 en 1947.

| Años | Porcentaje de | | | Origen | | | Edad mediana | | | Indice de Dependencia Potencial | | | Razón adultos ancianos | Razón niños ancianos | Porcentaje de extranjeros en | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | 0-14 | 15-64 | 65 y + | Nativa | No nativa | Total | V | M | T | Joven | Anciano | Total | | | Pob. Total | Pob. Anciana |
| 1869 | 42,8 | 55 | 2,2 | 2,4 | 3,5 | 2,5 | 18 | 19 | 18 | 77,8 | 4,0 | 81,8 | 14,6 | 11,6 | 12,1 | 17,1 |
| 1895 | 41,3 | 56,6 | 2,1 | 1,9 | 2,7 | 2,1 | 21 | 19 | 20 | 74,5 | 4,4 | 74,8 | 15,7 | 11,2 | 25,4 | 27,1 |
| 1914 | 40,1 | 57,6 | 2,3 | 1,6 | 3,9 | 2,3 | 22 | 19 | 20 | 64,8 | 3,9 | 68,6 | 14,3 | 9,5 | 29,9 | 51,0 |
| 1947 | 30,9 | 65,2 | 3,9 | 2,0 | 14,5 | 3,9 | 25 | 25 | 25 | 47,3 | 6,0 | 53,4 | 9,5 | 4,7 | 15,3 | 56,6 |
| 1960 | 30,7 | 63,8 | 5,5 | 3,2 | 20,9 | 5,5 | 27 | 27 | 27 | 48,4 | 8,8 | 57,2 | 6,7 | 3,4 | 13,0 | 49,3 |
| 1970 | 29,3 | 63,7 | 7,0 | 4,8 | 29,8 | 7,2 | 27 | 28 | 27 | 46,0 | 11,0 | 57,0 | 5,6 | 2,7 | 9,5 | 39,6 |
| 1980 | 30,3 | 61,5 | 8,2 | 6,6 | 30,3 | 8,2 | 26 | 28 | 27 | 49,3 | 13,3 | 62,6 | 4,9 | 2,6 | 6,8 | 25,2 |
| 1991 | 30,6 | 60,5 | 8,9 | 7,8 | 28,2 | 8,9 | 26 | 28 | 27 | 50,5 | 14,7 | 65,1 | 4,4 | 2,4 | 5,0 | 15,9 |

Cuadro nº 2. Indicadores de envejecimiento, umbral 65. Argentina, 1869-1991. Fuente: Sobre la base de Recchini de Lattes y Lattes (1975), INDEC (1998) y Tisnés y Velázquez (2016).

Migraciones internacionales

Como ha sido dicho, la evolución de la estructura por edad y sexo de la población argentina dependió tanto de un fenómeno universal –la transición demográfica– como de uno específico, aunque desde luego no único, de nuestro país: el alud migratorio europeo. El efecto disruptivo de las migraciones internacionales, claramente analizado por Nélida Redondo (2007), puede ser sintetizado del siguiente modo. En una primera fase, coincidente con el período de inmigración de masas (censos de 1895 y 1914), los inmigrantes retrasaron el envejecimiento de la población por la doble vía de su propio peso en la estructura demográfica (no debe olvidarse que eran básicamente jóvenes y adultos) y por su impacto indirecto a través de la natalidad. En una segunda fase, la reducción del flujo migratorio, tras la crisis de 1930, dio lugar al envejecimiento de los *stocks* de europeos presentes en el país, fenómeno que aceleró el envejecimiento entre 1950 y 1970, como puede percibirse ya en el censo de 1947, relevamiento que, como bien señala Redondo (2007, p. 152), "capturó el momento de más velocidad de incremento del envejecimiento." Fruto de estas evoluciones, la proporción de extranjeros en la población de 65 años y más, umbral retenido por esa autora, osciló en torno al 50% (49 y 49,3 en 1914 y 1960, respectivamente) con pico de 56,6% en 1947. A partir de 1960, el peso de los extranjeros declinó de manera ininterrumpida, pasando del 39,6% en 1970 al 11% en 2001.

Extranjerización de la población anciana

Otra forma de presentar el mismo hecho es recordar que la proporción de ancianos de 65 y más en la población no nativa pasó del 2,7% en 1895 a 14,5% en 1947, y continuó en aumento en los tres censos posteriores (20,9, 29,8, y 30,3 en 1960, 1970 y 1980, respectivamente) para bajar recién a partir del censo de 1991. En suma, se asiste, durante el período que nos incumbe, a un notable proceso de *extranjerización de la población anciana* (Mariluz, 2009), de efectos claros en muchas dimensiones, como por ejemplo la población anciana institucionalizada. Según observadores contemporáneos, el envejecimiento de la población no obedeció sólo a las bajas de la natalidad y la mortalidad, sino también a "la inmigración de adultos, que ha revestido especial importancia en los últimos siete años" (INDEC, 1956, p. 9). Sin embargo, los datos que acompañan al *Informe Demográfico de 1944-1954*, del que proviene esa observación, muestran que también la salida de adultos era muy importante y que el saldo de pasajeros de ultramar de segunda y tercera clase mayores de 60 años de ese período representaba apenas el uno por ciento de la población de 60 años y más de 1947.

Relaciones de masculinidad

Las migraciones internacionales afectaron asimismo las relaciones de masculinidad de la población total y de grupos funcionales específicos. En el caso de la subpoblación de 60 años y más, la relación de masculinidad pasó de 96 en 1869 (cifra inferior a la normal a la que no fueron ajenas las guerras de las décadas precedentes) a valores iguales o levemente superiores a 100 en los tres censos sucesivos. Esta situación de equilibrio no fue producto de la mortalidad diferen-

cial entre sexos (progresivamente favorable a las mujeres), sino de la presencia significativa de inmigrantes europeos, en su mayoría hombres, que, a medida que envejecieron, compensaron la reducción progresiva de los ancianos argentinos. Fuera ya de nuestro período, la reducción de la migración europea hizo más claramente perceptible la feminización de la población anciana. En efecto, si en 1914 las mujeres de 65 años y más constituían el 49,9%, para 1947 eran más de la mitad de ese grupo etario (51,9 %), dando lugar a un proceso de feminización creciente, mayor que el de la población total e ininterrumpido. Para el año 2001, por ejemplo, las mujeres representaban el 59,4 % del total de personas de 65 años y más (Redondo, 2007, p. 157).

Niveles de envejecimiento

Llegados a este punto, resulta de interés contextualizar el caso argentino mediante su inclusión en un marco más general. La comparación con Europa (cuadro n° 3) ubica a nuestro país en niveles de envejecimiento muy inferiores a los de Italia, España, Inglaterra y, sobre todo, Francia, país pionero en la transición demográfica que pasó de contar con un 10,8% de personas de 60 años y más en 1861 a 15,9% en 1946. Para acentuar la comparación puede ser útil precisar que la proporción de personas de 60 años y más era de 8,8 % en la Francia de 1780, valor que la Argentina alcanzaría hacia 1960, es decir, 180 años más tarde. Los niveles de envejecimiento argentinos también eran menores a los de otros países de inmigración, como Canadá y Estados Unidos, aunque las diferencias eran, en este caso, mucho menos acentuadas que con Europa. La comparación con los países latinoamericanos para 1950 sobre la base del umbral de 65 años (CELADE, 2007) muestra que, sobre un telón de fondo de 3,5% de población anciana, característico de un continente joven y de alto crecimiento demográfico potencial, algunos países presentaban entonces valores superiores. Dejando de lado el notable caso uruguayo, el país más envejecido de la región con 8,2% en fecha tan temprana como 1950 y en mucha menor medida Ecuador (5,3%), Honduras, Panamá, Argentina, Chile, Cuba y Costa Rica se encontraban en el siguiente umbral de importancia con valores que oscilan entre el 4 y el 4,8%, es decir en el grupo que Naciones Unidas define como poblaciones maduras. Tanto en Europa como en América, las proporciones de envejecimiento siguen en parte los perfiles transicionales propios de cada país, aunque, como lo ha destacado Laslett (1995) para el viejo continente, debe descartarse cualquier automatismo entre ambos fenómenos.

Cuadro nº 3. Población de 60 años y más. Países seleccionados, 1860-1950. Fuente: Elaboración propia sobre la base de Dubert (2006, p. 101), Caltabiano (2008, p. 62), Feller (2007, pp. 31 y 49) y Laslett (1991, p. 69; 1995, p. 13).

| *Década* | *Argentina* | *España (1)* | *Italia* | *Francia* | *Inglaterra* | *Canadá* | *Estados Unidos* |
|---|---|---|---|---|---|---|---|
| *1860* | 3,7 (1869) | - | 6,6 (1861) | 10,8 (1861) | - | - | - |
| *1870* | - | 8,0 (1877) | 8,7 (1871) | 11,7 (1871) | 7,4 (1871) | - | - |
| *1880* | - | 7,8 (1880's) | 9 (1881) | 12,2 (1886) | - | 5,4 | 5,4 |
| *1890* | 3,6 (1895) | - | - | 12,5 (1891) | - | - | - |
| *1900* | - | - | 9,6 (1901) | 12,5 (1901) | 7,6 (1901) | - | - |
| *1910* | 4,0 (1914) | 9,7 (1910) | 10,2 (1911) | 12,8 (1911) | 8,1 (1911) | - | - |
| *1920* | - | 10 (1920's) | 10,5 (1921) | 13,7 (1921) | 9,8 (1921) | 7,5 | 6,7 |
| *1930* | - | - | 10,8 (1931) | 14,0 (1931) | 11,7 (1931) | - | - |
| *1940* | 6,6 (1947) | - | - | 15,9 (1946) | 14,1 (1941) | - | - |
| *1950* | - | - | 12,2 (1951) | 16,3 (1954) | 15,8 (1951) | 11,2 | 12,2 |

(1) Los datos de España de 1877 y 1910 refieren sólo a la población femenina.

Por último, debe recordarse que los pasajes de poblaciones jóvenes a maduras y de maduras a viejas deben ser interpretados con cautela ya que derivan del uso de un umbral cronológico fijo en la definición de la vejez. El envejecimiento resultante de esa forma de medición se reduce considerablemente o incluso desaparece cuando se consideran umbrales móviles basados en la reducción de largo plazo de la mortalidad y en los cambios que ello induce en las etapas de la vida (Bourdelais, 1997; Otero, 2018).

Tan importante como las variaciones temporales es la geografía del proceso de envejecimiento y, de modo indirecto, de los factores intervinientes en su configuración. Al igual que en la dimensión diacrónica, el indicador retenido para el análisis será la proporción de personas de 60 años y más, desagregada para cada una de las jurisdicciones existentes (ciudad de Buenos Aires, provincias y territorios nacionales) en los cuatro cortes temporales disponibles, ejercicio que permite definir noventa y seis puntos de observación.

Variables espaciales

Las variaciones espaciales de las proporciones de ancianos pueden ser pensadas de dos modos: a partir de la distancia entre el valor de cada jurisdicción y el promedio nacional, tomado como una cifra de referencia, variable de un censo a otro, o bien a partir de un umbral constante para todo el período. Ambas formas de presentación son complementarias ya que miden el mismo fenómeno subyacente, aunque de modo algo diferente.

Proporción de ancianos por jurisdicciones

En la primera forma de lectura (cuadro n° 4), los tres primeros censos muestran que las jurisdicciones cuya proporción de ancianos es superior al promedio del país (Catamarca, Corrientes, Jujuy, La Rioja, Salta, Santiago del Estero y, en menor medida, San Juan) tienen como característica principal haber sido regiones de emigración interna durante el período. Dado que las migraciones interprovinciales involucraban básicamente a población en edades activas, su efecto más evidente era el de aumentar la proporción de personas mayores, más sedentarias en términos generales, en la provincia de origen. Las provincias de la pampa gringa, por su parte, receptoras tanto de inmigrantes internos como europeos, se encuentran cerca del promedio nacional en razón de su alto peso proporcional en la población total del país. Por último, los territorios nacionales, que, a diferencia del primer grupo, son jurisdicciones de poblamiento reciente y receptoras de inmigrantes en edades activas, ostentan proporciones de población anciana bastante más bajas que el conjunto del país. Para 1947, el panorama cambia, ya que dos unidades (la ciudad y la provincia de Buenos Aires), que son las que han recibido la mayor cantidad de inmigrantes, sobre todo europeos, ostentan proporciones de personas de 60 años y más bastante superiores al promedio nacional. Como ha sido mencionado, el envejecimiento de la población europea por la falta de renovación del flujo migratorio internacional tras la crisis del treinta, sumado al carácter más temprano de la transición demográfica en esas jurisdicciones, juega un rol fundamental en las proporciones observadas. Algo similar ocurrió en los casos de Santa Fe y La Pampa, dos provincias de alta inmigración, que alcanzaron proporciones del orden del 6,5%.

Relaciones de masculinidad de los ancianos

Las relaciones de masculinidad de los ancianos, por su parte, refuerzan las consideraciones precedentes sobre los efectos diferenciales de los flujos migratorios, al contraponer provincias con relaciones de masculinidad menores a 100, expulsoras de población masculina, como Santiago del Estero, y provincias con valores superiores al normal, receptoras de población migrante (nativa y europea), como ocurre, por ejemplo, con Buenos Aires, Santa Fe y los territorios nacionales. La ciudad de Buenos Aires, con relaciones de masculinidad muy bajas, constituye una excepción parcial, ya que recibe también, desde épocas muy tempranas, una importante migración de mujeres. Aunque imperfecta y lejos de cualquier automatismo, la relación entre proporción de ancianos y relaciones de masculinidad opera, en suma, en el sentido esperado. Por ello, la correlación entre las proporciones de personas de 60 años y más y las relaciones de masculinidad de cada jurisdicción es negativa y significativa tanto para 1895 como para 1914, momentos de mayor proporción de inmigrantes (el valor del índice de Pearson es de -0.6) y, de modo previsible, desciende para 1947 (valor de -0.3).

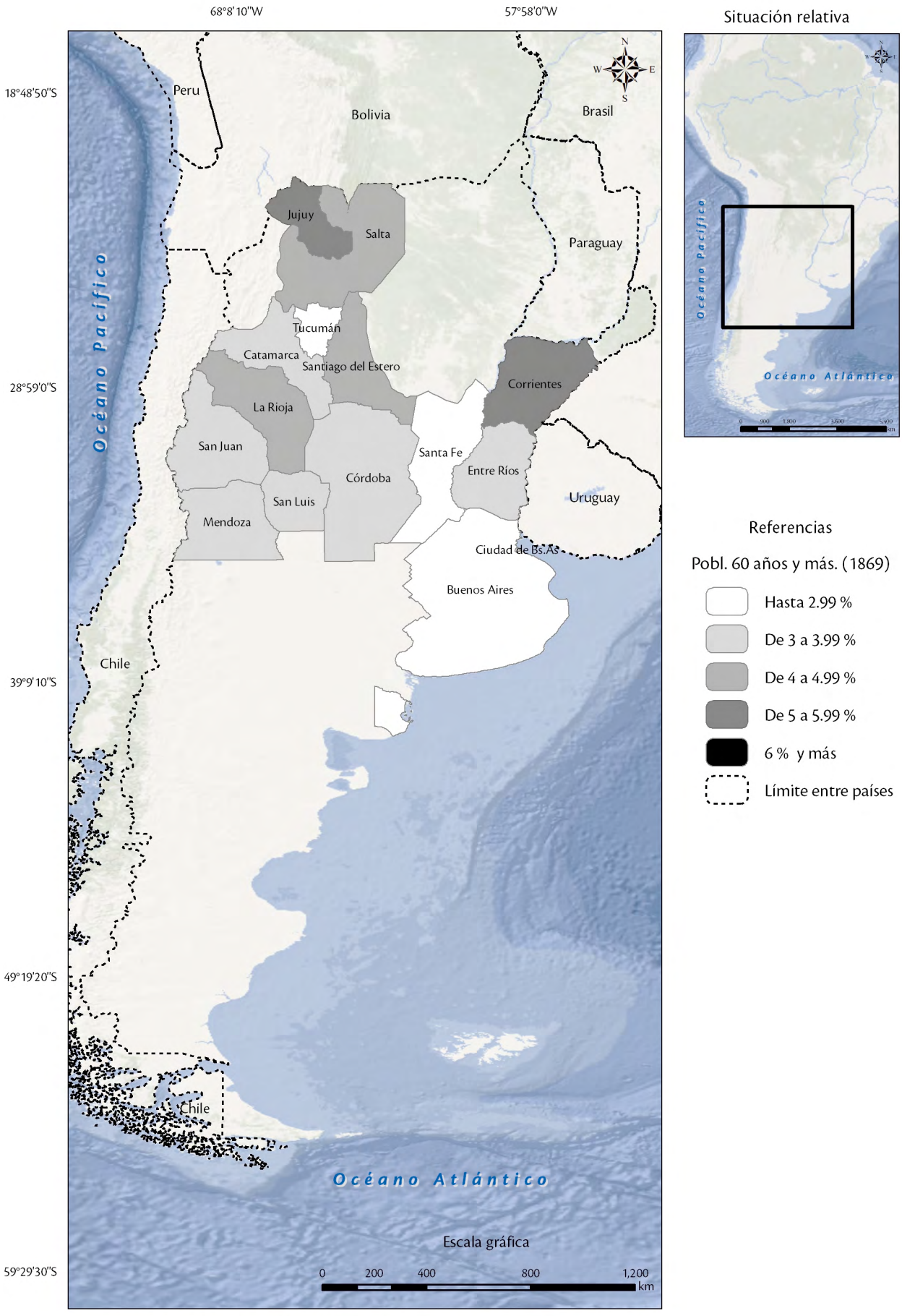
Heterogeneidad del fenómeno

La segunda forma de lectura (mapas n° 1, 2, 3 y 4) resulta más sencilla y transparente. Como toda graficación de un fenómeno espacial que se incrementa con el paso del tiempo, los mapas –que respetan los límites provinciales de cada

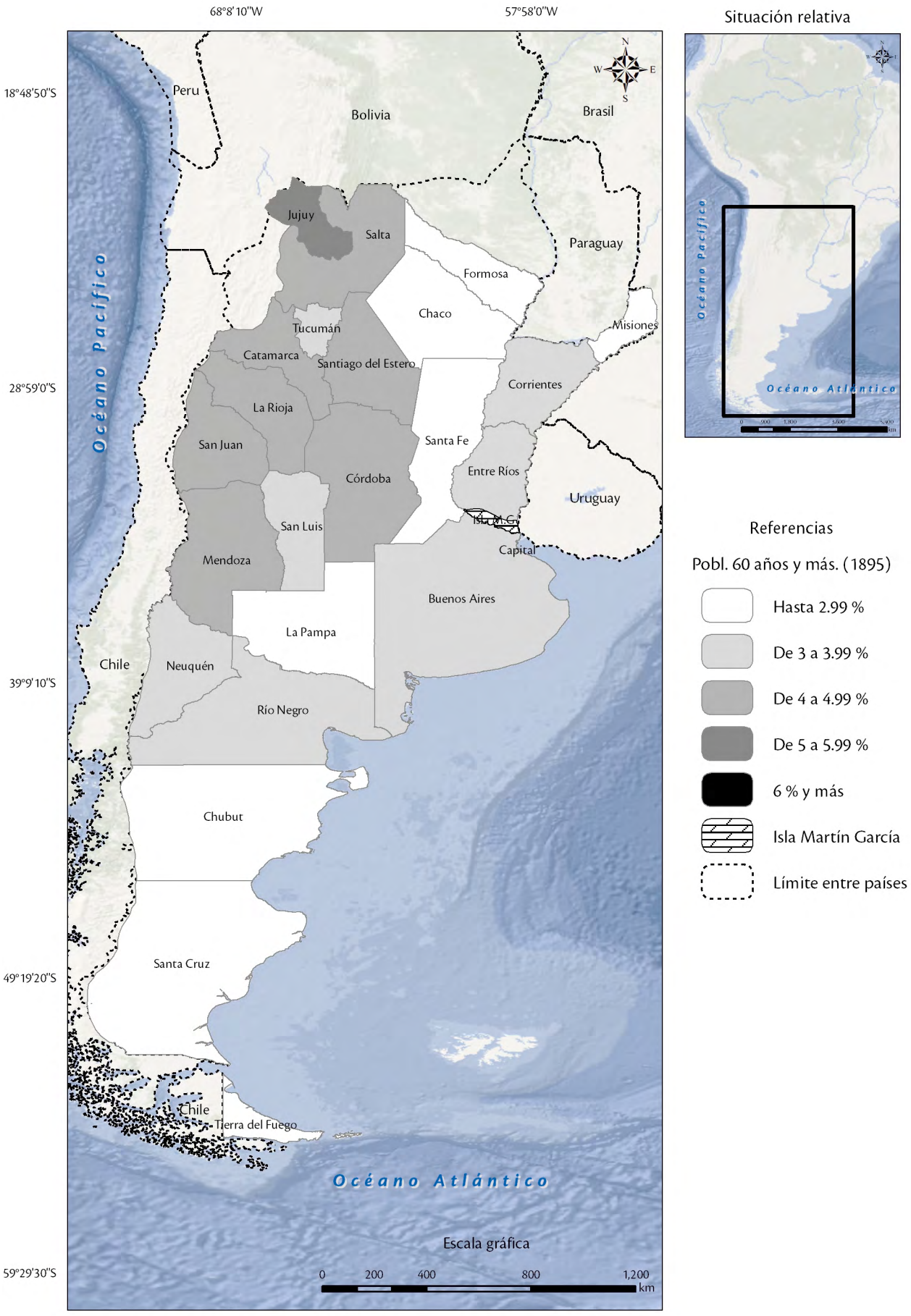
fecha censal– adoptan la secuencia de una mancha en expansión. Así, el número de jurisdicciones que supera el 5% de población anciana pasa de sólo dos en 1869 a tres en 1914 y trepa a 12 en 1947, momento en que cuatro unidades superan incluso el 6%. Dejando de lado algunas situaciones particulares (como Ciudad de Buenos Aires y Corrientes en el primer período intercensal; Córdoba, Mendoza, San Juan y Chaco en el segundo; Santiago del Estero y Neuquén en el último), el aumento de la proporción de ancianos en las jurisdicciones es irreversible, con la única excepción de Jujuy, donde desciende sistemáticamente de un período a otro. Vista en términos temporales, la heterogeneidad entre jurisdicciones tiende a reducirse, ya que el indicador retenido (la división entre el valor máximo y mínimo de la distribución) pasó de 6,8 en 1895 a 3,1 en 1947. A pesar de su reducción, los valores observados ponen de manifiesto un alto grado de heterogeneidad, superior, por ejemplo, a los de los censos franceses del siglo XIX y a los italianos del período 1861-2006, que oscilaron, en ambos casos, entre 1 y 2 (Bourdelais, 1997; Caltabiano, 2008).

Cuadro nº 4. Proporción de personas de 60 años y más y relaciones de masculinidad por jurisdicciones. Argentina, 1869-1947. Fuente: elaboración propia sobre la base del IV Censo Nacional.

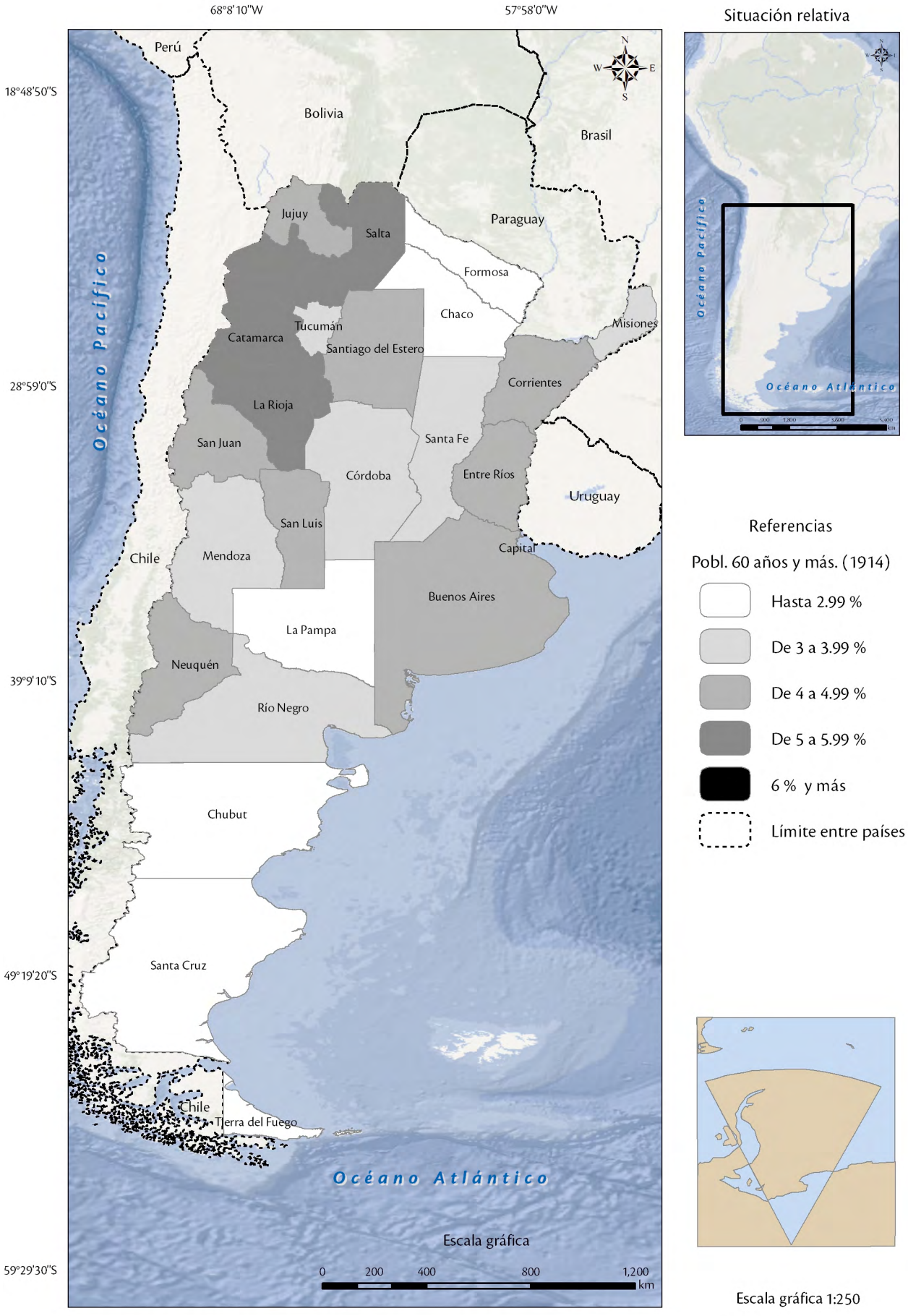
| | *Personas de 60 años y más* | | | | | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | *Proporción en la población total* | | | | *Relaciones de mascunilidad* | | | |
| | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* | *1869* | *1895* | *1914* | *1947* |
| *Ciudad de Buenos Aires* | 3,5 | 3,3 | 4,1 | 8,6 | 99 | 100 | 99 | 84 |
| *Buenos Aires* | 2,9 | 3,3 | 4,0 | 7,5 | 144 | 133 | 130 | 116 |
| *Catamarca* | 3,8 | 4,9 | 5,4 | 5,7 | 87 | 72 | 76 | 76 |
| *Córdoba* | 3,7 | 4,0 | 3,8 | 5,8 | 80 | 79 | 100 | 109 |
| *Corrientes* | 5,0 | 3,9 | 4,7 | 5,5 | 81 | 72 | 79 | 78 |
| *Entre Ríos* | 3,7 | 3,7 | 4,3 | 5,9 | 110 | 112 | 105 | 94 |
| *Jujuy* | 5,5 | 5,4 | 4,9 | 3,8 | 98 | 92 | 95 | 103 |
| *La Rioja* | 4,6 | 4,8 | 5,9 | 5,8 | 92 | 81 | 87 | 76 |
| *Mendoza* | 3,4 | 4,2 | 3,6 | 5,4 | 111 | 109 | 113 | 103 |
| *Salta* | 4,7 | 4,3 | 5,3 | 3,9 | 105 | 93 | 99 | 93 |
| *San Juan* | 3,2 | 4,6 | 4,1 | 4,7 | 99 | 86 | 99 | 91 |
| *San Luis* | 3,4 | 3,8 | 4,2 | 5,2 | 85 | 84 | 86 | 84 |
| *Santa Fe* | 2,3 | 2,7 | 3,4 | 6,7 | 118 | 130 | 124 | 121 |
| *Santiago del Estero* | 4,7 | 4,7 | 4,9 | 4,5 | 79 | 62 | 74 | 82 |
| *Tucumán* | 2,9 | 3,0 | 3,8 | 4,7 | 72 | 87 | 99 | 103 |
| *ZM de Comodoro Rivadavia* | - | - | - | 3,8 | - | - | - | 214 |
| *TN de Chaco* | - | 2,8 | 2,6 | 3,3 | - | 112 | 130 | 137 |
| *TN de Chubut* | 0,7 | 2,7 | 2,8 | 4,8 | - | 127 | 156 | 178 |
| *TN de Formosa* | - | 1,6 | 2,7 | 3,1 | - | 97 | 87 | 117 |
| *TN de La Pampa* | - | 2,3 | 2,6 | 6,5 | - | 202 | 175 | 165 |
| *TN de Misiones* | - | 2,2 | 3,5 | 3,6 | - | 138 | 108 | 111 |
| *TN de Neuquén* | - | 3,7 | 4,5 | 3,2 | - | 126 | 145 | 121 |
| *TN d e Río Negro* | - | 3,0 | 3,8 | 4,4 | - | 116 | 172 | 177 |
| *TN de Santa Cruz* | - | 1,0 | 1,3 | 5,2 | - | 233 | 169 | 284 |
| *TN de Tierra del Fuego* | - | 0,8 | 1,5 | 2,8 | - | 100 | 429 | 289 |
| *Total país* | 3,7 | 3,6 | 4 | 6,6 | 96 | 100 | 107 | 103 |



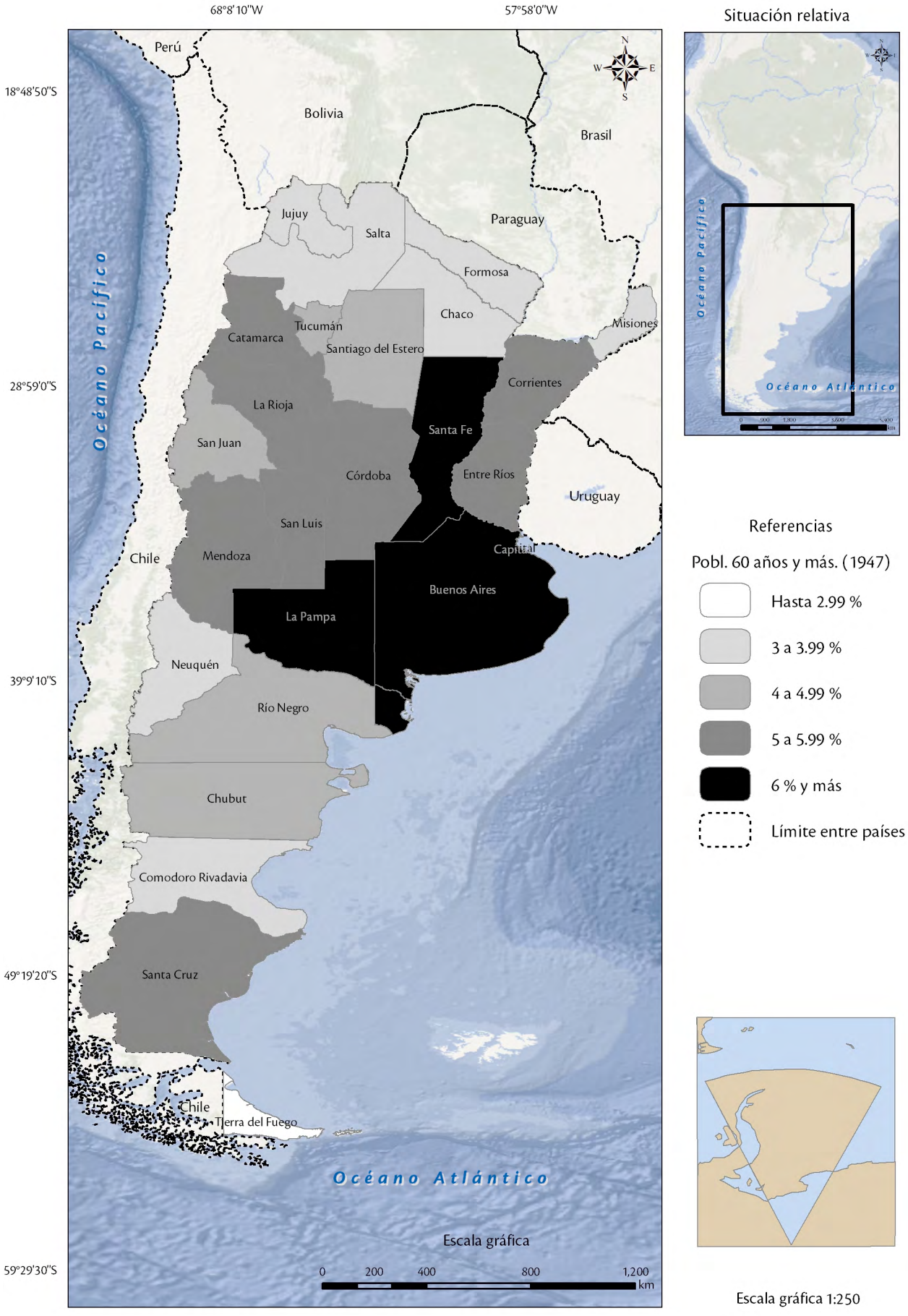

Mapa nº 1. Proporción de población de 60 años y más por provincias. Argentina, 1869.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1869.




Mapa nº 2. Proporción de población de 60 años y más por provincias. Argentina, 1895.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1895.




Mapa nº 3. Proporción de población de 60 años y más por provincias. Argentina, 1914.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1914.




Mapa nº 4. Proporción de población de 60 años y más por provincias. Argentina, 1947.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1947.

Geografía del envejecimiento

Dado el mayor número de provincias con altas proporciones de población anciana en 1947, aumentó también su heterogeneidad en relación al carácter expulsor o receptor de población migrante, ya que conviven provincias envejecidas por el envejecimiento de los *stocks* de europeos y por la reducción de la natalidad y la mortalidad (como la Capital, Buenos Aires y Santa Fe) con aquellas, más fieles al perfil pretransicional, que continúan con natalidad y mortalidad elevadas y expulsan población hacia otros provincias. Una vez más, los territorios nacionales, receptores de flujos de población más recientes, experimentaron, en términos generales, niveles considerablemente más bajos de población anciana. La geografía de la población de 60 años y más de mediados del siglo XX aparece así, paradojalmente, como la resultante de dos fenómenos distintos: el rezago en la transición demográfica de las provincias más "tradicionales" (en términos de su grado de modernización de las pautas reproductivas, pero ciertamente también en otros aspectos) y expulsoras de población; y el inicio del envejecimiento de la población europea, migrante antigua, y los efectos de la caída de la natalidad y la mortalidad en las provincias más "modernas". Al igual que en otros casos nacionales, la geografía del envejecimiento sigue de cerca a la del control de nacimientos, patrón acentuado en el caso argentino por las pautas geográficas de implantación de la inmigración, como lo testimonia de manera elocuente el hecho de que las más altas proporciones de ancianos se desplacen desde las provincias del oeste en 1895-1914 al centro-litoral en 1947.

Cifras absolutas de ancianos

Los análisis precedentes, basados en cifras proporcionales, deben complementarse con las cifras absolutas de ancianos presentes en cada jurisdicción, aspecto más relevante, desde luego, para la historia de la vejez que para la del envejecimiento demográfico. Es bien conocido que la Argentina experimentó una distribución espacial de sus habitantes progresivamente desequilibrada debido al mayor crecimiento demográfico de la zona centro-litoral. La distribución de la población anciana (cuadro n° 5) replicó ese patrón general, de modo que hacia el final del período aquí analizado los *stocks* de población de 61 años y más variaban desde más de 250.000 personas en jurisdicciones densamente pobladas, como la Capital Federal y la provincia de Buenos Aires, a cifras de unos pocos miles en los territorios nacionales, sólo dos de los cuales (La Pampa y Misiones) alcanzaban a superar los 8.000 individuos, aunque cifras inferiores a ese umbral también podían encontrarse en provincias de antiguo poblamiento como La Rioja y Jujuy.

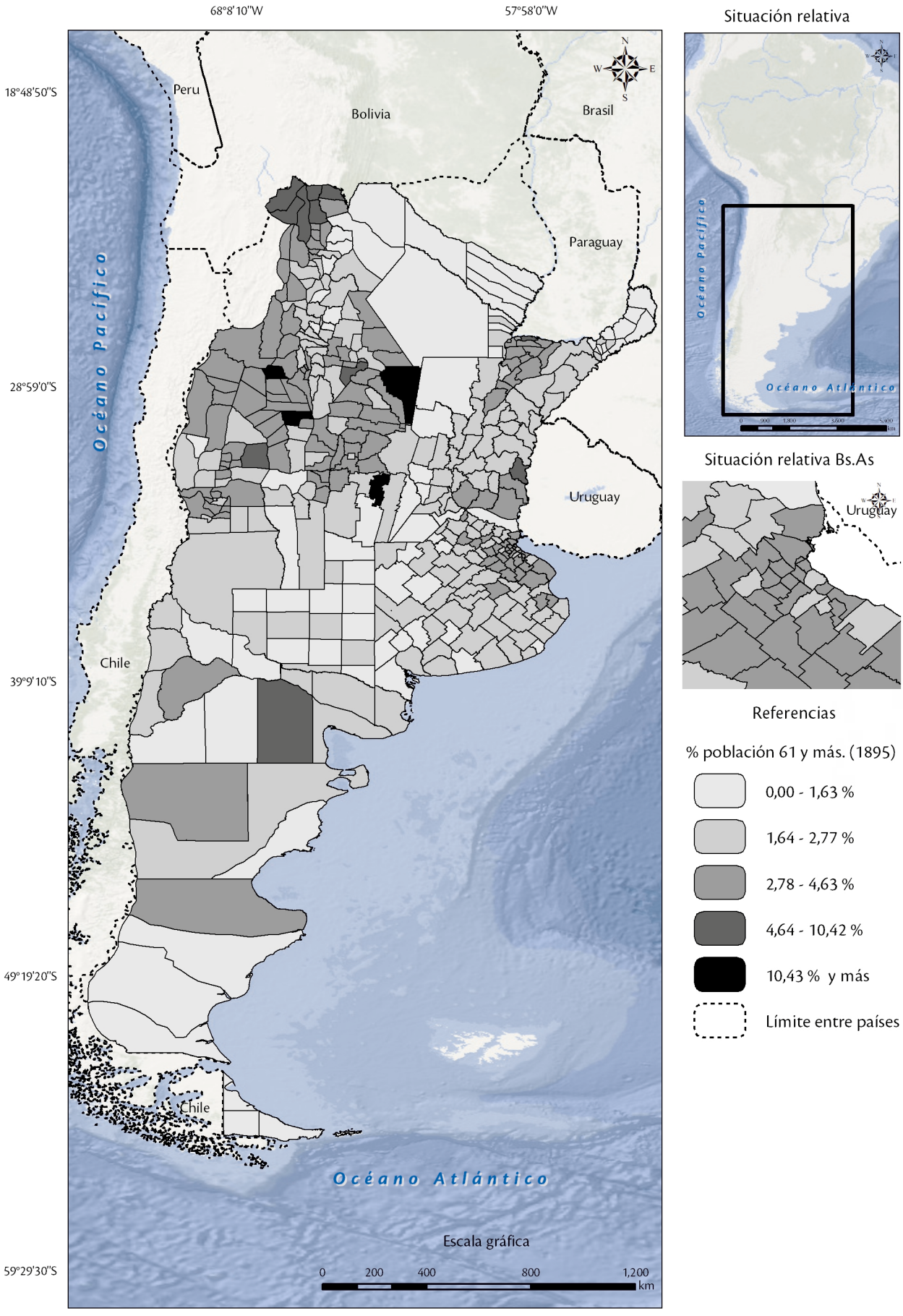
El vuelco casi secular de la población hacia el Litoral resulta perceptible también en este punto, ya que la proporción de ancianos radicados en la ciudad de Buenos Aires y las provincias de Buenos Aires y Santa Fe pasó de 27,4% en 1869 a 67,6% en 1947, de modo que dos de cada tres personas de 61 años y más vivían en esas tres jurisdicciones. Consecuentemente, y con la única excepción de Mendoza, que se mantuvo estable en torno al 3%, las provincias restantes disminuyeron la participación de su población de ancianos en el total del país. Los territorios nacionales, una vez más, definieron un patrón de excepción gracias a su crecimiento migratorio, a pesar de lo cual su contribución a la población anciana total era irrelevante a mediados de la centuria en razón de su escaso peso demográfico.

Análisis departamental

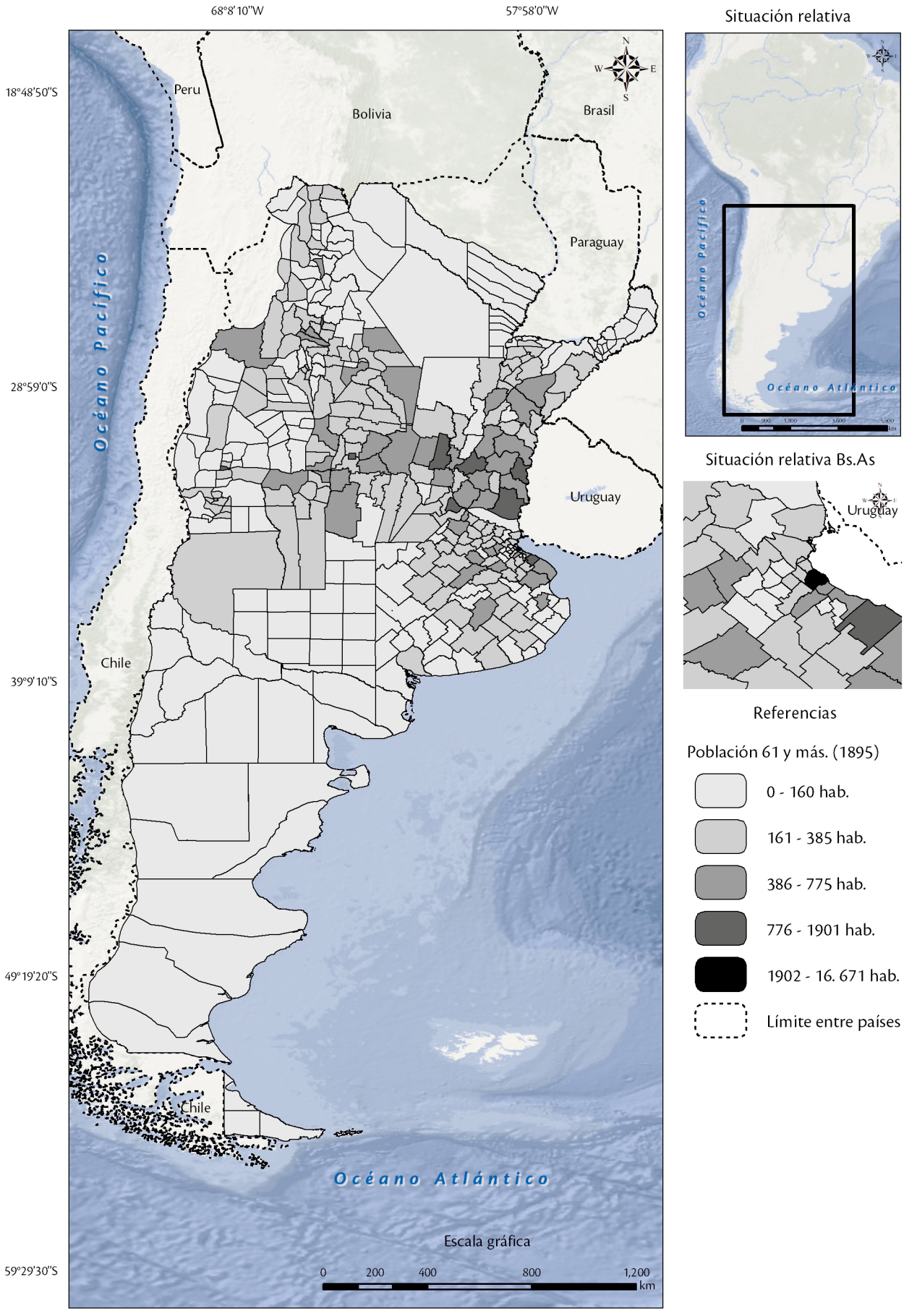
La imagen suministrada por el nivel provincial puede complejizarse descendiendo a nivel departamental como lo proponen, a título de ejemplo, los mapas n° 5 y 6 para 1895. Como es de prever, la modificación de la escala de observación muestra un incremento de la heterogeneidad interna de las jurisdicciones, hecho influenciado en parte por el azar de los pequeños números. Más interesante aún resulta la comparación entre la geografía del envejecimiento demográfico y la de la vejez, dos imágenes que ofrecen marcados contrastes. En efecto, los porcentajes de ancianos en la población total inducen una imagen más alcista, sobre todo en el la zona occidental y septentrional del país, ya que las proporciones aumentan desde Córdoba hacia el Noroeste y hacia la cordillera (los altos valores de algunos departamentos patagónicos obedecen sin duda a anomalías derivadas del menor tamaño de la población).

| *Jurisdicción* | *1869* | | | | *1895* | | | | *1914* | | | | *1947* | | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | *V* | *M* | *T* | *%* | *V* | *M* | *T* | *%* | *V* | *M* | *T* | *%* | *V* | *M* | *T* | *%* |
| Ciudad de Buenos Aires | 3.252 | 3.293 | 6.545 | 10,3 | 10.894 | 10.887 | 21.781 | 15,5 | 31.715 | 32.186 | 63.901 | 20,2 | 117.737 | 139.603 | 257.340 | 25,1 |
| Buenos Aires | 5.230 | 3.640 | 8.870 | 13,9 | 17.552 | 13.160 | 30.712 | 21,8 | 47.137 | 36.288 | 83.425 | 26,4 | 172.398 | 148.881 | 321.279 | 31,4 |
| Catamarca | 1.421 | 1.628 | 3.049 | 4,8 | 1.827 | 2.547 | 4.374 | 3,1 | 2.341 | 3.086 | 5.427 | 1,7 | 3.606 | 4.762 | 8.368 | 0,8 |
| Córdoba | 3.489 | 4.343 | 7.832 | 12,3 | 6.145 | 7.777 | 13.922 | 9,9 | 13.780 | 13.847 | 27.627 | 8,7 | 44.910 | 41.027 | 85.937 | 8,4 |
| Corrientes | 2.864 | 3.516 | 6.380 | 10,0 | 3.869 | 5.372 | 9.241 | 6,6 | 7.120 | 9.064 | 16.184 | 5,1 | 12.583 | 16.202 | 28.785 | 2,8 |
| Entre Ríos | 2.576 | 2.351 | 4.927 | 7,7 | 5.751 | 5.134 | 10.885 | 7,7 | 9.454 | 9.033 | 18.487 | 5,9 | 22.250 | 23.662 | 45.912 | 4,5 |
| Jujuy | 1.100 | 1.125 | 2.225 | 3,5 | 1.285 | 1.393 | 2.678 | 1,9 | 1.861 | 1.969 | 3.830 | 1,2 | 3.083 | 3.007 | 6.090 | 0,6 |
| La Rioja | 1.073 | 1.172 | 2.245 | 3,5 | 1.496 | 1.854 | 3.350 | 2,4 | 2.184 | 2.497 | 4.681 | 1,5 | 2.770 | 3.636 | 6.406 | 0,6 |
| Mendoza | 1.163 | 1.047 | 2.210 | 3,5 | 2.555 | 2.336 | 4.891 | 3,5 | 5.287 | 4.699 | 9.986 | 3,2 | 15.996 | 15.505 | 31.501 | 3,1 |
| Salta | 2.147 | 2.048 | 4.195 | 6,6 | 2.384 | 2.563 | 4.947 | 3,5 | 3.758 | 3.811 | 7.569 | 2,4 | 5.351 | 5.729 | 11.080 | 1,1 |
| San Juan | 952 | 965 | 1.917 | 3,0 | 1.810 | 2.102 | 3.912 | 2,8 | 2.457 | 2.476 | 4.933 | 1,6 | 5.811 | 6.410 | 12.221 | 1,2 |
| San Luis | 832 | 980 | 1.812 | 2,8 | 1.418 | 1.698 | 3.116 | 2,2 | 2.275 | 2.658 | 4.933 | 1,6 | 3.942 | 4.701 | 8.643 | 0,8 |
| Santa Fe | 1.096 | 931 | 2.027 | 3,2 | 5.979 | 4.591 | 10.570 | 7,5 | 17.087 | 13.783 | 30.870 | 9,8 | 62.398 | 51.619 | 114.017 | 11,1 |
| S. del Estero | 2.752 | 3.462 | 6.214 | 9,8 | 2.873 | 4.645 | 7.518 | 5,3 | 5.409 | 7.321 | 12.730 | 4,0 | 9.701 | 11.792 | 21.493 | 2,1 |
| Tucumán | 1.341 | 1.866 | 3.207 | 5,0 | 2.980 | 3.420 | 6.400 | 4,6 | 6.254 | 6.349 | 12.603 | 4,0 | 13.958 | 13.593 | 27.551 | 2,7 |
| TN de Chubut | - | - | - | - | 56 | 44 | 100 | 0,1 | 393 | 252 | 645 | 0,2 | 1.767 | 994 | 2.761 | 0,3 |
| TN de Formosa | - | - | - | - | 38 | 39 | 77 | 0,1 | 242 | 278 | 520 | 0,2 | 1.905 | 1.624 | 3.529 | 0,3 |
| TN de la Pampa | - | - | - | - | 398 | 197 | 595 | 0,4 | 1.659 | 948 | 2.607 | 0,8 | 6.793 | 4.105 | 10.898 | 1,1 |
| TN de Misiones | - | - | - | - | 429 | 312 | 741 | 0,5 | 961 | 890 | 1.851 | 0,6 | 4.659 | 4.199 | 8.858 | 0,9 |
| TN de Neuquén | - | - | - | - | 293 | 233 | 526 | 0,4 | 764 | 526 | 1.290 | 0,4 | 1.505 | 1.241 | 2.746 | 0,3 |
| TN de Río Negro | - | - | - | - | 151 | 130 | 281 | 0,2 | 1.013 | 589 | 1.602 | 0,5 | 3.703 | 2.092 | 5.795 | 0,6 |
| TN de Santa Cruz | - | - | - | - | 7 | 3 | 10 | 0,0 | 83 | 49 | 132 | 0,0 | 936 | 329 | 1.265 | 0,1 |
| TN de T. del Fuego | - | - | - | - | 2 | 2 | 4 | 0,0 | 30 | 7 | 37 | 0,0 | 104 | 36 | 140 | 0,0 |
| ZM Comodoro Rivadavia | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | - | 1334 | 622 | 1.956 | 0,2 |
| Total | 31.288 | 32.367 | 63.655 | 100 | 70.192 | 70.439 | 140.631 | 100 | 163.264 | 152.606 | 315870 | 100,0 | 519.200 | 505.371 | 1.024.571 | 100 |

Cuadro nº 5. Población absoluta de 60 años y más por sexo y jurisdicción. Argentina, 1869-1947.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacionales 1869-1947.




Mapa nº 5. Población de 61 años y más por departamentos en 1895. Valores proporcionales.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1895.




Mapa nº 6. Población de 61 años y más por departamentos en 1895. Valores absolutos.
Fuente: elaboración propia sobre la base de Censo Nacional de Población de 1895.

Geografía de la vejez

La geografía de la vejez, por su parte, propone una imagen opuesta con una mayor concentración de ancianos en la región centro y litoral que obedece al peso demográfico de las regiones concernidas, a lo que no es ajeno el peso de los inmigrantes, también concentrados en esas regiones. Así lo confirma también la distribución espacial de la población de 61 años y más de argentinos y extranjeros, cuyos mapas no se incluyen por razones de espacio. Debido a los tabulados usados por el censo, los mapas por departamentos de 1895 se basan en un umbral levemente diferente (61 años y más, en vez de 60 y más), lo que no altera la imagen de conjunto. La provincia de Córdoba, y en menor medida otras jurisdicciones como el sur de Santiago del Estero, participan de ambas distribuciones, mientras que la región patagónica evidencia más claramente ahora la escasa presencia numérica de ancianos, propia de regiones de poblamiento más reciente.

Diferencias entre geografías del envejecimiento y de la vejez

El descenso al nivel departamental potencia, en suma, las diferencias entre las geografías del envejecimiento y de la vejez debido a la influencia localizada de flujos migratorios específicos, tanto de emigración como de inmigración, que se reflejan más fuertemente en las estructuras de edad de las poblaciones de menor tamaño, lo que explica también que las proporciones de ancianos puedan ostentar variaciones bastante significativas cuando se desciende al nivel de los estudios de caso. Las migraciones tienen naturalmente el efecto de envejecer los lugares de salida, como lo ilustra la localidad de Vichigasta (La Rioja), población "tan pobre que hay en ocasiones sólo mujeres, niños y ancianos" porque "los hombres se van a la cosecha de Tucumán y otros trabajos en las cercanías" (Bialet Massé, 1985, p. 258).

Ámbitos rurales y urbanos

Una segunda forma de abordar los diferenciales espaciales de las distribuciones por edad y sexo remite a la decisiva distinción entre ámbitos rurales y urbanos (cuadro n° 6), que hemos reconstruido a partir de las muestras de los censos nacionales de 1869 y 1895 (Somoza y Lattes, 1967) y del censo de 1947, que incorporó esa distinción en sus tabulados. En los tres puntos de observación retenidos (no existen datos para 1914), las mujeres tienen proporciones de radicación urbana mayores que los hombres, patrón que se acrecienta a partir de los 40 años (muy claramente en 1869 y 1895, de modo más tenue en 1947). En los dos primeros censos, la población masculina incrementa su grado de ruralidad de manera muy significativa a partir de los 40 años, fenómeno que ocurre en las mujeres recién a partir de los 60 años. Para 1947, en cambio, el peso de las variaciones por edad deviene poco relevante. La diferencia de las pautas de implantación de hombres y mujeres mayores de 60 años debe buscarse en el tipo de tareas realizadas y, en estrecha asociación con lo anterior, en migraciones diferenciales del campo a la ciudad, mayores en el caso de las mujeres.

Proceso de urbanización y ancianos

Desde luego, entre un extremo y otro de la escala temporal, la evolución de la población anciana refleja también el proceso de urbanización del país (las proporciones de ancianos urbanos, menores al 50% en 1869 y 1895, superaban el 65% en 1947). Para esta última fecha, el 70,3% de la población anciana del país vivía en zonas urbanas, proporción superior a la de la población en su conjunto (62,6%). Otra forma de referirse al mismo fenómeno consiste en afirmar que la proporción de personas de 60 años y más era superior en el ámbito urbano (7,4%) que en la población total (5,2%). La mayor proporción de ancianos en las áreas urbanas continuará naturalmente en épocas posteriores, como lo muestran los datos de Huenchan (2018, p. 58) extraídos de los censos argentinos del período 1990-2010.

El mayor peso de ancianos en las ciudades era también frecuente en las poblaciones europeas de antiguo régimen (García González, 2005, p. 15). A ello contribuía, por un lado, la mayor dotación de hospitales e instituciones de asistencia existentes en la ciudad y, por otro, la fuerte mortalidad de niños de corta edad o enviados a las zonas rurales para ser amamantados por mujeres campesinas. Por otra parte, existía además una asociación entre vejez y riqueza, como lo sugiere el aumento de la proporción de propietarios con la edad. Los datos de 1895 (único

relevamiento argentino que permite acercarse al problema) muestran que dicha proporción crece de manera regular en todos los grupos y alcanza su máximo en el de 60-69 años, tanto en hombres como en mujeres, hecho coherente con la idea de que la riqueza acumulada no es independiente de la edad de las personas. Las proporciones caen a partir de los 70 años, aunque de modo menos pronunciado para las mujeres en razón de la mayor proporción de viudas. Más allá de la herencia, sobre la que no podemos decir nada a partir de estos datos, es claro que la incidencia estadística de los propietarios de ambos sexos se reduce a partir de la cuarta edad.

Cuadro nº 6. Población urbana, rural y total por sexo y edad. Argentina, 1869, 1895 y 1947.. Fuente: Sobre la base de Somoza y Lattes (1967: 74 y 112) y de IV Censo Nacional de 1947. Edad desconocida excluida.

| | *Urbana* | | | *Rural* | | | *Total* | | | *Proporción de población urbana* | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | *H* | *M* | *T* | *H* | *M* | *T* | *H* | *M* | *T* | *H* | *M* | *T* |
| *1869* | | | | | | | | | | | | |
| *20-29* | 3.654 | 3.480 | 7.134 | 5.712 | 5.551 | 11.263 | 9.366 | 9.031 | 18.397 | 39,0 | 38,5 | 38,8 |
| *30-39* | 2.654 | 2.279 | 4.933 | 4.014 | 3.687 | 7.701 | 6.668 | 5.966 | 12.634 | 39,8 | 38,2 | 39,0 |
| *40-49* | 1.564 | 1.480 | 3.044 | 2.703 | 2.486 | 5.189 | 4.267 | 3.966 | 8.233 | 36,7 | 37,3 | 37,0 |
| *50-59* | 753 | 840 | 1.593 | 1.386 | 1.254 | 2.640 | 2.139 | 2.094 | 4.233 | 35,2 | 40,1 | 37,6 |
| *60-69* | 349 | 455 | 804 | 729 | 639 | 1.368 | 1.078 | 1.094 | 2.172 | 32,4 | 41,6 | 37,0 |
| *70 y +* | 161 | 255 | 416 | 390 | 496 | 886 | 551 | 751 | 1.302 | 29,2 | 34,0 | 32,0 |
| *Total* | 9.135 | 8.789 | 17.924 | 14.934 | 14.113 | 29.047 | 24.069 | 22.902 | 46.971 | 38,0 | 38,4 | 38,2 |
| *1895* | | | | | | | | | | | | |
| *20-29* | 3.916 | 4.248 | 8.164 | 5.535 | 4.961 | 10.496 | 9.451 | 9.209 | 18.660 | 41,4 | 46,1 | 43,8 |
| *30-39* | 3.639 | 2.990 | 6.629 | 4.670 | 3.765 | 8.435 | 8.309 | 6.755 | 15.064 | 43,8 | 44,3 | 44,0 |
| *40-49* | 2.433 | 1.910 | 4.343 | 3.167 | 2.350 | 5.517 | 5.600 | 4.260 | 9.860 | 43,4 | 44,8 | 44,0 |
| *50-59* | 1.244 | 994 | 2.238 | 1.687 | 1.176 | 2.863 | 2.931 | 2.170 | 5.101 | 42,4 | 45,8 | 43,9 |
| *60-69* | 460 | 539 | 999 | 777 | 616 | 1.393 | 1.237 | 1.155 | 2.392 | 37,2 | 46,7 | 41,8 |
| *70 y +* | 206 | 257 | 463 | 418 | 428 | 846 | 624 | 685 | 1.309 | 33,0 | 37,5 | 35,4 |
| *Total* | 11.898 | 10.938 | 22.836 | 16.254 | 13.296 | 29.550 | 28.152 | 24.234 | 52.386 | 42,3 | 45,1 | 43,6 |
| *1947* | | | | | | | | | | | | |
| *20-29* | 852.053 | 944.095 | 1.796.148 | 538.853 | 441.112 | 979.965 | 1.390.906 | 1.385.207 | 2.776.113 | 61,3 | 68,2 | 64,7 |
| *30-39* | 787.098 | 829.949 | 1.617.047 | 428.243 | 340.870 | 769.113 | 1.215.341 | 1.170.819 | 2.386.160 | 64,8 | 70,9 | 67,8 |
| *40-49* | 681.562 | 635.760 | 1.317.322 | 339.628 | 240.240 | 579.868 | 1.021.190 | 876.000 | 1.897.190 | 66,7 | 72,6 | 69,4 |
| *50-59* | 462.133 | 424.638 | 886.771 | 240.050 | 149.691 | 389.741 | 702.183 | 574.329 | 1.276.512 | 65,8 | 73,9 | 69,5 |
| *60-69* | 242.013 | 245.456 | 487.469 | 124.871 | 83.867 | 208.738 | 366.884 | 329.323 | 696.207 | 66,0 | 74,5 | 70,0 |
| *70 y +* | 107.229 | 135.182 | 242.411 | 53.213 | 46.817 | 100.030 | 160.442 | 181.999 | 342.441 | 66,8 | 74,3 | 70,8 |
| *Total* | 3.132.088 | 3.215.080 | 6.347.168 | 1.724.858 | 1.302.597 | 3.027.455 | 4.856.946 | 4.517.677 | 9.374.623 | 64,5 | 71,2 | 67,7 |

Sobrerepresentación urbana de los ancianos

La sobrerrepresentación urbana de los ancianos en el nivel nacional se explica en buena medida por el peso absoluto de la población anciana radicada en la capital del país y en las altamente urbanizadas provincias del Litoral, pero sería un error reducir toda la explicación al peso demográfico de esos distritos. Antes bien, el análisis detallado de las jurisdicciones (cuadro n° 7) testimonia de modo elocuente que la sobrerrepresentación urbana de los ancianos constituye una constante en casi todas las provincias y territorios, con algunas excepciones (Catamarca, La Rioja y Jujuy en el NOA; Neuquén, Santa Cruz y Tierra del Fuego en los territorios nacionales, las dos últimas a considerar con suma precaución dada la escasez de efectivos en juego). Más allá del peso de los *stocks* de población europea envejecida, cuya pauta de radicación era más urbana que rural, la sobrerrepresentación urbana de los ancianos hacia mediados del siglo XX obedece también, en parte, a las mejores condiciones de mortalidad del ámbito urbano o, si se prefiere, a las peores condiciones relativas del ámbito rural.

| *Jurisdicciones* | *Población de 60 años y más* | | | *% de Pobl. Urbana de cada sexo* | | | *Relación de masculinidad* | | |
|---|---|---|---|---|---|---|---|---|---|
| | *U* | *R* | *T* | *V* | *M* | *T* | *U* | *R* | *T* |
| Ciudad de Buenos Aires | 8,7 | 1,0 | 8,6 | 100 | 100 | 100 | 84 | 114 | 84 |
| Buenos Aires | 7,8 | 6,8 | 7,5 | 69 | 80 | 74 | 99 | 182 | 116 |
| Catamarca | 5,3 | 5,9 | 5,7 | 28 | 31 | 30 | 68 | 79 | 76 |
| Córdoba | 6,1 | 5,4 | 5,8 | 52 | 60 | 56 | 94 | 133 | 109 |
| Corrientes | 5,8 | 5,4 | 5,5 | 32 | 39 | 36 | 64 | 86 | 78 |
| Entre Ríos | 6,6 | 5,0 | 5,9 | 55 | 65 | 60 | 81 | 119 | 94 |
| Jujuy | 3,3 | 4,1 | 3,8 | 31 | 33 | 32 | 96 | 106 | 103 |
| La Rioja | 4,7 | 6,3 | 5,8 | 25 | 26 | 26 | 72 | 78 | 76 |
| Mendoza | 6,0 | 4,7 | 5,4 | 53 | 60 | 56 | 90 | 123 | 106 |
| Salta | 4,1 | 3,8 | 3,9 | 39 | 45 | 42 | 82 | 103 | 93 |
| San Juan | 4,8 | 4,6 | 4,7 | 44 | 50 | 47 | 80 | 101 | 91 |
| San Luis | 5,8 | 4,9 | 5,2 | 42 | 45 | 43 | 79 | 88 | 84 |
| Santa Fe | 7,5 | 5,6 | 6,7 | 60 | 70 | 65 | 104 | 162 | 121 |
| Santiago del Estero | 4,5 | 4,5 | 4,5 | 26 | 26 | 26 | 80 | 83 | 82 |
| Tucumán | 5,1 | 4,2 | 4,7 | 52 | 57 | 55 | 94 | 115 | 103 |
| C. Rivadavia | 3,6 | 4,2 | 3,8 | 54 | 71 | 59 | 163 | 338 | 214 |
| Chaco | 3,8 | 3,1 | 3,3 | 30 | 42 | 35 | 97 | 165 | 137 |
| Chubut | 5,1 | 4,6 | 4,8 | 25 | 32 | 27 | 139 | 195 | 178 |
| Formosa | 3,8 | 2,9 | 3,1 | 24 | 32 | 28 | 89 | 131 | 117 |
| La Pampa | 7,0 | 6,2 | 6,5 | 31 | 38 | 33 | 133 | 185 | 165 |
| Misiones | 4,2 | 3,5 | 3,6 | 18 | 26 | 22 | 79 | 122 | 111 |
| Neuquén | 2,9 | 3,3 | 3,2 | 19 | 22 | 20 | 104 | 126 | 121 |
| Río Negro | 4,6 | 4,3 | 4,4 | 26 | 34 | 29 | 136 | 198 | 177 |
| Santa Cruz | 4,8 | 5,5 | 5,2 | 29 | 47 | 33 | 171 | 387 | 284 |
| Tierra del Fuego | 0,0 | 2,8 | 2,8 | 0 | 0 | 0 | - | 289 | 289 |
| Total país | 7,4 | 5,2 | 6,6 | 66 | 74 | 70 | 92 | 136 | 103 |

Cuadro nº 7. Población de 60 años y más según radicación urbana y rural y relación de masculinidad por jurisdicciones. Argentina, 1947. Fuente: elaboración propia sobre la base de IV Censo Nacional de 1947.

El análisis por sexo y pauta de radicación acentúa el modelo precedente a favor de las mujeres, ya que la proporción de mujeres de 60 años y más que vive en ciudades (74%) es sistemáticamente mayor que la de los hombres (66%) en el total del país. Una vez más, esta pauta nacional de sobrerrepresentación de las ancianas en las ciudades se replica en todas las jurisdicciones, con muy escasas excepciones (como Jujuy y La Rioja, donde la diferencia es muy pequeña, y Santiago del Estero, donde la proporción es prácticamente igual en ambos sexos). Consecuencia de lo anterior es que las relaciones de masculinidad de los mayores de 60 años son sistemáticamente inferiores a 100 en el ámbito urbano (única excepción: Santa Fe con 104 y la mayoría de los territorios nacionales) y superiores o muy superiores a 100 en el ámbito rural (con las excepciones de Catamarca, Corrientes, La Rioja, San Luis y Santiago del Estero, que oscilan entre 78 y 88). El promedio nacional arroja una relación de masculinidad de 92 en la zona urbana y de 136 en la rural.

## Formas de convivencia y residencia

Otros aspectos sociodemográficos de la población anciana, de gran interés empírico y teórico, como las formas de convivencia y residencia, son lamentablemente de imposible aprehensión en términos macro. Como lo destacó, no sin amargura, el comentarista del IV censo nacional de 1947, los tres primeros censos nacionales de población se basaron en una "concepción individualista" que impedía conocer aspectos claves de la población, como la conformación de familias y hogares (INDEC, 1952, t. I, p. LXXVII). Se trataba de un diagnóstico certero ya que, exceptuando indicadores muy generales (como el número de personas

por hogar), es poco y nada lo que puede decirse sobre el particular hasta 1947. Si bien los empadronadores tenían la instrucción de señalar en las cédulas censales dónde comenzaba y terminaba cada hogar, no todos lo hicieron, falencia que se traslada naturalmente a las muestras confeccionadas a partir de los dos primeros censos de 1869 y 1895. La situación fue más grave aún en el censo de 1914, levantado a partir de fichas individuales.

Hogares unipersonales

A pesar de ello, estudios basados en casos en los que ese problema no se presenta permiten avances de interés. Para 1855, por ejemplo, los hogares unipersonales representaban el 9% en la ciudad de Buenos Aires (Massé, 2008), mientras que tres lustros más tarde el censo de 1869 evidenciaba un 3,2% de ese tipo de hogares en la Argentina Interior (Catamarca, Córdoba, Salta, Santiago del Estero y Corrientes) (Cacopardo y Moreno, 1997, p. 20). Esos promedios generales variaban según criterios socioeconómicos y también según la edad de las personas, aunque ésta parece haber sido poco influyente en los hogares unipersonales de varones, cuya proporción en los mayores de 60 años era menor al promedio general de la población sin distinción de edades en el caso porteño. En las mujeres, en cambio, la proporción de hogares unipersonales en 1855 crecía claramente con la edad, pasando de 14,5% en las de 60-69 años a 24,4% en las de 80-89 (Massé, 2008, pp. 234-235). La mayor presencia de hogares unipersonales femeninos hallaba su lógica en la mortalidad más precoz de sus parejas (potenciada por el calendario nupcial más tardío de los hombres), en el alto peso de mujeres migrantes del interior y en la ausencia de hombres del hogar por diversas circunstancias. En suma, vivir solo era, hacia mediados de siglo XIX, un rasgo más frecuente en las mujeres nativas que en los hombres, salvo en el caso de los migrantes europeos que tenían un peso creciente en la estructura demográfica de la ciudad puerto. La proporción de hogares unipersonales creció considerablemente durante la segunda mitad del siglo XIX de la mano del expansivo proceso migratorio. En ocasión del censo porteño de 1936, alcanzaba el 16,4 %, y era más alta en los extranjeros (18,5%) que en los nativos (12,7%). En consonancia con el alud migratorio, el76 % de los hogares unipersonales porteños eran de hombres (Torrado, 2007, t. II, pp. 216-220).

Para 1947, la proporción de hogares solitarios en el total del país era de 4,1%, con mayor predominio en el ámbito rural (4,8) que en el urbano (3,6). Su incidencia crecía a partir de los 50 años a 8,8 %, manteniéndose la diferencia a favor de la zona rural (10,4 contra 8% del ámbito urbano). En ambos espacios, la proporción de solitarios de 50 años o más era mayor en los hombres que en las mujeres, del orden de 5 a 1 en la población rural y de 2 a 1 en la urbana. Las formas de corresidencia se caracterizaron, además, por cierto grado de hacinamiento familiar.

Tejido relacional de los ancianos

Los datos precedentes, exhaustivos e insuficientes a la vez, sugieren que el anciano solo fue una realidad estadística relativamente marginal, lo que no impide desde luego su aparición, en ocasiones dramáticas, en los registros cualitativos, sobre todo si provienen de la pintura o la literatura (Otero, 2020b). A ello se suman, desde luego, los límites manifiestos de la corresidencia como indicador de las formas de vida y la posible cercanía de parientes, amigos, vecinos, etc., al menos en los ámbitos urbanos o en las zonas rurales de hábitat aglomerado. Más claro aún, dado que el tejido relacional de las personas no se reduce a la corresidencia, ésta refleja mal el grado de aislamiento relativo de los individuos, aun teniendo en cuenta que la intensidad de las redes se reduce con la edad.

Bienestar de los ancianos

El bienestar de los viejos no dependía exclusivamente de la ayuda proporcionada por la familia, sino también del patrimonio acumulado a lo largo de la vida laboral, especial pero no exclusivamente en períodos históricos en los que no existía la jubilación, otro punto ciego que apela por estudios, tanto más si se recuerda el conocido axioma que postula que "las diferencias de fortuna se acrecientan con la edad" (Feller, 2007, pp. 176-177). Para el caso francés, por ejemplo, la encuesta del Institut National d'Études Démographiques de 1949 constata que el patrimonio privado garantizaba una vida decente o confortable a un cuarto de

la población anciana, mientras que los tres cuartos restantes dependían de su propio trabajo o de la solidaridad familiar.

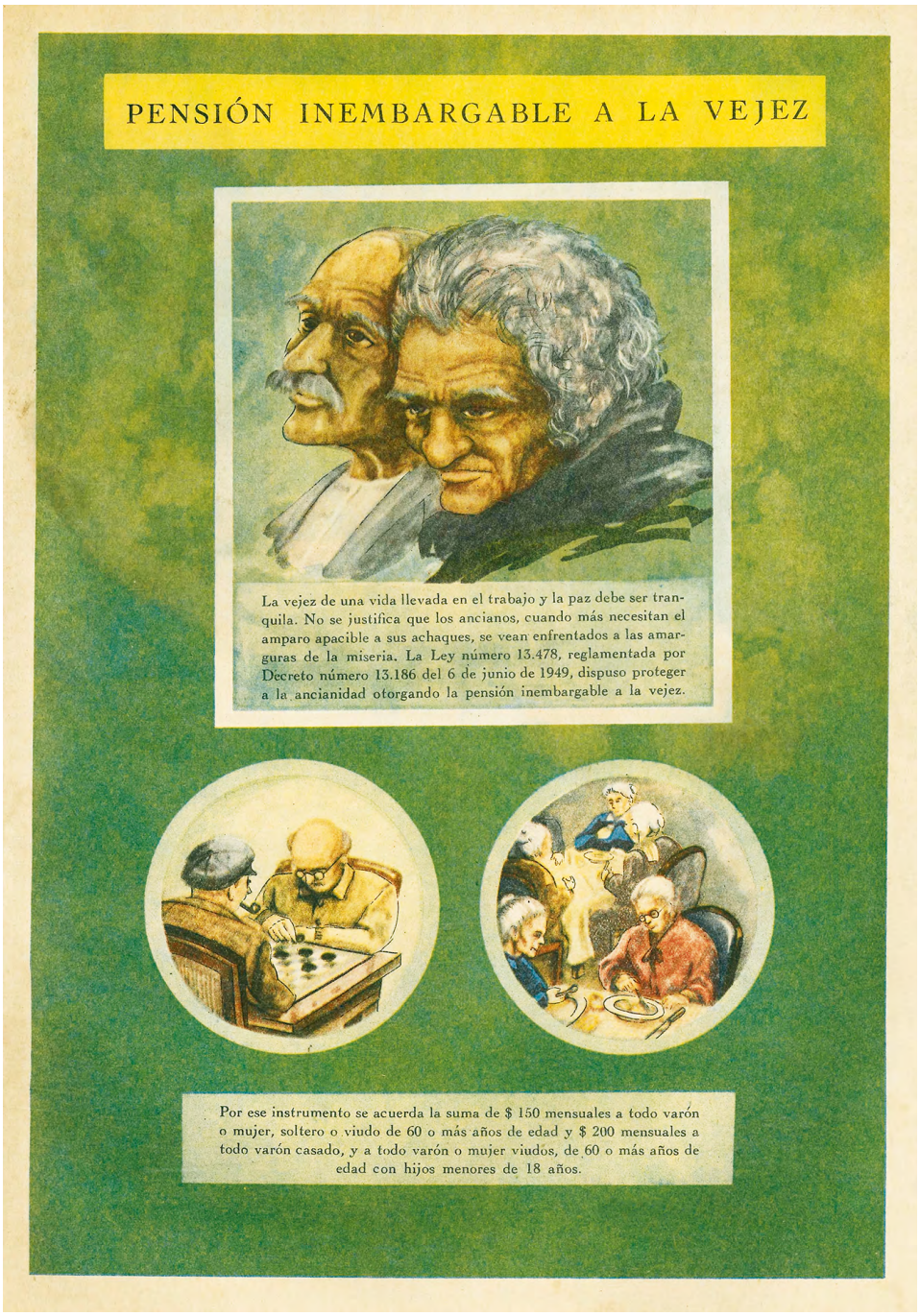



Figura nº 2. Propaganda de las políticas sociales del primer peronismo vinculadas con la vejez. Fuente: Centro de Documentación de Geografía, Historia y Ciencias Sociales, IGEHCS (CONICET/UNCPBA).

## CONCLUSIONES

La Argentina experimentó un claro aumento de la población anciana entre la mitad del siglo XIX y mediados de la centuria siguiente. En efecto, durante las casi ocho décadas que separan al primero y al cuarto censo nacional de población, la proporción de población de 60 años y más trepó del 3,3% en 1869 al 6,6% en 1947. A pesar de la irregularidad de los intervalos censales, que obstaculizan la percepción de los tiempos del proceso, dicho aumento describe dos palieres claros: el primero, entre 1869 y 1947, con valores de entre 3 y 4% y el segundo en 1947. Como ha sido dicho, las razones de este incremento derivan, ante todo, de la caída de la fecundidad y de los efectos de la transición migratoria europea, ya que la drástica reducción de la llegada de inmigrantes a nuestro país a partir de 1930 contribuyó a acelerar el envejecimiento del colectivo extranjero, afectado en su renovación y de alto peso en el total de la población. La importancia de

ambos factores (modernización de las pautas demográficas y transición migratoria) hicieron que el envejecimiento de la Argentina, sin ser único en América Latina, se encuentre entre los primeros puestos de la región, aunque lejos del caso uruguayo. Visto en clave comparativa con Europa o incluso con los países de inmigración del norte del continente, como Estados Unidos y Canadá, las proporciones vernáculas de ancianos eran, sin embargo, sustantivamente menores. Las observaciones precedentes resultan validas dentro del marco de medición de la vejez a partir de umbrales fijos de ingreso a esa etapa, ya que la utilización de umbrales móviles en función de las mejoras de la mortalidad permitiría otro tipo de consideraciones (Otero, 2018).

Sin embargo, y aunque ambos fenómenos tienden a confundirse, la historia de la vejez remite a una dimensión diferente del proceso de envejecimiento para la cual conviene pensar el tema en términos de *stocks* absolutos y no de proporciones. La relativa estabilidad proporcional de largo plazo, sobre todo en los tres primeros censos, no debe hacer olvidar que la población de 60 años y más experimentó un aumento notable, pasando de poco más de 60.000 individuos a más de un millón entre 1869 y 1947. La evolución no es sorprendente dado el alto crecimiento demográfico del período (superior al 3 por ciento anual entre 1869 y 1914 y del 2,1 entre 1914 y 1947) pero merece destacarse la mayor rapidez del incremento de la subpoblación anciana que se multiplicó por 16 veces entre ambos censos, mientras que la población total lo hizo por 9. Una vez más, el resultado es impensable sin los efectos de la inmigración de masas.

Otra consecuencia de analizar el tema en términos absolutos es que permite matizar la evolución suministrada por las proporciones: si bien los dos palieres mencionados continúan existiendo, el contraste entre ambos tiende a reducirse, ya que la población anciana se multiplica por dos durante los primeros intervalos intercensales y por tres entre 1914 y 1947. Las coincidencias parciales de la geografía de la vejez (recostada en la zona oriental del país) y del envejecimiento demográfico (que aumenta hacia su costado occidental y septentrional) ratifican las diferencias de los ritmos de ambos procesos en el plano diacrónico, aunque claro está ambos tienden a aumentar en el mediano y largo plazo dado su carácter expansivo.

La medición de las proporciones es, desde luego, más sencilla que la caracterización del colectivo de ancianos, para los que la disponibilidad de datos apropiados es considerablemente menor que en otros contextos. Con todo y vista en conjunto, la subpoblación de ancianos se caracterizó por su proceso de extranjerización (la proporción de ancianos no nativos pasó del 17% en 1869 a más del 50% en 1914 y 1947), por localizarse mayoritariamente en la zona centro-litoral (tanto en términos proporcionales como absolutos) y, en consonancia con la evolución del país, por ser mayoritariamente urbana hacia 1947. En todos los puntos de observación, las mujeres ancianas son más urbanas que los hombres. En otros términos, los viejos varones son más extranjeros y rurales que las mujeres, en las que, por el contrario, tienen mayor peso las nativas y urbanas. Unos y otras arrastran la influencia de trayectorias migratorias dispares de carácter predominantemente internacional en los hombres, sobre todo internas en las mujeres. Rasgo clave del período que nos ocupa, la inmigración, predominantemente masculina, diluye hasta anular la feminización que caracteriza a esta subpoblación en el largo plazo.

El aumento de la proporción y del número de ancianos, sobre todo durante la primera mitad del siglo XX, plantea el interrogante de su relación con su importancia, tanto en términos económicos generales (de los que la emergencia de la jubilación constituye el aspecto más visible pero en modo alguno único) hasta las representaciones sociales, culturales y científicas más vastas sobre los viejos y la vejez que tuvieron también su eclosión y nacimiento en la década de 1940 (Otero, 2020, a y b). La historia, sabido es, descree de las asociaciones automáticas y de las simultaneidades de relación causal imprecisa. ¿El incre-

mento de una subpoblación que exige medidas de protección específicas supone necesariamente el aumento de la consideración social de la que son objeto sus miembros, por fuerza menos valiosos a medida que devienen sobrenumerarios, o unas y otras pueden discurrir por caminos diferentes o incluso contradictorios? Aunque la respuesta a este interrogante escapa a los objetivos del presente capítulo, puede afirmarse que la creciente importancia numérica de los viejos fue de la mano de los cambios que se operaron en otras dimensiones. Se trata, sin embargo, de una asociación que vale más por su tendencia, y por las reflexiones y ansiedades que ella despierta en los contemporáneos, que por la fuerza del número en sí mismo. La demografía sólo se revela, en suma, en el aliento de reflexiones socioculturales más amplias.

# CAMBIOS EN LA GEOGRAFÍA DEL SUICIDIO

Ya desde fines del siglo XIX, y hasta la primera década del XX, el suicidio comenzó a constituirse en un problema de salud pública en Argentina, con su epicentro en la ciudad de Buenos Aires. Las tasas de suicidio en ésta eran comparables a la de países europeos en donde ese fenómeno también mostraba un ascenso significativo, como Francia y Prusia (Otero, 1991). Pero la vulnerabilidad al suicidio no era homogénea en todos los grupos poblaciones de Buenos Aires: la frecuencia de suicidios era mayor en hombres, solteros e inmigrantes europeos, aunque solo tomando valores absolutos. Considerando el período 1880-1980, se estima que el suicidio mostró sus mayores tasas entre 1880 y 1910. Este período también es considerado el de aumento más prolongado del suicidio entre 1880 y 1980.

Inmigración

Este incremento se producía en un contexto de importantes mutaciones en el espacio urbano de Buenos Aires. El crecimiento vertiginoso de la población y la llegada masiva de inmigrantes europeos, mayormente hombres en edad laboral activa, provocó un cambio cualitativo en la composición demográfica de la ciudad. Estos nuevos contingentes trajeron nuevas ideologías y formas de organización (asociaciones de ayuda mutua, sindicatos) que, junto a una intensificación de la secularización, entraron en conflicto con el sistema tradicional de relaciones sociales y de control. Por otro lado, el aumento dramático de los suicidios en Buenos Aires contrastaba con países como Bolivia, Paraguay y Perú –que en esa época no registraban flujos inmigratorios importantes–, donde el suicidio era un fenómeno casi inexistente (Otero, 1991).

En la actualidad, a nivel mundial casi un millón de personas se suicidan cada año, mientras que el suicidio constituye una de las tres primeras causas de muerte en individuos de 15 a 44 años y la segunda causa en individuos de 15 a 19 años (Organización Mundial de la Salud, 2014). La Argentina no escapa a las tendencias observadas a nivel global: considerando las muertes totales por lesiones, el suicidio constituye la segunda causa de muerte en la población de 15 a 24 años y la tercera causa en el grupo de 25-54 años (Ministerio de Salud de la Nación, 2013). Durante las últimas décadas, se han observado dos grandes tendencias temporales del suicidio en la Argentina. La primera se ha registrado en las tasas de la totalidad de los suicidios y está relacionada con el período largo de recesión económica y desempleo alto (1999-2002) que incluyó la crisis social e institucional de finales del año 2001. Luego de mostrar un ascenso constante en la década de 1990 (Ministerio de Salud, 2010), la tasa de suicidio descendió un 17% durante el período 2000-2012 en Argentina (Organización Mundial de la Salud, 2014). La segunda tendencia temporal es específica de la población joven, con un aumento importante de la tasa de suicidio desde finales de la década del 90 hasta la actualidad.

Modelos explicativos

El suicidio ha sido considerado un fenómeno complejo que abarca factores bioquímicos (incluidos los genéticos), psicológicos, demográficos, socioeconómicos y culturales (Monk, 1987; Wray, Colen y Pescosolido, 2011). Esta multiplicidad de factores heterogéneos ha dado lugar a diferentes explicaciones de él considerando sus dimensiones social e individual. De acuerdo a Ramos de Souza *et al.* (2002), el fenómeno del suicidio podría ser interpretado mediante tres modelos explicativos: sociológico, psicológico y nosológico. El modelo sociológico, basado en el estudio de Durkheim, plantea la existencia de fuerzas sociales (integración y regulación social) que determinan la frecuencia del suicidio en las poblaciones. Para este autor, una sociedad se encuentra más integrada cuando las creencias y normas que la rigen tienen mayor influencia sobre los individuos que la componen (Durkheim, 2004). El matrimonio, la familia, la iglesia o los grupos políticos serían las instituciones sociales que actuarían como inhibidores del suicidio, promoviendo mayor integración y regulación social. El modelo psicológico, en cambio, pone énfasis en determinados factores de riesgo propios de los individuos (trastornos depresivos, abuso de sustancias psicoactivas y alcohol) y también en el contexto familiar. Por último, el modelo nosológico ve el suicidio como una enfermedad o el resultado de trastornos psicopatológicos. Nuestro análisis se propone realizar un recorte socioespacial del suicidio describiendo sus variaciones geográficas en Argentina entre 1999 y 2012 y explorando posibles características sociodemográficas de área asociadas a su distribución espacial.

Definición

Definiremos el suicidio de acuerdo a la Clasificación Internacional de Enfermedades (CIE, 10° revisión) como todo tipo de lesión autoinfligida intencionalmente que causa la muerte del individuo. Comprende un grupo de causas de muerte debidas a lesiones por causas externas. Una lesión puede ser definida por toda causa externa producida cuando existen concentraciones de energía que sobrepasan el margen de tolerancia del organismo, dañándolo (Robertson, 1992). Trabajamos con datos aportados por la Dirección de Estadísticas e Información en Salud, dependiente del Ministerio de Salud de la Nación, que contienen información sobre mortalidad por lesión autoinfligida (X60.0-X84.9 con base en los códigos de la CIE-10) a nivel nacional, con unidades espaciales conformadas por departamentos (mínimo territorio administrativo a nivel nacional, denominado 'partido' en la Provincia de Buenos Aires, con datos disponibles sobre mortalidad), durante los períodos 1999-2003 y 2008-2012. Con el fin de calcular las tasas de suicidio, se utilizaron datos poblacionales censales (para los años 2001 y 2010) y estimaciones de población total anuales para los años no censales que comprenden ambos períodos 1999-2003 y 2008-2012 a nivel departamental.

Distribución geográfica

A continuación, mostramos la distribución geográfica de las tasas de suicidio en hombres y mujeres de diferentes grupos de edad, durante los períodos 1999-2003 y 2008-2012. Con el propósito de hacer comparable el riesgo de suicidio entre ambos períodos, se calcularon cuartiles considerando de manera conjunta las tasas de suicidio combinadas de los dos períodos. En el caso de la población femenina de 10 a 29 años, durante el período 1999-2003 se detectaron principalmente dos áreas de mortalidad alta de gran extensión geográfica en las provincias de Chubut y Chaco (mapa n° 1). Durante el período 2008-2012, se observó un aumento del tamaño y la cantidad de áreas de mortalidad alta en provincias del norte argentino (Jujuy, Salta, Santiago del Estero y Tucumán). Por otro lado, se registraron disminuciones de la tasa de mortalidad por suicidio en gran parte de Chubut, este de Córdoba y oeste de Santa Fe (mapa n° 1). Con respecto a la población femenina de 30-59 años, se registraron principalmente áreas continuas lineales de alta mortalidad en el interior de la provincia de Buenos Aires y un área grande que abarcó la mayor parte de Santa Cruz y parte de Chubut (mapa n° 2). Durante 2008-2012, se observaron áreas de permanencia y difusión de tasas altas de suicidio (norte de la provincia de Corrientes, este de Entre Ríos, interior de la provincia de Santa Fe) y zonas de disminución de la mortalidad (Santa Cruz, interior de La Pampa y San Luís, interior de Buenos Aires). En cuanto a las

mujeres de 60 o más años, con respecto al período 1999-2003, en 2008-2012 destacan las disminuciones de la mortalidad en el sur de la provincia de Buenos Aires, norte de Santiago del Estero y parte de Tucumán, mientras se observó un aumento de la mortalidad por suicidio en Misiones (mapa n° 3).

En el caso de los varones de 10-29 años, entre los períodos 1999-2003 y 2008-2012 predominaron fenómenos de difusión espacial de la mortalidad por suicidio principalmente en el norte de la Argentina, Entre Ríos, San Juan y La Rioja, Neuquén y Mendoza, y el oeste de la provincia de Buenos Aires y este de La Pampa (mapa n° 4). Al considerar los varones de 30-59 años, durante el período 1999-2003 se observaron principalmente tres áreas grandes de mortalidad alta: la región pampeana (interior de la provincia de Buenos Aires, gran parte de Entre Ríos y parte de Santa Fe), la región patagónica (principalmente la porción oeste) y el noroeste argentino (mapa n° 5). Durante 2008-2012, se registró una persistencia de tasas altas de mortalidad en Entre Ríos y el noroeste argentino, mientras que en el interior de Buenos Aires y en la región patagónica predominó el descenso de las tasas de suicidio (mapa n° 5). Por último, con respecto a la población masculina de 60 o más años, las regiones pampeana y patagónica fueron las más afectadas por la mortalidad por suicidio durante el periodo 1999-2003 (mapa n° 6). Durante 2008-2012, se observó un descenso de la mortalidad principalmente en el interior de la provincia de Buenos Aires, sur de Córdoba y Santa Fe (mapa n° 6).

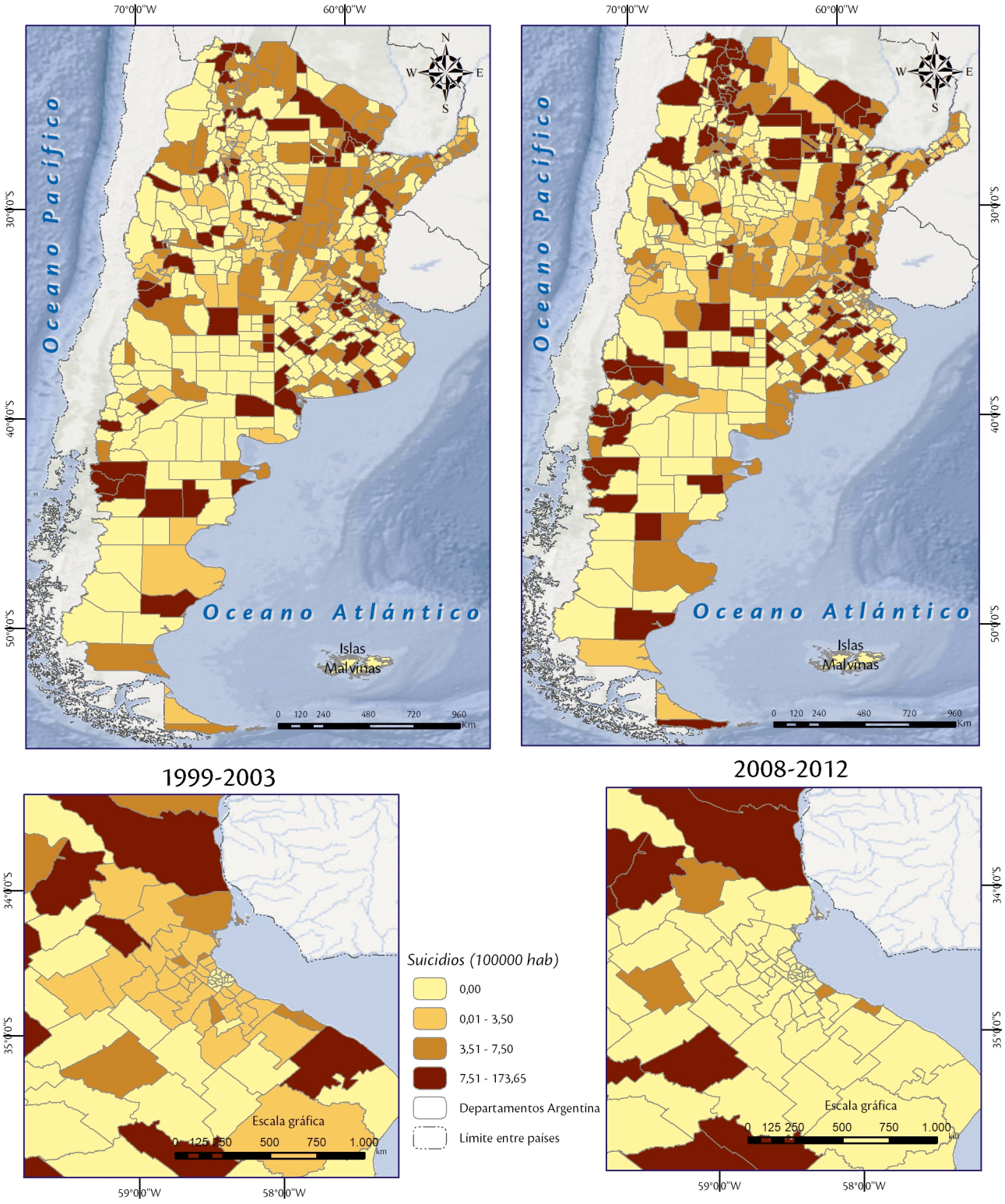
Estas distribuciones dispares de la mortalidad por suicidio fueron relacionadas a tres indicadores: un índice de fragmentación social, un índice de pobreza y la densidad poblacional. Estos indicadores fueron calculados para cada departamento de la Argentina. Luego, estas áreas fueron divididas en cuartiles (en cuatro partes iguales); el primero de ellos representa los departamentos con los valores más bajos de cada indicador (nivel muy bajo) y el cuarto cuartil incluye los valores más altos (nivel muy alto).

Nivel de pobreza

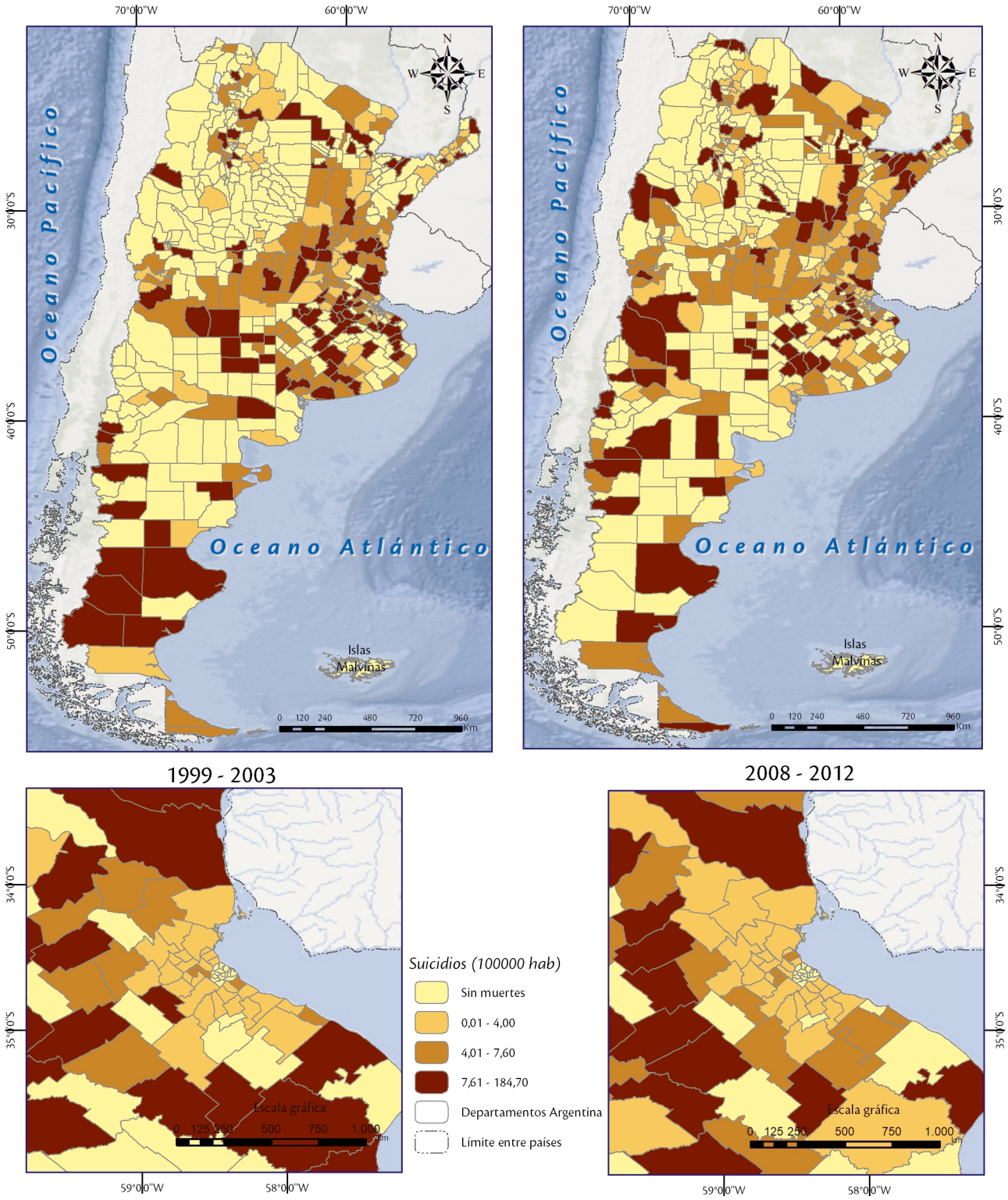
El nivel de pobreza fue calculado con las siguientes variables de los censos nacionales de población de 2001 y 2010: porcentaje de hombres desempleados en edad activa (14-64 años); porcentaje de personas en situación de hacinamiento (más de tres personas por cuarto); porcentaje de jefes de hogar clasificados como 'obrero o empleado', 'trabajador por cuenta propia' o 'trabajador familiar' en la variable de categoría ocupacional; porcentaje de personas que residen en viviendas de baja calidad. Las cuatro variables fueron transformadas en puntajes *z* y se realizaron sumas aritméticas de estos puntajes para formar un indicador de pobreza en cada departamento. Los puntajes *z* fueron calculados como: $z = (\chi-\mu)/\sigma$, donde $\chi$ es un valor de la variable, $\mu$ es el promedio de la variable, y $\sigma$ es el desvío estándar de la variable.

Fragmentación social

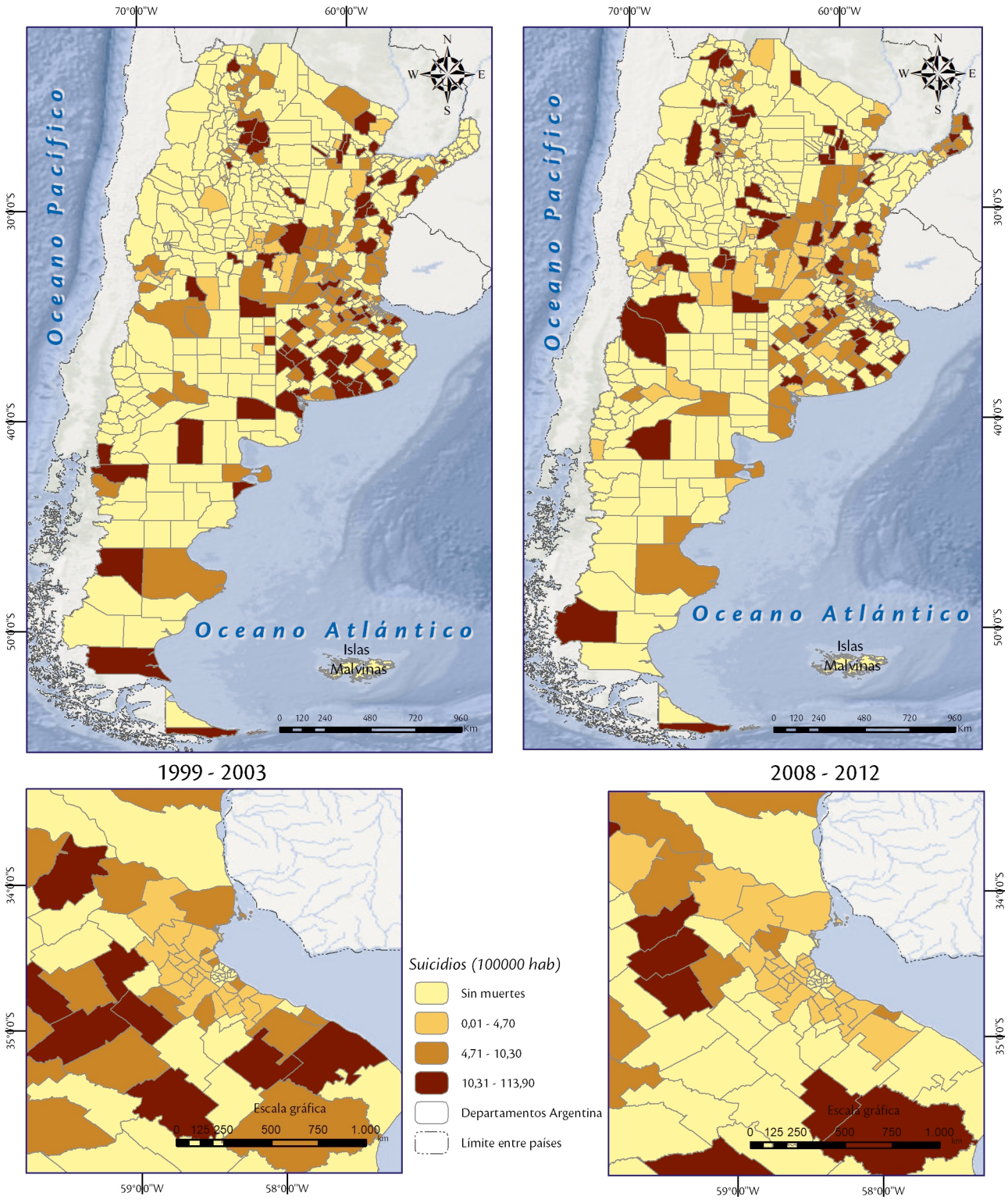
El nivel de fragmentación social fue calculado con la misma metodología que el indicador de pobreza e incluyó las siguientes variables: porcentaje de adultos (mayores de 17 años) solteros, divorciados, separados legalmente o viudos; porcentaje de hogares conformados por una persona; porcentaje de hogares ocupados por no propietarios de vivienda; y porcentaje de población migrante (individuos mayores de 5 años de edad, quienes cinco años antes de la realización del censo residían en otra localidad). La inclusión de variables relacionadas con el tamaño de los hogares y el estado civil intentó reflejar el nivel de integración en la vida familiar y el matrimonio. Las variables referidas a la migración y al régimen de tenencia de las viviendas intentaron captar fenómenos de movilidad de la población, que al ser más intensos pueden promover menor integración social. Mientras la variable de migración recoge movimientos de población más allá de cada departamento, la inclusión de la variable de tenencia de la vivienda intenta captar movimientos intraurbanos de población (áreas con alto porcentaje de viviendas ocupadas por inquilinos presentarían mayores niveles de movilidad poblacional). Por último, la densidad poblacional (individuos/km$^2$) intentó dar cuenta del nivel de urbanización de cada departamento.



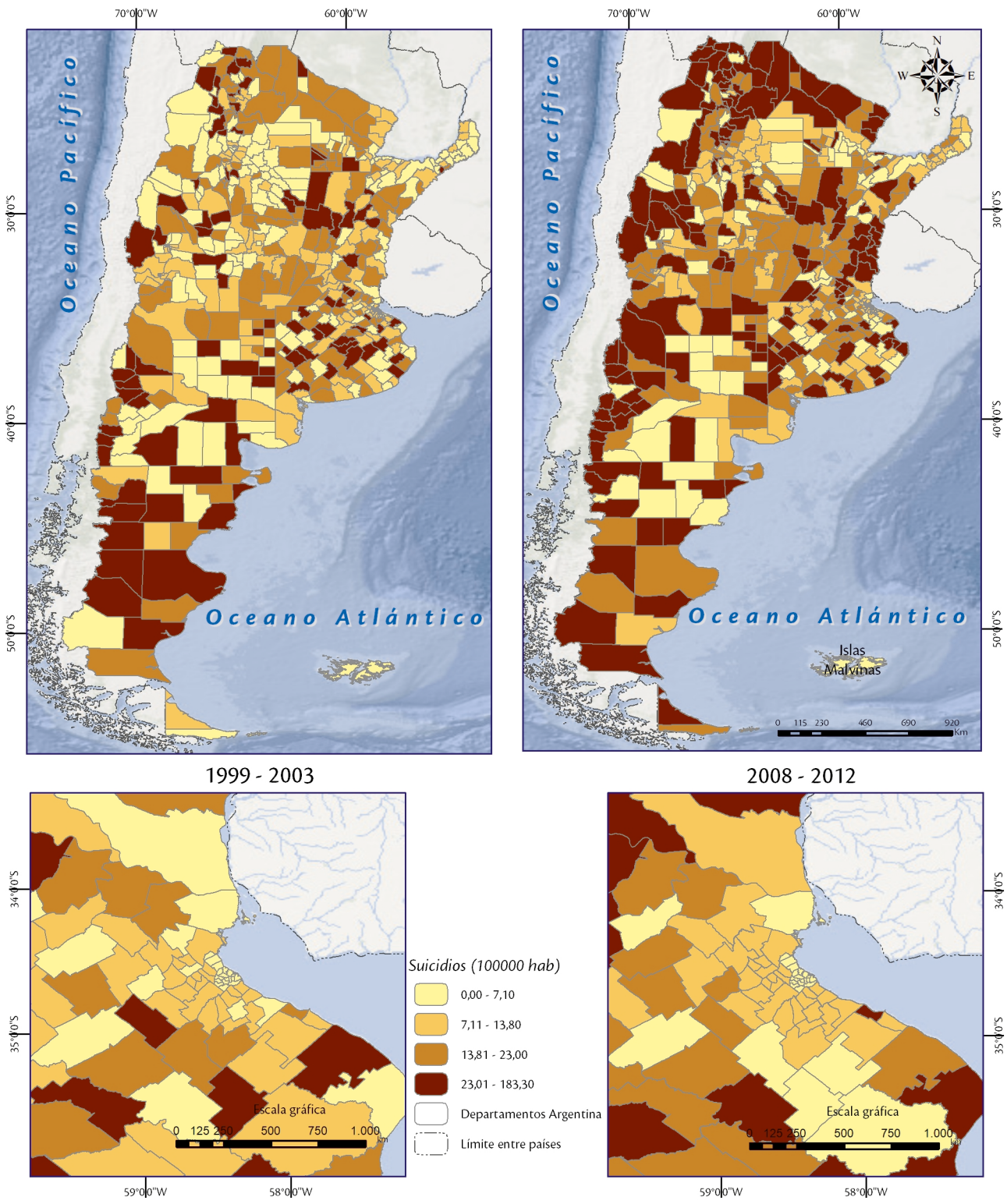

Mapa nº 1. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en mujeres de 10-29 años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012.
Fuente: elaboración personal.



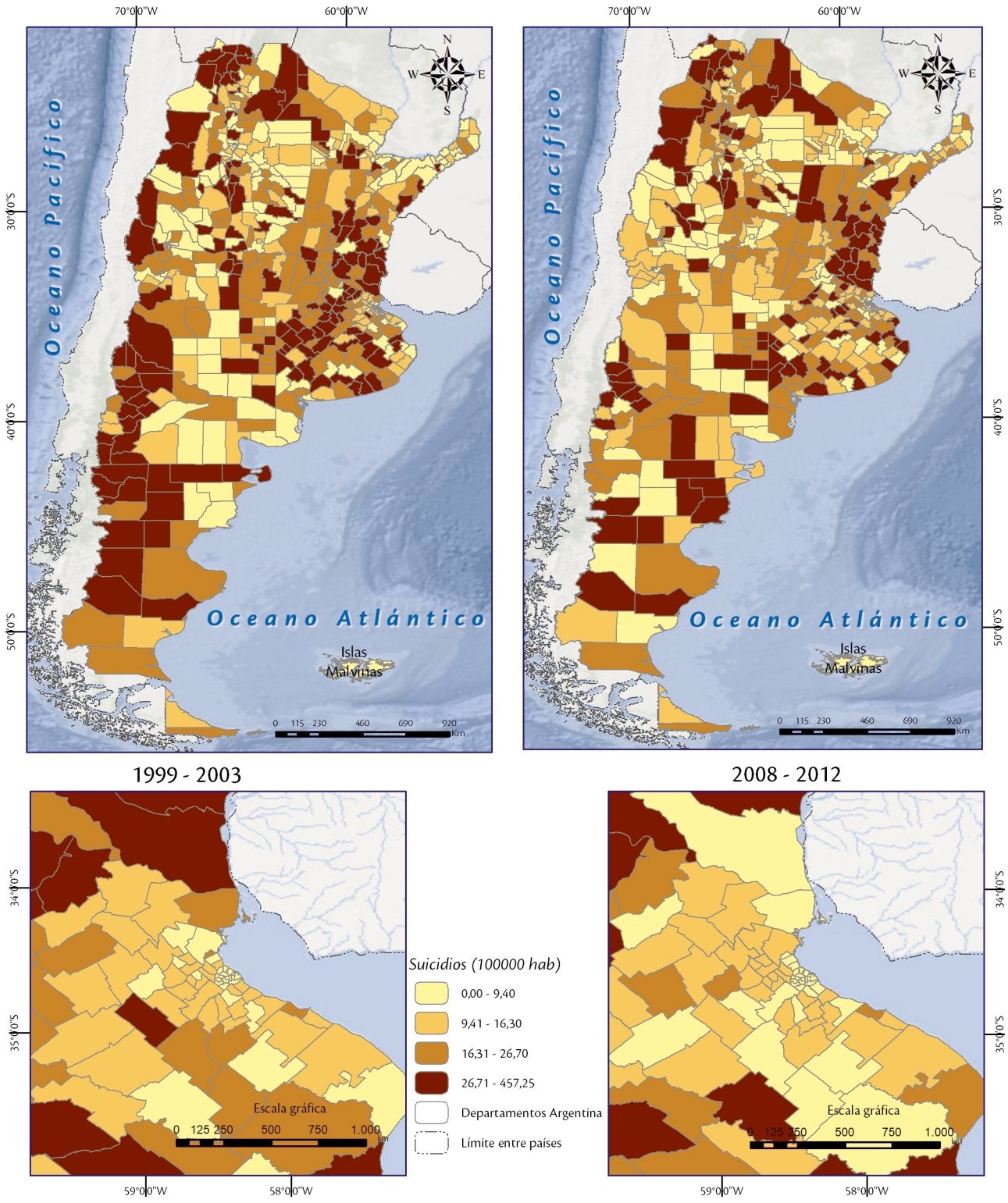

Mapa nº 2. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en mujeres de 30-59 años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.



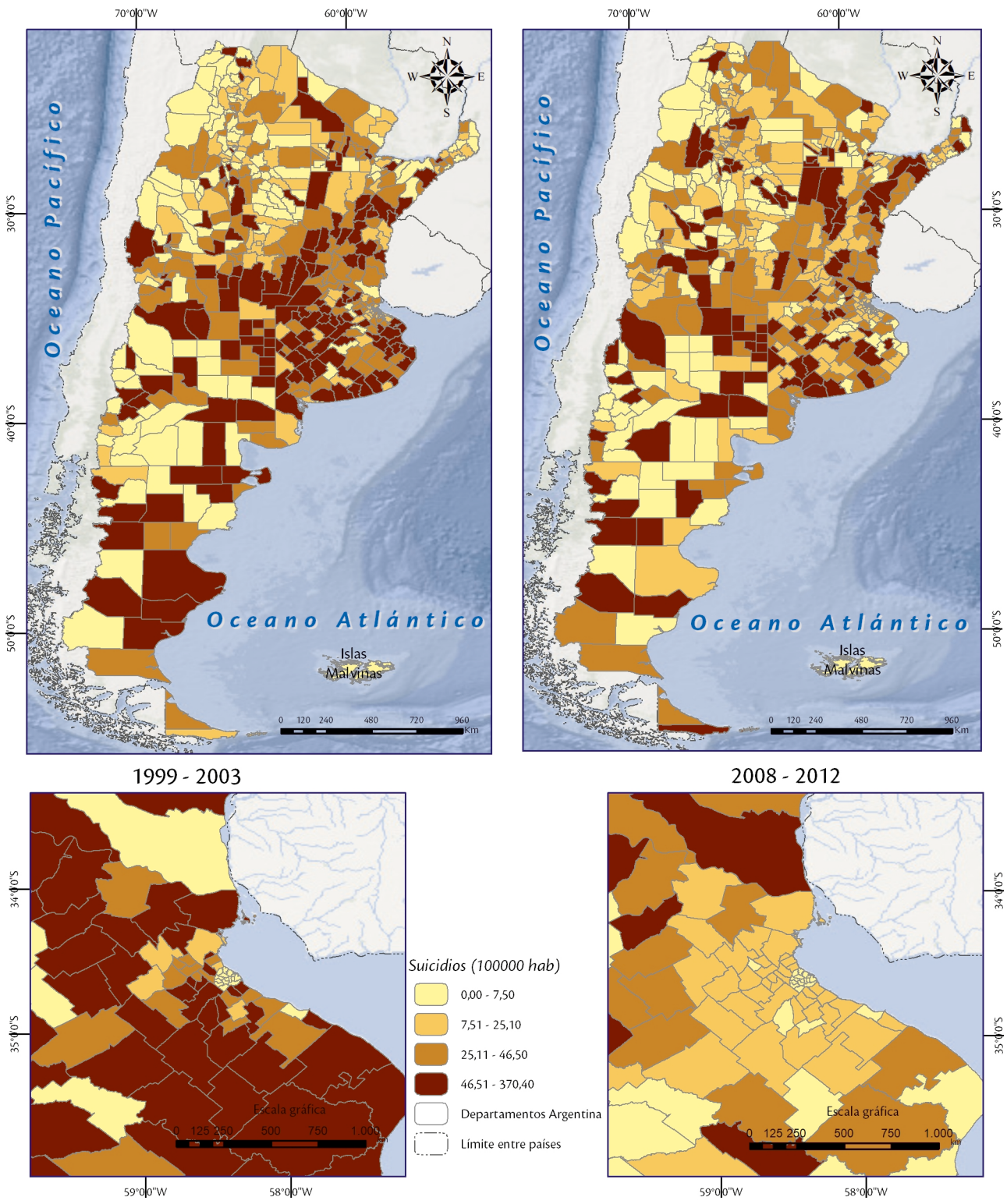

Mapa n° 3. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en mujeres de 60 o más años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012.
Fuente: elaboración personal.




Mapa n° 4. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en hombres de 10-29 años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.




Mapa n° 5. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en hombres de 30-59 años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012.
Fuente: elaboración personal.




Mapa n° 6. Distribución geográfica de las tasas de suicidio en hombres de 60 o más años. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.

Factores de área asociados al suicidio

En el caso de las mujeres, sólo durante el periodo 1999-2003 y en la población de 10-29 años se observó un ascenso de la mortalidad a medida que aumentaba el nivel de fragmentación social de las áreas. Aunque durante 2008-2012 las mayores tasas de suicidio de mujeres de 30-59 años se registraron en aquellas áreas con mayor nivel de fragmentación social, no se observó la tendencia registrada en las mujeres más jóvenes (figura n° 1). Con respecto a la población de varones, sólo parece haber un aumento de las tasas de suicidio de varones de 30-59 años en áreas de mayor fragmentación social durante el período 1999-2003 (figura n° 1).

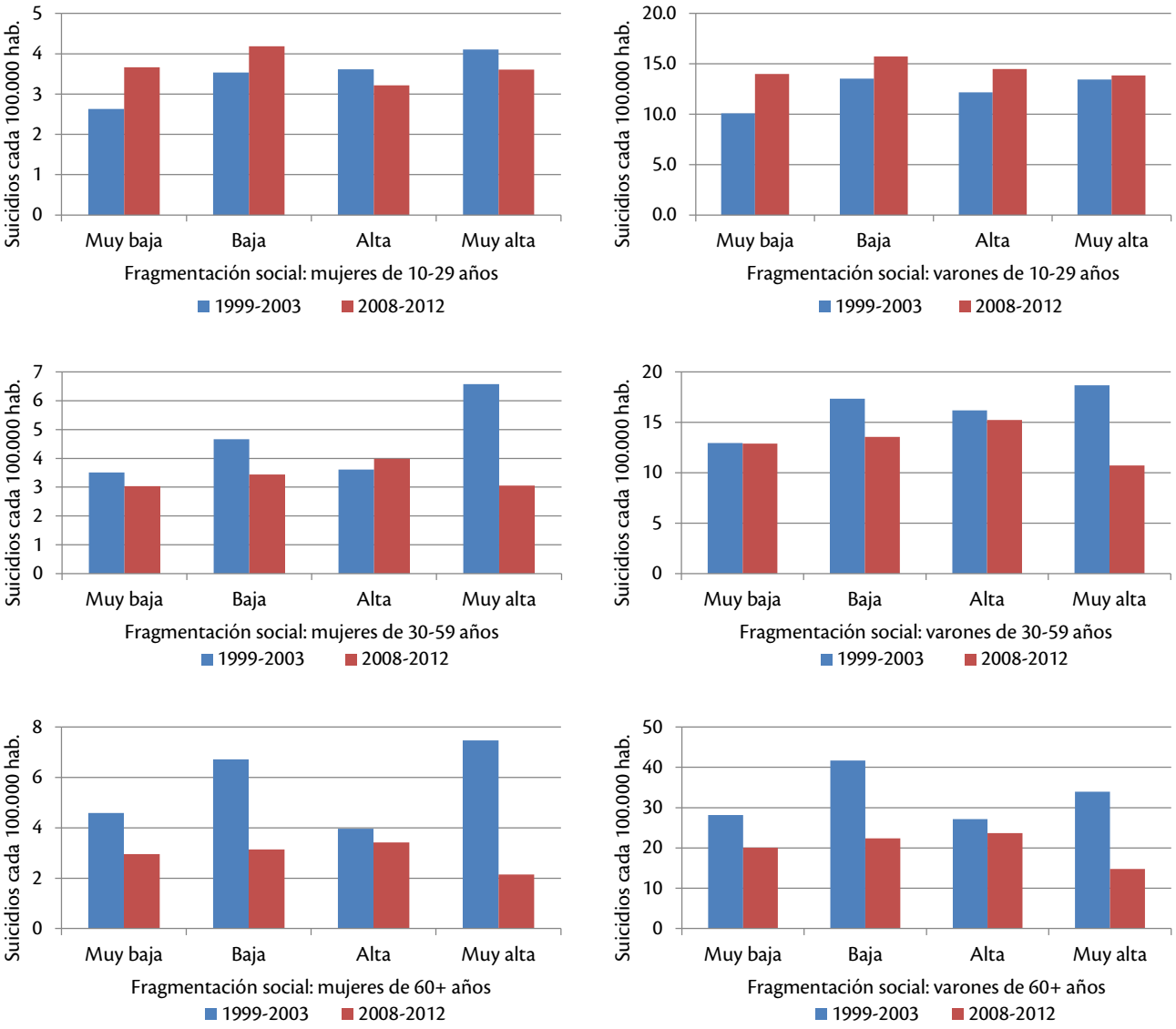



Figura n° 1. Tasas de suicidio por sexo y grupo etario de acuerdo a cuartiles del índice de fragmentación social. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.

Con respecto al indicador de pobreza, sólo durante 2008-2012 se registró un aumento de la tasa de mortalidad por suicidio de mujeres de 10-29 años a medida que el indicador aumentaba en los cuartiles (figura n° 2). En cambio, en mujeres de 30 o más años y sólo durante el período 1999-2003 las tasas de suicidio fueron disminuyendo progresivamente a medida que aumentaba el nivel de pobreza (figura n° 2). En cuanto a los varones, en la población de 10-29 años las tasas de suicidio comenzaron a ser mayores en áreas con indicadores altos de pobreza durante 2008-2012 (figura n° 2). En cambio, en la población de 30 o más años se registraron mayores tasas a medida que el indicador de pobreza disminuía durante 1999-2003 (figura n° 2).

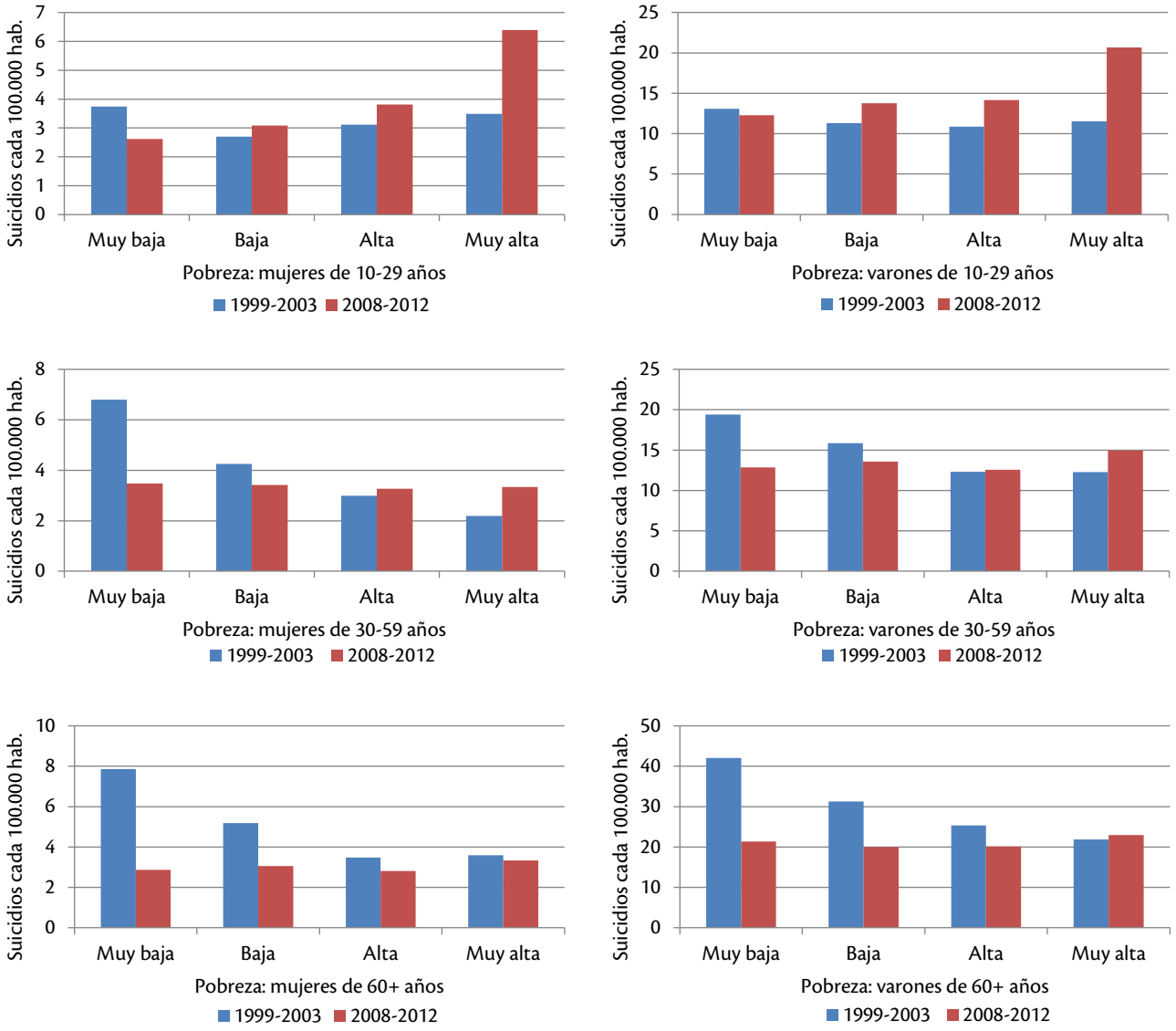



Figura n° 2. Tasas de suicidio por sexo y grupo etario de acuerdo a cuartiles del índice de pobreza. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.

En cuanto a la densidad poblacional, las tasas de suicidio de mujeres de 10 a 59 años mostraron un patrón inverso durante 2008-2012, aumentando en aquellas áreas de menor densidad poblacional (figura n° 3). En el caso de los hombres de 10 a 59 años, las tasas de suicidio tendieron a descender a medida que la densidad poblacional aumentaba durante ambos períodos (figura n° 3). Si bien la tasa de suicidio de la población de 60 o más años fue la más baja en áreas de mayor densidad poblacional, no se observó una tendencia lineal como en los grupos etarios más jóvenes.

A diferencia de lo observado en los países desarrollados (Rehkopf y Buka, 2005), sólo se observaron tasas más altas de suicidio de jóvenes en áreas de mayor pobreza durante 2008-2012. En cambio, durante 1999-2003, las tasas fueron mayores a medida que el indicador de pobreza disminuía en la población de 30 o más años de edad. Estos resultados parecen indicar que la pobreza no sería un determinante de tasas altas de suicidio a escala departamental.

Por otro lado, con excepción de la población de 60 o más años, en el resto de los grupos etarios se observaron generalmente tasas altas de suicidio en áreas con índices elevados de fragmentación social. Los hallazgos encontrados en nuestro análisis apoyan la hipótesis de la fragmentación social como fenómeno contextual que aumentaría el riesgo de suicidio tanto en países desarrollados (Balint *et al.*, 2014; Baller y Richardson, 2002; Congdon, 2011; Middleton, Sterne y Gunnell, 2006) como en países en desarrollo (Bando *et al.*, 2012).

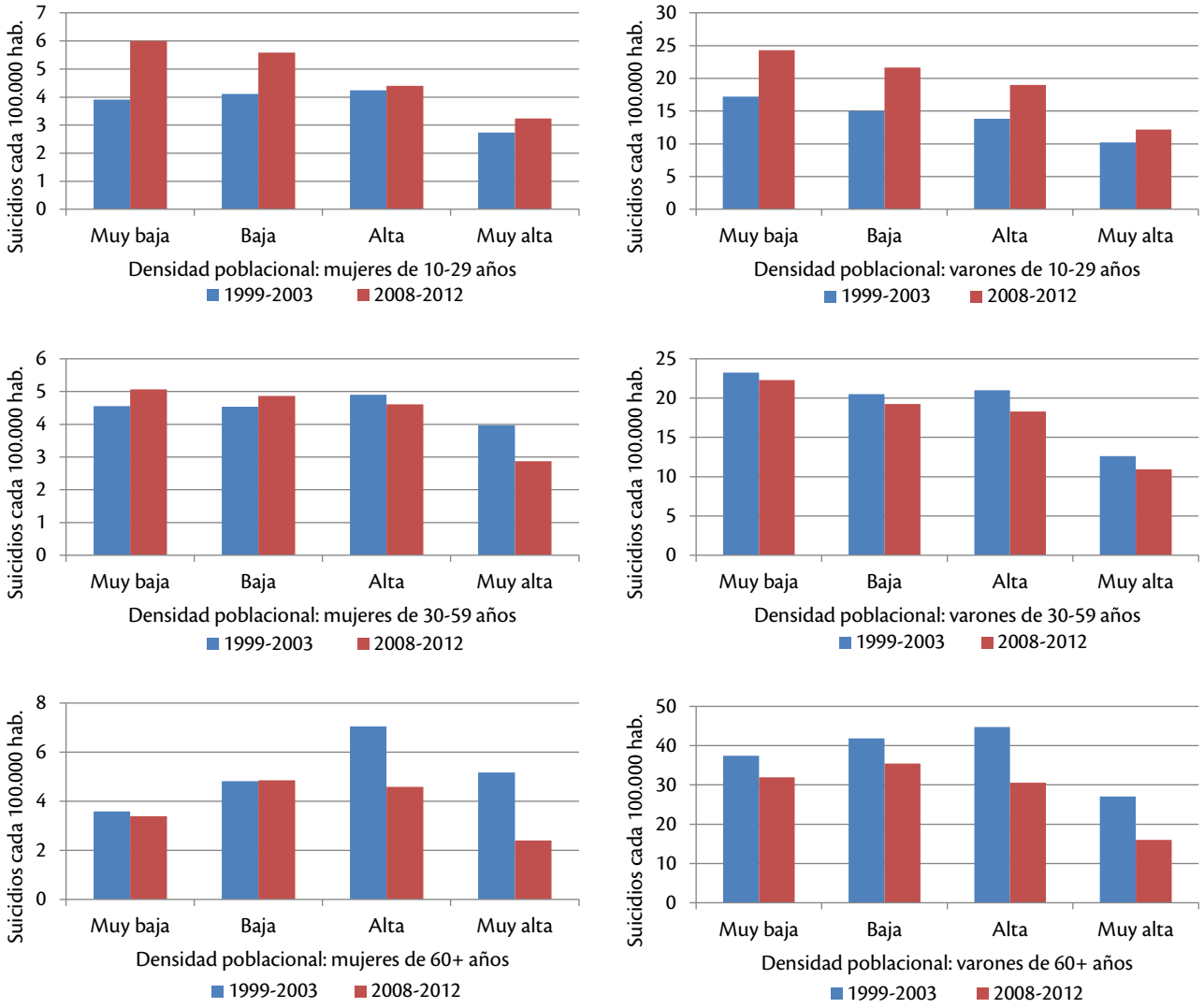



Figura n° 3. Tasas de suicidio por sexo y grupo etario de acuerdo a cuartiles de densidad poblacional. Argentina, 1999-2003, 2008-2012. Fuente: elaboración personal.

El análisis de las tasas de mortalidad de acuerdo a los diferentes niveles de densidad poblacional también parece indicar un mayor riesgo de suicidio en áreas de baja concentración de la población, especialmente durante el período 2008-2012 y en población masculina. La participación relativa de la población rural, con respecto a la población total de la Argentina viene disminuyendo durante las últimas décadas, a lo que se suma una disminución absoluta de la población rural dispersa (Vapñarsky, 1995). Este despoblamiento rural ha estado asociado al proceso de concentración de la tierra en las áreas rurales, acelerado desde la década del 90, que ha llevado a miles de productores agropecuarios a abandonar su actividad económica (Albaladejo, 2013), debilitando las redes de solidaridad entre productores rurales (Sili, 2000). Además, este proceso de concentración podría haber provocado una pérdida de estatus social, al pasar de propietarios de la tierra y pequeños empresarios rurales a cuentapropistas (Craviotti y Gras, 2006). Se ha planteado que a edades más avanzadas, y especialmente en los hombres, aumenta la vulnerabilidad al suicidio debido a la pérdida de las ventajas acumuladas obtenidas en el mercado laboral, como salarios altos y prestigio, y las dificultades para iniciar una nueva carrera laboral (Girard, 1993). Ante este panorama, se ha planteado que la identidad rural, como apropiación simbólica del espacio por parte de sus comunidades, debería constituir un factor clave para la cohesión territorial integrando las áreas rurales con el resto del territorio (Sili, 2000).

## Crisis económica y suicidio

Al comparar los períodos 1999-2003 y 2008-2012, en el primer quinquenio se observó mayormente una difusión espacial de las tasas altas de suicidio, aunque en la población joven sucedió el fenómeno inverso. El período 1999-2003

coincidió mayormente con una etapa de recesión económica ininterrumpida que se extendió entre 1999 y 2002, finalizando con casi el 20% de la población económicamente activa sin empleo durante ese último año. De acuerdo a nuestro análisis geográfico del suicidio, el impacto de la crisis socioeconómica y política de fines de 2001, con una fuerte caída del PBI en el año 2002, sobre el suicidio se concentró principalmente en algunas áreas de la región pampeana y Patagonia, pero fuera de sus principales aglomeraciones urbanas.

De acuerdo a Durkheim, las crisis económicas provocan alteraciones del orden colectivo que facilitarían la muerte voluntaria (Durkheim, 2004). Éstas también pueden ser consideradas procesos macrosociológicos que impactarían en las características del medio primario (familia y otras instituciones) en donde el individuo se forma (Baudelot y Establet, 2008). Así, el desempleo desintegraría no sólo la sociabilidad primaria constituida por la familia, sino también la constituida por el trabajo (Baudelot y Establet, 2008). Como se mencionó anteriormente, es posible que la reinserción en el mercado de trabajo de los trabajadores calificados en edad adulta, en un contexto de desempleo estructural alto como el experimentado en Argentina durante la crisis de 1999-2002, haya implicado una pérdida de estatus con respecto a sus ocupaciones anteriores. En este sentido, Durkheim planteaba que durante las crisis económicas ocurre "como un desclasamiento que arroja bruscamente a algunos individuos a una situación inferior a la que ocupaban hasta ese momento" (Durkheim, 2004, p. 273). Sin embargo, es necesario aclarar que en su obra, no especifica si el término "desclasamiento" está referido a un cambio de clase social, aunque inmediatamente después de la frase citada, habla de la pérdida de "conquistas sociales". Estas posibles explicaciones coinciden con el aumento de la mortalidad por suicido de hombres de 30-59 a medida que aumentaba en índice de fragmentación social durante el período 1999-2003.

## Conclusiones

En conclusión, nuestro análisis parece mostrar una tendencia a la concentración geográfica de tasas altas de suicidio, en coincidencia con factores contextuales en espacio (fragmentación social y ruralidad) y tiempo (crisis económica). Por lo tanto, un abordaje desde la perspectiva de los factores de riesgo a nivel individual sería insuficiente para comprender por qué las poblaciones de determinadas áreas presentan mayores tasas de suicidio con respecto a otras áreas. Estas zonas podrían ser caracterizadas como espacios con altos niveles de fragmentación social, independientemente de su grado de desarrollo económico. Además, los períodos de crisis económica parecen configurar un patrón geográfico de mayor concentración del suicidio en áreas dominadas por población rural y localidades pequeñas y medianas. Por lo tanto, las políticas de prevención del suicidio, además de estar basadas en los factores de riesgo a nivel individual, deberían fomentar la creación de empleo con el fin de retener población en áreas de baja densidad poblacional y promover mayor integración social, especialmente en la población joven.

# BIBLIOGRAFÍA


Abajo González, A., 2019. ¿Por qué comenzamos a explorar el planeta? En: A. Pupio, R. A. Alcalde y L. De la Fuente (eds.), ¿Qué nos hace humanos? Un manual para pensar(nos) en las aulas, Bahía Blanca: EdiUNS, pp. 141-144.

Abramovay, R., 2006. Para una teoría de los estudios territoriales. En: Manzanal, M., Neiman, G. & Lattuada, M. (orgs.). *Desarrollo rural: organizaciones, instituciones y territorios.* Buenos Aires: Ciccus, pp. 51-70.

Acosta, A. & Lara, E. F., 1955. Los chaná-timbúes en la antigua Banda Oriental. *Museo de Historia Natural de Montevideo,* vol. 6, n° 5, pp.1-27.

Acosta, A. & Mazza, B., 2016. Restos óseos humanos y faunísticos: su relación en el espacio mortuorio en contextos de cazadores-recolectores del humedal del Paraná inferior (Argentina). *Pesquisas, antropología*, vol. 72, pp. 185-207.

Aguerre, A. M. 2003. La Cueva 4 de La Martita y las ocupaciones de 8000 años (Santa Cruz, Argentina). En: Aguerre, A. M. (ed.). *Arqueología y Paleoambiente en la Patagonia Santacruceña Argentina*. Buenos Aires: Talleres Gráficos Nuevo Offset, pp. 27- 61.

Albaladejo, C., 2013. Dinámica de la inserción territorial de la agricultura pampeana y emergencia del agribusiness. En: C. Gras & V. Hernández (comps.) *El agro como negocio: Producción, Sociedad y Territorios en la Globalización*. Buenos Aires: Editorial Biblos, pp. 67-95.

Albanesi, R., 2007. La modernización en el devenir de la producción familiar capitalizada. *Mundo Agrario* (La Plata) vol. 7, nº 14.

Alberdi, M. T., Miotti, L. & Prado, J. L., 2001. *Hippidion saldiasi* Roth, 1899 (Equidae, Perissodactyla) at the Piedra Museo Site (Patagonia): its implication for the regional economy and enviromental reconstructions. *Journal of Archaeological Science*, n° 28, pp. 411-419

Alberti, J., 2015. *Disponibilidad y explotación de fuentes de materias primas líticas durante el Holoceno medio y tardío en la Costa del Golfo San Matías, Río Negro, Argentina. Un enfoque regional*. Tesis Doctoral inédita, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Alioto S. & Jiménez, J. F., 2011. El sistema judicial indígena como expresión de complejidad política (Pampas y Patagonia norte, mediados del siglo XIX) *Journal de la société des Américanistes*, vol. 97, n° 2, pp. 45-74.

Alioto, S., 2011. *Indios y ganado en la frontera. La ruta del río Negro (1750-1830)*. Rosario: Prohistoria ediciones.

Alioto, S., 2011. Vitalidad de un estereotipo. El indio ladrón de ganado, la ruta del río Negro y el mercado chileno. En: Alioto, S. *Indios y ganado en la frontera. La ruta del río Negro (1750-1830).* Rosario: Prohistoria, pp. 21-48.

Alioto, S., Jiménez, F. J. & Villar, D. 2018. Introducción. Violencia, atrocidades, masacres y genocidio contra los indígenas en la frontera sur del Río de la Plata y Chile (siglos XVI-XIX). En: Alioto, S., Jiménez, J., F., & Villar, D. (comps.). *Devastación. Violencia civilizada contra los indios de las llanuras del Plata y Sur de Chile (Siglos XVI a XIX).* Rosario: Prohistoria, pp. 15-46.

Alonso Sagaseta, A., 1990. El kero: vaso ritual de los incas. *Revista Espacio, Tiempo y Forma* (Madrid), Series I-VII, pp. 11-30.

Alsina, A. 1977 [1877] *La nueva línea de fronteras, Memoria especial del Ministerio de Guerra y Marina.* Buenos Aires: Imprenta del Porvenir.

Alsina, J., 1910. *La inmigración en el primer siglo de la independencia*. Buenos Aires: F. S. Alsina Editor.

Ambrosetti, J. B., 1897. La Antigua Ciudad de Quilmes (Valle Calchaquí). *Boletín del Instituto Geográfico Argentino XVIII* (Buenos Aires), vol. 1-3, pp. 33-70.

Ameghino F. 1880. *La antigüedad del hombre en el Plata*. Paris: Masson.

Amigo, R., Escobar, T., Majluf, N., Mandrini, R. & Vega Andersen, R., 2015. *Un Viajero virreinal. Acuarelas inéditas de la sociedad rioplatense*. Buenos Aires: Hilario. Artes, Letras & Oficios.
Anónimo, 1987 [1608]. *Ritos y tradiciones de Huarochirí del siglo XVII*. Edición de Gerard Taylor. Lima: IEP.
Apolinaire, E., Castiñeira Latorre, C. & Bonomo, M., 2019. Nuevos aportes para la delimitación de la base regional de recursos líticos de la provincia de Entre Ríos: relevamiento de afloramientos primarios y caracterización microscópica de rocas siliciclásticas. *Arqueología*, vol. 25, n° 2, pp. 71-102.
Aranda, D., 2015. *Argentina originaria. Genocidio, saqueos y resistencias.* 2da ed ampliada. Buenos Aires: La Vaca Editora.
Araya, J. & Ferrer, E. 1986. *La Feria indígena del Chapaleofú.* Tandil: Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
Arislur, S., 2017. *Desandar caminos, reconstruir saberes. Una aproximación arqueológica a la zona serrana y periserrana del partido de Tandil*. Tesis de Licenciatura. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
Arislur, S., 2018. Reflexiones sobre los procesos de conformación de colecciones arqueológicas en Tandil (provincia de Buenos Aires). *La Zaranda de ideas*, vol. 16, nº 2, pp. 24-43.
Armus, D., 1984. Notas sobre el impacto inmigratorio ultramarino a la Argentina y la visión de los protagonistas. *Revista de Indias* (Madrid), nº 174.
Aschero, C. 1973. Los motivos laberínticos en América. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° VII, pp. 250-275.
Aschero, C., & Hocsman, S., 2011. Arqueologia de las ocupaciones cazadoras-recolectoras de fines del Holoceno medio de Antofagasta de la Sierra (Puna Meridional Argentina). *Chungara, Revista de Antropología Chilena*, n° 43, pp. 393-411.
Assadourian, C. S., 1987. La producción de la mercancía dinero y la formación del mercado interno colonial. En: Florescano, E. (comp.). *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina*, *1500-1975*. México: Fondo de Cultura Económica, pp. 223-292.
Astiz, M. E., & Tomé, A., 1987. Localización y descripción de Sancti Spiritus (1527-1529). *Cuadernos Instituto Nacional de Antropología*, n° 12, pp.203-251.
Austral, A., 1977. Arqueología de urgencia en el yacimiento de Bañadero, Departamento de Salto, Uruguay. En: *Actas del V Encuentro de Arqueología del Litoral*, Fray Bentos, pp. 11-22.
Azconegui, M. C., 2016. El gobierno peronista frente al exilio chileno. La experiencia de la red nacional de asistencia a los refugiados (1973-1976) *Revista de izquierdas,* nº 26. [Consultado el 30/11/2019] Disponible en: https://journals.openedition.org/izquierdas/569.
Azcuy Ameghino, E., 2003. *Estructura y dinámica de la cadena argentina de ganado y carne vacuna a comienzos del siglo XXI*. Terceras Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Agrarios y Agroindustriales. Buenos Aires.
Azkarate A., Cocco, G., Sánchez Pinto, I., Letieri, F., Escribano Ruiz, S., Frittegotto, G. & Benedet, V., 2013. Sistemas de excavación a debate; reflexiones a partir de la experiencia arqueológica del fuerte Sancti Spiritus (Puerto Gaboto, Santa Fe). En: *Actas del V Congreso nacional de Arqueología Histórica* 1, pp. 611-636.
Balan, J., 1990. La economía doméstica y las diferencias entre lossexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 5, pp. 269-294.
Balán, J., 1990. La economía doméstica y las diferencias entre los sexos en las migraciones internacionales: un estudio sobre el caso de los bolivianos en la Argentina. *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, n° 15-16, pp. 269-294
Balint, L., Dome, P., Daroczi, G., Gonda, X. & Rihmer, Z., 2014. Investigation of the marked and long-standing spatial inhomogeneity of the Hungarian suicide rate: A spatial regression approach. *Journal of Affective Disorders*, vol. 155, pp. 180-185.
Baller, R. D. & Richardson, K. K., 2002. Social Integration, Imitation, and the Geographic Patterning of Suicide. *American Sociological Review*, vol. 67, n° 6, pp. 873.
Bando, D. H., Moreira, R. S., Pereira, J. C. & Barrozo, L. V., 2012. Spatial clusters of suicide in the municipality of São Paulo 1996-2005: an ecological study. *BMC Psychiatry*, vol. 12, pp. 124.
Bankirer, M., 2010. La dinámica poblacional en tiempos de ajuste: mortalidad y fecundidad. En: Torrado, S. (dir.). *El costo social del ajuste (Argentina 1976-2002)* Buenos Aires: Edhasa, pp. 105-153.
Barberena, R., Borrazo, K., Rughini, A., Romero, G., Pompei, M., Llano, C., de Porras, M., Durán, V., Stern, C., Re, A., Estrella, D., Forasiepi, A., Fernández, F, Chediak, M., Acuña, L., Gasco, A., Quiroga, M. 2015. Perspectivas arqueológicas para Patagonia Septentrional: Sitio Cueva Huenul 1 (Provincia de Neuquén, Argentina). *Magallania*, vol. 43, n° 1, pp. 137-164.
Barbetta, P., Lapegna, P., 2004. No hay hombres sin tierra ni tierra sin hombres: luchas campesinas, ciudadanía y globalización en Argentina y Paraguay. En: Giarraca & Levi (comp.) *Ruralidades Latinoamericanas. Identidades y Luchas Sociales.* Buenos Aires: CLACSO.
Barboza, M. C. & Píccoli, C. V., 2013. Ocupaciones humanas en la llanura aluvial del Paraná medio durante el Holoceno tardío. El registro arqueológico del sitio Los Bananos (Goya, Corrientes, Argentina). *Anuario de Arqueología*, vol. 5, pp. 117-132.
Barboza, M. C., 2014. Análisis arqueofaunístico del sitio Paso del Tala (Goya, Corrientes, Argentina). *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 7, n° 2, pp. 219-226.

Barral, M. E. & Binetti, J., 2012. Las formas de religiosidad católica: algunos desplazamientos en la primera mitad del siglo XIX. En: Ayrolo, V., Barral, M. E. & Di Stefano, R. (coords.). *Catolicismo y secularización. Argentina, primera mitad del siglo XIX*, Buenos Aires: Biblos, pp. 67-91.

Barriera, D., 2012. Tras las huellas de un territorio. En: Fradkin, R. (ed.). *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, de la conquista hasta 1820*. Tomo II. Buenos Aires: Edhasa, pp. 53-84.

Barros, A. 1975 [1872]. *Fronteras y territorios federales de las Pampas al Sur.* Buenos Aires: Hachette.

Barros, A. 1975 [1875]. *Indios, Fronteras y seguridad interior*. Editorial Hachette, Buenos Aires.

Barros, M. P. & Messineo, P. (2004). Identificación y aprovisionamiento de ftanita o Chert en la cuenca superior del Arroyo Tapalqué (Olavarria, Provincia de Buenos Aires, Argentina). *Estudios Atacameños,* n° 28, pp. 87-103.

Bastourre, L., 2014. Estudios arqueofaunísticos en el Delta Superior del Paraná: el sitio Los Tres Cerros 1(Provincia de Entre Ríos, Argentina). *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile), n° 30, pp.109-115.

Baudelot, C. & Establet, R., 2008. *Durkheim y el suicidio*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Bayer, Osvaldo, 1972a. *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*. Tomo I. Los Bandoleros. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Bayer, Osvaldo, 1972b. *Los Vengadores de la Patagonia Trágica.* Tomo II. La Masacre. Buenos Aires: Editorial Galerna.

Bayer, Osvaldo, 1974. *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*. Tomo III. Humillados y ofendidos. Buenos Aires: Editorial Bruguera.

Bayer, Osvaldo, 1984. *Los Vengadores de la Patagonia Trágica*. Tomo IV. El Vindicador. Buenos Aires: Editorial Bruguera.

Bayón, C., & Flegenheimer, N., 2004. Cambio de planes a través del tiempo para el traslado de rocas en la Pampa Bonaerense. *Estudios Atacameños,* n° 28, pp. 59-70.

Bayón, C., Flegenheimer, N., & Pupio, A., 2006. Planes sociales para el abastecimiento y traslado de roca en la Pampa Bonaerense en el Holoceno temprano y tardío. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° XXXI, pp. 19-45.

Bayón, C., Pupio, A., Frontini, R., Vecchi, R. & Scabuzzo, C., 2010. Localidad arqueológica Paso Mayor: nuevos estudios 40 años después. *Intersecciones en Antropología*, vol. 11, nº 1, pp. 115-128.

Bechis M.A., 2008. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX. ¿Autoridad o poder? En: Bechis, M.A. *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Colección América. Madrid: Editorial CSIC, pp. 263-296

Bechis, M. [1989]1999. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX. *Etnohistoria*. Publicación especial de NAyA en CD, Buenos Aires,

Bechis, M., 2001. De hermanos a enemigos: los comienzos del conflicto entre los criollos republicanos y los aborígenes del área arauco-pampeana, 1814-1818. En: Bandieri, S. (coord.). *Cruzando la cordillera… la frontera argentino-chilena como espacio social.* Neuquén: CEHIR, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Comahue, pp. 65-99.

Bechis, M., 2009. La diferencia entre la Antropología Histórica y la Etnohistoria. En *Conferencia en el Instituto Superior de Enseñanza "Dr. Joaquín V. González", Auditorio, 2 de junio de 2009. Revista TEFROS,* vol. 7, n° 1-2, pp. 1-13. Disponible en: http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/206/187.

Bechis, M., 2010. El camino de la Etnohistoria. En: Bechis, M. *Piezas de Etnohistoria y de Antropología Histórica.* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, pp. 87-96.

Bechis, M.A., [1989] 2008. Los lideratos políticos en el área araucano-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder? En: Bechis, M. (ed.), *Piezas de etnohistoria del sur sudamericano*. Madrid: Editorial CSIC, pp. 263-296.

Bendini, M. I. & Steimbreger, N. G., 2010. Dinámicas territoriales y persistencia campesina: redefinición de unidades y espacios de trabajo de los crianceros en el norte de la Patagonia. *Transporte y Territorio*, n° 3, pp. 59-76.

Benedetti, A. & Salizzi, E., 2014. Fronteras en la construcción del territorio argentino. *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, vol. 23, nº 2, pp. 121-138.

Benedetti, A., 2009. Los usos de la categoría región en el pensamiento geográfico argentino. *Scripta Nova* (Barcelona), vol. 13, n° 286, pp. 6-8.

Benedetti, A., 2011 Territorio: concepto integrador de la geografía contemporánea. En: Souto, P. (coord.), *Territorio, Lugar, Paisaje. Prácticas y conceptos básicos en geografía*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA, pp. 11-82.

Benencia, R. & Karasik, G., 1996. *Inmigración limítrofe: los bolivianos en Buenos Aires*. Biblioteca Política Argentina. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, n° 482.

Benencia, R., 1997. De peones a patrones quinteros. Movilidad social de familias bolivianas en la periferia bonaerense. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), n° 35.

Bengoa, J., 1996. *Historia del pueblo Mapuche. Siglo XIX y XX.* Santiago de Chile: Ediciones Sur.

Bennett, W. C., E. F. Bleiler & F. H. Sommer, 1948. *Northwest Argentine Archeology*, n° 38 y 39. Pennsylvania: Yale University publications in anthropology.

Bergesio, L., Golovanevsky, L. & González, N., 2016. Propuestas para el estudio y caracterización de los pequeños productores agropecuarios de la puna jujeña (Argentina). *Revista Pilquen-Sección Ciencias Sociales*, vol. 19, n° 1, pp. 13-28.

Bernard, C. & Gruzinski, S., 1999. *Historia del Nuevo Mundo*. Tomo II: Los mestizajes, 1550-1640. México: Fondo de Cultura Económica.
Berón, M. & Politis, G., 1997. La arqueología pampeana en la década de los '90. Análisis y perspectivas. Introducción. En: Berón, M. & Politis, G. (eds.), *La arqueología pampeana en la década de los '90*. Olavarría: INCUAPA, UNCPBA y Museo Nacional de Historia Natural de San Rafael. pp. 7-31.
Berón, M., 2006. Base regional de recursos minerales en el occidente pampeano. Procedencia y estrategias de aprovisionamiento. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° XXXI, 47-88.
Bertoncello, R., 2009. *Diagnóstico de los patrones de asentamiento de la población argentina en el territorio nacional*. Serie de Documentos de la Dirección Nacional de Población. Buenos Aires: Dirección Nacional de Población. Secretaría del Interior. Ministerio del Interior.
Bestene, J., 1994. Realidades y estereotipos. Los `turcos´ en el teatro argentino. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), nº 26.
Bialet Massé, J., 1985 [1904]. *Informe sobre el estado de la clase obrera*. Madrid: Hispamérica.
Bialet-Massé, J., 1968. *El estado de las clases obreras argentinas a comienzos de siglo*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
Bianchi, S. 2007. La época de la transición: de la sociedad feudal a la sociedad burguesa (siglos XV - XVIII). En: Bianchi, S. *Historia social del mundo occidental. Del feudalismo a la sociedad contemporánea.* Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, pp. 71-103.
Biernat, C. 2007. ¿Buenos o útiles? La política migratoria del peronismo. Buenos Aires: Biblos.
Binford, L. 1991. A corporate Caribou hunt. Documenting the archaeology of past lifeways. *Arctic Journal of Archaeology*, vol. 33, n° 1, pp. 33-43.
Binstock, G. & Näslund-Hadley, E., 2010. Iniciación sexual, asistencia escolar y embarazo adolescente en sectores populares de Asunción y Lima: una aproximación cualitativa. *Debates En Sociología* (Perú), n° 35, pp. 45-67.
Bird, J.1988. *Viajes y Arqueología en Chile Austral. Con segmentos del diario de Margaret Bird.* J. Hyslop editor. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
Birocco, C., 2009. Los indígenas de Buenos Aires a comienzos del siglo XVIII: los reales pueblos de indios y la declinación de la encomienda. *Revista de Indias*, n° 247, pp. 83-104.
Birocco, C., 2009. Los indígenas de Buenos Aires a comienzos del siglo XVIII: los reales pueblos de indios y la declinación de la encomienda. *Revista de Indias,* vol. 69, n° 247, pp. 83-104. Disponible en: http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/692/763.
Bjerg, M., 1989. Identidad étnica y solidaridad en un grupo migratorio minoritario: un análisis de la Sociedad Danesa de Socorros Mutuos, 1892-1930. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), nº 12.
Bjerg, M., 1992. Como faros en la tormenta... Los líderes étnicos de la comunidad danesa. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), nº 21.
Bjerg, M., 2001. *Entre Sophie y Tovelille. Una historia de los emigrantes daneses en Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
Blache, M., 1991-1992. Folklore y nacionalismo en la Argentina: su vinculación de origen y su desvinculación actual. *Runa*, vol. 20, pp. 69-89.
Blanco Rodríguez, J. A. & Bragado Toranzo, J. M., 2007. *Memoria de la emigración zamorana*. Salamanca: Junta de Castilla y León.
Blanco, R., Miotti, N. L. & Carden, N., 2013. Arte rupestre de la meseta de Somuncurá: las manifestaciones a escala microrregional. *Revista Mundo de Antes*, n° 8, pp. 83-103.
Boccara, G. 1999. Etnogénesis mapuche: resistencia y restructuración entre los indígenas del centro-sur de Chile (siglos XVI-XVIII). *Hispanic American Historical Review,* vol. 79, n° 3, pp. 425-461
Boccara, G. 2005. Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes a partir (y más allá) de la obra de Nathan Wachtell. *Memoria Americana Cuadernos de Etnohistoria,* n° 13, pp. 21-52.
Boccara, G., 1996. Notas acerca de los dispositivos de poder en la sociedad colonial-fronteriza, la resistencia y la transculturación de los reche-mapuche del centro-sur de Chile (XVI-XVIII). *Revista de Indias,* vol. 56, n° 208, pp. 659-695. Disponible en: http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/803.
Boccara, G., 2003. Fronteras, mestizaje y etnogénesis en las Américas. En: Mandrini, R. & Paz, C. (eds.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los Siglos XVIII-XIX. Un estudio comparativo.* Tandil: IEHS, CEHIR, UNS, pp. 63-93.
Boccara, G., 2005. Génesis y estructura de los complejos fronterizos euro-indígenas. Repensando los márgenes americanos a partir (y más allá) de la obra de Nathan Watchel. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria,* n° 13, pp. 21-52. Disponible en: http://antropologia.institutos.filo.uba.ar/sites/antropologia.institutos.filo.uba.ar/files/revistas/adjuntos/Memoria_Americana_13.pdf.
Boccara, G., 2007. *Los Vencedores. Historia del pueblo mapuche en la época colonial.* San Pedro de Atacama: Universidad de Chile- IIAM- Universidad Católica del Norte.
Bodnar, J., 1985. *Los trasplantados. Historia de la migración a Estados Unidos de América*. Buenos Aires: Bloomington.
Bois, J. P. 2001. *Le mythe de Mathusalem. Histoire des vrais et faux centenaires.* Paris : Fayard.
Bollini, H., 2009. *Misiones jesuíticas: visión artística y patrimonial*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.

Bolsi A. (dir), 1997. *La Población del Noroeste Argentino (Contribuciones para su inventario)*. San Miguel de Tucumán: Instituto de Estudios Geográficos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Tucumán.

Bonnin, M., Laguens, A., 2000. Esteros y algarrobales. Las sociedades de Las Sierras Centrales y la Llanura santiagueña. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista.* Tomo I. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 147-186.

Bonomo M. 2005. *Costeando las llanuras: arqueología del litoral marítimo pampeano*. Colección Tesis Doctorales de la SAA. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Bonomo, M. & León, C., 2010. Un contexto arqueológico en posición estratigráfica en los médanos litorales. El sitio Alfar (Pdo. Gral. Pueyrredón, pcia. Bs. As.). En: Berón, M., Luna, L., Bonomo, M., Montalvo, C., Aranda, C. & Carrera Aizpitarte, M. (eds.), *Mamül Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*. La Pampa: Editorial Libros del Espinillo, pp. 241-252.

Bonomo, M., 2005. *Costeando las llanuras. Arqueología del litoral marítimo pampeano.* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Bonomo, M., 2005. *Costeando las llanuras: Arqueología del litoral marítimo pampeano.* Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Bonomo, M., 2012. *Historia prehispánica de Entre Ríos*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara.

Bonomo, M., 2013. Re-análisis de la colección de Samuel Lothrop procedente del delta del Paraná. *Relaciones de la sociedad Argentina de Antropología,* vol. XXXVIII, n° 1, pp.169-198

Bonomo, M., Aceituno Bocanegra, F. J., Politis, G. G. & Pochettino. M. L., 2011b. Pre- hispanic horticulture inthe Paraná Delta (Argentina): Archaeological and historical evidence. *World Archaeology*, vol. 43, n° 4, pp. 557-579.

Bonomo, M., Cabanillas, E. & Montero, R., 2017. Archaeometallurgy in the Paraná Delta (Argentina): Composition, manufacture, and indigenous routes. *Journal of Anthropological Archaeology,* vol. 47, pp. 1-11.

Bonomo, M., Costa Angrizani, R., Apolinaire E. & Noelli, F., 2015. A Model for the Guaraní Expansion in the La Plata Basin and in the Littoral of Southern Brazil. *Quaternary International*, vol. 356, pp. 54-73.

Bonomo, M., Di Prado, V., Silva, C., Scabuzzo, C., Ramos van Raap, M. A., Castiñeira, C., Colobig, M. & Politis, G., 2019. Las poblaciones indígenas prehispánicas del río Paraná Inferior y Medio. *Revista del Museo de La Plata*, vol. 4, n° 2, pp. 575-610.

Bonomo, M., Politis, G. & Gianotti, C., 2011a. Montículos, Jerarquía social y horticultura en las sociedades indígenas del Delta del Río Paraná (Argentina). *Latin American Antiquity*, vol. 22, n° 3, pp. 97-333.

Bonomo, M., Politis, G. G., Bastourre, L. & Moreira, G., 2020. Humanized Nature: Symbolic Representation of Fauna in Pottery from the Paraná River of South America. En: Bonomo, M. & Archila, S. *South American Contributions to World Archaeology*, in press. Cham, Suiza: Springer-Nature.

Borrero, L. A. 2001. *El Poblamiento de la Patagonia. Toldos, milodones y volcanes*. Buenos Aires: Emecé.

Borrero, L. A., 2004. The Archaeozoology of the Andean 'Dead End' in Patagonia: Living Near the Continental Ice Cap. En: Mondini, M., Muñoz, S. & Wickler, S. (eds.) *Colonization, Migration and Marginal Areas. An Zooarchaeological Approach*. Oxford: Oxbow Books, pp. 55-61

Borrero, L., Zárate, M., Miotti, L. & Massone, M. 1998. The Pleistocene-Holocene transition and human occupations in the Southern Cone. *Quaternary International* vol. 49/50, n° 191-199, Pergamon.

Borucki, A., 2017. *De compañeros de barco a camaradas de armas. Identidades negras en el Río de la Plata, 1760-1860*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Boulgourdjian, N., 2012. Del Imperio otomano a la Argentina. Recepción de los armenios postgenocidio. ¿Inmigrantes o refugiados? *Jornadas de trabajo Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX,* La Plata, 26,27 y 28 de septiembre. [consultado el 30/11/2019]Recuperado de: http://jornadasexilios.fahce.unlp.edu.ar.

Bourdelais, P., 1997. *L'âge de la vieillesse. Histoire du vieillissement de la population.* Paris: Odile Jacob, Opus.

Braje, T., Dillehay, T., Erlandson, J., Klein, R. & Rick, T. 2017. Finding the First Americans. *Science,* vol. 358, n° 6363, pp. 8-10.

Braudel, F., 1949. *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*. España: Armand Colin Ediciones.

Briones, C., 1998. *La alteridad del "Cuarto Mundo". Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires: Ediciones del Sol.

Briones, C., 2005. Formaciones de alteridad: contextos globales, procesos nacionales y provinciales, En: Briones, C. (ed.), *Cartografías Argentinas: Políticas indigenistas y formaciones provinciales de alteridad*. Buenos Aires: Antropofagia. pp. 9-36.

Briones, C., Delrio, W., 2002. Patria sí, Colonias también. Estrategias diferenciales de radicación de indígenas en Pampa y Patagonia (1885-1900). En: Teruel, A., Lacarrieu, M. & Jerez, O. (comps.) *Fronteras, Ciudades y Estados*. Córdoba: Alción Editora.

Brochado, J. P. & Monticelli, G., 1994. Regras práticas na reconstrução gráfica das vasilhas de cerâmica guarani a partir dos fragmentos. *Estudos Ibero-americanos XX*, vol. 2, pp. 107-118.

Brochado, J. P., Monticelli, G. & Neumann, E., 1990. Analogia etnográfica na reconstrução gráfica das vasilhas guarani arqueológicas. *Véritas*, vol. 35, n° 140, pp. 727-743.
Bruch, C., 1911. Exploraciones Arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca. *Revista del Museo de la Plata* (La Plata), vol. 19.
Bunge, A., 1984 [1940]. *Una nueva Argentina*. Madrid: Hyspamérica.
Burkholder, M. & Chandler, D., 1984. *De la impotencia a la autoridad: la Corona española y las Audiencias en América, 1687-1808*. México: FCE.
Cabral, M. P., 2017. Sobre el ronquido del hacha y otras cosas extrañas: Reflexiones sobre la arqueología y otros modos de conocimiento. En: Pellini, J. R., Zarankin, A. & Salerno, M. (eds.), *Sentidos indisciplinados: Arqueología, Sensorialidad y Narrativas Alternativas*. Madrid: JAS Arqueología S.L.U., pp. 221-249.
Cabrera, A. L. & Willink, A., 1980. *Biogeografía de América Latina*. Washington, D. C.: Secretaría General de la Organización de los Estados Americanos. Programa Regional de Desarrollo Científico y Tecnológico.
Cabrera, A. L., 1953. Esquema fitogeográfico de la República Argentina. *Revista del Museo de la ciudad Eva Perón*, (NS) vol. 8, Sección Botánica, pp. 87-168.
Cacopardo, M., Moreno, J. L. 1997. Cuando los hombres estaban ausentes: la familia del interior de la Argentina decimonónica. En: Otero, H. & Velázquez, G. (comps.), *Poblaciones Argentinas. Estudios de demografía diferencial*. Tandil: PROPIEP, IEHS-CIG. pp. 13-28.
Caltabiano, M., 2008. El envejecimiento demográfico en Italia, siglos XIX-XX: evolución, geografía e implicaciones. *Revista de Demografía Histórica*, vol. XXVII, n° II, pp. 55-86.
Calvo, L. M. & Cocco, G., 2018. Santa Fe La Vieja: testimonios materiales, 1573-1660. *Revista Canto Rodado,* n° 13, pp. 85-88.
Calvo, L. M., 2004. *La construcción de una ciudad hispanoamericana. Santa Fe la Vieja entre 1573-1660*. Santa Fe: Ediciones Universidad Nacional del Litoral.
Cámara de Senadores, 1900. *Sesiones de 1876*. Buenos Aires: Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, reimpresión, pp. 563-581.
Campetella, A., 2006- 2007. Asegurar la "defensa y custodia" de las campañas: Vaquerías y diplomacia interétnica en las sierras pampeanas durante la primera mitad del siglo XVIII. *Trabajos y Comunicaciones,* n° 32-33, pp. 83-109. Disponible en: hhtp://www.trabajosycomunicaciones.fahce.unlp.edu.ar.
Canales, A., 2003. Demografía de la desigualdad. El discurso de la población en la era de la globalización. En: Canales, A. & Lerner, S. (comps.). *Desafíos teórico-metodológicos en los estudios de población en el inicio del milenio.* México: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Económico Administrativas, Departamento de Estudios Regionales, pp. 42-85.
Canuhé, G., 2005. Comentario. Declaración de Río Cuarto. Primer Foro Pueblos Originarios - Arqueólogos. Río Cuarto, Argentina, mayo 2005. *Revista de Arqueología Suramericana*, vol. 1, nº 2, pp. 288-289.
Cañuqueo, L., Kropff, L., Perez, P., 2015. A la sombra del estado: Comunalización indígena en parajes de la pre cordillera de Río Negro, Argentina. *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 8, n°2, pp. 159-170.
Carden, N.2009. *Imágenes a través del tiempo. Arte rupestre y construcción social del paisaje en la Meseta Central de Santa Cruz*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
Cardich, A. 1987. Arqueología de Los Toldos y El Ceibo (provincia de Santa Cruz, Argentina). En: Núñez, L., Meggers, B. (eds), Investigaciones paleoindias al sur de la línea ecuatorial. *Estudios Atacameños* (Chile) n° 8, 98-117.
Cardich, A., Cardich, L. & Hajduk, A. 1973. Secuencia arqueológica y cronología radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° VII, pp. 85-123.
Cardich, A.1977. *Las culturas pleistocénicas y post-pleistocénicas de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina)*. Tomo Centenario del Museo de La Plata, sección Antropología.
Carlón, F. 2014. Repensando los malones del siglo XVIII en la frontera de Buenos Aires. En: Barriera, D. & Fradkin, R. (comps.) *Gobierno, justicia y milicias. La frontera entre Buenos Aires y Santa Fe (1720-1830).* La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
Carlón, F., 2010. Liderazgos y organizaciones sociopolíticas indígenas en Pampa y Patagonia Norte durante el siglo XVIII. *Revista Colombiana de Antropología*, vol. 46, n° 2,
Carlón, F., 2014. Una vuelta de tuerca más: Repensando los malones en la frontera de Buenos Aires durante el siglo XVIII. *TEFROS*, vol. 12, n° 1, pp. 26-49. Recuperado de: www.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/index.
Carnese, R., 2019. *El mestizaje en la Argentina: indígenas, europeos y africanos: una mirada desde la antropología biológica.* Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Carrara, M. T. & De Grandis, N., 1992. El proceso de articulación social en Santa Fe la Vieja visto a través del registro arqueológico. *Reflexiones sobre el V centenario,* Rosario: Universidad Nacional de Rosario, pp. 143-153.
Carrara, M. T., 1995. La arqueología de las relaciones sociales en Santa Fe la Vieja. *Arqueología histórica en América Latina,* n° 14, pp. 39-56.

Casamiquela, R. 1960. *Sobre el significado mágico del arte rupestre de nordpatagónico*. Cuadernos del Sur. Bahía Blanca.
Castiñeira, C., Blasi, A., Bonomo, M., Politis, G. & Apolinaire, E., 2014. Modificación antrópica del paisaje durante el Holoceno tardío: las construcciones monticulares en el Delta Superior del río Paraná, Argentina. *Revista de la Asociación Geológica Argentina*, vol. 71, n° 1, pp. 33-47.
Castiñeira, C., Blasi, A., Politis, G., Bonomo, M., del Puerto, L., Huarte, R., Carbonari, J. Mari, F. & García-Rodríguez, F., 2013. The Origin and Construction of Pre-Hispanic Mounds in the Upper Delta of the Paraná River (Argentina). *Archaeological and Anthropological Sciences*, vol. 5, n° 1, pp. 37-57.
Castro Martín, T., 2018. Cigüeñas en standby. Tópicos y medias verdades sobre la baja fecundidad en España. En: Domingo, A. (ed.). *Demografía y posverdad. Estereotipos, distorsiones y falsedades sobre la evolución de la población*. Barcelona: Icaria, pp.59-84.
Castro, J. C. & Castiñeira L., 2017. Estudio de la secuencia sedimentaria de la localidad arqueológica Cerros de Boari (Gualeguaychu, Entre Rios). *Comechingonia, Revista de Arqueología*, vol. 21, n° 2, pp.75-97.
Castro, J. C. & Costa Angrizani, R., 2014. El sitio arqueológico Ensenada del Bellaco (Gualeguaychú, Entre Ríos) como indicador de la presencia guaraní en el río Uruguay inferior. *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 7, n° 2, pp. 235-242.
Castro, J. C. & Terranova, E., 2015. Indicadores paleoindios en la provincia de Entre Ríos (Argentina). *Comechingonia. Revista de Arqueología*, vol. 19, n° 1, pp. 183-190.
Castro, J. C., 2017. *Investigaciones arqueológicas en la cuenca media e inferior del río Uruguay (provincia de Entre Ríos)*. Tesis Doctoral inédita. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
Castro, J. C., 2019. Río Uruguay. Una síntesis arqueológica. *Revista del Museo de La Plata*, vol. 4, n° 2, pp.541-584.
Castro, J. C., Bonomo, M., González Venanzi, L., Cornero, S., 2020. Perros indígenas en el noreste argentino. *Latin American Antiquity*, vol. 31, n° 4, pp. 853-870.
Catella, L., Moirano, J., & Oliva, F., 2010. Disponibilidad de materias primas líticas y su importancia para el análisis del uso del espacio y la organización de la tecnología en sociedades cazadoras recolectoras. En: Berón, M., Luna, L., Bonomo, M., Montalvo, C., Aranda, C. & Carrera Aizpitarte, M. (eds.), *Mamul Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*. Ayacucho: Editorial Libro del Espinillo, pp. 215-230.
CELADE, 2007. Proyección de Población, América Latina y el Caribe. *Observatorio Demográfico*, n° 3.
CEPAL-CELADE, 2011. Envejecimiento poblacional. *Observatorio Demográfico* (Santiago de Chile), nº 11. Disponible en: http://www.cepal.org/publicaciones/xml/2/46772/OD12_ WEB.pdf.
Ceruti, C., 2000. Ríos y praderas. Los pueblos del Litoral. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*. Tomo I. Buenos Aires: Sudamericana, pp.105-146.
Ceruti, C., 2003. Entidades culturales presentes en la cuenca del Paraná Medio (margen entrerriana). *Mundo de Antes*, vol. 3, pp. 111-135.
Ceruti, C., 2005. Evidencias del contacto hispano-indígena en Santa Fe la Vieja. *Revista América* 17, pp. 13-38. Santa Fe: Editada por el Centro de Estudios Hispanoamericanos.
Ceruti, C., 2018. Indicios de complejidad social en la Entidad Goya-Malabrigo: los enterratorios humanos del sitio La Pal-mera II (Hernandarias, Departamento de Paraná, Provincia de Entre Ríos, República Argentina). En: Politis, G. G. & Bonomo M. *Goya Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del Noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN. pp. 149-176.
Ceva, M., 2006. La migración limítrofe hacia la Argentina en la larga duración. En: Grimson, A. & Jelín, E. (comp.) *Migraciones regionales hacia la Argentina. Diferencia, desigualdad y derechos*. Buenos Aires: Prometeo.
Ceva, M., 2010. *Empresas, trabajo e inmigración en la Argentina. Los casos de la Fábrica Argentina de Alpargatas y de la Algodonera Flandria*. Buenos Aires: Biblos.
Chesnais, J-C., 1990. Transition Patterns and Their Impact on the Age Structure. *Population and Development Review*, vol. 16, n° 2, pp. 327-336.
Chiaramonte, J. C., 1988. Notas sobre la presencia italiana en el litoral argentino en la primera mitad del siglo XIX. En: Devoto, F. J. & Rosoli, G. (comps.) *L'Italia nella società argentina, Contributi sull'emigrazione italiana in Argentina*. Roma: Centro Studi Emigrazione.
Cianciardo, J., 2009. Universalidad, multiculturalismo y derechos de los pueblos originarios. Una aproximación desde el caso argentino. *Dikaion*, vol. 18, pp. 205-246.
Cicogna, M. P., 2019. Breve historia de los refugiados en Argentina durante el siglo XX. *Historia Actual On line* (en línea), n° 18, pp. 51-63. [consultado el 30/11/2019]
Cione, A., Tonni, E., Soibelzon, L. 2009. Did humans cause the late pleistocene-early Holocene mammalian extinctions in South America in a context of shrinking open areas? En: Haynes, G. (ed.), *American Megafaunal Extinctions at the End of the Pleistocene*. Netherlands: Springer, pp. 125-144.
Cione, A. L., Rizzo, A. & Tonni, E. P., 1977. Relación cultura indígena-medio ambiente en un sitio de Rincón de Landa, Gualeguaychú, Entre Ríos, República Argentina. Nota preliminar. En: *V Encuentro de Arqueología del Litoral,* Fray Bentos, pp. 121-l41.
Claraz, J., 1988[1864]. *Diario de viaje de exploración al Chubut, 1865-1866. Estudio preliminar y mapa*. Buenos Aires: Ediciones Marymar.
Clifford, J., 1999. *Itinerarios Culturales*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Cocco, G., 2017. Del siglo XVII al siglo XX. Excavaciones arqueológicas en la obra de ampliación del edificio de tribunales, Santa Fe de la Vera Cruz. *Revista América* (Santa Fe), n° 26, pp. 35-49.
Cocco, G., 2018. Rupturas, continuidades y transformaciones de Goya-Malabrigo a partir de la fundación de Santa Fe La Vieja (1573-1660). En: Politis, G., Bonomo, M., (eds) *Goya-Malabrigo. Arqueología de una sociedad indígena del noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 347-368,
Cocco, G., Letieri, F., Frittegotto, G., Pasquali, C., Azkarate, A., Sánchez-Pinto, I., Escribano-Ruiz, S. & Benedet, V. 2016. Sancti Spiritus, 1527-1529. Aportes al estudio de los primeros asentamientos europeos en Sudamérica. En: Calvo, L. M. & Cocco, G. (comp) *Primeros asentamientos españoles y portugueses en la América central y meridional: siglos XVI y XVII*. Colección Ciencia y Tecnología. Santa Fe: Ediciones UNL, pp. 201-220.
Codignotto, J. O. & Kokot, R. R., 2005. Geomorfología del sector Litoral de la provincia de Buenos Aires. *XVI Congreso Geológico Argentino*, La Plata, pp. 643-650.
Colazo, S., 2009. La ciudad colonial de Concepción del Bermejo y los últimos hallazgos. En: Chiavazza, H. & Ceruti, C. N. (eds.) *Arqueología de ciudades americanas del Siglo XVI*. Mendoza: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, pp. 124-139.
Coll, M., Lacaz, E. & Bruzzoni, M. F., 2010. Análisis del material lítico de cuatro sitios de la provincia de Santa Fé. En: Berón, M., Luna, L., Bonomo, M., Montalvo, C., Aranda, C. & Carrera Aizpitarte, M. (eds.) *Mamul Mapu: pasado y presente desde la arqueología pampeana*. Ayacucho: Editorial Libro del Espinillo, pp. 215-230.
Colobig, M. M. & Ottalagano, F. V., 2016. Estudio arqueobotánico de los residuos orgánicos adheridos en alfarerías prehispánicas de la cuenca del Paraná medio. *Arqueología*, vol. 22, n° 1, pp. 193-210.
Colobig, M. M., Brea, M., Zucol, A. Mazzanti, D. & Soria, L., 2016. Primeras evidencias de macrorrestos de *Prunus persica* hacia fines del siglo XIX y principios del XX en el sitio arqueológico Cueva El Abra, Provincia de Buenos Aires, Argentina, *Mundo de Antes,* n° 10, pp.101-115.
Colobig, M. M., Sánchez, J. O., & Zucol, A., 2015. Análisis de macrorrestos vegetales en el sitio arqueológico Los Tres Cerros 1 (isla Las Moras, Victoria, Entre Ríos). *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 8, n° 1, pp. 115-124.
Colobig, M. M., Zucol, A., Brea, M., Franco, M. J., Passeggi, E., Cocco, G., & Sánchez-Pinto, I., 2017. Restos arqueobotánicos del sitio arqueológico Fuerte Sancti Spiritus, Santa Fe, Argentina. *Comechingonia. Revista de Arqueología*, vol. 21, n° 2, pp. 275-304.
Colombo, M. & Flegenheimer, N., 2013. La elección de rocas de colores por los pobladores tempranos de las sierras de Lobería (Buenos Aires, Argentina). Nuevas consideraciones desde las canteras. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombina,* vol. 18, n° 1, pp. 125-137.
Colombo, M., 2013. *Los cazadores recolectores pampeanos y sus rocas. La obtención de materias primas líticas vista desde las canteras arqueológicas del centro de Tandilia*. (Tesis Doctoral inédita). Universidad Nacional de La Plata, Argentina.
Congdon, P., 2011. The Spatial Pattern of Suicide in the US in Relation to Deprivation, Fragmentation and Rurality. *Urban Studies*, vol. 48, n° 10, pp. 2101-2122.
Congreso Nacional, 1876. *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*. Año 1875, Buenos Aires: Imprenta Coni, tomo II, pp. 1190-1197.
Copé M. S., 2007. El uso de la arquitectura como artefacto en el estudio de paisajes arqueológicos del altiplano sur brasileño, Rio Grande do Sul. Cazadores - Recolectores del Cono Sur. *Revista de Arqueología*, vol. 2, pp. 15-34.
Copé M. S., 2015. A gênese das paisagens culturais do planalto sul brasileiro. *Estudos avançados*, vol. 29, n° 83, pp. 149-171.
Cordero, 2011 Arqueofauna de las ocupaciones tempranas de cueva Traful I, provincia del Neuquen, Argentina. *Arqueología,* n° 17, 161e194.
Cordero, G. 2016. Dos miradas a los malones. Vías alternativas para la comprensión de las incursiones indígenas. En: de Jong, Ingrid (comp.) *Diplomacia, malones y cautivos en la Frontera Sur, Siglo XIX. Miradas desde la antropología histórica*. Buenos Aires: Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología.
Cordero, G. 2019. *Malón y política. Loncos y weichafes en la Frontera Sur (1860-1875)*. Rosario: Prohistoria ediciones.
Cordero, G., 2016. Dos miradas a los malones. Vías alternativas para la comprensión de las incursiones indígenas (1865-1870). En: de Jong, I., (comp.). *Diplomacia, malones y cautivos en la Frontera Sur, Siglo XIX. Miradas desde la Antropología Histórica*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, pp. 217-261.
Cornero S. & Calvo, L. M., 2012. *1573 Annus Domini Santa Fe la Vieja. Preservación patrimonial para un espacio de comunicación cultural*. Colección Estudios y proyectos provinciales. Santa Fe. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones.
Cornero, S. & Ragnone, L., 2015. Análisis arqueobotánicos en sitios de la entidad arqueológica Goya-Malabrigo ubicados en el centro-norte de Santa Fe. *Anuario de Arqueología*, vol. 7, pp. 85-94.
Cornero, S., 2016. Sitio La Lechuza: aportes para la investigación en la arqueología (norte de Santa Fe). *XIX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, Tucumán, pp. 480-484.
Cornero, S., 2019. Los Cóndores Andinos del Paraná: Análisis de Cerámicas Catártidas en la Costa del Paraná. *Revista cientifica del laboratorio de arqueologia y etnohisotira de la Facultad de Ciencias Humanas*, vol. 7, pp. 138-159.

Cornero, S., Solomita, F. & Curetti, P., 2007. Componente arqueofaunístico del sitio La Lechuza (provincia de Santa Fe). En: Oliva, F. de Grandis, N. & Rodríguez, J. *Arqueología Argentina en los inicios de un nuevo siglo*. Rosario: Escuela de Antropología. pp. 167-171

Corteletti, R., 2012. *Projeto arqueológico Alto Canoas-Paraca: um estudo da presença Jê no planalto Catarinense*. Tese de Doutorado inedita. São Paulo: Universidade de São Paulo.

Corteletti, R., Dickau, R., De Blasis, P. & Iriarte, J., 2015. Revisiting the Economy and Mobility of Southern Proto-Jê (Taquara-Itararé) Groups in the Southern Brazilian Highlands: Starch Grain and Phytoliths Analyses from the Bonin Site, Urubici, Brazil. *Journal of Archaeological Science*, vol. 58, pp. 46-61.

Costa Angrizani, R. C., Colobig, M. M., & Bonomo, M., 2021. Taxonomia funcional e análise de microvestígios botânicos em vasilhas arqueológicas guarani na Argentina. *Habitus*, vol. 18, n° 2, pp. 420-448.

Costa Angrizani, R., 2012. *Variabilidad, Movilidad y Paisaje: una propuesta interpretativa para los vestigios de los asentamientos precoloniales en el noroeste del Rio Grande do Sul (Brasil)*. Tesis Doctoral inédita. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Craviotti, C. & Gras, C., 2006. De desafiliaciones y desligamientos: trayectorias de productores familiares expulsados de la agricultura pampeana. *Desarrollo Económico*, vol. 46, n° 181, pp. 117-134.

Craviotti, C., 2007. Tensiones entre una ruralidad productiva y otra residencial: el caso del partido de Exaltación de la Cruz, Buenos Aires, Argentina. *Economía, Sociedad y Territorio*, vol. VI, n° 23, pp. 745-772.

Crespo, C. (comp.), 2013. *Tramas de la diversidad. Patrimonio y Pueblos Originarios*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

Criado Boado, F. 1991. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana,* n° 24, pp. 5-29.

Criado Boado, F. 1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. Trabajos de *Prehistoria,* n° 50, pp. 39-56.

Crivelli Montero, E. 1991. Malón, ¿Saqueo o estrategia? *Revista Todo es Historia*, enero de 1991.

Crivelli Montero, E., 1991. Malones en el siglo XVIII: ¿saqueo o estrategia? El objetivo de las invasiones de 1780 y 1783 a la frontera de Buenos Aires. *Todo es Historia,* n° 283, pp. 351-391.

Crivelli Montero, E., 2000. La sociedad indígena. En: Academia Nacional de la Historia. *Nueva Historia de la Nación Argentina. La configuración de la República Independiente (1810-c.1914).* Tomo IV. Tercera Parte. Buenos Aires: Editorial Planeta, pp.161-188.

Crivelli Montero, E., 2013. Pactando con el enemigo: la doble frontera de Buenos Aires con las tribus hostiles en el período colonial. *TEFROS*, vol. 11, n° 1, pp, 1-58. Recuperado de: www.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/index.

Curbelo, C. & Núñez Camelino, M., 2005. *Proyecto de Rehabilitación Integral para el Poblado de Yapeyú y la Región de Asentamientos de las Misiones Jesuíticas en la Provincia de Corrientes*. Prospección Arqueológica - Informe Primera Etapa. Inédito.

Curtoni, P. R. 2011. Mapu-Kó: el paisaje hecho agua. En: Hermo, D. & Miotti, L. (eds.) *Biografías de paisajes y seres: visiones desde la arqueología sudamericana*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, Editorial Brujas, pp. 99-110.

Curtoni, R., 2006. Expresiones simbólicas, cosmovisión y territorialidad en los cazadores recolectores pampeanos. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° 31, pp. 133-160.

Curtoni, R. P., 2000. La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental. (Argentina), *Tapa,* n° 19, pp. 115-125.

D´ Orbigny, A., [1945]1999. Viaje por América meridional II, Buenos Aires: Emecé.

Da Orden, M. L., 2005. *Inmigración española, familia y movilidad social en la Argentina moderna. Una mirada desde Mar del Plata (1890-1930)*. Buenos Aires: Biblos.

Dandler, J. & Medeiros, C., 1991. Migración temporaria de Cochabamba, Bolivia, a la Argentina: Patrones e impacto en las áreas de envío. En: Pessar, P. (comp.). *Fronteras permeables*. Buenos Aires: Planeta.

Dátola, C., 2016. Procesos de especialización económica en la porción central de Tandilia durante la segunda mitad del siglo XVIII: el caso de las parcialidades pampas-serranas, *Revista Páginas* (Rosario), n° 17, pp. 119-140. Recuperado de: http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/228/273.

David, B., Lamb, L. & Kaiwari, J. 2014. Landscapes of Mobility: The Flow of Place. En: Cummings, V., Jordan, P. & Zvelebil, M. (eds.) *The Oxford Handbook of the Archaeology and Anthropology of Hunter Gathereers*, United Kingdom: Oxford University Press, pp. 1-40.

De Jong, I. & Cordero G. 2017. El malón en contrapunto. Dinámicas de la diplomacia, el comercio y la guerra en la Frontera Sur (siglos XVIII y XIX). En: Di Meglio G. & Serulnikov, S. (comps.) *La larga historia delos saqueos en la Argentina. De la Independencia a nuestros días*. Buenos Aires: Siglo XXI.

De Aparicio, F. 1933-35. Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz. *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras*. Serie A III. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, pp. 71-92.

De Jong, I. & Ratto, S. 2008. Redes políticas en el área arauco-pampeana: la Confederación indígena de Calfucurá (1830-1870). *Intersecciones en antropología* (Olavarría), n° 9, pp. 241-260.

De Jong, I. 2011. Las alianzas políticas indígenas en el período de la organización nacional. En: Quijada, M. *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas políticos en la frontera, siglos XVIII-XIX*. Berlin: Gebr Mann Verlag.

De Jong, I. 2015. Entre el malón, el comercio y la diplomacia: dinámicas de a política indígena en las fronteras pampeanas (siglos XVIII y XIX). Un balance historiográfico. *Revista Tiempo Histórico,* año 6, n°11, pp. 17-40. Disponible en: http://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/54915.

De Jong, I. 2016a. El difícil arte de la paz: la diplomacia salinera entre las décadas de 1840-1860. En: de Jong, I. (comp.) *Diplomacia, malones y cautivos en la Frontera Sur, Siglo XIX. Miradas desde la antropología histórica*. Buenos Aires: Publicaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, pp. 95-158.

de Jong, I., 2016b. Prácticas de la diplomacia fronteriza en las Pampas, siglo XIX. *Habitus,* vol. 14, n° 2, pp. 175-197. Disponible en: http://seer.pucgoias.edu.br/index.php/habitus/article/view/5367/2939.

de Jong, I., 2018. Apéndice. Territorialidad y territorios indígenas en la Etnohistoria de Pampa y Patagonia, siglo XIX. En: Medina Bustos, J. M. (coord.). *El orden social y político en zonas de frontera del septentrión novohispano y mexicano. Siglos XVI-XIX*. México: El Colegio de Sonora, El Colegio de San Luis, pp. 307-342.

de Jong, I. L., 2015. Entre el malón, el comercio y la diplomacia: dinámicas de la política indígena en las fronteras pampeanas (siglos XVIII y XIX). Un balance historiográfico. *Revista Tiempo Histórico* (Santiago de Chile), vol. 6, n° 11, pp. 17-40. Recuperado de: http://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/54915.

De Masi, M. A. N., 2006. Arqueologia das terras altas do Sul do Brasil: o baixo vale do rio Canoas, SC". En: De Mais, M. A. N. *Xokleng 2860 a.C.: as terras altas do sul do Brasil*. Tubarão, Santa Catarina: UNISUL, pp. 47-76.

De Masi, M. A. N., 2009. Centros cerimoniais do Planalto Meridional: uma análise intrasítio. *Revista de Arqueologia*, vol. 22, n° 1, pp. 99-113.

De Nigris, M. 2004. El Consumo en Grupos CazadoreseRecolectores: Un Ejemplo Zooarqueológico de Patagonia Meridional. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

De Souza, J. G. & Riris, P., 2021. Delayed demographic transition following the adoption of cultivated plants in the eastern La Plata Basin and Atlantic coast, South America. *Journal of Archaeological Science*, vol. 125, pp. 3-11.

De Souza, J. G., 2012. *Paisagem ritual no planalto meridional brasileiro: complexos de aterros anelares e montículos funerários em Pinhal da Serra, RS*. Dissertação de Mestrado inedita. São Paulo: Universidade de São Paulo.

Delrío, W. M., 2005. *Memorias de expropiación. Sometimiento e incorporación indígena en la Patagonia. 1872-1943.* Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Delrio, W., 2010. *Memorias de expropiación: sometimiento e incorporaci*ón indígena en la Patagonia: 1872-1943. Bernal: Universidad nacional de Quilmes.

Delrío, W., Escolar, D., Lenton, D. & Malvestitti, M. 2018. *En el país de Nomeacuerdo. Archivos y memorias del genocidio del Estado argentino sobre los pueblos originarios, 1870-1950*. Río Negro: Editorial UNRN.

Delrio, W., Lenton, D., Musante, M., Nagy, M., Papazian, A., Pérez, P. 2010. Discussing the Indigenous Genocide in Argentina: Past, Present and Consequences of Argentinean State Policies toward Native Peoples. *Genocide Studies and Prevention*, vol. 5, n° 2.

Demicheli Calcagno, S., Canet, V., Virosta, L. 2015. *Argentina indígena, participación y diversidad, construyendo igualdad: Compilación legislativa*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ministerio de Justicia y Derechos Humanos de la Nación. Secretaría de Derechos Humanos.

Devoto, F. 2002. *Historia de la inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Devoto, F., 2000. Inmigrantes, refugiados y criminales en la "vía italiana" hacia la Argentina en la segunda posguerrra. *Ciclos,* año X, vol. X, nº 19, pp. 151-176.

Devoto, F., 2008. *Historia de los italianos en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.

Di Meglio, G., 2006. ¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el Rosismo. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Di Prado, V., 2015. *Estudio comparativo de las prácticas de elaboración y uso de la alfarería prehispánica del centro-este de Argentina desde una perspectiva macrorregional*. Tesis Doctoral inédita. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Di Prado, V., 2018. Prácticas alfareras prehispánicas y procesos de interacción social en el centro-este de Argentina durante el Holoceno tardío. *Latin American Antiquity*, vol. 29, n° 3, pp. 552-571.

Díaz Andreu, M., 1999. Nacionalismo y Arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo. *Revista do Museu de Arqueología e Etnología, Anais da I reuniao Internacional de Teoria Arqueologica na America do sul,* vol. 3, pp. 161-180.

Dillehay, T. 1997. *Monte Verde: A Late Pleistocene Settlement in Chile. The Archaeological Context and Interpretation*, vol. 2. Washington, D.C.: Smithsonian Press.

Dirección Nacional de Migraciones. *Ingresos y egresos de población* (inédito).

Dirven, M., Echeverri Perico, R., Sabalain, C., Rodríguez, A., Candia Baeza, D., Peña, C. & Faiguenbaum, S., 2011. *Hacia una nueva definición de "rural" con fines estadísticos en América Latina*. Santiago de Chile: CEPAL.

Dlugosz, J. C., Manasse, B., Castellanos, M. & Ibáñez, S. S., 2009. Sociedades aldeanas tempranas en el Valle de Tafí: algunas aproximaciones desde la alfarería. *Andes* (Salta), vol. 20, pp. 161-196.
Domínguez, D. & Sabatino, P., 2006. Con la soja al cuello: crónica de un país hambriento productor de divisas. En: Alimonda, H. (org.). *Los Tormentos de la Materia. Contribuciones para una Ecología Política latinoamericana*. Buenos Aires: CLACSO.
Dubert, I. 2007. Vejez y envejecimiento poblacional en España, siglos XVIII-XX. Fases, distribución espacial e importancia sociofamiliar. En: Dubert, I., Hernández Borge, J., Andrade Cernada, J. M. (eds.) *Vejez y envejecimiento en Europa Occidental*. Santiago de Compostela: Universidad de Santiago de Compostela, pp. 89-120.
Durán, V. 1987. Estudio tecno-tipológico de los raspadores del sitio El Verano, Cueva 1. Patagonia Centro Meridional, Santa Cruz, Argentina. *Anales de Arqueología y Etnología,* (Mendoza) n° 41-42, pp. 129-163.
Durkheim, E., 2004. *El suicidio*. Buenos Aires: Editorial Losada.
Dussel, E., 1983. *Praxis latinoamericana y filosofía de la liberación*. Buenos Aires: CLACSO.
Easdale, M. H., Aguiar, M. R. & Paz, R. G., 2018. El proceso de urbanización en un territorio pastoril trashumante del Noroeste de Patagonia, Argentina (1920-2010). *Cuadernos geográficos* (Granada), vol. 57, n° 2, pp. 283-303.
Edgeworth, M., 2006. Multiple Origins, Development, and Potential of Ethnographies of Archaeology. En: Edgeworth, M. *Ethnographies of archaeological practice: cultural encounters, material transformations*. Oxford: AltaMira Press, pp. 1-19.
Elliot, J. E., 2004. Rey y patria en el mundo hispánico. En: Mínguez, V. & Chust, M. (eds.) *El imperio sublevado. Monarquía y Naciones en España e Hispanoamérica*, Madrid: Editorial CSIC, pp. 17-36
Engelman, J., Weiss, M. L., Valverde, S. 2016. El territorio en la ciudad, trayectorias, nuevas configuraciones y políticas públicas en relación a los pueblos indígenas en Argentina. *Revista RURIS*, vol 10, n° 2.
Erlandson, J. M. 2001. The archaeology of the aquatic adaptations: Paradigms for a new millennium. *Journal of Archaeological Research,* vol. 9, n° 4, pp. 287-350.
Escola, P., 2007. Obsidianas en contexto: trafico de bienes, lazos sociales y algo más. En: Williams, V., Ventura, B., Callegari, A. & Yacobaccio, H. (eds.) *Sociedades Precolombinas surandinas. Temporalidad, interacción y dinámica cultural del NOA en el ámbito de los Andes Centro-Sur*, Buenos Aires: Taller Internacional de Arqueología del NOA y Andes Centro-Sur, pp. 73-87.
Escola, P., Hocsman, S., & Babot, M. P., 2016. Moving obsidian: The case of Antofagasta de la Sierra Basin (Southern Argentinean Puna) during the Late Middle and Late Holocene. *Quaternary International,* n° 422, pp. 109-122.
Escolar, D., Salomón Tarquini, C. & Vezub, J. 2015. La "Campaña del Desierto" (1870-1890). Notas para una crítica historiográfica. En: Lorenz, F. (comp.) *Guerras de la historia argentina,* Buenos Aires: Ariel.
Escosteguy, P. & Salerno, V. M., 2010. La caza de coipo. Su importancia económica y social desde momentos prehispánicos hasta la actualidad. *Anales de Arqueología y Etnología*, vol. 63-64, pp. 277-303.
Farberman, J. & Boixadós, R., 2009-2010. Una cartografía del cambio en los pueblos de indios coloniales del Tucumán. Autoridades étnicas, territorialidad y agregaduría en los siglos XVII al XIX. *Revista Histórica,* tomo 44, pp. 113-146.
Farberman, J., 2005. *Las salamancas de Lorenza*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Farías, R., 2008. Distribución espacial, inserción socioprofesional y conducta matrimonial en un estudio de caso: los gallegos en el partido de Avellaneda, 1890-1930. En: De Cristóforis, N. & Fernández, A. (comps.). *Las migraciones españolas a la Argentina. Variaciones regionales (siglos XIX y XX)*. Buenos Aires: Biblos.
Favier Dubois, C., Massigoge, A. & Messineo, P., 2017. El Holoceno Medio en valles fluviales del sudeste pampeano: ¿Escasez de sitios o de unidades portadoras? Una perspectiva geoarqueológica. *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 10, nº 2, pp. 19-34.
Féller, É., 2017. *Du vieillard au retraité. La construction de la vieillesse dans la France du XXe siècle*. Paris: L'Harmattan.
Fernández, A. & Acebal, G. 2016. El Hospital Español de Buenos Aires y las políticas de protección al emigrante en la segunda mitad del siglo XIX. En: González Martínez, E. (dir.) *Políticas y prácticas de protección a los emigrantes.* Madrid: Polifemo, pp. 11-40.
Fernández, J., 1998. *Historia de los indios ranqueles. Orígenes, elevación y caída del cacicazgo ranquelino en la pampa central (siglos XVIII y XIX)*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano.
Ferreres, A., 2005. *Dos siglos de economía argentina (1810-2004)*, Buenos Aires: El Ateneo.
Flegenheimer, N. & Bayón, C., 1999. Abastecimiento de rocas en sitios pampeanos tempranos: recolectando colores. En: Aschero, C., Korstanje, A. & Vuoto, P. (eds.), *Los Tres Reinos. Practicas de recolección en el Cono Sur de América*. Tucumán: Ediciones Magna Publicaciones, pp. 95-107.
Flegenheimer, N., Bayón, C. & Pupio, A., 2007. *Llegar a un nuevo mundo: La arqueología de los primeros pobladores del actual territorio argentino*. Buenos Aires: Antropofagia.
Flegenheimer, N., Bayón, C., Valente, M., Baeza, J. & Femenías, J., 2003. Long distance tool stone transport in Argentine Pampas. *Quaternary International*, vol. 109-110, pp. 49-64.

Flegenheimer, N., Kain, S., Zarate, M., & Barna, A. 1996. Aprovisionamiento de cuarcitas en Tandilia, las canteras del Arroyo Diamante. *Revista Arqueología,* n° VI, pp. 117-137.
Flegenheimer, N., Mazzia, N. & Weitzel, C., 2015. Landscape and rocks in the central- east portion of the Tandilia range (Buenos Aires province, Argentina), *Paleoamerica,* vol. 1, nº 2, pp. 163-180.
Flegenheimer, N., Miotti, L. & Mazzía, N. 2013. Rethinking early objects and landscapes in the Southern Cone. En: Graf, K., Ketron, C., Waters, M. (eds.). *Palaeoamerican Odyssey* (Santa Fe), pp. 359-376
Flichman, G., 1977. Importancia de la renta del suelo en el desarrollo económico argentino. En: G. Flichman (ed.). *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino.* Buenos Aires: Siglo XXI, pp. 74-78.
Fontal Merillas, O. 2003. *La educación patrimonial. Teoría y práctica para el aula, el museo e Internet*. Asturias: Ediciones TREA S. L.
Fradkin, R. & Garavaglia, J. C., 2009. *La Argentina colonial.* Buenos Aires: Siglo XXI.
Fradkin, R., 2012. Introducción. En: Fradkin, R. (ed.) *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, de la conquista hasta 1820.* Tomo II, Buenos Aires: Edhasa, pp. 9-21.
Fradkin, R., 2012. Introducción. En: Fradkin, R., (ed.). *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Buenos Aires, de la conquista hasta 1820.* Tomo II. Buenos Aires: UNIPE Editorial Universitaria, Edhasa, pp. 9-21.
Franco, N. & Borrero, L. 2003. Chorrillo Malo 2: Initial peopling of the upper Santa Cruz basin, Argentina. En: Miotti, L., Salemme, M. & Flegenheimer, N. (eds.) *Ancient Evidence for Paleo South Americans: From Where the South Winds Blow*. Texas: A&M University Press, pp. 149-152.
Franco, N. V., Martucci, M., Ambrústolo, P., Brook, G., Mancini, M. V., Cirigliano, N. 2010. Ocupaciones humanas correspondientes a la transición Pleistoceno-Holoceno al sur del Macizo del Deseado: el área de La Gruta (provincia de Santa Cruz, Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° XXXV, pp. 301-308.
Frère, M., 2015. *Tecnología cerámica de los cazadores-recolectores-pescadores de la microrregión del río Salado, provincia de Buenos Aires*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
Frites, E., 2008. *El derecho de los pueblos indígenas*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Asuntos Indígenas.
Frittegotto G., Letieri, F., Cocco, C., Pasquali, C., Astiz, M. & Valdata, M., 2013. *Descubriendo el fuerte Sancti Spiritus*. Colección Estudios y proyectos provinciales. Santa Fe. Buenos Aires: Consejo Federal de Inversiones.
Frontini, 2012. *El aprovechamiento de animales en valles fluviales y lagunas del sur bonaerense durante el Holoceno*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
Fugl, J., 1989. *Memorias de un danés en la Argentina, 1844-1875*. Tandil. (Traducción de Alice Larsen de Rabal)
Furini Da Ponte, K. 2004. (Re) Pensando o conceito do rural. *Revista NERA*, vol. 7, n° 4, pp. 20-28.
Furlong, C. 1912. Hunting the Guanaco. *The Outing Magazine* (New York) vol. LXI, n° 1, pp. 3-20.
Galeano, E., 1998. *Patas arriba - La escuela del mundo al revés*. Buenos Aires: Editora Siglo XXI.
Gallardo, 1910. *Los Onas*. Buenos Aires: Cabut Editores.
Gallo, E., 1983. *La Pampa Gringa*. Buenos Aires: Sudamericana.
Gamble, C. & Soffer, O. 1989. *The world at 18000 BP*, vol. 2, Low latitudes. London: Unwin Hyman.
Gamble, C. 1992. Exchange, Foraging and Local Hominid Networks. En: Scarre, Ch. & Healy, F. (eds.) *Trade and Exchange in Prehistoric Europe*. Oxford: Oxbow Bocks, pp. 35-44.
Gamble, C. 1993. *Timewalkers. The Prehistory of Global Colonization*. Gloucestershire: Sutton.
Garavaglia, J. C., 1983. *Mercado interno y economía colonial*. México: Grijalbo.
Garavaglia, J. C., 1992. Las relaciones entre el medio y las sociedades humanas en su perspectiva histórica. *Anuario IEHS* (Tandil), n°7, pp. 41-57.
Garavaglia, J. C., 1995. Notas para una historia rural pampeana un poco menos mítica. En: Bjerg, M. & Reguera, A. (comp.) *Problemas de la historia agraria*, Tandil: IEHS, pp. 11-31.
Garavaglia, J., 1986. Los textiles de la tierra en el contexto colonial rioplatense: ¿una revolución industrial fallida? *Anuario IEHS* (Tandil), n° 1, pp. 45-87. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1986/003%20-%20Garavaglia,%20Juan%20Carlos%20-%20Los%20textiles%20de%20la%20tierra%20en%20el%20contexto%20colonial%20rioplatense.pdf.
Garavaglia, J., 2012. Buenos Aires: de ciudad a provincia. En: Fradkin, R. (ed.) *Historia de la Provincia de Buenos Aires. Aires, de la conquista hasta 1820*. Tomo II. Buenos Aires: Edhasa, pp.25-52.
Garavaglia, J. C. 1987. ¿Existieron los gauchos? *Anuario IEHS* (Tandil), n° 2, pp. 41-52
Garavaglia, J. C., 1997. De mingas y convites: la reciprocidad campesina entre los paisanos rioplatenses. *Anuario IEHS* (Tandil), n° 12, pp. 131-139.
García Añino, E. 2018. *Estrategias de consumo de grandes mamíferos a lo largo del Holoceno entre los cazadores-recolectores de la meseta central de Santa Cruz*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Naturales y Museo- Universidad Nacional de La Plata.
García Canclini, N. 1989. *La política cultural en países en vías de desarrollo*. Antropología y Políticas culturales. Buenos Aires: Editor Rita Ceballos.
García González, F., 2005. Vejez, envejecimiento e historia. La edad como objeto de investigación. En: García González, F. *Vejez, envejecimiento y sociedad en España, siglos XVI-XXI*. Cuenca: Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 11-34.

García Guerreiro, L., Hadad, G. & Wharen, J., 2018. Invisibilizaciones, (re)emergencias y resistencias territoriales: La lucha campesina e indigena en la Argentina Contemporanea. En: López, P. & García Guerreiro, L. (coords.), *Movimientos indígenas y autonomías en América Latina*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: El Colectivo, pp. 165-205.

García Ramón, M. D., Tullas i Pujol, A. & Valdovinos Perdices, N., 1995. Funciones y procesos característicos del espacio rural. En: García Ramón, M. D., Tullas i Pujol, A. & Valdovinos Perdices, N. (coords.). *Geografía Rural*. Madrid: Síntesis, pp. 53-89.

Gascón, M., 1998. La articulación de Buenos Aires a la frontera sur del Imperio español, 1640-1740. *Anuario IEHS,* n°13, pp. 193-213. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1998/008%20-%20Gascon%20Margarita%20-%20La%20articulacion%20de%20Buenos%20Aires....1640-1740.pdf.

Gaspary, F., 1950. Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas en un Cerrito de la Isla Los Marinos (pcia. de Entre Ríos). *Publicación del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore*, vol.23, pp. 3-66.

Gaudin, Y., 2019. *Nuevas narrativas para una transformación rural en América Latina y el Caribe. La nueva ruralidad: conceptos y medición*. Documentos de proyecto. México: Cepal-Fida.

Gelman, J., 1996. *De Mercachifle a gran comerciante: los caminos del ascenso en el Río de la Plata colonial*. Colección "Encuentros Iberoamericanos", n° 40. Huelva: Universidad Internacional de Andalucía.

Gelman, J., 1998. *Campesinos y estancieros, una región del Río de la Plata a fines de la época colonial*. Buenos Aires: Los libros del Riel.

Germani, G., 1955 *Estructura social de la Argentina. Análisis estadístico.* Buenos Aires: Raigal.

Germani, G., 1958. *El proceso de urbanización en la Argentina*. Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Germani, G., 1965. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

Gheco, L., 2020. Una aproximación histórica al arte rupestre prehispánico de la sierra de El Alto-Ancasti (Provincia de Catamarca, Noroeste Argentino). *Estudios Atacameños* (San Pedro de Atacama), vol. 65, pp. 263-290.

Gianotti, C. & Bonomo, M., 2013. De montículos a paisajes: procesos de transformación y construcción de paisajes en el sur de la cuenca del Plata. *Comechingonia. Revista de Arqueología*, vol. 17, pp. 59-94.

Giarracca, N., 2001. Prólogo. En: Giarraca, N. (comp.). ¿Una nueva ruralidad en América Latina? Buenos Aires: ClACSO, pp. 17-29.

Giberti, H., 2006. Carnes: ¿consumo o exportación? *Realidad Económica*, n° 219, pp. 33-50.

Girard, C., 1993. Age, gender, and suicide: A cross-national analysis. *American sociological review*, pp. 553-574.

Giusti, A., Calvelo, L., 1999. Migraciones internacionales en Argentina: hacia la renovación de las técnicas de medición. En: *Reunión Bilateral Argentino Estadounidense sobre políticas migratorias*. Bariloche, Argentina. Disponible en: http://catedras.fsoc.uba.ar/metodog/Docs/barilo.html.

Goldberg, C. A., 2007. *Reflexiones en torno a la medición de la etnicidad en censos y encuestas*. IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Huerta Grande, Provincia de Córdoba. 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre.

Goldman, N. 1998 *Los orígenes del federalismo rioplatense (1820-1831)*. En: *Nueva Historia Argentina*, cap. III, pp. 103-118.

Gómez Otero, J. & Dahinten, S., 1999. Costumbres funerarias y esqueletos humanos: variabilidad y poblamiento en la costa nordeste de la provincia del Chubut (Patagonia Argentina). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° XXII, pp. 101-124.

González Bernaldo de Quirós, P., 2013. El "momento mutualista" en la formulación de un sistema de protección social en Argentina: socorro mutuo y prevención subsidiada a comienzos del siglo XX. *Revista de Indias*, vol. LXXIII, n° 257, pp. 157-192.

González, A. R., 1947. Investigaciones arqueológicas en las nacientes del Paraná Pavón. *Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore*, vol. 17, pp. 41.

González, A. R., 1977. *Arte Precolombino de La Argentina. Introducción a su historia cultural.* Buenos Aires: Filmediciones Valero.

González, A., Katz, M., Mendoza, A., Romero Batallanos Wamani, L., 2019. *Derechos de los pueblos originarios y de la Madre Tierra: una deuda histórica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

González, F., 2015. La ´nueva ruralidad´ en Cañuelas. Entre la agroecología y las nuevas urbanizaciones. *Mundo Agrario*, vol. 16, n° 31. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.6738/pr.6738.pdf. Consultado en octubre de 2020.

González, L. R. & Tarragó, M. N., 2004. Dominación, resistencia y tecnología: la ocupación incaica en el noroeste argentino. *Chungara* (Arica), vol. 36, n° 2, pp. 393-406.

González, L. R., 2007. Tradición tecnológica y tradición expresiva en la metalurgia prehispánica del Noroeste Argentino. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* (Santiago de Chile), vol. 12, n° 2, pp. 33-48.

González, M. I. 2005. *Arqueología de Alfareros, Cazadores y Pescadores Pampeanos*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

González, M. I., Frère, M. M. & Frontini, R., 2012. Formas de ollas de cerámica pampeana y consumo de alimentos. En: Babot, M. del P., Marchoff, M. & Pazzarelli, F. (eds.), *Las manos en la masa. Arqueologías, Antropologías e Historias de la Alimentación en Suramérica*. Córdoba: Instituto Superior de Estudios Sociales UNT, Universidad Nacional de Córdoba, Museo de Antropología. pp. 405-424.

González, M. I. & Frère, M. M., 2002. Explorando algunos usos prehispánicos de la alfarería pampeana. En: Mazzanti, D., Berón, M. & Oliva, F. (eds.) *Del Mar a los Salitrales diez Mil Años de Historia Pampeana en el umbral del Tercer Milenio*. Mar del Plata: Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Laboratorio de Arqueología, Sociedad Argentina de Antropología, pp. 31-40.

González, M. I. & Frère, M. M., 2019. Río Salado: espacio de interacción de cazadores-recolectores-pescadores (provincia de Buenos Aires, Argentina). *Revista del Museo de La Plata*, vol. 4, n° 2, pp. 621-642.

González, M. I. 2005. *Arqueología de alfareros, cazadores y pescadores pampeanos*. Colección de Tesis Doctorales. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Goñi, R. & Madrid, P. 1998. Arqueología sin Hornear: Sitios arqueológicos históricos y el Fuerte Blanca Grande. *Intersecciones en Antropología,* n° 2, pp. 69-84.

Goñi, R. 2010. *Cambio climático y poblamiento humano durante el Holoceno tardío en Patagonia meridional. Una perspectiva arqueológica*. Tesis de doctorado. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras- Universidad de Buenos Aires.

Gordillo, I., 2018. (comp.). *Los pueblos de La Aguada. Vida y arte*. Buenos Aires: Editorial Selectus.

Gori, G., 1964. *Inmigracion y colonizacion en la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Eudeba.

Gorraiz Beloqui, R. 1958. *Tandil a través de un siglo, reseña geográfica, histórica, económica y administrativa 1823-1923*. Buenos Aires: Ed. Talleres gráficos J. Héctor Matera.

Gradin, C. 1976. Parapetos de piedra y grabados rupestres de la Meseta del Lago Buenos Aires. Actas del IV Congreso Nacional de Arqueología Argentina San Rafael, 1976. *Revista del Museo de Historia Natural de San Rafael* (Mendoza), n° III.

Gras, C. & Hernández, V. (coords.) 2009. *La Argentina rural. De la agricultura familiar a los agronegocios*. Buenos Aires: Biblos.

Guibert, M. & Sili, M., 2011. Argentine: expansion agricole et dévitalisation rurale. En: Jean, Y. & Guibert, M. (comps.). *Dynamiques des espaces ruraux dans le monde*. Paris: Colin, pp. 338-351.

Guidon, N., 1989. *Misión de Rescate Arqueológico de Salto Grande, República Oriental del Uruguay*, Tomos 1, 2 y 3. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.

Guráieb, A. G. & Frére, M. M., 2012. *Caminos y encrucijadas en la gestión del patrimonio arqueológico argentino*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Gutiérrez, M. A., Martínez, G., Luchsinger, H., Álvarez, M. C., Barros, M. P. 2010. Investigaciones arqueológicas y geoarqueológicas preliminares en el sitio Paso Otero 4 (Partido de Necochea). En: Berón, M., Luna, L., Bonomo, M., Montalvo, C., Aranda, C., Carrera Aizpitarte, M. (eds.). *Mamul Mapü: pasado y presente desde la arqueología pampeana.* , Ayacucho: Libros del Espinillo, pp. 69-84.

Gutiérrez, R., 1982. Tipología urbana de las Misiones Jesuíticas. En: *Actas del VI Congreso Internacional de Historia de América. Tomo II*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia. pp. 411-422

Gutiérrez, R., 2003. *Historia urbana de las reducciones jesuíticas sudamericanas: continuidad, rupturas y cambios. (Siglos XVIII-XX)*. En: Andrés-Gallego, J., *Impacto en América de la expulsión de los jesuitas (1)*. Madrid: Fundación Histórica Tavera. [consultado el 27/03/15] Disponible en: http://www.larramendi.es/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000225.

Hajduk, A. Albornoz, A., Lezcano, M., Arias, P. 2012. The first occupations of the El Trebol site during the Pleistocene-Holocene transition (Nahuel Huapí lake, Patagonia, Argentina). *Southbound. Late Pleistocene Peopling of Latin America*. Special Edition Current Researh in the Pleistocene, pp. 117-120.

Halperín Donghi, T., 1963. La Expansión Ganadera en la Campaña de Buenos Aires (1810-1852). *Desarrollo Económico,* vol. *3,* n° 1-2, pp. 1-58.

Heider, G., 2016. Un aporte a la discusión sobre las ortocuarcitas del Grupo Sierras Bayas ¿El sur de Córdoba como una frontera*? Intersecciones en Antropología,* n°17, pp. 303-313.

Hermo, D. & Miotti, L., 2011. La Obsidiana en el Nesocratón del Deseado (Santa Cruz, Argentina): extractos de una oscura biografía. En: Hermo, D. & Miotti, L. (eds.) *Biografías de paisajes y seres: visiones desde la arqueología sudamericana*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, Editorial Brujas, pp. 111-131.

Hermo, D. 2008. *Los cambios en la circulación de las materias primas líticas en ambientesmesetarios de Patagonia. Una aproximación para la construcción de los paisajes arqueológicos de las sociedades cazadoras-recolectoras*. Tesis doctoral. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales, UniversidadNacional de La Plata.

Hermo, D., Lynch, V. & Ceraso, A. 2014. Tendencias temporales en la tecnología lítica del sitio Cueva Maripe (Santa Cruz, Argentina). *Latin American Antiquity* (Cambridge), vol. 25.

Hermo, D., Terranova, E., Marchionni, L., Magnin, L., Mosquera, B. & Miotti, L. 2013. Piedras o litos discoidales en Norpatagonia: evidencias en la Meseta de Somuncurá (Río Negro, Argentina). *Revista Intersecciones,* n° 14, pp. 507-511.

Hilbert, K., 1991. *Aspectos de la Arqueología en el Uruguay*. Alemania: Mainz am Rhein.

Hocsman, S. & Babot, M. P., 2018. La transición de cazadores-recolectores a sociedades agropastroriles en Antofagasta de la Sierra (Puna de Catamarca, Argentina): Perspectivas desde la agencia y las prácticas. *Chungara* (Arica), vol. 50, n° 1, pp. 51-70.
Hodder, I., 1994. *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales* (edición ampliada y puesta al día del original 1988). Barcelona: Crítica.
Hrdlička, A. 1912. *En Early Man in South America*. Washington: Smithsonian Institute, Bureau of American Ethnology 52.
Huenchan, S. (ed.), 2018. *Envejecimiento, personas mayores y Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible: perspectiva regional y de derechos humanos*. Santiago de Chile: CEPAL, nº 154.
INDEC, 1872. *Primer Censo de la República Argentina, verificado los días 15, 16 y 17 de setiembre de 1869, bajo la dirección de Diego G. de la Fuente, Superintendente del censo*. Buenos Aires: Imprenta del Porvenir.
INDEC, 1898. *Segundo Censo de la República Argentina, mayo 10 de 1895, decretado en la administración del Dr. Sáenz Peña, verificado en la del Dr. Uriburu.* Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaria Nacional. Tomo II.
INDEC, 1916. *Tercer Censo Nacional levantado el 1° de junio de 1914*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de L. J. Rosso y Cía. Tomo II.
INDEC, 1947. *IV Censo General de la Nación 1947.* Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft Ltda. Tomo I Censo de Población.
INDEC, 1956. *Informe demográfico de la República Argentina, 1944-1954*. Buenos Aires: Dirección Nacional de Estadística y Censos.
INDEC, 1998. *Estructura demográfica y envejecimiento poblacional en la Argentina*. Análisis demográfico n° 14.
INDEC, 2001. *Censo Nacional de Población Hogares y Vivienda,* 2001. Datos disponibles en http://www.indec.mecon.ar. http://www.indec.mecon.ar/nuevaweb/cuadros.
INDEC, 2005. *Metodologías aplicadas para estimar la cobertura de población en el Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas 2001.* Serie Análisis Demográfico, n° 32. Buenos Aires.
INDEC, 2005. *Proyecciones provinciales de población por sexo y grupos de edad 2001-2015.* Serie Análisis Demográfico n° 31. Buenos Aires.
Ingold, T., 1988. Notes on the Foraging Mode of Production. En: Ingold, T., Riches, D. & Woodburn, J. (eds.), *Hunters and Gatherers 1. History, evolution and social change*. New York: St. Martin's Press, pp. 269-285.
Iñigo Carreras, N., 1988. *La violencia como potencia económica. Chaco 1870-1940: El papel del Estado en un proceso de creación de condiciones para la constitución de un sistema productivo rural*. Buenos Aires: CEAL.
Iriani, M., 1997. Indios e inmigrantes, ¿Actores de un mismo drama? La movilidad de españoles, franceses y vascos desde el puerto hasta Tandil. *Anuario IEHS* (Tandil), nº 12, pp. 327-346.
Iriani, M., 1997. Trababajadores vascos en el recuerdo popular rioplatense. *Revista de Indias* (Madrid), nº 210.
Iriani, M., 2010. *Historia de los Vascos en Argentina*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
Iriani, M., 2017. Mariposas en la tormenta. La Matanza de extranjeros en un valle pampeano, Tandil, 1872. *Studi Emigrazione* (Roma), nº 206.
Irianni, M., 2005. ¿Cacique, general y hacendado? Transformaciones en la dinastía Catriel, Argentina, 1820-1870. *Anuario de Estudios Americanos,* vol. 62, n° 1, pp. 209-233. Disponible en: http://estudiosamericanos.revistas.csic.es/index.php/estudiosamericanos/article/view/74/77.
Irianni, M., 2006 a. "Heredarás el viento". Algunas consideraciones sobre los traspasos de poder en la dinastía Catriel. *IX Encuentro de Historia y Arqueología Histórica*. Olavarría: Comisión Municipal de Estudios Históricos y Arqueología Histórica, pp. 65-77.
Irianni, M., 2006 b. Los Catriel. Una dinastía de medio siglo. En: Mandrini, R. (ed.) *Vivir entre dos mundos. Las fronteras del sur de la Argentina. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Taurus, pp. 137-170.
Irianni, M., 2007. *Catrieleros: identidad y herencia. Algunos comentarios. El liderazgo indígena en los espacios fronterizos americanos (siglos XVIII-XIX).* Seminario de Investigaciones de las fronteras americanas, Buenos Aires, Argentina.
Irianni, M., 2009a. Pensando a los indígenas pampeanos decimonónicos. Algunas reflexiones. *ILLAPA,* n° 6, pp. 75-98.
Irianni, M., 2009b. Catrieleros: identidad y herencia. Algunos comentarios. *El liderazgo indígena en los espacios fronterizos americanos (siglos XVIII-XIX). Escuela de Antropología,* n° 15, pp. 49-65.
Irianni, M., 2012. La Pampa, Flora, Fauna y Gente, siglos XVIII y XIX. *Anuario IEHS* (Tandil), n° 27, pp. 205-207.
Iriarte, J., De Blasis, P., De Souza, J. G. & Corteletti, R., 2017. Emergent Complexity, Changing Landscapes, and Spheres of Interaction in Southeastern South America During the Middle and Late Holocene. *Journal of Archaeological Research*, n° 25, pp. 251-313.
Iriarte, J., Gillam, J. C., & Marozzi, O., 2008. Monumental burials and memorial feasting: an example from the southern Brazilian highlands. *Antiquity*, n° 82, pp. 947-961.
Iriarte, J., Marozzi, O. & Gillam, J., 2010. Monumentos funerarios y festejos rituales: complejos de recintos y montículos Taquara/Itararé en El-Dorado, Misiones (Argentina). *Arqueología Iberoamericana*, n° 6, pp. 25-38.

Iriondo, M. H. & Kröhling, D. M., 2008. *Cambios Ambientales en la cuenca del Río Uruguay. Desde dos millones de años hasta el Presente*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

Iturralde, R. S., 2018. Nuevas dinámicas poblacionales rural-urbano ¿la agroecología como motor de repoblamiento? *Cadernos de Agroecologia* (Brasilia), vol. 13, n° 1.

Jiménez, J., 2005. *Relaciones interétnicas en la frontera meridional del Virreinato del Río de la Plata (1770-1798): Respuestas bélicas de los nativos frente a las reformas militares borbónicas*. Tesis de Doctorado inédita. Bahía Blanca, UNS, pp. 52-98.

Jones Huala, R. I. & Caire, M. C., 2020. *Pullü Mapuche. Historia de la familia Jones Huala*. San Pedro: Arenz & Antich.

Kay, C., 2007. Algunas reflexiones sobre los estudios rurales en América Latina. Iconos. *Revista de Ciencias Sociales*, n° 29, pp. 31-50.

Kay, C., 2009. Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista mexicana de sociología*, vol. 71, n° 4, pp. 607-645. Disponible en: www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000400001&lng=es&tlng=es.

Kay, C., 2016. La transformación neoliberal del mundo rural: procesos de concentración de la tierra y del capital y la intensificación de la precariedad del trabajo. *Revista Latinoamericana de Estudios Rurales*, vol 1, n°1. Disponible en: http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/revistaalasru/article/view/93.

Korol, J. C. & Sábato, H., 1981. ¿Cómo fue la inmigración irlandesa a la Argentina? Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

Kozameh, L., N., Testa, M., López, Mango, L. & Cornaglia Fernández, J., 2018. Huesos rojos en el Delta Superior del río Paraná. El caso del sitio arqueológico "Cerro Grande de la Isla de Los Marinos" (Entre Ríos, Argentina). En: Politis, G. G. & Bonomo, M. *Goya Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del Noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 129-148.

La Salvia, F. & Brochado, J. P., 1989. *Cerâmica guaraní.* Porto Alegre: Posenato Arte e Cultura.

Laguens, A.2009. De la diáspora al laberinto: notas y reflexiones sobre la dinámica relacional del poblamiento humano en el centro-sur de Sudamérica. *Revista de Arqueología Suramericana,* vol. 5, n° 1, pp. 42-67.

Langiano, M. del C. & Merlo, J. F. 2010. Modos de alimentación en la frontera sur bonaerense (siglo XIX). En: Gutiérrez, M. A., De Nigris, M., Fernández, P. M., Giardina, M., Gil, A. F., Izeta, A., Neme, G. & Yacobaccio, H. D. (eds). *Zooarqueología a principios del siglo XXI: Aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*. Buenos Aires: Libros del Espinillo, pp 487-497.

Langiano, M. del C., 2015. *Documentos y registro Arqueológico en sociedades de frontera. La pampa bonaerense entre 1850 Y 1890*. Tesis Doctoral no publicada, Departamento de Arqueología. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires.

Langiano, M. del C., Merlo, J. F. & Ormazabal, P. 2002. Relevamiento de Fuertes y Fortines, con relación al Camino de los Indios a Salinas. En: Mazanti, D. L., Berón, M. & Oliva, F. (eds.) *Del Mar a los Salitrales. Diez mil años de Historia Pampeana en el Umbral del Tercer Milenio*. Mar del Plata: Sociedad Argentina de Antropología - Universidad Nacional de Mar del Plata, pp. 53-64.

Langiano, M. del C., Merlo, J. F. & Ormazabal, P., 1997. Arqueología de puestos fortificados en el camino a Salinas. *Actas de las primeras jornadas regionales de historia y arqueología del siglo XIX*. Tapalqué, pp. 12-18.

Lanteri, M. S. 2004. *Colonizando la frontera: acceso y tenencia de la tierra en la campaña sur bonaerense en la primera mitad del siglo XIX. El arroyo Azul durante el rosismo*. Jornadas Acceso y tenencia de la tierra en Argentina y Latinoamérica desde los tiempos coloniales hasta la actualidad. Centro de Estudios Históricos Profesor C. Segreti. Córdoba.

Lapena, J. E., 2014. *Sojización tardía, legado hídrico y asimetrías socioeconómicas en el interior pampeano*. CABA: EAE.

Laslett, P., 1991. *A Fresh Map of Life: the Emergence of the Third Age*. Harvard University Press.

Laslett, P., 1995. Necessary Knowledge: Age and Aging in the Societies of the Past. En: Kertzer, D. & Laslett, P. (eds.), *Aging in the Past: Demography, Society and Old Age*. The University of California Press, Scholarship.

Lattes, A. E., 1995. Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina. *Pensamiento Iberoamericano*. Notas de población, n° 12, pp. 211-260.

Lattes, A., 1985. Migraciones hacia América Latina y el Caribe desde principios del siglo XIX. *Cuadernos del CENEP* (Buenos Aires), nº 35.

Lázaro Ávila, C., 1998. Parlamentos de paz en la Araucanía y las Pampas: Una visión comparativa (1604-1820). *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria,* n°7, pp. 29-60. Disponible en: http://antropologia.institutos.filo.uba.ar/sites/antropologia.institutos.filo.uba.ar/files/revistas/adjuntos/Memoria_Americana_7.pdf.

Lazzari, A., 2017. ¿Por qué el término reemergencia indígena?: Acentuando dis-continuidades y reemergencias. En: Rodríguez, M. E. (ed.), *Conversaciones del Cono Sur 3.1. Dossier Reemergencia indígena en los países del Plata: Los casos de Uruguay y de Argentina* [en línea], vol. 3, n° 1, pp. 43-50. [consultado el 14/10/2020] Disponible en: https://conosurconversaciones.files.wordpress.com/2017/09/conversaciones-del-conosur-3-1-lazzari.pdf.

Lefebvre, H., 2000 [1974]. *A produção do espaço*. Trad. Doralice Barros Pereira e Sérgio Martins (do original: La production de l'espace) 4e éd. Paris: Éditions Anthropos.

Lenton, D., 2005. *De centauros a protegidos. La construcción del sujeto de la política indigenista Argentina desde los debates parlamentarios (1880-1970)*. Tesis doctoral. Universidad de Buenos Aires.
León Solís, L., 1991. Maloqueros y conchavadores en Araucanía y las Pampas, 1700-1800. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, Serie Quinto Centenario.
Leoni, J. B., Tamburini, D., Acedo, T. & Scarafía, G., 2008. El Fuerte General Paz y el Fortín Algarrobos: Arqueología de emplazamientos militares en la Frontera Oeste de Buenos Aires (1869-1876). *Revista de la Escuela de Antropología* (Rosario), n° XIV, pp. 45-58.
Letieri F., Cocco, G., Frittegotto, G., Campagnolo, L., Pasquali, C. & Giobergia, C., 2009. Catálogo digital. *Santa Fe la Vieja. Bienes arqueológicos del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales*. Santa Fe: Ministerio de Innovación y Cultura de la provincia de Santa Fe - Consejo Federal de Inversiones.
Levaggi, A., 2000. *Paz en la frontera. Historia de las relaciones diplomáticas con las comunidades indígenas en la Argentina (Siglos XVI-XIX)*. Buenos Aires: UMSA.
Linares, S., Di Nucci, J. & Velázquez, G., 2016. Cambios en el sistema urbano. En: Velázquez, G. (dir.). *Geografía y calidad de vida en la Argentina: análisis regional y departamental, 2010*. Tandil: IGEHCS, CIG, pp. 67-81.
Llambi Insua, L. & Perez Correa, E., 2007. Nuevas ruralidades y viejos campesinismos. Agenda para una nueva sociología rural latinoamericana. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, n° 59, pp. 37-61.
Llambi, L., 2012. Procesos de transformación de los territorios rurales latinoamericanos: los retos de la interdisciplinariedad *Eutopía. Revista De Desarrollo Económico Territorial*, nº 3, pp. 117-34. Disponible en: https://doi.org/10.17141/eutopia.3.2011.1022.
Lobato, M. & Suriano, J., 2000. *Atlas Histórico. Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
Lockhart, J., 1990. Organización y cambio social en la América española colonial. En: Bethell, L. *Historia de América Latina*, vol. 4, Barcelona: Cambridge University Press-Crítica, pp. 63-108.
Lopez Mazz, J., Buffa, V., De León, V. & Cancela, C., 2014. La localidad histórico- arqueológica del Río San Salvador (Soriano, Uruguay). *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), n° 7, pp. 285-292.
Loponte, D. & Acosta, A., 2007. Horticultores amazónicos en el humedal del Paraná Inferior: Los primeros datos isotópicos de la dieta. En: Bayón, C., Pupio, A., González, M. I., Flegenheimer, N. & Frère, M. (eds.), *Arqueología de las Pampas*. Tomo I. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, pp. 75-93.
Loponte, D. & Acosta, A., 2008. Estado actual y perspectivas de la arqueología de la "Tradición Tupiguaraní" en Argentina. En: Prous, A. & Andrade Lima, T. *Os Ceramistas Tupiguarani*, vol. I. Belo Horizonte: Sigma, pp.197-215.
Loponte, D. & Carbonera, M., 2015. Arqueología precolonial de Misiones. En: Bauni, V., & Homberg, M. *Reserva Natural Campo San Juan*, cap. 1. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara, pp. 15-38.
Lorandi, A. M., 1988. El servicio personal como agente de desestructuración en el Tucumán colonial. *Revista Andina*, n° 1, pp. 135-173.
Lothrop, S., 1932. Indians of the Paraná Delta, Argentina. *Annals of the New York Academy of Science*, n° 32, pp.77-232.
Lynch, V. & Miotti, L., 2015. Morphological and functional variability on the endscrapers in Cueva Maripe site (Santa Cruz province, Argentina). *Lithic Technology*, vol. 41, n° 1, pp. 60-74
Lynch, V., 2016. *Estudio comparativo de la producción y uso de artefactos líticos en el Macizo del Deseado (Santa Cruz, Argentina)*. United Kingdom: British Archaeological Report. International Series.
Mac Cann, W., [1848], 1969. *Viaje a caballo por las provincias argentinas*. Buenos Aires: Solar-Hacchete.
Madrazo, G. & Otonello, M., 1966. *Tipos de instalación prehistóricos en la región de la Puna y su borde*. Monografías I. Olavarría: Museo Municipal de Olavarría.
Madrazo, G. B., 1989. *Políticas Culturales y compromiso científico*. Antropología y políticas culturales. Buenos Aires: Ed. Rita Ceballos.
Madrazo, G. B., 2002 Apuntes y Recuerdos de Antropología y Arqueología Olavarrienses. En: Mazzanti, D. L., Berón, M. & Oliva, F. (eds.) *Del Mar a los Salitrales. Diez mil años de Historia Pampeana en el Umbral del Tercer Milenio*. Mar del Plata: Facultad de Humanidades. UNMdel Plata, pp.19-27.
Madrid, P., Langiano, M. del C., Merlo, J. F. & Ormazabal, P., 2011 *Educación e identidad local. Patrimonio Arqueológico y Paleontológico. Fichas didácticas Móviles*. Olavarría: Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. UNICEN.
Maeder, E., 1969. *Evolución demográfica argentina desde 1810 a 1869*. Buenos Aires: Eudeba.
Maeder, E., 2013. *Misiones del Paraguay: Construcción Jesuítica de una sociedad cristiano guaraní (1610-1768)*. Resistencia: Editorial ConTexto.
Maeder, E., 2018. Manual de historia argentina colonial. *Cuadernos docentes* (Resistencia), n° 10.
Malabarba, L. R. & Ricken, C., 2009. Estudo dos vestígios de peixes dos sítios arqueológicos da área de influência da Usina Hidrelétrica Machadinho, Rio Grande do Sul, Brasil. *Zoología*, vol. 26, n° 3, pp. 469-478.
Malvárez, A. I., 1997. *Las comunidades vegetales del Delta del río Paraná. Su relación con factores ambientales y patrones del paisaje*. Tesis doctoral inedita. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
Mandrini, R. & Ortelli, S. 2002. Los "araucanos" en las pampas. 1700-1850. En: Boccara, G. (ed.) *Colonización, resistencia y mestizaje en las Américas*. Quito: Abya Yala.

Mandrini, R. & Paz, C., 2003 (comp.). *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII-XIX*. Tandil: IEHSUNCPBA, CEHIR-UNCOMA, UNSUR.
Mandrini, R. 1987b. Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario IEHS* (Tandil), n° 2.
Mandrini, R. 1994. Sobre el sutee entre los indígenas de las llanuras argentinas. Nuevos datos e interpretaciones sobre su origen y práctica. *Anales de Antropología,* n° 31, pp. 261-278.
Mandrini, R. 2007. La historiografía argentina, los pueblos originarios y la incomodidad de los historiadores. *Quinto Sol*, n° 11, pp. 19-38.
Mandrini, R., & Ortelli, S., 2002. Los "Araucanos" en las Pampas (C. 1700-1850). En: Boccara G. (ed.). *Colonización, Resistencia y Mestizaje en las Américas. Siglos XVI-XX,* Quito: Abya-Yala, Instituto Francés de Estudios Andinos, pp. 237-257.
Mandrini, R., & Ortelli, S., 2007. Fronteras interiores: sociedades indígenas y construcción del Estado-nación. Argentina en la segunda mitad del siglo XIX. En Ortelli, S. & Hernández Silva, H. C. (coords.). *América en la época de Juárez*. México: Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca, Universidad Autónoma Metropolitana, pp. 463-488.
Mandrini, R., 1985. La sociedad indígena de las pampas en el siglo XIX. En: Lischetti, M. (comp.). *Antropología.* Buenos Aires: Eudeba, pp. 205-230.
Mandrini, R., 1987. Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interserrana bonaerense. *Anuario IEHS,* n° 2, pp. 71-98. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1987/007%20-%20Mandrini%20Desarrollo%20de%20una%20sociedad%20indigena%20pastoril%20en%20el%20area%20interserrana%20bonaerense.pdf.
Mandrini, R., 1991. Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (s. XVIII-XIX): el caso del suroeste bonaerense. *Boletín Americanista*, vol. 32, n° 41, pp. 113-136.
Mandrini, R., 1992a. Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas. *Anuario IEHS,* n° 7, pp. 59-72. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1992/Indios%20y%20fronteras%20en%20el%20%C3%A1rea%20pampeana%20(siglos%20XVI-XIX).%20Balance%20y%20perspectivas.pdf.
Mandrini, R., 1992b. Pedir con vuelta. ¿Reciprocidad Diferida o Mecanismo de Poder? *Antropológicas,* n° 1, pp. 59-69.
Mandrini, R., 1994. ¿Sólo de caza y robos vivían los indios? Los cacicatos pampeanos del siglo XIX. *Siglo XIX. Revista de Historia,* n° 15, pp. 5-24.
Mandrini, R., 1997. Las fronteras y la sociedad indígena en el ámbito pampeano. *Anuario IEHS,* n° 12, pp. 23-34. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/1997/002%20-%20Mandrini%20RAul%20-%20Las%20Fronteras%20y%20la%20sociedad%20indigena%20en%20el%20ambito%20pampeano.pdf.
Mandrini, R., 2007. La historiografía argentina, los pueblos originarios y la incomodidad de los historiadores. *Quinto Sol*, n° 11, pp. 19-38.
Mandrini, R., 2008. *La Argentina aborigen. De los primeros pobladores a 1910*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Mandrini, R., 2013. Los historiadores y la historia de los aborígenes de las pampas: tres décadas de investigaciones, *Estudios Trasandinos,* vol. 18, n° 1, pp. 11-28.
Manzel, K., Baten, J., Stolz, Y., 2012. Convergence and Divergence of Numeracy: The Development of Age Heaping in Latin America from the seventeenth to the twentieth century. *The Economic History Review*, vol. 65, n° 3, pp. 932-960.
Mapelman, V, 2015. *Octubre Pilagá. Memorias y archivos de la masacre de La Bomba*. Buenos Aires: Tren en Movimiento.
Mapelman, V. & Musante, M., 2010. Campañas militares, reducciones y masacres. Las prácticas estatales sobre los pueblos originarios del Chaco. En: Bayer, O. (coord.), *Historia de la crueldad argentina. Julio A. Roca y el genocidio de los Pueblos Originarios*. Buenos Aires: El Tugurio, p. 77-103
Marchionni, L., 2013. *Comparación de las distintas historias tafonómicas en conjuntos zooarqueológicos provenientes de la Meseta Central de la provincia de Santa Cruz*. Tesis doctoral. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Nacional de La Plata.
Mariluz, G., 2009. *Estado, política y vejez. La política social para la tercera edad en Argentina desde el Virreynato del Río de la Plata hasta el año 2000.* Buenos Aires: Gobierno de la Ciudad, Centro de Documentación de Políticas Sociales.
Martin, F. 2013. *Tafonomía y paleoecología de la transición Pleistoceno-Holoceno en Fuego-Patagonia. Interacción entre humanos y carnívoros y su importancia como agentes en la formación del registro fósil*. Punta Arenas: Ediciones de la Universidad de Magallanes.
Martin, P. 1973. The discovery of America. *Science*, vol. 179, n° 4077, pp. 969-974
Martin, P. 1984. Prehistoric overkill: the global model. En: Martin, P. & Klein, R. (eds.) *Quaternary extinction. A prehistoric revolution*. Arizona: The University of Arizona Press
Martínez, G. & Gutiérrez, M. A., 2015. Arqueología del río Quequén Grande Cazadores-recolectores tempranos, cambios ambientales y fauna extinta. *Ciencia Hoy* (Buenos Aires), vol. 24, n° 144, pp. 11-18.
Martínez, G. & M. A. Gutiérrez 2011. Paso Otero 5: a summary of the interdisciplinary lines of evidence for reconstructing early human occupation and paleoenvironment in the Pampean region, Argentina. En: Vialou, D. (ed.). *Peuplements et Préhistoire de l'Amérique*. Paris: Muséum National d' Histoire Naturelle. Département de Préhistoire, U.M.R., pp. 271-284.

Martínez, G. 2006. Arqueología del curso medio del río Quequén Grande. Estudio actual y aportes a la arqueología de la región Pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° XXXI, pp. 249-275.

Martínez, G., & Mackie, Q., 2003/2004. Late Holocene human occupation of the Quequén Grande river valley bottom: settlement systems and an example of 458 built enviroment in the Argentina pampas. *Before Farming: the archeology of Hunter-Gatherers,* n° 1, pp. 178-202.

Martínez, G., 2006. Arqueología del curso medio del río Quequén Grande: estado actual y aportes a la arqueología de la Región Pampeana. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° 31, pp. 249-275.

Martínez, G., Gutiérrez, M. & Tonni, E. 2013. Paleoenvironments and faunal extinctions: Analysis of the archaeological assemblages at the Paso Otero locality (Argentina) during the Late Pleistocene-Early Holocene. *Quaternary International,* n° 299, pp. 53-63.

Martinez, J. G., 2018. Sociedades prehispánicas de la Puna argentina: desde el poblamiento temprano hasta los inicios de la producción pastoril y agrícola. En: Grau, R., Babot, J., Izquierdo, A. & Grau, A. (eds.) *La Puna Argentina: Naturaleza y Cultura*. Serie de Conservación de la Naturaleza 24. Tucumán: Editorial Fundación Miguel Lillo, pp. 273-294.

Martirén, J. L., 2016. *La transformación farmer. Colonización agrícola y crecimiento económico en la provincia de Santa Fe en la segunda mitad del siglo XIX*. Buenos Aires: Prometeo.

Massé, G., 2008. *Convivir bajo el mismo techo. Hogar-familia y migración en la ciudad de Buenos Aires al promediar el siglo XIX*. Tesis de Doctorado en Demografía. Universidad Nacional de Córdoba.

Massera, R. & Lew, J. (coords. y eds.) 2010. *Los ríos mesetarios norpatagónicos: aguas generosas del Ande al Atlántico*. Serie: Las Mesetas Patagónicas del estado de Río Negro. . Argentina: Fundación Ameghino.

Massone, M., Prieto, A., Jackson, D., & Arroyo, M. 1998. *Los cazadores tempranos y el fuego: nuevos antecedentes del sitio Tres Arroyos 1*. IV Jornadas de Arqueología de la Patagonia, Resúmenes: 22-23, Río Gallegos.

Mazza, B., Acosta, A., & Loponte, D., 2016. Nuevos Datos para las Inhumaciones en Urnas de Sitios Arqueológicos Guaraníes del Extremo Meridional de la Cuenca del Plata. *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile), n° 34, pp. 81-96.

Mazzanti D. & Quintana, C., 2014. *Historias Milenarias Pampeanas. Arqueología de las sierras de Tandilia*. LARBO-UNMDP.

Mazzanti D. 2006. La constitución de territorios sociales durante el Holoceno tardío. El caso de las sierras de Tandilia, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° XXXI, pp. 277-300.

Mazzanti D. 2007. *Arqueología de las Relaciones Interétnicas en las Sierras de Tandilia*. Tesis Doctoral inédita, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Mazzanti D. L., Martínez G.A. & Quintana, C.A., 2015. Asentamientos del Holoceno medio en Tandilia oriental. Aportes para el conocimiento de la dinámica poblacional de la región Pampeana, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. XL, n° 1, pp. 209-231.

Mazzanti, D. L., Martínez, G. A., & Quintana, C. A., 2015. Asentamientos del Holoceno medio en Tandilia oriental. Aportes para el conocimiento de la dinámica poblacional de la región pampeana, Argentina. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, vol. 40, nº 1, pp. 209-231.

Mazzanti, D., Quintana, C. & Puente, V. 2014. Una sociedad de hábiles creadores. En: Mazzanti, D. y Quintana, C. (eds.), *Historias milenarias pampeanas. Arqueología de las sierras de Tandilia* Mar del Plata: M&A Diseño Y Comunicación S.R.L., pp. 45-58.

Mazzanti, D., 2006. Los pueblos originarios de las sierras y llanuras orientales. En: Zubiaurre, P., (coord.) & Lahitte, M., Z., (ed.). *Historia de Balcarce. 1 Los Orígenes*. Municipalidad de Balcarce, vol. 1, pp. 73-93.

Mazzanti, D., 2007. *Arqueología de las relaciones interétnicas posconquista en las sierras de Tandilia*. Tesis Doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, UBA.

Mazzanti, D., 2010. Factores dominantes en el desarrollo de la arqueología pampeana del período posconquista. En: Nastri, J. & Ferreira, L. M. (eds.), *Historias de la Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara. pp. 189-210.

Mazzanti, D., Bonnat, F. & Quintana, C., 2014. Los pobladores que iniciaron la historia regional. En: Mazzanti, D. & Quintana, C. (eds.) *Historias milenarias pampeanas. Arqueología de las sierras de Tandil*. Mar del Plata: M&A Diseño y Comunicación S.R.L., pp. 19-32.

Mazzanti, D., Martínez, G. & Quintana, C., 2012. *Early settlements in Eastern Tandilia, Buenos Aires province, Argentina: Archaeological contexts and site-formation processes*. Special Edition: Southbound.

Mazzanti, D., Quintana, C., Puente, V., 2014. Una sociedad de hábiles creadores. En: Mazzanti, D. & Quintana, C. (eds.). *Historias milenarias pampeanas. Arqueología de las sierras de Tandilia*. Mar del Plata: M&A Diseño y Comunicación S.R.L., pp. 45-58.

Mazzeo V., 1998. *Dinámica demográfica de Argentina en el período 1950-2000. Análisis de sus componentes*. III Jornadas Argentinas de Estudios de la Población (AEPA). Buenos Aires.

Mazzia, N. & Elichiry, V., 2015. Saberes, experiencias e historias contemporáneas en una investigación sobre lugares y paisajes arqueológicos. *Series Especiales de los Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano*, vol. 3, nº 2, pp. 264-282.

Mazzia, N. 2011. *Lugares y paisajes de cazadores-recolectores en la Pampa bonaerense. Cambios y continuidades durante el Pleistoceno final-Holoceno*. Tesis Doctoral. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
Mazzia, N., 2013. Morar en las lagunas. Lugares de cazadores recolectores en la Pampa bonaerense (Argentina). *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile), n° 28, pp. 53-78.
Medina, J. T., 1908. *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España y especialmente de su proyectado viaje á las Molucas por el estrecho de Magallanes y al reconocimiento de la costa del continente hasta la gobernación de Pedrarias Dávila*, Tomos I y II. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Universitaria.
Melcher, F. L., 1873 *Plano General de la Frontera de Buenos Aires sobre la Pampa*. Encargado por orden del S. E. el señor Ministro de Guerra y Marina Coronel Don Martín de Gainza. Abril 1873.
Meltzer, D., 2003. Lessons in Landscape Learning. En: Rockman, M. & Steele, J. (eds) *Colonization of Unfamiliar Landscapes. TheArchaeology of Adaptation*. Nueva York: Routledge, pp. 222-241.
Mena, F., Reyes, O., Stafford, Jr. Th. & Southon, J. 2003. Early Human remains from Baño Nuevo-1 cave, Central Patagonian Andes, Chile, *Quaternary International,* n° 109-110, pp. 113-121.
Menghin, O., 1955/1956. El Altoparanaense. *Ampurias XVII-XVIII*, pp. 171-200.
Menghin, O. F. A., 1957. Estilos de Arte rupestre en Patagonia. *Acta Praehistórica* I. Buenos Aires.
Mengoni Goñalons, G, 1999. *Cazadores de guanacos de la estepa patagónica*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.
Mengoni Goñalons, G. L. & Silveira, M. J. 1976. Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva de las Manos Estancia Alto Río Pinturas. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° 10, pp. 261-270.
Mera, M. & García, P. 2004. Alero Marifilo-1. Ocupación Holoceno temprana en la costa del Lago Calafquén (X Región, Chile). En: Civalero, M., Fernández, P., & Guraieb, A. (comp.) *Contra viento y marea*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, pp. 249-262.
Merlo, J. & Moro, N., 2006. La utilización de instrumental indígena en el Fortín El Perdido. En: Wally, J. W., Langiano M. del C., Merlo, J. F. & Alvarez, M. N. (comp.) *9° Encuentro de Historia y de Arqueología Postconquista de los pueblos al sur del Salado.* Olavarria: Comisión Municipal de Estudios Históricos y Arqueología Histórica. Municipalidad de Olavarría. Imprenta MC, pp. 185-192.
Merlo, J. F. 1997 Estudio de los Recursos Faunísticos en el Fuerte Blanca Grande (Partido de Olavarría, provincia de Buenos Aires). En: *Arqueología Uruguaya hacia el fin del milenio. Asociación Uruguaya de Arqueología*. Uruguay: Ministerio de Educación y Cultura. Tomo II, pp. 557 -563.
Merlo, J. F., 1999. *Estudio de los Recursos Faunísticos en el Fuerte Blanca Grande Provincia de Buenos Aires*. Trabajo de tesis de grado inédita. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires.
Merlo, J. F., 2014. *Aprovechamiento de recursos faunísticos en los sitios fortificados de la frontera Sur bonaerense en el siglo XIX*. Tesis doctoral no publicada, Departamento de Arqueología. Facultad de Ciencias Sociales de Olavarría. Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires
Merlo, J. F., Langiano, M. del C. & Castro, R. G., 2017. Primeros relevamientos arqueológicos en el partido de 9 de Julio (provincia de Buenos Aires). *Boletín Del Centro.* Centro de Registro del Patrimonio Arqueológico y Paleontológico de la provincia de Buenos Aires.
Middleton, N., Sterne, J. A. C. & Gunnell, D., 2006. The geography of despair among 15-44-year-old men in England and Wales: putting suicide on the map. *Journal of Epidemiology and Community Health*, vol. 60, n° 12, pp. 1040-1047.
Miguez, E., 1987. Política, participación y poder. Los inmigrantes en las tierras nuevas de la provincia de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), nº 6/7, pp. 337-379.
Míguez, E., 2008. *Historia económica de la Argentina. De la conquista a la crisis de 1930*, Buenos Aires: Sudamericana.
Miguez, E., 2016. *La tierra de los ingleses en la Argentina, 1870/1914*. Buenos Aires: Editorial Teseo.
Mikkelsen, C., 2013. Debatiendo lo rural y la ruralidad: un aporte desde el sudeste de la provincia de Buenos Aires; el caso del partido de Tres Arroyos. *Revista Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía* (Bogotá), vol. 22, n° 2, pp. 235-256.
Miller, E. T., 1971. Pesquisas arqueológicas efetuadas no Planalto Meridional, Rio Grande do Sul (Rios Uruguai, Pelotas e das Antas). Programa Nacional de Pesquisas Arqueológicas - Resultados Preliminares do Quarto Ano, 1968-1969. *Publicações Avulsas do Museu Paraense Emílio Goeldi*, n° 15, pp. 37-71.
Ministerio de Salud de la Nación, 2013. *Descripción epidemiológica de la mortalidad por lesiones de causas externas en Argentina. Enfermedades no transmisibles y factores de riesgo. Boletín de vigilancia 6.* Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
Ministerio de Salud, 2010. *Perfil epidemiológico del suicidio en la Argentina, 1988-2008. Enfermedades no transmisibles y factores de riesgo. Boletín de vigilancia 2*. Buenos Aires: Ministerio de Salud de la Nación.
Miotti L. & Salemme, M. 2005. Hunting and butchering events at late Pleistocene and early Holocene in Piedra Museo (Patagonia, Southernmost South America). En: Bonnichsen, R. (ed.) *Paleoamerican Prehistory: Colonization Models, Biological populations, and Human Adaptations*. United

States of America: Center for the Study of the First Americans, University of Texas A&M, pp. 141-151.
Miotti L. 2010a. El rol del litoral marítimo y los ríos en la colonización humana de Patagonia desde finales de la Edad del Hielo. Una historia de más de 11.000 años. En: Masera, R., Lew, J. (eds). *Los Ríos Mesetarios Norpatagónicos: Aguas Generosas del Ande al Atlántico.* Serie Las Mesetas Patagónicas. Río Negro: Fundación Ameghino, pp. 95-193.
Miotti L. 2010b. Cuevas y abrigos rocosos: nudos de las redes sociales entre los cazadores recolectores del Macizo del Deseado, Patagonia extra-andina. En: Jiménez, J. C., Serrano, C., González, A., Aguilar, F. (eds.). *III Simposio Internacional. El Hombre Temprano en América*. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Antropológicas-INAH, pp. 147-174.
Miotti, L. & Carden, N., 2007. The relationships between rock art and archaeofaunas in the Central Patagonian Plateau. En: Gutiérrez, M., Miotti, L., Barrientos, G., Mengoni Goñalons, G, Salemme, M. (eds.). *Taphonomy and Archaeology in Argentina*. Manchester: BAR International Series, pp. 203-218.
Miotti, L. & Cattáneo, G. R., 2003. Variation in the strategies of the lithic production and faunal exploitation during Pleistocene/Holocene Transition at Piedra Museo and surrounding region. En: Miotti, L., Salemme, M. & Flegenheimer, N. (eds.) *Where the South Winds Blow: Ancient Evidence for Paleo South Americans*. United States of America: Center for the Study of the First Americans, University of Texas A&M, pp.105-112.
Miotti, L. & Cattáneo, G., 2002. Variation in the strategies of the lithic production and faunal exploitation during Pleistocene/Holocene Transition at Piedra Museo and Surrounding Region. En: Miotti, L., Salemme, M. & Flegenheimer, N. (eds.) *Ancient Evidence for Paleo South Americans: From Where the South Winds Blow*, Texas: Center for the Study of the First Americans, University of Texas A&M, pp. 105-113.
Miotti, L. & Hermo, D., 2011. Apuntes para biografías de paisajes y seres. En: Hermo, D. & Miotti, L. (comp. & eds.) *Biografías De Paisajes y Seres: Visiones desde la Arqueología Sudamericana*. Buenos Aires: Encuentro Grupo Editor, pp 7-16.
Miotti, L. & M. Salemme, 1999. Biodiversity, Taxonomic Richness and GeneralistSpecialists economical systems in Pampa and Patagonia Regions, Southern South America. *Quaternary International,* vol.53/54, pp. 53-68.
Miotti, L. & Magnin, L., 2012. South America 18,000 Years Ago: Topographic Accessibility andHuman Spread. En: Miotti, L., Flegenheimer, N., Salemme, M. & Goebel, T. (eds.) *Southbound. Late Pleistocene Peopling of Latin America*. Texas CSFA: Texas A&M University, pp. 19-24.
Miotti, L. & Marchionni, L. 2016. *Camada de huesos, pilas óseas, criterios para su interpretación como sitios de matanza y trozamiento en la arquitectura de la movilidad de los cazadores-recolectores de Patagonia*. IV Congreso Nacional de Zooarqueología Argentina, octubre 2016. Ushuaia.
Miotti, L. & Podgorny, I., 1995. Una flecha en mi sopa. La convivencia con los restos arqueológicos en la región del río Deseado, pcia. de Santa Cruz, República Argentina. *Cuadernos de Antropología y Arqueología* (Buenos Aires), n° 16, pp. 343-356.
Miotti, L. & Salemme, M., 2004. Poblamiento, movilidad y territorios entre las sociedades cazadoras-recolectoras de Patagonia: cambios desde la transición Pleistoceno/Holoceno al Holoceno medio. *Complutum* (Madrid), n° 15, pp. 177-206.
Miotti, L. & Terranova, E., 2011. Overcrowded hill points in the terra incognita Patagonia. Networks among Early South American, S10. *XVI Congreso Internacional de la Unión de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (UISPP) / XVI Congreso SAB*. Brasil. Versión resumenes digitales.
Miotti, L. & Terranova, E., 2015. A hill plenty of points in terra incognita from patagonia: Notesand reflections for discussing the way and tempo of the initial peopling. *Journal of Paleoamerican Archaeology,* vol. 1, n° 2, pp. 181-196.
Miotti, L. & Tonni, E., 1996. *Rheidos del sitio arqueológico AEP-1 de Piedra Museo y la meseta central de Santa Cruz y sus implicancias paleoambientales.* III Jornadas de Arqueología de Patagonia. Bariloche.
Miotti, L. 1990 [1998]. Zooarqueología de la Meseta Central y la Costa de la provincia de Santa Cruz. Un enfoque de las estrategias adaptativas y los paleoambientes. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias. Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata. Publicado en 1998 por Museo de Historia Natural de San Rafael, Mendoza.
Miotti, L. 1990. *Cómo, cuándo y por donde se produjo el primer poblamiento americano: Una historia que comenzó mucho antes de 1492*. La Plata: Secretaria de Cultura Ministerio de Educación y Justicia de la Provincia de Buenos Aires, pp. 434.
Miotti, L. 1990/93 La ocupación humana de la Patagonia austral durante el Holoceno. En: Iriondo, M. (ed.). *El Holoceno en la Argentina*, pp. 94119. Buenos Aires: CADINQUA.
Miotti, L. 1992. Paleoindian occupation at Piedra Museo Locality, Santa Cruz Province, Argentina. *Current Research in the Pleistocene*, n° 9, pp. 27-30
Miotti, L. 1995. Piedra Museo Locality: A Special Place in the New World. *Current Research in the Pleistocene* (Corvaills), vol. 12, pp. 36-38.
Miotti, L. 1996. Piedra Museo, Nuevos datos para la ocupación pleistocénica en Patagonia. En: Gómez Otero, J. (ed.) *II Jornadas de Arqueología de la Patagonia*, pp. 93101.
Miotti, L. 1996b. Horizontes perdidos: Los cazadores-recolectores de la Patagonia. *Revista Museo* (La Plata), vol. 2, n° 8, pp. 33-39.

Miotti, L. 1997. Piedra Museo, una ventana abierta al pasado de los cazadores-recolectores de Patagonia y el proceso de colonización hace 13.000 años. *Revista La Ventana* (La Plata) n° 14, pp. 9-14.
Miotti, L. 2006. La fachada atlántica, como puerta de ingreso alternativa de la colonización humana de América del sur durante la transición pleistoceno/holoceno. En: Jiménez, J. C. & González, S. (eds.) *II Simposio Internacional El hombre temprano en América*. (México), Museo del Desierto de Coahuila, UNAM, México, pp. 155-188.
Miotti, L. 2006. Paisajes domésticos y sagrados desde la arqueología de los cazadores-recolectores en el Macizo del Deseado, provincia de Santa Cruz. En: Mazzantti, D., Berón, M. & Oliva, F. (eds.). *Cazadores Recolectores del Cono Sur. Revista De Arqueología* (Mar del Plata), n° 1, pp. 11-42.
Miotti, L. 2010c. La señal arqueológica de colonización finipleistocénica y la continuidad ocupacional en la meseta de Somuncurá, provincia de Río Negro, Argentina. En: Bárcena, R. & Chiavazza, H. (eds.). *Arqueología argentina en el Bicentenario de la Revolución de Mayo*. XVII Congreso Nacional de Arqueología Argentina (Mendoza), tomo V, pp. 1951-1956.
Miotti, L. 2012. El uso de los recursos faunísticos entre los cazadores-recolectores de Patagonia: tendencias espacio/temporales de las estrategias durante el Holoceno. *Archaeofauna* (Madrid), n° 21, pp. 137-160.
Miotti, L. 2017. Caminante no hay camino, se hace camino al andar. Las prácticas que materializan los lugares y articulan el poblamiento. X Jornadas de Arqueología de la Patagonia. CENPAT, Pto. Madryn, Argentina.
Miotti, L., 1991. Manifestaciones rupestres de Santa Cruz: La localidad Piedra Museo. En: Podestá, M. M., Hernández Llosas, M. I. & Renard de Coquet, S. F. (eds.). *El arte rupestre en la arqueología contemporánea argentina*. Buenos Aires: FECIC, pp. 132-138.
Miotti, L., 1992. Paleoindian occupations at Piedra Museo Locality, Santa Cruz province, Argentina. *Current Reasearch in the Pleistocene*, (USA), vol. 9.
Miotti, L., Blanco, R., Terranova, E., Marchionni, L., Hermo, D. & Mosquera, B., 2014. La naturaleza de la observación: evidencias arqueológicas en Somuncurá (Río Negro). En: Cassiodoro, G., Rindel, D., Re, A. (eds.), *Integración de diferentes líneas de evidencia en arqueología argentina.* Buenos Aires: Editorial Aspha, pp. 73- 91.
Miotti, L., Carden, N. & Canosa, M. J., 1999. Paisajes arqueológicos de Cazadores-recolectores, Arte rupestre y Lagunas. En: Diez Marín, C. (ed.) *Actas del XII Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, vol. III, pp. 54-63.
Miotti, L., Hermo, D., Terranova, E. & Blanco, R., 2015. Edenes en el Desierto. Señales de caminos y lugares en la historia de la colonización de Patagonia argentina. *Antípoda* (Bogotá), nº 23, pp. 161-185.
Miotti, L., Marchionni, L., Hermo, D., Terranova, E., Magnin, V., Lynch, B., Mosquera & Vargas Gariglio, J., 2018. Changes and continuities of hunting practices from the late Pleistocene to the late Holocene among nomadic societies of the Patagonian plateaus. En: Rabassa, J. (ed.) *Ancient hunting strategies in Argentina.* Springer.
Miotti, L., Salemme, M. & Menegaz, A. 1988. El manejo de los recursos faunísticos durante el Pleistoceno final y Holoceno temprano en Pampa y Patagonia. IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina. Buenos Aires, pp. 102-118.
Miotti, L., Salemme, M., Rabassa, J., & Cattáneo, G., 2002. The First Americans in Southern Cone: The archaeological research at Central Plateau in Argentinian Patagonia. *Latin American Antiquity* (Cambridge), n° 8.
Miotti, L., Vázquez, M. & Hermo, D., 1999. Piedra Museo un Yamnagoo Pleistocénico en la colonización de la meseta de Santa Cruz. El estudio de la Arqueofauna. *Soplando en el Viento. Actas de las III Jornadas de Arqueología de la Patagonia*. Neuquén: Universidad Nacional de Comahue e Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, pp. 113-136.
Miotti, L.2003. South America. A paradox for building images of the colonization of the New World. En: Miotti, L. & Salemme, M. (eds.) *South America, Long And Winding Roads For The First Americans At The Pleistocene/Holocene Transition*, Special volume of Quaternary International. Canadá: Norm Catto Ed. In Chief, vols. 109-110, pp. 147-173.
Monk, M., 1987. Epidemiology of suicide. *Epidemiologic Reviews*, n° 9, pp. 51-69.
Morello, F., Contreras, L. & San Román, M., et al., 1999. La localidad Marazzi y el sitio arqueológico Marazzi I, una reevaluación. *Anales del Instituto de la Patagonia* (Punta Arenas), n° 27, pp. 183-197.
Moreno, F., s/f. Recuerdos de un viaje a Nahuel Huapi: 1) *El llano de Yamnagóo. Visita a los Guenaken. Una raza que muere*. Buenos Aires: Biblioteca del Museo Etnográfico, FFyL-UBA.
Morresi, E., 1971. *Las ruinas del Km 75 y Concepción del Bermejo. Primera etapa de una investigación de arqueología histórica Regional*. Resistencia: Facultad de Humanidades Resistencia, UNNE.
Mota, L. T., Noelli, S. F. & Silva, F. A., 1996. Pări: Armadilha de pesca utilizada pelos indios Kaingang no Sul do Brasil. Universidade e Sociedade. *Revista de Divulgação Científica e Cultural da Universidade Estadual de Maringá*, vol. 15, pp. 21-25.
Moya, J., 1989. Parientes y extraños: actitudes hacia los inmigrantes españoles en la Argentina en el siglo XIX. *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires), nº 13.
Mújica, J. I., 1995. Aproximación al trazado de la planta urbana del antiguo pueblo Jesuítico Santo Tome-Corrientes. En: Amable, M. A., *La Salvaguarda del Patrimonio Jesuítico.* Posadas: Montoya. pp. 125-140.

Mújica, J. I., 1998. Informe de las excavaciones realizadas en el recinto A5 Letrina de la Reducción Loreto. Misiones-Argentina. En: *VII Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas.* Resistencia: Instituto de Investigaciones Geohistóricas. pp. 411-426.

Mújica, J. I., 2005. Aproximación al trazado de la planta urbana de Corpus Christi. Hoy Corpus. Una diferencia de urbanización. En: Page, C., *Educación y Evangelización. La Experiencia De Un Mundo Mejor.* Córdoba: Universidad Católica de Córdoba. pp. 629-636.

Mújica, J. I., 2012. Análisis de los elementos de la vida cotidiana en la Reducción de Loreto del período posjesuítico. En: *XIV Jornadas Internacionales sobre las Misiones Jesuíticas*. San Ignacio de Velazco. Bolivia. Edición en CD.

Mujica, J., 1995. Un sitio guaraní en el centro de la provincia de Corrientes -Llamarada- Santa Rosa. Depto. de Concepción. En: *XX Encuentro de Geohistoria Regional*, Santa Rosa. pp. 135-148.

Müller, M. L., 2008. *Sobre índios e ossos: estudo de três sítios de estruturas anelares construídos para enterramento por populações que habitavam o vale do rio Pelotas no período pré-contato*. Dissertação Mestrado inédita. Porto Alegre: Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.

Murmis, M. & Feldman, S., 2006. Pluriactividad y pueblos rurales: Examen de un pueblo pampeano. En: Neiman, G. & Craviotti, C. (comps.) *Entre el campo y la ciudad. Desafíos y estrategias de la pluriactividad en el agro*. Buenos Aires: CICCUS

Musters, C. 1964. [1869-1870]. *Vida entre los patagones. Un año de excursiones por tierras no frecuentadas, desde el Estrecho de Magallanes hasta el Río Negro*. Biblioteca Centenaria, tomo I. Universidad Nacional de La Plata.

Naciones Unidas, 1956. *Le veillissement des populations et ses conséquences économiques et sociales*, ST/SOA/SER. A/26, New York: Naciones Unidas.

Nacuzzi, L. 2010. Introducción. En: Nacuzzi, L. (coord.) *Fronteras. Espacios de interacción en las tierras bajas del sur de América*, Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Nacuzzi, L., [1998] 2005. *Identidades Impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

Nacuzzi, L., 2006. Tratados de paz, grupos étnicos y territorios en disputa a fines del siglo XVIII. *Investigaciones Sociales,* n° 17, pp. 435-456. Disponible en: https://revistasinvestigacion.unmsm.edu.pe/index.php/sociales/article/view/7075/6252.

Nacuzzi, L., 2011. Los cacicazgos del siglo XVIII en ámbitos de frontera de Pampa-Patagonia y el Chaco. En Quijada, M. (comp.). *De los cacicazgos a la ciudadanía. Sistemas políticos en la frontera, Río de la Plata, siglos XVIII-XX*. Berlín: Ibero-Amerikanisches Institut Preussischer Kulturbesitz, Gebr. Mann Verlag, pp. 23-77.

Nacuzzi, L., 2014a. Los grupos étnicos y sus territorios en las fronteras del río Salado de Buenos Aires (siglo XVIII), *Población y sociedad,* vol. 21, n° 2, pp. 49-92. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4993684.

Nacuzzi, L., 2014b. Los caciques amigos y los espacios de la frontera sur de Buenos Aires en el Siglo XVIII. *Revista TEFROS,* vol. 12, n° 2, pp. 103-139. Disponible en: http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/291.

Nacuzzi, L., Lucaioli, C & Nesis, F. 2008. *Pueblos nómades en un estado colonial. Chaco-Pampa-Patagonia, siglo XVIII*. Buenos Aires: Antropofagia.

Nagy, M. 2013. Una educación para el desierto argetino. Los pueblos indígenas en los planes de estudio y en los textos escolares actuales. *Espacios en Blanco. Revista de Educación*, n° 23, pp. 187-223.

Nami, H. 1987. Cueva del Medios: Perspectivas arqueológicas para la Patagonia autral. *Anales del Instituto de la Patagonia* (Punta Arenas), n° 17, pp. 73-106.

Nami, H. G., 2007. Research in the Middle Negro River Basin (Uruguay) and the Paleoindian occupation of the Southern Cone. *Current Anthropology*, vol. 48, n° 1, pp- 164-174.

Nathan, M., Koolhaas, M., 2018. Análisis de la calidad de la edad declarada en los censos de población del Uruguay. *Notas de Población*, n° 107, pp. 207-225.

Navarro Floria, Pedro, 2007 *Paisajes del progreso. La resignificación de la Patagonia Norte, 1880-1916*. Neuquén: Educo.

Nazar D. C., de la Fuente, G. & Gheco, L., 2014. Entre cebiles, cuevas y pinturas. Una mirada a la estética antropomorfa del arte rupestre de La Tunita, Catamarca, Argentina. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* (Santiago de Chile), vol. 19, n° 1, pp. 37-51.

Nazar, D. C. & de la Fuente, G., 2009. Parque Arqueológico "La Tunita". Una propuesta de protección y puesta en valor del arte rupestre de la cuenca Ipizca-Icaño (Depto. Ancasti y La Paz, Provincia de Catamarca, Argentina). En: Sepúlveda R., M., Briones M., L. & Chacama R., J. *Crónicas sobre la piedra. Arte Rupestre de las Américas*. VII Simposio Internacional de Arte Rupestre-Capítulo 1. Arica, pp. 47-60.

Néspolo, E., 2007. La "Frontera" Bonaerense en el siglo XVIII un espacio políticamente concertado: fuertes, vecinos, milicias y autoridades civiles-militares. *Mundo Agrario* (La Plata), n° 13. Disponible en: https://www.mundoagrario.unlp.edu.ar/article/view/v07n13a08.

Néspolo, E., 2007. Las misiones jesuíticas bonaerenses del siglo XVIII, ¿una estrategia político-económica indígena?, *Revista TEFROS,* vol. *5,* n° 1, pp. 1-47. Disponible en: http://www2.hum.unrc.edu.ar/ojs/index.php/tefros/article/view/138.

Nielsen, A., 2006. Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes Circumpuneños. *Estudios Atacameños* (Santiago de Chile), vol. 31, pp. 63-89.
Nielsen, A., 2013. Circulating Objets and the Constitution of South Andean Society (500 BC-AD 1550). En: Hirth, K. G. & Pillsbury, J. (eds.) *Merchants, Markets and Exchange in the Pre-Columbian World*. Washigtong, DC: Dumbarton Oaks, pp. 389-469.
Noelli S. F. & De Souza, J. G., 2017. Novas perspectivas para a carto grafia arqueológica Jê no Brasil meridional. *Boletim do Museu Emílio Goeldi*, vol. 12, n° 1, pp. 57-84.
Noelli, S. F., 1993. *Sem Tekohá não há Tekhó*. Disertación de Magíster inédita. Porto Alegre: Pontifícia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.
Noelli, S. F., 2004. La distribución geográfica de las evidencias arqueológicas guaraní. *Revista de Indias* (Madrid), vol. 64, n° 230, pp. 17-34.
Noelli, S. F., Brochado, J. P. & Alves Corrêa, Â., 2018. A linguagem da cerâmica Guaraní: sobre a persistência das práticas e materialidade (parte 1). *Revista Brasileira de Linguística Antropológica* (Brasilia), vol. 10, n° 2, pp. 167-200.
Notestein, F. W. (1945). Population — The Long View. In Theodore W. Schultz, Ed., Food for the World. Chicago: University of Chicago Press.
Notestein, F. W., 1953. Economic problems of population change. *Eight International Conference of Agricultural Economists*, London.
Núñez Atencio, L., Varela, J., Casamiquela, R., Schiappacasse, V., Niemeyer, H. & Villagrán, C. 1994. Cuenca de Taguatagua en Chile: el ambiente del Pleistoceno superior y ocupaciones humanas. *Revista Chilena de Historia Natural* (Chile), n° 67, pp. 503-519.
Nuñez Camelino, M., 2004. *Actualización del mapa arqueológico de la Provincia de Corrientes. Comunicaciones científicas y tecnológicas*. Universidad Nacional del Nordeste. [consultado el 120/20/2021]. Disponible en: https://www.academia.edu/2251475/Actualizaci%C3%B3n_del_mapa_arqueol%C3%B3gico_de_la_Provincia_de_Corrientes.
Núñez Regueiro, V., 1974. Conceptos instrumentales y marco teórico en relación al análisis del desarrollo cultural del Noroeste argentino. *Revista del Instituto de Antropología* (Buenos Aires), n° 5, pp. 169-191.
Núñez, L., Cartajena, I., Grosjean, M., de Souza, P. & Carrasco, C., 2011. Reflexiones sobre el Holoceno medio en la Puna occidental: Ecorefugios y la emergencia de la complejidad. En: Mondini, M., Martínez, J., Muscio, H. & Marconetto, B. (eds.) *Poblaciones humanas y ambientes en el noroeste argentino durante el Holoceno Medio*, Córdoba, pp. 89-92.
Obschatko, E., 1988. *La transformación económica y tecnológica de la agricultura pampeana 1950-1984*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
Ocampo A. & Richard, A., 2016. Reutilización espacial en las misiones jesuítico-guaraní. El caso del pueblo de Concepción de la Sierra (Misiones, Argentina). *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos,* vol. 2, n° 1, pp. 88-99.
Oliva, F., Panizza, M. C., Catella, L., Moirano, J., Morales, N., Algrain, M., Devoto, G., Iannelli, L., Oliva, C., Pereyra, B. & Sfeir, A., 2015. La construcción del pasado arqueológico en diferentes sectores del Área Ecotonal Húmedo-Seca Pampeana. Investigación y extensión desde el Centro de Estudios Arqueológicos Regionales. *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos* (Entre Ríos), vol. 1, n° 2, pp. 91-102.
Organización Internacional para las Migraciones (OIM), 2012. *Perfil Migratorio de Argentina 2012*. Elaborado por Roberto Benencia
Organización Mundial de la Salud, 2014. *Prevención del suicidio: un imperativo global*. Washington: OMS.
Ortelli, S., 2000. Marginalismo y relaciones interétnicas: blancos e indios en la frontera rioplatense en el siglo XIX. *Revista Complutense de Historia de América,* n° 26, pp. 181-198. Disponible en: https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=172520.
Ortelli, S.,2003. La frontera pampeana en las últimas décadas del período colonial: las delegaciones de indios y el comercio con Buenos Aires. En: Landavazo, M. A. (ed.). *Territorio, Frontera y Región en la Historia Americana*. México: Editorial Porrúa. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, pp. 71-110.
Ortiz, R. M., 1974. *Historia económica de la Argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra.
Osatinsky, A., 2013. El impacto desigual de las transformaciones económicas en Catamarca y Tucumán (1980- 2002). *Andes* (Salta), n° 24, pp. 367-393.
Otero, H., 1990. Una visión crítica de la endogamia: reflexiones a partir de una reconstrucción de familias francesas (Tandil, 1850-1914). *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (Buenos Aires) nº 15 y 16.
Otero, H., 1999. Demografía política e ideología estadística en la estadística censal argentina, 1869-1914. *Anuario IEHS* (Tandil), n° 14, pp.43-70.
Otero, H., 2004. *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población siglos XIX-XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
Otero, H., 2004. La transición demográfica argentina revisitada. Una perspectiva espacial de las explicaciones ideacionales, económicas y político-institucionales. En: Otero, H. (dir.) *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y la población, 1850-1991*. Buenos Aires: Siglo XXI. pp. 71-170.

Otero, H., 2010. El asociacionismo francés en la Argentina. Una perspectiva secular. *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 21, n° 2, pp. 123-152.
Otero, H., 2012. *Historia de los franceses en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.
Otero, H., 2013. Representaciones estadísticas de la vejez. Argentina, 1869-1947. *Revista Latinoamericana de Población*, vol. 7, n° 13, pp. 5-28.
Otero, H., 2018. Mortalidad y percepción de la vejez. Conjeturas sobre el caso argentino, 1850-1950. *Quinto Sol*, vol. 22, n° 2, pp. 1-25.
Otero, H., 2020 a. El nacimiento de la vejez y el envejecimiento en la Argentina durante la primera mitad del siglo XX. La contribución de los saberes demográficos, médicos y jurídicos. *Prohistoria. Historia, políticas de la historia*, año XXIII, n° 33, pp. 37-66.
Otero, H., 2020 b. *Historia de la vejez en la Argentina, 1850-1950*. Rosario: Prohistoria.
Otero, M. V., 1991. *El suicidio en la ciudad de Buenos Aires: su nacimiento como problema social*. Tesis de grado. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
Ottalagano, F. V., 2013. Aves simbólicas, estilo e identidad en la arqueología del gran río sudamericano: un estudio contextual del arte cerámico de las sociedades prehispánicas de la cuenca del Paraná Medio. *Serie Monográfica* (Buenos Aires), n° 3.
Ottalagano, F. V., 2017. Análisis morfológico y estilístico de campanas zoomorfas del Río de La Plata, Uruguay. *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos* (Entre Ríos), n° 3, pp. 55-65.
Pacecca, M. I., 2006. Legislación, migración limítrofe y vulnerabilidad social. *Revista Realidad Económica* (Buenos Aires), nº 171.
Paladino, C., 1994. *Tenemeche. "Situación Histórica de la Blanca Grande"*. Buenos Aires: Club de Pescadores Ciudad de Olavarría.
Palermo, M. A., 1989. Indígenas en el mercado colonial. *Ciencia Hoy* (Buenos Aires), vol. 1, n° 4, pp. 22-26.
Palermo, M., 2000. A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina. Los pueblos originarios y la conquista*. Tomo I. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 343-382.
Palermo, M., A. 1991. La compleja integración hispano-indígena del sur argentino y chileno durante el período colonial. *América Indígena,* vol. 51, n° 1, pp. 153-192.
Palermo, M., A. 1994. El revés de la trama. Apuntes sobre el papel económico de la mujer en las sociedades indígenas tradicionales del sur argentino. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria,* n° 3, pp. 63-90.
Palermo, M.A., 1999. Mapuches, pampas y mercados coloniales. *Revista NAyA* http://etnohistoria.naya.org.ar/htm/21_articulo.htm.
Panettieri, J., 1970. *Inmigración en la Argentina*. Buenos Aires: Macchi.
Pantelides, E., 1983. La transición demográfica argentina: un modelo no ortodoxo. *Desarrollo Económico* (Buenos Aires), vol. 22, n° 88.
Panza, J. L., 2001. Hoja geológica 44769-IV, Monumento Natural Bosques Petrificados, provincia de Santa Cruz. Instituto de Geología y Recursos Minerales, Servicio Geológico Minero Argentino, Boletín n° 258, pp. 1-110.
Papazzian, A. & Nagy, M., 2018. De todos lados, en un solo lugar. La concentración de indígenas en la isla Martín García (1871-1886). En: Delrío, W., Escolar, D., Lenton, D. & Malvestitti, M. (dir.). *En el país de Nomeacuerdo. Archivos y memorias del genocidio del Estado argentino sobre los pueblos originarios, 1870-1950*. Río Negro: Editorial Universidad Nacional Rio Negro, pp. 69-98.
Paunero, R. 2003. The Cerro Tres Tetas (C3T) locality in the Central Plateau of Santa Cruz, Argentina. En: Miotti, L., Salemme, M., Flegenheimer, N. (eds.) *Where the South Winds Blow: Ancient Evidence of Paleo South Americans*. Texas: Center for the Studies of the First Americans-Texas A & M University Press, pp. 33-40.
Paunero, R., Frank, A., Skarbun, F., Rosales, G., Cueto, M., Zapata, G., Paunero, M., Lunazzi, N. & Del Giorgio, M., 2007. Investigaciones arqueológicas en Sitio Casa Del Minero 1, Estancia La María, Meseta Central de Santa Cruz. En: Morello, F., Martinic, M., Prieto, A., Bahamonde, G. (eds.) *Arqueología de Fuego-Patagonia: Levantando piedras, desenterrando huesos…y develando arcanos,* Punta Arenas: Ediciones CEQUA, pp. 577-588.
Paunero, R., Paunero, M., Ramos, D., 2010. Artefactos óseos en componentes del Pleistoceno final de las localidades La María y Cerro Tres Tetas, Santa Cruz, Argentina. En: Gutiérrez, M., De Nigris, M., Fernández, P., Giardina, M., Gil, A., Izeta, A., Neme, G., Yacobaccio, H. (eds.) *Zooarqueología a principios del siglo XXI: Aportes teóricos, metodológicos y casos de estudio*. Buenos Aires: Ediciones del Espinillo, pp. 459-466.
Pedrotta, V., 2002. Arqueología histórica en el Arroyo Nieves (partido de Olavarría): resultados preliminares de los primeros trabajos de campo. *Intersecciones em Antropología,* n° 3, pp. 125-129.
Pedrotta, V., 2013. Reandando los caminos al Chapaleofú: viejas y nuevas hipótesis sobre las construcciones de piedra del sistema Tandilia. *Memoria Americana*, vol. 21, n° 2, pp. 269-295. Disponible en: http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/memoria-americana/article/view/3109/3396.
Pegoraro, A., 2009. *Las colecciones del museo etnográfico de la Universidad de Buenos Aires: un episodio de la historia del americanismo en la Argentina 1890-1927*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Pelissero, N. A. & Difrieri, H. A., 1981. *Quilmes, arqueología y etnohistoria de una ciudad prehispánica.* Tucumán: Gobierno de la Provincia de Tucumán.
Pengue, W. A. & Rodríguez, A. F., 2017. *El vaciamiento de las pampas. La exportación de nutrientes y el final del granero del mundo*. Santiago de Chile*:* Fundación Heinrich Böll Stiftung
Pengue, W. A., 2004. La 'pampeanización' de Argentina. *Le Monde Diplomatique.* Edición Cono Sur, n° 61.
Pengue, W. A., 2016. *Cultivos transgénicos ¿Hacia dónde fuimos? Veinte años después: la soja Argentina 1996 - 2016.* Buenos Aires y Santiago: Fundación Heinrich Böll Stiftung.
Pérez Jimeno, L., 2007. I*nvestigaciones arqueológicas en el sector septentrional de la llanura aluvial del Paraná, margen santafesina. La variabilidad del registro arqueológico*. Unpublished PhD tesis. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
Pérez, E., 2001. Hacia una nueva visión de lo rural. En: Giarraca, N. (comp.) ¿Una nueva ruralidad en América Latina? Buenos Aires: Clacso, pp. 17-29.
Pérez, P., 2013. *Estado, indígenas y violencia. La producción del espacio social en los márgenes del estado argentino. Patagonia Central 1880-1940.* Tesis doctoral. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires.
Pey, M. L., 2020. Trama y urdimbre: hacia una biografía del sitio agropastoril Huayatayoc (Cusi Cusi, Puna de Jujuy, Argentina). *Estudios Atacameños* (San Pedro de Atacama), n° 65, pp. 313-338.
Picciani, A., 2016. Discusiones teóricas sobre la dinámica funcional en el vínculo espacial urbano y rural. *Pampa* (Santa Fe), n° 14, pp. 9-28.
Píccoli, C., 2015. *Estudios de los paisajes arqueológicos en el sector de islas y borde frontal de la terraza baja de la llanura aluvial del Paraná Medio*. Depto. de Goya. Tesis Doctoral inédita. Rosario: Universidad Nacional de Rosario.
Picoy, M. C., 2020. *De sitio arqueológico Punta Canal a territorio indígena Punta Querandí. Patrimonios y memorias en disputa*. Tesis de Licenciatura. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.
Pintar, E. L., Martínez, J. G., Aschero, C., & Glascock, M. D. 2016. Obsidian use and mobility during the Early and Middle Holocene in the Salt Puna, NW Argentina. *Quaternary International,* n° 422, pp. 93-108.
Pinto Rodríguez, J., 1996. Integración y desintegración de un espacio fronterizo. La Araucanía y las Pampas, 1550-1900. En: Pinto Rodríguez, J. (ed.) *Araucanía en las Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur.* Temuco: Universidad de la Frontera, pp. 11-46.
Plasencia, M. A., 1996. Renta agraria y Agroindustria. *Realidad Económica* (Buenos Aires) n°143, pp. 32-42.
Podgorny, I., 2001. La clasificación de los restos arqueológicos en la Argentina, 1880-1940. Primera parte: La diversidad cultural y el problema de la antigüedad del hombre en el Plata. S*aber y Tiempo*, vol. 12, nº 3, pp. 5-26
Podgorny, I., 2004. Tocar para creer. La arqueología en la argentina, 1910 - 1940. *Anales del museo de América*, vol. 12, pp. 147-82.
Politis G. G., Prates, L. & Pérez, S., 2008. *El poblamiento de América. Arqueología y bio-antropología de los primeros americanos*. Buenos Aires: Eudeba.
Politis, G. G. & Barros, P., 2006. La región Pampeana como unidad espacial de análisis en la arqueología contemporánea. *Folia Histórica del Nordeste*, n° 16, pp. 51-73.
Politis, G. G. & Bonomo, M., 2012. La entidad arqueológica Goya-Malabrigo (ríos Paraná y Uruguay) y su filiación Arawak. *Sociedade de Arqueologia Brasileira. Revista de Arqueología*, vol. 25, n°1, pp. 10-46.
Politis, G. G. & Bonomo, M., 2018. Estado actual y perspectivas de Goya-Malabrigo, una sociedad indígena del Noreste argentino. En: Politis, G. & Bonomo, M. *Goya-Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del Noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 9-44.
Politis, G. G. & Gutiérrez, M., 1998. Gliptodontes y cazadores-recolectores de la región pampeana (Argentina). *Latin American Antiquity*, n° 9, pp. 111-134.
Politis, G. G. & Madrid, P., 2001. Arqueología pampeana: estado actual y perspectivas. En: E. Berberián y A. Nielsen (eds.) *Historia Argentina Prehispánica*. Córdoba: Editorial Brujas. Tomo II, pp.737-813.
Politis, G. G. & Messineo, P., 2008. The Campo Laborde site: new evidence for the Holocene survival of Pleistocene megafauna in the Argentine pampas. *Quaternary International*, n° 191, pp. 98-114.
Politis, G. G. & Pérez Gollán, J. A., 2004. Latin American Archaeology: From Colonialism to Globalization. En: Meskell, L. & Preucel, R. W. *A Companion to Social Archaeology*. New Jersey: Blackwell Publishing Ltd. pp. 353-373.
Politis, G. G. & Prates, L., 2018. Clocking the arrival of Homo sapiens in theSouthern Cone of South America. En: Harvati, K., Jäger, G., Reyes-Centeno, H. (eds.) *New Perspectives on the Peopling of the Americas*. Tübingen: Kerns Verlag, pp. 79-106.
Politis, G. G., 1984. Climatic Variations During Historical Times in Eastern Buenos Aires Pampas, Argentina. *Cuaternary of South America and Antartic Peninsula,* vol 2, n° 9, pp. 133-162.
Politis, G. G., 2000. Los cazadores de la llanura. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina.* Los pueblos originarios y la conquista. Tomo I. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 61-104.

Politis, G. G., 2012. Las poblaciones prehispánicas. En: Otero, H. (dir.) *Población, ambiente y territorio. Historia de la Provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: UNIPE - Edhasa.

Politis, G. G., Bonomo, M., Castiñeira, C. & Blasi, A., 2011. Archaeology of the Upper Delta of the Paraná River (Argentina): mound construction and anthropic landscapes in the Los Tres Cerros locality. *Quaternary International*, vol. 245, n° 1, pp. 74-88.

Politis, G. G., Domic, A. I., Bonomo, M. & Capriles, J. M., 2018. Modelamiento de los parámetros ambientales de la distribución de Goya-Malabrigo mediante Maxent. En: Politis, G. G. & Bonomo, M. *Goya-Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del Noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 289-305.

Politis, G. G., Gutiérrez, M., Rafusen, D. & Blasi, A., 2016. The Arrival of Homo sapiens into the Southern Cone at 14.000 Years Ago. *Ploes One*, n° 28, pp. 1-28.

Politis, G. G., Gutiérrez, M., Scabuzzo, C. 2014. *Estado actual de las investigaciones en el sitio Arroyo Seco 2 (Partido de Tres Arroyos, Provincia de Buenos Aires, Argentina).* Serie Monográfica n° 5. Olavarría: INQUAPA- CONICET UNICEN.

Politis, G. G., Prates, L., & Pérez, I. 2009. *El poblamiento de América: arqueología y bioantropología de los primeros americanos*. Buenos Aires: Eudeba.

Ponce, F. & Rabassa, J., 2012. La plataforma submarina y la costa atlántica argentina durante los últimos 22.000 años. *Ciencia Hoy* (Buenos Aires), vol. 22, n° 127, pp. 50-56.

Porada, K., 2016. Las asociaciones étnicas de origen polaco en Buenos Aires: continuidades, rupturas y recuperaciones. En: De Cristóforis, N. & Novick, S. *Jornadas Un siglo de migraciones en la Argentina contemporánea, 1914-2014*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Gino Germani, Universidad de Buenos Aires, pp. 463-479.

Potter, B., Baichtal, J., Beaudoin, A., Fehren-Schmitz, L., Haynes, V., Holliday, V., Holmes, C., Ives, J., Kelly, R., Llamas, B., Malhi, R., Miller, D., Reich, D., Reuther, J., Schiffels, S. & Surovell, T., 2018. Current evidence allows multiple models for the peopling of the Americas. *Science Advances Review,* n° 4, pp. 1-8.

Poujade, R. A., Roca, M. V. & Salvatelli, L., 2016. Intervenciones Arqueológicas en cuatros conjuntos Patrimonio Mundial: Reducciones de Santa Ana, San Ignacio Miní, Santa María La Mayor y Nuestra Señora de Loreto (Misiones, Argentina). En: Cavo, L. M. & Cocco, G. *Primeros Asentamientos Españoles y Portugueses en la América Central y Meridional S. XVI y XVII*. Santa Fe: UNL Ediciones, pp. 339-352.

Poujade, R. A. & Salvatelli, L., 2014. Puesta en valor en la reducción Jesuítica Nuestra Señora de Loreto, Misiones, Argentina. *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana*, vol. 3, n° 3, pp. 73-84.

Poujade, R. A. & Schmitz, M. A., 2011. Apoyatura arqueológica al nuevo espectáculo de imagen y sonido a implementarse en San Ignacio Miní. En: Ramos, M. *Temas y problemas de la Arqueología Histórica,* Luján: Universidad Nacional de Luján, pp. 253-258.

Poujade, R. A. *et al*., 2007. *Aproximaciones a la Reducción de Santa Ana y su contexto -ARSA- Misiones - Argentina*. Posadas: EDUNaM.

Poujade, R. A., 2000. Arqueología Histórica en Misiones. *Estudios Regionales* (Misiones), vol. 9, n° 15, pp. 75-96.

Poujade, R. A., 2005. *Reducciones de San Ignacio Miní y Santa Ana: Apoyatura Arqueológica al Estudio Geológico de Fundaciones*. Inédito.

Poujade, R. A., Pernaut, C., Frete, G. & Roca, M. V., 2010. Puesta en Valor de Constructivos Monumentales de San Ignacio Miní y Santa Ana. *XIII Jornadas Internacionales sobre Misiones Jesuíticas*. Dourados, Brasil. Edición en CD.

Poujade, R. A., Rochietti, A. M. & Valentini, M., 2004. Arqueología de Santos Mártires del Japón Re.Sa.Ma.Ja I. *Estudios Regionales* (Misiones), n° 25, pp. 23-47.

Prates, L., Politis, G. & Perez, I., 2020. Rapid radiation of humans in South America after the last glacial máximum: A radiocarbon-based study. *Plos One* (San Francisco), vol. 15, n° 7, pp. 1-22.

Prous, A., 1992. *Arqueología Brasileira*. Brasilia: Editora UnB.

Pupio, A. & Salerno, V. M., 2014. El concepto de patrimonio en el campo de la arqueología argentina. Análisis de los trabajos presentados en los Congresos Nacionales de Arqueología (1970-2010). *Intersecciones en antropología*, vol. 15, nº 1, pp. 115-129.

Pupio, M. A., 2012. *Profesionales y aficionados en la conformación, interpretación y exhibición de las colecciones arqueológicas. Coleccionistas y museos de la provincia de Buenos Aires*. Tesis doctoral. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras.

Quijada, M., 2002. Repensando la frontera sur argentina: concepto, contenido, continuidades y discontinuidades de una realidad espacial y étnica (siglos XVIII-XIX). *Revista de Indias,* vol. 62 n° 224, pp. 103-142. Disponible en: http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/461/529.

Quijano, A. 2000. Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En: Lander, E. (comp.). *La Colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 201-246.

Quijano, A., 1997. Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. *Anuario Mariateguiano*, n° 9, pp. 113-121.

Quilodrán, J., 2008. Los cambios en la familia vistos desde la demografía; una breve reflexión. *Estudios demográficos y urbanos* (Ciudad de México), vol. 23, n° 1, pp. 7-20.
Quintana, C. A., 2005. Despiece de microroedores en el Holoceno Tardío de las Sierras de Tandilia (Argentina). *Archaeofauna* (Madrid), n° 217, pp. 227-241.
Rabassa, J. 2008. Cenozoic glaciations in Patagonia and Tierra del Fuego. En: Rabassa, J. (ed.) *The late Cenozoic of Patagonia and Tierra del Fuego*. New York: Elsevier, pp. 151-204.
Raffino, R., 1988. *Poblaciones Indígenas en Argentina. Urbanismo y proceso social en Argentina*. Buenos Aires: TEA.
Raffino, R., Iácona, L. A., Moralejo, R. A., Gobbo, D. & Couso, M. G., 2015. *Una capital Inka al sur del Kollasuyu: EL Shincal de Quimivil*. Buenos Aires: Fundación de Historia Natural Félix de Azara.
Ramirez Miranda, C., 2011. *Critica al establishment del desarrollo en el campo: nueva ruralidad y desarrollo territorial rural*. Disponible en: http://dx.doi.org/10.22201/cela.24484946e.2011.27-28.49379.
Ramos van Raap, M. A., 2020. Tendencias sobre la dieta de las poblaciones prehispánicas del sur del Noreste Argentino. Aportes desde el análisis de indicadores buco-dentales. *Latin American Antiquity* (Cambridge), vol. 31, n° 4, pp. 800-816.
Ramos van Raap, M. A. & Bonomo, M., 2016. Nuevos estudios de la colección bioarqueológica de los sitios Arroyo Malo, El Cerrillo y Arroyo Sarandí (Delta del Paraná). *Intersecciones en Antropología* (Olavarría), vol. especial 3, pp.71-82.
Ramos van Raap, M. A. & Scabuzzo, C., 2018. Estudios bioarqueológicos de la colección del Museo Arqueológico Manuel Almeida (provincia de Entre Ríos). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* (Buenos Aires), vol. 63, n° 2, pp. 185-205.
Ramos van Raap, M. A., 2018a. El registro mortuorio de la Entidad arqueológica Goya-Malabrigo. En: Politis, G. G. & Bonomo, M. *Goya-Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 175-199.
Ramos van Raap, M. A., 2018b. *Paleopatología en poblaciones prehispánicas del sur del Noreste Argentino*. Tesis Doctoral inédita. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
Ramos, Ana Margarita, 2006. *Trayectorias de aboriginalidad en las comunidades mapuche del noroeste de Chubut (1990-2003)*. Tesis de Doctorado. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Buenos Aires.
Ramos, M. & Gómez Romero, F., 1994. El Fortín "Miñana" Una investigación de arqueología histórica (noticia Preliminar). *XI Congreso Nacional de Arqueología Argentina*. San Rafael. Mendoza. Tomo I, pp. 3-6.
Ramos, M. L., 2008. ¿El o los campos? Tipología de explotaciones agropecuarias arroceras de la Provincia de Corrientes en la Argentina. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo* (La Plata), n° 4, pp. 119-150.
Ratier, H., 2004. *Poblados bonaerenses. Vida y milagros*. Buenos Aires: La Colmena.
Ratto, N., 2013. A modo de introducción: la articulación de estudios arqueológicos, paleoambientales e históricos en el oeste tinogasteño (Catamarca). En: Ratto, N., (ed.). *Delineando prácticas de la gente del pasado: Los procesos socio-históricos del oeste catamarqueño*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, pp. 17-44.
Ratto, S. 2003. Una experiencia fronteriza exitosa: el negocio pacífico de indios en la provincia de Buenos Aires (1829-1852). *Revista de Indias* (Madrid), vol. 63, nº 227, pp. 119-222. Disponible en: http:// revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/viewArticle/437.
Ratto, S. 2007. *Indios y cristianos. Entre la guerra y la paz en las fronteras*. Colección Nudos de la Historia Argentina, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
Ratto, S., 2001. El debate sobre la frontera a partir de Turner. La new western history, los borderlands y el estudio de las fronteras en Latinoamérica. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. E. Ravignani'* (Buenos Aires), nº 24, pp. 105-141.
Ratto, S., 2015. Pueblos de indios en el litoral rioplatense en un período de transición (1740-1800). En Barral, M. E. & Silveira, M. (coord.) *Historia, poder e instituciones. Diálogos entre Brasil y Argentina*. Rosario: Prohistoria, pp. 73-95.
Reboratti, C., 2007. Los mundos rurales. En: Torrado, S. (comp.) *Población y bienestar en la Argentina del primer al segundo centenario. Una historia social del siglo XX*. Buenos Aires: Edhasa.
Recchini de Lattes, Z. & Lattes, A. (comp.), 1975. *La población de la Argentina*. Buenos Aires: CICRED, INDEC.
Redondo, N., 1994. *Reestructuración económica y envejecimiento poblacional*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.
Redondo, N., 2007. Composición por edades y envejecimiento demográfico. En: Torrado, S. (comp.), *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*. Tomo II. Buenos Aires: Editorial EDHASA, pp. 139-175.
Reguillo, R., 2006. Ciudad interrumpida: memoria, performatividad y catástrofe. *Revista Contratexto* (Lima), n° 14, pp. 93-104.
Rehkopf, D. H. & Buka, S. L., 2005. The association between suicide and the socio-economic characteristics of geographical areas: a systematic review. *Psychological Medicine*, vol. 36, n° 2, pp. 145-157.
Renfrew, C. & Bahn, P., 2016. Arqueología. Teorías, métodos y práctica. Madrid: Akal.

Rex González, A. & Pérez, J., 1985. *Historia Argentina. Argentina indígena en vísperas de la conquista,* vol. I. Buenos Aires: Paidós.
Rex González, A., 2000. La dominación inca. Tambos, caminos y santuarios. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina.* Los pueblos originarios y la conquista. Tomo I. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 301-342.
Richard, A. & Ceruti, C., 2016. Investigaciones arqueológicas en el Arroyo Las Conchas: un aporte al panorama arqueológico del oeste entrerriano en los primeros tiempos de la colonia. *Revista de Antropología del Museo de Entre Ríos,* vol. 2, n° 2, pp. 23-37.
Rivolta, M. C., 1997. Revisión crítica de la obra de Bennett y colaboradores sobre la definición y asignación cronológica de algunos estilos cerámicos de la Quebrada de Humahuaca. *Avances en Arqueología* (Buenos Aires), n° 3, pp. 131-145.
Rizzo, A., Figini, A., Salceda, S. & Tonni, E., 2006. Ocupación Humana Holocénica en el Noreste de la Mesopotamia: la Gruta 3 de Mayo (Gurahapé, Misiones, Argentina). *Folia Histórica del Nordeste* (Resistencia), n° 16, pp. 131-137.
Robertson, L. S., 1992. *Injury epidemiology*. S.l. United States of America: Oxford University Press.
Roca, M. V., 2009-2010. Informes Semanales Área Arqueología. Obra: Puesta en Valor misión Santa Ana. Puesta en Valor San Ignacio Miní – consolidación templo, residencia, huerto y cerca perimetral y Puesta en Valor Misión de Santa Ana – templo, capilla, talleres y huerto. SOP BID 1648/ OC AR. Inéditos.
Roca, M. V., 2013. Las mujeres guaraníes del coti-guazú de la Reducción Jesuita de Santa Ana. *Suplemento Antropológico* (Asunción), vol. XLVIII, n°2, pp. 293-326.
Roca, M. V., 2018. *Reducción Jesuita de Guaraníes de Santa Ana: estudio arqueológico de su destrucción*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de Córdoba. Inédita.
Roca, M. V., 2019. Arqueología de las misiones jesuíticas guaraníes en Argentina. Estado de situación. *Folia Histórica del Nordeste* (Resistencia), n° 35, pp. 121-144.
Roca, M. V., 2020. El jardín de los jesuitas desde la obra del padre Florián Paucke. Análisis, similitudes y diferencias con las misiones de guaraníes. *Revista del Museo de La Plata*, vol. 5 n° 2, pp. 582-601.
Rocchi, F., 2000. El péndulo de la riqueza: la economía argentina en el período 1880-1916, en Lobato, M. (comp.) *Nueva Historia Argentina*. Tomo V: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916). Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp.16-67.
Rocchietti, A. M. & De Grandis, N., 2011. Problemas de Arqueología Colonial San Bartolomé de los Chaná. Reducción y encomienda de Pero Gómez, vecino de Santa Fe La Vieja, en el río Coronda. *Anuario de Arqueología* (Rosario), año 3, n° 3, pp. 293-323.
Rocchietti, A. M. & De Grandis, N., 2012. Arqueología colonial: registros y metodologías. *Teoría y Práctica de la Arqueología Latinoamericana* (Rosario), año I, n° I, pp. 89-98.
Rocchietti, A. M. & Poujade, R. A., 2013. Problemas metodológicos en la arqueología del Coty Guazú de la misión de Santa Ana (Misiones, Argentina): una aproximación al "modelo esperado". *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* (Rosario), año I, n° 2, pp. 101-128.
Rockman, M., 2003. Knowledge and Learning in the Archaeology of Colonization. En: Rockman, M. & Steele, J. (eds.) *Colonization of Unfamiliar Landscapes. The Archaeology of Adaptation*. Londres: Routledge, pp. 3-24.
Rodríguez, J. & Arceo, N., 2006. Renta agraria y ganancias extraordinarias en la Argentina 1990-2003. *Realidad Económica* (Buenos Aires), n° 219, pp. 77-98.
Rodríguez, J. A., 2003. Poblamiento prehistórico del río Uruguay medio. *Revista de la Escuela de Antropología*, vol. 8, pp. 181-190.
Rodríguez, J. A., 2006. El poblamiento y el proceso de la secuencia cultural prehistórica de la cuenca del Plata. *Folia Histórica del Nordeste* (Resistencia), n° 16, pp. 139-159.
Rodríguez, J. A., 2018. En busca de la tierra sin mal. El poblamiento de la cuenca del Plata por los guaraníes prehistóricos. *Ciencia Hoy* (Buenos Aires), n° 3, pp. 229-235.
Rodríguez, M. E., 2013. Cuando los muertos se vuelven objetos y las memorias bienes intangibles: tensiones entre leyes patrimoniales y derechos de los pueblos indígenas. En: Crespo, C. (comp.), *Tramas de la diversidad. Patrimonio y Pueblos Originarios*. Buenos Aires: Editorial Antropofagia. pp. 67-100.
Romero, J. L, 1993. *Breve historia de la Argentina*. Buenos Aires: HUEMUL.
Romero, C., Valverde, S., Engelman, J., Weiss, M. L., Pérez, A., Süther, R. & Aurand, M., 2016. Educación y etnicidad: comparación de experiencias indígenas e importancia del contexto educativo en el nivel medio y superior para la visibilización identitaria. En: Mato, D. (coord.) *Educación Superior y Pueblos indígenas en América Latina: Experiencias, interpelaciones y desafíos*. Saenz Peña: Universidad Nacional de Tres de Febrero. pp. 335-354.
Rosemblat, A., 1954. *La población indígena y el mestizaje en América*. Buenos Aires: Nova.
Rossel, C., 2016. *Desafíos demográficos para la organización social del cuidado y las políticas públicas*. Serie Asuntos de Género. Santiago de Chile: CEPAL-CELADE-Naciones Unidas.
Rosso, I., 2018. *Buenos Aires Indígena. Cartografía Social de lo invisible*. Tandil: Editorial UNICEN.
Roulet, F. 2018. Violencia indígena en el Río de la Plata durante el período colonial temprano: unintento de explicación. *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: http://journals.openedition.org/nuevomundo/72018.

Roulet, F., 2004. Con la pluma y la palabra. El lado oscuro de las negociaciones de paz entre españoles e indígenas. *Revista de Indias,* vol. 64, n° 231, pp. 313-348. Disponible en: http://revistadeindias.revistas.csic.es/index.php/revistadeindias/article/view/543/610.

Roulet, F., 2009. Mujeres, rehenes y secretarios: Mediadores indígenas en la frontera sur del Río la Plata durante el período hispánico. *Colonial Latin American Review,* vol. 18, n°3, pp. 303-337. Disponible en: https://www.researchgate.net/publication/232996225_Mujeres_rehenes_y_secretarios_Mediadores_indigenas_en_la_frontera_sur_del_Rio_de_la_Plata_durante_el_periodo_hispanico.

Roulet, F., 2016. *Huincas en tierra de indios. Mediaciones e identidades en los relatos de viajeros tardocoloniales*. Buenos Aires: EUDEBA.

Rovira, B., 1989. *Arqueología Histórica del Conjunto Jesuítico de Nuestra Señora de la Candelaria, provincia de Misiones*. Tesis Doctoral. Universidad Nacional de La Plata. Inédita.

Rubio, B., 2003. Rasgos y contradicciones de la fase agroalimentaria global en' el ámbito de la lucha por la hegemonía alimentaria *Ensayos de Economía* (Medellín), vol. 13, n° 23, pp. 119-140. Disponible en: https://revistas.unal.edu.co/index.php/ede/article/view/24993.

Russo, C. 2008. Fábrica y localidad. La construcción de la identidad industrial: el caso de la cervecería y maltería Quilmes. *H-industri@. Revista de historia de la industria argentina y latinoamericana* (Buenos Aires), n° 2.

Saad, P. M., 2005. Los adultos mayores en América Latina y el Caribe: Arreglos residenciales y transferencias informales. *Notas de población*, n° 80, pp. 127-154.

Sábato, H., 1983. ¿Trabajar para vivir o vivir para trabajar? Empleo ocasional y escasez de mano de obra en Buenos Aires, ciudad y campaña, 1850/1880. I Jornadas de Historia Argentina y Americana. Tandil: UNCPBA.

Sábato, H., 1985. La formación del mercado de trabajo en Buenos Aires, 1850/1880. *Desarrollo Economico,* (Buenos Aires), nº 96.

Saldanha, J. D. M., 2005. *Paisagem, lugares e cultura material: uma arqueologia espacial nas Terras Altas do Sul do Brasil*. Dissertação de Mestrado inédita. Porto Alegre: Faculdade de História, Pontifícia Universidade Católica.

Salemme, M. & Miotti, L., 2008. Archaeological hunter-gatherer landscape since the latest pleistocene in Fuego-Patagonia. En: Rabassa, J. (ed.) *The late cenozoic of Patagonia and Tierra del Fuego*. Rotterdam: Elsevier, pp. 437-483.

Salerno, V. M. & González, M. I., 2014. Conocimiento en relación. Reflexiones sobre el trabajo de campo arqueológico en el curso medio e inferior del río Salado bonaerense. *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 7, nº 1, pp. 25-38.

Salerno, V. M. & Leiva, C., 2017. "El pasado es nuestro futuro" memoria y arqueología en 'El Antigal' de San Pedro. *Anuario de Arqueología* (Rosario), n° 9, pp. 25-38.

Salerno, V. M., 2013. Arqueología pública: reflexiones sobre la construcción de un objeto de estudio. *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile), n° 27, pp. 7-37.

Salerno, V. M., 2018. Testimonios que nos da la tierra. Apropiación de objetos arqueológicos en la provincia de Buenos Aires, Argentina. *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología* (Bogotá), n° 31, pp. 89-107.

Salerno, V. M., Frère, M. M., Francese, A., González, M. I., Funes, P., Grzegorczyc, M. & Sokol, O., 2018. *El uso de técnicas prehispánicas de alfarería en la microrregión del río Salado Bonaerense*. Ponencia presentada en la 1ra Reunión Internacional Intersecciones Ciencia, Arte y Patrimonio, Buenos Aires.

Salvatelli, L., 2015 Primeros avances de análisis desde la Arqueología Histórica en Reducción Santa María La Mayor, Misiones, Argentina. *Revista Teoría y Práctica de la Arqueología Histórica Latinoamericana* (Rosario), año VI, vol. 4, pp. 107-120.

Santamaría, D., 1998. Apóstatas y forajidos. Los sectores sociales no controlados en el Chaco. Siglo XVIII. En: Teruel, A., & Jerez, O. (comps.). *Pasado y presente de un mundo postergado. Estudios de antropología, historia y arqueología del Chaco y Pedemonte Surandino.* Jujuy: Unidad de Investigación en Historia Regional, Universidad Nacional de Jujuy, pp.15-34.

Santos Valero, F., & Armentano, G., 2017. La tecnología lítica. En: Martínez, G. (ed.) *Arqueología de Cazadores-recolectores del curso inferior del rio Colorado (provincia de Buenos Aires, Argentina). Aportes al conocimiento de las ocupaciones humanas Pampeano-Patagónicas*. Olavarría: INCUAPA-CONICET, pp. 121-145.

Santos, Milton, 2000 [1996]. *La naturaleza del espacio: técnica y tiempo, razón y emoción*. Barcelona: Editorial Ariel S.A.

Saquet, M. A. 2015. *Por una geografía de las territorialidades y las temporalidades: Una concepción multidimensional orientada a la cooperación y el desarrollo territorial*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.

Sartori, J. & Galligani, P., 2014. Zooarqueología en el humedal de la cuenca fluvial del centro este santafesino. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, n° 39, n° 2, pp. 387-409.

Sartori, J., 2015. Ictioarqueología en la Llanura Aluvial del Río Paraná (Santa Fe, Argentina): Los Sitios Las Tejas y Pajas Blancas como Casos de Estudio. *Revista Chilena de Antropología* (Santiago de Chile), vol. 32, n° 2, pp. 73-88.

Scabuzzo, C. & Ramos Van Raap, A., 2017. Nuevos resultados de los estudios arqueológicos del sitio Los Tres Cerros 1 (Delta Superior del Río Paraná). *Comechingonia. Revista de Arqueología*, vol. 21, n° 2, pp. 201-228.

Scabuzzo, C., Frontini, R., Vecchi, R., & Bayón, C. 2016. Isotopos estables y dieta de los cazadores recolectores del sudoeste bonaerense (Argentina). *Chungara. Revista de Antropología Chilena* (Arica), vol. 48, n° 3, pp. 383-395.
Scabuzzo, C., Ramos Van Raap, A., Bonomo, M. & Politis, G. G., 2015. Estudios bioarqueológicos en el sitio Los Tres Cerros 1 (Delta Superior del río Paraná, Entre Ríos, Argentina). *Boletim Museo Paranaense Emilio Goeldi*, n° 10, pp. 509-535.
Schávelzon, D. 1991. *Arqueología Histórica de Buenos Aires. La cultura material porteña de los siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Editorial Corregidor.
Schávelzon, D., 2001. *Catálogo de Cerámicas Históricas de Buenos Aires (Siglos XVI-XX). Con notas sobre la región del Río de la Plata*. Versión en formato PDF. Buenos Aires.
Schmitz, P. I., Ceruti, C., González, A. R., & Rizzo. A., 1972. Investigaciones arqueológicas en la zona de Goya (Corrientes, Rep. Argentina). *Dédalo*, vol. 8, n° 15, pp. 11-121.
Schmitz, P. I., Arnt, F. V., Beber, M. V., Rosa, A. O. & de Farias, D. S. 2010. Casas subterrâneas no planalto de Santa Catarina: São José do Cerrito. *Pesquisas - Antropología*, n° 68, pp. 7-78.
Schmitz, P. I., Rogge, J. H., Novasco, R. V., Ferrasso, S., Perondi, V. & Mergen, N. M., 2016. De volta a Boa Parada, lugar de casas subterrâneas, aterros-plataforma e 'danceiro'. *Pesquisas - Antropologia*, n° 72, pp. 7-62.
Scobie, J. R., 1959 [1982]. *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino*. Buenos Aires: Hachette / Del Solar.
Senkman, L. 2017. Etnicidad e inmigración durante el primer peronismo. *Revista de Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe,* vol. 3, nº 2. [consultado el 30/11/2019] Disponible en: https://www7.tau.ac.il/ojs/index.php/eial/article/view/1258/1285.
Seoane, A. M., 1997. La mujer en tiempos de crisis. *Revista de la Coordinadora de Historia* (La Paz) nº 1.
Serrano, A., 1932. Exploraciones arqueológicas en el río Uruguay Medio. *Memorias del Museo de Paraná*, n° 2, pp.1-89.
Serrano, A., 1972. *Líneas fundamentales de la arqueología del litoral (una tentativa de periodización)*. Córdoba: Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Córdoba.
Serulnikov, S., 2010. *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*. Buenos Aires: Sudamericana.
Sili, M., 2000. *Los espacios de la crisis rural: geografía de la Pampa olvidada*. Bahía Blanca: Editorial Universidad Nacional del Sur.
Sili, M., 2002. Del enfoque agrario al enfoque rural: ideas y conceptos para construir una nueva ruralidad. *Revista Universitaria de Geografía* (Bahía Blanca), vol. 11, n° 1-2, pp. 71-90.
Sili, M., 2005. *La Argentina Rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo de los territorios rurales*. Buenos Aires: Editorial INTA.
Sili, M., 2019. La migración de la ciudad a las zonas rurales en Argentina. Una caracterización basada en estudios de caso. *Población & Sociedad* (Santa Rosa), vol. 26, n° 1, pp. 90-119.
Sili, M., Guibert, M. & Bustos Cara, R., 2015. *Atlas de la Argentina Rural*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
Silva, C. B. 2018. Formas cerámicas Goya-Malabrigo: variabilidad y tipos morfológicos. En: Politis, G. G. & Bonomo, M. *Goya-Malabrigo: arqueología de una sociedad indígena del noreste argentino*. Tandil: Editorial UNICEN, pp. 73-87.
Silveira, M. 1979. Análisis e interpretación de los restos faunísticos de la Cueva Grande del Arroyo Feo (provincia de Santa Cruz). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* n° XIII, pp. 229-253.
Silveira, M., 1992. Etnohistoria y Arqueología en Pampa Interserrana (Provincia de Buenos Aires, República Argentina) *Palimpsesto*, n° 2, pp. 29-50.
Simpson, G. 1964. *The Geography of evolution*. Capricorn Books.
Snihur, E., 2007. *El universo misionero guaraní: un territorio y un patrimonio*. Buenos Aires: Golden Company.
Socolow, S., 2016. *Las mujeres en la América colonial.* Buenos Aires: Prometeo.
Soffer, O. & Gamble, C. 1989. *The world at 18000 BP*, vol. 1, High latitudes. London: Unwin Hyman.
Soja, E. W., 2008 [2000]. *Postmetrópolis: estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
Sokol, O, Grzegorczyk, M., Funes, P., Tello, M. & Salerno, V., 2020. La vida de los objetos arqueológicos en museos históricos regionales del interior de la provincia de Buenos Aires. *Revista del Museo de Antropología* (Córdoba), vol. 13, n° 3, pp. 93-104.
Somoza, J., 1971. *La mortalidad en la Argentina entre 1869 y 1960*. Buenos Aires: Editorial del Instituto.
Somoza, J., Lattes, A., 1967. *Muestras de los dos primeros Censos Nacionales de población, 1869-1895*. Buenos Aires: Instituto Torcuato Di Tella.
Souza, E. R. de, Minayo, M. C. de S. & Malaquias, J. V., 2002. Suicide among young people in selected Brazilian State capitals. *Cadernos de Saúde Pública*, vol. 18, n° 3, pp. 673-683.
Suárez, R. 2015. Adaptaciones humanas tempranas y dispersión de la población durante la colonización del Río de la Plata y Río Uruguay. *Human Origin Sites and the World Heritage Convention in the Americas*, vol. 1, pp. 161-177.
Suárez, R., Piñeiro, G. & Barceló, F., 2017. Living on the river edge: The Tigre site (K-87) new data and implications for the initial colonization of the Uruguay River basin. *Quaternary International*, n° 473, pp. 242-260.

Susnik, B., 1984 La cultura indígena y su organización social dentro de las misiones Jesuíticas. *Suplemento Antropológico* (Asunción), vol. XIX, n° 2, pp. 7-17.
Sustersic, B. D., 2017. *José Brasanelli. Pintor, Escultor y Arquitecto de las Misiones Guarani-Jesuíticas*. Asunción: FONDEC.
Szulc, A. P., 2004. Mapuche se es también en la waria (ciudad). Disputas en torno a lo rural, lo urbano y lo indígena en la Argentina. *Política y Sociedad* (Madrid), vol. 41, n° 3, pp. 167-180.
Tabutin, D., 1980. *Problems de transition démographique*. Tomo 1 Schemas Classiques.
Taçón, P. 2004. Ochre, clay, Stone and art. The symbolic importance of minerals as life force among aboriginal peoples of Northern and Central Australia. En: Boivin, N. & Owoc, M. (eds.). *Soils, Stones, and Symbols. Cultural perceptions of the mineral world*. London: UCL Press, pp 31-40.
Tamagnini, M. & Pérez Zabala, G. 2010. *El fondo de la tierra. Destinos errantes en la frontera sur*. Río Cuarto: Editorial de la Universidad de Río Cuarto.
Tamagnini, M. & Pérez Zavala, G. 2016. Las claves de la guerra y la diplomacia. Rehenes, cautivos y prisioneros en la frontera sur cordobesa-puntana (1835-1880). En: de Jong, I. (comp.). *Diplomacia, malones y cautivos en la Frontera Sur, Siglo XIX. Miradas desde la Antropología Histórica*. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología, pp. 21-94.
Tamagnini, M., 1998. Los indios en el Río Cuarto. La cuenta de agasajos del año 1861. *Revista de la Universidad Nacional de Río Cuarto,* vol. 18, n° 2, pp. 151-172.
Tamagnini, M., 2016. El sur de Córdoba en peligro. Acerca de la articulación entre ranqueles y refugiados unitarios (1841). *Trabajo y Comunicaciones,* n° 43, pp. 1-19. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.7173/pr.7173.pdf.
Tamagnini, M., 2019. Articulaciones múltiples en la frontera sur cordobesa y Mamüel Mapu (1836-1851). *Frontera Norte,* vol. 31, pp. 1-23. Disponible en: https://doi.org/10.33679/rfn.v1i1.1977.
Tamagno, L & Maffia, M., 2011. Afro e indígena. *Boletín Americanista* (Barcelona), año LXI, vol. 2, nº 63, pp. 121-141.
Tamagno, L., 1991. La cuestión indígena en la Argentina y los censores de la indianidad. *América Indígena II*, vol.1, pp. 123-152.
Tapia, A. & Pera, L., 2018. Las mujeres en las sociedades ranquelinas del siglo XIX. Perspectivas etnohistórica y arqueológica. En: Fernández, M. (comp.). *Género, saberes y labores de las sociedades indígenas pampeano-patagónicas*. Luján: Editorial de la Universidad Nacional de Luján, pp. 145-223.
Tapia, A. & Pineau, V., 2011. Diversidad de las cuentas de vidrio. El caso de Santiago del Baradero (siglo XVII). *Arqueología,* n° 17, pp. 119-136.
Tarragó, M., 2000. Chacras y pukará. Desarrollos sociales tardíos. En: Tarragó, M. (ed.) *Nueva Historia Argentina*. Los pueblos originarios y la conquista, tomo I. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 257-300.
Tarragó, M., Marchegiani, M., Palamarczuk, V. & Reynoso, A., 2017. Presencia del Inca en Yocavil (Catamarca, Argentina). Integración en la diversidad. *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino* (Santiago de Chile), vol. 22, n° 1, pp. 95-117.
Terranova, E. 2014. *Arqueología de la cuenca del arroyo Talagapa, Meseta de Somuncurá (Provincia de Río Negro)*. Tesis Doctoral. La Plata: Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.
Terranova, E., Marchionni, L., Blanco, R., Hermo, D., Mosquera, B. & Miotti L., 2016. *Los primeros pobladores de Patagonia hace más de 10.000 años*. Colección "Sitios arqueológicos argentinos". Buenos Aires: Editorial Quire Quire.
Tessone, A., 2018. Isotopos estables y arqueología. Dieta y movilidad en sociedades cazadoras-recolectoras de Patagonia. En: Conti, C. (comp.) *Investigaciones arqueométricas en Argentina. Fundamentos teórico-metodológicos y casos de análisis.* Buenos Aires: Academia Nacional de Ciencias de Buenos Aires, pp. 102-121.
Teubal, M., 2001. Globalización y nueva ruralidad en América Latina. En: Giarraca, N. (comp.) *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Clacso, pp. 45-65.
Thill, J. P. & Puigdomenech, J. A., 2003. *Guardias, fuertes y fortines de la Frontera Sur. Historia, antecedentes y ubicación catastral,* tomos I y II. Buenos Aires: Editorial Edivern.
Thompson, V., 1929. Population. *American Journal of Sociology*, n° 34, pp. 959-975.
Tilley, C. 1994. *Phenomenology of landscape. Places, path and monuments*. Oxford: Breg.
Tilly, C., 1984. *La France Conteste*. París: Fayard.
Tisnés, A., Velázquez, G., 2016. Evolución y características de la población. En: Velázquez, G. (dir.) *Geografía y calidad de vida en la Argentina. Análisis regional y departamental (2010)*. Tandil: UNCPBA, pp. 31-56.
Tolcachier, F., 2019. ¿De qué hablamos cuando hablamos de inmigración? En: Pupio, A., Alcalde, R. A. & De la Fuente, L. (eds.) *¿Qué nos hace humanos? Un manual para pensar(nos) en las aulas*. Bahía Blanca: EdiUNS, pp. 141-144.
Toledo López, V., 2017. La política agraria del kirchnerismo. Entre el espejismo de la coexistencia y el predominio del agronegocio. *Mundo Agrario* (La Plata), vol. 18, n° 37 [consultado en octubre de 2020]. Disponible en: https://doi.org/10.24215/15155994e045.
Torrado, S., 1992 *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.
Torrado, S., 2003. *Historia de la Familia en la Argentina Moderna (1870-2000)*. Buenos Aires: Ediciones La Flor.

Torrado, S., 2007. Transición de la familia: tamaño y morfología. En: Torrado, S. (comp.) *Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX*. Tomo II. Buenos Aires: Editorial Edhasa, pp. 207-253.
Torrado, S., 2007. Transición de la fecundidad. Los hijos: ¿cuántos? ¿cuándo?. En: Torrado, S. (comp.) *Población y bienestar en el Bicentenario*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 439-474.
Trifiró C. & Arboit L., 2000. *Evolución y características de la población en las provincias de Mendoza y San Juan*. Mendoza: CIFOT.
Trigger, B., 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.
Trivi, N., 2013. *Bajo los adoquines está la Pachamama. Territorialidad andina en el Gran La Plata*. La Plata: Club HEM Editores.
Tuhiwai Smith, L., 2001. *Decolonizing Methodologies: research and indigenous peoples*. Otago: University of Otago Press.
Ubertalli, J. L., 2013 [1987]. *Guaycurú Tierra Rebelde. Tres sublevaciones indígenas*. La Plata: MeVeJu.
Universidad Nacional de Lanún, 2004. *Atlas de Mortalidad de Argentina*. Disponible en: http://www.unla.edu.ar/atlas/.
Urcola, M., 2011. Nueva ruralidad y contexto de globalización. *Regiones, suplemento de antropología*, n° 45, pp. 6-11.
Vapñarsky, C. A. & Gorojovsky, N., 1990. *El crecimiento urbano en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano (GEL)
Vapñarsky, C. A., 1995. Primacía y macrocefalia en la Argentina: la transformación del sistema de asentamiento humano desde 1950. *Desarrollo Económico*, vol. 35, n° 138, pp. 227-254.
Vaquer, J. M., 2010. *Habitando Cruz Vinto (Norte de Lípez, Bolivia) durante el periodo de desarrollos regionales tardío (1200-1450 DC.). Una interpretación desde los espacios externos domésticos*. MS. Tesis de Doctorado. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
Vázquez, M., Marchionni, L. & Miotti, L., 2018. *El faenamiento y consumo de guanacos durante la colonización inicial en la localidad Piedra Museo (Santa Cruz, Argentina)*. X Simposio Internacional el hombre temprano en América. Necochea, Argentina.
Velázquez G, 2001. *Geografía, calidad de vida y fragmentación en la Argentina de los noventa. Análisis regional y departamental utilizando SIG*. Tandil: CIG.
Velázquez, G., 2008. *Geografía y bienestar*. Buenos Aires: Eudeba.
Velázquez, G., Gómez Lende, S., 2005. *Desigualdad y calidad de vida en la Argentina (1991-2001). Aportes empíricos y metodológicos*. Tandil: CIG.
Vilca, M. 2011. Piedras que hablan, gente que escucha: la experiencia del espacio andino como un "otro" que interpela. Una reflexión filosófica. En: Hermo, D. & Miotti, L. (eds.) *Biografías de paisajes y seres. Visiones desde la arqueología sudamericana*. Córdoba: Encuentro Grupo Editor, pp. 67-74.
Villar, D. & Jiménez, J. F., 1996. Indios amigos. El tránsito progresivo desde la autonomía a la dependencia étnicas en un sistema de contactos múltiples. El caso de Venancio Coihuepan en sus momentos iniciales (1827, frontera sur de Argentina). En: Pinto Rodríguez, J., (ed.). *Araucanía y Pampas. Un mundo fronterizo en América del Sur*. Temuco: Ediciones Universidad de la Frontera, pp. 146-164.
Villar, D. & Jiménez, J. F., 2003a. Rebelión y poder en la Araucanía y las pampas (segunda mitad del siglo XVIII). *Ciencia Hoy,* vol. 13, n° 75, pp. 44-52.
Villar, D. & Jiménez, J. F., 2003b. La tempestad de la guerra: conflictos indígenas y circuitos de intercambio. En: Mandrini, R. & Paz, C. (comps.) *Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena latinoamericano en los siglos XVIII y XIX*. Neuquén, Bahía Blanca, Tandil: Universidad Nacional del Comahue, Universidad Nacional del Sur y Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, pp. 123-172.
Villar, D. & Jiménez, J. F., 2007. Convites. Comida, bebida, poder y política en las sociedades indígenas de las Pampas y Araucanía. *Anuario IEHS,* n° 22, pp. 241-272. Disponible en: http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2007/Convites.%20Comida,%20bebida,%20poder%20y%20pol%C3%ADtica%20en%20la%20sociedades%20de%20las%20Pampas%20y%20araucan%C3%ADa..pdf.
Villar, D. & Jiménez, J., 2005. En continuo trato con infieles. Los renegados de la región pampeana centro-oriental durante el último tercio del siglo XVIII. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria,* n° 13, pp. 151-178. Disponible en: http://www.scielo.org.ar/pdf/memoam/n13/n13a06.pdf.
Villar, D. & Jiménez, J. F. 2003c. Un argel disimulado. Aucan y poder entre los corsarios de Mamil Mapu (segunda mitad del siglo XVIII). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Disponible en: http://journals.openedition.org/nuevomundo/656.
Villar, D. & Jiménez, J. F., 2011. Amigos, hermanos y parientes. Líderes y liderados en las Sociedades Indígenas de la Pampa Oriental (1820-1840). Etnogénesis Llailmache. En: Villar, D. & Jiménez, J. F. (eds.) *Amigos, hermanos y parientes. Líderes y liderados en las Sociedades Indígenas de la Pampa Oriental (SXIX)*. Bahía Blanca: Centro de Documentación Patagónica, Departamento de Humanidades, UNS, pp. 115-170.
Villar, D., 1998. Ni *salvajes*, ni *aturdidos*, la guerra de los *indios comarcanos* (y extracomarcanos) contra *la Vanguardia de Pincheira*, a través del *Diario del Cantón de Bahía Blanca*. En: Villar, D. (Ed.), Jiménez, J., F., Ratto, S. Presentación R. Mandrini. *Relaciones inter-étnicas en el Sur bonaerense, 1810-1830*. Bahía Blanca: Departamento de Humanidades. Universidad Nacional del Sur, Instituto de Estudios Histórico-Sociales. Universidad Nacional de la Provincia de Buenos Aires, pp. 79-133.

Villar, D., 2012. Las poblaciones indígenas, desde la invasión española hasta nuestros días. En: Otero, H., (dir.). *Historia de la provincia de Buenos Aires*. Tomo I. Buenos Aires: UNIPE Editorial Universitaria, Edhasa, pp. 249-278.

Villarino, B., [1782] 1972. *Diario del Piloto de la Real Armada D. Basilio Villarino del reconocimiento que hizo del Río Negro en la costa oriental de Patagonia*. Pedro De Angelis. Colección 8 (B). Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.

Walsh, C., 2002. Las geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Entrevista a Walter Mignolo. En: Walsh, C., Schiwy, F. & Castro-Gómez, S. (eds.) *Indisciplinar las ciencias sociales. Geopolíticas del conocimiento y colonialidad del poder. Perspectivas desde lo Andino*. Quito: UASB / Abya Yala, pp. 17-44.

Walther, J. C., 1970. *La Conquista del Desierto*. *Lucha de frontera con el indio*. Buenos Aires: Eudeba.

Wanderley, M., 2001. A ruralidade no Brasil moderno: por um pacto pelo desenvolvimento rural. En: Giarraca, N. (comp.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: Clacso, pp. 31-44.

Waters, M., 2019. Late Pleistocene exploration and settlement of the Americas by modern humans. *Science, n°* 365, pp. 2-9.

Weiss, L., Engelman, J., Valverde, S., 2013. Pueblos indígenas urbanos en argentina: un estado de la cuestión. *Revista Pilquen,* Sección Ciencias Sociales, año XV, vol. 16, nº 1.

Welti, C., 1997. *Demografía I*. México: PROLAP.

Wilcken, G. 1873. *Las colonias. Informe sobre el estado actual de las colonias agrícolas de la República Argentina.* Buenos Aires: Imprenta, Litografía y Fundición de Tipos a Vapor de la Sociedad Anónima.

Wilde, G., 2006. Prestigio indígena y nobleza peninsular: La invención de linajes guaraníes en las Misiones del Paraguay. *Jahrbuch Für Geschichte Lateinamerikas* (Colonia), n° 43, pp. 119-145.

Wilde, G., 2009. *Religión y poder en las misiones guaraníes*. Buenos Aires: Editorial SB.

Wray, M., Colen, C. & Pescosolido, B., 2011. The Sociology of Suicide. *Annual Review of Sociology*, vol. 37, n° 1, pp. 505-528.

Wright, S., 1998. The politicization of 'culture'. *Anthropology Today*, vol. 14, nº 1, pp. 7-15.

Yacobaccio, H., Catá, M. P., Morales, M. R., Joly, D., & Azcune, C., 2014. Ocupaciones humanas tempranas en la Puna de Atacama: el alero Hornillos 2, Susques (Jujuy). En: Escola, P. & Hocsman, S. (eds.), *Artefactos líticos, Movilidad y Funcionalidad de Sitios en Sudamérica. Problemas y Perspectivas*, pp. 1-10.

Yacobaccio, H., Escola, P., Lazzari, M., & Pereyra, F., 2002. Long distance obsidian traffic in northwestern Argentina. En: Glascock, M. (ed.) *Geochemical evidence for long distance Exchange,* pp. 167-204.

Yacobaccio, H., Escola, P., Pereyra, F., Lazzari, M., & Glascok, M., 2004. Quest for ancient routes: obsidian sourcing research in northwest Argentina. *Journal of Archaeological Science,* n° 31, pp. 193-204.

Yacobaccio, H. D. & Morales, M. R., 2011. Ambientes pleistocénicos y ocupación humana temprana en la Puna Argentina. *Boletín de arqueología PUCP* (Santiago de Chile), vol. 15, pp. 337-356.

Zapata Gollan A., 1953. *Las ruinas de la primitiva ciudad de Santa Fe. Las tres Iglesias*. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.

Zapata Gollan, A., 1951. Las excavaciones realizadas en Cayastá. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, vol. XXIV-XXV. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia.

Zavala Cepeda, J. M. & Payás Puigarnau, G., 2015. Ambrosio O´Higgins y los Parlamentos Hispano-Mapuches, 1771-1803: Política indígena, escritura administrativa y mediación lingüístico-cultura en la época borbónica chilena. *Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria,* vol. 23, n° 2, pp. 103-136. Disponible en: http://antropologia.institutos.filo.uba.ar/sites/antropologia.institutos.filo.uba.ar/files/revistas/adjuntos/Memoria_Americana_23_(2).pdf.

Zavala Cepeda, J. M., 2011. Origen y particularidades de los parlamentos hispano-mapuches coloniales: entre la tradición europea de tratados y las formas de negociación indígenas. En: González Cruz, D. (ed.). *Pueblos indígenas y extranjeros en la Monarquía Hispánica: la imagen del otro en tiempos de Guerra (siglos XVI XIX).* Madrid: Sílex, pp. 303-316.

Zavala Cepeda, J. M., 2015. *Los parlamentos hispano-mapuches. 1593-1803: Textos fundamentales*. Temuco: Ediciones Universidad Católica.

Zink, M. & Salomón Tarquini, C., 2014. Las sociedades indígenas y las relaciones sociales en espacios de frontera. En: LLuch, A., & Salomón Tarquini, C. (eds.). *Historia de la Pampa I. Sociedad, política y economía. Desde los poblamientos iniciales hasta la provincialización (ca. 8000AP a 1952)*. Santa Rosa: EdUNLPam, pp. 49-86.

Zubimendi M. A., Sampaoli P. & Tagliorette, A., 2018. La Patagonia Rebelde en el Noreste de Santa Cruz: la recuperación de la memoria y la búsqueda de las huellas de los peones rurales en huelga. [Dossier] *Revista de Arqueología Histórica Argentina y Latinoamericana* (Buenos Aires), n° 12, pp. 379-403.